VERBUM VITAE

LA PALABRA DE CRISTO

I

Adviento y Navidad

Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas

ELABORADO POR UNA COMISIÓN DE AUTORES BAJO LA DIRECCIÓN DE

MONS. ANGEL HERRERA ORIA

Obispo de Málaga

1953

VERBUM VITAE

LA PALABRA DE CRISTO

Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas

ELABORADO POR UNA COMISIÓN DE AUTORES BAJO LA DIRECCIÓN DE

MONS. ANGEL HERRERA ORIA

Obispo de Málaga

MADRID · MCMLIII

La Palabra de Cristo

ESTA SERIE DE LA B. A. C. CONSTARÁ DE LOS SIGUIENTES VOLÚMENES:

I. Adviento y Navidad.
II. Epifanía a Cuaresma.
III. Cuaresma y Semana Santa.
IV. Ciclo pascual.
V. Pentecostés (1.º)
VI. Pentecostés (2.º)
VII. Pentecostés (3.º)
VIII. Fiestas (1.º)
IX. Fiestas (2.º). Indices generales.

TOMO I

Adviento y Navidad

El juicio final (1.ª Adv.).—La misión del Precursor (2.ª Adv.).—El testimonio de Juan a los judíos (3.ª Adv.) —Predicación del Bautista (4.ª Adv.).—Presentación y purificación en el templo (dom. infraoct. Nav.).—El Dulce Nombre de Jesús (dom. desp. Circ.)

NIHIL OBSTAT

Dr. Justo de Vega,
Censor.

IMPRIMATUR:

✠ **Angel,**
Obispo de Málaga.

Madrid, 4 marzo 1953.

INDICE GENERAL

Págs.

PRÓLOGO XLIII

EL JUICIO FINAL

Primer domingo de Adviento

SECCION I.—**Textos sagrados** 3

I. *Epístola* 3
II. *Evangelio* 3
III. *Textos concordantes* 4
IV. *Otros textos de la Escritura alusivos al juicio* 6
A. Tras la muerte, el juicio 6
B. No sabemos el día ni la hora 6
C. Señales escatológicas 7
D. Día de ira 8
E. La resurrección 8
F. La venida del Juez 9
G. Todos ante el tribunal de Cristo 10
H. El Hijo es el que juzga 10
I. Descripción del juicio 10
J. El juicio según Jesucristo 11
K. Juicio minucioso 12
L. Juicio según las propias obras 12
M. Tal como juzguemos, seremos juzgados 13
N. Diversa suerte de los justos y de los impíos 13
Ñ. Reflexiones tardías de los impíos 13
O. Tremendo juicio a los grandes de la tierra 14
P. Vida y muerte de los justos y de los impíos 15
Q. Duro juicio para los enemigos de la luz 15

SECCION II.—**Comentarios generales** 17

I. *Situación litúrgica* 17
A. Síntesis histórica 17
B. Idea litúrgica 17

II. *Apuntes exegético-morales* 18
A. Epístola 18
a) Sentido general 18
b) Partes esenciales 19
1. «Hora es ya que despertéis del sueño» 19
2. «Por consiguiente, lancemos de nosotros las obras de las tinieblas» 20
3. «Revestíos de Jesucristo» 21

Págs.

c) Un texto de San Juan Crisóstomo 22
B. Evangelio 22
a) Situación histórica 22
b) Las dos preguntas 23
c) Argumento 23
d) Exégesis de los textos 24
1. Preliminares 24
2. La venida 24
3. El juicio 26
e) Consecuencias 27
1. Aliento 27
2. Vigilancia 27
3. Confirmación 27

SECCION III.—Santos Padres 28

I. *San Juan Crisóstomo* 28
A. Aplicaciones de la homilía 76 28
a) Lo que perdemos por librarnos de un esfuerzo exiguo 28
b) Aprovecha el trabajo que no puedes evitar ... 29
c) En Cristo lo tenemos todo 29
B. Antología sobre la resurrección 30
a) Conveniencia de la resurrección 30
1. Inmortalidad del hombre 31
2. Necesidad de premiar al cuerpo 31
b) Triunfo de Jesucristo sobre la muerte 32
1. Cristo, vida y luz 32
2. La resurrección de Cristo, causa de nuestra resurrección 33
3. El Espíritu Santo, prenda de la resurrección 34
4. Cristo entrega su reino al Padre 34
5. Hermosura del día del juicio 35
C. Consecuencias de aliento: «Levate capita» 36
a) La resurrección, aliento en las penas de la vida 36
b) Alegría ante la muerte de nuestros amigos ... 36

II. *San Agustín* 37
A. El juicio final. Las obras de misericordia 37
a) Las dos venidas de Cristo 37
b) Cristo habla por medio de los predicadores ... 38
1. Responsabilidad del predicador 38
2. Los pecadores no oyen ni entienden la voz de Jesucristo 38
3. Aunque Dios calla, ve y odia el pecado ... 39
4. En el día del juicio hablará 40

Págs.

c) Los hombres atesoran en el banco celestial ... 40
1. «An divitias bonitatis eius et longanimitatis contemnis»? ... 40
2. Reparto de tesoros en el día del juicio ... 41
d) Apresurad vuestra conversión ... 42
B. La resurrección ... 43
a) Nuestra resurrección, fundamento de las virtudes ... 43
b) Cristo, autor de la resurrección ... 43
c) Resurrección espiritual y del cuerpo ... 44
d) Cómo resucitamos ... 44
1. Incorruptibles ... 44
2. Con el cuerpo sujeto al alma ... 45
3. Como los ángeles ... 45
C. La redención total ... 46
a) En esta vida no hay paz completa ... 46
b) La paz en la resurrección ... 47
III. *San Gregorio Magno* ... 48
A. Fin del evangelio: menosprecio del mundo ... 48
B. El mundo pasa; alegría de los amigos de Dios ... 48
C. Sólo Dios permanece ... 49
D. El poder de Dios ... 49
IV. *San Bernardo* ... 50
A. El Adviento y las tres venidas ... 50
B. Primera venida ... 51
a) ¿Quién viene? ... 51
b) ¿Para qué viene? ... 51
c) Preparación al recuerdo de esta venida ... 51
C. Segunda venida ... 52
a) Dios dentro de ti ... 52
b) Su preparación: una triple justicia ... 52
D. Tercera venida ... 53
a) El juicio. Su esperanza nos sostiene ... 53
b) Gozo del justo al verse libre ... 54
c) Verás el castigo de los pecadores ... 54

SECCION IV.—**Teólogos** ... 55

I. *Santo Tomás de Aquino* ... 55
A. Cristo Juez ... 55
a) Cristo Juez en cuanto al hombre ... 55
1. Por ser cabeza de la humanidad ... 55
2. Por haber luchado por la justicia y haber sido juzgado El mismo ... 55
3. Porque con la redención nos hizo súbditos suyos ... 56

Págs.

b) Condiciones del Juez 56
1. Juez sabio 56
2. Juez glorioso 56
1.º En desquite de su ignominiosa pasión . 56
2.º Por la gloria de aquel juicio 57
3.º En cuanto Dios 57
3. Juez universal 57
c) Triunfo de Cristo 57
B. El juicio 58
a) Conveniencia de un juicio universal 58
1. Para que brille la justicia de la providencia actual 58
2. Para que la sociedad sea juzgada 58
3. Para que sean juzgadas las consecuencias de nuestras obras 58
b) Todos serán juzgados, pero los santos serán jueces 58

II. *San Roberto Belarmino* 59
A. Sentido acomodativo y literal del texto 59
B. La redención de las almas 60
a) El hombre pecador, sujeto a tres servidumbres 60
1. Sujeto a la ira de Dios 60
2. Sujeto al demonio 60
3. Sujeto al mismo pecado 60
b) Cristo nos redime de las tres esclavitudes ... 61
1. De la ira de Dios 61
2. De la servidumbre del demonio 61
3. Del pecado 61
4. Preparémonos a esta venida 62
C. Redención de los cuerpos 62
a) Redención total en la resurrección 62
1. Hoy no estamos aún totalmente redimidos 62
2. La redención total, el día de la resurrección 62
b) Temor y gozo en ese día 62
c) Consecuencia 62
d) Nuestra muerte es nuestro fin 63

SECCION V.—**Autores varios** 64

I. *Santo Tomás de Villanueva* 64
A. Necesidad del juicio 64
a) El hombre puede ser juzgado porque es libre. La libertad es fuente del mérito 64
b) El hombre debe ser juzgado 65

Págs.

1. Para que sea obra perfecta 65
2. Para que sea obra ordenada 65

B. Necesidad del juicio universal 66

a) La razón: para que sea honorífico el premio e infamante el castigo 66

1. Penas de los unos 66
2. «¡Bienaventurado aquel a quien le ha sido perdonado su pecado, a quien le ha sido remitida su indignidad!» 66

b) La revelación nos anuncia el juicio 67

C. La persona del Juez 67

a) Es el mismo Dios 67
b) En forma humana, conocedora de nuestras flaquezas 67
c) Despertad del sueño 68

1. Confesaos 68
2. Despertaos 68

II. *Beato Juan de Avila* 68

A. El premio de los que socorren a Cristo 68
B. Cristo peregrino 69
C. No recibir a Cristo es señal de reprobación 70
D. Cristo desterrado en tierra que le ofende. Recíbele 71
E. Cristo con hambre y sed. Socórrele 72

III. *Bossuet* 72

A. Primer sermón. Los tres motivos de la justicia divina 72

a) Exordio. El temor, principio del amor 73
b) La justicia divina irritada 73

1. Primer motivo: el poder despreciado 73

1.º Texto bíblico 73
2.º Libertad humana 73
3.º Mal uso de la libertad 73
4.º El desquite 74

2. Segundo motivo: la bondad enojada por la ingratitud 74

1.º Texto bíblico 74
2.º El amor triste 74
3.º El amor castiga 75

3. Tercer motivo: la soberanía violada 76

1.º Texto bíblico 76
2.º Imperio legítimo y dulce 76
3.º El imperio de Cristo por el de Satán... 76
4.º Recuerda tu bautismo 77
5.º Peroración 77

B. Segundo sermón. Endurecimiento del pecador 78

a) Exordio. 78

Págs.

b) Proposición 78
c) Primera parte: al endurecido 78
1. No pensar en Dios o en su justicia es una clase de ateísmo 78
2. ¿Creéis que Dios no os ve? 79
3. El porqué del endurecimiento 79
1.º ¿Cómo podemos vivir sin darnos cuenta? 79
2.º Pero Dios no duerme 79
3.º El endurecimiento es el mayor castigo. 79
d) Segunda parte: al perezoso 80
1. Texto sagrado 80
1.º Cristo desea sorprendernos 80
2.º Unico medio de evitar la sorpresa: vigilar 80
2. Objeciones resueltas 80
3. ¿Que podréis convertiros cuando queráis? . 80
4. Castigos actuales 81
5. Peroración 81

IV. *Bourdaloue* 82
A. Cristo juez en cuanto rey 82
B. La fe y la razón acusadoras en el juicio 82
C. La fe acusadora en el juicio 83
D. La fe dicta sentencia 83
E. La razón acusadora en el juicio 84

V. *Columba Marmion* 84
A. Cristo pide su glorificación 84
B. Cuál es la obra de Cristo 85
a) La obra de Cristo es traer la vida divina 85
b) En qué consiste la vida divina y su participación 85
C. La obra se cumple en el cielo 86
a) Esta vida en la tierra no está más que en germen 86
1. Porque puede perderse 86
2. Porque admite desarrollo 86
b) La vida sobrenatural tiene su perfección en la gloria 86
D. Ultima victoria y presentación al Padre 87

SECCION VI.—**Textos pontificios** 88

I. *Epístola* 88
A. «Hora est iam nos de somno surgere» 88
a) La doctrina social de la Iglesia es clara y obligatoria 88

Págs.

b) De donde sería condenable un aislamiento egoísta, cuando la gravedad del momento exige la colaboración de todos 88
c) Ni reserva, pues, ni fría indiferencia; intervención en los problemas sociales 89
d) No es hora de lamentos, sino de acción 89
e) Es hora de despertar del sueño, porque se acerca nuestra salvación 89

B. «Nunc enim propior est nostra salus» 90
a) Todos suspiran por un orden nuevo, pero especialmente los trabajadores 90
1. Aspiración resuelta 90
2. Con mayor agudeza en los que viven del trabajo 90
b) Hay que rehacer el mundo, desde sus cimientos, bajo la guía de la Iglesia 90
c) No es buen camino resolver sólo los problemas económicos y no los morales 90
d) Nuestra vida, incluso en el orden religioso, peca mucho de egoísta 91

C. «... et induamur arma lucis» 91
a) Para resolver el problema se requiere la práctica de las virtudes 91
b) Y la restauración de las costumbres cristianas . 91

D. «Non in comessationibus... non in contentione» ... 92
a) Sobre todo hace falta abnegación, sacrificio y heroísmo 92
b) En los mismos obreros se requiere moderación. 92
c) Sufrir y padecer es la suerte del hombre sobre la tierra 92
d) Igualdad esencial de todos los hombres y desigualdades individuales derivadas de la diferencia de capacidades 93
e) El Papa deplora el crecimiento de un lujo inmoderado y materialista, que contrasta con la miseria de muchos 94
f) Por eso exhorta a la abstinencia y a la abnegación generosa y voluntaria 94
g) Y que ha de comenzar, ante todo, en los mismos apóstoles y sacerdotes 94

E. «Induimini Dominum Iesum Christum» 95
a) Todos los deberes pueden reducirse al de la caridad y la justicia bien entendidas 95
b) El contraste entre la miseria de muchos y el lujo inmoderado de otros está en pugna con el precepto de la caridad cristiana 95
c) Especialmente en la caridad hay que buscar la solución 95

Págs.

d) El prejuicio de que la Iglesia está de parte de los explotadores de los obreros se destruye con la práctica de la auténtica caridad 96
e) La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad se sienten miembros de una gran familia 96
f) El materialismo, contra el amor y la justicia . 97

II. *Evangelio* 97

A. «... et in terris pressura gentium» 97

a) La gravedad del problema tiene suspensos a todos 97
b) Pero la Iglesia nada teme 97
c) La lucha sólo sirve para fortalecerla a ella y a los cristianos 98
d) No cabe la pereza ni la fuga, sino la lucha por la futura sociedad 98

B. «Tunc videbunt Filium hominis» 98

a) Cuando Jesucristo fué crucificado, cayeron las tinieblas sobre la tierra; en el momento del juicio, una luz lo iluminará todo 98
b) A esta luz se verán los errores de muchos, engañados por su soberbia 99

C. «Venientem in nube cum potestate magna» 99

a) El juicio de Dios será mucho más severo para los que más tienen en todos los órdenes 99
b) Todavía, pese a las exhortaciones pontificias, hay quienes siguen explotando a los pobres ... 99
c) Pero la condenación de los Papas contra ellos será más tarde la condenación de Dios 100
d) No hay justicia social si todos los hombres no disponen de lo necesario para cumplir sus funciones sociales 100
e) La justicia social debe informar todas las instituciones públicas y toda la vida social 101
f) Las guerras de este mundo son un juicio terrible de Dios 101
g) La sociedad, medio natural de que el hombre puede y debe servirse para alcanzar su fin 101

D. «Respicite et levate capita vestra» 102

a) La esperanza cristiana debe apartar a los proletarios de los peligros de la revolución 102
b) Y darles la seguridad del premio eterno al trabajo santificado por Dios 102
c) Para ello son necesarios hombres con grandeza de ánimo 103
d) Sobre todo, quienes ocupan puestos importantes en la sociedad 103
e) Corazones dispuestos a triunfar por la Cruz ... 103

Págs.

E. «Cum videris fieri, scitote...» 104
a) La pérdida de los principios morales conduce a las mayores catástrofes y revoluciones sociales 104
b) La pobreza a que están sometidos muchos trabajadores es fuente de graves daños 104

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 106

I. *Hacia Dios por la vía de la luz* 106
II. *Invisible y riguroso juicio* 106
III. *Séneca y el fin del mundo* 107
IV. *«Nadie me ha dicho una palabra de verdad»* 107
V. *Las tres tiendas de Tamerlán* 108
VI. *El juicio final de Miguel Angel* 109
VII. *Una llaga que parecía una estrella* 111
VIII. *El poema de la ira divina* 112
IX. *La Sibila del juicio* 113
X. *Cantando su propio funeral* 114

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 115

Serie I: *Litúrgicos* 115
1. Al comenzar el año litúrgico: «Revestíos de Cristo» 115
2. El cristiano en el Adviento 116

Serie II: *Sobre la epístola* 119
3. «Hora est iam nos de somno surgere» 119
4. «Abiiciamus opera tenebrarum» 120
5. «Induamur arma lucis» 120

Serie III: *Sobre el evangelio* 122
6. El valor del tiempo 122
7. Optimismo cristiano 123
8. El juicio de los buenos, motivo de aliento 124
9. El juicio del pecador 126
10. Los tres motivos de la justicia divina 127
11. El día del juicio, día de gloria 128
12. El silencio de Cristo 129
13. La limosna y el juicio 130
14. La sentencia del juicio 131
15. Las dos venidas y la vida santa 132
16. Las tres venidas 133
17. Jesucristo, ayer, hoy y siempre 133

Serie IV: *De actualidad social* 135
18. También socialmente hay que despertar del sueño. 135
19. La sociedad moderna tiene que revestirse de Jesucristo 138
20. El juicio final como prueba del carácter social del cristianismo 139

Págs.

LA MISION DEL PRECURSOR

Segundo domingo de Adviento

SECCION I.—Textos sagrados 145

I. *Epístola* 145
II. *Evangelio* 146
III. *Textos concordantes* 146
IV. *Otros textos de la Escritura alusivos a la envidia y a la limosna* 147

A. Sobre la envidia 147
a) La envidia de Caín 147
b) Los filisteos envidian a Isaac 147
c) Esaú, envidioso de Jacob 148
d) La envidia de Raquel 148
e) José envidiado por sus hermanos 148
f) La envidia de Saúl 148
g) La envidia de los judíos contra Cristo 149
h) Qué es la envidia 149

B. Sobre la limosna 150
a) Obligatoriedad 150
b) La limosna limpia de todo pecado 150
c) Exhortación a la limosna 151
d) No alardees de dar limosna 152
e) La limosna tendrá su recompensa 152
f) Eficacia de la limosna 152
g) Espíritu de limosna en los apóstoles 153
h) Las colectas de San Pablo 154
i) Limosna y caridad 154

SECCION II.—Comentarios generales 156

I. *Situación litúrgica* 156
II. *Apuntes exegético-morales* 156

A. Epístola 156
a) Sentido general. La unidad en la caridad de Cristo 156
b) Argumento 157
c) La caridad de Cristo 157
1. El ejemplo del Señor 157
2. Cristo nos acogió a todos 157
d) Universalidad de Cristo 158
e) Un inciso. Utilidad de la Sagrada Escritura ... 158

B. Evangelio 159
a) Situación histórica y breve síntesis 159

Págs.

b) La pregunta del Bautista 159
1. Opiniones heterodoxas o anticuadas 159
2. ¿San Juan, impaciente? 160
3. ¿San Juan, ignorante? 160
4. La tesis tradicional 160
c) La misión de Juan 160
1. En la cárcel 160
2. Las obras de Cristo 161
3. Envió a dos de sus discípulos 161
d) Respuesta del Señor 162
1. Las obras 162
2. Las profecías 162
3. «Pauperes evangelizantur» 163
4. Bienaventurado aquel que no se escandalizare en mí 163
e) Alabanzas de Juan 164

SECCION III.—Santos Padres 165

I. *San Juan Crisóstomo* 165
A. Los motivos de Juan y la envidia de los suyos. La pregunta de Juan 165
B. La limosna 166
a) Exordio 166
1. Soy un embajador. El invierno me obliga. 166
2. Pablo, compañero de embajada 167
b) Primera parte. Paralelo entre la organización de la colecta paulina y la nuestra... Exposición del texto paulino 167
1. Después del juicio 167
2. En favor de los santos 167
3. Emulación mutua 168
4. Dad en domingo 168
5. Dad todos, pobres y ricos 168
6. Tu limosna es un tesoro 169
7. Lo que bien le pareciere 169
8. Resumen 169
c) Segunda parte. Motivos de la limosna 170
1. La limosna, fuente de bienes para el pobre y el rico 170
2. Somos usufructuarios de nuestros bienes ... 170
3. La limosna, medicina nuestra y medio para obtener el perdón de los pecados 171
4. Excusas vanas. La limosna es entrar en compañía con Dios 171
d) Exhortación final 172
1. Ayuda personalmente al pobre 172
2. No investiguéis la vida de los pobres 172

Págs.

3. Cristo te lo da todo. ¿Qué le devuelves tú a él? 173

II. *San Agustín* 175

A. La embajada de Juan 175

a) Testimonios mutuos de Juan y de Cristo 175
b) Intención de Juan al enviar su embajada 176

1. «¿Eres tú el que viene, o esperamos a otro?» 176
2. Argumento 176
3. Envidia de los de Juan. Humildad de éste. 176
4. Motivos de Juan 177

1.º «Et de plenitudine eius nos omnes accepimus» 177
2.º «Non potest homo accipere quidquam, nisi fuerit ei datum de caelo» 177
3.º «Qui habet sponsam, sponsus est» 177
4.º No sea que pierda lo que recibí 178

c) Propósito de Juan. «Illum oportet crescere, me autem minui» 178

1. Porque somos pecadores 178
2. «Quid autem habes quod non accepisti?» ... 179
3. Cómo crece Dios 179

B. La envidia y sus remedios 179

a) Definición 179
b) La envidia, hija de la soberbia 180

1. El casto soberbio se condena como Satanás. 180
2. La envidia, hija de la soberbia 180

c) Remedios 180

1. Considerad el mayor valor de los demás... 180
2. Siendo la soberbia madre de la envidia, su remedio es la caridad 180

d) La envidia, madre de muchos males 181
e) La envidia del malo al bueno 181

1. El malo quiere aparecer bueno 181
2. El envidioso, como consecuencia, procura que el envidiado pierda el bien que producen sus celos. 181
3. Remedio fácil 182

f) Nadie envidie los dones espirituales. Somos un solo cuerpo 182

III. *San Bernardo* 183

A. «Es tu qui venturus es?» Exordio 183
B. Primera parte. ¿Quién viene? Dios. La humildad... 184
C. Segunda parte. ¿De dónde viene? Del cielo. Para volver a él 184
D. Tercera parte. ¿Para qué viene? 185

a) A buscar la oveja perdida 185

Págs.

b) A hacernos posible la vista de Dios 185
c) A manifestar su misericordia y poder ser imitado 185
d) A salvarnos del pecado y de la muerte 186
e) Cristo, fuente de misericordia, sabiduría, gracia, caridad y vida 186

SECCION IV.—**Teólogos** 188

I. *Santo Tomás de Aquino* 188
A. La envidia. Definición 188
B. Gravedad del pecado 189
C. Remedios 190

II. *San Roberto Belarmino* 190
A. Cualidades del Bautista 190
a) No es una caña vana 190
1. Ni por la promesa de la mesianidad 190
2. Ni por su muerte 190
b) No viste muellemente 191
c) Angel más que profeta 191
B. Juan, ejemplo para los hombres 192
a) La oración 193
b) Trabaja por las almas 193
c) Dureza de vida 193

SECCION V.—**Autores varios** .....

I. *Pedro el Venerable* 194
A. Injustificada discordia en la Orden benedictina ... 194
a) Desigualdad de usos y costumbres en la vida monástica 194
b) El ejemplo de San Ambrosio 195
c) Lo que verdaderamente importa 195
d) Rectitud de intención en unos y otros 196
e) El celo común por las almas, elemento de unidad 197
B. No es el color del hábito lo que importa, sino el del alma 197
a) La misma regla fundamento de ambas preferencias 198
b) Un texto de San Jerónimo sobre el lujo mundano 198

II. *Santo Tomás de Villanueva* 199
A. «Es tu qui venturus es?» Pruebas de la encarnación. 199
a) Posibilidades de la encarnación 199
b) Las pruebas 199
1. Los milagros 200
2. Las profecías 200

Págs.

3. Evangelización de los pobres 200
4. El testimonio de Juan 201
5. El corazón humano 201

B. Frutos de la encarnación 201

a) Exordio 201
b) Motivos de la encarnación 202

1. Glorificar al hombre 202
2. Destruir el pecado. La obra del demonio... 202
3. Rescatar al hombre 203
4. Atraernos a su amor 203

III. *Fray Luis de Granada* 204

A. Firmeza y oscuridad de la fe 204
B. Racionabilidad de la fe 205

a) Motivos de credulidad 205
b) Milagro de la fe 206
c) Milagros del cristianismo 206

C. Cultivemos nuestra fe 207

a) Fe viva 207
b) Medios de perfeccionarla 207

IV. *Santa Teresa de Jesús* 208

A. Daños del apetito de honras. Las disputas sobre honras, incompatibles con la perfección 208
B. Error de las almas santas que creen deber defender su honra 209

V. *Beato Juan de Avila* 210

A. Deseo lícito y peligros de las honras. Conveniencia y normas 210
B. Peligro de las honras y del mando 211
C. Cuanto menos santos, más desean gobernar 211

VI. *Bossuet* 212

A. La homilía de los milagros y escándalo de Cristo. 212
B. Dios bienhechor y el hombre ingrato 212
C. Los tres milagros de hoy y nuestro escándalo 213

a) Los tres milagros de hoy 213
b) Estos milagros como prueba 213
c) Nuestro escándalo 214

D. Milagro y escándalo de la verdad 214

a) El milagro. Triunfo de la verdad 214

1. Sin apoyo de razonamientos humanos 214
2. A pesar de la persecución 214

b) El escándalo. Negación e indiferencia 215

1. Los que niegan 215
2. Los despreocupados 215

E. Milagro y escándalo de la moral de Cristo 215

a) El milagro. Triunfo de la moral 215

Págs.

1. El milagro de su expansión 216
2. El milagro de su propia perfección 216

b) El escándalo. Apartamiento de los pecadores... 216

F. Milagro y escándalo del perdón 217

a) El milagro. La misericordia infinita de Dios ... 217
b) El escándalo. El aplazamiento de la conversión. 217

VII. *Donoso Cortés* 218

A. El pueblo protagonista de las tragedias bíblicas ... 218
B. El olvido de Dios y la ruptura de la unidad judía... 219
C. Los profetas 219

a) Poetas, oradores y tribunos 219
b) Al servicio de Dios con su vida y su martirio ... 220
c) Tránsito de la amenaza al castigo 220

D. La tragedia de Edipo-pueblo. Paralelo entre el héroe griego y el pueblo de Dios 220

a) El enigma de la humanidad 221
b) Ceguera del protagonista ante la catástrofe ... 221
c) Curiosidad sobrehumana 222
d) La cólera de Dios sobre Tebas y Jerusalén ... 222
e) Castigo del culpable 222

VIII. *Jaime Balmes* 224

A. Fuerza de la voluntad 224
B. Firmeza de voluntad 224
C. Firmeza, energía, ímpetu 225

SECCION VI.—**Textos pontificios** 227

I. *Epístola* 227

A. «Quaecumquc scripta sunt. ad nostram doctrinam» 227

a) La mayor obligación de hoy es evangelizar las riquezas de Jesucristo a los hombres 227
b) La doctrina social de la Iglesia se ha escrito para llevarla a la práctica 227
c) Por eso es necesario iluminar con ella las mentes de todos 227

B. «Deus... det vobis idipsum sapere in alterutrum, secundum Iesum Christum» 228

a) El hombre está naturalmente ordenado a vivir en sociedad 228
b) El mismo trabajo humano está ordenado a la sociedad 228
c) La sociedad es, pues, para el hombre y, por el hombre, para Dios 228
d) Hay una perfecta unidad entre la economía, la sociología, la moral y la salvación 229
e) Y todo el orden social debe ser la proyección del orden querido por Dios 229

Págs.

f) En el aspecto religioso, el hombre constituye la Iglesia 229
g) La perfecta unidad entre los hombres lleva consigo el reconocimiento de Jesucristo 230
h) El haber alejado a Jesucristo de la vida fué causa de tantos males 230
i) Hay que tender hacia una organización armónica y corporativa que regule la solidaridad entre los hombres 230
j) Sólo en una concepción semejante es posible conciliar el amor y el derecho 231

C. «Suscipite invicem sicut et Christus suscepit vos». 231
a) Cuando la fe en Dios como centro de todo decae, el orden social se conmueve y vacila 231
b) Así, el romper la relación con Dios dió lugar al positivismo jurídico del siglo XIX y al desorden actual 231
c) El hombre, considerado no sólo en su aspecto natural, sino en el sobrenatural 232
d) Así, pues, en el seno de la sociedad hay una maravillosa armonía que garantiza la paz ... 232
e) Que nos inclina a proclamar el respeto a la personalidad, la solidaridad de todos y la primacía del bien común 232
f) Es, pues, pecaminoso negar la colaboración cuando es exigida por el bien común 233
g) Y la disgregación, por falta de caridad, provocaría la muerte de la sociedad 233

D. «Erit radix Iesse et qui exsurget regere gentes» ... 233
a) Solamente Cristo es el camino de la salvación para todos 233
b) Hacia El deben volver los ojos quienes quedaron desengañados de sus falsas convicciones 234
c) Especialmente, quienes confiaron sólo en el progreso de la vida económica 234
d) Y ahora experimentan el fracaso de una economía sin moral 234

E. «Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace». 235
a) La alegría de la Navidad es un anticipo de aquella otra que nunca terminará 235
b) En ella Jesucristo viene a conquistar la paz, no con el hierro de las armas, sino con la madera de la cruz 235

II. *Evangelio* 236
A. «Pauperes evangelizantur» 236
a) Gran parte de los hombres encuentran difícil su salvación por ser pobres 236
b) También los agricultores han caído en la pobreza 236

Págs.

c) Caen en tremenda responsabilidad quienes hacen aparecer a la Iglesia como enemiga de los pobres 236
d) Es abusar de los pobres exigirles un trabajo excesivo para aumentar las ganancias 237
e) E imponerles un salario injusto, aprovechándose de la situación en que se encuentran 237
f) La injusta organización capitalista del trabajo degrada a la persona 237
g) Punto neurálgico del problema social es la cuestión obrera 238
h) La Acción Católica no puede dejar de preocuparse de las clases humildes 238
i) Hay que ver en los pobres al mismo Jesucristo. 238

B. «Euntes renuntiate Ioanni, quae audistis et vidistis» 238

a) A Jesucristo se le descubre por las obras de sus testimonios vivos 238
b) A los falsos redentores también se les descubre por sus obras 239
c) Hoy los amargos frutos nacidos de haberse apartado del cristianismo, son su mejor apología 239
d) El comunismo, consecuencia de la descristianización obrera 239
e) Es preciso que Cristo aparezca de nuevo en todas partes 240
f) Sólo una gran caridad y una profunda fe en Dios pueden dar base a la sociedad en ruinas. 240
g) El ejemplo tiene verdadera fuerza apologética... 240
h) Con él por delante se derribarán las trabas del respeto humano 241
i) Se trata de obrar la palabra y no sólo de escucharla 241

C. «Quid existis in desertum videre? Arundinem vento agitatam?» 241

a) Hoy no bastan los hombres a medias 241
b) Ante la corrupción es necesaria mayor vigilancia y defensa 241
c) Ante el peligro es preciso actuar 242
d) Con valentía para preservar al mundo de la ruina 242
e) Con fortaleza que sostenga a los pusilánimes ... 242
f) Incluso en la vida pública, a pesar de tantas dificultades 242
g) Este carácter varonil tiene su origen en la fe... 243
h) Exige nuestra colaboración a la obra de la gracia 243
i) Y se constituye por la constancia en seguir los eternos principios de la justicia 243

Págs.

SECCION VII.—Miscelánea histórica y literaria 244

I. *El castigo dantesco de los envidiosos* 244
II. *Una fábula de San Vicente Ferrer sobre la envidia* ... 245
III. *El caso de Joaquine Dehant* 245
IV. *Para Séneca, la misericordia es un defecto del alma* ... 246
V. *La limosna reproductiva* 247
VI. *Dió de limosna hasta el lecho de muerte* 248
VII. *La limosna espiritual* 248
VIII. *Un carácter: San Ambrosio* 249
IX. *La fe en Dios ante los peligros del mundo* 250
X. *Los peligros de la ciencia sin Dios* 251

SECCION VIII.—Guiones homiléticos 253

Serie II: *Sobre la epístola* 253
1. «Spem habeamus... Ut abundetis in spe...» 253

Serie III: *Sobre el evangelio* 255
2. Grandeza del Precursor 255
3. Dones y virtudes del Bautista 256
4. La misión del Bautista unida a la de Cristo 258
5. «Me autem minui» 259
6. La envidia 262
7. Efectos de la envidia 265
8. Los falsos celos 267
9. El escándalo de Cristo 268
10. El Mesías y el pueblo judío 270
11. Afirmación de la divinidad de Cristo 272
12. El milagro 274
13. El milagro moral 275
14. Hacer el bien 279
15. «Evangelizare pauperibus» 282
16. Los ricos pobres 284
17. El carácter 287

Serie IV: *De actualidad social* 289
18. El carácter. Fin de la educación 289
19. El mundo moderno necesita caracteres 291
20. El Mesías de nuestros tiempos: Cristo en los cristianos 294

EL TESTIMONIO DE JUAN A LOS JUDIOS

Tercer domingo de Adviento

SECCION I.—**Textos sagrados** 299

I. *Epístola* 299
II. *Evangelio* 299
III. *Otros textos de la Sagrada Escritura sobre la humildad.* 300
A. La humildad de Abraham 300
B. La humildad de Gedeón 300
C. La humildad de Noemí 300
D. El canto de Ana 301
E. David ante el arca 301
F. La humillación de los reyes de Israel 301
G. En el libro de Judit 302
H. La humildad de Ester 302
I. Sentencias del libro de Job 302
J. Humillación de Antioco 303
K. La humildad en los Salmos 303
L. Los Proverbios 304
M. Sentencias del Eclesiástico 305
N. En los profetas 306
Ñ. La humildad evangélica 306
O. La humildad apostólica 307

SECCION II.—**Comentarios generales** 308

I. *Situación litúrgica* 308
II. *Apuntes exegético-morales* 308
A. Epístola 308
a) Argumento 309
b) Comentario 309
1. Alegría del mundo y alegría de Dios 309
2. «Iterum dico» 309
3. Alegraos siempre 309
4. «Modestia vestra nota sit...» 310
5. «Nihil solliciti...» 310
6. «Dominus prope est» 310
7. «Pax Dei» 311
c) Acomodación 311
B. Evangelio 311
a) Ocasión litúrgica e histórica 311
b) La embajada 312
1. Este es el testimonio 312
2. Cuando los judíos desde Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas 312
3. ¿Tú, quién eres? 313

Págs.

c) La respuesta 313
1. El confesó y no negó; confesó: No soy yo el Mesías 313
2. Entonces..., ¿eres Elías? 313
3. No soy 314
4. ¿Eres un profeta? 314
5. ¿Quién eres?... ¿Qué dices de ti mismo? ... 314
6. Yo soy la voz del que clama en el desierto . 314
7. Entonces, ¿por qué bautizas? 315
8. En medio de vosotros está 315
9. Vendrá después de mí, pero es anterior a mí 316
10. No soy digno de desatar... 316

SECCION III.—Santos Padres 317

I. *San Juan Crisóstomo* 317
A. El evangelio 317
a) La soberbia 317
b) La limosna 317
B. Cristo y los pobres. «In medio vestrum est» 318
a) Reproches a los que no socorren a Cristo 318
1. Tuve hambre y no me disteis de comer ... 318
2. Vives entre riquezas sin socorrer a Cristo . 319
b) El gran negocio de la limosna 319
1. El mercado de la salvación 319
2. Préstale a Dios 320
3. Dios, fiador de los pobres 320
4. La limosna, superior a las demás virtudes en el precio 321
5. Exhortación final 322

II. *San Agustín* 322
A. San Juan y la humildad 323
a) El evangelio 323
b) Juan humilde 323
1. No soy el Cristo 323
2. No soy Elías 324
3. ¿Pues quién eres? 324
B. La humildad, virtud cristiana 324
a) Los paganos no la conocieron 324
b) Cristo, maestro de humildad 325
1. En su doctrina 325
2. Con su ejemplo 326
C. Los tres actos de la humildad 328
a) Cuáles son 328
b) Reconocer que todos somos pecadores 328
1. La lucha de esta vida no permite a nadie vivir sin pecado 329

Págs.

2. Hasta los mismos santos los cometieron ... 329
3. El pecado es lo único nuestro 330
4. Conclusión 330

c) Reconocer que nuestra virtud es de Dios 331

1. Todo lo que tenemos es de Dios 331
2. La mortificación, obra de Dios 331
3. Da gracias a Dios por todo 332

D. Exhortación final 332

a) Cristo llama 332
b) A los pecadores 333
c) A los piadosos 333

III. *San Gregorio Magno* 334

A. La predicación del Bautista 334

a) Preparad el camino del Señor 335
b) El que tiene dos túnicas, dé una 335
c) Las limosnas y la penitencia, violencia grata a Dios 336

B. La humildad 336

a) No soy digno de desatar su zapato 336
b) La humildad, guarda de la virtud 337
c) El que se humilla, será ensalzado 337

IV. *San Bernardo* 338

A. Conózcase el Papa a sí mismo 338
B. Tres condiciones de la confesión de las faltas 340

a) Humilde 340

1. Entre los malos 340
2. Entre los buenos 340

b) Sencilla 341
c) Fiel 341

SECCION IV.—Teólogos 342

I. *Santo Tomás de Aquino* 342

A. La vanagloria del pecado 342
B. Pecado mortal o venial 342
C. Pecado capital. Sus hijas 343

II. *San Buenaventura* 343

A. El conocimiento de sí mismo 344

a) Pecados de negligencia 344
b) Pecados de concupiscencia 344
c) Pecados de malicia 344

B. La humildad 345

a) Importancia y medios 345
b) Exhortación 345

Págs.

III. *San Roberto Belarmino* 346
A. La escena 346
B. La voz que clama 347
a) Juan es la voz 347
b) Es la voz del que clama 347
c) Del que clama en el desierto 348
C. En medio de vosotros está... 348
a) Cristo, hijo de un obrero, en su vida oculta ... 348
b) En nuestros superiores 349
c) Cristo está en los pobres y tampoco le conocemos 349
d) En la Eucaristía 349
e) Dios lo ve todo 349

IV. *P. Francisco Suárez* 349
A. Juan anunciado en las profecías 349
B. Oficio del Precursor 350
C. Santidad de Juan 351

SECCION V.—**Autores varios** 353

I. *Santo Tomás de Villanueva* 353
A. Exordio 353
B. Lo que eres por naturaleza 354
a) Tu cuerpo 354
b) Tu alma 354
C. Por profesión 355
a) Eres cristiano 355
b) Pero faltas a lo prometido 355
D. Por tu posición social 356
a) ¿Qué eres? ¿Emperador? ¿Rey? ¿Príncipe? . 356
b) ¿Y tú, prelado? 356
c) ¿Tú qué eres? ¿Conde, duque, señor? 356
d) ¿Tú qué eres? ¿Juez, prefecto, magistrado, censor? 357
E. Peroración 357
a) Para escapar del juicio de Dios 357
b) El conocerse a sí mismo llena de dulzura 357

II. *Santa Teresa de Jesús* 358
A. Qué es la humildad 358
a) La humildad es la verdad 358
b) Es conocerse a sí y conocer a Dios 358
c) Desconocer los dones de Dios no es humildad. 359
B. Discreción de la humildad 359
a) La humildad, la paz y el desasosiego 359
b) Práctica de la humildad 360
c) Aceptar oficios bajos 360
C. La humildad, maestra de oración. Nos trae a Dios . 361

Págs.

III. *Fray Luis de Granada* 361
Remedios de la soberbia 361
A. Su castigo 361
a) Cristo, modelo 362
b) Nuestra pequeñez 362
B. El peligro de la vanagloria 362
C. El parecer vano de los hombres 362
D. El soberbio descontenta a todos 363
E. ¿Qué tienes delante de Dios? 363

IV. *P. Alonso Rodríguez* 364
A. Cimiento de la humildad 364
a) El primer grado de humildad 364
b) Conocimiento de nuestra naturaleza 365
c) Conocimiento de nuestros pecados 365
B. Beneficios del propio conocimiento 365
a) Presunción y desaliento 365
b) Camino para conocer a Dios 365
c) Remedio de muchos males 366
C. Conveniencia de este ejercicio 366

V. *Bossuet* 367
A. El falso honor 367
B. El honor de lo vano 368
C. El honor en el mal 369
D. El falso honor del bien 369
E. Conclusión 370

VI. *Bourdaloue* 370
A. Austeridad desinteresada 371
a) La severidad evangélica no puede medirse 371
1. Por la dificultad de las empresas que se acometen 371
2. Ni por lo austero de nuestra vida 371
b) ¿Austeridad en tus negocios? 372
B. Austeridad humilde 372
a) Nuestra soberbia 372
b) Ya recibiste tu merced 373
C. Austeridad caritativa 374
a) Severo contigo, caritativo con los demás 374
b) La paja en el ojo ajeno 374

SECCION VI.—**Textos pontificios** 375

I. *Epístola* 375
A. «Gaudete in Domino semper» 375
a) En nuestros tiempos difíciles está más despierto que nunca el sentimiento de la solidaridad cristiana 375

Págs.

b) Se han estrechado los lazos de los cristianos entre sí y con la Jerarquía 375
c) La adhesión de todos al supremo pontificado. 375
d) Aun de los pueblos que luchan entre sí 376
e) Incluso de aquellos que no pertenecen a la Iglesia 376
f) Y de las supremas autoridades de las distintas naciones 377

B. «Dominus prope est» 377

a) La civilización cristiana se extiende más cada vez entre los pueblos 377
b) La doctrina evangélica extendida por todos los pueblos dió a la sociedad un sello cristiano 377
c) Procurando la Iglesia extender la civilización cristiana, contribuye a la propagación del reino de Dios y a instaurar todas las cosas en Cristo. 378
d) De la recta organización de la sociedad según los preceptos cristianos, procede la paz de Jesucristo en el reino de Jesucristo 378

C. «Nihil solliciti estis» 379

a) Las riquezas no libran del dolor, mas conducen a la perdición 379
b) Poner el corazón en el dinero es cerrarlo para Dios y su justicia 379
c) Por eso el capitalismo conduce a consecuencias funestísimas 380
d) Aumentó el número de los que se enriquecían sin escrúpulo a costa del prójimo 381
e) Y precipitó a los obreros en el abismo del pecado 381
f) Ni siquiera el campo se liberó de estos males . 381
g) Sus efectos llegaron incluso a campos que no son económicos 382

D. «Petitiones vestrae innotescant apud Deum» 382

a) Es deber de todos promover una cruzada de oración 382
b) Sólo con la oración y penitencia pueden resolverse los problemas actuales 382
c) Con ella se quita el afán por los bienes materiales 382
d) Y se abre el camino hacia la paz 383

II. *Evangelio* 384

A. «Tu quis es?» 384

a) El hombre en su aspecto natural es el verdadero rey de la creación 384
b) Lleva impresa en su alma la imagen de Dios. 384
c) Pero su mayor dignidad le viene de Jesucristo, con su gracia 384

Págs.

d) Aunque se hayan destruído totalmente los efectos del pecado sobre la naturaleza 384
e) Le hizo hijo verdadero de Dios 385
f) Su fin es la perfecta semejanza divina 385
g) El desarrollo de su personalidad por la unión con Dios 385
h) Y el gozo eterno de Dios en el cielo 386
i) Del modo como en el Cuerpo místico cada uno tiene una misión distinta 386
j) En la sociedad, cada cual recibe una vocación personal 386
k) Así se establece una perfecta ordenación de derechos y deberes 387
l) Y una comunicación social de bienes que redunda en bien de los individuos 387

B. «Et confessus est et non negavit» 387

a) Jesucristo legó a su Iglesia un patrimonio de verdad y de caridad en el que consiste la vida cristiana 387
b) De aquí que el precepto fundamental en el reino de Cristo es el servicio a la verdad y el vínculo de la caridad 387
c) El primer deber del Papa es dar testimonio de la verdad y refutar el error con caridad .. 388
d) El primer deber del sacerdocio es servir al pueblo toda la verdad y desenmascarar cualquier error 388
e) Toda la Iglesia, cuyo rey es la verdad. anuncia sin errores ni disminuciones la verdad de Cristo 388
f) La Iglesia está angustiada ante el diluvio de errores que entenebrecen la verdad y acumulan ruinas espirituales 389
g) La verdad es la madre y la garantía de la libertad humana 389
h) Para echar raíces necesita almas sinceras y procedimientos de verdad 389
i) La Iglesia, columna y fundamento de la verdad, proclama contra toda tergiversación las normas fundamentales de un orden nuevo ... 390
j) Una de esas normas fundamentales es la verdad en las palabras y en los convenios 390
k) Para garantizarla es necesario crear instituciones adecuadas 390
l) Pero la garantía sólida de sinceridad en los contratos es la conciencia fundamentada sobre la fe en Dios 390
ll) Frente a la insinceridad en los acuerdos libremente contraídos, la Santa Sede tuvo siempre por norma la fidelidad a lo estipulado 391

Págs.

m) La insinceridad, estigma de nuestra época, se considera hoy como parte de la técnica en el arte de formar la opinión pública 391
n) Al igual que Herodes, se pretende con engaños convertir a los pueblos en instrumentos ciegos de designios ocultos 392
ñ) La Iglesia denuncia a los sembradores de mentiras, verdaderos lobos disfrazados de ovejas. 392
o) Y proclama que nadie tiene derecho a recurrir a la mentira para restringir el uso de las justas libertades 392

C. «Ego vox clamantis in deserto» 392

a) El Papa, después de maduro examen, se determinó a elevar su voz 392
b) No puede callar la Iglesia ante las dificultades que se oponen a la vida cristiana 393
c) Y quiere sacudir a toda costa la conciencia del mundo del letargo en que se encuentra ... 393
d) La voz de la Iglesia clama: Estamos ante un problema urgente y peligroso 393
e) Que tiene suspensos a los hombres más eminentes 393
f) Si no se remedia será imposible garantizar la paz y evitar la revolución 394
g) Por eso la Iglesia convoca para una cruzada a los mejores miembros de la cristiandad 394

D. «Dirigite viam Domini» 394

a) Es deber de todos preparar la venida de Cristo al mundo 394
b) Con plena confianza en Dios y sin desanimarse ante los obstáculos 394
c) No es hora de lamentos, sino de acción 395
d) No es hora de perezosa tranquilidad, sino de actividad y de lucha 395
e) La paz nada tiene que ver con la pereza para el estudio ni con la terquedad en aferrarse a lo antiguo 395
f) Es tiempo de heroísmos y de verdadera santidad 395
g) No se admiten huídas cobardes 395
h) Ni se perdonaría el temor 396

E. «Medius autem vestrum stetit quem vos nescitis». 396

a) Jesucristo tiene especial predilección para con los pobres 396
b) Por eso la Iglesia ve en el pobre al mismo Jesucristo 396
c) También Jesucristo quiso hacerse trabajador para que el trabajador fuera otro Cristo 397
d) Y quiso dignificar al trabajador y al trabajo ... 397
e) Penetrándolo con su gracia redentora 397

Págs.

f) Por eso el Papa exhorta a que veamos en los obreros a otros Cristos necesitados 398
g) Nadie, pues, ni él mismo, puede ignorar o violar la dignidad humana del trabajador 398
h) El haberse olvidado de esta verdad llevó a los obreros hacia el abismo 398
i) Y entre ellos hay que incluir a los agricultores. 398

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 400

I. *La embajada de los corintios a Alejandro* 400
II. *Cómo se conoce la propia vocación* 401
A. Primera manera o tiempo: la vocación del P. Ginhac 401
B. Segunda manera o tiempo: la vocación de Santa Margarita María de Alacoque 402
C. Tercera manera o tiempo: la vocación de Santa Teresa de Jesús 402
III. *La vocación de los pueblos y naciones: el Imperio romano* 403
IV. *La vocación de España* 404
V. *La humildad del predicador* 405
VI. *El obispo mendigo* 405
VII. *La humildad exaltada* 405
VIII. *Un papa que renuncia a la tiara* 406
IX. *Dios, centro del alma* 407
X. *Los dos pilones* 407
XI. *Sinceridad y verdad* 408
XII. *Alegría del pueblo* 409

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 410

Serie I: *Litúrgicos* 410
1. «Gaudete in Domino» 410

Serie II: *Sobre la epístola* 412
2. Alegría cristiana 412
3. «Nihil solliciti estis» (las dos solicitudes) 414
4. La magnanimidad 416

Serie III: *Sobre el evangelio* 418
5. Criatura de Dios 418
6. Tú ¿quién eres?... Un miembro de Jesucristo 419
7. Suprema perfección del Bautista 421
8. El predicador 423
9. ¿Quiénes sois? 426
10. Conocimiento de sí mismo 428
11. La humildad 429
12. Los grados de la humildad 431
13. Los pusilánimes 433
14. La vocación 434

Págs.

15. Modo especial de conocer la propia vocación 437
16. Cristo, único objeto de nuestro gozo 440

Serie IV: *De actualidad social* 442

17. Alegrémonos porque se acerca el reinado de Cristo sobre la sociedad 442
18. Cristo está en los pobres 445
19. La sinceridad 447
20. El cristiano, precursor de Cristo en nuestra sociedad 449

PREDICACION DEL BAUTISTA

Cuarto domingo de Adviento

SECCION I.—**Textos sagrados** 455

I. *Epístola* 455
II. *Evangelio* 455
III. *Textos concordantes* 456
IV. *Textos complementarios* 457
V. *Otros textos de la Escritura alusivos a la penitencia* ... 459
A. Arrepentimiento y perdón 459
B. Penitencia de David 459
C. Plegaria de Salomón 460
D. Penitencia de los reyes de Judá 461
E. Otros ejemplos de penitencia 461
F. Sentencias del libro de Job 462
G. En los Salmos 462
H. En los libros sapienciales 463
I. En los profetas 463
J. La penitencia evangélica 465
K. La penitencia apostólica 467

SECCION II.—**Comentarios generales** 470

I. *Situación litúrgica* 470
A. Expectación penitente 470
B. Figuras 471

II. *Apuntes exegético-morales* 471
A. Epístola 471
a) Argumento 471
1. El capítulo tercero 471
2. El capítulo cuarto 471
b) Los textos 472
1. «Ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios...» 472

Págs.

2. «Poco se me da ser juzgado por vosotros»... 473
3. «Tampoco, pues, juzguéis antes de tiempo»... 473
c) El Adviento 474
B. Evangelio 474
a) Los jefes de Israel 474
b) Juan 475
1. El Evangelio comienza en Juan 475
2. «En el desierto»... 475
3. «Fué dirigida la palabra de Dios a Juan»... 476
4. «Vino por toda la región del Jordán»... 476
c) La figura del penitente 476
d) La predicación 477
1. «Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca»... 477
2. La penitencia 477
3. La limosna 478
4. El bautismo de penitencia 478
e) La profecía 478
f) El éxito del Precursor 479

SECCION III.—**Santos Padres** 480

I. *San Juan Crisóstomo* 480
A. El bautismo de la penitencia 480
a) El camino para buscar a Cristo 480
b) El ejemplo de la austeridad de Juan 481
c) Frutos dignos de penitencia 482
B. El peligro de las delicias del mundo 482
a) La opulencia, enemiga de la vida del alma 482
1. La crápula 482
2. El lujo del vestido 483
b) ¿Qué queda de todo ello? 484
c) Vuela por encima de las cosas. No son ellas malas, sino su uso 484
d) Has de sufrir aquí o allí. Hazlo aquí, que te ayuda Cristo 485

II. *El Crisóstomo y San Agustín* 485
A. Limosna y penitencia, según el Crisóstomo 486
a) Cinco medios de penitencia 486
b) La limosna, medio necesario 486
c) La limosna, superior a todo pecado 487
d) Valor impetratorio y satisfactorio 488
B. Limosna y penitencia, según San Agustín 488
a) Digno fruto de penitencia 488
b) El valor satisfactorio de la limosna 489
c) Los pecados veniales y la limosna 490

Págs.

III. *San Agustín* ... 490
A. Motivos de penitencia ... 490
a) El pecado separa de Dios ... 490
1. Cristo es luz. No te separes de El ... 491
2. El pecado nos separa de Dios, que vivía entre nosotros ... 491
3. Aunque el pecado separa, Dios sigue amando y esperando ... 492
4. Dios te ama a ti y odia tu pecado ... 492
b) Necesidad de la penitencia ... 492
1. Necesaria a los buenos ... 493
1.º Para resistir la tentación ... 493
2.º Para conservar y aumentar la gracia... 493
3.º A los sacerdotes ... 493
4.º A los seglares ... 494
5.º La caída diaria ... 495
2. Necesaria a los pecadores ... 495
1.º La penitencia por los pecados cometidos ... 495
2.º Excusas vanas ... 496
c) Exhortación final ... 497
B. Exhortación a los impenitentes ... 497
a) Los que difieren su conversión ... 497
1. La tardanza en convertirse ... 497
1.º Unos por desesperación ... 497
2.º Otros por exceso de esperanza ... 498
3.º Otros esperan mal ... 498
2. Dos respuestas ... 498
1.º ¿A eso se llama vivir bien? ... 498
2.º ¿Sabes cuándo vendrá Dios? ... 498
b) Despertar la conciencia que rehusa ... 499
c) Son palabras de Dios. Pidámosle la salvación... 499
IV. *San Cesáreo de Arlés* ... 499
A. Preparación para la Navidad ... 500
a) Hay que disponerse para recibir a Dios ... 500
b) Con limpieza de conciencia ... 500
c) Adornando el alma con la caridad ... 500
B. Las bodas de Cristo con la Iglesia y contigo ... 501
a) Hay que presentarse limpio de toda mancha... 501
b) Convidad a los pobres ... 501

SECCION IV.—**Teólogos** ... 503

I. *Santo Tomás de Aquino* ... 503
A. En qué consiste la remisión del pecado ... 503
B. Para volver a la gracia se requiere la penitencia. 503
C. También es necesaria para el pecado venial ... 504

Págs.

II. *San Buenaventura* 504

A. Hay tres modos de penitencia 504
B. La primera se origina del temor al juicio 505
C. La segunda de la caridad 505
D. La tercera de la misericordia 505
E. Grados de las tres 505

III. *San Roberto Belarmino* 506

A. Los caminos que conducen a Dios 506
a) «Rectas facite semitas...» 506
b) «Omnis vallis implebitur...» 506
c) «Semitas...» 506
d) «In solitudine» 506

B. Camino recto. El fin del hombre 507
a) La rectitud de intención 507
b) Nuestro fin 507
c) Nuestra intención debe dirigir todas nuestras obras a este fin 507

C. Camino llano. La presunción y la desesperación o pusilanimidad 508
D. Camino estrecho. La cruz de cada uno 508
E. Camino solitario 509

IV. *P. Francisco Suárez* 509

A. Elementos del bautismo de Juan 509
B. Sus efectos 510
C. Fin del mismo 510
D. Quien lo instituyó 511

SECCION V.—**Autores varios** 512

I. *Santo Tomás de Villanueva* 512

A. Los pecadores, desierto donde clama la voz del Señor 512
B. Voz de los favores 512
C. Voz de la predicación 513
D. Voz de los castigos 513
E. Voz de las inspiraciones internas 513
F. Preparad los caminos 514

II. *San Juan de la Cruz* 515

A. Dios y las criaturas, términos contradictorios 515
B. Ejemplos y autoridades 516
C. De los daños que los apetitos producen en el alma. 516
a) La privan de Dios 516
b) La cansan y atormentan 517

III. *Fray Luis de Granada* 517

A. Frecuente penitencia falsa 517
B. Actos necesarios 518
C. Dolor verdadero 518

Págs.

a) Proponte la enmienda 519
b) Evita las ocasiones 519

IV. *Beato Juan de Avila* 520

A. Preparación en estos días 520
B. Cristo viene a los que le desean 521
C. ¿Qué te detiene? ¿El mundo? 521
D. Petición y exhortación. La limosna 522

V. *P. Luis de la Puente* 523

A. El Bautista, predicador 523
B. Era movido por el Espíritu Santo 523
C. Templaba el celo con la misericordia 524
D. Predicaba penitencia saludable 524
E. Confirmaba su predicación, no con milagros, sino con su ejemplo 524

VI. *Bossuet* 525

A. Soledad y penitencia 525
a) La conciencia necesita reflexión tranquila ... 525
b) Utilidad de este dolor 527
c) Por lo menos recógete interiormente 527
B. Cambio de vida 528
C. Amor a las normas de vida cristiana 529

SECCION VI.—Textos pontificios 530

I. *Epístola* 530

A. «Quaeritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur» 530
a) Todos los bienes nos han sido dados para que los comuniquemos con nuestros hermanos ... 530
b) Quienes más dones recibieron, más obligados están a distribuirlos entre los necesitados 530
c) Tendrán que dar cuenta ante Dios de su gestión 531
d) Así, tienen gravísima obligación de dar limosna quienes dispongan de rentas no necesarias a la conveniente y decorosa sustentación 531
e) Y León XIII afirmó que urge el precepto, una vez satisfecha la propia necesidad y el decoro. 531
f) La limosna cristianamente entendida fomenta las relaciones sociales y estrecha los vínculos entre los hombres 531
g) Y en momentos de crisis social es medio excelente de satisfacción e impetración ante Dios. 532
h) Quienes no cumplan este deber recibirán su castigo 532
i) Pero el uso adecuado de ellas sólo puede alcanzarse por la virtud sostenida por la gracia. 532
j) La nobleza está especialmente obligada a dar ejemplo en la administración de sus bienes. 533

Págs.

k) Sería vergonzoso y condenable vivir en la ociosidad y en el lujo en medio de tanta necesidad. 533
l) Quienes disponen de la riqueza colectiva deben hacerla contribuir al bien común 533
ll) De forma que a todos y cada uno lleguen los bienes en medida suficiente 533
m) Sólo de este modo se conseguirá que el pueblo sea verdaderamente rico 534
n) Para ello es preciso atenerse a las normas de la justicia social 534
ñ) Y puesto que ellos contribuyen más que nadie al bien común, justo es que sean los primeros en la sociedad 534
o) Quienes más talento han recibido, más deben contribuir a la elevación cultural del pueblo... 534
p) También los funcionarios estatales o privados deben contribuir al bien de la nación 535
q) Por su parte, los trabajadores son en cierto modo administradores de su trabajo 535
r) Lo recibieron de Dios para bien suyo y de los demás 535
s) Y al ejercitarlo adquieren derechos ante la sociedad 535
t) Entre otros, el de intervenir en la administración de los bienes por ellos producidos 536

angelio 536

«Parate viam Domini» 536

a) El alejamiento de Jesucristo ha conducido al desmoronamiento de la moral privada y pública 536
b) Y esta indigencia moral condujo al problema social moderno 536
c) Si todos recibieran a Jesucristo, la sociedad estaría unida por el amor cristiano 537
d) Las leyes deben favorecer la religión en todos. 537
e) Especialmente en las clases trabajadoras 537
f) El hombre mismo no puede renunciar a estos derechos 537
g) Hoy los gobernantes atienden más a estos factores morales y religiosos 538

«Rectas facite semitas eius» 538

a) Sólo una ordenación social que coordine, estimule y garantice la cooperación de todos alcanzará el fin querido por Dios 538
b) Es también necesaria una recta distribución de cargas, oficios y socorros 538
c) Pues para soportar la dureza de la vida se exige hoy a muchos verdadero heroísmo 539
d) Y siendo imposible que todos la practiquen, se corre el peligro de caer en una revolución violenta 539

Págs.

C. «Omnis vallis implebitur et omnis mons et collis humiliabitur» 539
a) La sociedad moderna aparece dividida en dos clases, enormemente distanciadas 539
b) Una muy poderosa, aunque exigua; otra muy numerosa, pero desheredada 540
c) La gran multitud de proletarios ha quedado en una injusta situación de desamparo 540
d) Su gemido sube desde la tierra al cielo 540
e) También a los agricultores se ha extendido el mismo mal 541
f) La potencia económica, al explotar a la sociedad en provecho propio, condujo a una lucha. 541
g) Que del terreno privado se extendió al internacional 541
h) Hay también gran desproporción entre la técnica y el espíritu 541
i) No es posible admitir que tan enormes diferencias sean queridas por Dios 542
j) Porque tanto la excesiva riqueza como la excesiva pobreza son fuente de todo pecado 542
k) Es también un error creer que unas clases se oponen a otras 542
l) Habiendo diferencias entre los hombres, hay completa igualdad en la dignidad humana ... 543
ll) Y son compatibles con un espíritu de paternidad 543
m) Incluso en el orden internacional, es más cristiano hacer que normalmente se nivelen las excesivas diferencias 543
n) La solución está no en la revolución, sino en una perfecta, rápida y equitativa evolución ... 544
ñ) En la justa distribución de las riquezas, tal como exige la justicia social 544
o) Acompañada en todo momento de una producción abundante 544
p) Con instituciones adecuadas que garanticen los derechos de todos 544
q) La vida económica recibirá con ello mayor estímulo y actividad 545
r) Para salvar al mundo de los efectos del liberalismo económico, el orden económico y social debe penetrarse de justicia y caridad social 545
rr) Ellas han de ser, en lo sucesivo, el principio directivo de un régimen económico eficiente ... 545
s) Sin la justicia y la caridad no será posible tampoco el cumplimiento de los acuerdos internacionales que garantizan la paz de los pueblos 546

Págs.

t) Pero nunca hay verdadera caridad si no se cumple la justicia 546
u) Y muchas veces la caridad ha encubierto la violación de la justicia sancionada por las leyes 546
v) La caridad sin la justicia es una palabra vacía que hiere la dignidad de los obreros 546
x) El incumplimiento de los deberes de justicia por muchos católicos hizo disminuir la fe entre los trabajadores 547
y) Pero aun cuando nunca debe sustituir a la justicia, la caridad es necesaria incluso para asegurar la acción de la justicia 547

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 548

I. *La «parada» de la penitencia* 548
II. *La expiación de la pecadora* 549
III. *El «Miserere» de Savonarola* 550
IV. *El caso del Bautista se repite en otro Juan* 551
V. *Predicador y penitente* 552
VI. *El exceso de penitencia* 553
VII. *Penitencia espiritual* 553
VIII. *El que tiene dos túnicas* 554
IX. *De un turco que al bautizarse se llamó como el Bautista* 554
X. *Un sacerdote modelo: San Juan Bautista di Rossi* 555

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 557

Serie II: *Sobre la epístola* 557
1. Ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios 557

Serie III: *Sobre el evangelio* 559
2. La Providencia 559
3. La historia alrededor de Cristo 560
4. La vocación de España 561
5. La historicidad del Evangelio 564
6. Dignidad y obligaciones del sacerdote 566
7. La austeridad 568
8. El pecado, mal de Dios y del hombre 570
9. La predicación de la penitencia 571
10. Penitencia y Jesucristo 573
11. Penitencia corporal y exterior 575
12. Penitencia espiritual 577
13. La penitencia, necesaria a justos y pecadores 580
14. Penitencia y caridad 582
15. La limosna como penitencia 584
16. El premio individual de la limosna 585
17. El valor social de la limosna 587

Págs.

Serie IV: *De actualidad social* 589
18. Preparad los caminos para que Cristo reine en la sociedad 589
19. El pensamiento de los Papas sobre la limosna ... 591

PRESENTACION Y PURIFICACION EN EL TEMPLO

Domingo infraoctava de Navidad

SECCION I.—**Textos sagrados** 597

I. *Epístola* 597
II. *Evangelio* 597
III. *Textos complementarios* 598
IV. *Algunos textos de la Escritura sobre la tribulación* ... 599
A. Dios atribula a los justos 599
B. La tribulación viene en provecho nuestro 601
C. Por ella conocemos a Dios y a la eterna felicidad ... 601
D. Hay que sufrirla con paciencia y alegría 602
E. La tribulación, prueba divina 603

SECCION II.—**Comentarios generales** 605

I. *Situación litúrgica* 605
II. *Apuntes exegético-morales* 606
A. Epístola 606
a) Sentido general 606
b) El texto 606
c) Distribución y sentido de la perícopa 607
1. La minoría de edad 607
2. La plenitud de los tiempos 607
d) Pensamientos 607
B. Evangelio 608
a) La escena 608
b) Los textos 610
1. Lo que prescribía la ley 610
2. Ninguna de estas leyes obligaban a Jesús y a María 610
3. ¿Por qué, pues, se ofrecieron? 611
4. María ofrece a Dios lo mejor que tiene y lo que más le cuesta 611
5. Jesús, rescatado por cinco siclos 611
6. «Había... un hombre llamado Simeón, justo y temeroso de Dios...» 611
7. «El Espíritu Santo estaba en El» 611
8. «Esperaba la consolación de Israel» 611

Págs.

9. «Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte...» 612
10. «Movido del Espíritu Santo vino al templo» 612
11. «Los padres» 612
12. «Simeón le tomó en sus brazos» 612
13. «Ahora, Señor, ya puedes dejar ir a tu siervo» 612
14. «Luz para iluminación de las gentes» 613
15. «Gloria de tu pueblo, Israel» 613
16. «Su padre y su madre estaban maravillados» 613
17. «Simeón los bendijo» 613
18. «Y dijo a María, su madre» 613
19. «Caída y levantamiento de muchos en Israel...» 613
20. «Señal de contradicción... y una espada atravesará tu alma» 614
21. «Una profetisa, Ana...» 615
22. «Se volvieron a Galilea...» 615

SECCION III.—**Santos Padres** 616

I. *San Juan Crisóstomo* 616

A. Consolar, oficio del sacerdote 616
B. Todo, hasta la tribulación, está ordenado por Dios para bien del hombre 616

a) El universo creado para nosotros 617
b) Hasta los castigos son frutos de la benignidad divina 617
c) Ejemplo de Adán corregido por Dios en su culpa 618

C. Las tribulaciones apartan del pecado 618

a) En ellas se conoce a las almas 619
b) ¿Es largo el tiempo de la tribulación? 619

D. La tribulación nos recuerda el cielo y éste nos sostiene en ella 620

a) Nos recuerda el cielo 620
b) El pensamiento del cielo nos sostiene 620

E. Motivos por los que Dios permite la tribulación de los justos 621

a) Para que no se ensoberbezcan 621
b) Para que los demás no los reputen dioses 621
c) Para que brille el poder de Dios, que los sostiene con su gracia 621
d) Para que su paciencia demuestre que no sirven a Dios por recompensa humana 622
e) Para que pensemos en la resurrección y en el cielo 622

f) Para que sirvan de consuelo a los demás hombres .....
g) Para que imitemos a los santos .....
h) Para que distingamos a los verdaderamente dichosos de los miserables .....
i) Para perfeccionarnos en la santidad, incrementando la esperanza en Dios .....
j) Para que nos arrepintamos de nuestros pecados .....
k) Para que obtengamos mayor premio .....

F. Exhortación .....

II. *San Agustín* .....

A. Cristo nace para morir por el pecado .....

a) El pecado fué el motivo de la venida de Cristo.
1. Bajó del cielo para que nosotros subamos a él .....
2. Su muerte nos libró de la muerte .....
3. No vino para juzgar, sino para salvar .....
4. Bajó del cielo para que nosotros subamos a él .....
5. Vino a salvar lo que estaba perdido .....

b) Cristo vino a morir por el pecado de sus enemigos .....
1. Se hizo hombre por los impíos y los pecadores .....
2. Tomó nuestra carne para ofrecerla por nosotros .....

c) Cristo asumió la naturaleza humana para poder morir .....
d) Cristo se encarnó para tener un cuerpo que ofrecer en sacrificio .....
1. Los sacrificios hebreos no eran más que anuncios del de Cristo .....
2. Dios envió la carne para salvar a la carne.
3. Se hizo a semejanza de la carne de pecado.

e) Nuestra cooperación al sacrificio de Cristo ...
1. Ofrecer penalidades y humillaciones .....
2. La oración .....
3. El incienso de la alabanza .....
4. La gratitud .....
5. La mortificación .....

B. Las persecuciones de Cristo y del cristiano .....

a) Necesidad de la persecución .....
b) Los mártires forman un solo cuerpo con Cristo.
c) Nuestra persecución es la tentación .....
d) Oración por los perseguidores .....
e) Persecución de la herejía y de los que odian la persecución .....

Págs.

f) Persecución actual de los aduladores, que tientan 635

III. *San Gregario Magno* 636

A. En la persecución morir, en la paz refrenar los deseos 636
B. Contradicción entre Cristo y nuestras inclinaciones. 636
C. Peligros de la paz: el amor de las riquezas 637
D. Cristo contradicho por el respeto humano 637

IV. *San Beda* 638

A. Salvación y ruina 638
a) «Ecce positus hic in ruinam et resurrectionem». 638
b) «In signum cui contradicetur...» 638
c) «Ut revelentur ex multis cordibus cogitationes». 638
B. Compunción y amor 639

V. *San Bernardo* 640

A. Ofrezcámonos como el Niño 640
B. Tres visitas de Cristo a su templo 641

SECCION IV.—**Teólogos** 643

I. *Hugo de San Víctor* 643

El templo de nuestras almas, purificado 643

II. *Santo Tomás de Aquino* 644

A. Cristo, ofrecido en el templo 644
B. Cristo y María aceptan la Pasión 645
C. Las tribulaciones. Su carácter satisfactorio 646
D Sufrimiento aplicado por otros 646
E. Carácter preventivo y medio de perfección 647

III. *San Roberto Belarmino* 648

A. Manifestación a Simeón y Ana 648
B. Presentación del Señor 648
C. La Purificación 648
a) En qué consiste nuestra purificación 649
b) La fe nos propone las verdades que purifican. 649
c) El cuerpo se purifica con la sal de la penitencia 649

SECCION V.—**Autores varios** 651

I. *Santo Tomás de Villanueva* 651

A. Contemplación del misterio 651
B. Aplicaciones. La compra del Señor 652

II. *Fray Luis de Granada* 653

A. Llegada a Jerusalén 653
B. María entrega su Hijo a la Iglesia 653
C. Simeón. Afectos ante el Redentor 654

Págs.

D. Gozo y dolor de María 654
E. Virtudes de Ana. Ayuno y oración 655

III. *P. Pedro de Ribadeneira* 655

A. Bienes de la tribulación. Dios, su causa primera. 655
B. Motivos por los que la permite Dios 656
a) El pecado, motivo de la tribulación 656
b) La tribulación, prueba del amor de Dios 656
c) Otros bienes 657

C. Motivos que la hacen deseable 657
a) La tribulación nos purga y preserva del pecado 657
1. Nos purga 657
1.º Del pecado mortal 657
2.º Del pecado venial 658
2. La tribulación nos preserva también de caer en pecado 658
b) La tribulación ilumina, enseñando la verdad ... 658
1. Nos hace ver el verdadero valor de las cosas inferiores 658
2. Nos hace ver el valor del cielo 659
3. Nos hace conocer a nuestros iguales 659
c) La tribulación perfecciona la caridad 659

IV. *San Francisco de Sales* 660

A. Un ejemplo de verdadero y profunda humildad. 660
B. Cristo y María acompañan siempre la humildad con la obediencia 660
C. Una manera excelente de orar 661

V. *Massillon* 662

A. Espíritu total de sacrificio 662
a) Cristo se ofrece totalmente 662
b) Nuestro sacrificio consiste en la ofrenda total de los sentidos 662
c) Contemporizaciones mundanas y ofrenda a medias 663
d) Sacrificio universal 663
e) Sacrificio de los honores 663
f) Sacrificio de la reputación 664
g) Sacrificio voluntario y superabundante 664

B. La fidelidad 664
a) María no tuerce los fines de Dios. Nosotros, sí. 665
b) María, humilde en recibir enseñanzas de Simeón. 665
c) María, generosa contra el desaliento 666

VI. *Bossuet* 666

A. Sentimientos de terror y confianza de la religión. 667
B. Cristo, motivo de contradicción y escándalo 667
C. La humillación de Dios repugna a los sabios 668

Págs.

a) La primera verdad es la humildad 668
b) El humillarnos nos repugna 668
c) Ejemplo de Cristo 669

D. Los hombres repugnan la doctrina de Cristo, que les muestra sus pecados 669

a) El escándalo de los fariseos 669
b) El hombre no puede sufrir la verdad 669
c) Exhortación 670

E. Contradicción de la bondad de Dios, de la que se abusa 670

VII. *Bourdaloue* 671

A. La obediencia a la ley 671
B. La soberbia nos inclina o a la rebeldía o a buscar excusas 671

a) Tres motivos para que los grandes obedezcan la ley 672
b) Tres motivos para que los humildes obedezcan la ley 672
c) La obediencia no humilla, sino que ensalza ... 672
d) Endurecimiento y excusas. Ejemplo contrario a María 673
e) Exhortación 673

C. Nuestra tibieza se opone a la obediencia de la ley. 674

a) María nos enseña a sacrificar lo que amamos. 674
b) María nos enseña a privarnos de algunas dulzuras de la vida 674
c) María nos enseña a sacrificar el falso honor ... 675
d) Exhortación 675

VIII. *P. Federico G. Faber* 675

A. La tribulación de María, signo de santidad 675

a) La predicción de Simeón amarga toda la vida de María 676
b) Gracias de que María da muestra 676

1. Acata íntegramente la voluntad de Dios .. 676
2. Acepta esta voluntad generosamente 676

B. Enseñanzas del dolor de María 677

a) María sufre durante toda su vida 677
b) El sufrimiento nos preservará de muchos pecados 677
c) Nuestra aflicción es nuestra 677
d) Las alegrías, cabo de nuestras pruebas 677
e) Persecución por Jesús 678

IX. *J. B. Terrien* 678

A. María es nuestra Madre, por el dolor 678

a) La Redención se inicia en la Encarnación y se consuma en el Calvario 678
b) La maternidad de María se completa junto a la cruz 679

Págs.

B. María ofrece su Hijo y sus dolores en el templo. 680
C. María, asociada a la Redención 681
a) Desquite del paraíso 681
b) María, cooperadora del Padre 681
c) María, ejemplo nuestro, confianza nuestra 681

SECCION VI.—**Textos pontificios** 682

I. *Epístola* 682

A. Justicia social 682
a) Quienes carecen de todo otro medio, que son la mayor parte, han de sustentarse con su trabajo 682
b) Como a más débiles, los patronos no pueden perjudicarlos, sino favorecerlos 682
c) El Estado debe también favorecer a los asalariados y pobres, que no pueden hacerlo por sí mismos 682
d) El Papa alaba a quienes tratan de ayudar a los proletarios 683

B. Y caridad cristiana 683
a) Pero una verdadera caridad cristiana debe evitar toda apariencia de protección envilecedora 683
b) Si los obreros experimentan esta verdadera caridad, verán cómo la Iglesia está con ellos ... 683

C. La apostasía de las masas 683
a) Desgraciadamente, las divisiones sociales demuestran que ni se guarda la justicia ni la verdadera caridad 683
b) La Iglesia condena la conducta de muchos católicos que, por afán de lucro, fueron causa de la prevaricación de muchos 684
c) Muchos perdieron la fe porque se les explotaba inicuamente 684
d) No es cierto que por una ley fatal los obreros estén condenados a la pobreza 685
e) Creyendo que la justicia nacía de leyes necesarias, con la caridad sólo excitaba a la rebelión y al deseo de reformas 685
f) Abusar de los trabajadores con afán de lucro es contra todo derecho divino y humano 685
g) Hay, pues, que tender a formar a los obreros en sus derechos y en su responsabilidad, para que ellos mismos tomen la iniciativa 686
h) La autoridad debe ejercerse paternalmente a imitación de Dios 686

D. Función supletoria del Estado en la cuestión social. 686
a) El orden social depende más de la coordinación de todos que de la acción del Estado 686

Págs.

b) Lo ideal es que cada cual se ocupe de lo suyo, y el Estado tan sólo supla cuando sea necesario 686
c) Dejando a las sociedades inferiores lo que éstas puedan hacer, el Estado puede atender mejor a lo que es suyo propio 687
d) Si el Estado sustituye a la actividad privada, pronto se palpan las consecuencias nocivas ... 687
e) Lo propio del Estado es la tutela y defensa del orden jurídico, social y económico 687
f) Para ello es necesario que los ciudadanos colaboren inteligentemente 688

E. La necesidad de intervenir y sus límites 688
a) Pero cada vez se hace más necesaria la intervención 688
b) El individualismo colocó a los individuos frente al Estado, con perjuicio para ambos 688
c) Concretamente obstaculizó el nacimiento de organizaciones obreras 689
d) Pero León XIII estimuló su nacimiento, con el fin de que ellas mismas defendieran sus intereses 689
e) Las leyes sólo pueden prohibirlas cuando llevan malos fines; de otro modo, carecerán de fuerza obligatoria 689
f) Es deber del Estado intervenir en la organización del trabajo 690
g) Pero sólo cuando los propios trabajadores no pueden resolver sus problemas 690
h) Debe también proteger las asociaciones, pero sin entrometerse en su régimen de vida 690
i) Si cuentan con obreros preparados, ellos mismos defenderán sus derechos 690

II. *Evangelio* 691

A. «Et ut perfecerunt omnia secundum legem» 691
a) Es propio del ser racional y libre obrar con arreglo a la ley, conocida por su recta razón ... 691
b) Esta ley natural recibe su fuerza obligatoria de la ley eterna dictada por Dios 691
c) Muchas leyes positivas son mera expresión de ley natural 692
d) Otras son aplicación de un precepto genérico a aspectos concretos de la vida social 692
e) El que gobierna no debe sancionar ninguna ley que no dimane de la ley eterna 692
f) Porque carece de fuerza obligatoria la ley positiva que se aparta de la eterna 692
g) Y cuando manda algo contrario, es justo no obedecerla 692

Págs.

h) Siendo la obediencia a la ley sumisión a la voluntad de Dios, es deber de justicia observarla religiosamente 693
i) El acto de obediencia está ennoblecido por el hecho de que la potestad de la ley viene de Dios 693
j) Tanto los súbditos como los gobernantes están sujetos a la ley o, lo que es lo mismo, a la autoridad de Dios 693
k) Cuando la ley es justa mira no sólo por los bienes exteriores, sino principalmente por los del alma 693
l) El ordenamiento jurídico, fruto del espíritu humano, es la proyección externa del orden social querido por Dios 694
ll) Es el soporte externo y protector de la vida social que le permite obtener su fin 694
m) Aquella ordenación natural no puede ser abolida en ningún modo 694
n) Más todavía: Unas leyes que no se basan en el derecho divino, a la larga se desmoronan por sí mismas 695
ñ) De donde cualquier positivismo jurídico es condenable para una conciencia cristiana 695
o) Tal positivismo con su «derecho legal» ha destruído el orden establecido por Dios 696
p) Y de él ha nacido el Estado absoluto 696

«Ecce positus est hic in... signum cui contradicetur» 696

a) La lucha contra Jesucristo continúa contra su Iglesia 696
b) A la Iglesia transmitió Jesucristo su propia excelsa misión 697
c) De tal manera vive Jesucristo en su Iglesia, que se convierte en la segunda persona de Cristo 697
d) No pelear en favor de la Iglesia es pelear contra Dios 697
e) No hay término medio: no querer defender a Jesucristo es militar en las filas enemigas 698
f) En los momentos difíciles por que atravesamos, o estamos con Cristo o estamos contra Cristo. 698
g) No se puede estar con Cristo y con las riquezas. 698

«Puer autem crescebat et confortabatur» 699

a) A la familia corresponde una parte importante en la edificación y crecimiento del cuerpo místico 699
b) Fin del matrimonio cristiano es engendrar conciudadanos de los santos y familiares de Dios 699

Págs.

c) Los hijos son un tesoro que Dios les entrega para que se lo restituyan con provecho 699
d) Dios ha dispuesto que, de un modo natural, sean principalmente los padres quienes realicen esta labor 700
e) Por derecho natural y divino, colaboran con la Iglesia en la educación de los hijos 700
f) No es sólo un derecho inatacable de los padres. 700
g) Sino incluso un deber gravísimo 701
h) Hoy, por desgracia, muy descuidado en la familia 701
i) La educación debe tender al fin para el que Dios dió tales hijos 701
j) Que es eminentemente sobrenatural y divino. 701
k) Es, pues, fin propio de la educación formar a Jesucristo en los bautizados 701
l) Abarca toda la vida del hombre, hasta conformarlo con Jesucristo 702
ll) Y se extiende a todos los aspectos de la vida social 702
m) Incluso a la educación física y civil, en cuanto tiene relación con la religión y la moral ... 703
n) Para educar debidamente al niño hay que protreger su virtud en las crisis y habituarlo, desde el primer momento, a servir a Dios 703
ñ) Además de corregir desviaciones y fomentar impulsos sanos, hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad 703
o) Hasta que se llegue a poseer a Dios por el conocimiento y amor 703
p) Es preciso conservar la vida y la perfección cristiana de la familia 704

SECCION VII.—Miscelánea histórica y literaria 705

I. *La ofrenda. Elogio de la tórtola mística* 705
A. El gemido de la tórtola 705
B. La Esposa en busca del Amado 705
C. «Y en soledad ha puesto ya su nido» 706

II. *Tres encuentros providenciales* 707
A. Agustín y Ambrosio 707
B. Juan y Teresa 707
C. Ignacio y Javier 708

III. *«Ahora puedo morir en paz»* 709
IV. *«El hijo de tantas lágrimas»* 710
V. *Signo de contradicción* 711
VI. *La oración de Pascal* 712
VII. *La tribulación de la enfermedad* 713
VIII. *Nuestro pecado, la octava espada* 714
IX. *Revelaciones de Santa Teresa* 715
X. *La fiesta de la Candelaria* 715

Págs.

SECCION VIII.—Guiones homiléticos 717

Serie III: *Sobre el evangelio* 717
1. Jesús, cumplidor de la ley 717
2. Pureza de la Virgen 718
3. María, pobre 721
4. Simeón, justo 723
5. Simeón, hombre temeroso de Dios 725
6. Ver a Cristo en los brazos del Padre 726
7. La esperanza 728
8. Esperanza y confianza 730
9. Esperanza y vida temporal 733
10. Signo de contradicción en nuestros días 734
11. Los dolores de María 736
12. Bienes de la tribulación 738
13. La profetisa Ana 740
14. Orad sin intermisión 742
15. La vida contemplativa 746

Serie IV: *De actualidad social* 747
16. La obediencia a la ley, fundamento de la vida cristiana 747
17. La esperanza del padre de familia 750
18. Un problema actual: el estado paternalista 753
19. Sobre el paternalismo laboral 756

EL DULCE NOMBRE DE JESUS

Domingo después de la Circuncisión del Señor

SECCION I.—Textos sagrados 760

I. *Epístola* 760
II. *Evangelio* 760
III. *Selección de textos de la Escritura respecto al nombre de Jesús* 762
A. El nombre de Dios 762
B. Poder y majestad del nombre de Jesús 764

SECCION II.—Comentarios generales 767

I. *Situación litúrgica* 767
II. *Apuntes exegético-morales* 767
A. Epístola 767
B. Evangelio 770
a) Le dieron el nombre 770
b) Jesús 770
1. Etimología 770
2. Imposición milagrosa e historia del nombre. 770
3. Significación 772

Págs.

SECCION III.—**Santos Padres** 773

I. *San Agustín* 773

A. Cristo, único camino para la verdad 773

a) Los filósofos gentiles vieron de lejos la verdad, pero no el camino para llegar a ella 773

b) Cristo, camino de la verdad, era sabiduría ... 774

B. Unión de todos en Cristo 774

a) Cristo y sus miembros forman un solo cuerpo. 774

b) Cristo, camino de la fe 775

c) Cristo, único camino para ir a Dios 775

d) El ejemplo de los mártires 775

e) Vivos y muertos en Cristo 775

C. La verdad de Cristo nos libra 777

a) Cristo es la verdad 777

b) La verdad nos salvará 777

c) El cautiverio del pecado 777

d) Sólo Cristo nos libra del pecado 778

e) Libres del pecado mortal 779

f) Sujetos a la concupiscencia, pero sin que reine en nosotros el pecado 779

g) Libertad perfecta 780

h) La Iglesia, depositaria de la salvación de Cristo. 780

D. O con Cristo o Anticristo 780

a) El que niega a Cristo o sale de su Iglesia es Anticristo 780

b) El que en la práctica niega la doctrina de Cristo es Anticristo 782

c) No busquéis a Dios y neguéis a Cristo 782

II. *San Ambrosio* 782

A. Adán y Cristo 782

B. Eva y María 783

C. El árbol del paraíso y el de la cruz 783

D. María y el misterio de la salvación 784

III. *San Pedro Crisólogo* 784

A. La salvación consiste en la fe 784

B. Cristo nos justifica con su muerte 785

C. La paz con Dios por Jesucristo 785

D. La fortaleza del justo 786

E. Morir por Cristo 787

IV. *San Bernardo* 787

A. El nombre de Jesús 787

a) Jesús, salvador de su pueblo 787

b) Necesidad de obedecerle para ser mejor 788

B. Jesús, salvador del pecado 789

a) El nombre de Salvador 789

b) Fácil y amable salvación 789

Págs.

C. La imposición del nombre de Jesús 790
a) Conexión de la circuncisión y del nombre de Jesús 790
b) Todos los demás nombres de Cristo convergen en éste 791
D. Belleza de Cristo 792

SECCION IV.—**Teólogos** 794

I. *Santo Tomás de Aquino* 794
A. Los nombres deben responder a las propiedades de las cosas 794
a) Por la circunstancia de tiempo 794
b) Por el parentesco 794
c) Por algún suceso importante en la vida de la familia 795
d) Por alguna cualidad del nombrado 795
B. Los nombres impuestos por Dios 795
C. Otros nombres de Cristo 795
a) Los nombres de las profecías 795
b) Y te darán un nombre nuevo que te pondrá la boca del Señor (Is. 62,2) 796
c) El nombre impuesto en la circuncisión 796

II. *San Roberto Belarmino* 797
A. Nombre sobre todo nombre 797
B. Jesús, salvador 797
C. Jesús, médico 798
D. Las letras del nombre de Jesús 798
E. El modo de dibujarlo 798

SECCION V.—**Autores varios** 799

I. *Santo Tomás de Villanueva* 799
A. Exordio 799
B. Propiedad y conveniencia del nombre de Jesús ... 799
a) El nombre de Dios 799
b) El nombre de Cristo 801
1. El nombre de Jesús, propio de Dios 801
2. El significado de Salvador corresponde al nombre 801
C. Excelencias del nombre de Jesús 802
a) Fué anunciado y profetizado en la antigua ley. 802
b) Fué impuesto a Dios por boca de Dios 803
c) Eficacia del nombre de Jesús 805

II. *Fray Luis de León* 806
A. Jesús, nombre propio 806
B. Jesús, salud de nuestra enfermedad 807
C. Todos los nombres de Cristo se cifran en éste ... 807

Págs.

D. Escogió el de Jesús por amor 808
E. Modos como Cristo es salud 808
a) La salud no es sólo un bien, sino un conjunto de bienes 808
b) La salud consiste en la proporción y armonía de cosas diferentes 809
c) Llámase Cristo salud para que entendamos cuál es su obra y la deseemos 809
d) El mismo es la salud 810
e) Toda la salud es de Cristo 810
f) Es salud todo él 810
F. Cristo repara todas las cosas 811

III. *Beato Alonso de Orozco* 812
A. De la victoria que nuestro Salvador ganó de la muerte para sus amigos 812
a) Nos salvó de la muerte 812
b) Nuevas obligaciones para con nuestro Salvador. 813
B. Triple salvación 813
a) De la muerte del cuerpo 813
b) De la muerte del alma 814
c) Del demonio 815
C. Los justos se aprovechan de las tres victorias que Cristo les gana 815
D. Cómo los justos vencen estando en la cruz con Cristo 817

IV. *P. Luis de la Puente* 819
A. Quién impone el nombre de Jesús 819
B. Por qué se le impuso el día de la circuncisión 819
C. Provechos que nos vienen de este nombre 820

V. *Malón de Chaide* 821
El Salvador y los redimidos 821

VI. *Bossuet* 822
A. Jesús, Salvador, porque nos salva 822
a) Exordio 822
1. Texto 822
2. Cristo, humilde, recibe el nombre de Jesús. 822
3. Cristo nos salva de la mayor desgracia ... 822
4. Cristo nos salva de tres maneras 823
b) El pecado 823
1. Su gravedad 823
2. Sus consecuencias eternas 824
3. Cristo nos libra del pecado 825
c) El peligro de caer 825
1. Debilidades humanas 825
2. Hay que huir de la ocasión 826
d) La gracia de no volver a pecar 826

Págs.

1. Paz total en el cielo 826
2. Entra en el gozo de tu Señor 826

B. La salvación, comienzo de una nueva vida 827
a) Compromiso tremendo del Señor 827
b) Afectos del pecador salvado 828

C. Peroración final 828

VII. *Bourdaloue* 829

A. Asunto: Relación del nombre con la circuncisión. 829
B. División 830
C. Obediencia a la ley de la antigua circuncisión ... 830
a) Se halló en la disposición necesaria para ser la víctima del pecado 830
b) Ofreció a Dios las primicias de su santísima sangre 831
c) Se obligó a derramarla más abundantemente en la cruz 831
D. La circuncisión nueva del corazón 831
a) Nos propone la circuncisión del corazón y de ella nos hace una ley 831
b) Nos explica el precepto de esta circuncisión nueva con su ejemplo 832
c) Nos facilita el uso de esta circuncisión por la sangre que empieza a derramar 832
E. Exhortación final 832

VIII. *Flechier* 833

A. Exordio y división 833
B. Jesucristo, salvador 833
a) Dios revestido de nuestra flaqueza 833
b) Obligación penosa de sufrirlo todo por la salvación de los hombres 834
c) Obligación de pensar en la salvación de los pecadores 834
C. ¿Nos aprovechamos de su salvación? 834
a) Los que no conocen a Cristo 835
b) Otros conocen a Cristo, pero no creen en El ... 835
c) Finalmente, los hay que conocen y creen a Cristo, pero no le siguen 836

IX. *Cardenal Gomá* 836

A. Jesús, el esperado de la historia 836
B. Salvador por la plenitud de su gracia 837
a) Significado del nombre 837
b) Significado de la salvación 838
C. Salvador por su operación 839
a) Etapas de la redención 839
b) Todavía vive y se inmola 839
c) Abundancia de la salvación por el nombre de Jesús 840

Págs.

1. Más profunda que la condenación que nos vino de Adán 840
2. Más universal... 840

D. Poder social del nombre de Jesús 840

a) La verdad 841
b) La justicia 841
c) El imperio y el poder 842

SECCION VI.—**Textos pontificios** 843

I. *Epístola* 843

A. La descristianización de la sociedad y sus consecuencias 843

a) El alejamiento de Dios y de su fe da siempre una trágica cosecha 843
b) Toda construcción social que aparte al hombre y a la sociedad de Dios prepara su propia ruina. 844
c) Rechazada la piedra angular, todo el edificio social amenaza hundirse 844
d) Desapareció toda base moral y trajo consigo todos los males presentes 844
e) Los esfuerzos por destronar a Jesucristo han conducido a la indigencia espiritual y moral de los tiempos presentes 845
f) Y las tinieblas que nos envuelven 845
g) Abandonar a Dios trae consigo todos los males sociales 845
h) En la vida familiar es causa de desórdenes y hasta de crímenes 846
i) Y como consecuencia evidente, se sigue la guerra 846
j) Para un cristiano clarividente eran previsibles las consecuencias del apartamiento de Dios ... 846
k) Alejada de Dios la sociedad, sólo se va en busca de lo material y del poder 847
l) Independizada la autoridad civil de Dios, pretende un poder ilimitado, sumamente nocivo ... 847
ll) Trata de substituir a la divinidad por la autoridad 847
m) Y más pronto o más tarde, provoca el desmoronamiento de todo el edificio social 848
n) Donde no está Jesucristo no hay sumisión a la autoridad 848

B. La descristianización del Estado y sus consecuencias 849

a) Un Estado que pisotea la fe cristiana y los sentimientos de humanidad se precipita en la ruina 849
b) Aunque se diga democrático, si olvida su dependencia de Dios. conducirá a la tiranía 849

Págs.

c) Cualquier concepción ilimitada de la autoridad del Estado se opone al bienestar de la sociedad 849
d) Un Estado que olvida los fines señalados por Dios a la sociedad pronto sería rechazado por el pueblo 850
e) Si no se basa en la ley natural y divina, se transforma en absoluto 850
f) Pues todo absolutismo rechaza prácticamente toda dependencia de la ley moral, y, por tanto, cualquier limitación 850
g) Ofrece un triste espectáculo una sociedad que, llamándose democrática, considera a los hombres como masa 850
h) Apartar a Dios de la autoridad del Estado conduce necesariamente a la discordia entre las naciones 851
i) Porque destrozado el verdadero derecho de gentes, sólo prevalece el interés privado o el egoísmo colectivo 851

II. *Evangelio* 851

«Vocatum est nomen eius Iesus» 851

A. Jesucristo, base y fundamento de toda sociedad nueva 851

a) Jesús, con su doctrina y su ley de caridad, es el único fundamento para construir una sociedad nueva 851
b) Todas las cosas están fundadas sobre Jesucristo 852
c) Y sólo sobre Jesucristo pueden hallar el hombre y la sociedad paz y salvación 852
d) Todo orden nuevo que quiera promover la paz entre los pueblos debe basarse sobre la ley moral impuesta por Dios 853
e) Las funestas consecuencias del alejamiento de Jesucristo hacen a muchos volver de nuevo a su reino 853

B. La autoridad civil y el orden divino 854

a) Dios señaló como fin a la autoridad el bien temporal de los hombres como medio para el bien sobrenatural 854
b) Sólo con una autoridad que se considere participante de la divina puede la sociedad recibir un orden duradero 854
c) Sólo cuando la autoridad se ejerce dentro del orden establecido por Dios es inconmovible e inapelable 854

C. La Iglesia y las formas políticas 855

a) Dentro de la ley divina caben las más variadas formas políticas 855

Págs.

b) La Iglesia no se inclina por ninguna de ellas... 855
c) En la misma consecución del bien común debe subordinarse el Estado a las normas trazadas por Dios 855

D. La Iglesia y los males de la humanidad 856
a) Los fracasos de tantas doctrinas humanas hacen a muchos volver sus ojos hacia la Iglesia. 856
b) La Iglesia constituye, con Jesucristo, un todo indivisible 856
c) Si se quiere conseguir la verdadera paz y prosperidad social hay que dejar a la Iglesia ejercer su misión 856
d) La Iglesia, llena de vida, eleva todo lo que es humano al orden sobrenatural 857
e) La Iglesia dirige los fines particulares al fin total, que es la perfecta semejanza con Dios ... 857
f) La Iglesia no persigue un imperialismo político, busca lo más íntimo de los hombres y prepara así a la sociedad una base firme 857
g) Actúa sobre el ser humano completo, tal como es a los ojos de Dios 858
h) Sobre el hombre entero, a un tiempo fuente de la sociedad y del cristianismo 858
i) La elevación del hombre en el seno de la Iglesia da a la sociedad humana su más sólido fundamento 858
j) No puede la Iglesia abandonar esta misión para ella esencial 859

E. Dignidad del trabajo humano y sus consecuencias. 859
a) Por voluntad de Dios, el trabajo posee una dignidad inalienable, que le hace servir al perfeccionamiento de la persona 859
b) Jesucristo con su gracia elevó el trabajo humano a un valor sobrenatural 859
c) Jesucristo, haciéndose trabajador, dignificó el trabajo 860
d) El trabajo es servicio de Dios merecedor de la vida eterna 860
e) El trabajador colabora al bien común, siguiendo las huellas de Jesucristo 860
f) Los mayores progresos de la humanidad se deben al trabajo de los hombres, animados por la caridad sobrenatural 861
g) El trabajador imprime en su obra una huella de su personalidad 861
h) La ley del trabajo, que existía incluso en el estado de inocencia, se hizo luego medio de expiación 861
i) Quienes trabajan contribuyen en gran parte al bien común de la sociedad 862

Págs.

j) **El ejercicio del trabajo, según la voluntad de Dios, eleva al hombre; pero dentro de la organización liberal le degrada** 862
k) **El liberalismo considera prácticamente al trabajo como vil mercancía, con la que especula en el mercado** 862
l) **En nombre de la libertad humana, exige que se deje al trabajador contratar libremente** 863
ll) **Supone que la distribución de los bienes producidos se ajusta a una ley económica necesaria...** 863
m) **La aplicación de las doctrinas liberales redujo a los trabajadores a la condición de proletarios.** 863
n) **El capitalismo liberal hace así del obrero un esclavo, despreciando su dignidad humana** 864

F. **El comunismo, la dignidad humana y la paz social.** 864

a) **El comunismo ha construído en torno al trabajo un falso misticismo** 864
b) **La sociedad, para el comunismo, tiene como fin el trabajo y el goce de los bienes producidos** ... 864
c) **El hombre, en el comunismo, no es más que una pieza ciega de un enorme mecanismo** ... 865
d) **El Estado tendría derecho absoluto para obligar a trabajar** 865
e) **Mientras no se logre la sociedad sin clases, el Estado es medio indispensable para el triunfo del comunismo** 865
f) **Buscando sólo el máximo bienestar social, sacrifica los supremos valores del hombre, sometiéndolo a odiosa esclavitud** 865
g) **Consecuencia: esclavitud de los hombres, terrorismo y disolución social** 866
h) **La religión, opio del pueblo, es un obstáculo para el paraíso comunista y hay que exterminarla** 866

SECCION VII.—**Miscelánea histórica y literaria** 867

I. *El acróstico con el nombre griego de pez* 867
II. *El monograma de Jesús y San Dámaso* 867
III. *El nombre de Jesús grabado en su corazón* 868
IV. *Juana de Arco en la hoguera* 869
V. *El monograma y el proceso de San Bernardino* 869
VI. *Por qué se llamó Compañía de Jesús* 870
VII. *Cuando digo Jesús, me quito el bonete* 871
VIII. *Una cruz con su propia sangre y el nombre de Jesús.* 872

SECCION VIII.—**Guiones homiléticos** 873

Serie II: *Sobre la epístola* 873
1. Los dos caminos para la gloria 873

Págs.

Serie III: *Sobre el evangelio* 875
2. Jesús, Salvador 876
3. Jesús es la salud 878
4. Jesús salva por la palabra 879
5. El nombre de Jesús 881
6. Los nombres de Cristo 882
7. Jesús, Salvador de los pueblos 885
8. Jesús, Salvador de todas las razas 887
9. El nuevo Adán Salvador 889
10. La victoria del amor 891
11. Nuestro aprovechamiento de la salvación 893
12. Jesús, Salvador de la verdad 894
13. Jesús, Salvador de la muerte 895

Serie IV: *De actualidad social* 898
14. Jesús, Salvador de la sociedad 898
15. Jesús, Salvador de la autoridad 900
16. Jesús, Salvador del trabajo 902

INDICE DE NOMBRES PROPIOS Y REFERENCIAS BÍBLICAS 905
INDICE DE CONCEPTOS 925

PROLOGO

P R O L O G O

No sin resistencia he aceptado que figure mi nombre al frente de este volumen. Sólo por atender las indicaciones de la Dirección de la B. A. C., que así lo ha juzgado conveniente, he accedido a ello.

Me había negado porque la obra no es mía, aunque sea mía la idea, la alta dirección y una parte del texto. La obra es fruto del trabajo de una comisión, cuyos miembros constan al final de este prólogo.

Es empresa de mucho empeño la que acometemos. Ciertos nos hallamos de no haber logrado, ni con mucho, nuestros generosos propósitos. Y, sin embargo, nos hemos resuelto a sacarla a luz porque estimamos que puede ser útil y que indica o señala una orientación saludable. Si obtiene el favor del público, madurará mucho nuestro intento en futuras ediciones.

Pretendemos cooperar al movimiento moderno en la predicación sagrada, que aspira, siguiendo las orientaciones pontificias, a restaurar la tradición patrística.

«Nunca hubo—dice Benedicto XV—una abundancia de predicadores mayor que la que existe en nuestra época, y, sin embargo, crece en todas partes el desdén y el olvido de las cosas sobrenaturales».

«Por deplorable que sea, nadie podrá negar que los predicadores no están a la altura de las necesidades; no ofrecen remedios suficientes».

«¿Es que la palabra de Dios ha dejado de tener aquella virtud eficaz, viva y penetrativa, como una espada de dos filos, de que habla el Apóstol?»

«¿No será más bien que aquellos que modernamente manejan la palabra de Dios no saben manejarla como conviene?» *(Humani generis redemptionem.)*

Restaurar una predicación auténticamente evangélica es, pues, tarea necesaria y urgente.

Para conseguirlo, el orador ha de poseer bien el Nuevo Testamento, y en especial el Evangelio y San Pablo.

Importa, además, mucho que conozca la interpretación que los Santos Padres, en sus homilías, hicieron de dichos textos, y que esté iniciado en las elaboraciones teológicas que de los mismos nos ofrecen los grandes doctores.

El estudio detenido de estos comentarios, completado con los de escritores posteriores y de algunos contemporáneos, proporcionará al sacerdote el espíritu del Evangelio, y precisamente de aquel Evangelio que la Iglesia le entrega para que se lo comunique al pueblo.

No siempre pueden los predicadores ahondar en el texto de la Escritura. No tuvieron tiempo, durante sus estudios seminarísticos, solicitados por otras materias, de penetrar directamente en la palabra de vida. Luego, entregados a los ministerios, ni tiempo, ni tranquilidad a veces. Y casi nunca libros a mano para estudiar desde distintos ángulos, guiados por maestros segurísimos, la palabra de Dios.

Nuestro propósito es remediar la penuria de materiales. No damos sermones hechos. Darlos es funestísima práctica, que desorienta definitivamente al orador sagrado. Orador que aprende de memoria un texto ajeno y lo pronuncia, declamador será, que no orador. El orador debe exponer —*nova et vetera*—, pero de su fondo sacado.

La elocuencia, más o menos relativa, brotará de lo íntimo del que habla, si habla con posesión de la materia y con firme convicción.

Ni cabe aquí más norma que la sapientísima del gran maestro:

> Cui lecta potenter erit res,
> nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo
> (*Ad Pisones*, 40).

El poseer *fortiter* es el primer requisito. Poseer intelectualmente la idea; con claridad, y con la posible profundidad. Y, además de poseer, sentir, cuando, como aquí, la materia lo permite y exige.

El párroco o sacerdote que domine su asunto, a poco que trabaje y ordene sus ideas, las expondrá con claridad, convicción y calor, y llegará a sus oyentes.

Mas él mismo ha de ser el que combine y funda los materiales que reciba.

Y por tratarse de oratoria sagrada, necesario es que bus-

que la inspiración y el fuego de aquel que, como Maestro interior de los oyentes, ha de producir el fruto. Deben caldearse, las homilías, en el sagrario y en la oración. *Ignitum eloquium tuum vehementer,* diríamos, acomodando al caso las palabras del salmista (Ps. 118, 140). La palabra de Dios, sea cual fuere el tono, el lugar y el auditorio, no puede servirse fría.

La producción intelectual exige que los textos que se ofrezcan sean de la más alta autoridad. Y a eso hemos sacrificado toda consideración de otro orden. No pretendemos variedad en los autores citados. Ni menos aparecer eruditos.

¡Qué sabio el *time hominem unius libri!* ¡Qué olvidado el *non multa, sed multum!* Los textos sagrados y media docena de grandes maestros deben constituir el arsenal ordinario del predicador.

El Crisóstomo y San Agustín entre los Padres, y Santo Tomás entre los teólogos, van, y a larga distancia, por delante de todos los demás, sin que los demás queden excluídos.

Excusado es decir que en doctrina mística, hoy tan necesaria, porque la Iglesia moderna vive muy intensamente la doctrina del Cuerpo Místico de J. C., son nuestros doctores preferidos Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

De los clásicos nacionales, prestaremos especial atención al Maestro Avila y a ambos Luises. No faltarán todos los textos adecuados del libro de los Ejercicios de San Ignacio. Y no olvidamos al excelente Santo Tomás de Villanueva, maestro de homilética.

Bossuet, gran teólogo y orador elocuentísimo, es, entre los franceses, nuestro predilecto. Y conviene advertir, de pasada, que no ha perdido actualidad, precisamente porque se inspira constantemente en las Escrituras, en los Padres, en los grandes teólogos, y no poco en los grandes maestros españoles del siglo XVI. Algunos elocuentes oradores franceses del XIX, a pesar de hallarse más próximos a nosotros, han envejecido antes que Bossuet y que los más ilustres de sus contemporáneos.

Lo que da valor perenne a la literatura sagrada es la inspiración directa de la Escritura. El sacerdote que cada día ahonde más en ella, sin despreciar la necesaria cultura moderna, será original, y modernísimo, y hasta sabiamente innovador o restaurador. Llevará las almas a Dios, que es

lo que importa; dará prestigio a su púlpito, y se atraerá la parte más selecta de los varones cultos y aun de los científicos.

Porque muchos hombres de estudio—yo he conocido personalmente algunos—que han languidecido en la fe que recibieron de sus padres, o vivido alejados de la Iglesia, cuando llegan a la edad madura sienten despertarse en ellos un vivo deseo de hallar y de vivir la verdad religiosa, que aprendieron mal de niños o que después olvidaron.

Esta gente no gusta—contra lo que tal vez piense alguno—de sermones *científicos;* y, por supuesto, abomina de los *retóricos*. Estos doctos, consciente o inconscientemente, anhelan la palabra de Dios. Acuden al templo en busca de la exposición genuina y fiel del Evangelio, aunque con sencillez vestida.

Y esta misma predicación, enriquecida con una profunda asimilación del incomparable San Pablo, expuesta en lenguaje moderno, lleno de vigor y concisión, arrastraría a la parte más selecta de la juventud universitaria, que busca, y no encuentra, una filosofía vital y humana que, por serlo, ha de ser fundamentalmente religiosa.

¡Pobre juventud! Fascinada a veces por la brillantez literaria o poética de un ensayismo filosófico, y totalmente ayuna otras muchas—aun la piadosa—de lo más sustancioso y profundo de la palabra revelada. ¡Tremenda responsabilidad la de los que no saben servirle el pan de vida!

El joven capaz que empiece a comprender a San Pablo, San Agustín, Santo Tomás o San Juan de la Cruz, directamente estudiados, los tomará por compañeros inseparables de toda la vida. Pero ¿es fácil hallar doctores que tengan en la punta de los dedos siquiera algunas obras o tratados de estos insuperables maestros, para exponérselos a lo más selecto, y científicamente más honrado, de nuestros intelectuales?

Comprendemos que los párrocos y, en general, el clero dedicado a los ministerios, no disponen de tiempo para estudiar, en la forma que pedimos, los textos que ofrecemos. No será poco si la semana les concede vagar para leerlos. Pero la simple primera lectura les servirá de poco, porque son pasajes densos de ideas, no fáciles de dominar y asimilar. Por otra parte, ¿dónde hallar horas libres para la composición del propio discurso?

La observación es exacta, pero quedará contestada con la exposición de nuestro pensamiento acerca del manejo del material que servimos.

Opino que los textos de LA PALABRA DE CRISTO deben ser estudiados desde el Seminario. La Exegética, en primer lugar, debe ser fiel a estas tres normas de Pío XII: atención preferente al sentido teológico; no olvidar la interpretación de los Santos Padres, a quienes Dios dotó de una sabia perspicuidad para penetrar en el valor de la palabra revelada, y exposición ardiente de la doctrina, de modo que los alumnos pueden hacer suyo el *nonne cor nostrum ardens erat in nobis* de los discípulos de Emaús.

Yo quiero que la Homilética, bien entendida, sea para mis alumnos asignatura principalísima. El mundo necesita un clero cuya palabra sea temible y saludable como la que el Señor entregó a Jeremías: «Mira que pongo en tu boca mis palabras. Hoy te doy sobre pueblos y reinos poder de destruir, arrancar, arruinar y asolar, de levantar, edificar y plantar» (Ier. 1,10).

Los alumnos de mi Seminario tendrán por texto, desde el primer año de Teología, en la clase, ampliada, de Homilética, la obra que se inicia con el presente volumen. Cada uno estudiará los autores que el profesor le señale, no para aprenderlos de memoria, sino para penetrar en su sentido y asimilárselos. Bastarán para ello acotaciones, notas, breves comentarios, y la exposición del autor mismo, con libro y notas a la vista. En el cuarto curso de Teología deberán ensayarse en la redacción de guiones.

Sólo se les exigirá de memoria el Evangelio y la Epístola de todas las domínicas. Labor, empero, que podría comenzarse y concluirse antes de llegar a los estudios teológicos.

Los grandes maestros de la oratoria sagrada y los grandes teólogos tuvieron siempre un conocimiento muy extenso de las páginas sagradas. «Apréndase, si puede, de memoria todo el Nuevo Testamento» *(De J. de Avila a un predicador)*.

Complemento indispensable de esta iniciación será el quinto de Teología, cursado fuera del Seminario, en una residencia sacerdotal dedicada exclusivamente a la formación pastoral práctica. Los nuevos sacerdotes actuarán en parroquias los sábados por la tarde y los domingos.

Asignatura capital del quinto de Teología será la Ho-

milética. Los alumnos, que no pueden ser muy numerosos, actuarán, dirigidos por un sacerdote experimentado, con vistas a la predicación del domingo. Cada uno debe tener señalado un púlpito, en el cual predicará durante todo el curso la correspondiente homilía.

Los noveles predicadores deberán redactar sus propios sermones, al menos en guión extenso, y de ninguna manera aprenderse de memoria alguno de los que brindamos. Tales guiones se ponen por vía de ejemplo y para que sirvan de orientación. Todo discurso, y más un sermón homilético, debe ser un diálogo con el público. La naturaleza de éste, la ocasión, el ambiente, las circunstancias, influyen en el tono y estilo, y a veces hasta en el contenido del discurso. Mas el orador sagrado debe ofrecer siempre doctrina y acomodar las aplicaciones a lo que el pueblo necesita o espera.

La práctica del método que preconizamos, familiarizará al predicador con el texto escriturístico y con las ideas de los grandes comentaristas, al punto de que, con leve trabajo, pronunciará discursos y pláticas enjundiosos, transidos de espíritu evangélico.

Los sacerdotes que lleguen a la vida ministerial con esa preparación remota del Seminario y la Residencia, después de haberse familiarizado con los volúmenes de LA PALABRA DE CRISTO y de haber ampliado el texto con notas, acotaciones y comentarios de su minerva personal, compondrán con suma facilidad sermones nutridos de doctrina, prácticos y atrayentes.

La propia experiencia y la lectura de autores modernos, que, bien seleccionados, nunca deben faltar, darán a la palabra del sacerdote modernidad y sentido práctico, sin daño de su fundamental sentido teológico.

El párroco no puede excusarse de predicar. Si no en tanto grado como lo es para el obispo, la exposición de la palabra es para él un deber primario.

Y si predica, debe prepararse bien. Preferible es que no suba al púlpito, si va a subir para improvisar. No hará fruto en las almas piadosas. Causará hastío a las cultas. Alejará a los hombres de la iglesia. Desacreditará su persona y, esto es lo más doloroso, desacreditará el púlpito y el propio Evangelio.

Muy al contrario, con la auténtica palabra de Dios, sentida y sabiamente administrada, animará, ilustrará y gobernará su parroquia.

Hay una novedad en nuestra colección. Insertamos en ella textos pontificios y guiones basados en ellos. Es claro que dicha materia no será, de ordinario, la indicada para la predicación del domingo. No faltarán, empero, algunos casos en que sea oportunísimo exponer el pensamiento pontificio como comentario al evangelio. Así, por ejemplo, cuando la página sagrada enseña los deberes de familia, los principios fundamentales del orden público e internacional, los derechos de la Iglesia frente al Estado, los deberes del cristiano para con la Iglesia, etc. Y todos los deberes referentes a la justicia social.

Materia esta última de la mayor importancia, porque nuestro pueblo tiene en tal punto una conciencia deficientísimamente formada. Y existe un «modernismo social, jurídico y económico» (Pío XI), enérgicamente condenado por los Papas, en el que incurren, por falta de ilustración, muchos católicos.

Los textos y guiones sociales serán útiles para conferencias, sermones de asambleas sociales, círculos de estudio, etcétera.

Bien advertimos que no siempre es natural y lógica la relación entre los documentos de esa índole que se incluyen y el evangelio a que se aplican. Mas si alguna vez es lícito usar del *opportune et importune*, es en este trance: todo esfuerzo por introducir en la conciencia del pueblo católico el pensamiento social pontificio, será corto y débil.

No me corresponde a mí—como dije—el mérito de lo bueno que este libro contenga. La obra es fruto de un trabajo en equipo. Yo he colaborado con un grupo de personas muy competentes en sus respectivas materias.

Don Luis Vera Ordás, D. José M.ª Eguaras, D. Rafael González Moralejo. D. Luis Ortiz Muñoz y D. Tomás Cerro Corrochano han trabajado conmigo en la confección de este volumen. Ellos son los verdaderos autores del mismo:

Don Luis Vera Ordás, en la selección de textos patrísticos, teológicos, y en los comentarios exegéticos.

Don José M.ª Eguaras, en la parte litúrgica y teológica.

Don Rafael González Moralejo, en la sección social.

Y los tres en la composición de guiones.

Importantísima ha sido la colaboración de D. Luis Ortiz Muñoz y D. Tomás Cerro Corrochano. El primero en la selección de los textos escriturísticos y en la sección anecdó-

tica, aparte de la obra de corrección de estilo y compulsación de todas las citas. El segundo, en reducir, acoplar, y, a veces, ordenar los materiales, dándoles la forma definitiva.

Quiera el Señor que este conato sirva para facilitar a los seminaristas y el clero el cumplimiento del arduo y capital deber de enseñar al pueblo la palabra de vida.

† ANGEL HERRERA ORIA,
Obispo de Málaga.

Málaga, fiesta de la Conversión de San Pablo, 25 de enero de 1953.

EL JUICIO FINAL

Primer domingo de Adviento

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

Con el propósito de unificar las traducciones de los textos de la Escritura, hemos adoptado, salvo en excepciones contadísimas, la versión de Nácar-Colunga (cf. *Sagrada Biblia*, 4.ª ed. **BAC**, Madrid 1951).

I. EPISTOLA

(Rom. 13,11-14)

11 ... scientes tempus: quia hora est iam nos de somno surgere. Nunc enim propior est nostra salus, quam cum credidimus.

12 Nox praecessit, dies autem appropinquavit. Abiiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis.

13 Sicut in die honeste ambulemus: non in comessationibus, et ebrietatibus, non in cubilibus, et impudicitiis, non in contentione et aemulatione:

14 sed induimini Dominum Iesum Christum...

11 ... y ya conocéis el tiempo, y que ya es hora de levantaros del sueño, pues nuestra salud está ahora más cercana que cuando creímos.

12 La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz.

13 Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias,

14 antes vestíos del Señor Jesucristo...

II. EVANGELIO

(Lc. 21,25-33)

25 Et erunt signa in sole, et luna, et stellis, et in terris pressura gentium prae confusione sonitus maris, et fluctuum:

26 arescentibus hominibus prae timore, et exspectatione, quae supervenient universo orbi: nam virtutes caelorum movebuntur:

27 et tunc videbunt filium hominis venientem in nube, cum potestate magna, et maiestate.

28 His autem fieri incipientibus, respicite et levate capita ves-

25 Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra perturbación de las naciones, aterradas por los bramidos del mar y la agitación de las olas,

26 exhalando los hombres sus almas por el terror y el ansia de lo que viene sobre la tierra, pues las virtudes de los cielos se conmoverán.

27 Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y majestad grandes.

28 Cuando estas cosas comenzaren a suceder, cobrad ánimo y levantad

vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención.

29 Y les dijo una parábola: Ved la higuera y todos los árboles,

30 cuando echan ya brotes, viéndolos, conocéis por ellos que se acerca el verano.

31 Así también vosotros, cuando veáis estas cosas, conoced que está cerca el reino de Dios.

32 En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo suceda.

33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

tra: quoniam appropinquat redemptio vestra.

29 Et dixit illis similitudinem: Videte ficulneam et omnes arbores:

30 cum producunt iam ex se fructum, scitis quoniam prope est aestas.

31 Ita et vos, cum videritis haec fieri, scitote quoniam prope est regnum Dei.

32 Amen dico vobis, quia non praeteribit generatio haec, donec omnia fiant.

33 Caelum et terra transibunt: verba autem mea non transibunt.

III. TEXTOS CONCORDANTES

A) Mt. 24,23-35

23 Entonces si alguno os dijere: Aquí está el Mesías, o allí, no lo creáis,

24 porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si posible fuera, aun a los mismos elegidos.

25 Mirad que os lo digo de antemano.

26 Si os dicen, pues: Aquí está, en el desierto, no salgáis; aquí está, en un escondite, no lo creáis,

27 porque como el relámpago, que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre.

28 Donde está el cadáver, allí se reúnen las águilas.

29 Luego, después de la tribulación de aquellos días, se obscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se conmoverán.

30 Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir

23 Tunc si quis vobis dixerit: Ecce hic est Christus, aut illic: nolite credere.

24 Surgent enim pseudo-christi et pseudo-prophetae: et dabunt signa magna, et prodigia, ita ut in errorem inducantur (si fieri potest) etiam electi.

25 Ecce praedixi vobis.

26 Si ergo dixerint vobis: Ecce in deserto est, nolite exire: ecce in penetralibus, nolite credere.

27 Sicut enim fulgur exit ab oriente, et paret usque in occidentem: ita erit et adventus Filii hominis.

28 Ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilae.

29 Statim autem post tribulationem dierum illorum sol obscurabitur, et luna non dabit lumen suum, et stellae cadent de caelo, et virtutes caelorum commovebuntur:

30 et tunc parebit signum Filii hominis in caelo: et tunc plangent omnes tribus terrae: et videbunt Filium hominis venientem in nubi-

bus caeli cum virtute multa, et maiestate.

31 Et mittet angelos suos cum tuba, et voce magna: et congregabunt electos eius a quattuor ventis, a summis caelorum usque ad terminos eorum.

32 Ab arbore autem fici discite parabolam: cum iam ramus eius tener fuerit, et folia nata, scitis quia prope est aestas:

33 ita et vos cum videritis haec omnia, scitote quia prope est in ianuis.

34 Amen dico vobis, quia non praeteribit generatio haec, donec omnia haec fiant.

35 Caelum, et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt.

sobre las nubes del cielo con poder y majestad grandes.

31 Y enviará sus ángeles con poderosa trompeta, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

32 Aprended la parábola de la higuera: Cuando sus ramos están tiernos y brotan las hojas, conocéis que el estío se acerca;

33 así vosotros también, cuando veáis todo esto, entended que está próximo, a las puertas.

34 En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo esto suceda.

35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

B) Mc. 13,21-31

21 Et tunc si quis vobis dixerit: Ecce hic est Christus, ecce illic, ne credideritis.

22 Exurgent enim pseudo-christi et pseudo-prophetae, et dabunt signa et portenta ad seducendos, si fieri potest, etiam electos.

23 Vos ergo videte: ecce praedixi vobis omnia.

24 Sed in illis diebus post tribulationem illam, sol contenebrabitur, et luna non dabit splendorem suum:

25 et stellae caeli erunt decidentes, et virtutes, quae in caelis sunt, movebuntur.

26 Et tunc videbunt filium hominis venientem in nubibus cum virtute multa, et gloria.

27 Et tunc mittet angelos suos, et congregabit electos suos a quattuor ventis, a summo terrae usque ad summum caeli.

28 A ficu autem discite parabolam. Cum iam ramus tener fuerit, et nata fuerint folia, cognoscitis quia in proximo sit aestas.

29 Sic et vos cum videritis haec fieri, scitote quod in proximo sit in ostiis.

21 Y entonces si alguno os dijere: He aquí o allí al Mesías, no le creáis.

22 Porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas y harán señales y prodigios para inducir a error, si fuera posible, aun a los elegidos.

23 Pero vosotros estad sobre aviso; de antemano os he dicho todas las cosas.

24 Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, se obscurecerá el sol, y la luna no dará su brillo.

25 y las estrellas se caerán del cielo, y los poderes de los cielos se conmoverán.

26 Entonces verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes con gran poder y majestad.

27 Enviará a sus ángeles, y juntará a sus elegidos de los cuatro vientos del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

28 Aprended de la higuera la parábola. Cuando ya sus ramas están tiernas y echa hojas, conocéis que el estío está próximo.

29 Así también vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, entended que está próximo, a la puerta.

30 En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todas estas cosas sucedan.
31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

30 Amen dico vobis, quoniam non transibit generatio haec, donec omnia ista fiant.
31 Caelum, et terra transibunt, verba autem mea non transibunt.

IV. OTROS TEXTOS DE LA ESCRITURA ALUSIVOS AL JUICIO

A) Tras la muerte, el juicio

Y por cuanto a los hombres les está establecido morir una vez, y después de esto, el juicio...

Et quemadmodum statutum est hominibus semel mori, post hoc autem iudicium (Hebr. 9,27).

B) No sabemos el día ni la hora

36 De aquel día y de aquella hora, nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre.
37 Porque como en los días de Noé, así será la aparición del Hijo del hombre.
38 En los días que precedieron al diluvio comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca;

39 y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrebató a todos; así será a la venida del Hijo del hombre.

Sabéis bien que el día del Señor llegará como el ladrón en la noche.

10 Pero vendrá el día del Señor como ladrón, y en él pasarán con estrépito los cielos, y los elementos abrasados se disolverán, y asimismo la tierra con las obras que en ella hay.
11 Pues si todo de este modo ha de disolverse, ¿cuáles debéis ser vosotros en vuestra santa conversación y en vuestra piedad,

36 De die autem illa, et hora nemo scit, neque angeli caelorum, nisi solus Pater.
37 Sicut autem in diebus Noe, ita erit et adventus Filii hominis.

38 Sicut enim erant in diebus ante diluvium comedentes et bibentes, nubentes et nuptui tradentes, usque ad eum diem, quo intravit Noe in arcam,
39 et non cognoverunt donec venit diluvium, et tulit omnes: ita erit et adventus Filii hominis (Mt. 24,36-39).

Ipsi enim diligenter scitis quia dies Domini, sicut fur in nocte ita veniet (1 Thes. 5,2).

10 Adveniet autem dies Domini, ut fur: in quo caeli magno impetu transient, elementa vero calore solventur, terra autem et quae in ipsa sunt opera, exurentur.
11 Cum igitur haec omnia dissolvenda sint, quales oportet vos esse in sanctis conversationibus et pietatibus,

12 exspectantes, et properantes in adventum diei Domini, per quem caeli ardentes solventur, et elementa ignis ardore tabescent? (2 Petr. 3,10-12).

12 en la expectación de la llegada del día de Dios, cuando los cielos abrasados se disuelvan y los elementos abrasados se derritan?

C) Señales escatológicas

9 Ecce dies Domini veniet, crudelis, et indignationis plenus et irae furorisque ad ponendam terram in solitudinem, et peccatores eius conterendos de ea.
10 Quoniam stellae caeli, et splendor earum non expandent lumen suum: obtenebratus est sol in ortu suo, et luna non splendebit in lumine suo (Is. 13,9-10).

9 Ved que se acerca el día de Yavé, y cruel, con cólera y furor ardiente, para hacer de la tierra un desierto y exterminar a los pecadores.
10 Las estrellas del cielo y sus luceros no darán su luz, el sol se obscurecerá en naciendo y la luna no hará brillar su luz.

Et tabescet omnis militia caelorum et complicabitur sicut liber caeli: et omnis militia eorum defluet, sicut defluit folium de vinea et de ficu (Is. 34,4).

La milicia de los cielos se disuelve, se enrollan los cielos como se enrolla un libro; y todo su ejército caerá, como caen las hojas de la vid, como caen las hojas de la higuera.

7 Et operiam cum extinctus fueris, caelum, et nigrescere faciam stellas eius; solem nube tegam, et luna non dabit lumen suum.
8 Omnia luminaria caeli moerere faciam super te: et dabo tenebras super terram tuam, dicit Dominus Deus, cum ceciderint vulnerati tui in medio terrae, ait Dominus Deus (Ez. 32,7-8).

7 Al apagar tu luz velaré los cielos y obscureceré las estrellas. Cubriré de nubes el sol, y la luna no resplandecerá.
8 Todos los astros que brillan en los cielos se vestirán de luto por ti, y se extenderán las tinieblas sobre la tierra, dice el Señor. Yavé.

A facie eius contremuit terra, moti sunt caeli: sol et luna obtenebrati sunt, et stellae retraxerunt splendorem suum (Ioel 2,10).

Ante ellos tiembla la tierra, se conmueve el cielo, se obscurecen el sol y la luna, y las estrellas extinguen su brillo.

Vae desiderantibus diem Domini: ad quid eam vobis? dies Domini ista, tenebrae et non lux (Am. 5,18).

¡Ay de aquellos que desean el día de Yavé! ¿Qué será de vosotros? El día de Yavé es día de tinieblas, no de luz.

D) Día de ira

15 Día de ira es aquél, día de angustia y de congoja, día de ruido y asolamiento, día de tiniebla y obscuridad, día de sombra y densos nublados,
16 día de trompeta y alarma en las ciudades fuertes y en las altas torres.

Porque ved que viene el día, ardiente como horno, y serán entonces los soberbios y los obradores de la maldad la paja, y el día que viene la prenderá fuego, dice Yavé...

5 Pues conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazón, vas atesorándote ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios,
6 que dará a cada uno según sus obras;
7 a los que con perseverancia en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la incorrupción, la vida eterna;

8 pero a los contumaces, rebeldes a la verdad, que obedecen a la injusticia, ira e indignación.

15 Dies irae dies illa, dies tribulationis et angustiae, dies calamitatis et miseriae, dies tenebrarum et caliginis, dies nebulae et turbinis.
16 Dies tubae et clangoris super civitates munitas, et super angulos excelsos (Soph. 1,15-16).

Ecce enim dies veniet succensa quasi caminus: et erunt omnes superbi, et omnes facientes impietatem stipula: et inflammabit eos dies veniens, dicit Dominus exercituum, quae non derelinquet eis radicem, et germen (Mal. 4,1).

5 Secundum autem duritiam tuam et impoenitens cor, thesaurizas tibi iram in die irae et revelationis iusti iudicii Dei,
6 qui reddet unicuique secundum opera eius:
7 iis quidem, qui secundum patientiam boni operis, gloriam et honorem, et incorruptionem quaerunt, vitam aeternam:
8 iis autem, qui sunt ex contentione, et qui non acquiescunt veritati, credunt autem iniquitati, ira et indignatio (Rom. 2,5-8).

E) La resurrección

51 Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados.
52 En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta, pues tocará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos inmutados.
53 Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad.

51 Ecce mysterium vobis dico: Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur.
52 In momento, in ictu oculi, in novissima tuba; canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti et nos immutabimur.

53 Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale hoc induere immortalitatem (1 Cor. 15,51-53).

15 Hoc enim vobis dicimus in verbo Domini, quia nos, qui vivimus, qui residui sumus in adventum Domini, non praeveniemus eos qui dormierunt.

16 Quoniam ipse Dominus in iussu, et in voce archangeli, et in tuba Dei descendet de caelo; et mortui, qui in Christo sunt, resurgent primi.

17 Deinde nos, qui vivimus, qui relinquimur, simul rapiemur cum illis in nubibus obviam Christo in aera, et sic semper cum Domino erimus (1 Thes. 4,15-17).

15 Esto os decimos como palabra del Señor: que nosotros los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que se durmieron;

16 pues el mismo Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero;

17 después nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes, al encuentro de Cristo en los aires, y así estaremos siempre con el Señor.

F) La venida del Juez

Dominum formidabunt adversarii eius: et super ipsos in caelis tonabit: Dominus iudicabit fines terrae, et dabit imperium regi suo, et sublimabit cornu Christi sui (1 Reg. 2,10).

Aterrados serán los enemigos de Yavé; desde los cielos tronará contra ellos. Yavé juzga los confines de la tierra; robustecerá a su Rey y erguirá la frente de su Ungido.

Et ipse iudicabit orbem terrae in aequitate, iudicabit populos in iustitia (Ps. 9,9).

Para regir justamente el orbe de la tierra, para gobernar con equidad.

Eo quod statuit diem, in quo iudicaturus est orbem in aequitate, in viro, in quo statuit, fidem praebens omnibus, suscitans eum a mortuis (Act. 17,31).

Por cuanto tiene fijado el día en que juzgará a la tierra con justicia, por medio de un Hombre, a quien ha constituído juez, acreditándole ante todos por su resurrección de entre los muertos.

In die, cum iudicabit Deus occulta hominum secundum Evangelium meum per Iesum Christum (Rom. 2,16).

Así se verá el día en que Dios por Jesucristo, según mi Evangelio, juzgará las acciones secretas de los hombres.

5 In exemplum iusti iudicii Dei, ut digni habeamini in regno Dei, pro quo et patimini.

9 Qui poenas dabunt in interitu aeternas a facie Domini et a gloria virtutis eius:

10 cum venerit glorificari in sanctis suis, et admirabilis fieri in omnibus, qui crediderunt, quia creditum est testimonium nostrum super vos, in die illo (2 Thes. 1,5 y 9-10).

5 Todo esto es prueba del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual padecéis.

9 Esos serán castigados a eterna ruina, lejos de la faz del Señor y de la gloria de su poder,

10 cuando venga para ser glorificado en sus santos y admirado aquel día en todos los que habéis creído por haber recibido nuestro testimonio.

14 ... He aquí que viene el Señor con sus santas miríadas,
15 para ejercer un juicio contra todos y convencer a todos los impíos de todas las impiedades que cometieron y de todas las crudezas que contra El hablaron los pecadores impíos.

14 ... Ecce venit Dominus in sanctis millibus suis,
15 facere iudicium contra omnes, et arguere omnes impios de omnibus operibus impietatis eorum, quibus impie egerunt, et de omnibus duris, quae locuti sunt contra Deum peccatores impii (Iudae 14-15).

Ved que viene en las nubes del cielo, y todo ojo le verá, y cuantos le traspasaron; y se lamentarán todas las tribus de la tierra.

Ecce veniet cum nubibus, et videbit eum omnis oculus, et qui eum pupugerunt. Et plangent se super eum omnes tribus terrae (Apoc. 1,7).

G) Todos ante el tribunal de Cristo

10 ... Pues todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo.
12 Por consiguiente, cada uno dará a Dios cuenta de sí.

10 ... Omnes enim stabimus ante tribunal Christi.
12 Itaque unusquisque nostrum pro se rationem reddet Deo (Rom. 14,10-12).

Puesto que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que reciba cada uno según lo que hubiere hecho por el cuerpo, bueno o malo.

Omnes enim nos manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referat unusquisque propria corporis, prout gessit, sive bonum, sive malum (2 Cor. 5,10).

H) El Hijo es el que juzga

Aunque el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar.

Neque enim Pater iudicat quemquam: sed omne iudicium dedit Filio (Io. 5,22).

Y le dió poder de juzgar, por cuanto El es el Hijo del hombre.

Et potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius hominis est (Io. 5,27).

I) Descripción del juicio

2 Hay en torno de El nube y calígine; la justicia y el juicio son las bases de su trono.
3 Precédele fuego, que abrasa en derredor a todos sus enemigos.

2 Nubes et caligo in circuitu eius: iustitia et iudicium correctio sedis eius.
3 Ignis ante ipsum praecedet, et inflammabit in circuitu inimicos eius.

4 Sus rayos alumbran el mundo; tiembla la tierra al verle.

4 Illuxerunt fulgura eius orbi terrae: vidit, et conmota est terra.

5 Montes sicut cera fluxerunt a facie Domini: a facie Domini omnis terra.

6 Annuntiaverunt caeli iustitiam eius: et viderunt omnes populi gloriam eius.

7 Confundantur omnes, qui adorant sculptilia: et qui gloriantur in simulacris suis (Ps. 96,2-7).

5 Derrítense como cera los montes ante Yavé, ante el Señor de toda la tierra.

6 Anuncian los cielos su justicia y todos los pueblos ven su gloria.

7 Quedan confundidos todos los que adoran sus simulacros, los que se glorían de sus ídolos...

J) El juicio, según Jesucristo

31 Cum autem venerit Filius hominis in maiestate sua, et omnes angeli cum eo, tunc sedebit super sedem maiestatis suae:

32 et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separavit eos ab invicem, sicut pastor segregat oves ab haedis:

33 et statuet oves quidem a dextris suis, haedos autem a sinistris.

34 Tunc dicet rex his, qui a dextris eius erunt: Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi;

35 esurivi enim, et dedistis mihi manducare; sitivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me:

36 nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me.

37 Tunc respondebunt ei iusti, dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem et pavimus te: sitientem, et dedimus tibi potum?

38 quando autem te vidimus hospitem, et collegimus te: aut nudum, et cooperuimus te?

39 aut quando te vidimus infirmum: aut in carcere et venimus ad te?

40 Et respondens rex dicet illis: Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.

41 Tunc dicet et his, qui a sinistris erunt: Discedite a me male-

31 Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con El, se sentará sobre su trono de gloria,

32 y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos.

33 Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.

34 Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.

35 Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis;

36 estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme.

37 Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber?

38 ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos?

39 ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?

40 Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis.

41 Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego

eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles.

42 Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber;

43 fuí peregrino, y no me alojasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.

44 Entonces ellos responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión, y no te socorrimos?

45 El les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis.

46 E irán al suplicio eterno, y los justos, a la vida eterna.

dicti in ignem aeternum, qui paratus est diabolo et angelis eius;

42 esurivi enim, et non dedistis mihi manducare: sitivi, et non dedistis mihi potum:

43 hospes eram, et non collegistis me: nudus, et non cooperuistis me: infirmus, et in carcere, et non visitastis me.

44 Tunc respondebunt ei et ipsi dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem, aut sitientem, aut hospitem, aut nudum, aut infirmum, aut in carcere, et non ministravimus tibi?

45 Tunc respondebit illis dicens: Amen dico vobis: Quamdiu non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis.

46 Et ibunt hi in supplicium aeternum: iusti autem in vitam aeternam (Mt. 25,31-46).

K) Juicio minucioso

36 Y yo os digo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, habrán de dar cuenta en el día del juicio.

37 Pues por tus palabras serás declarado justo o por tus palabras serás condenado.

36 Dico autem vobis quoniam omne verbum otiosum, quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die iudicii.

37 Ex verbis enim tuis iustificaberis, et ex verbis tuis condemnaberis (Mt. 12,36-37).

L) Juicio según las propias obras

Y si llamáis Padre al que sin acepción de personas juzga a cada cual según sus obras, vivid con temor todo el tiempo de vuestra peregrinación...

12 Porque hay en él misericordia y cólera; aguanta y perdona, mas sobre los impíos derrama su ira.

13 Como es grande su misericordia, así es severo su castigo, y juzgará al hombre según sus obras.

15 Recompensa a todos los misericordiosos, y cada uno recibirá según sus obras.

Et si patrem invocatis eum, qui sine acceptione personarum iudicat secundum uniuscuiusque opus, in timore incolatus vestri tempore conversamini (1 Petr. 1,17).

12 Misericordia enim et ira est cum illo. Potens exoratio, et effundens iram:

13 Secundum misericordiam suam, sic correptio illius hominem secundum opera sua iudicat.

15 Omnis misericordia faciet locum unicuique secundum meritum operum suorum... (Eccli. 16, 12-15).

M) Tal como juzguemos seremos juzgados

1 Nolite iudicare, ut non iudicemini.
2 In quo enim iudicio iudicaveritis, iudicabimini: et in qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis (Mt. 7,1-2).

Iudicium enim sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam: superexaltat autem misericordia iudicium (Iac. 2,13).

1 No juzguéis y no seréis juzgados,
2 porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis se os medirá.

Porque sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia. La misericordia aventaja al juicio.

N) Diversa suerte de los justos y de los impíos

5 Ideo non resurgent impii in iudicio: neque peccatores in concilio iustorum.
6 Quoniam novit Dominus viam iustorum: et iter impiorum peribit (Ps. 1,5-6).

Quoniam qui malignantur, exterminabuntur: sustinentes autem Dominum, ipsi hereditabunt terram (Ps. 36,9).

... Hayin. Iniusti punientur: et semen impiorum peribit (Ps. 36,28).

28 Nolite mirari hoc, quia venit hora, in qua omnes, qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei:
29 et procedent qui bona fecerunt, in resurrectionem vitae: qui vero mala egerunt, in resurrectionem iudicii (Io. 5,28-29).

5 No prevalecerán los impíos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos.
6 Porque conoce Yavé el camino de los justos, pero la senda de los pecadores acaba mal.

Porque los malvados serán exterminados, pero los que esperan en Yavé poseerán la tierra...

... Hayin. Los impíos serán borrados para siempre, y la prole del impío será exterminada.

28 No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán su voz,
29 y saldrán: los que han obrado el bien, para la resurrección de la vida, y los que han obrado mal, para la resurrección del juicio.

Ñ) Reflexiones tardías de los impíos

1 Tunc stabunt iusti in magna constantia adversus eos, qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum.

1 Entonces estará el justo en gran seguridad, en presencia de quienes le persiguieron y menospreciaron sus obras.

2 Al verlo se turbarán con terrible espanto, y quedarán fuera de sí ante lo inesperado de aquella salud.

3 Arrepentidos, se dirán, gimiendo por la angustia de su espíritu: Este es el que algún tiempo tomamos a risa y fué objeto de nuestro escarnio.

4 Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura y su fin por deshonra.

5 ¡Cómo son contados entre los hijos de Dios y tienen su heredad entre los santos!

6 Luego erramos el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos alumbró, y el sol no salió para nosotros.

8 ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia, qué ventaja nos trajeron la riqueza y la jactancia?

9 Pasó como una sombra todo aquello y como correo que va por la posta...

16 Pero los justos viven para siempre, y su recompensa está en el Señor, y el cuidado de ellos en el Altísimo.

17 Por esto recibirán un glorioso reino, una hermosa corona de mano del Señor, que con su diestra los protege y los defiende con su brazo...

2 Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperatae salutis,

3 dicentes intra se, poenitentiam agentes, et prae angustia spiritus gementes: Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii.

4 Nos insensati vitam illorum aestimabimus insaniam, et finem illorum sine honore:

5 Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

6 Ergo erravimus a via veritatis, et iustitiae lumen non luxit nobis, et sol intelligentiae non est ortus nobis.

8 Quid nobis profuit superbia? aut divitiarum iactantia quid contulit nobis?

9 Transierunt omnia illa tamquam umbra et tamquam nuntius percurrens... (Sap. 5,1-9).

16 Iusti autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum.

17 Ideo accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos... (Sap. 5,16-17).

O) Tremendo juicio a los grandes de la tierra

3 Aplicad el oído los que imperáis sobre las muchedumbres y los que os engreís sobre la multitud de las naciones.

4 Porque el poder os fué dado por el Señor y la soberanía por el Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos;

5 porque siendo ministros de su reino, no juzgasteis rectamente y no guardasteis la Ley, ni según la voluntad de Dios caminasteis.

6 Terrible y repentina vendrá sobre vosotros, porque de los que mandan se ha de hacer severo juicio.

3 Praebete aures vos, qui continetis multitudines, et placetis vobis in turbis nationum:

4 quoniam data est a Domino potestas vobis, et virtus ab Altissimo, qui interrogabit opera vestra, et cogitationes scrutabitur:

5 Quoniam cum essetis ministri regni illius, non recte iudicastis nec custodistis legem iustitiae, neque secundum voluntatem Dei ambulastis.

6 Horrende et cito apparebit vobis; quoniam iudicium durissimum his, qui praesunt, fiet.

7 Exiguo enim conceditur misericordia: potentes autem potenter tormenta patientur.

8 Non enim subtrahet personam cuiusquam Deus, nec verebitur magnitudinem cuiusquam: quoniam pusillum et magnum ipse fecit, et aequaliter cura est illi de omnibus.

9 Fortioribus autem fortior instat cruciatio.

10 Ad vos ergo, reges, sunt hi sermones mei, ut discatis sapientiam, et non excidatis (Sap. 6, 3-10).

Nolite plures magistri fieri fratres mei, scientes, quoniam maius iudicium sumitis (Iac. 3,1).

7 Pues el pequeño hallará misericordia, pero los poderosos serán poderosamente atormentados.

8 Que el Señor de todos no teme de nadie ni respetará la grandeza de ninguno; porque El ha hecho al pequeño y al grande, e igualmente cuida de todos.

9 Pero a los poderosos amenaza poderosa inquisición.

10 A vosotros, pues, reyes, se dirigen mis palabras, para que aprendáis la sabiduría y no pequéis.

Hermanos míos, no seáis muchos en pretender haceros maestros, sabiendo que seremos juzgados más severamente.

P) Vida y muerte de los justos y de los impíos

1 Iustorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis.

6 Tamquam aurum in fornace probavit illos et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum.

7 Fulgebunt iusti, et tamquam scintillae in arundineto discurrent.

10 Impii autem secundum quae cogitaverunt, correptionem habebunt: qui neglexerunt iustum, et a Domino recesserunt (Sap. 3,1-10).

1 Las almas de los justos están en las manos de Dios, y el tormento no las alcanzará.

6 Como el oro en el crisol los probó, y le fueron aceptos como sacrificio de holocausto.

7 Al tiempo de su recompensa brillarán y discurrirán como centellas en cañaveral...

10 Pero los impíos, conforme a sus pensamientos, tendrán su castigo, pues despreciaron al justo y se apartaron del Señor.

Q) Duro juicio para los enemigos de la luz

15 Amen dico vobis: Tolerabilius erit terrae Sodomorum et Gomorrhaeorum in die iudicii, quam illi civitati (Mt. 10,15).

21 Vae tibi Corozain, vae tibi Bethsaida: quia, si in Tyro, et Sidone factae essent virtutes, quae factae sunt in vobis, olim in cilicio, et cinere poenitentiam egissent.

22 Verumtamen dico vobis: Tyro, et Sidoni remissius erit in die iudicii, quam vobis.

15 En verdad os digo que más tolerable suerte tendrá la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que aquella ciudad.

21 ¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros hechos en ti, mucho ha que en saco y ceniza hubieran hecho penitencia.

22 Así, pues, os digo que Tiro y Sidón serán tratados con menos rigor que vosotros en el día del juicio.

23 Y tú, Cafarnaúm, ¿te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno serás precipitada. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros hechos en ti, hasta hoy subsistiría.

24 Así, pues, os digo que el país de Sodoma será tratado con menos rigor que tú el día del juicio.

41 Los ninivitas se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán; hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y hay aquí algo más que Jonás.

42 La reina del Mediodía se levantará en juicio contra esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón.

18 El que cree en El no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.

23 Et tu Capharnaum, numquid usque in caelum exaltaberis? usque in infernum descendes. Quia si in Sodomis factae fuissent virtutes, quae factae sunt in te, forte mansissent usque in hanc diem.

24 Verumtamen dico vobis, quia terrae Sodomorum remissius erit, in die iudicii, quam tibi (Mt. 11, 21-24).

41 Viri Ninivitae surgent in iudicio cum generatione ista, et condemnabunt eam: quia poenitentiam egerunt in praedicatione Ionae. Et ecce plus quam Ionas hic.

42 Regina austri surget in iudicio cum generatione ista, et condemnabit eam: quia venit a finibus terrae audire sapientiam Salomonis, et ecce plus quam Salomon hic (Mt. 12,41-42).

18 Qui credit in eum, non iudicatur: qui autem non credit, iam iudicatus est: quia non credit in nomine unigeniti Filii Dei (Io. 3,18).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

A) Síntesis histórica

Históricamente el Adviento (Advenimiento) nació como una preparación para la Navidad. Como toda preparación a una festividad solemne, reviste un carácter de penitencia.

Fué introducido en el siglo v (en España, un concilio provincial de Zaragoza instituyó un pequeño Adviento de ocho días en el año 380), y ya desde el principio se leyó en la misa del primer domingo el evangelio de la «parusía». Algunos han querido ver en el hecho de que el año litúrgico comience y termine con este evangelio un simbolismo: Cristo, alfa y omega de los tiempos y vida del cristiano.

Y así es en realidad, aunque la liturgia no haya nacido conforme a un plan predispuesto. Probablemente, queriendo preparar a los cristianos para la celebración de la primera venida del Señor, la de misericordia, se escogió un evangelio que nos recuerda la segunda, como juez, que todavía debemos esperar y para la que debemos vivir prevenidos.

No cabe duda que hay una estrecha conexión entre ambas venidas. Aun prescindiendo del contraste entre una y otra, muy comentado por los Padres de la Iglesia, la encarnación tuvo por fin llevarnos a la gloria después de un juicio favorable. El primer paso de la redención es el nacimiento de Cristo. El último y definitivo, la resurrección de los muertos.

Para que la venida final de Cristo sea feliz, será preciso que le recibamos bien en su venida humilde. Para que le recibamos bien en su venida humilde, muy oportuno será considerar su venida tremenda. Pensando en ello, se cantó durante mucho tiempo en el Adviento el *Dies irae*, a modo de secuencia.

El pensamiento de la domínica quedó perfectamente claro cuando al evangelio de San Lucas se añadió la epístola, de tema tan semejante.

B) Idea litúrgica

La Iglesia no quiere que nos limitemos a recordar las fiestas, sino que las vivamos. Su deseo durante el Adviento es que nos preparemos para la venida del Señor de un modo parecido a como debieron prepararse los buenos judíos cuando esperaban al Mesías.

De aquí dos consecuencias: 1.ª Los judíos esperaban al Redentor. Nosotros esperamos la venida final de Cristo, en la cual se consumará nuestra redención (evangelio). 2.ª Los judíos vivían sostenidos por esta esperanza y debieron preparar sus caminos mediante una vida santa y penitente. Luego es hora ya de que nosotros, alentados por nuestra redención total, que se aproxima, dejemos las obras de las tinieblas y vivamos en la luz (epístola).

El carácter, pues, de la dominica es de esperanza y aliento. *Levate capita vestra.* Hay que emprender la carrera del año litúrgico mirando a Cristo... San Pablo compendia el pensamiento de la Iglesia en dos palabras que constituyen el programa de toda una vida: *Induimini Christum.*

Si la noche de la humanidad fué larguísima antes de Cristo, también hoy las almas, tras los reposos más o menos santos de la última parte del año litúrgico, suelen sumirse en un sopor de tibieza. Ha llegado la hora de oír la voz que nos invita a que, con la mirada en el pesebre y en el Juez al mismo tiempo, nos desprendamos de lo que las obras de las tinieblas hayan dejado en nosotros y, en un Adviento penitente, *a cara descubierta, contemplemos la gloria del Señor como en un espejo y transformémonos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor* (2 Cor. 3,18).

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

Aparte de otras publicaciones menos consultadas, hemos tenido a la vista para los *Apuntes exegético-morales* de esta obra las siguientes: A LAPIDE (CORNELIO), S. I., *Commentaria in Scripturam Sacram*, 20 vols. (Parisiis, ed. Vivès, 1876); BOYLAM, *The Sunday Epistres and Gospels*, 3.ª ed. (Dublín 1948); DEHAUT, *L'Evangile*; FERNÁNDEZ TRUYOLS, S. I. (ANDRÉS), *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (BAC, Madrid 1948); FILLION (L. CL.), *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, 4 vols. 3.ª ed. trad. del P. Victoriano M.ª de Larráinzar, O. M. C, (Ed. Fax, Madrid 1942); LAGRANGE (JOSÉ M.ª), O. P., *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*, trad. de Elías G. Fierro (Ed. Litúrg., Barcelona); LEBRETON (JULIO), S. I., *La vida y doctrina de Jesucristo Nuestro Señor*, 2 vols., trad. de Feliciano Cereceda, S. I. (Ed. Razón y Fe, Madrid 1942; LE CAMUS (Mgr.), *Orígenes del cristianismo*, vol. 1-3, *La vida de Jesucristo*, trad. de la 7.ª ed. francesa por J. Codina (Ed. Gili, Barcelona 1909); MALDONADO (JUAN DE), S. I., *Comentarios a los cuatro Evangelios*, trad. del P. Luis Jiménez Font, S. I., 2 vols. (BAC, Madrid 1950); RICCIOTTI (GIUSEPPE), *Vida de Jesucristo*, trad. de Juan G. de Luaces (Miracle, Barcelona 1943); ROPS (DANIEL), *Jésus en son temps*, 2 vols. (Fayard, París 1944); SCHUSTER (IGNACIO)-HOLZAMMER (JUAN B.), *Historia Bíblica*, trad. del P. Jorge de Riezu (2 vols.). 2.ª ed. (Edit. Litúrg., Barcelona); SIECKENBERGER (JOSEPH), *Leben Jesu* (Münster 1932); WILLAM (FRANCISCO MIGUEL), *Vida de Jesús*, trad. del P. José Solá, S. I. (Espasa-Calpe, Madrid 1935).

A) Epístola

a) SENTIDO GENERAL

Pretende la epístola de hoy sacudir nuestra inercia, despertarnos, porque se *acerca el día, la luz*, e infundirnos aliento para emprender la carrera del año *litúrgico*. La epístola y el evangelio coinciden en el mismo *espíritu*. El *hora est iam de somno surgere* viene a ser paralelo en sentido al *levate capita vestra*.

El pensamiento paulino puede reducirse sumariamente a este esquema: Cristo, salvación de griegos y judíos. En Adán pecamos. Cristo nos redime. Por lo tanto, todos, abandonando el pecado, debemos vivir injertados en Cristo. Ya al fin, a modo de reflexiones morales, Pablo habla del amor al prójimo, como de virtud que resume las que anteriormente recomienda, y de pronto, interrumpiéndose, dice: ¡Daos prisa! Es hora de vivir según Cristo.

b) Partes esenciales

Este trozo paulino contiene tres ideas ensambladas para formar un pensamiento total, a saber:

1. *Hora es ya que despertéis del sueño.*
2. *Por consiguiente, lancemos de nosotros las obras de las tinieblas.*
3. *Y revestíos de Jesucristo.*

El *revestirnos de Cristo* será el pensamiento litúrgico de todo el año. Cuando a su término nos volvamos a encontrar con Cristo Juez, habremos de presentarle en nosotros no un hombre, sino *otro Cristo.*

1. «Hora es ya que despertéis del sueño»

Hora est.—La hora, no el día ni el año. Verdaderamente quien no se despierte al oír la trompeta del juicio, de que nos habla el evangelista, no es que esté dormido, sino muerto. *No sabéis cuál será vuestra vida de mañana—vapor ad modicum parens* (Iac. 4,15)—, *pues sois humo que aparece un momento y al punto se disipa* (cf. Belarmino, *Dom. I Adventus*, en ed. Ryckius [Coloniae Agrippinae 1517], vol. 6, concio 1, p. 14-20, y sobre todo en Tromp, *Opera oratoria postuma* [Roma 1942]).

De somno surgere.—San Pablo va en esta ocasión de una imagen a otra, enzarzado en los vuelos de la asociación de ideas. La primera fué sacudir la modorra espiritual en que solemos pasar la vida. Por eso se le ocurrió la frase más exacta: despertar. Pero en seguida ésta trajo otra: *Si os levantáis del sueño, debéis dejar las obras de las tinieblas y comenzar a vivir las de la luz.*

Por lo tanto, el sentido más obvio del *de somno surgere* es el español: despabilaos. Pero hay que calar más hondo en el significado de la expresión, como lo hicieron desde el principio los Santos Padres.

Sueño es lo que parece real y preocupa al durmiente y, sin embargo, no lo es: porque cuando llega la luz del día, se esfuma como un fantasma. Vivir en sueños, vivir de sueños, no es vivir de realidades ni en la realidad.

Segismundo (¿quién resiste a la tentación de evocar aquí al protagonista del drama calderoniano?), al despertar entre las rejas de su cárcel, cree que sus esplendores de la corte fueron un sueño, y pronuncia los versos mundialmente conocidos: «Sueña el rico en su riqueza...»

¿Qué es, pues, real y qué es sueño en este pasaje? Sueño es todo lo que, al venir de Cristo, carece de valor. Todo lo que no sea Cristo, diría San Pablo.

Sueño es, dice San Bernardo a sus monjes, toda preocupación secular que debiera dejarse fuera del monasterio (cf. *Serm.* 7, 14, en BAC, *Obras selectas*, p.384).

El sueño corporal, según Belarmino, se diferencia de la muerte en que el dormido conserva sus facultades; y se parece a ella en que las mantiene ligadas, entorpecidas. El sueño espiritual no es la muerte del alma, puesto que todavía se retienen la fe y la caridad en algún grado. Pero realmente está dormido aquel a quien las exageradas preocupaciones humanas le impiden atender a su salvación.

Y lo mismo que el que sueña se mueve, se agita y emprende grandes cosas que en realidad no existen, también el que está dormido espiritualmente cree vivir en medio de triunfos y desgracias, cuando en realidad, al despertarse, se da cuenta de que no ha hecho absolutamente nada (cf. BELARMINO, ibíd.).

Propior est nostra salus.—San Pablo, que afirma la incertidumbre de la hora de la *parusía*, se refiere aquí al fin en general, sin precisar si al del mundo o al nuestro. Este fin será realizado por la *parusía*, si ésta sucede en breve, y, de retrasarse, por la muerte de cada uno (cf. RICCIOTTI, *Pablo Apóstol*, 483 nota).

El pensamiento resulta alentador. Porque no sólo el que se ve despertado por un peligro inminente (el juicio) se arroja rápido del lecho. También el viajero reaviva alegremente sus fuerzas cuando se aproxima al final de la peregrinación (cf. BELARMINO, ibíd.).

2. «Por consiguiente, lancemos de nosotros las obras de las tinieblas»

Observamos un paralelismo típico en el lenguaje del Apóstol. Desaparecen las tinieblas y alborea el día. Dejemos las obras de la noche y revistámonos de las armas de la luz.

Opera tenebrarum.—La imagen ha fluído espontánea. Por otra parte, la relación de las tinieblas con el pecado es de frecuente uso bíblico.

La palabra noche recuerda a San Pablo los banquetes y lujurias nocturnas, pero se refiere, en general, a todos los pecados, de los que menciona algunos como más frecuentes. Enumera, como ejemplo, cuatro enlazados entre sí. De la gula sale la lujuria; de ella, las envidias y celos; de éstos, las riñas, etc. (cf. BELARMINO, ibíd.)

Son los mismos pecados de los que nuestro Señor Jesucristo aconseja que nos limpiemos: *estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida y de repente venga sobre vosotros aquel día como un lazo* (Lc. 21,34).

Y San Pablo, en otro lugar, llama obras de la carne, opuestas a las del espíritu, a la impureza, envidia, cólera, discordias, embriagueces, homicidios... (Gal. 5,19-21).

3. «Revestíos de Jesucristo»

Induamur arma.—Continuación de la metáfora. Al saltar del lecho, es imprescindible vestirse, y como saltamos para luchar, necesitamos ponernos la armadura (cf. BELARMINO, ibíd.).

Arma lucis.—San Pablo, en la Epístola a los Efesios (Eph. 6,10-17), repite la imagen y describe las armas del legionario cristiano, dándoles un sentido espiritual, ya que nuestra lucha no es terrena (contra la carne y la sangre). *Ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia..., el escudo de la fe..., el yelmo de la salud y la espada del espíritu,* que es *la palabra de Dios...*

A las armas de la luz, obras del espíritu. A diversa figura corresponde igual significado. En la epístola mencionada, estas obras constituyen los frutos del Espíritu Santo. Pero en la que ahora comentamos, el Apóstol lo sintetiza todo diciendo:

Induimini Dominum Iesum Christum.—Para desentrañar teológicamente el sentido de esta frase, es conveniente recurrir a un pasaje de la Epístola a los Gálatas (Gal. 3,27): *Cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo.* Bautizados en Cristo (la frase exacta es *in Christum,* según el texto griego εἰς Χριστὸν), equivale a sumergirse en Cristo. Porque San Pablo concibe a Jesucristo llenando toda la tierra con su amor, con su espíritu, con su dirección y sus gracias. La inmersión material del sacramento del bautismo es un símbolo de la inmersión espiritual producida en el alma.

La palabra revestirse en el uso bíblico significa quedar poseído, compenetrado, impregnado. Os revestisteis, «quedasteis como embebidos, impregnados de Cristo, le absorbisteis y fuisteis absorbidos, os penetrasteis de El y fuisteis penetrados» (cf. BOVER, *Teología de San Pablo:* BAC p.664). Se trata de una absorción que no despersonaliza, sino que aúna voluntades, de suerte que yo no quiera más que lo que quiera El, que ya no viva yo, sino que Cristo viva en mí, por la imitación de las virtudes de su santa humanidad y por la inhabitación de las tres personas y, por lo tanto, del Verbo divino en mí.

San Pablo recapitula este pensamiento de *revestirse en Cristo* en la Epístola a los Colosenses (Col. 3,12-14): *Revestios, pues, ... de entrañas de misericordia, bondad, benignidad, humildad, mansedumbre, longanimidad..., y sobre todo revestios de la caridad, que es vínculo de perfección.*

Cuando San Agustín (cf. *Confess.* 8.12.29: BAC p.645-647) oyó la frase *tolle et lege,* sus ojos toparon con este trozo de San Pablo, y, al compenetrarse con su sentido, se decidió a arrojar las obras de las tinieblas y aplicó toda la energía de su brillante temperamento a entender en la práctica el *non in cubilibus et impudicitiis.*

c) Un texto de San Juan Crisóstomo

Transcribimos a continuación un texto de San Juan Crisóstomo *(Hom. 9 in Epist. 1 ad Thes.*: PG 62,449-450) en que une el pensamiento de la epístola y el evangelio del día.

El Santo glosa el tema paulino *Vive las obras de la luz;* recoge el pasaje de la primera Epístola a los Tesalonicenses: *Vos autem, fratres, non estis in tenebris, ut vos dies illa, tamquam fur comprehendat* (1 Thes. 5,4); y añade: A los que no viven en el sueño del vicio, *también los visitará inesperadamente y a escondidas, pero no les inferirá nigún daño, pues a los que vigilan y tienen luz, el ladrón poco puede perjudicarles, aunque llegue a entrar. En cambio, el que duerme...*

El cristianismo es hijo de la luz, esto es, ejecuta las obras de la luz. *Non sumus noctis neque tenebrarum,* continúa San Pablo. *Igitur non dormiamus sicut et ceteri, sed vigilemus et sobrii simus. Qui enim dormiunt, nocte dormiunt, et qui ebrii sunt nocte ebrii sunt. Nos autem qui diei sumus, sobrii simus...* (1 Thes. 5,5-8).

Esta es la noche del alma: el vicio. Pero así como la noche natural viene aun contra nuestra voluntad, si queremos, podemos conseguir que el alma viva siempre de día.

Al hablar San Pablo de la embriaguez, se refiere a todos los vicios. Todo vicio puede denominarse sueño, porque el alma sometida por ellos «carece primero de cualquier actividad virtuosa, y, en segundo lugar, no ve más que fantasmas y visiones sin realidad alguna. Sueños son las riquezas, la gloria, etc. Y, del mismo modo que el dormido no percibe las cosas reales y, por el contrario, se entretiene con las que no tienen realidad, así el vicioso no se da cuenta de lo verdadero. esto es, lo espiritual, lo permanente, sino sólo de lo vaporoso, lo fugitivo». Vigilad, pues, y no durmáis. Pero no basta esto. Es necesario armarse. *Nos autem qui diei sumus, sobrii simus induti loricam fidei et charitatis, et galeam spem salutis* (1 Thes. 5,8).

B) Evangelio

a) Situación histórica

La perícopa de este domingo forma parte del discurso escatológico del Señor, que debe ser leído en los tres evangelios sinópticos (Lc. 21,25-33; Mt. 24,23-35; Mc. 13,21-31) y completado con San Pablo (1 Thes. 4,15-17; 2 Thes. 2,1-12, y 1 Cor. 15,12-17).

El discurso es del Martes Santo. Jesús llega al templo y provoca a los judíos con las parábolas del *repudio de Israel.* El frente único le ataca repetidas veces, y, finalmente, el Señor lanza su más terrible invectiva contra los escribas y fariseos y contra el mismo pueblo.

De vuelta a Betania, los apóstoles llaman su atención sobre la magnificencia del templo de Jerusalén. La respuesta es tajante:

—En verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra.

Impresionados continúan hasta el monte de los Olivos. Allí Pedro, Juan, Santiago y Andrés preguntan al Señor, que acaba de sentarse mirando a la ciudad:

—¿Cuándo serán estas cosas y cuál es el signo de tu venida y de la consumación del siglo?

b) Las dos preguntas

Estriba toda la dificultad apologética del pasaje en que el Señor mezcla la destrucción de Jerusalén y el fin del mundo. Se trata de una doble respuesta a dos preguntas diferentes.

Parece muy lógico que un judío, acostumbrado a la interpretación imperial del reino mesiánico y a la idea del Mesías, Juez desde Jerusalén, uniese el fin de la ciudad y el del mundo. Los apóstoles, con mentalidad judía y conturbados por el anuncio de la ruina total de la ciudad, inquieren ambas cosas.

La contestación es algo obscura, como toda profecía no realizada, sobre todo si se pronuncia en estilo apocalíptico. No se distingue así cuándo el Señor termina de hablar de la destrucción de Jerusalén y cuándo empieza a describir el fin del mundo.

De todos modos, el lector aprecia claramente que Cristo da señales inequívocas sobre la ruina de la ciudad, pero, en cambio, se reserva el día y la hora del último juicio.

c) Argumento

Nuestro trozo evangélico se refiere sólo al fin del mundo y consta de cuatro partes: preliminares de la venida de Cristo, la venida, el juicio (sobre el que San Lucas no dice nada) y una exhortación final a la vigilancia, que el Señor desenvuelve con amplitud en las parábolas de las vírgenes y de los talentos.

El carácter de este evangelio, tratándose del juicio final, no puede menos de ser doble: Castigo de los malos, representado por las gentes que tiemblan de espanto y lloran ante la cruz, por las frases de la sentencia y por la repulsa de las vírgenes fatuas y del mal administrador de su talento. Gozo de los buenos, que se erigen, ante la redención total, en compañía de las vírgenes prudentes y los buenos administradores. De donde la siguiente conclusión, necesaria para la vida: *Vigilad*, porque no sabéis el día ni la hora, que llegarán con la rapidez de un relámpago, como los buitres, que aparecen inmediatamente que el cadáver cae. *Vigilad*, porque, a pesar de todas las señales que presagio, el día sorprenderá a todos, cual ocurrió con el diluvio. Si no vigiláis, os cogerá del mismo modo que atrapa al pajarillo.

d) Exégesis de los textos

1. Preliminares

Habrá señales en el sol.—La catástrofe meteorológica puede tomarse en un sentido real, con tal de que no se quiera exponer científicamente el fin del mundo. Hoy es opinión generalizada que el Señor usa de las figuras hebreas de la literatura apocalíptica, empleadas comúnmente para llorar grandes calamidades, pero sin que hayan de entenderse al pie de la letra. Las profecías ponderan casi con las mismas palabras la destrucción de Babilonia, de Tiro, de Sidón, etc. (Is. 13-10; Ier. 15-9; Ex. 32-7; Ioel 2,10; Am. 8,9). En el Apocalipsis pueden leerse frases como éstas: *Se replegó el cielo como un libro enrollado* (6,14); *Huyeron todas las islas y las montañas desaparecieron* (16,20). Los Santos Padres han sabido interpretar estas señales de modo alegórico: el sol obscurecido es símbolo de la fe de Cristo; la luna representa la Iglesia; las estrellas, los santos desconocidos o despreciados por el pueblo (cf. Belarmino, ibíd., concio 2, p. 28).

Tales opiniones son fácilmente conciliables, admitiendo como cosa lógica un cataclismo final, descrito apocalípticamente por el Señor.

Virtutes caelorum...—En los tres sinópticos encontramos la misma palabra griega δυνάμεις. Isaías en 34,4 dice: *militia caelorum;* pero esta milicia, en relación con Apoc. 6,12-14, significa el sol, la luna y las estrellas. Por eso por *virtutes* entendemos mejor las fuerzas siderales que los ángeles.

Como compendio de estos preliminares que anuncian la ruina del mundo, debemos meditar que tras ella tan sólo permanece Jesucristo, Juez universal de los hombres. El mundo es efímero y no merece que pongamos en él nuestro corazón (cf. San Gregorio Magno, infra, sec.3.ª III C). Instaurar todas las cosas en Cristo, ésa es la obra del último día. Sólo vale lo que perdura; lo demás es sueño. El mundo, al final de la vida, acaba para nosotros. El sol se obscurece, y sólo nos queda la presencia del Juez. Algo más puede quedarnos: *Beati mortui qui in Domino moriuntur: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor..., pues sus obras los siguen* (Apoc. 14,13).

2. La venida

Videbunt filium hominis...—Alusión a Daniel (7,13): *et ecce cum nubibus caeli quasi filius hominis veniebat.* Lo mismo que en Apoc. (14-14): *et super nubem sedentem similem filio hominis.*

In nube...—En los sinópticos (Mt. 24,30; Mc. 13-26): *in nubibus.* Las nubes han sido presentadas siempre como solio de la gloria de Dios.

Cum potestate magna et maiestate...—En Mateo (24,30): *cum virtute multa et maiestate.* En Marcos (13,26): *cum virtute multa et gloria.* En el texto griego los tres sinópticos emplean los mismos vocablos: δύναμις y δόξα, esto es, fortaleza y gloria. Toda esta descripción de la gloria futura del Señor va quizá encaminada a

levantar los ánimos de los apóstoles, que iban a presenciar poco después la muerte de Cristo (cf. MALDONADO, *Coment. al Evang. de S. Mat.*: BAC 1,846,31). También en medio de nuestras aflicciones, sobre todo en las que nos acarrea la práctica de la virtud, tenemos que pensar nosotros en la gloria de aquel día supremo.

Et tunc parebit signum Filii hominis...—Sólo Mateo (24,30) alude a esta señal. Según Maldonado (cf. ibíd. 821,30), la opinión común creyó siempre que se trataba de la cruz, la cual «vendrá en el aire precediendo a Jesucristo».

Fertilísima en consideraciones es la triunfal aparición de la santa cruz. Según A Lapide (cf. *Comm. in Sacr. Script.*, ed. Vivès [París 1881] t.15 p.514) surge: Primero, para proclamar que Jesucristo mereció por ella su gloria, así como su investidura de Juez de las gentes; segundo, para demostrar que, si murió por todos, los malos no tienen excusa; tercero, para exaltar a quienes la adoraron. San Agustín se expresa en estos términos: «Has visto el poder admirable de esta cruz; el sol se cubre de tinieblas, la luna se oculta; en cambio, la cruz brilla sobre las demás luminarias del cielo, a todas las cuales aventaja con sus resplandores. Así como al entrar en una ciudad el rey le preceden sus tropas tremolando los estandartes reales y anunciando al son de la música su llegada, así, cuando baje el Señor del cielo, el ejército de sus ángeles se adelantará pregonando su entrada con su signo, esto es, levantando por encima de sus egregios hombros la enseña triunfal (de la santa cruz)» (cf. *Serm.* 155. in append.: PL 39,2051,10). Por su parte, San Juan Crisóstomo dice que el Señor trae la cruz para acusar silenciosamente a los malos, «como el apedreado inculpa a su verdugo sin más que mostrar los guijarros y el vestido lleno de sangre». «Llorarán—dice seguidamente—al ver la cruz, pues se darán cuenta de que no aprovecharon la muerte (de Jesucristo) y crucificaron al que debían adorar» (*In Matth.*, hom.76: PG 58,693).

Esta consideración ha de invitarnos a reflexionar que por medio de la santa enseña redentora somos conducidos a la luz. *Per crucem ad lucem*. Por la obediencia al Padre, obediencia hasta la cruz, alcanzó Cristo su triunfo. La cruz, signo de contradicción, revela ahora los pensamientos de los buenos y de los malos, que han de ser juzgados por ella. Lo que fué, ante los ojos de los hombres, locura y derrota, es mérito principal ante Dios. Desde la tragedia del Calvario, el mundo quedó dividido en dos grupos, el de los amigos y el de los enemigos de la cruz. En el juicio último, Dios los dividirá con el mismo criterio. A los escogidos se les signará con una señal en la frente (Apoc. 7,3). Es probable que esta señal sea la santa cruz en sentido espiritual. Bienaventurados los que la llevan desde ahora. Felices los que sepan soportar con paciencia su propia cruz.

Et tunc plangent omnes tribus terrae (Mt. 24,30).—Según Maldonado (cf. ibid. 821,30), la conjunción *et* tiene carácter causal. El verbo empleado en el texto griego, κόψονται, quiere decir darse golpes en el pecho en señal de llanto, y toda la frase se parece al pasaje de Zach. 12,10-12: *et planget terra*... El motivo del llanto será la aparición de la cruz, que despreciaron o persiguieron. El libro de la Sabiduría (5,6-13) describe hermosamente la desesperación de los que advierten, cuando ya es tarde, sus errores.

3. El juicio

Aparece narrado en San Mateo (25,31-46).

Omnes angeli cum eo (Mt. 25,31).—El universo es convocado por los ángeles. Se coordina esta alusión al cortejo de Cristo con el pasaje de Zach. 14,5: *et veniet Dominus Deus meus, omnesque sancti cum eo.* Maldonado (cf. ibíd. 846,30) dice: «Del mismo modo que a un monarca que viene a decidir un gran pleito de interés público, todos sus ministros le acompañan... para ser también testigos de las acciones de los reos, porque *todos son espíritus administradores, enviados para servicio, en favor de los que han de heredar la salud* (Hebr. 1,14).

Cum tuba et voce magna (Mt. 24,31).—Es inútil la discusión sobre si las trompetas son reales o metafóricas, si son las del cortejo del rey o del ejército. Cuando se trata de convocar a los muertos para que resuciten y acudan al juicio, como en este caso, sin excluir la majestad del rey, parecen indicar más bien lo urgente y solemne del mandato angélico. San Pablo habla también de trompetas (1 Thes. 4,16 y 1 Cor. 15,52) y alude a *la voz del arcángel* y a *la voz de mando;* esta última, evidente expresión militar.

Tunc dicet rex... (Mt. 25,34).—Primera vez que el Señor se llama rey. En efecto, nunca se había presentado tan solemnemente y ejerciendo la función real de juzgar (cf. infra BOURDALOUE en la sec.5.ª IV A).

Los reyes en la plenitud de sus funciones tienen los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial. Quienes no admitan voluntariamente la legislación de Cristo, caerán bajo la sentencia de su poder juzgador.

Esurivi enim... (Mt. 25,35; 25,42).—«No es más que una muestra de lo que allí ha de discutirse, y cítala el Señor, en lugar de otra, porque ésta es la virtud que quiso practicásemos más insistentemente, la caridad para con el prójimo» (cf. MALDONADO, ibíd. 852.35).

Es tan frecuente el comentario de los Santos Padres presentando la limosna como satisfactoria por los pecados y abundan tanto los textos de la Sagrada Escritura, que algunos comentaristas han sostenido la interpretación de que en este pasaje Jesucristo se compromete—claro está que mediante la gracia de la conversión, etc.—a salvar a los misericordiosos.

Nótese que el único ejemplo aducido por el Señor es un pecado de omisión.

Qui paratus est diabolo... (Mt. 25,41).—Maldonado (ibíd. 853-854,41) hace notar el contraste. Dios preparó el cielo para todos los hombres. El pecado torció su voluntad amorosa,

e) Consecuencias

1. Aliento

Levate capita vestra (Lc. 21,28).—Este primer efecto es, dentro del espíritu litúrgico de la domínica, el más importante. Son palabras de ánimo y aliento, porque se aproxima la redención total de los cuerpos y de las almas (cf. infra San Gregorio Magno, en la sec.3.ª III B).

Appropinquat redemptio vestra (ibíd.).—Redención, en griego ἀπολύτρωσις, liberación completa, o sea redención total de las penas del pecado. A pesar de la redención de Cristo, seguimos sujetos a las miserias del cuerpo, a las incomodidades de la vida, a las impertinencias de este mundo. Aun después de nuestro juicio particular, continuaremos sometidos a la podredumbre de la sepultura. Sólo la Virgen María ha disfrutado, con su inmaculada pureza, de esta liberación total.

La redención se desenvolvió por etapas: 1.º En el Antiguo Testamento se perdonaba el pecado y se recibía la gracia. Pero ni ésta era tan abundante ni los ritos *llenos* (pues no obraban *ex opere operato,* sino como figuras del futuro), ni las puertas de la gloria eterna se habían abierto. Por eso, según la terminología paulina, los judíos estaban en la categoría de menores de edad, asimilados al esclavo (Gal. 4,1-7). 2.º Después de Cristo, poseemos plenamente los derechos de hijos adoptivos de Dios, pero con el cuerpo sujeto a la concupiscencia y a la muerte, maldiciones del pecado. 3.º Después de la *parusía,* el cuerpo glorioso participa de la redención (cf. infra Belarmino, en la sec.4.ª II C).

2. Vigilancia

Aun cuando el Señor anuncia las señales de su venida, ante la posibilidad de que no las interpreten bien los hombres de la última generación, enfrascados en sus disputas, recomienda la vigilancia. Primeramente expone el ejemplo de la higuera, árbol veraniego y frecuente en Palestina (cf. infra San Gregorio Magno, en la sec.3.ª III C), al que aluden por igual los tres sinópticos; después insiste en lo inopinado de la venida, que sorprenderá a los hombres, como ocurrió con el diluvio en tiempo de Noé y con la llegada del esposo a las vírgenes fatuas (Mt. 24,36-41; 25,1-13; Mc. 13,32), y, por último, invita reiteradamente a la vigilancia, con frases en las que coinciden los tres sinópticos (Mt. 24,42-44; Mc. 13,33-37; Lc. 21,34-36).

3. Confirmación

Non praeteribit generatio haec.—Si se refiere a la destrucción del pueblo judío, el sentido es obvio; si al fin del mundo, la palabra generación ha de aplicarse al pueblo judío o a la humanidad. Maldonado (cf. ibíd. 823.24) prefiere esto último.

Caelum et terra transibunt.—Nótese la firmeza de la palabra de Dios, frente a la caducidad del universo. Sólo Dios queda (cf. infra San Gregorio Magno, en la sec.3.ª III C y D).

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

A lo largo de su obra, el santo Doctor habla, siempre que se le presenta la oportunidad, sobre la resurrección de los muertos y el juicio. Sus pensamientos principales suelen ser: la posibilidad de la primera, lo temible del segundo, el consuelo y alegría de los escogidos y la conveniencia de recordarlo.

Cualquier suceso da ocasión al Crisóstomo para comentar estos temas. Así, por ejemplo, en las homilías de las estatuas, el esperado castigo de Teodosio sobre la ciudad es motivo para que hable del juicio de Dios. Mas en la *Homilía 76 in Matth.* (PG 58,694), el Crisóstomo explana concretamente el lugar del Evangelio de San Mateo, paralelo al de San Lucas, a que se refiere nuestra domínica. La primera parte es exegética y la preterimos, ya que coincide casi en su totalidad con los comentarios que se acaban de exponer. La segunda es de aplicaciones morales y puede leerse íntegra en la versión directa, que utilizamos aquí, del P. Ogara, S. I.

Otros tratados del Crisóstomo sobre la resurrección, como, por ejemplo, los comentarios a la Epístola a los Corintios, son menos aprovechables, por la idea más o menos precisa que flota siempre de que el alma no llega a la visión de Dios, si no resucita el cuerpo, y por la preocupación de discutir con los maniqueos.

Seleccionamos lo más interesante, distribuyéndolo en tres partes: A) conveniencia de la resurrección; B) el triunfo de Cristo sobre la muerte; los hombres inmortales y la presentación al Padre celestial; y C) consecuencias de aliento.

A) Aplicaciones morales de la homilía 76

a) LO QUE PERDEMOS POR LIBRARNOS DE UN ESFUERZO EXIGUO

... "Por lo menos a mí, de las palabras del Señor no me corresponden más que las que dice a las vírgenes fatuas y al siervo indolente. Por eso lloro al pensar qué gloria... hemos de perder para siempre por no esforzarnos un poco. Pues aun cuando el trabajo fuera mucho y la ley pesada, todavía debiéramos empeñarnos en cumplirla... Nuestra

aflicción más importante, aparte de la producida por el infierno, será pensar que, por evitarnos un poco de sudor, hayamos perdido la gloria. Porque, a pesar de que el tiempo es breve y la labor pequeña, andamos remisos y alicaídos... Luchas en la tierra y recibes la corona en el cielo... Corres durante dos días y gozas infinitos siglos el porvenir ganado en la carrera; la lucha es en cuerpo corruptible y alcanzas los honores del triunfo con cuerpo glorioso".

b) Aprovecha el trabajo que no puedes evitar

"Conviene tener presente que, aunque escojamos padecer algunos sufrimientos por Cristo, hemos de sufrirlos sin remedio, de todas maneras. No porque hayamos de morir por Cristo evitamos la muerte, ni porque no renunciemos por Cristo a las riquezas habremos de llevárnoslas a la otra vida. Cristo te exige lo que, aun cuando no te lo exigiera, tú habrías de darle. Sólo quiere que hagas de grado lo que debes hacer por necesidad. Sólo pretende que lo hagas por El... ¿Ves cuán fácil es el certamen?... El oro que piensas prestar, dámelo a mí, que te pagaré con mayor rédito y más seguramente. El cuerpo que piensas alistar en la milicia de otro, alístalo en la mía, porque yo supero a todos en la retribución...

"Pero, ¡ay!, tratándose de otros, escoges siempre al que da más. Sólo cuando se trata de Cristo, el más espléndido de todos, no le admites.

"... Su amor es grande. Si deseas prestarle, El está dispuesto. Si quieres sembrar, El vende la semilla; si construir, El te está diciendo: edifica en mis solares. ¿Por qué corres tras los hombres impotentes? Corre en pos de Dios, que por cosas pequeñas te da otras que son grandes. Y, sin embargo..., sólo corremos hacia donde no hallamos más que contiendas, pleitos, guerras de todo género, riñas y calumnias" *(Hom. 76 in Matth.:* PG 58,699).

c) En Cristo lo tenemos todo

"¿Acaso no es justo cuando nos desecha y castiga, a nosotros que le rechazamos, mientras El se nos ofrece para todo? Sí, evidentemente. El nos dice, en efecto: Si quieres hermosearte, toma mi hermosura; si quieres armarte, mis armas; si vestirte, mis vestidos; si alimentarte, mi mesa; si caminar, mi camino; si heredar, mis heredades; si entrar en la patria, la ciudad, cuyo arquitecto y artífice soy yo...

"Y no te pido pago alguno por lo que te doy, antes yo mismo quiero ser tu deudor, por el mero hecho de que desees aprovecharte de todo lo mío. ¿Con qué puede compararse este honor? Yo soy padre, yo hermano, yo esposo, yo casa, yo manjar, yo vestido, yo raíz, yo fundamento; todo cuanto quieras soy yo; no te veas necesitado de cosa alguna. Hasta te serviré, *porque vine a servir y no a ser servido* (Mt. 20,28). Yo soy amigo, y miembro, y cabeza, y hermano, y hermana, y madre; todo lo soy, y sólo quiero contigo intimidad. Yo pobre por ti, mendigo por ti, crucificado por ti, sepultado por ti; en el cielo, por ti ante Dios Padre; y en la tierra soy legado suyo ante ti. Todo lo eres para mí, hermano y coheredero, amigo y miembro. ¿Qué más quieres? ¿Por qué rechazas al que te ama, y trabajas para el mundo, y derramas en saco roto? Que no es otra cosa trabajar para la presente vida. ¿Por qué azotas el fuego, y hieres el aire, y corres en vano? ¿No tiene cada arte su fin propio? Naturalmente. Pues muéstrame cuál es el fin del trabajo de la vida. No podrás. Porque *vanidad de vanidades y todo vanidad* (Eccl. 1,1). Vamos a los sepulcros: muéstrame a tu padre, a tu mujer. ¿Dónde están el que vestía trajes de oro, el que iba en carroza, el que acaudillaba legiones y se anunciaba con pregoneros?... Nada veo sino huesos y gusanos... ¡Y ojalá pararan aquí los males! Pero ahora los honores, las delicias y la gloria se truecan sombras; mas sus efectos pasan con nosotros a la otra vida y a todos se manifestarán. Los robos, las avaricias, las fornicaciones, los adulterios y otros innumerables males permanecen, no en imagen ni en polvo, sino escritos allá en lo alto, sean palabras u obras" (Ibíd. 700-701).

B) Antología sobre la resurrección

a) Conveniencia de la resurrección

San Juan Crisóstomo, al igual que otros Santos Padres, adoctrinó a los gentiles, para quienes resultaba penoso admitir la resurrección de los muertos, y les resolvió las objeciones corrientes. Es más ardua tarea reconstruir un cuerpo devorado por los gusanos que el de aquel a quien comieron los peces y que a su vez sirvió de alimento a otros hombres. La creación es más difícil todavía, y, sin embargo, fué obra de Dios.

A propósito de estas objeciones describe con todo de-

talle y muy extensamente una higuera y la vid con sus frutos, tallos y raíces. Pues todo esto que obra a diario la naturaleza, es más complicado que volver a formar un cuerpo deshecho. Pero, "cuando Dios es el autor, cállense todos... No podemos explicar el misterio de unas uvas y unos higos y pretendemos desentrañar la obra divina. Para Dios nada hay imposible".

A continuación expone otras maravillas de la naturaleza, y termina diciendo: "Si alguien te mandase bucear en el fondo del mar, te negarías. Pues ya que nadie te lo impone, no pretendas sumergirte en los abismos de la ciencia de Dios. Navega tranquilamente por la superficie empujado con suavidad por las velas de la fe" *(Hom. 7 in 1 ad Thes.:* PG 62,435ss).

1. Inmortalidad del hombre

Al crear al hombre, quiso Dios que fuera inmortal: *Qui autem efficit nos in hoc ipsum, Deus...* (2 Cor. 5,5). Dios lo formó para que fuese incorruptible, de tal modo que, si permitió la entrada de la muerte, fué para que, escarmentados con el castigo, pudiéramos reconquistar la inmortalidad... Si permitió las penas de Abel, fué para que, al morir desgraciado, su muerte nos gritara: más allá recibiré mi premio *(De resur. mort.:* PG 50 430-431).

Bello es el mundo. ¿Qué no será el cielo? Confesemos que, si no hay un más allá, nosotros, los señores del mundo, para quienes la vida es breve y azarosa, somos más infelices que el cielo, la tierra y los animales... ¿Es posible que Dios creara al señor de condición peor que la del siervo?

El pecado fué quien introdujo la muerte *(Hom. 7 in Epist. 1 ad Cor.:* PG 61,141).

2. Necesidad de premiar al cuerpo

Respondiendo a los maniqueos: "¿Qué dices, que el cuerpo no participará de la gloria del premio? Participó de los trabajos y ahora quieres excluirlo de la recompensa. A la hora de pelear se llevó la peor parte, y a la hora de recibir la corona... Oye a San Pablo (1 Cor. 15,53): *oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem*" *(In Gen.* serm. 7: PG 54,614).

b) Triunfo de Jesucristo sobre la muerte

1. Cristo, vida y luz.

"*In ipso vita erat* (Io. 1,4).—Del mismo modo que, por mucha agua que saques de una fuente, no podrás nunca agotarla..., y, por muchos millares de personas a quienes ilumine la luz, ésta no pierde nada de su brillo, así el poder de Dios permanece íntegro e inmutable antes y después de la creación y, aunque crease mundos infinitos, siempre le quedarían fuerzas suficientes para volver a crearlos y gobernarlos... La palabra *vida* significa esa Providencia, por quien las cosas creadas se conservan y permanecen. Y he aquí cómo la doctrina de la resurrección tiene su base en el mismo exordio del Evangelio. Pues si nos llegó la vida, es que se ha destruído el imperio de la muerte. Si nos alumbró la luz, se han desvanecido las tinieblas. Tenemos ya la vida en nosotros. Es imposible que la muerte nos domine, y podemos decir del Verbo lo mismo que del Padre, *in ipso enim vivimus et movemur et sumus* (Act. 17,28): *en El vivimos, nos movemos y existimos,* que es lo que San Pablo explica con esta frase: *quoniam in ipso condita sunt universa..., et omnia in ipso constant* (Col. 1, 16-17). Esta es la raíz y el fundamento".

"*Et lux in tenebris lucet* (Io. 1,5).—Y la luz luce en las tinieblas. Las tinieblas son el error y la muerte... Llegó su predicación, brilló entre el error que lo ocupaba todo, y el error se desvaneció. Vino El; visitó a la muerte y de tal manera la venció, que nos libró de ella a los que estábamos cautivos. Ni la muerte ni el error pudieron con aquella luz, que en todas partes brilla espléndida con fulgores propios. Por eso dice *et tenebrae eam non comprehenderunt* (Io. 1,5)".

Luz que es recibida voluntariamente. "Luz invicta, pero que no habita en los espíritus que no la desean. Dios no se acerca violentamente, sino que ha de ser recibido con libre voluntad. Por tanto, no cierres tus puertas a la luz y disfrutarás de sus placeres.

"Luz divina a la que se ábren los ojos por medio de la fe, que, una vez que penetra en nuestro interior, nos inunda con sus raudales, y que, si continuamos en vida pura, permanece ya para siempre dentro de nosotros. *Si alguno me ama, guardará mi palabra...* (Io. 14,23)".

El pecado causa en nosotros una voluntaria ceguera. "No gozarás del sol si no abres los ojos, ni podrás participar de estos resplandores si no abres los del alma. ¿Cómo? Puri-

ficándote de los vicios. El pecado es tiniebla... *Omnis enim qui male agit, odit lucem: todo el que obra mal, aborrece la luz* (Io. 3,20).

"En medio de la obscuridad no puedes distinguir al amigo del enemigo; de noche no distinguimos los metales preciosos de las piedras. Del mismo modo, el avaro, el licencioso, no distinguen la verdad y el precio de la virtud.

"Como el que camina de noche anda muerto de miedo, de igual modo los pecadores van continuamente atormentados, por el miedo de perder sus bienes y por el remordimiento de su conciencia.

"Ea, pues, dejemos una vida tan penosa. Ya sabéis que después de tantas calamidades viene la muerte... Creen los pecadores ser ricos, y no lo son. Creen vivir entre delicias, y no gozan de ellas... Vivamos sobrios y vigilantes, como quiere Cristo...

"*Sicut in die honeste ambulemus...* (Rom. 13,13).—Abramos las puertas para que aquella luz nos ilumine con sus rayos y siempre gocemos de la benignidad de Nuestro Señor Jesucristo..." *(In Io.* hom. 5: PG 59,57ss).

2. La resurrección de Cristo, causa de nuestra resurrección

"Nuestro cuerpo es miembro de Cristo. Cristo resucitó. Sus miembros habrán de seguir a la cabeza... ¿Sabes cuál es, entonces, tu fin? Grande y admirable. La resurrección gloriosa que supera toda descripción... Resucitó el Señor rompiendo las cadenas de la muerte y con El resucitó la humanidad.

"Adán pecó y murió. Cristo no pecó y murió... ¿Por qué así? Para que los esfuerzos del que murió sin haber pecado librasen de la muerte al que había muerto en castigo de su falta. Tal suele ocurrir en cuestiones de dinero. El que sin poseerlo contrae deudas, termina por dar con sus huesos en la cárcel, hasta que otro que nunca las tuvo paga por él con sus bienes y lo libra. Adán era deudor y, así, estaba preso del demonio. Cristo no debía nada, pero poseía tesoros abundantes para pagar. Llegó, pagó con su muerte... y libró a Adán.

"Nosotros moríamos con doble muerte, mientras que ahora esperamos una doble resurrección. Porque Adán murió en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo: el alma por el pecado y el cuerpo con la corrupción... A esta doble muerte corresponde una doble resurrección. Una, por la que nos levantamos del pecado al ser resucitados con Cristo, por medio del bautismo. Otra, la del cuerpo. Cristo murió una sola vez,

pues no tuvo pecado, pero nos consiguió ambas resurrecciones.

"Resucitaste ya en cuanto a lo principal—mucho más importante es librarse del pecado que ver salir el cuerpo de los huesos—; por lo tanto, espera lo accesorio.

"El cuerpo cayó por el pecado. Luego si éste fué el principio de la caída, el verse libre de él debe ser el principio de la resurrección" *(Adv. ebriosos et de resurr. in Dom. Pasch.:* PG 50,438).

3. El Espíritu Santo, prenda de la resurrección

San Pablo, después de haber probado nuestra resurrección por la de Cristo, "añade que nos ha dado unas arras, no de plata ni de oro, sino el mismo Espíritu Santo (2 Cor. 5,5). Las arras o prendas constituyen una parte del todo y responden de él. Y del mismo modo que, en los contratos, el que recibe las arras está seguro de que le entregarán, cuando llegue el momento oportuno, la totalidad de lo prometido, así tú, que has recibido como arras nada menos que al Espíritu Santo, no puedes tener sombra de duda de que recibirás en su día el resto de tus bienes.

"No vayas a pensar que el Espíritu Santo no obra nada en ti. Hoy perduran entre nosotros sus efectos y recibimos dones mejores que los milagros (que obró por medio de los apóstoles), porque resucitar a un muerto es menos importante que devolver la vida a un alma, lo cual se verifica a diario en el bautismo; curar una enfermedad es más fácil que aliviar el peso del pecado, y devolver la vista a un ciego es también menos que iluminar un alma.

"Si no estuviésemos en posesión de estas arras divinas del Espíritu Santo, ni habría bautismo, ni perdón de los pecados, ni justicia y santificación, ni recibiríamos la adopción divina, ni podríamos participar en sus sacramentos. Porque ni el cuerpo ni la sangre mística se hacen sin la gracia del Espíritu Santo, ni los sacerdotes pueden recibir la ordenación sin su descenso. Mil otras gracias del Espíritu Santo podría enumerar.

"Así, pues, ya que has recibido, con las arras del Espíritu Santo, la vida del alma, no dudes del futuro. Medita en la resurrección, hazte digno de este dogma en tu vida" *(De resur. mort.:* PG 50,431).

de los que duermen, mostrándole vencedor sucesivamente de todo principio, potestad y virtud, y finalmente de la muerte. ¿Y cómo puede vencer a ésta, si no es arrancándole los cuerpos que escondía?

"Después de haber dicho tan altas cosas del Hijo de Dios, después de haberle presentado entregando su reino, esto es, de habernos exhibido todas sus obras y victorias, ... al final vence a la muerte. Porque, si venció al diablo, que nos trajo la muerte al mundo, mucho más fácilmente será ésta vencida y derrotada".

Cum tradiderit regnum Deo et Patri (1 Cor. 15,24).— ¿Qué significan estas palabras? Que entregará su obra y se entregará a sí mismo al Padre, "mostrando la concordia de ambos, y que éste es el principio de todo bien, ya que engendra al autor de tanta y tan grande maravilla.

"Dos reinos conoce la Escritura, uno natural, por creación, y otro de la amistad... Si en la tierra continúan los cuerpos en la obscuridad del sepulcro, la tiranía de la muerte seguirá triunfal. En cambio, si ocurre lo que San Pablo anuncia (la resurrección), el triunfo de Jesucristo brilla, al arrancar a la tierra los muertos. Porque la victoria no es real hasta que el vencedor se apodera de los despojos del vencido. Si este último los conserva, ¿qué victoria es ésa? El mismo Señor lo dijo en el Evangelio: *aut quomodo potest quisquam intrare in domum fortis, et vasa eius diripere, nisi prius alligaverit fortem?* (Mt. 12,29).

La victoria final llega el día del juicio. "Destruído totalmente el pecado, justo es que la misma muerte perezca. Pues, una vez seca la fuente, resulta absurdo que continúe manando el agua" *(In 2 ad Cor.* hom. 39: PG 61,333ss).

5. Hermosura del día del juicio

Después de hablar de la grandeza de los apóstoles y los efectos impresionantes de su predicación (Act. 5,13ss), añade: "Pues si esto ha sucedido aquí, imagina, si puedes, el día en que los apóstoles, profetas, santos, mártires y confesores y cuantos se distinguieron en la fe de Cristo, se presenten con sus cuerpos, libres de la muerte, superando la hermosura de todo lo creado. Piensa en aquella multitud y en aquella fiesta en que todos han de resplandecer como lámparas y como rayos, llenos de gloria, belleza y alegría"... ¿Quién podrá explicarlo? Unicamente la propia experiencia de quienes merezcan asistir... No pondré ejemplos, porque todos, siendo de aquí abajo, envilecerían su hermosura... (Ps. 109,3): *Tecum principium in die virtutis tuae in splendoribus sanctorum... (Exp. in Ps. 109:* PG 55,274).

C) Consecuencias de aliento: «*Levate capita*»

a) La resurrección, aliento en las penas de la vida

Glosando el pasaje evangélico: *modicum, et iam non videbitis me: et iterum modicum et videbitis me* (Io. 16,16)..., y *haec locutus sum vobis, ut in me pacem habeatis* (Io. 16, 33)..., nos alienta a triunfar con Cristo y entrar con El en su reino.

"Levanta el ánimo... Ha vencido el Maestro. Nosotros venceremos también. Si seguimos su camino, la muerte caerá ante nosotros".

¿Acaso no moriremos? Eso quizá fuera menor triunfo, porque el guerrero es realmente victorioso, no cuando se encuentra con el enemigo, sino cuando le derrota. No somos inmortales por haber luchado con la muerte, sino por haberla vencido. Quien por un momento enrojece no puede llamarse rojizo. Quien duerme algún tiempo, para volver a resucitar, no está muerto. La muerte no ha logrado vencerle. Ha corrompido nuestros cuerpos, pero para que resuciten más hermosos.

"Venzamos, por consiguiente, al mundo. Sigamos al Rey, tremolando sus estandartes y apartándonos de los placeres. No necesitaremos esforzarnos demasiado. Bastará dirigir al cielo nuestra alma y habremos dominado los halagos del mundo. Sólo con no desearlo se le vence".

Pasas como un peregrino por el mundo. Por consiguiente, aquí nadie te conoce y éste no es tu hogar. No sufras por nada, aunque te ofendan. "Nuestra ciudad es la de Dios" (*In Io.* hom. 79: PG 59,429).

b) Alegría ante la muerte de nuestros amigos

No debes llorar en presencia de la muerte, como tampoco llora el labrador ante la putrefacción de su semilla. Mejor es la sepultura que la sementera, porque después de ésta quedan todavía mil cuidados, y tras aquélla, solamente la gloria, la paz del alma.

Lloro, me dirás, por la orfandad en que me deja el ser querido. Refúgiate en Cristo, Padre de toda la humanidad. No llores; "eso es portarte como si fueras enemigo de los que fallecieron... ¿Quién podrá pensar que eres amigo del que fué llamado por el Monarca a sus celdas escogidas al verte llorando por él?

"Es que lloro no por él, sino por mí. Tampoco con eso demuestras tenerle mucho amor. Cuando está a punto de recibir la corona y arribar al puerto, prefieres colocarle de nuevo en medio de la lucha y de la tormenta...

"Ofréceles sufragios... Formamos un solo cuerpo con ellos... ¿Por qué te afliges, oh viuda, que tanto bien puedes procurar a tu marido?" *(In Epist. 1 ad Cor.* hom. 41: PG 61,360).

II. SAN AGUSTIN

San Agustín alude multitud de veces al juicio final y le dedica dos sermones íntegros al comentar el salmo 49,3: *Deus manifeste veniet: Deus noster et non silebit.* Su pensamiento es el siguiente: El silencio actual de Dios es interpretado por algunos como signo de despreocupación. Dios, en cambio, observa y va atesorando las obras humanas para premiarlas o castigarlas en el día del juicio, y muy en especial las obras de misericordia.

Son dos sermones gemelos y de un sorprendente paralelismo; pero como no expone en ambos las mismas ideas con idéntica brillantez, procuramos escoger el párrafo más feliz de cada uno, respetando, sin embargo, el orden, que es el mismo en los dos.

Figuran estos sermones con los números 17 y 18 (PL 38,124 y 128). El último puede leerse íntegro en la BAC. (cf. SAN AGUSTÍN, t.7, *Sermones,* p.577ss).

A) El juicio final. Las obras de misericordia

a) Las dos venidas de Cristo

El salmo citado es una profecía sobre Nuestro Señor. *Deus manifeste veniet: Deus noster et non silebit.* "Cristo, Dios nuestro e Hijo de Dios, la primera venida hízola sin aparato; pero en la segunda vendrá de manifiesto. Cuando vino callando, dióse a conocer no más que a sus siervos; cuando venga de manifiesto, mostraráse a buenos y malos. Cuando vino de incógnito, vino a ser juzgado; cuando venga de manifiesto, ha de ser para juzgar". Cuando fué reo, guardó el silencio que anunció el Profeta: *No abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores...* (Is. 53,7). "Pero no ha de callar así cuando haya El de juzgar. A decir verdad, ni aun ahora está callado para quien guste de oírle; y si dice que no callará entonces, dícelo por haber entonces de oírle aun los que ahora le menosprecian" *(Serm. 18,* 1: PL 38,128-129 y BAC t.7,577,1).

b) Cristo habla por medio de los predicadores

"Pero Jesucristo no ha dejado de hablar tampoco, si nos referimos a la exposición de la doctrina necesaria. Habló antes por medio de los profetas; después, por sí mismo, y aun hoy tenemos a la Sagrada Escritura, que es su palabra. Habla también, por medio del predicador, cuando éste predica la verdad. Cuando yo hablo, Cristo no está silencioso. Habla hasta por vuestros propios labios, pues cuando cantáis los salmos vosotros, quien está hablando es El.

"No está callado Cristo, no. Lo que hace falta es que le oigamos dentro de nuestro corazón, que le oigamos con aquellos oídos que pedía el Maestro cuando decía (Mt. 13,9): *El que tenga oídos, que oiga*" *(Serm. 17, 2*: PL 38,124).

1. Responsabilidad del predicador

"A mí me producen espanto semejantes palabras (de Ez. 3,5-7), porque son el espejo en que nos debemos contemplar los prelados, a quienes Dios nos colocó en tal lugar para que hablemos.

"Yo me miro en ese mismo espejo. Hacedlo vosotros también. Yo debo obedecer el mandato que oí (Ez. 33,8-9): *Si yo digo al impío: ¡Impío, vas a morir! Si tú no hablas al impío para apercibirle de su mal camino, el impío morirá por su iniquidad, pero de su sangre te pediré yo cuenta a ti. Pero si tú apercibiste al impío de su camino, para que se apartara de él, y él no se apartó, él morirá por su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma.*

"He aquí por qué yo os predico para salvar mi alma, pues de lo contrario correría un gran peligro de perderla. Pero, puesto que yo cumplo mi obligación, atended vosotros cuidadosamente al riesgo en que os halláis. ¿Qué deseo yo? ¿Qué pretendo yo? ¿Por qué hablo? ¿Por qué me siento en este lugar? ¿Para qué vivo, sino únicamente para conseguir que podamos vivir todos en Jesucristo? Este es mi deseo, ése será mi honor, mi gloria, mi alegría y mi riqueza. Si yo predico y vosotros no me oís, ciertamente yo me salvaré. Pero no quiero salvarme yo sin vosotros" *(Serm. 17, 2*: ibíd.).

2. Los pecadores no oyen ni entienden la voz de Jesucristo

"Porque ahora, en hablándose, que se habla, de las cosas ordenadas por el Señor, algunos las toman a risa... Los hombres que sólo miran en lo de acá y no creen en lo por-

venir observan cómo bienes y males en el siglo presente los tienen buenos y malos sin distinción. Si anhelan riquezas, ven ricos a hombres pésimos y a hombres buenos; y si los estremecen la pobreza y las calamidades de este mundo, ven padecer estas miserias tanto a los buenos como a los malos; por donde vienen a decir en su corazón: Dios no vuelve los ojos a las cosas humanas, ni se fatiga en gobernarlas.

"Mas uno puede echar de ver cómo aun ahora, si lo tiene a bien, mira Dios y juzga y no lo deja para después; lo difiere cuando le place. ¿Y por qué así? Porque, si nunca juzgase de pronto, creyérase no haber Dios, y a juzgarlo todo ahora, no le quedaría nada para el juicio. Si, pues, mucho lo guarda para el juicio, y algo lo juzga en seguida, es porque teman y muden de vida aquellos a quienes da largas. Dios, a la verdad, no gusta de condenar, sino de salvar; por eso tiene paciencia con los malos, a fin de hacerlos de malos buenos" *(Serm. 18,* 1-2: ibíd. y BAC 7,577-578).

"Por lo tanto, hermanos, no tengáis en poco esas faltas, a las que tal vez os habéis habituado ya. La costumbre llega a conseguir que no se aprecie la gravedad del pecado. Lo que se endurece pierde la sensibilidad. Lo que se halla en estado de putrefacción no duele, no porque esté sano, sino por muerto. Si al pincharnos en algún sitio nos duele, es que esa parte o está sana u ofrece esperanzas de curación. Si no nos duele, está ya muerta; hay que cortarla" *(Serm. 17,* 3: ibíd.).

3. Aunque Dios calla, ve y odia el pecado

"Habéis podido oír que el salmista, al enumerar los pecados, dice: *haec fecisti et tacui* (Ps. 49,21). Pero también añade: *veniet et non silebit* (ibíd. 3): *viene nuestro Dios y no en silencio.*

"Subió al cielo y se sienta a la derecha del Padre, de donde volverá un día para juzgar a los vivos y a los muertos. Pero mientras tanto está callado... ¿Oyes por ventura su voz cuando cometes tus adulterios, pensando que nadie te ve, porque no tienes sobre ti ojo humano alguno? ¿O cuando robas...?

"Pues oye el salmo y escucha su aviso: Tú, quienquiera que seas; tú, que quizá estés ahora aquí y estabas pecando esta misma noche, óyele cómo te previene: *haec fecisti et tacui. Existimasti inique quod ero tui similis* (Ps. 49,21): *Esto lo he visto yo, y porque callaba creíste que de cierto era yo como tú.*

"Entre los que pecan o sienten arrepentimiento por el bien obrado, hay más de uno que dice entre sí, royendo su propia murmuración: si a Dios le disgustara la maldad,

¿permitiría que los malos triunfasen felices en la tierra?... Escúchame: has creído que soy como tú y que me complazco en el mal..." *(Serm. 17*, 3-4: PL 38,125).

4. En el día del juicio hablará

"Pensaste inicuamente que yo pudiera parecerme a ti, y por eso, cuando menos lo pienses, te argüiré como no lo esperas. Ahora que te toca a ti obrar me callo; pero no me callaré cuando sea a mí a quien corresponda juzgar. ¿Sabes lo que pienso hacer cuando llegue ese momento? *Statuam ante faciem tuam* (Ps. 49,21): *te pondré delante de tus ojos.* Ahora, mientras te dedicas al mal, llegas a considerarte bueno, porque no te tomas la molestia de mirarte. Reprendes a los otros y no te fijas en ti mismo. Acusas a los demás y a ti no te examinas. Los colocas a ellos delante de tus ojos y a ti te pones a tu espalda. Pues cuando me llegue a mí el turno de argüirte, haré todo lo contrario: te daré la vuelta y te pondré delante de ti mismo. Entonces te verás y llorarás. Pero ya no será tiempo de corregirte" *(Serm. 17*, 5: PL 38,127).

c) Los hombres atesoran en el banco celestial

1. An divitias bonitatis eius et longanimitatis contemnis? (Rom. 2,4)

Por la bondad de Dios "para contigo y porque te aguarda y sufre, y te da espacio y no te quita de en medio, ¿vas a despreciarle tú y figurarte no haya de haber juicio alguno? (Rom. 2,4-5): *Ignoras quoniam benignitas Dei ad poenitentiam te adducit? Secundum autem duritiam tuam, et impoenitens cor, thesaurizas tibi iram in die irae et revelationis iusti iudicii Dei, qui reddet unicuique secundum opera eius" (Serm. 18*, 2: PL 38,129 y BAC 7,579).

"El bueno pone en el tesoro celestial todas las obras de misericordia hechas en beneficio de los hombres que redimió y sabe cuán fiel es el tesorero que allí se lo guarda. No lo ve con sus propios ojos, mas vive sin recelo alguno respecto del tesoro, porque allí ni hay ladrón que hurte ni algareros que invadan, ni ha de ser botín de ningún enemigo desalmado y poderoso que le venza; allí lo tendrá porque lo custodia el Señor todopoderoso; que si los hombres fían sus dineros a la fidelidad de un mayordomo y viven tranquilos, ¿ha de fatigarles a los buenos el cuidado de las misericordias fiadas a tan poderoso Señor? Saben, por ende, los buenos, tener allí a salvo lo que allí depositan; los fieles

otorgan su confianza al poder del Señor. Sabemos, en efecto, que lo guarda El, y si lo guarda El no se pierde. Aun acá, ¿tienen los hombres de dinero necesidad de estar viendo la caja, o de tenerlo allí depositado todo y siempre, o bien de sepultarlo y hacer guardia? No lo ven, pero tienen... la certeza íntima de que sigue donde lo pusieron. Y a lo mejor, ya un ladrón se lo llevó, y en vano se alegra de tenerlo seguro... Mas en el tesoro del cielo... estamos seguros del Señor que lo guarda y no hay miedo alguno de ladrones, ni ha de venirnos mengua en ello.

"Los malos... también van atesorando sus obras malas y también se las guarda Dios. Lo ha dicho el Apóstol: *vas atesorándote ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios*" (*Serm. 18*, 2-3: PL 38,129-130 y BAC 7,578-580).

2. Reparto de tesoros en el día del juicio

Cuando "venga nuestro Dios—y vendrá de manifiesto y no para callarse—reunirá delante de sí a todas las naciones, según lo dice en el Evangelio, e irá separando y poniendo a unos en la derecha y a otros en la izquierda, y empezará el examen de los tesoros de los unos y de los otros, para que todos lo hallen allí depositado: *Venid, benditos de mi Padre*, dirá a los que estén a su derecha... *Tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo* (Mt. 25,34). Recibid este reino de los cielos..., la compañía de los ángeles, la vida eterna, donde nadie nace ni muere... Cuando echabais vuestras obras en el tesoro, estabais comprando el reino de los cielos... Y les hará ver sus tesoros de ellos: *Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed...* (Mt. 25,35). *Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?...* (Mt. 25,37). *Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis* (Mt. 25, 40). Tomad, pues, lo que guardasteis: entrad en posesión de lo que adquiristeis; que para eso me lo confiasteis a mí, custodio por excelencia.

Volviéndose después a los de la izquierda, les mostrará sus cofres, vacíos de toda obra. *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno* (Mt. 25,41)... *Tuve hambre, y no me disteis de comer...* (Mt. 25,42). Haced memoria si echasteis al tesoro este alguna buena obra y se os devolverá. *Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?...* (ibíd. 44), dirán ellos... *Cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis...* ¿Por ventura no hacíais eso conmigo cuando me veíais andar por el mundo? ¡Tan malos sois, que de haberme visto, como los judíos, me habríais crucificado!...

Pues aun se atreverán a decirle, como si no conociera El los pensamientos de los hombres: *Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?* Ciertamente que El les habrá de contestar: *quamdiu non fecistis uni de minoribus his...* (Mt. 25,45). Yo había puesto en el mundo a estos pequeñuelos menesterosos; yo, la cabeza, estaba sentado a la diestra del Padre; estos mis miembros padecían en la tierra, mendigaban en la tierra; si a los miembros se lo hubierais dado, a la cabeza hubieseis llegado, y ahora sabríais cómo, dejando a los pobres en la tierra, os di mozos de cordel para llevar a mis tesoros vuestras obras buenas; mas como nada les pusisteis en las manos, nada habéis hallado en mí" *(Serm. 18,* 4: PL 38,130-131 y BAC 7,580-581).

d) Apresurad vuestra conversión

"No se ocultará, no, entonces; al revés, se hará visible. Eso significa *no callará.* Lo dice ahora el lector del códice, y no se le hace caso alguno; lo dice con sus propios labios el obispo, que lo expone y lo razona, y se mofan de él. ¿Habrá de ser también objeto de ludibrio cuando lo diga el omnipotente Juez?... Entonces dirán los hombres con tardío e infructuoso arrepentimiento: ¡Quién pudiera volver a la vida y escuchar y practicar lo que allá despreciamos!... *Quid nobis profuit superbia, aut divitiarum iactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa tamquam umbra...* (Sap. 5,8-9). Ya lo veis. Entonces se arrepentirán; arrepentimiento que atormenta y no sana. ¿Quieres una penitencia útil? Tenla, pues, ahora; que si la tienes ahora, te corregirás, y en corrigiéndote, aquel cofre donde ibas guardando las malas obras se vaciará y el de las buenas se irá llenando" *(Serm. 18,* 5: ibíd. 131 y BAC 7,582).

"Me dirás quizá que el día del juicio está muy lejos. ¿Por dónde lo sabes? ¿Y el tuyo también lo está? ¿Quién te lo ha dicho? ¡Cuántos se acostaron sanos y amanecieron muertos! Frágil es el cristal, pero más frágiles somos nosotros. Porque aquél, con serlo tanto, dura en ocasiones, hasta el punto de que es fácil ver una copa en que bebieron los abuelos y beben ahora los nietos. No nos ocurre así a nosotros, que vivimos en tantos peligros. Y aunque consiguiéramos superarlos todos, breve es nuestra vida por muy larga que se la considere...

"Asistimos todos los días a la muerte de muchos, celebramos sus entierros y funerales y seguimos prometiéndonos larga vida. No hay uno que diga: voy a corregirme, no me ocurra mañana lo que a este que acabo de enterrar.

"Veo que os complacen mis palabras. Lo que a mí me

gustarían serían vuestras obras. No me entristezcáis con vuestras malas costumbres, porque yo no pretendo ningún placer en este mundo. Mi única satisfacción sería contemplar vuestra vida santa" *(Serm. 17,* 7: PL 38,128).

B) La resurrección

San Agustín (PL 39,1599-1634) escribió una homilía o sermón 361 sobre la resurrección de los muertos, dividido en dos partes. La primera está dedicada a convencer a los infieles sobre la verdad de la resurrección. La segunda, a aleccionar a los fieles respecto de algunos puntos de ella. No todos son interesantes para nosotros, por lo que nos limitamos a escoger algunos pensamientos.

a) Nuestra resurrección, fundamento de las virtudes

Se fundan nuestra esperanza y nuestra fe en la resurrección de la carne. Sin la resurrección cae toda la doctrina cristiana.

"Si no resucitan los muertos, nuestra fe es inútil. Si creemos que resucitan, todavía debemos saber en qué consiste esta nueva vida y en qué se distingue de la presente". Sobre lo primero debe instruirse a los incrédulos, que dicen: Comamos y bebamos, que mañana moriremos. Sobre lo segundo, a los cristianos *(Serm. 361,* 2: PL 39,1599).

"Porque hay también algunos cristianos que, agitados por la tormenta de las pasiones, necesitan llamar a Cristo para que despierte su fe y calme la tempestad".

b) Cristo, autor de la resurrección

"Cristo lo ha prometido. Lo puede cumplir, porque es Dios. Es posible la resurrección de los muertos, puesto que la suya lo fué" (ibíd. 8-12: 1603-1605).

"Cristo es la cabeza del cuerpo místico y quiso demostrar en la cabeza lo que deben esperar los miembros.

"Somos miembros suyos y le duelen nuestras aflicciones. Del mismo modo que la lengua se queja cuando nos pisan un pie, sin que a ella le haya ocurrido nada, Cristo se quejó a Saulo diciendo: *¿Por qué me persigues?* (Act. 9,4), cuando, realmente, a quienes perseguía era a los cristianos. A Cristo le duele la corrupción de nuestros cuerpos" (ibídem 13-15: 1605-1607).

c) Resurrección espiritual y del cuerpo

"Todos resucitaremos, buenos o malos. Todos cambiaremos. Para los buenos, el cambio será a mejor; para los malos, a peor" (ibíd. 19: 1610).

"Porque hay una resurrección según la fe, y todo el que cree... y resucita en cuanto al alma, resucitará después en cuanto al cuerpo, para bien suyo. Pero el que antes no haya resucitado en cuanto al alma... no resucitará para poseer un cuerpo incorruptible, sino para que la integridad de su cuerpo le sirva de castigo. El cuerpo no podrá perecer, pero sí sufrir eternamente.

"Por el contrario, el que, según el espíritu, muera y resucite, después verá morir y resucitar a su cuerpo. Morir según el espíritu es dejar de creer y de obrar lo que no se debe creer u obrar. Resucitar según el espíritu es comenzar a creer lo que no se creía y a hacer lo que no se hacía... El borracho se hace sobrio. Murió la embriaguez y resucitó la sobriedad. *Mortificate ergo membra vestra, quae sunt super terram: fornicationem, immunditiam, libidinem, concupiscentiam malam, et avaritiam...* (Col. 3,5). He aquí por qué, al mortificar estos miembros, resucitamos a las virtudes contrarias, en santidad, caridad, limosnas y mansedumbre. Y del mismo modo que antes fué la muerte espiritual y después la resurrección, así primero será la muerte del cuerpo y más tarde su nueva vida" *(Serm. 362,* 23: PL 39,1627).

"San Pablo habla de estas dos resurrecciones. Cuando dice *si consurrexistis cum Christo: quae sursum sunt quaerite...* (Col. 3,1), se refiere a la resurrección del alma. Cuando dice *oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem* (1 Cor. 15,53), se refiere al cuerpo" (ibíd. 24: 1628). Queda, pues, el juicio futuro, que distinga entre los buenos y los malos.

d) Cómo resucitamos

Como Cristo, nuestra cabeza, resucitaremos también nosotros (ibíd. 10: 1616).

1. Incorruptibles

Hoy necesitamos comer, porque nuestras piezas se desgastan. "Como a la lámpara hay que echarle suficiente aceite de una vez para que lo vaya consumiendo poco a poco.

"Pero llega el momento en que, aunque haya aceite, la misma torcida se consume y apaga. Mas, después de la resurrección, nuestros cuerpos permanecerán siempre en el mismo estado en que resucitaron. No habrá, pues, muerte, enfermedad ni necesidades físicas" (ibíd. 11: 1617).

2. Con el cuerpo sujeto al alma

"Cuando le llevaron al Señor un paralítico (Mc. 2,11), iba en una camilla. En cuanto sanó, se llevó la camilla a cuestas. La molicie y las tentaciones del cuerpo llevan hoy tras de sí al alma. Después de la resurrección gobernará quien debe gobernar, esto es, el espíritu" (ibíd. 14: PL 39,1620)

3. Como los ángeles

"No hagas sutilmente preguntas sobre la agilidad de tu cuerpo. Baste saber que resucitará incorruptible... ¿Cómo será tu vida? Lo mismo que la de los ángeles. Si alguien te la puede explicar, habrá explicado la tuya... Y no busques más, no sea que, en vez de encontrar la verdad, halles sólo tus propias imaginaciones".

"Puedo decirte con mayor facilidad lo que no hacen los ángeles que lo que hacen". (Aquí enumera las necesidades humanas).

"Aquello será un eterno sábado, un reposo inefable... Hacia ese descanso y paz nos dirigimos. Así como nacemos materialmente para el trabajo, así renaceremos espiritualmente para la paz. El lo dijo: *Venite ad me omnes, qui laborati, et onerati estis, et ego reficiam vos* (Mt. 11,28) Aquí (Cristo) alimenta, allí perfecciona; aquí promete, allí da. Allí no habrá ni siquiera obras de caridad, tan necesarias entre los cristianos. ¿A quién vas a dar de comer, si nadie tiene hambre? ¿A quién darás agua?"... (ibíd. 28· 1631).

"¿Qué haremos, pues? Nuestra vida constituirá un amén eterno. ¡Aleluya! ¡Alabemos a Dios! Por toda la eternidad y sin fastidio. Porque Dios es la verdad perfecta, inconmutable, sin disminución... Y cuando le veamos cara a cara, tendremos una satisfacción insaciable. No nos faltará nada, y, por esta razón, estaremos satisfechos; y puesto que lo que no nos falta es siempre deleitable, no estaremos nunca saciados" (ibíd. 29: 1632).

C) *La redención total*

En uno y otro lugar repite San Agustín que la paz no puede encontrarse en esta vida, pues estamos siempre padeciendo la lucha de la carne. El lugar de la paz es el cielo, y comienza con la reintegración del cuerpo impasible y glorioso. Transcribimos su comentario al v.9 del salmo 84 (*Enarrat. in Ps. 84:* PL 37.1069ss), dando una traducción libre en la forma, pero exacta en el fondo, y a veces casi literal.

a) En esta vida no hay paz completa

Audiam quid loquatur in me Dominus Deus: quoniam loquetur pacem in plebem suam (Ps. 84.9). "Hablaba Dios en el interior del profeta, mientras el estrépito del mundo alborotaba por defuera. Recogióse en sí mismo el profeta, aislándose del tumulto de esta vida y de los pensamientos terrenos que oprimen el alma, para oír la voz de Dios. *Oiré lo que me dice mi Señor.*

"¿Qué es lo que ovó? Que hablaba a su pueblo de la paz.

"Esa es la voz de Cristo, voz de la paz que a la paz llama: ¡Ea! Los que no la tenéis, amadla. ¿Qué podréis encontrar mejor que ella?"

Pero ¿qué es la paz? El no haber guerra. ¿Y dónde no habrá guerra alguna? En donde no haya contradicción, resistencia ni enemigos.

No hay paz, por lo tanto, aquí, en donde no encontraremos a nadie que no sea fuertemente combatido por el demonio, por ese demonio que sin dejarse ver levanta nuestras concupiscencias para arrastrarnos al pecado.

No vivimos en paz, pues sufrimos esta guerra. Enseñadme un hombre siquiera que no padezca la tentación de la carne y que viva en paz. La carne o la imaginación no respetan a nadie.

Pero os concedo que lo halléis. Uno tenemos ya que no siente la tentación de lo ilícito. ¿Y qué? ¿Es que no sufre ese justo el cansancio del hambre, de la sed y de su flaqueza?

Lucha contra nosotros el hambre, lucha la sed, lucha el cansancio, lucha el sueño, luchan todas las molestias. ¿Queremos estar despiertos? Nos dormimos. ¿Queremos ayunar? Tenemos hambre. ¿Queremos estar en pie? Nos cansamos. ¿Queremos sentarnos? También nos harta.

Los mismos remedios que tomamos para nuestro descanso terminan por cansarnos. ¿Tenemos hambre y comemos? Pues la comida nos sacia y pesa. ¿Estamos cansados

de estar sentados en nuestro trabajo y buscamos el recreo paseando? No pasees mucho, porque volverás a cansarte y apetecerás estar sentado.

¿Qué paz ésta, en donde todo son molestias, apetitos, necesidades y cansancio?

b) La paz en la resurrección

¿Dónde hallar la verdadera paz? Oíd: *Es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad... Entonces se cumplirá lo que está escrito: la muerte ha sido sorbida por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?* (1 Cor. 15,53-55).

Donde la muerte exista, nunca podremos encontrar la paz, porque de la muerte y su corrupción viene ese cansancio que encontramos en el descanso mismo.

El cuerpo está sujeto a la muerte, *el cuerpo está muerto por el pecado* (Rom. 8,10), y ese cuerpo es el que se cansa de todo de manera tal, que todo le acarrea la muerte. Come demasiado y morirás. Ayuna demasiado y morirás. Anda demasiado y morirás. Siéntate para siempre, si es que quieres no poderte levantar más. Duerme siempre y no podrás despertarte. Vigila siempre y perderás la vida.

Hasta que la muerte sea absorbida por la victoria y lleguemos a aquella ciudad de la que, cuando me pongo a hablar, no sé encontrar el fin, sobre todo en estos días de tanto escándalo. Aquella ciudad sin enemigos, sin tentadores, sin sediciosos, sin nadie que haga padecer a la Iglesia, ministros de un demonio que ya estará sujeto en el infierno sin fuerza para repetir sus ataques.

Allí encontraremos la paz de los hijos de Dios en el amor de todos, porque todos veremos a Dios, ya que Dios estará en todos (1 Cor. 15,28). Visión de Dios común, posesión común, amor común.

Oiré lo que me dice mi Señor. Le está hablando a su pueblo de la paz. ¿Queréis ir a ella? Pues dirigid a Dios vuestro corazón. No lo pongáis en mí ni en hombre alguno, pues quien se apoya en un hombre un día caerá con él. Dios, y Dios solo, es nuestro gozo, nuestra paz, nuestro descanso, el fin de todas nuestras molestias. Bienaventurados *los que se vuelven a El de corazón* (Ps. 84,9): *qui convertuntur ad cor* (ibíd. 10: 1075-1077).

III. SAN GREGORIO MAGNO

San Gregorio Magno, preocupado por las calamidades físicas que acaecieron en su época, escribió una homilía (*Hom. 1 in Evang.*: PL 76,1077ss) sobre el desprecio de las cosas terrenales y la perennidad de Dios. Suprimimos los párrafos que se refieren a la proximidad del fin del mundo.

A) Fin del Evangelio: menosprecio del mundo

Nuestro Redentor y Señor anuncia los males que han de seguir a este mundo perecedero, a fin de que nos hallemos preparados. Nos presagia también las sacudidas escatológicas que han de producirse, para que, si no tememos a Dios, distraídos por la tranquilidad de la vida, por lo menos experimentemos temor por su juicio (ibíd. 1: 1077).

B) El mundo pasa: alegría de los amigos de Dios

"Estas palabras (los hombres se secarán..., verán al Hijo del hombre...) fueron dichas contra los réprobos, pero también para consuelo de los elegidos: *cuando estas cosas comenzaren a suceder, cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención* (Lc. 21,28). Que es lo mismo que si dijera: cuando se multipliquen las plagas de la tierra, regocijaos, porque, a la vez que termina un mundo del que nunca fuisteis amigos, se aproxima la redención que apetecéis.

"En la Escritura son frecuentemente sinónimos cabeza e inteligencia... Por lo tanto, levantar la cabeza es lo mismo que elevar la mente a los gozos de la patria celestial. Y lo que aquí quiere decir el Señor a los que le aman es que se regocijen con la terminación del mundo, porque, acabándose lo que aborrecieron, van a encontrarse con el que amaron siempre.

"Lejos, pues, del cristiano que desee ver a Dios todo llanto por la destrucción del mundo..., pues escrito está que *quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios* (Iac. 4,4). Nosotros, que sabemos cuáles son los gozos de la patria celestial, debemos desear ir cuanto antes a ella, y por el camino más corto".

C) Sólo Dios permanece

"¡Cuántos males nos atribulan en este mundo! ¡Cuánta tristeza y adversidad nos angustian! ¿Qué otra cosa es esta vida mortal, sino un tránsito? Considerad, hermanos míos: ¿hay alguna cosa más necia que sentirse agobiado por las fatigas de un camino y desear que no se acabe?

"Terminantemente nos avisa el Señor que hemos de despreciar al mundo, cuando, valiéndose de una parábola, nos dice: *Ved la higuera y todos los árboles: cuando echan ya brotes..., conocéis por ellos que se acerca el verano. Así..., cuando veáis estas cosas, conoced que está cerca el reino de Dios* (Lc. 21,29-31). Con lo cual nos quiere decir que, así como por los frutos de los árboles inferimos que el verano se acerca, así por la destrucción del mundo se conoce la proximidad del reino de Dios.

"Porque el fruto del mundo está constituído por su propia ruina, ya que no es posible que crezca sino para caer... Por el contrario, el reino de Dios se asemeja al estío, porque en él, lo mismo que en éste, se esfuman las penalidades y se manifiestan radiantes por la claridad del sol los días de la vida eterna" (ibíd. 3: 1079-1080).

"Todo lo cual queda confirmado también con aquellas otras palabras: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Lc. 21,33). Nada hay en el mundo que parezca más permanente que el cielo y la tierra. En cambio, nada hay que transcurra con más rapidez que la palabra, la cual, antes de que se haya pronunciado totalmente, no existe todavía, y en cuanto se ha dicho, ya no es nada.

"Pues bien, *el cielo y la tierra pasarán,* esto es, lo que aquí os parece más duradero, y, en cambio, lo que os parece más liviano, como mi palabra, permanecerá siempre, porque en ella hay decretos eternos" (ibíd. 4: 1080).

"No queráis, pues, hermanos, amar lo que no ha de permanecer mucho. Acordaos del precepto apostólico: no améis al mundo, porque *si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre* (1 Io. 2,15)".

D) El poder de Dios

tempestad por medio de una sola nube. Y si no podemos resistirle cuando nos visita en una nube ligera, ¿qué será cuando venga El mismo, inflamado en ira para castigar a los pecadores?

"Vamos a pensar seriamente en el día del juicio último. Corregíos... Con tanta mayor tranquilidad veréis la llegada del Juez, cuanto más os hayáis prevenido, temiendo su rigor" (ibíd. 5-6: 1080-1081).

IV. SAN BERNARDO

Entre las obras de San Bernardo figura una colección de sermones, predicados en los años 1115 a 1153, que vienen a ser como pláticas destinadas a sus monjes. Se refiere una de ellas al Adviento, y allí el melifluo Doctor nos habla de las tres venidas de Cristo, a saber: la encarnación, la gracia y el juicio; pero este último punto no lo desenvuelve en los sermones de Adviento, por lo que hemos completado el estudio del tema extractando una homilía cuaresmal sobre el salmo 90,7: *Caerán a tu lado (izquierdo) mil, y a tu derecha, diez mil; a ti no llegará,* en donde habla de la alegría del justo al verse escogido. Estos sermones (cf. PL 183,35.43 y 54) pueden leerse íntegros en la BAC (SAN BERNARDO, *Obras Selectas,* p.243-250, 252-256 y 376-386). Comprende el primeramente citado un exordio y tres partes.

A) El Adviento y las tres venidas (exordio)

"Hoy, hermanos, celebramos el comienzo del Adviento, cuyo nombre... es bastante célebre y conocido en el mundo, pero quizá no lo son tanto ni su sentido ni la razón del nombre" *(Serm. Adv.* 1,1: BAC 243). "Tres advenimientos suyos conocemos, pues: el que hizo a los hombres (la encarnación), en los hombres (la inhabitación) y contra los hombres (el juicio)..." Vino verdaderamente a todos los hombres, pero no así habitó en todos, ni vendrá contra todos *(Serm. Adv.* 3,4: BAC 254). "Se encarnó para todos, pero no todos le permitimos que inhabite en nosotros. El tampoco vendrá más que contra los que no le hayan querido admitir. Por lo tanto, lo mejor será recibirle en nosotros, para que después no haya de venir contra nosotros".

B) Primera venida

a) ¿Quién viene?

"En el adviento del Señor, cuando miro... la persona de quien viene, no comprendo la excelencia de su majestad; cuando atiendo a quienes viene, me lleno de pavor ante la grandeza de su dignación... Cuando pienso en el modo, reconozco la exaltación de la naturaleza humana, pues... viene haciéndose hombre... Se vistió la humana forma para que fuese conocido el mismo que en la divina *habita* (1 Tim. 6,16) *en una luz inaccesible*" *(Serm. Adv.* 3,1: BAC 252).

b) ¿Para qué viene?

El demonio, proponiéndose igualar a Dios, y, por consiguiente, usurpar al Hijo sus honores, perdió el cielo. Después, por envidia, suscitó el mismo deseo en Adán y consiguió que también los hombres lo perdieran.

Entonces el Hijo, al ver el cielo vacío de cortesanos, quiso, humillándose El, remediar el daño, y, puesto que todos pecaban por afán de parecerse a Dios soberbiamente, se dispuso a manifestarse como Dios humilde, a quien pudieran imitar.

Todos me envidian, dijo (esto es, todos quieren ser iguales que yo). Pues, ea, al mundo me voy, me mostraré a ellos de tal modo, que todo el que quiera envidiarme, o el que desee imitarme, saque su bien de esta emulación.

Al llegar aquí, San Bernardo se extiende en abundantes afectos. Ya que nos condenó el engaño, ojalá nos salve la verdad, viendo a Jesucristo en su venida. "Venga la Verdad... y la verdad me libre", lo cual ocurrirá cuando, al descubrir la mentira, renuncie a ella y me una con la verdad al conocerla *(Serm. Adv.* 1,2-5: BAC 244-246).

c) Preparación al recuerdo de esta venida

"La solemne memoria de esta venida, de tanta majestad, de tanta humildad..., se celebra... una vez al año. Y ojalá se hiciera de tal modo una vez, que siempre se estuviera haciendo esta memoria... Porque ¿puede haber mayor sinrazón que, después de la venida de tan gran Rey,

querer o atreverse los hombres a ocuparse en otros cualesquiera negocios y no dedicarse más bien a este solo culto?"...

Los... "mundanos, aunque celebran este recuerdo, no se conmueven con él interiormente... sin devoción y sin afectos. En fin, lo que todavía es peor, el mismo recuerdo de esta inestimable dignación de Dios vuélvese ocasión de delicias carnales, pues los verás estos días preparar con toda solicitud la pompa de los vestidos y la delicadeza de los manjares, como si Cristo en su nacimiento pidiera estas semejantes cosas... Pero oye lo que El mismo dice: *No toleraré al de altivos ojos y corazón soberbio* (Ps. 100,5). ¿A qué fin con tanta ansia preparas vestidos para mi nacimiento? Detesto la soberbia, no la amo. ¿A qué fin con tanto cuidado procuras las opíparas mesas para este tiempo? Condeno las delicias del cuerpo. No las apruebo... No me reverencias sino con tu vientre..." *(Serm. Adv.* 3,2: BAC 253).

C) Segunda venida

a) Dios dentro de ti

"Mas... acerca del segundo (adviento), que es oculto y espiritual, escucha del Señor mismo lo que dice (Io. 14,23): *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a El y en El haremos morada" (Serm. Adv.* 3,4: BAC 254).

"Así como para obrar la salud en medio de la tierra vino una vez visible en su carne, así para salvar las almas viene a diario en espíritu e invisible... Esfuércese a lo menos (el hombre)... a levantarse algo en obsequio del Señor que viene. No es menester... que cruces los mares o que penetres las nubes..., no es largo el camino... Dentro de ti mismo sal al encuentro del Señor con la compunción del corazón y confesión de boca, para que salgas a lo menos del muladar de tu miserable conciencia, por ser indigno de que entre allí el Autor de la pureza" *(Serm. Adv.* 1,10: BAC 249).

"Mire qué sedas, qué alfombras... debe preparar: la justicia..., aquella virtud que da a cada cual lo suyo. Da al superior, da al inferior, da al igual lo que a cada cual debes, y así celebrarás dignamente el adviento de Cristo"...

"*Da al prelado reverencia y obediencia,* de las cuales la una pertenece al cuerpo y la otra al corazón, pues no basta obedecer a los mayores en lo exterior... Aunque tan claramente se conozca la vida indigna de un prelado..., debemos reputarle superior a nosotros y acreedor a nuestro respeto, no atendiendo a los méritos presentes de su persona, sino a la ordenación divina y dignidad del oficio".

"*Así también a nuestros hermanos* (los iguales)..., por el mismo derecho de fraternidad y sociedad humana, somos deudores de consejo y de auxilio; pues esto queremos también que ellos nos den: consejo para que nuestra ignorancia aprenda y auxilio para que nuestra debilidad se ayude".

Y si dices: ¿qué consejo..., qué auxilio podré dar a mi hermano?... Te digo yo: "No faltará algo que puedas hacer por él, si en ti no falta la caridad fraterna". Y si no, quedan el gran consejo del ejemplo y la gran ayuda de la oración.

A los inferiores... "Si acaso eres prelado de alguno, con éste te hallas deudor, sin duda, de mayor solicitud. El exige de ti guarda y disciplina" (esto es, prevención y castigo). Y si no tuvieres ningún inferior, entonces guarda tu cuerpo que fué entregado al alma, para que lo gobernase. "Débesle custodia, para que el pecado nunca reine en él..., y disciplina, para que, castigado y sujeto a servidumbre, haga dignos frutos de penitencia"...

"En fin, si a los prelados y a los iguales damos lo que les es debido, ¿no deberá recibir Dios alguna cosa?..." La humildad es el mejor obsequio. "Ama a Dios... y honra la verdad el que ingenuamente se reconoce a sí mismo y a todas sus cosas tales como en realidad son... *Cuando hiciereis estas cosas que os están mandadas, decid: somos siervos inútiles* (Lc. 17,10). Así, una preparación adecuada "consiste... en observar los mandamientos de la justicia y en tenerse por indigno e inútil" *(Serm. Adv.* 3,4-7: BAC 254-256).

D) Tercera venida

a) El juicio. Su esperanza nos sostiene

"Vivimos de esperanza, hermanos, y no nos desalentemos... animados por la expectación de aquellos indefectibles gozos... A más de la percepción de los bienes presentes,

querer o atreverse los hombres a ocuparse en otros cualesquiera negocios y no dedicarse más bien a este solo culto?"...

Los... "mundanos, aunque celebran este recuerdo, no se conmueven con él interiormente... sin devoción y sin afectos. En fin, lo que todavía es peor, el mismo recuerdo de esta inestimable dignación de Dios vuélvese ocasión de delicias carnales, pues los verás estos días preparar con toda solicitud la pompa de los vestidos y la delicadeza de los manjares, como si Cristo en su nacimiento pidiera estas semejantes cosas... Pero oye lo que El mismo dice: *No toleraré al de altivos ojos y corazón soberbio* (Ps. 100,5). ¿A qué fin con tanta ansia preparas vestidos para mi nacimiento? Detesto la soberbia, no la amo. ¿A qué fin con tanto cuidado procuras las opíparas mesas para este tiempo? Condeno las delicias del cuerpo. No las apruebo... No me reverencias sino con tu vientre..." *(Serm. Adv.* 3,2: BAC 253).

C) Segunda venida

a) Dios dentro de ti

"Mas... acerca del segundo (adviento), que es oculto y espiritual, escucha del Señor mismo lo que dice (Io. 14,23): *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a El y en El haremos morada" (Serm. Adv.* 3,4: BAC 254).

"Así como para obrar la salud en medio de la tierra vino una vez visible en su carne, así para salvar las almas viene a diario en espíritu e invisible... Esfuércese a lo menos (el hombre)... a levantarse algo en obsequio del Señor que viene. No es menester... que cruces los mares o que penetres las nubes..., no es largo el camino... Dentro de ti mismo sal al encuentro del Señor con la compunción del corazón y confesión de boca, para que salgas a lo menos del muladar de tu miserable conciencia, por ser indigno de que entre allí el Autor de la pureza" *(Serm. Adv.* 1,10: BAC 249).

b) Su preparación: una triple justicia

Iustitia et iudicium praeparatio sedis tuae (Ps. 88,15).— Propone, según esta frase, la justicia como la mejor preparación del alma para la venida del Señor. Aunque habla a religiosos, las aplicaciones particulares se pueden acomodar fácilmente a los fieles.

"Mire qué sedas, qué alfombras... debe preparar: la justicia..., aquella virtud que da a cada cual lo suyo. Da al superior, da al inferior, da al igual lo que a cada cual debes, y así celebrarás dignamente el adviento de Cristo"...

"*Da al prelado reverencia y obediencia,* de las cuales la una pertenece al cuerpo y la otra al corazón, pues no basta obedecer a los mayores en lo exterior... Aunque tan claramente se conozca la vida indigna de un prelado..., debemos reputarle superior a nosotros y acreedor a nuestro respeto, no atendiendo a los méritos presentes de su persona, sino a la ordenación divina y dignidad del oficio".

"*Así también a nuestros hermanos* (los iguales)..., por el mismo derecho de fraternidad y sociedad humana, somos deudores de consejo y de auxilio; pues esto queremos también que ellos nos den: consejo para que nuestra ignorancia aprenda y auxilio para que nuestra debilidad se ayude".

Y si dices: ¿qué consejo..., qué auxilio podré dar a mi hermano?... Te digo yo: "No faltará algo que puedas hacer por él, si en ti no falta la caridad fraterna". Y si no, quedan el gran consejo del ejemplo y la gran ayuda de la oración.

A los inferiores... "Si acaso eres prelado de alguno, con éste te hallas deudor, sin duda, de mayor solicitud. El exige de ti guarda y disciplina" (esto es, prevención y castigo). Y si no tuvieres ningún inferior, entonces guarda tu cuerpo que fué entregado al alma, para que lo gobernase. "Débesle custodia, para que el pecado nunca reine en él..., y disciplina, para que, castigado y sujeto a servidumbre, haga dignos frutos de penitencia"...

"En fin, si a los prelados y a los iguales damos lo que les es debido, ¿no deberá recibir Dios alguna cosa?..." La humildad es el mejor obsequio. "Ama a Dios... y honra la verdad el que ingenuamente se reconoce a sí mismo y a todas sus cosas tales como en realidad son... *Cuando hiciereis estas cosas que os están mandadas, decid: somos siervos inútiles* (Lc. 17,10). Así, una preparación adecuada "consiste... en observar los mandamientos de la justicia y en tenerse por indigno e inútil" *(Serm. Adv.* 3,4-7: BAC 254-256).

D) Tercera venida

a) El juicio. Su esperanza nos sostiene

"Vivimos de esperanza, hermanos, y no nos desalentemos... animados por la expectación de aquellos indefectibles gozos... A más de la percepción de los bienes presentes,

afianza la expectación de los futuros, pues la virtud de la presente gracia hace creíble que la seguirá, sin duda, la felicidad de la gloria prometida"... "Sostenga, pues, el alma piadosa varonilmente el combate en este siglo..., pues para todo vale la piedad, ya que los bienes de la vida presente y los de la futura le están prometidos"...

"Glorificad a Cristo... y llevadle... en vuestro cuerpo"... Yendo con El, ¿qué podrán vuestros enemigos? *(Serm. in Ps. 90,* 7,1.3: BAC 376-377).

b) Gozo del justo al verse libre

"Con tus mismos ojos lo verás. Así os lo pido, Señor... Caigan ellos y no caiga yo; asústense ellos y no me asuste yo... Con estos mismos (ojos)..., que ahora casi se secan con tanta aflicción... Tanto cabrá en los ojos después de la resurrección, cuanto ni en el oído ni en el ánimo mismo puede caber ahora"...

c) «Verás el castigo de los pecadores»

Lo primero, "para que reconozcas de qué males te has librado". Lo segundo, "para que adviertas tu completa seguridad". Lo tercero, "para que resplandezca más tu gloria en su comparación". Lo cuarto, "para que muestres celo perfecto de la misma justicia" *(Serm. in Ps. 90,* 8,1-3.11: BAC 387-388 y 393).

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Corona el Santo su tratado *De Verbo incarnato,* en la *Suma* (3 q.59), presentando a Cristo como juez. Vuelve a hablar, en el *Suplemento,* del juicio y la resurrección en los novísimos. Abunda el material, que no necesita otra cosa sino caldearse con afectos y aplicaciones.

A) Cristo Juez

a) Cristo juez en cuanto hombre

Juzgar al mundo es propio de Dios, Señor de él por virtud de la creación, legislador supremo, fuerza coactiva y sabiduría infinita. Pero igualmente le ha sido concedido el poder judicial a la humanidad santísima de Cristo. *Potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius hominis est* (Io. 5,27). Los motivos son:

1. Por ser cabeza de la Humanidad

Dios ha comunicado el poder judicial a todos los que han sido constituídos en autoridad sobre la tierra, de tal modo que, al dictar justicia, lo hacen en su nombre. Habiendo, pues, colocado a Cristo hombre como cabeza de la Iglesia y de la humanidad y habiéndole sometido todo, le ha concedido también y con mayor derecho el poder judicial (3 q.59 a.2).

2. Por haber luchado por la justicia y haber sido juzgado El mismo

Cristo mereció además este oficio por haber luchado por la justicia y haber vencido, al ser sentenciado injustamente. "El que estuvo de pie ante un juez—dice San Agustín—, se sentará como juez, y el que calumniosamente fué llamado reo, condenará a los reos auténticos". *Ego vici, et sedi cum patre meo in throno eius* (Apoc. 3,21). *Sedisti super thronum* (Ps. 9,5) *qui iudicas iustitiam* (ibíd. a.3).

3. Porque con la redención nos hizo súbditos suyos

Derecho de conquista. Nadie le podrá decir: *tu quis es, qui iudicas alienum servum?* (Rom. 14,4). La creación nos sometió al imperio de Dios; la redención, al de Cristo.

La creación no bastó para llevarnos a la gloria, puesto que el pecado arruinó su pensamiento. Y ya que el juicio será el que abra las puertas de la felicidad eterna y distribuya el fruto de la redención, ¿quién podrá presidirlo mejor que Cristo Redentor, que franqueó la entrada? Por eso *constitutus est a Deo iudex vivorum et mortuorum* (Act. 10,42).

Juez no únicamente de los hombres, sino de toda la naturaleza, ya que a toda ella la reparó, según San Pablo: *Pacificans, per sanguinem crucis eius, sive quae in terris, sive quae in caelis sunt* (Col. 1,20). Por eso Cristo, terminada su obra, pudo decir (Mt. 28,18): *Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra* (Suppl. q. 90 a.1).

b) Condiciones del Juez

1. Juez sabio

Condición primera del juez es poseer la ciencia suficiente (3 q.59 a.1). ¿Cuál no será la de la humanidad, hipostáticamente unida a la sabiduría de Dios? Bien podrá leer los secretos del corazón (Rom. 2,16), *in die, cum iudicabit Deus occulta hominum, secundum Evangelium meum per Iesum Christum* (ibíd. a.2 ad 3).

2. Juez glorioso

Vendrá lleno de gloria:

1.° *En desquite de su ignominiosa pasión*

(Suppl. q.90 a.2). *Videbunt in quem transfixerunt* (Io. 19,37; Zach. 12,10). Profecía que comenzó en el Calvario, pero que se realizará totalmente cuando aparezca rodeado de gloria el cuerpo que crucificaron (ad 1). Cuando vean las santas llagas, no como señal de debilidad presente, sino como recuerdo de la fuerza que supo triunfar. Con la cruz, que hará más justo el castigo de aquellos que despreciaron su clemencia (ad 2). Los que le condenaron como a hombre despreciable, serán condenados por el hombre glorioso (ad 5).

2.° *Por la gloria de aquel juicio*

Porque, así como para ser juzgado pareció oportuno que se revistiera de la forma humilde del siervo, así para juzgar le conviene aparecer lleno de gloria. Tanto más cuanto que el juez debe ser superior a aquellos a quienes juzga, y en el juicio supremo figurarán entre estos últimos los cuerpos gloriosos de los resucitados.

3.° *En cuanto Dios*

El oficio de mediador de Cristo le obliga unas veces a representarnos a nosotros satisfaciendo y orando; otras, en cambio, a representar a Dios haciéndonos partícipes de sus gracias. En su primera venida hacía nuestras veces, y por eso se revistió de nuestra flaqueza. En la segunda viene a distribuir la justicia del Padre y debe demostrar la gloria que comunica con El (ibíd. in c.).

3. Juez universal

Su juicio se dilatará hasta donde llegue su imperio. A todos nos redimió, pues a todos nos juzgará. *In hoc enim Christus mortuus est, et resurrexit; ut et mortuorum et vivorum dominetur* (Rom. 14,9). Por eso *omnes stabimus ante tribunal Christi* (ibíd. 14,10), ya que *dedit ei potestatem, et honorem, et regnum: et omnes populi, tribus, et linguae ipsi servient* (Dan. 7,14).

Siendo la salvación humana fruto de su redención, se le ha encomendado a El el juzgarla, y entonces, cuando juzgue todas nuestras acciones, apreciaremos cómo todas ellas tienen relación con su fin último (3 q.59 a.4).

c) Triunfo de Cristo

Allí empezará la plenitud de su reinado. Cristo Rey, y por lo tanto Juez, no quiso ejercer en este mundo su potestad. *Mi reino no es de este mundo* (Io. 18,36), le dijo a Pilato. A los que le llevaron un pleito temporal les contestó: *Quis me constituit iudicem aut divisorem super vos?* (Lc. 12,14).

Pero en el día del juicio, cuando todo le sea puesto a sus pies, entrando en la plenitud de sus funciones, lo someterá todo a su voluntad, salvando a los que le siguieron y condenando a los que le abandonaron (ibíd. ad 1 et 2).

Nuestra bienaventuranza consiste en Dios y en su visión. Cristo hombre, cabeza de la humanidad, presentará a ésta, para que comience a gozar de Dios y reciba el premio. *Qui multos filios in gloriam adduxerat, auctorem salutis eorum per passionem consummare* (Hebr. 2,10; cf. ibíd. a.2 ad 2).

B) El juicio

a) Conveniencia de un juicio universal

Santo Tomás justifica la conveniencia de un juicio universal con tres razones:

1. Para que brille la justicia de la providencia actual

A aquel acto divino de la creación por el que salió de Dios la universalidad de las cosas corresponde este otro en que todas vuelven a El para ser juzgadas.

Pudiera bastar el juicio particular, pero la providencia total de Dios y la misma naturaleza sociable del hombre parecen exigir una restauración social y colectiva.

En efecto, aquí, en este mundo, la Providencia difirió a veces el premio o castigo de los hombres, atendiendo con preferencia no al bien inmediato del individuo, sino al bien común de todos, a cuya utilidad convino más de una vez tal dilación. Pues bien, para que resplandezca esa providencia, que a algunos pudo parecerles injusta, conviene esta manifestación pública y solemne de sus fines.

2. Para que la sociedad sea juzgada

La sociedad y los hombres, en cuanto que formaron parte de ella y en ella influyeron, merecen asimismo su juicio. Socialmente recibirán según sus méritos. y el campo social será dividido definitivamente en buenos y malos, terminando la mezcla de este siglo (in c).

3. Para que sean juzgadas las consecuencias de nuestras obras

La misma vida del hombre no termina, en cuanto a sus efectos, con la muerte. Quedan su memoria, los monumentos sepulcrales dedicados a hombres indignos, mientras grandes santos duermen ignorados, sus ejemplos, sus hijos... ¿Cuándo termina la obra del santo o del fautor de la herejía? Pues del mismo modo que hasta que no termina la vida del hombre no pueden ser juzgadas sus acciones, del mismo modo conviene que para juzgar su obra total se espere al fin de los tiempos (3 q.50 a.4).

b) Todos serán juzgados, pero los santos serán jueces

Aun cuando unos y otros hayan sido juzgados, conviene que, ya que no todos le reconocieron cuando vino humilde,

le vean ahora en su gloria, los buenos en la de quien les premia; los malos, en la del Juez que rechazaron (in c. et ad 2).

Sedebitis et vos super sedes duodecim, iudicantes duodecim tribus Israel (Mt. 19,28). ¿En qué sentido promete aquí el Señor que serán jueces de Israel?

Ciertamente que, en determinado sentido, han de serlo todos los justos, en cuanto que estarán próximos a Jesucristo en sitio excelso; en cuanto que sus vidas ejemplares serán el punto de comparación y a modo de libro en que aparezcan escritas con actos las normas del Señor. *Canonum decreta,* decía Ricardo de San Víctor (cf. *De iudiciaria potest.:* PL 196,1182). Pero esto parece que no basta para dar cumplimiento a las palabras del Señor. Hay que suponer que mientras Jesucristo juzga con autoridad propia, los santos más excelsos, y entre ellos los que se abrazaron con la pobreza voluntaria (Suppl. q.89 a.2 y Mt. 19,28), comunicarán y promulgarán la sentencia (Suppl. q.89 a.1).

II. SAN ROBERTO BELARMINO

Tiene varias series de homilías este santo Doctor sobre los evangelios y epístolas, que han sido reunidas por el P. Tromp en la obra *Opera oratoria postuma,* editada por la Universidad Gregoriana en 1942. Gran teólogo, aparece en ellas denso de doctrina, investigador del sentido verdadero de los textos y concreto en las aplicaciones morales.

No son propiamente homilías hechas, sino planes algo extensos. Por esta razón, en vez de copiar los párrafos principales, sintetizaremos toda la homilía en forma de esquema, tomándola de la obra citada.

De los dos advientos escogemos el dedicado a exponer evangelios y epístolas, en vez de otro dedicado enteramente al misterio de la encarnación y nacimiento.

A) Sentido acomodaticio y literal del texto

El pensamiento de esta homilía es de aliento ante la redención total que se cumplirá el día del juicio: *Respicite et levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra* (Lc. 21,28).

La frase que desenvolvemos tiene un sentido acomodado por la Iglesia y otro literal, intentado por el evangelista. Ambos proceden del Espíritu Santo, que inspiró a éste y dirige a aquélla. La Iglesia, en efecto, suele escoger para determinadas fiestas textos de un sentido muy congruente con el pensamiento de ese día.

El sentido acomodado es el de levantar los ánimos, porque se acerca la redención de las almas en la primera venida de Cristo. El literal es la redención de los cuerpos en la segunda venida con la resurrección.

B) Redención de las almas

a) El hombre pecador, sujeto a tres servidumbres

El hombre, a consecuencia del pecado, quedó sujeto a tres servidumbres distintas:

1. Sujeto a la ira de Dios

Lo mismo que el padre que desheredase a un hijo y le vendiese como remero de galeras, Dios, al ser ofendido, nos desheredó, quitándonos la naturaleza de hijos suyos por la gracia, dejándonos en *filii irae* (Eph. 2,3), y nos permitió caer en mil pecados. *Tradidit illos Deus in desideria cordis eorum* (Ps. 80,13 y Rom. 1,24).

Castigo terrible el ser objetos de la indignación de un Dios omnipresente. *Quo ibo a spiritu tuo, et quo a facie tua fugiam?* (Ps. 138,7). Y el de convertir los pecados sucesivos en castigo del primer pecado. *Tradidit illos Deus in reprobum sensum: ut faciant ea, quae non conveniunt* (Rom. 1,28).

2. Sujeto al demonio

El hombre se dejó vencer voluntariamente del demonio, por lo cual Dios permite que éste sea su dueño y le vaya llevando de pecado en pecado hasta parar en el infierno. *Cum fortis armatus custodit...* (Lc. 11,12). *Princeps huius mundi* (Io. 12,31). *A quo captivi tenentur ad ipsius voluntatem* (2 Tim. 2,26). Tiranía horrible, porque no le es posible al hombre librarse por sí solo de ella y porque el demonio no puede desear más que nuestro mal. Necedad tremenda de los que se hacen amigos suyos.

3. Sujeto al mismo pecado

Aunque no existieran otros castigos, el mismo estado de pecado lo sería. Supone una mancha en el alma, una ceguera del entendimiento y una aversión de la voluntad, que se aparta de Dios, así como amores y temores desordenados. San Agustín lo explica en sus *Confesiones* (cf. BAC t.2 l.1 c.12). San Juan, en *qui facit peccatum, servus est peccati* (Io. 8,34).

Es servidumbre, porque por las solas fuerzas naturales el hombre no puede salir del estado de pecado, y, mientras esté en él, no tendrán mérito sus obras. Porque el que se ciega en el pecado, no entenderá el bien. *Lucerna corporis est oculus tuus... Si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus...* (Mt. 6,22-23). Lo mismo que el enfermo o el loco, que viven alegres y, en cambio, se enfurecen con los médicos que les quieren curar.

b) Cristo nos redime de las tres esclavitudes

1. De la ira de Dios

Dándole el honor que le es debido. *Propitiatio pro peccatis nostris... etiam pro totius mundi* (1 Io. 2,2). *Acquisivit sanguine suo* (Act. 20,28); nos compró al Padre, a quien pagó con su obediencia, pero no para dejarnos libres de El, sino para reintegrarnos a su amor y filiación. Redime al que fué enviado a galeras por su padre, lo reconcilia con éste y le devuelve el amor y los honores de hijo.

2. De la servidumbre del demonio

De éste nos libró mediante su derrota, haciéndonos suyos por derecho de guerra (Lc. 11,22 y Col. 2,15). Jesucristo fué más tentado del demonio que el mismo Job, puesto que lo fué hasta la muerte Y, si Satanás consiguió que los hombres desobedecieran a Dios, Cristo, en cambio, permaneció obediente siempre. Por eso mereció que Dios librase de la servidumbre de Satán a los que renaciesen en Cristo. *Venit enim princeps mundi huius, et in me non habet quidquam* (Io. 14,30). *Nunc princeps huius mundi eiicietur foras* (Io. 12,31). Ahora el demonio está más sujeto que antes, porque reina la cruz, y los hombres de fe no deben temerle.

3. Del pecado

La sangre de Nuestro Señor Jesucristo borra el pecado y merece para nosotros la gracia, que "ilumina, purga, enciende, justifica y libera". *Non... auro vel argento redempti estis... sed pretioso sanguine* (1 Petr. 1,18-19). Y San Pablo nos amonesta para que, pues el precio de nuestra compra fué tan elevado (1 Cor. 6,18-20), nos libremos de la deshonestidad. Si Jesucristo fué el mercader prudente que pagó con tanto sacrificio una joya, nosotros debemos estar dispuestos a darlo todo, incluso nuestra sangre, antes que perderla.

4. Preparémonos a esta venida

Al conmemorar la primera venida de Cristo, debemos hacerlo como si ahora viniese a nacer verdaderamente. ¿Pues qué, no nace en las almas cuando, al confesarse y verse limpias de sus pecados, reciben los beneficios de la redención? Esta se verificó en otro tiempo, pero a nosotros no se nos aplica totalmente hasta que nos bautizamos o confesamos.

C) Redención de los cuerpos

a) Redención total en la resurrección

1. Hoy no estamos aún totalmente redimidos

Nuestra alma ha sido redimida del todo, y puede vivir sin pecado libremente. Pero el cuerpo está sujeto, por una parte, a enfermedades, muerte y vejámenes del demonio; y por otra, a la concupiscencia, que, si nos obliga a pecar, es muy penosa, y necesita en ocasiones ser sometida con la mortificación. *Quis me liberavit de corpore mortis huius?* (Rom. 7,24). *Et ipsi intra nos gemimus adoptionem filiorum Dei exspectantes redemptionem corporis nostri* (ibíd. 8,23).

2. La redención total, el día de la resurrección

Levate capita vestra, quoniam... Entonces, con el cuerpo inmortal y sin tentaciones, seremos completamente redimidos.

b) Temor y gozo en ese día

Dos clases de hombres: Los que estarán *arescentibus... prae timore,* ante la catástrofe final y con el miedo del fin de este mundo. Los habitantes de la celestial Jerusalén, peregrinos aquí en la tierra, erigirán sus cabezas *expectantes beatam spem, et adventum gloriae magni Dei* (Tit. 2,13).

c) Consecuencia

Son más los que temen ese día que los que lo desean. La mayoría quisieran prolongar su vida en este mundo para siempre—viven como si no se concluyera—, y por lo menos

desean dejar su memoria en mármoles y estatuas. Pocos suspiran por el *adveniat regnum tuum* (Lc. 11,2) y por la *corona iustitiae quam reddet mihi... iustus iudex... iis qui diligunt adventum eius* (2 Tim. 4,8). Parezcámonos a los buenos judíos, que pedían a las nubes que lloviesen lo antes posible al Justo.

d) Nuestra muerte es nuestro fin

Aunque no percibas las señales de la terminación del mundo, tienes que ver inexorablemente las del fin de tu vida. Lo mismo da anciano que joven. Después de la muerte se celebrará tu juicio particular. Al alma le darán la sentencia definitiva. El cuerpo descansará en paz esperando su premio. *Levantad, pues, vuestras cabezas* con alegría. Si no lo hacemos es que, además de no ser perfectos, ni siquiera nos damos cuenta de nuestra imperfección.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Este predicador fué tan famoso como santo. Según refiere su biógrafo francés Ferrier, Carlos V y su esposa, la emperatriz Isabel, se mezclaban para oírle con el pueblo, despojados de los atavíos reales. Tiene tres sermones para esta domínica. El tercero abre una serie sobre la encarnación. En los otros dos se ocupa del juicio. Hemos tenido a la vista la edición de Alcalá de 1572 (cf. *Conciones Sacrae...* D. THOMAE A VILLANOVA. ... Excellentissimo Principi Gonzalo Fernando Cordubae, Sesae Duci... nuncupatae... Compluti. Ioannes a Lequerica excudebat. Anno 1572) y la de Manila (DIVI THOMAE A VILLANOVA, *Opera omnia*, 1883).

El primer sermón *(De iudicio supremo*, ed. Compl. fol. 1-5), que extractamos seguidamente, contiene mezclados los afectos con la doctrina, y, dentro de aquéllos, los de confianza y alegría con los de temor.

A) Necesidad del juicio

a) EL HOMBRE PUEDE SER JUZGADO PORQUE ES LIBRE. LA LIBERTAD ES FUENTE DEL MÉRITO

El hombre puede ser juzgado, porque es el único ser de este mundo dueño de sus propias acciones. ¿Qué cosa más sublime pudo darse a las criaturas?... *Dios*, dice el Sabio (Eccli. 15,14-18), *creó al hombre desde el principio y lo dejó en manos de su propio consejo*".

Esta libertad es la fuente del mérito. Las demás criaturas son buenas sólo con realizar la idea arquetipo que Dios se formó de ellas. "Pero en el hombre, además de esta bondad natural, hemos de reconocer otra bondad moral, que consiste en la conformidad con la ley reguladora de nuestros afectos y obras. El hombre es libre de conformarse o no con esta norma". De ahí el mérito.

b) El hombre debe ser juzgado

1. Para que sea obra perfecta

Su libertad hace que merezca o desmerezca. El mérito exige ser premiado, y el demérito, castigado. Luego, si no hay un juicio que lo premie o castigue, "el hombre, para quien ha sido creado todo el universo, resultaría una obra no acabada, imperfecta".

2. Para que sea obra ordenada

"La segunda razón es la de que sin el juicio reinaría en el mundo el mayor desorden..., crímenes impunes, virtudes sin recompensa. ¿Nos atreveremos a decir que Dios, que creó el mundo con su sabiduría, no lo sabe gobernar? ¡Qué blasfemia! Este mundo es casa de Dios, y por ello tan ordenado, cual corresponde que sea la casa de tan alto Señor". Si Dios permite un desorden transitorio, inflige después su justicia a ese desorden el castigo que merece, y convirtiéndolo en orden, hace brillar su sabiduría, como la hizo brillar en la creación.

El orador pone el triple ejemplo de un masón, de un expoliador de los pobres y de un licencioso, que viven felices. Si después no encuentran el castigo, ¿dónde está Dios?... ¿Dónde la ley? ¿Dónde la verdad? ¿Dónde la justicia?... El justo es engañado; el mártir, maltratado; la justicia resulta una expresión vana; la virtud, sólo un nombre"...

"*Alegraos*, pueblos, porque hay justicia, verdad y juicio". Hasta los pecadores deben alegrarse al ver tal orden (Ps. 66,5).

"Pero tened cuidado; si no aceptáis a Dios como guía, lo padeceréis como juez. Por eso ha dicho por el mismo profeta: *Yo sé que el Señor saldrá en defensa del desvalido y a la defensa del pobre* (Ps. 139,13)..."

"¡Oh infierno necesario! ¡Oh fuego verdaderamente hermoso! Vengas las injurias hechas al Creador y restableces, por medio de tus suplicios, el orden que el pecado destruyera... El castigo del malo y el premio del bueno son necesarios para completar y ordenar el universo..."

B) Necesidad del juicio universal

a) La razón: para que sea honorífico el premio e infamante el castigo

"Pero tal vez podrás decirme que para esto basta con el juicio particular. ¿Qué necesidad hay de otro juicio general?... La virtud merece no sólo un premio, sino el ser honrada públicamente. Es más, la honra es su premio mayor... Por otra parte, el pecado merece un castigo y, por encima de éste, una vergüenza humillante. Nada más justo que los castigos públicos ordenados por las leyes imperiales... La vergüenza y la confusión son el mayor castigo que puede sufrir un hombre. A un animal podéis golpearle, maltratarle, matarle, pero no podréis humillarle. En cambio, el hombre que no haya sofocado todo sentimiento natural preferirá mil castigos a una vergüenza pública... Por consiguiente, es necesario que la gloria y el honor públicos acompañen al premio, y la vergüenza y la confusión a la desgracia del malvado."

Así, pues, al juicio asistirán todas las criaturas, ángeles, hombres y demonios... "Si faltase uno, ni el premio ni el castigo serían completos..."

Por eso se conocerán todos los secretos del corazón humano... "Así como el ojo, al ser herido por un rayo del sol, percibe multitud de átomos que antes no veía, así, al aparecer los rayos de la luz divina, quedará descubierta ante todos la muchedumbre de pensamientos, obras y deseos..."

1. Penas de los unos

Los malos, como afirma el Evangelio, dirán a las montañas: *¡Caed sobre nosotros!...* (Lc. 23,30). Todo lo querrían sufrir antes que tal vergüenza...

2. "¡Bienaventurado aquel a quien le ha sido perdonado su pecado, a quien le ha sido remitida su indignidad!" (Ps. 31,1)

"¿Y qué pecados son éstos? Los que se confiesan... No calléis vuestros pecados a un hombre, si no queréis que un día se manifiesten a todos..."

b) La revelación nos anuncia el juicio

"El Dios soberano habla, convoca a la tierra de levante a poniente. Muéstrase en Sión, perfección de la hermosura. Viene nuestro Dios, y no en silencio..." (Ps. 49,1-3).

C) La persona del Juez

a) Es el mismo Dios

"No es un ángel..., porque ese honor pertenece sólo a Dios Creador, a ese Dios que, habiendo sublimado la naturaleza humana hasta unirla a la divina, no puede hacerle ahora la injuria de obligarla a comparecer ante el tribunal de un ángel... Es un tribunal infalible y divino..."

b) En forma humana, conocedora de nuestras flaquezas

¿Quién osaría presentarse ante tribunal tan majestuoso? "¡Oh Señor—dice parafraseando alegóricamente el salmo 71,1—, Tú eres bueno y misericordioso..., pero tiemblo y temo vuestro rostro de verdad. No habéis experimentado las miserias y flaquezas que nos acompañan desde la niñez. Yo os suplico, Padre clemente, que nos enviéis como juez al que ha conocido nuestra hambre y tristeza..., que ha probado la amarga condición del hombre... Ese conoce nuestra arcilla... Yo le acepto para mí como Juez..., ya que El por salvarme a mí, siervo indigno, decidió ser juzgado y muerto... No. No rechazo al que tuve por Redentor. ¿Qué digo? Envíame a *ese cordero inmolado* por mí (Apoc. 5,6)... Es mi hermano y mi propia carne..."

"El Señor oyó nuestros ruegos... El mismo Unigénito lo ha dicho: el Padre no juzgará a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo del hombre... (Io. 5,27). ¡Qué confianza y esperanza! Aunque seas el pecador más indigno..."

Pero que tampoco se haga nadie ilusiones, nadie se duerma..., porque también *rugirá como león... y sus hijos acudirán presurosos del Occidente* (Os. 11,10)...

c) Despertad del sueño

1. Confesaos

"Adelantaos al juicio por la confesión..., por la penitencia... Suavicemos la sentencia del Juez con nuestro llanto... Lloremos un poco ahora, para no llorar en la eternidad..., felices lágrimas, felices gemidos..."

2. Despertaos

"¡Ay, viendo que no sentimos el menor temblor al oír estas cosas..., ¿no se creería que no tienen nada que ver con nosotros..., que no tenemos que desempeñar papel alguno en ese drama tan tremendo ni oír sentencia alguna?... Pero los tiempos se apresuran..., y cuando menos se piensa llega el día... Para que no dudemos ahí está la confirmación del Señor: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Lc. 21,33)".

"Por eso San Pablo en su Epístola hace resonar sus palabras como una trompeta: *Ya es hora de levantaros del sueño* (Rom. 13,11). Sacudid vuestro sopor... ¿Ois las palabras de este Evangelio y dormís todavía? *Despojémonos, pues, las obras de las tinieblas...* (Rom. 13,12). ¡Cómo se alegrará el que no haya escuchado estas palabras con oídos sordos!... Señor, *confige timore tuo carnes meas* (Ps. 118,120)..."

II. BEATO JUAN DE AVILA

En los escritos del «Apóstol de Andalucía» se encuentra materia devota y original para una plática sobre el tema del juicio. Si Cristo premia a los que hicieron obras de misericordia con los pobres, mucho más recompensará a los que se las hacen a El directamente en la Eucaristía (cf. *Libro del Santísimo Sacramento*, tr.11: «La comunión, prenda de vida eterna», 3-6, en *Obras espirituales*, ed. Apostolado de la Prensa, Madrid 1951).

A) El premio de los que socorren a Cristo

"Ahora dice, hermano, la divina misericordia...: Júntate con el mismo que ha de ser tu Juez, y, en prenda de que entonces te será piadoso Padre y dará sentencia por ti, quiso El recibir de ti este servicio, de tomar tus entrañas por casa, para serlo El tuya en el cielo...

"Verdad tuya es que los que aquí hicieren misericordia, los pondrás en el día del juicio a tu diestra. Porque dieron de comer al hambriento y de beber al sediento e hicieron obras semejables, les dirás, Señor (Mt. 25,34): *Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está aparejado desde el primer día del mundo.* Aunque sea tanta tu bondad y te hayas juntado con nos, y digas tú con tu santísima boca que la comida, bebida y vestido y obras de misericordia que al prójimo dimos por ti, lo dimos a ti, no te contentaste con recibir estas obras por tercera persona, mas ordenaste tú, piadosísimo amador, este consuelo, que pudiesen los hombres hacer obras de misericordia a tu misma persona.

"Dichosa fué tu sacratísima Madre, dichoso el santo José, dichosos todos aquellos que te dieron comida, bebida y vestido, posada y cualquier refrigerio; porque, allende de ser gran bienaventuranza dar al hombre algo a quien todo se lo dió y remediar la criatura la necesidad de su Criador, el galardón de aquellos tales que a la persona inmensa de Cristo hicieron buenas obras, muy más abundante e ilustre será que el de los que hacen las tales obras a otras personas por amor de El...

"¿Quién tendrá, Señor, ojos para mirar las riquezas de tu sabiduría, la grandeza de tu poder... y cómo, aunque te subiste al cielo, donde ni es ya menester que te den de comer y de beber, ni recibes de nadie en persona obras de misericordia, hallaste manera como estar entre nosotros y en tu misma persona recibir de nosotros obras de misericordia, para que nosotros seamos consolados en hacerte bien y tengas tú ocasión de, por lo poco que nosotros te damos, darnos tú mucho en el cielo?..."

B) Cristo peregrino

"No piense nadie, no, que el estar el Señor allí encerrado es el fin por que allí está; medio es para otra cosa; y si quieres saber para qué está guisado y proporcionado, bien puesto debajo de aquella pequeñez, para..., recibiendo de nosotros posadá, tener ocasión de ser El la nuestra en el cielo. Rogadle, rogadle con mucha afección lo que decía David (Ps. 30,3): *Sedme, Señor, Dios, defensa y casa de refugio para me salvar*"...

"¿Quién de las personas, hermanos, que en este mundo aposentó al Señor, quedó sin muy buena paga de la posada? Su sagrada Madre fué la primera que en sus entrañas le aposentó; y El a ella la tiene aposentada en el cielo sobre todas las criaturas humanas y angélicas y muy junta consi-

go. Una vez no más le dió Zaqueo posada (Lc. 19,9)... Preguntad: ¿cómo ha pagado a María y a Marta el hospedaje que le hicieron? (Lc. 10,38-42)...

"¡Oh palabra dulcísima que de la boca del Señor el día del juicio oirá el cristiano que aquí hubiere bien recibido el Cuerpo del Señor!: *Huésped era, y acogísteisme; tomad el reino que os está aparejado* (Mt. 25,34-35). ¡Oh palabra más que dulcísima! *En la cárcel estaba, y vinisteis a mí* (ibíd. 25,36)... ¿Entendéis esto?... ¿No lo veis extranjero, debajo de hábito más disimulado que el que llevaba cuando se juntó con los discípulos que iban a Emaús? (Lc. 24,15-16). ¿No habéis oído en vuestras entrañas sus santas palabras, que hacen arder el corazón cuando el hombre ha comulgado? ¿No entendéis que desde aquella sagrada Hostia os está diciendo lo que dijo a Zaqueo (Lc. 19,5): *Desciende apriesa, porque hoy me conviene posar en tu casa?*" (tr. 11,3).

C) No recibir a Cristo es señal de reprobación

"Mas, ¡ay de mí!, que Zaqueo *descendió presto* del árbol en que estaba, y dice el Evangelio que fué *gozoso* y *lo recibió*, y así gozó de tal Huésped y de tal galardón. Y hay muchos entre vosotros a quien deciros: Recibid al Señor, os es palabra de tristeza y amargura, y así os quedáis sin gozar de tal fiesta y de tal galardón.

"*¿Qué haréis*, dice Isaías (10,3), *en el día de la visitación y de la desventura que viene de lejos? ¿A quién huiréis para que os dé socorro?* ¿Qué haréis, hombres, a quien Jesucristo, infinita bondad, pide que le deis casa, y que descendáis de vuestras soberbias y desobediencias y, sujetándoos a los mandamientos de Dios y humillándoos a sus sacerdotes, limpiéis vuestras conciencias, para que en casa limpia recibáis su limpísimo cuerpo, y os pague la posada según la grandeza de su misericordia?

"¿Duéleos abajar vuestro cuello?... ¡Oh, cuánto más os dolerá cuando en aquel día terrible, en el cual a ninguno recibirá Dios en su casa sino a quien le recibió a El en la suya, dirá con terrible voz y con más terribles ojos (Mt. 25, 41-43): *Huésped era, y no me recibisteis; en la cárcel estaba, y no vinisteis a mí; ¡andad, malditos de mi Padre, al fuego que está aparejado al demonio y a sus ángeles!*

"¿Queréis ver cómo tenéis señal que habéis de ser de aquellos reprobados? Yo os diré cuál es, y es que respondéis ahora lo que responderán aquéllos (Mt. 25-41): *Señor, ¿cuándo te vimos extranjero y en la cárcel, y no vinimos a ti?* ¡Oh gente desconocida, que no entiende la misericordia de Dios! ¿Cuándo te vimos extranjero? Responderos han:

Tantas veces cuantas le visteis en el Sacramento, allí le visteis, y allí le veis; pidiéndoos está posada, y para eso desciende del cielo, no lo habiendo El menester, sino por hacer bien a vosotros, que os hacéis sordos a su voz, teniendo en poco todo lo que os puede dar en pago del hospedaje. y teniendo en poco su divina persona y su descendida del cielo, y no curando nada de lo que El se desveló en guisarme por manjar para que lo comáis y en abajarse a ser vuestro para que lo recibáis" (ibíd. 4).

D) Cristo desterrado en tierra que le ofende. Recíbele

"Decidme, hombres desconocidos: ¿Qué es Dios estar encerrado en un sagrario y en un sacramento? ¿Qué le falta para estar preso y encarcelado? Sino que, por el grande amor que nos tiene, El mismo se deja prender; y verdaderamente está encarcelado, aunque en cárcel de amor. Quítale el amor con que allá está, y verás que es incomportable estar donde está... ¿Y piensas, cristiano, que poco hace este santísimo y limpísimo Señor en morar en tierra donde hay pecados, y tantos pecados, y que se cometen continuamente?...

"Mas como no experimentamos la pena que es estar en este mundo miserable, extranjeros en él, ni ver ofendido a nuestro amantísimo Padre, no sabemos agradecer a nuestro Señor el vivir acá con nosotros y estar encerrado en lugar tan desproporcionado a El, que sola la fuerza de su grande amor, y otra cosa no, es bastante para lo tener.

"Cristiano, pues el Señor es extranjero todavía y caminante, ¿no mirarás en ello?... Hermano, ¿no ves. no a Eliseo, sino al Señor de él y a todos los profetas, al Señor de los hombres y ángeles, pasar muchas veces delante de ti? ¿No lo ves que lo traen en procesión, que lo llevan a visitar los enfermos, que lo consagran y lo alzan en la misa, que lo ponen y lo sacan del sagrario, que lo traen por la iglesia a vistas, para que se mueva tu corazón y digas a ti mismo: Este Señor, gran señor es; muchas veces pasa por delante de mí; su tierra es el cielo, y extranjero es acá; quiérole aparejar posada en tierra entrañable, donde El descanse; lumbre de fe, porque no estemos a obscuras; porque para esto anda por aquí llamando a la puerta de los corazones, para, si hay quien le quiera dar posada, pagarla muy bien?

"Si esto, hermano, considerases y pusieses en obra, por ventura no estaría tu ánima tan estéril y sin fruto de buenas obras; porque recibiendo a este Señor, daríate parte de su santo Espíritu, cuyos frutos son, como dice San Pablo

(Gal. 5,22), *caridad, gozo, paz, paciencia,* con otros semejables. Mueres de hambre, atorméntate la pobreza, está el campo de tu ánima seco con esterilidad, por no querer recibir en tus entrañas al que (Ps. 77,16) *saca agua de la piedra*"... (ibíd. 5).

E) Cristo con hambre y sed. Socórrele

"Y si quieres cumplir con El esotras obras de misericordia, aparejo tienes; El te las recibirá de buena gana y te las pagará con grande ventaja.

"Hambriento y sediento está, no de manjar corporal, mas de otra hambre y sed muy mayor. Y si la del cuerpo le hizo decir a la Samaritana: *Dame de beber* (Io. 4,7), y decir en la cruz: *Sed tengo* (Io. 19,28), ten por averiguado que con mayor insistencia te pide a ti que le quites aquesta hambre y aquesta sed que entonces le pedía para su cuerpo. No piense s que por otra cosa está aquí encerrado sino para que te dé a ti de comer y tú a El. Muchos años ha que lo mandó decir a su apóstol San Juan. *Yo estoy a la puerta, y llamo; si alguno quisiere abrir, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo* (Apoc. 3,20).

"¡Oh hartura de los ángeles! Tú mucho tienes para que yo cene contigo, pues tú eres inmenso bien, que bastas a henchir de bienaventuranza y entrañable alegría a todo lo que es criado... Mas, Señor, ¿qué hallaste tú en mi casa? ¿Qué viste por mis rincones? ¿Qué ganados, qué aves? ¿Qué quieres tú, Señor, ser mi convidado y cenar conmigo? ¿Qué te dará, Señor, mi pobreza, que sea digno de poner a tu mesa y que comas tú de ello?"... (ibíd. 6).

III. BOSSUET

A) Primer sermón: los tres motivos de la justicia divina

Bossuet conserva unos apuntes, esquemáticos a trozos y a trozos más desarrollados, de un sermón predicado en 1668 en la iglesia de Santo Tomás, del Louvre, en donde residía. Comenta tres textos escriturarios, sobre todo en la tercera parte (*cf. Oeuvres de Bossuet*, ed. Lebel [Versailles 1816] t.11 p.203-227, y también *Oeuvres de Bossuet*, ed. Firmin-Didot [París 1877] t.2 p.161-169).

a) Exordio. El temor, principio del amor

"El temor precede al amor... Es necesario que el hombre aprenda a temer la mano de Dios... antes de hablarle de la confianza. Si no, esta confianza quizá degenere en temeridad."

"El Salvador vendrá dentro de poco lleno de verdad y de gracia..., pero la Iglesia..., que se ocupa en Adviento de prepararle sus caminos, hace que el temor abra la marcha..."

b) La justicia divina irritada

1. Primer motivo: el poder despreciado

1.° *Texto bíblico*

Y si todavía os oponéis y no queréis obedecerme, os castigaré otras siete veces más por vuestros pecados... Me opondré a vosotros con furor... quebrantaré la fuerza de vuestro orgullo... y mi alma os abominará (Lev. 26,21-30).

2.° *Libertad humana*

En el texto aducido, lo primero que encontramos es una alusión a la libertad humana, "que nos hace culpables y cuyo mal uso da lugar al terrible castigo de la justicia divina". *Quod si nec volueritis... disciplinam.*

"Dios, que es soberano nuestro por naturaleza, lo ha querido ser también por nuestra elección..., estimando que le faltaría algo... si no tuviese súbditos voluntarios. Por eso creó los seres inteligentes, que... fuesen capaces... de someterse a su soberanía por un consentimiento deliberado".

"Pero ya os daréis cuenta de que Dios... no renuncia a su derecho... Lo que quiere es que seamos voluntariamente lo que estamos obligados a ser por ley natural..."

"Aquel a quien se lo debemos todo..., quiso darnos un título con el que pudiéramos exigirle nuestro premio. Ahora bien, si le negamos la obediencia, entonces somos nosotros quienes le damos un título para nuestro castigo..."

3.° *Mal uso de la libertad*

"Con esta libertad guerreamos contra Dios... Transgredimos ambas tablas de la ley... Adorarás al Señor tu Dios (Deut. 6,13)... ¿Hay quien se confiese de haber quebrantado este mandamiento?... ¿Santificar los días de fiesta? ¿Creéis

en conciencia haber cumplido con la finalidad de esta ley oyendo sin atención ni respeto una misa de media hora escasa y que todavía parece larga?... Veinticuatro horas tiene el día... *Este pueblo me honra* sólo *con los labios*... (Mt. 15,8). Pero nosotros no le honramos ni aun con los labios. No sé qué es peor, si no alabarle ni con los labios o alabarle sólo con ellos... Hoy los días de fiesta no se diferencian de los demás sino en que las profanaciones e irreverencias son más públicas, escandalosas y universales..."

Y la segunda tabla, "que concierne al prójimo, a quien atacamos diariamente con la maledicencia..."

4.° *El desquite*

"Jesús baja de las nubes para destruir de un soplo a sus enemigos... El débil se ha levantado contra el fuerte... El fuerte le ha ofrecido la paz. El débil ha querido la guerra. ¿De quién será la victoria?... Si luchando contra Dios pudiéramos conseguir nuestra felicidad, Dios no sería Dios..." "Pero si es invencible, nadie puede ser feliz sin obedecerle. Es necesario que el rebelde sea deshecho..."

"Por este motivo, dice, *yo quebrantaré la fuerza de vuestro orgullo*. Os endurecéis contra Dios. Dios se endurece contra vosotros... Os ponéis como hombres, con toda la fuerza de vuestro corazón; El, como Dios, con toda la fuerza del suyo, si cabe expresarse así".

"¡Ay! No existe proporción, y la partida es desigual. Pero vosotros habéis querido los primeros mediros con El... ¿Perseveráis? Pues El perseverará".

"Oíd al profeta: veo que perseveras en retener riquezas mal adquiridas, pues lo que yo veo siempre en tus arcas es una llama que devora, un tesoro de iniquidad, un tesoro mal adquirido que quizás pierda tu casa y acarree la muerte a tu alma (Mich. 6,10)".

2. Segundo motivo: la bondad enojada por la ingratitud

1.° *Texto bíblico*

Así como se gozaba Yavé en vosotros haciéndoos beneficios y multiplicándoos, así se gozará sobre vosotros arruinándoos y destruyéndoos (Deut, 28,63).

2.° *El amor triste*

"Paso a la segunda parte. Unas palabras sobre la bondad de Dios. Escuchad lo que os dice esta bondad despreciada" (textual en esta forma en Bossuet).

"*Nolite contristare Spiritum Sanctum Dei: in quo signati estis...* (Eph. 4,30). El Espíritu Santo se alegra hacién-

donos bien. Se entristece si le rechazamos... No es tanta la ofensa que se hace a su santidad como la violencia que sufre su amor despreciado... Esto es, lo que según el Apóstol aflige al Espíritu Santo, es decir, al amor de Dios, que trabaja por ganar nuestros corazones".

3.° *El amor castiga*

Un Dios airado se muestra ante los hombres con un aparato tremendo, y, no obstante, todavía es más terrible cuando viene, no sobre una nube de fuego o un torbellino de rayos, sino armado de sus favores y sentado en su trono de gracia.

"*Sicut laetatus est... sic laetabitur*. El amor despreciado, rechazado..., agotado por el exceso de su abundancia, llega a secar la fuente de las gracias y hacer manar la de la venganza. Dios se ha dejado llevar de su naturaleza bienhechora..., pero hemos afligido a su Espíritu Santo; hemos trocado la alegría de hacer bien en la alegría de castigar, y justo es que repare la tristeza que le hemos causado a su Espíritu... con un triunfo de su corazón, con un celo de su justicia, castigando nuestras ingratitudes".

Bossuet tiene aquí sólo unos apuntes, que transcribimos:

Ecce Agnus Dei (Io. 1,29)... *Iam enim securis ad radicem arborum posita est* (Mt. 3,10). San Juan Bautista pronuncia ambas frases refiriéndose al Señor. "La cólera está siempre muy cercana a la gracia. El hacha es aplicada por los mismos beneficios, y si la inspiración divina no nos da la vida, nos mata".

"¿De dónde creéis que salen las llamas que devoran a los cristianos desagradecidos? De sus mismos altares, de sus sacramentos, de esas llagas y de ese costado, abierto en la cruz para ser fuente de amor infinito... Todo se torna en bien para los que aman a Dios, hasta sus mismas iniquidades, dice San Agustín, porque le humillan..." (Cf. *De corrept. et grat.*, 24: PL 44,930).

"*Abscondite nos a facie... Agni* (Apoc. 6,16). No del rostro del Padre irritado..., sino del Cordero que se inmoló..."

"La cruz, la redención, agrava la condenación y acumula los crímenes. Pone remate a la maldad".

Sol obscurabitur... et tunc parebit signum Filii hominis... et tunc plangent... (Mt. 24,29-30).

El amor se trueca en ira... Después de un párrafo en el que canta los beneficios de Dios, dice: "Justo es que acompase su cólera a su bondad y a nuestra ingratitud, y que su furor implacable atraviese el corazón infiel con el mismo número de saetas con que intentó atravesarlo su amor... Las gracias de Dios no se pierden... Dios las recoge dentro

de sí, donde su justicia las cambia en dardos penetrantes para herir a los desagradecidos..."

"... Así siempre vivos y muriendo siempre; inmortales para padecer, demasiado fuertes para morir y demasiado débiles para afrontar los tormentos, gemirán eternamente en sus lechos de fuego..., llevarán para siempre sobre sí el peso infinito de tanto sacramento profanado, de tanta gracia rechazada; no menos afligidos, no menos abrumados por las bondades de Dios que por el intolerable peso de su venganza. Temblad, pues..."

3. Tercer motivo: la soberanía violada

1.° *Texto bíblico*

Por no haber servido a Yavé alegre y de buen corazón, en abundancia de bienes, habrás de servir en hambre, en sed, en desnudez a los enemigos que Yavé mandará contra ti, El pondrá sobre tu cuello un yugo de hierro, hasta que te destruya (Deut. 28,47-48).

"No habéis querido vivir bajo su imperio legítimo y dulce; pues seréis justamente sometidos a una dura e insoportable tiranía".

2.° *Imperio legítimo y dulce*

"Imperio el más legítimo... Por la creación, súbditos; por la redención, hijos... Llevamos su marca, creados a su semejanza y sellados por el Espíritu Santo..."

Imperio dulce, puesto que es natural. "Con razón se promete alegría del corazón a los que sirven al Señor, su Dios. Porque todo el que vive en el estado exigido por su naturaleza vive satisfecho..."

"Nadie sabe mejor lo que nos es propio que el que nos ha creado. Nadie puede dárnoslo mejor, puesto que es todopoderoso".

3.° *El imperio de Cristo por el de Satán*

"¡Oh criaturas rebeldes, oh pecadores..., dictad vuestra sentencia!... ¿Qué merecen los que rehusan someterse a gobierno tan ventajoso y tan justo?... ¡Ay! ¿Qué merecen sino encontrar, en vez de un yugo agradable, uno de hierro; en lugar de un Señor legítimo, un usurpador violento...; en lugar... de la abundancia, el hambre, la sed, la desnudez y una extrema miseria?

"¿Necesitaré deciros cuál es el enemigo que Dios suscitará contra vosotros?

"Pues el que, habiéndose declarado enemigo y no pudiendo nada contra El, se revuelve contra su imagen y la destroza y la deshonra fingiéndose con su espíritu envidio-

so que está saciando su venganza. Es Satán con sus ángeles. Espíritus negros..., que no son capaces más que de esa negra y maligna satisfacción que encuentran los malos en hallar cómplices, los envidiosos en tener compañeros, los soberbios caídos en arrastrar a otros consigo". Ese Satanás es comparado por Ezequiel con Faraón, cuando se consuela de su derrota, al verse de pie en mitad de todo su ejército destrozado y muerto (Ez. 32,30-32).

4.° *Recuerda tu bautismo*

En sus exorcismos te dijeron: *Maledicte damnate,* y arrojaron de ti el poder de las tinieblas. *Da locum Deo vivo et vero:* el imperio de Dios (Cf. *Ritual del bautismo,* exorcismo).

Son pompas de Satanás todo lo que corrompe la modestia, encanta los ojos y sirve de ostentación y triunfo a la vanidad del mundo, todo lo que parece ser grande, y no es nada.

"*Operatio eorum est hominis eversio* (Cf. TERTULIANO, *Apolog. adv. gentes,* 22: PL 1,471). Tú que corrompes los principios de la religión y del temor de Dios con tus peligrosos donaires (era la época volteriana...), vosotras las que no sólo presumís con vanidad y ostentación, sino que, por así decirlo, armáis (con adornos incentivos) vuestra belleza corruptora del inocente..."

"Así hemos vuelto a erigir este trono que había sido derribado y este imperio de la iniquidad, corrompido el bautismo, borrado la cruz de Jesús impresa en nuestra frente, rechazado esta unción santa, esta unción real que nos había constituído reyes, cristos y ungidos por Dios; profanado el cuerpo y sangre de Cristo, y quién sabe si el orden sacerdotal. En fin, todos los misterios del cristianismo se han convertido en juguete de los demonios".

5) *Peroración*

El Señor, "revestido de todos sus derechos contra los pecadores.... vendrá a establecer a Cristo en su trono... Habíamos nacido para reyes... (Apoc. 5,10). Vuelve, ¡oh Jeremías!, renueva tus gemidos... ¿No nos avergonzamos de estos hierros, nosotros a quienes Cristo hizo reyes?..."

"Renovemos el bautismo... Antes llamar la atención que agradar demasiado. Antes despreciada que vana y soberbia, antes sola y abandonada que demasiado querida y perseguida".

"¿Dónde está el agua del bautismo? ¡Ah!, zambullámonos en el agua de la penitencia... No salgamos de ella hasta que Jesús nos llame y nos conduzca..."

B) Segundo sermón: Endurecimiento del pecador

A veces el predicador tiene que enfrentarse con un problema concreto. Bossuet, el 1 de diciembre de 1669, predica delante de Luis XIV, que vivía ya en pleno escándalo. Su sermón, menos escriturario que el anterior, es un modelo no solamente por la delicada dureza de su estilo, sino por su santa libertad. Lo damos en extracto, excepto algún párrafo notable (cf. *Oeuvres de Bossuet*, ed. Lébel, t.11 p.139-171; ed. Firmin-Didot, t.2, p.142-152).

a) Exordio

Hora est iam de somno surgere. En esta corte tan viva y preocupada, "la mayoría languidece en su corazón con letargia mortal... Sólo vela realmente el que atiende a su salvación... ¿Qué hay, por tanto, en este auditorio, sino un pesado sueño?... He aquí por qué la Iglesia nos lee en la misa de este día la historia del último juicio"... Por eso yo os grito con San Pablo: *Hora est iam...*

b) Proposición

La causa de los pecados y desgracias de la humanidad es siempre la falta de consideración y vigilancia..., que, si es necesaria para prevenir la caída, es más necesaria todavía al pecador para levantarse de la ruina... Mil pasajes de la Escritura repiten: vigilad...

c) Primera parte: al endurecido

1. No pensar en Dios o en su justicia es una clase de ateísmo

Cuide el sensual no sea que Dios le abandone y le haga caer en el verdadero ateísmo.

Pero hay otro. El de los que no piensan en Dios, aun cuando creen en él. "Aquello en que no pensamos es como si no existiera para nosotros. Hay quienes dicen en su corazón que Dios no existe, que no le juzgan digno de que se piense en él seriamente... ¿Quién de nosotros no está entre éstos?" No hablo, dice Bossuet, a los criminales, sino a los que... Y enumera una larga lista de pecados de la corte.

2. ¿Creéis que Dios no os ve?

Qui plantavit aurem, non audiet?, aut qui finxit oculum, non considerat? (Ps. 93,9). "Os abandonáis a la alegría y vivís en vuestras delicias criminales, sin sospechar siquiera que quien os lo prohibe... vendrá de repente a turbar de manera terrible vuestros placeres con el rigor de su juicio..."

3. El porqué del endurecimiento

1.° *¿Cómo podemos vivir sin darnos cuenta?*

Esta inconsciencia se explica por lo limitado de nuestro entendimiento, que no se ve más que a sí mismo. Cuando estamos llenos de ira, creemos que todos lo están; cuando dormimos, creemos que todos tienen sueño. Cuando el pecador languidece en la ociosidad, el placer y la impenitencia, cree que Dios languidece también y duerme.

2.° *Pero Dios no duerme*

"Aunque esas mujeres infieles y esos hombres corrompidos y corruptores se oculten en las sombras de la noche..., serán descubiertos en el día prescrito".

3.° *El endurecimiento es el mayor castigo*

No quiero hablaros sólo del juicio e infierno, sino haceros ver, por si acaso la tranquilidad en que vivís os ciega, que esa mayor tranquilidad es el más grande castigo... Dios a veces, a fuerza de estar irritado, guarda dentro de sí mismo su cólera, y el pecador, maravillado de lo constante de su prosperidad y del curso afortunado de sus asuntos, cree que no tiene que temer... Es el peor castigo... Es el sueño...

Dicen los Santos Padres que, cuanto más severo es el pecador consigo mismo, más blando es Dios para juzgarle (cf. TERTULIANO, *De poenitent.*, 1.10: PL 1,1355). "Pero cuando tenemos la desgracia de estar de acuerdo con nuestros pecados..., nuestros males casi no tienen ya remedio".

Ved lo que suele acontecer. "Isaías nos presenta a Dios con la copa de la cólera en la mano. *Bibisti de manu Domini calicem irae eius* (Is. 51,17)... Es un brebaje espumoso... que se sube a la cabeza de los pecadores... Beben un primer vaso, y la cabeza les comienza a dar vueltas..., es decir, que en el ardor de sus pasiones, la reflexión, medio apagada, no engendra más que luces dudosas... Se ven las verdades de la religión... a través de una bruma. Es lo que se llama en la Escritura el *espíritu del vértigo* (Is. 19,14)... Pero todavía deploran sus debilidades... ¡Bebed, bebed, pecadores; bebed hasta la última gota!... ¿Qué encontráis en el fondo?...

Usque ad fundum calicis soporis bibisti (Is. 51,17)... Caídos en medio de la calle, tan dormidos que parecían muertos (ibíd. 51,20)... Imagen de los grandes pecadores, pierden todo conocimiento de Dios..., pecan sin escrúpulos, recuerdan sin pena, se confiesan sin compunción, recaen sin miedo, perseveran sin inquietud, y terminan por morir sin arrepentimiento... *Thesaurizas iram...* (Rom. 2,5)".

d) Segunda parte: al perezoso

1. Texto sagrado

Velad, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor (Mt. 24,42-44 y Lc. 12,39ss).

1.° *Cristo desea sorprendernos*

2.° *Unico medio de evitar la sorpresa: vigilar.*

"El tiempo imita de lejos a la eternidad, dice San Agustín" *(Enarrat. in Ps.* 9, 7: PL 36,120). Y haciendo que un día se parezca a otro, no nos damos cuenta de que pasa. Las arrugas, achaques, etc., llegan poco a poco y no las advertimos. Por eso, vigilad

2. Objeciones resueltas

Algunos desmienten a Dios y le dicen: Me adelantaré a tu cólera y me confesaré antes de morir. Esa hora es un secreto de Dios. Hasta el fin del mundo, a pesar de sus señales, cogerá de improviso—la muerte está oculta en el aire, los alimentos, las mismas medicinas—, Dios dijo que su voluntad era ésa. San Agustín comenta: *Latet ultimus dies ut observentur omnes dies (Serm. 39,* 1: PL 38,241).

Aun cuando estuvierais seguros de vivir mucho, más fuerte será la costumbre de pecar. La misma vejez no templa la pasión. El orador recuerda a los ancianos acusadores de Susana (Dan. 13,10-19) y la vejez deplorable de Salomón (3 Reg. 11,4).

3. ¿Que podréis convertiros cuando queráis?

"Pero ¿qué razón más apremiante tendréis entonces...? ¿Habrá otro Jesucristo, otro Evangelio, otra fe, otra esperanza, otro paraíso, otro infierno?..." Desengañaos (y aquí parece hablar directamente al rey, encadenado por sus amoríos). "Cuando esa pasión que os domina ahora, cuando ese secreto tirano de vuestro corazón haya perdido su

dominio, no por eso seréis libres.. Si no os vigiláis, lo único que hará será dar paso a otro vicio..., dejar un sucesor de su misma camada"...

4. Castigos actuales

Pone el ejemplo palaciego del que pasea con satisfacción por la corte sin saber que ya ha perdido el favor real. La justicia de Dios también tiene sus secretos. A veces el pecador, sin saberlo, está ya condenado. Recuerda que la retirada de las gracias y el endurecimiento de los pecadores constituye su mayor castigo.

5. Peroración

Muy larga esta vez. Se ve su deseo de mover a la corte y al rey. Pide que no sólo le oigan, sino que piensen lo que ha dicho. Termina con este párrafo, modelo en su género literario y en su santo atrevimiento:

"¡Oh gran rey, que habéis excedido a tantos y tan augustos predecesores vuestros; a quien vemos infatigablemente requerido por los grandes negocios de vuestro Estado, que abarcan los de toda Europa! Yo propongo a vuestro genio un trabajo más importante y un objeto mucho más digno de atención: el servicio de Dios y vuestra salvación. Porque ¿de qué ha de serviros, Majestad, haber levantado a tan alta cima la gloria de vuestra Francia..., si, después de haber llenado el mundo con vuestro nombre y la historia con vuestros hechos, no os preocupáis además de que estas obras valgan algo delante de Dios y merezcan ser escritas en el libro de la vida? ¿No habéis visto, Señor, en el evangelio del día de hoy la extrañeza con que se alarma el mundo al ver acercarse el momento horrible en que Jesús aparecerá con toda su majestad? Si los astros, los elementos, estas inmensas obras que la mano de Dios pareció construir para la eternidad, se ven amenazadas de ruina, ¿qué será de las obras erigidas por los hombres? ¿No veis ese fuego... que devora en un día ciudades, fortalezas, palacios y casas de recreo, arsenales, mármoles, inscripciones, títulos e historias, y que convertirá primero en llamas y después en cenizas los monumentos de los reyes? ¿En qué consiste la grandeza de lo que un día no será más que polvo? Otros fastos hay que obrar y otros anales que escribir. Dios, señores, escribe el diario de nuestra vida..."

IV. BOURDALOUE

En 1670, ante Luis XIV, Bourdaloue dice que Cristo, en cuanto Rey, juzgará a súbditos y reyes. La norma del juicio será argüir a los hombres según los dictados de su fe y razón, y expone los pecados de aquéllos como contrarios a ambas (cf. *Serm. para el Dom. I de Adv.* en *Los dos Adviento*s, t.1, ed. en español de Blas Román [Madrid 1776] p.42-67. El mismo texto puede verse también en *Obras del P. Bourdaloue: Adviento, Cuaresma, Dominicas*, trad. cast. de Rücker y Constancin [Valparaíso 1899], t.1 p.38-64).

A) Cristo Juez en cuanto Rey

"Es una reflexión muy juiciosa de San Gregorio Nacianceno que nunca se le da a Jesucristo en el Evangelio el título de Majestad sino cuando se habla del juicio universal..., y es muy digno de notarse, según San Jerónimo, que este Hombre-Dios, que por tantos títulos era rey, no tomó este nombre sino en dos ocasiones. La primera, en presencia de Pilatos, es decir, al tiempo de su pasión, porque entonces comenzaba el juicio del mundo, según El mismo había declarado: *Nunc iudicium est mundi* (Io. 12,31). La segunda, en la descripción que nos hizo del mismo juicio..., donde no se significa a sí mismo sino con el nombre de Rey, porque entonces ejercitará plenamente la jurisdicción que le ha dado su Padre sobre todos los hombres. *Tunc dicet Rex...* (Mt. 25,34)".

"Tan propiamente les pertenece a los monarcas y a los soberanos el juzgar..."

B) La fe y la razón, acusadoras en el juicio

Dios es misericordioso por naturaleza, y nosotros le obligamos a ejercer su justicia. *Deus de suo optimus, de nostro iustus* (TERTULIANO, *De resurr. carnis*, c.14: PL 2,858)... Nosotros mismos le forzamos a que así sea; "en una palabra, que cuando nos juzgare no nos juzgará sino por nosotros mismos"...

"Reparo que hay en nosotros dos cosas que tienen una relación necesaria con el juicio de Dios: la una es nuestra fe y la otra nuestra razón... La fe es una luz sobrenatural que recibimos de Dios después de haber nacido, y la razón es una luz natural que hemos recibido en nuestro nacimiento. Pues por estas dos reglas principales que deben dirigirnos

en el gobierno de nuestra vida, por estas dos luces..., nos juzgará Dios. Como a cristianos, por la fe; como a hombres, por la razón".

C) *La fe, acusadora en el juicio*

"Sus palabras son terminantes. *Nolite putare, quia ego accusaturus sim vos apud Patrem; est qui accusat vos Moyses* (Io. 5,45)... Como si les dijera: esta ley, esta religión, son las que en el juicio de Dios se han de levantar contra vosotros. Pero lo que a ellos les decía, cristianos, por diferente razón es verdad respecto a nosotros, porque, además de los libros de Moisés..., tenemos un evangelio..., y este evangelio, si lo consideramos bien, no es más que una acusación permanente de nuestra vida...

"... Esto es lo que el Apóstol nos quiso explicar en aquel lugar admirable... donde, hablando del juicio último, dice que habrá un conflicto entre los pensamientos de los hombres, y que estos pensamientos se acusarán y se defenderán mutuamente en aquel día en que Dios, escudriñador de los corazones, sacará a luz los secretos ocultos. *Inter se invicem cogitationibus accusantibus, aut etiam defendentibus, in die, cum iudicabit Deus occulta hominum...* (Rom. 2,15-16)".

... Porque, mientras su fe le dice: tú has creído una cosa, su conciencia recordará: es otra la que has hecho... La fe se declarará contra la conciencia culpable, y ésta intentará defenderse contra la fe. Hallándose opuestos estos dos pensamientos, formarán la más legal de las acusaciones...

Tertuliano afirma que el alma se rebela contra Dios cuando la condena, y contra su fe, cuando le dice "como irrecusable testigo: realmente, tú creías en El, mas no cuidaste de agradarle; tú habías renunciado al mundo como cristiano, pero no dejaste de ser esclavo suyo; tú detestabas los ídolos de madera o piedra, pero dentro del cristianismo te construiste ídolos de carne" (TERTULIANO, *De testim. animae:* PL 1,682ss).

D) *La fe dicta sentencia*

cristo?... ¿Y qué son éstos sino otras tantas sentencias de la condenación futura de los pecadores... preparadas de antemano?... Cuando leemos: *Vae mundo a scandalis* (Mt. 18,7), *vae hypocritae*... (ibíd. 23,13ss). ¡Infelices de vosotros los sensuales..., desgraciados los ricos, soberbios e insensibles a la miseria de los pobres; ay de vosotros los políticos del siglo, hipócritas, que no tenéis sino una muestra vana y una apariencia falsa de virtud!..."

E) La razón, acusadora en el juicio

Además de la fe tenemos la razón, que nos gobierna y subsiste aun después del pecado... Nosotros la atropellamos abiertamente, nos rebelamos contra ella, y Dios hará que se levante acusándonos. No queremos escuchar la razón cuando nos habla, y nos veremos obligados a oírla. Forjamos pretextos para subyugarla a nuestra pasión; Dios desvanecerá esos pretextos... Estos tres puntos, según la doctrina de San Bernardo (cf. *Tract. de grad. superb.*, c.19: PL 182,968), son los tres principales grados de soberbia...

"Pecamos contra todas las luces de la razón, y por aquí empezará Dios a juzgarnos... Y en esta ocasión nos mostrará aquella serie horrorosa de vicios, cuyo número exponía San Pablo a los Romanos (Rom. 1,28-31), y de los cuales acusaba a los filósofos...: obscenidades..., injusticias, violencias..."

V. COLUMBA MARMION

Columba Marmion, en *Jesucristo, vida del alma* (cf. trad. por E. E. y V. G., 4.ª ed., Barcelona) y en *Jesucristo en sus misterios* (cf. trad. por E. E. y V. G., 3.ª ed., Barcelona), desarrolla la idea de que la vida cristiana consiste en reproducir la del Señor. El triunfo final de Cristo estriba en presentar al Padre su Iglesia totalmente asimilada a El en el día del juicio, en que será glorificado por la consumación de su obra.

A) Cristo pide su glorificación

Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifícame a mí... Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo (Io. 17,4 y 24).

"Cristo pide, en primer término, que su santa humanidad sea partícipe de esa gloria... Después, como Cristo no se separa

nunca de su cuerpo místico, ruega que todos aquellos que creen en El sean asociados a su triunfo" (*Jesucristo, vida del alma,* p.2.ª c.13).

B) Cuál es la obra de Cristo

a) La obra de Cristo es traer la vida divina

Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant (Io. 10,10). Toda la santidad consiste en recibir la vida divina de Cristo y por Cristo, que la posee en toda su plenitud. La santidad constituye un misterio de la vida de Dios recibida y comunicada. "El Verbo la recibió en la eternidad". *Ego hodie genui te* (Ps. 2,7). *Sicut Pater habet vitam in semetipso, sic dedit et Filio habere vitam in semetipso* (Io. 5,26). "Pero este Hijo... por naturaleza... no aparece en el mundo, sino para llegar a ser el primogénito de todos los que le han de recibir (Rom. 8,29). De manera que la misma vida divina que emana al Hijo, que pasa del Hijo a la humanidad de Jesús, circulará por medio de Cristo en todos aquellos que la quieran aceptar" (ibíd. p.1.ª c.1 a.1).

b) En qué consiste la vida divina y su participación

La vida es el movimiento determinado por principios intrínsecos. (Cuanto más intrínsecos sean, más noble y más independiente en su operación resulta la vida. Por ello, la intelectual del hombre es más noble que la puramente vegetativa de las plantas.) La de Dios consiste, pues, en entenderse y amarse a sí mismo, en su visión y amor beatíficos (*Summa Theol.*, 1, q.18 a.3).

Nuestra vida divina está constituída por la participación en ese modo propio de Dios de entender y amar, mediante la caridad y la fe, elevadas por la gracia. *Haec est autem vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum...* (Io. 17,3). Con ello nos preparamos para el conocimiento intuitivo y el amor de Dios, que perfeccionarán la participación que se nos otorga.

C) La obra se cumple en el cielo

a) Esta vida en la tierra no está más que en germen

1. Porque puede perderse

"En los planes de Dios... esta vida es, por su naturaleza, inmortal; pero podemos, no obstante, perderla y recaer en la muerte por el pecado".

2. Porque admite desarrollo

"No debemos olvidar que esta vida divina... solamente la recibimos en germen; tiene que crecer y desarrollarse... y sostenerse incesantemente... para acercarnos al divino modelo".

Así cada día, dice San Pablo, el hombre... natural se aproxima más a la muerte; por el contrario, el hombre interior, que ha recibido la vida, mediante el nacimiento sobrenatural del bautismo... recreado... en la justicia de Cristo..., se renueva de día en día (2 Cor. 4,16): *Licet is, qui foris est, noster homo corrumpatur: tamen is, qui intus est, renovatur de die in diem* (ibíd. p.2.ª c.2 a.4).

b) La vida sobrenatural tiene su perfección en la gloria

Carísimos, ahora somos hijos de Dios... Cuando aparezca Dios, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es (1 Io. 3,2). Entonces el Padre reconocerá en nosotros los rasgos de su Hijo muy amado y pondrá en nosotros sus complacencias... *Cum Christus apparuerit, vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria* (Col. 3,4). La fe se convierte en visión. *Nunc cognosco ex parte: tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum* (1 Cor. 13,12). "Veremos a Cristo Jesús..., que quiso ser nuestro hermano mayor... A El le cantaremos...: Con tu sangre, Señor, nos has rescatado; nos hiciste reinar con Dios en su reino..." (Apoc. 5,9).

"Ver a Dios como El es, viene a ser el primer elemento de esa participación de la naturaleza divina que constituye la vida bienaventurada... Pero amaremos a Dios igualmente... Si aun en este valle de lágrimas, en donde... tenemos... que luchar y llorar, el amor es ya tan fuerte en ciertas almas..., ¿qué será ese amor cuando se abrace con el Bien infinito?..." (p.2.ª c.13 a.1).

D) Ultima victoria y presentación al Padre

Victoria sobre la muerte.—Gozaremos de Dios. En la cruz Cristo triunfó sobre la muerte. Desde entonces vive una vida perfecta en todo su esplendor. *Mors illi ultra non dominabitur* (Rom. 6,9). Pero, lo mismo que resucitó El, también nos resucitará a nosotros en el día del juicio. *Conresuscitavit et consedere fecit nos in caelestibus in Christo Iesu* (Eph. 2,6).

El día del juicio será la manifestación del triunfo. "Luego vendrá el fin, en que Cristo entregará al Padre el reino conquistado con sus merecimientos... La muerte será el último enemigo derrotado..." Entonces, resucitados los muertos, y entre el sonido de las trompetas angélicas, "Cristo poseerá a esa Iglesia, a la que tanto amó y por la que dió su vida para que fuese gloriosa..." (Eph. 5,27), y mostrará al Padre la multitud de los escogidos.

En este día Cristo se presenta triunfador con los santos y puede decir que realmente ha terminado su obra. *Oí una voz como de gran muchedumbre y como voz de muchas aguas... que decía... Alleluia: porque ha establecido su reino el Señor Dios... Alegrémonos, porque... han llegado las bodas del Cordero* (Cristo) *y su esposa* (la Iglesia triunfante) *está dispuesta y fuéle otorgado revestirse de lino, brillante y puro* (Apoc. 19,6-8).

"¡Oh, qué espectáculo tan glorioso será ver ese reino sometido a Jesús, contemplar la obra de su sangre y de su gracia ofrecida al Padre celestial por el mismo Jesucristo!... ¡Qué alegría poder formar parte de ese reino, junto con María y los ángeles!... Entonces sí que podrá Jesús volver a decir con toda verdad: *Padre, he terminado la obra que me encomendaste* (Io. 17,4); entonces tendrán realidad cumplida los anhelos... de su corazón sagrado en la última Cena..." (p.2.ª c.13 a.2).

"No digamos que un grado más o menos de gloria no nos interesa. ¿Hay algo que no importe cuando se trata... de una dicha y una vida sin fin, de las que Dios es la misma fuente?..." ¿Tan menguado es nuestro amor a Cristo, que le regateamos la gloria que ha de tener el día de su triunfo? Su gloria será nuestra santidad (ibíd. a.3).

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. EPISTOLA

A) *Hora est iam nos de somno surgere*

a) La doctrina social de la Iglesia es clara y obligatoria

La doctrina social de la Iglesia es clara en todos sus aspectos. Es obligatoria. Ninguno se puede apartar de ella sin peligro para la fe y para el orden moral. No es, pues, lícito a ningún católico, ni mucho menos a los que pertenecen a vuestras organizaciones, prestar adhesión a teorías y sistemas sociales que la Iglesia ha repudiado o a propósito de los cuales ha puesto en guardia a sus fieles (Pío XII, *A la Acción Católica Italiana,* 29 de abril de 1945).

b) De donde sería condenable un aislamiento egoísta, cuando la gravedad del momento exige la colaboración de todos

Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta *aislacionismo* cuando es testigo de las necesidades y miserias de sus hermanos; cuando le llegan los gritos de socorro de los desheredados de la fortuna; cuando conoce las aspiraciones de las clases trabajadoras hacia unas condiciones de vida más razonables y justas; cuando se da cuenta de los abusos de una concepción económica que pone el dinero por encima de los deberes sociales; cuando no olvida las desviaciones de un intransigente nacionalismo, que niega o conculca la solidaridad que impone a cada uno múltiples deberes para con la gran familia de las naciones (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1948).*

c) Ni reserva, pues, ni fría indiferencia; intervención en los problemas sociales

La fidelidad del católico al divino patrimonio de la verdad, legado por Jesucristo al magisterio de la Iglesia, de ningún modo le condena a recelosa reserva o a una fría indiferencia frente a los graves y urgentes deberes de la hora presente, como no pocos creen o fingen creer.

Por el contrario, el espíritu y el ejemplo del Señor, que vino para buscar y salvar lo que estaba perdido; el precepto del amor y, en general, el sentido social que irradia de la Buena Nueva; la historia de la Iglesia, que demuestra cómo ella ha sido siempre el más firme y constante sostén de todas las fuerzas del bien y de la paz; las enseñanzas y exhortaciones de los Romanos Pontífices, especialmente en el decurso de los últimos decenios, sobre la conducta de los cristianos para con el prójimo, con la sociedad y el Estado, todo ello proclama la obligación del creyente de preocuparse, según su condición y posibilidades, con desinterés y con valor, de las cuestiones que un mundo atormentado y agitado debe resolver en el campo de la justicia social, no menos que en el orden internacional del derecho y de la paz (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1948).*

d) No es hora de lamentos, sino de acción

No lamentos, sino acción, es el precepto de la hora presente; no lamentos sobre lo que es o lo que fué, sino reconstrucción de lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad. Toca a los mejores y más selectos miembros de la cristiandad, penetrados de un entusiasmo de cruzados, el reunirse en espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de «Dios lo quiere», prestos a servir, a sacrificarse, como los antiguos cruzados (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942).*

e) Es hora de despertar del sueño, porque se acerca nuestra salvación

Y ahora ha llegado el tiempo, amados hijos. Ha llegado ya el tiempo de realizar los pasos definitivos; es el momento de sacudir el funesto letargo; es la hora de que todos los buenos, todos los que se preocupan de los destinos del mundo, se unan y aprieten sus filas; es el momento de repetir con el Apóstol: *Hora est iam nos de somno surgere* (Rom. 13,11): ¡Es hora de despertarnos del sueño, porque está cerca nuestra salvación! (Pío XII, *Exhortación pontificia a los fieles de Roma*, 10 de febrero de 1952, n.6: «Ecclesia», n. 553, 16 de febrero de 1952, p.5).

B) Nunc enim propior est nostra salus

a) Todos suspiran por un orden nuevo, pero especialmente los trabajadores

1. Aspiración resuelta

Es verdad que las varias partes, divergentes en las ideas y en los fines, concuerdan, sin embargo, en la aspiración de un nuevo orden y no creen posible o deseable un puro y simple retorno a las condiciones anteriores.

2. Con mayor agudeza en los que viven del trabajo

Ninguno podrá maravillarse de que este anhelo aguijoneado se deje sentir con mayor agudeza en medio de aquellas numerosas clases que viven del trabajo de sus manos, siempre obligadas, en paz y en guerra, a saborear más que otros el amargor de las desarmonías económicas estatales e internacionales, y menos se asombrará la Iglesia, que, siendo madre común de todos, siente y comprende mejor el grito que espontáneamente exhala la atormentada Humanidad (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1940:* Nueva Colección de Encíclicas, p.400).

b) Hay que rehacer el mundo, desde sus cimientos, bajo la guía de la Iglesia

Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos; lo que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios. Millones y millones de hombres claman por un cambio de ruta y miran a la Iglesia de Cristo como a poderoso y único timonel que, respetando la libertad humana, pueda ponerse a la cabeza de tan grande empresa, y suplican con palabras clarísimas que sea ella su guía; y más aún, con las lágrimas ya derramadas, con las heridas todavía sangrantes, señalando los inmensos cementerios que el odio organizado y armado ha extendido sobre los continentes (Pío XII, *Exhortación pontificia a los fieles de Roma,* 10 de febrero de 1952, n.7: «Ecclesia», n.553, 16 de febrero de 1952, p.5).

c) No es buen camino resolver sólo los problemas económicos y no los morales

En opinión de algunos, la llamada «cuestión social» es solamente económica, siendo, por el contrario, ciertísimo que es principalmente moral y religiosa, y por esto ha de resolverse en conformi-

dad con las leyes de la moral y de la religión. Aumentad el salario al obrero, disminuid las horas de trabajo, reducid el precio de los alimentos; pero si con esto dejáis que oiga ciertas doctrinas y se mire en ciertos ejemplos que inducen a perder el respeto debido a Dios y a la corrupción de las costumbres, sus mismos trabajos y ganancias resultarán arruinados. La experiencia cotidiana enseña que muchos obreros de vida depravada y desprovistos de religión viven en deplorable miseria, aunque con menos trabajo obtengan mayor salario. Alejad del alma los sentimientos que infiltró la educación cristiana, quitad la previsión, modestia, parsimonia, paciencia y las demás virtudes morales, e inútilmente se obtendrá la prosperidad, aunque con grandes esfuerzos se pretenda (LEÓN XIII, *Graves de communi*, 1901).

d) NUESTRA VIDA, INCLUSO EN EL ORDEN RELIGIOSO, PECA MUCHO DE EGOÍSTA

«Si todos, en todas partes y siempre, observaran esta ley, pronto volverían a sus límites de la equidad y de la justa distribución, no sólo la producción y adquisición de las cosas, sino también el consumo de las riquezas, que hoy con frecuencia tan desordenado se nos ofrece; al egoísmo, que es la mancha y el gran pecado de nuestros días, substituiría en la práctica y en los hechos la ley suavísima, pero a la vez eficacísima, de la moderación cristiana, que manda al hombre buscar primero el reino de Dios y su justicia (Mt. 6,33), porque sabe ciertamente, por la segura promesa de la liberalidad divina, que los bienes temporales le serán dados por añadidura en la medida que le hicieren falta» (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, 55).

C) ... et induamur arma lucis

a) PARA RESOLVER EL PROBLEMA SE REQUIERE LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES

Pero si consideramos este asunto más diligente e íntimamente, claramente descubriremos que a esta restauración social tan deseada debe preceder la renovación profunda del espíritu cristiano, del cual se han apartado desgraciadamente tantos hombres dedicados a la economía (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n.52: Nueva Colección de Encíclicas, p.621).

b) Y LA RESTAURACIÓN DE LAS COSTUMBRES CRISTIANAS

Den leyes y ordenanzas previsoras los que gobiernan los Estados; tengan presentes sus deberes los ricos y los amos; esfuércense, como es razón, los proletarios cuya es la causa, y puesto que la religión, como al principio dijimos, es la única que puede arran-

car de raíz el mal, pongan todas las miras principalmente en restaurar las costumbres cristianas, sin las cuales esas mismas armas de la prudencia, que se tienen como muy idóneas, valdrán muy poco para alcanzar el fin deseado (LEÓN XIII,, *Rerum Novarum*, n.45: Nueva Colección de Encíclicas, p.579).

D) Non in comessationibus... non in contentione

a) SOBRE TODO, HACE FALTA ABNEGACIÓN, SACRIFICIO Y HEROÍSMO

Hay que reconocer que el ser fieles siempre y en todas partes, sin reservas y sin transacciones, a los mandamientos de la Ley de Dios, pide día tras día un dominio de sí mismo, un esfuerzo constante y una abnegación que llega a veces hasta el heroísmo, que es precisamente la característica del testimonio sangriento (PÍO XII, *Normas a los grupos italianos del Renacimiento Cristiano:* «Ecclesia», v.1 [1947] 117).

b) EN LOS MISMOS OBREROS SE REQUIERE MODERACIÓN

Consideraremos las cosas prácticamente y con toda sinceridad. Hay por todas partes una sensación de malestar y de disgusto. El trabajador no está contento con su suerte y con la de su familia. Asegura que lo que gana no es proporcionado a sus necesidades. Nadie como la Iglesia ha defendido y defiende las justas peticiones de los trabajadores. Pero semejante desproporción e insuficiencia, ¿se debe siempre y únicamente a la escasez de lo que se gana? ¿No entra en ella para nada el aumento de las necesidades? Sin duda ninguna que hay necesidades que tienen que ser satisfechas urgentemente. Los alimentos, el vestido, la habitación, la educación de los hijos, lo necesario para el alma y para el cuerpo. Pero queremos aludir a otras exigencias que demuestran de qué manera la moderna y la anticristiana ansia desenfrenada de placer y la despreocupación tienden a penetrar también en el mundo obrero. Las arduas circunstancias económicas del tiempo de guerra hicieron perder hasta la posibilidad del ahorro. Pero hoy todavía no se ha vuelto a su sentido ni a su idea *(Discurso del Papa a las Asociaciones Católicas de Trabajadores Italianos,* 29 de junio de 1948: «Ecclesia», n.365, 10 de julio de 1948, p.6).

c) SUFRIR Y PADECER ES LA SUERTE DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA

Sea, pues, el primer principio, y como la base de todo, que no hay más remedio que acomodarse a la condición humana, que en la sociedad civil no pueden ser iguales los altos y los bajos. Afánanse, es verdad, por ello los socialistas, pero es en vano y contra la naturaleza misma de las cosas ese afán. Porque ha puesto en

los hombres la naturaleza mismo grandísimas y muchas desigualdades. No son iguales los talentos de todos, ni igual el ingenio, ni la salud, ni las fuerzas; y de la necesaria desigualdad de estas cosas síguese espontáneamente desigualdad en la fortuna. Lo cual es claramente conveniente a la utilidad, así de los particulares como de la comunidad; porque necesita para su gobierno la vida común de facultades diversas y oficios diversos; y lo que hacia ellos principalmente mueve a los hombres es la diversidad de la fortuna de cada uno. Y por lo que toca al trabajo corporal, ni aun en el estado de inocencia había de estar el hombre completamente ocioso; mas lo que para esparcimiento del ánimo habría entonces buscado libremente la voluntad, eso mismo después por necesidad, y no sin fatiga, tuvo que hacer en expiación de su pecado... Y del mismo modo no han de tener fin en este mundo las otras penalidades, porque los males que al pecado siguieron son ásperos de sufrir, duros y difíciles, y de necesidad han de acompañar al hombre hasta lo último de su vida. Así que sufrir y padecer es la suerte del hombre, y, por más tentativas que el hombre haga, con ninguna fuerza, con ninguna industria podrá arrancar enteramente de la vida humana estas incomodidades. Los que dicen que lo pueden hacer, los que al desgraciado pueblo prometen una vida exenta de toda fatiga y dolor y regalada con holganzas e incesantes placeres, lo inducen a error, lo engañan con fraude, del cual brotarán algún día males mayores que los presentes. Lo mejor es mirar las cosas humanas como son en sí y, al mismo tiempo, buscar en otra parte... el remedio conveniente a estas necesidades (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 14).

d) IGUALDAD ESENCIAL DE TODOS LOS HOMBRES Y DESIGUALDADES INDIVIDUALES DERIVADAS DE LA DIFERENCIA DE CAPACIDADES

Nadie duda ser todos los hombres iguales, si se mira a su común origen y naturaleza, al fin último a que todos están encaminados y a los derechos y obligaciones que de ello emanan; mas como no pueden ser iguales las capacidades de los hombres, y distan mucho uno de otro por razón de las fuerzas corporales o del espíritu, y son tantas las diferencias de costumbres, voluntades y temperamentos, nada más repugnante a la razón que el pretender abarcarlo y confundirlo todo y llevar a las leyes de la vida civil tan rigurosa igualdad. Así como la perfecta constitución del cuerpo humano resulta de la juntura y composición de miembros diversos, que, desemejándose de forma y funciones, atados y puestos en sus propios lugares, constituyen un organismo hermoso a la vista, vigoroso y apto para bien funcionar, así en la humana sociedad es casi infinita la desemejanza de los individuos que la forman; y si todos fueran iguales y cada uno se rigiera a su arbitrio, nada habría más deforme que semejante sociedad; mientras que si todos, en distinto grado de dignidad, oficios y aptitudes, armoniosamente conspiran al bien común, retratarán la imagen de una ciudad bien constituída y según la pide la naturaleza (LEÓN XIII, *Humanum genus*, 23).

e) El Papa deplora el crecimiento de un lujo inmoderado y materialista, que contrasta con la miseria de muchos

Pero no podemos hablar de placeres y comodidades sin quejarnos y deplorar los gastos de un creciente lujo intolerable, que choca ásperamente con la miseria y la indigencia de muchos. El lujo y el ansia de placeres son consecuencia de una concepción y una práctica de la vida manchada de materialismo y crean costumbres correspondientes a tal materialismo. ¿Acaso podría ocurrir de otro modo? Porque cuando el hombre pierde la conciencia de su dignidad, cuando en sus obras abandona la moderación y el equilibrio, cuando no valora lo que es espiritual, sobrenatural y eterno, lejos de considerarlo fuente de verdadera felicidad, entonces se deja llevar por la avaricia y la desenfrenada apetencia de bienes terrenos, y, en lugar de reverenciar a Dios y a su Majestad divina, se cultiva en substitución suya la técnica y la fuerza bruta y ciega (Pío XII, *Discurso a los cardenales, arzobispos y obispos que asistieron a la proclamación del dogma asuncionista:* «Ecclesia», n.488, 18 de noviembre de 1950, p.6).

f) Por eso exhorta a la abstinencia y a la abnegación generosa y voluntaria

Pero no es lícito que la alegría de la vida traspase los límites de lo justo y de lo honesto.

Contra esta clase de incontinencia, exhortamos e impelimos a todos a que, en la abstinencia cristiana y en la abnegación de sí mismos, avancen voluntariamente más allá de lo que prescriben las leyes morales, cada uno según sus propias fuerzas, según el estímulo de la gracia divina y según lo permita el cargo que desempeñe (ibíd.).

g) Y que ha de comenzar, ante todo, en los mismos apóstoles y sacerdotes

También para nosotros resuena, como para los primeros cristianos, la exhortación del apóstol Pablo: *Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia* (Col. 1,24). Tenemos que sufrir todos, como dice el mismo Apóstol, con *paciencia... en fatigas, en desvelos, en ayunos..., con caridad sincera* (2 Cor. 6,4-6), para edificación del reino de Dios. ¿No suena como expresamente dicho a los sacerdotes (1 Cor. 9,27): *Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado?* (ibíd.).

E) Induimini Dominum Iesum Christum

a) Todos los deberes pueden reducirse al de la caridad y la justicia bien entendidas

Si, pues, según el Apóstol (Rom. 13,8-9), todos los deberes se reducen al único precepto de la verdadera caridad, también se reducirán a él todos los que son de estricta justicia, como el no matar y el no robar; una caridad que prive al obrero del salario al que tiene estricto derecho, no es caridad, sino un vano nombre y una vacía apariencia de caridad. Ni el obrero tiene necesidad de recibir como limosna lo que le corresponde por justicia, ni puede pretender nadie eximirse con pequeñas dádivas de misericordia de los grandes deberes impuestos por la justicia. La caridad y la justicia imponen deberes, con frecuencia acerca del mismo objeto, pero bajo diversos aspectos; y los obreros, por razón de su propia dignidad, son justamente muy sensibles a estos deberes de los demás que dicen relación a ellos (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n.49: Nueva Colección de Encíclicas, p.666).

b) El contraste entre la miseria de muchos y el lujo inmoderado de otros está en pugna con el precepto de la caridad cristiana

Pero cuando vemos, por un lado, una muchedumbre de indigentes que, por causas ajenas a su voluntad, están realmente oprimidos por la miseria; y por otro lado, junto a ellos, tantos que se divierten inconsideradamente y gastan enormes sumas en cosas inútiles, no podemos menos de reconocer con dolor que no sólo no es bien observada la justicia, sino que tampoco se ha profundizado lo suficiente en el precepto de la caridad cristiana, ni se vive conforme a él en la práctica cotidiana. Deseamos, pues..., que sea más y más explicado, de palabra y por escrito, este divino precepto, precioso distintivo dejado por Cristo a sus verdaderos discípulos; este precepto que nos enseña a ver en los que sufren a Jesús mismo y nos obliga a amar a nuestros hermanos como el divino Salvador nos ha amado, es decir, hasta el sacrificio de nosotros mismos, y si es necesario aun de la propia vida. Mediten todos a menudo aquellas palabras, consoladoras por una parte, pero terribles por otra, de la sentencia que pronunciará el Juez supremo en el día del juicio final (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 47).

c) Especialmente en la caridad hay que buscar la solución

Porque la salud que se desea principalmente se ha de esperar de una grande efusión de caridad, es decir, la caridad cristiana, en que se compendia la ley de todo el Evangelio, y que, dispuesta

siempre a sacrificarse a sí propia por el bien de los demás, es al hombre, contra la arrogancia del siglo y el desmedido amor de sí, antídoto certísimo, virtud cuyos oficios y divinos caracteres describió el apóstol San Pablo con estas palabras (1 Cor. 13,4-7): *La caridad es paciente, es benigna: no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha...; todo lo espera, todo lo soporta* (León XIII, *Rerum Novarum*, n.45: Nueva Colección de Encíclicas, p.580).

d) El prejuicio de que la Iglesia está de parte de los explotadores de los obreros se destruye con la práctica de la auténtica caridad

Nos referimos a esa caridad cristiana, *paciente y benigna* (1 Cor. 13,4), que evita toda apariencia de protección envilecedora y toda ostentación; esa caridad que desde los comienzos del cristianismo ganó a Cristo a los más pobres entre los pobres, los esclavos; y damos las gracias a todos aquellos que en las obras de beneficencia, desde las Conferencias de San Vicente de Paúl hasta las grandes y recientes organizaciones de asistencia social, han ejercitado y ejercitan las obras de misericordia corporal y espiritual. Cuanto más experimenten en sí mismos los obreros y los pobres lo que el espíritu de amor, animado por la virtud de Cristo, hace por ellos, tanto más se despojarán del prejuicio de que el cristianismo ha perdido su eficacia y que la Iglesia está de parte de quienes explotan su trabajo (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 46).

e) La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad se sienten miembros de una gran familia

La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial; más aún, un solo cuerpo en Cristo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros (Rom. 12,5); por donde, *si un miembro padece, todos los miembros padecen con él* (1 Cor. 12,26). Entonces los ricos y demás directores cambiarán su indiferencia habitual hacia los hermanos más pobres en un amor solícito y activo, recibirán con corazón abierto sus peticiones justas y perdonarán de corazón sus posibles culpas y errores. Por su parte, los obreros depondrán sinceramente ese sentimiento de odio y envidia, de que tan hábilmente abusan los propagadores de la lucha social, y aceptarán sin molestia el puesto que les ha señalado la divina Providencia en la sociedad humana, o mejor dicho, la estimarán mucho, bien persuadidos de que colaboran útil y honrosamente al bien común, cada uno según su propio grado y oficio, y que siguen así de cerca las huellas de aquel que siendo Dios quiso ser entre los hombres obrero y aparecer como hijo de obrero (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, 56).

f) El materialismo, contra el amor y la justicia

Mientras el derecho allana el camino del amor, el amor mitiga el derecho y lo sublima. Ambos elevan la vida humana a aquella atmósfera social en donde, aun en medio de las deficiencias, impedimentos y durezas de esta vida, se hace posible una fraterna convivencia. Pero suponed que el malvado espíritu de ideas materialistas domine, que la tendencia al poder y al atropello concentre en sus rudas manos las riendas de los sucesos, y veréis entonces desaparecer cada día más los efectos disgregadores, desaparecer el amor y la justicia, triste presagio de amenazadoras catástrofes sobre una sociedad apóstata de Dios (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, 25).

II. EVANGELIO

A) ... et in terris pressura gentium

a) La gravedad del problema tiene suspensos a todos

La cual guerra cuánta gravedad entraña se colige de la viva expectación que tiene los ánimos suspensos, y de lo que ejercita los ingenios de los doctos, las juntas de los prudentes, las asambleas populares, el juicio de los legisladores, los consejos de los príncipes; de tal manera que no se halla ya cuestión ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que ésta preocupe los ánimos de los hombres (León XIII, *Rerum Novarum*, n.1: Nueva Colección de Encíclicas, p.544).

b) Pero la Iglesia nada teme

En un tiempo como el nuestro, agitado y agitador; en un tiempo en que la verdad y el error, la fe en Dios y la negación de Dios, la supremacía del espíritu y el predominio de la materia, la dignidad humana y la abdicación de esta dignidad, la ordenación de la razón y el caos de la irracionalidad, se enfrentan en toda la superficie del globo en lucha definitiva, la misión de la Iglesia y de su cabeza visible no puede desarrollarse ni cumplirse con la bendición del cielo, sino bajo el lema «Terrena non metuit». ¡Tener miedo! ¿Y de qué? Entonces ¿es que no somos fuertes? ¿Es tal vez imposible superar el choque entre los discípulos y los enemigos de Cristo? La Iglesia sufre pensando en el daño que sus adversarios se hacen a sí mismos, el daño que hacen a tantas almas pequeñas, frágiles e ignorantes, a las que son causa de escándalo y ruina (Pío XII, *Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio*, 2 de junio de 1948).

c) La lucha sólo sirve para fortalecerla a ella y a los cristianos

Las duras pruebas que la Iglesia ha soportado como consecuencia de la guerra y de la posguerra, las dolorosas pérdidas y los graves daños que la han afligido, sólo han conseguido hacer más vigorosa y alentadora su energía y su firmeza; batida por las tempestades y por el oleaje, ha conservado intacta, incólume, la substancia vital, y en todos los pueblos donde el profesar la fe católica equivale a sufrir persecución se han encontrado y se encuentran siempre miles de valientes que, impávidos en medio de los sacrificios, de las proscripciones y de los tormentos, intrépidos ante las cadenas y la muerte, *no doblan su rodilla ante el ídolo Baal* (3 Reg. 19,18) del poder y de la fuerza bruta (Pío XII, *Radiomensaje en la vispera de Navidad de 1948).*

d) No cabe la pereza ni la fuga, sino la lucha por la futura sociedad

Mas para un cristiano consciente de su responsabilidad, aun para el más pequeño de sus hermanos, no hay tranquilidad perezosa ni existe la fuga, sino la lucha, el combate, contra toda inacción y deserción en la gran contienda espiritual, en la que se propone como galardón la construcción, más aún, el alma misma de la sociedad futura (Pío XII, *Radiomensaje en la vispera de Navidad de 1942).*

B) Tunc videbunt Filium hominis

a) Cuando Jesucristo fué crucificado, cayeron las tinieblas sobre la tierra; en el momento del juicio, una luz lo iluminará todo

Narra el sagrado Evangelio que, cuando Jesús fué crucificado, *las tinieblas se extendieron sobre toda la tierra* (Mt. 27,45); símbolo espantoso de lo que sucede, y sigue sucediendo espiritualmente, dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluído de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de la pública; y con la fe en Cristo ha sacudido también la fe en Dios. Los criterios morales según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas, han caído como por consecuencia en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad, que ha hecho cada vez más rápidos progresos, substrayendo el hombre, la familia y el Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los ful-

gores de la civilización cristiana, las señales de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, más palpables, más angustiosas (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n.15: Nueva Colección de Encíclicas, p.359).

b) A esta luz se verán los errores de muchos, engañados por su soberbia

Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo, no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieron retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad, que libra, y el error, que reduce a esclavitud; ni pensaban que, renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la unificadora y ennoblecedora doctrina de amor de Dios, se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable; hablaban de progreso, cuando retrocedían; de elevación, cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para substituir la ley de Cristo por algo que la iguale (Rom. 1,21); se entontecieron en sus razonamientos (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 16: Nueva Colección de Encíclicas, p.360).

C) *Venientem in nube cum potestate magna*

a) El juicio de Dios será mucho más severo para los que más tienen en todos los órdenes

El juicio de Dios será mucho más severo con aquellos que han recibido más, que tienen mejor disposición para conocer la única doctrina y para ponerla en práctica en la vida cotidiana; los que con su ejemplo y autoridad pueden más fácilmente dirigir a los demás en el camino de la justicia y de la salvación, o, por el contrario, torcerlo por los funestos senderos de la incredulidad y del pecado *(Discurso del Papa al patriciado y nobleza romanos:* «Ecclesia», n.393, 22 de enero de 1949, p.5).

b) Todavía, pese a las exhortaciones pontificias, hay quienes siguen explotando a los pobres

Hemos hecho y no dejamos de hacer cuanto podemos, no sólo para ayudar a los necesitados, sino para hacer ver sus deberes y responsabilidades a aquellos que culpablemente se substraen a ellos, renovando con frecuencia nuestros severos avisos. Pero nues-

tra buena voluntad choca no sólo con la inercia y la incomprensión de muchos, sino también con la voluntad deliberada de los explotadores de la miseria, los cuales, sin procurar ninguna ayuda eficaz, parece que no tienen otra mira que agravar el mal, reducir a la impotencia a los que quieren trabajar y a los que buscan el modo de procurarles un trabajo honestamente remunerativo, de excitar el descontento y empujarles a la desesperación con funestas consecuencias para los mismos intereses del trabajador *(Discurso del Papa a los obreros de Cività Castellana en audiencia a una peregrinación de 1.200 ceramistas.* 27 de marzo de 1949: «Ecclesia», n.404, 9 de abril de 1949, p.6).

c) Pero la condenación de los Papas contra ellos será más tarde la condenación de Dios

Es, en verdad, lamentable, venerables hermanos, que haya habido y aun ahora haya quienes, llamándose católicos, apenas se acuerdan de la sublime ley de la justicia y de la caridad, en virtud de la cual nos está mandado no sólo dar a cada uno lo que le pertenece, sino también socorrer a nuestros hermanos necesitados como a Cristo mismo (Iac. 2,1ss).

Hay además quienes abusan de la misma religión y se cubren con su nombre en sus exacciones injustas para defenderse de las reclamaciones completamente justas de los obreros. No cesaremos nunca de condenar semejante conducta; esos hombres son la causa de que la Iglesia, inmerecidamente, haya podido tener la apariencia y ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmoverse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como desheredados de su parte de bienestar en esta vida (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n.50: Nueva Colección de Encíclicas, p.620).

d) No hay justicia social si todos los hombres no disponen de lo necesario para cumplir sus funciones sociales

Además de la justicia conmutativa, existe la justicia social, que impone también deberes a los que ni patronos ni obreros se pueden substraer. Y precisamente es propio de la justicia social exigir de los individuos cuanto es necesario al bien común. Pero así como en el organismo viviente no se provee al todo si no se da a cada parte y a cada miembro cuanto necesitan para ejercer sus funciones, así tampoco se puede proveer al organismo social y al bien de toda la sociedad si no se da a cada parte y a cada miembro, es decir, a los hombres, dotados de la dignidad de persona, cuanto necesitan para cumplir sus funciones sociales. El cumplimiento de los deberes de la justicia social tendrá como fruto una intensa actividad de toda la vida económica desarrollada en la tranquilidad y en el orden, y se demostrará así la salud del cuerpo social, del mismo modo que la salud del cuerpo humano se reconoce en la actividad inalterada, y al mismo tiempo plena y fructuosa, de todo el organismo (Pío XI, *Divini Redemptoris,* 51).

e) La justicia social debe informar todas las instituciones públicas y toda la vida social

De algo superior y más noble hay que echar mano para regir con severa integridad ese poder económico, a saber, de la justicia social y de la caridad social. Por tanto, las instituciones públicas y toda la vida social de los pueblos han de ser informadas por esa justicia; es conveniente y muy necesario que ésta sea verdaderamente eficaz, o sea que dé vida a todo el orden jurídico y social y la economía quede como empapada en ella. La caridad social debe ser como el alma de ese orden; la autoridad pública no debe desmayar en la tutela y defensa eficaz del mismo, y no le será difícil lograrlo si arroja de sí las cargas... que no le competen (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* 37).

f) Las guerras de este mundo son un juicio terrible de Dios

Lo que aparecía claro al cristianismo, que, profundamente creyente, sufría por la ignorancia de los otros, nos lo presenta hoy clarísimo el fragor de la espantosa catástrofe del presente trastorno, que reviste la terrible solemnidad de un juicio universal aun a los oídos de los tibios, de los indiferentes y de los irreflexivos; una verdad antigua que se manifiesta gráficamente en formas siempre nuevas y retumba de siglo en siglo, de pueblo en pueblo, por la boca del profeta: *Omnes qui te derelinquunt, confundentur: recedentes a te in terra scribentur: quoniam dereliquerunt venam aquarum viventium, Dominum* (Ier. 17,13): «Todos los que te abandonan serán confundidos; los que te dejan se cubrirán de vergüenza, porque dejaron al Señor, fuente de aguas vivas» (Pío XII. *Mensaje de Navidad de 1942,* n. 36: Nueva Colección de Encíclicas, p.429).

g) La sociedad, medio natural de que el hombre puede y debe servirse para alcanzar su fin

Dios... ha ordenado... al hombre para la sociedad civil, exigida ya por su propia naturaleza. En el plan del Creador, la sociedad es un medio natural del que el hombre puede y debe servirse para obtener su fin, por ser la sociedad humana para el hombre y no al contrario. Lo cual no hay que entenderlo en el sentido del liberalismo individualista, que subordina la sociedad al uso egoista del individuo, sino sólo en el sentido de que, mediante la unión orgánica con la sociedad, se haga posible a todos, por la mutua colaboración, la realización de la verdadera felicidad terrena; además, en el sentido de que en la sociedad hallen su desenvolvimiento todas las cualidades individuales y sociales insertas en la naturaleza humana, las cuales, superando el interés inmediato del momento, reflejan en la sociedad la perfección divina, lo cual no puede verificarse en el hombre aislado. Pero aun esta finalidad

dice en último análisis relación al hombre, para que, reconociendo éste el reflejo de la perfección divina, lo convierta en alabanza y adoración del Creador. Ninguna sociedad humana, cualquiera que sea, sino sólo el hombre, la persona humana, está dotado de razón y de voluntad moralmente libre (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 29).

D) Respicite et levate capita vestra

a) La esperanza cristiana debe apartar a los proletarios de los peligros de la revolución

De los proletarios quiere y con todas sus fuerzas procura que salgan de su tristísimo estado y alcancen suerte mejor. Y a esto no poco ayuda aún con atraer a los hombres y formarlos en la virtud. Porque las costumbres cristianas, cuando se guardan en toda su integridad, dan espontáneamente alguna prosperidad a las cosas exteriores, porque hacen benévolo a Dios, principio y fin de todos los bienes; reprimen esas dos pestilencias de la vida que con harta frecuencia hacen al hombre desgraciado aun en la abundancia, el apetito desordenado de riquezas y la sed de placeres (1 Tim. 6,10); y hacen que los hombres, contentos con un trato y sustento frugal, suplan la escasez de las rentas con la economía, lejos de los vicios... (León XIII, *Rerum Novarum*, n.23: Nueva Colección de Encíclicas, p.560).

b) Y darles la seguridad del premio eterno al trabajo santificado por Dios

¡Oh trabajadores, acercaos al pesebre de Jesús! No os parezca hórrida aquella cueva y aquel refugio del Hijo de Dios; no por casualidad, sino por profundo e inefable designio encontraréis allí únicamente sencillos trabajadores: María, la Madre Virgen, de familia trabajadora; José, el padre de familia, trabajador; los pastores que guardan la grey y, finalmente, los Magos, venidos desde Oriente; trabajadores manuales, pastores vigilantes, trabajadores del pensamiento, todos ellos se postran y adoran al Hijo de Dios, que con su consciente y amable silencio, más fuerte que la palabra, les explica a todos el sentido y la virtud del trabajo. No es éste tan sólo trabajo de los miembros humanos, desprovisto de sentido y de valor, y mucho menos una humillante servidumbre. El trabajo es servicio de Dios, don de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, merecedor de un eterno descanso (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1943:* Nueva Colección de Encíclicas, p.441).

c) Para ello son necesarios hombres con grandeza de ánimo

Porque, en realidad, ¿qué pide hoy la vida en su aspecto civil? Hombres, verdaderos hombres, no de los que piensan solamente en divertirse y juguetear como niños, sino firmemente templados y dispuestos a la acción, que sientan como un deber sagrado el no descuidar nada que pueda ayudar a su perfección. Nos mismo desearíamos ver sobre el rostro de la juventud de nuestros días un poco más de aquella alegría de antaño; pero los tiempos hay que tomarlos como son, y los nuestros son graves, amargos y duramente graves. Piden hombres que no teman caminar por los ásperos senderos de la presente y misérrima condición económica y que sean capaces de sostener aquello que la Providencia ha confiado a sus cuidados; hombres, finalmente, que en el ejercicio de la profesión huyan de la mediocridad y tiendan a aquella perfección que exige de todos la labor de reconstrucción después de tantos desastres (Pío XII, *Discurso a las Congregaciones Marianas,* 21 de enero de 1945).

d) Sobre todo, quienes ocupan puestos importantes en la sociedad

Todos necesitan fortaleza de alma, especialmente en nuestros días, para soportar animosamente el sufrimiento, para superar victoriosamente las dificultades de la vida, para cumplir constantemente el propio deber. ¿Quién no tiene algo de que dolerse? ¿Quién no tiene que luchar? Solamente el que se rinde y huye. Pero vosotros tenéis menos derecho que otros para rendiros o para huir. Hoy los sufrimientos, las dificultades y las necesidades son ordinariamente comunes a todas las clases, a todas las condiciones, a todas las familias, a todas las personas. Y si algunos están exentos, si nadan en la sobreabundancia y en las satisfacciones de la vida, esto debería estimularles a tomar sobre sí las miserias y las estrecheces de los demás. ¿Quién podrá encontrar contento y reposo, quién no sentirá más bien inquietud y vergüenza de vivir en la ociosidad y frivolidad, en el lujo y los placeres, en medio de la casi general tribulación? (Pío XII, *Discurso al patriciado y nobleza romanos en enero de 1949*).

e) Corazones dispuestos a triunfar por la cruz

Si nos es lícito penetrar en la visión de los designios de Dios, de los que el pasado es luz, las arduas y cruentas condiciones de la hora presente no son tal vez otra cosa que el preludio de una aurora de nuevos desarrollos, en los que la Iglesia, enviada para todos los tiempos y para todos los pueblos, se encontrará frente a deberes desconocidos en otras edades, que sólo podrán llevar a término ánimos resueltos a todo; corazones que no teman asistir a la repetición y a la renovación del misterio de la cruz del Re-

dentor en el camino de la Iglesia sobre la tierra, sin pensar en entegrarse con los discípulos de Emaús a la fuga de la amarga realidad; corazones conscientes de que las victorias de la Esposa de Cristo, sobre todo las definitivas, se preparan y se obtienen *in signum cui contradicetur* (Lc. 2,34), es decir, en contraste con todo aquello que la humana mediocridad y vanidad se ingenian en oponer a la penetración y al triunfo de lo espiritual y lo divino (Pío XII, *Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio en la víspera de Navidad de 1943).*

E) Cum videritis haec fieri, scitote...

a) La pérdida de los principios morales conduce a las mayores catástrofes y revoluciones sociales

Desde los primeros momentos de nuestro pontificado, se ofrece a nuestras miradas el triste espectáculo de los males que afligen por todas partes al género humano: la general subversión de las supremas verdades que son el fundamento sobre el que se apoya la sociedad humana; la audacia de los espíritus que no pueden soportar autoridad legítima alguna; la fuente constante de disensiones, de donde nacen las querellas intestinas y las guerras crueles y sangrientas; el desprecio de las leyes que regulan las costumbres y garantizan la justicia; el insaciable deseo de las cosas perecederas y el olvido de las eternas, llevados ambos hasta ese insensato furor que mueve en todas partes a tantos desgraciados a poner sobre sí mismos, sin temblar, sus manos violentas; la administración desconsiderada de la riqueza pública, la malversación e incluso la imprudencia de aquellos que, cometiendo los mayores latrocinios, se esfuerzan por aparecer como defensores de la patria, de la libertad y de todos los derechos; una especie, en fin, de peste mortal, que, insinuándose en los miembros de la sociedad humana, no la deja punto de reposo y le prepara nuevas revoluciones y funestas catástrofes (León XIII, *Inscrutabili,* 21 abril de 1878).

b) La pobreza a que están sometidos muchos trabajadores es fuente de graves daños

Porque si las familias, sobre todo numerosas, carecen de domicilio conveniente; si el varón no puede procurarse trabajos y alimentos; si los artículos de primera necesidad no pueden comprarse sino a precios exagerados; si la madre, con gran detrimento de la vida doméstica, se ve precisada a ganarse el sustento con su propio trabajo; si a éstas les faltan, en los ordinarios y aun extraordinarios trabajos de la maternidad, los alimentos y medicinas convenientes, el médico experto, etc., todos entendemos cuánto se deprimen los ánimos de los cónyuges, qué difícil se les haga la convivencia doméstica y el cumplimiento de los mandamientos de

Dios, y también a qué grave riesgo se expongan la tranquilidad pública y la salud y la vida de la misma sociedad civil si llegan estos hombres a tal grado de desesperación, que, no teniendo nada que perder, crean que podrán recobrarlo todo con una violenta perturbación social (Pío XI, *Casti Connubii*, n. 73: Nueva Colección de Encíclicas, p.911).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

En nuestro afán de enriquecer el material homilético, abarcamos en esta sección un conjunto de anécdotas, pasajes hagiográficos, páginas y frases literarias, descripciones artísticas y acontecimientos y noticias modernas, que encajan en los temas de predicación principales de cada domínica. Sin pretender, ni mucho menos, agotar la materia, incluimos tan sólo, en la medida que lo permite el espacio, un mínimo indispensable relacionado con la epístola o el evangelio, siempre indicando las fuentes que garantizan la fidelidad de la información.

I. HACIA DIOS POR LA VIA DE LA LUZ

Esa luz con cuyas armas nos invita a vestirnos el Apóstol (Rom. 13,12) constituye una vía por la que hemos de caminar hacia Dios, que es la luz misma. En agosto de 1878, en Trouville, playa francesa del Atlántico normando, Santa Teresita del Niño Jesús llegó paseando hasta Rocas Negras, por encima del muelle de los Ingleses...

«Aquella tarde, al tiempo que el sol parecía anegarse en la inmensidad de las olas, espejeando su cabellera luminosa, me senté... sobre un peñón solitario. Contemplé durante mucho tiempo aquella estela de oro... símbolo de la gracia, iluminando en la tierra la ruta de las almas buenas. Pensé entonces que mi corazón bogaba por aquella senda, como un barquito de graciosas velas blancas, e hice el propósito de no alejarme nunca de la mirada de Jesús, para navegar en paz y curso veloz hacia la ribera celeste»... (cf. *Obras completas,* trad, del P. BRUNO DE SAN JOSÉ, O. C. D., 2.ª ed. [Burgos 1947] : *Historia de un alma,* c.2,38 p.47).

II. INVISIBLE Y RIGUROSO JUICIO

«Un religioso qúe moraba en este lugar llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitaria; el cual, después de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años y alcanzado gracia de lágrimas y ayunos..., edificó una celda a la raíz del monte, donde Elías en los tiempos pasados vió aquella sagrada visión. Este padre..., deseando aún mayor rigor y trabajo de pe-

nitencia, pasóse de ahí a otro lugar llamado Sidey, que era de los monjes anacoretas que viven en soledad. Y después de haber vivido con grandísimo rigor... vínose... a morar a la primera celda de aquel sagrado monte. Tenía él allí dos discípulos muy religiosos, de la tierra de Palestina, que tenían en guarda la dicha celda. Y después de haber vivido unos pocos días en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un día, pues, antes de su muerte, súbitamente quedó atónito, y teniendo los ojos abiertos, miraba a la una parte del lecho y a la otra, y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondía él en presencia de todos los que allí estaban diciendo algunas veces: «Así es cierto; mas por eso ayuné tantos años». Otras decía: «Así es verdad; mas lloré y serví tantas veces a los prójimos por eso». Y otra vez decía: «Verdaderamente me acusáis, así es, y no tengo que decir sino que hay en Dios misericordia». Y era, por cierto, espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y riguroso juicio» (cf. FRAY LUIS DE GRANADA, *Guía de pecadores*, 1.1, p.1.ª, c.7, 9.ª, ed. Apostol. de la Prensa, Madrid 1948).

III. SENECA Y EL FIN DEL MUNDO

«Hoy, mañana y cada día es el fin del mundo. Ahora ved con la misma evidencia cuánto más para desconsolarse es este primer fin del mundo en el día de la muerte, de lo que ha de ser el último en el día del juicio. Séneca dijo (*Consolat. ad Marc.* XXVI, 6) que es un gran consuelo acabar juntamente con el mundo: *Solatium est grande cum universo una rapi.* Dijo más Séneca de lo que entendió, porque no tuvo conocimiento del día del juicio» (cf. ANTONIO VIEIRA, S. I., *Todos sus sermones y obras diferentes*, traducción cast., t.1: *Serm. del primer domingo de Adviento*, Barcelona, Impr. María Martí, 1734).

IV. «NADIE ME HA DICHO UNA PALABRA DE VERDAD»

«La primavera del año siguiente no trajo al Papa alivio alguno en sus dolores. Desde el primero de marzo se empeoró su estado de día en día... A 15 del mismo mes recibió la Extremaunción... Para prepararse bien a su fin, llamó Nicolao V a su lado a dos religiosos de la estrecha Orden de la Cartuja..., los cuales gozaban fama de gran santidad y sabiduría: Niccolo de Cortona y Lorenzo de Mantua; éstos debían asistirle en el último trance, y por esta razón habían de permanecer constantemente en su inmediata proximidad». Nicolao V no se quejó nunca de sus dolores corporales. «En vez de gemir, rezaba salmos, rogando a Dios que le concediera paciencia y perdón de sus pecados. En general, mostró una extraña paz y resignación. En lugar de dejarse consolar, consolaba, por el contrario, a sus amigos, mientras luchaba con las ansias de la muerte... Con todo, tuvo también el Papa momentos de profundo desaliento, en los cuales los terribles dolores y los cuidados por la

inquietud que se advertía en el estado de la Iglesia, asaltaban su alma con fuerza irresistible. En uno de estos instantes fué cuando Nicolao se dirigió a los dos monjes cartujos que le asistían, lamentándose de ser el hombre más desdichado del mundo. «Nunca —dijo—he visto pasar por mis umbrales a un hombre que me dijera una palabra de verdad; y me he sentido tan confuso por las mentiras de los que me rodeaban, que, si no temiera con ello faltar a mi obligación, ya hace mucho tiempo hubiera resignado la dignidad papal para volver a ser de nuevo Tomás de Sarzana. Cuando era esto, gozaba en un solo día más alegrías que ahora en todo un año». Con estas palabras, aquel Papa, cuyo gobierno había sido, según las apariencias, tan feliz y glorioso, se conmovió hasta derramar lágrimas.

Cuando Nicolao sintió que se aproximaba su última hora, todavía se volvió a levantar con enérgico espíritu, y después que los cardenales rodearon su lecho de muerte, les dirigió aquella famosa oración que él mismo llamó su testamento... «He reformado y confirmado a la Santa Romana Iglesia, que hallé destrozada con guerras y oprimida de deudas... He ejecutado todo género de magnánima liberalidad en los edificios... Y todos estos bienes han venido a mis manos por la gracia divina del Creador y la continua paz de la Iglesia durante mi pontificado...»

Después levantó sus manos plegadas hacia el cielo y dijo: «Omnipotente Dios, da a tu Iglesia un Pastor que la conserve y aumente»... Alzó con gran dignidad su diestra y dijo con voz clara y perceptible: «Bendígaos Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo». Poco después, en la noche del 24 al 25 de marzo de 1455, Nicolao V, cuyos ojos estuvieron hasta el fin clavados en un crucifijo, restituyó su noble alma a Aquel cuyo lugar había tenido en la tierra...» (cf. LUDOVICO PASTOR, *Historia de los Papas en la época del Renacimiento hasta la elección de Pío II*, vers. de la 4.ª ed. alemana por el P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. I., vol. 2 [Barcelona 1910], p. 315-319).

V. LAS TRES TIENDAS DE TAMERLAN

«Del gran Tamerlán, emperador crudelísimo de los escitas, se cuenta que, cuando cercaba alguna ciudad, el primer día ponía su tienda blanca; el segundo, bermeja, y el tercero, negra. Queriendo por esto significar que si el primer día se le rendían y entregaban la ciudad, hallarían en él toda clemencia... Si esperaban al segundo, mandaba matar las cabezas principales... y perdonaba los menores, y por eso la tienda era roja. Pero al tercero ponía el luto, que era cerrar totalmente las puertas a la misericordia, porque todos, chicos y grandes, habían de perecer y la ciudad dada a saco, a fuego, a sangre y a cuchillo, sin dejar piante ni mamante». Jesucristo, el emperador de los cielos, cuando vino a conquistar la tierra y poner cerco al corazón del hombre, el primer día, que fué el de su nacimiento, puso tienda blanca, en señal de paz y de clemencia... *Apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador* (Tit. 3,4)... *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Lc. 2,14)... Este día duró toda su vida...

El segundo día fué la Pasión. Entonces se puso la tienda bermeja, porque aunque hay indulgencia para los culpados, va tinta en sangre, muere la Cabeza, ejecútase en ella sangrienta justicia y queda el pueblo libre. Pero en el día del juicio, *nubes et caligo in circuitu eius* (Ps. 96,2), tenderáse una nube oscura como tienda negra, porque ya no hay perdón para los rebeldes, sino guerra cruel a sangre y fuego; justicia a secas, sin misericordia que libre de pena: *Iustitia et iudicium correctio sedis eius* (ibíd.), la justicia y el juicio son el fundamento de su tribunal... (cf. FRAY ALONSO DE CABRERA, *Serm. 2.º del primer domingo de Adv.*, consid, 1.ª, p. 484-485: Nueva Bibl. de Aut. Esp., *Predicadores de los siglos XVI y XVII*, t.1, ed. Bailly-Baillière, Madrid 1906).

VI. EL «JUICIO FINAL» DE MIGUEL ANGEL

El Papa Paulo III puede reclamar el mérito de haber sido la causa de que se produjera «aquella obra de no sobrepujada grandeza y fuerza dramática, que forma como la conclusión del más monumental de los conjuntos de la pintura del Renacimiento». Decora el fresco colosal de Miguel Angel Buonarrotti el testero de la Capilla Sixtina en una superficie de 60 pies de alto por 30 de ancho. Empezado en mayo de 1536, fué solemnemente descubierto el 31 de octubre de 1541.

«El centro de toda la composición lo forma Cristo, Juez del mundo, que aparece rodeado de dorados rayos de gloria... Figura juvenil de hercúlea constitución, muy poco vestido, sin barba y con los cabellos agitados por el viento, con la izquierda señala, en ademán de reproche, la llaga de su costado y alza la diestra apartando y castigando, con gesto propio de Rey de divina Majestad...

Como una descarga eléctrica, la aparición del Juez de vivos y muertos recorre los centenares de figuras representadas en el fresco, llenándolas de inmenso e inexplicable terror... Aun la misma Virgen Beatísima, María, Madre de Dios, desviando su rostro de los condenados, retrocede ante el aspecto de su divino Hijo, cuya tremenda sentencia pone en espantosa conmoción... a patriarcas, profetas, apóstoles, mártires y santos que están más próximos a El. Dos figuras gigantescas aparecen allí, como representaciones del Antiguo y Nuevo Testamento: a la izquierda del espectador, Adán, cuyos hombros cubre una piel de fiera, y a la diestra Pedro, el cual presenta al Señor, como administrador fiel, las llaves de la Iglesia... En torno a Adán se agrupan los justos de la Antigua Ley: Abel, Moisés, Juan Bautista; en derredor de Pedro, Pablo y Juan. A los pies de Cristo se ve sentado en nubes a San Lorenzo con las parrillas, trofeo de su victoria, y a San Bartolomé, el cual señala con la diestra el cuchillo, instrumento de su martirio, y con la izquierda, la piel que le arrancaron. Por la parte superior acuden por los aires desde lejos, rápidos y maravillados, otros santos, los cuales contemplan este grupo que circunda a Jesucristo como una corona. A uno y otro lado... aparecen enteras compañías de santos que se estrechan, sobrecogidos asimismo todos de profunda agitación. A la izquierda hay santas mujeres de todas

las edades, desde niñas hasta ancianas, y llama la atención el grupo delantero, compuesto de una corpulenta mujer, del todo sumida en la contemplación de Cristo, a la cual se junta una niña buscando su amparo. (Algunos autores quieren ver en ella a Santa Magdalena, como patrona de los arrepentidos.) Por semejante manera descuella a la derecha la figura robusta de un joven con una gran cruz, por ventura Dimas, el buen ladrón, como representante de los pecadores penitentes. Más allá se muestran en este lado, correspondiendo a Lorenzo y Bartolomé, los mártires que padecieron por Cristo más graves suplicios, llevando todos ellos las señales de las victorias con que merecieron el reino de los cielos. Así el apóstol Simón con la sierra, Catalina con la rueda, Blas con el rastrillo de hierro, Sebastián con las saetas...

Para suavizar la terrible impresión de este grupo de mártires, Miguel Angel puso detrás de ellos algunas pinturas consoladoras del encuentro de aquellos que estuvieron unidos en esta vida y vuelven a reconocerse después de tantos siglos; pero luego aparecen allí también otras figuras, que contemplan con temblor al Juez en la hora en que aun los justos temen. Otros, profundamente conmovidos, consideran su salvación como una merced inmerecida o dan gracias levantando los brazos, al paso que otros extienden sus manos hacia Cristo, adorándole, llenos de esperanza...

En la parte más alta, en los dos medios puntos que terminan la pared, se ciernen acercándose, como un viento tempestuoso, las turbas de ángeles, pintados como robustos jóvenes sin alas y sin vestidos; los cuales traen los instrumentos de la Pasión del Señor... A la diestra se eleva la pesada columna de piedra, a la izquierda el madero del martirio...

Para enlazar la parte superior de la pintura... con la inferior, donde aparecen la tierra y los infiernos, sirve, en primer término, un grupo de ángeles, pintados asimismo como fornidos jóvenes. Son los pregoneros que tocan las trompetas, en número de ocho, los cuales hacen resonar en todas las direcciones del cielo, con terrible expresión de rostro, el sonido llamando a los muertos...

Con los trompeteros se enlazan otras tres figuras, portadoras de los libros, según los cuales (Apoc. 20,12) han de ser juzgados los muertos por sus obras. En un lado se abre el pesado *libro de la muerte*, sostenido por dos figuras, al paso que otra sola sustenta sin esfuerzo al opuesto lado *el libro de la vida*, donde están escritas las buenas obras...

Debajo de las plantas de los bienaventurados... divisa el espectador la tierra..., adonde Miguel Angel ha trasladado el gran drama. Adhiriéndose a la visión de Ezequiel (37,1 y 11), y con reminiscencias dantescas, se cumple aquí la resurrección de la carne. En un campo lleno de osamenta comienza la agitación y el movimiento. Un hueso se junta con otro, los nervios y la carne los cubren, la piel se extiende sobre ellos y finalmente el espíritu se introduce en el gran ejército que vuelve a la vida.

El artista pintó este acontecimiento con terrible fidelidad. Los muertos despiertan al sonido de las trompetas, levantan las losas de sus sepulcros, sacuden el polvo de sus esqueletos y el sueño de sus ojos, se avivan y levantan lentamente para escuchar la irrevocable sentencia. Algunas figuras, como el esqueleto rodeado todavía de los paños mortuorios, que mira sin ojos al vacío, producen una indeleble impresión.

Pero aun es más terrible lo que pasa al otro lado. No sin razón se ha formado allí el suelo de nubes como una muralla; no sin causa los mártires muestran con gesto amenazador los instrumentos de su martirio; pues los réprobos... pretenden, como los gigantes de la antigua mitología, penetrar por la fuerza en la región de los bienaventurados. Allí se desarrolla una tremenda lucha, cuyo éxito no puede ser dudoso. La sentencia condenatoria ha salido de la boca del Juez eterno y se cumple inmediatamente; los ángeles separan a los buenos de los malos (Mt. 12,49) y el infierno hace valer sus derechos sobre los impíos. El artista ha colocado aquí una figura que es una de las más espantosas imágenes de la desesperación que se haya pintado jamás. Dos horribles demonios despedazan a un réprobo, mientras una sierpe le rodea y le muerde en el muslo; el desgraciado no se defiende. Yerto y penetrado del sentimiento de su reprobación, medio oculta su faz con una mano. Es la encarnación del *lasciate ogni speranza.*

Asimismo los demás réprobos son rechazados por los ángeles o arrastrados irremisiblemente por los demonios...

Debajo del despeñadero de los condenados, la barca de Aqueronte arriba a la sima del Orco. El vehículo está apretadamente lleno, pero los que lo ocupan, sollozando y maldiciendo, se niegan a abandonarlo, de suerte que el cruel barquero, golpeando con el remo a los perezosos e inclinando la barca, la vacía violentamente. Así no queda a los infelices otro refugio que el fuego infernal... Los moradores del infierno, que despide altas llamaradas, ávidos de botín, arrastran a los condenados a tierra con sus horcas, rechinando de satánico gozo. Allí está en un tribunal elevado, con diabólica tranquilidad, un hombre desnudo, en cuyo cuerpo se enrosca dos veces una serpiente; es el Minos del infierno del Dante, el cual asigna a cada uno de los réprobos el sitio que les corresponde...» (cf. LUDOVICO PASTOR, *Historia de los Papas,* ibid., vol. 12: *Historia del Papa Paulo III (1534-1549),* p. 496ss).

VII. UNA LLAGA QUE PARECIA UNA ESTRELLA

«Deambulaba (Juan de Dios) una noche por las calles de Granada con su esportón al hombro, donde iba colocando las dádivas de sus bienhechores, cuando un hondo gemido que surge de un rincón en sombra le hace volver el rostro.

—¿Estáis enfermo, hermano, o padecéis de cualquier mal?—le pregunta al no visto desventurado... Pero no escucha respuesta... sino otro lamento que estremece a los astros con azorados parpadeos de luz.

—¿Dónde estáis?—insiste el bendito.

... Ya ha enmudecido el mismo suspiro que antes creyó cercano. No es noche de luna, y las calles sin luces se hacen densas de tinieblas y silencio; va tanteando los quicios de las puertas, con afán de encontrar a quien acaso ya agoniza... y con recelo de no lastimar a quien supone desfallecido... Al fin su mano tropieza con un cuerpo que parece exánime...

—¡Hermano! ¡Hermano! ¿Vivís, hermano mío?

El suspiro de antes lo escucha ahora tenue cerca de su oído... Con trabajo lo acomoda en sus hombros y atraviesa una calle y luego una plaza; pero el peso que en otras ocasiones le pareció ligero lo abrumaba ahora... Sentía al tacto las vestiduras en jirones, mas la tela era de una suavidad nunca conocida, como si la hubiesen tejido con vellones de nubes. Al fin de muchos agobios llegó con su carga al hospital y acomodó en un lecho al desconocido. Era un hombre de edad mediana y barba gris, descuidada y revuelta; el cabello le caía sobre los hombros y la frente, apretado de sudores, y las mejillas hundidas y pálidas mostraban los muchos pesares que había sufrido.

Como viera Juan que intentaba removerse en el lecho... le acudió con amoroso desvelo:

—No hagáis nada, hermano..., descansad, y mañana u otro día podréis continuar el camino...

El desconocido cerró los ojos, como confiado en las palabras de Juan...

Cuando la aurora siguiente besó los muros de la santa casa, Juan ya estaba al lado del peregrino para adelantarse a sus deseos..., pero se asombró al mirar el rostro ya fresco de matiz y de purezas...

—Gracias al cielo parece que os sentís mejor—le dijo gozoso.

El desconocido no contestó sino con aquella sonrisa suave... Cuando se alzaba con propósito indudable de continuar su ruta, Juan trajo la más limpia de sus aljofainas y la más blanda de sus toallas y le pidió con humildad que le permitiera lavarle los pies...

Se arrodilló ante el viajero y le besó el vestido desgarrado; luego le tomó el pie derecho para lavárselo, y cuando intentaba ungirlo con las más finas esencias de romero y de rosa..., halló en el pie una llaga que parecía una estrella por el resplandor, y nardo por la blancura y perfume.

Entonces alzó los ojos y vió al Rey de cielo y tierra que le dijo: «Juan, a mí se me hace todo el bien que en mi nombre los pobres reciben; yo soy el que extiende la mano para tomar la limosna que se le da, yo el que me visto de sus vestidos, yo al que lavas los pies cuando los lavas a un pobre...» (cf. MARIANO TOMÁS, *Juan de Dios o la caridad heroica:* Bibl. Nueva [Madrid 1939], p. 124-127).

VIII. EL POEMA DE LA IRA DIVINA

La Iglesia incluye en la liturgia de difuntos un himno patético y funerario, que data del primer tercio del siglo XIII. Es el famoso *Dies irae,* o canto de la justicia divina. Hoy se admite comúnmente que fué compuesto por Tomás de Celano, amigo y biógrafo de San Francisco de Asís. La inspiración es diversa en sus fuentes, pero no faltan sobre todo las sálmicas y proféticas. Así, por ejemplo, el *Dies irae* de la primera estrofa es de Sofonías (1,15).

«¡Día de ira, aquel día convertirá el mundo en pavesas! Testigo es David con la Sibila.

¡Cuánto temblor surgirá cuando el Juez venga a examinarlo todo estrictamente!

Una trompeta esparcirá su maravilloso sonido por los sepulcros de las regiones de la tierra y congregará a todos ante el trono del Señor.

La muerte y la naturaleza quedarán atónitas cuando resuciten los hombres para responder ante el Juez.

Se abrirá el libro escrito, en el que todo se contiene, y por donde el mundo será juzgado.

Luego que se siente el Juez se descubrirá todo lo oculto y ningún delito permanecerá impune.

¿Qué diré yo entonces, desdichado de mí? ¿A qué abogado recurriré, cuando apenas si el justo se considerará seguro?

¡Rey de majestad tremenda, que salvas a los escogidos por obra de tu gracia, sálvame, oh fuente de piedad!

Acuérdate, piadoso Jesús, que por mí bajaste al mundo. No me pierdas en aquel día.

Fatigado de ir en mi busca te sentaste; clavado en la cruz me redimiste; no sea inútil tanto trabajo.

¡Justo Juez de la venganza! Concédeme el perdón antes del día de la cuenta.

Gimiendo estoy como reo. Mi rostro enrojece a causa de mis culpas; perdóname, ¡oh Dios!, te lo suplico.

Pues absolviste a la Magdalena, y escuchaste al ladrón, me has infundido esperanza.

No son dignas mis oraciones; pero Tú, que eres bueno y benigno, haz que no me abrase en el fuego eterno.

Ponme entre tus ovejas, apártame de los cabritos y colócame a tu diestra.»

Rechazados los réprobos y condenados a llamas terribles, llámame con los benditos de tu Padre.

Te ruego, suplicante y postrado ante ti, triturado el corazón como la ceniza, que cuides de que mi fin sea dichoso.

¡Lleno de lágrimas el día aquel, en que resucitará del polvo, para ser juzgado, el hombre culpable!

Perdóname, pues, ¡oh Dios! ¡Piadoso Jesús, Señor, dales el descanso!»

IX. LA SIBILA DEL JUICIO

En el pavimento de la catedral de Siena, originalísima obra de arte, única en el mundo, realizada en el siglo XV a base de grabar en el mármol y diseñar las figuras con grafito, se exhiben, entre otras escenas bíblicas y religiosas, las imágenes de las Sibilas. Allí aparece la Eritrea, que Miguel Angel pintó en la techumbre de la Sixtina, y que, en opinión de San Agustín (cf. *De Civit. Dei*, 1, 18, 23), es la que presagió el día de la ira, aunque los artistas no le asignaron tal augurio. Pero también aparece la Sibila llamada Frigia, de la que se afirma que vaticinó en Ancira, y a la que muchos autores atribuyen la profecía escatológica. En efecto, el artista Vito di Marco, recogiendo este sentir, la representa en el pavimento sienés, ataviada con ropaje oriental, levan-

tando con la mano izquierda un libro en el que se lee: *Solus Deus sum et non est Deus alius*, que consuena con el pasaje del Deuteronomio (32,30): *Ved, pues, que soy yo, yo solo, y que no hay Dios alguno más que yo*. Una cartela, situada a la derecha, resume en estos términos el oráculo de la Sibila Frigia que se refiere precisamente al juicio final: «Una trompeta emitirá desde el cielo su luctuoso sonido y abriéndose la tierra mostrará el caos de los infiernos. Todos los reyes comparecerán ante el tribunal de Dios y El mismo juzgará a los justos y a los impíos. Finalmente lanzará a los réprobos al fuego y a las tinieblas. Los que hayan practicado la piedad vivirán de nuevo.» (cf. *Il pavimento del Duomo di Siena;* Siena 1950).

X. CANTANDO SU PROPIO FUNERAL

4 de diciembre de 1791. Mozart, el genio de Salzburgo, minado por la tuberculosis, se consume a los treinta y cinco años, después de una triunfal carrera que ha comenzado en la niñez. Apenas si le restan catorce horas de vida. Entonces le visitan acongojados tres amigos de su intimidad, los tres cantantes, quienes tratan de animar al moribundo con palabras alentadoras...

«Mozart por toda respuesta les mostró la partitura de su *Requiem*. Dos lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿No decía yo siempre que lo escribiría para mí?...

Después, como expresara deseos de cantarlo, hizo que sus amigos se le acercasen y distribuyó los papeles, según las voces, reservándose para sí la de tenor. A poco un concertante suavísimo estremeció la pequeña estancia. Eran como sollozos de ultratumba. La partitura había sido abierta al azar y el trémolo de la emoción le prestaba un dramatismo impresionante. En torno aleteaba el silencio, un silencio único, sincopado, presentido. Al llegar a la estrofa del *Dies irae*

Lacrymosa dies illa
qua resurget ex favilla...

la voz de Mozart, ahogada por súbito llanto, se quedó en el segundo verso, a tiempo que la partitura se le desprendía de la dolorosa mano. Callaron los demás respetuosos. Y permanecieron mudos, con las frentes inclinadas. El latido de sus corazones parecía medir la intensidad de su dolor» (cf. MANUEL IRIBARNE, *Los grandes hombres ante la muerte: Mozart o la Música*, p.208-209. ed. Montaner y Simón, Barcelona 1951).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

Aunque generalmente bastará al lector el índice de las secciones anteriores, que figura al principio de la domínica, como esquema de los distintos asuntos homiléticos reseñados, insertamos aquí un grupo de guiones que, o desarrollan dichos temas a expensas de los textos escogidos, o los complementan y amplían, o sugieren nuevas ideas sobre la materia, siempre inagotable, que puede surgir de la contemplación de cada domínica. En todo caso, los guiones que se incluyen pretenden ser tan sólo meras orientaciones para la preparación de la homilía semanal. Clasificamos los guiones en cuatro series: litúrgicos, relativos a la epístola, al evangelio y de actualidad social, estos últimos a base de los textos pontificios, coordinados, a su vez, con la epístola o con el evangelio.

SERIE I: LITURGICOS

1

Al comenzar el año litúrgico: «Revestíos de Cristo»

I. *Ideal de la vida cristiana: nuestra semejanza con Cristo. La vida espiritual debe ir encaminada a realizar en nosotros la imagen de Cristo. No solamente a la adquisición y conservación de la gracia santificante, sino a pensar como Cristo, amar como Cristo, obrar como El y apropiarnos sus sentimientos y sus virtudes. "Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús"* (Phil. 2,5).

A. Nuestra asimilación a Cristo, fin de la actual economía cristiana. El fin de la actual economía es asimilarnos a Cristo, reflejar en nosotros su imagen. "Dios nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo" (Rom. 8,29).

B. La asimilación con Cristo nos une a la Trinidad. Mediante esta asimilación somos miembros de la familia de Dios, entramos en sociedad con el Padre y el Espíritu Santo: "Ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús" (Eph. 2,19-20). "Por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu" (Eph. 2,18).

II. *La liturgia, "método auténtico instituído por la Iglesia para asemejar las almas a Cristo" (Festugière).*

A. Como programa anual de renovación intelectual. El ciclo litúrgico ofrece a las almas un programa anual de renovación, no sólo moral, sino intelectual. Si consienten ellas en caminar, misterio tras misterio, con aplicación seria y dócil, sobre las huellas de Cristo, su docilidad será recompensada por un progreso cierto y por abundantes efusiones en la vida espiritual. El programa entero de la espiritualidad litúrgica se contiene en esta fórmula: "Hacer partícipe al cristiano de los sentimientos de Cristo en sus diferentes misterios y así hacer vivir al hombre de la vida de Dios".

B. Y de renovación moral.

a) *Cada fiesta propone como actuales las virtudes que debemos imitar.*

b) *Para conseguir lo cual, a cada una se vinculan gracias especiales.*

III. *Todo este programa se consigue a través de las distintas fiestas, cuyo centro vital está constituído por el santo sacrificio de la misa y la práctica adecuada de los sacramentos.*

2

El cristiano en el Adviento

I. *Preparación para la Navidad. Cristo nació temporalmente de Santa María Virgen en Belén, y el pueblo fiel del Antiguo Testamento, dirigido por sus profetas, se preparó para recibirle. El día de Navidad, la Iglesia conmemora el hecho histórico de este nacimiento. Mas la Navidad, como las restantes fiestas del año litúrgico,*

no es solamente un recuerdo, sino que entraña una realidad para el cristiano. Cristo nacerá de una manera mística, pero real. Las gracias de aquel primer nacimiento se comunicarán a cada uno de los fieles. No todos, sin embargo, recibirán estas gracias, sino solamente aquellos que se hayan preparado, como no todos recibieron a Cristo cuando nació en Belén, aunque Cristo naciera para todos. Debes prepararte como los buenos del Antiguo Testamento, con los mismos sentimientos y la misma vida, reflejadas en las Sagradas Escrituras, que la liturgia presenta estos días.

II. *Tres figuras: Isaías, el Bautista, María. En tres figuras podríamos encarnar la preparación ideal del Adviento. Tres figuras que creyeron en el Mesías Redentor, supieron esperarle dignamente y aparecen repetidas veces en la liturgia de este tiempo.*

A. Isaías: la oración. Isaías es el profeta que tuvo visión más clara del Redentor. Le han llamado el evangelista del Antiguo Testamento. Vió que vendría el Libertador prometido, y en nombre de todo Israel y de la humanidad entera suspiró por el Mesías: "Destilad, cielos, arriba el rocío; lloved, nubes, la justicia. Abrase la tierra y produzca el fruto de la salvación" (Is. 45,8). La Iglesia suspira también por Jesucristo con la misma ansia y se apropia de las plegarias del profeta para elevarlas al cielo. Es la primera disposición que debes procurar: orar sin intermisión para que Dios envíe sobre tu alma al Esperado, al Cristo. Orar con las fórmulas que la liturgia pone en tus labios, tomadas de Isaías: "Ven, Señor, y no tardes... Ven... para salvarnos... Rorate caeli..."

B. El Bautista: la austeridad. La misión del Bautista fué preparar los caminos del Señor (Lc. 1,76). Los prepara predicando un bautismo de penitencia porque "el reino de los cielos está cerca" (Mt. 3,2). La propia figura y vida del Precursor, viviendo en el desierto, vestido con piel de camello, alimentado con langostas y miel silvestre, es invitación elocuente a la penitencia. La Iglesia, como el Bautista, te predica que se acerca el Señor..., que está cerca tu salvación. Y, como él, se viste de penitencia (supresión del "Gloria", silencio del órgano, ausencia de flores, color morado) y te predica austeridad de vida. El lujo, la vanidad, la comodidad, las fiestas y diversiones no son compatibles con el espíritu del Adviento. Antiguamente era riguroso el ayuno du-

4

Abiiciamus opera tenebrarum

I. *Las obras de las tinieblas* (cf. *Apuntes exeg. mor.*, p. 20,2) *en la Sagrada Escritura.*

A. El castigo del pecado (cf. San Juan Crisóstomo, p. 32-33,b,1):

a) *Ya temporal:* «*Esperamos luz, y no vemos más que tinieblas; resplandor, y no hay más que obscuridad... Porque son ante ti muy numerosos nuestros pecados y nuestros crímenes dan testimonio contra nosotros*» (Is. 59,9-12).

b) *Ya eterno:* «*tinieblas exteriores*» (Mt. 8,12; 22,13; 25,30, etc.).

B. El error y el pecado. "Del Señor vienen la sabiduría, la ciencia y el conocimiento de la ley... El error y las tinieblas son obras de los pecadores..." (Eccli. 11,15-16).

II. *Las obras de las tinieblas* (cf. San Juan Crisóstomo, p. 22,c) *se sintetizan en no querer seguir a Cristo:* "*En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron*" (Io. 1,4-5).

III. *El que no ama a sus hermanos anda en tinieblas y no sigue a Cristo:* "*Las tinieblas pasan y aparece ya la luz verdadera. El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, ése está aún en las tinieblas. El que ama a su hermano está en la luz y en él no hay escándalo. El que aborrece a su hermano está en tinieblas y en tinieblas anda sin saber adónde va, porque las tinieblas ciegan sus ojos*" (1 Io. 2,8-11).

5

Induamur arma lucis

I. *Armas de la luz, obras de la luz, vida de la luz* (cf. *Apuntes exeg. mor.*, p. 21,3). *Tales son las obras y vida en Dios. En este sentido, es perfectamente aplicable el texto agustiniano según el cual, al crear Dios la luz, creó las inteligencias angélicas, pero hubo án-*

geles que se apartaron de Dios y crearon las tinieblas (cf. *De civit. Dei*, l. 11,33: PL 41,346-347). *La luz es obra de Dios. Las tinieblas, obra de los ángeles rebeldes.*

II. *Luz y Verdad. Luz y Verdad son términos convertibles* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 32,b,1). *El demonio, según dijo Jesucristo, es el ser "que no se mantuvo en la verdad". Es también "el padre de la mentira"* (Io. 8,44), *como es el padre de las tinieblas.*

III. *Caminemos revestidos de luz. Caminemos, pues, revestidos de luz y practicando la verdad por la senda de la luz.*

A. Hay una senda común trazada por Dios a la humanidad entera: los mandamientos divinos. El que cumple los mandamientos camina por la vía de la luz al reino de la luz, a la luz misma, a Dios, que "es luz y en quien no hay tiniebla alguna" (1 Io. 1,5).

B. Los extraviados. La humanidad apartada de Dios camina en tinieblas (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, páginas 32-33,b,1). Se extravía. Tropieza. Cae y muere individualmente el hombre. Se hieren y despedazan las naciones apartadas de Dios.

C. La franja luminosa (cf. sec. VII, I).

IV. *Vengamos a la luz* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 22,c).

A. San Juan escribe: "Todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, por que sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad viene a la luz para que sus obras sean manifiestas, pues están hechas en Dios" (Io. 3,20-21).

B. Condúcenos a la luz. ¡Señor!, nosotros no somos capaces de entrar en tu vía luminosa. Oye nuestra oración. Clamamos con el salmista (Ps. 85,11): "Deduc me, Domine, in via tua et ingrediar in veritate tua": "Enséñame, Señor, tus caminos para que ande yo en tu verdad".

C. Exhortación. Revestidos, pues, de luz, caminemos por la senda de la luz, a buscar "la luz de los hombres" (Io. 1,4), llena de "gracia" y "de verdad" (Io. 1,14), hecha carne (Io. 1,14) en medio de las tinieblas. No seamos, por nuestra desventura y por nuestras malas obras, de las tinieblas que no supieron recibir la luz. No merezcamos vivir eternamente en la región de las sombras.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

6

El valor del tiempo

I. *Al comenzar el año litúrgico y ante la presencia del juicio, en el que se han de escudriñar todos los momentos de nuestra vida, hemos de inculcar en los fieles el sentido del aprovechamiento espiritual del tiempo. Por eso la Iglesia:*

A. Nos lee en la epístola este trozo de San Pablo: "Ya conocéis el tiempo y que es hora de levantaros... La noche va muy avanzada"... (Rom. 13,11-12).

B. En el evangelio nos presenta el juicio final, que vendrá por sorpresa.

C. De ambos pasajes debemos sacar una lección: el valor del tiempo y la rapidez con que se nos va de las manos.

II. *¿Conocen los hombres el valor del tiempo?*

A. No nos referimos ahora al pecador habitual. Para ése escribió San Pablo su página más tremenda: "Vas atesorando ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios"... (Rom. 2,5).

B. Nos referimos al que, viviendo sin pecar gravemente, por lo menos con frecuencia, deja pasar los días con rutina estéril, sin pensar en más.

a) *A la mayoría de los hombres, la vida se les escapa de las manos sin darse cuenta. Dijérase que no nos preocupa el día que transcurre, porque detrás de él ha de venir otro de la misma manera. Lo triste es que perderemos ambos.*

b) *No se debe esto a la monotonía de nuestros quehaceres. Una vida siempre igual puede estar llena de sentido y de provecho. El sabio en sus investigaciones, el profesor en su paciente tarea, son hombres fecundos. El asceta en su vida de soledad y oración lo es también, después de sesenta años en los que un día no se diferenció del otro.*

c) *La inutilidad y rutina de la vida consiste en no conocer el fin y valor del tiempo y de sus obras. Nacer, vivir, alimentarse, reproducirse y morir. Esa es la síntesis de la vida instintiva. La vida racional se*

específica porque el entendimiento juzga las cosas con relación a un fin. Según ello, el hombre debe valorar el tiempo.

III. *El juicio de Dios nos da la noción del valor del tiempo.*

A. El tiempo es una cosa que fluye y se acaba.

a) *Si hay algo firme y permanente, son los cielos y la tierra. En el evangelio de hoy vemos su fin. ¿Cómo no pasará mi vida, tan ligera como es?*

b) *Por todas partes me rodean señales de mi fin. ¿Dónde está la niñez? ¿Dónde está la juventud? El fin vendrá por sorpresa, pues los hombres verán las señales de la «parusía», pero no las entenderán* (cf. «Apuntes exeg. mor.», p.27,2). *Del mismo modo observo en los demás las señales de que la vida va pasando, pero no las conozco en mí* (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p.63, d).

B. El tiempo vale lo que valga la eternidad. Con él se adquiere. Cuando el supremo Juez nos pida nuestra cuenta, lo único que habremos de presentarle es el tiempo que hemos vivido. ¿Tiempo lleno? ¿Tiempo vacío? ¿Tiempo pernicioso? El tiempo es oro. No; el tiempo es cielo. Si queremos.

IV. *Conociendo, pues, el valor y la caducidad del tiempo.*

A. No lo perdamos, en un sueño vano, sin advertir que la desventura irreparable puede esperarnos al despertar violentamente de nuestro letargo (cf. SAN AGUSTÍN, p. 42-43,d).

B. Construyamos algo cada día en el edificio de nuestra vida espiritual, en el trabajo de nuestra perfección.

C. Puesto que al cribar el tiempo en el día del juicio sólo han de permanecer nuestras buenas obras, llenémonos de ellas.

7

Optimismo cristiano

I. *Todo pasa. Las ilusiones no se logran. La realidad es triste* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 29-30,c). *Todos, en uno u otro momento de la vida, tenemos que decir: "Vanidad de vanidades..."* (Eccl. 1,2). *O con Segismundo, al ver convertidas las delicias de la corte en las antiguas rejas:*

> ... en el mundo en conclusión
> todos sueñan lo que son,
> aunque ninguno lo entiende.

II. *¿Qué solución dar a este problema agobiante? Solución pesimista de gran parte de los filósofos: el hombre es un ser desgraciado que tiende a la nada, en cuyo caso muchos piensan que el pistoletazo de Werter es el remedio más rápido.*

III. *Pero Dios no ha querido un mundo triste y malo. El vió que sus obras eran buenas* (Gen. 1,4.7.10.12.18.21. 25.31). *El mismo Calderón recuerda cuál es la verdadera solución cristiana: "Acudamos a lo eterno".*

IV. *En el juicio aparece lo que hay de bueno, de eterno, en el mundo: Cristo. Todo lo que es sueño... hasta los mismos cielos y tierra desaparecen... Sólo El queda* (cf. SAN GREGORIO, p. 48-49,A,B,C).

V. *La solución cristiana y optimista es revestirse de Cristo.*

A. Vivir las obras de Cristo, las obras reales, las obras de la luz.

B. Revestidos de Cristo en vida, nuestras obras tienen la misma realidad divina de la gracia (cf. MARMION, p. 85,B,b).

C. Cuando todo lo terreno pase, los que se revistieron de Cristo vivirán eternamente con Cristo (cf. *Apuntes exeg. mor.*, p. 21,3).

8

El juicio de los buenos, motivo de aliento

I. *Nuestra conciencia pecadora suele presentarnos el día del juicio como día de espanto. Ello es ciertamente saludable. Sin embargo, la Iglesia se propone animarnos presentándonos el premio de los buenos según la frase del Señor: "Levate capita vestra!"* (cf. *Situación liturg.*, p. 17,B).

II. *Premio del alma.*

A. Incomparable en intensidad con el trabajo que lo mereció.

a) *Pocas personas han sufrido tanto en su vida como San Pablo, a quien llegó a serle tediosa. «Peligros del mar, de los caminos, de los falsos hermanos...»* (2 Cor. 11,26).

b) *Pero San Pablo vió también la gloria que Dios nos tiene preparada* (ibíd. 12,2).

c) *Y de la comparación de estos trabajos y aquella gloria surgió la sentencia paulina: «Los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación de la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8,18).

B. Incomparable en duración.

III. *Premio del cuerpo* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 46-47,C,a,b). *El cuerpo ha sido para el alma una carga onerosa* (ibíd.). *Pero no cabe duda* (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, páginas 62-63,C) *de que:*

A. El alma le ama como a compañero de su existencia.
B. Le ha sujetado, si obró justamente, a una recia disciplina (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 31,2).
C. De donde el alma ve acrecentado su gozo al unirse nuevamente con su hermano el cuerpo; y el cuerpo recibe el galardón de verse inmortal y libre de flaquezas (cf. SAN AGUSTÍN, 43-45,B). Habiendo servido al alma y mediante el alma a Cristo, el cuerpo se ve ahora espiritualizado (1 Cor. 15, 43-45) y asimilado a la claridad del de Cristo (Phil. 3,21).

IV. *Discernido públicamente* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 66,B).

A. La presencia de los réprobos:

a) *Nos permite ver el terrible mal de que nos libramos.*
b) *Nos hace parecer sabios ante los que nos juzgaron necios.*
c) *Nos presenta como vencedores del mundo y del demonio.*

B. La presencia de los santos nos inunda de gozo (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 35,5).

a) *Al vernos unidos en María Santísima,* etc.
b) *Al aumentarse nuestra alegría con la de todos* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 35,5).

V. *Compartido con el de Cristo.*

A. En el día del triunfo personal del Señor y de su cuerpo místico (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 33-34,2; SAN AGUSTÍN, p. 43,b, y SANTO TOMÁS, p. 59,c).
B. En una ceremonia de apoteosis final preparada por el Padre Eterno, en la que

a) *Cristo vence a la muerte* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 32,b,1) *y, resucitados los muertos, dice:* «*¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu victoria?*» (Os. 13,14; Hebr. 2,14, y 1 Cor. 15,55).
b) *Se corona como centro de la creación, colocando a sus enemigos a sus pies y a los elegidos en su torno, recapitulándolo todo en El* (Eph. 1,10).
c) *Se presenta con los justos al Padre para ofrendarle su obra cumplida y reinar con nosotros eternamente* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 34-35, 4 y 5).

VI. *Exhortación. Cuando la madre de los Macabeos quiso alentar al martirio al último y más joven de sus hijos, exclamó: "Ruégote que mires al cielo y a la tie-*

rra..." (2 Mac. 7,28). *Cuando las luchas de la tierra te agobien y temas desfallecer, mira tú también al cielo.* "*Levate, capita vestra!*" (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 36-37,C).

9

El juicio del pecador

I. *Señales terribles de la proximidad del juicio. Catástrofe cósmica, espanto de las gentes. Clamor de las trompetas. Terror ante la llegada de Cristo* (cf. *Apuntes exeg. mor.*, p. 24,1 y 27,3).

II. *El juicio:*

A. El juez. Cristo Dios (cf. ibíd., p. 24,2; SANTO TOMÁS, p. 55-57,A, y SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 67,C).

a) *Infinitamente sabio y justo* (cf. SANTO TOMÁS, p. 56,b).
b) *Dispuesto a hablar después de su silencio de siglos* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 37,a y 40,4).
c) *Irritado por el desprecio de su amor, de sus leyes y de su soberanía* (cf. BOSSUET, p. 72,77). *Sin misericordia ya, decidido a no admitir penitencia. El mismo que habló del «llanto y crujir de dientes»* (Mt. 8,12).

B. Los acusadores.

a) *Dios, escrutador de corazones, que leerá hasta nuestros pensamientos y lo irá cotejando con sus bondades y beneficios* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, página 67,b).
b) *El demonio, nuestro enemigo* (cf. BOSSUET, p. 76, 3.º).
c) *Nuestra propia conciencia y nuestra fe* (cf. BOURDALOUE, p. 82,B y 83,C).

C. El juicio (cf. *Apuntes exeg. mor.*, p. 26,3, y SANTO TOMÁS, p. 58,B).

a) *El procedimiento. Publicidad. Solemnidad* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 66,B). *Los condenados, abrumados por la vergüenza, pedirán a los montes y los mares que los cubran* (Lc. 23,30).
b) *Materia del juicio.*

1. Acciones y omisiones (cf. *Miscelánea*, II). Tus pensamientos, tus avaricias, tus placeres disfrazados, tus robos encubiertos con mil nombres. Pecados de omisión. Pasaste de largo junto al pobre (parábola del samaritano), no hiciste obras de misericordia... (cf. SAN AGUSTÍN, p. 40-42,c).
2. Respecto de Dios, del prójimo, de ti mismo.

c) *La sentencia.*

1. Sus características. Inapelable, definitiva. Por buscar un momentáneo placer, por evitar un pequeño esfuerzo, condenados eternamente al dolor (cf. BOURDALOUE, p. 83,D).
2. Sus efectos. Desesperación de los condenados de ver cómo se han salvado otros tan fácilmente, con un vaso de agua (cf. SAN AGUSTÍN, ibíd.). La inscripción de Dante en la puerta del infierno: «Por mí se va a la ciudad doliente.—por mí se va al eterno dolor,—por mí se va tras la perdida gente.—Dejad toda esperanza los que entréis.» La figura del juicio final, de Miguel Angel: el condenado sedente en una piedra sobre el infierno, con el rostro entre las manos... (cf. sec. VII, VI).

d) *Hora del juicio. Cuando menos lo pienses. El tuyo puede ser en cualquier momento* (cf. «Apuntes exeg. mor.», p. 23,c); SAN AGUSTÍN, p. 42,d; y BOSSUET, p. 80, 1 y 2).

III. *Conclusión. Es hora de que despertemos* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 68,c) *antes de que la trompeta del día de la ira nos traiga a la tremenda realidad. Vigilad* (cf. "Apuntes exeg. mor.", p. 27,2, y SAN AGUSTÍN, p. 42,d) *por que aquel día no os sorprenda como un lazo. El rico epulón pidió permiso para ir a predicar a sus amigos la existencia del infierno, y Abraham se lo negó diciendo que ya tenían a los profetas que se lo anunciaban. Hoy la Iglesia nos lo anuncia a todos y yo os lo anuncio a vosotros.*

10

Los tres motivos de la justicia divina

I. *Dentro de unos días veremos el portal de Belén. Para que no nos engañemos ante la humildad de aquel Niño y podamos adorarle convenientemente, considerémosle en su día tremendo, al condenar a los réprobos.*

II. *Cristo los condena.*

A. Porque han despreciado su poder, desobedeciendo sus mandamientos (cf. BOSSUET, p. 73,b,1).

B. Porque han rehusado su amor, que le hizo entregarse por nosotros y que ahora se convierte en justicia e ira (cf. BOSSUET, p. 74-76,2).

C. Porque se han rebelado contra su soberanía, trocando su imperio dulce y legítimo por el de Satanás (cf. BOSSUET, p. 76-77,3).

III. *Porque nosotros iremos en Navidad a Belén y durante toda la vida al Cristo oculto en la Eucaristía y*

A. Reconoceremos su poder practicando por completo su ley, que comprende los mandamientos para con Dios y los mandamientos para con el prójimo. En el Dios escondido de hoy reconoceremos al Legislador del Sinaí y al Juez en el día último.

B. Reconoceremos y agradeceremos su amor. No tendremos que obedecer la dureza de la ley, sino los suaves deseos del amado. El amor irá más allá del precepto, y, buscando lo que quiere Jesús, hallaremos los consejos del Evangelio. Nos encontraremos con su última voluntad: "Amaos los unos a los otros" (Io. 13,34).

C. Reconoceremos su soberanía. Será el Rey de paz, de justicia y de amor, al que consagraremos no la habitación principal de nuestras casas, sino todo nuestro ser y toda nuestra vida.

IV. *Y lo mismo mañana ante su cuna que hoy ante el sagrario, que después en el día del juicio, repetiremos siempre: "Regem cui omnia vivunt..."*

11

El día del juicio, día de gloria

I. *Gloria de Dios.*

A. Todo cuanto acaece en este mundo está ordenado por Dios para su gloria. Actualmente esta ordenación permanece envuelta entre sombras, sin que alcancemos a comprenderla.

B. Pero en el día del juicio el orden perfecto brillará, porque:

a) *Serán conocidos los ocultos designios divinos:*

1. El porqué permitió unas cosas y otras no.
2. El porqué triunfaron en el mundo los malos.
3. Quiénes aceptaron el plan de la Providencia y quiénes no (cf. SANTO TOMÁS, p. 58-59,B).

b) *Será establecido el orden universal de la justicia:*

1. Los malos, castigados eternamente.
2. Los buenos, premiados, rodearán a Cristo.

c) *Cristo se presentará al Padre para reverenciar a Dios, principio y fin del orden universal, después de haber colocado a los impíos como estribo de sus pies y haber*

completado glorioso su Cuerpo místico (cf. MARMION, p. 87,D).

II. *Gloria de Jesucristo* (cf. SANTO TOMÁS, p. 55-57,A).

A. En su vida, desconocido, calumniado, ajusticiado.
B. A lo largo de los siglos, negado y perseguido en su Iglesia.
C. En el juicio, recapitulándolo todo y juzgando a todos (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 34-35,4).

III. *Gloria de los justos.*

A. En su vida, incomprendidos o perseguidos como su Maestro.
B. En el juicio, triunfantes con El.

12

El silencio de Cristo

I. *Cristo hoy calla ante nuestros pecados* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 38-40,2 y 3).

A. El pecado no recibe su castigo inmediato. Muchos malos viven felices (cf. ibíd.).
B. Al no ver inmediato el castigo, los hombres comienzan a pecar. Después, el pecado se convierte en costumbre y la costumbre los encallece (cf. SAN AGUSTÍN, ibíd., y BOSSUET, p. 79-80,3, y 80,d,3).
C. Otros aplican a Dios sus mismos criterios y creen que no se preocupa de los pecados de los hombres (cf. BOSSUET, p. 79,3,1.°).
D. Aunque ve y odia todos esos pecados, Cristo por ahora calla, porque no le gusta condenar, sino salvar (cf. SAN AGUSTÍN, ibíd.).

II. *Pero hablará en el día del juicio. "Deus manifeste veniet: Deus noster et non silebit"* (Ps. 49,3).

A. ¿Sospechabas que amaba el mal como tú? Aquí tienes escritas todas tus maldades (cf. SAN AGUSTÍN, p. 40,4). No dejó de verte ni un momento (cf. BOSSUET, p. 79,3,2.°, y 81,5).
B. ¿Hasta ahora no has querido mostrar tu conciencia? Te voy a poner delante de ti mismo (cf. SAN AGUSTÍN, ibíd., y BOURDALOUE, p. 82,B).

III. *Conclusión. ¿Desconoces "que la bondad de Dios te atrae a penitencia?"* (Rom. 2,4). *Arrepiéntete ahora, que después será inútil* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 42-43,d).

13

La limosna y el juicio

I. *Los bienes de la tierra, ¿son buenos o malos? La fórmula del juicio solventa esta cuestión en el sentido de que son útiles.*

A. Porque nos sirven para conquistar el cielo.

a) *Si somos pecadores, pidiendo sinceramente la gracia y acompañando nuestra petición con la limosna.*
b) *Si estamos en gracia de Dios, granjeándonos con las limosnas nuestra perseverancia final.*

B. Porque Cristo se ha substituído en la persona de los pobres y lo que damos a éstos se lo damos a El. (cf. *Miscelánea,* VII). Si tú das a los pobres lo que más te cuesta, tu dinero, El te dará lo que más estima y más le costó adquirir: la gracia (cf. BEATO AVILA, p. 68-69,A).

II. *Después de tanto afán, ¿tendremos que abandonar totalmente nuestros bienes terrenos? También el juicio resuelve esta pregunta.*

A. Si mediante nuestras limosnas colocamos en vida nuestros bienes en el banco celestial, a la hora del juicio nos los encontraremos allí (cf. SAN AGUSTÍN, p. 40-41,1 y 2).

B. Al igual que San Pedro, cuando fué recibido por los pobres que le mostraban las prendas de la caridad de la difunta Thabita (Act. 36-41), la resucitó y tomándola de la mano se la presentó a los fieles, Cristo, en el día del juicio, al ver cómo los pobres socorridos por nosotros le muestran nuestras limosnas, nos cogerá de la mano y nos llevará a la presencia del Padre.

14

La sentencia del juicio

I. *El Señor la formula con estas palabras* (Mt. 25,41ss): *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno,*

A. porque tuve hambre, y no me disteis de comer;
B. porque tuve sed, y no me disteis de beber;
C. fuí peregrino, y no me alojasteis;
D. estuve desnudo, y no me vestisteis;
E. enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.

II. *Los cinco puntos de la sentencia se refieren a pecados de omisión. Son muchos los cristianos que se sorprenderán el día del juicio:*

A. De no haberse dado cuenta de que Cristo está representado en los pobres, en los enfermos, en los encarcelados, en los peregrinos (cf. SAN AGUSTÍN, p. 41-42,2, y BEATO AVILA, p. 70,C).

B. De no haber advertido el alcance del primer mandamiento de la ley de Dios y haber pecado contra él con frecuencia, no por comisión, sino por omisión.

C. De que su ignorancia fué inexplicable, vencible y por consiguiente culpable. Innumerables veces, bajo todas las formas, en preceptos severos y categóricos, en parábolas, con el ejemplo, Jesucristo repite que toda la ley se encierra en ese primer mandamiento.

a) *Parábola del buen samaritano* (Lc. 10,30-37). *De ella salen condenados el sacerdote y el levita, que son representación de los hombres piadosos, de los hombres de templo, faltos de misericordia. Es decir, externamente piadosos y corporalmente de templo, no profunda y verdaderamente piadosos.*

b) *Parábola de los talentos* (Mt. 25,14-30), *en la que Jesucristo:*

1. Se alegra de ver que se ha negociado con los talentos; que se ha trabajado y se ha hecho el bien; que se ha pasado por este mundo como pasó El, «benefaciendo» (Act. 10,38). «Euge serve bone et fidelis» (Mt. 25,23): «Muy bien, siervo bueno y fiel...; entra en el gozo de tu señor».
2. Condena con palabras enérgicas al que no emplea su talento en beneficio de los demás, le quita el talento y le increpa: «Serve male et piger» (Mt. 25,26): «Siervo malo y haragán». Ante otros pecados, Jesucristo muestra su misericordia y mansedumbre. Ante éste nos ofrece su

ira: «Quitadle el talento... y a ese siervo inútil echadle a las tinieblas exteriores» (Mt. 25, 28-30).

c) *Parábola del rey que ajustó cuentas* (Mt. 18, 23-35). *Terribles palabras de Dios nuestro Señor contra el siervo que no fué misericordioso con el compañero: «Mal siervo, te condoné yo toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, de ley que tuvieses tú piedad de tu compañero, como la tuve yo de ti?»* (Mt. 18,32-33). *Pecado contra la misericordia.*

III. *La misericordia es el alma del Evangelio. Dios mismo se llama Padre de la misericordia y Dios de toda consolación. Los cristianos que no sienten y practican la misericordia no son cristianos. Una religión de piedad externa, a veces ostentosa, no sólo es falsa, sino muy odiosa al corazón de Jesús. Practiquemos la misericordia, si no queremos oír el "Apartaos de mí, malditos..."*

15

Las dos venidas y la vida santa

I. *La primera venida tuvo por fin, además de redimirnos, enseñarnos teórica y prácticamente a vivir en justicia y santidad, separándonos de lo terreno y malo.*

II. *Para sostenernos en este camino nos sirve de aliento y sostén la esperanza de la venida final gloriosa y remuneradora* (cf. SAN BERNARDO, p. 53-54,D).

III. *Nuestra vida cristiana se apoya así:*

A. En las enseñanzas de Cristo.
B. En la esperanza del premio.

IV. *San Pablo lo sintetiza diciendo* (Tit. 2,11-13): *"Apparuit enim gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem et saecularia desideria: sobrie et iuste, et pie vivamus in hoc saeculo, exspectantes... adventum gloriae magni Dei..."*

16

Las tres venidas

I. *La primera venida* (cf. SAN BERNARDO, p. 51-52,B).
   A. Nos redime y abre el camino de salvación.
   B. Nos impulsa con motivos:
      a) *De amor.*
      b) *De agradecimiento.*
      c) *De imitación.*

II. *La tercera venida* (cf. ibíd., p. 53-54,D). *Nos alienta con motivos:*
   A. De temor saludable del castigo.
   B. De esperanza y deseo del premio.

III. *La segunda venida* (cf. ibíd., p. 52-53,C).
   A. Es un anticipo de la tercera y nos convierte en templos de la Santísima Trinidad.
   B. Por ello debemos:
      a) *Eliminar cuanto impide la presencia de Dios: «las obras de las tinieblas».*
      b) *«Revestirnos de Cristo», para unirnos más a El.*

17

Jesucristo, ayer, hoy y siempre

I. *Jesucristo es la única luz.*
   A. Fuera de Cristo todo son tinieblas.
   B. Se apaga el sol, muere la luz, caen las estrellas.
   C. Toda la luz del cuadro se concentra en Jesucristo. Jesucristo es el único iluminado. Jesucristo es la única luz.

II. *Jesucristo es la única vida.*
   A. Fuera de Cristo, la muerte.
      a) *Muere todo el universo físico* (cf. «Apuntes exeg. mor.», p. 24,1).
      b) *Muere todo el universo moral o espiritual.*
      c) *Imperios, dinastías, Estados, civilizaciones... Toda la historia ha pasado.*

d) *Todo pasa a nuestra vista. Todo pasará definitivamente el día de Cristo. Las mismas virtudes del cielo se tambalean y caen* (cf. ibíd.).

B. Cristo aparece en todos en la plenitud del vigor de su poder y de su majestad (cf. *Apuntes exeg. mor.*, p. 24,2). "Cum virtute multa et maiestate" (Mt. 24,30).

III. *Jesucristo es la única verdad, es decir, el sol del mundo intelectual.*

A. Cesará la confusión física de las aguas revueltas, arremolinadas, encrespadas.
B. Cesará el ruido y la confusión de tantas teorías, tantas escuelas, tantos sistemas.
C. Cesará el ruido y la confusión de pasiones, y ruinas, y revoluciones, y guerras.
D. Pasarán la vanidad y la mentira, fruto de la necedad y de la soberbia (cf. *Miscelánea*, IV).
E. Todo lo que hay en la vida de verdadero, de eterno, de divino, estará concentrado en Cristo. Cristo será la única verdad y toda la verdad.

IV. *Tal realidad divina no sólo será, sino que fué y es hoy día.*

A. Hoy no hay más realidad que Jesucristo para quien con ojos de evangelio contempla la vida.
B. Fuera de la vida iluminada por Cristo, por sus preceptos y por su amor se encuentra la vanidad y la mentira de la vida del mundo.
C. Jesucristo ayer, hoy y siempre.

V. *Sea, pues, Cristo nuestra vida.*

A. En efecto y en verdad. Sigamos el precepto del Apóstol: "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3,4).
B. ¿Qué es esconder nuestra vida en Cristo? El propio Pablo nos lo explica. Esconder la vida en Cristo consiste en:

a) *Buscar las cosas de arriba, donde está sentado Cristo a la diestra de Dios.*
b) *Pensar en las cosas de arriba, no en las de la tierra* (Col. 3,1-2).
c) *Revestirse de las virtudes de Jesucristo* (Col. 3,12).

VI. *Nuestro triunfo definitivo en Jesucristo.*

A. "Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con El" (Col. 3,4).
B. "Ya es hora de levantaros del sueño de las vanidades humanas" (Rom. 13,11).

C. "Despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo" (Eph. 5,14).

VII. *Exhortación.*

A. Seamos Cristo desde hoy para serlo el último día. Que nos ilumine Cristo hoy para sentirnos envueltos en el último día en el resplandor de su Majestad terrible. Seamos hoy luz de gracia para ser entonces luz de gloria. "Despojémonos de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz" (Rom. 13,12).

B. Oigamos anticipadamente los villancicos de la Navidad como una alegre diana que, recordándonos nuestra condición de cristianos, nos invite a despertar del sueño de nuestra vida mentirosa.

C. Bautizados en Cristo, muertos y sepultados con Cristo, conresucitados con Cristo.

D. Pongamos ya desde ahora todo nuestro pensamiento y toda nuestra esperanza en Cristo y en el cielo, donde Cristo reina, para que en el día tremendo y amargo, cuando tantos infelices queden aplastados bajo el peso terrible de sus culpas y sientan sobre sí el peso enorme de la justicia divina, nosotros, hechos luz de Cristo—incluso en nuestro propio cuerpo, que se habrá configurado según su claridad gloriosa—, gocemos plenamente de la verdad de Cristo.

E. Participemos perfectamente de la vida de Cristo y alegrémonos con alegría inefable, porque nos resta por toda una eternidad el ser coherederos de la propia felicidad de Cristo.

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

18

También socialmente hay que despertar del sueño

I. *El terror general ante la situación del mundo.*

A. En medio del terror general resuena una voz de aliento: "Levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra salvación". El fenómeno se ha repetido:

a) *Entre los fieles de Tesalónica, que temían la proximidad del fin del mundo* (2 Thes. 2,1-2).
b) *Al finalizar el primer milenio de la era cristiana.*
c) *En general, en épocas de gran inestabilidad social.*

B. El temor, contagioso, se hace pronto colectivo y provoca ciegas subversiones, terribles alarmas, numerosas enfermedades...

C. Actualmente se da también. Tiene un origen concreto: el pavoroso problema social. Su gravedad preocupa a todos (cf. p. 90,a y 97,a). Y hace temblar a las personas conscientes (cf. p. 89,c y 98,d).

II. *Sus motivos. ¿Las guerras? Verdadero castigo de Dios ante tantos desórdenes* (cf. p. 101,f). *Pero hay algo más. Terminan las guerras y el peligro subsiste. El mal es más hondo.*

A. Los Papas lo vieron y lo advirtieron con tono profético. León XIII desde el comienzo de su pontificado. Y al declinar su vida (cf. p. 90,c). La raíz de todo: el apartamiento de Dios, base de la sociedad. En los siguientes pontificados estalla el conflicto: primero la guerra armada, luego la revolución social. Pío X, Benedicto XV y, sobre todo, Pío XI advierten y conminan sobre su gravedad.

B. Nuestro tiempo. Segunda guerra mundial. Se afirma que se lucha por el bien de la sociedad... Pero el problema sigue sin resolver. Se ha hecho desaparecer a Dios de la vida privada, familiar y social (cf. p. 98,B,a). Se ha arrancado de la vida social la ley de Cristo, fuente de dignificación y de unidad. El problema social está ahí, latente, amenazador. La actual constitución de la sociedad está llamada a desaparecer.

C. Pío XII ha dicho a los españoles: "La Iglesia denuncia, como contraria a la naturaleza, una situación social donde, frente a un grupo de privilegiados y riquísimos, hay una enorme masa popular empobrecida" (Discurso radiado a los empresarios, técnicos y obreros, 11 marzo 1951).

III. *La Iglesia y los cristianos ante esta situación.*

A. Actitud de la Iglesia. Nada teme por sí (cf. p. 97,b). Sabe que las luchas sólo sirven para fortalecerla (cf. p. 98,c). Tiene la experiencia de muchos siglos. Tiene fe inquebrantable en la divina promesa: no prevalecerán... Pero la sociedad no es la Iglesia. Aunque se diga cristiana...

B. Actitud de los cristianos. Cuando no se levanta la cabeza, surgen el temor y la inacción. Tal el caso

de Tesalónica, contra el que se pronuncia San Pablo. Cuando se levantan los ojos al cielo, la esperanza mueve a la penitencia y a la reforma. Tal el caso de los disciplinantes medievales con San Vicente Ferrer. Tal el de Nínive, con su rey al frente, ante el anuncio profético de Jonás (Ionae 3,6-10).

C. Nuestra actitud. Toda crisis puede conducir a una renovación y a un progreso. "Levantad vuestras cabezas" es:

a) *Llenaos de esperanza, porque se acerca vuestra salvación, un mundo mejor.*
b) *Llenaos de valor y decisión, porque se acerca vuestra fortaleza.*
c) *Poned manos a la obra de la reforma social, porque os espera vuestro premio.*

IV. *¿Qué hacer?*

A. Lo que no puede hacerse:

a) *Permanecer inactivos. Sería indigno de un cristiano* (cf. p. 98,d).
b) *Despreciar los peligros o no acometer la reforma. Sería causa de condenación. «No podemos menos de contemplar con profundo dolor la incuria de los que parecen despreciar estos inminentes peligros y, con cierta pasiva desidia, permiten que se propaguen por todas partes doctrinas que destrozarán por la violencia y por la muerte toda la sociedad. Mayor condenación merece aún la negligencia de quienes descuidan la supresión o reforma del estado de cosas que lleva a los pueblos a la exasperación y prepara el camino a la revolución y ruina de la sociedad»* (*Quadragesimo anno*, núm. 43: Nueva Colección Enc., p. 615-616).
c) *Huir ante el peligro. Sería propio de cobardes* (página 103,c,d,e).

B. Lo que todos, pero especialmente los más capaces y dotados, deben hacer:

a) *Despertar del sueño* (cf. p. 89,e).
b) *No lamentarse, sino actuar* (cf. p. 89,d).
c) *No mantenerse en recelosa reserva, sino trabajar con decisión en el campo de la justicia social* (cf. p. 89,c).
d) *Llenarse de abnegación, espíritu de sacrificio, heroísmo* (cf. p. 92,a).

C. El camino de la solución: Jesucristo como fundamento, la justicia como ejecutora, y por corona, la caridad (cf. p. 95,E).

19

La sociedad moderna tiene que revestirse de Jesucristo

I. *La sociedad moderna se había desnudado de Jesucristo. El liberalismo en todos sus grados es la expulsión de Jesucristo de la vida de las naciones.*

A. El catolicismo liberal en forma atenuada, niega los derechos de la Iglesia en la vida pública.
B. El catolicismo liberal en forma más grave, niega que el Estado deba tener una religión.
C. Liberalismo, que niega que la sociedad misma deba practicar una religión y una moral.
D. Se niega la existencia de una moral divina, aun reconociendo la existencia de Dios. Deísmo.
E. Se niega la existencia de Dios. Ateísmo.
F. Se llega al odio a la idea de Dios y a la guerra a la idea de Dios. Comunismo ruso.

II. *Programa de los Pontífices. Restaurar todo en Cristo (Pío X). La paz de Cristo en el Reino de Cristo (Benedicto XV). Obra de la justicia: la paz (Pío XI y Pío XII).*

III. *Los Pontífices tratan de revestir la sociedad de Jesucristo llevando la idea de Dios al Derecho público y a la vida pública de las naciones.*

A. La causa eficiente y final de la sociedad está fuera de ella (León XIII). La sociedad es obra de Dios. La sociedad va ordenada a Dios.
B. La autoridad. La forma de la sociedad, que es la autoridad, procede de Dios. Toda autoridad procede de Dios, sea cual fuere el medio de transmisión. El que manda, manda en nombre de Dios. El que obedece, obedece a Dios. En la frente de todos los emperadores se quiebra un rayo de la omnipotencia, de la sabiduría y de la misericordia divinas (Palabras de los obispos alemanes).
C. La moral en la sociedad. El Estado debe tener una moral: la moral cristiana. Y defenderla en la vida social. Y combatir toda deshonestidad y toda injusticia.
D. La sociedad y el Estado deben practicar la justicia social, justicia que se deriva de Dios.

E. La caridad. Gobernantes y súbditos deben someterse a la ley de la caridad. Caridad social. Caridad de patria.

F. El culto colectivo. Los Estados, por tener una religión, deben tener un culto colectivo y, como tal, tributárselo a Dios. Fiesta de Cristo Rey. Expresión litúrgica de esta idea. Ideas capitales de la "Quas Primas". Consagración de los Estados modernos al Sagrado Corazón, a Cristo Rey. Consagración de España en el Cerro de los Angeles. Consagración de España en el Congreso de Barcelona.

20

El juicio final como prueba del carácter social del cristianismo

I. *Después del juicio particular—en el fin de la vida—, el gran juicio colectivo—en el fin de los tiempos—. Jesucristo quiere dar a su sanción definitiva a los hombres un carácter público o social.*

II. *Nuestra vida, incluso en el orden religioso, peca mucho de egoísta* (cf. p. 91,d). *O mejor, de individualista. Diríase que el individualismo liberal ha penetrado hasta el mismo reducto de la conciencia. En todos los órdenes. Pero concretamente en el momento de enjuiciar nuestros actos. Atendemos más a las faltas que nos afectan a nosotros mismos que a las que afectan a los prójimos. Más; aun en estas últimas damos más importancia a lo que tienen de nuestras que a lo que suponen de ofensa para el prójimo.*

III. *Pero la esencia misma de la vida cristiana es social. Social el criterio para valorarla. Social el modo de retribuirla.*

A. Lo prueba la enseñanza constante del Evangelio. El mandamiento nuevo, el más importante, síntesis de los demás, distintivo del cristiano: "Amaos los unos a los otros" (Io. 13,34; 15,12; 15,17). San Pablo: "Quien ama al prójimo ha cumplido la ley" (Rom. 13,8). San Juan: "Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve" (I Io. 4,20).

B. Lo confirma el evangelio de hoy. El criterio para el juicio será eminentemente social. En el juicio final sólo se habla de los pecados contra la misericordia o del cumplimiento de sus obras. "Porque tuve hambre... tuve sed..." "Cuantas veces lo hicisteis con uno de éstos..."

IV. *La sociabilidad humana y el Cuerpo místico. Jesucristo valora nuestros actos en cuanto dicen relación al prójimo. Salva o condena, según haya sido nuestra misericordia con el prójimo* (cf. p. 96,d y 95,b). *Criterio profundamente social. Dios creó al hombre con una naturaleza social, le elevó al orden sobrenatural, eminentemente social: el Cuerpo místico.*

A. El aspecto social de los bienes a la luz del juicio final. Profundicemos todavía más en esta idea. Dios, en su providencia, reparte los bienes de un modo desigual (cf. p. 92,c). Hay quienes recibieron más inteligencia, cultura, habilidad técnica, bienes materiales, educación, salud, fortaleza, resistencia para el trabajo, etc. Pero el valor de los actos no se mide por la cantidad de bienes que se poseen. Supondría una desigualdad esencial, sin responsabilidad alguna del hombre (Cf. Pío XI, *Ubi arcano Dei,* n. 27: Nueva Colección de Encíclicas, p. 1018). El criterio de Dios no es éste. Cada hombre es depositario y administrador de los bienes que recibió, en beneficio de todos. Porque para todos están destinados. Unos libre y meritoriamente deben administrarlos; otros libre y meritoriamente deben tratar de adquirirlos. En la perfecta ordenación de este maravilloso comercio está la base y fundamento moral y religioso de la vida social del hombre (cf. p. 101,g).

B. El bien común, la distribución equitativa de los bienes y la misericordia. El bien común, aun considerado en su aspecto humano, sólo se consigue si se establece entre los hombres perfecta comunicación y distribución equitativa de todos los bienes (cf. página 93,d). Y para ello hace falta la misericordia (Cf. Pío XI, *Divini Redemptoris,* n. 48: Nueva Colección de Encíclicas, p. 666). El corazón inclinado a remediar la necesidad del prójimo. Verse a sí mismo en su relación con los demás. Ver en el prójimo necesitado a Jesucristo. Y conocerse deudor de Jesucristo, que puso en nuestras manos cuanto poseemos, para que lo administremos en su nombre (cf. p. 96,e).

C. Justicia, primero. La caridad, después. Más toda-

vía. Si el orden social perfecto exige la misericordia, por la misma razón exige la justicia. Y aun con anterioridad. Antes de remediar la necesidad del prójimo, impotente para bastarse a sí mismo, hay la obligación de hacer posible una vida digna a quien es capaz de conseguirla por sus propios medios. Y esto es propio de la justicia. Más grave que la obligación de dar a quien carece de todo, es la de distribuir y retribuir con justicia a quienes para producir los bienes pusieron su trabajo, único medio que recibieron de Dios para subsistir. Y esto es también propio de la justicia social (cf. p. 95,a). Por eso afirma Pío XII que la salvación o condenación en el juicio depende tanto de la misericordia como de la justicia.

a) *Justa distribución de los bienes ante todo. En una sociedad cristianamente ordenada ha de ser normal la justa distribución de los bienes. La justicia social adaptará en cada momento el orden jurídico a las cambiantes exigencias del progreso humano.*
b) *La caridad suplirá las deficiencias en los casos extremos, remediando las necesidades restantes. Así se construye la verdadera ciudad cristiana. En esto consiste la civilización cristiana* (cf. p. 95,E).
c) *Pero bien entendido que a la caridad le toca la principal misión:*

1. Porque no sólo suple las deficiencias en los casos extremos. Y «a los pobres siempre los hemos de tener con nosotros».
2. Sino porque aun la misma justicia social es difícil de cumplir si no se siente muy honda la misericordia cristiana (cf. p. 96,e).

LA MISION DEL PRECURSOR

Segundo domingo de Adviento

I. EPISTOLA

(Rom. 15,4-13)

4 Quaecumque enim scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt: ut per patientiam et consolationem Scripturarum, spem habeamus.

5 Deus autem patientiae, et solatii det vobis idipsum sapere in alterutrum secundum Iesum Christum:

6 ut unanimes, uno ore honorificetis Deum, et Patrem Domini nostri Iesu Christi.

7 Propter quod suscipite invicem, sicut et Christus suscepit vos in honorem Dei.

8 Dico enim Christum Iesum ministrum fuisse circumcisionis propter veritatem Dei, ad confirmandas promissiones patrum:

9 Gentes autem super misericordiam honorare Deum, sicut scriptum est: Propterea confitebor tibi in gentibus, Domine, et nomini tuo cantabo.

10 Et iterum dicit: Laetamini gentes cum plebe eius.

11 Et iterum: Laudate omnes gentes Dominum: et magnificate eum omnes populi.

12 Et rursus Isaias ait: Erit radix Iesse, et qui exurget regere gentes, in eum gentes sperabunt.

13 Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et pace in credendo: ut abundetis in spe, et virtute Spiritus Sancti.

4 Pues todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fué escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza.

5 Que el Dios de la paciencia y de la consolación os dé un unánime sentir en Cristo Jesús.

6 para que unánimes, a una sola voz, glorifiquemos a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

7 Por lo cual acogeos mutuamente, según que Cristo nos acogió a nosotros para gloria de Dios.

8 Os digo que Cristo fué ministro de la circuncisión por la veracidad de Dios, para cumplir las promesas a los padres,

9 mientras que los gentiles glorifican a Dios por su misericordia, según está escrito: «Por esto te alabaré, Señor, entre las gentes y cantaré a tu nombre».

10 Y otra vez dice: «Regocijaos, gentes, con su pueblo».

11 En otra parte: «Alabad al Señor todas las gentes y ensalzadle los pueblos todos».

12 Y asimismo Isaías dice: «Aparecerá la raíz de Jesé y el que se levanta para mandar a las naciones; en El esperarán las gentes».

13 Que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe, para que abundéis en esperanza, por la virtud del Espíritu Santo.

II. EVANGELIO

(Mt. 11,2-10)

2 Habiendo oído Juan en la cárcel las obras de Cristo, envió por sus discípulos,

3 a decirle: ¿Eres tú el que viene o hemos de esperar a otro?

4 Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto.

5 Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados;

6 y bienaventurado aquel que no se escandalizare en mí.

7 Cuando éstos se hubieron ido, comenzó Jesús a hablar de Juan a la muchedumbre: ¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento?

8 ¿Qué habéis ido a ver? ¿A un hombre vestido muellemente? Mas los que visten con molicie están en las moradas de los reyes.

9 ¿Pues a qué habéis ido? ¿A ver un profeta? Sí, yo os digo que más que a un profeta.

10 Este es de quien está escrito: «He aquí que yo envío a mi mensajero delante de tu faz, que preparará tus caminos delante de ti.

2 Ioannes autem cum audisset in vinculis opera Christi, mittens duos de discipulis suis,

3 ait illi: Tu es, qui venturus es, an alium exspectamus?

4 Et respondens Iesus ait illis: Euntes renuntiate Ioanni quae audistis, et vidistis.

5 Caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur:

6 et beatus est, qui non fuerit scandalizatus in me.

7 Illis autem abeuntibus, coepit Iesus dicere ad turbas de Ioanne: Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam?

8 Sed quid existis videre? hominem mollibus vestitum? Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt.

9 Sed quid existis videre? prophetam? Etiam dico vobis, et plus quam prophetam.

10 Hic est enim de quo scriptum est: Ecce ego mitto angelum meum ante faciem tuam, qui praeparabit viam tuam ante te.

III. TEXTOS CONCORDANTES

(Lc. 7,18-27)

18 Los discípulos de Juan dieron a éste noticia de todas esas cosas,

19 y llamando Juan a dos de ellos, los envió a Jesús para decirle: ¿Eres tú el que viene o esperamos a otro?

20 Llegados a El, le dijeron: Juan el Bautista nos envía a ti para preguntarte: ¿Eres tú el que viene o esperamos a otro?

18 Et nuntiaverunt Ioanni discipuli eius de omnibus his.

19 Et convocavit duos de discipulis suis Ioannes, et misit ad Iesum, dicens: Tu es qui venturus es, an alium exspectamus?

20 Cum autem venissent ad eum viri, dixerunt: Ioannes Baptista misit nos ad te dicens: Tu es qui venturus es, an alium exspectamus?

21 (in ipsa autem hora multos curavit a languoribus, et plagis, et spiritibus malis, et caecis multis donavit visum).

22 Et respondens, dixit illis: Euntes renuntiate Ioanni quae audistis, et vidistis: Quia caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur:

23 et beatus est quicumque non fuerit scandalizatus in me.

24 Et cum discessissent nuntii Ioannis, coepit de Ioanne dicere ad turbas: Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam?

25 Sed quid existis videre? hominem mollibus vestimentis indutum? Ecce qui in veste pretiosa sunt et deliciis, in domibus regum sunt.

26 Sed quid existis videre? prophetam? Utique dico vobis, et plus quam Prophetam:

27 hic est, de quo scriptum est: Ecce mitto angelum meum ante faciem tuam, qui praeparabit viam tuam ante te.

21 En aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades y males y de los espíritus malignos, e hizo gracia de la vista a muchos ciegos,

22 y tomando la palabra les dijo: Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados;

23 y bienaventurado es quien no se escandaliza en mí.

24 Cuando se hubieron ido los mensajeros de Juan, comenzó Jesús a decir a la muchedumbre acerca de él: ¿Qué habéis salido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento?

25 ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con molicie? Los que visten suntuosamente y viven regalados, están en los palacios de los reyes.

26 ¿Qué salisteis, pues, a ver? ¿Un profeta? Sí, yo os digo, y más que profeta.

27 Este es aquèl de quien está escrito: He aquí que yo envío delante de tu faz a mi mensajero, que preparará tu camino delante de ti.

IV. OTROS TEXTOS DE LA ESCRITURA ALUSIVOS A LA ENVIDIA Y A LA LIMOSNA

A) Sobre la envidia

a) *La envidia de Caín*

Ad Cain vero, et ad munera illius non respexit: iratusque est Cain vehementer, et concidit vultus eius (Gen. 4,5).

Y agradóse Yavé de Abel y de su ofrenda, pero no de Caín y la suya. Se enfureció Caín y andaba cabizbajo.

b) *Los filisteos envidian a Isaac*

12 Sevit autem Isaac in terra illa, et invenit ipso anno centuplum: benedixitque ei Dominus.

14 Habuit quoque possessiones ovium et armentorum, et familiae plurimum. Ob hoc invidentes ei Palaestini,

12 Sembró Isaac en aquella tierra, y cogió aquel año ciento por uno, pues le bendijo Yavé.

14 Tenía mucha hacienda de ovejas y bueyes y mucha servidumbre, y los filisteos llegaron a envidiarle,

15 Todos los pozos abiertos por los siervos de su padre, Abraham, los cegaron los filisteos, llenándolos de tierra.

15 **Omnes puteos, quos foderant servi patris illius Abraham, illo tempore obstruxerunt, implentes humo (Gen. 26, 12-15).**

c) *Esaú, envidioso de Jacob*

Concibió Esaú contra su hermano Jacob un odio profundo, por lo de la bendición que le había dado su padre, y se dijo en su corazón: Cerca están los días del duelo por mi padre: después mataré a Jacob, mi hermano.

Oderat ergo semper Esau Iacob pro benedictione qua benedixerat ei pater; dixitque in corde suo: Venient dies luctus patris mei, et occidam Iacob fratrem meum (Gen. 27,41).

d) *La envidia de Raquel*

Raquel, viendo que no daba hijos a Jacob, estaba celosa de su hermana y dijo a Jacob: Dame hijos o me muero.

Cernens autem Rachel quod infecunda esset, invidit sorori suae, et ait marito suo: Da mihi liberos, alioquin moriar (Gen. 30,1).

e) *José envidiado por sus hermanos*

4 Viendo sus hermanos que su padre le amaba más que a todos, llegaron a odiarle y no podían hablarle amistosamente.

8 Y sus hermanos le dijeron: ¿Es que vas a reinar sobre nosotros y vas a dominarnos? Estos sueños y las palabras de José fueron causa de que le odiaran todavía más.

11 Sus hermanos le envidiaban, pero a su padre le daba esto que pensar.

4 **Videntes autem fratres eius, quod a patre plus cunctis filiis amaretur, oderant eum, nec poterant ei quidquam pacifice loqui.**

8 **Responderunt fratres eius: Numquid rex noster eris? aut subiiciemur ditioni tuae? Haec ergo causa somniorum atque sermonum, invidiae et odii fomitem ministravit.**

11 **Invidebant ei igitur fratres sui: pater vero rem tacitus considerabat (Gen. 37,4.8.11).**

f) *La envidia de Saúl*

8 Saúl se irritó mucho, y esto le desagradó, pues decía: Dan diez mil a David y a mí mil; nada le falta, si no es el reino.

9 Desde entonces miraba Saúl a David con malos ojos.

8 **Iratus est autem Saul nimis, et displicuit in oculis eius sermo iste: dixitque: Dederunt David decem millia, et mihi mille dederunt: quid ei superest, nisi solum regnum?**

9 **Non rectis ergo oculis Saul aspiciebat David a die illa, et deinceps.**

10 Post diem autem alteram, invasit spiritus Dei malus Saul, et prophetabat in medio domus suae: David autem psallebat manu sua, sicut per singulos dies. Tenebatque Saul lanceam,

11 et misit eam, putans quod configere posset David cum pariete: et declinavit David a facie eius secundo (1 Reg. 18,8-11).

10 Al otro día se apoderó de Saúl el mal espíritu y desvariaba en su casa. David tocaba el arpa, como otras veces. Tenía Saúl en la mano su lanza,

11 y blandiéndola, la lanzó contra David, diciendo: Voy a clavar a David en la pared.

g) *La envidia de los judíos contra Cristo*

Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum (Mt. 27,18).

Pues sabían que por envidia se lo habían entregado.

h) *Qué es la envidia*

Vita carnium, sanitas cordis: putredo ossium invidia (Prov. 14,30).

Corazón apacible es vida del cuerpo y la envidia es la caries de los huesos.

Rursus contemplatus sum omnes labores hominum, et industrias animadverti patere invidiae proximi: et in hoc ergo vanitas, et cura superflua est (Eccl. 4,4).

Vi también que todo trabajo y cuanto de bueno se hace, mueve la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y apacentarse del viento.

Invidia autem diaboli mors introivit in orbem terrarum... (Sap. 2,24).

Mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo...

Neque cum invidia tabescente iter habebo: quoniam talis homo non erit particeps sapientiae (Sap. 6, 25).

No iré con el que de envidia se consume, porque la envidia no tiene nada que ver con la sabiduría.

Nequam est oculus lividi: et avertens faciem suam, et despiciens animam suam (Eccli. 14,8).

Es malo quien mira con envidia, el que vuelve su rostro y mira con desdén.

Oculus malus ad mala: et non satiabitur pane, sed indigens et in tristitia erit super mensam suam (ibid. 14,10).

El ojo envidioso mira con envidia el pan que otro come, y a su propia mesa siempre hay alborotos.

B) Sobre la limosna

a) *Obligatoriedad*

Si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita en medio de vosotros, no te portarás con él como acreedor y no le exigirás usura.

7 Si hubiera en medio de ti un necesitado entre tus hermanos, en tus ciudades, en la tierra que Yavé, tu Dios, te da, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre,

8 sino que le abrirás tu mano y le prestarás con qué poder satisfacer sus necesidades, según lo que necesite.

11 Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso te doy este mandamiento: abrirás tu mano a tu hermano, al necesitado y al pobre de tu tierra.

Si pecuniam mutuam dederis populo meo pauperi qui habitat tecum, non urgebis eum quasi exactor, nec usuris opprimes (Ex. 22,24).

7 Si unus de fratribus tuis, qui morantur intra portas civitatis tuae in terra, quam Dominus Deus daturus est tibi, ad paupertatem venerit: non obdurabis cor tuum, nec contrahes manum,

8 Sed aperies eam pauperi, et dabis mutuum, quo eum indigere perspexeris.

11 Non deerunt pauperes in terra habitationis tuae: idcirco ego praecipio tibi ut aperias manum fratri tuo egeno et pauperi, qui tecum versatur in terra (Deut. 15,7-8 y 11).

b) *La limosna limpia todo pecado*

7 Según tus facultades, haz limosna, y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre y Dios no los apartará de ti.

9 Si abundares en bienes, haz de ellos limosna, y si éstos fueren escasos, según ésa tu escasez no temas hacerla.

10 Con esto atesoras un depósito para el día de la necesidad.

11 Pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas.

12 Y es un buen regalo la limosna en la presencia del Altísimo para todos los que la hacen.

17 Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo.

7 Ex substantia tua fac eleemosynam, et noli avertere faciem tuam ab ullo paupere: ita enim fiet ut nec a te avertatur facies Domini.

9 Si multum tibi fuerit, abunde tribue: si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude.

10 Praemium enim bonum tibi thesaurizas in die necessitatis.

11 Quoniam eleemosyna ab omni peccato et a morte liberat, et non patietur animam ire in tenebras.

12 Fiducia magna erit coram summo Deo, eleemosyna omnibus facientibus eam.

17 Panem tuum cum esurientibus et egenis comede, et de vestimentis tuis nudos tege (Tob. 4,7-12 y 17).

9 Quoniam eleemosyna a morte liberat et ipsa est, quae purgat peccata, et facit invenire misericordiam et vitam aeternam (ibid. 12,9).

9 Pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado. Los que practican la misericordia y la justicia serán colmados de felicidad.

Et filiis vestris mandate ut faciant iustitias et eleemosynas, ut sint memores Dei, et benedicant eum in omni tempore in veritate et in tota virtute sua (ibid. 14,11).

Y encargad a vuestros hijos que hagan obras de justicia y limosnas, que tengan a Dios presente y le bendigan en todo tiempo con verdad, y con toda su fuerza.

c) *Exhortación a la limosna*

Erigite pauperem: et egenum de manu peccatoris liberate (Ps. 81,4).

Librad al pobre y al necesitado, sacadle de las garras del impío.

Ignem ardentem extinguit aqua, et eleemosyna resistit peccatis (Eccli. 3,33).

El agua apaga la ardiente llama y la limosna expía los pecados.

5 Ab inope ne avertas oculos tuos propter iram: et non relinquas quaerentibus tibi retro maledicere...
8 Declina pauperi sine tristitia aurem tuam, et redde debitum tuum, et responde illi pacifica in mansuetudine (ibid. 4,5 y 8).

5 No apartes los ojos del necesitado y no des al hombre ocasión de maldecirte.
8 Inclina al pobre tu oído y con mansedumbre respóndele palabras amables.

36 Et pauperi porrige nanum tuam, ut perficiatur propitiatio et benedictio tua (ibid. 7,36).

36 Alarga al pobre tu mano, para que seas cumplidamente bendecido.

Nos est enim ei bene qui asiduus est in malis, et eleemosynas non danti: quoniam et Altissimus odio habet peccatores, et misertus est poenitentibus (ibid. 12,3).

Por cuanto no lo pasa bien, el que es continuo en mal y no da limosnas: porque el Altísimo aborrece a los pecadores, y usa de misericordia con los que se arrepienten.

Eleemosyna viri quasi signaculum cum ipso, et gratiam hominis quasi pupillam conservabit (ibid. 17,18).

La limosna del hombre es como sello ante El y tiene cuenta del beneficio hecho al hombre como de la propia pupila.

15 Conclude eleemosynam in corde pauperis et haec pro te exorabit ex omni malo (ibid. 29,15).

15 Encierra la limosna en tus arcas y te librará de toda miseria.

Ecce haec fuit iniquitas Sodomae sororis tuae, superbia, saturitas panis et abundantia, et otium ipsius, et filiarum eius: et manum egeno, et pauperi non porrigebant (Ez. 16,49).

Mira cuál fué la iniquidad de Sodoma, tu hermana; tuvo gran soberbia, hartura de pan y mucha ociosidad. No dió la mano al pobre y al desvalido.

Por tanto, oh rey, sírvete aceptar mi consejo: redime tus pecados con justicia y tus iniquidades con misericordia a los pobres, y quiza se prolongará tu dicha.

Quamobrem, rex, consilium meum placeat tibi; et peccata tua eleemosynis redime, et iniquitates tuas misericordiis pauperum: forsitan ignoscet delictis tuis (Dan. 4,24.)

d) *No alardees de dar limosna*

2 Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

3 Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha,

4 para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará.

2 Cum ergo facis eleemosynam, noli tuba canere ante te, sicut hypocritae faciunt in synagogis, et in vicis, ut honorificentur ab hominibus: Amen dico vobis, receperunt mercedem suam.

3 Te autem faciente eleemosynam, nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua:

4 Ut sit eleemosyna tua in abscondito, et pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi (Mt. 6,2-4).

e) *La limosna tendrá su recompensa*

Y el que diere de beber a uno de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa.

Et quicumque potum dederit uni ex minimis istis calicem aquae frigidae tantum in nomine discipuli: amen dico vobis, non perdet mercedem suam (ibid. 10,42).

Díjole Jesús: Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendr´s un tesoro en los cielos...

Ait illi Iesus: Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes, et da pauperibus, et habebis thesaurum in caelo... (ibid. 19,21; Mc. 10,21 y Lc. 18,22).

...Haced bien y prestad sin esperanza de remuneración, y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo, porque es bondadoso para con los ingratos y los malos.

...Benefacite, et mutuum date, nihil inde sperantes: et erit merces vestra multa, et eritis filii Altissimi, quia ipse benignus est super ingratos et malos (Lc. 6,35).

f) *Eficacia de la limosna*

Sin embargo, dad limosna, según vuestras facultades, y todo será puro para vosotros.

Verumtamen quod superest, date eleemosynam: et ecce omnia munda sunt vobis (ibid. 11,41).

Vended vuestros bienes y dadlos en limosna; haceos bolsas que no se gas-

Vendite quae possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos,

qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in caelis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit (ibid. 12,33).

tan, un tesoro inagotable en los cielos, adonde ni el ladrón llega, ni la polilla roe...

g) *Espíritu de limosna en los apóstoles*

44 Omnes etiam, qui credebant, erant pariter, et habebant omnia communia.

45 Possesiones et substantias vendebant, et dividebant illa omnibus, prout cuique opus erat (Act. 2,44-45).

44 Y todos los que creían vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común...

45 Pues vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno.

3 Is cum vidisset Petrum et Ioannem incipientes introire in templum, rogabat ut eleemosynam acciperet.

4 Intuens autem in eum Petrus cum Ioanne, dixit: Respice in nos.

5 At ille intendebat in eos, sperans se aliquid accepturum ab eis.

6 Petrus autem dixit: Argentum et aurum non est mihi: quod autem habeo, hoc tibi do: In nomine Iesu Christi Nazareni surge, et ambula... (ibid. 3,3-6).

3 Este, viendo a Pedro y a Juan que se disponían a entrar en el templo, extendió la mano pidiendo limosna.

4 Pedro y Juan, fijando en él los ojos, le dijeron: Míranos.

5 El los miró esperando recibir de ellos alguna cosa.

6 Pero Pedro le dijo: No tengo oro ni plata; lo que tengo eso te doy: En nombre de Jesucristo Nazareno, anda...

Haec (Tabitha) erat plena operibus bonis, et eleemosynis, quas faciebat (ibid. 9,36).

Era (Tabitha) rica en buenas obras y en limosnas.

2 Religiosus (Cornelius) ac timens Deum cum omni domo sua, faciens eleemosynas multas plebi...

4 At ille intuens eum, timore correptus, dixit: Quid est, Domine? Dixit autem illi: Orationes tuae, et eleemosynae tuae ascenderunt in memoriam in conspectu Dei (ibid. 10,2-4).

2 Piadoso (Cornelio), temeroso de Dios con toda su casa, que hacía muchas limosnas al pueblo...

4 El le miró y sobrecogido de temor dijo: ¿Qué quieres, Señor? Y le dijo: Tus oraciones y limosnas han sido recordadas ante Dios.

Omnia ostendi vobis, quoniam sic laborantes, oportet suscipere infirmos, ac meminisse verbi Domini Iesu, quoniam ipse dixit: Beatius est magis dare quam accipere (ibid. 20,35).

En todo os he dado ejemplo, mostrándoos, cómo trabajando así, socorráis a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que El mismo dijo: «Mejor es dar que recibir».

h) *Las colectas de San Pablo*

Porque Macedonia y Acaya han tenido a bien hacer una colecta a beneficio de los pobres de entre los santos de Jerusalén.

1 Cuanto a la colecta en favor de los santos, haréis según lo que dispuse en las iglesias de Galacia.

2 El día primero de la semana, cada uno ponga aparte en su casa lo que bien le pareciere, de modo que no se hagan las colectas cuando yo vaya...

8 Y poderoso es Dios para acrecentar en vosotros todo género de gracias, para que teniendo siempre y en todo lo bastante, abundéis en toda buena obra,

9 según que está escrito: Con largueza repartió, dió a los pobres; su justicia permanecerá para siempre.

10 El que da la simiente al que siembra, también le dará el pan para su alimento, y multiplicará vuestra sementera, y acrecentará los frutos de vuestra justicia.

11 Y en todo seréis enriquecidos para toda liberalidad que por nuestra mediación produzca acción de gracias a Dios.

12 Pues el ministerio de este servicio no sólo remedia la escasez de los santos, sino que hace rebosar en ellos copiosa acción de gracias a Dios.

Probaverunt enim Macedonia, et Achaia collationem aliquam facere in pauperes sanctorum, qui sunt in Ierusalem (Rom. 15,26).

1 De collectis autem, quae fiunt in sanctos, sicut ordinavi Ecclesiis Galatiae, ita et vos facite.

2 Per unam sabbati unusquisque vestrum apud se seponat, recondens quod ei bene placuerit: ut non, cum venero, tunc collectae fiant (1 Cor. 16,1-2).

8 Potens est autem Deus omnem gratiam abundare facere in vobis: ut in omnibus semper omnem sufficientiam habentes abundetis in omne opus bonum,

9 sicut scriptum est: Dispersit, dedit pauperibus: iustitia eius manet in saeculum saeculi.

10 Qui autem administrat semen seminanti, et panem ad manducandum: praestabit, et multiplicabit semen vestrum, et augebit incrementa frugum iustitiae vestrae:

11 ut in omnibus locupletati abundetis in omnem simplicitatem, quae operatur per nos gratiarum actionem Deo.

12 Quoniam ministerium huius officii non solum supplet ea, quae desunt sanctis, sed etiam abundat per multas gratiarum actiones in Domino... (2 Cor. 9,8-12).

i) *Limosna y caridad*

De la beneficencia y de la mutua asistencia no os olvidéis, que en tales sacrificios se complace Dios.

17 El que tuviere bienes de este mundo, y viendo a su hermano pasar necesidad le cierra sus entrañas ¿cómo mora en él la caridad de Dios?

Beneficentiae autem et communionis nolite oblivisci: talibus enim hostiis promeretur Deus (Heb. 13,16).

17 Qui habuerit substantiam huius mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo: quomodo charitas Dei manet in eo? (1 Io. 3,17).

15 Si autem frater et soror nudi sint, et indigeant victu cotidiano,

16 dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini: non dederitis autem eis, quae necessaria sunt corpori, quid proderit?... (Iac. 2,15-16).

15 Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen del alimento cotidiano,

16 y alguno de vosotros les dijere: «Id en paz, que podáis calentaros y hartaros», pero no les diereis con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho les vendría?

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

El espíritu de esta domínica, como el de todas las de Adviento es sostenernos en la expectación del Mesías, esperanza de judíos y gentiles. Así nos lo presentan el evangelio y la epístola, respectivamente. A partir de este domingo son dos las figuras de la liturgia: Juan el Bautista e Isaías, los dos grandes profetas del Señor. El Precursor proporciona asunto para el evangelio de tres domínicas. En cuanto a Isaías, además de la cita hecha por el Salvador de uno de sus pasajes proféticos, sirve de tema para el introito (Is. 30,30) y gran parte del oficio divino. En efecto, Juan e Isaías sintetizan la ardorosa espera en que se consumió la humanidad y las condiciones necesarias para allanar los caminos de Dios.

La iglesia estacional es la de Santa Cruz en Jerusalén. No puede perderse de vista que la cruz es el fin de la Encarnación y el distintivo de los seguidores de Cristo. Todo ello provoca algunas alusiones a la Jerusalén celestial.

Pueblo de Sión, mira a tu Señor, que viene (introito, inspirado en Is. 30,30). *Después de muchos siglos de ira, por fin inaugura Dios la era de su gracia* (ofertorio: Ps. 84,7-8). *Mueve, ¡oh, Señor!, nuestros corazones para preparar los caminos de tu Unigénito* (oración primera). Tal es en el Adviento el espíritu de la Iglesia.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) Epístola *(Rom. 15,4-13)*

a) Sentido general. La unidad en la caridad de Cristo

Para la epístola de esta domínica se ha tomado un trozo paulino que completa el evangelio. En éste se presenta la afirmación mesiánica de Cristo, comprobada por los milagros y profecías. Cristo es «el que ha de venir». En la epístola aparece este Mesías como esperanza universal y unión de los pueblos.

El mismo San Pablo, con su frase de que toda escritura es útil para enseñarnos la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena, nos invita a la meditación.

Para poder entender totalmente la epístola, conviene leer los tres versículos anteriores (Rom. 15,1-3): *Los fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, sin complacernos a nosotros*

mismos. Cada uno cuide de complacer al prójimo, para su bien, para su edificación, que Cristo no buscó su propia complacencia, según está escrito (Ps. 68,10): *«Sobre mí cayeron los ultrajes de quienes me ultrajaban».*

b) Argumento

San Pablo, al final de la epístola a los romanos, se enfrenta con un problema que, visto con una perspectiva de veinte siglos, nos parece a nosotros de escasa importancia local. A los cristiano-judíos les repugnaba ver cómo los cristiano-gentiles comían sin reparo la carne de cerdo. Para resolver esta cuestión, el Apóstol, como suele acontecer a los grandes genios, sienta principios que servirán después para resolver cualquier otra mayor que se presente al correr de los tiempos: la caridad de Cristo. Son los siete primeros versos.

Como prueba de lo que acabamos de decir, el mismo Apóstol da un paso más y resuelve otra gran cuestión, sin salirse de los límites de la primera: la división entre judíos y gentiles. ¡Le dolía el alma, predicando y escribiendo siempre sobre el mismo tema! Toda división ha de borrarse por medio de la caridad de Cristo. Pero así como en la primera cuestión se ha limitado a ponérnosla como modelo, en esta segunda cala más hondo y nos enseña que formamos todos un mismo árbol, el árbol de Jesé, cuya raíz es el Señor. Cristo une a todos los pueblos y a todos los hombres.

c) La caridad en Cristo (Rom. 1-7)

Ten compasión y sacrifícate tú ante las flaquezas del prójimo. Dos motivos hay para ello:

1. El ejemplo del Señor

Cristo no buscó su propia complacencia (v. 3), sino nuestro bien, hasta llegar a sufrir ultrajes y muerte por la humanidad. Por lo tanto, vosotros buscad siempre el bien de vuestros hermanos. Que el más fuerte sufra los escrúpulos del débil, armándose de paciencia, y si, por ejemplo, alguien se escandaliza al verte comer carne de cerdo, deja de comerla, porque *yo sé y confío en el señor Jesús que nada hay de suyo impuro...*, pero *mira que por tu comida no seas ocasión de que se pierda aquel por quien murió Cristo* (Rom. 14,14-15).

2. Cristo nos acogió a todos

Cristo nos acogió a nosotros para gloria de Dios (v. 7). Es el segundo motivo, que al ejemplo de Cristo une la gloria del Padre. Si Cristo glorificó a Dios acogiéndonos a todos, también nosotros debemos acogernos los unos a los otros para todos juntos darle gloria.

Estos son los frutos de la caridad, el *suscipite invicem*, la mutua tolerancia y edificación del prójimo; pero la caridad en

sí misma es algo más alto y consiste en un unánime sentir con Cristo; en que todas nuestras acciones tengan un solo principio motor y un solo fin de gloria: Cristo Jesús honrado por nosotros.

d) Universalidad en Cristo

Judíos y gentiles (v. 8 ss). Centro de las ideas paulinas y parte de lo que él llama el «misterio de Cristo» es la unidad del género humano en Cristo Nuestro Señor, nuestra integración en El.

Ya no hay diferencia entre pueblo elegido y gentes abandonadas. Cierto que los judíos han sido recibidos por Cristo en virtud de las promesas que les anunció y a cuyo cumplimiento quedó obligado. Cierto que los gentiles hemos sido llamados por su sola misericordia y no por esas promesas, que nosotros no habíamos recibido (v. 8-9). Pero también es cierto que de una u otra forma todos hemos entrado a formar parte de la descendencia de Abrahán (Gal. 3,16), haciéndonos partícipes de esas promesas, y quedando excluída toda disensión, que ya es imposible entre los que pertenecen a la misma estirpe espiritual. Hemos sido entroncados en ella al ser injertados en Cristo, que era su raíz, la raíz del árbol de Jesé, y en la que han sido llamados todos los pueblos (v. 10,13).

En un tiempo, dice en la Epístola a los Efesíos (2,11), *vosotros los gentiles... alejados de la sociedad de Israel, sin Cristo...* (erais) *extraños a la alianza..., mientras que ahora... habéis sido acercados por la sangre de Cristo...* (que), *derribando el muro de separación... y viniendo, nos anunció la paz a los de lejos, y la paz a los de cerca.*

¡Ah si aprendiéramos aquel *suscipite invicem* y aquella lección de caridad individual del primer trozo! ¡Si las naciones practicaran esta caridad entre quienes son ramas del mismo árbol y miembros del mismo cuerpo!... Ese Niño que va a nacer es el que echó por tierra el muro que nos apartaba de las promesas de salvación. Si consiguiera abatir el muro de los odios humanos, como derribó el del odio, tan merecido, de Dios...

e) Un inciso. Utilidad de la Sagrada Escritura

Es muy de San Pablo el interrumpirse para intercalar un inciso sobre la utilidad de la Sagrada Escritura. *Todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fué escrito.*

Comenta Belarmino esta frase diciendo que la Sagrada Escritura, joya literaria, cuyo principio inspirador y cuyo objeto es Dios, hace al hombre, no buen médico o abogado, sino docto en absoluto, porque le enseña la suprema sabiduría de la santidad; enciende dentro de nosotros la esperanza, término medio entre la presunción y la desesperación, y nos educa en la paciencia, enseñándonos sus motivos, cuando a lo largo de sus páginas nos hace ver:

Primero, la voluntad de Dios, que, como prueba, y para nuestro bien, nos envía los sufrimientos: *Et omnes qui volunt pie vivere in Christo Iesu persecutionem patientur* (2 Tim. 3,12). *Ego sum vitis vera..., omnem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fruc-*

tum plus afferat (Io. 15,1-2). *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te* (Tob. 12,13).

Segundo, toda una serie de numerosos ejemplos, como el de Isaías aserrado, el de Jeremías apedreado, etc...

Tercero, el dictamen de la misma razón. La sublevación de los malos contra los buenos. Dios sabe que la virtud se conserva mejor en la escasez de bienes...

B) Evangelio

a) Situación histórica y breve síntesis

Es éste uno de los pasajes evangélicos apologéticamente de mayor importancia, pues en él Cristo pronuncia una explícita afirmación de su mesianidad, la primera acaso, a la que acompañan numerosas pruebas.

En efecto, al principio de su carrera, Jesús no proclamaba explícitamente su misión. Era necesario proceder con prudencia y adelantar las pruebas indispensables para ser creído e inculcar a los judíos la idea del Mesías puramente religioso, ya que una manifestación repentina hubiera encerrado el peligro de un levantamiento contra Roma, que por poco estalla con la multiplicación de los panes y los peces.

Pero llegó el segundo año. El terreno estaba abonado para las manifestaciones públicas. San Juan da la ocasión a una de ellas. Las multitudes—en plural en el evangelio—siguen a Jesús. Pronuncia éste el sermón de la montaña, carta magna de su reinado. Expone luego las parábolas del reino de Dios. Entre una predicación y otra, emprende un pequeño viaje hacia el Sur, y, en Naim, resucita al hijo de la viuda.

El mismo día, o poco más tarde, llegan los enviados del Bautista y se desarrolla un cuadro evangélico excepcionalmente vivaz. Consta de tres escenas: en la primera de ellas Juan, desde la cárcel, manda a sus discípulos; en la segunda, Cristo les responde; en la tercera, hace una apología de Juan.

b) La pregunta del Bautista

1. Opiniones heterodoxas o anticuadas

¿Qué buscaba éste con una pregunta tan concreta? Dejando a un lado las opiniones heterodoxas o anticuadas, según las cuales el Bautista comenzó en ese momento a creer en la mesianidad de Jesús y todas sus palabras anteriores son apócrifas, o la de Tertuliano (cf. Tertull., *de bapt.*, 10: PL 1,1320; y *Advers. Marc.*, IV, 18: PL 2,431), para quien Juan tuvo un momento de duda, nos quedan otras dos, además de la admitida tradicionalmente y de mayor utilidad homilética. A saber:

2. ¿San Juan, impaciente?

Juan está impaciente, al ver que Cristo no acaba de manifestarse de manera pública y desea anunciarle. Por eso el Señor responde de un modo indirecto.

No parece compaginarse bien esta opinión—sostenida muy literariamente por Ricciotti (cf. *Vida de Jesucristo* [Barcelona 1944], 269-292)—con la humildad de San Juan, que, poco antes, no se creía digno de desatar la correa del zapato del Señor.

3. ¿San Juan, ignorante?

Juan no sabe distinguir a punto fijo cuál es la misión del Mesías—Jesús—y la de otros personajes que el pueblo judío esperaba vinieran con El, tales como Elías, Enoc, etc. Su pregunta quiere decir: ¿Hemos de esperar detrás de ti a otro que sea el Juez del mundo, ya que tú te presentas tan humilde? Juan —dice Lagrange (cf. *El Evangelio de N. S. Jesucristo,* p. 126ss, Barcelona 1933), principal introductor y patrono de esta nueva opinión—no tenía un conocimiento tan perfecto del Mesías como nosotros, puesto que la revelación fué gradual, y los apóstoles conocieron muchas cosas que ignoraron los patriarcas y profetas.

Nos parece que hay que retorcer mucho la respuesta de Cristo y la misma pregunta del Bautista, para interpretarlas como pretende Lagrange. Además, si es probable que Jacob no conociera detalladamente a su hijo el Hombre-Dios, todos los teólogos afirman que a cada profeta se le concedió el conocimiento conveniente para su misión vaticinadora. ¿Y hemos de suponer que Juan, el *más que profeta,* el inmediato precursor, amigo de Cristo desde el seno de su madre, ilustrado directamente por el Espíritu, se movió en tal oscuridad, que llegó hasta el punto de impacientarse y enviar desde su prisión una embajada?

4. La tesis tradicional

En realidad, no vemos ni una sola razón de peso para romper con la opinión tradicional, admitiendo un nuevo sentido, que nos obligaría a prescindir de la mayor parte de las homilías de los santos y maestros (cf. infra SAN JUAN CRISÓST. en la sec. III, I, A).

La opinión tradicional es conocida. Los discípulos estaban tan envidiosos de Cristo, que no acababan de admitir su mesianidad. Juan pretende que se convenzan por sus propios ojos y los envía para que en su nombre le pregunten.

c) LA MISIÓN DE JUAN

1. En la cárcel

El Bautista está preso en el nido de águilas de Maqueronte, a unos mil cien metros de altura, en la orilla oriental del Mar Muerto, residencia eventual de Herodes. Preso por predicar la verdad a los reyes, por cumplir con su deber, por no haber sido

perro mudo (Is. 56,10). Preso por la pasión de Herodes, esclavo de una concubina. A Herodes le duele encarcelar a Juan, pero lo prende. Preso, sigue oyéndole todavía, y acaba por entregarlo al verdugo. Tal es el camino de la pasión. No cedas en tus primeros pasos, porque no tardarás en doblegarte a otros peores. Es lo que, por ejemplo, ocurre con la lujuria, que debilita la voluntad y nubla el entendimiento.

Juan es encerrado en un calabozo por no callar la verdad. Herodes, entretanto, vive entre sedas, sometido a una favorita. ¿Cuál es el libre? ¿Cuál es el esclavo? La verdadera libertad es la de los hijos de Dios.

La inocencia gime entre cadenas. El vicio se asienta en el trono. ¿Qué prefiere tu carne? ¿Qué te dice tu entendimiento? Síguele.

Ante la prisión de Juan meditemos en el sufrimiento del cristiano. Hoy se celebra la misa en Santa Cruz de Jerusalén. Cuando la Iglesia prepara la Navidad, no quiere que olvides la cruz, esto es, la expiación, la purificación, la cooperación a la obra redentora.

2. Las obras de Cristo

Juan en aquella especie de prisión atenuada, recibía las visitas de sus amigos. Como reguero de pólvora corre la noticia de los milagros de Cristo. Se los cuentan a Juan.

Siempre ocurre lo mismo. Es un defecto de la curiosidad humana. Los milagros tienen por fin apoyar los principios doctrinales. Pero en mil ocasiones nos emociona el milagro, salta ante él un surtidor de comentarios, y, en cambio, descuidamos prácticamente la doctrina. ¿Aplausos ante la Virgen de Fátima? Muy bien. Pero un paso más: su pureza, su humildad, su amor a Cristo. Del milagro a la doctrina. Ese es el camino. Y Juan quiere que los suyos lo sigan.

3. Envió a dos de sus discípulos

Consumía su fiebre de león en Maqueronte. ¿Qué podría hacer ya el Precursor por Cristo? Enviarle sus discípulos. Que resuelva sus dudas, como intentó resolverlas él antes con la verdad de la humildad (cf. infra SAN AGUSTÍN en la sec. III, II, A, a). Que las resuelva ahora Cristo con la verdad de su omnipotencia.

«Como en las carreras de relevos los corredores, terminado su turno, van entregándose la antorcha unos a otros, Juan, cumplida su misión, cede ante Cristo. Como la aurora declina ante el sol brillante...» (cf. A. LÁPIDE, ed. cit. *Comm. in Matth.*, c. II, t. 15, p. 281).

Juan, en medio de su desgracia, se ocupa de los otros. Tú, enfermo, siéntete solidario de la Iglesia. No desperdicies su tesoro de sufrimientos. Por ti, por los pecadores, por la Iglesia entera, San Pablo, con los suyos, aumentaba el tesoro de los merecimientos de Cristo. El Papa un día al año te pide que apliques tus penalidades por su intención.

Juan se ocupa de sus inferiores (cf. infra SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA en la sec. V, I, A, a, 3) y está muy lejos de sentirse celoso de quien le hace sombra. Unicamente debemos buscar la gloria

de Cristo. Si trabajas por otra cosa, tu esfuerzo es vano. ¿De Apolo? ¿De Pedro? Yo sólo de Cristo-Predicador (1 Cor. 1, 12). Conviene que tú mengües y que El crezca...

d) Respuesta del Señor

¿Eres tú el que viene?... Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto.

Es una respuesta implícita en la forma; contundente en el fondo. Cristo afirma su divinidad y aduce una doble prueba: sus obras, el cumplimiento de las profecías.

El que viene. Título mesiánico a todas luces. Desde Jacob: *No faltará de Judá el cetro... hasta que venga aquel cuyo es* (Gen. 49, 10).

1. Las obras

1.º Las *que habéis oído* contar a los que me rodean. La misma resurrección de Naim (Lc. 7, 11-17), tan fresca en la memoria de todos, y a la que probablemente se refiere al decir: *Los muertos resucitan.*

2.º Las *que habéis visto* ¡Con cuánta razón pudieron los Hechos de los Apóstoles condensar la vida de Cristo en estas palabras: *Pertransiit benefaciendo*! (Act. 10,38).

Los milagros de Jesucristo no cesan. Pero son mayores los invisibles de su gracia que las curaciones corporales (cf. infra San Agustín en la sec. III, II, A). Y, sin embargo, los apreciamos menos.

El cristiano no debe conocerse sólo por su fe, sino por sus obras en beneficio del prójimo. Con mucha más razón los sacerdotes y predicadores. De lo contrario habría que decirnos lo que David: *Por haber hecho con esto que menospreciaran a Yavé sus enemigos* (2 Reg. 12,14), esto es, por haber dado motivo a que se escandalicen los que no creen y se apoyan en nuestra conducta para seguir en su incredulidad.

Muchos milagros pueden encerrar una interpretación alegórica y mística (cf. infra San Agustín, ibíd.).

2. Las profecías

Jesús alude a dos de Isaías: En la primera (35,4-6) el profeta habla de la liberación de Jerusalén atacada por los imperios vecinos. Pero según la costumbre de los vaticinios, pasa de la figura al tipo, de la liberación de Jerusalén atacada a la redención de la humanidad. *Decid a los de apocado corazón: Valor, no temáis, he aquí nuestro Dios... Viene El mismo y El nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los sordos. Entonces saltará el cojo como un ciervo y la lengua de los mudos cantará gozosa* (Is. 35,4-6).

El sentido múltiple admisible dentro de una misma profecía es harto conocido y ha dado margen a hermosas interpretaciones de los Santos Padres. En esta ocasión los extremos de alegría oriental del profeta se cumplieron exactamente en las curaciones del

Señor. Pero desde estas mismas curaciones puede darse otro paso fácil: Decid a los tímidos gentiles que no envidien al judío, porque pronto viene Dios a la tierra; vuestros ojos verán la verdad, vuestros pasos torcidos seguirán el camino recto de la verdad, hablaréis las alabanzas del verdadero Dios (cf. A LAPIDE, ed. cit. *Comm. in Is. proph.*, t. 11,455) Y con el mismo derecho y siguiendo a los Santos Padres, nosotros podemos clamar: Abre, Señor, nuestros ojos, endereza nuestros pasos, resucita nuestras almas...

La segunda profecía es la siguiente: *El espíritu del Señor, Yavé, descansa sobre mí, pues Yavé me ha ungido y me ha enviado a predicar la buena nueva a los abatidos* (Is. 61,1).

La figura es Isaías; la realidad, Cristo, que se aplica a sí mismo esta profecía en la sinagoga de Nazaret: *Porque me ungió para evangelizar a los pobres...* (Lc. 4,18-19). Este es el sentido, de importancia homilética extraordinaria, ya que Cristo da como nota de su misión la evangelización de los pobres.

3. Pauperes evangelizantur

Tal es la característica del reino de Cristo. En Isaías se lee *mansos o abatidos*, pero ya los Setenta, cambiando *anavim* por *aniim*, tradujeron *pobres*, y pobre es la palabra empleada por el Señor, quien equipara la evangelización de aquéllos con los milagros, en cuanto a señal de su mesianidad. Así, pues, viene a decir: Yo enseño y evangelizo a las turbas pobres, y por lo tanto, de esta señal segura, que Isaías dió del Mesías, colegid y sabed que yo lo soy (cf. A LAPIDE, ed. cit. *Comm. in Matth.*, t. 15,282-283).

El cumplimiento de la profecía resulta evidente. Jesucristo vivió entre pobres. Sus mismos apóstoles lo fueron. En Corinto la mayoría eran pobres. *No hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios... lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada* (1 Cor. 1,26-28). Y Santiago en general dice: *¿No escogió Dios a los pobres según el mundo para enriquecerlos en la fe?* (Iac. 2,5).

Los pobres siguieron a Jesús. Los ricos y los sabios presuntuosos le crucificaron (cf. infra SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA en la sec. V, I, A, b, 3).

«La causa de que predicara principalmente a los desvalidos estribó en que sus argumentos sobre el desprecio del mundo y de las riquezas, la mortificación y la cruz, eran escuchados ávidamente por el pobre, que ve iluminarse su pobreza, mientras que entristecen al rico...» (cf. A LAPIDE, ed. cit. *Comm. in Is.*, ibíd.). «He aquí la diferencia entre Cristo y el mundo» (cf. A LAPIDE, ibíd.). «¿Quieres imitar a Cristo? Enseña a los pobres, dirígeles, consuélales, ayúdales» (cf. A LAPIDE, ed. cit *Comm. in. Matth.*, ibíd.).

4. Bienaventurado aquel que no se escandalizare en mí

¿Cómo puede el Señor escandalizar y ser ocasión de condenación? ¡Ah! Su misma vida, sencilla y sin apariencias de penitencia extraordinaria, escandalizó hasta a los discípulos de Juan. El que se rodeara de pecadores escandalizó a los fariseos. El que se proclamara Dios a los judíos. El que muriera en una cruz, a los

gentiles. Siempre la envidia, la hipocresía y la soberbia se escandalizan del bien.

Y sobre todo de la doctrina. Para seguir a Cristo hay que domar las pasiones. Es más cómodo escandalizarse de la doctrina que practicarla. Félix se escandalizó oyendo a Pablo (Act. 24,1-27). Como se escandalizaron los atenienses en el Areópago (Act. 16,19-33). Como se escandalizó Herodes, el sensual, vistiendo de loco a Jesús, el Santo (Lc. 23,7-12).

e) Alabanzas de Juan

Ausentes los discípulos, para no parecer vano adulador, desgrana el Señor un rosario de alabanzas en honor de Juan. Su firmeza (no es una caña), su vida austera (el vestido), su misión (profeta), sus cualidades personales: anunciado por Malaquías, mayor que ningún hombre (cf. infra San Roberto Belarmino en la sec. IV, II, A). Y sin embargo, *el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él* (Mt. 11,11). Frase notabilísima para los que, ante la perfección del estado en que se encuentran, pueden ensoberbecerse o despreciar a los demás.

Ontológicamente, en cuanto al estado, cualquier cristiano es mayor que San Juan, puesto que vive en la perfección del orden sobrenatural del Nuevo Testamento, en el reino de Cristo. Pero, en cuanto a la perfección individual, San Juan supera a todo nacido de mujer (Mt. 11,11). Por lo tanto, tú, sacerdote, religioso o religiosa, da gracias a Dios, que te colocó, y no por tus méritos, en tal estado, pero procura que tu perfección subjetiva le corresponda.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

A modo de ejemplo, y para que se vea cómo se adelantaron los Santos Padres a refutar las objeciones que los racionalistas desempolvan como nuevas, transcribimos estos párrafos del Crisóstomo sobre los motivos de Juan y la envidia de los suyos (*Hom. 36 in Matth.*: PG 57,415ss).

A) Los motivos de Juan y la envidia de los suyos

«El que conocía a Cristo antes de sus prodigios, el que lo había aprendido del Espíritu Santo, el que se lo oyera al Padre, que lo había predicado delante de todos, ¿cómo envía ahora una embajada para enterarse de si era o no el Mesías?

No digo ya Juan..., sino un hombre vulgar y de los más abyectos, después de tantos testimonios y milagros, no podría tener dudas...

Ni aun podrá decir nadie que lo sabía claramente, pero le había acobardado la cárcel... De no estar dispuesto a morir, no hubiese hablado tan claramente a todo un pueblo acostumbrado a derramar sangre de profetas; no hubiera reprendido al tirano... Además, ¿de qué le podía aprovechar para librarse de la cárcel, si no había sido puesto en ella por Cristo?

Por consiguiente, ¿de qué se trataba allí?... Los discípulos de Juan se sentían adversarios de Jesús y le profesaban continuamente envidia... Ignoraban aún quién era el Mesías. Sospechándolo un puro hombre, y creyendo que el Precursor era más que hombre, llevaban a mal que Jesús creciera cada vez más en honra, y Juan, en cambio, menguase...

Por eso el Bautista, que en vida los exhortó continuamente..., ya próximo a morir, quiso recomendarlo con más ahinco. Si se hubiera limitado a repetirlo él, no le habrían hecho caso; cegados por su amor, antes lo hubiesen atribuído a modestia. El silencio tampoco conducía a nada. ¿Qué

hizo? Esperar que sus mismos discípulos le contasen los milagros de Jesús y entonces enviar una embajada...

Cristo, sabiendo la intención de Juan, no quiere contestar más que con las obras... Y aun después añade, conociendo lo que guardaban en su interior: *Bienaventurado el que no se escandaliza de mí*».

El Crisóstomo alude a las profecías y añade que si los demás profetas conocieron todo lo relativo a Jesús, ¿cómo el Precursor, mayor que todos ellos, iba a ignorar detalles de tal importancia?

B) La limosna

Acostumbrándose en todas las diócesis a celebrar en Adviento la llamada Campaña de Navidad, expondremos todos los domingos de este tiempo algunas ideas sobre la limosna, tema predilecto del Crisóstomo. Comenzaremos por extractar su sermón *De eleemosyna* (PG 51,261ss). improvisado al pasar por el foro camino de la iglesia, y ver a los pobres encogidos por el frío. Añadiremos después algunos trozos, generalmente tomados de los finales de sus sermones, que siempre encarrilaba a este punto. La primera parte pertenece íntegra al mencionado sermón sobre la limosna.

a) Exordio

1. Soy un embajador. El invierno me obliga

«Hoy me presento a vosotros como embajador, con una misión justa, útil y muy apropiada. No me la han confiado en pliegos ni por decretos del Senado. Me la han conferido los pobres de vuestra ciudad...

Al verles por las esquinas de las calles exhibiendo sus llagas me he juzgado reo de inhumanidad si no os hablaba de ellos...

Además, la estación invernal en que vivimos me obliga a plantearos el tema. Siempre resulta procedente hablar de la limosna, porque siempre y en todo tiempo necesitamos que Dios se compadezca de nosotros, pero lo es mucho más en los rigores del frío... En verano pueden andar medio desnudos, porque el sol les sirve de ropaje; dormir al aire libre, descalzos y sin probar el vino, ni comidas más fuertes, porque les basta con el agua y fácilmente encuentran frutos y legumbres para su sustento... Por otra parte, entonces hay más posibilidad de trabajar. Los ricos viven de sus fincas y negocios, mientras que ellos no poseen más que el esfuerzo de sus manos, y ocurre que, en invierno, cuando son combatidos por el doble enemigo, del hambre interior y del frío externo..., carecen hasta de la posibilidad de en-

contrar empleo, a pesar de que entonces es cuando necesitan una comida más sólida y un vestido más recio, techo, calzado y mil otros menesteres...»

2. Pablo, compañero de embajada

«En esta embajada voy a tomar por compañero a Pablo, el gran defensor y amparador de los pobres. Nadie ha sentido esta preocupación más hondamente que él. Hasta el punto de que, cuando se dividió el mundo con Pedro, reservándose éste los judíos y correspondiéndole a Pablo los gentiles, en lo que se refiere a los pobres no hicieron división alguna (Gal. 2,9-10).

No se halla ni una epístola suya en la que no se escriba alguna exhortación sobre esta materia. Conocía su importancia. Y como quien pone el más precioso remate al edificio, así él corona siempre sus consejos y avisos con tal doctrina.

Lo que solía hacer siempre lo repitió también en el pasaje (que vamos a comentar), en que, después de hablar de la resurrección, termina con estas palabras»: (Aquí el Crisóstomo lee el pasaje de San Pablo 1 Cor. 16,1-2; cf. supra en la sec. I, B, h.)

b) PRIMERA PARTE. PARALELO ENTRE LA ORGANIZACIÓN DE LA COLECTA PAULINA Y LA NUESTRA. EXPOSICIÓN DEL TEXTO PAULINO

1. Después del juicio

«Advertid qué oportunamente habla San Pablo de la colecta. Después de escribir sobre el juicio, sobre aquel tribunal tremendo y la gloria alcanzada por los que han vivido bien..., cuando están aterrorizados por el Juez y movidos por la esperanza del premio..., cuando no se aprecia ninguna de las riquezas de esta vida, ni el oro, ni los vestidos suntuosos..., entonces comienza su exhortación a la limosna».

2. En favor de los santos (ibid. 16.1)

«No dice: Sobre la colecta a los mendigos o a los pobres. No. Dice: *a los santos.*

Pablo, que no repara en motejar al emperador de inicuo cuando se lo merece, y así llama a Nerón *mysterium... iniquitatis* (2 Thess. 2,7)—es una interpretación del Crisóstomo—, califica de santos a estos pobres necesitados de alimento y para los que pide limosna. Así enseña a apreciar al pobre bueno y a rechazar al rico malo. Y, a la vez, insinúa que, al recibir tal cargo, nadie se ensoberbezca, como si tuviera que socorrer a gente de menos valía, sino que, por el

contrario, todos se convenzan de que constituye un honor participar de las desgracias y necesidades de los pobres».

3. Emulación mutua (ibid. 16,1)

«¿Por qué añade... según se lo he mandado yo *a todas las iglesias de Galacia?* Para que lo tomen con más ahínco, acuciados por la emulación y el deseo de recibir una santa alabanza».

En nuestros tiempos la simultaneidad de la colecta en parroquias y diócesis puede servir para lo mismo.

4. Dad en domingo (*per unam sabbati:* **ibid. 16,2)**

«En domingo. No creáis que escogió este día a tontas y a locas. En todos los asuntos es muy importante elegir el momento oportuno. ¿Qué tiene ese día para que se dé en él la limosna con más facilidad? Pues que en él se descansa, y con el descanso está el ánimo más alegre y bien dispuesto. Y sobre todo, en ese día disfrutamos de los mayores bienes... En ese día fué vencida la muerte, levantada la maldición, borrado el pecado, quebrantadas las puertas del infierno, vencido el demonio, finalizada la ya tan larga guerra, reconciliados los hombres con Dios y reintegrado nuestro linaje a su antigua, ¿qué digo a su antigua?, a una mucho mayor nobleza. Asomóse el sol y se admiró del espectáculo: el hombre hecho inmortal.

Así, pues, San Pablo... nos viene a decir: Piensa, hombre, cuántos bienes recibiste y de qué males te libraste en este día; lo que eras antes y lo que eres hoy... Del mismo modo que los esclavos a quienes otorgamos la libertad celebran espléndidamente nuestro cumpleaños dando convites los unos y repartiendo dones los más liberales, así nosotros con mayor motivo debemos celebrar este día que pudiéramos llamar el natalicio de la humanidad entera. Estábamos perdidos y nos han encontrado; muertos, y hemos resucitado... Por lo tanto, celebremos este día con gran fiesta del espíritu. No con comilonas y bebidas..., sino llevando la abundancia a nuestros hermanos, los pobres...

Os explico todo esto, no para que alabéis a los de Corinto—a quienes se dirigía San Pablo—, sino para que los imitéis... En el día del Señor reunid las riquezas del Señor. Sea esta costumbre una ley eterna».

5. Dad todos, pobres y ricos (ibid. 16,2)

«*Unusquisque vestrum.* No hablo sólo a los ricos, sino también a los pobres; no sólo a los libres, sino a los esclavos; no sólo a los hombres, sino a las mujeres. Que nadie se crea libre de este oficio, ni nadie pierda en este negocio

tamaña ganancia. Que todo el mundo ofrezca algo, y la pobreza no impida colaborar. ¿Eres pobre? Más lo era aquella viuda del Evangelio (Lc. 21,2-4)... Por eso dice (San Pablo) *apud se seponat recondens*. Quizá les daba vergüenza mostrar una cantidad exigua. Es como si dijera: Vete reuniéndola tú; y cuando la suma de pequeños dones forme una cantidad mayor, entrégala».

6. Tu limosna es un tesoro (ibíd. 16,2)

«Tampoco dice *reúnes*, sino *atesoras*, para que aprendas que ese ahorro se convierte en un tesoro mejor que otro cualquiera, porque los de aquí abajo están sujetos a los fraudes y engaños... El tuyo, en cambio, estará en el cielo...

Vete guardando el dinero de los pobres en tu casa, junto con el que necesitas tú, y convertirás tu hogar en banco de Dios. Del mismo modo que los que quieren guardar seguro su dinero se lo entregan a los bancos del Estado, tú tendrás asegurado lo tuyo. Porque donde se custodia el dinero de los pobres no entra el demonio. Y ellos te defenderán mejor que los escudos, las lanzas y las armas de los soldados...»

7. Lo que bien le pareciere (ibid. 16,2)

«*Quod ei bene placuerit*. Lo que a cada uno le parezca. No impone la cantidad para no pecar de oneroso. Porque San Pablo no pretende sólo que se socorra a los pobres, sino que les auxiliemos con alegría. Dios no ha mandado dar limosna únicamente para que coman ellos, sino para reportar un bien a los limosneros. Y si me apuráis, la instituyó más en beneficio de éstos que de aquéllos...

En otro lugar dice: *No de mala gana, ni obligado, que Dios ama al que da con alegría* (2 Cor. 9,7). Y otra vez: *El que da, dé con sencillez; quien presida, presida con solicitud; quien practica la misericordia, hágalo con alegría* (Rom. 12,8)...

La limosna consiste en dar y alegrarse, sabiendo que se recibe más de la que se da».

8. Resumen

tidad alguna, sino que lo deja al arbitrio de cada cual, indicándole que dará de lo que él ha recibido en préstamo de Dios, y séptimo, el mismo Pablo hará la colecta (1 Cor. 16,3-4). Para excitarles más, les anima diciendo que cuando llegue él reunirá todo el dinero que le entreguen los que hayan sido elegidos por los mismos de Corinto...

Pues si los de Corinto sólo con saber que Pablo había de entregar sus dones se animaban, ¿no te animarás tú mucho más sabiendo que es el Señor de Pablo el que obtendrá los tuyos, puesto que Dios habrá de recibir lo que des a los pobres?»

c) Segunda parte. Motivos de la limosna

1. La limosna, fuente de bienes para el pobre y el rico

No seamos perezosos para dar limosna, «por el miedo de que mengüe nuestro caudal. ¿No es un absurdo que el agricultor, confiado en una cosecha problemática, ni sea tacaño, ni sienta pena al esparcir la semilla, y tú, en cambio, que siembras para recoger, no un fruto de igual calidad que lo que siembras, sino otro mucho mejor, tú que depositas tu dinero en las manos de Cristo, te eches para atrás, rehuyas y tengas miedo de empobrecerte?...

¿Acaso Dios, por cuyo mandato la tierra germinó todas las plantas (Gen. 1,11), no pudo ordenarle que produjese oro puro o a los arroyos que lo manaran? Sin embargo, no quiso hacerlo, sino que dejó a muchos en la pobreza, para tu bien y para el suyo. Para el de ellos, porque la pobreza es más propicia a la virtud que la riqueza, y para el tuyo, porque también los que viven en pecado reciben no poco provecho con las limosnas que dan».

El Crisóstomo recuerda el ejemplo de Cristo, que aun cuando en una ocasión multiplicó los panes y pudo repetirlo siempre, sin embargo, tenía una bolsa, administrada por Judas (Io. 12,6), para socorrer a los pobres (PG 51,261ss).

2. Somos usufructuarios de nuestros bienes

Con frecuencia no puedo contener la risa al leer los testamentos: dejo a fulano la propiedad de tal finca y a zutano el uso. ¡Pero si nadie posee el dominio! ¡Si sólo se nos ha concedido el usufructo! Aun cuando en la vida conservásemos todos nuestros bienes, al final tendríamos que dejarlos en la tierra y contentarnos con haberlos utilizado...

Dios creó en abundancia todo lo que es necesario, como el aire, el agua..., porque, de no abundar lo necesario, quizá

los ricos, con su avaricia acostumbrada, lo hubiesen acaparado para asfixiar a los pobres. En cambio, hizo que el dinero no abundase tánto, para que en el mundo pudiera existir la limosna...

Dios repartió así las riquezas para que nosotros, al socorrer a los menesterosos, obtuviéramos algún remedio de nuestras culpas. ¿Y, habiéndote hecho rico Dios, te haces tú pobre? Dios te otorgó la riqueza para que ayudes a los necesitados..., no para que tu dinero sea causa de tu muerte, sino para que repartas la vida» *(Hom. 2 de Statuis:* PG 49,42).

3. La limosna, medicina nuestra y medio para obtener el perdón de los pecados

«No creáis que hablaros tanto de la limosna es una especie de acusación. Ni mucho menos. En los deportes, al que se aplaude y anima más es al que va delante de todos, corriendo el primero hacia la meta. Por eso, porque veo la alegría con que me oís, me extiendo más y más...

Los pobres son nuestros médicos, protectores y bienhechores... Recibes más de lo que das. Das dinero y recibes el cielo. Alivias la pobreza y te granjeas la amistad de Dios. Ya ves la diferencia. Das cosas terrenas y las recibes celestiales...

Por eso nuestros mayores pusieron a los pobres a la puerta del templo. Para que viendo tanta miseria... se ablandase el más duro. Así como se han colocado en las puertas las pilas de agua para lavarse las manos antes de levantarlas hacia Dios, así nuestros antepasados colocaron a los pobres para que, lavada el alma mediante la limosna, pudieran dirigir sus preces hacia el cielo...

No limpia tanto el agua las manchas del cuerpo como la limosna las del alma... Aun cuando no te creas pecador, no obstante debes limpiar tu alma con la limosna, porque también tú por las calles y plazas contraes no pocas manchas a veces (pecados veniales)... Da limosna a los pobres y límpialas para que puedas rezar con confianza» (cf. *Habentes autem eumdem...* III: PG 51,291ss).

4. Excusas vanas. La limosna es entrar en compañía con Dios

«Tengo que alimentar a mis hijos, sostener mi casa y mi mujer. Me abruman los gastos. No me llega... Defensa fría e inútil. ¿Tienes que sostener a tus hijos y por eso no das limosna? Pues por eso mismo debes dar más. Para con poco dinero granjearte al Dios que te dió esos hijos, y dejarles un buen abogado cuando te mueras. Gastando poco vas a conseguir grandes favores del cielo para ellos»...

A la limosna se la llama semilla, porque más que un gasto es un capital que produce... ¿Por qué temes sembrar en el cielo, donde no hay tormentas, ni langosta, ni calamidad alguna?... Si la tierra devuelve lo que se le entrega, la mano de Dios lo retorna con réditos más grandes» (ibíd. II, 9: PG 51,289-290).

d) Exhortación final

1. Ayuda personalmente al pobre

«Saca el mayor fruto posible de tus bienes, obteniendo dos por lo menos, el dar y el darlo bien. No te importe servir al pobre con tu mano, pues a Cristo no le importa extender la suya para pedirte una limosna a través del que mendiga. No te avergüences más que de pecar. El reunir la limosna y la amabilidad, sirviendo al pobre, te ennoblece.

Si te acercas a los pobres, tanto más te alabarán cuanto más rico seas. Y no sólo los hombres, sino los ángeles y el Señor de los ángeles, que, no contento con alabarte, te dará un premio doble, por tu limosna y por tu humildad. No te avergüences de servir a los pobres y lavar los pies al peregrino; ese trabajo santifica nuestras manos y si, después, las levantas para orar, Dios, al verlas, oirá más propicio tus ruegos. Porque a dar dinero se atreven muchos, pero para servir a los pobres con alegría se requiere un alma de gran firmeza. Y precisamente esto es lo que más recomienda el Apóstol, al pedir compasión para los que sufren... *Acordaos de los presos,* dice, *como si vosotros estuvieseis presos con ellos* (Hebr. 13,3). Si San Pablo exige a las viudas dedicadas a cuidar de la iglesia que hayan entrado en las cárceles y visitado a los enfermos..., ¿qué no nos pedirá a nosotros, varones fuertes?»...

2. No investigues la vida de los pobres

«Hay quienes, antes de dar limosna, se dedican a investigar la vida, las costumbres y la salud de los pobres..., y por eso muchos pobres fingen mutilaciones y desgracias... En verano (cuando abunda el trabajo), pase, pero en el rigor del invierno, convertirse en juez tan severo que no sienta la menor indulgencia con quienes no tienen donde trabajar, es inhumano...

Me diréis lo que San Pablo (2 Thess. 3,10): *El que no quiere trabajar, que no coma.* Pues te estás condenando tú mismo con las palabras del Apóstol. Las leyes de San Pablo no son leyes para los pobres, sino para todos...

Sé que os voy a molestar y que os enfadaréis, pero no

hablo para ofenderos, sino para enmendaros. Les echamos en cara holgazanería... y nosotros somos peores...

Es que yo, me dirás, heredé un capital de mis padres. Eso es, y porque él es un pobre, hijo de padres pobres, hay que condenarle. No, señor. Por eso mismo, los ricos debieran tener compasión de él... ¿Y vas a ser tú, que pasas el día en los teatros, reuniones y charlas sin ganar nada..., el que le pedirá cuentas a este desgraciado...? Así, pues, el dicho de San Pablo aplícatelo a ti mismo y no a los pobres... O, por lo menos, no leas sólo su parte dura, sino también su misericordia, pues el mismo que dice que *el que no quiere trabajar que no coma*, añade: *Cuanto a vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien*» (2 Thess. 3,13).

«Todavía suele aducirse otro motivo. Es que son forasteros vagabundos... que vienen a nuestra ciudad. ¿Y por eso los menosprecias y les haces ascos? ¿Porque todos la consideran como un puerto seguro y dejan su patria para acogerse a su hospitalidad? Debiera eso ser motivo de honra para nosotros...

Si Dios nos hubiese mandado que investigásemos las vidas ajenas... nos lamentaríamos de obligación tan penosa... Pues no nos quejemos ahora que nos libra de tal carga y nos promete el premio, sean buenos o malos los socorridos... Dios *hace salir el sol, y llueve sobre justos e injustos* (Mt. 5,45)... Aseméjate tú a El» (cf. *De eleemosyna:* PG 51,269,6).

3. Cristo te lo da todo. ¿Qué le devuelves tú a El?

He aquí uno de los párrafos más elocuentes del Crisóstomo (*Hom. 15 in Epist. ad Rom.:* PG 60.547-548).

«Dejadme llorar, viendo lo que somos, y advirtiendo que no sabemos prescindir de las riquezas ni aun por Dios, ni por nuestra conveniencia propia. Sólo Pablo fué capaz de sufrirlo todo, no por reinos ni lucros, sino por amor de Cristo... Dios entregó a su Hijo, y tú ni siquiera le das pan al que se entregó y murió por ti. El Padre por ti no perdonó ni a su propio Hijo, y tú, en cambio, cuando le ves hambriento no eres capaz de socorrerle con los bienes que de El mismo has recibido, sabiendo, además, que es para bien tuyo. ¿Hay algo peor que nuestra maldad? Se entregó por ti, murió por ti, viajó pasando necesidad por ti, los bienes que das son de El: la utilidad la recibes tú, y ni aun así siquiera te decides a dar... No le pareció bastante la cruz y la muerte; se hizo pobre y peregrino, viajero y desnudo, sufrió la cárcel y el dolor, para ver si podía conseguir que tú le oyeras...

Si no quieres pagarme por mi pasión, compadécete por lo menos de mi pobreza. Si no te importa mi pobreza, ablándate de mi enfermedad y de mi cárcel. Si ni aun siquiera esto te conmueve, accede, al menos, al ver lo poco que te pido.

No te imploro nada de lujo, sino pan, cobijo y unas palabras de consuelo...

¿Todavía permaneces en tu dureza? Pues, aunque no sea más, mira al cielo y los premios que te ofrezco...

¿Ni aun eso te importa? Pues acudiré a tu misma naturaleza, para ver si así rompo tu obstinación. ¿Ves un hombre desnudo? Yo estuve desnudo por ti en la cruz, y ahora lo estoy por ti en ese pobre. Yo fuí preso por ti, ahora por ti lo vuelvo a estar. ¡Ojalá que mis cadenas antiguas o presentes te muevan a compasión! Pasé hambre por ti, y ahora la padezco otra vez. Tuve sed por ti en la cruz, y ahora me abrasa en las fauces de mis pobres, para por aquella o por esta sed traerte a mí, y por tu bien hacerte caritativo. Por los mil beneficios de que te he colmado, ¡dame algo! No te lo pido porque me lo debas, te lo pido para concederte la corona y por una pequeñez otorgarte un reino. No te digo: arregla mi vida y sácame de la miseria; entrégame tus bienes, aun cuando yo me vea pobre por tu amor. Sólo te imploro pan y vestido y un poco de alivio para mi hambre. Estoy preso. No te ruego que me libres. Sólo quiero que por tu propio bien me hagas una visita. Con eso me bastará y por eso te regalaré el cielo. Yo te libré a ti de una prisión mil veces más dura. Pero me contento con que me vengas a ver de vez en cuando. Pudiera, es verdad, darte tu corona sin nada de esto, pero quiero estarte agradecido y que vengas después a recibir tu premio confiadamente. Por eso, yo, que puedo alimentarme por mí mismo, prefiero dar vueltas a tu alrededor, pidiendo, y extender mi mano a tu puerta. Mi amor llegó a tanto, que quiero que tú me alimentes. Por eso prefiero, como amigo, tu mesa; de eso me glorío y te muestro ante todo el mundo como mi bienhechor...

Nosotros nos avergonzamos cuando alguien nos mantiene. En cambio, El nos ama tanto, que aunque nosotros callemos pregonará a voces, sin vergüenza alguna, que estuvo desnudo y le vestimos, hambriento y le dimos de comer».

El público rompe en aplausos y el Crisóstomo continúa: «¿A qué vienen estos aplausos? Sólo deseo una cosa de vosotros. El ejemplo de vuestras buenas obras; ésa es mi ganancia; ése vuestro lucro, y ése será el brillante más espléndido de mi corona. Preparad, pues, los laureles para vosotros y para mí. Vivamos bien en este mundo, vivamos con una sola esperanza, y, al marchar a la otra vida, disfrutaremos de felicidad inenarrable. Ojalá que la alcancemos por la gloria y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al que con el Padre y el Espíritu Santo sea toda gloria, imperio y honor ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén».

II. SAN AGUSTIN

Tiene seis sermones este santo doctor sobre la natividad del Bautista y, además, un comentario sobre el pasaje evangélico del presente domingo (cf. BAC, *Obras de San Agustín*, t. 7, *Sermones*, sermón 66, p. 161ss). En todos ellos se repite casi constantemente el mismo pensamiento, a saber, la superioridad de Jesús sobre Juan. Otra idea dominante en su comentario al cuarto evangelio es la de que el Precursor no tuvo nunca envidia de Cristo, lo cual nos brinda ocasión para rebuscar la doctrina del santo de Hipona sobre este vicio capital.

Como quiera que la escena que comentamos está íntimamente unida por su asunto con la descrita en el capítulo tercero de San Juan, extractaremos también lo que creamos más oportuno de las reflexiones agustinianas sobre el tema.

A) La embajada de Juan

a) Testimonios mutuos de Juan y de Cristo

¿Qué testimonio dió Juan sobre Cristo? «Díganos el heraldo mismo lo que va de él al Juez que anuncia. Juan, cierto, precedió a Cristo en haber nacido antes (Io. 1,15) y en haberle anunciado, pero es la suya precedencia de servicio, no de superioridad; no por ir los oficiales todos de un tribunal delante del juez son ellos los primeros, sino los últimos...

Ahora bien, ¿qué testimonio dió Juan de Cristo? Uno tal, que a su decir no era *digno de desatar la correa de su sandalia* (Io. 1,27). ¿Nada más? *Nosotros*—dice—*de plenitudine eius... omnes accepimus* (Io. 1,16)... Era Juan tan grande, que se le tomaba por el Mesías y, de no aseverar que no lo era, hubiera cuajado el error de serlo en efecto. ¡Cuánta humildad la suya en rechazar ese honor del pueblo!... Conocía demasiado la palabra de Dios *(Dei Verbum)* para empinarse sobre las palabras de los hombres *(hominum verbis)*...

¿Qué dice Cristo de Juan? Nos lo acaban de leer (repite la frase evangélica)... Más que profeta. ¿Por qué? Porque los profetas anunciaron la venida del Señor a quienes deseaban ver y no vieron; a éste se le dió lo que otros anhelaron en balde. Vió Juan al Señor; le vió con sus propios ojos, le señaló con el dedo...»

b) Intención de Juan al enviar su embajada

1. ¿Eres tú el que viene o esperamos a otro? (Mt. 11,3)

«¿En eso vino a resolverse el encomio? El panegírico, ¿se ha vuelto duda?... ¿Cómo, pues, solventar la oscura cuestión?... La respuesta es de una claridad meridiana». Juan no era envidioso. «Juan tenía discípulos aparte, no porque fuera él un disidente respecto de Cristo; era más bien un testigo providencial. Convenía, en efecto, que diera testimonio de Cristo un hombre así; un hombre que también juntaba discípulos, que podrían mirar de reojo al Señor, no viendo las obras que hacía... En resolución, como los discípulos tenían por tan grande a su maestro, se maravillaban de oírle hablar así de Cristo; y como estaba para morir, quiso que fueran robustecidos por el mismo Señor... *Id y decidle;* no por dudar yo, sino para saber vosotros a qué ateneros... Habéis oído al heraldo, confírmeos el Juez» (cf. BAC, San Agustín, t. 7, p. 161-165, y *Serm.* 66 en PL 38,430-432).

En el comentario al cuarto Evangelio *(Tract.* 13, c. 3, PL 35,1492) describe San Agustín una escena de gran semejanza con la nuestra. Los discípulos de Juan se le quejan de que Cristo bautice y reúna más fieles cerca de El. Juan responde humilde, y da pie al Santo para orientar, comentando las frases del Precursor, una gran parte de sus ideas sobre la gracia en torno a la humildad, y, por lo tanto, a combatir la envidia.

2. Argumento

«Confesó, pues, Juan, conforme a lo que habéis oído. Porque cuando Jesús iba reuniendo muchos discípulos, se lo contaron (a Juan), para hostigarle, como si fuera un envidioso. *Todos se van con El* (Io. 3,26), le dijeron...

Juan contestó: *No debe el hombre tomarse nada si no le fuere dado del cielo* (Io. 3,27). Cristo es el que da, el hombre el que recibe. Io. 3,28: *Vosotros mismos sois testigos de lo que he dicho» (Tract.* 14: PL 35,1502,2).

3. Envidia de los de Juan. Humildad de éste

«Bautizaba Juan y bautizaba Cristo. Se preocuparon los discípulos de Juan porque las gentes corrían hacia Cristo y corrían hacia Juan, pero mientras Juan enviaba a Cristo los que le venían, Cristo no enviaba sus bautizados a Juan. Turbáronse entonces los discípulos de éste y comenzaron a discutir con los judíos, como suele ocurrir en estos casos. Los judíos

decían que Cristo era mayor, y que había que acudir a su bautismo, pero ellos no lo entendían así y defendían el de Juan.

Fueron a éste para que resolviera la cuestión. Bien pudo decirles: Tenéis razón, mi bautismo es el mejor. Y para que os convenzáis, sabed que yo he bautizado al mismo Cristo.

¿No tenía motivos para pavonearse de ello si hubiera querido vanagloriarse en algo? Pero sabía ante quién se humillaba... y entendía que su salvación estaba en Cristo» *(Tract.* 13: PL 35,1495,6).

4. Motivos de Juan

1.º *Et de plenitudine eius nos omnes accepimus* (Io. 1,16)

«Esto es confesar su divinidad. ¿De qué plenitud van a recibir los hombres si no es de la de Dios?... El es la fuente: los hombres, los que beben. Los que beben de la fuente pueden tener sed y beber. La fuente nunca tiene sed ni necesita agua. Los hombres precisan de la fuente, y con sus entrañas secas y sus fauces abrasadas corren a ella para reponerse. La fuente fluye para saciarles. Así es el Señor Jesús» (ibid. 1496,8).

2.º *Non potest homo accipere quidquam, nisi fuerit ei datum de caelo* (Io. 3.27)

«¿Qué dices? ¿No deberíamos prohibírselo y obligarles a que vinieran a ti? *Respondit... et dixit: Non potest homo accipere quidquam...* De sí mismo lo dice. Como hombre que soy (lo que tengo), lo he recibido del cielo... Y precisamente porque he recibido algún valor del cielo, ¿queréis que lo pierda hablando contra la verdad?...

¿Cómo me habéis propuesto vosotros mismos la cuestión? No me habéis dicho: *Rabbi, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio* (ibid. 26)... ¿Y voy a negar ahora lo que dije antes? *Vosotros mismos sois testigos de que dije: «Yo no soy el Mesías...»* (ibid. 28).

—¿No eres el Cristo? ¿Y qué importa? Al fin y al cabo eres mayor que él, puesto que tú le bautizaste.

Sí, pero soy un enviado *(missus sum)* (ibid. 28); luego yo soy el pregonero y él el Juez. Soy lo que El me hizo *(Tract.* 13: PL 35.1497-9).

3.º *Qui habet sponsam, sponsus est* (Io. 3,29)

He aquí un pensamiento que San Agustín repite mucho. Cristo es el Esposo de las almas y de la Iglesia. El amigo del esposo en tanto se sostiene *(stat)*, en cuanto que cela a la esposa para su amigo, el esposo. Si la quisiera para sí,

sería una adúltera. Juan quiere a la Iglesia para Cristo. En esta ocasión San Agustín contrapone la actitud del Precursor con la de los donatistas, que no aman a la Iglesia y su bautismo sino para que les sirva de propia vanagloria. Buen ejemplo para el recto y puro celo sacerdotal.

El amarse a sí mismo egoístamente, el amar al prójimo sin enderezarlo a Dios, es ya un adulterio: «Como Juan se consideraba sólo amigo del esposo..., nunca pretendió que sus discípulos continuaran con él. No buscaba su gloria y quiso que siguieran al Señor. Por eso les dijo (Io. 1,36): *Ecce Agnus Dei*» (ibíd. 1497ss).

«*Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat* (1 Cor. 3,7). ¿Y hay entre nosotros quien presume de ser algo? Si lo creemos y no le damos gloria, somos adúlteros; nos amamos a nosotros mismos y no al esposo. Amad a Cristo y amadme en El, como yo os amo a vosotros. Amense los miembros entre sí, pero viviendo todos en unión de la cabeza (ibíd. 1502,18)... Nadie se alegre de sí mismo, porque después se entristecerá. En cambio, el que desea alegrarse en Dios, estará siempre gozoso, porque Dios es eterno... De ese tal dijo San Juan (Io. 3,29): *Amicus... sponsi, qui stat, et audit, eum, gaudio gaudet propter vocem sponsi*» (ibíd. 1502,2).

4.° *No sea que pierda lo que recibí.*

«Se cumplió mi gozo (el del amigo del esposo). Tengo mi gracia. No tomo más, no sea que pierda lo que recibí. *Gaudio gaudet propter vocem sponsi.* Entienda el hombre que no debe gozarse de su sabiduría, sino de la que recibió de Dios. No pase de ahí, no sea que lo pierda todo, porque muchos se volvieron necios por creerse sabios» (Rom. 1,19)... Los romanos «se atribuyeron a sí mismos lo que habían recibido y, al no dar gracias, se tornaron necios. Dios lo que da gratis se lo quita a los ingratos. Juan no quiso serlo... y se alegró ante la voz del esposo» (ibíd. 1503,3).

c) Propósito de Juan. Illum oportet crescere, me autem minui (Io. 3,30)

La consecuencia lógica en el pensamiento de San Juan es la antítesis de la envidia de los suyos, y que él sintetiza en pocas palabras: *Me autem minui.* Sigamos la explicación de San Agustín (ibíd. 1504,5): «Antes de la venida de Cristo, los hombres estaban pagados de sí mismos; pero vino ese Hombre para que disminuyera la gloria del hombre y aumentase la de Dios».

1. *Porque somos pecadores.* «El vino sin pecado y nos encontró a nosotros manchados con él. El papel de Dios es

perdonar; el nuestro, confesar. La humildad del hombre, confesar (su mancha); la grandeza de Dios, tener misericordia. Para que pueda perdonar Dios los pecados, conozca el hombre su miseria. *Illum oportet crescere, me autem minui.* Que la gloria sea para El, y para mí la confesión».

2. *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris, quasi non acceperis?* (1 Cor. 4,7). «Conozca el hombre su situación, confiese a Dios y oiga al Apóstol, que dice: *quid autem habes...* Mengüe el hombre en sí mismo y crezca en Dios. Crezca en nosotros la gloria de Dios y disminuya la nuestra, porque así es como ésta crecerá delante de El. Esto es lo que el Apóstol enseña: *qui gloriatur, in Domino glorietur* (1 Cor. 1,31). ¿Quieres gloriarte en ti mismo? ¿Quieres crecer? Será para tu mal».

3. *Cómo crece Dios.* «Cuanto más vas entendiendo y conociendo a Dios, más va creciendo Dios en ti. El no crece en sí mismo, porque es siempre perfecto». Pero así como cuando el ojo enfermo se va curando parece que aumenta la luz, así «en el interior del hombre adelanta éste en Dios, y parece que es Dios el que va creciendo. El hombre disminuye, baja de su gloria, pero para subir en la de Dios» (ibíd. 1505,5).

B) La envidia y sus remedios

a) Definición

«¿Qué es la envidia sino la tristeza del bien ajeno?... La maldad se alegra del mal ajeno, la envidia se entristece del bien»... (PL 39,1516). «No confunda nadie la emulación con la envidia. Son muy vecinas y por eso muchas veces se toma la una por la otra. La *emulación* es un dolor del ánimo existente cuando vemos que alguien obtiene una cosa que apetecíamos dos o más y que no podía ser lograda sino por uno solo. Su remedio es la paz, por la que deseamos alcanzar aquello que convierte en uno a todos los que lo apetecen y consiguen. La *envidia* es un dolor del ánimo, que ocurre cuando vemos que alguien, a quien consideramos indigno, alcanza un bien, aun cuando nosotros no lo procurásemos. Su remedio es la mansedumbre, por la que cada uno se somete al juicio de Dios, sin oponerse a sus designios...» (*Exposit. in Epist. ad Gal.*: PL 35.2141.52).

b) La envidia, hija de la soberbia

En el sermón 364 (PL 39,1565,5 y 6), San Agustín habla a las vírgenes y, después de defenderlas de la envidia ajena, les recomienda la humildad. Seguiremos el orden de San Agustín, dividiendo en párrafos su discurso:

1. El casto soberbio se condena como Satanás

Los casados justos, mirando a los que consagraron su pureza a Dios, «os juzgan mejores que ellos. Pero tanto cuanto ellos os honran, debéis honrarles a ellos. Si sois santos, temed, no sea que perdáis la santidad. ¿Cómo? Por la soberbia. La santidad del casto se puede perder por el adulterio, pero también por la soberbia. Y hasta me atrevo a decir que los casados humildes son mejores que los castos soberbios... Fijaos en el demonio. ¿Creéis que Dios podrá acusarle de adulterio o fornicación? Quien no tiene cuerpo, nada de eso pudo cometer. La soberbia y la envidia le enviaron al infierno».

2. La envidia, hija de la soberbia

«Cuando la soberbia se apodera de un siervo de Dios, inmediatamente acude la envidia. El soberbio no puede por menos de ser envidioso. Porque la envidia es hija de la soberbia, y esta madre no conoce la esterilidad; en cuanto nace, inmediatamente da a luz».

c) Remedios

1. Considerad el mayor valor de los demás

«Para que no existan en vosotros (la envidia y la soberbia), considerad que no fué coronada sólo Inés la virgen, sino también Crispina, mujer casada, y que ciertamente algunos continentes apostataron, mientras que otros, casados, vencieron... Debéis pensar más en lo que os falta que en lo que tenéis. Cuida no perder lo que tienes, y pide a Dios que te dé lo que te falta».

2. Siendo la soberbia madre de la envidia, su remedio es la caridad

«Sólo la caridad es la que vence, sin la que lo demás nada vale. En dondequiera que se presenta, lo arrastra todo... Ella es la que no envidia *(non aemulatur)*. ¿Sabéis por qué? Porque no se hincha *(non inflatur)*. El primero

de los vicios es la soberbia, e inmediato a él, la envidia. La envidia no engendra la soberbia, sino al revés, porque la envidia nace siempre del amor propio... Por eso, San Pablo, alabando la caridad, dice (1 Cor. 13,4): primero, *non aemulatur*, y después, *non inflatur*. Para que si alguno preguntara: y ¿por qué no tiene envidia?, se contestase: porque no se hincha».

d) La envidia, madre de muchos males

«*Talium est enim regnum caelorum* (Mt. 19,14), de los humildes, de los espiritualmente niños. No disputéis, no tengáis odios... La soberbia engendra la envidia. ¿Y qué envidioso no desea el mal a aquel cuyo bien le atormenta? La envidia engendra como consecuencia natural la maldad, de la que proceden el dolo, la adulación, la murmuración y toda clase de males que no quisiéramos que los demás nos hicieran a nosotros» (*Serm.* 353, *in die octav. Infant.*: PL 39,1551).

e) La envidia del malo al bueno

Al comentar el texto sálmico: *Absconderunt superbi laqueum mihi* (Ps. 139,6), San Agustín explana el tema de la envidia (cf. *Enarrat. in Ps.* 139: PL 37,1807).

1. El malo quiere aparecer bueno

«El cuerpo del diablo está formado por los soberbios. Por esta razón muchos inicuos quieren parecer buenos, y de aquí que nada les sea tan duro como confesar sus culpas y que, siendo malos, tengan que envidiar a los verdaderamente buenos».

2. El envidioso, como consecuencia, procura que el envidiado pierda el bien que producen sus celos

«Estos falsos justos, que lo quieren parecer sin serlo, necesariamente envidian a los que lo son de veras, e inmediatamente comienzan a buscar el medio de hacerles perder el bien de que pueden gloriarse... Quien primeramente lo hizo fué el diablo, que, al perder el reino de los cielos, no quiso que lo alcanzase el hombre (Gen. 3). Como el demonio es soberbio y, por lo tanto, envidioso, los envidiosos y soberbios componen su cuerpo...»

3. Remedio fácil

«Oremos contra el que ya no puede corregirse (Satanás) y pidamos por los que todavía son capaces de enmienda, diciéndoles: ¿Por qué tenéis envidia? ¿Queréis parecer buenos? Pues mirad qué fácil es. Sedlo, y así amaréis al que ahora estáis envidiando. Así tendréis lo que ahora os da pena que otro tenga. Y, al verlo, le amarás y te amarás a ti en él, y a él en ti. Porque si envidias a un rico, realmente no está en tu mano adquirir las riquezas; si envidias a un honrado y noble senador, no te es fácil emular su categoría; si envidias la belleza, no puedes hacerte hermoso; si envidias a un varón fuerte y robusto, quizás no puedas adquirir sus fuerzas; pero si envidias la virtud, es cosa tuya. Aun cuando ahora te duelas de que la tenga otro. En esta ocasión no necesitas comprar lo que te falta y otros poseen. Se encuentra gratis y pronto: *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis*» (Lc. 2,14).

f) Nadie envidie los dones espirituales. Somos un solo cuerpo

Comentando el discurso del Señor: *si quis sitit, veniat ad me... Nondum enim erat Spiritus datus...* (Io. 7,37-39), habla de la diversidad de dones en la Iglesia de Dios, de lo cual toma ocasión para exponer cómo la caridad nos infunde el regocijo de los dones ajenos cual si fueran propios, ya que formamos un solo cuerpo.

«*Aliis quidem per Spiritum datur sermo sapientiae, aliis autem sermo scientiae secundum eumdem Spiritum* (1 Cor. 12,8). Muchas cosas se dan para la manifestación (del Espíritu Santo) y quizás tú no poseas ninguna de ellas. Pero si amas, tienes mucho, y si amas la unidad has alcanzado cuanto poseen los que viven en ella. Suprime la envidia y obtendrás lo que yo tengo, y yo, a mi vez, lo que tienes tú. La envidia separa, la salud une. Sólo el ojo ve, pero no para provecho exclusivo suyo... Si ve venir un golpe al pie, lo avisa También la mano es la única que trabaja, pero en bien de todo el cuerpo. ¿Acaso, cuando un golpe amenaza el rostro, se está quieta diciendo: qué me importa, si el golpe no viene para mí? Del mismo modo, si amamos a la Iglesia alcanzamos el Espíritu Santo, y sabemos que le amamos si permanecemos en su unidad y amor» (*Tract. 32 in Ioan.* c. 8: PL 35,1645).

III. SAN BERNARDO

Como dijimos en la domínica anterior, San Bernardo predicó a sus monjes en Adviento una serie de pláticas breves. Parecen improvisadas muchas de ellas; de tal modo repite las ideas fundamentales, que puede decirse que todas se refieren a un asunto común, a saber, las tres venidas del Señor: al mundo, a las almas y al juicio. Queriendo preparar los ánimos para la Navidad, se detiene principalmente en la primera venida, y amplifica en una plática las ideas que esbozó en otras, dándoles finalmente en Navidad la emoción del entusiasmo ante la fiesta.

En nuestro primer esquema sobre San Bernardo tocamos los tres puntos aludidos. En este segundo la frase *es tu qui venturus es?*, nos trae como de la mano a recopilar el pensamiento del Santo sobre lo que él llama «meditar en quién es el que viene». Juzgamos que está muy dentro del espíritu del Melifluo Doctor considerar todo el Adviento en torno a la venida de Cristo. Por eso, resumimos el sermón primero de Adviento y el primero de Navidad, que amplifica la última parte del anterior (cf. BAC, SAN BERNARDO, *Obras selectas*, 243ss y 280ss).

A) Es tu qui venturus es? Exordio

Piensen los hombres en la venida del Señor, y cómo San Juan quiso que sus discípulos la conocieran. Conozcámosle nosotros.

«Los desventurados hijos de Adán, olvidando los verdaderos y saludables cuidados, ponen su afecto en lo transitorio y caduco. ¿A qué compararemos este linaje de hombres... que vemos no pueden arrancarse a los terrenos consuelos?... A los que están ya para ahogarse... veráslos agarrados a lo primero que ocurre a sus manos, sea lo que fuere, sin soltarlo, aunque absolutamente de nada les puede servir... Y... si algunos acuden a socorrerlos, suelen asirse a ellos, arrastrándolos consigo... Así perecen en este mar grande..., cuando siguiendo las cosas perecederas pierden las sólidas, a las que debieran asirse, para... salvar sus almas. Porque no de la vanidad, sino de la verdad se dice: *la conoceréis y ella os librará...*» (Io. 8,32).

«Vosotros, pues..., buscad... la razón de este Adviento, deseando saber quién viene, de dónde, a qué, cuándo y por dónde (viene)... Pues no celebraría... la Iglesia universal el presente Adviento si no se encerrase en él algún grande misterio» (*Serm. in Adv. Dom.*, l. 1; BAC, SAN BERNARDO, *Obras Selectas*, pp. 243-244, y PL 183,35).

B) Primera parte. ¿Quién viene? Dios. La humildad

«Lo primero, pues, con el Apóstol pasmado y admirado, mirad también vosotros la grandeza del Señor que entra en el mundo. El es, según testimonio de Gabriel (Lc. 1,32), *el Hijo del Altísimo*, y por tanto Coaltísimo» (ibíd. 2).

«*¿No lleno yo los cielos y la tierra?* (Ier. 23,24), dice este Verbo. Y ahora hecho carne es colocado en angosto pesebre... ¿Cuál fué el fin, hermanos, o qué necesidad hubo de que así se abatiese..., sino para que vosotros también lo hagáis? Ya clama con obras lo que después ha de enseñar con palabras: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*... (Mt. 11,29). No permitáis que se os haya mostrado en balde ejemplar tan precioso... Amad la humildad, que es fundamento y guarda de todas las virtudes... ¿Cabe algo más indigno que, viendo a Dios tan empequeñecido, siga todavía el hombre engrandeciéndose a sí mismo sobre la tierra?...» (*Serm. in Nativ. Dom.*, l. 1; BAC, o. c., p. 280, y PL, ibíd., 115).

C) Segunda parte. ¿De dónde viene? Del cielo. Para volver a él

Para enseñarnos el camino. «Mirando de dónde viene, descúbrese un largo camino. Contemplando adónde viene, admiramos la incomprensible dignación de que quisiese bajar al horror de esta cárcel. Viene del corazón del Padre al seno de la Virgen madre; viene del más alto cielo a las interiores partes de la tierra».

¿Tendremos entonces que permanecer aquí? Nada perderíamos si con nosotros se quedase Nuestro Señor; porque *¿a quien tengo yo en los cielos? Fuera de ti nada deseo sobre la tierra* (Ps. 72,25).

«Pero no es así, sino que... desciende a la tierra..., mas no como prisionero, sino como libre entre los muertos, como la luz que luce en las tinieblas, *pero las tinieblas no la abrazan* (Io. 1,3).

El mismo Cristo, pues, que descendió (a la tierra) también ascendió sobre los cielos... *Salió con brios como de gigante para correr el camino; del más alto cielo fué su salida, y su vuelta hasta lo más alto de él*» (Ps. 18,6-7). Con razón clama el Apóstol diciendo: *Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios* (Col. 3,1). Cristo, es-

peranza y modelo nuestros, está en el cielo y, por lo tanto, debemos buscar sólo cosas celestiales (*Serm. in Adv.* 1,6: BAC, ibíd. 246-247; PL 183,38).

D) Tercera parte. ¿Para qué viene?

«¿Y quién dudará de que algo grande fué el motivo de que tan alta Majestad de tan lejos se sirviese bajar a lugar tan indigno? Ciertamente, algo fué, porque fué misericordia grande, piedad inmensa, copiosa caridad...»

a) A BUSCAR LA OVEJA PERDIDA

«Dióse prisa en buscar la oveja centésima», que se le había perdido... «¡Admirable dignación de Dios, que así busca al hombre; dignidad grande del hombre así buscado por Dios!» Gloriémonos de ello, pues es honor tal que excede a cualquier otro.

b) A HACERNOS POSIBLE LA VISTA DE DIOS

¿Cuál es la causa de que El viniese a nosotros y no nosotros a El? La necesidad era nuestra y los ricos no suelen ir a casa de los pobres, aunque los quieran socorrer. Nuestros ojos estaban enfermos y El *habita una luz inaccesible* (1 Tim. 6,16). Por eso escondió los rayos de su divinidad para mostrarse; ya que, paralíticos, no podíamos levantarnos del lecho, bajóse él hasta nosotros (ibíd. 1,7; BAC, p. 247-248).

c) A MANIFESTAR SU MISERICORDIA Y PODER SER IMITADO

Vino a darnos ejemplo. *Apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador* (Tit. 3,4). Había antes mostrado su poder en la creación de las cosas y su sabiduría, gobernándolas, pero la benignidad de su misericordia se muestra en este momento. Había manifestado a los judíos su poder..., a los filósofos su majestad. Pero los judíos estaban como agobiados por su potestad y los filósofos por su gloria. «La potestad exige sujeción; la majestad admiración; pero ni una ni otra, imitación. Aparezca, Señor, tu bondad, a la cual puede conformarse el hombre, que fué creado a tu imagen; porque ni la majestad, ni la potestad, ni la sabiduría podemos imitar, ni nos conviene tampoco.

¿Hasta cuándo se estrechará tu misericordia en solos los ángeles, y todo lo demás lo ocupará la justicia con todo el linaje humano?... Dilate la misericordia sus confines y extienda sus posesiones...» *(Serm. 1 in Nativ.*, 2: BAC, ibíd. 280-281).

d) A SALVARNOS DEL PECADO Y DE LA MUERTE

«¿Qué temes, hombre? ¿Qué tiemblas de la presencia del Señor, porque viene? Viene, no a juzgar la tierra, sino a salvarla. Te dejaste antaño persuadir al robo de la diadema regia... Sorprendido en el hurto, ¿cómo no habías de temer? ¿Cómo no habías de huir...? Ahora, en el destierro, comes el pan con el sudor de tu rostro; y he aquí que se oyó una voz en la tierra que dice que viene el Señor... ¿Adónde huirás de su cara? No huyas, no temas. No viene con armas: no te busca para castigarte, sino para salvarte... Mírale niño y sin voz. La voz de quien da vagidos más bien merece compasión que temor...» (ibíd. 3, p. 281).

«Dos enemigos tienes, el pecado y la muerte, o sea la muerte del alma y la del cuerpo. Para vencer a uno y otro ha venido...» Del pecado triunfó ya en su propia persona... Verdaderamente se conoce ser el vencedor cuando el pecado, que tan ufano estaba de haber infectado toda naturaleza, no ha podido con la de Cristo... Después en la admirable conducta de su vida continuará peleando con él..., pero en su muerte le ata por completo, y «apresando al fuerte armado, saquea todos sus despojos...».

«Con el mismo orden vence a la muerte, primero..., resucitando... como... *primogénito de los muertos*» (Apoc. 1,5), y después, postrándola, cuando resucitemos todos, y sea destruída por fin nuestra enemiga (ibíd. 4, p. 282).

e) CRISTO, FUENTE DE MISERICORDIA, SABIDURÍA, GRACIA, CARIDAD Y VIDA

Aunque vino pequeñito, no fué poco lo que nos dió... Fuente es para nosotros Jesucristo... Primero de *misericordia..., por la cual nos salvó* (Tit. 3,5); *nos amó y nos absolvió de nuestros pecados por la virtud de su sangre* (Apoc. 1,5)... Fuente que no sólo lava, sino que quita la sed con su sabiduría de la discreción (de su doctrina)... Fuente de su gracia para regar el jardín de las buenas obras... Fuente de aguas que sazonan y depuran nuestros afectos con la caridad.

Fuente de la misericordia para lavar nuestras faltas. Todos necesitamos de ella...

Pero hay además otra quinta agua, que Cristo nos ofrece

en sí mismo prometiéndola para después de nuestra carrera en este mundo..., el agua de la vida, que muerto Jesús manó de su costado. «Pero ¿cómo ha sido que hablando de los misterios del nacimiento nos hemos pasado de repente a contemplar los sacramentos de la Pasión del Señor? Cierto, no es de extrañar que busquemos en la Pasión lo que Cristo trajo en su nacimiento; pues entonces fué cuando, rasgado el saco, derramó el dinero que estaba escondido para precio de nuestro rescate» *(Serm. 1 in Nativ. Dom.* 5-8: BAC, ibíd. 282-283, y PL 183,115-119).

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Al extracto de la doctrina de Santo Tomás sobre la envidia (*Sum. Theol.*, 2-2, q. 36) añadimos algún sencillo comentario de NATAL ALEXANDRE (*Teología Dogmática Moral*, 1.3: *De peccatis*, c. 11, a. 1).

A) La envidia, definición

La envidia es una tristeza del bien ajeno, y puede ocurrir de cuatro maneras.

La primera, consiste en deplorar el bien de los demás, porque de él nos puede sobrevenir algún daño, como, por ejemplo, cuando vemos que prospera algún injusto enemigo. Tal fué, v. gr., la tristeza judía ante el encumbramiento de Amán (Esth. 3,1-15; 4,1-14). Sin embargo, dice San Gregorio (cf. *Moral.* 22, c. 11: PL 76,225), que «hay que andarse con gran examen y sutilísima discreción para no engañarnos y cubrir nuestro odio con el manto del ajeno bien» (NAT. ALEX., ibíd.).

El segundo modo de tristeza no es propiamente de que mi prójimo posea algún bien, sino de que yo no lo tenga, animándome a trabajar por conseguirlo, lo cual tampoco es pecado, sino emulación, y en las cosas espirituales puede ser harto provechoso. *Emulamini spiritualia* (1 Cor. 14,1).

Tercer modo de tristeza es el que se produce al ver que reciben bienes los indignos de ellos. Tampoco es pecado la tal tristeza, que ha sido calificada por el Filósofo (ARIST., *Rhet.*, 2,9) con el nombre de *némesis*. Sin embargo, no es lícito sentir que la gracia de la justificación se dé a los indignos (en realidad nadie puede merecerla, y la misma salvación concedida al malvado en su último momento debe producirnos alegría). En cuanto a los bienes temporales de que disfruta el impío, a pesar de la sentencia del filósofo griego, el cristiano debe considerar el orden general de la Providencia, que lo dirige todo y que a cada uno dará a su tiempo la justa retribución.

El cuarto modo, y ésta es la verdadera envidia, ocurre cuando, considerando el bien del prójimo como un mal para mí, porque disminuye mi gloria, mi excelencia, etc., siento tristeza y quisiera privar a mi hermano de su justo bien. «Nos dolemos precisamente de lo que debiéramos alegrarnos, del bien del prójimo» (ibíd., q. 36, a. 1 y 2, in c.).

Nadie envidia más que aquellos bienes que juzga asequibles para él, que cree que en realidad se le deben o se le quitan. Por eso ningún menesteroso envidia seriamente los honores regios, ni nadie siente ese movimiento ante personas muy lejanas en el tiempo o en el lugar. Ninguno de éstos nos sobrepuja contra nuestra voluntad (a. 1 ad 2). Envidiamos lo que creemos poder alcanzar y aquel honor de los demás que empaña el que creemos que nos corresponde a nosotros. He aquí por qué los amantes del vacío y perecedero honor mundano y los pusilánimes son las más envidiosos. Aquéllos, porque lo apetecen todo, y éstos, porque, no atreviéndose a nada, creen que cualquier cosa es más importante que lo que ellos tienen (ibíd. ad 3).

B) Gravedad del pecado

La envidia es pecado mortal, «ex genere suo», porque se opone a la virtud de la caridad, vida del alma, que se alegra del bien del prójimo, y a la misericordia, la cual se entristece del mal de éste (ibíd. a. 3). Es venial, muchas veces, por defecto de advertencia, o por la pequeñez de la cosa envidiada (ibíd. ad 4).

Pecan mortalmente los profesores que esconden a sus alumnos parte de su ciencia, para que no lleguen a gozar la misma fama que ellos, y todos los que ocultaren en beneficio propio algún dato provechoso para el bien común (cf. NATAL ALEX., ibíd.).

El envidiar la gracia de Dios concedida a otro, los dones del Espíritu Santo que recibe y el bien que hace a la Iglesia, es el mayor pecado de envidia, directo contra el mismo Espíritu Santo, si lo que duele es el propio aumento de gracia (ibíd. a. 4 ad 2).

Aunque hija de la soberbia, la envidia es pecado capital, porque el que apetece la vanidad del mundo es el que siente que otros le aventajen en ella. A su vez es madre de otros pecados, como la murmuración oculta y la detractación, o difamación pública. Hace después que nos alegremos si podemos disminuir el bien de los demás y sintamos tristeza en caso contrario. Finalmente, engendra el odio (a. 4).

C) Remedios

Ante todo importa considerar su gravedad. La envidia fué el pecado de Satanás (Sap. 2,24), fué la fiera que devoró a José (Gen. 37,3.4.11) y la causa de la condena del Señor (Mt. 27,18). Asimismo hay que considerar que es vicio de gente floja y de poco ánimo, como las mujeres y los niños. Por último, téngase presente la sociedad que formamos con Dios Padre y en la santa Iglesia (cf. NAT. ALEX., ibíd.).

II. SAN ROBERTO BELARMINO

Quid existis in desertum videre... (Mt. 11,7). Tres domínicas escribió San Roberto Belarmino sobre San Juan Bautista, cuyos textos pueden verse en las obras arriba citadas. En la de hoy se proponen las cualidades que hacen fidedigno al Bautista; en la segunda se habla de su oficio y en la tercera se expone su predicación.

Las cualidades del Precursor se declaran por medio de tres metáforas: No es una caña agitada por el viento, no está vestido muellemente, es más que un profeta, casi un ángel. Cada una de estas cualidades es causa de la anterior. Por ser un ángel no viste muellemente; y por no vestir muellemente, no es una caña vana. Estas cualidades deben servirnos de norma.

A) Cualidades del Bautista

a) NO ES UNA CAÑA VANA

No es un testigo corruptible, porque no se parece a una caña hueca, sino a un tronco robusto. Y esto porque no puede torcerse.

1. Ni por la promesa de la mesianidad

Ni por la promesa de la mesianidad, que importaba la realeza y poder. En efecto, le preguntaron si era el Mesías y lo negó; el pueblo lo reputaba así y él no se aprovechó de tal creencia. ¡Qué contraste, comparado con las artimañas usadas por los hombres para subir!

2. Ni por su muerte

Ni por la muerte, que afrontó por corregir los vicios de Herodes.

Juan no era una caña hueca, sin más contenido que el deseo de cosas terrenales que caracteriza la mentalidad de quienes viven en la corte de los príncipes. Por esta razón el Señor añade:

b) No viste muellemente (Mt. 11,8)

Los que visten suntuosamente y viven regalados están en los palacios de los reyes (Lc. 7,25). Es en los palacios donde precisamente se aposentan las riquezas, las delicias y la triple concupiscencia de la carne, de los ojos y la soberbia de la vida.

Juan, que provenía de familia sacerdotal acomodada y pudo poseerlo todo, despreció el mundo, pues vivió en el desierto, privado hasta de lo comúnmente necesario en comida y vestido. Era pobre de espíritu y por eso inflexible en la virtud. Hay muchos que se desvían de ella por amor o temor. El no amaba más que a Dios, ni temía otra cosa que ofenderle.

c) Angel más que profeta

San Juan debió su espíritu a la luz sobrenatural que le iluminaba, aludida por la frase: *Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío a mi ángel delante de tu faz* (Mal. 3,1).

Los profetas recibieron más luz que el resto de los hombres. ¿Qué no recibiría el que es *más que profeta?* (Mt. 11,9).

Lo era porque profetizó en el seno de su madre (Lc. 1,41); porque él mismo fué profetizado por Isaías (Is. 40,3) y Malaquías (Mal. 3,1), porque hizo profetizar a sus padres (Lc. 1,42-45.67-79) y porque enseñó al mismo Cristo (Mt. 3,13-16).

Parece de mayor importancia profetizar un Mesías futuro que señalarlo como actual, y, en efecto, lo sería si Cristo hubiera venido refulgente de poder y no en forma que más bien se dijera contraria a su dignidad mesiánica. Pero Juan, que no le conocía, cuando le vió, en apariencia tan extraordinariamente humilde (hasta el punto de que pudo decir [Mt. 11,6]: *beatus est qui non fuerit scandalizatus in me*), lo anunció detallando mejor que ningún otro profeta sus oficios, puesto que lo llamó *Cordero de Dios* (Io. 1,29), *Hijo de Dios* (ibíd. 1,34) y *Esposo* (ibíd. 3,29) de la Iglesia.

Los teólogos suelen decir que los profetas recibieron tanta mayor clarividencia cuanto más próximos estaban al Señor. Por lo tanto, San Juan fué el mayor de todos ellos.

Un ángel (Mt. 11,10 y Mal. 3,1). El menor de los ángeles

es superior al mayor de los hombres, mientras estamos en este mundo, porque los ángeles ven a Dios cara a cara, le aman ardentísimamente, sin intermisión, y no pueden pecar. Juan, llamado ángel, ha de ser, por ello, máximamente iluminado en la fe, extraordinariamente puro y amante de Dios. Como los ángeles, ni come, ni bebe, ni se desposa, ni posee, sino que sólo se ocupa en amar a Dios y llevarle las almas.

Por eso el Precursor despreciaba los bienes de este mundo. Quien no gusta los celestiales es difícil que sienta aversión por los terrenos; quien ama los terrenos no gustará de los eternos. Ambos amores son incompatibles.

Cierto es que por medio de la desgracia hay quien aprende a mirar hacia arriba, pero lo más seguro y sólido es aprender por la iluminación de la gracia el amor de lo celeste (cf. SAN AGUSTÍN, *Conf.*, l. 8: BAC, t. 2; y Rom. 8,35).

Juan, lleno de luz y ardor, despreciaba todo lo mundano y no era una caña hueca. Merecía, pues, ser creído, aun sin milagros, y era un compendio del Evangelio.

B) Juan, ejemplo para los hombres

Todos los que tienen en la Iglesia el oficio de preparar los caminos del Señor, como son los predicadores, padres de familia, y hasta el mismo individuo con relación a su alma, habrán de imitar al Bautista. Incorruptibles y firmes, deben enseñar la verdad y corregir el error.

Pónganse ejemplos sobre los que no quieren perdonar las injurias y en cambio lo predican, contrariando así la doctrina del Evangelio. *Si quis te percusserit in dexteram maxillam tuam, praebe illi et alteram...* (Mt. 5,39). *Qui cum malediceretur, non maledicebat...* (1 Petr. 2,23). *Supportantes invicem in charitate* (Eph. 4,2).

«Pero eso es contra mi honor. ¿Hay algo más honroso que imitar a Cristo? Irritarse lo saben hacer hasta las bestias. Tener paciencia, sólo los perfectos. ¿Pero que dirá el mundo? Eso es ser una caña agitada por el qué dirán. ¿Qué dirá Cristo? ¿Quién te debe interesar más, el mundo o El?»

Dígase lo mismo de la blasfemia, sancionada en el Antiguo Testamento con pena de muerte y tan frecuente hoy entre cristianos. Vigilen los padres y superiores a los suyos y castiguen a los blasfemos.

Para obrar como Juan hay que despreciar al mundo, porque el amor y el temor mundanos son como cristales coloreados que hacen verlo todo a su través. El que ama al mundo no obrará la justicia, aun conociéndola, porque el amor todo lo ordena hacia lo amado, y el terrenal está poseído de

tiranía, que impulsa a proceder contra justicia aun a sabiendas. Téngase presente el ejemplo de Herodes, que degüella al Bautista, a quien respetaba, por complacer a Salomé, y el de Pilatos, que condena a Jesucristo.

¿Remedio para superar el mundo y su tiranía sin miedo alguno? Ser como ángeles imitando a Juan.

a) La oración

Los ángeles están viendo siempre el rostro de Dios. Sé tú hombre de oración. San Francisco de Asís oraba continuamente en medio de sus ocupaciones. Eso es ser ángel.

b) Trabaja por las almas

Los ángeles son *administratorii spiritus in ministerium missi propter eos, qui haereditatem capient salutis...* (Hebr. 1,14). Por las almas de los demás y por la tuya. Valga el ejemplo de los que, temiendo ser condenados a muerte en un juicio, no se ocupan de otra cosa; del que atraviesa un puente peligroso; del que, peleando en un duelo, se olvida de cualquier otro asunto...

c) Dureza de vida

Los ángeles no pecan y son pintados como jóvenes puros. Evita el pecado y, si pecas, confiésate inmediatamente. Es difícil no pecar. Pero es fácil borrar el pecado. Si difieres la medicina, será más difícil la curación.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. PEDRO EL VENERABLE

En la carta 229, que se inserta en el *Epistolario* de San Bernardo (cf. PL 182,398-417), responde con mucha gentileza a la de San Bernardo Abad y le expone las causas de la disensión existente entre los monjes de Cluny y los del Cister (cf. SAN BERNARDO, *Obras completas*, trad. del P. Jaime Pons, S. I., vol. 5, p. 462-476).

A) Injustificada discordia en la Orden benedictina

«Veo que algunos religiosos, tanto de mis rediles como de los vuestros, se han declarado guerra a muerte, y en vez de morar en paz y concordia dentro de la casa de Dios, no hacen sino dividirse y enconarse más. Pertenecen a la misma familia del Señor y militan bajo las mismas sagradas banderas: un nombre común los señala a todos por igual, cristianos son todos, monjes y religiosos son. No sólo el vínculo de una misma fe, sino el dulce yugo de unas mismas reglas los unen para trabajar todos juntamente en la viña del Señor. Pero así y todo... andan separados por no sé qué nefando y oculto espíritu de discordia, y rompen aquella hermosa unión que debía ligar entre sí todos los corazones...» (ibíd. 6).

«¿De dónde nace esa animosidad de unos contra otros? Muéstreseme la causa que motiva este pleito..., júzguese por medio de árbitros prudentes y desapasionados, y búsquese por fin la solución... ¿Qué motivo de enojos tienes tú, monje de Cluny, contra el del Cister? ¿Qué has de echarle tú en cara, hermano cisterciense, al religioso de Cluny? ¿Traéis disputa por la posesión de un lugar, o de unos castillos, o de una quinta, o de un predio grande o pequeño?...» (ibíd. 7).

a) DESIGUALDAD DE USOS Y COSTUMBRES EN LA VIDA MONÁSTICA

«Tal vez no proviene esta diferencia más que de la desigualdad de usos y costumbres en la observancia de vida mo-

nástica. Pero si ésta es la causa principal de tamaños males, resulta sumamente irracional, carísimos, y además pueril y necia. ¿No os parece necio, pueril e irracional aquello que va derechamente contra la razón y el sentido común? Porque si por la diversidad de costumbres e infinita variedad de modalidades en la innumerable muchedumbre de cosas, pudiesen los siervos de Cristo pisotear y conculcar todos los deberes que impone la caridad, ¿qué sería de la paz, de la concordia, de la unión, de toda la ley, en fin, del Señor, no digo ya en los monjes, pero aun en todos los demás cristianos en general, a quienes precisamente se dirige el Apóstol cuando dice: *Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo?*» (Gal. 6,2).

b) El ejemplo de San Ambrosio

No fué éste el modo de pensar y obrar de un doctor de la Iglesia tan ilustre como San Ambrosio, el cual, a propósito del ayuno del sábado que había visto guardar en Roma y que no se observaba en Milán, donde luego fué obispo, decía: «Cuando voy a Roma guardo los ayunos que prescribe la Iglesia romana, y cuando estoy en Milán, siguiendo la costumbre de esta Iglesia, no ayuno» (cf. August., *Epist.* 54, c. 2,3: PL 33,201). Otro Padre de la Iglesia, San Agustín (cf. August., *Confess.*, l. 6, c. 2: PL 32,720), hablándonos de la devoción de su santa madre, nos refiere que había ella determinado seguir ofreciendo en Milán, contra la costumbre de todas las Iglesias de Italia, las mismas oblaciones que se hacían en la Iglesia de Africa; y añade que San Ambrosio no se lo prohibió (ibid. 8).

c) Lo que verdaderamente importa

«Ya veo que tal vez me replicáis en estos o parecidos términos: No se puede aplicar el caso de la diversidad de las Iglesias a los religiosos de una misma Orden. El que los usos y costumbres de la infinita multitud de iglesias de la cristiandad puedan variar sin menoscabo de la paz y caridad, nada tiene de extraño; pero, en cambio, lo es mucho que unos hombres que siguen la misma manera de vida, con la profesión de una misma Regla y dentro de una misma Orden guarden distintas prácticas. ¿Es esto, carísimos, lo que tenéis que decirme? ¿Es esto lo que os trae divididos?»... (ibid. 10).

«¿Qué importa todo esto si, una vez recorridos los senderos, y los caminos andados, y las cuestas subidas, aunque ale-

jadas y desemejantes unas de otras, nos dejan en las puertas de aquella alma ciudad, nuestra divina y celestial Jerusalen?...»

d) Rectitud de intención en unos y otros

«Con ojo sencillo y puro, es decir, con rectitud de intención, obráis vosotros, los que no admitís a la profesión a ningún novicio, sino hasta después de cumplido un año de probación... Pero con el mismo ojo sencillo y puro, es decir, con la misma rectitud de intención, proceden también los que admiten a los novicios antes de acabar el primer año de su ingreso en la religión, a fin de que no se cansen por la dilatada demora, y desmayen en sus propósitos... Con pureza de intención habéis elegido vosotros el usar sólo de dos túnicas y dos cogullas, con muy pocas prendas más de vestir... Habéis juzgado que esto se conformaba mejor con el espíritu del Fundador... Pero con la misma pureza de intención han adoptado otros el uso de pobres pellizas, porque han creído un deber permitirlas a los religiosos flacos, enfermos y de quebradiza salud y a todos aquellos que viven en regiones muy frías...» (ibíd. 14).

«Con el deseo vivo de la virtud guardáis vosotros, sin excepción, todos los ayunos prescritos por la Regla, ya caigan en invierno, ya lleguen por el verano, porque tenéis a gala mantener todas las tradiciones y queréis enriqueceros con mayores méritos por el rigor de vuestra penitencia...

Mas con la misma simplicidad de intención exceptúan otros del ayuno no sólo los días festivos..., sino también todas las solemnidades de doce lecciones...» (ibíd. 15).

«Siempre con la misma rectitud de intención acostumbráis vosotros a recibir a los huéspedes y peregrinos con profunda inclinación de cabeza, y aun con genuflexión y derrocamiento de vuestro cuerpo en el suelo, adorando en ellos la persona divina de Cristo; y después les laváis los pies conforme a las reglas de hospitalidad... No menos rectamente obran los otros cuando se abstienen de arrodillarse ante todos y cada uno de los que llegan y omiten el lavatorio de los pies, porque a causa de la muchedumbre de forasteros que les visitan resultaríales la tarea imposible» (ibíd. 16).

«Dignos de loa sois por vuestras inmejorables intenciones los que... os dedicáis con todas vuestras fuerzas a reparar los desmoronamientos que en el estado religioso se han producido y procuráis reformar las costumbres de las casas relajadas... Del mismo modo son también dignos de alabar los otros, que suavizan las prescripciones de la Regla (ibíd., c. 64) y de la Orden, según el espíritu de la Regla misma.

de modo que los que se sienten con fuerzas para cumplirlas lo hagan, y los que se ven más flacos no desmayen del todo...» (ibíd. 17).

e) El celo común por las almas, elemento de unidad

«Pero ¿a qué multiplicar los ejemplos? Si bien lo miráis, hallaréis que en el fondo de todas las diferencias se encuentra una sola cosa: la caridad o el deseo de salvar las almas, como queráis llamarlo; de suerte que no veréis nada disonante, sino que todo queda unido por la caridad y resulta uno, aunque con varios aspectos...» (ibíd. 18).

«Puede darse el caso de que la simple diferencia de color o de forma en los hábitos sea una causa de discordia y una fuente de divisiones. Porque, como advierto con harta frecuencia, y es cosa que la echarían de ver aun los que menos quisieran reparar en ello, cuando un monje negro, por decirlo así, tropieza en su camino con otro blanco, échale una mirada de soslayo que no hay más que ver; y por el contrario, el blanco correspóndele con una ojeada a medio ojo que también está buena...» (ibíd. 20).

B) No es el color del hábito lo que importa, sino el del alma

«Mas para que, dejándonos de lamentaciones estériles, vayamos directamente al grano..., dime, hermano monje blanco, ¿por qué no es la negrura del alma de tu hermano, sino la del hábito suyo, la que te molesta? Y tú, monje negro, ¿por qué te maravillas más de la blancura del vestido de tu hermano que de la que resplandece en su alma? ¿No pertenecéis unos y otros al rebaño de Cristo? ¿No sois de la grey de aquel Pastor que dice (Io. 10,27-28): *Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco; y ellas me siguen y yo les doy la vida eterna; y no perecerán por siempre, y nadie las arrebatará de mi mano?* ¿Cuándo visteis, no ya a Dios, sino a pastor alguno de este mundo, que se preocupara del color que tenían los vellos de sus ovejas? ¿Quién juzgó jamás que las negras eran las suyas y no las blancas, o al revés, que eran las blancas y no las negras? En lugar de preguntarme si son blancas o negras, lo que mira bien es si pertenecen a su grey o no. Pero aun hay más que todo esto, cosa que pone espanto y admiración. ¡Oh malicia de los hombres! ¡Oh ignorancia de los corderillos! ¡Oh constancia de los irracionales en observar las leyes del instinto que les dió el Criador y oh

perversión de la naturaleza en los hombres dotados de razón! ¿Cuándo se vió que una ovejuela blanca rehuyese la compañía de otra negra? ¿Cuándo notasteis que un corderuelo negro mostrase rabia y odio contra otro blanco? ¿No es verdad que juntos viven, que en paz descansan, que tranquilamente crecen juntos en los rediles del pastor, sin inquietarse por cuestión de colores? Cierto que algunas veces trábanse de cuernos y cabecean unos contra otros; y de cuando en cuando se tumban a topetazos; pero no es esto por un motivo como el de la diferencia de color, sino por un movimiento instintivo de cólera excitada por alguna repentina ocasión. En lo cual echo de ver que el hombre es más insensato que los irracionales...» (ibíd. 21).

a) La misma Regla, fundamento de ambas preferencias

«En realidad, yo no veo que exista causa alguna fundada para que se acusen mutuamente, y no digo para separarse, pero ni siquiera para la más pequeña murmuración. Unos tenéis, para defender vuestra blancura de hábitos, la pureza de intención que antes he dicho, pues tomando túnica y cogulla blanca quisisteis protestar contra los que pensaban que no se podía ser monje sino bajo negros vestidos; y porque viendo que con hábitos negros había buen número de religiosos tibios y relajados, creísteis de buena fe que con la blancura, hasta ahora desacostumbrada entre los religiosos, excitaríais el fervor y volveríais al primitivo espíritu monástico. Los otros también podéis defender con igual éxito vuestros hábitos de color negro, apoyados en la antigua y prolongada tradición que asegura vistieron así nuestros Padres; y hacéis bien en creeros más seguros ateniéndoos a las añejas prácticas que aceptando novedades. Las dos partes, en fin, tenéis una poderosa razón para apoyar vuestras respectivas preferencias, y es la letra misma de la Regla de San Benito *(Reg. Sanct. Benedict.*, c. 55), la que aconseja a los monjes no angustiarse demasiado por el color y la calidad de los hábitos, sino buscarlos de la calidad y color que más se usen en la tierra donde vivan y más a la mano puedan hallarse, para que al mismo tiempo resulten más baratos en la adquisición...» (ibíd. 22).

b) Un texto de San Jerónimo sobre el lujo mundano

«Pruébase, pues, que San Martín era monje y que vestía hábitos negros. Pero San Jerónimo ¿qué es lo que escribió sobre este particular a Nepociano? En los vestidos, dice él *(cf. Epist.* 52,9: PL 22,535), evita por igual los negros que

los blancos. Y le avisaba esto, queriéndole apartar de todo el fastuoso lujo que usaban las gentes del mundo, no sólo en los trajes blancos, que eran los que más traían puestos los del siglo, sino también en los negros, que acostumbraban llevar las personas de más religión y piedad...» (ibid. 23).

II. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Incluímos dos homilías de carácter apologético en las que el santo sólo pretende ilustrar la cuestión. El plan de la primera, interrumpido con frecuentes digresiones morales, es probar, ante todo, la posibilidad de la Encarnación e inmediatamente demostrarla basándose en este evangelio, a saber, mediante los milagros, las profecías y el testimonio de Juan. A estas tres pruebas añade el argumento del propio corazón enamorado de Cristo. La segunda trata de los frutos de la Encarnación. Damos únicamente un esquema de ambos. (Para la primera, cf. en o. c. ed. Compluti; concio tertia, *De adventu Domini*, fol. 19-23.)

A) Es tu qui venturus es? Pruebas de la encarnación

a) Posibilidades de la encarnación

A los que, desde Porfirio acá, vienen repitiendo manidas objeciones sobre la imposibilidad de que Dios se haya hecho hombre y haya muerto crucificado, sólo responderemos que en esos misterios es en donde vemos brillar más claramente su ciencia, su bondad y su poder. Las locuras de Dios son arcanos de su sabiduría. Verdadera locura es, en cambio, la nuestra al querer investigar sus designios.

Dios se une a nuestra naturaleza humana, divinizándola por la gracia, más íntimamente que puede unirse el fuego a la leña. También se unió a la humanidad de Cristo, levantándola hasta El de modo misterioso.

b) Las pruebas

El Señor, «previendo las dificultades que había de encontrar para ser creído, quiso adelantarse a resolverlas» y, aprovechando esta ocasión, aduce como pruebas de su divinidad el cumplimiento de las profecías, los milagros que verifica y el testimonio de Juan, a lo que añadiremos nosotros el testimonio del corazón humano.

«Juan, llorando la dureza de su pueblo, quiere, antes de morir, dar a Cristo una ocasión para que se manifieste delante del mundo... y de sus discípulos».

Los envía «para dejarlos al cuidado de tan buen maestro... Hermoso ejemplo de cómo debemos preocuparnos de la salvación y bien espiritual de nuestros inferiores... No digáis nunca...: Yo les pago su salario, de su alma que se cuiden ellos..., porque el día del juicio os pedirá cuenta el que es Señor de ellos y vuestro... Oid a San Pablo (1 Tim. 5,8): *Si alguno no mira por los suyos, sobre todo por los de su casa, ha negado la fe y es peor que un infiel*... En efecto, es como si renegara, porque creyendo en el infierno es imposible descuidarse de ese modo».

El Señor, conmovido por el celo de Juan, da la mejor respuesta posible, apoyándose en las obras, para que nadie le diga: *Tú das testimonio de ti mismo* (Is. 8,13).

1. Los milagros

Sólo Jesucristo pudo hacerlos con propia autoridad, y nunca en confirmación de un error.

2. Las profecías

Habiendo sido anunciadas todas las circunstancias de su vida, el Señor pudo afirmar: *Escudriñad las Escrituras..., pues ellas dan testimonio de mí* (Io. 5,39).

3. Evangelización de los pobres

En sentido activo es un milagro ver a gentes torpes anunciar la buena nueva. En sentido pasivo y verdadero, los pobres, al recibir el Evangelio, son «una señal evidente de la mesianidad... Los demás profetas fueron enviados principalmente a los reyes y príncipes, mientras que el Señor viene a los pobres, para instruirles y consolarles... *El Espíritu Santo*, decía, *está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres*... (Lc. 4,18). No soy el maestro y doctor de reyes y emperadores, sino de los indigentes...

«Pasó su vida entre ellos..., entre ellos creció y vivió. Desde que Dios por amor nuestro se hizo pobre, la pobreza goza de gran estima en el cielo y la tierra; su ejemplo la rodeó de gloria. Nació de madre pobre y en un pobre tugurio; fué envuelto en humildes pañales y reclinado en un mísero pesebre; fué anunciado a los pobres, educado entre ellos..., asociado a unos pobres apóstoles. A los pobres hizo partícipes de la fe y de las dulzuras de su compañía». Por eso San Pablo dijo: *Mirad, hermanos, vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes Dios eligió la necedad del mundo para confundir a los sabios... y la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo, el desecho de*

este mundo, lo que no es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es» (1 Cor. 1,26-29).

«Alegraos, pobres; regocijaos, desvalidos. ¿Os desprecian los hombres?... Pues os alaban Dios y los ángeles...» Ricos, no despreciéis al pobre. Tiene quien le defienda... *Por la opresión de los pobres, por los gemidos de los menesterosos, ahora mismo me levantaré, dice Yavé* (Ps. 11,6). *Yo sé que Yavé saldrá en defensa del desvalido y a la defensa del pobre...*» (Ps. 139,13).

4. El testimonio de Juan

Al retirarse los discípulos, el Señor alaba a Juan, no sólo para honrarle, sino para apoyarse en su testimonio. En efecto, éste no puede ser más válido, ya que, por ser más que profeta y haber recibido la misión de anunciar al Señor, tiene la ciencia suficiente. Su carácter austero—ni es una caña, ni vive en palacios—acredita su veracidad, no torcida por el afán de lo frívolo, ni el deseo del lucro o de resultar agradable. Juan está garantizado por las mismas profecías.

El Señor hace el panegírico del Bautista cuando sus discípulos están ya ausentes. Nosotros solemos adular a los presentes y destrozar su reputación cuando se retiran. Delante de ellos «el menor montoncillo de bienes lo convertimos en una montaña, de un insecto formamos un elefante... y a esa escuela de mentira la llamamos educación...».

5. El corazón humano

«El Señor ha recibido el testimonio irrefragable del Padre y del Espíritu Santo. Testimónianle los cielos..., los ángeles..., los demonios..., los milagros... Pero el más dulce, el más grande testimonio es el que Vos mismo nos dais, Señor, en el secreto de nuestro corazón, misterioso santuario del fiel. *El que cree en el Hijo de Dios tiene este testimonio en sí mismo* (1 Io. 5,10). Y podrán pasar los cielos y la tierra, pero este testimonio no podrá engañarnos...»

B) Frutos de la encarnación

(Ibid., fol. 14-19)

a) Exordio

«Gran cuestión la que propone Juan desde su calabozo, muy discutida entre judíos y cristianos. Por la gracia de Dios, no nos hace falta convencernos, sino aprender cada vez más perfectamente las ventajas que nos reportó la en-

nida. Sólo el hecho de que Dios anunciase a Eva su maternidad, aun en medio de dolores, hacía suponer una reparación del género humano, pues un Dios tan misericordioso no podía permitir se propagase una humanidad bajo el signo del castigo» (cf. SAN AGUSTÍN, *De civ. Dei*, l. 14, c. 11: PL 41,418).

Pero el cómo de esa restauración fué revelándose poco a poco. Sólo unos cuantos supieron que sería Dios mismo el que viniese. «¡Qué maravilla sobrecogió sus almas al conocer tal secreto!... ¡Qué alegría!... ¡Qué ardiente sed!... *Envía, Señor, al Cordero dominador de la tierra* (Is. 16,1). *Destilad, cielos, arriba, el rocío*... (ibíd. 45,8). *Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis..., muchos profetas y reyes quisieron ver y no lo vieron* (Lc. 10,23-24), dijo el Señor».

Nosotros lo sabemos, a nosotros nos toca meditar, para enfervorizarnos, los motivos de esa venida.

b) MOTIVOS DE LA ENCARNACIÓN

1. Glorificar al hombre

«Muchos medios pudo haber de rescatarnos, pero ninguno tan honroso para nosotros... El hombre Dios sentado a la diestra del Padre..., gobernando..., adorado... Perdonadme, ángeles, pero nuestra gloria es mayor que la vuestra... Nunca se unió Dios a la naturaleza de los ángeles y en cambio se unió a la de los hijos de Abrahán...» (Hebr. 2,16).

Gracias, Señor... Aunque Adán no hubiese pecado, hubiese sido honra inestimable. *O felix culpa!*... (cf. SAN AMBROSIO, *De instit. virg.*, c. 17: PL 16,346: «Amplius nobis profuit culpa quam nocuit»; y Liturg.: «Exultet Angelica...»).

¡Qué envidia y confusión para Satanás! Por envidia quiso perdernos... «*La serpiente era el más astuto de todos los animales*... (Gen. 3,1). Pero Dios supo burlar al astuto... y arrebatar de sus manos los despojos...»

2. Destruir el pecado. La obra del demonio

«Dios vino al mundo, como testimonia Juan (1 Io. 3,8), *para destruir las obras del diablo*, no sólo pagando por nosotros y rompiendo el decreto de condenación (Col. 2,14)... sino desarraigando del hombre su temeraria facilidad para el pecado. Si tenemos algún sentido..., después de haber visto tal ejemplaridad en el Hijo de Dios, ¿quién se atreverá a pecar?... ¿Dios muere por el pecado, y tú te complaces en cometerlo?» (cf. ORÍGENES, *Hom. 2 in Levit.*: PG 12,415).

Desde el principio Dios mostró con espantosas sanciones su odio al pecado... El ángel más hermoso fué arrojado del

cielo. Por su pecado el hombre fué privado del paraíso (Gen. 3,23-24). Dios castigó a la humanidad con el diluvio (Gen. 7,17-24), con la destrucción de Sodoma... (Gen. 19, 24-24), con las plagas de Egipto... (Ex. 7-11). «Pero, sin embargo, ¡oh Dios mío!, nada debe espantarme ni alejarme más del pecado que ver a tu Hijo unigénito clavado en la cruz entre ladrones...»

Viendo el remedio, conozco la gravedad del mal (cf. SAN BERNARDO, *Serm. 3 Nav.:* BAC, p. 290,4). «¿Cómo pueden olvidar los hombres...? Reíd, jóvenes insensatos..., pisotead la ley de Dios. *Ved lo que el Señor Yavé jura por su santidad: Vienen sobre vosotros días en que os levantarán con bicheros y a vuestros descendientes con arpones, y saldréis por las brechas... Id a Betel a prevaricar y a Guilgal a multiplicar vuestras prevaricaciones*» (Am. 4,2-4).

3. Rescatar al hombre

El hombre fué creado a imagen de Dios. El pecado destruyó esta imagen. «El Hijo de Dios, el Verbo, la imagen de Dios, revistiéndose de la naturaleza humana, debía reintegrarle su forma perdida y su marchita belleza. Jesucristo es Dios vestido de hombre y hombre unido a Dios. Nuestra humanidad ha sido ajustada de nuevo al molde que le sirvió de modelo. Sólo Dios pudo hacerlo, porque El es nuestro molde y modelo, nuestro creador y restaurador. No es menor la restauración que la creación».

4. Atraernos a su amor

Si nuestra redención fuera obra de un angel, los hombres no se sentirían atraídos hacia Dios. Era necesario que nos redimiese El mismo.

Efectivamente, al principio del mundo Dios intentó atraerse a los hombres por el castigo. Recuérdese el diluvio, la destrucción de la Pentápolis... Todo fué en vano. Después ensayó otro medio, el de ganarse mediante favores un mundo insensible al temor. De estos favores y prodigios está llena la historia de Israel. Pero también resultaron estériles.

¿Qué hizo entonces? Séneca (*De benef.* 1. c. 1,3-13) dice: «Si queréis conseguir que os amen, debéis amar vosotros primero». El Señor vino al mundo a hacerse compañero nuestro, y ante su vida, su pasión y su misericordia, «el mundo cayó vencido por el amor y agobiado por tantos beneficios...».

«Habéis triunfado, Señor. Hacía falta ser más fuerte que el mundo, y lo habéis sido. Con el fuego de vuestra caridad habéis fundido la dureza de mi corazón...», os habéis vengado de mí... ¡Dulce venganza!

«¿Queréis saber la causa principal, la causa única de este

misterio?... Os la diré con una palabra de San Pablo: *Me amó y se entregó por mi*... (Gal. 2,20). No me ha salvado por ninguna causa, ni razón; por ningún mérito, ni servicio; sino porque me quiso, porque me amó... *Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito Hijo*...» (Io. 3,16).

«¡Oh fuerza potentísima del amor!... Ha vencido al Todopoderoso, ha encadenado a Dios». Jacob luchó toda la noche (Gen. 32,24-30), quedó aparentemente derrotado, pero había vencido a Dios. El hombre, en una lucha de siglos, ha terminado venciéndole también. ¿Con qué armas?... Con las del amor. Abalanzóse éste por encima de las murallas de los cielos e invadió los alcázares eternos, encadenando al Verbo divino con los hierros de la carne, y acarreándonos el botín de riquezas inmensas... ¡Oh amor cruel!..., ¿cómo has podido herir a la Majestad infinita?... Verdaderamente es fuerte *el amor como la muerte*... (Cant. 8,6). Entregar a Dios por un gusano, exponer a la muerte al Señor por un siervo... Yo te conjuro, ten piedad de Dios. ¿Pero cómo? Si tienes piedad de El, ¿se condenará el hombre? ¡Dura alternativa!»...

«¡Gracias, Señor! En vuestra derrota triunfasteis, vencido por el amor, y habéis derrotado mi maldad... Vos que tenéis *siempre medida, número y peso* (Sap. 11,21), lo habéis desbordado todo con vuestro amor»... Haced que lo desborde yo, pero para ello dadme vos mismo esa perla tan difícil de hallar. Dadme el amor que necesito.

III. FRAY LUIS DE GRANADA

San Juan, al enviar sus discípulos, se propone despertar en ellos la fe en el Mesías, Hijo de Dios y Redentor, puesto que Cristo para confirmar esa fe da la prueba de los milagros. Fácilmente puede, por lo tanto, entroncarse este pasaje con la doctrina que El P. Granada expone en la introducción al *Símbolo de la fe*, p. 2.ª, c. 1 y 29 (cf. ed. Cuervo, t. 6, p. 27-31 y 249-253, y t. 4, p. 33-35; BAE, t. VI, Fray Luis de Granada, p. 286ss y 358ss, y BAC, *Obra Selecta*, p. 296-313).

A) Firmeza y oscuridad de la fe

La fe infusa es la que el Espíritu Santo infunde en el cristiano, la cual le inclina a creer lo que la Iglesia le propone... Lo que hubiera de obrar la razón..., eso mismo obra por más excelente manera aquella invisible lumbre del Espíritu Santo.

«Mas es de saber que con tener la fe esta firmeza y cer-

tidumbre infalible (porque se funda en la primera verdad, que es Dios, el cual nos reveló todo lo que creemos), con todo eso no tiene claridad y prueba de razón; porque es de cosas que sobrepujan toda razón, como es el misterio de la Santísima Trinidad...»

Y por esto dice al Apóstol (Hebr. 11,1) que *la fe es de las cosas que no se ven*, esto es, de las que no se alcanzan por la razón, sino por revelación de Dios... En sujetarse el entendimiento a que vea por la fe lo que no alcanza por razón, está el merecimiento de ella...»

«En lo cual dice San Crisóstomo (cf. *In Gen. 22*, hom. 47) que ha de estar el siervo de Dios tan constante, que, aunque le parezca haber contrariedad en las cosas que Dios dice, no por eso las ha de dejar de creer...»

«Pues para todos los misterios de nuestra fe basta la autoridad de Dios. Pitágoras... era tenido por sus discípulos en tan gran veneración... que si alguno les obligaba a dar razón de lo que defendían no daban otra más que la autoridad del maestro diciendo: El lo dice... Pues, si esta reverencia se tenía a un filósofo, ¿cuánta más se debe tener a aquella primera y suma Verdad?... Donde Dios habla, habemos de humillarnos y abajar las alas de nuestro entendimiento» (*Simb. de la fe*, p. 2.ª, c. 1).

B) Racionabilidad de la fe

a) Motivos de credibilidad

«No piense nadie que por ser las cosas que creemos sobre toda razón, nos movemos livianamente y sin fundamento a creerlas. Porque muy bien se compadece ser las cosas que creemos sobre razón y ser muy conformes a razón que las creamos, cuando vemos la verdad de ellas confirmada por algún milagro...

Pues la fe y religión cristiana está aprobada y confirmada con tan grande lluvia de milagros, y lo que es más, con la verificación... de tan claras y evidentes profecías..., que pudo con mucha razón decir Ricardo de San Víctor (cf. PL 196,825)... «¿No os parece que podríamos confiadamente decir: Señor, si es engaño lo que creemos, Vos sois la causa dél? Porque por tales señales y prodigios fueron testificadas y probadas las cosas que creemos, que era imposible ser hechas sino por Vos?» (ibid., c. 1).

«La divina Providencia, que dispone todas las cosas suavemente y las ordena según número, peso y medida..., no había de obligar al hombre a creer cosas que están sobre

toda razón... sin medios eficaces y proporcionados... Porque por medios sobrenaturales se han de probar las cosas que sobrepujan toda la facultad de la naturaleza. Estos medios son milagros y profecías... Milagros son obras de sólo Dios..., como es mandar al fuego que no queme (tres jóvenes)... y mandar al agua que no corra al lugar bajo (Jordán)... Pues estos milagros son prueba tan suficiente de la fe, que ninguna demostración matemática iguala con ellos. Porque haciéndose un milagro en confirmación de la doctrina que se predica, es visto ser Dios el testigo de ella...»

b) Milagro de la fe

«Y dado caso que la verdad que se confirma con este testimonio sea sobre toda razón... no por eso ha de dejar de ser creída, por razón de la autoridad infalible del testigo que la afirma, que es Dios, obrador de aquel milagro.

Lo cual vemos así cumplido en la oración de aquellos santos magos...» (Mt. 2,11). «¿Por qué adoraron... a quien apreciaban en condición tan opuesta a la de un rey?... Porque tenían otro testimonio mayor, que era el de la estrella... Por lo cual entendieron que era Señor de las estrellas el que era servido y testificado por ellas» (ibíd., p. 2.ª, c. 29).

c) Milagros del cristianismo

A continuación expone Fray Luis con gran elocuencia los milagros morales, intelectuales y físicos que prueban la divinidad de la religión cristiana: el cumplimiento de las profecías; la santidad de su doctrina, moral y sacramentos; sus efectos de fortaleza en los mártires y confesores, de pureza en las vírgenes, de consuelo en el alma y de cambio de costumbres en el mundo; los milagros físicos...

Tanto milagro hace que sea en la Santa Escritura muy reprendido el pecado de la incredulidad, hasta el punto de que el Salvador, siendo un perfecto dechado de mansedumbre, se indignó tan agriamente con este vicio, que dijo (Mt. 17,17): *¡Oh generación mala e incrédula! ¿Hasta cuándo tengo que estar entre vosotros?...* (ibíd., p. 2.ª, c. 29-31).

C) *Cultivemos nuestra fe*

a) Fe viva

«Ahora es de saber que esta fe, que unas veces está acompañada de la caridad, tiene también aneja consigo la obediencia de los mandamientos divinos... Porque lo propio de ella, cuando está formada, es inclinar al hombre a que viva conforme a lo que ella enseña. Así, cuando la fe nos propone aquella sentencia del Salvador (Lc. 13,3): *Si no hiciereis penitencia, todos juntamente pereceréis*, esfuérzase en recomendárnos la penitencia. Y cuando el mismo Señor dice (Mt. 7,21): *No todo aquel que me llama: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos...*, trabaja con todas sus fuerzas por cumplir esta voluntad. Y cuando el mismo Señor dice (Mt. 18,3): *Si no os humillaseis e hiciereis pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos*, trabaja por imitar la humildad y simplicidad de estos pequeñuelos...

De manera que... la fe es como maestro y ayo que nos enseña la manera de vivir... Es una candela resplandeciente que alumbra nuestros entendimientos... Es nuestro legislador, que nos da leyes de buen vivir...; es como arquitecto y maestro principal del edificio espiritual... La fe es sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles adónde y por dónde han de caminar...

«Dice San Bernardo (cf. *Sermón 28, super Cantica*, 9: BAC, San Bernardo, *Obras select.*, p. 938) que no hay cosa escondida a la fe... La fe no sabe qué cosa es falsedad, entiende lo que la razón no alcanza, comprende las cosas oscuras, abraza las inmensas, entiende las venideras... y finalmente ella es la que en su anchísimo seno encierra en su manera toda la eternidad...»

La fe también es, como dice San Juan (1 Io. 5,4), *la victoria que vence al mundo*... Según San Pablo (Rom. 3,22-26; Gal. 2, 16), justifica las almas, porque es la raíz y fundamento de todas las virtudes (ibíd., p. 2.ª, c. 2).

b) Medios de perfeccionarla

«Pues siendo tantas y tan grandes las excelencias de la fe, síguese que uno de los principales estudios del buen cristiano ha de ser trabajar todo lo posible por perfeccionar y acrecentar esta fe. Porque así como... todas las virtudes crecen con el uso y ejercicio de ellas y con el mérito de las buenas

obras, así también crece la fe». La consideración de los misterios de la fe y las buenas obras robustece.

«Así como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raíz de los árboles, porque, esto hecho, el beneficio de la raíz redunda luego en todas las ramas..., así uno de los principales cuidados... ha de ser cuidar esta raíz de todas las virtudes... (ibíd., p. 2.ª, c. 2).

IV. SANTA TERESA DE JESUS

A) Daños del apetito de honras. Las disputas sobre honras, incompatibles con la perfección

«En los movimientos interiores se traiga mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre, por su Pasión, de decir ni pensar, para detenerse en ello: si soy más antigua, si he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mejor. Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza; que si se detienen en ellos, o lo ponen en plática, es pestilencia y de donde nacen grandes males...»

«Podrá ser que digan que para qué pongo tanto en esto que va con rigor... Mas, créanme una cosa, que si hay punto de honra, o de hacienda (y esto también puede haberlo en los monasterios como fuera, aunque más quitadas están las ocasiones y mayor sería la culpa), que aunque tengan muchos años de oración, o por mejor decir, consideración (porque oración perfecta, en fin, quita estos resabios), que nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración».

La Santa afirma que a los humildes el demonio no les tentará desde el principio descaradamente y que, en cuanto se note el primer movimiento, debe uno pedir le dediquen a menesteres más bajos.

«Dios nos libre de personas que le quieren servir acordarse de honra. Mirad que es mala ganancia; y, como he dicho, la misma honra se pierde con desearla, en especial en las mayorías, que no hay tóxico en el mundo que así mate como estas cosas la perfección.

Diréis que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso; no os burléis con eso, que crece como espuma, y no hay cosa pequeña, en tan notable peligro, como son estos puntos de honra y mirar si nos hicieron agravio...»

Cuando una hermana sea agraviada en algo, cuiden las demás no andarle con compasiones, que son «indiscreta cari-

dad..., como la que tuvieron los amigos del santo Job» (cf. *Camino de perfección*, c. 12,4-8, en ed. Aguilar, *Obras Completas de Santa Teresa*, p. 256-257).

B) Error de las almas santas que creen deber defender su honra

«¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Qué es esto?; ¿quién detiene a quien tanto hace por Dios? ¡Oh, que tiene un punto de honra! Y lo peor que tiene es que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio que es obligado a tenerle...

Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar a los que andan cabe él; porque la fruta que da de buen ejemplo no es nada sana; poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto o compás que se yerre, disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.

Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, ¿y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma esforzándonos nosotros y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos: no tengo en qué, ni se me ofrece. Yo creo que a quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor pierda tanto bien; Su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos a la obra» (cf. *Libro de la vida*, c. 31,20-23: BAC, *Obras de Santa Teresa*, t. 1, p. 793-794).

V. BEATO JUAN DE AVILA

Para la recta inteligencia del pensamiento de Santa Teresa y para excluir ambos extremos completamos su doctrina con el capítulo 4 del *Audi Filia* del Maestro Juan de Avila (cf. ed. del Apost. de la Prensa, Madrid 1951).

A) Deseo lícito y peligros de las honras. Conveniencia y normas

«Para que mejor entendáis lo que se os ha dicho, habéis de saber que una cosa es amar la honra o estimación humana por sí misma y parando en ella, y esto es malo..., y otra cosa es cuando estas cosas se aman por algún fin, y esto no es malo.

Claro es que una persona que tiene mando o estado de aprovechar a otros, puede querer aquella honra y estima para tratar su oficio con mayor provecho de los otros; pues que si tienen en poco al que manda, tendrán en poco su mandamiento, aunque sea bueno.

Y no solamente estas personas, más generalmente todo cristiano debe cumplir lo que está escrito (Eccli. 41,15): *Ten cuidado de la buena fama.* No porque ha de parar en ella, mas porque ha de ser tal un cristiano, que quienquiera que oyere o viere su vida, dé a Dios gloria; como la solemos dar viendo una rosa, o un árbol con fruto y frescura. Esto es lo que manda el santo Evangelio (Mt. 5,16), que *luzca nuestra luz delante de los hombres, de manera que, viendo nuestras buenas obras, den gloria al celestial Padre,* del cual procede todo lo bueno.

Este intento de la honra de Dios y de aprovechar a los prójimos movió a San Pablo (2 Cor. 4) a contar de sí mismo grandes y secretas mercedes que nuestro Señor le había hecho, sin tenerse por quebrantador de la Escritura, que dice (Prov. 27,2): *Alábete la boca ajena, y no la tuya.* Porque contaba él estas sus alabanzas tan sin pegársele nada de ellas, como si no las hablara; cumpliendo él mismo lo que había dicho a los de Corinto (1 Cor. 7,29-30), que *los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen, y los que lloran, como si no llorasen,* con otras cosas semejables a éstas. En lo cual quiere decir que aquél provechosamente usa de lo temporal, próspero y adverso, gozoso o triste, que no se le pega el corazón a ello; mas pasa por ello como por cosa vana y que presto se pasa. Y cierto, cuando San Pablo contaba estas cosas de

sí, con un corazón las decía, no sólo despreciador de la honra, mas amador del desprecio y deshonra por Jesucristo, *cuya cruz El tenía por honra suprema...*» (Gal. 6,14).

B) Peligro de las honras y del mando

«Mas así como es cosa de mucha virtud tener la casa como si no la tuviesen, y no pegarse al corazón la honra que de fuera nos dan, así es cosa dificultosa y que muy pocos la alcanzan...

La experiencia nos ha mostrado que las dignidades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos. Porque para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, es menester gran fuerza y virtud... Se requiere mayor virtud para tener mando que para obedecer...

Y si es atrevimiento muy grande, y contra el ejemplo de Cristo, recibir el estado de honra cuando lo ofrecen, ¿qué será desearle y qué será procurarlo?... Cosa es de grandísimo espanto que, pudiendo un hombre andar seguramente por tierra llana, escoja los peligros de andar por la mar; y no con bonanza, sino con tempestades continuas. Porque, según San Gregorio dice: «¿Qué otra cosa es el poderío de la alteza sino tempestad del ánimo?» (cf. *Moralium*, 26, 34: PL 76.285). Y tras estos trabajos y peligros que en lugar alto hay, sucede aquella terrible amenaza hecha por Dios, aunque de pocos oída y sentida (Sap. 6,5): *Juicio durísimo será hecho en los que tienen mando.* ¿Qué será esto, que siendo el juicio ordinario de Dios tal, que los más estirados en la virtud tiemblan y dicen (Ps. 142,2): *No entres en juicio con tu siervo,* Señor, ¿hay gente tan atrevida que elija entrar en juicio, no cualquiera, mas estrechísimo y durísimo?...»

C) Cuanto menos santos, más desean gobernar

«Y, cierto, es cosa de maravillar que haya gente tan tasada en el servicio de Nuestro Señor, que si les dicen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remirando si es cosa que no les obliga a pecado mortal para no la hacer; porque dicen que son flacos, y no quieren meterse en cosas altas y de perfección, sino andar camino llano, como ellos dicen. Y éstos, por una parte, tan cobardes en buscar la perfecta virtud para sí mismos, que con la gracia del Señor les fuera fácil de alcanzar, por otra parte, son tan atrevidos en meterse en señoríos y mandos y honras, que

para usar bien de ellos y sin daño propio, es menester perfecta o aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias en lo que muchos han peligrado. Tanto ciega el deseo de la honra y mandos y del interés humanos, que a los que no osan acometer lo fácil y lo seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fían de Dios que les ayudará en las buenas obras que tocan a sí mismos, se prometen con grande osadía que los traerá Dios de la mano en lo que toca a regir a los otros, pudiendo Dios responder con mucha justicia que pues ellos se metieron en aquel peligro, ellos se ayuden a valerse en él. Porque de estos tales dice Dios (Os. 8,4): *Ellos reinaron, y no por mi parecer: fueron príncipes y Yo no lo supe.* Quiere decir: No lo aprobé, ni me pareció bien. Y quien mirare que desechó Dios de su mano al rey Saúl, habiéndole el mismo Dios metido en el reino, tendrá mucha razón para desengañarse, pues que no hay quien le asegure de que no sea tan flaco como Saúl, sino la soberbia y gana del mando. Y por muy buena entrada que tenga en él, no será mejor que la de Saúl.»

VI. BOSSUET

A) La homilía de los milagros y escándalo de Cristo. «Caeci vident, surdi audiunt... Beatus est qui non fuerit scandalizatus in me»

He aquí una homilía de altos vuelos apologéticos, con sus consecuencias morales. Del mismo modo que los milagros físicos de Cristo demostraron su divinidad, la demuestra ahora el triple milagro de su doctrina, de su moral y de los sacramentos del perdón.

Igual que los judíos se escandalizaron de los milagros de Jesús, nosotros tomamos pie de estos otros tres para prevaricar.

Bossuet, que pronuncia este sermón ante la corte en el segundo domingo de Adviento, no pierde de vista al volteriano, frívolo en su impiedad, ni a los cortesanos, despreocupados en su corrupción (cf. o. c. supra en primer dom. de Adv., sec. 5.ª, III, ed. Firmin-Didot, p. 181-189).

B) Dios, bienhechor, y el hombre, ingrato

Preguntado Jesús por los discípulos de Juan, «da a los hombres como señal de la divinidad de su sagrada persona, primero, sus bondades, y, segundo, nuestra ingratitud...»,

Parece nota distintiva de la divinidad «el ser infinitamente liberal con los hombres y no encontrar en ellos más que una perpetua oposición a su voluntad y un desprecio injurioso de sus gracias».

San Pedro (Act. 10,38) describió al Señor: *Pertransiit benefaciendo et sanando omnes oppresos a diabolo...* Recorrió las aldeas, ciudades y provincias no como un vencedor en sus conquistas, asolando y destruyendo, sino repartiendo su liberalidad. Así, pues, Cristo mostró a los hombres su Divinidad como ésta suele mostrarse..., y los hombres le trataron como suelen tratar a Dios, pagándole, según costumbre suya, con la ingratitud. *Et beatus est qui non fuerit scandalizatus in me* (Mt. 11,6).

C) Los tres milagros de hoy y nuestro escándalo

a) Los tres milagros de hoy

Los milagros del Evangelio y los que después se han continuado a lo largo de la historia de la Iglesia, son los cimientos de la fe. Pero son también «señales sagradas de otros milagros espirituales sin límite de tiempos ni personas, en todos los hombres y edades».

El género humano se parece «a ese sordo y ese ciego, que han perdido el conocimiento de Dios y no pueden verle ni oírle...; a ese cojo, que sin norma alguna para sus costumbres, no puede caminar recto ni aun sostenerse siquiera...; a ese leproso y a ese muerto, que, sin encontrar quien le separe del pecado, no puede purificarse de sus manchas... Jesucristo devuelve el oído a ese sordo y la vista a ese ciego cuando predica la fe...; endereza al cojo, al dar la norma de la moral...; limpia al leproso y resucita al muerto, cuando concede a la Iglesia el poder de perdonar los pecados. Estos son los tres milagros con que Cristo nos prueba su Divinidad...»

b) Estos milagros como prueba

«El que enseña a los hombres la verdad soberana, la rectitud infalible y la bondad infinita, está mostrando al mismo tiempo la Divinidad». Jesucristo nos muestra todo ello en su misma persona. Luego nos está mostrando que en El reside la Divinidad.

c) Nuestro escándalo

Estas tres grandes condiciones de Cristo son precisamente las que motivan nuestro escándalo e ingratitud. «La profundidad de las verdades de la fe nos levantan rebeldes contra la autoridad del Señor; lo exacto de sus reglas nos mueve a quejarnos de su rigor; la facilidad del perdón se nos convierte en ocasión de abusar de su paciencia».

D) Milagro y escándalo de la verdad

a) El milagro. Triunfo de la verdad

1. Sin apoyo de razonamientos humanos

La verdad conquistó el mundo «por su propia autoridad, sin pedir socorro alguno..., sin apoyarse en discursos humanos..., segura... de su origen celestial, y habló y exigió ser creída...».

Predicó misterios insondables como el de la Santísima Trinidad y el de la Encarnación, dando como única prueba el *haec dicit Dominus*. Dios, en efecto, tiene derecho a exigir que le creamos. Un día nos mostrará la verdad sin velos; hoy su grandeza puede exigir el tributo de nuestra inteligencia, reinando en los espíritus.

Con esta fe los Apóstoles conquistaron el mundo. Cuando *tremefactus Felix* dijo a San Pablo: *quod nunc attinet vade...* (Act. 24,25), ¿quién parece el preso y quién el juez? Los Apóstoles conquistaron el mundo sin galas de elocuencia, «por una virtud secreta que persuade contra las reglas (de la retórica), o mejor dicho, que no persuade, sino que cautiva, virtud venida del cielo que se conserva entera en medio de la pobreza de la expresión y la sencillez de un estilo vulgar, como conserva un río, al correr por la llanura, la fuerza impetuosa que adquirió en sus montañas de origen...».

2. A pesar de la persecución

«En medio del furor de todo el mundo, conjurado contra ella, la fe cristiana no mendigó socorro a nadie. Ella se formó defensores intrépidos..., que... no sabiendo más que confesarla y morir, corrieron a la muerte con tal ardor que asombraron a sus verdugos, hasta obligarlos con su paciencia... a revocar las leyes perseguidoras... Orando, sufriendo..., muriendo, les hicieron avergonzarse de las leyes... hasta tener

que cambiarlas...» (cf. SAN AGUSTÍN, *De civ. Dei*, l. 8, c. 20: PL 41,244)

b) EL ESCÁNDALO. NEGACIÓN E INDIFERENCIA

1. Los que niegan

En esta nación, la más floreciente de la cristiandad, se hallan por doquiera libertinos encenagados en sus bajezas, que se atreven a juzgar lo más alto..., que *blasfeman de cuanto ignoran; y aun en lo que naturalmente, como brutos irracionales, conocen, en eso mismo se corrompen...* (Iudae 10) *Hombres dos veces muertos* (ibid. 12); primero, porque han perdido la caridad, y, segundo, porque han arrancado la fe, y se han desarraigado totalmente de la Iglesia... «¿Y les veo triunfar en las reuniones envenenando las almas con sus chistes sacrílegos?»

Bossuet habla a los enciclopedistas y les increpa: Ya que habláis de religión, hablad en serio. No os creáis los únicos sabios... «¿Queréis penetrar los secretos de Dios?... Pues explicadme, siquiera, uno de los enigmas de la naturaleza... No sabéis... ¡Y, en cambio, no queréis que la fe os enseñe lo que debéis creer! ¡Pobre ciego, huraño y desdeñoso, no quieres que se te guíe y se te dé la mano! Pobre viajero perdido..., ¿qué quieres?... ¿Entender claramente todas las verdades divinas? ¿Pero no miras en qué baja región del mundo vives? ¿No ves la noche profunda y las tinieblas espesas que te rodean, la debilidad, flaqueza e ignorancia de tu razón?...»

2. Los despreocupados

Hay otros muchos que ni se preocupan. Ni siquiera saben si creen o no creen. Este es el mal de la corte. «Y me parece que los libertinos y espíritus fuertes terminarán desapareciendo, y no precisamente por horror a sus sentimientos, sino porque llegará un día en que todo les sea indiferente, excepto el placer y los negocios».

Veamos si puedo convencer a unos y otros, hablándoles de la belleza incorruptible de la moral cristiana.

E) Milagro y escándalo de la moral de Cristo

a) EL MILAGRO. TRIUNFO DE LA MORAL

La mayoría de los incrédulos alaban la moral cristiana. Pero fe y moral son inseparables. Ni en la religión ni en el

cielo hay dos soles. El enviado para iluminar nuestras costumbres es el que predicó nuestra fe.

1. El milagro de su expansión

«El Hijo de Dios nos probó mejor su divinidad dirigiendo sin error la vida humana que enderezando a los cojos y haciendo andar a los contrahechos. El que a través de tan diversas costumbres, tantos errores y pasiones... consiguió encontrar el justo medio y precisar la norma de las costumbres tiene que ser más que un puro hombre. Reformar así el género humano es darle al hombre una vida racional, es una segunda creación... Es necesario para ello contar con el apoyo de la misma sabiduría, que formó al hombre... Si no lo hubiese hecho Dios, tendría que envidiar a su autor».

La filosofía lo intentó..., conservó hermosas reglas del resto del naufragio, pero sería necesario emplear enorme tiempo para enumerar sus errores.

2. El milagro de su propia perfección

Por eso «vamos a rendir homenaje a la equidad infalible de nuestra regla evangélica...».

Comencemos por el principio. Nos lleva a Dios. Habiendo decidido atarnos a El con toda clase de vínculos..., nos une en todas nuestras operaciones..., como a Padre con el amor; preparando a ello nuestra flaqueza con el temor; haciéndonos reverenciar su autoridad, creer en su palabra, depender de su poder, confiar en su bondad, temer su justicia, abandonarnos a su amor y esperar su eternidad.

En cuanto a nosotros, nos enseña que podemos ser víctimas de Dios, y para evitarlo nos hace dominar nuestras pasiones en su misma cuna. No sólo la obra, sino el deseo...

En cuanto a la sociedad, predica el amor mutuo, la justicia, la caridad, el perdón...

Santifica la familia con un sacramento, constituyendo el matrimonio, uno, indisoluble y fiel. Hijos y padres: obediencia, amor, educación...

«He aquí la inmortal belleza de la moral cristiana... *Me deleito en la ley de Dios...* (Rom. 7,22). Siento la necesidad de creer en quien me ha enseñado a vivir. La fe me enseña las costumbres; las costumbres me demuestran mi fe...»

b) El escándalo. Apartamiento de los pecadores

«Pecadores, ¿qué es lo que os hiere? ¿Qué parte queréis borrar de la moral? ¿Quién dicta vuestras dificultades? ¿La razón o la pasión?... Pedís más libertad. ¡No sigáis! Os en-

tiendo. Esa libertad es la servidumbre miserable de vuestro corazón... Permitid que os libremos del yugo de las pasiones...

No me digáis que es demasiado perfecta la ley...» Eso es de cobardes y perezosos... El perezoso dice siempre: *en el camino hay una fiera, un león en la plaza* (Prov. 26,13)... «No digáis que es imposible nada teniendo la gracia de Dios...»

F) Milagro y escándalo del perdón

a) El milagro. La misericordia infinita de Dios

La dificultad de esta tercera parte no estriba en el asunto. ¿Quién podría hablar de la inmensa bondad de Dios? Mi miedo consiste en que los hombres abusen de ella. «Convendría de vez en cuando, al encontrar un alma abatida y desesperada, llamarla aparte y decirle en voz queda: ¿no sabes que Dios perdona siempre y sin límite alguno?...»

Por otra parte, «no es justo que la maldad del hombre nos impida glorificar la bondad de Dios...».

Tenemos, pues, en el cielo una misericordia infinita. Pero su aplicación terrena ha sido comunicada a la Iglesia en el sacramento de la penitencia. El orador hace una descripción brevísima de cómo este sacramento fué instituído y añade: «El bautismo perdona sólo una vez, la penitencia siempre»: *Quorum remisseritis peccata, remittuntur eis* (Io. 20,23).

b) El escándalo. El aplazamiento de la conversión

Tertuliano decía: ¡Feliz agua, que no lava más que una vez y no sirve de juguete al pecador! (cf. Tertull., *De bapt.* 15: PL 1,1325). En cambio, este baño de la penitencia, por la misma facilidad que da a la limpieza de las almas, contribuye a veces a que muchos no teman mancharlas más y más. «¡Agua saludable, extrañamente violada, sólo porque es extraordinariamente bienhechora...!»

Pecado contra el Espíritu Santo.—«Os decimos en vano...: No consideréis que Dios ha prometido su perdón al que se arrepiente; pensad más bien que El nunca ha prometido dar el tiempo necesario para arrepentirse. Pero esta reflexión, de puro repetida, no produce fruto. Considerad... que con vuestra ceguera hacéis a Dios cómplice de vuestra dureza, y eso es pecar contra el Espíritu Santo... A Dios no le queda nada

por hacer para separarnos del crimen... ¿Puede algo más que llamaros, esperaros, tenderos los brazos?... Y precisamente eso es lo que os anima a vuestras empresas pecadoras... Agotada, pues, su bondad..., no le quedará sino la venganza. Mostraos, pues, firmes e intrépidos en perder vuestra alma..., arriesgadlo todo... Convertid un problemático arrepentimiento en motivo para seguir pecando..., pero por lo menos no me neguéis que es un absurdo pecar para arrepentirse... Salvarse o condenarse... Escoged... Lo último es el partido de los demonios. Quedándoos algún sentimiento cristiano..., esperáis convertiros. Pero la verdad es que no viviríais con mayor abandono si supieseis que la puerta del perdón se había cerrado ya...

Cese, pues..., de ser motivo de escándalo el perdón de los pecados... Que la penitencia sea... remedio y no veneno; que la esperanza sea... socorro del débil y no apoyo del atrevido; que el dolor sea dolor... y expiación..., no fundamento de nuevos pecados».

VII. DONOSO CORTES

El evangelio de esta domínica nos lleva a considerar la ceguera del pueblo que no conoció al Mesías y nos trae a la memoria el bellísimo discurso de Donoso sobre la Biblia.

A) El pueblo, protagonista de las tragedias bíblicas

«Por eso el pueblo es la persona trágica por excelencia en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza; el pueblo es el que acepta y sanciona la ley; el pueblo es el que rompe en tumultos y rebeliones, el que levanta ídolos y los adora, el que quita jueces y pone reyes, el que se entrega a supersticiones y agüeros, el que bendice y maldice a un tiempo mismo a sus profetas... En Israel no hay más que el pueblo: el pueblo lo llena todo, al pueblo habla Dios, al pueblo habla Moisés, del pueblo hablan los profetas, al pueblo sirven los sacerdotes, al pueblo sirven los reyes; hasta los salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares.

B) El olvido de Dios y la ruptura de la unidad judía

Las pompas de la monarquía duraron poco, y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomón príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos y en la guerra felicísimos; gobernaron a Israel con imperio templado y justo, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos; el último fué visitado por los reyes de Oriente, levantó el templo del Señor sobre piedras preciosas y le enriqueció con maderamientos dorados; la fama de sus magnificencias y de su sabiduría más que humana se extendió por todas las gentes. Pero cuando estos príncipes dichosos bajaron al sepulcro, luego al punto comenzó a despeñarse la majestad del imperio, sin que nunca más tornara a volver en sí; dividiéronse las tribus, y, rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus fragmentos dos imperios enemigos, dados ambos a torpezas y deleites...

C) Los profetas

a) Poetas, oradores y tribunos

En medio de tan preciosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios a sus grandes profetas para que hicieran resonar en Judá el eco de su palabra y sacaran de su profundo olvido y hondo letargo a los reyes idólatras, a los sacerdotes ociosos y a aquellas bárbaras muchedumbres, dadas a sediciones y tumultos. Jamás en ningún pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores: Roma, tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores a un tiempo mismo: como los poetas, cantaban las perfecciones divinas; como los tribunos, defendían los intereses populares; como los oradores, proponían lo que juzgaban conforme a las conveniencias del Estado. Un profeta era más que Homero, más que Demóstenes, más que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes a un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano a todo regalo de la carne y a todo amor de la vida, y que, mensajero de Dios, tenía el encargo de poner su palabra en el oído del pueblo, en el oído de los sacerdotes y en el oído de los reyes...

b) Al servicio de Dios, con su vida y su martirio

Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenían puestos los ojos, antes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo; los profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes, atentos sólo a lo que Dios les decía interiormente en sus almas; por eso hicieron frente a los odios implacables de los príncipes, que, habiendo puesto su sacrílega mano en el templo de Dios, no temían ponerla en el rostro augusto de sus profetas; por eso resistieron con constantísimo semblante a la grande indignación y bramido popular, creciendo su constancia al compás de la persecución y al compás de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos; por eso, en fin, casi todos, o entregaron sus gargantas al cuchillo o buscaron en tierras extrañas un triste sepulcro...

c) Tránsito de la amenaza al castigo

Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza, con el Salvador del mundo comienza la época del castigo. Hagamos todos aquí una estación, recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

D) La tragedia de Edipo-pueblo. Paralelo entre el héroe griego y el pueblo de Dios

Sófocles escribió una de las más bellas tragedias del mundo, que intituló *Edipo, rey*. Esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los más bellos ingenios, y a nosotros nos ha cabido la suerte de poseer con ese título una de las tragedias que más honran nuestra literatura clásica.

Pero hay otra tragedia más admirable, más portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y a quien su autor no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, sino más bien la tragedia por excelencia. Son sus autores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, a vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atrevería a intitularla Edipo-pueblo.

a) El enigma de la humanidad

Edipo adivina los enigmas de la esfinge, y es reputado por el más sabio y el más prudente de los hombres; el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto a todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano, y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan a Edipo la victoria sobre todos los competidores y le asientan en el trono de Tebas. Jehová lleva por la mano al pueblo hebreo a la tierra de promisión y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos délficos, habían anunciado a Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre; Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, había anunciado a los judíos que matarían a su Dios. Un hombre muere a manos de Edipo en una senda solitaria; un hombre muere a manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá; aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay, pero algo hay, señores, en este *similiter cadens* de la Historia, que causa un involuntario pero profundísimo estremecimiento...

b) Ceguera del protagonista ante la catástrofe

Edipo sabe que mató a aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio; Polibio está muy lejos de allí, y el que murió a sus manos era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazaret, saben que lo pusieron en una cruz en el monte Calvario y que le pusieron entre dos ladrones para más escarnecerle; pero su conciencia está tranquila; su Dios había de venir, pero aun estaba lejos; su Dios había de ser conquistador y rey, y había de rugir como el león de Judá, mientras que el hombre de la cruz había nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no había encontrado una piedra en donde reclinar su frente. «Si eres hijo de Dios, ¿por qué no bajas de la cruz?», dijo el pueblo judío. «Si el que murió a mis manos me había dado el ser, ¿cómo al darle la muerte no saltó el corazón en mi pecho? ¿Cómo es que no me habló la voz de la sangre?», esto dijo el rey parricida. Y el pueblo matador de su Dios y el hombre matador de su padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron a los oráculos, y se mofaron de los profetas.

c) Curiosidad sobrehumana

Pero la Divinidad implacable, que calladamente está en ellos y obra en ellos, los empuja para que caigan y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos. Ambos se hallan poseídos de súbito de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta a Yocasta, pregunta a Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto: «¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? ¿Quién soy yo?» El pueblo judío pregunta a Jesús: «¿Quién eres? ¿Eres, por ventura, nuestro Dios y nuestro rey?» El drama aquí comienza a ser terribilísimo; no hay pecho que no sienta una opresión dolorosa, inexplicable, increíble; ni frente que no esté bañada con sudores, ni alma que no desfallezca con angustias.

d) La cólera de Dios sobre Tebas y Jerusalén

Entretanto, la colera de los dioses cae sobre Tebas: la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En la populosa ciudad reinan el silencio y el espanto, la desolación y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan a los dioses. Sobre Jerusalén la mística, la gloriosa, cae un velo fúnebre; por aquí van santas mujeres que se lamentan, por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan a la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita, que lleva al Calvario al Justo. «Una generación no pasará sin que vengan sobre vosotras, matronas de Sión, tan grandes desventuras, que seréis asombro de las gentes; ya, ya asoman por esos repechos las romanas legiones; ya cruzan por los aires, trayendo el rayo de Dios, las águilas capitolinas. ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Ay de tus hijos! Porque tienen hambre, y no encuentran pan; tienen sed, y no encuentran agua; quieren hacer plegarias y votos en el templo de Dios, y están sin templo; quieren vivir, y a cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura y son pasto de las aves».

la tierra; lanza sobre él anticipadamente la excomunión sacerdotal; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío, tomado de un vértigo caliginoso, poseído de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le obscurece la razón y ardiendo en la fragua de sus furores, exclama diciendo: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». ¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado rey! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo a un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y después, cuando los oráculos bíblicos y los délficos se cumplieron, los torbellinos arrancan al pueblo deicida de la tierra de promisión, y el parricida huye del trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia; el pueblo judío es horror de los hombres. Edipo caminó con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas; el pueblo judío camina, sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás, de pueblo en pueblo, de región en región, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del talión a la ley de la gracia, y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado; dió bofetadas a su Dios, y ha ya diecinueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo; escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro; despojó a Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros y le arrojan desnudo al otro lado de los mares; dió a beber a Dios vinagre con hiel, y con beber en ella a todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones; puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas; crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero, es clemente; mientras que los dioses ningún otro consuelo dejaron a Edipo sino su Antígona, el Dios que murió en la cruz, en prenda de su misericordia, dejó a los matadores la esperanza» (cf. BAC, *Obras completas de Donoso Cortés*, «Discurso académico sobre la Biblia», t. 2, p. 176-181).

VIII. JAIME BALMES

Tema homilético fundamental del segundo domingo de Adviento es la consideración del Bautista como carácter. Incluímos a continuación un amplio extracto de los párrafos 57, 58 y 59 del capítulo XXII de *El Criterio*, de Balmes (cf. *Obras completas*, ed. P. Ignacio Casanova, S. I., Biblioteca Balmes, Barcelona 1925-1927, t. 15, p. 340-348, y BAC, *Obras completas*, t. 3, p. 749-754).

A) Fuerza de la voluntad

«El hombre tiene siempre un gran caudal de fuerzas sin emplear, y el secreto de hacer mucho es acertar a explotarse a sí mismo. Para convencerse de esta verdad basta considerar cuánto se multiplican las fuerzas del hombre que se halla en aprieto: su entendimiento es más capaz y penetrante, su corazón más osado y emprendedor, su cuerpo más vigoroso, y esto ¿por qué?». No porque se creen nuevas fuerzas, sino porque «el aprieto aguijonea la voluntad, y ésta despliega, por decirlo así, toda la plenitud de su poder». Debemos aprovechar esta enseñanza en los negocios comunes. «Regularmente, para lograr un fin, lo que se necesita es voluntad, voluntad decidida, resuelta, firme, que marche a su objeto sin arredrarse por obstáculos ni fatigas. Las más de las veces no tenemos verdadera voluntad, sino veleidad».

B) Firmeza de voluntad

«La firmeza de voluntad es el secreto de llevar a cabo las empresas arduas; con esta firmeza comenzamos por dominarnos a nosotros mismos, primera condición para dominar los negocios».

Mala es la terquedad, que «nos lleva a desechar los consejos ajenos, aferrándonos en nuestro dictamen... contra las consideraciones de prudencia y justicia», y de ella debemos precavernos, «porque, teniendo su raíz en el orgullo, es planta que fácilmente se desarrolla». Pero «tal vez podría asegurarse que la terquedad no es tan común ni acarrea tantos daños como la inconstancia», que «esteriliza nuestras facultades».

Para lograr esta firmeza de voluntad y precaverse contra la inconstancia, conviene formarse convicciones fijas, prescribirse un sistema de conducta, no obrar al acaso». Cierto

que las circunstancias pueden obligarnos a modificar los planes concebidos, pero esto no quiere decir que no debamos formarlos.

«Conciencia tranquila, designio premeditado, voluntad firme; he aquí las condiciones para llevar a cabo las empresas. Esto exige sacrificios..., que el hombre se venza a sí mismo..., mucho trabajo interior...; pero en lo intelectual como en lo moral como en lo físico, en lo temporal como en lo eterno, está ordenado que no alcanza la corona quien no arrostra la lucha».

C) Firmeza, energía, ímpetu

«Voluntad firme no es lo mismo que voluntad enérgica y mucho menos que voluntad impetuosa... El ímpetu es producido por un acceso de pasión, es el movimiento de la voluntad arrastrada por la pasión, es casi la pasión misma. Para la energía no basta un acceso momentáneo; es necesaria una pasión fuerte, pero sostenida por algún tiempo... La firmeza... admite también pasión, frecuentemente la necesita, pero es una pasión constante, con dirección fija, sometida a regularidad. El ímpetu o destruye en un momento todos los obstáculos o se quebranta; la energía sostiene algo más la lucha, pero se quebranta también; la firmeza los remueve si puede; cuando no los salva, da un rodeo; y si ni uno ni otro le es posible se para y espera».

En ciertos casos también la firmeza puede tener energía e ímpetu. «Después de esperar mucho, también se impacienta, y una resolución extrema es tanto más temible cuanto es más premeditada y calculada».

Las fuerzas morales, como las físicas, necesitan ser economizadas. Prodigarlas a cada paso es perderlas. «No son las voluntades más firmes las que chocan continuamente con todo; por el contrario, los muy impetuosos ceden cuando se les resiste, atacan cuando se cede. Los hombres de voluntad más firme no suelen serlo para las cosas pequeñas... Así, en el trato común son condescendientes, flexibles...». Se reservan para las ocasiones importantes.

Esa fuerza de voluntad, «que es uno de los caracteres distintivos de los hombres que más se han señalado» en la historia, «resulta de la acción combinada de dos causas: una idea y un sentimiento. Una idea clara, viva, fija, poderosa, que absorba el entendimiento, ocupándole todo, llenándole todo. Un sentimiento fuerte, enérgico, dueño exclusivo del corazón y completamente subordinado a la idea. Si alguna de estas circunstancias falta, la voluntad flaquea, vacila».

El poder de ambas fuerzas reunidas es extraordinario y el

ascendiente sobre los demás de un hombre que las posee «superior a todo encarecimiento». La voluntad sostenida por una idea «tiene algo de misterioso que parece revestir al hombre de un carácter superior y le da derecho al mando de sus semejantes: inspira una confianza sin límites, una obediencia ciega a todos los mandatos del héroe. Aun cuando sean desacertados, no se los cree tales, se considera que hay un plan secreto que no se concibe. El sabe lo que hace, decían los soldados de Napoleón, y se arrojaban a la muerte».

En la vida común no son necesarias estas cualidades en grado tan eminente, pero de ellas dependen en gran parte las ventajas que unos hombres llevan a otros en el manejo de los asuntos y puede asegurarse que quien no las tenga será incapaz de llevar a cabo ningún negocio importante.

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. EPISTOLA

A) Quaecumque scripta sunt, ad nostram doctrinam...

a) LA MAYOR OBLIGACIÓN DE HOY ES EVANGELIZAR LAS RIQUEZAS DE JESUCRISTO A LOS HOMBRES

Venerables hermanos: ¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de *evangelizar las incalculables riquezas de Cristo* (Eph. 3-8) a los hombres de nuestra época? (Pío XII, *Summi Pontificatus,* 3).

b) LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA SE HA ESCRITO PARA LLEVARLA A LA PRÁCTICA

La doctrina social de la Iglesia es clara en todos sus aspectos. Es obligatoria. Ninguno se puede apartar de ella sin peligro para la fe y para el orden moral. No es, pues, lícito a ningún católico, ni mucho menos a los que pertenecen a vuestras organizaciones, prestar adhesión a teorías y sistemas sociales que la Iglesia ha repudiado o a propósito de los cuales ha puesto en guardia a sus fieles (Pío XII, *A la Acción Católica Italiana,* 29 de abril de 1945).

c) POR ESO ES NECESARIO ILUMINAR CON ELLA LAS MENTES DE TODOS

Por esto es sumamente necesario que en todas las clases de la sociedad se promueva una más intensa formación social, correspondiente al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con toda solicitud e industria la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia aun entre la clase obrera. Ilumínense las mentes con la segura luz de la doctrina católica, muévanse las voluntades a seguirla y aplicarla como norma de una vida recta, por el cumplimiento concienzudo de los múltiples deberes sociales. Y así se evitará esa incoherencia y discontinuidad en la vida cristiana, de la que varias veces nos hemos lamentado, y que hace que algunos, mientras son aparentemente fieles al cumplimiento de sus deberes religiosos, luego, en el campo del trabajo, o de la industria, o de la profesión, o en el comercio, o en el empleo, por un deplorable desdoblamiento de conciencia, llevan una vida demasiado disconforme

con las claras normas de la justicia y de la caridad cristiana, dando así grave escándalo a los débiles y ofreciendo a los malos fácil pretexto para desacreditar a la Iglesia misma (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 55).

B) Deus... det vobis idipsum sapere in alterutrum, secundum Iesum Christum

a) El hombre está naturalmente ordenado a vivir en sociedad

El hombre está naturalmente ordenado a vivir en comunidad política, porque no pudiendo en la soledad procurarse todo aquello que la necesidad y el decoro de la vida corporal exigen, como tampoco lo conducente a la perfección de su ingenio y de su alma, ha sido providencia de Dios que haya nacido dispuesto a la unión y sociedad con sus semejantes, ya doméstica, ya civil: la cual es la única que puede proporcionar la perfecta suficiencia de la vida (León XIII, *Immortale Dei*, 4).

b) El mismo trabajo humano está ordenado a la sociedad

Ahora bien, así como en el dominio, así en el trabajo, principalmente cuando se trata del trabajo contratado, claro es que debe considerarse, además del aspecto personal o individual, el aspecto social; porque la actividad humana no puede producir sus frutos si no queda en pie un cuerpo verdaderamente social y organizado, si el orden jurídico y el social no garantizan el trabajo, si las diferentes profesiones, dependientes unas de otras, no se conciertan entre sí y se completan mutuamente y, lo que es más importante, si no se asocian y unen, para un mismo fin, la dirección, el capital y el trabajo. El trabajo, por tanto, no se estimará en lo justo ni se remunerará equitativamente si no se atiende a su carácter individual y social (Pío XI, *Quadragesimo anno*, 30).

c) La sociedad es, pues, para el hombre y, por el hombre, para Dios

Así como el hombre no puede eximirse de los deberes para con la sociedad civil, impuestos por Dios, y así como los representantes de la autoridad tienen el derecho de obligarle a su cumplimiento cuando lo rehuse ilegítimamente, así también la sociedad no puede privar al hombre de los derechos personales que le han sido concedidos por el Creador—antes hemos aludido a los más importantes—, ni hacer por principio imposible su uso. Es, pues, conforme a la razón, y ella lo quiere también así, que en último término todas las cosas de la tierra sean ordenadas a la persona humana, para que por su medio hallen el camino hacia el Creador. Y al hombre, a la persona humana, se aplica lo que el Apóstol de las Gentes escribe a los Corintios (3,22-23), sobre el plan divino de

la salvación cristiana: *Todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios* (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 30).

d) Hay una perfecta unidad entre la economía, la sociología, la moral y la salvación

Es cierto que la economía y la moral, cada cual en su esfera peculiar, tienen principios propios; pero es un error afirmar que el orden económico y el orden moral están tan separados y son tan ajenos entre sí, que aquél no depende para nada de éste.

Una misma ley moral es la que nos obliga a buscar derechamente en el conjunto de nuestras acciones el fin supremo y último, y, en los diferentes dominios en que se reparte nuestra actividad, los fines particulares que la naturaleza o, mejor dicho, el autor de la naturaleza, Dios, les ha señalado, subordinando armónicamente estos fines particulares al fin supremo. Si fielmente guardamos la ley moral, los fines peculiares que se proponen en la vida económica, ya individuales, ya sociales, entrarán convenientemente dentro del orden universal de los fines, y nosotros, subiendo por ellos como por grados, conseguiremos el fin último de todas las cosas, que es Dios, bien sumo e inexhausto para Sí y para nosotros (Pío XI, *Quadragesimo anno*, 14).

e) Y todo el orden social debe ser la proyección del orden querido por Dios

Quien con mirada limpia y penetrante considere la vital conexión entre genuino orden social y genuino ordenamiento jurídico, y tenga presente que la unidad interna en su multiplicidad depende del predominio de las fuerzas espirituales, del respeto a la dignidad humana en sí y en los otros, del amor a la sociedad y a los fines que Dios le ha señalado, no puede maravillarse de los tristes efectos de aquellas concepciones jurídicas que, alejándose del camino real de la verdad, marchan por el terreno resbaladizo de postulados materialísticos, sino que echará de ver en seguida la inaplazable necesidad de la vuelta a una concepción espiritual y ética, seria y profunda, templada al calor de una verdadera humanidad e iluminada por el resplandor de la fe cristiana, que hace ver en el ordenamiento jurídico una refracción externa del orden social que Dios ha querido, luminoso fruto del espíritu humano, imagen a su vez del espíritu de Dios (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, 23).

f) En el aspecto religioso, el hombre constituye la Iglesia

El unigénito Hijo de Dios constituyó sobre la tierra la sociedad que se dice la Iglesia, transmitiéndole aquella propia excelsa misión divina que El en persona había recibido de su Padre, y encargándole que la continuase en todos tiempos. *Como me envió mi Padre, así os envío Yo* (Io. 20,21). *Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo* (Mt. 28,20). Y así como Jesucristo

vino a la tierra para que los hombres *tengan vida y la tengan abundante* (Io. 10,10), no de otra suerte el fin que se propone la Iglesia es la eterna salvación de las almas; por lo cual, en razón de su íntimo ser, se extiende y dilata, cobijando en su regazo a todos los hombres, sin que haya límites, ni de lugar ni de tiempo, que la circunscriban. *Predicad el Evangelio a toda criatura* (Mc. 16,15) (LEÓN XIII, *Immortale Dei*, 14).

g) LA PERFECTA UNIDAD ENTRE LOS HOMBRES LLEVA CONSIGO EL RECONOCIMIENTO DE JESUCRISTO

¿Quién no teme y detesta las luchas, las discordias civiles, las conflagraciones bélicas, que en lo futuro, con las nuevas armas, serán enormemente destructoras? Para evitar esos males, aplaudimos y alabamos las iniciativas encaminadas a que las naciones se mantengan siempre unidas con los más estrechos lazos. Pero todo ello, que ya de sí es bastante inseguro, estará apoyado en la movediza arena si no reina en el mundo un sentimiento de fraternidad universal que consolide los estados y garantice los pactos, haciendo firme y sagrada la fidelidad a los compromisos mutuos. Pero por experiencia nos consta con toda certeza que, en la práctica, los hombres no se sienten hermanos entre sí, si ellos no se sienten todos hijos de un mismo padre (PÍO XII, *Exhortación al Episcopado de todo el mundo:* «Ecclesia», n. 397, 19 de febrero de 1949, p. 6).

h) EL HABER ALEJADO A JESUCRISTO DE LA VIDA FUÉ CAUSA DE TANTOS MALES

Tengan todos presente que el acervo de males que en los últimos años hemos tenido que soportar ha descargado sobre la humanidad principalmente porque la religión divina de Jesucristo, que promueve la mutua caridad entre los hombres, los pueblos y las naciones, no era como habría debido ser, la regla de la vida privada, familiar y pública. Si, pues, se ha perdido el recto camino por haberse alejado de Jesucristo, es menester volver a él tanto en la vida privada como en la pública. Si el error ha entenebrecido las inteligencias, hay que volver a aquella verdad divinamente revelada, que muestra la senda que lleva al cielo. Si, por fin, el odio ha dado frutos amargos de muerte, habrá que encender de nuevo aquel amor cristiano, que es el único que puede curar tantas heridas mortales, superar tan tremendos peligros y endulzar tantas angustias y sufrimientos (PÍO XII, *Optatissima Pax:* «Ecclesia», n. 337, 27 de diciembre de 1947).

i) HAY QUE TENDER HACIA UNA ORGANIZACIÓN ARMÓNICA Y CORPORATIVA QUE REGULE LA SOLIDARIDAD ENTRE LOS HOMBRES

Ha llegado ahora el tiempo de abandonar las frases vacías y de pensar con la *Quadragesimo anno* en un nuevo ordenamiento de las fuerzas productivas del pueblo. Es decir, por encima de la dis-

tinción entre dadores y prestadores de trabajo, sepan los hombres ver y reconocer aquella más alta unidad la cual liga entre sí todos aquellos que colaboran en la producción; es decir, la mutua conexión entre ellos y la solidaridad en el deber que tienen que prever unidos establemente al bien común y a las necesidades de toda la comunidad. Que esta solidaridad se extienda a todos los ramos de producción, que se convierta en el fundamento de un mejor orden económico, de una sana y justa autonomía, y abra a las clases trabajadoras el camino para conquistar honestamente su parte de responsabilidad en el gobierno de la economía nacional (Pío XII, *A la Asociación Cristiana de Trabajadores Italianos,* 13 de marzo de 1945).

j) Sólo en una concepción semejante es posible conciliar el amor y el derecho

Sobre esta concepción orgánica, la única vital, en donde la más noble humanidad y el más genuino espíritu cristiano florecen en armonía, está esculpida la sentencia de la Escritura, comentada por el gran Doctor de Aquino (*S. Th.*, II, 2.ª p., q. 29, a. 3): *Opus iustitiae pax* («La paz es obra de la justicia»), que se aplica no sólo al aspecto interno, sino también externo de la vida social.

No admite ella ni la oposición ni la alternativa: amor o derecho, sino la síntesis fecunda: amor y derecho (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942,* 24).

C) *Suscipite invicem sicut et Christus suscepit vos...*

a) Cuando la fe en Dios como centro de todo decae, el orden social se conmueve y vacila

La Iglesia, cuyo corazón maternal abraza a todos los pueblos con igual solicitud, sigue con angustia esta evolución en los conflictos nacionales e internacionales. Cuando la fe en Dios, Padre de todos los hombres, comienza a desvanecerse, el espíritu de unión fraternal pierde también su base moral y su fuerza de cohesión. Y cuando el sentimiento de un ser común querido por Dios, y que incluye recíprocos derechos y deberes, regulados por normas estables, comienza a decaer, en su lugar aparece una morbosa hipersensibilidad para todo aquello que divide (Pío XII, *Radiomensaje en la vispera de Navidad de 1947:* «Ecclesia», n. 138, 3 de enero de 1948, p. 6).

b) Así, el romper la relación con Dios dió lugar al positivismo jurídico del siglo XIX y al desorden actual

El siglo XIX es el gran responsable del positivismo jurídico. Si sus consecuencias han tardado en hacerse sentir en toda su gravedad en la legislación, se debe al hecho de que la cultura

estaba todavía impregnada del pasado cristiano y a que los representantes del pensamiento cristiano podían todavía, casi en todas partes, hacer oír su voz en las asambleas legislativas. Debía venir el Estado totalitario de impronta antricristiana, el Estado que —por principio o, al menos, de hecho—rompiera todo freno frente a un supremo derecho divino para descubrir al mundo el verdadero rostro del positivismo jurídico. ¿Hay quizá que subir mucho en la historia para encontrar un llamado «derecho legal» que quite al hombre toda dignidad personal, que le niegue el derecho fundamental a la vida y a la integridad de sus miembros, poniendo una y otra al arbitrio del partido y del Estado, que no reconozca al individuo el derecho al honor y al buen nombre, que discuta a los padres el derecho sobre sus hijos y el deber de su educación y, sobre todo, considere el reconocimiento de Dios, supremo Señor, y la dependencia del hombre de El como sin interés para el Estado y para la comunidad humana? (Pío XII, *Discurso al inaugurar el nuevo año de la Rota:* «Ecclesia», n. 437, 26 de noviembre de 1949, p. 6).

c) El hombre, considerado no sólo en su aspecto natural, sino en el sobrenatural

En la nueva economía, el sujeto del derecho no es el hombre en la naturaleza pura, sino el hombre elevado por la gracia del Salvador al orden sobrenatural, y por eso mismo, puesto en contacto con la divinidad mediante una nueva vida, que es la vida misma de Dios, aunque participada. Su dignidad crece, pues, en proporciones infinitas, y, por lo tanto, en igual proporción aumenta la nobleza del jurista, que le hace objeto de su ciencia (Pío XII, *Discurso a los juristas italianos:* «Ecclesia», n. 436, 19 de noviembre de 1949, p. 6).

d) Así, pues, en el seno de la sociedad hay una maravillosa armonía que garantiza la paz

Porque la actividad humana no puede producir sus frutos si no queda en pie un cuerpo verdaderamente social y organizado, si el orden jurídico y el social no garantizan el trabajo, si las diferentes profesiones, dependientes unas de otras, no se conciertan entre sí y se completan mutuamente y, lo que es más importante, si no se asocian y unen, para un mismo fin, la dirección, el capital y el trabajo (Pío XI, *Quadragesimo anno,* 30).

e) Que nos inclina a proclamar el respeto a la personalidad, la solidaridad de todos y la primacía del bien común

Ha de proclamarse, antes que nada, el respeto a la personalidad humana en todos los hombres, cualquiera que sea su posición social; luego, el reconocimiento de la solidaridad de todos los pueblos en el ámbito de la familia humana, creada por paternal omnipotencia de Dios, y, finalmente, la exigencia categórica de

que la sociedad ponga el bien común por encima del interés personal y que cada uno esté para el servicio de todos (Pío XII, 16 de julio de 1947: A. C. N. de P., n. 405, 15 de enero de 1948, p. 5).

f) Es, pues, pecaminoso negar la colaboración cuando es exigida por el bien común

El Estado tiene necesidad de hombres competentes y expertos en materia política y administrativa enteramente entregados al mayor bien de la nación y guiados por claros y sanos principios... No actúa cristianamente el católico que, pudiendo o debiendo (por su posición o cargo se sobrentiende), «no toma parte en las actividades de su país y de su tiempo, sino que se retira, como el pélida Aquiles (cf. *Iliad.*, cant. 1), a su tienda, junto a las naves de rápida travesía, lejos de la batalla, mientras que está en juego la suerte de su patria». Por el contrario, el hombre justo y fuerte (cf. Horat., l. 3, od. 3), cristiano, no se contentará con quedarse en pie impasible entre las ruinas; se sentirá obligado a resistir y a impedir el cataclismo o, por lo menos, a limitar el efecto de sus daños (Pío XII, 8 de enero de 1947: A. C. N. de P., n. 405, 15 de enero de 1948, p. 5).

g) Y la disgregación por falta de caridad provocaría la muerte de la sociedad

Disgregación del hombre, corrompido por su alejamiento de Dios; disgregación del hogar, disuelto por la rebelión de los hijos y por la falta de amor entre los esposos; disgregación de la sociedad, gangrenada por el antagonismo entre las clases; disgregación de las naciones, enemigas entre sí por la inmoderada codicia de la riqueza y del poder. ¡En una palabra: disgregación por falta de caridad! (Pío XII, *Radiomensaje al IV Congreso Eucarístico Nacional del Perú*, 15 de mayo de 1949: «Ecclesia», n. 411. 28 de mayo de 1949, p. 7).

D) Erit radix Iesse et qui exurget regere gentes

a) Solamente Cristo es camino de salvación para todos

Solamente Cristo puede alejar los funestos espíritus del error y del pecado, que han sometido a la Humanidad a una esclavitud tiránica y degradante, haciéndola sierva de un pensamiento y de una voluntad dominados y movidos por el ansia insaciable de bienes sin límite.

Solamente Cristo, que nos ha libertado de la triste servidumbre de la culpa, puede enseñar y allanar el camino hacia una libertad noble y disciplinada, apoyada y sostenida sobre una verdadera rectitud y conciencia moral.

Solamente Cristo, sobre cuyos hombros reposa el principado, con su omnipotencia y su auxilio puede levantar y sacar al género humano de las angustias sin nombre, que lo atormentan en el curso de la vida presente, y encaminarlo hacia la felicidad (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1943,* 5 y 6).

b) Hacia El deben volver los ojos quienes quedaron desengañados de sus falsas convicciones

Es triste y doloroso pensar, amados hijos, que innumerables hombres, aun habiendo sentido la amargura de falaces ilusiones y penosas desilusiones, mientras buscaban una felicidad que les satisficiese en esta vida, se hayan cerrado el camino a toda esperanza, y viviendo como viven lejos de la fe cristiana, no aciertan a descubrir el camino hacia el pesebre del Niño Dios y hacia aquella consolación, que hace sobreabundar de gozo a los héroes de la fe en todas sus tribulaciones. Contemplan hecho pedazos el edificio de creencias, en el cual humanamente habían confiado y puesto su ideal; pero no fué nunca verdad que hallasen aquella única fe verdadera, que hubiera podido darles aliento y nuevo ánimo (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1943,* 7).

c) Especialmente, quienes confiaron sólo en el progreso de la vida económica

Entre las filas de estos amargados y desengañados no es difícil señalar a aquellos que pusieron su interna confianza en la expansión mundial de la vida económica, creyendo ser la única capaz de reunir en fraternidad a los pueblos y prometiéndose obtener de su grandiosa organización, cada día más perfeccionada y refinada, progresos inauditos e inesperados de bienestar para la sociedad humana.

¡Con cuánta complacencia y orgullo contemplaron el aumento mundial de comercio, el intercambio, a través de los continentes, de todos los bienes y de todos los inventos y producciones, el camino triunfal de la difundida técnica moderna, que traspasaba todos los límites de espacio y de tiempo! (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1943,* 8).

d) Y ahora experimentan el fracaso de una economía sin freno moral

Hoy, en cambio, en realidad, ¿qué experimentan? Ven ya que esa economía, con sus gigantescas relaciones y vínculos mundiales y con su sobreabundante división y multiplicación del trabajo, cooperaba de mil maneras a hacer general y más grave la crisis de la humanidad, mientras que, no siendo corregida por ningún freno moral y sin ninguna mirada ultraterrena que la iluminase, no podía menos de terminar en una indigna y humillante explotación de la persona humana y de la naturaleza, en una triste y pavorosa indigencia de una parte y una soberbia y provocante opulencia de la otra, en una discordia atormentadora e implacable entre privi-

legiados y destituídos; desgraciados efectos que no han ocupado el último puesto en la larga cadena de causas que han conducido a la inmensa tragedia presente (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1943*, 9).

E) Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace...

a) La alegría de la Navidad es un anticipo de aquella otra que nunca terminará

En la celebración de este divino misterio, la alegría de nuestros corazones se remonta hacia lo alto, se espiritualiza en lo sobrenatural, arraiga y tiende hacia lo sobrenatural, volando a Dios, según la excelsa expresión de la oración de la Iglesia: *ut inter mundanas varietates ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia* (Or. Dom. 4 post Pasch.). En medio del tumultuoso choque de las mundanas vicisitudes, la verdadera alegría se refugia en la serena imperturbabilidad del espíritu, y en ella, como en torre indestructible por las tormentas, fija en Dios su confianza, únese con Cristo, principio y causa de toda alegría y de toda gracia. ¿No es acaso éste el sacramento del Rey de nuestras almas, del Niño Dios del pesebre de Belén? Cuando tan real secreto penetra y anida en las almas, la fe, la esperanza y la caridad se sublimán en el éxtasis del Apóstol de las Gentes, que grita al mundo: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal. 2,20). En el trashumanarse del hombre en Cristo, Cristo mismo se viste de hombre, humillándose hasta él para elevarlo hasta Sí en aquel gozo de su nacimiento, que es perenne fiesta natalicia a que la Iglesia, con su liturgia, no cesa de llamarnos en todo tiempo, al invitarnos y exhortarnos para que se cumpla en nosotros su promesa (Io. 16,22) de que *se alegrará nuestro corazón y nadie será capaz de quitarnos nuestra alegría* (Pio XII, *Mensaje de Navidad de 1939*, 3).

b) En ella Jesucristo viene a conquistar la paz, no con el hierro, sino con la madera de la Cruz

Cuando nació este celeste Niño, otro príncipe de la paz se asentaba sobre las orillas del Tiber, y con solemnes ceremonias había dedicado un «Ara pacis Augustae», cuyos maravillosos, pero quebrados restos, sepultados durante siglos bajo las ruinas de Roma, han levantado su cabeza en nuestros días. Augusto ofreció sobre aquel altar sacrificios en honor de dioses que no salvan. Pero es lícito pensar que el verdadero Dios y eterno Príncipe de la paz, que pocos años después descendió entre los hombres, haya escuchado el anhelo de aquel tiempo por la paz y que la paz augústea haya sido como una figura de aquella paz sobrenatural que sólo El puede dar, y en la que necesariamente se halla comprendida toda paz terrena; de aquella paz conquistada, no con el hierro, sino con la madera de la cuna de este Infante Señor de la paz y con

el leño de su futura cruz de muerte, rociada con su sangre, sangre no de odio y de rencor, sino de amor y de perdón (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1939,* 23).

II. EVANGELIO

A) Pauperes evangelizantur

a) Gran parte de los hombres encuentran difícil su salvación por ser pobres

Sin embargo, se puede decir sin temeridad que las condiciones de la vida social y económica son tales, que una gran parte de los hombres encuentran las mayores dificultades para atender a lo único necesario, a la salvación eterna (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* 53).

b) También los agricultores han caído en la pobreza

Añádase el ejército ingente de asalariados del campo, reducidos a las más estrechas condiciones de vida y desesperanzados de poder jamás obtener «participación alguna en la propiedad de la tierra» (cf. León XIII, *Rer. Nov.),* y, por tanto, sujetos para siempre a la condición de proletarios, si no se aplican remedios oportunos y eficaces (Pío XI, *Quadragesimo anno,* 26).

c) Caen en tremenda responsabilidad quienes hacen aparecer a la Iglesia como enemiga de los pobres

Es en verdad lamentable, venerables hermanos, que haya habido y aun ahora haya quienes, llamándose católicos, apenas se acuerdan de la sublime ley de la justicia y de la caridad, en virtud de la cual nos está mandado no sólo dar a cada uno lo que le pertenece, sino también socorrer a nuestros hermanos necesitados como a Cristo mismo (Iac. 2); ésos, y esto es lo más grave, no temen oprimir a los obreros por espíritu de lucro. Hay además quienes abusan de la misma religión y se cubren con su nombre en sus exacciones injustas, para defenderse de las reclamaciones completamente justas de los obreros. No cesaremos nunca de condenar semejante conducta; esos hombres son la causa de que la Iglesia, inmerecidamente, haya podido tener la apariencia y ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmoverse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como desheredados de su parte de bienestar en esta vida (Pío XI, *Quadragesimo anno,* 50).

d) Es abusar de los pobres exigirles un trabajo excesivo para aumentar las ganancias

Por lo que toca a la defensa de los bienes corporales y externos, lo primero que hay que hacer es librar a los pobres obreros de la crueldad de los hombres codiciosos, que, a fin de aumentar sus propias ganancias, abusan sin moderación alguna de las personas, como si no fueran personas, sino cosas. Exigir tan grave tarea que con el excesivo trabajo se embote el alma y sucumba al mismo tiempo el cuerpo a la fatiga, ni la justicia ni la humanidad lo consienten (León XIII, *Rerum Novarum*, 33).

e) E imponerles un salario injusto, aprovechándose de la situación en que se encuentran

Efectivamente, sustentar la vida es deber común a todos y a cada uno, y faltar a este deber es un crimen. De aquí necesariamente nace el derecho de procurarse aquellas cosas que son menester para sustentar la vida, y estas cosas no las hallan los pobres sino ganando un jornal con su trabajo. Luego, aun concediendo que el obrero y su amo libremente convienen en algo y particularmente en la cantidad del salario, queda, sin embargo, siempre una cosa que dimana de la justicia natural, y que es de más peso y anterior a la libre voluntad de los que hacen el contrato, y es ésta: que el salario no debe ser insuficiente para la sustentación de un obrero que sea frugal y de buenas costumbres. Y si acaeciere alguna vez que el obrero, obligado por la necesidad o movido del miedo de un mal mayor, aceptase una condición más dura, y aunque no lo quisiera la tuviere que aceptar por imponérsela absolutamente el amo o el contratista, sería eso hacerle violencia, y contra esta violencia reclama la justicia (León XIII, *Rerum Novarum*, 33 y 34).

f) La injusta organización capitalista del trabajo degrada a la persona

En verdad, el ánimo se horroriza al ponderar los gravísimos peligros a que están expuestos en las fábricas modernas la moralidad de los obreros (principalmente jóvenes) y el pudor de las doncellas y demás mujeres, al pensar cuán frecuentemente el régimen moderno del trabajo y principalmente las irracionales condiciones de habitación crean obstáculos a la unión e intimidad de la vida familiar, al recordar tantos y tan grandes impedimentos que se oponen a la santificación de las fiestas, al considerar cómo se debilita universalmente el sentido verdaderamente cristiano, que aun a hombres indoctos y rudos enseñaba a elevarse a tan altos ideales, suplantado hoy por el único afán de procurarse por cualquier medio el sustento cotidiano. Así, el trabajo corporal, que estaba destinado por Dios, aun después del pecado original, a labrar el bienestar material y espiritual del hombre, se convierte

a cada paso en instrumento de perversión; la materia inerte sale de la fábrica ennoblecida, mientras los hombres en ella se corrompen y degradan (Pío XI, *Quadragesimo anno*, 54).

g) Punto neurálgico del problema social es la cuestión obrera

¿Quién no ve que la cuestión obrera, por la dificultad y variedad de los problemas que entraña y por el amplio número de miembros a que afecta, es tal y de tal necesidad e importancia, que merece un cuidado más atento, avizor y atinado? Cuestión delicada como ninguna; punto neurálgico, por decirlo así, del cuerpo social, pero algunas veces también terreno movedizo y traidor abierto a fáciles ilusiones y vanas e inactuales esperanzas para quien no tenga ante los ojos de su inteligencia y a los impulsos de su corazón la doctrina de justicia, de equidad, de amor, de recíproca consideración y convivencia que inculcan la ley de Dios y la voz de la Iglesia (Pío XII, *A los trabajadores italianos en el patio de Belvedere del Vaticano*, 13 de julio de 1943).

h) La Acción Católica no puede dejar de preocuparse de las clases humildes

La Acción Católica no puede dejar de preocuparse de las clases más humildes y necesitadas, de los obreros, de los campesinos, de los emigrados (Pío XI, *Canto al Episcopado de Méjico*, 28 de marzo de 1937).

i) Hay que ver en los pobres al mismo Jesucristo

Deseamos, pues, venerables hermanos, que sea más y más explicado, de palabra y por escrito, este divino precepto, precioso distintivo dejado por Cristo a sus verdaderos discípulos: este precepto que nos enseña a ver en los que sufren a Jesús mismo y nos obliga a amar a nuestros hermanos como el divino Salvador nos ha amado, es decir, hasta el sacrificio de nosotros mismos, y, si es necesario, aun de la propia vida (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 47).

B) Euntes renuntiate Ioanni, quae audistis et vidistis

a) A Jesucristo se le descubre por las obras de sus testimonios vivos

Hoy, más que nunca, lo mismo que en los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia tiene necesidad sobre todo de testigos, más que de apologistas; de testigos que, con su vida, hagan resplandecer el verdadero rostro de Jesucristo y de la Iglesia ante los ojos

del mundo paganizado que les rodea (Pío XII, *Radiomensaje al Congreso Eucarístico Nacional de Francia,* 4 de julio de 1947: «Ecclesia», n. 63, de 1947).

b) A los falsos redentores también se les descubre por sus obras

La Iglesia, guarda y maestra de la verdad, al afirmar y propugnar valientemente los derechos del pueblo trabajador, luchando contra el error en diversas ocasiones, ha tenido que dar la voz de alerta contra el peligro de dejarse ilusionar por el espejismo de especiosas y vanas teorías y visiones de bienestar futuro, y por los engañosos alicientes e incitaciones de falsos maestros de bienestar social, que llaman al mal bien y que jactándose de ser amigos del pueblo no toleran entre el capital y el trabajo, entre patronos y obreros, los mutuos acuerdos que mantienen y promueven la concordia social para el progreso y la utilidad de todos. A estos amigos del pueblo les habéis oído ya en la plaza, en los círculos, en los congresos; habéis leído sus promesas en hojas volantes, los habéis escuchado en sus cantos y en sus himnos; pero ¿cuándo los hechos han respondido a sus palabras o las realidades han sonreído a las esperanzas? Engaños y desilusiones es lo que han probado y prueban los individuos y los pueblos que le prestaron fe y los siguieron por caminos que. lejos de mejorar, empeoran y agravan las condiciones de vida y de adelanto material y moral. Esos falsos pastores hacen creer que la salvación debe venir de una renovación que transforme la consistencia social, que revista carácter nacional (Pío XII, *Discurso a los obreros de Italia*).

c) Hoy los amargos frutos nacidos de haberse apartado del Cristianismo son su mejor apología

Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo, tal que no puede haber mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica (Pío XII, *Summi Pontificatus,* 12).

d) El comunismo, consecuencia de la descristianización obrera

Para explicar cómo ha conseguido el comunismo que las masas obreras lo hayan aceptado sin examen, conviene recordar que éstas estaban ya preparadas por el abandono religioso y moral en que las había dejado la economía liberal. Con los turnos de trabajo, incluso el domingo, no se les daba tiempo ni siquiera para satisfacer los más graves deberes religiosos de los días festivos; no se pensaba en construir iglesias junto a fábricas, ni en facilitar el trabajo al sacerdote; al contrario, se continuaba promoviendo positivamente el laicismo. Ahora, pues, se recogen los frutos de

errores tantas veces denunciados por nuestros predecesores y por Nos mismo, y no hay que maravillarse de que en un mundo tan hondamente descristianizado se desborde el error comunista (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 16).

e) Es preciso que Cristo aparezca de nuevo en todas partes

Mas para ello ha de revolucionarse espiritualmente el mundo, se ha de ir a la restauración del reino de Cristo en la familia, en la escuela, en las instituciones públicas y en todos los aspectos de la vida social (Pío XII, *Discurso a los Hombres de Acción Católica Italiana*, 7 de septiembre de 1947).

f) Sólo una gran caridad y una profunda fe en Dios pueden dar base a la sociedad en ruinas

Tomad como lema para el futuro las palabras sublimes de San Juan: *Dios es caridad* (1 Io. 4,16). Entonces ciertamente la obra de destrucción que dejaron tras de sí los años pasados, la miseria y el empobrecimiento que crearon, la enemistad y el odio que acumularon, todo esto lo vencerán sólo los hombres que crean firme e indestructiblemente en la benevolencia y en el amor de Dios y que vivan ellos mismos llenos de este amor divino. Esta es la caridad que *todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera* (1 Cor. 13,7); que prepara a los mayores sacrificios, que está siempre dispuesta a renunciar, a ayudar, a perdonar. Esta caridad es la que afirma las familias y asegura la paz conyugal. Prepara el pensamiento y dispone para los avances de la justicia social, que si siempre han tenido validez, hoy oprimen con angustiosa urgencia. Las comunidades y los estados pueden parecer haber afirmado los fundamentos del mundo; si no les han puesto como cimiento la fe en Dios y no dirigen la tarea hombres de profundo amor a Dios, les amenaza con interna necesidad la ruina (Pío XII, *Radiomensaje a los fieles de Berlín:* «Ecclesia», n. 420, 30 de julio de 1949, p. 5).

g) El ejemplo tiene verdadera fuerza apologética

Demuestren los obreros católicos, con su ejemplo, con sus palabras, a estos hermanos extraviados que la Iglesia es una tierna madre para todos aquellos que trabajan y sufren, y que jamás ha faltado ni faltará a su sagrado deber materno de defender a sus hijos. Si esta misión que ellos deben cumplir en las minas, en las fábricas, en los talleres, dondequiera que se trabaja, requiere, a veces, grandes sacrificios, recuerden que el Salvador del mundo ha dado no sólo el ejemplo del trabajo, sino también el del sacrificio (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 70).

h) Con él por delante se derribarán las trabas del respeto humano

¡Oh, el ejemplo, y, ante todo, el ejemplo de la dignidad cristiana! Aquí se impone el deber. Apena el alma ver cómo de ordinario no es tanto el número de elementos malos, que hacen muchas veces malsano y pernicioso el campo del trabajo profesional, cuanto más bien el respeto humano (Pío XII, *A los Hombres de Acción Católica,* 20 de noviembre de 1942).

i) Se trata de obrar la palabra y no sólo escucharla

Esta es, venerables hermanos, la doctrina de la Iglesia, la única que, como en todos los demás campos, también en el terreno social puede traer verdadera luz y ser la salvación frente a la ideología comunista. Pero es preciso que esta doctrina se realice en la práctica de la vida, conforme al aviso del apóstol Santiago (Iac. 1,22): Sed... obradores de la palabra, y *no os contentéis sólo con oírla, que os engañaría;* por esto, lo que más urge al presente es aplicar con energía los oportunos remedios para oponerse eficazmente a la amenazadora catástrofe que se va preparando (Pío XI, *Divini Redemptoris,* 39).

C) Quid existis in desertum videre? Arundinem vento agitatam?

a) Hoy no bastan los hombres a medias

El tiempo presente exige católicos sin miedo, para los que resulte la cosa más natural del mundo la abierta confesión de su fe con las palabras, con las obras, siempre que lo pidan la ley de Dios y el sentimiento del honor cristiano. Verdaderos hombres, hombres íntegros, firmes e intrépidos. Hoy el mismo mundo desecha y rechaza y pisotea a los que no lo son, a los que lo son solamente a medias (Pío XII, *Discurso a las Congregaciones Marianas,* 21 enero 1945).

b) Ante la corrupción es necesaria mayor vigilancia y defensa

Quien pertenece a la milicia de Cristo, sea eclesiástico o seglar, ¿no debería sentirse espoleado e incitado a mayor vigilancia, a defensa más decidida, cuando ve crecer cada vez más los escuadrones de los enemigos de Cristo, cuando se da cuenta que los portavoces de tales tendencias, renegando o despreciando en la práctica las verdades vivificadoras y los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrílegamente las tablas de los mandamientos de Dios, para sustituirlas con tablas y normas de las que está des-

terrada la sustancia ética de la revelación del Sinaí, el espíritu del sermón de la Montaña y de la cruz? (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 2).

c) Ante el peligro es preciso actuar

La persistencia de un estado general, que no dudamos en llamar explosivo a cada instante, y cuyo origen debe buscarse en la tibieza religiosa de tantos, en el bajo nivel moral de la vida pública y privada, en la sistemática obra de intoxicación llevada a cabo en las almas sencillas, a las que se propina el veneno después de haberles narcotizado, por decirlo así, el sentido de la verdadera libertad, no puede dejar a los buenos inmóviles en el mismo surco, contemplando con los brazos cruzados un porvenir arrollador (Pío XII, *Exhortación pontificia a las fieles de Roma,* 10 de febrero de 1952, n. 4; «Ecclesia», n. 553, 16 de febrero de 1952, p. 5).

d) Con valentía para preservar al mundo de la ruina

Y ciertamente, hoy más que nunca hacen falta valientes soldados de Cristo, que con todas sus fuerzas trabajen para preservar la familia humana de la ruina espantosa en que caería si el desprecio de las doctrinas del Evangelio dejara triunfar un estado de cosas que pisotea las leyes de la naturaleza no menos que las de Dios (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 58).

e) Con fortaleza que sostenga a los pusilánimes

Consciente de la tenebrosa audacia del mal, que cunde en la vida presente, el verdadero discípulo de Cristo se siente dispuesto a tener mayor vigilancia sobre sus propios hermanos. Seguro como está de la promesa de Dios y del triunfo final de Cristo sobre los enemigos, se siente interiormente robustecido contra las desilusiones y fracasos, derrotas y humillaciones, y puede comunicar la misma confianza a todos aquellos a quienes se acerca en su misión apostólica; convirtiéndose de tal modo en baluarte espiritual, mientras da aliento y ejemplo a los que se sienten tentados a ceder y a desanimarse frente al número y a la potencia de los adversarios (Pío XII, *Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio en la vigilia de Navidad de 1940).*

os espanten, amados hijos, las dificultades extrínsecas, ni os desaniméis por los obstáculos provenientes del creciente paganismo de la vida pública (Pío XII, *Discurso de Pentecostés del año 1941).*

g) Este carácter varonil tiene su origen en la fe

De una fe viva en un Dios personal y trascendente brota un claro y fuerte vigor moral, que informa todo el curso de la vida. Porque la fe no es solamente una virtud, sino la fuerza divina por la cual entran en el santuario del alma todas las virtudes y se forma aquel carácter fuerte y tenaz que no vacila en las pruebas de la razón y de la justicia. Esto es siempre verdad, pero tiene que brillar mucho más cuando, tanto al hombre de Estado cuanto al último de los ciudadanos, se exige el máximo de valor y de energía para reconstruir una nueva Europa y un mundo nuevo sobre las ruinas que el conflicto mundial ha acumulado con su violencia, con el odio y con la división de los espíritus (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1941,* n. 28).

h) Exige nuestra colaboración a la obra de la gracia

No os dejéis engañar por los fabricantes de errores o de teorías malsanas, tristes corrientes enderezadas, no a intensificar, sino más bien a desvirtuar y corromper la vida religiosa; corrientes que pretenden que, pues la redención pertenece al orden de la gracia sobrenatural y es, por consiguiente, obra exclusiva de Dios, no necesita de nuestra cooperación sobre la tierra (Pío XII, *Discurso de Pentecostés de 1941).*

i) Y se constituye por la constancia en seguir los eternos principios de la justicia

El verdadero cristiano, fruto de la educación cristiana, es el hombre sobrenatural, que piensa, juzga y obra constante y coherentemente según la recta razón, iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y de la doctrina de Cristo, o, por decirlo con el lenguaje ahora en uso, el verdadero y cumplido hombre de carácter. Pues no constituye cualquiera coherencia y tenacidad de conducta, según principios subjetivos, el verdadero carácter, sino solamente la constancia en seguir los principios eternos de la justicia, como lo reconoce hasta el poeta pagano cuando alaba inseparablemente «al hombre justo y constante en su propósito» (Horat., *Od.*, l. 3, od. 3, v. 1), y, por otra parte, no puede existir completa justicia sino dando a Dios lo que se debe a Dios, como lo hace el verdadero cristiano (Pío XI, *Divini illius Magistri,* n. 59).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. EL CASTIGO DANTESCO DE LOS ENVIDIOSOS

«Ya habíamos recorrido en poco tiempo... un trayecto como el que acá se cuenta como una milla, cuando sentimos volar hacia nosotros, pero sin verlos, algunos espíritus que, hablando, invitaban cortésmente a tomar asiento en la mesa del amor. La primera voz que pasó volando decía distintamente: «Vinum non habent!» Y se alejó repitiéndolo por detrás de nosotros. Antes de que dejara de percibirse... pasó otra gritando: «Yo soy Orestes», y tampoco se detuvo.

«¡Oh Padre!—dije yo—. ¿Qué voces son éstas?» Y mientras esto preguntaba oímos una tercera que decía: *Amad a los que os han hecho daño* (Mc. 5,44). Virgilio me contestó: «En este círculo se castiga la culpa de la envidia; pero las cuerdas del azote son movidas por el amor. El freno de este pecado debe producir diferente sonido, y creo que lo oirás... antes de que llegues al paso del perdón...»

Abrí los ojos más que antes... y vi sombras con mantos, cuyo color no era diferente del de la piedra... Cuando llegué junto a las almas y pude observar claramente sus actos, brotó de mis ojos un gran dolor. Me parecían cubiertas de vil cilicio; cada cual sostenía a otra con la espalda, y todas lo estaban a su vez por la roca, como los ciegos, a quienes falta la subsistencia..., y solicitan el socorro de sus necesidades, apoyando cada uno su cabeza sobre la del otro... Del mismo modo que el sol no llega hasta los ciegos, así también la luz del cielo no quiere mostrarse a estas sombras... Todas tienen sus párpados atravesados y cosidos por un alambre, como se hace con los gavilanes salvajes para domesticarlos...

Entre las sombras vi a una que parecía estar a la expectativa..., levantando en alto la barba, como hacen los ciegos.

—Espíritu—le dije—, dame cuenta de tu país y de tu nombre.

—Yo fuí sienesa—respondió—, y estoy aquí con estos otros, purificando mi vida culpable. No fuí sabia, por más que me llamaron Sapía, y me alegraron más los males ajenos que mis propias venturas... Descendía ya por la pendiente de mis años, cuando mis conciudadanos se encontraron cerca de Colle a la vista de sus enemigos y yo rogaba a Dios lo mismo que El quería. Fueron destrozados y puestos en fuga. Al ver aquella caza, tuve tal contento que ningún otro puede igualársele... Hacia el fin de mi vida quise reconciliarme con Dios, y aun no habría comenzado a pagar

mi deuda por medio de la penitencia si no fuera porque me tuvo presente en sus oraciones el eremita Pettinaio...»

Nueva conversación con otras almas y descripción de envidiosos conocidos en la época de Dante. De pronto silencio. Una voz corta el aire como un rayo. Es Caín, el que mató por envidia a su hermano, y que clama: «El que me halle debe darme la muerte». Y oyó como el trueno que se aleja, cuando de pronto se desgarra la nube...

Ya se había calmado el aire por todas partes cuando Virgilio me dijo: «Aquél fué el duro freno que debería contener al hombre en sus límites... El Cielo os llama y gira en torno vuestro mostrándoos sus eternas bellezas, y, sin embargo, vuestras miradas se dirigen a la tierra, por lo cual os castiga Aquel que lo ve todo» (cf. DANTE, *La Divina Comedia: El Purgatorio*, cant, 13 y 14, trad. de Manual Aranda, ed. Maucci, Barcelona).

II. UNA FABULA DE SAN VICENTE FERRER SOBRE LA ENVIDIA

«Había en la ciudad dos hombres de mucho honor, ambos muy envidiosos, y eran tiempos de penuria. El rey lo supo y les ofreció regular sus adquisiciones, pero daría al uno el doble que al otro. Hicieron por no hablar ninguno el primero.

—Bien, pues ¡pedir!...

—Si pido una fanega, él recibirá dos—gritó uno.

—¿A quién, señor—dijo el otro—, le daréis el doble?

—Lo ignoro. ¡Arreglaos vosòtros!

Y se marcharon con su envidia» (cf. HENRI GHEON, *San Vicente Ferrer*, c. 4: *Apostolado familiar: Las florecillas del hermano Vicente*, p. 85).

III. EL CASO DE JOAQUINA DEHANT

Las palabras del Señor: *Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios...*, del Evangelio de hoy, han continuado siendo verdad en el transcurso de los siglos. He aquí para los escépticos uno de tantos milagros indudables de la época contemporánea:

«El 6 de septiembre de 1878 el doctor Froidebise declaraba que había diagnosticado en la señorita Joaquina Dehant una luxación femoral derecha con retracción de los músculos de la pierna, que determinaba un pie contrahecho, y con una úlcera que cubría dos tercios de la cara externa de la pierna derecha. Esta úlcera se extendía desde la rodilla al maléolo externo y hacía doce años que se iba desarrollando.

Cuatro días después partía la enferma hacia Lourdes. Durante el viaje, cada vez que fué preciso curar la llaga numerosos viajeros se sintieron molestos por el infecto olor. Siete de ellos lo reconocieron expresamente y sus manifestaciones concuerdan con

las de los tres propietarios del hotel Latapié, en Lourdes, y las de seis vecinos de Gesves. El doctor Royer, el señor Deploige, catedrático de Derecho de Lovaina; el abogado luxemburgués Poucelet y el doctor Eischen los interrogaron en septiembre de 1893, sin haberlos prevenido y aun antes de que hubiesen podido concertar sus respuestas.

El 15 de septiembre, Leonia Doval acompañaba a Joaquina a la piscina de Lourdes. Al salir del agua deshizo sus vendas. *No existia ya la úlcera, sino, en su lugar, una piel nueva, amoratada, azul y roja, que debia luego blanquearse poco a poco.* Al siguiente día, el doctor Froidebise y su colega Maurique comprobaron, por su parte, la cicatrización de aquella antigua y horrible lesión; cicatrización perfecta, que acaso no se habría obtenido con algunos meses de tratamiento. Uno de estos señores atestiguaba quince años después que la enferma vivía y continuaba curada por completo» (cf. PABLO BUYSSE, *La Iglesia de Jesús,* trad. del P. Ramiro de Santibáñez [Ed. Litúrg. Española, Barcelona 1930], p. 1, c. 5: *Las maravillas de Lourdes,* p. 232-233).

IV. PARA SENECA, LA MISERICORDIA ES UN DEFECTO DEL ALMA

Antes de Jesucristo no existía apenas la misericordia. El fué quien vino a enseñar a los hombres la caridad. Ni los mismos estoicos, en apariencia los filósofos más elevados y dignos, conocían la misericordia, porque no conocieron a Jesucristo. Véase, por ejemplo, cómo pensaba Séneca:

«Tócanos ahora hablar de qué es la misericordia, pues muchos la elogian como virtud y llaman bueno al hombre misericordioso. Yo la reputo un defecto del alma. Pertenece a aquel grupo de cosas que, situadas en torno a la severidad y a la clemencia, debemos repudiar. Por la apariencia de la severidad caemos en la crueldad, por la de la clemencia, en la misericordia... Así como la religión da culto a los dioses y la superstición los viola, así los hombres honestos han de descollar por su clemencia y mansedumbre y huir de la misericordia, que es el vicio de la pusilanimidad respecto a los males ajenos. Suelen sentirla los hombres peores. Son las viejas y mujerzuelas las que se conmueven con las lágrimas de los culpados, y ello hasta el punto que, de serles permitido, los sacarían de las cárceles. La misericordia no mira la causa, sino la fortuna; en cambio la clemencia se inspira en la razón. Sé que muchos ignorantes conceptúan dura en exceso a la secta de los estoicos e incapaz de dar un buen consejo a los príncipes y reyes. Se le objeta que el sabio no quiere compadecerse ni perdonar... No parece sino que no dejamos esperanza alguna a los humanos errores y todo lo hacemos consistir en castigar los delitos. ¿Qué ciencia es esa que obliga a desdeñar a la humanidad y cierra el puerto seguro del auxilio mutuo a los infortunados? Pero se engañan, porque ninguna secta es más benigna y suave, ninguna se preocupa tanto de amar a los hombres y procurar el bien común... Es la misericordia una enfermedad del alma, originada por la apariencia de las miserias ajenas, o una tristeza por

los males de los demás, nacida de creer que les ocurren sin merecerlos. Esta enfermedad no recae sobre el hombre sabio, pues su mente está serena y nada puede perturbarla» (cf. *De clementia*, l. 2, 4 y 5).

V. LA LIMOSNA REPRODUCTIVA

«El obispo Masona de Mérida, famoso por su resistencia al arrianismo en tiempos de Leovigildo, por la disputa que sostuvo victoriosamente contra el arriano Sunna y por su devoción a la virgen Eulalia, era un alma caritativa y generosa. Había edificado un hospital, que proveyó de médicos y enfermeros. Si llegaba al atrio donde habitaba algún pobre a pedir un poco de vino, aceite o miel, salía él mismo a recibirle, y si veía que el vaso que llevaba para recoger la limosna era pequeño, se lo tomaba alegremente de las manos y lo rompía, ordenando que se le diese otro mayor completamente lleno...

Al cabo de tres años de vivir ya tranquilo después de la paz religiosa de España, el obispo Masona determinó distribuir sus bienes a los pobres, incluso aquellos más indispensables para su propia vida y la de los fámulos que vivían con él. Cuando ya no le había quedado casi nada que darles, he aquí que se presentó pidiendo limosna una pobrecilla viuda llena de calamidades. El varón de Dios se quedó pensando qué podría darle y, no encontrando nada, pidió a los criados que estaban con él que si alguno de ellos tuviese algo se lo prestase para socorrer a la viuda. Uno de ellos, llamado Sagato..., le respondió diciendo: «Tengo un sueldo, pero si se lo doy no nos quedará nada para comprar cuando lo necesitemos.» Masona, sin vacilar, le ordenó que se lo diera íntegro, sin reservarse ninguna parte, no dudando que Dios le asistiría si alguna cosa necesitaba. El criado obedeció el mandato de su señor y entregó a la mujer el sueldo de oro. Mas poco después salió a su encuentro y le rogó que, puesto que no le había quedado nada para comprar comida, de los tres tremises (el tremís era una moneda equivalente a la tercera parte del sueldo) le diera por lo menos uno. La pobre viuda, no sin pena, le devolvió un tremís y ella se marchó con los otros dos.

No había pasado mucho tiempo de esta escena, cuando he aquí que de repente, ante las puertas del monasterio, aparecieron doscientos asnos cargados con multitud de víveres, que enviaban al obispo diversos feligreses. Tan pronto como supo el prelado la grata nueva, dió gracias a Dios y mandó al punto que compareciese su criado Sagato.

—¿Cuánto le diste de limosna a aquella pobre mujer?—le preguntó Masona.

—Según lo que me mandaste, le entregué el sueldo que tenía —respondió el criado—. Pero como nos urgía la necesidad, le rogué que me devolviera un tremís.

—Dios te perdone, hermano—replicó el obispo—, porque dudaste y desconfiaste de su misericordia. Como le diste sólo dos tremises, no hemos recibido más que doscientos asnos cargados de alimentos. Si no le hubieses quitado el tercer tremís, sin duda Dios

nos hubiera enviado trescientos asnos» (cf. *Vitae sanctorum Patrum Emeritensium: De vita Masonae,* 7,1-7, en ed. *The Catholic University of America Press* [Wáshington 1946], p. 218-220).

VI. DIO DE LIMOSNA HASTA EL LECHO DE MUERTE

«Tomás de Villanueva fué llamado con razón el santo limosnero. De veinte mil ducados que rentaba la mitra de Valencia, dieciocho mil servían para rescatar cautivos, para dar carrera a los pobres, para sustentar a los enfermos, para remediar toda clase de necesidades. Estando a punto de morir, el arzobispo ordenó que diesen a los pobres todo lo que tenía en casa: ropas, muebles, vajilla y dinero. Por lo que pudiera suceder, sus familiares reservaron quinientos escudos; pero dándose cuenta de ello, se volvió a los que le asistían y les dijo: «¿Por qué me retenéis aquí, impidiéndome gozar de la felicidad que el Señor me ha preparado? Sabed que no moriré hasta que sepa que no me queda nada en este mundo». Ejecutado su mandato, acordóse de un padre de familia a quien había olvidado en el reparto. Hízole venir, le pidió perdón de su olvido y le entregó el lecho en que yacía moribundo, haciendo señal a los que le asistían de que le colocasen en el suelo, para que el nuevo propietario se llevase la manda. Pero como nadie parecía hacerle caso, rogó a aquel pobre hombre que le prestase el lecho hasta la muerte» (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Santo Tomás de Villanueva,* 22 de sept., *Año Cristiano,* t. 3, p. 571).

VII. LA LIMOSNA ESPIRITUAL

«Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal; muy mayor que sería si viésemos un cristiano atadas sus manos atrás con una fuerte cadena y él amarrado a un poste y muriendo de hambre, y no por falta de que coma, que tiene cabe sí muy extremados manjares, sino que no los puede tomar para llegarles a la boca; y aun está con grande hastío y ve que va ya a expirar y no muerte como acá, sino eterna: ¿no sería gran crueldad estarle mirando, y no le llegar a la boca que comiese? ¿Pues qué, si por vuestra oración le quitasen las cadenas? Ya lo veis. Por amor de Dios os pido que siempre tengáis acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes...» (cf. *Obras de Santa Teresa de Jesús,* edit. y anot. por el P. SILVERIO DE SANTA TERESA, C. D., t. 6, *Séptimas Moradas,* c. 1, p. 181, ed. Burgos 1917).

VIII. UN CARACTER: SAN AMBROSIO

En castigo de un motín popular, en el que las turbas habían asesinado al gobernador de Tesalónica, el emperador Teodosio dispuso una matanza general de la población, que fué bárbaramente ejecutada, mientras se celebraban en el circo unas carreras de cuadrigas. Historiadores hay que aseguran haber perecido en aquella jornada más de siete mil víctimas, entre ellas muchas mujeres y niños.

«Después de dada la sangrienta orden, recapacitó Teodosio sobre su injusticia y expidió en seguida un correo para que no se llevara a efecto; pero llegó tarde. A los pocos días se extendió la noticia de lo acaecido en Tesalónica por Milán. En un principio no se le dió crédito alguno, pues todos juzgaban a Teodosio incapaz de cometer tales atrocidades y no podían persuadirse que un príncipe tan íntimamente unido a San Ambrosio hubiera caído en crimen tan execrable. Mas la noticia iba tomando cada vez más cuerpo, hasta que, al fin, se confirmó de manera que no podía ofrecer duda. Lo que no sabía la población milanesa era que Ambrosio estaba tan ajeno a lo sucedido como todos los que moraban en aquella ciudad. Antes, al contrario, el santo Obispo creía que Teodosio había permanecido en el propósito adoptado por su consejo y el de los demás obispos de perdonar a Tesalónica. Así que tan pronto como se enteró del crimen cometido, y anunciándose la llegada del emperador a Milán, se ausentó él de allí, tanto para hacer ver al pueblo que el hecho había ocurrido contra su voluntad como para dar a Teodosio tiempo de recapacitar y entrar dentro de sí. La noche misma de su partida, acosado por el dolor que le había producido el caso, le pareció ver a Teodosio entrar en la iglesia y que ante su presencia le era imposible continuar el Santo Sacrificio. Tomó esta advertencia como una inspiración del cielo, con la que le quería indicar Dios Nuestro Señor que antes de recibirle en el templo debía someterle a una severa penitencia. Estando en el campo le escribió Ambrosio una carta (*Epist.* 51: PL 16,1159) llena de respeto y amor, pero muy enérgica, en la que le afeaba el horrible crimen que había cometido al degollar a tantos inocentes, y le exhortaba a hacer penitencia como David y a abstenerse de asistir a los oficios divinos hasta que hubiera satisfecho su pecado...»

Cuentan los historiadores que Teodosio, en efecto, se presentó una mañana en la basílica milanesa y que el santo Obispo lo detuvo a las puertas del templo, impidiéndole el acceso hasta que fuera pública la penitencia de su delito. «Ante esta excomunión cedió Teodosio, se humilló y se resolvió a aceptar la penitencia pública a la faz de toda la Iglesia. Reconoció su crimen, lo confesó con gran dolor y se postró en tierra con toda la dignidad real de que estaba investido. El pueblo se asoció a sus plegarias. Teodosio se retiró a su palacio a purgar su crimen por espacio de ocho meses... Durante todo este tiempo no llevó ninguna insignia especial, ayunó y derramó abundantes lágrimas. Transcurrido el período prescrito para la penitencia, le levantó Ambrosio la

excomunión y le admitió nuevamente a la participación de los divinos oficios; pero antes le hizo firmar una ley en la que se disponía que entre las sentencias severas de los tribunales y su ejecución habían de pasar treinta días, para que de esta suerte se evitaran precipitaciones tan funestas como la que había ocasionado el degüello tesalonicense...» (cf. ZACARÍAS GARCÍA VILLADA, S. I., *Historia Eclesiástica de España*, t. 1, 2.ª parte, p. 220-221. Madrid 1929).

IX. LA FE EN DIOS ANTE LOS PELIGROS DEL MUNDO

Con ocasión de la peregrinación realizada a Wáshington en enero de 1952 por los eclesiásticos americanos de todas las confesiones, el presidente de los Estados Unidos, Mr. Truman, pronunció un discurso sobre la necesidad de la fe y del esfuerzo común de todos los hombres religiosos frente a los peligros actuales que amenazan a la humanidad. Téngase en cuenta que no habla un católico. Por ello han de leerse con las naturales reservas los párrafos que transcribimos:

«Esta nación fué establecida por hombres que creían en Dios... Para nuestros padres fundadores Dios era el creador de este pueblo. También yo lo creo. Ellos pensaban que Dios era nuestra fuerza en tiempos de peligro y la fuente de todas nuestras bendiciones. Por todas partes veréis las pruebas de esta profunda fe religiosa. Si nos remontamos a la declaración de la Independencia, notaremos que quienes la firmaron creían que Dios creó a todos los hombres iguales y les otorgó derechos que nadie les puede quitar. Al principio de su gran empresa los signatarios de la declaración se confiaron al amparo de la Providencia divina. A los ojos de nuestros padres pareció como un milagro que esta nación pudiera atravesar las agonías de la revolución americana y salir triunfante de ellas. Vieron el efecto de la mano de Dios en el éxito de nuestra lucha. En su primer discurso inaugural George Washington dijo: «Ningún pueblo más que los Estados Unidos tiene la obligación de reconocer y de adorar la mano invisible que guía la vida de los hombres»...

Mas no basta felicitarnos del espíritu religioso de nuestros padres. Hemos de preguntarnos si de veras creemos las cosas que ellos creían. Debemos examinar nuestra conducta y ver si practicamos en nuestra vida diaria los ideales que defendemos... Nuestra herencia religiosa nos impone una gran responsabilidad ante los problemas de hoy... En primer lugar hemos de propugnar constantemente la justicia social en la vida de la república. Esto quiere decir que debemos luchar contra los privilegios, contra las injusticias que sufren los pequeños asalariados, contra los obstáculos que impiden a algunos probar fortuna, contra las diferencias de raza, religiosas o nacionales...

Hemos de acordarnos de que la prueba de nuestros principios religiosos no reside simplemente en lo que digamos, ni siquiera en el comportamiento irreprochable de nuestra vida privada, sino en lo que hagamos por los demás...

Debemos recordar que en su ministerio sobre la tierra Jesús pronunció sus condenaciones más terribles contra los que eran superficialmente buenos. Los escribas y los fariseos a quienes El atacaba eran las gentes respetables de su época. Eran los jefes de la comunidad... Y El les decía: *Hipócrita; quita primero la viga de tu ojo y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano* (Mt. 7,5). El interés propio nos puede cegar hoy, como cegaba a los escribas y fariseos de los tiempos bíblicos. Procuremos estar siempre en guardia contra este enemigo...

La cuestión postrera que habrá de planteársenos, como individuos y como sociedad, es: ¿Qué hemos hecho por nuestro prójimo? ¿Qué hemos hecho por aligerar su carga, para darle una suerte mejor?...

Hoy nuestro problema no es solamente salvar la herencia religiosa en nuestras vidas y en nuestro pueblo... Es preservar la civilización mundial, en la que pueda sobrevivir la creencia en Dios... Hoy toda la actividad humana está en peligro. Por una parte, debemos resistir la expansión de un poder, enemigo de todo aquello en que creemos. Es una potencia que niega el reino de la ley, el valor del individuo, la fe en Dios. Es una potencia que se ha convertido en militante y agresora y que se sirve de las armas de la mentira y de la servidumbre, lo mismo que de una fuerza militar.

Por otra parte, hemos de prevenir el estallido de una nueva guerra, que con los instrumentos modernos de destrucción sería más terrible que cuanto jamás hemos experimentado, y que podría arruinar todo nuestro orden social y económico y hundir a la humanidad en una nueva barbarie...

No podemos ceder al comunismo soviético sin traicionar los ideales por los que vivimos. No podemos afrontar una nueva guerra sin torpedear nuestra civilización. En este peligroso dilema, nuestra mayor fuente de fuerza y nuestra mayor esperanza de victoria se cifra en Dios, a quien reconocemos como Señor de todos. Recurrimos a la fe en El para que nos otorgue el vigor y la prudencia necesarios para cumplir su voluntad. Le pedimos que nos guíe y nos libre de los peligros de los tiempos presentes hacia los caminos de la paz...

¡Que Dios nos conceda poder hablar juntos como hermanos de su poder y de su misericordia y dar testimonio de El ante los que le niegan!...» (cf. *Ecclesia*, 26 de enero de 1952, p. 6).

X. LOS PELIGROS DE LA CIENCIA SIN DIOS

En el mes de diciembre de 1951 Mr. Thomas E. Murray, miembro de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, pronunció una charla sobre sus experiencias en la investigación de la física atómica, ante la Asamblea del American Institute of Chemical Engineers. La charla se celebró en Atlantic City (New Jersey), y se tituló *Algunas limitaciones de la ciencia*. De ella entresacamos algunos párrafos:

«Podemos llegar más cerca de la vida fácil, a través de este constante levantamiento del polvo atómico, dando a este polvo

nombre derivado del griego para disimular nuestra ignorancia. Pero aunque progresemos sin cesar en el conocimiento de lo divisible, nunca podremos contestar debidamente a preguntas tan fundamentales como las de ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su destino? ¿Quién es Dios?

Ahora que nos es posible ver más allá en el espacio y a más profundidad en el foco del núcleo del átomo, pudiera decirse que el cuerpo de este mundo se ha tornado más grande. Por esta misma razón, precisa, empleando la magnífica frase de Bergson, «un superávit de alma». Tal superávit no puede proporcionarlo un laboratorio.

Hablamos frecuentemente de la ciencia como asunto de sistemas cerrados. La acción equivale a la reacción. Potencia empleada debe ser igual a rendimiento. Por eso las ecuaciones matemáticas son la mejor definición de las leyes científicas. Un miembro siempre es precisamente equivalente al otro. Pero la vida y el amor no se cifran en meras ecuaciones. El sacrificio y la generosidad son lo que son, porque el esfuerzo empleado no se equipara al rendimiento. El ser generoso, caritativo, significa que la reacción es mayor que la acción. En este campo, el hombre puede dar más de lo que ha recibido. Por medio de la virtud, ya sea intelectual o moral, el hombre gasta, pero sigue reteniendo; o, mejor aún, obtiene una ganancia en el mismo acto de gastar...

Precisamente porque todas las cosas que son, fueron hechas por Dios, la atención del hombre nunca ha de enfocarse tanto sobre la ciencia, que deje de lado a la religión y la filosofía, las cuales pueden dirigir nuestras vidas de acuerdo con la justa razón y la caridad.. Muchos de los descubrimientos científicos que hoy conocemos, hace muy poco sólo los conocía nuestro Creador. Esto en sí es suficiente para que el hombre se humille.

Si los hombres no revisten la desnuda armadura de la ciencia con los cálidos ropajes del verdadero humanismo, terminarán haciendo de las máquinas su dios y de las matemáticas su único dogma. La creciente marea del paganismo en el mundo occidental transformará nuestra civilización en un algo frío y despiadado; tan frío como los espacios interestelares; tan despiadado como los átomos que se destrozan unos a otros.

La vida y la cultura requieren la ciencia moderna; pero precisan aún más de las cualidades que convierten a la vida en agradable y humana. Hay momentos en que cada uno de nosotros tiene que elevar su pensamiento no solamente sobre el torbellino de la materia, sino sobre la vida de las plantas y de los animales. El hombre necesita apreciar por qué vive y ama y ha de ponerse en contacto con las cosas por las que ha de vivir y hasta por las que ha de morir.

Las resplandecientes galaxias y los vertiginosos circuitos dentro del átomo no son —a pesar de su realidad— cosas por las que valga la pena vivir o morir.

No olvidemos nunca que habremos adquirido la conquista de la materia a un precio demasiado alto, si nos roba aquella humildad, por la que nos es posible observar en cada majestuoso descubrimiento científico los caminos y las leyes marcadas por Dios». (cf. *Ecclesia*, 2 de febrero de 1952, p. 9-11).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SERIE II: SOBRE LA EPISTOLA

1

Spem habeamus... Ut abundetis in spe...

I. *Entre las muchas ideas del Apóstol en la epístola del día, descuella la de la esperanza, muy propia del Adviento, que aparece en el primero y último versículo* (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 156, A, a).

II. *La Sagrada Escritura se ha escrito para nosotros.*

A. San Pablo se refiere principalmente al Antiguo Testamento. Mas puede decirse lo mismo del Nuevo: «Todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fué escrito» (Rom. 15,4).

B. En otro lugar de la misma epístola aplica San Pablo a todos los creyentes lo que la Escritura dice de Abrahán: «Y no sólo por él está escrito que le fué computado, sino también por nosotros, a quienes debe computarse» (Rom. 4,23-24).

C. Hablando de los castigos de Dios a los pecadores del Antiguo Testamento, dice el mismo Apóstol que se escribieron para nuestra corrección: «Todas estas cosas les sucedieron a ellos en figura y fueron escritas para amonestarnos a nosotros» (1 Cor. 10,11).

D. Ningún texto tan expresivo como el de la epistola a Timoteo: «Toda la Escritura es... útil para enseñar, para argüir, para educar en la justicia» (2 Tim. 3,16).

III. *La Sagrada Escritura exige en nosotros la esperanza* (cf. ibíd., p. 158,e). *Tal es el pensamiento fundamental de San Pablo en la epistola del día. La Escritura Santa, con los textos directos de los libros proféticos y sapienciales, o con los ejemplos de virtud que abundan en los*

libros históricos, nos lleva a la paciencia en las pruebas y sufrimientos y, por la paciencia, al consuelo, paz del alma. Mas, como resultado final de la paciencia y consuelo, aparece la esperanza: «Por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza» (Rom. 15,4). *«La paciencia* (produce) *la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza»...* (Rom. 5,4-5).

IV. *El antiguo Testamento vive de la esperanza del Mesías. De manera especial en los profetas es frecuente la idea de la esperanza en el Mesías libertador, para enjugar las lágrimas del castigo con el gozo anticipado por la esperanza de bienes mesiánicos. El pueblo judío, víctima de extrañas opresiones, suspiraba por el Mesías, movido por la esperanza.*

V. *El Adviento, tiempo de esperanza. Conviene insistir en la actualización del Adviento. Jesucristo vendrá a libertarnos de la esclavitud del pecado y de la concupiscencia que subyuga al alma* (cf. SAN BERNARDO, p. 186, d). *La esperanza ha de ser el móvil para prepararnos a recibir al Señor. Por eso la Iglesia la provoca en su liturgia con la afirmación categórica de que el Señor vendrá: «Pueblo de Sión, mira que el Señor vendrá a salvar a las naciones, y dejará oír su voz en medio de la alegría de nuestro corazón» (introito).*

VI. *Conclusión: Debe leerse la Sagrada Escritura en el Adviento. Muy conforme con el espíritu cristiano que exige el Adviento es la costumbre de leer las Sagradas Escrituras. Especialmente las lecciones mesiánicas del profeta Isaías. Lo que practica oficialmente la Iglesia en su plegaria litúrgica, ¿por qué no lo han imitar los cristianos en su vida privada? En este punto nos aventajan los protestantes, y por supuesto los católicos extranjeros, familiarizados en muchos países con la lectura de la Biblia. ¡Cuántos católicos no hay entre nosotros que acaso nunca han abierto las páginas de los textos sagrados!*

Aun cuando en estos años se ha progresado mucho en fomentar entre el pueblo la lectura de las divinas Letras y la Comisión de Cultura Bíblica trabaja con acierto y constancia, falta mucho por hacer. ¿Por qué no establecer en las familias la costumbre de leer en común una página sagrada?...

El fruto será grande. En los días de Adviento aprenderemos así a prepararnos para recibir al Redentor de nuestras almas.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

2

Grandeza del Precursor

I. *La figura de Juan. «Figura única en la historia, adornada en vida de un prestigio sobrehumano, se levanta misteriosa y solemne en los confines de ambos Testamentos»* (cf. TERTULL., «Adv. Marc.», 33: PL 2,471). *Hasta Juan Bautista, la ley y los profetas. Desde Juan Bautista, el reino de los cielos* (Mt. 11,12-13). *Fué el término de la vieja ley y el principio de la nueva, esto es, del Evangelio* («Sum. Theol.», 3, q. 38, a. 1 ad 2).

II. *Todo es singular en el Bautista.*

A. El anuncio de su venida (Mal. 3,1).
B. El anuncio de su misión (Is. 40,3).
C. Su justificación en el seno de su madre (Lc. 1,44).
D. Su nacimiento (Lc. 1,57).

a) *Profecía del ángel* (Lc. 1,13-17).
b) *Cántico profético de Zacarías* (Lc. 1,76-78).

E. Su vida austerisima en el desierto: *crecía y se fortalecía en espíritu* (Lc. 1,80).
F. Su apostolado, íntimamente unido al de Cristo (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 191, c).

a) *No anuncia al Mesías, como los profetas, en formas misteriosas, sino que lo señala: «He aquí el Cordero de Dios»* (Io. 1,29).
b) *No aparece como discípulo, sino en plan de colaborador: «Conviene que cumplamos toda justicia»* (Mt. 3,15).
c) *Cristo es bautizado por Juan* (Mt. 3,16-17; Mc. 1,9-11; Lc. 3,21-22; Io. 1,31-34).

III. *Avasallador prestigio en vida.*

A. En el pueblo.

a) *La muchedumbre... le tenía por profeta* (Mt. 14,5). *Todos tienen a Juan por profeta* (Mt. 21,26).
b) *Acudían a él de toda la región de Judea, todos los moradores de Jerusalén* (Mc. 1,5). *Todos tenían a Juan por verdadero profeta* (Mc. 11,32).
c) *Las muchedumbres le preguntaban: Pues ¿qué hemos de hacer?... Vinieron también los publicanos y le decían: Maestro, ¿qué hemos de hacer?... Le preguntaban también los soldados...* (Lc. 3,10-14).

d) *Hallándose el pueblo en ansiosa expectación y pensando todos si sería él el Mesías...* (Lc. 3,15).
e) *Si decimos: De los hombres, todo el pueblo nos apedreará, porque está persuadido de que Juan era un profeta* (Lc. 20,6).

B. Entre los judíos.

Cuando los judíos desde Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas para preguntarle: Tú, ¿quién eres?, él confesó y no negó: confesó: No soy yo el Mesías (Io. 1,19-20).

C. Ante Herodes.

a) *Tuvo miedo de la muchedumbre, que le tenía por profeta* (Mt. 14,5).
b) *Porque Herodes sentía respeto por Juan, conociendo ser hombre justo y santo* (Mc. 6,20).

D. Elogios de boca de Jesucristo (cf. SAN AGUSTÍN, p. 175, a).

a) *Yo os digo que más que a un profeta* (Mt. 11,9). *En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno más grande que Juan el Bautista* (Mt. 11,11).
b) *Porque vino Juan a vosotros por el camino de la justicia...* (Mt. 21,32).
c) *Aquél era la lámpara que arde y alumbra...* (Io. 5,35).

IV. *Prestigio en la historia. El más popular de los santos.*

A. Los santos que han llevado el nombre de Juan duplican al que le sigue, que es el de Pedro. Lo que prueba que el nombre de Juan ha sido el más popular en la Iglesia.
B. Las fiestas de la noche de San Juan son popularísimas en todos los pueblos.
C. Después de Jesucristo y la Santísima Virgen no hay santo más tratado y reproducido en el arte.

V. *Consagración de su grandeza por la Iglesia. No tiene par. En las Letanías de los Santos figura a la cabeza Juan Bautista. Propiamente él solo es una categoría.*

3

Dones y virtudes del Bautista

I. *Plenitud del Espíritu y docilidad a El.*

A. «Desde el seno de su madre será lleno del Espíritu Santo» (Lc. 1,25).
B. «El niño crecía y se fortalecía en espíritu y mora-

ba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel» (Lc. 1,80).

II. *Conocimiento de Cristo* (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 192. B).
   A. «Tras de mí viene uno más fuerte que yo» (Mc. 1,7).
   B. «En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis, que viene en pos de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia» (Io. 1,26-27).
   C. «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (Io. 1,29). «Y yo vi y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (Io. 1,34). «El que viene de arriba está sobre todos» (Io. 3,31ss).

III. *Amor a la soledad. Moraba en los desiertos...* (Lc. 1,80).

IV. *Penitencia.*
   A. «Juan iba vestido de pelo de camello, llevaba un cinturón de cuero a la cintura» (Mt. 3,4).
   B. «Se alimentaba de langostas y miel silvestre» (Mc. 1,6).

V. *Humildad. No soy digno de desatarle la correa de sus sandalias* (Lc. 3,16; cf. SAN AGUSTÍN, p. 176,3).

VI. *Celo.*
   A. «Predicando en el desierto de Judea...» (Mt. 3,1).
   B. «Venían a él de Jerusalén y de toda Judea y de toda la región del Jordán (Mt. 3,5).
   C. «Y eran por él bautizados en el río Jordán y confesaban sus pecados» (Mt. 3,6).

VII. *Fortaleza. Soportó, según San Francisco de Sales, la prueba más difícil a que fué sometido ningún santo: vivir apartado corporalmente de Cristo, sabiendo que Cristo estaba cerca de él. No fué a buscar a Cristo. Esperó a que Cristo viniera a él.*

VIII. *Libertad apostólica. Dice la verdad y condena los vicios de todos.*
   A. Al pueblo (Lc. 3,7-11).
   B. A los soldados (Lc. 3,14).
   C. A los publicanos (Le. 3,12-13).
   D. A los escribas y fariseos, a quienes trata durísimamente (Mt. 3,7-10).
   E. A Herodes (Mt. 14,4).

IX. *Abnegación heroica.*
   A. Sigue predicando después del bautismo de Cristo. Retirarse al desierto hubiera sido un impulso natural. Porque la comparación con Cristo disminuiría su prestigio. Perdería autoridad y discípulos.

B. Proclama que «preciso es que El crezca y yo mengüe» (Io. 3,30; cf. SAN AGUSTÍN, p. 178, c).
C. Se goza en morir para que Cristo viva en las almas.

X. *Santidad consumada.*

A. Desprecio total de sí. De su cuerpo, de su fama, de su obra.
B. Entrega total a Cristo. Puro amor de Dios.

4

La misión del Bautista unida a la de Cristo

I. *Preparación para recibir a Cristo* (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 192 B).

A. Toda la doctrina y todas las obras de Juan no tuvieron otro fin que preparar en las almas los caminos de Cristo (cf. *Sum. Theol.*, 3, q. 38, a. 3). «Preparad los caminos del Señor, enderezad sus sendas» (Lc. 3,4).
B. Juan, artífice inferior y auxiliar, preparó la materia, para que en ella infundiera la forma el artífice superior y principal (cf. *Sum. Theol.*, ibid.). Esta «forma» es la gracia.

II. *La gracia. Juan, por su bautismo, no confería gracia. «La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo»* (Io. 1,17).

III. *El bautismo de Juan.*

A. Se llamó así porque:

a) *El lo instituyó* (cf. *Sum. Theol.*, 3, q. 38, a. 2 ad 1).
b) *Nada se hacía que no hiciera Juan.*
c) *A él solo fué concedido este ministerio.*

B. Convenía que Juan predicara:

a) *Porque su predicación, previa al bautismo, inducía a los hombres a la fe en Cristo.*
b) *Les acostumbraba al rito del bautismo de Cristo.*
c) *Por la penitencia preparaba espiritualmente a recibir el efecto del bautismo* (cf. *Sum. Theol.*, 3, q. 38, a. 3 in c.).

IV. *El bautismo de Juan y el bautismo de Cristo.*

A. El de Juan fué externo. El de Cristo interno.
B. El de Juan sólo en agua y de agua. El de Cristo de fuego y de Espíritu Santo.
C. El de Juan era de Dios por el origen, no por los

efectos. El de Cristo, de Dios por el origen y por los efectos.

D. El de Juan lavaba el cuerpo; no purificaba el alma. El de Cristo sanaba y purificaba el alma.

E. El de Juan fué instituído por revelación particular hecha a él por el Espíritu Santo. El de Cristo, revelado e instituído solamente por El y entregado a la Iglesia.

F. El de Juan nació y murió con Juan. El de Cristo perdurará con la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

G. El de Juan era bautismo sólo de penitencia. El de Cristo es bautismo de gracia.

V. *Conclusión.*

A. El respeto con que los judíos santos y el mismo Señor se acercaron al bautismo de Juan nos enseña el que debemos tener al nuestro.

B. La veneración del peregrino que visita el Jordán debiera ser una sombra de la nuestra ante la pila bautismal de la parroquia.

5

Me autem minui

I. *La ambición es una pasión universal.*

A. La ambición es una pasión universal que ejerce su imperio sobre todos los hombres. No hay clase, estado, condición ni edad que no le pague tributo.

B. Es casi la primera pasión que se despierta en el niño. Apenas empieza a darse cuenta de la vida, ya percibe en sí el deseo de ser conocido y estimado. Es también la primera que empaña el candor angelical. Cuando los niños comienzan conscientes a hacer gracias, son ambiciosos. La ambición, la codicia y su compañera la envidia son las principales pasiones infantiles.

C. Porque deseamos que nos estimen, porque nos creemos con derecho a la gloria y a la alabanza de los demás, nos daña, nos ofende la gloria de los otros. Nos entristece el bien ajeno en cuanto constituye menoscabo de nuestra propia excelencia.

II. *La ambición en las almas espirituales.—La ambición de gloria no se da por vencida ni en las almas espirituales. Asalta también, y, ¡ay!, tantas veces con éxito, a las mismas almas apostólicas. El amor de la gloria es la polilla de estos espíritus. «Tolle inanem gloriam de Clero, et facile omnia alia vitia resecabis». Nos ataca como enemigo astuto e incansable, como el más taimado de nuestros adversarios* (cf. SANTA TERESA, p. 208, A, y BEATO AVILA, p. 211, B).

III. *La forma colectiva de la ambición.—Cuando ha sido vencida en el individuo, logra imponerse al hombre religioso bajo otra forma, que llamaríamos la vanidad colectiva. No busca la gloria personal, sino la de su cuerpo, de su grupo, de su institución, de su escuela. Procura la gloria de Dios, sí; pero a través del instrumento nuestro. Por donde queremos, a la par de la gloria de Dios, nuestra propia gloria. Surge así la vanagloria colectiva, la emulación colectiva, la envidia colectiva, la soberbia colectiva, con daño de la caridad, y escándalo de los buenos y sencillos, y regocijo del mundo y del infierno* (cf. «Apuntes exeg.-moral.» p. 161,3).

IV. *El ejemplo de Juan Bautista.*

A. Aprendamos de Juan Bautista. Ofrezcámosle a la consideración de todos los apóstoles (cf. SAN AGUSTÍN, p. 178, c).

B. Admirable es, sin duda, el Juan penitente, el austero habitante del desierto, vestido de piel de camello, alimentándose de miel silvestre y de langostas. La austeridad misma hasta el límite de lo inhumano (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 191, b).

C. Pero admiremos más al Juan de las orillas del Jordán, al predicador, al jefe y fundador de una escuela, al profeta que goza un día de un prestigio avasallador y universal, cual nunca había disfrutado otro profeta, y que está condenado a la muerte lenta de su nombre, a la disolución y disminución paulatina y dolorosa de su escuela y de su grupo, porque ha vencido su luz y eclipsado su gloria otro profeta incomparablemente más grande que él, para padecer, al fin, una muerte bochornosa y oscura (cf. SAN AGUSTÍN, p. 175 A, a, y 176,3).

D. Admiremos este morir de Juan junto a Cristo; este predicar de Juan, cuando ya predicaba Cristo; este conservar los discípulos de Juan, cuando Cristo ha comenzado a reunir los suyos; este Juan que no huye al desierto, que acepta, por deber, la com-

paración con el mismo Cristo (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 192, B).

V. *Juan no es un ejemplo único.*

A. Hay muchas almas santas en el sacerdocio, en el claustro, en el hogar, en medio del mundo, que gozan obrando el bien en el silencio, desconocidas u olvidadas de los hombres.

a) *«Lámpara que arde y alumbra», llamó Jesucristo al Precursor* (Io. 5,35). *Contemplaos en este espejo todos los que gozáis en derramar beneficios a fuerza de desvíos, ingratitudes y menosprecios. Consumíos como una lámpara, para que, a la luz de vuestros resplandores, otros gocen de la paz y sean felices.*

b) *Madres que destruís vuestras fuerzas en el hogar: tantas veces mal comprendidas y peor correspondidas de los seres que os rodean...*

c) *Apóstoles seglares, que en la ingrata tarea de enseñar el Catecismo a los niños, en las duras visitas a pobres o enfermos, o en los secos y prosaicos trabajos de una oficina, aniquiláis vuestra juventud....*

d) *Almas que en el silencio de los claustros os consumís, víctimas de amor por los pecados del mundo...*

e) *Religiosos, misioneros, directores de conciencias... Sacerdotes, que en la ciudad, y, más aún, en las aldeas escondidas entre las montañas, mantenéis, a costa de vuestra vida, la tradición cristiana de un grupo de familias que se os han confiado...*

f) *Todos los que hacéis el bien con olvido de vosotros mismos... Miraos en el espejo de Juan Bautista. «Me autem minui». Los hombres podrán olvidaros. Pero Dios os acompaña y os otorgará un día, generoso, la gloria a que tenéis derecho.*

B. No hay final más triste, a los ojos de los hombres, que la muerte de Juan. Sin lucha, sin contradicción, sin defensa, sin escándalo, sin publicidad, es decapitado su cuerpo una noche, en las lobregueces de una cárcel inhóspita. Y mientras su cuerpo se desangra en las frías losas de la prisión, su cabeza es presentada en la mesa, donde toda adulación, perfidia y rebajamiento moral tienen su asiento, y sirve de premio a las danzas lúbricas de una bailarina, de calmante a la sed de venganza de una mujer, mala y cruel, de una despiadada meretriz. ¡Triste final el del Precursor! ¡Triste a los ojos del mundo! A los de Dios..., ¡qué preciosa la vida y la muerte de Juan Bautista!

6

La envidia

I. *Una embajada, motivada por la envidia.—Casi todos los exegetas están acordes en afirmar que el Bautista envió a Jesucristo la embajada de sus discípulos para que sanaran del sentimiento de envidia, nacido en su corazón ante la predicación del Mesías* (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 160,4). *He aquí contrapuestos a Juan y sus discípulos. Los discípulos son envidiosos, de corazón ruin y mezquino. Temen que el Mesías eclipse a su maestro; probablemente se han lamentado ante él de los triunfos de Cristo en las orillas del Jordán* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 176,b). *El Bautista es la figura de amplio, caritativo y noble corazón. No solamente envía a sus discípulos para que por sí mismos se convenzan de que Cristo es mayor que él, sino que les dice: «Illum oportet crescere me autem minui»* (Io. 3,30).

II. *Universalidad de la envidia.—San Roberto Belarmino dice que la envidia es el pecado «más universal y común». Bossuet asegura que es «probablemente la más común de las pasiones, de la cual pocas almas se encuentran libres». Con los pecados de la lengua, es la envidia uno de los vicios más frecuentes, incluso en almas espirituales. Los discípulos de Juan, fieles seguidores de su maestro, la poseen. Aun los amigos tienen entre sí envidias: «Qui loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum»* (Ps. 27,4). *¡Cuántas veces se entremezcla la envidia en el mismo apostolado!* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 179, B, a).

III. *La envidia, sentimiento o pasión.—Santo Tomás define la envidia «tristeza del bien ajeno en cuanto se considera como mal propio, porque disminuye la propia gloria o excelencia...»* (cf. SANTO TOMÁS, p. 188, A). *Es, ante todo, una pasión o sentimiento que brota espontáneo en nuestra naturaleza, corrompida por el pecado. Nace y crece con el hombre. Otras pasiones viven en estado latente hasta la adolescencia. La envidia aparece en la niñez. Cualquiera, sobre todo las madres, pueden observar los sentimientos de envidia de un niño hacia su hermano. Casos se han dado en que los padres han tenido que separar a sus hijos para corregir estas*

rivalidades, que llegaron hasta amenazar la propia vida de los pequeñuelos (cf. SANTO TOMÁS, p. 190, C).

IV. *La envidia, pecado.—Cuando este sentimiento llega a ser libremente admitido y consentido, esto es, la misma tristeza del bien ajeno libremente querida, o incluso fomentada, constituye un desorden y, por lo tanto, es pecado contra la caridad, que manda alegrarse del bien ajeno; pecado contra lo misericordia, que se entristece del mal del prójimo* (cf. SANTO TOMÁS, p. 189, B). *Pecado, muchas veces, grave y de consecuencias terribles; pecado que lleva a Caín a matar a su hermano, y a los judíos al deicidio. La envidia es el crimen de Satanás, con el que juró perder al mundo entero; «invidia diaboli mors introivit in orbem terrarum»* (Sap 2,24); *«el pecado que roe eternamente el corazón de Satanás, y le llena de hiel y de amargura»* (cf. BOSSUET, «Serm. de la Pas.», en Sermons de Bossuet [ed. Garnier, París], t. 3, p. 134).

V. *Envidia, celo, emulación.—Difieren, ciertamente, la envidia y el celo; mas tienen una raíz común. El celo es un amor intenso que no tolera la división, que se exaspera cuando el ser amado no nos dedica toda su atención; cuando se ocupa o parece ocuparse de otros* (cf. «Sum. Theol.», 1-2, q.28, a.4). *En el fondo es también envidia. El celoso ve el amor del amigo como algo bueno. Se da cuenta de que deriva hacia otros, y al verlo en otros se entristece; es también tristeza de un bien ajeno, porque cree que disminuye el propio. No es más que una especie particular de la envidia. No así la emulación. La emulación es un sentimiento loable, si a bienes honestos se refiere. «Aemulamini spiritualia: magis autem ut prophetetis»* (1 Cor. 14.1). *La define Santo Tomás diciendo que es «tristeza del bien ajeno no porque otros lo poseen, sino porque a nosotros nos falta»* (cf. 2-2, q.36, a.2). *La emulación toma cierta semejanza con la envidia, en cuanto que entraña la tristeza del bien ajeno, y no es raro encontrar personas que las confunden. Pero difiere de ella porque la emulación es honesta en sí y no la poseen más que los corazones buenos, mientras que la envidia es un sentimiento malvado que anida en los corazones perversos. Por la emulación, el hombre se siente arrastrado a un bien mayor por el ejemplo del otro. Propio es de los buenos educadores plantar en sus educandos la flor de la emulación, mientras arrancan los abrojos de la envidia.*

VI. *La envidia a nuestros iguales.—Conviene no olvidar una observación psicológica si queremos combatir la envi-*

dia con eficacia. La envidia surge hacia aquellos que por alguna razón están más próximos a nosotros. «La envidia es del bien ajeno en cuanto que disminuye el nuestro. Por lo tanto, solamente se suscita respecto de aquellos a quienes uno quiere igualar o superar. Esto no sucede en personas que difieren mucho de nosotros en tiempo, espacio o lugar, sino en las que nos están próximas» (cf. «Summa Theol.», 2-2, q.36, a.1 ad 2). *Así el plebeyo no tiene envidia de su rey, ni el sabio del militar, ni el comerciante del letrado. En cambio, un comerciante tiene envidia de otro comerciante, y más del que vive en el mismo pueblo y en la misma calle. Un político la tiene de otro político contemporáneo; un sabio, de otro sabio; un labrador, de otro labrador; «el alfarero tiene envidia del alfarero»* (ARIST., «Rhet.», II, c. 10,56: Bk 1387, b27).

VII. *Dios castiga al envidioso.—No sólo en la otra vida, sino en ésta. Los Santos Padres hacen ver repetidamente cómo el envidioso halla su castigo en la propia envidia. «Iustius invidia nihil est: quae protinus ipsum auctorem rodit, excruciatque animum»* (cf. HIERONYM., «Comm. in Epist. ad Gal.», l. 3, c. 5: PL 26,445). *«An non est peccatum diabolicum invidia? An non est poena peccati, quae protinus ipsum de quo oritur vexat auctorem...?»* (cf. SAN AGUSTÍN, «Contra Iulianum», l. 6, c. 1: PL 44,822). *«Nullus enim invidus ut alterum laedat, non sibi prior ipse tormento est»* (cf. SAN AGUSTÍN, «Contra Secundinum Manichaeum», l. 1, c. 10: PL 42,586). *Efectivamente, el envidioso carece de la paz exterior. «¡Oh envidia, la más justa y la más injusta de las pasiones! Injusta, porque afliges y atormentas al inocente; pero justa, porque castigas al culpable. Injusta, porque eres molesta a todo el género humano. Pero justa, porque comienzas tu maligna operación por el corazón que te concibe»* (cf. SAN GREGORIO NACIANCENO, «Orat.», 27,8, citado por BOSSUET en «Serm. de la Pas.» [ed. Garnier, París], t. 3, p. 134). *El envidioso no conoce el descanso..., no respira sino con tristeza. Vive siempre en la preocupación, en la ansiedad, en la inquietud. Siempre tiene miedo de quedar en la sombra, de ser olvidado, igualado o superado. Su existencia es un infierno, y él es su propio verdugo.*

VIII. *Contra envidia, caridad.—Opinan maestros de la vida espiritual que son raros los hombres que desprecian, como se debe, las sugestiones de la envidia. Hay que combatirlas con valentía, excitando los actos contrarios de la caridad. Manda ésta desear el bien al prójimo, alegrarse de él. Remedio eficaz pedir a Dios mayor*

bien y mayor gloria para aquellos que son objeto de nuestra envidia. Procurar, además, por todos los medios, ese mayor bien y ayudar a conseguirlo.

7

Efectos de la envidia

I. *La envidia envilece al hombre.*

A. La envidia es una pasión y un pecado que todos, aun los paganos, han despreciado (cf. sec. 7.ª I).

a) *Séneca y Cicerón emplean para condenarla términos parecidos a los de San Cipriano, San Crisóstomo y San Agustín (cf. p. 179, B,a, 180,b,c, y 181,d,e y ss).*

b) *Bossuet la califica de «baja, oscura, vil». «La más despreciable de todas las pasiones» (cf. «Serm. de la Pas.» en Sermons de Bossuet [ed. Garnier, París], t. 3, p. 133). Deshonra y degrada al hombre, que pocas veces se siente tan herido como cuando se le llama envidioso.*

B. Bella descripción del envidioso la de Janvier, teólogo y conferenciante francés: «Los envidiosos no toleran que otros triunfen, que sean estimados, alabados, aplaudidos... El espectáculo de sus virtudes y de sus victorias les exaspera y llena de hiel su alma. Si cometéis la imprudencia de relatar en su presencia un trozo sobre la superioridad de vuestros hermanos, oyen vuestras palabras con una malvada mirada, crispan su rostro, respira despecho su fisonomía» (cf. P. JANVIER, O. P., *Exposition de la morale catholique. La charité*, ed. París 1916, Lethielleux, t. 6, p. 57.

C. La envidia indica un corazón estrecho, mezquino, ruin. Por envidiosos, los hermanos de José se nos hacen repulsivos. «¡Oh desventura de nuestra pobre naturaleza caída! Nos sentimos ofendidos de los otros, sin que los otros lo hayan intentado, sin que los otros tengan conocimiento de que nos han ofendido, sin que los otros nos conozcan siquiera; solamente porque son mejores que nosotros o más sabios o más felices que nosotros, nos causan molestia y los queremos mal» (cf. BOSSUET, ibíd.).

II. *La envidia en el cristiano.*

A. Contraria al espíritu. El cristiano ha recibido, por el bautismo, el Espíritu Santo. Con el Espíritu Santo, la caridad. Debe caminar según este Espíritu: «spiritu ambulate» (Gal. 5,16). La envidia es contraria a este Espíritu..., síntoma inequívoco de que el cristiano que la posee no vive según el espíritu, sino según la carne. La envidia es una de las obras de la carne: «manifesta sunt opera carnis... fornicatio, immunditia... aemulatio, irae, rixae, dissensiones, sectae, invidiae»... (Gal. 5,19). En cambio, los frutos del Espíritu: «charitas, gaudium, pax..., bonitas...» (ibíd. 5,22). El cristiano ha de huir de las obras de la carne: «Non efficiamur inanis gloriae cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes...» (ibíd. 5,26). Debe, por el contrario, vivir del Espíritu: «per charitatem Spiritus servite invicem» (Gal. 5,13).

B. Contraria al Cuerpo Místico. Sería imposible la envidia si todos nos consideráramos miembros del Cuerpo Místico. ¿Envidia la mano al ojo que ve, al corazón que late...? Todos formamos un Cuerpo en Cristo. Cada uno es miembro en este Cuerpo, con una misión propia y específica dentro de él, con gracias distintas según esta misión, y quién más, quién menos. Todo está sabiamente ordenado para la edificación de este Cuerpo. ¿Por qué envidiar a quien ha recibido más, si lo ha recibido para bien del Cuerpo, para bien de todos, para bien mío?... (cf. SAN AGUSTÍN, p. 182, f).

III. *Hijas de la envidia.*

A. La envidia es un vicio capital. Hijas de la envidia son las exageraciones, las interpretaciones torcidas, los comentarios, la murmuración, la calumnia y el odio. Y del odio se puede llegar al crimen. Caín mató a Abel, y su maldad comenzó por ser envidiosa. Los hermanos de José quisieron perderle por envidia. La envidia fué, con la soberbia, la que indujo a Caifás y los fariseos a la muerte de Cristo. Muchos crímenes actuales han tenido su origen en el mismo vicio capital (cf. SAN AGUSTÍN, p. 180 b, y SANTO TOMÁS, 190, C).

B. La envidia es tristeza por el bien ajeno. En realidad este bien no lo podemos suprimir. Queremos suprimirlo en nosotros, en nuestro corazón y en nuestra lengua. Y o rebajamos los méritos, o disimulamos sus virtudes, o exageramos sus defectos,

o inventamos otros que no existen. Queremos que no se vean en otros los bienes que apreciamos para que nuestra gloria sea mayor que la del prójimo.

IV. *Remedio de la envidia.—Para acertar en el remedio investiguemos la causa de la envidia. Dijimos antes que es obra de la carne. Inmediatamente nace de la vanagloria: «inanis gloria dum oppressam mentem corrumpit, mox invidiam gignit; quia dum vani nominis potentiam appetit, ne quis hanc alius adipisci valeat, tabescit»* («Sum. Theol.», 2-2, q. 36, a. 4 ad 1). *Si no se ataca al orgullo, es imposible destruir la envidia. Por eso hemos de pedir la humildad y aceptar las humillaciones que Dios envíe o permita* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 180 c y ss).

8

Los falsos celos

I. *El espíritu humano de los discípulos de Juan: la envidia* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, 165, A). *El espíritu divino de Juan busca la paz y la unión.*

II. *El signo distintivo de los verdaderos discípulos de Cristo* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 61,3).

A. «Para que todos sean uno» (Io. 17,21).

B. «Ubi charitas et amor, Deus ibi est» (liturgia).

III. *¿Cómo, pues, existen y han existido siempre celos y divisiones en la Iglesia?* (cf. PEDRO EL VENERABLE, p. 194, A).

A. Existen:

a) *Espíritu de partido entre las distintas asociaciones.*
b) *Entre los aficionados de diversas personas.*

B. Han existido siempre:

a) *En los primeros días ya hubo divisiones entre los cristianos judíos y greco-judíos* (Act. 6,1).
b) *San Pablo tuvo que reprender a los que se decían de Pedro y de Pablo o de Apolo* (1 Cor. 3,4.6.22; 1 Cor. 1,12; 4,6).

C. ¿Por qué? Porque el espíritu de Cristo sólo busca la gloria de Dios y el bien de las almas por medio del oscurecimiento propio. Pero se suele mezclar el espíritu humano, que busca la gloria propia, los afectos de la amistad, etc.

IV. *Daños.*

A. No sólo perjuicio, sino pérdida total de la gloria de Dios y del bien de las almas.

B. Discusiones, rencillas...

C. Pérdida del mérito de nuestros trabajos. ¿Por quién se hacen?

V. *Remedios.*

A. Buscar sólo a Dios: «Illum oportet crescere, me autem minui» (Io. 3,30).

B. San Pablo sabe que hay en Roma quienes se dedican a predicar a Cristo movidos sólo por el deseo de igualarle o superarle. A Pablo no le importa. Con tal que se predique a Cristo... (cf. PEDRO EL VENERABLE, p. 197, e).

9

El escándalo de Cristo

I. *El falso escándalo y sus clases.*

A. Hay un escándalo que se recibe y que no se da. Su razón está en el escandalizado, no en el que escandaliza. Jesús no puede dar escándalo a nadie, pero las gentes se escandalizan de El sin motivo alguno (cf. BOSSUET, p. 215 y ss).

B. Este escándalo recibido y no dado puede provenir:

a) *De la debilidad de inteligencia y estrechez de espíritu del que se escandaliza. Es el escándalo de los débiles o «pusillorum». El de quien no sabe interpretar la ley y se asusta, por ejemplo, de las excepciones, que pueden provenir de la necesidad o la caridad.*

b) *De la intención perversa de quien las busca torcidas. Es el escándalo de los fariseos, de quienes recibió su nombre. El del malo, que desea disminuir la virtud ajena, para que no resalte su maldad. El del hipócrita, que lo intenta para que brille únicamente su virtud fingida. El de quien, no queriendo convertirse, desea perezcan pecadores cuantos le predican con la palabra o el ejemplo.*

II. *Cristo, objeto de escándalo* (cf. «Apuntes exeg. moral.», p. 163,4).

A. El Señor se vió perseguido por el escándalo farisaico.

B. Si curaba... era en sábado. (Mc. 3,4; Lc. 13,14)

C. Si expulsaba demonios... lo hacía en poder de Belcebú. (Mt. 12,27; Mc. 3,22; Lc. 11,15).
D. Si confesaba su divinidad .. era un blasfemo. (Mt. 9,3; 25,65; Mc. 2,7; 14,64; Lc. 3,21; Io. 10,36).

III. *La Iglesia, objeto de escándalo.*
A. Si predica las obligaciones de la caridad y el recto uso de la riqueza... es demagógica.
B. Si explica el fundamento natural de la propiedad y el respeto de sus derechos... amiga del capitalismo.
C. Si inculca la obediencia a la potestad legítima... tuteladora de tiranos.
D. Si defiende los derechos individuales frente al abuso del poder... revolucionaria.

IV. *El justo, objeto de escándalo.*
A. No es el discípulo más que su maestro. Y como El, puede ver interpretadas torcidamente sus acciones e intenciones. Es muy fácil que así ocurra, y esta facilidad aumentará en proporción directa con su virtud y con la maldad de quienes le rodean.
B. Pero aun el justo puede, por descuido y aun por falta de virtud, ser causa de escándalo para los débiles, que creen poder exigirle se vea libre de toda debilidad, o sujeto a ciertas normas, quizá excesivas.

V. *Normas contra el escándalo.*
A. No hablamos del que se da culpablemente. Mucho menos del que en esa forma se da a los niños. A los tales más les valía que les ataran una piedra de molino al cuello (Mt. 18,6; Mc. 9,41).
B. En cuanto al escándalo de los débiles, habremos de evitarlo con cierto cuidado, especialmente cuando se trate de almas sencillas e ingenuas a quienes se pueda perjudicar. La caridad nos obliga.
C. El escándalo farisaico ha de ser despreciado. Que no nos detenga nunca en el camino del bien. No lo miremos jamás, como no sea para elevar a Dios una oración pidiéndole que ilumine el entendimiento y mueva la voluntad de quienes maliciosamente se escandalizan.

10

El Mesías y el pueblo judío

I «*¿Eres tú el que viene?*» (Mt. 11,3). *El pueblo judío, cuya misión era esperar al Mesías, preparar sus caminos y recibirle; que debía conocer claramente su figura, trazada por los profetas, hace a Jesucristo esta pregunta: «¿Eres tú el que viene o hemos de esperar a otro?» En ella podemos establecer la línea divisoria de dos etapas en la vida histórica del pueblo escogido: el florecimiento y la decadencia. El florecimiento, debido a la predilección de Dios, y la decadencia, motivada por el castigo divino.*

II. *El pueblo judío en el Antiguo Testamento.*

A. A pesar de las sombras de infidelidad que empañan a Israel en el Antiguo Testamento, castigadas severamente por Dios, podemos decir, no obstante, que fué la «estrella de Oriente».

B. Su mayor grandeza, la intimidad con Dios.

a) *«Si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa»* (Ex. 19,5-6).

b) *Dios encarga a Moisés que santifique a su pueblo. «Ve al pueblo y santifícalos hoy y mañana»* (Ex. 19,10).

c) *Dios está en medio de él, representado por el Arca de la Alianza* (Deut. 4,7).

d) *El pueblo hebreo, entre los pueblos antiguos del Oriente y del Occidente, es el único que tiene idea exacta de un Dios creador de todas las cosas. Su «historia es un himno sin fin en alabanza del Dios que le conduce y le gobierna... Lo que caracteriza al pueblo hebreo, lo que le distingue de todos los pueblos de la tierra, es la negación de sí mismo, su aniquilamiento delante de Dios»* (cf. Donoso Cortés, p. 218ss).

C. Su legislación. Supera en mucho a las antiguas legislaciones, pues abarca todos los aspectos de la vida humana, desde el penal hasta el litúrgico. «Es el único de la tierra, entre los antiguos, que conservó en toda su pureza la noción de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres» (cf. Donoso Cortés, ibíd.).

D. En el aspecto social. Para que la desigual repartición de las riquezas no alterase la armonía en el pueblo, Israel fundó el jubileo, que viene a restablecer periódicamente el sabio equilibrio (cf. ibíd.).

E. Jerusalén, «visio pacis», es símbolo de este pueblo grande, que estaba llamado por Dios a ser el mayor de la tierra (cf. DONOSO CORTÉS, ibíd.).

III. *El pueblo judío en el Nuevo Testamento.*

A. Jesucristo lo increpa duramente. Llora sobre Jerusalén... (Lc. 19,41). Se lamenta de los días terribles del castigo y de la destrucción de la ciudad y del templo... (Lc. 19,43-44).

B. El pueblo judío es dispersado por la tierra... Ha sido despreciado por otros pueblos... Marcha errante, cual otro Edipo, sin patria, sin nación, sin templo... «Camina sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás, de pueblo en pueblo, de región en región, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre que nunca se quita y nunca se seca» (cf. DONOSO CORTÉS, p. 223).

IV. *¿Cuál es la causa de este cambio? La infidelidad. La vocación de los judíos era recibir a Cristo. Cegados por su orgullo, interpretando materialmente las Escrituras, «los suyos no le recibieron»* (Io. 1,11). *Al contrario, le acusan, le persiguen y terminan crucificándole. Jesucristo mismo lloró esta infidelidad cuando decía: «Jerusalén, Jerusalén... ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no quisiste!»...* (Mt. 23,37).

V. *La historia del pueblo judío se repite frecuentemente en las almas.*

A. Los Santos Padres han visto en Jerusalén un símbolo del alma cristiana.

a) *Ella, como el pueblo judío, fué santificada en el bautismo.*

b) *Forma parte del «linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable»* (1 Petr. 2,9).

c) *Es objeto de una especial providencia de Dios, y todo esto para que ella cumpla con una vocación semejante a la del pueblo judío: la de recibir a Cristo, vivir su vida, aceptar su palabra y reflejarla en las obras.*

d) *El secreto para el cumplimiento de esta vocación no es otro que la fidelidad. Todos los hombres son llamados a la santidad de vida mediante la imitación de Jesucristo. Se hacen santos los que son fieles y, en cambio, llegan al pecado los que no lo son. ¿Qué hubiera sido de Pablo infiel a Cristo?*

Un hombre grande, pero desgraciado, escandaloso, pecador. ¿Qué hubiera sido de Juliano el Apóstata fiel a Cristo? Uno de los emperadores más santos y piadosos.

B. Por la infidelidad a Cristo caen los hombres en el pecado. Por la infidelidad a Cristo hay muchas almas que deseando ser buenas viven sin dar fruto, sin tener paz con los demás, sin encontrarla tampoco en sí mismos y expuestos a caer en el pecado.

C. Examine, por tanto, cada uno su fidelidad en el amor a Dios, amor al prójimo, cumplimiento de sus deberes, oración, mortificación, para alejar un castigo, del que, como el pueblo judío, se haría merecedor si no fuera fiel a su vocación.

11

Afirmación de la divinidad de Cristo

I. *Cristo se declara Dios.*

A. En la presente escena verifica primero una serie de milagros y después confiesa implícitamente que es el Mesías (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 162, d)

B. Al fin de su vida (Io. 20,30-31) afirma su divinidad apoyándose en los milagros verificados.

C. En el juicio del Sanedrín, en un momento en que se pesan todas las palabras, pues depende la vida de ellas

a) *Se confiesa Hijo de Dios* (Mt. 26,64; Mc. 14,62; Lc. 22,70).
b) *Por lo que es condenado como blasfemo* (Mt. 26,65; 14,64).
c) *Se le acusa del mismo delito ante Pilatos* (Io. 19,7).

II. *Comprobación* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 199, b).

A. Los milagros. Esta afirmación tan clara, y así entendida por los judíos, se comprueba por los milagros (cf. FR. LUIS DE GRANADA, p. 206, b y c).

B. Un raciocinio tajante. Aun prescindiendo de los milagros, podemos asentar el siguiente razonamiento: El que se dice Dios es o el más grande de los impostores, o el más grande de los locos, o Dios realmente.

a) *Cristo no es un impostor. Las escasas voces blasfemas que llegaron a asegurarlo han sido acalladas*

por la historia. Los mismos ateos científicos de hoy desprecian tales afirmaciones. De los pocos discípulos de Voltaire que osaron decirlo, no se acuerda nadie. Cristo es para todos el hombre más grande de los siglos.

b) *Cristo no es un loco. Afirmar de un modo constante la propia divinidad supone no un entusiasmo momentáneo, sino una locura intensa, incapaz de una obra eficaz y constante y caracterizada por el desequilibrio de las facultades. Pero Cristo representa el equilibrio total de unas facultades perfectísimas en sumo grado.*

1. Entendimiento.

1.° *Profundo: Véase la doctrina sobre la perfección en el Sermón de la Montaña* (Mt. 7,12-23) *y sus frases sobre la Santísima Trinidad en la última Cena* (Io. 17,1-19).

2.° *Agil: Véanse las respuestas a quienes intentaban sorprenderse; por ejemplo, el tributo al César* (Mc. 12,44; Lc. 20,22).

3.° *Universal: No dominado por una idea fija. Habla del dogma, de la moral; escoge ejemplos entre los elementos más variados y los acomoda a las más diversas circunstancias.*

2. Voluntad.

1.° *No es débil: Desafía hasta la muerte.*

2.° *No es irracionalmente tenaz, ni desordenadamente impetuosa, ni independiente de los motivos intelectuales. El entendimiento de Cristo ha visto claramente su misión y la voluntad le sigue a través de todas las circunstancias.*

3. Facultades sensitivas.

1.° *Imaginación.*

1' Fácil, equilibrada, no dominante, sino al servicio de la razón. Ejemplo: las parábolas.

2' Ningún desequilibrio, ni exageración en las figuras, que son sencillas y se adaptan magníficamente al fin propuesto.

3' En las ocasiones en que era más fácil que se desbordara la imaginación de Jesús, se contiene dentro de los límites de la oratoria hebrea; por ejemplo, en los anuncios del juicio final.

4. Ninguna de las acciones de Cristo tiene los caracteres de la acción imaginativa.

2.° *Pasiones.*

1' No es un hombre enfermizamente frío: Llora ante el sepulcro de Lázaro (Io. 11,35); se llena de ira con los mercaderes del templo (Mt. 21,12-13; Mc. 11,15; Lc. 19,45-48; Io. 2,15-16); se acongoja de miedo en el huerto (Mt. 26,38; Mc. 14,33).

2' Las pasiones de Cristo actúan sólo en el momento oportuno y dentro de la medida racional. Su ira y su llanto están motivados. En medio de la ira se contiene ante las palomas. En el huerto domina el terror.

4. Vida de relación.
   1.° *Atrae y domina con sus discursos: «Jamás hombre alguno habló como éste»* (Io. 7,16).
   2.° *Con su vida y advertencia a los suyos, etc.*
   3.° *La obra constante y eficaz, incompatible con la locura, la tenemos presente: el cristianismo y la Iglesia.*

III. *Conclusión.*

A. «¿Eres tú el que viene?»... (Mt. 11,3).
B. «Regem venturum Dominum, venite adoremus»...
C. «Dominus est» (Io. 21,7).

12

El milagro

I *Escena evangélica. Cuestión: ¿Por qué verifica Dios los milagros?*

II. *Fin del milagro.*

A. Dios ha escrito un libro en el que pueden leerse su existencia y atributos: la creación.

B. Pero...

a) *Unas veces los hombres descuidan leer ese libro y se olvidan de Dios o corrompen su noción* (Rom. 1,18-20).
b) *Otras veces Dios quiere revelarles verdades u obras suyas no contenidas en ese libro.*

C. Cuando Dios quiere recordar al hombre lo que ya sabe o puede saber, o cuando desea manifestarle otros misterios, vuelve a hablar y acompaña su locución con los milagros, que le sirvan de firma y de prueba.

III. *El hecho del milagro* (cf. Fr. Luis de Granada, p. 206, b y c).

A. Antes de Cristo, Dios habló muchas veces y de muchos modos (Hebr. 1,1).

a) *Milagros del Sinaí.*
b) *Milagros de los profetas.*

B. Ultimamente nos habló por medio de su Hijo (Hebr. 1,1).

a) *El milagro fué siguiendo sus pasos.*
b) *Milagros en la naturaleza inanimada: bodas de Caná, multiplicación de los panes, tormenta calmada, anda sobre el agua, etc.*
c) *En la naturaleza animal: los cerdos se arrojan al mar, un pez le trae la moneda del tributo.*

d) *En el cuerpo humano: curaciones.*
e) *En el cuerpo humano muerto: resurrecciones.*
f) *En las almas: adivina el pensamiento.*
g) *En los espíritus: los ángeles se aparecen, domina a los demonios.*
h) *En resumen: en toda la naturaleza, cuyo Señor es.*

C. Cristo subió a los cielos, pero dejó en la tierra a la Iglesia, que prolongará su misión.
D. Los milagros fueron siguiendo también los pasos de la misma. Hoy tenemos los de Fátima y Lourdes (cf. sec. 7.ª, III).

IV. *¿Cuál es la postura racional ante el milagro?*
A. No es la del impío, que niega a sabiendas. Zola estudia en Lourdes la curación milagrosa de una tuberculosis, y después escribe una novela narrando la muerte de la enferma en el viaje de vuelta. Lo cierto es que la enferma vivió muchos años, se casó y tuvo varios hijos. Esa postura es irracional y malvada.
B. No lo es tampoco la de quienes sientan como principio que no puede haber milagros, y después los rechazan sin examen. Es la postura del agnóstico contemporáneo, confesada por él mismo. El camino científico es el contrario: primero, estudiar los hechos; segundo, si son milagrosos, reconocer su posibilidad.
C. Es más racional la postura de un Alexis Carrel.
D. Lo totalmente lógico es doblar la rodilla ante el milagro y decir: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Reg. 3,9)

13

El milagro moral

I. *El milagro de la Iglesia católica. Hay también milagros en el orden moral. Un hecho constante contra el orden moral es un milagro, La vida de la Iglesia católica es un milagro, que ha robustecido a muchos cristianos en su fe y que ha aproximado a muchos hombres a la verdad.*
II. *Palabras de Gamaliel: «Dejad a estos hombres, dejadlos; porque si esto es consejo u obra de hombres, se disolverá; pero si viene de Dios, no podréis disolverlo,*

y quizá algún día os halléis con que habéis hecho la guerra a Dios» (Act. 5,38-39).

III. *Diecinueve siglos después. Suponed que Gamaliel está presente en Roma, en el momento en que el Papa proclama el dogma de la Asunción de María Santísima a los cielos. Si este hombre pudiera tener una idea de lo que significaba la escena, del valor de la representación de más de 600 Obispos allí presentes y pudiera ver en un instante la Iglesia católica extendida por todo el mundo, y, sobre todo, centrada su atención en la figura del Romano Pontífice, Pío XII, y al preguntar quién era aquel hombre y qué significaba, le dijeran que era el sucesor número 261 de Pedro, que en una línea ininterrumpida ha presidido las generaciones de la historia, y tuviera una idea rápida de la ruina del Imperio Romano, y del nacimiento y caída de tantos reinos en el curso de los siglos, y supiera que este hombre es el soberano más grande que hay en la tierra, sin armas ni ejércitos, que representa el imperio espiritual de la fe y del amor... Gamaliel diría: Evidentemente, la misión de Pedro era misión de Dios, no de los hombres.*

IV. *Visión histórica.*

A. Humanamente es inexplicable la historia de la Iglesia. Dejemos a un lado su proclamación en Jerusalén, a los cincuenta días de haber muerto Jesús, y su desarrollo en los tiempos apostólicos. No paremos mientes en el triunfo del cristianismo sobre el Imperio Romano, que históricamente es inexpugnable, y vengamos a los tiempos modernos.

B. Macaulay, después de elogiar la Constitución inglesa, la más perfecta que habían conocido los hombres, y la solidez del Imperio británico, al parecer inquebrantable en su época, añadía: «Sin embargo, cabe reconocer que hay otra institución todavía más admirable que la nuestra, el Pontificado Romano, más antiguo que todas las dinastías europeas. ¿Cuál es la más venerable en Europa? ¿La de Carlomagno? Carlomagno fué coronado por un Papa, cuyo solio llevaba ocho siglos de existencia. Pues bien, en el porvenir, habrá desaparecido Inglaterra, y subsistirá el Pontificado Romano. Llegará un día en que esta vasta llanura en la que se asienta la magnífica ciudad de Londres no sea más que un montón de escombros. Entonces, cuando el viajero que venga de Nueva Zelanda, o de Australia, o del punto en que entonces radique la civilización, apoyándose en el

último de los arcos rotos del puente de Londres, tome un apunte de las ruinas de nuestro Parlamento, el Pontificado de Roma seguirá aún enviando a las regiones salvajes del mundo misioneros que prediquen la doctrina de Cristo con el mismo convencimiento, con la misma fe y con el mismo amor con que San Agustín y sus compañeros llegaron a fines del siglo VI a las costas del condado de Kent para evangelizar Inglaterra» (cf. *Revue d'Edimburg*, oct. 1840).

V. *Después de dos guerras la profecía de Macaulay se va cumpliendo plenamente. Sólo en lo que va de siglo se han hundido cuatro grandes imperios: Rusia, Alemania, Austria y Japón. ¡Cuántos monarcas han perdido su corona! ¡Cuántas constituciones quebrantadas o resquebrajadas! Y, ¿por qué no decirlo?, la misma Constitución británica se halla en manifiesta decadencia. La Iglesia, sin embargo, es hoy más fuerte que nunca.*

VI. *Las cuatro dotes. Se puede afirmar que las cuatro dotes de la Iglesia verdadera: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad, brillan externamente hoy como nunca en la Esposa de Jesucristo.*

A. Unidad de la Iglesia:

a) *El dogma. Nunca aparece tan perfecta como hoy la unidad en la fe. La proclamación del último dogma, el de la Asunción, ha sido recibida con fervor y entusiasmo por la Iglesia universal. Los obispos de todo el mundo se agrupan en torno del Pontífice. El clero y el pueblo de todas las diócesis, en torno de sus obispos.*

b) *La disciplina. Nunca como en nuestros días se hallan unidos los sacerdotes con sus obispos y los obispos con el Papa. Estaba reservada a nuestra época la comunicación directa y personal del Papa con los fieles. Ningún Pontífice ha ejercido un magisterio tan frecuente, tan universal y tan directo como Pío XII. La prensa, la radio, han hecho llegar su voz a los últimos confines del mundo. La facilidad de comunicaciones ha reunido en torno al Papa multitudes de todos los continentes y de todas las clases sociales, para oír de sus labios la palabra de verdad y la enseñanza moral.*

c) *El derecho. La época moderna ha conocido un verdadero milagro, que es la unificación del Derecho Canónico, prueba evidente de la vitalidad de la Iglesia. Personas doctísimas creían imposible la unificación por la variedad de costumbres, hijas de la extensión de la Iglesia por el mundo entero. La tramitación maravillosa que precedió a la publicación del Código y la aceptación unánime del mismo en todo el orbe constituyen una prueba de la santidad moral de la Iglesia. Puede decirse que la perfección de las personas morales se prue-*

ba por su unidad. La unidad de entendimientos y de voluntades es la característica de la persona moral. Nunca tan unida la Iglesia como en el siglo XX.

B. La Iglesia, santa. El Espíritu Santo opera hoy como nunca en la Iglesia. Muchos opinan que jamás ha habido tantas almas de oración como en nuestros días. Las Ordenes religiosas, flor de la Iglesia, se han multiplicado extraordinariamente y, acaso, las vocaciones son más numerosas en los países que van al frente de la civilización material. El número de seglares de oración aumenta. Prueba de la santidad de la Iglesia son las canonizaciones. Nunca ha habido tantas canonizaciones como en la Iglesia contemporánea.

C. La Iglesia, católica. La Iglesia, por emplear el lenguaje moderno, cubre un área superior a la que jamás ha cubierto en la tierra. Las misiones se han extendido como nunca, y jamás ha sido tan perfecta su organización. La Iglesia jerárquica ha abarcado todos los continentes. Aumenta el número del clero indígena. Han sido consagrados obispos de todas las razas. Finalmente, el mismo Colegio Cardenalicio ha alcanzado hoy una nota de catolicidad sin precedente en la historia.

D. La Iglesia, apostólica. La Iglesia moderna busca, cada vez con más eficacia, la unión directa con el espíritu de los apóstoles. Hasta los seglares leen y estudian como nunca el Nuevo Testamento. Y, lo que es más importante, hoy la Iglesia se siente como nunca por el pueblo como Cuerpo místico de Jesucristo. Los fieles están más ilustrados respecto de la vida interna eclesiástica. Un último hecho feliz viene a sellar esta apostolicidad de la Iglesia: el descubrimiento de la tumba de San Pedro en el sótano del palacio que ocupa el Papa reinante.

VII. *¿Eres tú el que viene? Evidentemente, Cristo era el Mesías. «Fundar imperios por la fuerza, decía Napoleón, lo han logrado varios hombres en el mundo: Alejandro, César..., yo mismo. Fundar un imperio por el amor, e imprimirle una consistencia inquebrantable, no lo ha hecho más que Jesús. El imperio de Jesús no es imperio de hombres. Jesús era más que un hombre».*

14

Hacer el bien

I. *Pasó haciendo el bien.*

A. He aquí una de las características del Mesías, según los profetas: «hacer el bien» (Is. 35,5). Jesucristo nos la ofrece como señal inconfundible de la llegada del reino de Dios.

B. Pasó haciendo el bien en los cuerpos y en las almas.

a) *Ven los ciegos, oyen los sordos, andan los paralíticos, hablan los mudos, resucitan los muertos.*

b) *En lo espiritual, los pecadores alcanzan el perdón de sus culpas; las lágrimas se enjugan, se consuela a los tristes...*

c) *En Judea y en Galilea, en las ciudades y en los caminos, Jesucristo manifiesta su omnipotencia obrando milagros en bien de los desgraciados y afligidos, sean éstos justos o pecadores, amigos o enemigos, del pueblo judío o del gentil.*

II. *Hacer el bien, misión de la Iglesia.*

A. La Iglesia, continuadora de Jesucristo, perpetúa hasta el fin de los siglos la obra redentora, santificadora y docente de su Fundador. Y no menos es benéfica.

a) *Antes de ella los antiguos desechaban a los desgraciados. «Tenían—dice Chateaubriand—dos conductos para deshacerse de ellos: el infanticidio y la esclavitud».*

b) *Desde que aparece la Iglesia nace en el mundo cristiano la preocupación por los desvalidos. San Pablo organiza ya una colecta en beneficio de los pobres. Aparecen las diaconías, donde se recogen viudas, huérfanos, viejos y menesterosos.*

1. En los concilios primitivos se encuentran multitud de disposiciones encaminadas a la práctica de la caridad. El de Tours (566 ó 567) ordena que cada ciudad mantenga sus pobres y que los sacerdotes rurales y sus feligreses alimenten a los suyos, para evitar que los mendigos vagabundeen por las ciudades y provincias. El Concilio de Orleáns (549) manda a los obispos que cuiden particularmente de los pobres leprosos de su diócesis y les suministren, del fondo de la iglesia, alimento y vestido.
2. Asimismo, obliga al arcediano o prepósito de la iglesia a visitar a los presos todos los domingos, a informarse de sus necesidades y a suministrarles alimento por medio de una persona elegida por el prelado.

B. Cualquiera que examine la historia de la Iglesia observará que su obra benéfica va aumentando y organizándose a través de los siglos. Los primeros brotes del inmenso árbol de la caridad, extienden en nuestros días sus ramas a los pobres, enfermos e ignorantes en multitud de hospitales, dispensarios, orfanatrofios y escuelas. Por si fuera poco, una legión de almas consume su vida haciendo el bien en nombre de la Iglesia: Hermanos de San Juan de Dios, Hermanas de la Caridad, Hermanitas de la Cruz, Hermanitas de los Pobres... «Esta obra y ministerio (de caridad) los reclama como propios la Iglesia, que, cual heredera, guarda el espíritu de su Fundador. Su vida íntegra es un tejido de variedad admirable de beneficios; pues ella, verdadera madre de los cristianos, de tal manera comprende el amor del prójimo y la caridad, que las diversas enfermedades que por sus pecados padecen las almas, en ella encuentran su conveniente medicina; de modo que educa y enseña suavemente a los niños, fuertemente a los jóvenes, con serenidad a los ancianos, a cado uno según su condición y edad» (BENEDICTO XV, *Pacem Dei munus,* 9).

III. *Distintivo del cristiano: hacer el bien.*

A. No sólo los actos de piedad, las insignias de las hermandades, el adorno de los retablos y el regalo de imágenes. Sin reprobar nada de esto, hay que decir que no son los verdaderos distintivos del cristiano, cuya característica es parecerse a Cristo en aquello que El practica y recomienda y en lo que señala como misión suya esencial: hacer el bien.

B. El mejor criterio para valorar la vida cristiana de un pueblo no radica en la piedad individualista. Se debe considerar más bien si en el pueblo existe un espíritu de misericordia, de caridad, de beneficencia. Es muy lamentable ver cómo hay cristianos que se conceptúan buenos y espirituales porque comulgan con frecuencia y vacan a la oración, pero revelan después un corazón cerrado ante las necesidades ajenas. ¿Podrán reputarse los tales como discípulos de aquel que pasó haciendo el bien?

a) *Sin limitación. Dios es la bondad. El bien es siempre reflejo de Dios. Cuando se hace, se comunica a El. Por eso no han de mirarse las circunstancias de nuestras acciones: si aquel en cuyo beneficio las*

verificamos es amigo o enemigo, rico o pobre, sabio o ignorante. El bien ha de obrarse para todos. «Para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos» (Mt. 5,45). *Tal es la recomendación de San Pablo: «En todo tiempo os hagáis el bien unos a los otros y a todos»* (1 Thes. 5,15).

b) *A los enemigos. El verdadero cristiano debe hacer el bien aun a los mismos enemigos. Lo prescribe expresamente Jesucristo: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen»* (Mt. 5,44). *Y el apóstol San Pablo recoge dos sentencias de los Proverbios* (Prov. 25,21): *«Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que haciendo así amontonas carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien»* (Rom. 12,20-21).

c) *A los pobres y necesitados. Más que a nadie. Dios permite en unos la necesidad, la enfermedad, la pobreza, para que otros se ejerciten en la caridad. Jesucristo hizo el bien al pueblo y entre el pueblo. La Iglesia no se cansa de predicar y clamar por esta acción benéfica orientada hacia los humildes. Hemos de preguntarnos si cumplimos con esta misión. No es lo más fácil ni lo más cómodo, pero sí lo más esencial. El pueblo suele ofrecer buena disposición para la vida cristiana por su fe y la sencillez de su alma. Sin embargo, se aparta de Dios y descuida el cumplimiento de sus deberes religiosos. Mucho fruto consigue la predicación, mucho también la oración; mas para lograr plena eficacia resulta indispensable la beneficencia por parte de los cristianos.*

1. La consigna de San Vicente de Paúl, realizada por las abnegadas Hijas de la Caridad, se cifra en este lema: «Por los cuerpos, a las almas», y la de San Juan de Dios fué idéntica.
2. Pasaron como Cristo, haciendo el bien, y consiguieron levantar los corazones hacia Dios.

IV. *Aplicación. ¡Qué interesante nuestro contacto con el pueblo necesitado! Pero importa mucho que este contacto sea personal. Si gran obra es la limosna, su valor se acrecienta cuando nosotros las llevamos personalmente, y vemos dónde viven, dónde duermen y de qué se alimentan los pobres a quienes socorremos. Que puedan decir que Cristo ha nacido este año, porque se les ha instruído, alimentado, vestido, consolado y tranquilizado* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 166 B-174).

15

Evangelizare pauperibus

I. *Evangelizar a los pobres. Jesucristo, para dar prueba de su divinidad, dijo en más de una ocasión que El había venido a evangelizar a los pobres* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 163,3).

A. Así en el evangelio de hoy.
B. Así en el primer sermón que pronunció en la sinagoga de Nazaret. «El Espíritu Santo está sobre mí porque me ungió para evangelizar a los pobres» (Lc. 4,18).
C. Y la primera bienaventuranza es: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (Mt. 5,3).

II. *Cómo evangelizó a los pobres* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 200,3).

A. Nació pobre. De padres pobres.
B. Anunció antes que a nadie su Evangelio a los pastores, pobres.
C. Vivió pobre. Se ganó la vida con su trabajo, porque era hijo del carpintero.
D. Se vió rodeado constantemente de los pobres. A veces tres días y tres noches (Mc. 8,2) seguidos predicándoles, curándoles y, por fin, alimentándoles milagrosamente.
E. Mostró particular amor al pueblo: *Misereor super turbam* (Mc. 8,2). Se compadeció de la miseria material y espiritual del pueblo. *Estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor* (Mt. 9,36).
F. Eligió casi todos sus discípulos de entre los pobres.
G. Murió pobre.

III. *Elogio de la pobreza. No sólo con el ejemplo, sino de palabra, elogió Nuestro Señor Jesucristo la pobreza. Dijo que para los pobres era el reino de los cielos* (Mt. 5,3). *Más aún, que los pobres introducirían a los ricos en el reino de los cielos* (Lc. 16,9).

IV. *Peligro de las riquezas. Paralelamente a las ventajas de la pobreza expuso el Señor reiteradamente el peligro de las riquezas. Porque exigió a los ricos que para ser perfectos lo dejaran todo y le siguieran. Y como los ricos no fueron fieles a la palabra de Dios, Dios*

pronunció su famosa sentencia sobre lo difícil que es a los ricos entrar en el reino de los cielos (Mt. 19,23-24).

V. *Hizo de la Iglesia una sociedad de pobres.*

A. Hizo de la Iglesia una sociedad de pobres, y de la limosna, la llave para entrar en el reino de los cielos.

B. Tuvo un elogio especial para la limosna hecha por los pobres: el denario de la viuda (Mc. 12,41-44; Lc. 21,1-4).

VI. *Correspondencia del pueblo.*

A. El pueblo amó a Jesucristo. Le rodeaba, le oprimía, le acompañaba. En sus disputas con los escribas y fariseos, el pueblo se gozaba en los triunfos del Señor. El pueblo le proclamaba como profeta y gran profeta (Mt. 21,11).

B. El pueblo le quiso hacer rey (Io. 6,15).

C. El pueblo se preguntaba: ¿Por ventura no es éste el Mesías?

D. El pueblo le recibe triunfalmente el Domingo de Ramos en Jerusalén (Mt. 21,1-11; Mc. 11,1-10; Lc. 19,29-40; Io. 12,12-19).

E. El pueblo reacciona rápidamente de la pasajera ofuscación del Viernes Santo, producida por los escribas y fariseos.

F. En el propio monte Calvario, el pueblo (Lc. 23,48) reconoció que había matado al Justo y se golpeaba el pecho en señal de penitencia.

VII. *Sigamos el ejemplo de Jesucristo. Si queremos evangelizar al pueblo, debemos imitar a Jesucristo.*

A. Amando al pueblo, que vive en la pobreza.

B. Viviendo hasta corporalmente con el pueblo. Sean las parroquias de los suburbios las mejores atendidas. En los suburbios, las mejores escuelas. En los suburbios, las casas religiosas. Acostumbrémonos a vivir corporalmente en medio del pueblo. Excepciones hay honrosísimas y cada día mayores; pero en conjunto ¿qué se puede decir de la conducta que hemos seguido para con el pueblo?

C. Hay que comprender las necesidades del pueblo, poner el remedio posible a ellas por medio de la caridad y hacer todo el bien de la limosna espiritual y de la limosna corporal.

D. Es inexcusable hacer justicia al pueblo, que vive de su trabajo. «La caridad—dice el Papa Pío XII—, para ser verdaderamente auténtica, debe siempre mirar a instaurar la justicia y no contentarse tan

B. Que son peligrosísimas para el hombre, porque la inmensa mayoría de los ricos ponen su corazón en las riquezas.

C. Que son poquísimos los ricos que entienden bien el precepto de dar y de repartir liberalmente.

D. Como consecuencia de esto, que las riquezas pueden cerrar a muchos hombres la entrada en el reino de los cielos.

V. *Los ricos pobres. Hay que enseñar a los ricos a ser pobres. A ser pobres de espíritu. A considerarse administradores de Dios nuestro Señor. En otra parte se dan normas acerca de la limosna* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 166 y ss). *Aquí queremos resumir cuatro que por sí solas bastarían para orientar a un hombre de buena voluntad.*

A. La que trae San Ignacio en los *Ejercicios* cuando expone siete reglas para ordenarse en el ministerio de dar limosna. El Santo, que no suele concretar con ejemplos, aclara aquí su idea con el de San Joaquín y Santa Ana, que hacían tres partes de sus rentas: una para sí, otra para el culto y otra para los pobres (cf. *Obras completas de San Ignacio:* BAC, p. 233).

B. Santo Tomás, que condensa la doctrina sobre cuánto y cómo hay que dar de limosna, responde: «Prompte, abundanter, hilariter».

C. La de León XIII en la «Rerum Novarum»: «Satisfecha la necesidad y el decoro y la perfección del propietario y la de los suyos, lo que resta hay que darlo de limosna» (cf. ibíd., 19).

D. La de San Pablo, que manda a los ricos de este mundo que den y repartan con liberalidad (1 Tim. 6,17).

VI. *Arte difícil.*

A. Abrazarse con la pobreza. Arte dificilísimo es el de administrar los bienes. Por eso de ordinario las almas que han querido seguir a Cristo de cerca han preferido abrazarse con la pobreza, por ser camino más seguro (cf. sec. 7.ª, V y VI).

B. O conservar las riquezas para gloria de Dios. Sin embargo, ha habido santos que han conservado sus riquezas para administrarlas según la gloria de Dios. Los ricos pobres o, por emplear la palabra de la Escritura, los «ricos sabios» alcanzarán un premio especial en la gloria. Las riquezas bien administradas vivirán eternamente. Las riquezas servirán al sabio de corona de gloria (Prov. 14,24).

17

El carácter

I. *Juan es un carácter. Juan no es una caña agitada por el viento. La virtud propia de los hombres de carácter es la fortaleza* (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 190, A).

II. *La fortaleza.*

A. Definición. «Fortaleza es una virtud que mantiene a los hombres dentro de los límites de la razón, impulsándoles a realizar aquellas cosas que son razonables, sean cualesquiera los obstáculos que se ofrezcan» (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, q. 123, a. 1).

B. La fortaleza supone:

a) *un entendimiento iluminado por verdades operables o realizables;*
b) *una voluntad sometida al entendimiento;*
c) *una voluntad decidida a vencer los obstáculos que se ofrezcan en la realización de las obras. La fortaleza vence los impedimentos que se oponen a la voluntad en los lances o empresas difíciles. El fuerte no es tímido, porque la fortaleza vence los temores. Pero el fuerte no es propiamente audaz* (cf. BALMES, p. 225,C).

III. *Fortaleza y audacia. En el audaz la voluntad se mueve arrastrada por la pasión. En el fuerte, la voluntad está sostenida y dirigida por la razón. En el audaz es mayor el ímpetu del arranque, porque a veces en el orden práctico la pasión mueve la voluntad más vehementemente que la razón ordenadora. Pero el audaz es menos constante que el fuerte:*

A. Porque la pasión misma no es constante, cambia, se cansa, se debilita.

B. Porque la pasión no es previsora, y cuando llegan las grandes dificultades, como no estaban previstas, sorprenden y abaten. Por el contrario, el fuerte se apoya en la luz de la razón, que es constante y previsora, y con tiempo avisa las dificultades, las supera con paciencia y busca el remedio con serenidad.

IV. *Dos actos de la fortaleza.*

A. Acometer y resistir. Son dos los actos o momentos de la fortaleza: acometer y resistir. De ambos el principal y más difícil es resistir. El audaz sue-

le ser más brillante en el acometer. El fuerte, más constante en el resistir.

B. No es lo mismo fortaleza que temeridad. El mundo llama fuertes a los temerarios, a los exaltados, a los impetuosos por la decidida vehemencia con que acometen. El fuerte es muchas veces más cauto, pero no menos enérgico en el acometer. El mundo confunde a veces esta prudente cautela con la pusilanimidad, la timidez o la cobardía.

V. *Fortaleza e ira.*

A. El hombre fuerte no destruye las pasiones. Si lo hiciera sería un hombre mutilado moralmente. Necesita de las pasiones y, sobre todo, de la ira; de la pasión de la justa venganza. «El fuerte usa de la ira en los actos de la fortaleza; mas no de cualquiera, sino de la ira moderada por la razón» (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, q. 123, a. 10).

B. El audaz usa de la ira antecedente al dictamen de la razón; el fuerte de la ira consecuente.

C. La ira arrastra al audaz a veces contra el dictado de la razón. La ira da vigor al fuerte para ejecutar lo que la recta razón decide.

VI. *Fortaleza de Juan.*

A. Juan es admirable en el resistir la larga noche oscura del desierto.

B. Juan es admirable en el acometer con la santa libertad de su apostólica palabra al pueblo, a los escribas, a los fariseos, a Herodías.

C. Juan no se deja arrastrar por los halagos de los sacerdotes, judíos y pueblo, que le estimaban por Mesías.

D. Juan no cede ante las amenazas de Herodes.

E. Juan resiste dulce y fuertemente las excitaciones de sus discípulos, ignorantes e impacientes.

F. Juan sabe airarse cuando la ira es santa.

G. Juan sabe airarse sin pecar.

H. «Irascimini et nolite peccare» (Ps. 4,5).

I. Juan es un carácter. Nada le priva de la rectitud de su voluntad, esclava de su razón. Nada turba la claridad de su razón, ilustrada por revelación especial.

J. Juan no es una caña agitada por el viento.

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

18

El carácter. Fin de la educación

I. *El fin de la educación es formar hombres de carácter.*

II. *Dos condiciones. Pío XI exige al hombre de carácter estas dos condiciones:*

A. Un entendimiento constante en la rectitud del pensar.

B. Una voluntad constante y coherente en seguir el dictado del entendimiento (cf. Pío XI, p. 243,i).

III. *El ejemplo de Cristo. Añade el Papa un elemento esencial, puesto que se trata de la educación del verdadero y perfecto hombre de carácter: La luz intelectual es la que dimana de la doctrina y de los ejemplos de Cristo.*

IV. *No basta tenacidad de conducta.*

A. Obras de tenacidad. No basta cualquier tenacidad de conducta para formar el carácter. Puede ser tenaz la voluntad del obstinado, la del extraviado, la del terco, por inspirarse en principios falsos (cf. BALMES, p. 224, B). Tales no son auténticos caracteres. Por lo menos no son caracteres perfectos. La perfección del carácter pide la perfección de la norma, que dirige y sostiene la voluntad. Cuanto más alta sea esta norma, más noble es el carácter. *Ego sum veritas* (Io. 14,6). Cuando esa norma es la verdad misma, el carácter del hombre fidelísimo a ella es en lo humano perfecto.

B. La fe, base del carácter. El fundamento de este carácter ya no es propiamente la razón, sino la fe (cf. Pío XII, p. 243,g).

V. *Los santos, hombres de carácter.*

A. Los santos toman por modelo a Jesucristo. Su vida es una imitación perfecta de la del Salvador. A todos los santos se puede aplicar la frase del Apóstol: «Imitatores mei estote sicut et ego Christi» (1 Cor. 4,16).

B. Se puede afirmar que todos los santos son grandes caracteres. La santidad perfecta exige esa fidelidad a las normas, esa coherencia y tenacidad de conducta a la verdad, en que consiste el verdadero carácter.

C. Las circunstancias pondrán de manifiesto con más elocuencia la firmeza de voluntad de este o aquel santo. Pero potencialmente, aun con menos apariencia de brillantez, la fortaleza del carácter se da en todos.

D. Grandes caracteres son un San Atanasio, un San Ambrosio (cf. sec. 7.ª, VIII), un San Gregorio VII. Pero no lo son menos una Santa Teresita, una Santa María Goretti.

VI. *La virtud del ejemplo. Jesucristo es superior a Moisés y a todos los legisladores, porque no solamente dió la ley, sino que él mismo fué personificación perfectísima de su ley de amor.* «*Exemplum enim dedi vobis*» (Io. 13,15). *Bastaría este solo hecho para decir que el cristianismo es escuela de caracteres. Porque el ejemplo arrastra y sostiene.*

VII. *Jesucristo. Pero Jesucristo hizo más. Con la verdad fué el autor de la gracia.* «*Porque la ley fué dada por Moisés; mas la gracia y la verdad vino por Jesucristo*» (Io. 1,17). *Cristo infunde por la gracia la fortaleza sobrenatural. ¿Quién ha dicho que el cristianismo es religión de apocados, de débiles? El cristianismo es escuela de fuertes. ¡Cuántas vidas de fortaleza serían inexplicables si no fueran sostenidas por la doctrina, el ejemplo y la gracia de Jesucristo! ¡Cuántas madres son ejemplo cristiano de fortaleza, día por día, durante toda una vida, en el hogar! ¡Cuántos religiosos y religiosas viven consagrados de por vida a la oración, a la caridad, a la enseñanza! ¡Cuántos párrocos cumpliendo fidelísimamente, año tras año, las obligaciones de su ministerio! ¡Qué voluntades tan firmes! ¡Qué voluntades sometidas a los dictados de una razón iluminada por la fe! ¡Qué heroísmo en el resistir! ¡Qué caracteres tan fuertes¡ Y externamente, con frecuencia, ¡con qué suavidad y dulzura! Suavidad y dulzura que es perfección de fortaleza. La dulzura, que es virtud compleja, exige como elemento esencial la virtud de la fortaleza.*

VIII. *El ejemplo del Bautista. Juan Bautista es altísimamente modelo de cuanto acabamos de decir. A él como a nadie cuadra la definición de Pío XI. Juan piensa, juzga, obra constante y coherentemente iluminado por Cristo. Juan no vive más que para Cristo. Se ha*

llenado del espíritu de Cristo en el desierto y prepara los caminos de Cristo. Juan se alegra con la presencia del Cristo corporal y se goza en la contemplación del cuerpo místico de Cristo en la historia, porque Juan, amigo del Esposo, sabe de la Esposa de Cristo. Por eso cuando le preguntan a Juan «¿Quién eres?», Juan responde: «Ego vox». Juan es la voz, Cristo es el Verbo. Juan será la voz hasta que el cuchillo criminal corte aquella garganta que no ha cometido otro delito en la tierra que el de predicar a Cristo.

19

El mundo moderno necesita caracteres

I. *Minorías selectas.*

A. Los Pontífices confían la formación de un nuevo espíritu social a las minorías selectas. Estas minorías deben distinguirse por su fortaleza. «Es preciso que tengan tan exquisito sentido de la justicia, que se opongan con constancia completamente varonil a las peticiones exorbitantes y a las injusticias de dondequiera que vengan» (cf. Pío XI, *Quadragesimo anno:* Col. Encíclicas, n. 58, p. 628). Tales han de ser los sacerdotes, formadores de las minorías seglares.

B. Abunda la misma idea en Pío XII (cf. p. 241, C, a).

II. *Verdaderos cruzados.*

A. «No se puede esperar ni iniciar la salvación, la renovación y una progresiva mejora si numerosas e influyentes agrupaciones no vuelven a la recta concepción social; vuelta que requiere una extraordinaria gracia de Dios y una voluntad inquebrantable, pronta y decidida al sacrificio, de las almas buenas y de amplia visión» (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942:* Col. Encíclicas, n. 9, p. 422).

B. «De estos grupos más influyentes y dispuestos para comprender y ponderar la atrayente belleza de las justas normas sociales pasará y entrará después en las multitudes la convicción del origen verdadero, divino y espiritual de la vida social» (ibíd.).

III. *La falta de caracteres en nuestra época está elocuentemente descrita en las siguientes palabras de*

Pío XII: «A la Iglesia no se le oculta que lo que aleja de ella a una porción notable del mundo obrero es lo mismo que le arrebata también muchos espíritus en las demás clases de la Humanidad moderna, o sea el empobrecimiento de las almas, exangües, vacías de toda savia espiritual y religiosa, víctimas de una epidemia que hace estragos sobre tantos hombres de hoy. Fantasmas de hombres que, nunca hartos de frecuentar cines y campos de deportes, día y noche ahítos de fútiles noticias, de ilustraciones excitantes, de música ligera, están interiormente demasiado vacíos para poner interés en ocuparse de sí mismos (Radiomensaje de Su Santidad al Congreso Internacional de la J. O. C.: «Ecclesia», 2, p. 315).

IV. *La formación de caracteres. El punto de partida del hombre de acción de nuestros días ha de ser el conocimiento moral de nuestra época descrita por el Papa, el desprecio de ese mundo todo vanidad y mentira, el propósito firme de infundir espíritu y vida en esta sociedad decadente, el convencimiento de que él lo puede hacer si es fiel a las normas de un verdadero cristiano.*

V. *Los grandes ideales.*

A. El hombre de acción debe ser hombre de ideales. «Lo primero que os recomiendo de todo corazón es proponeros siempre grandes ideales. Es cierto que hay que defenderse del enemigo, pero esto no basta. Por sí solo esto no es un gran ideal. En el punto central de vuestra voluntad y actividades han de estar siempre ideales elevados y constructivos. En esta ocasión el ideal que habéis escogido es la renovación cristiana de la familia» (Pío XII, *Discurso a la Asociación Social Cristiana de Trabajadores de Suiza*, 24 de mayo de 1949: «Ecclesia», 1, p. 623).

B. Ejército a la defensiva, ejército vencido. Quien, por ejemplo, en las cuestiones sociales, crea que toda la misión del católico es oponerse al comunismo será arrollado por el comunismo. La misión del católico social es hacer reinar en la sociedad la justicia y la caridad sociales y por procedimientos morales y cristianos.

VI. *Virtudes del hombre de acción. El hombre de acción debe distinguirse por sus virtudes teologales, que son fuentes de virtud y de vida.*

A. Fe viva (cf. Pío XII, p. 243, g).

cepcionado amargamente, la esperanza en Dios no es falaz ni falla. A una sola cosa debéis mirar: a no dejaros llevar, ni por la triste suerte ni por los hombres, a violar vuestra fidelidad a Cristo» (Pío XII, *Pascua de Resurrección de 1941*).

C. Confianza en Dios (cf. Pío XII, p. 242, e).

D. Amor y sacrificio. «Fortísimo amor patrio. Actos heroicos de virtud. Almas escogidas, prontas y dispuestas a cualquier sacrificio» (Pío XII, *Mensaje del día de San Pedro y San Pablo de 1941*).

E. Vida interior. Hombres de este temple, dispuestos a enfrentarse a diario contra el espíritu asfixiante del decadente mundo moderno, sólo se pueden formar por medio de intensa vida interior. Hace falta vida de oración. Son tantos los textos pontificios que a este respecto se ocurren, que huelga citarlos.

F. Retiros y ejercicios. Pero sí conviene recordar que los Pontífices modernos han recomendado especialmente los ejercicios espirituales. En la misma *Quadragesimo Anno* (n. 58: Nueva Colección de Encíclicas, p. 628), al tratar de la formación de minorías, Pío XI insiste en este punto. En efecto, ¿quién es el perfecto hombre de carácter sino el que aprende a «vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea»? (cf. *Ejerc. de San Ignacio*, n. 21: Obras completas [BAC], p. 160).

VII. *El ejemplo del Bautista. «Hasta en este punto concreto sirve de ejemplo la vida del Bautista. Fué antes que nada hombre de retiro y de vida interior; penitente del desierto antes que predicador de las riberas del Jordán. En el desierto se llena del espíritu. El mundo moderno materializado carece de espíritu, porque la enfermedad de nuestra época es que nadie sabe recogerse dentro de su corazón: «Nullus est qui recogitet corde»* (Ier. 12,11) (Pío XI, *Mens nostra*, 5: Nueva Colección de Encíclicas, p. 797).

20

El Mesías de nuestros tiempos: Cristo en los cristianos

I. *Un anhelo de redención está impreso en todo corazón humano. La conciencia del pecado es muy viva, y la fe en el Redentor brota espontáneamente del fondo mismo de nuestra naturaleza caída.*

A. En el orden sobrenatural, esta conciencia era vivísima en todo el pueblo judío en los tiempos que precedieron a Jesús. Una verdadera conciencia colectiva mantenía al pueblo en expectación del Mesías.

B. En el orden temporal hay también un anhelo de redención.

a) *El problema social moderno, con todas sus consecuencias dolorosas, constituye como un gran pecado colectivo. Y existe la conciencia colectiva de ese pecado y el anhelo colectivo de un redentor.*

b) *Si en la sociedad hay injustas diferencias, mala distribución de los bienes, peligrosa división de las clases, condiciones inhumanas de vida para muchos, riqueza escandalosa para unos pocos y peligro de salvación para unos y otros, es porque los hombres no la ordenan cristianamente.*

c) *Por eso, en su conjunto, pero en particular ciertos grupos sociales, esperan un verdadero redentor. Lo han esperado y lo han buscado siempre.*

II. *El pueblo busca a Cristo. Los falsos redentores*

A. Con su fina intuición, el pueblo busca a Jesucristo. Trata de descubrirlo por señales exteriores que le caracterizan. Y cuando alguien le ofrece un programa de redención, se acerca a él para preguntarle, como los discípulos de Juan: ¿Eres tú el que ha de venir...?

B. Falsos redentores se le acercaron muchas veces para atraerlo con fines torcidos.

a) *Unos pretenden halagarlo con falsas promesas (demagogos de todas clases)* (cf. p. 239,b).

b) *Otros tratan de conquistarlo con el engaño de que sólo al trabajador corresponde todos los derechos (marxismo).*

c) *En ocasiones le han ofrecido todo un atractivo panorama intelectual de progreso económico (liberalismo).*

d) *O se han obstinado en ordenar la sociedad sobre un positivismo jurídico alejado de Dios.*

C. Pronto sobreviene el desengaño cuando se sigue a tales redentores.

a) *Huyendo de un mal, se viene a caer en otros peores* (cf. p. 239,d). *Y por las obras se viene en conocimiento de sus falsos fundamentos. Los resultados dolorosos que a su lado se cosechan, pronto desengañan al pueblo sencillo de su error.*

b) *Con los fracasos podría hacerse una historia impresionante e interminable, que sería la mejor apología del cristianismo* (cf. p. 239,c).

III. *La redención de la sociedad. Cristo en los cristianos.*

A. Pero el pueblo sigue buscando a Jesucristo. Por eso hoy día se dirigen sus miradas hacia el Papa. Incluso los que no pertenecen a la Iglesia descubren en él las verdaderas señales del Redentor. Sin embargo, no basta. Es preciso que los cristianos den también testimonio de Jesucristo Redentor. Porque el pueblo busca a Cristo en los cristianos. Se acerca a ellos para preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir?

B. Por desgracia, muchas veces encuentra una respuesta negativa. Sus obras, lejos de probar su cristianismo, son una negación de la doctrina que profesan.

a) *Muchos, por falta de una auténtica formación, son escándalo para las gentes.*

b) *Otros, por temor y falta de decisión, se encierran en un egoísta aislamiento.*

c) *Tales cristianos con su conducta se hacen responsables de que la Iglesia sea considerada por muchos como contraria a la redención del pueblo* (cf. p. 236, c). *Y, como consecuencia, provocan el alejamiento de otros cristianos débiles, que se separan de la Iglesia en busca de otros redentores que ofrezcan mejor respuesta a sus aspiraciones* (cf. p. 239,d).

C) ¿Queréis cooperar a la redención de la sociedad?

a) *Derribad las trabas que opone el respeto humano* (cf. p. 241,h).

b) *Haced del cumplimiento de vuestro deber un elocuente testimonio de Jesucristo.*

c) *Restaurad a Jesucristo primero en vuestra vida privada, en vuestra familia y en las instituciones sociales* (cf. p. 240,e).

EL TESTIMONIO DE JUAN A LOS JUDIOS

Tercer domingo de Adviento

I. EPISTOLA

(Phil. 4,4-7)

4 Gaudete in Domino semper: iterum dico gaudete.

5 Modestia vestra nota sit omnibus hominibus: Dominus prope est.

6 Nihil solliciti sitis: sed in omni oratione et obsecratione, cum gratiarum actione petitiones vestrae innotescant apud Deum.

7 Et pax Dei, quae exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Iesu.

4 Alegraos siempre en el Señor: de nuevo os digo: alegraos.

5 Vuestra modestia sea notoria a todos los hombres. El Señor está próximo.

6 Por nada os inquietéis, sino que en todo tiempo, en la oración y en la plegaria, sean presentadas a Dios vuestras peticiones, acompañadas de acción de gracias.

7 Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

II. EVANGELIO

(Io. 1,19-28)

19 ... Miserunt Iudaei ab Ierosolymis sacerdotes et Levitas ad eum ut interrogarent eum: Tu quis es?

20 Et confessus est, et non negavit: et confessus est: Quia non sum ego Christus.

21 Et interrogaverunt eum: Quid ergo? Elias es tu? Et dixit: Non sum. Propheta es tu? Et respondit: Non.

22 Dixerunt ergo ei: Quis es tu, ut responsum demus his, qui miserunt nos? quid dicis de teipso.

23 Ait: Ego vox clamantis in deserto: Dirigite viam Domini, sicut dixit Isaias propheta.

19 ... los judíos desde Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas para preguntarle: Tú, ¿quién eres?

20 El confesó y no negó, confesó: No soy yo el Mesías.

21 Le preguntaron: Entonces, ¿qué? ¿Eres Elías? El dijo: No soy. ¿Eres el Profeta? Y contestó: No.

22 Dijéronle, pues: ¿Quién eres?, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?

23 Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, según dijo el profeta Isaías.

24 Los enviados eran fariseos,

25 y le preguntaron diciendo: Pues ¿por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?

26 Juan les contestó, diciendo: Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis,

27 que viene en pos de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

28 Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba.

24 Et qui missi fuerant, erant ex Phariseis.

25 Et interrogaverunt eum et dixerunt ei: Quid ergo baptizas, si tu non es Christus, neque Elias, neque Propheta?

26 Respondit eis Ioannes, dicens: Ego baptizo in aqua: medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis.

27 Ipse est, qui post me venturus est, qui ante me factus est: cuius ego non sum dignus ut solvam eius corrigiam calceamenti.

28 Haec in Bethania facta sunt trans Iordanem, ubi erat Ioannes baptizans.

III. OTROS TEXTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LA HUMILDAD

Como se verá más abajo, en la antología de textos de Santos Padres, teólogos y otros autores, sobresalen, respecto a la domínica tercera de Adviento, los que se refieren a la humildad. Por ello escogemos sobre esta materia los principales textos de la Sagrada Escritura.

A) La humildad de Abraham

Vuelve a tu señora, le dijo el ángel de Yavé, y humíllate bajo su mano.

Dixitque ei Angelus Domini: Revertere ad dominam tuam, et humiliare sub manu illius (Gen. 16,9).

Prosiguió Abraham y dijo: Mira, te ruego, ya que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza.

Respondensque Abraham ait: Quia semel coepi, loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis (Gen. 18,27).

B) La humildad de Gedeón

Gedeón le dijo: Señor, ¿con qué voy a libertar yo a Israel? Mi familia es la más débil de las de Manasés y yo soy el más pequeño de la casa de mi padre...

Qui (Gedeon) respondens ait: Obsecro, mi domine, in quo liberabo Israel? Ecce familia mea infima est in Manasse, et ego minimus in domo patris mei (Iud. 6,15).

C) La humildad de Noemí

Salí con las manos llenas y Yavé me ha hecho volver con las manos vacías. ¿Por qué, pues, habríais de llamarme

Egressa sum plena, et vacuam reduxit me Dominus. Cur ego vocatis me Noemi, quam Dominus

humiliavit, et afflixit omnipotens? (Ruth 1,21).

más Noemí, una vez que Yavé da testimonio contra mí y me ha afligido el Omnipotente?

D) El canto de Ana

7 Dominus pauperem facit et ditat, humiliat et sublevat.

8 Suscitat de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperem: ut sedeat cum principibus, et solium gloriae teneat (1 Reg. 2,7-8).

7 El Señor empobrece y enriquece, humilla o exalta.

Levanta del polvo al pobre, de la basura saca al indigente, para hacer que se siente entre los príncipes y darle parte en un trono de gloria...

E) David ante el arca

16 Cumque intrasset arca Domini in civitatem David, Michol filia Saul prospiciens per fenestram, vidit regem David subsilientem atque saltantem coram Domino: et despexit eum in corde suo.

21 Dixitque David ad Michol: Ante Dominum, qui elegit me potius quam patrem tuum et quam omnem domum eius, et praecepit mihi ut essem dux super populum Domini in Israel,

22 et ludam et vilior fiam plus quam factus sum: et ero humilis in oculis meis: et cum ancillis, de quibus locuta es, gloriosior apparebo (2 Reg. 6, 16.21-22).

16 Cuando el arca de Yavé llegó a la ciudad de David, Micol, hija de Saúl, miró por la ventana; y al ver al rey David saltando y danzando delante de Yavé la menospreció en su corazón.

21 David respondió a Micol: Delante de Yavé, que con preferencia a tu padre y a toda su casa me eligió para hacerme jefe de su pueblo, de Israel, danzaré yo,

22 y aún más vil que esto quiero parecer todavía y rebajarme más a tus ojos, y seré así honrado a los ojos de las siervas de que tú has hablado.

F) La humillación de los reyes de Israel

Cumque vidisset Dominus, quod humiliati essent, factus est sermo Domini ad Semeram dicens: Quia humiliati sunt, non disperdam eos, daboque eis pauxillum auxilii, et non stillabit furor meus super Ierusalem per manum Sesac (2 Par. 12,7).

Y viendo Yavé que se habían humillado, dirigió su palabra a Semeyas diciendo: Se me han humillado; no los destruiré, antes los salvaré pronto y no se derramará mi ira sobre Jerusalén por medio de Sesac.

Humiliatusque est postea, eo quod exaltatum fuisset cor eius, tam ipse quam habitatores Ierusalem; et idcirco non venit super eos ira Domini in diebus Ezechiae (2 Par. 32,26).

Pero Ezequías, después de haberse engreído su corazón, se humilló y se humillaron con él los moradores de Jerusalén, y no vino sobre ellos la ira de Yavé en los días de Ezequías.

G) En el libro de Judit

8 Todos los hijos de Israel aclamaron con gran instancia a Dios y se humillaron con gran fervor.

Diciendo: Señ r Dios del cielo y de la tierra, mira la soberbia de ellos y vuelve los ojos a nuestra humildad, y atiende al rostro de tus santos y haz ver cómo no desamparas a los que se precian de ti: y humillas a los que presumen de sí y se jactan de su poder.

16 Por tanto, humillemos a él nuestras almas, y puestos en espíritu de humildad como siervos suyos,
17 digamos llorando al Señor que según su voluntad se haga con nosotros su misericordia: para que como se ha turbado nuestro corazón al ver la soberbia de aquéllos, así también nos gloriemos de nuestra humillación.

8 Et clamavit omnis populus ad Dominum instantia magna, et humiliaverunt animas suas in ieiuniis et orationibus, ipsi et mulieres eorum (Iudith 4,8).

Dicentes: Domine, Deus caeli et terrae, intuere superbiam eorum, et respice ad nostram humilitatem, et faciem sanctorum tuorum attende, et ostende quoniam non derelinquis praesumentes de te: et praesumentes de se, et de sua virtute gloriantes, humilias (Iudith 6,15).

16 Et ideo humiliemus illi animas nostras, et in spiritu constituti humiliato, servientes illi,
17 dicamus flentes Domino, ut secundum voluntatem suam sic faciat nobiscum misericordiam suam: ut sicut conturbatum est cor nostrum in superbia eorum, ita etiam de nostra humilitate gloriemur (Iudith 8,16-17).

H) La humildad de Ester

2 Y despojándose de sus vestidos de corte, se vistió de angustia y duelo, y en vez de los ricos perfumes, se cubrió la cabeza de polvo y ceniza, humillándose. Todo cuanto solía ella adornar por placer, lo cubrió ahora con sus cabellos.

2 Cumque deposuisset (Esther) vestes regias, fletibus et luctui apta indumenta suscepit, et pro unguentis variis cinere et stercore implevit caput, et corpus suum humiliavit ieiuniis; omniaque loca, in quibus antea laetari consueverat, crinium laceratione complevit (Esth. 14,2).

I) Sentencias del libro de Job

Ensalza a los humildes, alivia al afligido y le prospera.

El humilla la altivez del soberbio, pero salva a los humildes.

Qui ponit humiles in sublime, et moerentes erigit sospitate (Iob 5,11).

Qui enim humiliatus fuerit, erit in gloria: et qui inclinaverit oculos, ipse salvabitur (Iob 22,29).

J) Humillación de Antioco

Isque (Antiochus) qui sibi videbatur etiam fluctibus maris imperare, supra humanum modum superbia repletus, et montium altitudines in statera appendere, nunc humiliatus ad terram in gestatorio portabatur, manifestans Dei virtutem in semetipso contestans (2 Mach. 9,8).

El que con soberana arrogancia se imaginaba dominar sobre las olas del mar y pensaba poner en balanza la altura de los montes, ahora, caído en tierra, era llevado en una litera, poniendo de manifiesto ante todos el poder de Dios.

K) La humildad en los Salmos

Quoniam tu populum humilem salvum facies et oculos superborum humiliabis (Ps. 17,28).

Tú salvas al humilde y humillas al soberbio.

Vide humilitatem meam, et laborem meum et dimitte universa delicta mea (Ps. 24,18).

Mira mi pena, mi miseria y perdona todos mis pecados.

13 Ego autem, cum mihi molesti essent, induebar cilicio. Humiliabam in ieiuniis animam meam et oratio mea in sinu meo convertetur.

13 Cuando ellos estuvieron enfermos, yo me vestí de saco, afligiendo con el ayuno mi alma, y repetía en mi pecho las plegarias.

14 Quasi proximum, et quasi fratrem nostrum, sic complacebam; quasi lugens et contristatus sic humiliabar (Ps. 34,13-14).

14 Me porté con ellos como un pariente o un hermano; como si llevase luto por mi madre, me enlutaba y me humillaba.

20 Quoniam humiliasti nos in loco afflictionis, et cooperuit nos umbra mortis.

20 Para que tú nos aplastes en esta guarida de chacales y nos cubras de sombras de muerte.

25 Quoniam humiliata est in pulvere anima nostra: conglutinatus est in terra venter noster (Ps. 43,20-25).

25 Está nuestra alma postrada en el polvo, está nuestro cuerpo pegado a la tierra.

Sacrificium Deo spiritus contribulatus, cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies (Ps. 50,19).

El sacrificio grato a Dios es un corazón contrito. Tú, ¡oh Dios!, no desdeñes un corazón contrito y humillado.

Pauper sum ego, et in laboribus a iuventute mea: exaltatus autem, humiliatus sum et conturbatus (Ps. 87,16).

Soy un mísero afligido desde mi mocedad, siempre en espanto, lleno de terrores.

8 Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto.

8 No duermo y sollozo como pájaro solitario sobre el tejado.

18 Y convirtiéndose a la oración de los despojados, no desprecie su plegaria.

42 Y fueron vejados por sus enemigos y doblegados bajo su mano.

43 Muchas veces los libraba, pero ellos se obstinaban en sus rebeliones y eran humillados por sus iniquidades.

El Señor es el que guarda a los párvulos: abatido fuí y me libró.

Creí, por esto hablé: mas he sido sumamente abatido.

50 Este es mi consuelo en mi aflicción: que tu palabra me da la vida.

71 Bien me ha estado ser humillado para aprender tus mandamientos.

75 Conozco, Yavé, que son justísimos tus juicios y que con razón me afligiste.

153 Ve mi aflicción y sácame de ella, pues que no he olvidado tu ley.

Excelso Yavé, atiende al humilde, pero al soberbio le mira desde lejos.

El Señor que ampara a los mansos y que abate a los pecadores hasta la tierra.

18 Respexit in orationem humilium: et non sprevit precem eorum (Ps. 101,8.18).

42 Et tribulaverunt eos inimici eorum, et humiliati sunt sub manibus eorum.

43 Saepe liberavit eos. Ipsi autem exacerbaverunt eum in consilio suo: et humiliati sunt in iniquitatibus suis (Ps. 105,42-43).

Custodiens parvulos Dominus: humiliatus sum et liberavit me (Ps. 114,6).

Credidi propter quod locutus sum; ego autem humiliatus sum nimis (Ps. 115,10).

50 Haec me consolata est in humilitate m e a: quia eloquium tuum vivificabit me.

71 Bonum mihi quia humiliasti me: ut discam iustificationes tuas.

75 Cognovi, Domine, q u i a aequitas iudicia tua: et in veritate tua humiliasti me.

153 Vide humilitatem meam, et eripe me: quia legem tuam non sum oblitus (Ps. 118,50.71.75.153).

Quoniam excelsus Dominus, et humilia respicit: et alta a longe cognoscit (Ps. 137,6).

Suscipiens mansuetos Dominus: humilians autem peccatores usque ad terram (Ps. 146,6).

L) Los Proverbios

Detrás de la soberbia viene la deshonra, con la modestia va la sabiduría.

Antes de la caída se exalta el corazón del hombre, y a la gloria precede la humillación.

Pues mejor es que te digan: Sube acá, que tener que ceder tu puesto a otro más grande.

Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia: ubi autem est humilitas, ibi et sapientia (Prov. 11,2).

Antequam conteratur, exaltatur cor hominis: et antequam glorificetur, humiliatur (Prov. 18,12).

Melius est enim ut dicatur tibi: Ascende, huc; quam ut humilieris coram principe (Prov. 25,7).

Superbum sequitur humilitas: et humilem spiritu suscipiet gloria (Prov. 29,23).

La soberbia trae al hombre la humillación, pero el de humilde corazón es ensalzado.

M) Sentencias del Eclesiástico

20 Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam:
21 Quoniam magna potentia Dei solius, et ab humilibus honoratur (Eccli. 3,20-21).

20 Cuanto más grande seas, humíllate más, y hallarás gracia ante el Señor.
21 Porque grande es el poder del Señor, y es glorificado en los humildes.

12 Non irrideas hominem in amaritudine animae: est enim qui humiliat et exaltat, circumspector Deus.
19 Humilia valde spiritum tuum: quoniam vindicta carnis impii, ignis et vermis (Eccli. 7,12.19).

12 No te burles del afligido, porque hay uno que humilla y ensalza.
19. Humilla mucho tu alma, porque el castigo del impío será el fuego y el gusano.

Radices gentium superbarum arefecit Deus, et plantavit humiles ex ipsis gentibus (Eccli. 10,18).

El Señor arranca de raíz a los soberbios y planta en su lugar a los humildes.

1 Sapientia humiliati exaltabit caput illius, et in medio magnatorum consedere illum faciet (Eccli. 11,1).

1 La sabiduría yergue la cabeza del humilde y le da asiento en medio de los magnates.

Benefac humili, et non dederis impio: prohibe panes illi dari, ne in ipsis potentior te sit (Eccli. 12,6).

Haz bien al humilde y no favorezcas al soberbio; impide que se le dé pan, para que con él no sea más poderoso que tú.

9 Humiliare Deo et exspecta manus eius.
24 Et sicut abominatio est superbo humilitas: sic et execratio divitis pauper (Eccli. 13,9 y 24).

9 Humíllate ante Dios y espera el socorro de su mano.
24 Abominable es para el soberbio la humildad, lo mismo que el pobre para el rico.

Est propter gloriam minoratio: et est qui ab humilitate levabit caput (Eccli. 20,11).

A veces la prosperidad origina la humillación, y la humillación hace erguir la cabeza.

Et omnium excellentium et humilium corda virtute calcavi: et in his omnibus requiem quaesivi, et in hacreditate Domini morabor (Eccli. 24,11).

Y pisé con mi poder los corazones de los grandes y de los pequeños; en todos busqué descansar para establecer en ellos mi morada.

Oratio humiliantis se, nubes penetrabit: et donec propinquet non consolabitur: et non discedet donec Altissimus aspiciat (Eccli. 35,21).

La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios; ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada.

N) En los Profetas

12 Porque llegará el día de Yavé Sebaot sobre todos los altivos y soberbios, sobre cuantos se ensalzan, para humillarlos.

El destruyó a los que habitan en las alturas, derribó la ciudad soberbia, El la derribó y humilló hasta la tierra y es hollada por pies.

Que se rellenen todos los valles y se rebajen todos los montes y collados; que se allanen las cuestas y se nivelen los declives.

Yo iré delante de ti y te allanaré los caminos montuosos. Yo romperé las puertas de bronce y arrancaré los cerrojos de hierro.

Porque así dice el Altísimo, cuya morada es eterna, cuyo nombre es santo: Yo habito en la altura y en la santidad, pero también con el contrito y humillado, para hacer revivir los espíritus humillados y reanimar los corazones contritos.

Y ahora yo, Nabucodonosor, alabo, ensalzo y glorifico al Rey del cielo, cuyas obras todas son verdad, cuyos caminos todos justos y que puede humillar a los que andan en soberbia.

12 Quia dies Domini exercituum super omnem superbum, et excelsum, et super omnem arrogantem: et humiliabitur (Is. 2,12).

Quia incurvabit habitantes in excelso, civitatem sublimem humiliabit. Humiliabit eam usque ad terram, detrahet eam usque ad pulverem (Is. 26,5).

Omnis vallis exaltabitur, et omnis mons et collis humiliabitur, et erunt prava in directa, et aspera in vias planas (Is. 40,4).

Ego ante te ibo: et gloriosos terrae humiliabo: portas aereas conteram et vectes ferreos confringam (Is. 45,2).

Quia haec dicit Excelsus, et sublimis habitans aeternitatem: et sanctum nomen eius in excelso et in sancto habitans, et cum contrito et humili spiritu: ut vivificet spiritum humilium, et vivificet cor contritorum (Is. 57,15).

Nunc igitur ego Nabuchodonosor laudo, et magnifico, et glorifico regem caeli: quia omnia opera eius vera, et viae eius iudicia, et gradientes in superbia potest humiliare (Dan. 4,34).

Ñ) La humildad evangélica

Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, éste será el más grande en el reino de los cielos.

El que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

Tollite iugum meum super vos, et discite a me quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris (Mt. 11,29).

Quicumque ergo humiliaverit se, sicut parvulus iste, hic est maior in regno caelorum (Mt. 18,4).

Qui autem se exaltaverit, humiliabitur: et qui se humiliaverit exaltabitur (Mt. 23,12).

Quia respexit humilitatem ancillae suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes (Lc. 1,48).

Porque ha mirado la humildad de su sierva; por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada.

Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles (Lc. 1,52).

Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes.

Dico vobis descendit hic iustificatus in domum suam ab illo, quia omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur (Lc. 18,14).

Os digo que bajó éste justificado a su casa y no aquél. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

O) La humildad apostólica

Serviens Domino cum omni humilitate, et lacrymis, et tentationibus, quae mihi acciderunt ex insidiis Iudaeorum (Act. 20,19).

Sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en tentaciones que me venían de las asechanzas de los judíos.

Idipsum invicem sentientes: Non alta sapientes, sed humilibus consentientes... (Rom. 12,16).

Sed unánimes entre vosotros, no seáis altivos, mas allanaos a los humildes...

Sed qui consolatur humiles, consolatus est nos Deus in adventu Titi (2 Cor. 7,6).

Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la llegada de Tito.

Cum omni humilitate et mansuetudine, cum patientia, supportantes invicem in charitate (Eph. 4,2).

Con toda humildad, mansedumbre y longanimidad, soportándoos los unos a los otros con caridad...

Nihil per contentionem, neque per inanem gloriam: sed in humilitate superiores sibi invicem arbitrantes (Phil. 2,3).

No hagáis nada por espíritu de competencia, nada por vanagloria: antes llevados de la humildad, tenedos unos a otros por superiores.

Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis (Phil. 2,8).

Se humilló hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Qui reformabit corpus humilitatis nostrae, configuratum corpori claritati suae, secundum operationem, qua etiam possit subiicere sibi omnia (Phil. 3,21).

Que reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas.

9 Glorietur autem frater humilis in exaltatione sua:
10 dives autem in humilitate sua, quoniam sicut flos foeni transibit (Iac. 1,9-10).

9 Gloríese el hermano pobre en su exaltación:
10 el rico en su humillación, porque como la flor del heno pasará.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

La liturgia de este domingo se siente algo desplazada en el Adviento actual, si no precisamente en cuanto a su espíritu de alegría, muy compatible con la penitencia y muy connatural a la esperanza de la Navidad, sí por lo menos en cuanto a su origen histórico.

Como quiera que el último domingo de Adviento era día muy ocupado por las ordenaciones que se celebraban en él, las fiestas preparatorias para la Navidad—algo así como nuestras novenas de hoy—se adelantaron ocho días. Por ello, hoy en San Pedro se celebra el oficio con grandes fiestas litúrgicas y no menores de solemnidad externa en el ir y venir del Papa desde Letrán.

De ello nos queda en la santa misa el *gaudete* y el color rosa.

Alegraos... porque el Señor está cerca, dice el introito, inspirado en la epístola (Phil. 4,4-6). Alegría que, según explica San Pablo, es fruto de la paz interior, adquirida mediante la moderación en nuestra vida, y que no será turbada por la persecución, si desterramos la excesiva solicitud.

El evangelio continúa ocupándose del Bautista. También sus últimos testimonios demuestran que el Señor está próximo, y que ha de venir, como le pedimos en la colecta, disipando las tinieblas del pasado.

Las restantes partes variables o nos muestran a Jesús en su trono de querubines (Ps. 79.2-3)—*gradual*—, o invitan a los tímidos para que respiren animados (Is. 35,4)—*communio*—, o entonan un cántico de liberación, como el salmo del introito (Ps. 84,2).

El espíritu, pues, de la dominica es de alegría, porque el Señor está ya cerca.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) Epístola

a) Argumento

Pablo está preso. A quienes le escriben desde Filipos les contesta: *Alegraos.* La alegría es el argumento de la epístola o, por lo menos, la idea dominante. Le embargó de tal modo a Pablo en

su prisión, que apenas si acierta a tratar de otra cosa. Me alegro —dice—al rezar por vosotros, cuya fidelidad al Evangelio conozco; me alegro porque, desde mi estancia en Roma, la buena nueva no deja de ser predicada (c. 1). Completad mi alegría con la caridad, con la paciencia, etc.; me alegraré y congratularé si sé que mis esfuerzos para con vosotros han sido fructíferos; os envío a Epafrodito para que, viéndolo sano, os llenéis de alegría (c. 2). Por lo demás, hermanos míos, alegraos en el Señor... (c. 3).

Y así hasta el capítulo siguiente, el de las despedidas, cuyo versículo cuarto da comienzo a la epístola de hoy. Es este alegraos un «ritornello» de la epístola, y los versículos que siguen no tienen por qué desenvolver lógica y exactamente el pensamiento de la alegría recomendada, sistematismo que no suele ocurrir en San Pablo.

Sin embargo, se pueden unir los cuatro versos. La alegría de Dios es muy diferente de la alegría del mundo con sus solicitudes y preocupaciones. Sed moderados, porque Cristo se acerca, y en cuanto a los asuntos de este siglo, encomendadlos a Dios. Así gozaréis de la verdadera paz, la que supera a los sentidos, la paz de Dios en Cristo Jesús.

b) Comentario

Por esta vez vamos a limitarnos a resumir el de San Roberto Belarmino en su plática predicada el 15 de diciembre de 1602.

Pablo, preso, dice a los filipenses perseguidos: *Alegraos*. El camino del mundo y el de los servidores de Dios son diversos.

1. Alegría del mundo y alegría de Dios

La alegría del mundo es pequeña e imperfecta, porque nace de fuente escasa y agostadiza: lo temporal. Salomón, después de gozar todos los placeres, juzga que su risa fué un error (Eccl. 2,2,11). El Señor dice: *Bienaventurados los que lloran* (Mt. 5,5); y: *¡Ay de vosotros los que ahora reís!...* (Lc. 6,25).

En cambio, el gozo espiritual es grande y perpetuo, porque se deriva del amor de Dios y de la esperanza de los bienes futuros; proviene del mayor bien posible y nadie puede arrancarlo de nuestro corazón. *Gaudium vestrum nemo tollet a vobis* (Io. 16,22). Ni aun las aflicciones: *Superabundo gaudio in omni tribulatione* (2 Cor. 7,4). Como ocurre con el agua, que no apaga el fuego artificial.

Mientras el gozo espiritual es gustado por el entendimiento, pozo profundísimo, capaz de no saciarse en la eternidad, el que se recibe a través de los sentidos es insignificante, por la pequeñez de la copa en que lo bebemos.

2. Iterum dico (Phil. 4,4)

Os lo vuelvo a decir, repite San Pablo, para recalcar su propósito.

3. Alegraos siempre (ibíd.)

Regocijaos con la contemplación de Dios y con la hermosura de cuanto por El fué creado. Y pensad que si el destierro es así, ¿cómo será el cielo? Debemos alegrarnos no sólo por las gracias del Señor, sino también por sus castigos, que unas y otros van enderezados a nuestro bien.

El origen de este gozo es nuestro dominio sobre todo lo creado, por la carencia de preocupaciones, que nace a su vez de la amistad y de la paz con Dios. Búsquelos, pues, quien quiera vivir siempre contento.

4. Modestia vestra nota sit... (ibíd. 6)

(En griego *epieikés* [ἐπιεικὲς], moderación de ánimo en todas las acciones y en las adversidades). Venciendo todas las pasiones, andarás como el que domina los caballos y puede llevar el paso que quiere. *Sea notoria a todos los hombres* (ibíd. 5). Esto es, delante de todos, no como la de los hipócritas, delante de aquellos que interesa.

5. Nihil solliciti... (ibíd. 6)

Pablo, que siente la solicitud de todas las iglesias, excluye sólo la ansiedad inmoderada, enemiga de la moderación. *Echad sobre El todos vuestros cuidados, puesto que tiene providencia* de vosotros (1 Petr. 5,7).

6. Dominus prope est (ibíd. 5)

No os preocupéis, el Señor está cerca. Cercano en el tiempo de nuestro juicio. ¿A qué inquietarse por la construcción de la casa, si sabemos que mañana ha de hundirse? Cercano en el lugar, pues Dios providente y omnipresente se cuida de nosotros. Pero, ¡ay!, Dios está muy lejos de los condenados. *Llamadle en tanto que está cerca* (Is. 55,6).

Medio para que sintáis cerca a Dios: pedidle. Así os colocaréis bajo su amparo y viviréis tranquilos. Conozca Dios vuestras necesidades por medio de la oración, la obsecración y la acción de gracias. Ese es el sentido de las palabras de San Pablo.

Cierto que muchas de nuestras peticiones no son oídas, pero tal fracaso se debe a que no reúnen las cuatro condiciones expuestas por el Apóstol y explicadas por los Santos Padres: oración, acción de gracias, petición y obsecración (Phil. 4,6).

La oración. ¿Propia sólo de monjes? No. San Pablo habla a todos. Por el bautismo somos consagrados santos y como tales debemos vivir en oración.

La oración consiste en levantar a Dios nuestros pensamientos, pues aun cuando está en todas partes, nosotros no lo tenemos presente si no pensamos en El. Pensamiento santo que engendra el temor, la confianza y el amor.

Acción de gracias. Nada más útil para alcanzar nuevos beneficios que agradecer los recibidos. *Todo buen don y toda dádiva perfecta vienen de arriba* (Iac. 1,17). La Iglesia comienza casi todas sus oraciones dando gracias.

Petición. Del conocimiento de Dios surge la acción de gracias; del conocimiento propio, la petición. Muchos no pueden emplear en la oración un cuarto de hora. ¿Por qué? Porque no se conocen bien. El pecador es como aquel a quien, mientras duerme, le hieren y roban sin que se dé cuenta ni advierta su desgracia. *No sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo. Te aconsejo que compres... colirio para ungir tus ojos a fin de que veas* (Apoc. 3,17-18).

Obsecración. Viéndonos a nosotros, pobres pecadores, tan apar-

tados de Dios, ¿qué haremos sino interponer la mediación de Cristo, de su Madre y de los santos? *Per Christum Dominum nostrum.*

7. **Pax Dei** (Phil. 4,7)

De tal trato con Dios nacerá nuestra amistad con El y la dicha de la paz. *Paz que sobrepuja todo entendimiento,* lo cual según el texto griego puede entenderse de dos modos. En cuanto que nadie puede alcanzar a comprender la amistad tan íntima de Dios con un pobre ser humano, o en cuanto que ninguna inteligencia enemiga es capaz de perturbarla. Si Dios nos protege, ¿quién contra nosotros?

Paz que, por otra parte, aventaja a todo gusto y experiencia natural. Paz que nos coloca por encima de todo lo creado, de modo que nada de este mundo puede dolernos. Porque así como al amor mundano se le pinta ciego y con una venda, este amor de Dios ilumina el entendimiento para juzgar rectamente sobre el verdadero valor de las cosas.

Tal es el camino breve, recto y seguro para llegar al verdadero y perpetuo gozo.

c) Acomodación

Alegraos porque está próxima la Navidad, pero no carnalmente, con mentalidad judía, por los banquetes y las diversiones que se acercan. Nuestras fiestas y nuestro Mesías son espirituales. Acordaos del Profeta (Is. 5,12): En vuestros banquetes *hay arpas, cítaras, panderos, flautas y mucho vino, y no reparan en las obras de Dios ni ven las obras de sus manos.* Grandes misterios los de esa jornada. Que no duerma espiritualmente ningún seguidor de Cristo.

B) Evangelio

a) Ocasión litúrgica e histórica

La Navidad se acerca; la liturgia, que comenzó con el *Regem venturum Dominum,* canta ya el *prope est.* En el evangelio aparecen también los últimos anuncios de Juan.

Juan es el pórtico por donde entrará en la vida pública el Mesías; la *lucerna ardens et lucens* (Io. 5,35), figura muy querida de San Agustín, que alumbra sus pasos; el pregonero del juez. Del mismo modo que los anuncios de la llegada regia se anticipan con bastante tiempo, pero al fin se intensifica el clamor, cuando se acerca el rey, así Juan, después de su preparación más remota, prorrumpió con energía en los últimos testimonios al aproximarse Cristo.

Fueron estos tres a lo largo de unos cuarenta días. El primero, en el que intervino el mismo Dios Padre, ocurrió cuando se negó a bautizar al Señor, y, al hacerlo más tarde, vió cómo se abrían los cielos. El tercero, cuando al pasar Jesús cerca del Jordán, terminado su ayuno de cuarenta días, le señaló diciendo: *He aquí el Cordero de Dios* (Io. 1,29).

Entre uno y otro, probablemente la víspera misma de este último testimonio, sobreviene la escena de hoy, en la que el Precursor, si no indica directamente la persona de Jesús, el cual no se ha manifestado todavía, subraya su existencia efectiva en medio del pueblo judío.

Debemos considerar quiénes envían, en qué consiste la embajada y cuál es la respuesta.

b) La embajada

El carácter ascético del Bautista y su predicación, tan diferente de la de otros agitadores de concepto mesiánico-político, atrajo hacia las orillas del Jordán más cercanas a Jerusalén, en las proximidades del Mar Muerto, a gran parte de la multitud, provocando un movimiento religioso. De la más lejana Galilea—región de gente sencilla y piadosa—debieron de venir muchos a oírle, puesto que galileos son los que le rodeaban cuando dijo: *Ecce agnus Dei*... Jerusalén vigilaba y dió ocasión al testimonio que comentamos.

1. Este es el testimonio (Io. 1,19)

Testimonio de importancia excepcional, pues fué dado a la autoridad religiosa, que le preguntaba oficialmente.

2. Cuando los judíos desde Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas (ibíd.)

La alusión a los judíos en el evangelio de San Juan casi siempre entraña sentido peyorativo: las autoridades incrédulas, envidiosas y malévolas. En esta ocasión parecen ser los mismos que después, en cuanto se refiere a Cristo, han de navegar a velas desplegadas por el mar de la envidia.

Sacerdotes y levitas, saduceos casi todos; fariseos algunos, especialmente entre los levitas, de condición social más humilde. Ninguno de ellos había recibido la doctrina de Juan. Lo sabemos por el Señor (Lc. 7,33). Los primeros, porque la austeridad y el cambio de vida religiosa ponía en peligro su comodidad y sus sinecuras. Los segundos, porque no le pudieron atraer a su secta, ni querían a nadie que les hiciera sombra. Se tenían por maestros únicos y exclusivos, de espíritu totalmente opuesto al del Bautista, pronto a ceder el paso a su Señor. Les movía la envidia de Juan, pues Cristo no era conocido aún.

Tal comisión, según la opinión de todos, fué enviada por el Sanedrín, que, aun cuando no disfrutaba de verdadera autoridad entre los profetas (éstos, al no haber recibido la Sinagoga los poderes de la Iglesia, sólo dependían de Dios), debía sin embargo reprimir las imposturas, mucho más si se piensa que habían transcurrido varios siglos desde la desaparición del profetismo.

El objeto de la embajada es preguntar por la personalidad del Precursor, e indiscutiblemente, como se deduce de la primera respuesta de Juan, dilucidar si era o no el Mesías.

Ante una pregunta así, y formulada por la autoridad religiosa, Juan contesta sinceramente.

Primero. La autoridad religiosa es verdadera dentro de su ám-

bito. Le corresponde el poder de inquirir y vigilar. Sus intervenciones para defender la moral y el dogma y salvaguardar lo escrito y lo hablado, no son intromisiones clericales, sino parte de su misión divina. Si el Estado tiene autoridad dentro de sus fines, la Iglesia la posee mucho mayor dentro de los suyos.

Segundo. Paralela a esta autoridad debe ser la obediencia de los súbditos. El mismo Señor, que se calla ante Herodes (Lc. 23,9) y varias veces ante Pilatos (Mt. 27,14; Io. 19,9), responde al Sanedrín que le pregunta si es Hijo de Dios (Mt. 26,64; Mc. 14,62; Lc. 22,67-71).

Tercero. Pero toda autoridad debe obrar por fines santos. El que manda no ha de moverse nunca por propias apetencias; y si su autoridad es espiritual, cuide mucho de que sus motivos no procedan nunca de la envidia (cf. supra, Segundo domingo de Adv., sec. 4.ª,I, SANTO TOMÁS).

3. ¿Tú quién eres? (Io. 1,19)

¿El Mesías? Todos los predicadores se han apoyado en esta pregunta para hablar del difícil conocimiento propio. El Doctor Melifluo *(Epist.* 192: PL 182,358) acusa a Abelardo de «no desconocer nada de lo que existe en el cielo y en la tierra. Sólo se desconoce a sí mismo».

c) LA RESPUESTA

Consta de una primera parte simplemente negativa: ni soy el Cristo, ni Elías, ni el Profeta, y otra positiva, en que San Juan se describe como el adelantado mesiánico. En una y otra resalta su humildad. Enérgico en sus primeras negativas; hiperbólico—si se puede admitir la hipérbole en este caso—al describir su pequeñez comparado con Cristo; sincero al reconocer su misión.

La verdadera humildad consiste en la verdad, esto es, en saber lo que no se es, en reconocer lo que se es y en saber que eso mismo lo hemos recibido de Dios (cf. infra, SAN AGUSTÍN, en la sec. 3.ª,II, y en la sec. 5.ª,II, SANTA TERESA).

1. El confesó y no negó; confesó: No soy yo el Mesías (Io. 1,20)

Repetición muy hebrea de afirmaciones y negaciones cuando se quiere contestar con energía. Podríamos traducirla: y confesó y sostuvo su testimonio de que no era el Cristo.

Gran honor el que rechaza. Los mundanos suelen gloriarse de lo que son. Juan dice lo que no es.

2. Entonces... ¿eres Elías? (Io. 1,21)

Malaquías (3,1) anuncia un ángel que preparará los caminos del Señor. Pero también (3,23) habla de Elías, que aparecerá *antes que venga el día de Yavé, grande y terrible.* Como quiera que los judíos no tenían claros los conceptos mesiánicos y esperaban que el Mesías juzgase en vida al mundo—los apóstoles mismos preguntaban al Señor cuándo ocurriría la destrucción de Jerusalén y cuándo vendría a juzgar, uniendo ambas cosas por su interpretación de la función actual del Mesías como Juez (cf. *Pri-*

mer dom. de Adv., sec. 2.ª,B,a y b)—, creyeron muchos de ellos que Elías había de precederle.

3. No soy (Io. 1,21)

Es la respuesta tajante.

4. ¿Eres un profeta? (ibíd.)

En griego *el profeta* (ὁ προφήτης), Tampoco. Para evitar la mentira en la respuesta de Juan, desde San Agustín y San Juan Crisóstomo se han esbozado diversas interpretaciones. El Crisóstomo (cf. *Hom. in. Ioan.* 16: PG 59,104) entiende que el Bautista afirmó que no era el Profeta, esto es, el Mesías. San Agustín (cf. *In Ioan. Evang. Tract.* 4, c. 1: PL 35,1409) le excusa, puesto que oficio de profeta es anunciar lo futuro y no lo presente, como hizo Juan.

Creemos que la explicación es más sencilla. Si a Santa Teresa o a San Pedro de Alcántara les hubiesen preguntado: ¿Sois vosotros los enviados de Dios para reformar una parte de la Iglesia, se les habría acusado de mentira, al contestar negativamente? Juan, que no era profeta en el sentido antiguo de la organización del profetismo, no se reconoce el honor de ese nombre, aun cuando admite la misión, como nuestros santos hubieran rechazado el título, afirmando su vocación reformadora.

5. ¿Quién eres?... ¿Qué dices de ti mismo? (Io. 1,22)

Pregunta directa que da ocasión a la respuesta positiva. ¿Podríamos nosotros contestarla sin avergonzarnos?

6. Yo soy la voz del que clama en el desierto (ibíd. 23)

Para entender a Juan debemos entender a Isaías, a quien alude.

El libro de Isaías tiene dos partes: en la primera despliega sus profecías, amenazando con terribles castigos del Señor. En la segunda anuncia la redención y la vuelta de Babilonia, que suele ser prefiguración de aquélla.

Comienza, en efecto, esta segunda parte con el capítulo 11, cuyos primeros versículos constituyen una de las lecciones de los maitines de Navidad, y de él están tomadas las palabras del Precursor. Si directamente se refieren al regreso de Babilonia y en medio de los desiertos y de los ásperos caminos una voz de Dios va pidiendo que se abra vía propicia para el retorno de su pueblo, la realidad profetizada significa la vuelta a la vida, la redención. Una voz clama también que las soledades de los vicios y las asperezas de la soberbia, etc., se conviertan en paso seguro para Cristo. Esa voz es la de Juan (cf. MALDONADO, *Com. al Evang. de San Mateo:* BAC, p. 181, y A LAPIDE, *Comm. in Is.*, ed. Vivès [París 1881], t. 11, p. 490-491).

El Bautista es, por tanto, según el profeta, la voz de Dios que clama, no sólo en los desiertos reales en los que vivió y predicó, sino en cuanto bajo la figura de desierto, difícil para el tránsito de los judíos, representa las dificultades que se oponen al reino mesiánico que prepara.

Voz. Voz, no palabra, dice San Agustín (cf. *Serm.* 293,3: BAC,

tomo 7, p. 877), porque la voz sirve para transmitir el pensamiento. El pensamiento era del Verbo, y en esto consiste la grandeza y humildad de Juan: la grandeza, porque transmite el pensamiento de Dios, y la humildad, porque reconoce que por sí mismo no es más que un sonido en el aire. Juan encarna la voz del pregonero, que repite lo que el juez le dictó.

Todo Juan era voz que predicaba penitencia: sus palabras, su vestido, sus obras... (cf. A LAPIDE, *Comm. in Is.*, ed. cit., c. 40, t. 11, p. 191, y BELARMINO, infra, sec. 4.ª,III).

En el Bautista se plasma el modelo del predicador, que debe ser voz de Dios y no de humana sabiduría ni de propio lucimiento.

Tres nombres se dan a Juan, relativos a su cualidad de predicador: voz, ángel y linterna, o, lo que es lo mismo, predicador, profeta y más que profeta. Voz y predicador de penitencia, ángel o profeta que anuncia la venida inminente del Mesías, linterna y más que profeta que lo enseña (cf. FRANC. TOLETUM, *In Lucam*, c. 3, not. 16).

Voz que predica todas las virtudes (cf. infra BOURDALOUE, sección 5.ª,VIII).

Voz que clama, con energía que no consiguieron doblegar la envidia de los suyos ni el calabozo de Herodes (cf. infra. BELARMINO, sec. 4.ª,III, y el mismo autor en el segundo domingo de Adv.).

En el desierto. Ya hemos indicado los dos sentidos. Maldonado (cf. *Com. al Evang. de San Mateo:* BAC, p. 177.180) lucha esforzadamente contra los protestantes, que, por abolir el monacato, no querían confesar que Juan hubiera vivido en regiones de soledad. Sólo apartándose del sentido verdadero puede entenderse este predicar en desierto por predicar con poco fruto. Existen numerosas consideraciones piadosas sobre la predicación y la meditación en el desierto e *in solitudine*, donde Dios habla con mayor facilidad, apagados los ruidos del mundo (cf. A LAPIDE, ibíd., ed. cit., p. 492, e infra BELARMINO, sec. 4.ª,III).

7. Entonces, ¿por qué bautizas? (Io. 1,25)

Fariseos tenían que ser—y así lo advierte el evangelio—los que propusieran una cuestión ritual. Ezequiel (36,25) y Zacarías (13,1) anunciaron que el Mesías bautizaría. Si, pues, Juan no es el Cristo, ni aun siquiera un profeta, ¿con qué derecho bautiza?

No encaja en el carácter de estos apuntes inquirir si el bautismo era o no ceremonia corriente—nos inclinamos a que no—, ni exponer por demasiado conocidas las diferencias entre el bautismo de Juan y el de Cristo, aunque los Santos Padres insistan mucho sobre ello. El propio Juan nos lo dice: Yo bautizo en agua (Io. 1,26); Cristo, *en el Espíritu Santo* (Mt. 3,11; Lc. 3,16).

8. En medio de vosotros está (Io. 1,26)

No reprende, puesto que nadie tenía motivos para conocer a Jesús. Se limita a cumplir con su oficio de buen predicador: enseñar a Cristo.

Hoy Cristo sigue estando en medio de nosotros, y nosotros no le conocemos. A pesar de la Eucaristía, de los pobres, que representan a Cristo, y del mismo Dios omnipresente, nuestro descuido continúa dando actualidad a esta frase.

9. Vendrá después de mí, pero es anterior a mí

Juan busca los motivos de su inferioridad. Cristo es eterno, aunque Juan se le adelante en el tiempo de su manifestación. El texto griego, y a ello obedece la traducción de Nácar-Colunga, no dice *el que ha de venir* o *el que vendrá*, como leemos en la Vulgata: *qui post me venturus est*, sino *el que viene*. Tampoco se halla en el texto griego el *qui ante me factus est*, que reseña la Vulgata, y que dió ocasión a muchos autores, entre ellos a San Agustín, para hablar de la generación eterna del Verbo.

10. No soy digno de desatar...

Oficio de los criados más bajos, dice el Crisóstomo (cf. *Hom. 11 in Matth.*, 4: PG 57,196). No le bastaba humillarse, confesándose simplemente voz y pregonero, autor de un bautismo tan sólo de agua, y declararse posterior a El. Necesitaba de la hipérbole que demostrase su nada en comparación con la realidad única de la Divinidad.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

En su exposición del evangelio de San Juan (*Hom.* 16: PG 59,102 ss) comienza el Crisóstomo hablando de la envidia, perniciosa principalmente para el que la sufre. Después describe la escena evangélica, atribuyendo la embajada a la envidia de los judíos para con Jesús, pues preferían que fuese Juan y no éste el Mesías. Tras de reprocharles por no haber creido en el mismo Juan, cuando no les convenía creerle, termina exaltando la humildad del Precursor y habla, como de costumbre, al finalizar sus sermones, sobre la limosna.

A) El evangelio

a) La soberbia

«No hubiera caído el demonio, a no ser por esta enfermedad... Ni la fornicación ni el adulterio manchan al hombre como lo ensucia la soberbia. ¿Por qué? Porque la fornicación, aunque indigna de misericordia, puede pretender disculparse con el impulso de la lujuria; la soberbia, en cambio, no tiene causa alguna ni provecho que la justifique.

... Si el que se envanece de los bienes verdaderos se convierte en infeliz y desgraciado, al perder todo su mérito por esa vanidad, ¿qué no será el que se engríe y alza por lo que nada es, por las sombras y la flor de heno, por la gloria vana que le hincha? Ridículo sobre toda ponderación nos parecería el pobre mendigo, siempre famélico, que anduviese por ahí pavoneándose de que una vez en sueños se vió rico. Infeliz y desgraciado. ¡Tienes un alma que vive en la miseria, y pregonas tu dinero y la muchedumbre de tus servidores!»...

b) La limosna

Si tan loco eres que no puedes advertir el escaso valor de las riquezas, mira cómo a la hora de la muerte habrás de dejarlas todas, y quién sabe si, como muchos, morirás tan re-

pentinamente que ni aun por testamento puedas disponer de ellas.

«Para que tal no nos ocurra, enviémoslas a nuestra patria ahora, mientras estamos sanos. Sólo nos podrán servir si las colocamos en un lugar seguro, allí donde ni la muerte, ni los testamentos..., ni los pleitos nos las pueden quitar, porque si nos marchamos llevándolas, las gozaremos perpetuamente...

¿Hay alguien tan necio que no quiera poseer para siempre sus riquezas? Pues hagamos una transferencia y coloquémoslas allí. No precisamos caballerías ni barcos para llevarlas, porque Dios ha resuelto esa dificultad de transporte dándonos a los pobres, los cojos, los ciegos, los enfermos. Les ha encomendado a ellos la comisión de trasladar nuestro caudal a los cielos, y con ellos partirán nuestras riquezas a la patria celeste, que ojalá nos conceda la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y en el cual...» (cf. ibíd., *Hom.* 16,4: PG 59,106-107).

B) Cristo y los pobres. «In medium vestrum est»

Casi todos los Santos Padres—y aun pudiéramos decir que todos—se han ocupado de la limosna al acercarse Navidad, y nada de extraordinario tendría que se centrasen en ella las cuatro semanas de Adviento.

El evangelio de hoy da ocasión para hacerlo así, comentando la frase de *en medio de vosotros está...* Hoy Cristo está entre nosotros desconocido, viviendo entre los pobres. También la limosna fué objeto de la predicación de Juan (Lc. 3.11), y es uno de los medios mejores de penitencia, según los Santos Padres, y muy en especial San Agustín y San Crisóstomo.

Insertamos a continuación una serie de textos de este último, que pueden servir de base para una homilía.

La primera parte está compuesta por trozos espigados aquí y allá, en los que aparece Cristo representado por los menesterosos. Tienen casi siempre carácter de reproche, y pueden completarse con varios de la domínica precedente.

La segunda parte está tomada de la homilía 7, de las nueve que predicó sobre la penitencia, a la vuelta de una enfermedad y todavía convaleciente. Entre los cinco modos de penitencia indica la limosna como el principal, y a lo largo de su discurso aparece siempre la idea de que si la limosna perdona los pecados es por ser Cristo quien la recibe.

a) Reproches a los que no socorren a Cristo

1. Tuve hambre y no me disteis de comer (Mt. 25,42)

«Palabras de hondo sentido. Aunque fuere de piedra, ¿habrá corazón que no se mueva al oírlas? ¡Tú Señor marcha hambriento, y tú, que vives entre delicias, le desprecias, aun cuando te pide tan poca cosa como pan para aliviar su ham-

bre! ¡Tu Señor marcha temblando de frío, y tú, envuelto en sedas, ni le miras!...» *(Hom. 50 in cap. 25 Gen.:* PG 54,450).

2. Vives entre riquezas sin socorrer a Cristo

De las dos homilías sobre el salmo 48,17, *Ne timueris cum dives factus fuerit homo,* contra el lujo excesivo, seleccionamos algunos párrafos.

«Tú, que adornas con exceso tus cabellos, que no sabes distinguir el oro del plomo ni apreciar tu liberalidad, ves en cambio a Cristo hambriento...» *(In Ps. 48:* PG 55,514).

«¡Oh suma demencia! ¿Quién te defenderá? ¿Qué perdón podrás alcanzar, si cuando Cristo estaba de pie ante tu puerta, vestido en traje de pobre, no tuviste piedad alguna? Yo di limosnas, me dirás. Pero ¿diste todo lo que podías?

¿Qué dirás cuando te encuentres en aquellos tormentos intolerables?... ¡Ah!, entonces te acordarás de mis sermones; pero será un recuerdo inútil. También se acordó el rico epulón y pidió tiempo para hacer penitencia. *Envía a Lázaro,* decía, *para que con la punta del dedo mojada en agua refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas* (Lc. 16,24). Pero no se le concedió..., porque es imposible mezclar una gota de limosna con aquella dureza de corazón...» *(In Ps. 48:* PG 55,508).

b) El gran negocio de la limosna

Tomamos de la homilía 7 sobre la penitencia (PG 49,323-332) casi totalmente los párrafos 6 y 7, en que el Crisóstomo remata, según su costumbre, la mayoría de sus alocuciones.

1. El mercado de la salvación

«Hoy se abre el mercado de la limosna. Allí acuden los presos, los pobres, los que andan mendigando por las plazas. los que lloran... Gran feria es la que se acaba de inaugurar. Como todas las ferias, su fin es comprar barato y vender caro... Tal es el negocio que nos propone Dios: comprar la gracia santificante por muy poco dinero y después cobrar mucho por ella. ¡Aquí se compra la justificación por un pedazo de pan, por un vestido viejo, por un vaso de agua fresca! *En verdad os digo,* grita el gran director de este comercio, *que el que diere de beber... sólo un vaso de agua fresca... no perderá su recompensa* (Mt. 10,42). ¡Agua fresca! ¡Limosna sin gastos!... ¿Cuál será entonces la recompensa del que entregue vestidos, dinero u otros bienes?...

Por lo tanto, en cuanto tengas alguna cosa de poco precio, apresúrate a comprar a ese gran Señor... Mientras la feria esté abierta... comprad la salvación con la limosna. El que viste a un pobre viste a Cristo. ¿Qué ya lo sabéis?... Es

cierto, pero ojalá que a fuerza de repetirlo lleguemos a dar de limosna alguna que otra cosilla...»

2. Préstale a Dios

«La limosna es un préstamo que le hacemos a Dios para que nos devuelva su clemencia. *A Dios presta el que da al pobre* (Prov. 19,17). Así habla la Sagrada Escritura, porque conociendo que nuestra avaricia y ambición... piden siempre ganar algo, no quiere decir que quien le da a un pobre le da a Dios, para que no nos parezca un negocio menguado, sino que quien da a un pobre presta a Dios a crédito, y Dios es su deudor...

Elige tenerle como juez o como deudor. El deudor está siempre agradecido. El juez no tiene nada que agradecer, mucho menos cuando él es quien ha prestado» (ibid. 6,332-333).

3. Dios, fiador de los pobres

«Vamos a ver la razón por la que Dios recibe a crédito lo que se da a los pobres. Sabía que nuestra avaricia... no presta nada sin garantía. Todo el que presta dinero exige o una hipoteca, o una prenda, o un fiador... Sabiendo, pues, que nadie presta sin estas cauciones ni se mueve a ello por misericordia, sino con ánimo de lucro; sabiendo que el indigente carece de hipotecas, porque no posee nada; de prendas, porque está desnudo; de fiadores, porque nadie se fía de su pobreza; y viendo, por lo tanto, que el pobre estaba en peligro por su necesidad, y el rico por su poca misericordia, se entregó El mismo como fianza del pobre y prenda del prestatario. ¿No te fías de él por su pobreza? Fíate, pues, de mis tesoros, nos dice el Señor...

No tengas miedo. A quien le prestas es a mí. ¿Qué ganancia te voy a dar? Desde luego que parece inicuo pedirle cuentas a Dios, pero para acomodarme a tu avaricia y deshacer tu maldad a fuerza de misericordia, vamos a estudiar juntos este negocio...

Cuando prestas a otros, ¿qué es lo que ganas?... Si lo haces honradamente, el uno por ciento. Si te dejas llevar de tu avaricia, el doble o el triple. Pues yo voy a desbordarlo y vencer tu insaciable deseo... Sueles pedir el uno por ciento. ¿Te parece bien el ciento por uno?...

Bien, Señor. Yo te daré ahora mismo en préstamo la limosna de los pobres. ¿Pero cuándo me vas a pagar? Quisiera ver las condiciones para firmar el contrato. Señálame el tiempo del pago...

No haría falta tal cosa, pues *fiel es Dios en todas sus palabras* (Ps. 144,13). Pero como es costumbre que el deudor de buena fe indique el tiempo y día en que podrá pagar, oye cuándo y dónde devolverá Dios lo que prestes a los

pobres. *Cuando el Hijo del hombre... se siente sobre su trono de gloria...* (Mt. 25,31).

Admira la amabilidad con que el deudor devuelve en aquel lugar lo suyo al acreedor... *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo* (ibíd. 25,34). ¿Por qué? *Porque... tuve sed...* (ibíd. 25,35). Pero, *Señor,* dirán, *¿cuándo te vimos hambriento, o sediento...* (Mt. 25,37) *a ti, a quien todos los ojos miran expectantes, y tú les das el alimento conveniente a su tiempo?* (Ps. 144,15). ¡Oh bondad admirable! Tu clemencia te impulsa a ocultar tu dignidad. ¡El que alimenta a todo hombre, el que *abre su mano y da a todo viviente la grata saciedad* (Ps. 144,16), sin perder un ápice de su dignidad divina, pero, saliendo su clemencia fiadora de los pobres, dice: *Tuve hambre, y me disteis de comer!* (Mt. 25,35). ¡El que provee de agua a los lagos, las fuentes y los ríos; el que afirma en el Evangelio: *Quien creyere en mí, ríos de agua viva correrán de su seno* (Io. 7,38); el que dijo: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba* (ibíd. 7,37), ahora nos habla: *Tuve sed, y me disteis de beber!* (Mt. 25,35). Vestimos al que cubrió los cielos, la tierra y a la Iglesia toda. *Cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo* (Gal. 3,27). *Estaba preso...* (Mt. 25,36). ¿En la cárcel tú, que redimes los cautivos?...

Explicanos lo que quieres decir, porque titubeará nuestra fe de lo contrario. ¿Cuándo te hemos visto en tal necesidad y cuándo te hemos socorrido de esa manera? *Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis* (Mt. 25,40). ¿O acaso no es cierto que *a Dios presta el que da al pobre?...*» (Prov. 19,17).

4. La limosna, superior a las demás virtudes en el juicio

«Es muy de admirar que en el juicio no menciona ninguna otra virtud. Podía decir: Venid, benditos, porque habéis sido castos... Pero todo lo calla, no porque sean virtudes indignas de mención, sino porque, comparadas con la caridad, ocupan un lugar secundario...

Y del mismo modo que ofrece el reino a los de la derecha por su benignidad, así condena por su sequedad a los de la izquierda... *Porque tuve hambre, y no me disteis de comer...* (Mt. 25,42). No dice: Porque habéis sido adúlteros, ladrones... Todo esto es manifiestamente malo, pero menos que la dureza e inhumanidad... No juzgo—dice—el pecado, sino la inclemencia. No juzgo a los pecadores, sino a los que no han querido arrepentirse, a los que han despreciado este medio tan fácil de la limosna para borrar sus culpas. Condeno la inclemencia, como fuente de toda impiedad, y alabo la misericordia, como raíz de todos los bienes».

5. Exhortación final

«Hermosas son, Señor, tus promesas; hermoso el reino con que premias y hermoso el infierno con que amenazas. Aquél alienta, éste asusta. Alienta bellamente el uno, aterroriza útilmente el otro. Amenazas con el fuego, para que nos libremos de él...; asustas con tu palabra, para no condenarnos con tus obras»...

Demos, pues, ganancia a la misericordia de Dios. Hagámosle deudor nuestro y no juez. Cuando un acreedor se acerca a la puerta de su favorecido, si éste es pobre se esconde, si es rico le recibe amablemente...

Y ahora se me ocurre otro prodigio de la generosidad de nuestro juez. Cuando se presta a un pobre, si éste llega después a hacerse rico, te paga la deuda, pero no quiere que nadie se entere, para que no recuerden su primer estado de pobreza. En cambio, Dios recibe el préstamo a escondidas... por la mano del pobre, y cuando devuelve, lo hace delante de todas las naciones... Mas ¿por qué no le da Dios al pobre lo que me ha concedido a mí? Pudo hacerlo... pero ha querido que ni tus riquezas sean infructuosas ni su pobreza quede sin premio. A ti te ha concedido que por medio de la limosna puedas ser verdaderamente rico y que gastes en santidad. *Dispersit, dedit pauperibus; iustitia eius manet in saeculum saeculi* (Ps. 111,9). ¿No has visto cómo el rico por medio de la limosna atesora la justicia eterna? En cambio, el pobre, que no posee riquezas para ganar esa justicia, tiene esa pobreza para conquistar con la paciencia el cielo. Pues *la paciencia de los pobres no perecerá para siempre* (Ps. 9,19). En Cristo Nuestro Señor, al que sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén».

II. SAN AGUSTIN

Expone San Agustín el evangelio de la presente domínica en su tratado 4 sobre el primer capítulo del de San Juan *(In Ioan. Evang. Tract.* 4, c. 1: PL 35,1406-1414), que extractaremos, y a cuyo extracto añadiremos algunos párrafos de uno de los siete sermones sobre el Bautista, en los que el santo Doctor recalca siempre pensamientos semejantes.

Como quiera que lo que más llama a San Agustín la atención en esta escena evangélica es la humildad del Precursor, formaremos una homilía sobre tal virtud, a base de enlazar los distintos párrafos del Santo relacionados con la materia en una especie de florilegio.

Nos sirve de punto de partida la «enarratio» sobre el salmo 93, que resumimos bajo el título de los tres actos de la humildad (cf. infra, C). Desarrollamos ahora dos de ellos, y dejamos el tercero, a saber, el juicio misericordioso sobre nuestro prójimo,

para el domingo décimo de Pentecostés, a cuyo evangelio: la parábola del fariseo y el publicano, aplica San Agustín esos tres actos.

A) San Juan y la humildad

a) El Evangelio

«Sabéis muy bien que Juan, porque no buscaba su propio honor, sino el del Juez de quien era pregonero, y porque siendo *el mayor entre todos los nacidos de mujer*, fué también el más humilde..., mereció llamarse el amigo del Esposo. A los demás profetas les fué concedido anunciar a Cristo. A Juan, señalarle con el dedo...»

«Cristo vino tan humilde y escondido (tanto más escondido cuando más humilde), que los pueblos, despreciando en su soberbia la humildad divina, llegaron a crucificar a su Salvador, convirtiéndole en su Juez...» *(In. Ioan. Evang. Tract. 4,* c. 1,1: PL 35,1406).

«Ciertamente que el que entonces vino oculto, después vendrá manifiestamente, pues ya me habéis oído explicar el salmo (Ps. 49,3) *Deus manifeste veniet et non silebit* (ibid. 2: 1406)... Pero, sin embargo, en su cuerpo mortal apareció como si fuera en medio de la noche, y por ello encendió una lámpara, para que pudieran verle. Esa *lámpara* era Juan... (Io. 5,35), cuyas palabras repite el evangelio de hoy, deteniéndose sobre todo en aquellas por las cuales negó ser el Cristo...

Tanta fué su grandeza, que pudieron confundirle con El, y tanta su humildad, que confesó no serlo...»

b) Juan humilde

1. No soy el Cristo

Miserunt iudaei... (Io. 1,19). No hubiera enviado a nadie si no les hubiera movido la grandeza de Juan, pero éste confesó no ser el Cristo... (ibid. 3: 1406-1407).

«Si Juan no hubiese sido un valle que debe llenarse, sino un monte que ha de ser allanado, hubiera encontrado aquí la ocasión de un fraude. Porque le preguntaban deseando oír la respuesta afirmativa, y de tal modo admiraban su manera de vivir que, sin duda, le hubieran creído. Se le presentó, pues, una oportunidad de engañar al género humano. Pero si Juan se hubiera arrogado un título ajeno, hubiese perdido el mérito propio. Si se hubiese jactado de ser el Cristo, hubiese tenido que oponer él mismo su propia predicación diciéndose: ¿De qué te engríes? *Homo, sicut foe-*

num, dies eius tamquam flos agri sic efflorebit» (Ps. 102,15). Juan, en cambio, se conoció a sí mismo, y por eso el Señor (Io. 5,35) pudo llamarle *lucerna ardens et lucens* (cf. *Serm. 289 in Nat. Ioan. Bapt.*: PL 38,1310,4).

2. No soy Elías (Io. 1,21)

Cristo ha de venir dos veces, dice San Agustín. En la segunda venida le precederá Elías, como en la primera le precedió Juan. Esta primera venida prefigura la segunda, y por eso en cierto sentido Juan es Elías. Además, según Lucas (1,17), Juan nació *in spiritu et virtute Eliae*. Tiene, pues, razón el Señor cuando dice que es Elías, y él cuando niega serlo.

«¿Sabes quién lo entiende perfectamente? El que imita la humildad del pregonero y entiende la magnitud del Juez. Nadie ha sido más humilde que este precursor, y nunca adquirió Juan méritos mayores que cuando, pudiendo pasar por el Cristo o por Elías, confesó: No soy el Cristo ni soy Elías... Pues bien, medita tú la humildad de Aquel a quien precedió Juan, para que no tengas que padecer su grandeza cuando venga precedido por Elías»... (*In Ioan. Evang. Tract.* 4, c. 13: PL. 35,1408,5).

3. ¿Pues quién eres? (Io. 1,22)

«¿Por lo menos serás un profeta, ya que bautizas? Ni aun eso soy. Así habla aquel de quien el Señor dijo que era más que un profeta. Considerad cómo cede el paso el que pudo ser juzgado muy de otra manera: *Ipse est qui post me venturus est, qui ante me factus est* (Io. 1,27). Del que *no soy digno de desatar la correa de la sandalia* (ibíd.). ¡Cómo se rebaja! ¡Y cómo por ello será ensalzado!... (Lc. 14,11). Si hubiera dicho... sólo soy digno de desatarle la correa, ya hubiera sido humillación bastante; pero cuando ni aun tal se juzgaba, era porque estaba lleno del Espíritu Santo, y así el siervo conoció al Señor y mereció convertirse de siervo en amigo» (ibíd.: 1409-1410,9).

B) La humildad, virtud cristiana

San Agustín, explicando en el Salmo 31,6 (PL 36,269) las palabras *in diluvio aquarum multarum, ad eum non aproximabunt*, las interpreta alegóricamente por la pluralidad de doctrinas filosóficas de los paganos, como el hado, etc. Tomamos algunos párrafos.

a) Los paganos no la conocieron

«Los que nadan entre muchas aguas no se acercan a Dios... Las muchas aguas son la pluralidad de las doctri-

nas... La de Dios es sólo una..., la del bautismo, doctrina salvadora, con la que somos regados por el Espíritu Santo. Muchas aguas de muchas doctrinas... el hado... la casualidad... ¿Cuál es el agua que mana de la más íntima vena de la fuente de la verdad? La que nos enseña a confesar al Señor... La que nos enseña a decir: *Confesaré a Dios mi pecado y tú perdonaste mi iniquidad* (Ps. 31,5). Esta es el agua del corazón humilde, agua de vida del que se desprecia a sí mismo, sin presumir ni atribuirse nada a su poder soberbio y vano...

Esta es el agua que no encontraréis en los libros extraños, de los epicúreos, de los estoicos, de los maniqueos o de los platónicos. Allí ciertamente hallaréis doctrinas y mandamientos excelentes, pero no encontraréis nunca la humildad. La senda de la humildad arranca de otra parte. Viene de Cristo. Es un camino que nace en el que, siendo alto, vino humilde. ¿Qué es lo que nos enseñó al hacerse *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz?* (Phil. 2,8). ¿Qué nos enseñó al pagar lo que no debía? ¿Al bautizarse el que no tenía pecado y al morir en una cruz el que estaba limpio de mancha? ¿Qué nos enseñó más que la humildad?...

Con cuánta razón dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Io. 14,6). ¡Por el camino de la humildad nos acercamos a Dios, porque (Ps. 33,19) *Dios está vecino a los de corazón contrito!*» *(Enarrat. in Ps. 31:* PL 36,269-270,18).

b) Cristo, maestro de humildad

1. En su doctrina

Los Santos Padres, conociendo bien nuestro flaco, recomiendan encarecidamente a las vírgenes la humildad, no sea que al verse en estado de perfección se ensoberbezcan. San Agustín dedica a ello una gran parte de su libro *De Sancta Virginitate* (PL 40,395-428).

«Cristo fué el primer doctor de humildad»... Siendo tan abundante su doctrina, no resulta fácil recoger todos sus testimonios. Ahora sólo pretendemos en materia de tanta importancia infundir un odio santo a la soberbia. «Por lo tanto, sólo os repetiré algunos de los textos que Dios me hace recordar en este instante, y que quizá sean suficientes» (ibid., c. 31, p. 413).

«El sermón más largo del Señor comienza diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos* (Mt. 5,3); pobres de espíritu que son sin duda alguna los humildes». Cristo alabó al Centurión sobre todo porque confesó no ser digno de que entrase en su casa (Mt. 8,10; Lc. 7,9). *Grande es tu fe* (Mt. 15,28), exclamó ante

la Cananea; *hágase como tú quieres*, y todo porque, cuando antes la comparó con el perro, al que no debe echarse el pan de los hijos, ella, recibiendo la frase con humildad, respondió: *Cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores* (Mt. 15,27). Nos propone a los dos orantes, el fariseo y el publicano..., y termina con la sentencia: El publicano bajó más justificado que el fariseo, indicando la causa: *porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado* (Lc. 18,10-14)... Y cuando, al disputar sus discípulos sobre cuál de ellos había de ser el primero, les puso delante un niño, diciéndoles: *Si no os volviereis y os hiciereis como niños no entraréis en el reino de los cielos* (Mt. 18,1-3), ¿qué hizo sino recomendar la humildad y colocar en ella el mérito de la verdadera grandeza? Y cuando contestó a los hijos del Zebedeo... que más les aprovecharía prepararse a beber el cáliz de la pasión (Mt. 20,22-23), en el que Cristo se humillaría *hasta la muerte, y muerte de cruz* (Phil. 2,8), que pedir preferencias sobre los demás, ¿qué hizo sino demostrar que en el futuro repartiría grandezas a los que le hubiesen seguido antes como maestro de humildad? Y cuando lavó los pies a los discípulos (Io. 13,4-13), ¡qué manera de recomendar la humildad! Eligió precisamente el tiempo en que iba a morir, para que así se grabase en la memoria y lo conservasen los discípulos como la última enseñanza del maestro»... *(De sancta virgin.*, c. 32: PL 40,413-414).

2. Con su ejemplo

Al ver que el Padre se lo dió todo a Cristo (Mt. 11,27), quizá dudes si te tocará a ti la misma parte. Si te toca, no temas, por impío que hayas sido. Pero si quieres alcanzar tales riquezas, «no las busques por medio de la avaricia. Búscalas por la humildad».

Oye al Señor: *Todo me ha sido entregado por mí* (Mt., ibid.). Si lo quieres, todo será para ti. Por mí y en mí tendrás al Padre... Me decías antes: No puedo entrar por puerta tan estrecha. Pues ven, te digo (Mt. 11,28-29): *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí» (Serm. 142*, c 5 y 6: PL 38,781).

Así clama el maestro de los ángeles, el pastor de los entendimientos, el manjar que sostiene y no se acaba. «Clama y dice: *Aprended de mí*... ¿Qué aprenderemos de ti, de tan gran artífice?... ¿Qué lección recibiremos? El que formó el mundo, el que separó los mares de la tierra, el que creó aves, bestias y peces, el que puso las estrellas en el cielo, distinguió el día de la noche y allanzó el firmamento, el que separó la luz de las tinieblas, ése es el que dice: *Aprended de mí*. ¿Nos

explicará quizá todas sus obras, para que las hagamos como El? ¡Imposible! Eso es propio y exclusivo de Dios».

No temas, continúa, no te pondré cargas imposibles. Una sola cosa quiero que aprendas de mí: lo que por ti me hice.

Aprended de mí, no a fabricar los mundos... ni a llenar la tierra de milagros...; aprended que *soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29). ¿Quieres ser grande? Comienza por hacerte pequeño. ¿Piensas construir un edificio de colosal altura? Dedícate primero al cimiento bajo. Y cuanto más elevado fuese el edificio que quieres levantar, tanto más honda debes preparar su base. El edificio va subiendo; ya llega a las alturas, pero primero el que cavó los cimientos se hundió en lo profundo. Los edificios antes de llegar a la excelsitud se humillan. El remate se levanta airoso después de la humillación (ibid., c. 7, p. 782-783).

«Oye al Señor, que te dice: *Entra por la puerta estrecha* (Mt. 7,13). Pedro óyele también cuando añade: *Yo soy el camino...* (Io. 14,6); y como dijo que es el camino, dijo también que *era la puerta* (Io. 10,9). Por lo tanto, no andes buscando dónde ir ni por dónde andar, pues para que no te equivoques El mismo se hizo camino y puerta. Y para explicártelo de modo más sencillo te lo concretó diciendo: Sé humilde» (ibid., c. 5, p. 781).

«Este es el camino: marcha por la humildad y llegarás a la eternidad. Dios es la patria adonde vamos. Cristo Hombre el camino que nos conduce a ella. Vamos a El y por El». ¿Temes todavía equivocar la senda? El que tanto pudo, padeció hambre, sed y cansancio; fué preso, azotado, crucificado y muerto. Este es el camino. «Se alimentaba del pecho materno y sostenía mientras tanto al mundo. Echado en un pesebre alimentaba a los ángeles» (*Serm. 124*, c. 3: PL 38,685).

«Aprende, pues, ¡oh hombre!, y conoce a qué extremos llegó Dios por ti. Aprende (en Belén) esa lección de humildad tan grande que te da un maestro sin habla todavía. En el paraíso tú tuviste tal facundia que pudiste poner nombres a todos los animales (Gen. 2,19-20), y aquí tu Creador se ha hecho tan niño, que ni aun puede dar a la suya el de madre. Tú en aquel vastísimo lugar de ricos bosques te perdiste desobedeciendo. El se ha hecho hombre mortal en tan estrecha posada para buscar, muriendo, al que estaba muerto. Tú, hombre, quisiste ser Dios, y pereciste. El, Dios, quiso ser hombre, y te salvó. ¡Tanto pudo la soberbia humana, que necesitó de la humildad divina para curarse!» (*Serm.* 188, c. 3: PL 38,1004).

C) *Los tres actos de la humildad*

a) Cuáles son

En el sermón antes citado (*Enarrat. in Ps. 93*, c. 15: PL 37,1203), San Agustín habla de los soberbios, que triunfan en este mundo porque Dios prepara su castigo eterno. Tipo del soberbio es el fariseo, que aun cuando reconocía que sus buenas obras venían de Dios, y por ello daba gracias, sin embargo, no confesó sus pecados, y menospreció al publicano. Seguidamente añade:

«¿Quién es soberbio? El que no hace penitencia confesando sus pecados, para curarse con la humildad. ¿Quién es soberbio? El que lo poco bueno que posee se lo atribuye a sí mismo, menospreciando la misericordia divina. ¿Quién es soberbio? El que, aunque atribuya a Dios lo que Dios le dió, sin embargo, insulta a los que no lo recibieron y se coloca por encima de ellos...

Atended bien, para entenderlo perfectamente. Primero, todo hombre o mujer debe hacer una penitencia saludable, pero una penitencia que sirva para corregirse y no para burlar a Dios. Cuando, después de esta penitencia, haya comenzado ya a vivir bien, debe meditar hondamente, no sea que atribuya a sus propias fuerzas lo que pudiere tener de bueno; y dar gracias a Aquel de quien ha recibido el poder vivir santamente, al que le llamó e iluminó. ¿Y con esto queda terminada la obra? Ni mucho menos. Todavía le falta no ensoberbecerse y compararse con los que no viven como él.

...Tal es la doctrina cristiana: nadie obra el bien si no es por la gracia de Dios. Lo que el hombre hace de malo es suyo; lo que hace de bueno se lo debe a Dios. Cuando comience a obrar el bien, que no se lo atribuya a sí mismo. Y cuando sepa que no es suyo, que le dé gracias a Dios, que se lo da. Y cuando sea justo que no insulte al que no lo fuere, ni se ensalce sobre él. La gracia de Dios no se ha agotado en ti, y todavía sobra alguna para ese pobre» (ibíd., c. 15, p. 1203-1204).

b) Reconocer que todos somos pecadores

Siendo tan fácil probar la abundancia del pecado mortal y la necesidad de confesarlo, nos ceñimos más bien a aducir los pasajes en que habla de los pecados del que es justo o lo parece. San Agustín, en sus disputas contra Pelagio, exhibe infinitos textos, casi todos ellos relacionados con *si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est* (1 Io. 1,18) y la oración dominical. Incluímos para empezar el desarrollo de esta parte un pasaje de la *Ciudad de Dios* donde el santo Doctor

se propone demostrar que en Roma no había verdadera virtud antes del cristianismo.

1. La lucha de esta vida no permite a nadie vivir sin pecado

«Nuestra paz consiste en estar con Dios, aquí por la fe, después cara a cara. Pero esta nuestra paz actual es más bien consuelo en la miseria que alegría en la felicidad. Hasta en nuestra justificación verdadera, puesto que nos lleva a la vida eterna, influye en mayor parte el perdón de los pecados que la perfección de las virtudes. Testimonio de ello es la oración dominical... *Perdónanos nuestras deudas* (Mt. 6,12; Lc. 11,4). Oración destinada no precisamente a aquellos que viven con *una fe muerta sin obras* (Iac. 2,17-26), sino principalmente a los que viven con *la fe que obra por la caridad* (Gal. 5,6). Y es que la razón, sometida a Dios, pero encerrada... en este cuerpo corruptible, que tanto agobia al alma (Sap. 9,15), no domina por completo a la concupiscencia, por lo cual esta oración es necesaria hasta para los justos. Pues ciertamente, aun cuando dominen sus vicios, no lo hacen sin lucha, y así ocurre que en este lugar de flaqueza siempre se escapa algo incluso al que lucha bien..., y así todos pecamos, si no descaradamente, por lo menos con charlas ligeras y con pensamientos pasajeros...

Aun cuando venzamos, no hay paz completa, porque los vicios que se resisten pelean en lucha brava y peligrosa, y los que están dominados no nos dejan permanecer en tranquilo ocio, sino requieren vigilia constante...

Tentación es la vida del hombre sobre la tierra (Iob 7,1, según los LXX). ¿Y quién sino el soberbio puede presumir de que no necesita pedir a Dios: perdónanos nuestras deudas?...; ese hombre, no grande, sino hinchado y fatuo, a quien justamente resiste Dios, que da su gracia a los humildes. Iac. 4,6 y 1 Petr. 5,5: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*» (*De civit. Dei*, 20,27: PL 41,657).

2. Hasta los mismos santos los cometieron

(Serm. 135: PL 38,742ss)

«¿Quién es el que no tiene pecado? Comenzad por los sacerdotes. Dios les dijo: *Ofreced primero el sacrificio por vuestros pecados, y luego por los del pueblo* (Lev. 16,6 y Hebr. 7,27)... Pero quizá me diréis que eso se refería a los sacerdotes del Antiguo Testamento... Mirad, hermanos. Porque Dios lo quiso, yo soy sacerdote, y, sin embargo, me reconozco pecador, y con vosotros me doy golpes de pecho, y con vosotros pido perdón, y como vosotros espero que Dios me sea propicio. ¿Pero quizá los santos apóstoles, principales corderos del rebaño..., no tengan pecado? Pues ciertamente que los tienen. Yo no me atrevería a decirlo...» Pero oíd al

Señor, que es quien les manda orar así: *Perdónanos nuestras deudas*... (ibid., c. 6: 749).

Podréis argüirme que tal oración les fué enseñada cuando eran débiles todavía. No; se ordenó a la Iglesia y a ellos para siempre. Cierto que hasta la Pasión de Cristo fueron débiles; y en ella más, puesto que tres veces le negó San Pedro (Mt. 26,69-74), y gracias a que no continuaron preguntándole, pues de lo contrario hubieran continuado hasta hoy las negaciones. Cierto que después fueron santos y eximios. «¿Pero vivieron sin pecado alguno?... Preguntémoslo a ellos. Decídnoslo, santos apóstoles: Después que resucitó el Señor y fuisteis confirmados por el Espíritu Santo, ¿dejasteis de pecar? Contestadme, os pido... Uno se adelanta a respondernos ¡Y ved cuál! El más amado del Señor; el que descansó sobre su pecho (Io. 13,23). Ese va a hablarnos. ¿Tienes pecados o no? Contéstame. Me contesta y dice: *Si dijéramos que no tenemos pecados, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros* (1 Io. 1,8).

Ha hablado Juan, el que voló tan alto, el que subió como un águila sobre las nubes para poder contemplar con mente serena que *en principio era el Verbo* (Io. 1,1); ese mismo nos asegura: *Si dijéramos que no tenemos pecados*... (1 Io. 1,8-9). Pero *si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonarnos*» (ibid., c. 7: 749-750).

3. El pecado es lo único nuestro

Lo bueno viene de la gracia. El mal, de nuestra libre voluntad. He aquí un argumento constante en San Agustín, que formula en el adagio: «Quidquid peccati habes tuum est».

4. Conclusión

En el sermón 19 nos recomienda el Santo la oración para que Dios aparte su rostro no de nosotros, sino de nuestros pecados, enlazando las palabras del Salmista (Ps. 26,9): *Ne avertas faciem tuam a me,* con *Averte faciem tuam a peccatis meis* (Ps. 50,11). Por eso debemos orar repitiendo (Ps. 50,5): *quoniam iniquitatem meam ego cognosco et peccatum meum contra me est semper (Serm. 19,* c. 1: PL 38,132).

«Señor, no apartes la mirada de tu obra, pero en cambio apártala de las mías... Tú hiciste una cosa y yo otra. Tú creaste mi naturaleza y yo sus vicios. Cura los vicios y mi naturaleza quedará limpia y sana» (ibid. 1: 132).

«Vivamos bien y no presumamos de carecer de pecados. Así nuestra vida merecerá alabanza y obtendremos el perdón. Los pecadores empedernidos, cuanto más se olvidan de sus culpas, tanto más curiosos se muestran en investigar las ajenas. No buscan para corregir, sino para morder; y no pudiendo excusarse, están siempre a punto para acusar a los demás. No es tal el modo de orar y de satisfacer a Dios que

nos ha enseñado el ejemplo (del Salmista): *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco: et peccatum meum contra me est semper* (Ps. 50,5). Ese no se fijaba en los demás, sino que se llamaba a sí mismo para ponerse delante de sí, y no limitándose a palparse por de fuera, penetraba en su interior. No se perdonaba nada... Hermanos, el pecado no puede quedar impune. Sería injusto. Luego ha de ser castigado. Entonces, oye lo que Dios te dice: O castigarás tú tu pecado o lo castigaré yo. El pecado, pues, se castiga o por el hombre, que lo reconoce, o por Dios, que lo juzga» (ibíd. 2: 132-133).

c) Reconocer que nuestra virtud es de Dios

Reproducir la doctrina de San Agustín sobre la necesidad de la gracia para las obras saludables sería trasladar aquí su obra entera. Raro es el sermón en el que no toca este punto. Escogeremos alguno.

1. Todo lo que tenemos es de Dios

Servite Domino in timore, et exsultate ei in tremore... ne quando irascatur Dominus et pereatis de via iusta (cf. *Serm. 13*, sobre el Ps. 2,11: PL 38.107). Este es el compendio de la sabiduría: *Servid al Señor con temor...* Alégrate por El, no por ti. El te hizo lo que eres, hombre y justo. Y si crees que Dios te ha hecho hombre, pero que justo te has hecho tú, no te alegres para El con temor, sino para ti con presunción. «¿Y qué ocurrirá contigo? Pues lo que sigue. *Ne quando irascatur Dominus, et pereatis de via iusta* (Ps. 2,12). Y fíjate que no dice: No sea que el Señor se llene de ira y no entres en el camino de los justos; sino no sea que perezcas del camino justo (en el que vives). Te parece que eres justo porque no adulteras, no matas... Pues de ese camino perecerás, si todo eso te lo atribuyes presuntuosamente a ti. Los infieles no entran por el camino de la justicia, pero los soberbios se separan de él...

¿Qué hemos, pues, de hacer para no separarnos de ese camino? *Venturosos los que a El se acogen* (Ps. 2,13). Desgraciados los que confían en sí mismos. *Maldito el hombre que en el hombre pone su confianza* (Ier. 17,5). Luego ni en ti mismo, que eres hombre, puedes confiar. Si pones tu esperanza en otro hombre, eres un humilde desorientado. Si la pones en ti mismo, eres un soberbio... Las dos cosas son malas... El humilde desorientado nada obtendrá. El soberbio será precipitado».

2. La mortificación, obra de Dios (Serm. 156,10: PL 38,855)

San Agustín explica las palabras de San Pablo: *Si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis* (Rom. 8,13), y

previene que este espíritu no sea interpretado por la voluntad del hombre que quiere mortificarse y domeñar sus pasiones, sino por la voluntad de Dios. De lo contrario, «perecerás por tu soberbia...; y para que no nazca ésta, añade: *quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei* (Rom. 8,14). ¿Pensabas decir que eso lo hacía tu voluntad y libre arbitrio? ¿Qué voluntad? ¿Qué libre arbitrio? Si El no te sostiene, caerás. Si El no te levanta, seguirás muerto. ¿Quieres obrar por ti mismo en tus mortificaciones?» Deja eso para los estoicos. Y si te portas como ellos no serás hijo de Dios.

3. Da gracias a Dios por todo

«Mejor es dar gracias a Dios por cosas pequeñas que ensoberbecerse de las grandes. Porque al que le agradece lo poco, Dios le llevará a lo más. Al que tiene grandes cosas, si es desagradecido, le serán quitadas todas. *Qui enim habet dabitur ei* (Lc. 8,18); *Ab eo autem qui non habet, et quod habet auferetur ab eo* (Lc. 19,26). Pero, si no tiene, ¿cómo le van a quitar? ¿Tiene o no tiene? Tiene, pero como si no tuviera, porque no sabe de dónde viene lo que posee... Y por eso Dios le quitará lo que es suyo, y él se quedará con su propia iniquidad» (ibíd. c. 10: 855).

D) Exhortación final

a) Cristo llama

«¿Cómo os podré recomendar esta virtud, sino con las palabras del Señor: *Aprended de mí?* Palabras pronunciadas después de recordarnos su excelsa majestad, para hacernos ver qué pequeño se había hecho por nosotros el grande. Porque lo que dijo fué: *Yo te alabo, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos... Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo* (Mt. 11,25 y 27). Y a continuación añadió: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*» (Mt. 11,29).

El que lo recibió todo del Padre, el incognoscible..., mirad lo que nos enseña. Sed humildes como yo. «¡Oh doctrina salvadora! ¡Oh Maestro y Señor de los mortales, a los que nos propinaron la muerte con una copa emponzoñada de soberbia! Tú no quisiste enseñar lo que antes no hubieras sido, ni mandar lo que no hubieses ejecutado. Yo te veo, Jesús mío, con los ojos de la fe, que tú me abriste, como si estuvieras predicando a todo el mundo y diciéndole: *Venid a mí y aprended de mí.* ¿Qué quieres, Hijo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, y que en medio de todas ellas te hiciste

Hijo del hombre? ¿Qué quieres que aprendamos? *Que soy manso y humilde de corazón.* ¿A eso han quedado reducidos *los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* que se encierran en ti? (Col. 2,3). ¿A poner todo el empeño en ser humildes? ¿Tan gran cosa es el empequeñecerse que no pueda ser aprendida sino de tu grandeza? Así es. Y no de otra manera encontrarás la paz» *(De sancta virginitate,* c. 35: PL 40,416).

b) A los pecadores

«Oigante y vengan a ti; aprendan la humildad y mansedumbre los que invocan tu perdón. Oigate el que, abrumado por el peso de sus culpas, no se atreve a levantar los ojos arriba y se golpea el pecho, acercándose desde lejos. Oigalo el centurión... (Mt. 8,8). Oigalo Zaqueo... (Lc. 19,2-8). Oigalo aquella pecadora de la ciudad que besó tus pies con tanto más abundantes lágrimas cuanto más alejada había estado de seguir tus huellas (Lc. 7,37-38). Oiganlo las meretrices y los publicanos, que precederán en el reino a los escribas y fariseos (Mt. 21,31). Oiganlo todos los enfermos y pecadores, cuya convivencia te motejaron... (Mt. 9,11-13). Todo éstos fácilmente te oyen, y oyéndote se humillan al recordar sus maldades y esperan en tu indulgentísima misericordia, por que (Rom. 5,20) *donde abundó el pecado sobreabundó la gracia*» (ibíd. c. 36: 416).

c) A los piadosos

Temo vehementemente que tú (¡oh virgen del Señor!), que sigues al Cordero, por eso mismo llegues a ensoberbecerte y no quepas por la puerta estrecha (ibíd. c. 39: 418).

«Pues mira, ¡oh Señor!, a este ejército de doncellas jóvenes y vírgenes, brillante equipo de tu Iglesia inmortal, que desde los pechos de su madre aprendieron a cantar tus alabanzas... No se puede decir de ellas: *El que primero fué blasfemo y perseguidor violento...* (Tim. 1,13). Son las que entendieron tu invitación, no mandato: *Qui potest capere capiat...* (Mt. 19,12).

Clama fuerte, Señor; óigante que eres manso y humilde de corazón, y cuanto mayores y más altos estén, humíllense más en todas las cosas, para que puedan hallar gracia delante de ti. Son justos, ¿pero acaso como Tú, que justificas al impío? Son castos. Pero nacieron en pecado desde el seno de su madre (Ps. 50,7). Son santos. Pero Tú eres el Santo de los santos. Son vírgenes, pero no de madre virgen... Y a pesar de todo ello, aprendan la humildad, no de los pobres a

quienes tú perdonaste, sino de ti, *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*... (Io. 1,29).

Alma piadosa, que venciste a la carne... Para recibir la lección de la humildad no te envió a los publicanos y pecadores, a pesar de que en el reino de los cielos irán delante de los soberbios; no. Son indignos... de dar lecciones a la virginidad sin mancha. Te envió el Rey de los cielos a Aquel por quien fueron creados los hombres y que por los hombres fué creado entre ellos: *al más hermoso de los hijos de los hombres* (Ps. 44,3), y, sin embargo, despreciado por los hijos de los hombres..., al que mandando en los ángeles inmortales se rebajó a servir a los mortales...

...¡Ven a El!... No tendrás que ir al que no osaba levantar los ojos al cielo, abrumado por la carga de su pecado, sino al que bajó del cielo empujado por el peso de su amor (Io. 6,38).. No tendrás que ir a la que con sus lágrimas lavó los pies del Señor (Lc. 7,38), pidiendo perdón de sus maldades, sino al que para perdonarlas todas lavó los pies de sus siervos (Io. 13,5).

Conoce tu dignidad, virgen cristiana. No te propongo como ejemplo al publicano que acusa humilde sus delitos, pero temo que puedas parecerte al fariseo que se jactaba soberbio de sus méritos (Lc. 18,11-14). No te digo: Sé como aquella que mereció oír: *le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho* (Lc. 7,47), pero temo que si crees que se te perdona poco, sea porque poco amas» (ibíd. c. 36 y 37: 417-418).

«Este es el camino para volver a la gloria, el que nos mostró nuestro Reparador (Phil. 2,6-7), *qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo: sed semetipsum exinanivit*... (ibíd. 31: 413).

III. SAN GREGORIO MAGNO

Seleccionamos dos pasajes, uno relativo a la predicación del Bautista, otro referente a la humildad, pero conectado asimismo con el evangelio de la presente domínica.

A) La predicación del Bautista

En su *Homil. 20 in Evang.* (PL 76,1159-1170), San Gregorio va comentando todo el pasaje evangélico. De este comentario entresacamos lo más notable.

a) Preparad el camino del Señor

Comienza aludiendo a las autoridades del rey y de los sacerdotes para precisar el tiempo del que había de ser Rey y Sumo Sacerdote. Después de una extraña interpretación de la predicación del bautismo para el perdón de los pecados, continúa: *Soy la voz,* porque precedía a la palabra *preparad el camino* (Lc. 3,4). «Todo el que predica la fe recta y las buenas obras, ¿qué hace sino preparar el camino del Señor para que venga al corazón de los oyentes, penetrándolos con la fuerza de la gracia, ilustrándolos con la luz de la verdad, para que, enderezadas así las sendas que conducen a Dios, se engendren santos pensamientos en el alma?...

Todo barranco será rellenado y todo monte allanado (Lc. 3,5). En la venida del Señor se llenaron todos los valles y fueron humillados los montes, porque, según sus palabras, *el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado* (Lc. 14,11 y 18,14)». Los soberbios judíos perdieron el reino que ganaron los despreciados gentiles. «Los corazones humildes serán llenos de la gracia y de las virtudes por medio de las enseñanzas divinas, según lo que está escrito: *Hace brotar en los valles los manantiales... y los valles se cubrirán de mieses*» (Ps. 103,10 y 64.14) El agua desciende resbalando de las montañas de los soberbios para formar remansos en el valle.

Los caminos tortuosos, rectificados (Lc. 3,5). «Los corazones de los malos, torcidos por la injusticia, son dirigidos a la regla de la justicia (Is. 11,4-5), y los iracundos se tornan suaves por la gracia sobrenatural. Cuando el iracundo no quiere recibir la palabra de la verdad es un camino que no permite marchar por él. Cuando... la recibe, se convierte en camino llano el inaccesible, por donde antes el predicador no podía dar un paso» (ibíd. 6: 1162).

Y toda carne verá la salud de Dios (Lc. 3,6). Por eso habla en seguida del juicio (ibíd. 7: 1165).

Dignos frutos de penitencia (Lc. 3,8). En proporción con los pecados anteriores, «tanto mayores ganancias hemos de procurar conseguir con las buenas obras, cuanto mayores perjuicios nos hayamos inferido con el pecado»... (ibíd. 8: 1163).

b) El que tiene dos túnicas dé una al que no la tiene (Lc. 3,11)

«Por lo mismo que la túnica es más precisa que la capa, indica aquí San Juan que es mejor fruto de penitencia dar y compartir con nuestro prójimo lo que nos es necesario... que limitarnos a las cosas exteriores y menos útiles. Escrito

está en la ley: *Amarás al prójimo como a ti mismo* (Mt. 22,39 y Lev. 19,18), y no demuestra amarle de ese modo el que no comparte con él, cuando lo ve necesitado, las cosas que le son indispensables. Por consiguiente, tenemos la obligación de dar una túnica cuando tengamos dos. Y no manda el evangelio que se parta por la mitad la que se tenga cuando sea sólo una, porque eso equivaldría a desnudar a los dos, sin remediar a nadie»...

Considerad y ved cuánto valen las obras de misericordia. En este pasaje, cuando se enumeran los frutos dignos de penitencia, son aquéllas las preferidas.

Por eso dice el Señor: *Dad limosna... y todo será puro para vosotros* (Lc. 11,41); y en otro lugar: *Dad y se os dará* (Lc. 6,38). De aquí que esté escrito: *El agua apaga la ardiente llama y la limosna expía los pecados* (Ecli. 3,33). Y en otra parte: *Encierra la limosna en tus arcas y te librará de toda miseria* (Eccli, 29,15). Por eso, el buen padre ha de aconsejar a su hijo (Tob. 4,8): *Si abundares en bienes, haz de ellos limosna; y si éstos fueren escasos, según esa escasez, no temas hacerla*» (ibíd. 11: 1165).

Extiéndese el Santo largamente sobre los que hacen limosnas a las personas dedicadas a Dios y al apostolado, y dice que recibirán el mismo premio del Apóstol, según Mt. 10,41 (ibíd. 12: 1165).

c) Las limosnas y la penitencia, violencia grata a Dios

Cuando el Señor dijo que desde los días de Juan el reino de Dios sufría violencia, se refería a esta predicación y a las limosnas, por medio de las cuales alcanzamos el reino de los justos, que habíamos perdido. «Dios se complace en sufrir esta violencia. Desea que lo que no hemos merecido con nuestras obras lo arrebatemos con nuestras lágrimas... Ved al buen ladrón (Lc 23,42), arrepentido en la cruz» (ibíd. 15: 1169).

B) La humildad

En la *Hom. 7 in Evang.* (PL 76,1099-1103), después de una exposición exegética, que omitimos, San Gregorio desarrolla el tema de la humildad. Debemos considerar nuestros defectos aun en medio de nuestras virtudes, y en medio de nuestra grandeza, si la hubiere, nuestra pequeñez.

a) No soy digno de desatar su zapato

«¿Qué significa decir: *No soy digno de desatar la correa de su zapato* (Io. 1,27), sino confesar clara y humildemente la ignorancia? Es como si dijera: ¿Qué extraño es que se me

anteponga Aquel a quien veo, si, aunque nació después de mí, no comprendo el misterio de su nacimiento? He aquí cómo el Bautista, lleno del don de profecía, brilla en la ciencia sobrenatural y nos indica lo que ignora» (ibíd. 3: 1101 y 1102).

b) La humildad, guarda de la virtud

«En este punto, carísimos hermanos, debemos considerar y pensar atentamente cómo los santos, a fin de conservar la virtud de la humildad, cuando por un don especial del cielo saben alguna cosa, procuran traer a su imaginación lo que ignoran, para que, viendo sus debilidades, no se enorgullezca su alma por lo que tiene de perfecta. La ciencia es ciertamente una virtud, pero la humildad la custodia. Conviene, por lo tanto, hermanos míos, que nuestro entendimiento se humille en lo que sabe, para que no se lleve el viento del orgullo lo que ha reunido la virtud de la ciencia...

Cuando hagáis alguna obra buena, traed siempre ante vuestra consideración el mal que hayáis hecho, para que viendo cautamente la culpa, jamás el ánimo se regocije incautamente en el bien cumplido...

Considerad como superiores a vuestros prójimos, principalmente a aquellos a quienes no estáis encomendados, porque no sabéis si aun los que obran mal ocultan algún bien dentro de sí mismos...»

c) El que se humilla será ensalzado

«Procure cada uno ser grande, pero ignore que lo es, a fin de que no pierda su grandeza cuando con arrogancia se la atribuya. A este propósito dice el profeta: *¡Ay de los que son sabios a sus ojos y son prudentes delante de sí mismos!* (Is. 5,21). Y San Pablo añade: *No seáis prudentes a vuestros propios ojos* (Rom. 12,16). De aquí que se dijera contra el soberbio Saúl: *Hallándote tú pequeño a tus propios ojos, has venido a ser el jefe de las tribus de Israel...* (1 Reg. 15,17). Lo que equivale a decir: Por haberte considerado pequeño, te hice yo más grande que los demás; mas como te has estimado grande, te tengo yo por pequeño. Por el contrario, cuando el rey David valoraba en nada el fausto de su autoridad real y bailaba en presencia del arca de la alianza, dijo: *Danzaré yo y aún más vil que esto quiero parecer todavía y rebajarme más a tus ojos...*» (2 Reg 6,21-22).

«Luego si los santos, cuando ejecutan grandes cosas, sienten pobremente de sí, ¿qué han de decir en su defensa los que se engrían sin virtudes? Aun las buenas acciones care-

cen de valor cuando no están sazonadas por la virtud de la humildad. Las más grandes, practicadas con soberbia, en vez de ensalzar rebajan. El que acopie virtudes sin humildad, arroja polvo al viento; y donde parece que obra provechosamente, allí incurre en más lastimosa ceguera. Por lo tanto, hermanos míos, mantened en todas vuestras obras la humildad..., no miréis a los que son menos que vosotros, sino a los que os aventajan, para que al proponeros los ejemplos de los buenos podáis subir siempre a mayor perfección...» (ibíd. 4: 1102-1103).

IV. SAN BERNARDO

San Bernardo escribió un libro, llamado *De la consideración,* dirigido al Papa Eugenio III, que había sido monje cisterciense, y empleó en redactarlo ocho años. En él advertía al Pontífice que debía considerar constantemente para no ensoberbecerse: *te, quae sub te, circa te, et supra te, sunt.* Como ejemplo de santa libertad, y por estimarlo aprovechable, si no como tema, a lo menos a título de ilustración de alguna plática u homilía, transcribimos algunos trozos. Pueden verse en BAC, *Obras selectas de San Bernardo,* p. 1484ss, y en PL 182,727-807.

A) Conózcase el Papa a sí mismo

«Viniendo ya al fruto de la consideración, pienso que habéis de pensar en cuatro cosas: en vos mismo, en todo lo que está debajo de vos, en lo que os rodea y en lo que está sobre vos.

La consideración ha de comenzar siempre por vos, no sea que os distraigáis en asuntos varios, descuidándoos de vos mismo. *¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde el alma?* (Mt. 16,26)... Aun cuando conocieseis todos los misterios a la par... si os ignoraseis a vos, seríais como el que edifica sin fundamento, y amontonaríais ruinas en vez de levantar edificios. Todo cuanto construyáis fuera de vos será como un montón de polvo expuesto a los vientos. Por tanto, no será nunca sabio quien no lo es de sí y para sí. Lo será, en cambio, quien lo fuere para sí mismo y bebiere la primera agua de su fuente y de su pozo. Comience, pues, por vos y acabe siempre en vos vuestra consideración. A cualquier parte que divaguéis, volved, para vuestro provecho, al punto de partida, que habéis de ser vos» (l. 2, c. 3).

«Notad quién sois y de qué fuisteis hecho... ¿No os avergonzaríais primero de veros pequeñito en tan alto sitial?...» (ibíd. 5).

«Oíd ahora mi canción, ciertamente poco grata, pero saludable. Es algo monstruoso juntar un alma sin grandeza con el honor más grande, el más alto solio del mundo con la vida más rastrera, una lengua parlera con una mano ociosa...

Os he puesto un espejo delante; reconózcase feo en él todo el que lo sea; en cuanto a vos, alegraos de no pareceros en nada al retrato. Pero miraos bien, no sea que, a pesar de tener facciones regulares, de las que podáis mostraros satisfechos, haya algunos perfiles de que debáis descontentaros. Quiero os gloriéis en el testimonio de vuestra buena conciencia, pero deseo toméis también ocasión de él para humillaros. Raro es poder decir: *de nada me arguye la conciencia* (1 Cor. 4,4). Andaréis más precavido en el bien si no se os esconde el mal. Por tanto, como ya os decía, procurad conoceros a vos mismo, para que en las pruebas por las que habéis de pasar gocéis del bien de la conciencia tranquila y sepáis de qué habéis menester. ¿Porque quién lo tendrá todo? Todo le falta al hombre que piensa no necesitar nada. ¿Qué importa que seáis Sumo Pontífice? ¿Acaso por el mero hecho de serlo sois el sumo y primero entre todos los hombres? Si tal creyerais, sabed que por lo mismo seríais inferior a todos los demás...

Para todo hombre debéis ser el ministro de Cristo y ciertamente el primero..., pero... yo desearía que procuraseis llegar a lo sumo más que a creéroslo o desear parecer sumo. Además, ¿cómo podríais progresar más en virtud, si ya os contentaseis de vos mismo? No seáis, pues, negligente en inquirir todo lo que os falta todavía, ni os cause repugnancia el reconocer que no lo poseéis» (ibíd. c. 7).

Después de hablar al Papa Eugenio sobre la excelencia del Pontificado añade: «Ahí veis quién sois. Pero no olvidéis... que sois... Seguís siendo hoy lo que antes erais, y no lo sois menos ahora que lo que habéis venido a ser, sino que tal vez lo sois todavía más... No sois ni más ni menos que hombre, pues hombre habéis nacido y vuestra naturaleza humana es... Entre ser obispo y ser hombre, ¿qué os parece más vuestro y más propio de vos? No lo que se os ha hecho ser, sino lo que fuisteis al nacer... ¿Nacisteis tal vez con tiara? ¿Brillasteis desde aquel momento con la multitud de joyas, sedas...? Si todo esto, cual nublado en la mañana, que pasa veloz y presto, se desvanece y disipa al soplo de la consideración, ¿no os veréis luego de manos a boca como un hombre desnudo, pobre y miserable?...

Muy saludable fruto sacaréis si, al pensar que sois Sumo Pontífice, juntáis la consideración de lo que no sólo erais antes, sino de lo que ahora sois: polvo vilísimo y sólo polvo...» (ibíd. c. 9).

B) Tres condiciones en la confesión de las faltas

En sus sermones sobre el Cantar de los Cantares, San Bernardo hace una digresión a propósito de las siete condiciones necesarias para el perdón de los pecados. Las cuatro primeras constituyen cuatro motivos de arrepentimiento. Las otras tres son las condiciones de la humildad en que debe inspirarse la confesión de nuestros pecados (cf. en BAC, *Serm.* 16 sobre los Cantares, p. 834-844, y PL 183,848 ss).

En cuanto a la triple confesión (o cualidades de la misma) no hay duda de que es una fehaciente señal de haber recobrado la vida... «El convencido de esta verdad (de sus pecados y castigo merecido) ha recobrado la sensibilidad del espíritu»... Réstale sólo confesar debidamente su pecado. «Esta (confesión) ha de proceder de un corazón humilde, sencillo y fiel» (cf ibíd. 8: 840).

a) Humilde

1. Entre los malos

«Los hay que *se gozan en hacer el mal y se huelgan en la perversidad del vicio*, dice el Sabio (Prov. 2,14)... Y añade el profeta (Is. 3,9): *Sus frentes dan testimonio contra ellos, pues llevan, como Sodoma, sus pecados a la vista.* De estos miserables no quiero hablaros más» (ibíd.).

2. Entre los buenos

«Es cierto, sin embargo, que algunas veces hemos oído a quienes profesaron religión alabarse con sumo descaro de sus culpas pasadas», como duelos, triunfos, vanidades. «Con este lenguaje demuestran tener todavía el espíritu del siglo; el hábito humilde que llevan no prueba la renovación de su vivir... Algunos cuentan estas cosas con cierto sentimiento de dolor y pesar; mas como buscan en ello interiormente la gloria, no borran sus pecados, sino que se suceden a sí mismos, pues *de Dios nadie se burla* (Gal. 6,7). No se han despojado del hombre viejo, sino que lo cubren con el nuevo... Me da vergüenza mencionar el descaro de algunos... en alabarse y alegrarse de cosas que debieran llorar, como de que aun después de recibido el hábito de religión... han sorprendido a alguno de sus hermanos... o... han rebatido bien a una persona que les injuriaba, o sea de haber vuelto mal por mal y afrenta por afrenta» (ibíd. 9, p. 840).

«Pero hay otra confesión tanto más peligrosa, porque esconde su vanidad en forma más sutil, y es cuando no nos recatamos de descubrir las faltas vergonzosas, no porque

seamos humildes, sino a fin de que se piense que lo somos. Cierto, que el querer ser alabado por humilde no es virtud de humildad, sino destrucción de la humildad... Extraña especie de orgullo no poder ser reputado santo, sino pareciendo criminal. Mas esta confesión, que sólo tiene las apariencias, pero no la virtud de la humildad, lejos de merecer el perdón..., atrae sobre sí la cólera divina. ¿Qué le valió a Saúl (1 Reg. 15,30) confesar su pecado al ser sorprendido por Samuel?» Cuando no se le perdonó es porque faltaba la humildad (ibíd. 10: 841).

b) Sencilla

No se debe excusar la intención, «si ésta es culpable, con el vano pretexto de que no es conocida de los hombres; ni disminuir una culpa si es notable; ni atribuirla a persuasión de otro...

La primero no es confesión, sino defensa, y no apaga la cólera divina, antes la enciende más. Lo segundo es señal de ingratitud, porque cuanto más se cree que una falta es menor, más se disminuye la gloria de quien la perdona». Y el beneficio se concede más a disgusto cuando se sabe que será menos agradecido. En cuanto a lo tercero, véase el ejemplo de Adán y Eva (Gen. 3,12-14) echándose las culpas uno a otro (ibíd. 11: 841).

c) Fiel

«Es decir..., con esperanza, sin desconfiar de obtener el perdón de los pecados»... Judas (Mt. 27,4) y Caín (Gen. 4,13) confesaron sus culpas, pero sin fe en la misericordia de Dios (ibíd. 12: ibíd.).

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Extractamos de Santo Tomás de Aquino (*cf. Summa Theologica*, 2.2, q. 132) los pasajes relativos a la vanagloria (a. 1.3.4.5).

A) La vanagloria del pecado (a. 1)

No es pecado apetecer la gloria, sino la gloria vana, porque de suyo no es malo desear que sea conocido lo bueno, pero en cambio lo es la vanagloria, la cual puede serlo por tres motivos, a saber, porque deseamos sea alabado lo que no merece tal honor, por su naturaleza frágil y caduca; porque deseamos recibir alabanzas de quien no nos debiera importar, como son los hombres, tan falibles en sus juicios; y tercero, porque no referimos esta gloria a su debido fin, esto es, a la de Dios y bien del prójimo (in c).

El deseo de que Dios conozca nuestras buenas acciones no entraña nada de vicioso, sino que constituye un estímulo para bien obrar. *El que se gloria, que se glorie en el Señor* (2 Cor. 10,17). En cambio, no puede pretender ser virtuoso quien obra bien por motivos de gloria humana.

Tampoco es pecado conocerse uno a sí mismo, antes bien, cosa laudable; ni desear que nos conozcan nuestros prójimos, cuando se trata de conseguir con ello la gloria de Dios o el bien de las almas. *Videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum* (Mt. 5,16). Dios mismo apetece su gloria para nuestro provecho (ad 3 et 1).

B) Pecado mortal o venial (a. 3)

Opónese este vicio a la virtud de la magnanimidad, que desprecia todo lo pequeño y miserable, como son los honores mundanos (a. 2). Realmente suele ser pecado venial, aun cuando también puede considerarse como mortal, si se opone a la caridad para con Dios o el prójimo.

De suyo el apetito de la propia gloria no se opone al amor debido a Dios o a nuestro prójimo, en cuyo caso no pasa de ser pecado venial.

Ahora bien, si alguien se gloriase de alguna cosa que redunde en desdoro de Dios, como, por ejemplo, de sus vicios o de la gracia recibida, atribuyéndosela a sí propio; o de un bien temporal, que antepusiese a Dios y sus premios; o del bien parecer de los hombres sobre el de Dios, según aquello de *amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios* (Io. 12,43); o de tal modo obrara respecto a su propio fin último que, con tal de conseguir las alabanzas, poco le importara obrar contra los preceptos divinos, en esos casos el apetito de la vana gloria llegaría a ser pecado mortal (in c.).

Dañoso de todas maneras lo es siempre, porque la obra virtuosa, cuyo móvil ha sido la gloria vana, perdió su valor. Nadie puede conseguir el premio en la otra vida mediante una obra que sea pecado, aun venial (ad 1).

Y peligroso siempre, porque priva al hombre de los bienes interiores, ya que el vanidoso no tarda nada en demostrar su presunción y excesiva confianza en sí mismo, hasta ponerse en peligro de grandes pecados (ad 3).

C) El pecado capital. Sus hijas (a. 4,5)

Hija de la soberbia es la vanagloria, pero a su vez madre de todos aquellos pecados que se cometen al intentar conseguir lo que juzgamos que puede contribuir a aumentar nuestra gloria (a. 4 in c.).

Quien ama su propia excelencia quiere sobrepujar a los demás, unas veces clara y paladinamente, otras de un modo indirecto. Tal ocurre clara y directamente cuando por medio de la palabra nos ensalzamos, incurriendo en el vicio de la jactancia, o queremos llamar la atención deslumbrando a los demás con el espíritu de novedades, si es que no recurrimos al mentir de la hipocresía. Y ocurre indirectamente cuando, con tal de no ceder ante nadie, nuestro entendimiento pertinaz se aferra a sus juicios y la voluntad llega a la discordia, provocando con la palabra las disputas, y con las obras la desobediencia (a. 5).

II. SAN BUENAVENTURA

mildad. Damos un extracto. Puede verse este opúsculo en BAC, *Obras de San Buenaventura*, t. 4, p. 406-477.

A) El conocimiento de sí mismo

«En primer lugar, la esposa de Cristo, que desea subir a la cumbre de la perfección, debe comenzar por fijar la atención en sí, de forma que... entre en el secreto de su conciencia, y allí, con diligente cuidado, investigue, examine y vea todos sus defectos, todos sus hábitos, todas sus aficiones, todas sus obras, todos sus pecados, así pasados como presentes; y si hallare en sí algo menos recto, deplórelo al momento con amargura de corazón...

Y para que mejor puedas llegar a este conocimiento, ¡oh estimada madre!, debes saber que todos nuestros pecados y maldades los cometimos o por negligencia, o por concupiscencia, o por malicia. En torno a estos tres puntos debe versar el recuerdo de tus maldades; de otro modo no podrás llegar nunca al perfecto conocimiento de ti misma» (ibíd. c. 1,1).

a) Pecados de negligencia

Ocurre «en la guarda del corazón, en el empleo del tiempo, en asignar un fin torcido a tus obras...

Asimismo debes examinar cuán negligente has sido en la oración, en la lectura y en la ejecución de la obra... si quieres producir y dar buen fruto a su tiempo; pero mira... que no basta una cosa de éstas sin las otras...

También debes examinar cuán negligente eres o has sido en arrepentirte, en resistir y aprovechar...» (ibíd. c. 1,2).

b) Pecados de concupiscencia

El santo habla seguidamente (ibíd. 1,3) del placer (manjares, vestidos...), de la curiosidad (charlas, novedades...) y de la vanidad (alabanzas, honras, cargos...)

c) Pecados de malicia

A continuación se ocupa (ibíd. c. 1,4) de la ira (rencores internos o manifestados...), la envidia (gozo del mal del prójimo o tristeza de su prosperidad...) y la pereza (ocio, tibieza...).

B) La humildad

a) Importancia y medios

«Quien acumula virtudes sin humildad, lleva polvo contra viento», dice San Gregorio (cf. *Hom. in Evang.*, 7,4: PL 76,1103). Conocidos tus defectos, la humildad debe ser el primer paso, teniendo como modelo al Señor, que dijo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29), y a San Francisco. Pero humildad verdadera, porque *est qui nequiter humiliat se, et interiora eius plena sunt dolo* (Eccli. 19,23).

Es efecto del conocimiento de sí mismo, pues San Bernardo (cf. *Grados de soberbia y de humildad*, c. 1, p. 1292: BAC, San Bernardo, *Obras selectas*) la definió diciendo que «es una virtud por la cual el hombre, con un verdadero conocimiento propio, se menosprecia a sí mismo» (ibíd. c. 2,1).

Se alcanza por tres senderos. El primero es considerar a Dios como autor de todo. *Dominus fecit nos et non ipsi nos* (Ps. 99,3). El Señor es el que nos hizo y no nosotros. Luzbel, contemplando su hermosura, se ensoberbeció, y como al soberbio le persigue la humillación, fué condenado (ibíd. capítulo 2,2-3).

El segundo sendero es considerar el ejemplo de Cristo (ibíd. c. 2,4). *Le tuvimos como leproso* (Is. 53,4)... *No es el siervo más que su señor* (Io. 13,16).

El tercer sendero es considerar la condición de tu ser. De dónde vienes y adónde vas. Vienes del pecado original y del polvo. Puedes decir como los tres jóvenes del horno: *Estamos hoy humillados en toda la tierra a causa de nuestros pecados* (Dan. 3,37). Vas al polvo y la ceniza (ibíd., capítulo 2,5).

b) Exhortación

La humildad, medio de aumentar la gracia.—La Santísima Virgen dijo en el *Magnificat* que fué elegida porque Dios miró su humildad (Lc. 1,48). San Agustín dice que «cuanto más vacíos estamos de la hinchazón de la soberbia más llenos estamos de caridad» (cf. *De Trin.*, 8,8.12: BAC, t. 5, p. 529. y PL 42,957). La gracia es como el agua, que busca la pendiente para llenar los valles, y cuanto mayor sea la de tu humildad, con más fuerza bajará. Por eso, dice el Eclesiástico (35,21): *La oración del que se humilla traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios*, y añade (3,20): *Cuanto más grande seas, humíllate más* (ibíd. 2,6).

San Buenaventura termina aduciendo el ejemplo del Señor, de la Santísima Virgen y de San Francisco, y exhortando a la verdadera humildad, que consiste no en las palabras, sino en la paciencia (ibíd. c. 2,7-8).

III. SAN ROBERTO BELARMINO

Según San Roberto Belarmino (cf. o. c.) la Iglesia en la segunda domínica de Adviento presenta a la persona de Juan; en la tercera, su oficio, y en la cuarta, su predicación. Corresponde, pues, hoy explicar el oficio del Precursor.

A) La escena

Confessus est et non negavit (Io. 1,20). «Confesó lo que no era y no negó lo que era. Confesó no ser el Cristo, Elías, ni profeta». Los judíos esperaban de un momento a otro la llegada del Mesías. Por eso al ver a Juan creyeron que pudiera ser el Cristo. No les faltaban razones. Se trataba de un desconocido que habitaba en el desierto y se presenta de repente. Era gran orador, docto, educado y prudentísimo, como si hubiera vivido siempre en la ciudad. Habla eficacísimamente y da consejos oportunos a cada clase de personas...

Al oír negar que fuese el Cristo, sospechan que pudiera ser Elías, cuya descripción externa parece semejante a la de Juan, y cuya venida está anunciada por Malaquías (Mal. 3,1). Tampoco es Elías. Quizás sea un nuevo profeta, de los que anuncian el futuro. En ese sentido tampoco es profeta.

Juan dice lo que es: *Una voz que clama en el desierto*, según la profecía de Isaías (40,3). Y para que estuviesen bien seguros de que no era el Cristo, afirma dos cosas: que el Cristo ya ha venido y que es mucho mayor que él. *Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis* (Io. 1,26). *Cuius ego non sum dignus ut solvam eius corrigiam calceamenti* (ibíd. 27).

En este punto «hay que subrayar la gran humildad de Juan y la gran excelencia de Cristo... Juan era humildísimo, y por ello muy grande, porque los santos son tanto mayores cuanto más humildes. No era necesario que Juan se rebajase tanto»... Para no parecer mayor ni aun en la edad, añade: *Quia prior me erat* (ibíd. 30). Hasta en el tiempo me precede, porque es eterno.

Aparece también la grandeza de Cristo, que si es superior al mayor de los hombres, debe ser más que hombre; que es eterno y que infunde el Espíritu Santo en su bautismo.

«Tal es el compendio del evangelio presente. Vamos ahora a considerar la frase: *ego vox clamantis in deserto* (ibíd. 23), porque en ello consiste el principal oficio del Bautista».

B) La voz que clama

a) Juan es la voz

1. Era sólo la voz. La voz no tiene otro oficio que hablar, y Juan no tuvo otra ocupación que hablar de Cristo. Renunció al matrimonio, a los hijos, a los hermanos... No cultivó campos, ni se dedicó a negocio mundano alguno.

2. Porque todo él era voz, incluso su vestido y su compostura.

3. Porque era en todo parecido a Cristo. La voz o palabra es la representación de la idea. Juan representaba en todo a Cristo. Le anunciaron los ángeles, nació de una mujer estéril... (cf. San Agustín, *Serm. 293:* BAC, t. 7, p. 873).

«Así deben ser los predicadores cristianos. Libres de toda preocupación, han de predicar no sólo con su palabra, sino con su vida, luz del mundo y sal de la tierra. Han de edificar de cerca con su palabra y de lejos con su ejemplo, de tal modo que puedan decir: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*» (1 Cor. 11,1).

b) Es la voz del que clama

«Juan clama porque era el instrumento de Dios...; no habla, sino que grita de mil modos...; por medio de las criaturas, con su belleza, con su magnitud...; por medio de sus promesas de vida perdurable y sus amenazas de muerte también eterna, que resonarían en nuestros oídos como un trueno, si no fuésemos sordos»...

Recordad que en este mundo siempre que se promete alguna dignidad se pide algún trabajo. Recordad también lo que son capaces de hacer los hombres para librarse de la muerte. En el Derecho se habla del miedo susceptible de atemorizar a un hombre normal y fuerte, y se excusa a las personas cuando obran impelidas por este temor a morir. ¡Y nosotros despreciamos la amenaza de muerte eterna! Somos sordos...

Grita Dios por medio de sus continuos beneficios, sin que

podamos pasar por alto los castigos de epidemias y calamidades públicas o privadas.

«Imitando a Juan, los predicadores deben parecerse a la trompeta, que no toca más que lo que el músico quiere. Trompetas de Dios. Cuando el predicador expone sus propios pensamientos y busca la alabanza de su doctrina y elocuencia, ya no es trompeta de Dios... Y así como el diablo se vale de las criaturas para arrastrar las almas al infierno, así ellos deben valerse de las mismas, de los beneficios y de los castigos de Dios... para llevarlas al cielo».

c) Del que clama en el desierto

Dios habla en la soledad (Os. 2,14), y nosotros vivimos en medio de la turba. Por eso no le oímos. *Entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto* (Mt. 6,6).

Pudiera hacerse una objeción a este precepto: No tengo tiempo. Sí. Si quieres, lo tendrás. Tienes alma, cuerpo y negocios. Hagamos una división injusta: doce horas para el cuerpo, diez para los negocios. Quedan dos para el alma. Si no admites ni siquiera esta división, ¿cómo podremos creer que tienes alma?

Y como quiera que no reservamos al alma media hora, ni buscamos la soledad ni aun por tan poco tiempo, Dios nos obliga a ella por medio de las enfermedades, la cárcel y otras miserias. No dejamos las cosas, y Dios hace que ellas nos dejen. ¡Cuántos condenados a muerte que no querían ni aun oír hablar de Dios, se han convertido en la cárcel! *Sola vexatio intellectum dabit auditui* (Is. 28,19).

C) En medio de vosotros está

a) Cristo, hijo de un obrero, en su vida oculta

Pudo manifestarse por sí mismo, pero del mismo modo que no usurpó el oficio de Mesías, sino que lo recibió del Padre, así tampoco quiso usurpar el oficio de Juan, y esperó a ser presentado por él. Ejemplo grande para nuestras impacientes ambiciones.

Para quitar toda sospecha de favoritismo, Juan no conoció al Salvador.

b) EN NUESTROS SUPERIORES

En sus vicarios, a saber, en todos los superiores. No sólo en los sacerdotes o apóstoles: *qui vos audit, me audit* (Lc. 10,16); *qui recipit vos, me recipit* (Mt. 10,40), sino en los mismos dueños, aun gentiles, como recomienda San Pablo a los cristianos. ¡Extraña paradoja! El señor infiel representa a Cristo ante los fieles. Pero, sin embargo, así es. *Obedite dominis carnalibus... sicut Christo* (Eph. 6,5 y Col. 3,23).

«Hermosa paz la del mundo, si todos los inferiores vieran a Cristo en el superior y todos los superiores trataran a sus inferiores con el amor de Cristo. Cristo está siempre entre nosotros por este medio, pero no le reconocemos».

c) CRISTO ESTÁ EN LOS POBRES, Y TAMPOCO LE CONOCEMOS

Tuve hambre y no me disteis de comer... Por eso se ha aparecido tantas veces en figura de pobre, como a San Gregorio, a San Francisco, a San Martín... Por eso devuelve con usura lo que damos a los pobres. Porque fué El quien lo recibió.

d) EN LA EUCARISTÍA

Tampoco le conocemos allí, pues si le conociéramos, de otro modo trataríamos tan alto sacramento. Comulgaríamos más y mejor.

e) DIOS LO VE TODO

Dios, con su omnipresencia, lo ve todo. Temor saludable para no pecar y alegría del justo.

IV. P. FRANCISCO SUAREZ

La disputa 24 de los *Misterios de la vida de Cristo*, del Doctor Eximio, está dedicada a estudiar la figura de San Juan Bautista. Seleccionamos la doctrina más interesante y omitimos aquello que es sutil o meramente curioso (cf. BAC, SUÁREZ, *Misterios de la vida de Cristo*, v. 1, disp. 24, p. 630ss).

A) Juan anunciado en las profecías (sec. 1.ª)

Dos profecías existen principalmente sobre San Juan. Una de Isaías (40,3): *Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad en la soledad los caminos de*

nuestro Dios. Otra de Malaquías (3,1): *He aquí que yo enviaré mi ángel. Y preparará ante mí el camino.*

Consideradas antes de su cumplimiento, pueden parecer ambiguas u oscuras. Una vez cumplidas, entiéndese perfectamente que se refieren a Juan, cuyo ministerio significan bajo dos metáforas. La primera es la de ser *voz,* que según San Epifanio (cf. *Haeres. 69,41:* PG 42,266) «prepara los oídos de los hombres; puesto que los que vocean, primero suelen proferir sonidos inarticulados, llamando a gritos desde lejos... Y cuando han oído el grito y atienden..., entonces el que emitió la voz sonora distingue la frase que quiso decir. Así, San Juan fué voz que preparaba los oídos de los hombres; porque no era él el Verbo, sino que el Verbo vino después de él». *Angel* es la segunda metáfora, y no por naturaleza, sino por cargo, porque oficio de los ángeles es ser enviados de Dios y preparar sus obras.

Cumpliéronse estas profecías en Juan, según consta: 1.º, porque él mismo se las aplicó (evangelio de hoy); 2.º, porque se las aplicó el Señor (Mt. 11,10); 3.º, porque desempeñó los oficios anunciados. En efecto, *fué voz que clama,* y se dedicó a predicar; es más, toda su vida fué voz, pues anunció al Mesías desde el seno de su madre; hizo profetizar a su padre el día de su nacimiento, y con su austeridad desde la infancia. Voz que *vino del desierto,* pues predicó en el deiserto real de Judea y en el metafórico de la incredulidad del mundo. *Angel* también, como mensajero de Dios y en su vida de pureza. Más glorioso, dice el Crisóstomo *(Hom. 10 in Matth., 4:* PG 57,188), porque siendo hombre pudo ser llamado ángel más por su virtud que si lo hubiera sido por naturaleza... lo cual no sería premio de sus méritos, sino propiedad de su ser. Admirable, en cambio, en este hombre, que, de naturaleza humana, sobrepasó la santidad angélica y obtuvo por la gracia aquello de que carecía naturalmente.

Otra profecía que, según muchos Santos Padres, ha de aplicársele es el salmo 131,17: *Prepararé la lámpara a mi ungido* (ibíd., sec. 1.ª, p. 631-635).

B) Oficio del Precursor (sec. 2.ª)

La sección 2.ª está dedicada a los herejes, que entendían mal el oficio del Precursor. Eliminamos lo de menor actualidad.

San Juan, pertenezca al Nuevo o al Antiguo Testamento (cuestión insoluble), no abrogó personalmente el Viejo, sino que fué más bien el lazo de ambos, predicando a Cristo desde la Ley (cf. SAN AGUSTÍN, *Serm. 293,2:* BAC. t. 7, p. 875). Fué voz y no palabra, porque sólo dejó entrever las misericordias, justicias y consejos que había de proclamar Cristo,

limitándose él a anunciar que Dios estaba excogitando algo extraordinario (cf. CRISÓSTOMO, *Hom. 10 in Matth.*: PG 57,184). Símbolo de este lazo de unión entre ambos testamentos fué enviar sus discípulos a Cristo. Como el lucero de la mañana es fin de la noche y principio del día, Juan fué «lucero antes de la luz, voz ante la palabra, mediador de uno y otro testamento» (cf. SAN GREG. NAC., *Orat, 21 in laud. Athan.*, 3: PG 35,1086).

Su oficio, indicado por Zacarías, fué preparar los caminos para dar la ciencia de la salvación o dar testimonio de la luz, y fueron cumplidos con su ejemplo y predicación de penitencia. Oficio necesario por lo oculto de la venida de Cristo, que necesitaba un testigo, y por la ceguera judía, que exigía fuera curada primero por la penitencia (ibíd., p. 635-645).

C) Santidad de Juan (sec. 3.°)

Inferior a la de la Santísima Virgen. No sabemos si igual, inferior o superior a la de los Apóstoles, cuyo cargo era probablemente superior. Su santidad eximia es testimoniada: 1.°, por el ángel, que le anuncia *grande delante del Señor*, a quien *precederá en el espíritu de Elías* (Lc. 1,15 y 17). La locución *grande delante de Dios* indica en la Sagrada Escritura una santidad no corriente, confirmada aquí por la comparación con Elías, que era tenido en extraordinaria reverencia y opinión; 2.°, por el mismo Cristo (escena de la embajada de Juan, según se ha expuesto en la dominica anterior). Insiste Suárez que el llamar profeta y más que profeta a un hombre indica en el lenguaje judío una gran vida de santidad; 3.°, por los Santos Padres, con textos abundantísimos; 4.°, por la propia vida del Bautista, que lo demuestra. Anunciada su concepción (Lc. 1,5-24) nada menos que por Gabriel, santificado en el seno materno, recibe allí la ciencia y el don de profecía, y comienza desde ese momento a crecer en gracia. «Bienaventurado San Juan, que mereció... cantar con el Espíritu de Dios antes que como hombre diera vagidos llorando. Bienaventurado el que mereció poseer las cosas divinas antes de obtener por suerte las humanas..., anunciar las futuras antes de que viera las presentes..., el que antes de saberlo buscar alcanzó el mérito..., que no llegó a la gracia por el trabajo, sino que descendió a los trabajos por dignación de la misma gracia»... (cf. SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Serm. 88*: PL 52,448).

Después de nacer, *crecía y se fortalecía en el espíritu y moraba en los desiertos, hasta el día de su aparición a Israel* (Lc. 1,80). Suárez transcribe numerosos párrafos de San Je-

rónimo y otros Padres, en los que se expone su abandono de la casa paterna y su vida en la soledad.

Asimismo habla de su abstinencia... Dijo Cristo: *Vino Juan, que no comía ni bebía* (Mt. 11,18). De su vestido..., de su oración en el desierto, que obliga a los Santos Padres a llamarle «príncipe de la vida monástica», por lo que se revolvieron contra tal afirmación los primeros protestantes, que odiaban tal vida.

Habla, en fin, de la actividad con que acudía a la llamada del Espíritu Santo, predicaba contra los vicios, bautizaba y daba testimonio...

«Concluyamos con San Ambrosio (cf. *Lib. de Elia et ieiunio*, c. 3: PL 14,733)...: Llegó a un sumo grado de santidad por su humildad, abstinencia, fe, vestido, alimento y predicación» (cf. ibíd., p. 646-664).

En la sección 4.ª afirma Suárez que Juan estuvo sometido al «fomes peccati», esto es, al pecado original, y que acaso no quedó exento totalmente del venial, aunque fué confirmado en gracia desde su santificación en el seno materno, por lo cual honra su nacimiento la Iglesia. Asimismo fué dotado desde ese instante de la ciencia que convenía a tan grande santidad (cf. ibíd., p. 664-680).

En la sección 5.ª Suárez pasa revista a las gracias que le fueron concedidas, y concluye que fué más que profeta, pues poseyó el don de interpretar auténticamente las profecías.

Su gloria es de virgen, pues nunca pecó, y fué eremita. Disfruta además la aureola de doctor, de lo que es testigo el mismo Cristo, al llamarlo antorcha brillante (Io. 5,35), y por último goza de la categoría de mártir, por lo que celebra la Iglesia la fiesta de su martirio (cf. ibíd., p. 680-694).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

¿El más hermoso sermón de Santo Tomás de Villanueva? Por lo menos uno de los mejores. Sencillo en la elocución, vivo en el pensamiento, libérrimo en la idea y, cosa no corriente entre nuestros predicadores clásicos, muy ordenado en sus partes, sin digresión alguna. Predicó este sermón en la corte de Carlos V, en las fiestas celebradas por el nacimiento del rey Felipe. Se excusa de no hablar más de las obligaciones de los reyes, por haberlo hecho pocos domingos antes (cf. ed. Compluti 1572, fol. 23-27).

EL CONOCIMIENTO DE SI MISMO: «TU QUIS ES?» (Io. 1,19)

A) Exordio

«Palabras bien cortas, océano sin orillas... ¿De qué os sirve conocer el movimiento de los cielos y la influencia de los astros... la naturaleza entera, si no os conocéis a vosotros mismos? Que tu conocimiento comience por ti, decía San Bernardo al Papa Eugenio (cf. SAN BERNARDO, *Trat. de la Considerac.*, l. 2, c. 3-7: BAC, *Obras selectas*, p. 1484-1487). Seas tú el primero y último objeto de tus meditaciones. No podrás repartir la sabiduría si no tienes la de ti mismo. Y a pesar de ello te ocupas de tu casa, de tus heredades, de tus negocios, de tus criados y hasta de los establos de tus caballerías. No te olvidas más que de ti...

¡Oh, alma desgraciada...! Te pareces al ojo, que lo ve todo menos a sí propio... ¿Qué objeto hay más digno de estudio que tu persona? ¡Qué ignorancia más perniciosa! Podréis salvaros sin la lógica, sin la filosofía, sin las artes liberales, la mecánica... y la medicina, pero no os salvaréis sin la ciencia de vosotros mismos. Porque nadie puede salvarse sin la penitencia... Mas así como no puede haber caridad sin el conocimiento de Dios y de sus beneficios, imposible es también la penitencia si no va precedida del conocimiento de nuestra pequeñez...

Este conocimiento de ti mismo debe versar sobre tres puntos. Lo que eres por naturaleza, lo que eres por profesión y lo que eres por condición (social o clase). Por naturaleza: hombre. Por profesión: cristiano. Por condición: prelado, príncipe, juez, sacerdote»...

B) Lo que eres por naturaleza

a) Tu cuerpo

«Qué eres por naturaleza, esto es, en cuanto al cuerpo, preguntáselo a los muertos y te lo dirán. Ve a los sepulcros, a los cementerios... No necesitas otra escuela». Los gusanos pueden llamarte padre. En vez de pensar en placeres, podrías pensar en tu macabro fin... Debieras gritar con Isaías: *Toda carne es como hierba*... (40,6) ¡Ojalá fuese ésta el agua que apagase los ardores de tu pasión!

«*El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y lleno de miseria, brota como una flor y se marchita*... (Iob 14,1-2).

Ved esa muchacha, tan bella como una rosa que se abre. Miradla otra vez. Llena de arrugas, sucia... ¿Dónde está tu belleza?... ¡Flor del heno!». Desgraciadas las gentes que se dedican a embellecer una flor que se agosta, a completar las redes del demonio con los hilos de sus vestidos y afeites. ¿No bastaba la propia naturaleza, sino que has de procurar sea más excitante? Telas de araña para cazar a las almas.

¡Ojalá os conozcáis a vosotros mismos! Entonces, como los santos y anacoretas, colocados en lo alto del monte, veréis los pobres caminos por donde se pierde el mundo en sudores vanos...

b) Tu alma

«Es noble, libre, inmortal, angélica, imagen de Dios, capaz de poseerle un día, y está destinada a la ciudad del cielo. *Llevamos este tesoro en vasos de barro*» (2 Cor. 4,7).

Si conocieses tu alma despreciarías los esplendores del oropel. En cambio, al que la ignora lo castiga Dios, convirtiéndolo, como a Nabucodonosor, en bruto, sin más placer que la yerba de las cosas exteriores (Dan. 4,30).

«¡Vivid según vuestra naturaleza! ¡Vivid razonablemente!»... San Ambrosio (cf. *Hexam.*, 3,13: PL 14,191), comentando el pasaje del Génesis (1,11): *Haga brotar la tierra hierba verde... y árboles frutales, cada uno según su especie*..., añade: «Y tú, hombre, produceles según la naturaleza que Dios te dió» San Pablo dijo: *Somos de la raza de Dios* (Act. 17,28)...

Y San Bernardo (cf. *De S. Bened. Serm.*: PL 183,378) comenta: «Todo árbol corresponde a su naturaleza, y todo grano a su semilla, menos nosotros».

C) Por profesión

a) Eres cristiano

«Grandeza incomparable... Primero se te preguntó: «¿Renuncias a Satanás y a sus obras?» Tu padrino contestó por ti: «Renuncio». Pues ya no eres del demonio, sino de Cristo... Después fuiste sumergido en el agua salvadora, sepultado en Cristo. Muerto al mundo, debes vivir sólo para El. En tercer lugar recibiste la unción del crisma y del óleo santo, y quedaste consagrado tabernáculo, como morada y santuario eterno del Señor. En cuarto lugar te vistieron el traje blanco diciéndote: «Llévalo inmaculado al tribunal de Cristo»: la inocencia bautismal después del perdón... En quinto lugar te dieron un cirio encendido, la llama de la fe informada de caridad»...

Eso prometisteis. Pero haced examen de conciencia...

b) Pero faltas a lo prometido

«No habéis cumplido ni una sola de las promesas hechas a Dios. Buscáis las riquezas y pompas del mundo como pudiera hacerlo un judío o un gentil. En lugar de vivir para Cristo, vivís para el mundo... Habéis pisoteado y profanado mil veces el santuario de vuestro cuerpo... y expulsado de él al Espíritu Santo...

... Cristianos sacrílegos, ¿quisisteis engañar con vuestras promesas a Cristo y al Espíritu Santo? ¿No os acordáis de Ananías y Safira?... (Act. 5,1-11).

Abrazasteis una regla y no observáis ni uno de sus preceptos. La regla es el evangelio, regla de todos los cristianos. Pura, perfecta y rigurosa, aunque la creáis ancha y fácil»...

El orador expone los mandamientos de pureza en las obras, pensamientos y hasta miradas de mansedumbre, caridad, etc., recapitulados en la frase de *el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame* (Mt. 16,24). Esa es la regla. Observadla... Tomemos a Cristo por nuestro modelo. Los santos nos dan ejemplo. Si sois cristianos seréis juzgados por vuestra propia ley (Rom. 12).

D) Por tu posición social

Muchos, que serían buenos cristianos en situación humilde, se pierden, al elevarse. Por miedo de que así le ocurriera, San Agustín rehuía aparecer por las diócesis que carecían de obispo (cf. *Serm. 355*, c. 1: PL 39,1568). «Felices los que en el día del juicio no tienen que rendir más cuentas que las suyas propias»...

a) ¿Qué eres? ¿Emperador? ¿Rey? ¿Príncipe?

Entonces tu posición es muy alta, pero el peso de tu carga mayor. ¡Qué resplandor el de vuestra dignidad! ¡Pero cuánto trabajo y peligro! *No te engrías, antes teme* (Rom. 11,20). Es necesario que vuestra virtud os levante por encima de los demás tanto cuanto os ensalzó vuestro poder.

b) ¿Y tú, prelado?

Pastor eres. Ni dueño, ni príncipe, sino *forma facti gregis* (1 Petr. 5,3), ejemplo de santidad para el pueblo, redimido por la sangre de Cristo. Yo tengo, dices, cuarenta, cincuenta mil ovejas... Tu ángel de la guarda no tiene más que una...

¡Oh terrible obligación! ¿Y habrá quien recurra a la intriga para obtener tal empleo? San Bernardo (cf. *Lib. de praecep.. et dispensat.:* PL 182,870ss) se asustaba de tener que regir un corto número de monjes... «¡Ah, hermanos, respetemos a nuestros prelados, obedezcámosles, honrémosles. Ved cómo exponen la salvación de sus almas por nosotros!» (Hebr. 13,17).

c) ¿Tú qué eres? ¿Conde, duque, señor...?

¿Consiste ser señor en tener gran número de criados, coches...? ¡No! «Dios os colocó en medio del pueblo para otra cosa. Para ser los padres y protectores de los que dependen de vosotros»... Ved el retrato de lo que debiera ser el gran señor, trazado por Job, gran señor a su vez: *Yo era ojos para el ciego, era para el cojo pies* (Iob 29,15)...

¿Os conocéis en ese retrato, vosotros que llenáis vuestra mesa con el sudor de los pobres? ¿Los que oprimís a vuestros súbditos con las más crueles exacciones? ¡No! No sois los protectores, sois los expoliadores de los pueblos. Escuchad las amenazas que os fulmina Dios por medio del profeta: Maldi-

ción a los opulentos de Sión, grandes y príncipes del pueblo que entráis con pompa en las asambleas de Israel»... (Am. 6,1ss).

d) ¿Tú qué eres? ¿Juez, prefecto, magistrado, censor?

«¿Y usas con justicia la vara que llevas entre las manos? ...¿Recibes dádivas —Alguna vez. De lo contrario no podría sostener mi casa. El sueldo es escaso y los gastos mayores. Yo no puedo trabajar en el campo..., debo vivir de mi oficio. —¡Ojalá pudieras! ¡Ojalá fueses un simple bracero del campo! Oye al profeta: *¿Cómo te has prostituido, Sión, la ciudad fiel, llena de justicia...; tus príncipes son prevaricadores, compañeros de bandidos. Todos aman las dádivas... No hacen justicia al huérfano, no tiene a ellos acceso la causa de la ciudad. Por eso dice el Señor... el Fuerte de Israel: Voy a tomar venganza de mis enemigos...* (Is. 1,21-24).

No puedo seguir hablando de todos los oficios. Baste con haber mencionado los más altos»...

E) Peroración

a) Para escapar del Juicio de Dios

«Ya habéis visto, pues, lo que debéis conocer para observar si vuestra vida se acomoda a su naturaleza, profesión y estado. Poneos frecuentemente delante de vosotros mismos... Hermanos míos, que vuestro propio juicio os libre del de Dios... Si os cogieseis, por así decirlo, entre las manos, y dándoos vueltas estudiaseis vuestra vida, ¡qué fruto sacaríais de tal examen!... ¡Qué humildes os tornariais ante vuestros defectos!... Pero, ¡ay!, parecidos a las bestias, pasáis vuestra vida sin reflexionar jamás, cual si hubiera sido escrito para vosotros: *Como rebaños son echados en el sepulcro, devóralos la muerte* (Ps. 48,15). ¡Pobre alma!, escribió San Bernardo (cf. *Serm. 28:* PL 183,619). Entonces no poseerá las puertas de los sentidos para distraerse y olvidar sus heridas..., sólo se verá eternamente a sí misma objeto de horror...»

b) El conocerse a sí mismo llena de dulzura

«Este estudio de vosotros mismos no sólo os servirá de utilidad, sino que os llenará de dulzura. No hay historia que agrade al justo más que su propia historia. Los beneficios que recibió de Dios, los peligros de que escapó, las llamadas de la misericordia divina... El verse libre de las tinieblas y

lleno de luz inunda de alegría... ¡Con qué efusión invita el alma a todas las criaturas a dar gracias a Dios!... Aprovecha el tiempo perdido... y si quizá algún día gemiste en la esclavitud, piensa que las lágrimas no son amargas, sino dulces...

Este examen es el mejor medio... para adelantar de virtud en virtud, y llegar así a la celestial Sión, donde veremos al Dios de los dioses en el seno de su gloria, hacia la que pedimos a Jesús, el Hijo de María, que guíe nuestros pasos. Amén».

II. SANTA TERESA DE JESUS

Sin dedicarle especialmente un capítulo, la Mística Doctora, anda a vueltas siempre con la humildad como base de la oración. Hemos ido libando acá y allá en la selva de sus escritos y distribuímos los textos en tres grupos.

A) Qué es la humildad

a) La humildad es la verdad

Dios, Suma Verdad, da al alma en la sexta morada a conocer muchas verdades. En una ocasión enseñóle qué es la humildad: «Saquemos de aquí, hermanas, que, para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad». No me refiero a decir mentiras, «sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes... en especial no queriendo que nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotros lo que es nuestro» (*Morada* 6, c. 10,6: Aguilar, *Obras completas*, p. 403).

«Una vez estaba yo considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es Suma Verdad y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, si no es miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda agrada más a la Suma Verdad, porque anda en ella» (ibíd. 7: 404).

b) Es conocerse a sí y conocer a Dios

Aun cuando el alma ande por altas moradas, no descuide el conocimiento propio. Haga lo que las abejas, que labran el panal (conocimiento propio) y salen a volar hacia las flores (conocimiento de Dios). «Es cosa tan importante este

conocernos, que no querría que en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientras estamos en la tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad..., y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios: mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes».

Este mirarnos a nosotros y mirar a Dios, hará resaltar lo negro en comparación de lo blanco, y además nos dará valor para cosas grandes, confiados en Dios (*Morada* 1, c. 2,8-10: ed. cit., p. 329).

c) Desconocer los dones de Dios no es humildad

Así, pues, no es humildad creer que Dios no nos «va dando dones. Entendamos bien, bien, como ello es, que nos lo da Dios sin merecimiento nuestro ninguno y agradezcámoslo... Lo demás es acobardar el ánimo a parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza a atemorizarse con miedo de vanagloria». Quien nos lo da sabrá ayudarnos contra el demonio (*Libro de la Vida*, c. 10,4: BAC, t. 1, p. 648).

«No está la humildad en que si el rey os hace una merced no la toméis, sino tocarla y entender cuán holgada os viene. ¡Donosa humildad, que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa... y... ni le quiera responder, ni estarme con El, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo: y que estándome diciendo y rogando le pida, por humildad, me quede pobre!»... (*Camino de perfección*, c. 28,3: Aguilar, p. 288).

B) Discreción de la humildad

a) La humildad, la paz y el desasosiego

En mil ocasiones explica qué es y qué no con relación a los deseos de oración más alta. Más oportuno para todos, escogemos este trozo, que distingue la humildad de la tentación y el escrúpulo.

En ciertas tentaciones comprobó la santa no ser humildad, sino tentación, porque «vese en claro que la inquietud y desasosiego con que comienza y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la oscuridad y aflicción que en ella pone, la sequedad y mala disposición para oración y ningún bien... Porque la humildad verdadera (aunque se conoce en el alma por ruin y da pena ver lo que somos...) ...antes la regala y es

todo al revés: con quietud, con suavidad, con luz; pena que por otra parte conforta de ver cuán grande merced la hace Dios en que tenga aquella pena y cuán bien empleado es; duélele lo que ofendió a Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse a sí y alaba a Su Majestad porque tanto la sufrió». En la tentación, el demonio no deja pensar más que en la justicia, dándole tormento y desaliento *(Libro de la Vida,* c. 30,9-10: BAC, p. 779).

b) Práctica de la humildad

«Jamás me parece me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa; como algunas veces es lícito y sería mal hacerlo, no tengo discreción, o, por mejor decir, humildad para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de grande humildad verse condenar sin culpa y callar, y es de gran imitación del Señor... Y así, os ruego que mucho traigáis en esto gran estudio, porque trae consigo grandes ganancias; y en procurar nosotras mismas librarnos de culpa, ninguna veo, si no es, como digo, en algunos casos que podría causar enojo o escándalo no decir la verdad...» *(Camino de perfección,* c. 15,1: Aguilar, p. 260).

Este es el medio mejor de alcanzar la humildad, que consiste en desear ser tenido en poco, y parecerse al Señor... (ibíd. c. 15,2: p. 261).

En otras penitencias os voy a la mano. En ésta, no. Además, «nunca oí decir cosa mala de mí, que no viese quedaban cortos», pues si en aquel asunto no tenían razón, tenía ofendido a Dios en otras muchas cosas (ibíd.).

c) Aceptar oficios bajos

No hay por qué andar buscando la alta contemplación. Acomódese cada uno con lo que Dios le dé, aun cuando fueren oficios bajos. «Acuérdense que es menester quien le guise (a Cristo) la comida y ténganse por dichosas en andar sirviendo con Marta; miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos. Pues si contemplar... servir en las cosas de la casa y trabajar, sea en lo más bajo, todo es servir al Huésped que se viene con nosotras a estar y a comer y recrear, ¿qué más se nos da en lo uno que en lo otro» (ibíd. c. 17,6: p. 266).

c) La humildad, maestra de oración. Nos trae a Dios

«... Y como este edificio (de la contemplación) todo va fundado en humildad, mientras más llegados a Dios, más adelante ha de ir esta virtud, y si no, va todo perdido» *(Libro de la Vida,* c. 12,4: BAC, p. 660).

En el juego de ajedrez la dama es la figura principal, y hay que concertar bien las piezas para dar el mate. Nosotros hemos de dar «mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá. La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan... No hay dama que así le haga rendir ocmo la humildad: ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas. Y creed que quien más tuviere más le tendrá, y quien menos, menos; porque no puedo yo entender cómo haya ni puede haber humildad sin amor, ni amor sin humildad...» *(Camino de perfección,* c. 16,2: Aguilar, p. 262).

III. FRAY LUIS DE GRANADA

(Cf. *Guía de pecadores,* 2, 1.ª p., c. 4, t. 1, p. 348,352; *Obras de Fray Luis de Granada,* ed. Cuervo, [Madrid 1907], y en BAC, Fray Luis de Granada, *Obra selecta,* p. 659-663).

REMEDIOS DE LA SOBERBIA

La soberbia, madre de muchos vicios *(nunca permitas que la soberbia tenga señorío sobre tu pensamiento o tus palabras, porque de ella tomó principio nuestra perdición;* Tob. 4,14), no entra a las claras como otros vicios, sino disfrazándose con motivos engañadores, como la justicia para nuestros méritos. Se remedia con las siguientes consideraciones.

A) Su castigo

«Primeramente considera aquel espantoso castigo con que fueron castigados aquellos malos ángeles que se ensoberbecieron; pues en un punto fueron derribados del cielo y echados a los abismos. Mira cómo este vicio oscureció al que resplandecía más que las estrellas del cielo, y al que no era solamente ángel, mas muy principal entre los ángeles, hizo no solamente demonio, más el peor de todos los demonios...

Pues, si eso se hizo con los ángeles, ¿qué no se hará contigo,

polvo y ceniza?... Por lo cual dice San Agustín (cf. *De civ. Dei*, 14,13: PL 41,421) que la humildad hace de los hombres ángeles, y la soberbia, de los ángeles demonios. Y San Bernardo (cf. *Grados de soberbia y humildad:* BAC, *Obras selectas*, p. 1310ss) dice: La soberbia derriba de lo más alto a lo más bajo, y la humildad levanta de lo más bajo hasta lo más alto»...

a) Cristo modelo

«Juntamente con este castigo de la soberbia, considera el ejemplo de aquella inestimable humildad del Hijo de Dios... Si te desprecias de imitar el ejemplo de los otros hombres, no te desprecies de imitar el de Dios, el cual se hizo hombre no solamente para redimirnos, más también para humillarnos»...

b) Nuestra pequeñez

«Pon también los ojos en ti mismo, porque dentro de ti mismo hallarás cosas que te prediquen humildad. Considera lo que fuiste antes de tu nacimiento, y lo que eres ahora después de nacido, y lo que serás después de muerto»...

B) El peligro de la vanagloria

«Considera también el peligro de la vanagloria, hija de la soberbia, de la cual dice San Bernardo (cf. BAC, *Obras selectas*, p. 428) que livianamente vuela y livianamente penetra, mas no hace liviana herida. Por lo cual, si alguna vez los hombres te alabaren y honraren, debes luego mirar si caben en ti esas cosas de que eres alabado o no. Porque si nada de eso cabe en ti, ninguna cosa tienes de qué gloriarte. Mas si por ventura cabe en ti, di luego con el Apóstol (1 Cor. 15,10): *Por la gracia de Dios soy lo que soy*...

Así que no te debes por eso ensoberbecer, sino humillar y dar la gloria a Dios, a quien debes todo lo que tienes, por que no te hagas indigno de ello; pues es cierto que... todo el favor que a ti apropias a El lo hurtas. Pues ¿qué siervo puede ser más desleal que el que hurta la gloria a su Señor?»

C) El parecer vano de los hombres

«Mira también cuán gran desvarío sea pesar tu valía con el parecer de los hombres, en cuya mano está el inclinar la balanza a la parte que quisieren y quitarte de aquí a poco

lo que ahora te dan y deshonrarte los que ahora te honran. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, otras pequeño, otras nada... Mira lo que de ti dice tu conciencia, y cree más a ti, que te conoces mejor... Déjate, pues, de los juicios de los hombres y deposita tu gloria en las manos de Dios, el cual es sabio para guardarla y fiel para restituirla»...

D) El soberbio descontenta a todos

«... A nadie contentas con tu soberbia. No a Dios, a quien tienes por contrario, *porque El resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia* (1 Petr. 5,5). No a los humildes, porque éstos claro está que aborrecen toda altivez y soberbia; ni tampoco a los otros soberbios, tus semejantes, porque por las mismas razones que tú te levantas, ellos te aborrecen, porque ni quieren ver a otro mayor que a sí...»

E) ¿Qué tienes delante de Dios?

«Ayudará también para humillarte considerar cuán pocos servicios y méritos tienes delante de Dios que sean puros y verdaderos servicios». Muchos vicios tienen imagen de virtudes y algunas de éstas están muertas por la vanagloria. «Y si por ventura tienes hechas algunas obras buenas, acuérdate que por ventura serán más las malas que las buenas. Y esas buenas que hiciste, por ventura fueron hechas con tantos defectos y friezas, que quizás tiene más razón en pedir por ellas perdón que galardón...

Tres temores quiere San Bernardo (cf. *Serm. in Cant.* 54,9: PL 183,1042 y BAC, *Obras Selectas*, p. 1090) que moren siempre en nuestro corazón: uno cuando tienes gracias, otro cuando las perdiste, y otro cuando las tornas a cobrar. Teme cuando estás en gracia, porque no hagas alguna cosa indigna de ella. Teme cuando la pierdas, porque, faltando ella, quedas tú desamparado de la guarda que te defendía. Y teme si, después de perdida, la cobrares, porque no la tornes a perder. Y temiendo de esta manera, no presumirás de ti, estando lleno de temor de Dios»...

IV. P. ALONSO RODRIGUEZ

En su *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* (tr. 3) el P. Alonso Rodríguez, al tratar de la humildad y como cimiento de su primer grado, habla del conocimiento de sí mismo. Aun cuando se refiere a personas virtuosas, incidentalmente afirma también, como puede verse, que este conocimiento es necesario para salir del pecado, y que correrá parejas con sus grados el arrepentimiento (cf. 7.ª ed. Apost. de la Prensa [Madrid 1950], 853ss).

A) Cimiento de la humildad

«¿Pensáis que (la humildad) consiste en decir que soy un miserable y que soy un soberbio? Si en esto consistiera, bien fácil cosa fuera; todos fuéramos humildes, porque todos andamos diciendo de nosotros que somos unos tales y unos cuales... ¿Pensáis que consiste... en traer vestidos viles?... Ahí puede haber también mucha soberbia». Ocurre a veces que si se dice una palabra a quienes tales cosas practican, «veréis cuán lejos están de la verdadera humildad».

San Bernardo (cf. *De los grados de soberbia y humildad*, parte 1.ª, c. 1, p. 1292: BAC, SAN BERNARDO, *Obras selectas*, y PL 182,942) dice que «la humildad es una virtud, con la cual el hombre, considerando y viendo sus defectos y miserias, se tiene en poco a sí mismo»...

a) EL PRIMER GRADO DE HUMILDAD

«El primer grado de humildad, dice San Buenaventura (cf. *Cuest. disput. sobre la perf. evang.*, cuest. 1.ª: BAC, t. 6, p. 9ss, y *Vida perf. para religiosas*, c. 2.ª: BAC, t. 4, p. 417ss), es que se tenga uno a sí mismo en poco y sienta bajamente de sí; y el único medio y necesario para esto es el propio conocimiento...; porque ¿cómo habéis de tener a uno en lo que es si no le conocéis?»

Y ésta es la razón de «amar Dios tanto la humildad, porque es muy amigo de la verdad»... Y la verdad se encuentra en conocerse lo que uno es y no lo que pensamos nosotros o dicen otros que somos (cf. parte 2.ª, tr. 3, c. 5).

b) CONOCIMIENTO DE NUESTRA NATURALEZA

Nos humillará el saber lo que hemos sido antes de nacer, lo que somos en vida y lo que seremos en el sepulcro, desde el punto de vista de nuestro cuerpo. *A la podre dije: tú eres mi padre...; a los gusanos: vosotros sois mi madre...* (Iob 17,41).

El alma fué creada de la nada, y Dios nos sostiene en nuestro ser cada momento (ibíd. c. 6).

c) CONOCIMIENTO DE NUESTROS PECADOS

Este conocimiento es muy necesario para conocerse el hombre a sí mismo y para alcanzar la humildad.

¿No os parece que merece ser deshonrado y despreciado quien deshonró y despreció a Dios?...

Nuestras culpas presentes... ¡Cuán fáciles somos de lengua!; ¡cuán descuidados en la guarda del corazón!; ¡cuán deseosos de cumplir nuestros apetitos, cuán llenos de amor propio..., cuán vivas tenemos todavía nuestras pasiones...!» (ibíd. c. 7).

B) Beneficios del propio conocimiento

a) PRESUNCIÓN Y DESALIENTO

Se evitan con el hondo conocimiento de sí mismo, que no ha de detenerse en nuestra miseria, sino llegar hasta el poder de Dios, que nos sostiene. El conocer nuestra miseria nos evitará la presunción: el conocer a Dios nos dará aliento para todo (ibíd. c. 8). Aliento grande, basado (ibíd. c. 10) en el poder de Dios (cf. Rom. 9,23 y 2 Cor. 12,9-10).

b) CAMINO PARA CONOCER A DIOS

Así como Cristo, poniendo lodo en los ojos del ciego de nacimiento (Io. 8,6), consiguió que se viese a sí mismo y que le viese a El, así con el conocimiento de nuestro propio lodo conoceremos a Dios mejor que cualquiera ciencia. Con la ceniza puesta por la Iglesia el miércoles primero de Cuaresma, el hombre, «conociéndose a sí, viene a conocer a Dios y a pesarle de haberle ofendido». Juntos dos extremos, pequeño y grande, es como se echa de ver el tamaño del mayor.

Así amará el hombre más a Dios, viendo su paciencia y hasta su amor hacia nosotros. Este medio usaron los santos

para ello. San Agustín decía (*De vita beata*. Cf. BAC, t. 1, p. 589-633 y PL 32,960): «Dios mío, que siempre estás en un ser y nunca te mudas, conózcame a mí mismo y conózcate a Ti» (ibíd. c. 9).

c) Remedio de muchos males

«Si preguntáis de dónde nace el juzgar a mis hermanos, digo que de falta de conocimiento propio; porque si anduviereis dentro de vos, tendríais tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendríais cuenta con los ajenos. Si preguntáis que de dónde nace hablar a mis hermanos palabras ásperas y mortificativas, también nace de falta de conocimiento propio; porque si vos os conociésedes y os detuviésedes por el menor de todos..., no tendríades atrevimiento para hablarles de esa manera. Si preguntáis de dónde nacen las excusas, las quejas y murmuraciones porque no me dan esto o lo otro, o por qué me tratan de esta manera, claro está que nacen de eso. Si preguntáis de dónde nace el turbarse o entristecerse demasiado, cuando es molestado de tales o tales tentaciones, o cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse y desanimarse con eso, también nace de falta de propio conocimiento; porque si tuviésedes humildad y considerásedes bien la malicia de vuestro corazón, no os turbaríades ni desmayaríades por eso, antes os espantaríades cómo no pasan cosas peores... y andaríades alabando y dando gracias a Dios, porque os tiene de su mano» (ibíd. c. 11).

d) Conveniencia de este ejercicio

Frecuéntenlo no sólo los principiantes, sino los proficientes, y estén seguros de encontrar en él, a más de caución para evitar caídas, gran consuelo y suavidad. Esta ciencia no hincha, y todos los santos reprenden el error de quienes prefieren meditar cosas devotas y pasan ligeramente sobre sus faltas. San Gregorio opone la conducta de muchos que en cuanto comienzan créense santos y descuidan la meditación de su miseria, con la conducta de los verdaderos escogidos, que hacen lo contrario (cf. *Moralium*, l. 22, c. 5 y 34, c. 16: PL 76,217 y 736). El mismo Pablo (1 Cor. 15,9), para no ensoberbecerse, recordaba sus pecados del tiempo en que había sido perseguidor (ibíd. c. 12).

V. BOSSUET

Bossuet preparó este sermón para el Adviento de 1665. Pero no pudo predicarlo hasta el martes de la segunda semana de Cuaresma del 1666, y lo repitió en el Adviento del 69. Aun cuando no se conserva de Bossuet el nexo del tema con el evangelio del tercer domingo de Adviento, podemos suponer que más o menos sería así: Juan desprecia los honores de la vanidad mundana. Vive en el desierto, se viste de pieles y aborrece el honor adquirido mediante el pecado. No le hubiera costado más que desearlo y hubiera sido tenido por Mesías. Pero se cuidó muy bien de no comprar el honor mayor del mundo mediante un pecado. Juan atribuyó toda virtud a Dios, del que no se consideraba digno de desatar la correa de su sandalia (cf. BOSSUET, *Sermons*, t. 2, p. 167-201, en ed. Garnier, París).

A) El falso honor

Tu quis es?... Vox clamantis in deserto... (Io. 1,19-23). «Siempre me ha causado maravilla el ver como los hombres, tan orgullosos de la verdad de su propio pensar, sin embargo se someten de tal modo a los juicios ajenos, que a veces llegan a obrar en contra de los propios... Es la tiranía del honor quien nos impone esta servidumbre. El honor nos hace cautivos de aquellos de quienes podemos ser honrados. He ahí por qué nos vemos obligados a sacrificar muchas cosas a sus opiniones, y con frecuencia grandes políticos y capitanes experimentados, tocados de este falso honor y del deseo de evitar una censura injusta, han malogrado lamentablemente, de acuerdo con el parecer ajeno, asuntos en los que hubieran acertado siguiendo el propio».

«Estudiando este asunto he visto que mezclamos este honor en las cosas vanas, que lo ponemos a menudo en las malas y que igualmente lo llevamos a las buenas». No podía ocurrir de otro modo. La honra es un juicio que hacemos sobre el valor de las cosas, y como nuestro juicio es tan liviano, no puede extrañarnos que nos gusten las cosas vanas; como es tan depravado, nos complacen las cosas malas, y como ni es del todo débil ni del todo malo, también alabamos lo bueno, aun cuando en muchas ocasiones nos atribuyamos lo que debiéramos atribuir a Dios.

El remedio a este triple mal sería, en primer lugar, considerar el verdadero valor de todo, y así lo perderían las cosas vanas; en segundo término, su conformidad con la razón, y caería el pecado, y, por último, el debido orden, con lo que alabaríamos a Dios como su primer principio.

B) El honor de lo vano

San Pablo dice: *No seáis niños en el juicio, sed párvulos sólo en la malicia* (1 Cor. 14,20). Nosotros lo somos en aquello y padecemos vicios pueriles, el mayor de todos los cuales es la facilidad con que nos deslumbran las cosas vanas, como los trajes y la pompa exterior. Cual si el supremo bien y la riqueza del hombre consistiesen en que cuanto posea sea rico y precioso, excepto él mismo (SAN AGUSTÍN, *De Civ. Dei*, l. 3, c. 1: PL 41,79).

San Juan Crisóstomo (*Hom. 14 in Matth.*: PL 57,217) explica parecidamente esta ceguera, diciendo que los hombres, habiendo perdido el verdadero bien interior, buscan rodearse de brillos externos.

Lo cual me lleva a una más profunda consideración de las cosas. «Todos los hombres han nacido para la grandeza, porque todos han nacido para poseer a Dios. Así como Dios es grande porque no necesita de nadie más que de sí mismo, el hombre es también grande cuando por su rectitud no necesita a nadie más que a Dios... Pero así como (al principio) teniendo a Dios vivía en toda su plenitud, al perderlo por el pecado queda totalmente agotado y vacío. Queda reducido a sus propios medios, es decir, a su primera nada; no posee ya nada, puesto que al hacerse dependiente de los bienes que parece poseer, es más bien su cautivo que su dueño y soberano». Entonces pretende enriquecerse como fuere y, no pudiendo acrecentar un ápice su estatura, comienza a añadirse por defuera mil bagatelas, que cree incorporarse...

Es la mujer, por ejemplo, que lleva encima de sí el sustento de varias familias y un patrimonio entero alrededor de su cuello colgando de un hilo... Es el hombre, pequeño en sí mismo y avergonzado de su pequeñez, pero tantas veces conde, tantas marqués...

Nabucodonosor, «modelo de almas vanas o, más bien, la vanidad misma», no se contentó con los desmesurados honores reales y los quiso divinos. Como su propio cuerpo mortal los desmentía, se fabricó una estatua riquísima y muy alta para que recibiera los honores que quería para sí (Dan. 3,1-8).

Pero *¿hasta cuándo los grandes habéis de ser insensatos? ¿Por qué amáis la vanidad y seguís la mentira?* (Ps. 4,3). Si, según el Crisóstomo (cf. *Hom. 1 in Epist. 2 ad Thes.*: PG 60.514), la vanidad externa es la más cierta señal del vacío interior, ¿que habrá que decir del siglo presente?

Y aun si sólo fueren vanidades... Pero impiden la limosna, y al secar la fuente de las limosnas, ciegan la de todas

las gracias del cristianismo... Ni siquiera permiten pagar las deudas. Arruinan a propios y extraños. Llora la caridad, llora la justicia y llora también el pudor, en el que la vanidad causa ruinas irreparables. «Sencilla e inocente belleza, que empiezas a asomarte al mundo. Eres honesta, pero te gusta el bien parecer y sientes celos al ver a las otras más ricamente ataviadas. Pues has de saber una cosa, que esa vanidad que te parece inocente está ya maquinando contra tu honor; te está tendiendo lazos; te está descubriendo a la tentación y avisando al enemigo. Ten cuidado y... pon tu honor bajo la guardia de la modestia».

Otros hay que se envanecen de dones superiores, como los del talento. También van más allá del límite. ¡Cuántas disputas, cuántas envidias, qué ataques envenenados de unos contra otros!

C) El honor en el mal

Honramos al pecado. Ciertamente que no cuando se presenta descubierto. Pero lo disfrazamos, adornándolo. El mal es la corrupción de la naturaleza y, para disimularlo, se mezcla con apariencias de bien. Todos reprobamos el asesinato, pero lo encubrimos con el pretexto del honor en el duelo. Todos rechazamos la rapiña, pero la cubrimos con el deseo de hermosos gastos, que parecen magnánima liberalidad, cuando realmente son una injusticia mayor (hoy quizás no lleguemos ni aun a usar este disfraz). Avergüenza la impudicia descarada, pero se encubre con la galantería.

Es que ya no se trata de evitar el vicio, sino de encontrarle un nombre... Pero vendrá Dios..., el que *despoja a Esaú y descubre sus escondites* (Ier. 49,10), «y en ese reino de la verdad ni se pagará nadie de pretextos ni se tomará la sombra por la cosa ni el colorido por la verdad».

D) El falso honor del bien

El honor de la virtud es necesario, pues sirve grandemente la alabanza a los que comienzan. Es necesario en los grandes, que deben dar ejemplo. Y hasta podemos decir con Plinio (cf. *Epist. ad Corn.*, 3.21) que muchas veces nos sonrojamos de la alabanza porque hace mucho que hemos dejado de hacer cosas laudables, o con San Agustín, que el hacer el bien y renegar de las alabanzas es pretender que prevalezca el mal (cf. SAN AGUSTÍN, *De Serm. Dom. in Monte*, l. 2, c. 1: PL 84,1269).

Pero también hay un exceso. «Ejercitarse en la virtud

buscando la alabanza humana es envilecer su dignidad, ofender su pudor y convertirla en esclava».

Porque la virtud tiene también su poder; si el «hombre honesto y delicado se sonroja ante una palabra desvergonzada, el sabio y prudente también lo hace ante sus propias alabanzas... gracias a un cierto sentimiento que la razón nos inspira; que del mismo modo que el cuerpo tiene su castidad, que la impudicia corrompe, hay una cierta integridad del alma y de la virtud que teme ser mancillada por las alabanzas». La virtud es como una doncella recatada, que no gusta exhibirse.

La virtud está hecha para Dios, y la prostituímos cuando la exponemos a los ojos de los hombres (cf. CHRYSOST., *Hom. 19 in Matth.:* PG 58,248). Cuando nos sirve para el propio placer nos convertimos en Dios, robándole a El su gloria.

Dios es la fuente y fin de la virtud. El hombre se pone en su lugar, admirándose a sí mismo, como si él hubiera hecho manar las virtudes en su corazón, para gloria propia.

Desgraciada criatura la que no toma en cuenta el auxilio de Dios. El es quien escogió a Ciro e hizo caminar a la victoria delante de él. Hasta que un día lo soltó de su mano, precipitándolo desde lo alto de su grandeza a la más sangrienta de las derrotas.

E) Conclusión

«Temblemos, pues, bajo su mano suprema... La gloria de los hombres no tiene fundamento ni consistencia. ¿Hay algo más variable en cuanto sometido a los acontecimientos y a los cambios de la fortuna? Por eso, ¡oh gran Rey!, yo os deseo algo más sólido. Yo quisiera, Señor, ardientemente que la reputación de vuestras armas y consejos creciera más y más por todo el mundo, y si mi voz puede hacerse oír en medio de ese griterío de aclamaciones, yo me uno a él con alegría. Pero meditando en la vanidad de lo terreno, que tan digno es de la grandeza de vuestra alma tener siempre delante de los ojos, yo deseo para Vuestra Majestad un brillo más digno de un rey cristiano que el de la fama, una inmortalidad más segura que la que os promete la historia, una gloria más sólida que la que el mundo admira: la gloria de la eternidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén».

VI. BOURDALOUE

Por las aplicaciones, no todas recogidas, se ve que las dos primeras partes de este sermón, predicado en la corte, van dirigidas al clero de la misma, y la tercera, al resto de las personas piadosas

Extractamos el texto de *los dos Adventos*, trad. cast. ed. Blas Román (Madrid 1776); puede verse también la versión castellana de Rücker y Constancín (Valparaíso 1899), t. 1, p. 311-340.

A) Austeridad desinteresada

«Este camino del Señor es sin duda, según el pensamiento de todos los Padres de la Iglesia, y aun en el sentido literal, el camino estrecho de la salvación. Y el Bautista es el primero que fué enviado... a allanarlo sin ensancharlo... para enderezarlo con las santas reglas que nos dejó trazadas»... Es la severidad evangélica, porque después del pecado, la mortificación, según San Jerónimo, es el único camino que tenemos para ir a Dios (cf. *Comm. in Matth.*, c. 7: PL 26,49). *Arcta via est, quae ducit ad vitam* (Mt. 7,14).

Juan es modelo de esta austeridad. Frente a la falsa austeridad de los fariseos, la suya fué *desinteresada*, porque no quiso honores, y (Mt. 3,4-10; Mc. 1,6; Io. 3,27) *humilde* y *caritativa* con los demás, a cuya salvación se dedicó, sin imponer cargas imposibles.

Los fariseos eran todo lo contrario. Oraban para enriquecerse, empobrecían a las viudas y siempre se mostraban soberbios y duros. Hoy hay muchos «a los que, según San Jerónimo, han sido traspasados los vicios de los fariseos» (cf. *Comm. in Matth.*, c. 23: PL 26,172ss).

¿Predicar la austeridad en la corte? «No convenceré, mas por lo menos enseñaré».

a) La severidad evangélica no puede medirse

La circuncisión del corazón debe comenzar por la destrucción del interés, o por mejor decir, de la codicia. Esta es su medida, indicada por el Señor cuando dijo: *Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo* (Lc. 14,33). La severidad evangélica no puede medirse:

1. Por la dificultad de las empresas que se acometen

Las cosas más molestas se hacen tolerables cuando nos mueve a ello nuestro propio interés. El avaro es un ejemplo. En ese caso estamos «tanto más lejos de Dios, cuanto más cerca de nosotros mismos».

2. Ni por lo austero de nuestra vida...

Bajo una apariencia de austeridad puede ocultarse el interés más sutil, el de que «nos miren y juzguen como tales». Así eran los fariseos, que tenían la sombra, pero no el

cuerpo de la severidad. Son los *que tienen la piedad por materia de lucro* (1 Tim. 6,5). Amigos, protectores, esperanzas..., todo eso puede mover y ser fin de la austeridad.

Mucho más puede decirse todo esto si nos referimos a los que sostienen en público opiniones severas. Lo difícil es practicarlas.

b) ¿Austeridad en tus negocios?

«Ved la piedra de toque... Al mismo tiempo que somos tan rigurosos, ¿tenemos algún negocio que manejar, alguna diferencia que ajustar, algún dinero que emplear, alguna restitución que hacer? (El orador habla de los beneficios, permutas, faltas de residencia, etc.) Entonces nos portamos como todos los demás, y a veces hasta peor, porque ya anda nuestro interés por medio». Los teólogos laxos nos van pareciendo prudentes, y finalmente aceptamos las soluciones que nos convienen... ¿Dónde estaba nuestra austeridad? ¿Qué buscábamos con ella?

«Empecemos, pues, por el despego y desasimiento de nuestro corazón... Así fueron los primeros cristianos..., pero luego empezó la distinción entre lo tuyo y lo mío..., y buscando lo que se tiene por propio hemos terminado por hallar lo ajeno... De ahí tantos engaños, cohechos, abusos... Empecemos, pues, por el despego, y nada perderemos», pues engrandeceremos a la Iglesia, glorificaremos a Dios y aun personalmente experimentaremos que *es gran riqueza la piedad acompañada de la frugalidad*» (1 Tim. 6,6).

B) Austeridad humilde

a) Nuestra soberbia

En las más hermosas frutas se crían los mayores gusanos, y en las virtudes más excelentes es donde suele pegarse más la soberbia... Hoy es raro hallar hombres enemigos de la relajación..., pero también es raro hallar hombres severos consigo mismos y libres de la soberbia... Sin embargo, según San Bernardo (cf. *Grados de soberbia y de humildad:* BAC, *Obras selectas*, p. 1295ss), humildad y severidad con uno propio no son dos cosas distintas. ¡Qué desgracia si, buscando la puerta estrecha, fuésemos a estrellarnos contra un escollo tan peligroso!

Por ser tan opuesta la soberbia a la doctrina del Señor, éste declara guerra abierta a los fariseos, *que confiaban mucho en sí mismos, teniéndose por justos, y despreciaban a los demás* (Lc. 18,9), hacían ver sus ayunos (Mt. 6,16) y gus-

taban *ser llamados por los hombres «rabbi»* (ibid. 23-7), buscando *los primeros asientos en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas* (ibid. 23,6).

Pues si Cristo no pudo soportar este fasto en los fariseos, ¿cómo lo soportará en nosotros, discípulos de su humildad?

«Porque no nos imaginemos que esta severidad de ostentación, tan repetidamente censurada por Jesucristo, es un fantasma... Como en lo íntimo de nuestro ser no somos sino una vanidad y una nada..., aun las mismas virtudes huelen a esta nada... Apenas nos hemos puesto en algún punto de vida más ajustada, cuando este demonio de la soberbia empieza a combatirnos»...

En muchas ocasiones... nos hacemos los humildes, pero para ser honrados... Nos reconocemos pecadores, pero no confesamos jamás un solo pecado nuestro en particular... Parece como si Dios repartiera gracias diferentes y sólo estimamos la nuestra... Todo lo que no es nuestro nos parece digno de reprobarse... Se huye del mundo, pero se quiere que el mundo se dé cuenta, y si no se diera, quizás no huyéramos de él. Buscamos novedades en la misma piedad. Basta que tengamos algún celo de disciplina y de reforma para atribuirnos el poder de juzgar de todo; para usurparnos una superioridad que ni Dios ni los hombres nos han dado, y tal vez para juzgar a los mismos a quienes debemos obedecer. ¿Un lego? Pues censor de sacerdotes. ¿Secular? Pues reformador de religiosos. ¿Mujer? Pues directora de no sé qué. Y todo ello disfrazando con color de piedad el ansia de gobernar.

b) Ya recibiste tu merced

Quien tal obra, cuando crea que va a recibir de Dios *la corona de la justicia* (2 Tim. 4,8), oirá que le dice: *ya recibiste tu recompensa* (Mt. 6,2-5). ¿Pero, Señor, reclamará, no recorrí aquellos caminos ásperos y fatigosos por tu nombre?... ¿Por el mío? Di mejor por el tuyo.

Esta soberbia destruye también la misma esencia de la severidad evangélica, la cual consiste en hacerse violencia y contradecir el amor propio. Todo lo que nos lisonjee, esteriliza el espíritu de la austeridad cristiana y hace nulas las más arduas mortificaciones.

Por eso nos cuesta mucho menos hacer lo que no debemos que lo que debemos, porque en obrar lo primero siempre encontramos cierta gloria, y así nos es más agradable seguir algunos consejos que cumplir lo preceptuado.

El verdadero rigor cristiano está en ser pequeño a nuestros ojos, en estar muerto por lo menos al deseo, en gustar de ser abatidos y vivir olvidados, y como ciertos estados de vida, aun los más santos, inclinan a la soberbia, la perfec-

ción consiste en permanecer en el camino llano. Nuestra vida debe estar oculta y con Cristo en Dios (Col. 3,3).

C) Austeridad caritativa

a) Severo contigo, caritativo con los demás

La caridad y la severidad parecen opuestas. La caridad dice San Pablo (1 Cor. 13,4-8) que *es paciente, benigna,* todo lo excusa y sufre, mientras la severidad parece ser todo lo contrario. El Señor quiere que seas severo y caritativo: severo contigo y caritativo con los demás. No viceversa.

Unidas van las dos virtudes, porque cuando San Pablo (cf. ibíd.) dice que seamos caritativos, sufriendo al prójimo, benignos, sin devolver las injurias, ¿no está predicando que seamos severos con nosotros mismos, contradiciendo todos nuestros movimientos naturales?... En cuántas ocasiones habrá que callar cuando se quisiera hablar, condescender cuando conviniera resistir, excusar cuando acusar... Cuánta ira reprimida, cuánta venganza ahogada, cuánta justicia sedienta...

b) La paja en el ojo ajeno

Invertimos los términos. Nuestra severidad ciertamente que no deja de reformarnos y apartarnos algo del mal, pero si nos hace enfadosos, murmuradores, censores de los demás, si nos hace perder la condescendencia de la caridad, el obsequio con que debemos tratar a nuestros prójimos..., si esta severidad se emplea en observar hasta las pajas del ojo ajeno, alargándolas hasta convertirlas en vigas, si nos inspira acritud en los juicios..., solamente es entonces una severidad falsa de fariseo.

Estos pagaban décimas por la menta y el comino, *y no se cuidaban de lo más grave de la ley: la justicia, la misericordia y la buena fe* (Mt. 23,23). Nosotros cumplimos con minucias y después deshonramos al prójimo con la murmuración. Los fariseos condenaron a Cristo y no se atrevieron a entrar en el Pretorio (Io. 18,28). Hay mujer que comulga cien veces y es áspera con su marido, con sus hijos y con sus criados. Se la ve largas horas en la iglesia en prolongadas oraciones y luego largas horas también en conversaciones mordaces... *No seáis niños en el juicio...* (1 Cor. 14,20).

«No nos detengamos en cosas exteriores, cuando el enemigo está dentro de la plaza. Sea nuestra austeridad sólida, y lo será si fuere desinteresada, humilde y benigna. Por ese medio llegaremos a conseguir la perfección del Evangelio y la gloria que os deseo. Amén».

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. EPISTOLA

A) Gaudete in Domino semper

a) En nuestros tiempos difíciles está más despierto que nunca el sentimiento de solidaridad cristiana

Al poner esta primera encíclica de nuestro pontificado, con el corazón rebosante de confiada esperanza, bajo la insignia de Cristo Rey, nos sentimos absolutamente seguros de la unánime y entusiasta aprobación de toda la grey del Señor. Las experiencias, las ansiedades y las pruebas de la hora actual, despiertan, agudizan y purifican el sentimiento de solidaridad católica, que es católica en grado raras veces conseguido. Ellas igualmente excitan en todos los que creen en Dios y en Cristo el reconocimiento de una amenaza común proveniente de un común peligro. De este espíritu de solidaridad católica, que es recogimiento y firmeza, resolución y voluntad de victoria, poderosamente aumentado en tan arduas circunstancias, experimentamos nosotros un soplo consolador e inolvidable en aquellos días en los que, con trémulo paso, pero confiando en Dios, tomamos posesión de la cátedra que la muerte de nuestro grande predecesor había dejado vacante (Pío XII, *Summi Pontificatus*. n. 5).

b) Se han estrechado los lazos de los cristianos entre sí y con la Jerarquía

Los documentos publicados en estos últimos tiempos acerca de la Acción Católica, por lo mismo que han estrechado más y más los lazos de los cristianos entre sí y con la Jerarquía eclesiástica, y en primer lugar con el Romano Pontífice, han contribuído, sin duda, no poco a colocar esta materia en su propia luz (Pío XII, *Mystici Corporis Christi*, n. 4).

c) La adhesión de todos al supremo pontificado

Ante el vivo recuerdo del sinnúmero de testimonios de adhesión filial a la Iglesia y al Vicario de Cristo, y las manifestaciones tan tiernas, calurosas y espontáneas que recibimos con ocasión de nuestra elección y coronación, nos place aprovechar esta

ocasión propicia para dirigiros a vosotros, venerables hermanos, y a cuantos pertenecen a la grey del Señor, palabras de conmovido agradecimiento por aquel plebiscito pacífico de amor reverente y de inquebrantable fidelidad al Papado, en el que se reconocía la providencial misión del Sumo Sacerdote y del Pastor Supremo. Porque, ciertamente, todas aquellas manifestaciones no estaban ni podían estar dirigidas a nuestra humilde persona, sino únicamente al oficio altísimo a que el Señor nos elevaba. Y si ya desde aquel primer momento sentíamos todo el peso de las graves responsabilidades anejas a la mayor potestad que nos confería la Providencia divina, al mismo tiempo nos consolaba grandemente ver aquella grandiosa y palpable demostración de la indivisible unidad de la Iglesia católica, que tanto más compacta se abraza a la indestructible roca de Pedro y forma a su alrededor muros y antemuros más fuertes cuanto más crece la altivez de los enemigos de Cristo. Este mismo plebiscito de unidad católica mundial y de sobrenatural fraternidad de pueblos en torno al Padre común nos parecía tanto más rico de felices esperanzas cuanto eran más trágicas las circunstancias materiales y espirituales del momento en que acaecía, y su recuerdo nos siguió confortando aún en los primeros meses de nuestro pontificado, cuando experimentamos ya las fatigas, las ansiedades y las pruebas de que está sembrado el camino de la Esposa de Cristo a través del mundo (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 6).

d) Aun de pueblos que luchan entre sí

Hemos observado. en efecto, que a pesar de que la larga y homicida guerra deshacía miserablemente la fraterna comunidad de las naciones, nuestros hijos en Cristo, todos y en todas partes, con una sola voluntad y caridad levantaban sus ánimos hacia el Padre común, que, recogiendo en sí las preocupaciones y ansiedades de todos, guía en tan calamitosos tiempos la nave de la Iglesia. En lo cual ciertamente echamos de ver un testimonio no sólo de la admirable unidad del pueblo cristiano, sino también de cómo mientras Nos abrazamos con corazón paterno a todos los pueblos de cualquier estirpe, desde todas partes los católicos, aun de naciones que luchan entre sí, alzan los ojos al Vicario de Jesucristo, como a Padre amantísimo de todos, que con absoluta imparcialidad para con los bandos contrarios y con juicio insobornable, remontándose por encima de las agitadas borrascas de las perturbaciones humanas, recomienda la verdad, la justicia y la caridad y las defiende con todas sus fuerzas (Pío XII, *Mystici Corporis Christi*, n. 3).

e) Incluso de aquellos que no pertenecen a la Iglesia

Ni queremos pasar en silencio el profundo eco de conmovido reconocimiento que suscitó en nuestro corazón la felicitación de aquellos que, sin pertenecer al Cuerpo visible de la Iglesia católica, en su nobleza y sinceridad, no han dejado de sentir todo lo que, en el amor a la persona de Cristo o en la fe en Dios, les une

a nosotros. Vaya a todos ellos la expresión de nuestra gratitud. Los encomendamos a todos y a cada uno a la protección y a la dirección del Señor y aseguramos solemnemente que sólo un pensamiento domina nuestra mente: imitar el ejemplo del Buen Pastor para conducir a todos a la verdadera felicidad (Io. 10,10) *para que tengan vida y la tengan más abundante* (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 7).

f) Y de las supremas autoridades de las distintas naciones

Pero de manera particular nos sentimos movidos en nuestro ánimo a patentizar nuestra íntima gratitud por las manifestaciones de reverente homenaje que nos han llegado de soberanos, de jefes de Estado y de autoridades públicas de naciones con las que la Santa Sede se halla en amigables relaciones (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 8).

B) Dominus prope est

a) La civilización cristiana se extiende más cada vez entre los pueblos

Los últimos siglos, con una de aquellas evoluciones llenas de contradicción que jalonan la Historia, han visto, por una parte, minados sistemáticamente los fundamentos mismos de la civilización cristiana, y por otra, extenderse continuamente su patrimonio a través de todos los pueblos. Europa y los otros continentes viven todavía, en mayor o menor grado, de las fuerzas vitales y de los principios que la herencia en el sentimiento cristiano les han transmitido casi como una transfusión espiritual de sangre. Algunos llegan a olvidar tan precioso patrimonio, a descuidarlo, hasta repudiarlo. Pero queda el hecho de aquella sucesión hereditaria. Podría muy bien un hijo renegar de su madre, pero no por eso rompe la unión espiritual y moral que le liga a ella. De la misma manera, los hijos que se alejan, que escapan de la casa paterna, siempre oyen, algunas veces sin caer en la cuenta, como voz de la sangre, el eco de aquella herencia cristiana, que muchas veces, en sus intentos y en sus acciones, les preserva de dejarse dominar completamente y guiar por aquellas falsas ideas, a las que ellos, inconscientemente o de hecho, prestan adhesión (Pío XII, *Radiomensaje de 13 de septiembre de 1944*, n. 7).

b) La doctrina evangélica extendida por todos los pueblos dió a la sociedad un sello cristiano

Tan resplandeciente es la luz de la católica revelación, que esparce por todas las ciencias el fulgor de sus rayos; tanta la fuerza de los dogmas evangélicos, que arraigan más hondamente los preceptos de la ley natural y los dejan más asegurados; tan grande, en fin, es la eficacia de la verdad y de la moral enseñadas por Jesucristo, que aun el bienestar material de los individuos,

de la familia y de la sociedad humana halla en ellas providencial sostén y favor. La Iglesia, con predicar a Cristo crucificado, escándalo y locura a los ojos del mundo (1 Cor. 1,23), vino a ser la primera institutriz y fautora de la civilización, cuyos bienes derramó por doquiera predicaron sus apóstoles, conservando y beneficiando los buenos elementos de las antiguas civilizaciones paganas, arrancando a la barbarie y adiestrando a la vida civil los nuevos pueblos, que se guarecían al amparo de su seno maternal, y dando a toda la sociedad, aunque a paso lento, pero con trazos seguros y siempre progresivos, aquel sello tan realzado que conserva universalmente hasta el día de hoy. La civilización del mundo es civilización cristiana: tanto es más verdadera, durable, fecunda en preciosos frutos, cuanto es genuinamente cristiana; tanto más declina, con daño inmenso del bienestar social, cuanto más se sustrae a la idea cristiana (Pío X, *Il Fermo proposito,* 4).

c) Procurando la Iglesia extender la civilización cristiana, contribuye a la propagación del reino de Dios y a instaurar todas las cosas en Cristo

Sabe la Iglesia que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno; mas tampoco ignora que habrá en el mundo apreturas, que sus apóstoles andan cual corderos entre lobos, que sus seguidores serán siempre el blanco de los odios y escarnios, como lo fué su divino Fundador. Por este motivo la Iglesia prosigue impertérrita, y mientras propaga el reino de Dios en donde antes no se predicó, estudia diligente cómo reparar las quiebras del reino ya conquistado, según aquel lema: «Instaurare omnia in Christo», que fué siempre el suyo, y principalmente el nuestro en los aciagos tiempos que corren. Restaurarlo todo, no como quiera, sino en Cristo; *quae in caelis et quae in terra sunt in ipso,* agrega el Apóstol (Eph. 1,10); restaurar en Cristo no sólo cuanto corresponde con propiedad al divino cargo de la Iglesia, que es guiar las almas a Dios, mas también cuanto del divino cargo se deriva, que es, como queda explicado, la civilización cristiana en el agregado de todos los elementos y en cada uno de los que la constituyen (Pío X, *Il Fermo proposito,* n. 6).

d) De la recta organización de la sociedad según los preceptos cristianos procede la paz de Jesucristo en el reino de Jesucristo

Síguese, pues, que la paz digna de tal nombre es, a saber, la tan deseada paz de Cristo; no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida pública y en la privada las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo; y una vez así constituída ordenadamente la sociedad, pueda, por fin, la Iglesia, desempeñando su divino encargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades.

En esto consiste lo que con dos palabras llamamos reino de Cristo. Ya que reina Jesucristo en la mente de los individuos por sus doctrinas, reina en los corazones por la caridad, reina en toda la vida humana por la observancia de sus leyes y por la imita-

ción de sus ejemplos. Reina también en la sociedad doméstica cuando, constituída por el sacramento del matrimonio cristiano, se conserva inviolada como una cosa sagrada, en la que el poder de los padres sea un reflejo de la paternidad divina, de donde nace y toma el nombre; donde los hijos emulan la obediencia del Niño Jesús, y el modo todo de proceder hace recordar la santidad de la familia de Nazaret. Reina, finalmente, Jesucristo en la sociedad civil cuando, tributando en ella a Dios los supremos honores, se hacen derivar de El el origen y los derechos de la autoridad, para que ni en el mandar falte norma ni en el obedecer obligación y dignidad; cuando, además, le es reconocido a la Iglesia el alto grado de dignidad en que fué colocada por su mismo autor, a saber, de sociedad perfecta, maestra y guía de las demás sociedades; es decir, tal que no disminuya la potestad de ellas—pues cada una en su orden es legítima—, sino que les comunique la conveniente perfección, como hace la gracia con la naturaleza; de modo que esas mismas sociedades sean a los hombres poderoso auxiliar para conseguir el fin supremo, que es la eterna felicidad, y con más seguridad provean a la prosperidad de los ciudadanos en esta vida mortal.

De todo lo cual resulta claro que no hay paz de Cristo sino en el reino de Cristo, y que no podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el reino de Cristo.

Cuando, pues, el Papa Pío X se esforzaba por «restaurar todas las cosas en Cristo», como si obrara inspirado por Dios, estaba preparando la obra de pacificación, que fué después el programa de Benedicto XV.

Nos, insistiendo en lo mismo que se propusieron conseguir nuestros dos predecesores, procuraremos también con todas nuestras fuerzas lograr «la paz de Cristo en el reino de Cristo», plenamente confiados en la gracia de Dios, que al hacernos entrega de este supremo poder nos tiene prometida su perpetua asistencia (Pío XI, *Ubi Arcano Dei*, n. 22).

C) Nihil solliciti sitis

a) Las riquezas no libran del dolor, mas conducen a la perdición

Adviértese, por lo tanto, a los que tienen riquezas, que no libran ellas de dolor, ni en nada aprovechan para la eterna bienaventuranza, sino que antes dañan (Mt. 19,23-24); que deben a los ricos infundir terror las extraordinarias amenazas que les hace Jesucristo, y que ha de llegar un día en que darán en el tribunal de Dios severísima cuenta del uso que hicieron de sus riquezas (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 18).

b) Poner el corazón en el dinero es cerrarlo para Dios y su justicia

Mundo bancario e idea cristiana; dinero y Evangelio; términos antitéticos en sí mismos para quien tenga presente la pre-

dicación de Jesucristo y el contraste que El solemnemente estableció entre Dios y Mammona. Y dijo El también: *Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón* (Mt. 6,21). Así que si el hombre pone su tesoro en el dinero, su corazón está allí, y entonces no queda ya sitio en aquel corazón para los verdaderos bienes, para Dios y su justicia, porque éstos son bienes que no admiten el dominio de otras pasiones y que en realidad se niegan a quien querría darle todo, con excepción de lo mejor que tiene, que es precisamente el corazón, con sus afectos y predilecciones (Pío XII, *Discurso a los empleados de la Banca,* 20 de junio de 1948: «Ecclesia», n. 366).

c) Por eso el capitalismo conduce a consecuencias funestísimas

La raíz y al mismo tiempo la fuente del alejamiento de la ley cristiana en las clases sociales y económicas y de la consiguiente apostasía de la fe católica de muchos obreros son las pasiones desordenadas del alma, triste consecuencia del pecado original; él deshizo de tal modo la concordia admirable que existía entre las facultades humanas, que el hombre, fácilmente arrastrado por las malas codicias, se siente vehementemente incitado a anteponer los bienes caducos de este mundo a los celestiales y duraderos. De aquí esa sed insaciable de riquezas y bienes temporales que en todos los tiempos ha empujado a los hombres a infringir las leyes de Dios y conculcar los derechos del prójimo, pero que en la organización moderna de la economía prepara lazos más numerosos a la fragilidad humana. La instabilidad propia de la vida económica y, sobre todo, su complejidad constante exigen de los que se han entregado a ella una actividad absorbente y asidua. En algunos se han embotado los estímulos de la conciencia hasta llegar a la persuasión de que les es lícito aumentar sus ganancias de cualquier manera y defender por todos los medios las riquezas acumuladas con tanto esfuerzo y trabajo contra los repentinos reveses de la fortuna. Las fáciles ganancias que la anarquía del mercado ofrece a todos, incitan a muchos al cambio de las mercancías con el único anhelo de llegar rápidamente a la fortuna con la menor fatiga; su desenfrenada especulación hace aumentar y disminuir incesantemente, a la medida de su capricho y avaricia, el precio de las mercancías para echar por tierra con sus frecuentes alternativas las previsiones de los fabricantes prudentes. Las disposiciones jurídicas destinadas a favorecer la colaboración de los capitales, dividiendo y limitando los riesgos, han sido muchas veces la ocasión de los excesos más reprensibles; vemos, en efecto, las responsabilidades disminuídas hasta el punto de no impresionar sino ligeramente a las almas; bajo capa de una designación colectiva se cometen las injusticias y fraudes más condenables; los que gobiernan los grupos económicos, despreciando sus compromisos, traicionan los derechos de aquellos que les confiaron la administración de sus ahorros. Finalmente, hay que señalar a esos hombres astutos que, despreciando las utilidades honestas de su propia profesión, no temen poner acicates a los caprichos de sus clientes y, después de excitados, aprovecharlos para su propio lucro (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 54).

d) Aumentó el número de los que se enriquecían sin escrúpulo a costa del prójimo

Con esto creció mucho el número de los que ya no cuidaban sino de aumentar sus riquezas de cualquier manera, buscándose a sí mismos sobre todo y ante todo, sin que nada les remordiese la conciencia aun los mayores delitos contra el prójimo. Los primeros que entraron por esta *ancha senda que lleva a la perdición* (Mt. 7,13), fácilmente encontraron muchos imitadores de su iniquidad, gracias al ejemplo de su aparente éxito, o con la inmoderada pompa de sus riquezas, o mofándose de la conciencia de los demás como si fuera víctima de vanos escrúpulos, o pisoteando a sus más timoratos competidores (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 54).

e) Y precipitó a los obreros en el abismo del pecado

Era natural que, marchando los directores de la economía por camino tan alejado de la rectitud, la masa de los obreros se precipitase a menudo por el mismo abismo; tanto más, que muchos de los patronos utilizaron a los obreros como meros instrumentos, sin preocuparse nada de sus almas y sin pensar siquiera en sus intereses superiores. En verdad, el ánimo se horroriza al ponderar los gravísimos peligros a que están expuestos, en las fábricas modernas, la moralidad de los obreros (principalmente jóvenes) y el pudor de las doncellas y demás mujeres, al pensar cuán frecuentemente el régimen moderno del trabajo, y principalmente las irracionales condiciones de habitación, crean obstáculos a la unión e intimidad de la vida familiar; al recordar tantos y tan grandes impedimentos que se oponen a la santificación de las fiestas; al considerar cómo se debilita universalmente el sentido verdaderamente cristiano, que aun a hombres indoctos y rudos enseñaba a elevarse a tan altos ideales, suplantado hoy por el único afán de procurarse por cualquier medio el sustento cotidiano. Así el trabajo corporal, que estaba destinado por Dios, aun después del pecado original, a labrar el bienestar material y espiritual del hombre, se convierte a cada paso en instrumento de perversión; la materia inerte sale de la fábrica ennoblecida, mientras los hombres en ella se corrompen y degradan (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 54).

f) Ni siquiera el campo se liberó de estos males

Al abdicar el capital de su noble misión de promover el bien de la sociedad, penetra en el mundo de los cultivadores y les inflige grandes males; hace brillar el oro de una vida que pasa ante los ojos de los cultivadores del campo para incitarles a abandonar la tierra.

Y una vez abandonada, el capital se afana por hacerla suya. Y entonces la convierte de objeto de amor en objeto de fría explotación. La tierra, nodriza generosa de las ciudades no menos que del campo, no produce más que para la especulación; y mientras

el pueblo sufre de odio y el cultivador cercado por las deudas va lentamente hacia la ruina, la economía del país se agota para adquirir a subido precio las provisiones que se ven obligados a traer del extranjero (Pío XII, *A la Confederación Italiana de Agricultura*, 15 de noviembre de 1949).

g) Sus efectos llegaron incluso a campos que no son económicos

Pero el régimen económico «capitalista» se ha extendido muchísimo por todas partes, después de publicada la encíclica de León XIII, a medida que se extendía por todo el mundo el industrialismo, tanto que aun la economía y la condición social de los que se hallan fuera de su esfera de acción está invadida y penetrada de él, y sienten y en alguna manera participan de sus ventajas o inconvenientes y defectos (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 38).

D) Petitiones vestrae innotescant apud Deum

a) Es deber de todos promover una cruzada de oración

Instruídos y habituados en la veneración y amor del santo sacrificio de la misa, vuestros hombres llegarán a ser fácilmente hombres de oración y harán de su familia como un santuario de plegarias. Y esto es estrictamente necesario. ¿Quién podría negar que el espíritu del mundo gana terreno hasta en el seno de familias que pretenden permanecer católicas y fieles a Cristo? Si la cruzada por la oración en familia es acogida con fervor en otros países; si hasta conocidos actores del mayor centro cinematográfico del mundo se han puesto al servicio de una causa santa, ¿cómo podrían los católicos de la Ciudad Eterna quedar en un nivel inferior? (Pío XII, *Discurso a los predicadores de Cuaresma*, 23 de marzo de 1949: «Ecclesia», n. 403).

b) Sólo con la oración y penitencia pueden resolverse los problemas actuales

Cuando los apóstoles preguntaron al Salvador por qué no habían podido librar del espíritu maligno a un endemoniado, les respondió el Señor: *Esta especie no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno* (Mt. 17,20). Tampoco podrá ser vencido el mal que hoy atormenta a la humanidad sino con una santa cruzada universal de oración y de penitencia (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 59).

c) Con ella se quita el afán por los bienes materiales

La oración quitará, además, la misma causa de las dificultades de la hora presente, que arriba hemos señalado, esto es, la insaciable codicia de bienes terrenos. El hombre que ora, mira hacia arriba, o sea a los bienes del cielo, que medita y desea; todo su

ser se inmerge en la contemplación del admirable orden, puesto por Dios, que no conoce la manía de los éxitos, y no se pierde en fútiles competencias de siempre mayores velocidades; y así casi por sí mismo se restablecerá el equilibrio entre el trabajo y el descanso, que, con grave daño para la vida física, económica y moral, falta por completo en la actual sociedad. Porque si los que por causa de excesiva producción fabril, han caído en la desocupación y en la miseria, quisieran dar el tiempo conveniente a la oración, conseguirían con ello que el trabajo y la producción volvieran muy pronto a los límites razonables: y la lucha que ahora divide la humanidad en dos grandes campos de batalla, en que se disputan intereses meramente pasajeros, quedaría absorbida en la noble y pacífica contienda por la adquisición de los bienes celestes y eternos (Pío XI, *Charitate Christi*, n. 13).

d) Y SE ABRE EL CAMINO HACIA LA PAZ

De esta manera se abriría también camino a la tan suspirada paz, como bellamente insinúa San Pablo cuando junta el precepto de la oración con los santos deseos de la paz y de la salvación de todos los hombres: *Ante todo, te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los emperadores y por todos los constituídos en dignidad, a fin de que gocemos de vida tranquila y quieta con toda piedad y honestidad. Esto es bueno y grato ante Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad* (1 Tim. 2,1-4).

Para todos los hombres pídase la paz; pero especialmente para aquellos que en las naciones tienen las graves responsabilidades del gobierno. ¿Cómo podrán dar ellos la paz a los pueblos, si ellos no la tienen en sí mismos? Y es precisamente la oración la que, según el Apóstol, debe aportar la paz; la oración que se dirige al Padre celeste, que es Padre de todos los hombres; la oración que es la expresión colectiva de los sentimientos de familia, de aquella gran familia que se extiende más allá de los confines de cualquier país y de cualquier continente.

Los hombres que en todas las naciones ruegan a Dios por la paz sobre la tierra no pueden ser al mismo tiempo los sembradores de la discordia entre los pueblos; los hombres que se vuelven en la oración hacia Dios no pueden fomentar aquel imperialismo nacionalista que hace de cada pueblo el propio Dios; los hombres que miran al Dios *de la caridad y de la paz* (2 Cor. 13,11), que se dirigen a El por medio de Cristo, que *es nuestra paz* (Eph. 2,14), no descansarán hasta que finalmente la paz, que el mundo no puede dar, descienda del Dador de todo bien sobre *los hombres de buena voluntad* (Lc. 2,14).

La paz sea con vosotros (Io. 20,19), fué el saludo pascual del Señor a sus apóstoles y primeros discípulos, y este suavísimo saludo, desde aquellos primeros tiempos hasta nosotros, no ha faltado nunca en la sagrada liturgia de la Iglesia, y hoy más que nunca debe confortar y alegrar a los llagados y oprimidos corazones de los hombres (Pío XI, *Charitate Christi*, n. 14).

II. EVANGELIO

A) Tu quis es?

a) El hombre en su aspecto natural es el verdadero rey de la creación

¿Cuál es la grandeza del hombre, sólo considerándole desde el punto de vista puramente natural, de este ser creado por Dios, dotado por El mismo de un alma espiritual e inmortal, capaz de elevarse hasta la contemplación de las más encumbradas verdades especulativas así como de escudriñar las leyes más secretas de la Naturaleza hasta dominar sus fuerzas; de este ser que puede alimentar en su alma las aspiraciones más sublimes y los sentimientos más puros y más nobles; él, árbitro de sus destinos, dueño responsable de sus actos, verdadero rey de la creación visible que impone su voluntad a las cosas y a los animales? (Cardenal Pacelli, secretario de Estado de S. S. Pío XI, *Carta al presidente de las Semanas Sociales de Francia,* 6 de julio de 1937).

b) Lleva impresa en su alma la imagen de Dios

Porque esta vida mortal, por buena y apetecible que sea, no es lo último para que hemos nacido, sino camino solamente e instrumento para llegar a aquella vida del alma, que será completa con la visión de la verdad y el amor del Sumo Bien. El alma es la que lleva en sí impresa la imagen y la semejanza de Dios, y donde reside el señorío que se ordenó al hombre ejerciese sobre las naturalezas inferiores a él, obligando a la tierra toda y al mar a que para provecho del hombre se le sujetasen (León XIII, *Rerum Novarum,* n. 32).

c) Pero su mayor dignidad le viene de Jesucristo, con su gracia

Jesucristo, libertador del linaje humano, restituyendo y aumentando la antigua dignidad de la naturaleza, ayudó muchísimo a la misma voluntad humana, y añadiéndole de una parte los auxilios de su gracia y proponiéndole por otra la felicidad sempiterna en los cielos, la elevó a cosas mejores (León XIII, *Libertas,* n. 1).

d) Aunque se hayan destruído totalmente los efectos del pecado sobre la naturaleza

El sujeto de la educación cristiana es el hombre todo entero, espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza, con todas sus facultades naturales y sobrenaturales, cual nos lo hacen conocer la recta razón y la revelación; por lo tanto, el hombre, caído de

su estado originario, pero redimido por Cristo y reintegrado en la condición sobrenatural de hijo adoptivo de Dios, aunque no en los privilegios preternaturales de la inmortalidad del cuerpo y de la integridad y equilibrio de sus inclinaciones. Quedan, pues, en la naturaleza humana los efectos del pecado original, particularmente la debilidad de la voluntad y las tendencias desordenadas (Pío XI, *Divini illius Magistri,* n. 34).

e) Le hizo hijo verdadero de Dios

En cuanto a lo que la razón y la fe dicen del hombre, Nos lo hemos expuesto en sus puntos fundamentales en la encíclica sobre la educación cristiana. El hombre tiene un alma espiritual e inmortal: es una persona, adornada admirablemente por el Creador con dones de cuerpo y de espíritu, un verdadero «microcosmo», como decían los antiguos, un pequeño mundo que excede con mucho en valor a todo el inmenso mundo inanimado. Dios sólo es su último fin, en esta vida como en la otra; la gracia santificante lo eleva al grado de hijo de Dios y lo incorpora al reino de Dios en el cuerpo místico de Cristo. Además, Dios lo ha dotado con múltiples y variadas prerrogativas: derecho a la vida, a la integridad del cuerpo, a los medios necesarios para la existencia; derecho a tender a su último fin por el camino trazado por Dios, derecho de asociación, de propiedad y del uso de la propiedad (Pío XI, *Divini Redemptoris,* n. 27).

f) Su fin, es la perfecta semejanza divina

La Iglesia, como entonces expusimos, posee en Dios, en el Hombre-Dios, que es Jesucristo, el invisible pero inquebrantable principio de su seguridad y de su integridad; es decir, de la unidad de su cabeza y de sus miembros, con entera plenitud de su propia vida, que abraza y santifica todo lo que es verdaderamente humano, y endereza y ordena sus múltiples aspiraciones y los fines particulares al fin total y común del hombre, que es la más perfecta semejanza posible con Dios (Pío XII, *Discurso ante los nuevos cardenales,* 20 de febrero de 1946).

g) El desarrollo de su personalidad por la unión con Dios

Todas las almas, cada persona está llamada al goce, a la posesión de Dios. Y después que el pecado constituyó desgraciadamente al hombre objeto de la cólera divina, el Verbo encarnado no vaciló en reconciliarlo con su sangre. Y esto no como privilegio especial para algunos, pues Dios quiere la salvación de todos. No hay una sola persona que no pueda aprovecharse de los méritos de la redención. Cada uno puede decir que Cristo dió su vida por él.

Cada uno en particular puede aplicarse la arrebatadora palabra de San Pablo: *Me amó y se entregó por mí* (Gal. 2,20). Más aún, quien por la gracia divina es templo vivo de la San-

tísima Trinidad, y por la santidad de su vida hace fructificar este incomparable tesoro, haciéndose más y más «conforme con la imagen del Hijo de Dios», ese tal consigue el más sublime desarrollo de su personalidad, hasta poder llegar a decir con el Apóstol, cuyo corazón era ya uno solo con el del Divino Maestro (Gal. 2,20): *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (CARDENAL PACELLI, *Carta al presidente de las Semanas Sociales de Francia,* 6 de julio de 1937).

h) Y EL GOZO ETERNO DE DIOS EN EL CIELO

El hombre, en virtud de la preeminencia de su naturaleza racional, supera a todas las restantes criaturas visibles. Dios, además, quiere que sean engendrados los hombres, no solamente para que vivan y llenen la tierra, sino muy principalmente para que sean adoradores suyos, le conozcan y le amen, y finalmente le gocen para siempre en los cielos; fin que supera, por la admirable elevación del hombre, hecha por Dios, al orden natural (1 Cor. 2,9), cuanto el ojo vió y el oído oyó y ha venido al corazón del hombre (Pío XI, *Casti Connubii,* n. 10).

i) DEL MODO COMO EN EL CUERPO MÍSTICO CADA UNO TIENE UNA MISIÓN DISTINTA

Siendo verdad que los fieles viven una vida social tan intensa que permite considerarles como miembros de un solo cuerpo místico, cuyo jefe es Cristo, no lo es menos que en este cuerpo cada miembro tiene asignada su función especial, puesto que todo cristiano está llamado por Dios a seguirle en un grado y forma convenientes a su capacidad, cualidades y condición especial de vida.

La devoción, dice amablemente San Francisco de Sales, debe ser practicada de forma diferente por un gentilhombre, por un obrero, por un criado, por un príncipe, por la viuda, por la joven, por la esposa. Efectivamente, cada cual tiene su misión que realizar, su campo en que trabajar, su puesto en el combate: tales son precisamente los propósitos de la Acción Católica especializada (CARDENAL PACELLI, *Carta al presidente de las Semanas Sociales de Francia,* 6 de julio de 1937, n. 7).

j) EN LA SOCIEDAD CADA CUAL RECIBE UNA VOCACIÓN PERSONAL

Según la doctrina cristiana, el hombre, dotado de naturaleza social, ha sido puesto en la tierra para que viviendo en sociedad y bajo una autoridad ordenada por Dios cultive y desarrolle plenamente sus facultades a gloria y alabanza de su Creador; y cumpliendo fielmente los deberes de su profesión o vocación, sea cual fuere, logre la felicidad temporal y juntamente la eterna (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 47).

k) Así se establece una perfecta ordenación de derechos y deberes

El hombre, lo mismo que la sociedad civil, tiene su origen en el Creador, quien los ha ordenado mutuamente al uno para la otra; por consiguiente, ninguno de los dos puede eximirse de los deberes correlativos, ni negar o disminuir sus derechos. El Creador mismo ha regulado esta mutua relación en sus líneas fundamentales (Pío XI, *Divini Redemptoris,* n. 33).

l) Y una comunicación social de bienes que redunda en bien de los individuos

El Creador quiere la sociedad como medio para el pleno desenvolvimiento de las facultades individuales y sociales, de la cual el hombre tiene que valerse, ora dando, ora recibiendo, para el bien propio y el de los demás. Hasta aquellos valores más universales y más altos que solamente pueden ser realizados por la sociedad, no por el individuo, tienen, por voluntad del Creador, como fin último el hombre natural y sobrenatural. El que se aparte de este orden conmueve los pilares en que se asienta la sociedad y pone en peligro la tranquilidad, la seguridad y la existencia de la misma (Pío XI, *Mit Brennender Sorge,* n. 28).

B) Et confessus est et non negavit

a) Jesucristo legó a su Iglesia un patrimonio de verdad y de caridad, en el que consiste la vida cristiana

El libertador del linaje humano: Yo, dice de sí mismo, *para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad* (Io. 18,37), y, asimismo, *he venido a poner fuego a la tierra, y ¿qué quiero sino que se encienda?* (Lc. 12,49). En el conocimiento de esta verdad, que es la perfección suma del entendimiento, y en el amor divino, que de igual modo perfecciona la voluntad, consiste toda la vida y libertad cristiana. Y ambas cosas, la verdad y la caridad, como patrimonio nobilísimo legado a la Iglesia por Jesucristo, conserva y defiende ésta con incesante esmero y vigilancia (León XIII, *Sapientiae Christianae,* n. 14).

b) De aquí que el precepto fundamental en el reino de Cristo es el servicio a la verdad y el vínculo de la caridad

Dirigimos cálida e insistente exhortación sobre todo a los ministros del santuario y a los *distribuidores de los misterios de Dios* (1 Cor. 4,1) para que estén siempre vigilantes y sean ejemplares en la enseñanza y en la práctica del amor, sin olvidar jamás que en el reino de Cristo no hay precepto más inviolable ni más funda-

mental y sagrado que el servicio a la verdad y el vínculo de la caridad (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad,* 25 de diciembre de 1939, n. 8).

c) El primer deber del Papa es dar testimonio de la verdad y refutar el error con caridad

Como Vicario de Aquel que en una hora decisiva, delante del representante de la más alta autoridad terrena de entonces, pronunció la augusta palabra: *Yo para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz* (Io. 18,37); Nos estamos persuadidos que el principal deber que nos impone nuestro oficio y nuestro tiempo es dar testimonio de la verdad con fortaleza apostólica: *testimonium perhibere veritati.* Este deber implica necesariamente la exposición y la refutación de errores y de culpas humanas, que es menester conocer para que sea posible el tratamiento y la cura: *conoceréis la verdad y la verdad os librará* (Io. 8,32). En el cumplimiento de este nuestro deber no nos dejaremos influir por consideraciones terrenas, ni titubearemos por desconfianzas y contradicciones, por repulsas e incomprensiones, ni por temor de malas inteligencias y de falsas interpretaciones. Nuestra conducta estará siempre animada de aquella caridad paternal que, mientras sufre por los males que atormentan a los hijos, les señala el remedio; en una palabra, nos esforzaremos por imitar al divino modelo de los pastores, Jesús el Buen Pastor, que es al mismo tiempo luz y amor (Eph. 4,15): *Veritatem facientes in charitate* (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 9).

d) El primer deber del sacerdocio es servir al pueblo toda la verdad y desenmascarar cualquier error

El primero y más obvio don amoroso del sacerdote al mundo es servirle la verdad, la verdad toda entera; desenmascarar y confutar el error, cualquiera que sea su forma o su disfraz. La renuncia a esto sería no solamente una traición a Dios y a vuestra santa vocación, sino un delito de leso bienestar de vuestro pueblo y de vuestra patria (Pío XI, *Mit Brennender Sorge,* n. 35).

e) Toda la Iglesia, cuyo rey es la verdad, anuncia sin errores ni disminuciones la verdad de Cristo

La Iglesia católica, ciudad de Dios, cuyo rey es la verdad, cuya ley la caridad, cuya medida la eternidad (cf. S. Augst., *Ep. 138 ad Marcellin.,* c. 3), anunciando sin errores ni disminuciones la verdad de Cristo, trabajando según el amor de Cristo, con arrojo materno, está como una bienaventurada visión de paz sobre el torbellino de las pasiones, y espera el momento en que la mano omnipotente de Cristo Rey sosegará la tempestad y desterrará los espíritus de discordia que la provocaron (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 37).

f) La Iglesia está angustiada ante el diluvio de errores que entenebrecen la verdad y acumulan ruinas espirituales

Con viva y angustiosa ansia nos vemos obligados a contemplar manifiestas ante nuestros ojos las ruinas espirituales que se van acumulando a causa de un intenso diluvio de ideas que, más o menos intencionada o veladamente, entenebrece y deforma la verdad en los ánimos de tantos individuos y de tantos pueblos, se hallen o no envueltos en la guerra (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad,* 25 de diciembre de 1939, n. 9).

g) La verdad es la madre y la garantía de la libertad humana

Como la verdad manifestada y difundida suele, por sí misma, propagarse fácilmente y penetrar poco a poco en los entendimientos de los hombres, por esto Nos, obligados en conciencia por el cargo santísimo apostólico que ejercemos para con todas las gentes, declaramos con toda libertad, según es nuestro deber, lo que es verdadero, no porque no tengamos en cuenta la razón de nuestros tiempos o porque creamos deber rechazar los adelantos útiles y honestos de esta edad, sino porque quisiéramos encaminar las cosas públicas por caminos más seguros y darles fundamentos más firmes, quedando incólume la verdadera libertad de los pueblos y teniendo presente que la verdad es la madre y la mejor guardadora de la libertad humana (Io. 8,32): *la verdad os librará* (León XIII, *Immortale Dei,* n. 51).

h) Para echar raíces necesita almas sinceras y procedimientos de verdad

Pero el sacerdote católico es, además, ministro de Cristo y *dispensador de los misterios de Dios* (1 Cor. 4,1) con la palabra, con aquel *ministerio de la palabra* (Act. 6,4) que es un derecho inalienable y a la vez un deber imprescindible que le ha sido impuesto por el mismo Cristo Nuestro Señor: *Id, pues; enseñad a todas las gentes..., enseñándolas a observar cuanto yo os he mandado* (Mt. 28,19-20). La Iglesia de Cristo, depositaria y guarda infalible de la divina revelación, derrama por medio de sus sacerdotes los tesoros de la verdad celestial, predicando a Aquel que es *luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre* (Io. 1,9), esparciendo con divina profusión aquella semilla, pequeña y despreciable a la mirada profana del mundo, pero que, como el grano de mostaza del Evangelio (Mt. 13,31-32), tiene en sí la virtud de echar raíces sólidas y profundas en las almas sinceras y sedientas de verdad, y hacerlas como árboles que resistan a los más recios vendavales (Pío XI, *Ad Catholici Sacerdotii,* n. 18).

i) La Iglesia, columna y fundamento de la verdad, proclama contra toda tergiversación las normas fundamentales de un orden nuevo

La Iglesia no trata de tomar partido por una u otra de las formas particulares y concretas con las cuales cada pueblo y Estado tienden a resolver los problemas gigantescos de orden interior y de colaboración internacional, cuando respetan la ley divina; pero, por otra parte, la Iglesia, *columna y fundamento de la verdad* (1 Tim. 3,15) y custodia, por voluntad de Dios y por misión de Cristo, del orden natural y sobrenatural, no puede renunciar a proclamar ante sus hijos y ante el universo entero las normas fundamentales e inquebrantables, preservándolas de toda clase de tergiversaciones, oscuridades, impurezas, falsas interpretaciones y errores, tanto más cuanto que de su observancia, y no meramente del esfuerzo de una voluntad noble e intrépida, depende en último término la estabilidad de cualquier orden nuevo, nacional e internacional, invocado con ardoroso anhelo por todos los pueblos (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad,* 25 de diciembre de 1942, n. 4).

j) Una de esas normas fundamentales es la verdad en las palabras y en los convenios

La victoria sobre la desconfianza, que grava como peso deprimente el Derecho internacional y hace impracticable toda veraz inteligencia mutua; la vuelta, por consiguiente, al principio de la fidelidad incorrupta, hermana de la justicia; aquella fidelidad en la observancia de los pactos, sin la cual no es posible la segura convivencia de los pueblos y, sobre todo, la coexistencia de pueblos poderosos y débiles. El fundamento—proclamaba la antigua sabiduría romana—de la justicia es la fidelidad; es decir, la inmutabilidad y la verdad de las palabras y de los convenios (Pío XII, *Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio,* 24 de diciembre de 1940, n. 26).

k) Para garantizarla es necesario crear instituciones adecuadas

Para que renazca la recíproca confianza deben surgir instituciones que, ganándose el respeto general, se dediquen al nobilísimo oficio ya de garantizar el sincero cumplimiento de los tratados, ya de promover, según los principios del derecho y de la equidad, oportunas revisiones y correcciones (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad,* 25 de diciembre de 1941, n. 27).

mo puede sostenerse un contrato cualquiera y qué valor puede tener un tratado donde falta toda garantía de conciencia? Y ¿cómo puede hablarse de garantía de conciencia donde ha venido a menos toda fe en Dios, todo temor de Dios? Quitada esta base, se derrumba con ella toda ley moral y no hay remedio que pueda impedir la gradual, pero inevitable ruina de los pueblos, de la familia, del Estado, de la misma civilización humana» (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 74).

ll) Frente a la insinceridad en los acuerdos libremente contraídos, la Santa Sede tuvo siempre por norma la fidelidad a lo estipulado

Hemos apelado a todo para defender la santidad de la palabra solemnemente dada y la inviolabilidad de las obligaciones voluntariamente contraídas, contra teorías y prácticas que, si hubiesen llegado a admitirse oficialmente, habrían disipado toda esperanza y desvalorizado intrínsecamente toda palabra dada, aun para el porvenir. Si llega el momento de exponer a los ojos del mundo estos nuestros esfuerzos, todos los bienintencionados sabrán dónde hay que buscar los defensores de la paz y dónde sus perturbadores. Todo el que haya conservado en su ánimo un residuo de amor a la verdad, y en su corazón una sombra del sentido de justicia, tendrá que admitir que en los años difíciles y gravemente azarosos que siguieron al Concordato, cada una de nuestras palabras y de nuestras acciones tuvo por norma la fidelidad a los acuerdos estipulados. Pero deberá también reconocer, con estupor y con íntima repulsa, cómo por la otra parte se ha erigido en norma ordinaria el desfigurar arbitrariamente los pactos, eludirlos, desvirtuarlos y, finalmente, violarlos más o menos abiertamente (Pío XI, *Mit Brennender Sorge*, n. 4).

m) La insinceridad, estigma de nuestra época, se considera hoy como parte de la técnica en el arte de formar la opinión pública

El estigma de nuestra época lleva estampado en la frente la causa de su disgregación y decadencia; es la tendencia cada vez más clara a la insinceridad. Falta de veracidad, que no es solamente un expediente ocasional o un refugio para salir del paso en momentos de dificultades inesperadas o de obstáculos imprevistos. No; hoy parece casi elevada a sistema y realzada al grado de una estrategia, en donde la mentira, el desvirtuar las palabras y los hechos y el engaño se han convertido en clásicas armas ofensivas, que algunos esgrimen con maestría, orgullosos de su habilidad. Hasta tal punto el olvido de todo sistema moral es, a sus ojos, parte integrante de la técnica moderna en el arte de formar la opinión pública, de dirigirla, de someterla al servicio de la propia política, resueltos como están a triunfar, cueste lo que cueste, en las luchas de intereses y de opiniones, de doctrinas y de hegemonías (Pío XII, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 338).

n) AL IGUAL QUE HERODES, SE PRETENDE, CON ENGAÑOS, CONVERTIR A LOS PUEBLOS EN INSTRUMENTOS CIEGOS DE DESIGNIOS OCULTOS

Como en un tiempo Herodes, ansioso de acabar con la vida del Niño de Belén, encubrió sus intentos bajo la máscara de la devoción y se esforzó por convertir a los magos, de corazón recto, en inconscientes espías (Mt. 2,8), así hoy los modernos imitadores de Herodes hacen todo lo posible por ocultar a los pueblos sus verdaderos designios y convertirlos en ciegos instrumentos de sus instituciones (Pío XII, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 338).

ñ) LA IGLESIA DENUNCIA A LOS SEMBRADORES DE MENTIRAS, VERDADEROS LOBOS DISFRAZADOS DE OVEJAS

La Iglesia, siempre rebosante de caridad y de bondad para con los descarriados, pero fiel a las palabras de su divino Fundador, que ha declarado: *El que no está conmigo, está contra mí* (Mt. 12,30), no puede faltar a su deber de denunciar el error y de arrancar la máscara a los sembradores de mentiras, que se presentan como lobos disfrazados con pellicas de oveja, como precursores e iniciadores de una nueva era feliz, y de advertir a los fieles que no se dejen extraviar del recto camino ni engañar con falaces promesas (Pío XII, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 338).

o) Y PROCLAMA QUE NADIE TIENE DERECHO A RECURRIR A LA MENTIRA PARA RESTRINGIR EL USO DE LAS JUSTAS LIBERTADES

Ninguno que pretenda hoy día hacer valer el peso de sus convicciones y de sus actos en la balanza del destino de los pueblos para el presente o para el porvenir, sea cual sea el campo o partido social o político a que pertenezca, tiene derecho a enmascarar su faz, a querer aparecer lo que no es, a recurrir a la estrategia de la mentira, de la contrición y de la amenaza, para restringir el ejercicio de sus justas libertades y de sus derechos civiles en los honrados ciudadanos de todos los países. Por eso, amados hijos, os decimos: mañana celebraremos el nacimiento de Aquel de cuyos labios salió el grito de (Io. 8,32) *Veritas liberabit vos* (Pío XII, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 338).

C) Ego vox clamantis in deserto

a) EL PAPA, DESPUÉS DE MADURO EXAMEN, SE DETERMINÓ A ELEVAR SU VOZ

Largo tiempo meditó delante del Señor aquel prudentísimo Pontífice este estado de cosas; llamó a consejo a varones sabios, consideró atentamente y en todos sus aspectos la importancia del asun-

to, y, por fin, urgido por la «conciencia de su oficio apostólico» y para que su silencio no pareciera abandono de su deber, determinó hablar a toda la Iglesia de Cristo y a todo el género humano con la autoridad del divino magisterio a él confiado (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 2).

b) No puede callar la Iglesia ante las dificultades que se oponen a la vida cristiana

¿Cómo podría ser lícito a la Iglesia, Madre tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, permanecer indiferente espectadora de sus peligros, callar o fingir que no ve condiciones sociales que, a sabiendas o no, hacen difícil y prácticamente imposible una conducta de vida cristiana guiada por los preceptos del Supremo Legislador? (Pío XII, *Discurso de 1 de junio de 1941:* «Ecclesia», n. 12).

c) Y quiere sacudir a toda costa la conciencia del mundo del letargo en que se encuentra

Hoy más que nunca suena la hora de reparar, de sacudir la conciencia del mundo del grave letargo en que lo han hecho caer los tóxicos de las falsas ideas, ampliamente difundidas, tanto más cuanto que en esta hora de desastre material y moral el conocimiento de la fragilidad y de la inconstancia de todo ordenamiento puramente humano está desengañando aun a los que, en días aparentemente felices, no sentían en sí y en la sociedad la falta de contacto con lo eterno y no consideraban esta falta como un defecto esencial de sus construcciones (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 35).

d) La voz de la Iglesia clama: Estamos ante un problema urgente y peligroso

Pero es difícil de resolver y no carece de peligro. Porque es difícil dar la medida justa de los derechos y obligaciones que regulan las relaciones de los ricos y proletarios, de los que aportan el capital y el trabajo. Y peligrosa es una contienda que por hombres turbulentos y maliciosos frecuentemente se tuerce para pervertir el juicio de la verdad y mover a sediciones la multitud.

Como quiera que sea, vemos claramente, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto caso que inicuamente se hallan la mayor parte de ellos en una condición mísera y calamitosa (León XIII. *Rerum Novarum*, n. 1 y 2).

e) Que tiene suspensos a los hombres más eminentes

La cual guerra cuánta gravedad entraña, se colige de la viva expectación que tiene los ánimos suspensos, y de lo que ejercita los ingenios de los doctos, las juntas de los prudentes, las asam-

bleas populares, el juicio de los legisladores, los consejos de los príncipes: de tal manera, que no se halla ya cuestión ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que ésta preocupe los ánimos de los hombres (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 1).

f) SI NO SE REMEDIA SERÁ IMPOSIBLE GARANTIZAR LA PAZ Y EVITAR LA REVOLUCIÓN

Todo esto que nuestro predecesor no sólo insinuó, sino proclamó clara y explícitamente, queremos una y otra vez inculcarlo en esta nuestra encíclica, porque si con vigor y sin dilaciones no se emprende para llevarlo a la práctica, es inútil pensar que puedan defenderse eficazmente el orden público, la paz y la tranquilidad de la sociedad humana contra los promovedores de la revolución (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 27).

g) POR ESO LA IGLESIA CONVOCA PARA UNA CRUZADA A LOS MEJORES MIEMBROS DE LA CRISTIANDAD

Concierne a los mejores y más selectos miembros de la cristiandad, penetrados de un sentimiento de cruzados, el reunirse en espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de «¡Dios lo quiere!», prestos a servir, a sacrificarse, como los antiguos cruzados. Si entonces se trataba de la liberación de la tierra santificada por la vida del Verbo de Dios encarnado, hoy se trata, si podemos expresarnos así, de una nueva travesía, superando el mar de los errores del día y del tiempo, para libertar la tierra santa espiritual, destinada a ser la base y el fundamento de las normas y leyes inmutables para las construcciones sociales, de interna y sólida consistencia (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1942*, n. 37).

D) Dirigite viam Domini

a) ES DEBER DE TODOS PREPARAR LA VENIDA DE CRISTO AL MUNDO

El deber de todos los fieles es preparar espiritualmente, con la oración y con el ejemplo, con la purificación y con la penitencia, con el trabajo y con el sacrificio, este futuro encuentro de Cristo y el mundo, necesitado como nunca de su luz y de su gracia (Pío XII, *Discurso al Sacro Colegio*, 2 de junio de 1942: «Ecclesia», n. 668).

b) CON PLENA CONFIANZA EN DIOS Y SIN DESANIMARSE ANTE LOS OBSTÁCULOS

No os espantéis, amados hijos, por las dificultades extrínsecas, ni os desaniméis por los obstáculos provenientes del creciente paganismo de la vida pública. No os dejéis engañar por los fabricantes de errores o de teorías malsanas, tristes corrientes endereza-

das a no intensificar, sino más bien a desvirtuar y corromper la vida religiosa; corrientes que pretenden que, pues la redención pertenece al orden de la gracia sobrenatural, y es, por consiguiente, obra exclusiva de Dios, no necesita de nuestra cooperación sobre la tierra (Pío XII, *Discurso de Pentecostés:* «Ecclesia», n. 13).

c) No es hora de lamentos, sino de acción

No lamentos, sino acción, es el precepto de la hora presente; no lamentos sobre lo que es o lo que fué, sino reconstrucción de lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1942:* «Ecclesia», n. 57).

d) No es hora de perezosa tranquilidad, sino de actividad y de lucha

Mas para un cristiano consciente de su responsabilidad, aun para el más pequeño de sus hermanos, no hay tranquilidad perezosa ni existe la fuga, sino la lucha, el combate, contra toda inacción y deserción en la gran contienda espiritual en la que se propone como galardón la construcción, más aún, el alma misma, de la sociedad futura (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1942:* «Ecclesia», n. 56).

e) La paz nada tiene que ver con la pereza para el estudio ni con la terquedad en aferrarse a lo antiguo

¡Oh feliz tranquilidad, tú no tienes nada de común con el aferrarse duro y obstinado, tenaz e infantilmente terco, a lo que existe; ni con la repugnancia, hija de la pereza y del egoísmo, a aplicar la mente a los problemas y a las cuestiones que el andar de los tiempos y el curso de las generaciones, con sus exigencias y con el progreso, hacen madurar y arrastran consigo como inaplazable necesidad del presente! (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1942,* n. 26).

f) Es tiempo de heroísmos y de verdadera santidad

Hoy es necesaria la grandeza de un cristianismo vivido en su plenitud, con constancia perseverante. Es necesaria la fuerte legión de aquellos hombres y mujeres que, viviendo en medio del mundo, se hallan siempre dispuestos a combatir por la fe, por la ley de Dios y por Jesucristo (Pío XII, *Normas a los grupos italianos del Renacimiento Cristiano:* «Ecclesia», 1943, n. 117).

g) No se admiten huídas cobardes

Pensativos por las dificultades que hay que superar, desilusionados tal vez por pruebas fracasadas anteriormente, no imitéis al profeta Elías, fugitivo y desalentado, cuando, sentándose a la

sombra de un enebro, se echa a dormir con triste resignación invocando a la muerte, sino al profeta Elías, que sobre el monte Carmelo desafía a los adoradores de Baal y con su oración, su palabra y su obra conduce a su pueblo al culto del verdadero Dios (Pío XII, *Discurso a los Hombres de Acción Católica).*

h) Ni se perdonaría el temor

Ningún cristiano tiene derecho a dar señales de estar cansado en la lucha contra la oleada antirreligiosa de la hora presente. Poco importa cuáles puedan ser las formas, los métodos, las armas, las palabras ridículas o amenazadoras, el disfraz con que se encubre el enemigo. A nadie se le podría perdonar que ante ella se quedase con los brazos cruzados, la cabeza baja y temblándole las piernas (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1946).*

E) Medius autem vestrum stetit quem vos nescitis

a) Jesucristo tiene especial predilección para con los pobres

En ninguna otra parte de la tierra podrán hallar más completa felicidad, sino en la casa de Aquel que siendo rico se hizo por nosotros pobre, para que con su pobreza llegáramos nosotros a ser ricos (2 Cor. 8,9); que fué pobre y estuvo entregado al trabajo desde su juventud; que invita a Sí a todos los agobiados con trabajos y cargas (Mt. 11,28) para confortarlos plenamente en el amor de su Corazón y que, finalmente, sin acepción de personas, exigirá más a aquellos a quienes dió más (*Lc.* 12,48) y premiará a cada cual (Mt. 16,27) conforme a sus obras (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 51).

b) Por eso la Iglesia ve en el pobre al mismo Jesucristo

Ordena, además, que el derecho de propiedad y de dominio, procedente de la naturaleza misma, se mantenga intacto e inviolado entre las manos de quien lo posee, porque sabe que el robo y la rapiña han sido condenados en la ley natural por Dios, autor y guardián de todo derecho: hasta tal punto, que no es lícito ni aun desear los bienes ajenos, y que los ladrones, lo mismo que los adúlteros y los adoradores de los ídolos, están excluídos del reino de los cielos. No por eso, sin embargo, olvida la causa de los pobres, ni sucede que la piadosa Madre descuide el proveer a las necesidades de éstos, sino que, por el contrario, los estrecha en su seno con maternal afecto, y, teniendo en cuenta que representan la persona de Cristo, el cual recibe como hechos a sí mismo los bienes concedidos hasta al último de los pobres, les honra grandemente y de todas las maneras posibles los sustenta; se emplea con toda solicitud en levantar por todas partes casas y hospicios, donde son recogidos, alimentados y cuidados, tomándolos bajo su tutela (León *XIII, Quod Apostolici Muneris,* n. 29).

c) También Jesucristo quiso hacerse trabajador para que el trabajador fuera otro Cristo

A los que carecen de bienes de fortuna enséñales la Iglesia a no tener a deshonra, como no la tiene Dios, la pobreza, y no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando. Todo lo social lo confirmó con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar a los hombres se hizo pobre siendo rico (2 Cor. 8,9) y aunque era Dios e Hijo de Dios, quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano, y aun no rehusó gastar una gran parte de su vida trabajando como artesano. Mc. 6,3: *¿No es acaso el carpintero hijo de María?* (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 20).

d) Y quiso dignificar al trabajador y al trabajo

¡Oh trabajadores!, acercaos al pesebre de Jesús. No os parezca hórrida aquella cueva y aquel refugio del Hijo de Dios; no por casualidad, sino por profundo e inefable designio, encontraréis allí únicamente sencillos trabajadores: María, la Madre virgen, de familia trabajadora; José, el padre de familia, trabajador; los pastores que guardan la grey y, finalmente, los magos, venidos desde Oriente; trabajadores manuales, pastores vigilantes, trabajadores del pensamiento, todos ellos se postran y adoran al Hijo de Dios, que con su consciente y amable silencio, más fuerte que la palabra, les explica a todos el sentido y la virtud del trabajo. No es éste tan sólo trabajo de los miembros humanos desprovisto de sentido y de valor, y mucho menos una humillante servidumbre. El trabajo es servicio de Dios, don de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, merecedor de un eterno descanso (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1943*, n. 17).

e) Penetrándolo con su gracia redentora

Levantad y tened alta vuestra frente, trabajadores. Mirad al Hijo de Dios, que con su Eterno Padre creó y ordenó el universo, y hecho hombre al igual que nosotros, con excepción del pecado, y crecido en edad entra en la grande comunidad del trabajo, y en su misión salvadora se cansa consumiendo su vida terrenal. El, Redentor del género humano, que con su gracia, que penetra nuestro ser y obrar, eleva y ennoblece todo trabajo honesto, el alto y el bajo, el grande y el pequeño, el agradable y el penoso, el material y el intelectual, a un valor meritorio y sobrenatural delante de Dios, uniendo así todo desenvolvimiento de la multiforme actividad humana en una única y constante glorificación del Padre en el cielo (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1943*, n. 18).

f) Por eso el Papa exhorta a que veamos en los obreros a otros Cristos necesitados

Deseamos, pues, venerables hermanos, que sea más y más explicado, de palabra y por escrito, este divino precepto, precioso distintivo dejado por Cristo a sus verdaderos discípulos: este precepto que nos enseña a ver en los que sufren a Jesús mismo y nos obliga a amar a nuestros hermanos como el divino Salvador nos ha amado; es decir, hasta el sacrificio de nosotros mismos y. si es necesario, aun de la propia vida (Pío XI, *Divini Redemptoris,* n. 47).

g) Nadie, pues, ni El mismo puede ignorar o violar la dignidad humana del trabajador

Nadie puede impunemente violar la dignidad del hombre, de la que el mismo Dios dispone con gran reverencia, ni impedirle que tienda a aquella perfección que es a propósito para la vida sempiterna que en el cielo le aguarda.

Más aún, ni el hombre mismo, aunque quiera, puede en esta parte permitir que se le trate de un modo distinto del que a su naturaleza conviene ni querer que su alma sea esclava, pues no se trata aquí de derechos de que libremente pueda disponer el hombre, sino de deberes que le obligan para con Dios y que tiene que cumplir religiosamente (León XIII, *Rerum Novarum,* n. 32).

h) El haberse olvidado de esta verdad llevó a los obreros hacia el abismo

Era natural que marchando los directores de la economía por camino tan alejado de la rectitud, la masa de los obreros se precipitara a menudo por el mismo abismo; tanto más que muchos de los patronos utilizaron a los obreros como meros instrumentos, sin preocuparse nada de sus almas y sin pensar siquiera en sus intereses superiores (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 54).

i) Y entre ellos hay que incluír a los agricultores

Es cierto que aun hoy no es éste el único modo vigente de organización económica, existen otros dentro de los cuales vive una muchedumbre de hombres muy importante por su número y por su valer, por ejemplo, la profesión agrícola; en ella la mayor parte del género humano, honesta y honradamente, halla su sustento y su bienestar. Tampoco están libres de las estrecheces y dificultades que señalaba nuestro predecesor en no pocos lugares de su encíclica, y a las que también Nos en ésta hemos aludido más de una vez.

Pero el régimen económico «capitalista» se ha extendido muchísimo por todas partes, después de publicada la encíclica de León XIII, a medida que se extendía por todo el mundo el industrialismo. Tanto, que aun en la economía y la condición social de los que se hallan fuera de su esfera de acción está invadida y penetrada de él, y sienten y en alguna manera participan de sus ventajas e inconvenientes y defectos (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 38).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. LA EMBAJADA DE LOS CORINTIOS A ALEJANDRO MAGNO

«El cabildo y regimiento de la populosa y fortísima ciudad de Corinto. a quien llama Cicerón lumbre de toda la Grecia, teniendo noticia del poder del magno Alejandro y de sus hazañas y victorias, y pareciéndole que con tal señor estarían defendidos y muy honrados, le enviaron sus embajadores ofreciéndole su república y dándosele por sus vasallos. Rióse el ambicioso rey de aquel ofrecimiento, porque para su codicia insaciable de reinar era pequeña presa, no digo la ciudad, sino el mundo entero; pues se sabe que oyendo afirmar al filósofo Anaxágoras que había muchos mundos, lloró con pesar de que siendo tantos aún, no tenía él conquistado uno. Mas visto por los legados el poco caso que hizo de su oferta, le dijo uno de ellos: «Ten en mucho el dominio de nuestra ciudad, porque nunca lo dimos sino a ti y a Hércules». Oído esto, admiróse de bonísima gana Alejandro de la honra que le daban; y preciándola por ser tan rara y porque le igualaban con Hércules, varón excelentísimo.

Hoy los príncipes de Jerusalén y aquel cabildo más florido del mundo, convencidos de la gran opinión y santidad prodigiosa del Bautista Juan, le envían a convidar con el reino de Israel y desde la ciudad metropolitana le despachan mensajeros graves y de autoridad, sacerdotes y levitas; que le pregunten quién es, y de su parte le ofrezcan la dignidad de Mesías y le rindan el ecleşiástico homenaje, alzándole en su nombre por su Dios y rey. No se rió, sino escandalizóse el Bautista de semejante embajada, porque era más humilde que Alejandro soberbio y gozaba con más razón del nombre de Magno, como dado por Dios y no por los hombres. *Erit enim magnus coram Domino* (Lc. 1,15). Y si Alejandro recibe la honra por extraordinaria y por igualarse con Hércules, San Juan la desecha por ser única y singular, a ninguno jamás concedida, ni hombre en la tierra, ni ángel en el cielo; y por no igualarse con Cristo, verdadero Dios y hombre, cuya era aquella investidura. Y así lo protesta respondiendo a los embajadores: «Yo no soy Cristo, aunque soy su voz. No viene a mí este sobrescrito, sino a otro mejor y anterior a mí; que con estar enmedio de vosotros no le conocéis; y estoy yo tan lejos de emparejarle, que no merezco descalzarle los zapatos»... (cf. FRAY ALONSO DE CABRERA, o. c., serm. 2 del 3.er dom. de Adv., p. 554-555).

II. COMO SE CONOCE LA PROPIA VOCACION

Es evidente que todos los hombres son llamados por Dios con una vocación determinada y que esta vocación ejerce en la vida de cada uno influencia definitiva. San Alfonso María de Ligorio decía: «Resulta indudable que nuestra salvación depende principalmente de la elección de estado» (cf. *Avisos sobre la voc. relig.*, § 1.º, Barcelona 1871). Para Fray Luis de Granada, la vocación es «la rueda maestra de nuestra vida». Por su parte San Gregorio Nacianceno afirmaba que «así como los relojes, colocada mal la primera rueda, anda desconcertada toda la máquina, así, en orden a nuestra salvación, si se yerra en la elección de estado, toda la vida se experimentarán los efectos tristes de error semejante. Si, pues, queremos salvarnos, es necesario que al tratar del estado que se ha de elegir sigamos la vocación divina, en la cual solamente Dios tiene a cada uno preparados los auxilios eficaces con los que obtendrá la salvación», de acuerdo con aquella sentencia del Apóstol (1 Cor. 7,7): *Cada uno tiene de Dios su propia gracia.* Cornelio a Lapide decía: «Dios da a cada uno su vocación y elige y determina el estado en el cual quiere salvarnos» (cf. *Comm. in Scrip. Sacr.*, vol. 18, *In epist. Div. Pauli*, ed. Vivès [Parisiis 1880], p. 302-304).

Pero ha sido sobre todo San Ignacio de Loyola quien en su libro inmortal de los *Ejercicios espirituales* ha tratado más claramente este tema de la vocación. Según él (cf. *Libro de los Ejercicios:* BAC, *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, p. 194ss), hay tres tiempos «para hacer sana y buena elección».

A) *Primera manera o tiempo: La vocación del P. Ginhac.*

Se ha llamado a este primer tiempo el de la iluminación súbita. Pero digámoslo con las mismas palabras ignacianas: «El primer tiempo es cuando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado; así como San Pablo y San Mateo lo hicieron en seguir a Cristo nuestro Señor». Podrían ponerse, como ejemplo de esta vocación, la de San Antonio, la de San Francisco de Borja o la de San Luis Gonzaga. Pero escogemos un caso en el que se muestra aún más esta iluminación repentina.

«Acabada la misión, Pablo Ginhac me vino a ver. Al entrar me dijo: «Bien, hermana mía, ya se acabó. Quiero darme del todo a Dios y entrar jesuíta. Me voy al noviciado de Aviñón». Yo no podía creer en cambio tan repentino. Gruesas lágrimas caían de mis ojos. «Pero, Pablo, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha obrado Dios esta conversión?» Pablo respondió: «Después de la magna procesión, a la vuelta de una calle, topé con unas andas llevadas por unos jóvenes sobre las cuales iba un Santo Cristo. De repente me pareció que esta figura estaba resplandeciente y traspasaba mi corazón.

Me hizo bajar los ojos y me sentí cambiado por dentro. Desde entonces no me conozco y estoy en disposición de entregarme todo a Dios» (cf. A. CALVET, S. I., *Le Père Paul Ginhac, de la Compagnie de Jésus*, p. 18, Tournai-Toulouse 1904).

B) *Segunda manera o tiempo: la vocación de Santa Margarita María de Alacoque.*

Volvamos a San Ignacio: «El segundo cuando se toma asaz claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones, y por experiencia de discreción de varios espíritus» (cf. ibíd.).

Tomamos como ejemplo la vocación de Santa Margarita María de Alacoque (cf. *Autobiografía*, p. 14-66, Bilbao 1890): «Me llevaron a una casa religiosa, donde me prepararon para la primera comunión... Tenía vivas ansias de hacer todo lo que veía practicar a las religiosas, considerándolas a todas como santas y pensando que si lo fuera llegaría a ser como ellas. Por lo cual se apoderó de mí tan gran ansia de serlo, que a esto solo esperaba... El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que derramaba mi madre y diciéndome que si me hacía religiosa la mataría de pena... Sentía un tormento insoportable, porque tan tierna y mutuamente nos amábamos que no podíamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror a la impureza no cesaban de importunarme... Comencé, pues, a mirar al mundo y a componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía... Pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir los varios adornos..., lloraba amargamente... Habiendo llegado, finalmente, el día tan apetecido de dar el adiós al mundo, sentí tal gozo y firmeza en mi corazón que estaba como insensible, tanto al cariño como al dolor que me manifestaban todos»...

C) *Tercera manera o tiempo: La vocación de Santa Teresa de Jesús.*

«El tercero tiempo—dice San Ignacio (cf. ibíd.)—es tranquilo, considerando primero para qué es nacido el hombre, es a saber, para alabar a Dios nuestro Señor y salvar su ánima, y esto deseando, elige por medio una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia, para que sea ayudado en servicio de nuestro Señor y salvación de su ánima. Dije tiempo tranquilo, cuando el ánima no es agitada de varios espíritus y usa de sus potencias naturales líbera y tranquilamente».

Daremos como ejemplo la vocación de Santa Teresa, según la refiere ella misma (cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 3 y 4, p. 606-608: BAC, *Obras completas*, t. 1, Madrid 1951):

«Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios... y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña; de que no era todo nada y la vanidad del mundo y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor

y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle... Más me parece que me movía un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por El... Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hábito...

En estos días... había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile y concertamos entrambos de irnos... muy de mañana al monasterio. adonde estaba aquella mi amiga, que era al que yo tenía mucha afición... Acuérdaseme... que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento que cuando me muera... Era todo haciéndome una fuerza tan grande que si el Señor no me ayudara no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.

En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, lo cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A las horas me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy...»

III. LA VOCACION DE LOS PUEBLOS Y NACIONES: EL IMPERIO ROMANO

El pensamiento de que Dios rige el destino de los pueblos y llama a las naciones, al igual que llama a los individuos, con una determinada vocación, es de pura cepa española y se halla por vez primera en las poéticas páginas de nuestro vate cesaraugustano Prudencio.

«La victoria cristiana sirve a Prudencio, en el poema contra Símaco, para exponer nuevas ideas providencialistas. No fué la diosa Victoria, retirada por Teodosio del Senado; ni Venus, la madre de Eneas, ni fueron los demás dioses la causa de la grandeza romana, sino el esfuerzo de los legionarios, en lo cual el poeta repite ideas ya expresadas por San Ambrosio; pero luego va más allá; la gloria, el poder de Roma y sus legionarios son obra de Dios, que quiso reunir bajo un solo imperio los pueblos separados por lenguas y cultos varios; ya igualados todos por el comercio, por el derecho, por las artes y por los matrimonios, las más extrañas gentes mezclan su sangre y se hacen todas una sola familia; de este modo la paz romana preparó el mundo para la venida de Cristo, en quien todos los hombres han de hermanarse, unidos en corazón y en mente.

Tal manera de ver cambia por completo el concepto histórico acerca de Roma. Prudencio siente admirativo orgullo ante las estatuas triunfales de Fabricios, Drusos y Camilos, y ante todas las magnificencias de la gran ciudad, patria de esos varones; pero extranjero en ella y cristiano, para él la misión de Roma no pue-

de ser el regir los pueblos sometidos, que dijo Virgilio, y que ya no era verdad hacía mucho, sino que el destino de Roma está más alto que ella; el imperio romano no tiene su fin en sí mismo; si ha fundido en una ciudadanía jurídica y cultural a todos los hombres fué para disponerlos a otra catolicidad superior. Así, en época de Honorio, cuando ya el gran organismo se tambaleaba caduco, Prudencio, mirando hacia el pasado, percibe la importancia histórica del imperio con más grandeza que los que lo exaltaban mirando al presente en la época de plenitud y crecimiento. Tenemos ya en el poeta español una interpretación unitaria del desenvolvimiento del mundo; no falta sino que diez años más tarde un africano también, gran entusiasta de las glorias romanas, empiece a sistematizar el mismo pensamiento de Prudencio en los primeros libros de la *Ciudad de Dios*, para que tengamos completa la filosofía providencialista de la historia que guiará a las naciones venideras» (cf. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL., *Historia de España*. t. 2, España Romana [Espasa-Calpe, Madrid 1935], p. XXXII-XXXIII).

IV. LA VOCACION DE ESPAÑA

«Dios nos conservó la victoria, y premió el esfuerzo perseverante, dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza forzó el cabo de las Tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamástor, y reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas de Ceilán y las perlas que adornaban la cuna del Sol y el tálamo de la Aurora. Y el otro ramal fué a prender en tierra intacta aún de caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco.

¡Dichosa edad aquella, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar el sol en su carrera. Nada parecía ni resultaba imposible: la fe de aquellos hombres, que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, y salvar, por el ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bátavas, con la espada en la boca y el agua en la cintura, y el entregar a la Iglesia Romana cien pueblos por cada uno que le arrebataba la herejía.

España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los

arevacos y de los vectones o de los reyes de taifas»... (cf. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles. Epílogo*, ed. del Cons. Sup. de Invest. Cient., t. 6 [1948], p. 507-508).

V. LA HUMILDAD DEL PREDICADOR

«A principios de 1569 aparece Belarmino en Lovaina, enseña en la Universidad, comenta la *Summa* del Doctor Angélico, refuta los errores semiluteranos de Bayo y aprende el hebreo en una gramática compuesta por él mismo. Al propio tiempo predica infatigablemente y con fruto y aplauso de católicos y protestantes. De aquellos días es esta anécdota que nos cuenta él mismo: Yendo un día a predicar un sermón, juntósele un alto personaje de la ciudad, el cual, no conociéndole, comenzó a hacerle preguntas acerca del predicador, alabándole más de lo que merecía, y después de algún tiempo cortó la conversación con estas palabras: «Veo que vais muy despacio; yo, con vuestro permiso, voy a apresurarme para coger sitio». «Haced lo que os plazca, contestó él, que a mí no me faltará sitio en este sermón» (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *San Roberto Belarmino* [13 de mayo]. *Año Cristiano*, t. 2, p. 304).

VI. EL OBISPO MENDIGO

«Hubo una recepción solemne en el palacio episcopal. Pasaron obispos, magnates, damas y prelados regulares. Tras ellos se presenta un hombre de sotana raída, pies descalzos y aspecto de mendigo. El portero le rehusa la entrada, diciendo: «Llegas tarde, hace rato que se dió la limosna a los pobres». Pero un paje acudió gritando: «¿Qué haces, miserable?» Es nuestro señor, es nuestro prelado. El portero entonces cayó de rodillas deshaciéndose en excusas; pero San Norberto le hizo callar diciendo: «Nada temas, hermano; te felicito, porque me conoces mejor que todas esas gentes que me obligan a entrar en este palacio, del cual soy indigno» (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *San Norberto* [6 de junio]: *Año Cristiano*, t. 2, p. 477).

VII. LA HUMILDAD EXALTADA

Estaba por proveer la plaza de organista de Granada y mandó poner cartas de edicto para la provisión el arzobispo don Pedro Guerrero. Concurrió una muchedumbre de opositores. Un pobre peregrino llamado Silvestre permaneció con su capa parda y muy tímido, arrimado a un pilar de la iglesia, sin oír más que: «Este no, y este otro no, y éste tampoco». Bajaban ya el arzobispo y los canónigos alabando a algunos y deliberando para escoger. Entonces

Silvestre se acerca con mucha humildad y ruega que le oigan tañer el órgano.

«—No hay que oír, que lo que han éstos tañido basta ya—dice el arzobispo—. La Iglesia os agradece el buen deseo.

El pobre Silvestre insiste:

—Por llegar a tiempo de opositar, señor, he andado hoy diez leguas...

—Dejadnos—dicen los canónigos—. Estamos hartos de música en ayunas y nos vamos a comer».

El peregrino ruega de nuevo inútilmente. Ya se marcha entristecido, cuando de pronto un canónigo propone que se le oiga. Vuélvense, siéntanse, comienza a tañer, y hace tantos monstruos y diferencias, que todo el día se estuvieron oyéndole sin comer. Todos dijeron, sin discrepar nadie: «El órgano es suyo». Y el humilde peregrino que vino con su capa parda bajó la escalera con ciento cincuenta mil maravedises de renta cada año» (cf. *Memorial histórico español.* Colec. de docum., opúsc. y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia [Madrid 1859], t. 11, *Miscelánea,* de ZAPATA, p. 457-458).

VIII. UN PAPA QUE RENUNCIA A LA TIARA

San Pedro Celestino, de padres humildes, penitente y ermitaño de primera vocación, y monje benedictino después, fundó por inspiración divina la Orden llamada de los Celestinos. Al morir Nicolás IV, el cónclave eligió a Pedro, «que estaba en su cueva haciendo penitencia muy descuidado y contento, pues nadie le inquietaba, ni se acordaba de él... Como era humilde y temeroso de conciencia, determinó huir... Finalmente, entendiendo que tal era la voluntad de Dios, bajó su cabeza, fué coronado Papa y tomó el nombre de Celestino V...

No se puede creer la angustia y congoja de corazón que cayó sobre el Santo, temiendo que por sus pecados no le hubiese levantado Dios a la cumbre de la más alta dignidad para condenarle con más graves penas». Después de muchas vacilaciones e impulsado por su humildad hizo el propósito de renunciar a la tiara pontificia. Y aunque muchas almas honradas, entre ellas el arzobispo de Nápoles, le rogaron con muchas lágrimas que no les abandonara, nada consiguieron. Celestino V redactó un estatuto sobre la posibilidad de renunciar a la dignidad papal en el caso de que el poseedor de ella se reconociera inhábil o insuficiente para ejercitar su oficio. «Hizo luego solemnísima renuncia del pontificado el 12 de diciembre de 1294, habiéndolo ocupado sólo seis meses, y dió libre facultad a los cardenales para que eligiesen Pontífice a su voluntad. Y dejando las insignias pontificales con más contento que ninguno jamás las tomó, el que era Papa y Sumo Pastor de todos, bajando de la Silla Apostólica de San Pedro, para subir más seguramente a la del cielo, se postró como un pobre monje a los pies de los que poco antes eran sus ovejas, con la admiración y espanto de todos... Y para que se viese que el Señor aprobaba aquella estupenda renunciación, que algunos reprendían atribuyéndola no a humildad, sino a pusilanimidad, al día siguiente sanó Pedro Celestino a

un cojo con su bendición, y después hizo otros muchos milagros». El mayor de todos fué la paciencia y alegría con que sufrió la persecución tan inhumana de que le hicieron objeto. Fué encerrado en una estrecha cárcel de una fortaleza, donde estuvo con dos de sus monjes «guardado de muchos soldados... con increíble paz y tranquilidad de su alma». Con maravillosa alegría oyósele decir: «Pedro, celda deseaste, celda tienes». Al cabo de diez meses de prisión, habiendo dicho misa, hizo llamar un día a los soldados que le guardaban, y con gran blandura de corazón y serenidad de rostro les dijo que se llegaba ya la hora, por él tan deseada, en que el Señor quería usar de su misericordia y llevarle a gozar de sí. Y habiendo tomado la Sagrada Unción, echado en el suelo sobre una tabla, cantando salmos y acabando de decir: *Omnis spiritus laudet Dominum...* (Ps. 150,6), dió su espíritu a su Creador para alabarle eternamente en el cielo». Murió de ochenta y un años a 19 de mayo de 1296 (cf. P. PEDRO DE RIVADENEIRA, *Flos sanctorum*, t. 2, 19 de mayo [Madrid 1761], p. 124).

IX. DIOS, CENTRO DEL ALMA

El pasaje del evangelio de hoy: *En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis* (Io. 1,26), trae a la memoria, como desarrollo místico, un profundo pasaje de San Juan de la Cruz:

«El centro del alma es Dios, al cual, cuando ella hubiere llegado, según toda la capacidad de su ser y según la fuerza de su operación e inclinación, habrá llegado al último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda y ame y goce a Dios. Y cuando no ha llegado a tanto como esto, cual acaece en esta vida mortal, en que no puede llegar el alma a Dios, según todas sus fuerzas, y aunque esté en este su centro, que es Dios, por gracia y por la comunicación suya que con ella tiene, por cuanto todavía tiene movimiento y fuerza para más, y no está satisfecha, aunque esté en el centro, no, empero, en el más profundo, pues puede ir al más profundo de Dios» (cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, canc. 1,12: BAC, p. 1187).

X. LOS DOS PILONES

Las palabras de San Juan Bautista: *Así este mi gozo es cumplido* (Io. 3,29), que pueden relacionarse con el evangelio de hoy, evocan también un memorable pasaje teresiano:

«Los que yo llamo gustosos de Dios, que en otra parte lo he nombrado oración de quietud, es muy de otra manera, como entenderéis las que lo habéis probado por la misericordia de Dios. Hagamos cuenta, para entenderlo mejor, que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua...

Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras: el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua y vase hinchendo sin

ningún ruido. Y si el manantial es caudaloso..., después de henchido este pilón procede un gran arroyo; ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí. Es la diferencia que la que viene por arcaduces es, a mi parecer, los contentos que tengo dicho que se sacan con la meditación; porque los traemos con los pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditación, y usando el entendimiento; y como viene, en fin, con nuestra diligencia, hace ruido cuando ha de haber algún henchimiento de provechos que hace en el alma...

A estotra fuente viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como Su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde, ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón, digo en su principio que después todo lo hinche; vase revertiendo esta agua por todas las moradas y potencias hasta llegar al cuerpo; que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros; que cierto, como verá quien lo hubiere probado, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad» (cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Castillo interior o las Moradas*, c. 2, p. 347: *Obras Completas*, ed. Aguilar, Madrid 1942).

XI. SINCERIDAD Y VERDAD

Quien recibe su testimonio pone su sello, atestiguando que Dios es veraz (Io. 3,33), dijo también San Juan Bautista. En relación con este elogio de la sinceridad y verdad, escogemos esta bellísima página de uno de los más ilustres pensadores franceses:

«La naturaleza del amor propio y del *yo* humano consiste en no amar otra cosa que a uno mismo... El hombre quiere ser grande y se ve pequeño; quiere ser feliz y se ve miserable; quiere ser perfecto y se ve lleno de imperfecciones; quiere ser el objeto del amor y la estimación de los demás y ve que sus defectos merecen la aversión y el desdén. Este embarazo en que se encuentra, le produce la más injusta y criminal pasión que puede imaginarse; porque el hombre concibe un odio mortal contra la verdad que le convence de sus defectos. Desearía aniquilarla, y no pudiendo destruirla en sí misma, la destruye cuanto puede, en su conocimiento y en el de los demás, es decir, que pone todo su empeño en ocultar sus propios defectos a los demás y a sí mismo y no puede soportar que se los descubra ni se les vea.

Mala cosa es, sin duda, estar lleno de defectos, pero peor resulta no quererlo reconocer... No queremos que los demás nos engañen; no nos parece justo que quieran que los estimemos en más de lo que merecen; pero tampoco es justo engañarles y querer que nos estimen más de lo que merecemos...

¿No es cierto que odiamos a la verdad y a cuantos nos la dicen, y que nos gusta que los demás se engañen respecto a nosotros y nos aprecien más de lo que realmente somos? He aquí una prueba que me produce horror. La Religión católica no nos obliga a descubrir los pecados a todo el mundo... Sólo hay un hombre a

quien nos ordena abrir nuestro corazón y le obliga a un secreto inviolable, por virtud del cual este conocimiento está en él como si no estuviera... ¿Puede imaginarse nada más caritativo y más dulce? Y, sin embargo, es tal la corrupción de la naturaleza humana, que encuentra dura esta ley y es una de las causas principales por la que una gran parte de Europa se ha sublevado contra la Iglesia...

Hay diferentes grados en esta aversión que sentimos por la verdad, pero se puede decir que siempre va inseparablemente unida al amor propio. ¡Maldita delicadeza la que impulsa a los que nos reprenden a simular suavidades para evitar impresionarnos! Disminuyen hábilmente nuestros defectos, aparentan excusarlos mezclan la reprensión con testimonios de afecto y estima...

La vida humana no es sino perpetua ilusión... Nadie habla de nosotros cara a cara como hablaría en nuestra ausencia. La unión de los hombres se funda en un mutuo engaño. Pocas amistades subsistirían si cada uno supiese lo que su amigo dice de él cuando no está presente, aun cuando hable entonces con sinceridad y sin pasión.

El hombre, pues, no es más que mentira e hipocresía respecto a sí mismo y a los que le rodean. No quiere que se le diga la verdad y evita que los demás la digan. Y todas estas actitudes, tan lejanas de la justicia y de la razón, tienen su natural raíz en el corazón de la humanidad» (cf. BLAISE PASCAL, *Pensées* [ed. Lutetia, París], p. 92-95).

XII. ALEGRIA DEL PUEBLO

El amigo del esposo que le acompaña y le oye se alegra grandemente de oír la voz del esposo (Io. 3,29). A propósito de estas palabras del Bautista, seleccionamos entre los pasajes hagiográficos un magnífico ejemplo de alegría cristiana:

«El mismo duerme en los pórticos y sacristías. Le gusta, sobre todo, andar con los niños y los jóvenes. Los recoge, los procura piadosas diversiones, conciertos y alegres paseos, que él sabe transformar en peregrinaciones. El mismo juega con la tropa infantil, la adiestra en la carrera, en la música y en la declamación. Aun se visita el pequeño oratorio, donde pasaba largos ratos con San Carlos Borromeo, San Camilo de Lelis, San Ignacio de Loyola y San Félix de Cantalicio. Allí, bajo una eminencia del Janículo, que domina toda Roma, y que fué transformada por él en un anfiteatro, a la sombra de los árboles hacía representar a los muchachos pequeñas comedias, propias para inspirar la piedad y la virtud. Era una manera de santificar y ennoblecer el arte. Solía decir: «La experiencia enseña que alternando los ejercicios serios con los espectáculos amenos se atrae lo mismo a los pequeños que a los grandes. ¿Acaso Nuestro Señor no se servía de estas redes para cazar las almas? Era un verdadero sembrador de alegría. Jugad, decía a su tropa, gritad, divertíos; lo único que os pido es que no cometáis un solo pecado mortal». Y cuando le preguntaban cómo podía resistir la algazara infernal de los chiquillos respondía: «Con tal de que no ofendan a Dios, pueden cortar leña sobre mi espalda si les place» (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *San Felipe Neri: Año Cristiano*, 26 de mayo, t. 2, p. 389).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SERIE I: LITURGICOS

1

Gaudete in Domino

I. *La alegría de la liturgia: Los más variados sentimientos se encuentran esparcidos a través de las fórmulas litúrgicas. Uno de los que más abundan es la alegría. Tema este que tiene su lugar propio los domingos que siguen a la Resurrección. Encuéntrase también profusamente esparcida esta idea de la alegría en la liturgia de los días santos de Navidad. Mas como anticipo de ambas alegrías aparecen el domingo cuarto de Cuaresma y el tercero de Adviento.*

A. El domingo del «gaudete»: Así se ha llamado el tercer domingo de Adviento.

a) *Las primeras palabras del introito y epístola dan ocasión al nombre.*

b) *Los elementos externos dan ambiente y regocijo.*

1. Color rosa de los ornamentos.
2. Sonido del órgano.
3. Flores en el altar.

B. Tiene análogas características el domingo cuarto de Cuaresma, llamado domingo del «laetare». La Iglesia quiere que en medio de la austeridad y del rigor del Adviento haya un día de descanso, para que así después de él vengan nuevamente días de mayor fervor en la penitencia. Y ésta es la razón psicológica de este pequeño alto en el camino que tiene lugar en el domingo del «gaudete» (cf. sec. 2.ª, «Comentarios generales», I).

II. *«Dominus prope est»: Es el motivo. No natural, sino sobrenatural: la proximidad de Cristo* (cf. «Apuntes exegét.-mor.», p. 310). *A pesar de las necesidades, des-*

gracias, pobrezas, miserias que hoy envuelven el mundo, capaces de engendrar tristezas aun en los corazones más fuertes, el cristiano debe alegrarse, porque Cristo está cerca. A lo sumo faltan catorce días para la Navidad. La Iglesia quiere regustar hoy las dulzuras de esa fiesta. Este domingo marca una nueva etapa en el Adviento.

A. En el primer domingo apenas se hace alusión a la venida del Salvador. De una forma muy vaga se decía: «Dominus dabit benignitatem» (Comm. del domingo primero de Adviento).

B. El segundo domingo más expresa y abiertamente anunciaba que vendría el Salvador: «Populus Sion ecce Dominus veniet ad salvandas gentes; et auditam faciet Dominus gloriam vocis suae in laetitia cordis vestri» (Introito segundo domingo de Adviento). En ambos se adoraba al Señor que vendría: «Regem venturum Dominum, venite adoremus».

C. En este tercer domingo todo cambia: «El Señor está cerca. Dominus prope est; venite adoremus». A partir de hoy pueden verse las fórmulas litúrgicas, aspiraciones apremiantes, llenas de gozo y de esperanza del alma en busca del Redentor y, al mismo tiempo, suaves amonestaciones para preparar nuestros corazones a recibirle.

a) *Al primer grupo pertenecen las antífonas llamadas de la «O».*

b) *Y del segundo encontramos antífonas como las siguientes:*

1. «Permaneced constantes; veréis el auxilio del Señor sobre vosotros. Yo miraré al Señor y esperaré de esta forma a Dios, mi Salvador» (antífona de laudes de la feria sexta de la tercera semana de Adviento).
2. «Prepárate, Israel, para el encuentro del Señor, porque viene» (laudes del sábado de la tercera semana).
3. «Vigilad, porque está ya muy cerca el Señor» (benedictus de la feria quinta).
4. Y finalmente: «Dice el Señor: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos, aleluya» (feria segunda de la semana cuarta de Adviento). La alegría no puede suprimir la penitencia, el esfuerzo y el trabajo. La Iglesia con este doble tipo de fórmulas litúrgicas invita al cristiano a entregarse a la mortificación y a la lucha, convencido de que Jesucristo está cerca y de que la eficacia de su venida queda vinculada al esfuerzo.

III. *Nuestra preparación a la Navidad: En el primer domingo de Adviento se indicaba la penitencia como preparación para todo el santo tiempo. Hoy hemos*

de procurar el sentimiento de alegría que debe acompañar nuestra mortificación hasta el día de Navidad (cf. «Apuntes exegét.-mor.», p. 309, b).

A. Excelente medio para ello el leer las fórmulas litúrgicas, de manera especial las antífonas de la O, que se encuentran ya en algunos misales. Forman un conjunto de plegarias bellísimas que están distribuídas de manera que son una incomparable novena de Navidad.

B. Existen costumbres buenas y santas (por ejemplo, las «jornaditas»), mas carecen de la solidez y densidad e incluso de la delicadeza y ternura de la liturgia. No tiene ésta como aquéllas el peligro de llevar a un sentimentalismo poco serio e infantil.

C. Si los últimos Papas han manifestado su deseo de que el pueblo participe en la liturgia y se alimente de su piedad litúrgica, nunca como ahora para exhortar, haciéndonos eco del deseo de los Pontífices, a esta buena, bella y eficaz preparación que la liturgia proporciona.

SERIE II: SOBRE LA EPISTOLA

2°

Alegría cristiana

I. *Dos figuras contrapuestas:*

A. San Pablo, preso en Roma, exhorta a la alegría: «Gaudete».

a) *Todo el pasaje de la epístola de hoy nos descubre el corazón del Apóstol, lleno de un gran júbilo.*

b) *No es natural, sino sobrenatural. No de orden mundano y carnal, sino espiritual y divino. Amarrado en la prisión, sujeto día y noche a un soldado romano, privado de la libertad y de la luz, no tiene en lo humano motivos de alegría.*

B. Junto a la figura de Pablo podemos poner la del poeta Ovidio.

a) *El año 9 de J. C. es desterrado por Augusto a Tomi (junto al mar Negro).*

b) *El poeta no resiste el destierro. Escribe los cinco libros «Tristia» y los cuatro «Ex ponto», donde manifiesta la amargura que consume su corazón,*

C. Mientras uno escribe: «Nihil nisi flere libet», el otro exclama: «Gaudete in Domino semper» (cf. «Apuntes exegét.-mor.», p. 308, A, a).

II. *Jesucristo, fundamento de nuestra alegría:*

A. Las dos figuras anteriores representan dos tipos de personas en la humanidad: las que se desconsuelan y aun desesperan cuando sufren y aquellas que en el sufrimiento encuentran alegría.

B. ¿Cuál es la causa de esta doble reacción? ¿No mira el sufrir lo mismo al uno que al otro?

a) *Los estoicos quisieron poner como remedio al dolor la sabiduría. Séneca, desterrado, exclamaba para alejar la tristeza de los que lloraban su muerte: «¿Dónde están las enseñanzas de la sabiduría? ¿Dónde los motivos de consuelo contra la desgracia inminente, meditados durante tantos años?» Mas la sabiduría no proporcionaba alegría en el sufrir, y los estoicos acudían al suicidio para escapar al dolor.*

b) *El cristianismo trajo la verdadera causa de la alegría: Cristo. Pablo se alegra en la prisión porque está con Cristo; mientras que Ovidio se muere de tristeza en el destierro porque carece de él.*

III. *Dos modos de encontrar la alegría en Cristo: Examinando detenidamente la epístola de hoy, vemos que el Apóstol se regocija en Cristo de doble manera.*

A. Fácilmente podemos adivinar que su consejo nace de la esperanza de su alma.

a) *Pablo confía en la providencia de Dios ciegamente, «no está solícito».*

b) *Es hombre de oración, y juntamente con sus acciones de gracias presenta a Dios sus peticiones.*

c) *Por eso Pablo siente que la paz de Cristo llena su corazón y su inteligencia.*

1. Puede decir en la prisión lo que antes escribió a los Gálatas (2,20): «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí».
2. Y Pablo, lleno de Cristo, rebosa la alegría: «Gaudete in Domino».

B. La alegría es el «gigantesco secreto del cristiano» (Chesterton).

a) *Y es siempre resultante normal de una vida espiritual en progreso. Solamente las almas que viven, como Pablo, llenas de Cristo, abandonadas en Dios, en constante equilibrio interior, que son de oración constante, poseen el secreto de la alegría.*

b) *«La alegría—dice Bergson—anuncia siempre que la vida ha triunfado, que ha ganado terreno, que ha conseguido una victoria».*

c) *La alegría del cristiano es también indicio de que en él crece la vida divina y de que ella triunfa por encima de todas las adversidades que rodean la existencia del hombre sobre la tierra* (cf. «Apuntes exegét.», p. 309,b).

IV. *El Señor está cerca. Trae nuevo motivo de alegría San Pablo: Jesucristo es la esperanza, «Dominus prope est».*

A. Esta esperanza en la próxima venida era para los primeros cristianos poderoso motivo que les impulsaba a ser buenos, indulgentes, alegres...

B. Nuestra esperanza en Cristo, que ha de venir, es también motivo de alegría.

a) *Ignoramos cuándo llegará ese día. Sabemos que pronto, porque «mil años son a tus ojos (del Señor) como el día de ayer que ya pasó»* (Ps. 89,4). *Cuando él venga, el dolor se trocará en gozo, y tanto más cuanto mayor haya sido aquél.*

b) *Por la esperanza participamos ya anticipadamente de la alegría de la gloria. De aquí que el cristiano se alegre en Cristo aun en medio de sus dolores y miserias* (cf. «Apuntes exegét.-moral.», p. 310,6).

V. *Cristo en Navidad, en el sagrario, en los pobres: La frase de Pablo «el Señor está cerca» puede acomodarse a múltiples aplicaciones homiléticas.*

A. El Señor está cerca. Nace místicamente en Navidad. De aquí la alegría en la liturgia y en los buenos cristianos durante estos días.

B. El Señor está cerca. En el sagrario. La Eucaristía es siempre motivo de gozo para las almas tristes que se acercan a ella.

C. El Señor está cerca. En los pobres. Pocas cosas engendran una alegría tan clara y verdadera como los socorros que se ponen en manos de los necesitados.

3

Nihil solliciti sitis (las dos solicitudes)

I. *La lícita y laudable.*

A. «Providentia cum studio» (según Santo Tomás, 2-2, q. 166, a. 1 c, ha de entenderse la palabra «studium» como una vehemente aplicación del alma).

B. Pertenece a la prudencia (*Sum. Theol.* 2-2, q. 47, a. 9). «Presteza en hacer lo que se debe».

C. «Qui praeest in sollicitudine» (Rom. 12,8).

D. «Solliciti conservare unitatem spiritus in vinculo pacis» (Eph. 4,3).

II. *La pecaminosa (et a sollicitudinibus,* Lc. 8,14).

A. Desear cosas superfluas. «Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, sollicitus est quae

Domini sunt, quomodo placeat Deo» (1 Cor. 7,32).

B. Desear cosas temporales, necesarias como fin. «Qui autem cum uxore est, sollicitus est quae sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est» (1 Cor. 7,33).

C. «Aegritudo animi cum cogitatione» (Cicerón). «Aegritudo»: indisposición, aflicción, pena. «Martha, Martha, sollicita es, et turbaris erga plurima» (Lc. 10,41). Solicitud con turbación, celo amargo en las palabras de Marta.

a) Sus efectos.

1. Inmediatos.
   1.° *Aumenta el temor (por los negocios particulares o por los asuntos públicos).*
   2.° *Aminora la esperanza.*
   3.° *Representa como actual el mal futuro.*
2. Mediatos.
   1.° *Disminuye la confianza filial en Dios. El condenado por desconfiado.*
   2.° *Disminuye la fe.* «*¿Por qué teméis, hombres de poca fe?*» (Mt. 8,16). «*Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?*» (Mt. 14,31). «*Los cuidados del siglo... ahogan la palabra*» (Mt. 13,22).
   3.° *Disminuye la caridad.* «*Estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones... por las preocupaciones de la vida*» (Lc. 21,31).

b) Sus remedios.

1. Excita en ti sentimientos filiales. «Echad sobre él todos vuestros cuidados, puesto que tiene providencia de vosotros» (1 Petr. 5,7). «En paz dormiré juntamente y reposaré, porque tú, Señor, a mí, desolado, me das seguridad» (Ps. 4,9-10). «El Señor es mi luz y mi salud, ¿a quién temer?» (Ps. 26,1). «Yo he buscado al Señor y El me ha escuchado librándome de todos mis terrores» (Ps. 33,5).
2. Confía en el Padre celestial. «Bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad» (Mt. 6,32).
3. Sé constante en la oración: «Cum omni oratione et obsecratione» (Phil. 4,6). Por la oración se llega a conocer la voluntad de Dios. Especialmente en tiempo de ejercicios espirituales. Efecto de la oración es la paz, la carencia de solicitud pecaminosa. «Charitas Christi urget nos» (2 Cor. 5,14). La caridad de Cristo nos estimula, pero en santa paz, sin alteración viciosa.
4. Cumple tu deber, es decir, la voluntad de Dios:
   1.° *Busca el reino de los cielos y su justicia* (Mt. 6,33).
   2.° *Confía como si todo dependiera de Dios.*
   3.° *Trabaja como si todo dependiera de ti: la excesiva solicitud paraliza la acción.*
   4.° *No pretendas el éxito personal ni temas el fracaso por el desprestigio que pueda acarrearte. En las cosas de Dios, ¡dichosos los fracasos!*

5. Quédate en tu gozo y en tu paz.
   1.° *Gozo constante y fiándolo en Dios («gaudete in Domino semper»*, Phil. 4,4), *reiterado («iterum dico gaudete»*, ibíd.), *modesto, no alborotado, ni descompuesto, ni ostentoso, antes verdadero, sereno, íntimo, oculto («modestia vestra nota sit omnibus»*, Phil. 4,5).
   2.° *Paz: «Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús»* (Phil. 4,7).

4

La magnanimidad

I. *Espíritu de la epístola. La epístola es una llamada de aliento a que ensanchemos el corazón para cosas grandes. Isaías también, viendo a lo lejos la venida de Jesús, canta la alegría de los desiertos, que florecen narcisos y manan fuentes. «Fortaleced las manos, débiles, y corroborad las rodillas, vacilantes»* (Is. 35,3). ...*«El mismo guiará al caminante y los simples no se descarriarán»* (Is. 35,8). *Es una llamada a la magnanimidad.*

II. *La magnanimidad.*

A. Virtud que huye de los extremos de la presunción y desesperación (cf. *Sum. Theol.*, 1-2, q. 83).

a) *El presuntuoso será temerario, acometerá empresas disparatadas, pero no podrá llevarlas a cabo porque no ha medido sus fuerzas. El que sin contar los soldados de su ejército y del de su enemigo* (Lc. 14,31) *se lanza a la batalla no es magnánimo, es un presuntuoso que morderá el polvo de la derrota. El que sin apoyarse y pedir la gracia de Dios, anuncia que aunque todos caigan él no caerá* (Mt. 26,35), *tampoco es magnánimo.*

b) *El apocado que desespera de sus fuerzas, no acometerá empresa ninguna. La desesperación es la negación de la magnanimidad. La presunción, su caricatura.*

B. Sabemos que los grandes bienes han de ser los más apetecidos (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, q. 139, a. 3), puesto que la voluntad equilibrada debe ser impulsada en proporción al valor de los motivos.

C. Conociendo que el mayor de todos los bienes es el honor, aspiramos a hacernos dignos de él, despreciando el mundano por pequeño y ordenándolo todo a Dios (ibíd., a. 2). Los hombres de corazón magnánimo estimaron siempre la gloria por encima de las riquezas y del placer. El conquistador

de Italia perdió su gloria cuando dormido en Capua no conquistó Roma. El que en una isla remota del Pacífico traza con la espada una línea en el suelo y dice: «De esta parte está el honor, y de aquélla la comodidad», es un hombre de gran corazón. El santo que midiendo los honores sabe que sólo es duradero e inigualable el que tributa Dios ante los cielos y la tierra, llega a los límites posibles de la magnanimidad.

III. *Cristo ha venido. Llamamiento a la magnanimidad.*

A. El llamamiento. Dios no ha podido venir al mundo para cosas pequeñas. Dios no ha podido venir a invitarnos a cosas de poca monta. El carácter de Dios es la eternidad y la omnipotencia. Su llamamiento tiene que llevar ese sello.

a) *En nuestra perfección. Cristo ha venido a decirnos:* «*Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial*» (Mt. 5,48). «*¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber?... Beberéis mi cáliz...*» (Mt. 20,22-23). *Y después de que hayáis laborado por imitar la perfección de vuestro Padre, y bebido el mismo cáliz que yo,* «*conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros*» (Io. 14,20).

b) *En la conquista del mundo.* «*He venido a echar fuego a la tierra, y ¿qué he de querer sino que se encienda?*» (Lc. 12,49). «*Id, pues, y enseñad a todas las gentes*»... (Mt. 28,19). *Dios ha señalado un campo. Sus límites son los del mundo. Su labor, llevarlo a Dios. Sus obreros, nosotros.*

B. Cristo con nosotros hacia el triunfo.

a) *Cristo ha venido para levantar nuestra naturaleza y vencer. Basta con ello para estar seguros del triunfo.*

b) *Cristo ha venido a darnos motivos suficientes para la lucha alegre y confiada, con la promesa de su ayuda y de su premio.*

c) *Cuando yo lucho, lucha el cuerpo místico de que Cristo es cabeza. Con Cristo lo podemos todo, porque es el vencedor.* «*Confiad, yo he vencido al mundo*» (Io. 16,33). *Poned los medios humanos y esperad.*

d) *Y si en la lucha de la conquista de las almas cayeras exhausto, debes saber:*

1. Que en este mundo unos siembran y otros recogen, pero en el cielo recogen todos, y a veces recogen más los que aquí no vieron maduras las espigas.
2. Que si siembras para Cristo, El y no tú es quien debe recoger.
3. Que en esta milicia morir es vencer.
4. Y que al final nos presentaremos todos con Cristo ante el Padre para celebrar el triunfo.

IV. *Exhortación: Arriba los corazones. Cristo ha venido y llama. ¿Quién que no quiera parecer «mal caballero»*

dejará de acudir a su llamamiento? Y los que se quieran distinguir más y recibir los mayores galardones, ¿no serán los que acudan generosos a las primeras filas?» (cf. SAN IGNACIO, «Ejerc. esp.»: «Obras completas» [BAC], p. 178-179). *Los mártires como Lorenzo, los misioneros como Javier, las mismas doncellas como Inés, nos miran.*

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

5

Criatura de Dios

I. *La respuesta de Juan. La da en el orden sobrenatural.*
   A. Podía haber dicho que era profeta, pues lo era, y mayor que profeta.
   B. Podía haber dicho que era un predicador, porque lo fué excelentísimo, «lucerna ardens et lucens» (Io. 5,35).
   C. Mas da de sí una definición que indica al mismo tiempo su pequeñez natural y su grandeza sobrenatural: «Ego vox clamantis in deserto» (Io. 1,23).

II. *¿Tú quién eres? El evangelio de hoy con esta pregunta brinda la oportunidad de hablar acerca de lo que San Ignacio llama principio y fundamento. ¿Tú quién eres? Con dos palabras puedes definirte, indicando, como el Bautista, que por ti eres nada y que tu grandeza proviene de Dios. Yo soy una criatura de Dios* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, 354, B).
   A. Criatura de Dios.
      a) *Crear es sacar de la nada. «Ex nihilo sui et subiecti». No se presupone materia alguna. Crear es acto propio y exclusivo de Dios.*
      b) *Eres criatura de Dios. Eres, por tanto, la nada, y Dios, en cambio, lo es todo en ti. La nada que vive en Dios y de Dios. «In ipso enim vivimus, movemur et sumus»* (Act. 17,28).
         1. El te dió el cuerpo con sus sentidos y el alma con sus potencias.
         2. El te los sigue dando. Si Dios se aparta de ti te verías reducido a la nada. Dependes de Dios, como la voz depende del que la pronuncia, como el arroyo del manantial.

B. Criatura predilecta de Dios.

a) *Algo hay en ti que no poseen las criaturas materiales: el entendimiento y la voluntad. Mediante ellos, en un plano natural, te conviertes en imagen de Dios, mientras que otras criaturas no son más que un vestigio de las perfecciones divinas.*

b) *La gracia santificante te asemeja más a Dios; te constituye su hijo. Nada y superior grandeza: eres criatura predilecta de Dios.*

C. Para Dios. Es consecuencia.

a) *En lo humano se establecen vínculos morales entre padres e hijos, superiores e inferiores, bienhechores y beneficiados. Mucho más una criatura, que esencialmente en el primer momento y siempre depende de Dios, debe estar ligada a su Creador.*

b) *Eres propiedad de Dios. El, tu Señor. Si manda, has de obedecer. Gran locura que perteneciendo completamente a Dios prefieras tu capricho y el de tus actos. Debes hacer lo que Dios quiere.*

1. «Alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor». San Ignacio concreta el fin del hombre en esa triple idea: «Alabar, hacer reverencia y servir a Dios» (cf. «Ejerc. esp.»: «Obras completas de San Ignacio» [BAC], p. 161).
2. Podría suplirla por esta fórmula: «Hacer la voluntad de Dios». Y con ésta: «Cumplir todos los mandamientos del Señor». El, su voluntad y su servicio deben ser la norma reguladora de tu vida. Tienes muchos caminos, muchas carreras, muchas profesiones; en todas debes servir a Dios. Tendrás alguna misión que llenar en orden a los hombres; por encima de ella tienes otra misión superior en orden a Dios.

III. *El último día. ¿Tú quién eres? ¿Cumpliste con el fin propio de tu vida? ¡Ojalá puedas decir el día de la cuenta: yo soy tu criatura; me percaté que yo era nada y tú lo eras todo en mí, y no me busqué a mí, sino que trabajé por tus obras en todas mis ordinarias ocupaciones!*

6

Tú, ¿quién eres?... Un miembro de Jesucristo

I. *Respuesta de Juan. «Tú, ¿quién eres?», preguntan al Bautista.*

A. Es el nacido sin pecado. Es el penitente. El que arrastra las muchedumbres. El que es más que un profeta. El mayor entre los nacidos de mujer.

B. Ninguna de estas cosas considera Juan. Se define

por su relación con Jesucristo: «Yo soy la voz del que clama en el desierto» (Io. 1,23). Esta es su mayor grandeza: ser precursor de Jesucristo (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 346, A, y SUÁREZ, p. 349, A).

II. *¿Tú quién eres? Joven o viejo, hombre o mujer, rico o pobre, patrono u obrero, profesional o intelectual. Acumulas títulos, grandezas, méritos humanos. Hablas de tu cultura, tu influencia, tu ambiente. Todo eso vale muy poco. ¿Quién eres tú con relación a Jesucristo?* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 355, c y ss).

A. Miembro de Cristo. He aquí la respuesta que de verdad te hace grande.

a) *Cristo es el jefe de la gran familia cristiana, y tú por el bautismo has entrado a formar parte de ella.*

b) *Cristo es la Cabeza del Cuerpo Místico, y tú has sido hecho miembro de este Cuerpo. «Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo espíritu, para constituir un solo Cuerpo, y todos, ya judíos, ya gentiles, ya siervos, ya libres, hemos bebido del mismo Espíritu»* (1 Cor. 12,13).

B. ¿Miembro vivo o miembro muerto?

a) *No todos los miembros del Cuerpo Místico reciben el influjo de su Cabeza, Cristo. Los hay que solamente están unidos al Cuerpo por la fe. Carecen, en cambio, de gracia santificante y viven en pecado mortal. No poseen la vida de Cristo. Son miembros; pero miembros muertos e inútiles.*

b) *Tú, ¿quién eres?... ¿Miembro vivo o miembro muerto?... Muy poco valdrá todo lo que tienes en el orden natural y material si en el sobrenatural no posees la vida de Cristo. Como el labrador arranca los sarmientos secos, serás arrancado por el Padre celestial* (Io. 15,2). *Como el cirujano amputa el miembro gangrenado, puedes tú también ser cortado del Cuerpo Místico.*

c) *Despierta, por tanto, tú, que, dormido, no piensas, ni te preocupas, ni trabajas sino en lo exterior y sensible. Vuélvete a Cristo y El te iluminará. Oye su palabra y producirá en ti la vida.*

C. Miembro activo.

a) *Avanza un poco más en el conocimiento de tu relación con Cristo. Muchos grados en el Cuerpo Místico según la participación de la vida de la Cabeza. Los santos ocupan el grado supremo. Unidos con Cristo lo hacen todo por amor, realizando la consigna del Apóstol: «Omnia et in omnibus Christus»* (Col. 3,11).

b) *¿Tú quién eres? ¿Cuál es tu aspiración? Un cristiano no debe anquilosarse: tiene que aspirar al crecimiento y desarrollo de la vida que posee. ¿Qué haces tú para progresar en esta vida? ¿Oras? ¿Te sacrificas?*

c) *El Cuerpo Místico debe crecer con la cooperación de todos sus miembros. El cristiano, por el hecho de serlo, tiene que hacer apostolado. El campo es*

inmenso. Infieles, almas apartadas de Dios, ignorantes, malos cristianos...

III. *Entra en el gozo de tu Señor. El último día te preguntará Cristo: ¿Quién eres tú? Poco valdrán tus títulos humanos; poco tu nombre y prosapia. «Nemo ascendit in caelum, nisi qui descendit de caelo»* (Io 3,13). *Sólo Cristo puede entrar en los cielos. ¿Tú quién eres?... Feliz de ti, si puedes decir: el miembro vivo y activo de Cristo. Entonces, como sentencia, oirás: «Entra en el gozo de tu Señor»* (Mt. 25,21).

7

Suprema perfección del Bautista

I. *«Tu quis es?» No le preguntaban si era penitente o bautista o predicador, sino por la significación especial de aquellos actos, que sería determinada por el origen y el término de su actividad apostólica. En una palabra, por la causa eficiente y por la causa final. ¿Qué persigue Juan Bautista?*

A. Enviado y precursor. El evangelista contesta en dos versículos cumplidamente al «tu quis es?»:

a) *«Fuit homo missus a Deo»* (Io. 1,6). *Origen altísimo de su misión.*

b) *«Ut testimonium perhiberet de lumine»* (Io. 1,7): *fin de su vida.*

B. Un curso trazado «ab aeternitate».

a) *El fin de la vida de Juan fué concebido por Dios antes que por Juan. Fué ordenado e imperado por Dios; no por Juan. Juan no hace más que seguir la vía trazada por Dios* (cf. SUÁREZ, p. 349, A).

b) *Juan no es excepción. Todos los hombres tenemos trazado por Dios el curso de la vida. Cada hombre tiene señalado el curso de su existencia hasta volver a Dios, de donde ha salido. «Dirige, Domine, vias meas in conspectu tuo semper»* (Ps. 5,9).

C. «Ego vox clamantis in deserto» (Io. 1,23). Para desentrañar todo el valor de esta confesión en boca de San Juan, necesitamos recordar algunas nociones teológicas.

a) *La perfección del género de vida, objetivamente considerado, depende del fin.*

1. La vida contemplativa será de suyo más perfecta que la activa.
2. La vida más perfecta de todas es la del predicador o la del doctor, que enseña y comunica lo que ha adquirido por la contemplación. Hay

una doble vida activa. Una consiste totalmente en la obra exterior, como es el dar limosna. Esta vida es de suyo inferior a la contemplativa. Otra vida activa hay que es un desbordamiento de la vida interior. Se deriva de la plenitud de la contemplación, como la doctrina y la predicación (cf. SAN GREGORIO, «Moral.», l. 6, c. 37: PL 75,760-761). «*Memoriam suavitatis tuae eructabunt*» (Ps. 134,7).

b) *Y así como es más lucir iluminando a otros que sólo lucir, así es más «contemplata aliis tradere» que simplemente contemplar.*

c) *Suprema perfección del Bautista. No es un solitario, ni un penitente, ni un contemplativo. Nada de eso constituye la razón de ser, el principio directivo de su vida. No vino al mundo a enseñar a los hombres el amor a la soledad o a infundirles espíritu de penitencia. Juan Bautista es un predicador, y la predicación es el medio directo e inmediato de preparar los caminos a Cristo* (cf. SUÁREZ, p. 350, B). *Su vida austera y excepcional, vida de solitario y de penitente, no prepara. Es tan distinto su vivir del que adoptará después el Señor, que los flacos se escandalizarán de Cristo, al comparar su conducta externa con la de Juan. La penitencia en Juan era necesaria:*

1. Para lograr la plenitud del Espíritu y comunicárselo después a su palabra.
2. Para ganar autoridad y prestigio ante el pueblo.

d) *Modelo de predicadores. Resume, pues, Juan perfectamente su vida, su especial misión y significación en una palabra: «vox». «Tu quis es? Ego vox». Yo soy una «voz».*

1. Yo soy un pregonero, un heraldo, un nuncio, un mensajero, un predicador. Tema de toda mi predicación. Que otro viene detrás de mí; que es anterior a mí, y tan superior a mí, que yo no soy digno de desatar la correa de su zapato; preparadle, pues, los caminos, «escombrad carrera», «quitad los escombros de la vía», limpiad y disponed y enderezad y allanad las sendas.
2. En resumen, acomodad vuestros corazones para recibirle. «Poenitentiam agite, appropinquavit enim regnum caelorum» (Mt. 3,2).

D. Vida una y perfecta. Porque es un orden consumado que obedece a un solo y constante principio ordenador.

a) *Existe admirable unidad en la vida del Bautista. Todos sus actos van dirigidos a su fin.*

b) *Es una vida lógica, maciza y entera, en la que resplandece la fidelidad a la divina vocación. La fórmula de la libertad cristiana consiste en un entendimiento iluminado por la verdad; una voluntad sometida al entendimiento, y todo el mundo inferior del alma, esclavo de la voluntad* (cf. SUÁREZ, p. 351,c).

E. Juan es un carácter.

a) *Ni amenazas, ni lisonjas, ni la gloria popular, ni el peligro de muerte harán enmudecer o vacilar la*

voz de Juan. Juan no se agita como las cañas del desierto, a merced de cualquier viento que se levanta. «Quid existis in desertum videre. Arundinem vento agitatam?» (Mt. 11,7).

b) *La raíz del carácter se encuentra en el entendimiento; donde no hay convicciones hondas, no hay caracteres. Convicciones, no sentimientos generosos o imágenes brillantes.*

c) *Formar caracteres es obra larga y lenta, porque ni convicciones (sólidas) ni (verdaderos) ideales se improvisan.*

II. «*Lucerna ardens et lucens*» (Io. 5,35). *Cuando el ideal es Dios, la voluntad, esclava del entendimiento contemplativo, arde de amor divino. El entendimiento purificado, elevado, impulsado por el amor, contempla a Dios. El alma entera se llena del Espíritu Santo: luz y amor. Esas almas «arden y lucen». Predican con las obras. Son «palabras vivas».*

8

El predicador

I. *Juan es un predicador.*

A. Predicar el Verbo fué su misión en el mundo.

B. No vino a ser modelo de penitentes, aunque lo fué extraordinario.

C. Ni modelo de contemplativos, aunque vivió en oración, apartado del mundo la mayor parte de su vida.

D. Penitencia y oración prepararon a Juan para su propio oficio: el de predicar el Verbo (cf. «Apuntes exegét.-moral.», p. 314,6).

II. *Altísimo ministerio: Es el más alto ministerio de la Iglesia; el de Cristo y el de los apóstoles* (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, 347, B).

A. El de Cristo: «Coepit Iesus facere et docere» (Act. 1,1). «Manifestavi nomen tuum hominibus» (Io. 17,6).

B. El de los apóstoles: que lo dejaron todo, incluso el dar limosnas, para dedicarse a la oración y a la palabra. «Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus» (Act. 6,4).

C. El que más estimaba San Pablo: «Non enim misit me Christus baptizare sed evangelizare» (1 Cor. 1,17). *Pero en la Iglesia prefiero hablar diez*

palabras con sentido para instruir a otros, a decir diez mil palabras en lenguas (1 Cor. 14,19).

D. Altísima estima en que lo tiene el Beato Juan de Avila (cf. carta al arzobispo de Granada en BAC, *Obras completas*, t. 1, p. 851).

E. El encomendado en la Iglesia principalmente al Romano Pontífice y a los obispos (cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 1327: BAC, p. 500).

F. De la importancia que le concedía Benedicto XV, da idea esta frase: «La principal calamidad de nuestros tiempos es la decadencia de la predicación». «Los predicadores son culpables de la decadencia de la religión, porque no manejan como es debido la palabra de Dios» (cf. *Humani generis Redemptionem*, 15 junio 1917).

III. *Eficacia de la predicación: Todo lo puede. «Ecce dedi verba mea in ore tuo». «Ecce constitui te hodie super gentes et super regna ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipes, et aedifices, et plantes»* (Ier. 1,9-10).

IV. *Asuntos. Exclusivamente los propios de la cátedra sagrada.*

A. Todo el Evangelio; a toda criatura, para que dejen los vicios y se salven (Mc. 16,15).

B. Jesucristo: Predicar especialmente a Jesucristo en su vida y en su palabra.

a) *«Difundir la palabra de Jesucristo y toda la verdad revelada para mantener la vida sobrenatural»* (cf. BENEDICTO XV, ibíd.).

b) *Y especialmente a Jesucristo crucificado.* «Nunca me precié de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor. 2,2).

C. *Dogma y moral:* Estableciendo, a estilo de San Pablo, relaciones entre la moral y el dogma. Se ha dicho, con razón, que los Santos Padres sembraron a Cristo en las inteligencias, y como consecuencia brotaron las buenas costumbres. No es sólida la formación moral si no está basada en el dogma.

D. *Verdades eternas:* ¡Cuántas veces hizo Nuestro Señor Jesucristo alusión al infierno en sus discursos! ¡Cuántas a la gloria futura! ¡Cuántas a la muerte repentina! ¡Cuántas al juicio final!

E. *Santidad positiva:* Debe predicarse de las virtudes y de los dones; del Cuerpo místico, de la gracia, de la resurrección gloriosa del cuerpo espiritual, de la inhabitación del Espíritu Santo en el alma del justo...

V. *Cualidades del predicador:*

A. Constancia.
B. Claridad.
C. Reiteración de las verdades fundamentales.
D. Santa libertad apostólica. Escribe Santa Teresa: «Dicen que hacen poco fruto los sermones; sabe lo que me parece, que tienen demasiado seso los que predican. Vamos con tanto cuidado de no disgustar a los reyes, ni a los señores, ni al pueblo».

VI. *Fuentes de la predicación:*

A. Especialmente el Nuevo Testamento, y principalísimamente el Evangelio.
B. Padres: Preferentemente los dos príncipes de la predicación: Crisóstomo y Agustín, como aconsejaba el Papa León XIII.
C. Teólogos: El predicador debe tener siempre a mano la *Suma* de Santo Tomás y los comentarios más autorizados de la Escritura.
D. Clásicos españoles: Beato Juan de Avila, San Juan de Dios, Santa Teresa, Fr. Luis de Granada, fray Luis de León.
E. Grandes oradores franceses, principalmente del siglo XVII: Bossuet en primer término.
F. Escritores modernos y contemporáneos.
G. Doctrina pontificia: No puede olvidarse la doctrina de los Pontífices, que han tratado todas las grandes cuestiones que se plantea la conciencia moderna con claridad, profundidad y, de ordinario, con gran elocuencia: relaciones entre Iglesia y Estado, constitución cristiana del Estado, autoridad, matrimonio, familia, sociedad internacional, sociedad supranacional, educación, propiedad, trabajo, cuestión social, moral especial médica, jurídica...

VII. *Alma de la predicación: El amor de Dios. «Hay que predicar en espíritu y en verdad»* (1 Cor. 2). *Para ello es preciso por parte del predicador:*

A. Austeridad de vida.
B. Espíritu de mortificación.
C. Oración. «Contemplata aliis tradere».

9

¿Quiénes sois?

I. «*Vos qui estis?*» *Cada uno debería preguntarse:* «*Ego quis sum?*» *Pregunta que nunca os habréis hecho seriamente. Si os la habéis hecho, no habrá obtenido respuesta. ¿Qué valor tiene vuestra vida?* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 553, A).

II. *Dos vidas. Hay en ti dos vidas: una que te han dado, otra que te has creado. Una que recibiste de tus padres, que te dieron el cuerpo; que recibiste de Dios, que te infundió el alma. Otra que tú formas, que tú creas todos los días, que se integra del conjunto de tus actos y operaciones. Por esta segunda te pregunto. Y si la vida es movimiento y el movimiento es específico y determina un fin, preguntar qué vale tu vida es lo mismo que preguntarte cuál es el fin que forma tus actos. Es tomar la vida en la tercera acepción* (cf. ibíd., p. 354 **B** y ss).

A. La vida de los animales.

a) *En ellos, la pregunta es ociosa y absurda. Su vida carece de unidad. Cada día, cada operación, es independiente de la anterior y de la que le sigue. En cada instante pretende el animal la satisfacción de la necesidad que le acucia. Satisfecha una, piensa en satisfacer las siguientes, sin ilación, sin dependencia, sin subordinación, como eslabones sueltos de cadena rota. No puede ser de otro modo. A los animales les falta el entendimiento y la voluntad.*

b) *Pues esta «vida cuasi animal» es la de muchos hombres. Su fórmula:* «*Comamos y bebamos, que mañana moriremos*» (Is. 22,13); «*Cuyo Dios es el vientre*» (Phil. 3,19).

B. Vida humana. La vida de otros hombres tiene significación más alta.

a) *Hay un fin permanente que la preside: ordenar, unificar, elevar, dignificar.*

1. Viven para la propia perfección, para el progreso, para la investigación de la verdad.
2. Otros viven para su familia: para transmitir virtudes, cultura, tradición, apellido. Es una vida más elevada.
3. Otros sirven o abrazan un ideal: la patria, la ciencia... Es también una vida más grande y más bella. Un ideal ilumina, ordena y unifica la vida. Y, sin embargo...

b) *Lo eterno y lo absoluto.*

1. Ninguno de estos ideales es eterno y absoluto. Ninguno da plena, total y permanente significación a la vida.
2. Es preciso conservarlos, pero para enlazarlos con un orden superior.

1.° *No son los más perfectos porque no son los más elevados.*

2.° *Tampoco los más permanentes, porque no son eternos. Unamos la vida con el fin último.*

C. Una vida divina.

a) *La plenitud y dignidad de la vida nace de una «interna y esencial conexión con Dios»... Sin dar a vuestra existencia formas rígidas y secas. «No para menoscabar en manera alguna la vida humana, sino para elevarla, regularla y perfeccionarla»* (Pío XI). *Hemos de vivir una vida verdaderamente libre, en la que seamos dueños verdaderos de vuestros actos. Esto es lo que llama Pío XII una vida digna.*

b) *Mas la unión con Dios sólo puede verificarse a través de Cristo. Despertad en vosotros la conciencia de la relación de vuestra vida con Cristo, y no una relación fría y lógica, sino amorosa, viva, fecunda.*

1. «Mihi enim vivere Christus est et mori lucrum» (Phil. 1,21), Cristo, causa eficiente, ejemplar, final (cf. CORN. A LAPIDE, *Com. in Epist. ad Phil.*, ed. Vivès, t. 19, de *Comm. in Script.*, p. 11).
2. Pablo transformado en Cristo, y Cristo transformado en Pablo (cf. A LAPIDE, ibíd.).

III. *«Veritatem in charitate». No basta hacer la verdad, esto es lo que Dios quiere. Es preciso hacerla en caridad, esto es, en nombre de Jesucristo. «Omne quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Iesu Christi gratias agentes Deo et Patri per ipsum»* (Col. 3,17).

IV. *Aplicación.*

A. Conocer la propia vocación.

B. Ser muy fieles a ella.

C. Caldear el alma en la meditación, a fin de que hagamos nuestras obras, siguiendo la vocación, con actual amor de Dios, nuestro Señor.

10

El propio conocimiento

I. *Necesidad del conocimiento propio. Juan contestó exactamente a la pregunta: «¿Tú quién eres?» El propio conocimiento es el punto de arranque de la vida espiritual. Es necesario que nos conozcamos a nosotros mismos.*

A. En general. Toda la ciencia se recapitula en el conocimiento de lo que está por encima de nosotros, lo que está debajo y lo que nos rodea. Pero esta ciencia es vana y falta de aglutinante si no nos conocemos a nosotros mismos y vemos cuál es nuestra relación y situación para con todos estos elementos. Cuanto construyamos y hagamos será inútil si antes no nos hemos estudiado a nosotros, a nuestras intenciones, fuerzas, etc. (cf. SAN BERNARDO, p. 338, A).

B. Para la penitencia. El primer paso hacia la salvación es la penitencia. Podremos salvarnos sin conocer ninguna ciencia, pero no sin penitencia. Ahora bien, no hay penitencia si no hay propio conocimiento. ¿Quién podrá arrepentirse de aquello que no conoce? (cf. SAN BERNARDO, p. 340, a, y SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 357, E).

C. Para remediar muchos pecados. Gran parte de ellos arrancan del no conocernos a nosotros. La soberbia es un caso típico. El desprecio de nuestros hermanos, la murmuración, dependen del poco conocimiento de nuestras propias faltas (cf. P. RODRÍGUEZ, p. 365, c y ss).

D. Para mejor conocer a Dios. La grandeza y bondad de Dios resaltan comparadas con nuestra pequeñez y maldad. Cuanto más nos conocemos a nosotros mismos, más conocemos a Dios (cf. SANTA TERESA, p. 358, b, y 359, c).

E. Para evitar la presunción y el desaliento. El conocimiento de sí mismo no es perfecto si se detiene en nuestra miseria y no llega hasta el poder de Dios, que nos sostiene y dirige. Así entendido, es el camino medio y justo entre la presunción y el desaliento (cf. P. RODRÍGUEZ, p. 365, B, a).

F. Para el buen uso de la autoridad. Quien está co-

locado en alto, si considera cuán pequeño es, huirá de la soberbia y pondrá todos los medios que le garantice la prudencia (cf. SAN BERNARDO, p. 338, A, y 339).

II. *Medios prácticos para conocerse a sí mismo.*

A. Para hacer penitencia y adelantar en la virtud, examina tus pecados de negligencia, concupiscencia y malicia, tres raíces de las caídas (cf. SAN BUENAVENTURA, p. 344, A, a, b y c).

B. Para excitarnos a la humildad. Conocer lo vil de nuestra naturaleza, el cuerpo pobre, el alma creada de la nada y nuestros pecados (cf. SAN BERNARDO, p. 338, A y ss).

C. En general. Conocer lo que somos por naturaleza, el cuerpo miseria, el alma para Dios. Lo que somos por vocación: cristianos con grandes derechos y grandes obligaciones. Lo que somos por nuestro estado particular, el cual cuanto más alto sea, más nos dedica al bien común y a la santidad (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 354, B, a y b, 355, C, y 356, D).

11

La humildad

I. *Ejemplo de Juan y doctrina del Señor.*

A. Juan. Fué tan grande que pudieron sospechar que fuera el Cristo; fué tan humilde que confesó no serlo. Ni aun siquiera se consideró digno de desatar la correa del zapato de Jesús (cf. SAN AGUSTÍN, p. 323, A, a y b).

B. El Señor. Hasta que vino al mundo, la humildad fué una virtud desconocida (cf. ibíd., p. 324, B, a). Pero Cristo la predicó en sus sermones, premiando a los humildes, y sobre todo practicándola y proponiéndose como modelo de imitación el que podía ser imitado en cosas tan admirables. Cristo humilde es la única puerta y camino (cf. ibíd., p. 325, b y ss).

II. *¿Por qué hace Dios tal aprecio de la humildad? Dios es la Verdad, y la humildad también. Por eso la busca* (cf. SANTA TERESA, p. 358, A, a). *La humildad no consiste en desconocer los dones recibidos* (cf. ibíd.,

p. 359, c), sino en conocer a Dios y conocerse a sí mismo (cf. ibíd., p. 358, b).

III. *En qué consiste esta verdad.*

A. En conocernos a nosotros mismos y saber que en el orden sobrenatural todos somos pecadores.

a) *La condición flaca nuestra, y la lucha permanente que supone la vida, nos convierte a todos en pecadores, y por eso todos hemos de orar: perdónanos nuestras deudas* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 328,b y ss).

b) *Hasta los mismos sacerdotes y apóstoles pecaron* (cf. ibíd., p. 329,2).

c) *Hasta los mismos sacerdotes de hoy.*

B. No tenemos nuestro nada más que nuestros pecados. La virtud y cuanto de bueno exista en nuestra naturaleza es de Dios; sólo la defectibilidad y las caídas son nuestras (cf. ibíd., p. 330, 3 y ss, y P. RODRÍGUEZ, p. 365 b y c).

C. Nuestra virtud es de Dios. Todo el tratado de Gracia lo demuestra. El hombre debe reconocerlo, no sea que se le quite lo que tiene (cf. SAN AGUSTÍN, p. 331, c y ss).

D. Resumen. La humildad consiste en conocer que Dios es el autor de todo, en conocer nuestra propia nada natural, nuestro principio y fin y en seguir el ejemplo de Cristo (cf. SAN BUENAVENTURA, p. 345, A, a).

IV. *Bienes que nos reporta la humildad. La humildad no apoca cuando no es tentación del demonio, porque trae consigo la confianza en Dios y la paz del alma* (cf. SANTA TERESA, p. 359, B, a). *La humildad nos trae a Dios, como lo trajo a María, y es maestra de oración* (cf. ibíd., p. 361, c). *La humildad aumenta en nosotros la gracia santificante, que es como el agua, que busca siempre los valles hondos para llenarlos* (cf. SAN BUENAVENTURA, p. 345, b, y SAN GREGORIO MAGNO, p. 335, c).

V. *Exhortación final. Cristo nos está repitiendo a todos: Aprended de mí. Aprendamos, pues, la lección del que no quiso darla sin haberla antes practicado. Aprended los pecadores viendo a Zaqueo y la Magdalena, que humildes consiguen el perdón. Aprended los piadosos, que por lo mismo que lo sois corréis el peligro de la soberbia; aprended del que siéndolo todo se aniquiló a sí mismo* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 333, c. y ss). *Aprendamos de Juan y de los santos, y en lugar de mirar nuestras virtudes consideremos lo que nos falta* (cf. SAN GREGORIO, p. 337, c).

12

Los grados de humildad

I. *Caen en muy grave error quienes juzgan de la humildad como de virtud apocada que abisma al hombre en la contemplación inactiva de su nada, pues como toda virtud es esencialmente activa, y tiende a desarrollar en el alma lo que puede haber en ella de más positivo, a saber, la vida divina de la gracia* (cf. SAN GREGORIO, p. 337, b).

A. San Benito consideraba ya la humildad como una «disposición habitual del alma que gobierna el conjunto de las relaciones del monje para con Dios en la verdad de su doble condición de pecador y de hijo adoptivo» (cf. C. MARMION, «Le Christ idéal du moine» [1922], p. 209). En esta definición todo es activo, porque lo es el gobernar nada menos que las relaciones para con Dios, y lo son también las dos normas directivas, la de nuestra naturaleza pecadora, que exige gran esfuerzo para enderezarla y ponerla a los pies de Dios, y la de la adopción divina con su fuente intrínseca de actividad que es la gracia.

B. La humildad, pues, es el resultado práctico y enérgico en la acción, fundado

a) *En la verdad de nuestro conocimiento, en cuanto que somos todo de Dios y para Dios.*

b) *Y en la verdad del conocimiento de la ayuda divina. «Hominis autem est quidquid pertinet ad defectum; sed Dei est quidquid pertinet ad salutem et perfectionem»* (cf. «Sum. Theol.», 2-2, q. 161, a. 3).

II. *Aplicando estos principios resultan claros los tres grados de humildad de San Ignacio, que son más bien tres grados de actividad intensa correspondientes a los grados de conocimiento de las dos verdades anteriormente expresadas* (cf. «Ejerc. esp.», en «Obras completas de San Ignacio de Loyola» [BAC], p. 191).

A. Cuando llego a entender ser necesario «que así me baje y así me humille cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la ley de Dios», llegaré a la enérgica actuación necesaria para que «aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida tempo-

ral no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue a pecado mortal» (cf. ibíd.).

Es la humildad necesaria para salvarse, y que a veces exigirá gran esfuerzo.

B. Ahora bien, si el conocimiento de mi dependencia y fin divino, si mi ciencia de la salvación da un paso más, entonces de tal manera estaré humilde ante Dios, «que ni me afecto más a tener riqueza que pobreza, a querer honor que deshonor... siendo igual servicio de Dios nuestro Señor... y con esto, que por todo lo criado, ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar de hacer un pecado venial» (cf. ibíd.). La humildad ha llegado a producir efectos casi heroicos. Con relación al honor que debo a Dios, ni aun elegiré entre la enfermedad y la salud con tal que redunden en gloria suya. Con relación a mi salvación y honra divina, ni aun la muerte me hará cometer un pecado venial.

C. Hasta que por fin llegamos al heroísmo. Es la humildad de los santos, que se sienten tan de Dios, que buscan el medio más perfecto de honrarle e ir a El. «Siendo igual alabanza y gloria de la divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo, quiero y elijo» (cf. ibíd.) pobreza antes que riqueza, enfermedad primero que salud.

III. *Estos son los caminos de la humildad.*

A. Difíciles, pero verdaderos, puesto que se apoyan en el conocimiento de dos verdades.

B. Activos con la actividad del cimiento, que cuanto más ahonda, más recio edificio sostiene.

C. El ejemplo de Juan (cf. SAN AGUSTÍN, p. 323, b).

a) *Conoce su nada, y no se cree digno de desatar la correa del zapato del Señor.*

b) *Desea su gloria, y prefiere ser disminuído con tal que Cristo crezca* (cf. BELARMINO, p. 346, A).

c) *Su humildad se presenta vestida de pieles, pero le lleva a la actividad de las riberas del Jordán y después a ofrecer su vida por predicar la verdad a los grandes* (cf. otros ejemplos de humildad en sec. 7.ª, V.-VIII).

13

Los pusilánimes

I. *Isaías intenta levantar el ánimo de los apocados diciéndoles: «¡Cobrad ánimo! ¡Viene el Cristo!» Cristo, en efecto, es el motivo de nuestro ánimo y valor.*

II. *Qué es la pusilanimidad* (cf. «Sum. Theol.», 137, a. 2).

A. El pusilánime «se ignora a sí mismo, pues de lo contrario apetecería los bienes que merece» (cf. ARIST., *Ethic.*, 4, lec. 2).

B. Desconfía de sus fuerzas y exagera las dificultades que se le oponen. Por tendencia natural y pesimista, incluso por ánimo perezoso, cualquier obstáculo se convierte ante sus ojos en una montaña. Las ciencias le parecen inasequibles, sin advertir que otros de igual condición que él las llegan a dominar. Los empleos más sencillos le parecen complicados; las personas, inabordables.

C. En consecuencia del poco aprecio de sí mismo y de la supervaloración de las dificultades, ni aspira a los fines dignos de su ser de hombre, ni osa acometer empresa alguna grande. Es más, si un día la vida se le hace difícil, moriría de inanición, sin fuerzas para hacerle cara.

III. *La pusilanimidad en el orden sobrenatural. Aplicando estos mismos principios y la descripción de Santo Tomás podremos observar que el pusilánime se siente abrumado.*

A. Por lo elevado de la empresa. La perfección («sed, pues, perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial», Mt. 5,48) le parece una meta por completo inasequible, destinada a personas colocadas más arriba del nivel ordinario de la humanidad.

B. Los obstáculos a esa perfección le resultan invencibles. Hay que domar las pasiones, hay que poner en ejercicio virtudes recias.

C. Y enfrente de lo excelso de la empresa y lo arduo de los obstáculos sólo conoce la debilidad de sus fuerzas y su pereza, que le provocan un sentimiento de apocamiento y cobardía muy parecido al de la pereza. Entonces el pusilánime se convierte en el que habiendo recibido un talento lo entierra para que no se pierda.

IV. *Cristo ha venido. Decidselo a los pusilánimes.*

A. Si la perfección era una meta alta, Cristo te ha colocado a su nivel. Se trataba de parecerse al Padre, y Cristo te ha hecho hijo suyo. Eres sarmiento de una vid divina y puedes producir frutos divinos. Ya no eres tú el que vive, sino que Cristo vive en ti. Tu naturaleza ha sido vivida por un Dios y Dios quiere vivir ahora en la tuya.

B. No puede haber obstáculos para el poder divino. Las pasiones se amansan con la gracia. Los demonios tiemblan al nombre de Jesús. Y si demonios y pasiones se sujetan ante ese don que Cristo te ha traído, ¿qué puedes temer?

C. Si te acobardaba lo escaso de tus fuerzas y tu soledad en el camino, advierte que Cristo te las ha divinizado y que ya no marchas solo. En cualquier camino de la virtud que tomes, encontrarás siempre a Jesús que marcha delante, dándote ejemplo y fuerzas.

D. Fortaleced las manos débiles (Is. 35,4), pues la gracia de Cristo las ha robustecido. Se han abierto los ojos del ciego para que veamos la luz de la verdad, de la vanidad del mundo y de la grandeza de Dios. Se han abierto los oídos del sordo para que oigamos el llamamiento de Cristo (Is. 35,5). La tierra seca de nuestra inutilidad y pecado se ha convertido en la fuente de aguas vivas de la gracia que el Señor ha hecho brotar en nosotros (Is. 35,7).

14

La vocación

1. *Cada hombre tiene la suya. Hay una vocación general de todos los hombres y otra especial de cada hombre. Cada hombre está llamado por Dios para ejercer un ministerio en la vida.*

II. *Doble aspecto. Puede considerarse la vocación en relación al orden natural o en relación al orden sobrenatural y de la gracia.*

A. La vocación natural suele ir acompañada de aptitudes especiales.

B. La vocación sobrenatural, de gracias y dones proporcionados.

III. *Una sola vocación. Mas, propiamente hablando, la vocación es una sola, aunque considerada bajo distintos aspectos. Hay que someter el orden natural al orden sobrenatural. No se oponen. El sobrenatural transforma y perfecciona el orden natural. La gracia nunca se opone a la naturaleza. El casado, a quien sus tendencias naturales, gustos e inclinaciones llevan al matrimonio, recibe de Dios gracias especiales para ser perfecto en ese estado. El religioso, para serlo en el convento. El sacerdote, para serlo al frente de una parroquia.*

IV. *Miembro de Cristo. Considerada en el orden sobrenatural, nuestra vocación es la función que desempeñamos dentro del Cuerpo Místico de Jesucristo. Nuestra vida entera debe ser absorbida por la vida de Cristo. Todos debemos aspirar a decir con San Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»* (Gal. 2,20).

V. *Vocación genérica en Cristo. Cuando San Pablo escribe a los Efesios* (4,1): *«Os exhorto a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados», no habla de la vocación individual, sino de la colectiva en Cristo.*

A. Vocación a la gracia.
B. Vocación a la gloria.

VI. *Vocación individual en Cristo. Mas cuando San Pablo dice* (Rom. 12,3): *«Cada uno según Dios le repartió la medida de la fe», se refiere a la vocación individual. al encaje, si se permite la frase, de cada uno dentro del Cuerpo Místico de Cristo; a la función que en él desempeña; y, por tanto, a las gracias y dones que Dios le tiene destinados. Mas «todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fué dada»* (Rom. 12,6).

VII. *A la medida y ajustados. Según la concepción paulina, estamos hechos a la medida. «Somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros»* (Rom. 12,5). *Formamos parte de un cuerpo «trabado y unido», ajustado en sus «ligamentos»* (Eph. 4,16).

VIII. *Las dos uniones. Por seguir el lenguaje paulino, cada uno de nosotros tiene dos uniones principales.*

A. La primera y principalísima, con Cristo cabeza. La segunda, con sus hermanos. Con Cristo cabeza, del cual nos llega la vida y la gracia. «Tenens caput» (Col. 2,19). «Crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo» (Eph. 4,15).
B. La segunda, conexión con los hermanos. Siendo instrumento de Dios para aumentar en ellos la

vida y la gracia, «para la perfección consumada de los santos..., para la edificación del cuerpo de Cristo» (Eph. 4,12).

IX. *Las dos partes del primer mandamiento. He aquí una fórmula perfecta: las dos partes del primer mandamiento.*

A. «Amar a Dios sobre todas las cosas». Esto es, unirnos, en cuanto de nosotros dependa, perfectamente con Cristo por la gracia y la caridad.

B. «Amar al prójimo como a nosotros mismos». Esto es, procurar que el prójimo goce de la plenitud de la gracia y de la caridad de Cristo.

X. *Conclusiones.*

A. Debemos conocer nuestra propia vocación. Todo esfuerzo por saber lo que Dios quiere de nosotros será pequeño. ¡Qué estado, qué oficio, qué ministerio! Y en el curso de la vida, ¡qué negocio, qué ocupación, qué empleo del tiempo! En una palabra, cómo me inspira Dios con sus gracias y sus dones.

B. Realizar con perfección la vocación propia.

a) *Naturalmente: agotando nuestras facultades naturales y con el máximo esfuerzo de nuestra voluntad.*
b) *Sobrenaturalmente: mereciendo, por nuestra vida santa, especiales luces y gracias del cielo.*

C. Realizarla con amor. «Veritatem facientes in charitate» (Eph. 4,15). Hacer la voluntad de Dios. Realizar la verdad de nuestra vida en Dios. Hacerlo con mucho amor, porque El lo quiere y a El le agrada y es para su mayor gloria. Para conseguir este amor: oración y sacramentos, especialmente la Eucaristía, y, si se es sacerdote, la santa misa.

XI. *El ejemplo de Juan. Así obró Juan. Juan, llamado desde el seno de su madre, fué fidelísimo a la vocación* (cf. SUÁREZ, p. 439, A, y 54, B). *Juan aparece unido a Cristo y comunicando la verdad y la caridad de Cristo a sus discípulos. Digamos: Señor, ¿cuál es mi vocación? «Habla, Señor, que tu siervo escucha»* (1 Reg. 3,9).

15

Modo especial de conocer la propia vocación

I. *San Ignacio de Loyola, maestro incomparable en esta materia, sintetizó admirablemente la doctrina sobre la manera de conocer la vocación* (cf. BAC, «Obras completas de San Ignacio de Loyola» [1942], p. 192ss).

A. La regla fundamental es el principio y fundamento. Poner delante de los ojos el fin para que hemos sido creados, a saber, la gloria de Dios y la salvación de las almas.

B. San Ignacio repite este principio y fundamento en el «preámbulo para hacer elección» (cf. ibíd., p. 192). El Santo quiere «que el ojo de nuestra intención sea simple». «Si tu ojo fuera simple, todo tu cuerpo estará luminoso» (Mt. 6,22).

II. *Los tres tiempos de la vocación. De los tres tiempos que establece San Ignacio «para hacer elección buena y sana», nos importan especialmente el segundo y el tercero* (cf. sec. 7.ª, II, A, B y C).

A. El primero es extraordinario.

B. Segundo tiempo.

a) *Es propiamente místico, así como el tercero es ascético. Místico quiere decir que la claridad y el conocimiento que se busca se adquiere, por influencia directa del Espíritu Santo, por vía de dones. El motor es sobrenatural. La luz pertenece al don del consejo, que está sobre la prudencia. La claridad no procede de la actividad de nuestras potencias, sino de «la experiencia de consolaciones y desolaciones y de discreción de varios espíritus»* (cf. ibíd., p. 194).

b) *Doctrina de Santa Teresa. Para comprender bien este segundo tiempo ignaciano conviene leer el capítulo 3 de los «Conceptos del amor de Dios», de Santa Teresa* (cf. «Obras completas», ed. Aguilar, p. 435ss). *He aquí algunos textos que indican cómo esta elección se hace no por razones de entendimiento, sino por fe y por amor.*

1. «Que no escucha las razones que quiere el entendimiento, ni los temores que le pondrá, sino que deja obrar la fe, de manera que no mira provecho ni descanso.»
2. «Así que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe y no se quiere aprovechar el alma de lo que le enseña el entendimiento.»
3. «Creería yo que su entendimiento no dejaría de representarle algunas más razones de las que dije, porque era obispo que había de dejar

sus ovejas... Ya habéis leído cuán bien le sucedió y con la gracia que vino» (alude al acto heroico de San Paulino de Nola, obispo, que, ya anciano, se fué a trocar por el hijo de una viuda que estaba cautivo en Africa. La Santa cita otro caso análogo ocurrido al hermano Alonso de Cordobilla, de los descalzos de San Pedro de Alcántara, que, contra el parecer de muchas personas—de demasiado seso—, se embarcó para Túnez a fin de libertar al hijo de una viuda, quedando él cautivo. Sólo Santa Teresa de Jesús y San Pedro de Alcántara, entre las personas consultadas, conocieron claramente ser inspiración de Dios lo que a los ojos humanos era una imprudencia. Una tempestad obligó al hermano Alonso a regresar a Cádiz cuando ya iba camino de Argel para realizar sus santos propósitos. Murió poco después de unas fiebres.)

C. Tercer tiempo ignaciano:

a) *Este tiempo es natural. Obramos con nuestro entendimiento y nuestra voluntad. El tercer tiempo es «tranquilo cuando el ánima no es agitada de varios espíritus y usa de sus potencias naturales líbera y tranquilamente»* (cf. BAC, «Obras completas de San Ignacio de Loyola», p. 194). *Líbera y tranquilamente no quiere decir que esté ausente la gracia de Dios nuestro Señor, antes todo lo contrario, se hacen peticiones a Dios nuestro Señor para que las potencias actúen bien y fielmente y con generosidad.*

b) *San Ignacio da seis reglas o puntos, que, fielmente aplicadas, son infalibles, a saber:*

1. «El primer puncto es proponer delante la cosa sobre que quiero hacer elección, así como un officio o beneficio par tomar o dexar, o de otra qualquier cosa que cae en elección mutable.
2. Es menester tener por obiecto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente sin affección alguna dessordenada, de manera que no esté más inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta que a dexarla, ni más a dexarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima.
3. Pedir a Dios nuestro Señor que quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer acerca de la cosa propósita que más su alabanza y gloria sea, discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme su sanctísima y beneplácita voluntad.
4. Considerar raciocinando quántos cómodos o provechos se me siguen con el tener el officio o beneficio propuesto para sola la alabanza de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y, por el contrario, considerar asimismo los incómodos y peligros que hay en el tener. Otro tanto haciendo en la segunda parte, es a saber,

mirar los cómodos y provechos en el no tener; y asimismo, por el contrario, los incómodos y peligros en el mismo no tener.

5. Después que así he discurrido y raciocinado a todas partes sobre la cosa propósita, mirar dónde más la razón se inclina, y así, según la mayor moción racional y no moción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propósita.
6. Hecha la tal elección o deliberación, debe ir la persona que tal ha hecho con mucha diligencia a la oración delante de Dios nuestro Señor y offrescerle la tal elección para que su divina majestad la quiera rescibir y confirmar, siendo su mayor servicio y alabanza» (cf. ibíd., p. 194-195).

III. *La prudencia no es virtud común.*

A. Asombra el considerar con qué ligereza toman los hombres las resoluciones más graves. ¡Cuántas veves por impresiones! ¡Cuántas por consejos o sugestiones temerariamente ofrecidas! El fenómeno se da hasta en personas graves. Hasta en personas de espíritu.

a) *Se deciden y, sobre todo, aconsejan con una ligereza incalificable.*
b) *Muchas veces penetrando en terrenos que, por no ser de su competencia, no les merece gracias de Dios.*
c) *Otras muchas procediendo sin conocimiento de las circunstancias, sin deliberación suficiente, sin oración insistente.*

B. Ejemplo insigne de lo que decimos se ofreció en Avila con ocasión de la fundación de Santa Teresa.

a) *¡Con qué ligereza procedieron el cabildo y todos los religiosos, dos de cada orden, que se reunieron en capítulo para dictaminar sobre el proyecto de la Santa!*
b) *No se libró del dictamen de juicio temerario el propio P. Pedro Báñez, O. P., teólogo insigne y maestro de espíritu. Pero este eminente varón, en comenzando a pensar más seriamente y a encomendar el asunto a Dios, cambió de parecer. «Y se le asentó ser muy en servicio de Dios y que no debía dejar de hacerse lo que la Santa pretendía»* (cf. P. SILVERIO DE SANTA TERESA, *Vida de la Santa*, c. 32).

C. Conclusión.

a) *Todos los hombres tenemos una especial vocación. Todos poseemos una vocación específica de toda la vida: la vocación de estado. Todos, en las encrucijadas principales de la vida, sentimos marcada la flecha que nos indica nuestra camino. Dios está pronto a hacernos conocer cuál es su voluntad.*
b) *En materia grave, no se debe tomar nunca una determinación sin mucha oración, para conocer si es posible, por el segundo medio ignaciano, lo que el Espíritu Santo quiere, y sin muchas deliberaciones, aplicando los seis puntos de San Ignacio*

con escrupulosidad y fidelidad. Las almas que sinceramente buscan a Dios nuestro Señor le encuentran siempre.

IV. *Vocación de Juan.*

A. La vocación de Juan pertenece al primer tiempo ignaciano. En la Sagrada Escritura se encuentran dieciocho vocaciones de ese tipo. La primera, la de Abrahán; la última, la de San Pablo. Entre ellas va comprendida la vocación de María Santísima para ser Madre del Verbo.

B. Juan Bautista fué llamado desde el vientre de su madre (Lc. 1,44). Fué profetizado por el ángel (Lc. 1,13) y proclamado por su padre en su nacimiento (Lc. 1,66ss).

C. Juan fué fidelísimo a esta vocación. Esa fidelidad le mereció la muerte.

V. *Pidamos a Dios que nos haga conocer su voluntad sobre nosotros y que nos dé fortaleza para servirle hasta derramar nuestra sangre.*

16

Cristo, único objeto de nuestro gozo pleno

I. Cristo presente en nuestra alma. El sentido literal de las palabras evangélicas es: Cristo está en medio de Israel. Pero ya desde Orígenes se da este pasaje un sentido místico: Cristo está o puede estar en medio de vuestro corazón, en la cámara más secreta de vuestra alma. Está en medio de vosotros y «no lo sabéis» (cf. sec 7.ª, IX).

II. *Alegraos en el Señor.*

A. «Gaudete»: domingo del gozo. La Iglesia, en la epístola de hoy, nos dice una palabra aparentemente extraña e inoportuna: «Alegraos» (Phil, 4,4). Hoy es la domínica del «Gaudete». Pero ¿y la realidad triste y sombría que nos rodea? No importa: Alegraos. Pero ¿cuál puede ser la causa de nuestro gozo? No mires al exterior. No contemples la tierra. La interpretación mística del Evangelio te dará la clave para interpretar alegre y gozosamente la vida, tan ceñuda y áspera.

B. «Gaudete semper in Domino». «Semper». Pobreza, enfermedad, dolor... Pablo no dice: alégrate en las riquezas. Sería excluir del gozo al pobre. Ni dice: alégrate en la juventud. Sería afligir al an-

ciano. Ni dice: alégrate en la salud. Sería excluir al enfermo. Ni dice: alégrate en la ciencia. Sería sentenciar al ignorante. Pablo dice: «Alegraos en el Señor».

C. «El gozo interno». Este gozo es la participación del bien divino en el alma. Tanto el gozo como la tristeza son consecuencia del amor. La ausencia del bien amado causa tristeza. La presencia del bien amado produce gozo. El gozo de Pablo es el gozo del Señor. Gozo interior, fuente secreta, que salta hasta la vida eterna (cf. sec. 7.ª). «Iustitia et pax et gaudium in Spiritu Sancto» (Rom. 14,17). «Gaudium vestrum nemo tollet a vobis» (Io. 16,22).

D. «Este gozo en la tierra nunca es completo». El gozo se compara al deseo como el reposo al movimiento. Mientras permanezcamos en este mundo, no cesa en nosotros el movimiento del deseo. Cuando nada queda que desear, entonces es completo el gozo. El gozo en esta tierra nunca es completo, nunca puro, nunca permanente, nunca seguro. Aquélla es la patria de la quietud. Esta es la patria del llanto y el valle de lágrimas. Cristo lloró (Lc. 19,41; Io. 11,35). Nunca poseemos a Dios como quisiéramos y podemos poseerlo.

E. «En el cielo el gozo será completo». Gozo pleno, con medida rebosante, mayor de la imaginable.

a) «*El sacia tu boca de todo bien*» (Ps. 102,5).
b) «*Ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman*» (1 Cor. 2,9).
c) «*Una medida buena, apretada, colmada, rebosante, será derramada en vuestro seno*» (Lc. 6,38).
d) «*Entra en el gozo de tu Señor*» (Mt. 25,21).
e) *Como ninguna criatura es capaz de un gozo condigno de Dios, siguese, según Santo Tomás, que este gozo completamente lleno no es alcanzado por el hombre, sino que más bien el hombre entra en él.*

Negociad para entrar en el gozo.

A. Hermano, ¿tú quieres oir, no de mis labios, sino de los de Jesucristo, el «gaudete in Domino semper?» (Phil. 4,4). ¿Tú quieres oir el «intra in gaudium Domini tui? (Mt. 25,21). Pues bien, «negocia», hermano. «Negotiamini dum venio» (Lc. 19,13). Administra bien. Si hoy te pidiera Dios cuenta y le dijeras: Sí, Señor, los talentos que me diste los tengo en el Banco en títulos de renta fija, en tierras, en fincas urbanas...

B. Pero... «serve male et piger» (Mt. 25.26), «serve nequam» (Mt. 18,32), ¿no sabías que tus hermanos, tus conciudadanos, tus paisanos, tus vecinos... se morían de hambre y de miseria? No te excuses;

¡cuántas veces te lo he recordado por medio de la voz clara y tajante de la Iglesia!

IV. *La paz de Cristo monta la guardia: «Pax Dei, quae exsuperat omnem sensum, custodiat... in Christo Iesu».*

A. «Custodiat», en el original φρουρήσει. «Monta la guardia». Vuestra alma es como una ciudadela. La paz de Dios «monta la guardia». Vigila como el centinela en las altas horas de la mañana.

B. Para gozar de Dios hay que recluirse en la cámara más secreta del castillo interior.

C. La paz de Dios, o sea, la tranquilidad del orden interior (de nuestras pasiones), será el único centinela que nos asegurará la posesión del gozo de Dios en esta vida y su plenitud definitiva en la venidera.

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

17

Alegrémonos, porque se acerca el reinado de Cristo sobre la sociedad

I. *Un profundo sentimiento de alegría penetra hoy toda la vida litúrgica de la Iglesia. La explicación la da ella misma en los primeros párrafos del introito cuando, parafraseando la epístola de la misa, conjuga en una relación de causalidad dos frases que en la carta de los filipenses tienen un evidente enlace: «Alegraos siempre en el Señor... El Señor está próximo»* (Phil. 4,4-5).

II. *En el orden social como en el individual.*

A. Si nos referimos al orden social, la liturgia tiene plena aplicación al momento en que vivimos. Aun en medio de señales que parecerían mover a la tristeza y al temor, hay motivos para el optimismo y la alegría. Porque, si se mira a los pueblos y a la sociedad con ojos inteligentes e iluminados por la fe, se ve cómo se acerca el reinado social de Jesucristo.

a) *Ocurre a la sociedad, considerada en su conjunto, lo que al cristiano en particular. Dios les ha señalado un fin semejante: crecer en Jesucristo nues-*

tro Señor: «in mensuram aetatis plenitudinis Christi» (Eph. 4,13); *«ad consummationem sanctorum»* (Eph. 4,12).

b) *Consecuencia de ello es que la labor de formar un cristiano tiene un perfecto paralelismo en la ardua tarea de organizar la sociedad cristianamente.*

1. Educar es eso: *educere,* sacar de, hacer brotar a Jesucristo, depositado como semilla en el alma del niño por el bautismo, de modo que aparezca externamente visible por las virtudes cristianas.
2. Y en esto mismo consiste la obra de la civilización cristiana (cf. p. 377, a): en lograr que la sociedad se organice como auténtico reino de Jesucristo en la tierra (cf. p. 378, c), de modo que en el orden temporal se descubra cada vez más claramente el Cuerpo Místico de Jesucristo (cf. p. 378, d).

c) *Es evidente que la sociedad cristiana se acerca al modelo trazado por Jesucristo.*

1. Podría repetirse aquí la que Macaulay dijera a otro propósito. En la historia de la sociedad se dan, como en el océano, una especie de mareas. Con el vaivén de las olas, en la orilla, tan pronto se diría que el mar avanza como que retrocede. Y, sin embargo, una más detenida observación comprueba que el mar en su conjunto sube.
2. También en la civilización cristiana se dan avances y retrocesos parciales. Momentos hay que parece estar abocada al paganismo. En otros, nos acercamos visiblemente al ideal cristiano. En la misma historia interna de la Iglesia pueden observarse esta especie de movimientos pendulares. Pero concretándonos a nuestros tiempos, pese a las crisis que sufrimos y a los difíciles problemas planteados, podemos decir sinceramente que avanzamos. Si miramos a la vida de la misma Iglesia, es evidente a todas luces. Lo prueba:
   1.° *La sucesión de los últimos Pontífices.*
   2.° *La creciente cohesión de la jerarquía con el sacerdocio y con los fieles* (cf. p. 375, a y b) *y de todos alrededor del Pontífice Romano* (cf. p. 375, c y 376, d).
   3.° *Incluso de aquellos que no pertenecen a la Iglesia* (cf. p. 376, e) *y de los hombres de gobierno de distintas naciones* (cf. p. 377, f).
   4.° *El florecimiento de instituciones y obras providenciales, acomodadas a las necesidades de las almas y de los cuerpos.*
   5.° *Los modelos de vida cristiana elevados al honor de los altares para ejemplo de todos.*
   6.° *Las grandiosas solemnidades litúrgicas de carácter multitudinario...*
3. Aun en el orden temporal, social y humano, hay un avance evidente en la civilización cristiana.
4. Advirtamos aquí, sin embargo, que no puede confundirse en modo alguno civilización cristiana con civilización occidental.

1.° *Esta es sinónima al menos en los tiempos que vivimos—en el orden social, político y económico, de liberalismo; y nada puede haber más alejado de una cristiana concepción de la sociedad. ¿Cómo puede llamarse civilización cristiana a la que aparece muchas veces en las páginas de periódicos y revistas, en las pantallas o en los escenarios, en los altavoces o televisores de los pueblos llamados occidentales?*

2.° *Advirtamos también, por otra parte, que hay muchas cosas en el mundo no occidental que caben perfectamente dentro del ideal de la civilización cristiana. ¿Cómo no reconocer como cristiana aquella pureza de costumbres individuales y familiares, tan arraigada en muchos pueblos asiáticos, o incluso las mismas ansias de justicia social que alientan en el fondo de los pueblos que se arrojaron en brazos del marxismo?*

B. Ese patrimonio común de valores morales que hoy pugna por abrirse paso en todas partes (cf. p. 377, a) es herencia del cristianismo.

a) *Podrán exagerarse en ocasiones; podrán incluso utilizarse con fines torcidos. Pero es cierto que hoy tienen tal valor ante las conciencias de los pueblos que todos se apresuran a enarbolarlos como banderas de sus programas políticos, económicos y sociales.*

b) *Cuando se implanta en nombre de ideologías erróneas, pronto comienzan a percibirse sus amargos frutos. Subsistirán por un tiempo, tal vez por la fuerza coactiva de los que gobiernan; pero el fino instinto de los pueblos pronto descubrirá el veneno que en ellos se esconde. Esto es lo que en realidad sucede en nuestros tiempos. La experiencia de tantos ensayos políticos fracasados, el desengaño ante tantos falsos mesianismos, la constante predicación de la Iglesia, la elevación cultural de los pueblos... nos van acercando, aunque sea trabajosamente, a una concepción y a una organización de la sociedad más justa y ordenada.*

c) *Y las mismas convulsiones y peligros que nos inquietan en los tiempos de crisis son el obligado y doloroso tributo que la humanidad ha de pagar en el grandioso alumbramiento de una sociedad mejor.*

III. *Nosotros podemos acelerar, por así decirlo, el curso de la historia. El «adveniat regnum tuum»* (Mt. 6,10) *de nuestra oración cotidiana, está condicionado en su cumplimiento por nuestra leal cooperación.*

A. No con una revolución sangrienta, que acelere los acontecimientos; no favoreciendo el desarrollo hipertrófico de un capitalismo en trance de devorarse a sí mismo.

B. Nuestra revolución ha de ser producto de una efusión de caridad inagotable y de un avance constante de la justicia social.

a) *Cada uno en la medida de sus posibilidades, procure realizar el reino de Jesucristo en sí mismo por la justicia y el amor.*

b) *Cada cual en la medida de sus fuerzas, llévelos a la vida temporal de la sociedad.*
c) *Y esa marcha inevitable de la sociedad hacia una organización más justa y más cristiana, lejos de conseguirse a costa de convulsiones y sufrimientos, será más bien una pacífica peregrinación—llena de renunciamientos si se quiere—hacia el reinado de Jesucristo en la sociedad.*

18

Cristo está en los pobres

I. «*He aquí el Cordero de Dios*».
   A. Dos aspectos de la misión del Precursor.
      a) *Preparar el camino por donde el Señor ha de llegar a las almas.*
      b) *Y mostrarles dónde está Jesucristo, para que, conociéndole, le reciban.*
   B. Nos ocupamos aquí de este último aspecto.
      a) *Sucede muchas veces que Jesucristo, aun viviendo constantemente en medio de la sociedad, es el gran desconocido.*
      b) *Juan llegará un momento en que lo mostrará abiertamente al pueblo:* «*He aquí el Cordero de Dios*» (Io. 1,29).
      c) *Y su testimonio será solemnemente confirmado por el del Padre celestial:* «*Este es mi Hijo muy amado...*» (Mt. 3,17).

II. *El conocimiento de Cristo tiende a comunicarse a los demás.*
   A. Hay como una íntima exigencia en el alma que descubrió a Jesucristo, de hacer a todos partícipes de su hallazgo. Cuando el fuego de Cristo se enciende en su alma, no puede menos de transmitirse a los demás.
   B. El vino a traer «fuego a la tierra, y quiere precisamente que arda» (Lc. 12,49). Y la vida eterna consiste en eso: En «que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Io. 17,3).

III. *Jesucristo sigue siendo el gran desconocido. Aun para los cristianos de nuestro tiempo. Con razón hemos insistido—y volveremos a insistir—en la necesidad de dar testimonio de Jesucristo. Aquí conviene advertir una verdad profunda y misteriosa: tanto más nuestra vida será un testimonio vivo de Jesucristo ante el resto de los hombres, cuanto más sepamos ver nosotros*

mismos a Cristo en nuestros hermanos. Hoy, como en tiempos de Juan, es cierto que «está en medio de nosotros» (Io. 1,26) *Aquel que nos es desconocido.*

IV. *¿Dónde está Jesucristo?*

A. Diríase que nos rodea por todas partes, en la vida social.

a) *Para el marido, está en su esposa; para la esposa, en su marido. «Gran misterio es éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia»* (Eph. 5,32). *Y toda la fuerza y eficacia del sacramento del matrimonio que habéis recibido los esposos está en ver a Cristo en aquel con quien formáis una imagen viva del Cuerpo Místico de Jesucristo.*

b) *Para el padre y la madre, Cristo está en el hijo que Dios les ha dado. Y toda la grandeza de vuestra paternidad está en ver a Jesucristo en el alma de vuestros hijos, y en hacer que su imagen viva aparezca cada vez más claramente en ellos, por una cristiana educación. «Hasta ver a Cristo formado en vosotros»* (Gal. 4,19).

c) *Para el gobernante y, en general, para el que manda, Cristo está en el súbdito. Para el súbdito, Cristo está en la autoridad, a quien debe amor y obediencia...*

B. Pero de todo ello habremos de hablar a lo largo del año litúrgico. Conviene aquí insistir tan sólo en dos formas concretas en que se nos manifiesta Cristo, estrechamente relacionadas entre sí: en los pobres y en los trabajadores.

a) *Cristo está en los pobres. Al decir pobres nos referimos a cuantos viven necesitados, desamparados y desposeídos de cualquier bien. Al que carece de lo suficiente para vivir. Al que con su trabajo no logra un mínimo de vida digna. Al que se alberga en viviendas inhóspitas, pequeñas y de difícil moralidad. En una palabra, al moderno proletario, que, si no es miserable, es ciertamente necesitado* (cf. «Rer. Nov.», 27).

b) *Muchas veces nos lo han advertido los Papas. Los pobres llevan impresa en su alma, como cualquier otro hombre, la imagen de Dios* (cf. p. 384,b). *Recibieron la misma dignidad humana, que les hace superiores a todas las demás criaturas. Por ellos se entregó Jesucristo a la muerte, a fin de entregarles el fruto divino de su redención. El mismo Jesucristo quiso hacerse pobre* (cf. p. 396, a). *Y tuvo especial predilección para con los pobres. Por eso la Iglesia siempre ha visto a Jesucristo en los pobres* (cf. p. 396, b).

c) *Jesucristo está también en los trabajadores. Precisamente para que el trabajador fuera otro Cristo, Cristo quiso hacerse trabajador* (cf. p. 397, c). *Y, al hacerse hombre, quiso glorificar al trabajador y al mismo trabajo* (cf. p. 397, d), *que queda así penetrado por la gracia de Jesucristo redentor* (cf. p. 397, e). *De aquí las exhortaciones de los Papas, para que veamos en los obreros a otros Cristos ne-*

cesitados (cf. p. 398, f). *Y al hablar de pobres y trabajadores, conviene notar cómo el Papa llama la atención sobre una clase de trabajadores mucho más olvidados: los trabajadores agrícolas* (cf. p. 398, i) *que, en nuestra patria, constituyen la gran mayoría de la masa trabajadora.*

V. *Exhortación. Para resolver el problema social, para dar a la sociedad un orden cristiano, es preciso que todos tratemos de ver a Cristo en nuestros prójimos* (cf. p. 398, h). *Pero de un modo especial en los trabajadores y en los pobres. De su conocimiento nacerá el amor, que nadie puede conocer a Cristo sin amarle. Y del amor ha de nacer la concordia y la paz social. El trato cristiano y cordial. Una de las señales del Mesías, decíamos el pasado domingo, era la de evangelizar a los pobres. El pobre es el gran abandonado. Pero es por ser el gran desconocido. Porque debajo de sus ropas toscas y desaseadas lleva escondida la imagen amable de Jesucristo redentor. Y a los que ahora sepan descubrir a Jesucristo allí escondido, en el fin de los tiempos se les dará a conocer claramente en la persona de sus pobres.*

19

La sinceridad

I. *La virtud de la sinceridad.*

A. En Juan.

a) *Que confesó la verdad. Hay en la figura de Juan una ejemplaridad inagotable. Sus palabras y sus obras, observadas a través de un criterio social, pueden dar pábulo a muchas consideraciones. Fijémonos en una cualidad que se destaca en el evangelio de hoy: «El confesó y no negó». Confesó: «No soy yo el Mesías». Confesó la verdad, sin desvirtuarla. Confesó precisamente la verdad, por la que sus interlocutores estaban interesados. Y pudo sin mentir haber dado una contestación evasiva. He aquí una virtud básica en la vida social. Uno de los fundamentos más sólidos de un orden cristiano* (cf. p. 390, i).

b) *En todo momento. En todo momento resplandeció la sinceridad de Juan.*

1. En esta ocasión negó ser él el Cristo, aun sabiendo que le habría de acarrear la separación de muchos discípulos. Pero él mismo nos dice que es conveniente que Cristo crezca y él disminuya. Juan no es más que «voz del que cla-

ma en el desierto», preparando los caminos del Señor.

2. En otras ocasiones le hemos visto predicando verdades amargas a los escribas y fariseos, a soldados y publicanos, a ricos y a pobres. Sabía que aquellas verdades habían de parecer duras a quienes las escuchaban. Pero Juan no era una caña agitada por el viento. Juan era todo un carácter, y jamás vaciló en proclamar la verdad. Juan es veraz por estas dos razones: porque es humilde, y la humildad, según Santa Teresa, es «andar en verdad» (cf. p. 358, A, a); y porque es un hombre de carácter.

B. En Jesucristo. Es virtud esencialmente cristiana (cf. sec. 7.ª, XI). Jesucristo vino al mundo para dar testimonio de la verdad (Io. 18,37). El fué quien legó la verdad a su Iglesia como su más precioso patrimonio (cf. p. 387, a) e hizo del servicio a la verdad un precepto fundamental en el reino por El establecido (cf. p. 387, b).

C. En la Iglesia. Por eso la Iglesia, por encima de toda consideración humana, proclama ante el mundo la verdad (cf. p. 383, e), incluso cuando se trata de problemas que afectan al orden social, cuyas bases fundamentales han de ser profundamente cristianas (cf. p. 390, i).

II. *Dos contrastes ofrece nuestro tiempo con esta conducta de Juan, de Cristo y de la Iglesia.*

A. El primero, la falta de sinceridad cuando se trata de formar la opinión pública de los pueblos, verdadero estigma de la época en que vivimos (cf. p. 391, m). Diríase que un designio satánico alienta muchas veces en algunos dirigentes sociales. Porque la mentira es propia del diablo *(quia mendax est, et pater eius,* Io. 8,44). Verdaderos lobos disfrazados de ovejas, siembran la mentira entre el pueblo (cf. p. 392, ñ), y tratan así de cercenar el uso de las más justas libertades (cf. p. 392, o).

B. La segunda contradicción la ofrece la falta de fidelidad a la palabra dada o a los convenios libremente concertados, verdadero corrosivo de la tranquilidad y de la paz social e incluso internacional. Insinceridad en los acuerdos estipulados con la Iglesia (cf. p. 391, ll). Insinceridad en los convenios firmados con otros Estados, especialmente aquellos que ponen en relación a pueblos poderosos con otros débiles (cf. p. 390, j).

III. *Nadie diga que la Iglesia calla ante estos abusos.*

A. En el primer aspecto, la Iglesia se opone siempre al error y a la falsedad. Sabe muy bien que su

primer deber es dar testimonio de la verdad, denunciando el error dondequiera se encuentre (cf. p. 388, c). Lo hace siempre con caridad, porque sabe también que esta virtud, junto con la verdad y la justicia, constituyen el fundamento mismo del reino de Jesucristo (cf. p. 387, b). Pero ni vacila en condenar a los sembradores de mentiras (cf. p. 392, fi) ni cesa de exhortar a los sacerdotes para que desenmascaren ante el pueblo cualquier error que surja y le ofrezcan siempre toda la verdad (cf. p. 388, d).

B. En el segundo aspecto, la Iglesia no duda en afirmar que la fidelidad a lo pactado es una de las bases fundamentales de un orden social, si se quiere que sea justo y estable (cf. p. 390, j). Ella misma se ofrece como ejemplo de fidelidad absoluta a lo convenido con los Estados (cf. 391, ll). Más todavía: para que la fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones libremente adquiridas no esté constantemente expuesta a la insinceridad de los Estados, reconoce que es necesario crear instituciones capaces de garantizarla incluso coactivamente si fuere necesario (cf. p. 390, k).

C. La Iglesia afirma que sólo una garantía sólida puede asegurar la sinceridad en las palabras o en los contratos: el imperio de una conciencia recta sólidamente apoyada sobre la fe en Dios (cf. p. 390, l). Cuando esa fe existe, ella ilumina la conciencia de nuestra responsabilidad moral. Porque la fe es el fundamento sobre el cual se edifica la humildad, de una parte, y de otra, el verdadero carácter. Y ambas son garantía de una sinceridad completa.

20

El cristiano, precursor de Cristo en nuestra sociedad

I. *La grandeza de Juan se deriva de su relación con Cristo.*

A. El pasado domingo eran los judíos, enviados por Juan, quienes preguntaban a Jesucristo por su verdadera personalidad. Jesucristo respondió con el testimonio de sus obras. Hoy son también ellos los que preguntan al propio Juan: «¿Tú quién eres?» Y Juan responde sinceramente: «Yo soy la

voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor» (Io. 1,28).

B. Qué pensaban de Juan sus contemporáneos, cabe descubrirlo en las propias palabras del Bautista.

a) *Muchos le creían el Mesías prometido. Los más exaltados entre sus discípulos corren esta voz entre el pueblo.*

b) *Otros desconfían de él, porque esperan un caudillo guerrero que libre a Israel de la opresión romana, y en Juan no acaban de descubrirlo.*

C. Pero Juan es hijo de Zacarías, venerado y admirado por el pueblo, y no conviene ofenderle públicamente.

a) *Por eso, cuando los levitas y sacerdotes de Jerusalén envían algunos judíos para interrogarle, su pregunta es perfectamente inocente: «¿Tú quién eres?»*

b) *Juan, que comprende la intención, contesta más bien a lo que aquéllos no han dicho: «Yo no soy el Cristo, ni Elías, ni el profeta». Soy, simplemente, «voz del que clama: enderezad el camino...».*

c) *Su humildad le lleva a manifestarse insignificante. ¿Por qué? Porque está en medio del pueblo Aquel a quien él no es digno de desatar la correa del zapato. Esta humildad, que le sitúa en su verdadera posición con respecto a Jesucristo, es su mayor timbre de gloria. Jesucristo hará de él su elogio más cumplido: «Entre los nacidos de mujer, no ha parecido uno mayor que Juan el Bautista»* (Mt. 11,11).

D. ¿De dónde le viene a Juan esta grandeza? De su especial relación con Jesucristo. He aquí la fuente de mayor dignidad para un cristiano. Juan pudo contestar con verdad: «Yo soy un profeta... Yo soy el caudillo del pueblo... El reformador de esta sociedad corrompida... El maestro de la moral...» Y, sin embargo, sólo encuentra digno de ser tenido en cuenta aquello que le relaciona con Jesucristo; su calidad de Precursor.

II. *La grandeza de un cristiano tiene el mismo origen.*

A. Para un cristiano, toda su grandeza le viene de su íntima relación con Dios, a través de Jesucristo, por la Gracia.

a) *Grandes como vivientes, porque nuestra naturaleza nos hace superiores a todo lo creado. Grandes como racionales, porque con nuestro espíritu somos capaces de señorear a toda la creación* (cf. p. 384, a). *Grandes, porque en nuestra alma está impresa la imagen y semejanza de Dios* (cf. p. 384, b).

b) *Pero, por encima de esta grandeza, la mayor dignidad le viene al hombre de su relación con Dios: en cuanto participa de la vida divina por la gracia de Jesucristo* (cf. p. 384, c); *en cuanto por ella es hecho Hijo verdadero de Dios* (cf. p. 385, e); *en cuanto mediante ella tiene al mismo Dios como*

fin último y felicidad total (cf. p. 384, d, y 386, h); *en cuanto el pleno desarrollo de su perfección lo alcanza por la perfecta semejanza y unión con Dios* (cf. p. 385, f y g).

B. En cuanto vive en sociedad, hay también una especial relación entre Dios y el cristiano.

a) *Dios coloca al hombre en el seno de la sociedad, asignándole en ella una misión concreta, no sólo en el orden sobrenatural* (cf. p. 386 i), *sino incluso en el orden temporal* (cf. p. 386, j). *Mediante su cumplimiento, contribuye al bien de todos los demás miembros de la sociedad* (cf. p. 387, k). *Diríase que, de alguna manera, Dios le hizo instrumento, representante suyo, para comunicar por su medio a los demás hombres ciertos bienes, y alcanzar así el bien común* (cf. p. 387, l).

b) *Es preciso que el pueblo vea a Cristo en los cristianos. Y ha de verlo precisamente porque realizan las obras de Cristo. Pero hay que decir también: vales cuanto tienes de Cristo. Y tienes de Cristo su propia vida por la gracia y una vocación personal que te ordena el bien de tus hermanos. Fuera de esto, nada valemos. Piensa que tus obras serán las de Cristo en la medida que te des cuenta de que El te señaló una misión concreta en su nombre. Cumplirla fielmente es tu mayor grandeza. Es dar testimonio de Jesucristo. Es preparar sus caminos en muchas almas. Es hacer que le encuentren tantos que andan buscándole. Es edificar el Cuerpo místico.*

PREDICACION DEL BAUTISTA

Cuarto domingo de Adviento

I. EPISTOLA

(1 Cor. 4,1-5)

1 Sic nos existimet homo ut ministros Christi: et dispensatores mysteriorum Dei.

2 Hic iam quaeritur inter dispensatores ut fidelis quis inveniatur.

3 Mihi autem pro minimo est ut a vobis iudicer, aut ab humano die: sed neque meipsum iudico.

4 Nihil enim m i h i conscius sum: sed non in hoc iustificatus sum: qui autem iudicat me, Dominus est.

5 Itaque nolite ante tempus iudicare, quoadusque veniat Dominus: qui et illuminabit abscondita tenebrarum et manifestabit consilia cordium: et tunc laus erit unicuique a Deo.

1 Es preciso que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.

2 Por lo demás, lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles.

3 Cuanto a mí, muy poco se me da ser juzgado por vosotros o de cualquier tribunal humano, que ni aun a mí mismo me juzgo.

4 Es cierto que de nada me arguye la conciencia, mas no por eso me creo justificado; quien me juzga es el Señor.

5 Tampoco, pues, juzguéis vosotros antes de tiempo, mientras no venga el Señor, que iluminará los escondrijos de las tinieblas y hará manifiestos los propósitos de los corazones, y entonces cada uno tendrá la alabanza de Dios.

II. EVANGELIO

(Lc. 3,1-6)

1 Anno a u t e m quintodecimo imperii Tiberii Caesaris, procurante Pontio Pilato Iudaeam, tetrarcha autem Galilaeae Herode, Philippo autem fratre eius tetrarcha Ituraeae, et Trachonitidis regionis, et Lysania Abilinae tetrarcha,

2 sub principibus sacerdotum Anna, et Caipha: factum est verbum Domini super Ioannem, Zachariae filium, in deserto.

1 El año quintodécimo del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, tetrarca de Galilea Herodes, y Lisania tetrarca de Abilene,

2 bajo el pontificado de Anás y Caifás, fué dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

3 Y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia en remisión de los pecados.

4 Según está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: Voz del que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.
5 Todo barranco será rellenado, y todo monte y collado allanado, y los caminos tortuosos rectificados, y los ásperos igualados.
6 Y toda carne verá la salud de Dios.

3 Et venit in omnem regionem Iordanis, praedicans baptismum poenitentiae in remissionem peccatorum,
4 sicut scriptum est in Libro sermonum Isaiae prophetae: Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini: rectas facite semitas eius:
5 Omnis vallis implebitur: et omnis mons, et collis humiliabitur: et erunt prava in directa: et aspera in vias planas:
6 et videbit omnis caro salutare Dei.

III. TEXTOS CONCORDANTES

A) Mt. 3,1-3

1 En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea,
2 diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca.

3 Este es aquel de quien habló el profeta Isaías cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas.

1 In diebus autem illis venit Ioannes Baptista praedicans in deserto Iudaeae,
2 et dicens: Poenitentiam agite: appropinquavit enim regnum caelorum.
3 Hic est enim, qui dictus est per Isaiam prophetam dicentem: Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini: rectas facite semitas eius.

B) Mc. 1,1-5

1 Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.
2 Como está escrito en el profeta Isaías. He aquí que envío delante de ti mi ángel, que preparará tu camino.

3 Voz de quien grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos.
4 Apareció en el desierto Juan el Bautista, predicando el bautismo de penitencia para remisión de los pecados.
5 Acudían a él de toda la región de Judea, todos los moradores de Jerusalén, y se hacían bautizar por él en el río Jordán, confesando sus pecados.

1 Initium Evangelii Iesu Christi, Filii Dei.
2 Sicut scriptum est in Isaia propheta: Ecce ego mitto angelum meum ante faciem tuam, qui praeparabit viam tuam ante te.
3 Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini, rectas facite semitas eius.
4 Fuit Ioannes in deserto baptizans, et praedicans baptismum poenitentiae in remissionem peccatorum.
5 Et egrediebatur ad eum omnis Iudaeae regio, et Ierosolymitae universi, et baptizabantur ab illo in Iordanis flumine, confitentes peccata sua.

IV. TEXTOS COMPLEMENTARIOS

A) Lc. 3,7-17

7 Dicebat ergo ad turbas quae exibant ut baptizarentur ab ipso: Genimina viperarum, quis ostendit vobis fugere a ventura ira?

8 Facite ergo fructus dignos poenitentiae, et ne coeperitis dicere: Patrem habemus Abraham. Dico enim vobis quia potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae.

9 Iam enim securis ad radicem arborum posita est. Omnis ergo arbor non faciens fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.

10 Et interrogabant eum turbae, dicentes: Quid ergo faciemus?

11 Respondens autem dicebat illis: Qui habet duas tunicas, det non habenti: et qui habet escas, similiter faciat.

12 Venerunt autem et publicani ut baptizarentur, et dixerunt ad illum: Magister, quid faciemus?

13 At ille dixit ad eos: Nihil amplius, quam quod constitutum est vobis, faciatis.

14 Interrogabant autem eum et milites, dicentes: Quid faciemus et nos? Et ait illis: Neminem concutiatis, neque calumniam faciatis: et contenti estote stipendiis vestris.

15 Existimante autem populo, et cogitantibus omnibus in cordibus suis de Ioanne, ne forte ipse esset Christus:

16 respondit I o a n n es, dicens omnibus: Ego quidem aqua baptizo vos: veniet autem fortior me, cuius non sum dignus solvere corrigiam calceamentorum eius: ipse vos baptizabit in Spiritu Sancto et igni:

17 cuius ventilabrum in manu eius, et purgabit aream suam, et congregabit triticum in horreum suum, paleas autem comburet igni inextinguibili.

7 Decía, pues, a las muchedumbres que venían para ser bautizadas por él: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que llega?

8 Haced, pues, frutos de penitencia y no andéis diciéndoos: Tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que puede Dios sacar de estas piedras hijos de Abraham.

9 Ya el hacha está puesta a la raíz del árbol: todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

10 Las muchedumbres le preguntaban: ¿Pues qué hemos de hacer?

11 El respondía: El que tiene dos túnicas dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo.

12 Vinieron también publicanos a bautizarse y le decían: Maestro, ¿qué hemos de hacer?

13 Y les contestaba: No exigir nada fuera de lo que está tasado.

14 Le preguntaban también los soldados: Y nosotros, ¿qué hemos de hacer? Y les respondía: No hagáis extorsión a nadie ni denunciéis falsamente y contentaos con vuestra soldada.

15 Hallándose el pueblo en ansiosa expectación y pensando todos entre sí de Juan si sería él el Mesías,

16 Juan respondió a todos, diciendo: Yo os bautizo en agua, pero llegando está otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de soltarle la correa de las sandalias; El os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego.

17 En su mano tiene el bieldo para bieldar la era y almacenar el trigo en su granero, mientras la paja la quemará con fuego inextinguible.

B) Mt. 3,4-12

4 Juan iba vestido de pelo de camello, llevaba un cinturón de cuero a la cintura y se alimentaba de langostas y miel silvestre.

5 Venían a él de Jerusalén y de toda Judea y toda la región del Jordán.

6 y eran por él bautizados en el río Jordán y confesaban sus pecados.

7 Como viera a muchos saduceos y fariseos venir a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que os amenaza?

8 Haced frutos dignos de penitencia,

9 y no os forjéis ilusiones diciéndoos: Tenemos a Abraham por padre. Porque yo os digo que Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abraham.

10 Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego.

11 Yo, cierto, os bautizo en agua para penitencia; pero detrás de mí viene otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de llevar las sandalias; El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego.

12 Tiene ya el bieldo en su mano y limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en fuego inextinguible.

4 Ipse autem Ioannes habebat vestimentum de pilis camelorum, et zonam pelliceam circa lumbos suos: esca autem eius erat locustae, et mel silvestre.

5 Tunc exibat ad eum Ierosolyma, et omnis Iudaea, et omnis regio circa Iordanem;

6 et baptizabantur ab eo in Iordane, confitentes peccata sua.

7 Videns autem multos Pharisaeorum, et Saducaeorum venientes ad baptismum suum, dixit eis: Progenies viperarum, quis demonstravit vobis fugere a ventura ira?

8 Facite ergo fructum dignum poenitentiae.

9 Et ne velitis dicere intra vos: Patrem habemus Abraham. Dico enim vobis quoniam potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae.

10 Iam enim securis ad radicem arborum posita est. Omnis ergo arbor, quae non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.

11 Ego quidem baptizo vos in aqua in poenitentiam: qui autem post me venturus est, fortior me est, cuius non sum dignus calceamenta portare; ipse vos baptizabit in Spiritu Sancto, et igni.

12 Cuius ventilabrum in manu sua: et permundabit aream suam: et congregabit triticum suum in horreum, paleas autem comburet igni inextinguibili.

C) Mc. 1,6-8

6 Llevaba Juan un vestido de pelos de camello y un cinturón de cuero ceñía sus lomos, y se alimentaba de langostas y miel silvestre. En su predicación les decía:

7 Tras de mí viene uno más fuerte que yo, ante quien no soy digno de pos-

6 Et erat Ioannes vestitus pilis cameli, et zona pellicea circa lumbos eius, et locustas, et mel silvestre edebat. Et praedicabat dicens:

7 Venit fortior me post me: cuius non sum dignus procumbens

solvere corrigiam calceamentorum eius.
8 Ego baptizavi vos aqua, ille vero baptizabit vos Spiritu Sancto.

trarme para desatar la correa de sus sandalias.
8 Yo os bautizo en agua, pero El os bautizará en el Espíritu Santo.

V. OTROS TEXTOS DE LA ESCRITURA ALUSIVOS A LA PENITENCIA

En consonancia con los pasajes de Santos Padres y otros autores recogidos en torno a este cuarto domingo de Adviento, seleccionamos los textos de la Escritura más importantes relacionados con la penitencia.

A) Arrepentimiento y perdón

Et reversus fueris ad eum, et obedieris eius imperiis, sicut ego hodie praecipio tibi, cum filiis tuis, in toto corde tuo, et in tota anima tua (Deut. 30,2).

Te conviertas a Yavé tu Dios, y obedezcas su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y toda tu alma.

15 Dixeruntque filii Israel ad Dominum: Peccavimus, redde tu nobis quidquid tibi placet: tantum nunc libera nos.
16 Quae dicentes, omnia de finibus suis alienorum deorum idola proiecerunt, et servierunt Domino Deo: qui doluit super miseriis eorum (Iud. 10,15-16).

15 Los hijos de Israel dijeron a Yavé: Hemos pecado, castíganos como quieras, pero líbranos ahora.
16 Quitaron de en medio de ellos los dioses extraños y sirvieron a Yavé, que no pudo soportar la aflicción de Israel.

Ait autem Samuel ad universam domum Israel dicens: Si in toto corde vestro revertimini ad Dominum, auferte deos alienos de medio vestri, Baalim et Astaroth; et praeparate corda vestra Domino et servite ei soli, et eruet vos de manu Philisthim (1 Reg. 7,3).

Dijo, pues, Samuel: Si de todo corazón os convertís a Yavé, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y las astartés; enderezad vuestro corazón a Yavé y servidle sólo a El, y El os librará de las manos de los filisteos.

B) Penitencia de David

29 Porro triumphator in Israel non parcet, et poenitudine non flectetur: neque enim homo est ut agat poenitentiam.
30 At ille ait: Peccavi; sed nunc honora me coram senioribus populi mei, et coràm Israel, et re-

29 Y el esplendor de Israel no se doblegará, no se arrepentirá, pues no es un hombre para que se arrepienta.

30 Saúl dijo: He pecado; pero hónrame ahora, te lo ruego, en presencia de los ancianos de mi pueblo y en presencia

de Israel, y ven conmigo a adorar a Yavé, tu Dios.

13 David dijo a Natán: He pecado contra Yavé. Y Natán dijo a David: Yavé te ha perdonado tu pecado. No morirás.

16 Entonces rogó David a Dios por el niño y ayunó y se recogió, pasando las noches acostado en tierra.

10 David sintió latir su corazón cuando hubo hecho el censo del pueblo, y dijo a Yavé: He pecado gravemente al hacer esto. Ahora, ¡oh Yavé!, perdona, te ruego, la iniquidad de tu siervo, pues he obrado como un insensato.

17 A la vista del ángel que hería al pueblo, dijo David a Yavé: Yo he pecado; pero éstos, las ovejas, ¿qué han hecho? Caiga tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre.

vertere mecum, ut adorem Dominum Deum tuum (1 Reg. 15,29-30).

13 Et dixit David ad Nathan: Peccavi Domino. Dixitque Nathan ad David: Dominus quoque transtulit peccatum tuum: non morieris.

16 Deprecatusque est David Dominum pro parvulo: et ieiunavit David ieiunio, et ingressus seorsum iacuit super terram (2 Reg. 12,13 y 16).

10 Percussit autem cor David eum, postquam numeratus est populus: et dixit David ad Dominum: Peccavi valde in hoc facto: sed precor, Domine, ut transferas iniquitatem servi tui, quia stulte egi nimis.

17 Dixitque David ad Dominum, cum vidisset angelum caedentem populum: Ego sum qui peccavi, ego inique egi: isti qui oves sunt, quid fecerunt? vertatur, obsecro, manus tua contra me, et contra domum patris mei (2 Reg. 24,10 y 17).

C) Plegaria de Salomón

33 Cuando tu pueblo Israel cayere ante sus enemigos, por haber pecado contra ti, y vueltos a ti confiesen tu nombre y oren, y te rueguen, y te supliquen en esta casa,

34 óyelos tú en los cielos, y perdona el pecado de tu pueblo Israel, y restitúyelos a la tierra que diste a sus padres.

46 Si hubieren pecado contra ti, pues no hay hombre que no peque, y estuvieres tú airado contra ellos, y los entregares al enemigo, para que los cautive y lleve a tierra enemiga, lejana o cercana;

47 si ellos vuelven en sí en la tierra de su cautividad, y, convertidos a ti, te suplican en la tierra adonde los llevaren, y dicen: Hemos pecado, hemos hecho el mal, hemos cometido impiedad,

33 Si fugerit populus tuus Israel inimicos suos (quia peccaturus est tibi) et agentes poenitentiam, et confitentes nomini tuo, venerint et oraverint, et deprecati te fuerint in domo hac;

34 exaudi in caelo, et dimitte peccatum populi tui Israel, et reduces eos in terram, quam dedisti patribus eorum.

46 Quod si peccaverint tibi (non est enim homo qui non peccet) et iratus tradideris eos inimicis suis, et captivi ducti fuerint in terram inimicorum, longe vel prope,

47 et egerint poenitentiam in corde suo in loco captivitatis, et conversi deprecati te fuerint in captivitate sua dicentes: Peccavimus, inique egimus, impie gessimus:

49 exaudies *in caelo, in firmamento solii tui, orationes eorum* et preces eorum, et facies iudicium eorum (3 Reg. 8,33-34 y 46-47,49).

49 oye en los cielos, en la habitación de tu morada, su oración y su súplica y hazles justicia.

D) Penitencia de los reyes de Judá

Iosaphat autem timore perterritus, totum se contulit ad deprecandum Dominum, et praedicavit ieiunium universo Iuda (2 Par. 20,3).

En su temor, se dispuso Josafat a buscar a Yavé, y promulgó un ayuno para todo Judá.

12 Qui (Manasses) postquam coangustatus est, oravit Dominum Deum suum: et egit poenitentiam valde coram Deo patrum suorum.
13 Deprecatusque est eum, et obsecravit intente: et exaudivit orationem eius, reduxitque eum Ierusalem in regnum suum, et cognovit Manasses quod Dominus ipse esset Deus (2 Par. 33,12-13).

12 Cuando se vió en la angustia, oró a Yavé, humillándose grandemente ante el Dios de sus padres.
13 Gimió y le dirigió instantes súplicas y fué atendido, pues oyó su oración y le volvió a Jerusalén, a su reino. Entonces conoció Manasés que Yavé es Dios.

26 Ad regem autem Iuda (Iosiam), qui misit vos pro Domino deprecando, sic loquimini: Haec dicit Dominus Deus Israel: Quoniam audisti verba voluminis,
27 atque emollitum est cor tuum, et humiliatus es in conspectu Dei super his, quae dicta sunt contra locum hunc, et habitatores Ierusalem, reveritusque faciem meam, scidisti vestimenta tua, et flevisti coram me; ego quoque exaudivi te, dicit Dominus (2 Par. 34-26-27).

26 Pero decid al rey de Judá, que os ha mandado a consultar a Yavé: Así habla Yavé, Dios de Israel, acerca de las palabras que has oído:
27 Por haberse conmovido tu corazón y haberte humillado ante Dios al oír sus palabras contra este lugar y contra sus habitantes; porque has rasgado tus vestiduras y has llorado ante Yavé, también yo he oído, dice Yavé.

E) Otros ejemplos de penitencia

Convertimini itaque, peccatores, et facite iustitiam coram Deo, credentes quod faciat vobiscum misericordiam suam (Tob. 13,8).

Convertíos, pecadores, y practicad la justicia delante de él; quizá tenga misericordia de nosotros.

8 Et clamavit omnis populus ad Dominum instantia magna, et humiliaverunt animas suas in ieiuniis et orationibus, ipsi et mulieres eorum.
9 Et induerunt se Sacerdotes ciliciis, et infantes prostraverunt

8 Y clamó al Señor todo el pueblo con grande instancia y humillaron sus almas con ayunos, y oraciones, ellos y sus mujeres.
9 Y los sacerdotes se vistieron de cilicios, y a los niños les postraron por tie-

rra delante del templo del Señor, y cubrieron de cilicio el altar del Señor.

contra faciem templi Domini, et altare Domini operuerunt cilicio (Iudith 4,8-9).

F) Sentencias del libro de Job

Si humillándote te vuelves al Omnipotente y alejas de tu tienda la iniquidad.

Si reversus fueris ad Omnipotentem, aedificaberis, et longe facies iniquitatem a tabernaculo tuo (Iob 22,23).

Dióle Dios lugar de penitencia, y él abusa de esto para soberbia: mas los ojos de él están en sus caminos.

Dedit ei Deus locum poenitentiae et ille abutitur eo in superbiam: oculi autem eius sunt in viis illius (Iob 24,23).

6 Por esto yo me reprendo a mí mismo, y hago penitencia en pavesa y ceniza.

6 Idcirco me reprehendo et ago poenitentiam in favilla et cinere.

10 Yavé restableció a Job en su estado, después de haber él rogado por sus amigos, y acrecentó Yavé hasta el duplo todo cuanto antes poseyera.

10 Dominus conversus est ad poenitentiam Iob, cum oraret ille pro amicis suis. Et addidit Dominus omnia quaecumque fuerant Iob duplicia (Iob 42,6 y 10).

G) En los Salmos

Consumido esto y a fuerza de gemir, todas las noches inundo mi lecho y con mis lágrimas humedezco mi estrado.

Laboravi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum: lacrymis meis stratum meum rigabo (Ps. 6,7).

5 Pero te confesé mi pecado y te descubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré a Yavé mi pecado, y tú perdonaste mi iniquidad.

5 Delictum meum cognitum tibi feci: et iniustitiam meam non abscondi. Dixi: Confitebor adversum me iniustitiam meam Domino: et tu remisisti impietatem peccati mei (Ps. 31,5).

3 Apiádate de mí, ¡oh Dios!, según tus piedades. Según la muchedumbre de tu misericordia borra mi iniquidad.

3 Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam. Et secundum multitudinem miserationum tuarum d e l e iniquitatem meam.

4 Lávame más y más de mi iniquidad límpiame de mi pecado.

4 Amplius lava me ab iniquitate mea et a peccato meo munda me.

5 Pues reconozco mis culpas y mi pecado está siempre ante mí.

5 Quoniam iniquitatem meam ego cognosco; et peccatum meum contra me est semper.

6 Contra ti, sólo contra ti he pecado, he hecho lo malo a tus ojos para que

6 Tibi soli peccavi et malum coram te feci: ut iustifeceris in ser-

monibus tuis et vincas cum iudicaris (Ps. 50,3-6).

4 Deus, converte nos: et ostende faciem tuam, et salvi erimus.
5 Domine, Deus virtutum, quousque irasceris super orationem servi tui? (Ps. 79,4-5).

sea reconocida la justicia de tus palabras y seas vencedor en el juicio.

4 ¡Oh Dios, restáuranos, haz esplender tu rostro y seremos salvos!
5 ¡Oh Yavé, Dios Sebaot! ¿Hasta cuándo seguirás desdeñando la oración de tu pueblo?

H) En los libros sapienciales

Qui abscondit scelera sua non dirigetur: qui autem confessus fuerit, et reliquerit ea, misericordiam consequetur (Prov. 28,13).

El que oculta sus pecados no prosperará, el que los confiesa y se enmienda alcanzará misericordia.

Sed misereris omnium, quia omnia potes, et dissimulas peccata hominum propter poenitentiam (Sap. 11,24).

Pero tienes piedad de todos porque tú lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia.

Sed partibus iudicans dabas locum poenitentiae, non ignorans, quoniam nequam est natio eorum, et naturalis malitia ipsorum, et quoniam non poterat mutari cogitatio illorum in perpetuum (Sap. 12,10).

Pero castigándolos poco a poco, les diste lugar a penitencia, no ignorando que era el suyo un origen perverso, y que era ingénita su maldad, y que jamás se mudaría su pensamiento.

Dicentes: Si poenitentiam non egerimus, incidemus in manus Domini, et non in manus hominum (Eccli. 2,22).

Diciendo: Si no hiciéremos penitencia, caeremos en las manos del Señor y no en las manos de los hombres.

28 Quam magna misericordia Domini et propitiatio illius convertentibus ad se! (Eccli. 17,28).

28 ¡Cuán grande es la misericordia del Señor y su piedad por los que se vuelven a él!

Quam bonum est correptum manifestare poenitentiam! sic enim effugies voluntarium peccatum (Eccli. 20,4).

Bueno es que el corregido manifieste arrepentimiento. Así huirá del pecado voluntario.

Ipse (Iosias) est directus divinitus in poenitentiam gentis, et tulit abominationes impietatis (Eccli. 49,3).

Este fué destinado por impulso divino a la conversión de la nación y quitó de en medio las abominaciones de la iniquidad.

I) En los profetas

18 Et venite, et arguite me, dicit Dominus: si fuerint peccata vestra ut coccinum, quasi nix deal-

18 Venid y entendámonos, dice Yavé: Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la

nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca.

Por eso os está esperando Yavé para haceros gracia; por eso se levanta para tener misericordia de vosotros, que es Yavé Dios justo y cuantos se le acogen son bienaventurados.

Volveos a mí y seréis salvos, confines todos de la tierra. Porque yo soy Dios y no hay otro.

Deje el impío sus caminos y el malvado sus pensamientos, y vuélvase a Yavé, que tendrá de él misericordia, a nuestro Dios, que es rico en perdones.

Pero si este pueblo se convierte, arrepentido de las maldades, por las que yo le amenazaba, también yo me arrepiento del mal que había determinado hacerle.

19 Después de mi defección me he arrepentido: luego que entré en mí, heríme el muslo. Estoy confuso y avergonzado, llevo sobre mí el oprobio de mi mocedad.

Conviértenos a ti, ¡oh Yavé!, y nos convertiremos. Danos todavía días como los antiguos.

21 Y si el malvado se retrae de su maldad y guarda todos mis mandamientos y hace lo que es recto y justo, vivirá y no morirá.

27 Y si el malvado se aparta de su iniquidad que cometió y hace lo que es recto y justo, hará vivir su propia alma.

11 Dile: Por mi vida, dice el Señor, Yavé, que yo no me gozo en la muerte del impío, sino en que se retraiga de su camino y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos: ¿Por qué os empeñáis en morir, casa de Israel?

babuntur: et si fuerint rubra quasi vermiculus, velut lana alba erunt (Is. 1,18).

Propterea expectat Dominus ut misereatur vestri: et ideo exaltabitur parcens vobis: quia Deus iudicii Dominus; beati omnes qui expectant eum (Is. 30,18).

Convertimini ad me, et salvi eritis omnes fines terrae quia ego Deus et non alius (Is. 45,22).

Derelinquat impius viam suam, et vir iniquus cogitationes suas, et revertatur ad Dominum, et miserebitur eius, et ad Deum nostrum; quoniam multus est ad ignoscendum (Is. 55,7).

Si poenitentiam egerit gens illa a malo suo, quod locutus sum adversus eam: agam et ego poenitentiam super malo, quod cogitavi ut facerem ei (Ier. 18,8).

19 Postquam enim convertisti me, egi poenitentiam: et postquam ostendisti mihi, percussi femur meum. Confusus sum et erubui, quoniam sustinui opprobrium adolescentiae meae (Ier. 31,19).

Converte nos, Domine, ad te, et convertemur: innova dies nostros, sicut a principio (Thren. 5,21).

21 Si autem impius egerit poenitentiam ab omnibus peccatis suis, quae operatus est, et custodierit omnia praecepta mea, et fecerit iudicium, et iustitiam: vita vivet et non morietur.

27 Et cum averterit se impius ab impietate sua, quam operatus est, et fecerit iudicium, et iustitiam: ipse animam suam vivificabit (Ez. 18,21 y 27).

11 Dic ad eos: Vivo ego, dicit Dominus Deus: nolo mortem impii, sed ut convertatur impius a via sua, et vivat. Convertimini, convertimini a viis vestris pessimis: et quare moriemini domus Israel?

14 Si autem dixero impio: Morte morieris: et egerit poenitentiam a peccato suo, feceritque iudicium et iustitiam,

15 et pignus restituerit ille impius, rapinamque reddiderit, in mandatis vitae ambulaverit, nec fecerit quidquam iniustum: vita vivet, et non morietur.

16 Omnia peccata eius, quae peccavit, non imputabuntur ei: iudicium et iustitiam fecit, vita vivet (Ez. 33,11 y 14-16).

14 Y diciendo yo al impío: De cierto morirás: Si él se convirtiere de su pecado, e hiciere juicio y justicia;

15 si devolviere la prenda, restituyere lo robado y caminare por los mandatos de vida, no haciendo iniquidad, ciertamente vivirá, no morirá.

16 No se recordará ninguno de los pecados que cometió; hizo juicio y justicia y de cierto vivirá.

13 Et scindite corda vestra, et non vestimenta vestra, et convertimini ad Dominum Deum vestrum: quia benignus et misericors est, patiens et multae misericordiae, et praestabilis super m a l i t i a (Ioel 2-13).

13 Rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras, y convertíos a Yavé, vuestro Dios, que es clemente y misericordioso, tardo a la ira, grande en misericordias y que se arrepiente de castigar.

8 Et operiantur saccis hominis, et iumenta, et clament ad Dominum in fortitudine, et convertatur vir a via sua mala, et ab iniquitate, quae est in manibus eorum.

10 Et vidit Deus opera eorum, quia conversi sunt de via sua mala: et misertus est Deus super malitiam quam locutus fuerat ut faceret eis, et non fecit (Ion. 3,8 y 10).

8 Cúbranse de saco hombres y animales, y clamen a Dios fuertemente, y conviértase cada uno de su mal camino, de la rapiña de sus manos.

10 Vió Dios lo que hicieron, convirtiéndose de su mal camino, y arrepintiéndose del mal que les dijo había de hacerles y no lo hizo.

J) La penitencia evangélica

20 Tunc coepit exprobrare civitatibus, in quibus factae sunt plurimae virtutes eius, quia non egissent poenitentiam.

21 Vae tibi Corozain, vae tibi Bethsaida: quia si in Tyro et Sidone factae essent virtutes, quae factae sunt in vobis, olim in cilicio et cinere poenitentiam egissent.

22 Verumtamen dico vobis: Tyro et Sidoni remissius erit in die iudicii, quam vobis (Mt. 11,20-22).

20 Comenzó entonces a increpar a las ciudades en que había hecho muchos milagros, porque no habían hecho penitencia.

21 ¡Ay de ti, Corozaín!, ¡ay de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros hechos en ti, mucho ha que en saco y ceniza hubieran hecho penitencia.

22 Así, pues, os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotros en el día del juicio.

Viri Ninivitae surgent in iudicio cum generatione ista, et condemnabunt eam: quia poeniten-

Los ninivitas se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán; hicieron penitencia a la predica-

ción de Jonás, y hay aquí algo más que Jonás.

Esta especie no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno.

Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: Antes de que cante el gallo me negarás tres veces; y saliendo fuera, lloró amargamente.

14 Después que Juan fué preso, vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios y diciendo:

15 Cumplido es el tiempo y el reino de Dios está cercano: arrepentíos y creed en el Evangelio.

Y no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia.

37 Y he aquí que llegó una mujer pecadora que había en la ciudad, la cual, sabiendo que estaba en la mesa en casa del fariseo, con un pomo de alabastro de ungüento,

38 se puso detrás de El junto a sus pies, llorando y comenzó a bañar con lágrimas sus pies y los enjugaba con los cabellos de su cabeza y besaba sus pies y los ungía con el ungüento.

2 Y respondiéndoles, dijo: ¿Pensáis que esos galileos era más pecadores que los otros por haber padecido todo esto?

3 Yo os digo que no; y que si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis.

4 Aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿creéis que eran más culpables que todos los hombres que moraban en Jerusalén?

5 Os digo que no, y que si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis.

18 Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.

tiam egerunt in predicatione Ionae. Et ecce plus quam Ionas hic (Mt. 12,41).

Hoc autem genus non eiicitur nisi per orationem et ieiunium (Mt. 17,21).

Et recordatus est Petrus verbis Iesu, quod dixerat: Prius quam gallus cantet, ter me negabis. Et egressus foras, flevit amare (Mt. 26,75).

14 Postquam autem traditus est Ioannes, venit Iesus in Galilaeam, praedicans Evangelium regni Dei,

15 et dicens: Quoniam impletum est tempus, et appropinquavit regnum Dei: poenitemini, et credite Evangelio (Mc. 1,14-15).

Non veni vocare iustos, sed peccatores ad poenitentiam (Lc. 5,32).

37 Et ecce mulier, quae erat in civitate peccatrix ut cognovit quod accubuisset in domo Pharisaei, attulit alabastrum unguenti:

38 et stants retro secus pedes eius, lacrymis coepit rigare pedes eius et capillis capitis sui tergebat et osculabatur pedes eius, et unguento ungebat (Lc. 7,37-38).

2 Et respondens dixit illis: Putatis quod hi Galilaei prae omnibus Galilaeis peccatores fuerint, quia talia passi sunt?

3 Non, dico vobis: sed nisi poenitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.

4 Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloe, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores fuerint praeter omnes homines habitantes in Ierusalem?

5 Non, dico vobis: sed si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis (Lc. 13,2-5).

18 Surgam et ibo ad patrem meum et dicam ei: Pater, peccavi in caelum et coram te:

19 iam non sum dignus vocari filius tuus: fac me sicut unum de mercenariis tuis (Lc. 15,18-19).

19 Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.

At ille dixit: Non, pater Abraham: sed si quis ex mortuis ierit ad eos, poenitentiam agent (Lc. 16,30).

El les dijo: No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos fuese a ellos, harían penitencia.

Et publicanus a longe stans, nolebat nec oculos ad caelum levare: sed percutiebat pectus suum, dicens: Deus propitius esto mihi peccatori (Lc. 18,13).

El publicano se quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo, y hería su pecho, diciendo: ¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador!

Et dicebat ad Iesum: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum (Lc. 23,42).

Y decía: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

Et praedicari in nomine eius poenitentiam, et remissionem peccatorum in omnes gentes incipientibus ab Ierosolyma (Lc. 24,47).

Y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén.

K) La penitencia apostólica

37 His autem auditis, compuncti sunt corde, et dixerunt ad Petrum, et ad reliquos Apostoles: Quid faciemus, viri fratres?
38 Petrus vero ad illos: Poenitentiam (inquit) agite, et baptizetur unusquisque vestrum in nomine Iesu Christi in remissionem peccatorum vestrorum: et accipietis donum Spiritus Sancti (Act. 2,37-38).

37 En oyéndole se sintieron compungidos de corazón y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, hermanos?
38 Pedro les contestó: Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Poenitentiam itaque age ab hac nequitia tua: et roga Deum si forte remittatur tibi haec cogitatio cordis tui (Act. 8,22).

Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad y ruega al Señor que te perdone este mal pensamiento de tu corazón.

Et tempora quidem huius ignorantiae despiciens Deus, nunc annunciat hominibus ut omnes ubique poenitentiam agant (Act. 17,30).

Dios, disimulando los tiempos de la ignorancia, intima ahora en todas partes a los hombres que todos se arrepientan.

Testificans Iudaeis atque Gentilibus in Deum poenitentiam, et fidem in Dominum nostrum Iesum Christum (Act. 20,21).

Dando testimonio a judíos y a griegos sobre la conversión a Dios y la fe en Nuestro Señor Jesucristo.

18 Para que les abras los ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, y reciban la remisión de los pecados y la herencia entre los debidamente santificados por la fe en mí.

20 Sino que primero a los de Damasco, luego a los de Jerusalén y por toda la región de Judea y a todos los gentiles, anuncié la penitencia y la conversión a Dios por obras dignas de penitencia.

¿O es que desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, desconociendo que la bondad de Dios te atrae a penitencia?

10 Pues que la tristeza según Dios es causa de penitencia saludable, de que jamás hay por qué arrepentirse; mientras que la tristeza según el mundo lleva a la muerte.

Que al llegar de nuevo a nosotros sea de Dios humillado a causa vuestra y tenga que llorar por muchos de los que antes pecaron y no hicieron penitencia de su impureza, de su fornicación y de su lascivia.

Bien sabéis cómo queriendo después heredar la bendición fué desechado y no halló lugar de penitencia, aunque con lágrimas lo buscó.

No retrasa el Señor la promesa, como algunos creen; es que pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia.

5 Considera, pues, de dónde has caído y arrepiéntete y practica las obras primeras: si no vendré a ti y removeré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes.

18 **Aperire oculos eorum ut convertantur a tenebris ad lucem, et de potestate Satanae ad Deum, ut accipiant remissionem peccatorum, et sortem inter sanctos per fidem, quae est in me.**

20 **Sed his, qui sunt Damasci primum, et Ierosolymis, et in omnem regionem Iudaeae, et Gentibus annunciabam, ut poenitentiam agerent, et converterentur ad Deum, digna poenitentiae opera facientes** (Act. 26,18 y 20).

An divitias bonitatis eius et longanimitatis contemnis? Ignoras quoniam benignitas Dei ad poenitentiam te adducit? (Rom. 2,4).

10 **Quae enim secundum Deum tristitia est, poenitentiam in salutem stabilem operatur: saeculi autem tristitia mortem operatur** (2 Cor. 7,10).

Ne iterum cum venero, humiliet me Deus apud vos, et lugeam multos ex iis, qui ante peccaverunt, et non egerunt poenitentiam super immunditia, et fornicatione, et impudicitia, quam gesserunt (2 Cor. 12,21).

Scitote enim quoniam et postea cupiens hereditare benedictionem, reprobatus est: non enim invenit poenitentiae locum, quamquam cum lacrymis inquisisset eam (Hebr. 12, 17).

Non tardat Dominus promissionem suam, sicut quidam existimant: sed patienter agit propter vos, nolens aliquos perire, sed omnes ad poenitentiam reverti (2 Petr. 3,9).

5 **Memor esto itaque unde excideris: et age poenitentiam, et prima opera fac; sin autem, venio tibi, et movebo candelabrum tuum de loco suo, nisi poenitentiam egeris.**

21 Et dedi illi tempus ut poenitentiam ageret: et non **vult poenitere** a fornicatione sua (Apoc. 2,5 y 21).

21 Yo le he dado tiempo para que se arrepintiese; pero no quiere arrepentirse de su fornicación.

19 Ego quos amo, arguo, et castigo. Aemulare ergo, et poenitentiam age (Apoc. 3,19).

19 Yo reprendo y corrijo a cuantos amo: ten, pues, celo y arrepiéntete.

Et non egerunt poenitentiam ab homicidiis suis, neque a veneficiis suis, neque a fornicatione sua, neque a furtis suis (Apoc. 9,21).

Ni se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus maleficios, ni de su fornicación, ni de sus robos.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

Dijimos el domingo anterior que el de hoy no entrañaba apenas importancia litúrgica, pues habiéndose dedicado toda la semana a la preparación de las órdenes sacerdotales, que se confieren en la noche de este sábado, el domingo se dedicaba al descanso, y se omitían los santos oficios.

Más tarde se pensó en la conveniencia de celebrar una misa en la mañana del domingo para los que o no querían o no podían velar durante la noche y oír la solemne de las ordenaciones. Esta nueva misa es la que leemos.

Inmediata ya la fiesta de Navidad, la liturgia ha de proferir sus últimos clamores de preparación y de alegría. Por eso el oficio de este domingo significa expectación anhelante y anuncia el último y más urgente aviso: la penitencia, que allana los caminos del Señor. Para los sacerdotes recién ordenados hay un recuerdo en la epístola.

A) Expectación penitente

El evangelio da la tónica con la predicación de Juan: el reino de Dios llega, haced penitencia. El introito (Is. 45,8) pide a las nubes que lluevan su rocío. Rocío suave fué la venida primera del Señor, en contraste con el gran poder y majestad de la segunda. La primera colecta, que sintetiza, como siempre, el espíritu del día, pide al Señor que despierte su poder y venga pronto. Que lo emplee en perdonar nuestros pecados. Para dos cosas se necesita el poder de Dios: para celebrar el misterio de la encarnación y para perdonar el pecado, que la motivó y constituyó a la vez un obstáculo para la venida de Cristo a nuestras almas. *El gradual* se basa en el Ps. 144,18 y 21: *Está Dios cerca de cuantos le invocan de veras. Cante mi boca las alabanzas de Dios y bendiga toda carne su santo nombre por los siglos...*

La epístola, escogida por el respeto que en ella pide el Apóstol para los sacerdotes, *dispensadores de los misterios de Dios* (ya hemos hablado de las recién celebradas órdenes), alude claramente al juicio final, idea que persiste en todo el ciclo de Adviento. Penitencia, pues, para la Navidad, y penitencia siempre para el juicio.

B) Figuras

Las de Isaías y Juan continúan en los pasajes litúrgicos. Pero de la misma manera que junto al rey está la reina madre, hoy aparece la Madre de la Esperanza, la Madre del Esperado, la Virgen Santísima, en el *ofertorio* (Lc. 1,28). María introdujo a Cristo en el mundo. Como Medianera universal lo traerá también a nuestras almas.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) Epístola

El hecho de celebrarse en la noche del sábado al domingo las ordenaciones sacerdotales motivó la elección de esta epístola, que, según hemos apuntado, alude a la dignidad del ministerio sacerdotal y al respeto que merece de los fieles, prontos siempre a juzgar las conductas de quienes lo ejercen. No quiere esto decir que el pasaje paulino no pueda relacionarse con el tiempo litúrgico de preparación de la Navidad.

a) Argumento

Las disensiones de Corinto constituyen uno de los motivos de la epístola. Hay quien se declara partidario de Pablo, hay quien prefiere a Apolo. Para acallar tales banderías, el Apóstol explica en el capítulo tercero y en el cuarto cómo unos y otros no son más que ministros de Cristo, a quien corresponde la obra principal. Incidentalmente desgrana algún que otro pensamiento, como siempre, de abundantes consecuencias.

1. El capítulo tercero

Sois todavía carnales y vivís a lo humano, puesto que existen entre vosotros envidias y discordias. ¿No andáis diciendo que sois de Pablo o de Apolo? ¿Qué son Pablo y Apolo? Ministros de Cristo nada más, y aun eso, según la gracia que le concedió a cada uno. Simples coadjutores, puesto que Dios es, en realidad, el agricultor, y vosotros su campo. Día llegará en que El examine la obra de todos.

2. El capítulo cuarto

En cuanto a nosotros, importa que nos consideréis como lo que somos, como ministros y administradores de los misterios de Dios. A un administrador lo que se le pide es que sea fiel.

Y aun esto mismo no lo debéis juzgar vosotros, no porque a

mí se me dé nada de los juicios humanos, ya que ni de mi mismo juicio me fío, sino porque a quien le compete juzgar es a Dios, que revelará lo oculto de los corazones.

Y aunque hablo de Apolo y de mí, es por vía de ejemplo, porque ni debéis juzgar a nadie ni ensoberbeceros. ¿Quién hay que posea algo que no lo haya recibido?

Clara aparece, pues, la idea central: no se formen partidos en torno a los sacerdotes, puesto que el único sacerdote, en cuyo nombre obran los demás, es Cristo. Ni juzguéis sus conductas con preferencias por uno o por otro, pues eso le corresponde a Dios.

Siendo este defecto tan universal y común a la naturaleza humana, pegadiza a sus afectos, la epístola se brinda a mil consideraciones. Pero, además, a lo largo de ella, aparecen otros pensamientos de importancia. Resumámoslos: 1) Nadie posee nada propio. Todo es de Dios, fuente de la gracia. En el orden del apostolado, Dios da la gracia peculiar de cada uno, y El es la causa primera. 2) Nadie debe juzgar a su prójimo. Dios juzgará en el último día. 3) Hemos de despreciar los juicios de los hombres. Ni siquiera debemos confiar en el nuestro cuando asegura nuestra justicia. 4) Valor del ministerio sacerdotal.

b) Los textos

1. Es preciso que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios (v. 1)

Los hombres..., nosotros. Todos los hombres, y a nosotros, Apolo y Pablo. Pero como las razones aportadas y aun la misma intención de Pablo indican, la norma se extiende universalmente a todos los hombres con relación a todos los sacerdotes, obispos, etc.

Ministros y dispensadores. Ni más ni menos. Causas instrumentales, causas segundas, que lo que tienen lo han recibido, según lo que a cada uno ha dado el Señor. Pero instrumentos, ministros de Cristo.

La dignidad del ministro depende de dos cosas. Primero, de la de su jefe, en este caso ¡Cristo!, y en segundo lugar, de los bienes cuya administración se le entrega, en este caso ¡sus misterios!

Cuide, pues, el pueblo y el sacerdote de no superestimarse ni rebajarse. Se superestima cuando se atribuye al ministro lo que es de Dios, creyéndole poco menos que autor de la gracia (cf. Act. 10,25). Se subestima al sacerdote cuando advirtiendo sus humanas debilidades se le desprecia. Y pecan también en esto los sacerdotes que, desconociendo su dignidad, se rebajan a servir a los seglares y, lo que es peor, al mismo siglo. Por eso dice San Pablo: *sic nos existimet...*, esto es, no consideréis el nacimiento, la ciencia, la probidad y cosas semejantes; considerad sólo que representamos a Cristo. Haced con ellos lo que con los embajadores, a quienes se honra en atención a la dignidad de su príncipe, sin cuidarse de si son de familia humilde, poco doctos o nada probos.

La causa principal es Cristo, pero ellos no dejan de ser causa instrumental, que merece cariño y agradecimiento. Por el ministerio de Pablo o de Apolo *habéis creído*, dice (1 Cor. 3,5), y recla-

ma y recuerda su cariño paternal (ibíd. 4,14). Ahora bien, el cariño, y el recuerdo, y el agradecimiento nunca han de ser según la carne.

Misterios. Esta palabra no tenía en San Pablo el sentido técnico de hoy. Significaba cosa sagrada, cosa santa: la predicación, los sacramentos, y entre ellos el bautismo.

Lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles (v. 2). La fidelidad, he aquí la cualidad básica del administrador (Lc. 12,42). La misma se requiere en el que predica, quien no ha de buscar su gloria, sino la de Dios y la salvación de las almas.

La misma fidelidad exige Dios a los fieles en cuanto a la gracia y a esos mismos misterios, que, si no dispensaron, por lo menos recibieron (Mt. 25,14-30; Lc. 19,12-27).

2. Poco se me da ser juzgado por vosotros o de cualquier tribunal humano (v. 3)

Texto muy comentado por los Padres. Dejamos el gran teatro en donde nos ve Dios, para que nos aplaudan en el ridículo de los hombres. Buscamos la alabanza de éstos y no la de El. No nos atreveríamos a cometer ciertos pecados delante de los demás y los cometemos delante de Dios (cf. CHRYSOST., *Hom. 11, in Epist. 1 ad Cor.*, 2: PG 61,89-90). Nos parecemos a los niños que fingiendo fiestas atléticas se ponen coronas de heno, y no se dan cuenta de que por detrás se ríen los mismos que se las han puesto. Nosotros, que hemos de juzgar a los ángeles, apreciamos los juicios tornadizos e hipócritas de los hombres (cf. CHRYSOST., *Hom. 17, in Epist. ad Rom.* 5: PG 60,571-572).

Nadie debe juzgar a sus hermanos, porque es oficio de Dios *(qui autem iudicat me, Dominus est)*; porque no es éste el momento de juzgar a nadie *(nolite ante tempus iudicare)*; porque no conocemos los secretos ni las intenciones *(abscondita tenebrarum, consilia cordium)*; porque el juicio procede de falta de caridad (1 Cor. 13,5). *No juzguéis y no seréis juzgados* (Lc. 6,37).

Ni aun a mí mismo me juzgo (v. 3). ¿Cómo voy a hacer caso del juicio ajeno, si ni aun yo me atrevo a juzgarme, a pesar de que no me remuerde la conciencia de nada? Esa es la verdadera humildad. La verdad.

Contra los protestantes, confesemos que hay más que una certeza moral de nuestra justificación. Sólo Dios conoce el fondo de mi corazón y el polvo que enturbió sus intenciones.

Pedro creyó conocerse: *Preparado estoy para ir contigo, no sólo a la prisión, sino a la muerte...* (Lc. 22,33 y Mt. 26,33-35). David, en cambio, cantaba: *¿Quién será capaz de conocer los deslices? Absuélveme de los que se me ocultan* (Ps. 18,13).

3. Tampoco, pues, juzguéis vosotros antes de tiempo (v. 5)

Al unir San Pablo esta frase con la siguiente, en la que se habla de la manifestación de las conciencias en el día final, indica que no debemos juzgar, porque hoy por hoy no conocemos bien la causa. En verdad, pecados que en el fuero externo lo parecen, no lo son. La inadvertencia, pongo por caso, los excusó totalmente. Solemos suponer las intenciones de nuestro prójimo, y la mayoría de las veces con error.

Ya hemos advertido que no es ésta la única y ni aun quizá la razón principal. *Mientras no venga el Señor.* En contraposición al día del hombre, el día del Señor, a quien le corresponde todo juicio.

c) El Adviento

Esta última frase sobre la segunda venida ambienta totalmente dentro del Adviento el pasaje paulino.

Jesús es una señal a quien se contradice, *para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* (Lc. 2,34-35). *Todo el que obra mal aborrece la luz,* dijo el Señor a Nicodemo (Io. 3,20-21). Y desde que nació Cristo aparece claro quiénes son los que siguen su modestia, humildad y mandamientos y a quiénes les repugna la verdad. En esta primera venida se manifiestan, por tanto, también *consilia cordium.*

San Juan Bautista es el modelo del sacerdote. San Pablo lo define en este trozo.

B) Evangelio

El evangelio de San Lucas que se lee en la presente domínica sitúa primero históricamente la escena y luego presenta a Juan y a su predicación, confirmando y describiendo su misión precursora mediante el vaticinio de Isaías. La figura y la predicación del Bautista deben completarse con los textos de los otros dos sinópticos.

a) Los jefes de Israel

Lucas, que, a buen querer, hubiera podido escribir una historia al estilo clásico, comienza la vida pública del Señor, dejando claramente establecida la época.

Gobernaba Tiberio en su quintodécimo año. Judea, Samaría e Idumea eran provincias romanas, presididas por Poncio Pilato. Herodes, con el título de tetrarca, lo mismo que su hermano Filipo, dominaban las demás regiones de uno y otro lado del Jordán y algunas de las septentrionales. Al norte de lo que solemos llamar nosotros Palestina estaba la Abilena, tierra de añoranzas para los judíos. Su tetrarca Lisanias poco tiene que ver con el Evangelio y apenas se sabe de él sino que dejó de gobernar el año 37.

En cambio, la historia de los otros tres personajes se conoce con bastante minuciosidad. A la muerte de Herodes el Grande—el de la matanza de los Inocentes—su reino fué dividido entre sus hijos, Arquelao—príncipe heredero, a quien Augusto negó el título de rey y le concedió el de tetrarca de Judea, Samaría e Idumea—, Antipas y Filipo, cuyos territorios y títulos indica el Evangelio. Promovidas contra Arquelao ciertas acusaciones de tiranía —¿no aconsejó un ángel a José (Mt. 2,22) que no fuera al lugar de su gobierno?—, Augusto lo depuso, y convirtió a la Judea y las otras dos regiones en simples provincias del imperio romano, dependientes directamente de la administración del mismo, con autoridades propias (en esta ocasión Pilatos), subordinadas al lega-

do de Siria, que ejercía a la vez la alta inspección de los demás territorios.

Anás y Caifás son tristemente conocidos. Pontífices ambos, pues el pontificado no salía de las manos de suegro y yerno, sabemos de sobra de cuánta influencia gozaba Anás, aun sin ser pontífice.

A pesar de estos datos, no se ha podido determinar con exactitud la fecha, porque el gobierno de los personajes aludidos duró varios años. Ni siquiera la precisión del décimoquinto de Tiberio ha servido para tal fin, toda vez que se desconoce el cómputo usado para el primer año.

Todos vivieron más que Juan. Todos brillaron, humanamente hablando, más que él. ¿Dónde están hoy? Vana resulta la gloria de la tierra. Son las obras las que siguen a los justos. Tiberio pasó a la historia como figura amarga y cruel. Lisanias y Filipo murieron desconocidos. Herodes Antipas, desterrado. Pilatos, depuesto. Si no fuera por los evangelistas, apenas si los conoceríamos. Y ¡qué triste nombre nos han dejado! ¡Qué contraste con la gloria del que fué más que profeta! Mayor aún que el que hubo entre las pieles del penitente y las sedas y púrpuras del libertino. La cabeza de Juan rodó en un banquete de Herodes; la vida de Cristo osciló, hasta caer, entre las indecisiones de Pilatos. Ambos han visto a Jesús juez en el trono de su gloria y a Juan muy cerca de la majestad divina.

b) Juan

1. El Evangelio comienza en Juan

Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, así comienza San Marcos, e inmediatamente nos presenta a Juan (Mc. 1,1). El Evangelio, la predicación de la buena nueva, comienza en Juan, que le abre el camino.

El sacerdote sobre todo, el cristiano también, obligado por el bautismo a ser hombre de Cristo, ¿cuántas veces pueden ser precursores del Señor? Los Papas llaman angustiosamente a los seglares para que desempeñen hoy este oficio.

2. En el desierto (v. 2)

La palabra de Dios vino a Juan cuando estaba en el desierto, adonde fué desde su infancia y en donde creció fortaleciéndose en el espíritu, según nos dice San Lucas (1,80).

Los comentaristas clásicos (cf. Maldonado, BAC, t. 2. p. 446-447) suelen extenderse en consideraciones contra los protestantes, enemigos de la vida monástica, de la que desde el tiempo de los Santos Padres ha sido reputado como príncipe el Bautista.

Pero clásicos, antiguos y contemporáneos, han hablado todos de la vida de recogimiento, de soledad y de oración, como la más apta para fortalecer el espíritu, para oír la voz divina y, sobre todo, para conservarse dentro del apostolado activo. El apóstol debe salir de la soledad y recogerse en ella en cuanto termine sus tareas, comenzadas sola y exclusivamente para obedecer la palabra de Dios.

3. Fué dirigida la palabra de Dios a Juan (v. 2)

La vocación. Tal suele ser la fórmula empleada en el Antiguo Testamento para llamar a los profetas (Is. 38,4 y Ier. 1,2). Juan obedece prontamente.

Muchos profetas temblaron (Ier. 1,6-7). Juan se reconoció indigno. Pero obedientes y confiando humildes en que Dios pondría las palabras en sus labios, acometieron la empresa.

Todos ellos conocieron las dificultades y trabajos a que se exponían. Y no sólo repudiaron el lucro al seguir su vocación, sino que ansiaron como recompensa esos mismos sufrimientos. Los apóstoles se sentían alegres de ser azotados (Act. 5,41). San Pablo afirmaba (2 Cor. 7,4): *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.*

La palabra de Dios se dirige a todos. Todos por lo menos oyen aquella llamada de: *Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial* (Mt. 5,48). ¿Qué nos detiene?

La obediencia a la voz de Dios ha de ser entera, pronta, generosa y perseverante.

4. Vino por toda la región del Jordán (v. 3)

Predicando en el desierto, dicen San Mateo (3,1) y San Marcos (1,4). Prescindiendo de la distinción entre el desierto de Judá y la zona desértica del Jordán cercana al Mar Muerto y de las cuestiones geográficas que suelen agitarse, se considera como seguro que Juan apareció en las inmediaciones de Jericó, en las orillas del río, lugares ásperos, aunque próximos a cinco o seis centros de población, que reunían las dos circunstancias, de soledad y facilidad. Facilidad para acudir y soledad para oír.

Feliz región, signo de salud. Por ella entraron los israelitas en la tierra prometida y por ella vino la salvación del mundo.

c) La figura del penitente

Conocidísima es la descripción de San Mateo (3,4) y San Marcos (1,6). Vestía una túnica de pieles de camello, ajustada con el ceñidor clásico oriental. Comía alimentos silvestres, tales como la langosta (que aun cuando hoy la consuman todavía los beduínos, nunca ha pasado por exquisita) y la miel de colmenas selváticas. En cuanto al traje, parece poco más o menos el de los eremitas que existían en aquella época, según atestigua Flavio Josefo (cf. Ricciotti, *Vida de Jesucristo,* 265).

Venía a proclamar la penitencia, mediante una vida acorde con lo que predicaba. Por eso se ha repetido tanto que todo él fué voz, incluso antes de que comenzara a predicar, ya que desde la infancia cumplió aquel *no beberá vino ni licores,* que profetizó el ángel (Lc. 1,15).

Los predicadores de mayores éxitos han sido siempre los santos y penitentes.

También la penitencia constituyó argumento importante de la predicación del Señor (Lc. 5,32; 13,5). Sin embargo, la apariencia externa y el modo de vivir de uno y otro se diferenciaron tanto como hayan podido desemejarse los de un San Bruno y un San

Francisco de Sales. El fondo es siempre el mismo. La forma la inspira el Espíritu Santo a cada cual.

Santa libertad dentro del espíritu de Cristo. Nadie se empeñe en someter la virtud, la predicación, el apostolado, a los moldes que a él le vienen bien, con tal de que todos se ajusten a los moldes de Dios. La purificación del alma puede ser descrita por San Juan de la Cruz o por Santa Teresita de Lisieux. Castellano y francesa, hombre y mujer, reciedad y flores, pero debajo siempre la misma renuncia.

d) La predicación

1. Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca (v. 3,2)

Así la sintetiza San Mateo. El sentido causal indica muy bien cuál era el objeto de la predicación: el reino de los cielos, y ante su proximidad, la limpieza del alma. Innecesario nos parece insistir en el carácter espiritual del reino de los cielos y en el concepto temporal de imperio davídico-salomónico que se habían formado muchos judíos. Esta fué la novedad de Juan, lo que quizás atrajo en torno de él a tantas gentes y lo que permitió que no fuera sofocada desde el primer día su predicación. Porque no era el primero que por entonces se presentaba anunciando la llegada del reino, pero reinos que se preparaban mediante revueltas y morían ahogados en sangre. Ahora, en cambio, aparece un predicador con el mismo lema: ha llegado la hora. Mas su preparación no consiste en afilar las armas, sino los espíritus: la penitencia.

A los saduceos altivos, a los fariseos, que por ser hijos de Abraham no les caía muy en gracia esta necesidad de limpieza—¡ellos, tan puros!—para el reino, hubo que decirles: *raza de víboras*... (Mt. 3,7; Lc. 3,7).

2. La penitencia (v. 3)

El pecado y su afecto impiden recibir el reino de Dios. El pecado se borra con la penitencia. Es el único camino. Si el predicador no la anuncia, Dios le exigirá cuenta de la condenación de quienes debieran haberle escuchado (Ez. 3,18).

No es el reino de Dios para los ricos, sino para los limpios de corazón. Esta limpieza la conseguimos, mantenemos y aumentamos por medio de la penitencia.

La palabra griega «metanoía» (μετανοία), explicada en los tratados de teología dogmática, dió ocasión a los clásicos para discutir con los luteranos sobre el primer carácter de la penitencia, a saber, el dolor del pecado cometido. Hoy, sin descuidar este punto, y pasada la disputa, se suele insistir en el cambio de vida (cf. Ricciotti, o. c., 266).

Esta penitencia presupone sus motivos. Primero, recibir dentro de nosotros el reino de Dios o participar plenamente de él. Pero, además, el reino de los cielos se anuncia también como escatológico. Cristo no es sólo rey de amor, sino juez, que empuña en su mano el bieldo (cf. infra., sec. 5.ª, VI, Bossuet). La justicia divina está próxima. Quien no sea tronco jugoso será arrojado al

fuego. Recibir a Dios, librarse del castigo, tales son los dos motivos principales.

Y se concreta también en su modo de ejercerse: haciendo *frutos dignos de penitencia*, esto es, cumpliendo los mandamientos, y muy en especial el de la limosna.

¡Cumplir los mandamientos! Muchos, y de todas las clases sociales, se acercaron a Juan, y todos recibieron un consejo, que puede resumirse diciendo: cumplid vuestras obligaciones.

La penitencia suele confundirse frecuentemente con la mortificación. Muy vecinas ambas y completándose la una con la otra, encierran, sin embargo, definición distinta. La penitencia consiste en detestar la vida pasada con propósito de enmendarse. San Juan no parece exigir a la masa más que esto. Los frutos de la penitencia son la observancia de la ley.

Cuando la Santísima Virgen de Fátima envía su mensaje, explica que la penitencia pedida a los españoles—sin excluir la mortificación más generosa de los escogidos—consiste en cumplir los mandamientos.

3. La limosna

La muchedumbre, al oír la predicación del Bautista, preguntaba:

—*¿Pues qué hemos de hacer?* (Lc. 3,10).

—*El que tiene dos túnicas, dé una...* (Lc. 3,11), respondía Juan.

La limosna, como medio de penitencia, con su valor impetratorio y satisfactorio, ha sido tema preferido de los Santos Padres, que se han apoyado muchas veces en este texto, como puede verse en San Agustín (cf. infra sec. 3.ª, III).

4. El bautismo de penitencia

Dejemos para los especialistas el estudio de si fué o no innovación este rito. Suárez (cf. infra, sec. 4.ª,IV) nos explica que este bautismo no concedía la remisión de los pecados «ex opere operato», sino que excitaba al dolor y lo manifestaba públicamente.

Antes de recibirlo, los aspirantes confesaban sus culpas (Mc. 1,5), probablemente en especie, según declaran muchos autores, pues reconocerse vagamente pecador no resulta difícil para los mundanos. Cosa distinta es reconocer un pecado en especial.

e) La profecía

La profecía de Isaías (40,3-5) se refiere a la liberación del cautiverio de Babilonia y al retorno de Israel a través del desierto. El profeta tomaba la metáfora de la costumbre de los reyes, quienes solían enviar un heraldo por delante para preparar los caminos. Ahora bien, la cautividad de Babilonia y la vuelta de los israelitas entrañan siempre un sentido típico, que aparece claramente explicado en esta ocasión por el hecho de apropiarse el pasaje San Juan.

Trátase ahora de disponer los ánimos de los judíos, incultos y pedregosos, para que, «reblandecidos por la penitencia, allanados con la humildad y enderezados con la fe», pueda pasar Cristo por ellos fácilmente (cf. Maldonado, BAC, t. 1, p. 178).

El *allanar los montes* se ha interpretado siempre como imperativo de humildad. Maldonado, sin embargo, no anda en su exposición de San Lucas (cf. BAC, t. 2, p. 447) muy conforme con que se lleve hasta ese punto la aplicación, pues entonces carecería de sentido el versículo anterior, en el que habría que pedir a los humildes que se ensoberbecieran, tanto más cuanto que los futuros *implebitur, humiliabitur,* son hebraísmos que deben traducirse por imperativos, lo cual excluye que puedan interpretarse como un efecto de humillación y exaltación conseguido por la venida o juicio del Mesías.

Mas sea lo que fuere de ello, muchos han tomado pie del pasaje para hablar de la inauguración del «reino de la humildad», y entre ellos no pocos Santos Padres, citados algunos por el propio Maldonado (cf. ibíd.).

Toda carne verá la salud de Dios (v. 6). Todos los hombres (carne es un hebraísmo) vieron la liberación del cautiverio babilónico. Todo el mundo verá cómo ha sido liberado del cautiverio de Satán mediante la redención. O también todos los hombres, si quieren prepararse debidamente, gozarán de esa salvación (cf. numerosos textos bíblicos sobre este punto en MALDONADO, ibíd., p. 449-450).

f) EL ÉXITO DEL PRECURSOR

Muchedumbres (Lc. 3,7) *venían a él de Jerusalén y de toda Judea y de toda la región del Jordán* (Mt. 3,5). Saduceos, fariseos, publicanos, soldados... Dentro del laconismo evangélico, no puede describirse más enérgicamente el movimiento popular que despertó el Bautista, y al que alude Flavio Josefo (cf *A. I.*, 18,116-119). Años más tarde los enemigos del Señor no se atreven todavía a hablar mal de Juan, cuando el Señor les propone un problema sobre su bautismo que ellos no quieren resolver (Mt. 21,25).

Venían y *confesaban sus pecados* (Mt. 3,6). Este era el fruto que se buscaba. Sin embargo, pronto surgieron los enemigos. La soberbia y avaricia de fariseos y saduceos persiguieron a Juan y ayudaron a su encarcelamiento. La sensualidad de Herodes le llevó a la muerte (Mt. 14,1-12; Mc. 6,14-29; Lc. 9,7-9). En realidad, no fué el discípulo de mejor condición que su maestro.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

En su *Homilía* 10 *in Matth.* (PG 57,183ss) el Crisóstomo explana, a propósito del evangelio de esta domínica, el tema de la penitencia, como preparación para recibir a Cristo y como ejemplo de la vida ascética del Bautista.

A) El bautismo de penitencia

a) El camino para buscar a Cristo

Entonces, esto es, cuando Cristo tenía unos treinta años, vino Juan, movido por el Espíritu, a predicar *el bautismo de penitencia en remisión de los pecados* (Lc. 3,3). ¿Qué quiere decir esta frase? Los judíos, reos de los más graves delitos, no querían reconocerlos, y blasonaban siempre de justos. *Ignorando la justicia de Dios y buscando afirmar la propia, no se sometieron a la divina* (Rom. 10,3). Así, pues, siendo ésta la causa de los males, vino Juan, que no intentaba otra cosa sino inducirles al conocimiento de sus propios pecados, a excitarles, con su porte exterior, a la penitencia. Tal era el argumento del Bautista cuando decía: *Haced... dignos frutos de penitencia* (Lc. 3,8). Puesto que el no reprobar los pecados aparta de Cristo, como dice San Pablo, y, por el contrario, el recogerse dentro de sí mismo suscita deseos de buscar al Redentor y lograr el perdón de las culpas, Juan en su venida intentó persuadirles a que hicieran esa penitencia... para que pudieran recibir el perdón.

«...porque si no se hubiesen reconocido pecadores, tampoco hubieran pedido gracia, y al no pedirla no hubieran alcanzado el perdón» *(Hom. 10,2,* 185).

«De suerte que este bautismo prepara el camino para el otro». Y vino clamorosamente, «arrastrando en pos de sí a toda la ciudad... en magnífico espectáculo...» Y más práctico que si hubiera ido enseñando a Cristo de casa en casa, despierta en todos el temor, les anima con la esperanza del

reino de los cielos, y obtiene tal éxito, que hasta los publicanos y soldados acudían a preguntarle por el camino de la salud.

A ello contribuía su prosapia, su austeridad y el haber sido profetizado por Isaías (ibid. 2-3,185-188).

b) El ejemplo de la austeridad de Juan

La austeridad del Precursor, «estupenda y admirable en un hombre», atraía a los judíos, pues era mayor que la de Elías. El Bautista debía representar en su propia persona el símbolo de la vida que iba a ser restaurada por Cristo. Por eso «vivía como los ángeles..., pero vistiendo una áspera vestidura de pieles, para enseñarnos por su mismo hábito exterior a apartarnos de las cosas humanas, a levantarnos sobre las de la tierra y a volvernos a nuestra prístina dignidad... De esta suerte, aquel vestido encarnaba símbolos de reino y de penitencia».

«Bajaba (del desierto) a las ciudades, como un ángel del cielo a la tierra, como atleta de la piedad, laureado en la lucha con las flaquezas del mundo..., y todo ello cuando aún no había sido destruída la culpa, ni cesada la ley, ni vencida la muerte... ¡Eso es ser un alma generosa!»

Ahora bien, si Juan, puro e inocente, «vivió entregado a una vida tan áspera, despreciando sobre toda medida la holgura y el placer..., ¿qué defensa cabrá en nosotros, que, después de tanta misericordia de Dios y tan grande carga de nuestros pecados, no mostramos ni la mínima parte de la confesión y penitencia del Bautista, sino que vivimos encenagados en la embriaguez y en la comida, entre perfumes y delicias y, enervados continuamente, somos presa fácil para el demonio?» (ibid. 4 y 5,188-189).

Muchos judíos siguieron a Juan. Imitémosles nosotros, los no iniciados y los bautizados, puesto que todos necesitamos la penitencia. «Los primeros, para recibir el bautismo; los segundos, para acercarse a la sagrada mesa limpios de toda mancha. Apartémonos de la vida muelle y relajada, porque no es posible... simultanear el placer y la penitencia. Bien lo enseñó el Bautista en su vestido, en su comida y en su habitación...

¿Tan estrecha vida nos mandas llevar? No lo mando, lo persuado y aconsejo. Pero si os fuera imposible, aun cuando tengáis que seguir viviendo en vuestras ciudades, dad muestras de penitencia, porque el juicio está próximo..., porque se acerca el término de la vida de cada uno...» (ibid. 5,190).

c) Frutos dignos de penitencia

«¿Cómo los lograremos? Practicando lo contrario de lo que hacíais antes. ¿Robaste? Pues en lo sucesivo compensa tu culpa dando limosna de lo tuyo propio». El orador repasa los vicios más graves y termina afirmando que no basta sólo abstenerse del mal, sino que importa también restaurar la paz, arrojada de la tierra por la soberbia y la arrogancia (ibid. 6,190-191).

B) El peligro de las delicias del mundo

a) La opulencia, enemiga de la vida del alma

1. La crápula

«*Comamos y bebamos, que mañana moriremos* (Is. 22,13), decían muchos judíos en tiempo de los profetas. No resulta raro que tal cosa... dijeran los judíos, cuando nosotros en el tiempo de la gracia... y de la perfección repetimos lo mismo con las obras. Hay quienes creen que han venido a esta vida para gozar de sus delicias y cebar su cuerpo..., que, a la postre, se convertirá en banquete de gusanos. Y ojalá que el único de los males fuera gastar en balde el tiempo presente, aun cuando sea también digno de reprensión. Porque cuando el caudal que Dios nos regaló para alimento y para limosnas lo gastamos en lujos y vicios..., nos hacemos reos de castigo y habremos de rendir estrecha cuenta. Lo que se dijo de los talentos... (Mt. 25,15), hay que aplicarlo también a los bienes materiales... Lo peor es que el alma que vive en medio de placeres, comilonas y bebidas, rodeada de parásitos y aduladores..., corre el riesgo de delinquir... Como el barco cargado en demasía se hunde por su propio lastre, así el alma y el cuerpo atiborrados con más alimento del que son capaces de soportar se anegan, y no pudiendo con la carga, se abisman en lo profundo de la maldad, con lo que naufragan a la vez la mercancía y los tripulantes. Y como al barco así cargado no le sirven ni la tranquilidad del mar ni la pericia del piloto..., al que vive crapulosamente tampoco le aprovecha la abundancia de discursos ni de consejos... Inútil para discurrir sobre el más allá, se inutiliza también para los negocios de este mundo... De suerte que aunque no hubiera infierno ni castigos, ni existiera la sentencia definitiva de Dios..., sólo esto último debería separarle de su modo de vivir... *¿Quién se compadecerá del encantador a quien muerde la serpiente?*... (Eccli. 12,13). Pues animales peligrosos y nada manejables son las delicias mundanas...

Las serpientes sólo amenazan el cuerpo, pero los placeres de la carne perjudican el alma». No quiero decir que vivas en la aspereza del ayuno, a no ser que te decidas a ello, pero sí que abandones lo superfluo sin cortar lo necesario. ¿Cómo podemos hacernos dignos del perdón, cuando hay quien carece de lo imprescindible... mientras nosotros sobrepasamos los límites debidos?... Si en el Antiguo Testamento el Profeta se levantaba para fustigar con vehemencia a los que se deleitaban con los manjares, aun sin ser regaladísimos (Am. 6,46)..., ¿qué no diría de muchas vidas de ahora... cuando buscamos, incluso atravesando el mar, los platos más refinados y selectos, los vinos más exquisitos..., los lechos y muebles más trabajados? ¡Y esto lo procuramos a veces—lo cual es gravísimo—empobreciendo a los demás! ¿Quién podrá interceder por nosotros? Nadie, pues contra éstos se dijo: *Es como humo que sale de mis narices, fuego encendido todo el día* (Is. 65,5). En cambio, ante una modesta y sazonada mesa, ni el Profeta se ríe, ni Dios inculpa, ni el fuego castiga..., sino que Dios lo aprueba, participan los ángeles y lo recibe el cielo... Cristo está allí..., el Cristo que huye del lujo..., el amigo del humilde» (*De fato, sive contra ingluviem*, orat. 6: PG 50,770-774).

2. El lujo del vestido

Excesivo es el lujo de las mujeres, que suelen poner todo su empeño en el vestido y en las alhajas exteriores, sin preocuparse de aderezar su alma. No quieren oír a San Pablo cuando dice: *Sin rizado de cabellos, ni oro ni perlas, ni vestidos costosos, sino con obras buenas, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad* (1 Tim. 2,9-10). Y advierte que es un hombre que vió el cielo quien no cree rebajarse hablando de los adornos de la cabellera, porque sabe que estos lujos perjudican al alma, única cosa que a él le preocupa... ¿Quieres adornarte? Pues adórnate, como mujer piadosa, con las buenas obras..., único adorno que no te robarán y permanecerá siempre nuevo...

Grandes males se derivan del adorno exterior, y no me refiero ahora a los daños que sufre el alma, a la arrogancia, al desprecio del prójimo, a la hinchazón y corrupción del espíritu, al deseo de ilícitos placeres, sino a las mismas preocupaciones materiales que engendran... (*In cap. 18 Genes.*, hom. 41,5: PG 53,381).

Oiganme los opulentos, los que viven entre el lujo de las sedas y de las púrpuras; oiganme y sepan que el vestido se instituyó en el paraíso terrenal, cuando el hombre, por su pecado, sintió la necesidad de cubrirse. Sólo un objeto tienen los vestidos: cubrir la desnudez, evitando la tentación

y no aumentándola, y sólo una cosa nos deben recordar: nuestro pecado, que les dió origen *(In cap. 3 Genes.*, hom. 18,2: PG 53,150).

b) ¿Qué queda de todo ello?

Después de describir y censurar los lujos de su tiempo, el Crisóstomo añade: «*Toda la carne es como hierba y toda su gloria como flor del campo. Sécase la hierba, marchítase la flor, cuando sobre ellas pasa el soplo de Yavé* (Is. 40,6 y 8). Somos actores en la escena. Nadie se crea rey ni rico, porque al final del acto nos encontraremos todos pobres» *(De Lazaro,* concio 2,3: PG 48,986).

Como los que están condenados a los trabajos forzados de las minas, cuando se despiertan después de soñar con la libertad sienten mayores padecimientos, así el rico sufrirá mayor suplicio al despertarse en la otra vida. *(Ad Theodorum lapsum,* 1,9: PG 47,288).

c) Vuela por encima de las cosas. No son ellas malas, sino su uso

«Bien sabes que *caminas en medio de lazos y que te paseas en medio de redes* (Eccli. 9,20). A veces, debajo de un lucro hay un robo; ten cuidado. Generalmente en un lujo se esconde una tentación; descúbrela. ¿Y por qué tanto lazo contra nosotros? Para que volemos alto. Cuando los pájaros se remontan a la altura no caen en los cepos; así, tú mira al cielo y no caerás en esas trampas. Allí, desde arriba, no te asombrarán las insidias humanas, del mismo modo que al que ha escalado la cúspide de la montaña le parecen pequeñas la ciudad y sus muros, e ir y venir de hormigas la marcha de los hombres... Nada te admirará. Riquezas, gloria, poder, honor, te parecerán minúsculos si los contemplas desde el cielo, como le parecían a Pablo, cuando dijo: *El mundo está crucificado para mí* (Gal. 6,14). Por eso nos aconsejaba el mismo Apóstol: *Pensad en las cosas de arriba* (Col. 3,2). ¿Qué cosas de arriba? ¿El sol y la luna? ¡No, más alto!... ¿Los querubines y serafines? ¡No, más alto! *Ubi, Christus est in dextera Dei sedens* (Col. 3,1). No son malas las cosas de este mundo, sino el mal uso de ellas y el mucho apego que les tenemos. El diablo no comió ni bebió, y cayó; Pablo comió y bebió, y subió al cielo... La pobreza y la riqueza son armas que pueden llevarnos a la virtud, si queremos aprovecharlas. Nos ocurre lo mismo que al soldado valiente, que lo demuestra con cual-

quier clase de armas, mientras al cobarde le estorban todas. Acuérdate de Job, santo en la riqueza y en la pobreza (Iob 31,32; 1,21). Si eres rico, no te apegues al lujo y da limosnas; si eres pobre, ten paciencia» *(Ad. pop. antiochen.*, hom. 15,2-4: PG 49,156-158).

d) HAS DE SUFRIR AQUÍ O ALLÍ. HAZLO AQUI, QUE TE AYUDA CRISTO

«Pero ¿no podrá haber quien viva tranquilo acá y allá? Imposible y fuera de toda esperanza. Imposible por completo que el que vivió en este mundo tranquilo y perezoso, consumiendo sus días entre delicias, descuidado y despreocupado, pueda después conseguir los honores del premio». Habrá quien no sufra la pobreza, pero tendrá que domeñar, y no con poco trabajo, sus pasiones, de deshonestidad, de ira, de ambición, lo cual no exige pequeño esfuerzo y renuncia». En prueba de que el lujo y la vida muelle son incompatibles, el Crisóstomo aduce la recomendación de San Pablo a las viudas (1 Tim. 5,6) y la frase del Señor: *Entrad por la puerta estrecha* (Mt. 7,13).

Puerta estrecha; pero, sin embargo, yugo suave, «porque lo que es gravoso por propia naturaleza, puede tornarse agradable si lo acometemos con ánimo esforzado», como aconteció a los apóstoles, que iban *contentos... porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús* (Act. 5,41).

El sufrir es inevitable en esta vida. Además, desde el punto de vista sobrenatural, San Pablo dijo que *todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones* (2 Tim. 3,12), y o nos perseguirán los hombres o el demonio. Por lo tanto, lo mejor que podemos hacer es «decir adiós a tanta excesiva comodidad y acordarnos de San Pablo, que castigaba su cuerpo reduciéndolo a esclavitud (1 Cor. 9,27). La lucha será dura, pero por ella alcanzamos a Cristo. Se os perseguirá en el mundo, *pero confiad, yo he vencido al mundo* (Io. 16,33). La pelea es penosa, pero nos lleva al descanso» *(Ad Stag. a daem. vexatum*, 1. 13,8: PG 47,483).

II. EL CRISOSTOMO Y SAN AGUSTIN

Enlazamos a ambos Santos Padres en la exposición del tema de la limosna como penitencia, que estimamos capital en el desarrollo homilético de la presente domínica. Como puede verse, coinciden los pensamientos de uno y otro en lo primordial.

A) Limosna y penitencia según el Crisóstomo

a) Cinco medios de penitencia

«Muchos y diferentes son los modos de penitencia que conducen al cielo. El primero consiste en condenar nuestras culpas. *Di primero tus pecados para que seas justificado* (Is. 43,26). Condénalos, y eso le basta a Dios, porque quien aborrece su maldad, cae más difícilmente en ella... Hay otro camino..., no recordar las ofensas de los que te odian, templar la ira y perdonar los errores de tus consiervos... *Si no perdonareis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados* (Mt. 6,14). ¿El tercer medio? La oración ferviente y cuidadosa. ¿No te acuerdas de la viuda que tan impertinente se puso con el juez injusto? (Lc. 18,5). Pues tú tienes a un Señor manso, justo y amable... Si quieres conocer el cuarto medio, es la limosna. Mucha y muy grande fuerza alcanza. Daniel le dijo a Nabucodonosor, que vivía manchado con toda clase de impiedades y delitos: *¡Oh rey!, sírvete aceptar mi consejo: redime tus pecados con justicia, y tus iniquidades con misericordias a los pobres...* (Dan. 4,27). ¿Qué puede compararse con tal benignidad? Todo se le perdona al ofendido si trata caritativamente a sus consiervos. Finalmente la humildad, como la tuvo el publicano (Lc. 18,13)... Estos son los cinco medios... No te duermas y utiliza los cinco... Si vives pobre, nadie te impide ser manso, humilde, orar y detestar tu pecado. ¿Pero qué digo? La pobreza no impide a nadie dar limosnas. Bien lo demostró aquella viuda...» (Mc. 12,42) (*De diabolo tentatore*, hom. 2,6: PG 49,263).

b) La limosna, medio necesario

«El cuarto medio es la limosna, la reina de las virtudes, la que lleva rapidísima a los hombres a la puerta del cielo, la que desempeña admirablemente el oficio de abogada nuestra. La limosna hacía exclamar a Salomón: *Multi homines misericordes vocantur; virum autem fidelem quis inveniet?* (Prov. 20,6). Grandes son sus alas. Rompen el aire, sobrepasan la luna, vuelan más alto que el sol, penetran hasta el mismo cielo. Ni aun allí se detienen; lo atraviesan, dejan atrás las legiones de los ángeles, los coros de los arcángeles y las potestades superiores, hasta llegar al trono del Rey. Apréndelo de la Escritura: *Cornelio..., tus oraciones y limosnas han sido recordadas ante Dios* (Act. 10,4). No te-

mas esa presencia de Dios, por muchos pecados que hayas cometido, si te acompaña como abogada la limosna. Ningún poder celestial se le resiste. Ella reclama la deuda enseñando el recibo, porque para eso dijo el Señor: *Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt. 25,40). Así, pues, aunque te abrumen tus pecados, tu limosna pesa más que todos ellos» *(De poenitentia,* hom. 3,1: PG 49,293).

«A este juez debemos rogarle y suplicarle, no sobornarle con dinero, o mejor dicho, sí; con el dinero que demos a los pobres. Socorramos al necesitado y Dios se aplacará..., porque la penitencia sin limosna está muerta, le faltan las alas y no puede volar. La que impulsó a Cornelio a la piedad fué la limosna; de tal modo que sin ella su penitencia no le hubiese granjeado el cielo».

c) La limosna, superior a todo pecado

«No hay culpa que no pueda purgar la limosna, que las supera a todas. Ninguna herida se le resiste. ¿Hay algo peor que el oficio de publicano, tan propicio para pecar? Pues Zaqueo, con la limosna se justificó (Lc. 19,8). El mismo Cristo llevaba, para enseñarnos, una bolsa en la que recogía las limosnas (Io. 12,6). Pablo dice también: *Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres* (Gal. 2,10), y la Escritura trata de ella frecuentísimamente: *El rico con sus riquezas puede rescatar la vida, pero el pobre no tiene con qué rescatarse* (Prov. 13,8)... Procuremos, pues, dar limosna de los mil modos que puede darse. ¿Tienes dinero? Pues no seas tardo en socorrer con él a los que lo necesitan. ¿Puedes defender los derechos de alguien? Pues no digas entonces que no tienes dinero... ¿Puedes ayudar con tu trabajo? Hazlo. ¿Eres médico? Cuida de los enfermos... ¿Puedes ayudar con tu consejo? Mejor todavía, ya que librarás a tu hermano no del hambre, sino del peligro de la muerte... Si ves a un amigo dominado por la avaricia, compadécete de él, y si se ahoga, apaga su fuego. ¿Que no te hace caso? Haz lo que puedas, no seas perezoso. ¿Va desnudo y peregrino? (desnudo y peregrino es el que no sigue el camino recto), pues recíbelo en tu casa, dale los vestidos de la virtud y la ciudadanía del cielo. ¿Que tú mismo estás desnudo? Pues vístete primero tú... ¿Cuántas mujeres no se visten de seda, estando desnudas de virtudes? Pues a las tales que procuren vestirlas sus maridos..., háganles ver la desnudez de su alma hablándoles del juicio» *(In Acta Apostolorum,* hom. 25,3 y 4: PG 60,196-197).

d) Valor impetratorio y satisfactorio

«Dale al pobre, y cuando tú no reces, la limosna estará rogando por ti, como abogado tuyo, con sus labios infinitos. El precio de la salvación de tu alma es la limosna. Del mimo modo que colocamos pilas de agua a la entrada de los templos para que te laves las manos, colocamos también a los pobres en la puerta para que te laves el alma antes de entrar a orar» *(De poenitentia,* hom. 3,2: PG 49,294).

Con las riquezas injustas haceos amigos (Lc. 16,9). «Os ruego que cumpláis el mandato del Señor. Sembremos nuestro dinero sobrante sobre los pobres; hagamos las limosnas que podamos, porque en eso consiste hacernos amigos con el dinero de la iniquidad; derramemos el dinero sobre los indigentes para aplacar el fuego del infierno, para extinguirlo»... Allí (en el juicio) no nos recibirá nadie más que nuestras obras. No serán los amigos que mediante la limosna hayamos conquistado, pues quizá ellos no se salven, sino la limosna misma la que nos reciba. «Y no me refiero sólo a los ricos, sino también a los pobres, a los que viven mendigando; no hay pobre, por muy pobre que sea, que no tenga dos céntimos que dar» *(In Epist. ad hebr.,* c. 2, hom. 3: PG 63,34-35).

B) Limosna y penitencia según San Agustín

a) Digno fruto de penitencia

«*Haced dignos frutos de penitencia* (Lc. 3,8). De donde se infiere que si alguien no los produce tales, vanamente juzga merecer el perdón de sus culpas por efecto de una penitencia estéril; porque después de esto decíanle las muchedumbres: *¿Qué hemos de hacer?*, o sea: ¿Qué frutos son estos que de forma tan terrible nos ordenas producir?: *El que tiene dos túnicas,* les respondía, *dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos, haga lo mismo* (Lc. 3,10-11). ¿Hay algo más claro, hermanos míos, y más sin dudas y más terminante? Y estas palabras: *Todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y arrojado al fuego* (Lc. 3,9), ¿no recuerdan las que dirá a los de la izquierda: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno..., porque tuve hambre y no me disteis de comer?* (Mt. 25,41-42). Poco es, por tanto, alejarse del pecado, si descuidas reparar lo pasado, según está escrito: *Hijo, ¿pecaste? No vuelvas a pecar más;* y porque no se juzgara seguro por esto sólo, añade: *y ora por los pecados anteriores* (Eccli. 21,1). Mas ¿de qué te

servirá rogar si no te haces digno de ser oído, produciendo frutos dignos de penitencia? Arbol estéril, serás cortado y echado al fuego. Luego si queréis ser oídos cuando rogáis por nuestros pecados (Lc. 6,37 y 38): *absolved y seréis absueltos, dad y se os dará» (Serm. 60,* c. 12: PL 38,409; BAC, t. 7, 811-812).

«Alabáis al mercader que cambia el plomo por oro y no alabáis al mercader que da dinero y compra la santidad. Pero yo, me decís, no doy dinero, porque no soy bueno... Pues da dinero con más motivo y así recibirás la justificación» *(Serm. 61,* c. 4: PL 38,410).

Cristo pasa necesidad en sus pobres por nosotros. Porque bien podría alimentarlos, como alimentó a Elías, por medio de un cuervo, pero ni aun a Elías quiso alimentarle siempre así, para que fuese socorrido por una viuda (3 Reg. 17,9-17)... Puso el cielo en venta y en un vaso de agua fría estipuló su precio... Claro que se trata de un vaso de agua cuando es otro pobre el que da la limosna, pues el que tiene más debe dar más, porque la viuda dió dos céntimos (Mc. 12,42) y Zaqueo la mitad de sus bienes (Lc. 19,8)... «La limosna aprovecha al que piensa cambiar su vida, socorriendo a Cristo para redimir sus pecados. Si da limosna para seguir pecando, con eso no alimenta a Cristo, sino intenta sobornar al juez» *(Serm. 39,* c. 4: PL 38,243-244).

b) El valor satisfactorio de la limosna

«Os veo conmovidos, y también lo estoy. A decir verdad, es cosa de maravillarse. Voy a recapitular, según mis fuerzas, la razón de este misterio, y no he de dárosla. Escrito está: *Como el agua apaga la ardiente llama, así la limosna expía los pecados* (Eccli. 3,33). Y también: *Coloca tu limosna en el corazón del pobre y ella pedirá por ti a Dios* (Eccli. 29,15). Item más: *¡Oh rey!, sírvete aceptar mi consejo: redime tus pecados con justicia y tus iniquidades con misericordias a los pobres* (Dan. 4,24). Muchos otros testimonios hay en la palabra divina por donde ver cuánto puede la limosna en orden a extinguir y borrar los pecados. Por eso a todos los que ha de condenar, y mucho más a los que ha de coronar, el Señor les tomará en cuenta solamente las limosnas, como diciendo: Es difícil, si examino y peso vuestras obras, no hallar por donde condenaros; pero *tomad posesión del reino..., porque tuve hambre y me disteis de comer* (Mt. 25,34-35). No vais al reino por no haber pecado, sino por haber redimido vuestros pecados con limosnas..., y los condenados ahora... verán serlo justamente por los propios delitos; mas el Juez vendrá como a decirles: No, no es por lo que os figuráis, sino *porque tuve hambre y no me disteis de comer.* Si apartándoos de todas

vuestras obras y vueltos a mí hubieseis redimido con limosnas vuestros crímenes y pecados, esas limosnas os librarían ahora y os absolverían de tanto crimen, pues *bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia* (Mt. 5,7). Ahora, id al fuego eterno, *porque* (Iac. 2,13) *sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia*» (cf. *Serm. 60*, c. 10: BAC, t. 7, 809, y PL 38,40).

c) Los pecados veniales y la limosna

«... Si habéis sucumbido ante los deleites del siglo, ejercitaos en la misericordia, en la limosna, en el ayuno y en la oración. Con esto se purgan muchos de esos pecados con los que por la fragilidad humana todas las almas se manchan. No dejéis de temerlos por su pequeñez, temedlos, más bien, porque son muchos... No son una fiera, como el león, que de una dentellada rompe la garganta, pero también las bestezuelas, cuando son muchas, matan... Pequeñísima es la arena, pero si se echa demasiada en el barco, éste se hunde; pequeñísimas las gotas de la lluvia, pero llenan los ríos y derriban los edificios...

Me diréis entonces que quién puede vivir sin estas faltas, y yo os contestaré inmediatamente. Nadie. Pero Dios proporcionó los remedios para curarlas: la limosna, la oración, el ayuno. Tres cosas son, pero para que puedas rezar y ayunar con verdad tienes que dar limosna»... *(Serm. 9,* c. 11,17-18: PL 38,88-89).

III. SAN AGUSTIN

Dividimos esta selección de textos agustinianos sobre la penitencia en dos partes: Primera: Motivos de penitencia. El pecado nos separa de Dios, y, por lo tanto, es preciso borrarlo para recibirle. De ahí la necesidad de la penitencia. Segunda: Exhortación al impenitente.

Hemos compuesto la antología entresacando textos variados y extractando dos sermones de San Agustín, cuyas referencias bibliográficas pueden verse en el lugar respectivo.

A) Motivos de penitencia

a) El pecado separa de Dios

En Navidad se nos predica la penitencia para destruir el obstáculo que nos separa de Dios, el pecado.

1. Cristo es la luz. No te separes de El

Juan, que no era la luz, vino a dar testimonio de ella. La luz era Cristo, *pero las tinieblas no la abrazaron* (Io. 1,5)... «Los inicuos son esas tinieblas. Cristo está, estaba y permanece... Es necesario, pues, que veas al que permanece dentro de ti; que no te separes del que no se separa; que no le dejes para que no te abandone. No caigas y nunca caerás en su olvido. Si tú caes, El se oculta (casum: occasum); si te sostienes, estará delante de ti, y si no puedes sostenerte, acuérdate dónde has caído y quién es el que te derriba. Cayó antes que tú (Satanás), y te derriba ahora; no por la fuerza, sino porque tú quieres. Si conocieses tu mal, seguirías sosteniéndote y permanecerías en la luz. Pero ahora que has caído y enfermado de ese corazón, donde la luz podía verse, Cristo viene de forma que lo puedas ver a El, y te envía por delante a un hombre para que recibas su testimonio. Dios pide el testimonio al hombre... para ayudar a los hombres... ¡Tan enfermos nos hallamos que tenemos que buscar la luz del día por medio de una linterna!» La linterna era Juan... *(In Ioan. Evang.*, tr. 2, c. 2,8: PL 35,1392).

2. El pecado nos separa de Dios, que vivía entre nosotros

«No anda lejos de nosotros Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos (Act. 16,27-28). Sólo te puede separar de Dios tu maldad. Derriba la pared del pecado y estarás otra vez con aquel a quien rezas» *(Enarrat. in Ps. 137*, 2: PL 37,1775).

«Dios, todo El en todas partes, no habita, sin embargo, en todos, porque no a todos se puede decir lo que dijo el Apóstol... *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1 Cor. 3,16), sino que, por el contrario, muchos merecen la otra frase: *si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo* (Rom. 8,9)... Luego hay que confesar que aunque Dios está en todas partes por la presencia de su divinidad, no lo está por la inhabitación de la gracia... Se dice que están lejos de El los que se han hecho por el pecado desemejantes a El: y se dice que se le acercan los que viviendo piadosamente reciben su semejanza. Rectamente decimos que el ojo, cuanto más ciego, más lejos se encuentra de la luz. Aun cuando la luz está cerca de todos, ¿hay algo más alejado de ella que el ojo ciego bañado por la misma luz? Ojos que se acercan a la luz son los que se curan y la reciben» *(Epist. 187*, c. 5,16-17: PL 2,838).

3. Aunque el pecado separa, Dios sigue amando y esperando

«Váyanse y huyan de ti los inquietos pecadores... ¿En qué te pudieron dañar?... ¿Adónde huyeron cuando huyeron de tu presencia?... Huyeron, sí, por no verte a ti, que los estabas viendo; para, cegados, tropezar contigo, que no abandonas ninguna cosa de las que has hecho; para tropezar contigo, injustos, y así ser justamente castigados por haberse sustraído a tu blandura, haber ofendido a tu santidad y haber caído en tus rigores. Ignoran éstos, en efecto, que tú estás en todas partes, sin que ningún lugar te circunscriba, y que estás presente a todos, aun a aquellos que se alejan de ti. Conviértanse, pues, y búsquente, porque no como ellos abandonaron a su Creador, así abandonas a tu criatura. Conviértanse y al punto estarás tú allí en sus corazones, en los corazones de los que se confiesan y se arrojan a ti y lloran en tu seno a vista de sus caminos difíciles, y tú, fácil, enjugarás sus lágrimas: y llorarán aún más y se gozarán en sus llantos, porque eres tú, Señor, que les hiciste, quien les repara y consuela. ¿Y dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas, ciertamente, delante de mí, mas yo me había apartado de mí mismo y no me encontraba. ¿Cuánto menos a ti?» (cf. *Confess.*, l. 5, c. 2: PL 32,706, y BAC, t. 2, p. 472-473).

4. Dios te ama a ti y odia tu pecado

«¿Le ama y le odia a la vez cuando dice: *cubre su rostro de ignominia*? Parece ser sólo adversario, pero oye lo que sigue y verás cómo puede ser también amigo: *cubre su rostro de ignominia y busquen tu nombre, ¡oh Yavé!* (Ps. 82,17). ... Odia tus obras; te ama a ti; odia lo que hiciste, ama lo que hizo Dios. Tus obras son los pecados y tú eres el hombre, hecho por Dios a imagen y semejanza suya. Tú olvidas lo que Dios te hizo y amas lo que hiciste tú. Amas lo que está fuera de El, tus obras, y te olvidas de la de Dios... No es Dios el que se separa ni el que se cambia; El no se mueve y enmienda. Si se separó, sólo fué porque te separaste tú. Tú caíste, él no se ocultó. Oyele, pues, cuando dice: *Volveos a mí y yo me volveré a vosotros*... (Zach. 1,3). Persigue a quien le vuelve la espalda, ilumina a quien le vuelve el rostro».

A continuación añade San Agustín que el mejor medio de volver a Dios es por medio de Cristo, camino y medicina que se encuentran en la penitencia (*Serm. 142*, c. 4: PL 38,780).

b) Necesidad de la penitencia

El sermón 351 (PL 39,1535ss) es sencillo y práctico. Trasladamos la primera parte, destinada a los catecúmenos, a la

dedicada a los pecadores, por ser universales, respecto al pecado, las razones aducidas. Puede completarse con la exhortación que extractamos seguidamente.

1. **Necesaria a los buenos**

Una penitencia hay que los buenos, por el hecho de serlo, practican cotidianamente, a saber, la de soportar esta vida, gimiendo por la venidera; todos debemos considerar lo despreciable de la presente y llorar diciendo: *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* (Ps. 119,5) O como dijo San Pablo: *Scientes quoniam, dum sumus in corpore, peregrinamur a Domino* (2 Cor. 5,6). Vida agravada por la concupiscencia, que obliga al Apóstol a suspirar por el fin, con ansias de revestirse de inmortalidad (2 Cor. 5,1-4). Consiste, pues, esta penitencia en vivir despegados del mundo con la mirada puesta en la patria celestial.

Pero, además, necesitamos otra: la del dolor y castigos que voluntariamente nos imponemos y necesitamos:

1.° *Para resistir la tentación.*

Tal es la norma cristiana: que la carne y la ceniza no se confíen mientras no haya pasado esta noche, en la *que corretean todas las bestias salvajes y rugen los leoncillos por la presa* (Ps. 103,20-21). Por eso Job no dice que hay tentación en esta vida, sino que la misma vida es una tentación (Iob 7,1). Es como la noche, en la que *Satanás nos busca para ahecharnos como trigo* (Lc. 22,31). ¿A quién, pues, desagradará la penitencia? «¿Quién no pedirá humildemente la ayuda divina hasta que pase esta turba de tentaciones... y brille para nosotros el día eterno, el que siempre luce, el que, alumbrando lo más secreto de los corazones, nos ha de servir de alabanza y de gloria?» (1 Cor. 4,5).

2.° *Para conservar y aumentar la gracia.*

Que nadie se glorie, aunque tenga domeñado el cuerpo y crucificado el mundo con sus obras... y castigue su carne reduciéndola a servidumbre... Todo eso se lo han dado... No se contente con devolver lo mismo que le dieron, no sea que entonces le digan: *Siervo malo y haragán... Debías haber entregado mi dinero a los banqueros, para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses* (Mt. 25,26-27). Pues el que quiera aumentar la gracia, que haga penitencia.

3.° *A los sacerdotes.*

«Se mueve en medio de las cosas humanas, pero no carnales, entregado como está a su ministerio de conquista de los espíritus. No vive absorbido por obligaciones temporales, ni la milicia de Dios le deja tiempo para dormir en ocio indolente.

Dé, pues, con alegría sus limosnas al remediar en lo po-

sible las necesidades materiales de los pobres, o cuando en su calidad de dispensador del pan celestial construye dentro de los corazones de los fieles verdaderas fortalezas contra el demonio. *Hilarem enim datorem diligit Deus* (2 Cor. 9,7). No le venza el cansancio en las dificultades que se le presenten, para que el hombre no se olvide de que lo es. No se deje llevar por la ira, ni con el que enojosamente le molesta, ni con el que inoportuno le pide, empujado por la necesidad; ni con el que, cuando está más ocupado, pretende que le resuelva su asunto; ni con el que resiste todo raciocinio de una justicia evidente por su apetito ciego o por su pereza. Que no dé más ni menos de lo que conviene. Que no hable más de lo necesario, y cuando lo sea. *¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien!* (Rom. 10,15)...

Y sin embargo, también se les pega el polvo de la tierra. Polvo que será sacudido contra ellos, si por su mala voluntad desprecian esta mancha...

Así, pues, los sacerdotes no sólo hemos de soportar esta vida hasta que pase, esperando en Dios y obrando virilmente para dar frutos con nuestra paciencia; no sólo, digo, hemos de soportarla, pesada como es por su misma caducidad, miseria y preocupaciones cotidianas (con las que ojalá nos diésemos por satisfechos, según el consejo del Señor: *bástele a cada día su afán;* Mt. 6,34), sino que debemos hacer penitencia a diario para sacudirnos el polvo de este mundo, que se adhiere a los pies de todo el que va por el camino, y para reparar el desgaste que nos ocasionan las mismas ocupaciones tan complicadas de nuestro ministerio. ¡Ojalá quiera Dios compensarlas con ganancias mayores!» (*Serm. 351,* 4: PL 39,1538-1539).

4.º *A los seglares.*

«Pues si esto ocurre a los dispensadores de la palabra de Dios, ministros de sus sacramentos y soldados de Cristo, ¿qué no ocurrirá a la multitud gregaria?... ¡Cuánta mayor penitencia debieran hacer éstos..., que, aunque no sean adúlteros..., sin embargo, por la administración y negocios de su casa, por los estrechos vínculos matrimoniales, están, no digo rociados de polvo, sino manchados de lodo de arriba abajo!...» ¡En cuántas culpas no se ven mezclados por hablar de los asuntos ajenos..., por las charlatanerías necias...; por las mismas comidas, indispensables para vivir, pero que se apetecen ávida e inmoderadamente...; por las malas acciones en la compra y en la venta!... «Da pena enumerar todo lo que encontraríamos dentro de nosotros si nos mirásemos sinceramente en el espejo de las Sagradas Escrituras. En verdad que ninguna de estas cosas hiere mortalmente, pero son como la sarna. De tal modo afean, que nos separan

del abrazo castísimo de ese Esposo, *el más hermoso de los hijos de los hombres* (Ps. 44,3), si no la curamos con la medicina diaria de la penitencia» (ibíd. 5: 1540-1541).

5.º *La caída diaria.*

Todos caemos. En el Santo Sacrificio todos decimos: *Perdónanos nuestras deudas* (Mt. 6,12). Señal de que las tenemos, pues no es aquel lugar propicio para mentir. «En realidad todo el que se considere a sí mismo diligentemente y sin adulación alguna, no podrá por menos de darse cuenta del peligro de eterna condenación en que vive y de la penuria de santificación con que vamos peregrinando...» San Juan (1 Io. 3,9) dice: *Omnis qui natus est ex Deo, peccatum non facit;* pero en la misma epístola añade: *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus ipsi nos seducimus* (ibíd. 1,8). «La primera frase se refiere a las primicias del hombre nuevo, y la segunda a las reliquias del viejo. Viven los dos juntos, y poco a poco el nuevo va creciendo y el viejo cede. Pero mientras duran ambos, estamos en la palestra, y no sólo propinamos al adversario los golpes de nuestras virtudes, sino que recibimos los del pecado en cuanto nos descuidamos en esquivarlos. Por ahora nadie vence definitivamente; hay que esperar a ver quién es el que golpea con más vigor, hasta que llegue el momento final, cuando el enemigo de todo el que se sostiene en pie se lleve a sus vencidos a la muerte eterna, mientras que otros triunfantes griten: *¿Dónte está, ¡oh muerte!, tu victoria*? (1 Cor. 15,55).

Y sepámoslo, nunca seremos vencidos más fácilmente por nuestro rival que cuando le imitamos en la soberbia, ... ni le derribaremos con más empuje que imitando la humildad de Nuestro Señor, ni le serán nunca nuestros golpes más dolorosos y duros que cuando curemos nuestros pecados con la confesión y la penitencia» (ibíd. 6: 1541-1542).

2. Necesaria a los pecadores

En esta parte San Agustín se refiere a veces a la penitencia canónica de aquellos tiempos. Como las razones son fácilmente acomodables, preferimos respetar el pensamiento del Santo, ya que el lector sabrá fácilmente entender cuándo se refiere a la penitencia en general y cuándo a la canónica. Intercalamos un párrafo destinado a los catecúmenos y lo colocamos entre paréntesis.

1.º *La penitencia por los pecados cometidos.*

«La tercera penitencia es la que ha de sufrirse por los pecados cometidos contra el decálogo» (ibíd. 7: 1542).

«Nadie se acerca a Cristo y comienza a ser lo que no era sin haberse arrepentido antes de lo que era... Esta es la penitencia que como necesaria para el perdón mandaba Pedro a los judíos (Act. 2,38) y la que ordenaba el Señor diciendo: *Arrepentíos, porque se acerca el reino de los cielos* (Mt. 4,17),

y Juan el Bautista (Mt. 3,8): *Haced dignos frutos de penitencia*» (ibíd. 2: 1537).

«En esta tercera penitencia cada uno ha de mostrarse severo consigo mismo y juzgarse a sí propio para no ser juzgado por Dios: *Quod si nosmetipsos diiudicaremus, non utque iudicaremur* (1 Cor. 11,31). ... Constitúyase delante de sí mismo, para que esto no le ocurra después: *Arguam te, et statuam contra faciem tuam* (Ps. 49,21). Constituído, pues, en su corazón el tribunal, la memoria actúe de acusador, la conciencia de testigo y el temor de verdugo». Si se cree merecedor de ello acuda a la disciplina eclesiástica para que se le prive del pan celestial. Porque aquí se acercan al altar muchos indignos negándose a la penitencia, pero a aquel otro altar indefectible en el que oficiará nuestro Sumo Sacerdote, Cristo, asistido por todo el linaje escogido—*regale sacerdotium* (1. Petr. 2,9)—, no podrá acercarse quien no hubiere hecho penitencia y en cambio se dedique a atesorar la ira. «Y tú, por no separarte ahora por algún tiempo de nuestros altares, ¿perderás acercarte al celestial?» (ibíd. 7-8: 1542-1545).

¿Qué espera, pues, el que ha pecado gravemente? Ya que Dios le da vida, que haga penitencia. ¿Tan enemigo es de sí mismo que no la hace? Cambie de voluntad y castíguese con medicina severísima, sí, pero al fin medicina que cura. Vaya a los obispos a que le indiquen la penitencia a que debe someterse, y si el escándalo ha sido grande, y los obispos lo creen preciso, practique entonces la penitencia delante de todos (ibíd. 9: 1545).

2.° *Excusas vanas.*

Otros no la hacen. Ya nos dice la Sagrada Escritura que en la Iglesia habrá buenos y malos hasta la última siega, cuando el Señor venga con el bieldo (ibíd. 10: 1546-1547).

Otros muchos pecan. «Los que se niegan a la penitencia, que no busquen compañeros para el suplicio, ni se alegren por encontrar numerosa compañía. Porque sean muchos, no arderán menos...»

Quizás se apoyan en que hay sacerdotes y dignidades eclesiásticas que no viven como predican. ¡Desgraciados los que mirando a los ministros se olvidan del Señor, que ya recomendó... se siguieran sus palabras y no sus obras y que toleró a Judas y hasta lo envió a evangelizar!... Se parecen al que en una carretera, al observar que las piedras miliarias llenas de indicaciones se están quietas, no quisiera moverse. Si deseas llegar, ¿por qué no miras a tantos otros sacerdotes que señalan el camino y marchan por él decididos y constantes? Si los buscas no dejarás de hallarlos, pues lo que ocurre es que se habla menos de ellos, porque los hombres, en vez de fijarse caritativamente en los que viven como predican, prefieren sorprender con malicia suspicaz algo dig-

no de censura, unas veces para no encontrar a nadie bueno, ya que ellos son malos; otras, temiendo encontrarlas, puesto que no rehusan perseverar en su maldad. Pero concedamos que no los encuentras... ¿Y Cristo? ¿Y los apóstoles... y los mártires?... (ibíd. 11: 1547-1548).

«c) Exhortación final

Por muchos pecados que tengas, no te desesperes, recurre a la penitencia como los ninivitas (Ion. 3,5) «¡Pero yo soy cristiano... y, perro despreciable, he vuelto al vómito de mis vicios! *Quo ibo a spiritu tuo, et quo a facie tua fugiam?* (Ps. 138,7). ¿Dónde me esconderé de Dios? ¿Dónde te esconderás, hermano? En su misma misericordia. Nadie puede huir de Dios más que refugiándose en El», huyendo de su severidad, pero acudiendo a su amor... Todavía vives, y si Dios no quisiera curarte, ya te hubiera sacado de este mundo... El, que no consiguió convencerte con sus clamores para que no te fueras, te llama con su perdón para que vuelvas. Acuérdate de David, circuncidado, ungido... San Agustín comenta el pecado y la penitencia de David y de Pedro. De David dice: «No basta cambiar de vida; hay que satisfacer con el dolor penitente y las limosnas». Aduce los versículos 5, 11, 18 y 19 del *Miserere* (Ps. 50). Pedro ofreció el perdón, mediante la penitencia, a Simón el Mago (Act. 8,21-23).

«Nos rodean los preceptos de obrar el bien, los ejemplos de los que no lo practican y también los de quienes con su penitencia retornan al camino». Los hombres cuando ofenden al emperador buscan mil recomendaciones, emprenden viajes tan difíciles, que, para huir de la muerte, la desafían. Humíllate tú ante Dios y la Iglesia. El trabajo (de la penitencia pública, y en nuestro caso de cualquier otra) que se impone es pequeño, y la muerte eterna se evita sin ningún peligro de esta vida temporal (ibíd. 12,1548-1549).

B) Exhortación a los impenitentes

a) Los que difieren su conversión

1. La tardanza en convertirse (Serm. 40: PL 38,244ss)

1.º *Unos por desesperación.*

No teman. Conviértanse pronto y oigan: *¿Quiero yo acaso la muerte del impío... y no más bien que se convierta de su mal camino y viva?* (Ez. 18,23).

2.º *Otros por exceso de esperanza.*

Dicen: «Dios es misericordioso y lo perdona todo; no devuelve mal por mal. Estos deben oír al Apóstol (Rom. 2,4): *¿Desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, desconociendo que la bondad de Dios te atrae a penitencia?*» (cf. ibíd. 2: 244).

3.º *Otros esperan mal.*

Difieren para más tarde el día de su conversión: ¿Por qué, pues, si Dios me lo ha de borrar todo, no voy a aumentar mis placeres y vivir a gusto?... Pero ¿cómo dices eso, hermano mío? Porque Dios promete su perdón en cuanto cambie, responde él» (ibíd. 3-4: 244-245).

2. Dos respuestas

1.ª *¿A eso se llama vivir bien?*

¿Y a eso le llamas días buenos? A hartarte de placeres, a nutrir de lujuria tu corazón, a asediar la virtud ajena, a contristar a tu prójimo con fraude, a negar lo prestado..., Cuando ves tu mesa repleta de comida, ¿crees que ése es un día bueno? ¿Cómo pueden ser buenos esos días siendo malo el hombre que los vive?» (ibíd. 4,245).

2.ª *¿Sabes cuándo vendrá Dios?*

«Nadie te ha prometido el día de mañana. Y si no, tú, que lees tan admirablemente el evangelio y los profetas cuando prometen el perdón de tus pecados para el momento de convertirte, léeme un solo lugar en que se te haya prometido el día de mañana, y en ese caso yo mismo te diré: Aprovéchate y vive mal...

Pero te acabo de recomendar un disparate. Tu vida podrá ser larga o corta. Si ha de ser larga, ¿por qué la prefieres larga y mala? ¿Qué te ocurrirá de malo porque vivas mucho y bien? En cambio, si fuere corta, deléitete el pensar que irás a una vida eterna y felicísima. *¡No difieras convertirte al Señor y no lo dejes de un día para otro, porque de repente desfogará su ira y en el día de la venganza perecerás!* (Eccli. 5,8). ¿Acaso he escrito yo esta sentencia? ¿Acaso la puedo borrar? Ni puedo borrarla ni callarla, porque me aterrorizaría mi silencio. Tengo obligación de predicar. Yo mismo estoy lleno de miedo. Temed conmigo, y así un día gozaremos juntos...

Señor, ya sabes que me has atemorizado con las palabras de tu profeta. Señor, has conocido que me llené de espanto cuando se leían desde este púlpito. Pues en su nombre os las repito. No quiero que os perdáis» (ibíd. 5: 245).

b) Despertar la conciencia que rehusa

«No me digas: Déjame que me condene en paz. Es mi gusto». Si el médico le advierte a un hijo que su padre será sobrecogido por un sueño dulce pero mortal, y le encomienda que le sacuda, le pellizque y aun le pinche con tal de que no se duerma, el hijo lo hará. Y de nada le valdrá al padre despertarse incomodado, pidiendo que le dejen dormir tranquilo, porque el hijo sabe que del sueño pasará a la sepultura, y quiere alargar a su padre anciano la vida unos años para estar con él. Dios hace lo mismo contigo. «Dios te grita: No te duermas, pues de lo contrario dormirás eternamente. Despiértate para que vivas conmigo y tengas un padre que no perderás nunca. ¿Y lo oyes? ¿Y sigues sordo?» (ibíd. 6: 246).

c) Son palabras de Dios. Pidámosle la salvación

«Dios es el que amenaza... ¿Qué quieren? ¿Que yo prometa lo que El no prometió? ¿De qué vale la tranquilidad que te asegure el administrador si el dueño no te la confirma? Yo no soy más que un administrador, un siervo... ¡Ojalá Dios te prometiese esa tranquilidad!... Pero ni vosotros ni yo tenemos más tranquilidad posible que obedecer cuidadosamente los mandamientos divinos...

Nos cansamos porque somos hombres, pero pidámosle, gimiendo, su ayuda. No recemos por cosas temporales, pasajeras y transitorias, que se desvanecen como el humo. Recemos, sí, para poder ser justos y santos en el nombre del Señor. Recemos, no para dominar a nuestro vecino, sino para dominar nuestra concupiscencia; no para curar nuestro cuerpo, sino para sanar nuestra avaricia. Sea ésta nuestra oración: Señor, ayúdanos en la lucha y corónanos en la victoria» (ibíd. 7: 246-247).

IV. SAN CESAREO DE ARLES

Existen dos breves sermones, que han sido atribuidos por unos a San Ambrosio y por otros a San Agustín. Migne los atribuye a San Cesáreo de Arlés, pero los incluye con los números 115 y 116 en el Apéndice de los sermones dudosos de San Agustín (cf. PL 39.1973 y 1975). Damos el uno a continuación del otro, y pueden distinguirse fácilmente por las citas.

A) Preparación para la Navidad

a) Hay que disponerse para recibir a Dios

Al acercarse la Navidad, debemos prepararnos cuidadosamente para que «merezcamos recibir a nuestro Rey con gloria y alabanza, sin que nos repela por nuestra fealdad al condenarnos como pecadores». Comulguemos ese día puros y limpios, para no comer nuestra propia condenación. «En el cuerpo de Cristo está nuestra vida, según dijo El: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis... non habebitis vitam in vobis* (Io. 6,54). Cambie, pues, de vida quien quiera recibir la vida, pues si no cambia (1 Cor. 11,27), la de Cristo le servirá de juicio, y en vez de vida será muerte» *(Serm. 115,* 1: 1973).

«Si el Señor os ve revestidos de la luz de la caridad, adornados con las joyas de la misericordia y de la justicia, castos, humildes y sobrios, su cuerpo y su sangre no serán vuestro juicio, sino vuestro remedio». De lo contrario, temo que os diga: *Mittite eum in tenebras exteriores...* (Mt. 22,13). «Esa es la sentencia que oirá en el día del juicio el que llegue a la Navidad sin hacer penitencia de sus pecados» *(Serm. 116,* 1: 1975).

b) Con limpieza de conciencia

Cuando se acerca tu fiesta o la de uno de tus hijos, limpias tu casa, quitando todo lo desagradable e inútil. «Si, pues, dispones tantas cosas para el natalicio de un hijo, ¿qué no debes disponer para el de tu Señor? Si preparas tantas cosas para un mortal, ¿qué no deberás preparar para el Eterno? Procura que Dios no encuentre en tu alma lo que no te gusta ver en tu hogar» *(Serm. 105,* 2: 1973).

c) Adornando el alma con la caridad

Si viniera a visitarte un rey, ¿cómo te adornarías? Pues con la ayuda de Dios esté tu alma «resplandeciente por la castidad, espléndida por la caridad, rozagante por las limosnas». Así Cristo «no sólo te visitará, sino que descansará en ti perpetuamente» (2 Cor. 6,16 y Apoc. 3,20).

Feliz aquel en quien Cristo more. Desgraciado del que, repudiado por Cristo, sea dominado por Satanás. Esta es la situación «del alma que no recurre pronto a la medicina del arrepentimiento; porque será abandonada de la luz e invadida por las tinieblas».

Temed a la ira como a una fiera; eliminad el odio de vuestros corazones, como un veneno, y sea tal vuestra caridad, que alcance no sólo a vuestros amigos, sino a vuestros enemigos, para que podáis decir: *Perdónanos nuestras deudas...* No sé cómo puede acercarse tranquilo al altar del Señor el que siente algún odio después de lo que con clamor terrible dijo San Juan: *Omnis qui odit fratrem suum, homicida est* (1 Io. 3,15). «Quien con un trueno tan fuerte no se despierta, ése no duerme, sino que está muerto» *(Serm. 105,* 3 y 4: 1974-1975).

B) Las bodas de Cristo con la Iglesia y contigo

a) Hay que presentarse limpio de toda mancha

En este día celebró Cristo, al tomar nuestra carne humana, sus bodas con la Iglesia. Nosotros estamos invitados al banquete, pero hemos de cuidar mucho del traje nupcial y de procurar que brille por su blancura. Es más, se trata de nuestras propias bodas, en las que podemos ser la esposa. Consideremos, pues, con quién nos desposamos y cómo conviene que nos aderecemos, no ocurra que podamos encontrarnos con que el interior, en vez de resplandecer de joyas, está lleno de manchas *(Serm. 106,* 2: 1975-1976).

b) Convidad a los pobres

Siempre conviene dar limosna, pero mucho más en estas fiestas. No parece justo que mientras unos se sacian, otros pasen hambre. «Tanto nosotros como los pobres somos siervos del mismo Señor, redimidos con igual precio; lo mismo entramos en el mundo todos y de la misma manera saldremos, y si obramos el bien, obtendremos semejante felicidad...

¿Por qué no ha de comer contigo el pobre que recibirá también contigo el reino? ¿Por qué no has de regalar tu traje usado al que lucirá igual que tú la estola de la inmortalidad? ¿Por qué no puede comer tu pan el que fué bautizado contigo? ¿Por qué es indigno de las sobras de tu comida el que se acercará en tu compañía a la mesa de los ángeles? Oíd, hermanos, un mandamiento que no es mío, sino del Señor: *Cuando hagas una comida o una cena no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a los parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos a su vez te inviten y tengas ya tu recompensa. Cuando hagas una comida llama a los po-*

bres, a los tullidos, a los cojos y a los ciegos, y tendrás la dicha de que no puedan pagarte, porque recibirás la recompensa en la resurrección de los justos» (Lc. 14,12-14).

¿Y no podré invitar a mis amigos? Sí, pero de modo que te quede algo para los pobres, no sea que en el día del juicio te digan (Mt. 25,41-42): *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno... Porque tuve hambre y no me disteis de comer...* (*Serm. 106*, 4 y 5: 1976).

SECCION IV. TEOLOGO

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Reproducimos en brevísima síntesis las ideas fundamentales del Angélico Doctor sobre la necesidad de la penitencia (cf. *Summa theol.*, 3, q. 86).

A) En qué consiste la remisión del pecado

La remisión del pecado consiste en volvernos a unir a Dios, de quien nos separó (cf. ibid., q. 86, a. 1).

La ofensa hecha a Dios procede de nuestra voluntad, que se separó de El por buscar un bien creado. Ahora bien, esta ofensa no puede perdonarse mientras el hombre no vuelva a dirigirse a Dios, mudando su voluntad por medio del arrepentimiento y el propósito de nueva vida.

En efecto, perdonar es devolver la gracia del ofendido al ofensor. Los hombres podemos perdonar a nuestros enemigos y devolverles nuestra gracia, aun cuando ellos no cambien en su disposición perversa hacia nosotros, porque nuestra gracia es algo meramente externo, que no cambia nada el interior de quien lo recibe. Nuestra gracia o benevolencia supone que aquel a quien se la otorgamos es bueno o lo parece. La gracia de Dios, en cambio, no obra así; la gracia de Dios convierte en bueno al que no lo era, trocándolo interiormente.

B) Para volver a la gracia se requiere la penitencia

Por lo tanto, para que Dios pueda devolver su gracia, es necesario que el hombre retire aquella su mala disposición de la voluntad, por la que se convirtió a las criaturas, separándose de El. Mientras dure la voluntaria aversión a Dios, es imposible que éste pueda devolver su gracia (q. 86, a. 2 in c.).

En otros lugares explica que el cambio de voluntad se verifica mediante la gracia actual.

La misma razón justifica que a los niños se les pueda perdonar el pecado original sin que previamente hagan acto alguno de penitencia. En realidad no es la voluntad del niño la que está desordenada; su desorden radica en la naturaleza, que lo heredó. Así, pues, no hace falta rectificación alguna por parte de la voluntad, y basta la gracia inhabitante de Cristo (ad 1).

C) También es necesaria para el pecado venial

En cuanto al pecado venial, la penitencia es necesaria también (q. 87, a. 1), porque aun cuando no nos separe totalmente de Dios «se retrasan los afectos humanos, de modo que no lleguen tan prontamente a El». Es, pues, necesaria, en cierto modo, la penitencia, y no basta el simple estado de caridad habitual, puesto que el pecado venial es compatible con él. Requiérese por lo menos alguna displicencia virtual; por lo menos un deseo tal de Dios, que en aquel momento esté dispuesta nuestra alma a retirar cuanto impida apartarnos de El.

II. SAN BUENAVENTURA

Según el Doctor Seráfico, hay tres grados dentro de la purificación: el temor, el amor y su fruto de misericordia (cf. *Purific. de la Virgen María,* BAC, t. IV, p. 635 y ss).

A) Hay tres modos de penitencia

«Debemos saber que existen tres clases de purificación: legal, profética y evangélica. La primera tiene su origen en el temor de la severidad del juicio; la segunda, en el ardoroso celo de la justicia, y la tercera, en la dulzura de la divina misericordia. La primera es legal; la segunda, profética, y la tercera, evangélica. La primera se indica en el ayuno cuadragenario de Moisés; la segunda, en el de Elías, y la tercera, en el de Cristo...»

B) La primera se origina del temor al juicio

«La primera purificación es legal, y se origina del temor de la severidad del juicio, de la cual se habla en San Lucas (3,17): *En su mano tiene el bieldo para bieldar la era y almacenar el trigo en su granero, mientras la paja la quemará con fuego inextinguible.* Cristo, fuego que derrite, tendrá el bieldo en su mano, o sea, la balanza del juicio final. La consideración del juicio divino hace en nosotros por la gracia lo que hará por la justicia vindicativa...

Dios ablandó mi corazón (Iob 23,16), pues me ocupó en considerar sus caminos. Aquí conviene que el temor sea el principio de vuestra purificación» (ibíd.: 636 y 637).

C) La segunda, de la caridad

«La segunda purificación es la gracia penitencial, que tiene su origen en el celo vehemente de la justicia; y esta purificación es profética y más excelente que la legal; de ella se dice en el libro de los Números (31,23): *Todo lo que puede resistir el fuego, pasadlo por el fuego.* Todo lo que puede pasar por el fuego, esto es, por el de la caridad ardiente...» (ibíd.: 637).

D) La tercera, de la misericordia

«La tercera... proviene de la dulzura de la compasión de lo alto; y se llama evangélica, porque el Evangelio viene acompañado de mansedumbre. Dijeron Juan y Santiago: *Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que los consuma?* (Lc. 9,54). Y respondióles el Señor: No; no vine a eso. Respecto a esa purificación se dice en el libro de Tobías (12,9): *La limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado*» (ibíd.: 637).

E) Grados de las tres

«Es necesario que la fe acompañe a la misericordia; mas si deseas guardar fidelidad a Dios, debes pertrecharte antes con el temor, porque *con el temor del Señor se aparta el hombre del mal* (Prov. 16,6).

Esta tercera purificación presupone las otras dos, la de Moisés y la de Elías. Si das limosnas sin dejar de pecar, es

como si dieras una bofetada junto con la limosna. Estas tres purificaciones se ordenan mutuamente, pues la que procede del temor es como fundamento y la que procede de la dulzura de la compasión divina es como complemento. La primera es purificativa; la segunda, purificativa e iluminativa, y la tercera, purificativa, iluminativa y perfectiva» (ibid.: 639).

III. SAN ROBERTO BELARMINO

Como en las domínicas anteriores, extractamos de la obra citada el sermón correspondiente al evangelio del día.

A) Los caminos que conducen a Dios: Parate viam Domini...

(Lc. 3,4-5)

Juan, anunciado por Isaías, nos ordena que preparemos al Señor un camino recto, llano, estrecho y solitario.

a) Rectas facite semitas (Lc. 3,4-5)

El camino recto es más breve, más hermoso y anima con la visión directa de la meta final. Por eso dice el Sabio (Sap. 10,10): *Le condujo por caminos rectos y le dió a conocer las cosas santas.*

b) Omnis vallis implebitur et omnis mons, et collis humiliabitur... et aspera in vias planas (Lc. 3,5)

La llanura aprovecha a la comodidad, a la belleza y a la visión de la meta o fin.

c) Semitas (ibid. 4)

Las sendas son más estrechas, pero más rápidas y hasta más seguras, pues no transitan por ellas más que los peatones.

d) In solitudine

Camino recorrido sólo por los que quieren encontrar a Cristo.

B) Camino recto el fin del hombre

a) La rectitud de intención

Dirigite viam Domini (Io. 1,23). La recta intención es el fundamento de toda la vida espiritual, porque en realidad el camino recto equivale a seguir la ley de Dios. Mas para andar por él se necesita la rectitud de intención, esto es, conocer y desear nuestro verdadero fin.

El que ama el fin elige los medios convenientes. Por eso dice San Pablo que *quien ama al prójimo ha cumplido la Ley* (Rom. 13,8), y éste es el sentido de las palabras del Señor: *Si tu ojo estuviese sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviese enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas* (Mt. 6,22-23). De lo que amemos y busquemos dependerá toda nuestra vida.

b) Nuestro fin

Ahora bien, ¿qué buscan los hombres como si fuera su fin? Unos las riquezas, aun a costa de prevaricar; otros cierta mujer, otros tal dignidad. Nada de eso constituye el fin del hombre. Mejor que nadie, conoció cuál era nuestro fin el mismo que nos creó y al crearnos dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza* (Gen. 1,26).

El fin de una imagen es parecerse a su modelo. Por lo tanto, nuestro fin consiste en ir creciendo en semejanza con Dios, hasta que llegue el día en que *seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es* (1 Io. 3,2). Fin altísimo.

c) Nuestra intención debe dirigir todas nuestras obras a este fin

Todas las obras, no alguna que otra *(semitas*, no *semitam)*. Los que se separan de este fin, cuanto más corren más se desvían, como la flecha que no se dirige bien al blanco. ¡Cómo se esfuerzan los hombres en cosas transitorias! Merecen, en verdad, que les diga el profeta: *¿A qué gastar vuestro dinero no en pan, y vuestro trabajo no en hartura*? (Is. 55,2).

Los que piensan en el cielo como fin, viajan alegres, porque brilla siempre ante sus ojos la meta feliz. Además llegan antes, porque los otros, o no llegan nunca, porque se condenan, o alargan su camino en el purgatorio, en donde un mi-

nuto de dolor equivale a largos años de sufrir en este mundo.

Ven siempre la meta, porque su deseo se les presenta siempre y su conciencia tranquila les infunde la confianza en la llegada. *Donde está tu tesoro, allí está tu corazón* (Mt. 6,21).

Van alegres, porque *los preceptos de Yavé son rectos y alegran el corazón* (Ps. 18,9). Nada más alegre que el bien obrar.

C) Camino llano. La presunción y la desesperación o pusilanimidad

He aquí camino sin valles ni montañas, porque los dos obstáculos principales para salvarse son la presunción y la desesperación; la soberbia y la pusilanimidad.

Hay quienes presuntuosamente se forman su conciencia y su forma de vida, justificando todos sus actos. Malgasto mucho, pero todo es mío. Soy iracundo, pero ellos se lo merecen. Cometo fraudes en las ventas, pero también me engañaron a mí cuando compraba. Se parecen al fariseo, que no veía más que los pecados ajenos.

A todos éstos hay que aplicarles las frases del Señor y de la Escritura: *Yo he venido al mundo a un juicio para que los que no ven, vean* (Io. 9,39); esto es, para castigar a los que se creen suficientemente sabios. *Si fuerais ciegos no tendríais pecado; pero ahora decís: Vemos, y vuestro pecado es permanente* (Io. 9,41), porque si reconocierais vuestra ceguera... Dices: *Yo soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo* (Apoc. 3,17).

Otros conocen su pecado, pero continúan en él, confiando en la bondad de Dios y en los medios de perdón que nos concede.

El extremo contrario es la cobardía de quienes quisieran ser buenos, pero estiman demasiado difícil la virtud. Sin la gracia de Dios nada podemos, pero con ella todo es fácil.

Allánanse los montes con el temor de Dios, rellénanse los valles con la confianza en su gracia.

D) Camino estrecho. La cruz de cada uno

Hay también un camino estrecho, una senda, porque nadie puede entrar en el cielo si no es derramando su sangre en el martirio o macerando su carne como los santos. La vida es una cruz que se lleva, una corona que hay que alcanzar

en la lucha, una pelea con los enemigos de Dios. San Pablo dice: *Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones* (2 Tim. 3,12).

Necesario es este camino a los pobres en su pobreza. Sufrirla es la senda angosta; desesperarse, robar, es salirse de ella. Necesario a los ricos, a quienes dar limosna les cuesta mucho más que al pobre sufrir su escasez, pues han de superar su avaricia, su soberbia y su prodigalidad. Oigamos al Apóstol: *Sé pasar necesidad y sé vivir en la abundancia; a todo y por todo estoy bien enseñado: a la tortura y al hambre, a abundar y a carecer* (Phil. 4,12). Penosa aparece la obediencia, difícil el mando, tentada la juventud, enferma la vejez...

¿Y nos dijiste que el camino era alegre? La gracia de Dios lo transforma todo: *Reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones* (2 Cor. 7,4).

E) Camino solitario

Al ser estrecho el camino ha de ser apenas transitado. Pocos siguen al Señor. Cosas hay en las que debemos acomodarnos al común de las gentes, como son las relativas al modo de vestir u otras semejantes, en las que se puede mostrar indiferencia, pero nunca en dejar el bien y aceptar el mal.

IV. P. FRANCISCO SUAREZ

Suárez dedica la disputa 25, dividida en cuatro secciones, de su obra *De Mysteriis vitae Christi* al bautismo de Juan (cf. BAC, *Misterios de la Vida de Cristo*, vol. 1, p. 695-721).

A) Elementos del bautismo de Juan

Su materia era el agua, pues bautizaba cerca de los ríos y dijo: *yo ciertamente bautizo en agua* (Mt. 3,11; Lc. 3,16; Io. 1,26 y Act. 1,5). Se discute sobre si su forma fué en nombre de Cristo venidero, según entiende Santo Tomás (3, q. 38, a. 6 ad 5), o no tuvo forma, como prefiere Suárez.

No era, sin embargo, una simple ablución, pues la intención, el fin y el modo con que se confería le daban un signo de ceremonia religiosa.

B) Sus efectos

Es de fe que no confería la gracia. El mismo Juan distinguió su bautismo del de Cristo, diciendo que él bautizaba en agua, y Cristo en el Espíritu Santo (Mt. 3,11; Lc. 3,16; Io. 1,33). «Luego, dándose ambos bautismos en agua, cierto es establecerse diferencia entre ellos, y al decirse que el bautismo de Juan se daba en agua, necesariamente ha de entenderse que se daba sólo en agua, y el de Cristo en ambas cosas, a saber, en agua y en Espíritu Santo». Por lo que Ricardo de San Víctor dijo: «Juan, como hombre, bautizó sólo en agua; Jesús, como Hombre-Dios, en agua y en Espíritu Santo. Bautizar en agua y en Espíritu Santo es purificar de toda mancha de pecado e infundir por añadidura la gracia» (cf. *De superexcel. bapt. Christi:* PL 196,1016).

Confírmanlo los Santos Padres. San Basilio dice: «La misma diferencia que media entre el agua y el Espíritu, media entre aquel que bautiza en Espíritu Santo y aquel que bautiza en agua» (cf. *Hom. 13:* PG 31,430, y *De bapt.*, l. 1,4: ibíd. 1531).

Y San Juan Damasceno llama al bautismo de Juan «rudimentario» (cf. *De fide orthod.*, l. 4, c. 9: PG 94,1123).

Tal es el sentido de la definición del Concilio de Trento (ses. 7, can. 1, sobre el bautismo).

C) Fin del mismo

Se instituyó para «servir de manifestación y demostración de Cristo y preparar el camino a su bautismo». Así lo indicó diciendo: *Mas, para que El fuese manifestado a Israel, he venido yo y bautizo en agua* (Io. 1,31).

Santo Tomás aduce varias razones de conveniencia (3, q 38, a. 1), reducidas a decir que el bautismo de Juan preparaba los caminos para el de Cristo y además dió ocasión a que éste recibiera el testimonio del Padre.

Llamóse de penitencia, para perdón de los pecados, dice San Mateo (3,2.6.11). Y San Basilio (cf. *De bapt.*, l. 1: PG 31,1534) y San Cirilo de Jerusalén (cf. *Catech. 3:* PG 33,439) afirman que, en cuanto confesaban los pecados y eran bautizados, se les perdonaban todos, por grandes que fueran. Estos textos han de explicarse diciendo que el bautismo de Juan fué introducido para excitar a los hombres a la penitencia, y, como quiera que ésta perdona los pecados, se puede decir que era el bautismo del perdón.

Se diferencia esencialmente del de Cristo, primero, en

que a éste se le atribuye el perdón como la causa próxima (Act. 2,37-41), mientras al de Juan sólo en virtud de la penitencia; segundo, en que el bautismo de Cristo supone la penitencia, pero no la tiene por fin, como el de Juan, por lo que no es llamado bautismo de penitencia, y tercero, en que el fin primero del bautismo de Cristo no es el perdón del pecado, sino la regeneración por medio de la gracia, cosa que nunca se dice del de Juan.

D) Quién lo instituyó

Instituyólo Dios, puesto que Juan dice claramente que Dios le envió a bautizar (Io. 1,33) y el Señor indica que su bautismo era del cielo (Mt. 21,25). Dios debió de indicar también la materia del agua, pues la frase de que le envió a bautizar en agua no parece compaginarse con una simple inspiración. Sin embargo, la causa próxima y efectiva fué Juan, obrando por mandato expreso de Dios.

Este bautismo no fué sacramento, ni fué necesario para los judíos, que sólo recibían un consejo en cuanto a él. Fué, según San Justino, un preludio o proemio de la gracia evangélica (cf. *Quaest.* 36 *ad orthod.*·. PG 6,1283), y según Santo Tomás (p. 3, q. 38, a 1), cierto sacramento que dispone para el bautismo de Cristo.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Se trata del sermón de la domínica cuarta de Adviento. Santo Tomás de Villanueva lo explana sobre el tema: *Vox clamantis in deserto, parate viam Domini* (cf. ed. Compl. 1572, fol. 27-29).

A) Los pecadores, desierto donde clama la voz del Señor

Los pecadores son el desierto, campo sin cultivar donde ninguna semilla produce fruto. Desierto, donde la voz de Dios no deja de llamar. *La sabiduría está clamando fuera, alza su voz en las plazas; clama encima de los muros, en las entradas de las puertas de la ciudad, y va diciendo: ¿hasta cuándo, simples, amaréis la simpleza?...* (Prov. 1,20-22).

«El Señor hace oír su voz de cuatro formas diferentes: por medio de sus favores, de la predicación, de sus castigos y de las inspiraciones internas».

B) Voz de los favores

Dios trata al pecador con su mayor bondad, dándole salud, honores y riquezas para tocar su corazón. Pero tan perversos somos, que cuando todo nos es próspero nos olvidamos del bienhechor y nos embriagamos de orgullo. *La prosperidad de los necios los perderá* (Prov. 1,32). «Insensatos somos. Todos los animales conocen a su bienhechor y le demuestran agradecimiento; tú solo, hombre, eres más ingrato que las fieras y muerdes la mano que te alimenta»...

Por todas partes suena la voz de los favores divinos. Son voz de Dios los cielos..., el sol..., la tierra...; ¡oh hombre!, conoce a tu bienhechor y dale las gracias.

C) Voz de la predicación

«Como la voz de los favores no resulta clara para muchos, Dios hace oír al pecador una segunda voz, que le empuja y le da prisa para convertirse: la predicación. Esta no es la voz del hombre, sino la voz de Dios... El Señor decía: *El que a vosotros oye, a mí me oye* (Lc. 10,16). Y San Pablo transmitiendo esta doctrina a los Tesalonicenses: *Por esto incesantemente damos gracias a Dios de que, al oír la palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, cual en verdad es, y que obra eficazmente en vosotros que creéis* (1 Thes. 2.13)».

«Todos conocéis cuál fué antiguamente en la tierra el poder de esta voz y cómo la predicación de Dios convirtió al universo entero. Mas hoy ha perdido su poder, y es raro conseguir que se arrepienta el pecador...»

Por eso en nuestros días Dios hace oír con más frecuencia su tercera voz, la de los castigos.

D) Voz de los castigos

Para un sueño tan profundo, la sacudida que nos despierte tiene que ser muy grande.

Ante los castigos, algunos, como los hermanos de José (Gen. 42,21), se despiertan; otros abren los ojos y dicen, ¡ay!, hemos pecado, pero vuelven a dormirse en seguida; otros comienzan su conversión, pero olvidan sus propósitos; otros, por desgracia, no se despiertan siquiera. ¡Qué pena verles, como Faraón (Ex. 8), recibir golpe tras golpe, sin conocer la mano de donde vienen!

«Tal es la situación de nuestros días. ¡Oh Dios mío, cómo pesa vuestra mano sobre nosotros! ¡Cuántas guerras, cuántos azotes, cuánta calamidad, y nadie se convierte, nadie hace penitencia, nos hemos vuelto insensibles! Cuantos más golpes recibimos, más aumenta nuestra locura... No queda otra esperanza sino la de que el Señor haga oír fuerte la más poderosa de sus voces».

E) Voz de las inspiraciones internas

«Voz de trueno por su fuerza, puede hacerse oír para los oídos más sordos. *La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula...*

(Hebr. 4,12). Esta voz, decía San Bernardo (cf. *Serm. de convers. ad clericos*, c. 2: PL 182,835), no es una voz que retumba, pero penetra; no es brillante, pero es eficaz; no deja oír ni aun el más ligero murmullo, pero arrastra a las almas con su suave unción».

Después de varias acomodaciones escriturísticas dice Santo Tomás de Villanueva que esta voz, oída por Pablo (Act. 9,4), por Mateo (Mt. 8,9), por la Magdalena (Lc. 7,36ss) y por el publicano (Lc. 19,5), es llamada por el Espíritu Santo fuego, martillo, granizada y carbón ardiente.

En efecto, unas veces es fuego que enciende en amor a la Magdalena (Lc. 7,48) y hace decir a los de Emaús que sentían arder su corazón (Lc. 24,32); otras, como martillo y granizo, retumba, fuerte, severa, terrible, reprobadora, tal como la oyó el Apóstol (Act. 9,4). Más duro es oír la voz de Dios que reprocha, que la sentencia de muerte en el cadalso. ¡Ojalá la oigas en esta vida y no en la otra! «Aflígeme, Señor, repréndeme, porque esta reprensión es señal de tu amor. Tú lo dijiste: *Yo reprendo y corrijo a cuantos amo* (Apoc. 3,19)... El primer modo de llamarnos empuja hacia el amor, el segundo nos arroja en el santo temor de Dios...»

¡Oh, hermanos!, deseemos oír esta voz. Pidamos que la oigan nuestros príncipes en los días de Navidad para que el Señor, por fin, pueda enviar la paz a su pueblo; pidámosle que infunda en el corazón de los que gobiernan deseos de concordia y en el de los prelados cuidado en la reforma de la Iglesia. «Porque ya lo sabéis, todo se ha perdido, y si la Iglesia no se reforma pronto no podremos esperar días mejores» (El santo murió ocho años antes del Concilio de Trento).

Estos son los diferentes medios de que Dios se vale para que se oiga su voz en el desierto. Si la oís vosotros, *no endurezcáis vuestro corazón* (Ps. 94,8), como lo hicieron aquellos a quienes en su cólera Dios juró que no les dejaría entrar en su descanso.

F) Preparad los caminos

¿Qué es lo que nos demandan todas esas voces de Dios? Que preparemos los caminos. Nada grande ni difícil. No nos piden otra cosa sino que no resistamos. El está a la puerta y llama (Apoc. 3,20). Sólo quiere que le dejemos entrar.

Apartad las piedras, los guijarros y las espinas que embarazan vuestro camino; quitad los pecados que manchan vuestra alma, las querellas, los disgustos, los odios, las enemistades, las usuras, los adulterios, las envidias, el orgullo, todos esos pecados que separan de Dios. Confesaos..., llorad, ador-

nad el alma de buenos deseos, orad, expiad vuestras culpas con ayunos y limosnas y entonces la justicia preparará su morada (Ps. 88,15).

II. SAN JUAN DE LA CRUZ

La austeridad de vida del Precursor, el hacer rectos los caminos «in solitudine» tropológicamente interpretado, ha dado ocasión a muchos para hablar contra la vida mundana y sus daños. En esta ocasión presentamos a San Juan de la Cruz queriendo separarnos de las criaturas para acercarnos al Creador.

Cuanto más alejados de ellas estemos, más a propósito será nuestra alma para el nacimiento del Señor en nosotros. Seleccionamos lo más apropiado de la *Subida al Monte Carmelo*, l. 1, c. 4-7 (cf. BAC, *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, 2.ª ed., p. 568ss).

A) Dios y las criaturas, términos contradictorios

Dos contrarios no pueden caber en un sujeto. Por lo mismo que un alma se aficiona a las criaturas, tiene Dios menos cabida en ella. Una forma no puede ser recibida mientras no desaparezca la forma contraria. Dios y las criaturas son contrarios y no pueden caber en la misma alma (c. 4, § 2).

El amor no sólo iguala a los amantes, sino que sujeta el uno al otro. «Por el mismo caso que el alma ama algo fuera de Dios, se hace incapaz de la pura unión con Dios» (ibid. § 4).

Dios es luz; las criaturas, tinieblas. ¿Cómo podrán unirse ambas cosas? (2 Cor. 6,14). Las tinieblas no son nada; sólo son privación de luz. Las criaturas son menos que nada.

Dios es la belleza; las criaturas, fealdad. *Engañosa es la belleza y vana la hermosura* (Prov. 31,30). El alma que se aficiona a las criaturas tiene parte de su fealdad; la que se prenda de sus gracias participa de su desabrimiento. No podrá transformarse en la belleza y gracia de Dios.

Dios es la bondad; las criaturas, malicia. Nada hay bueno sino Dios. La malicia y sus amigos no podrán unirse con la suma bondad.

Dios es sabiduría; la sabiduría humana, ignorancia (1 Cor. 3,19). El alma que hiciere caso de su saber quedará sumamente ignorante delante de Dios. *Teniéndose ellos por sabios, se hicieron necios* (Rom. 1,22). *Si alguno le parece que es sabio entre vosotros, hágase ignorante para ser sabio...* (1 Cor. 3,18).

Dios es libertad; los señoríos del mundo, servidumbre. Quien se enamore de mayorías será tenido por Dios como

esclavo de sus pasiones, por no seguir su consejo de ser pequeño para ser mayor. No podrá tener libertad del espíritu.

Dios es deleite; las criaturas, tormento. Dios, riqueza; las criaturas, miseria. Quien ponga su corazón en ellas, será pobre y tenido por Dios como digno de tormento, incapaz de transformarse al estado de riqueza y gloria de Dios (cf. Prov. 8,4-6 y 18-21). Pequeños son quienes se contentan con cosas tan pequeñas.

B) Ejemplos y autoridades

Sobre lo anteriormente expuesto escribía San Agustín: «Miserable de mí, ¿cuándo podrá mi cortedad e imperfección convenir con tu rectitud? Tú verdaderamente eres bueno y yo malo; tú piadoso, yo impío; tú bueno, yo malo; tú santo, yo miserable; tú justo, yo injusto; tú luz, yo ciego; tú vida, yo muerte; tú medicina, yo enfermo; tú suma verdad, yo universal vanidad» (*Solil.*, l. 1. c. 1: PL 32,868 y BAC, t. 1,479ss).

Siendo esto cierto, habrá, pues, que vaciar ante todo lo natural y desordenado. Por eso Cristo decía: *el que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo* (Lc. 14,33).

«Y esto está claro, porque la doctrina que el Hijo de Dios vino a enseñar al mundo fué el menosprecio de todas las cosas, para poder recibir el precio del Espíritu Santo».

En el Antiguo Testamento no se dió el maná mientras duró la comida de Egipto (Ex. 16,13 y ss), y Dios se enojó gravemente cuando, no contentándose con aquella comida del cielo, pidieron manjar de carne, y teniendo todavía la comida en sus bocas, castigólos fuertemente.

«¡Oh, si supiesen los espíritus cuánto bien pierden y abundancia de espíritu por no querer ellos acabar de levantar el apetito de niñerías, y cómo hallarían en este sencillo manjar del espíritu el gusto de todas las cosas si ellos no quisieran gustarlas!»

C) De los daños que los apetitos producen en el alma

a) La privan de Dios

las cisternas corrompidas (Ier. 2,13). «¿Qué tiene que ver criatura con Criador, sensual con espiritual, visible con invisible, temporal con eterno?... ¿Desnudez de Cristo con asimiento en alguna cosa?»

Las criaturas son migajas que caen de la mesa de Dios reservadas para los hijos (Mt. 19,26). Cómanlas los perros, y no anden los hijos como canes hambreando y sin poder saciarse, como no se sacian las criaturas.

b) La cansan y atormentan

Cansan y fatigan los apetitos, «porque son como unos hijuelos inquietos y de mal contento, que siempre están pidiendo a su madre uno y otro y nunca se contentan». El alma andará siempre cansada buscando lo que los apetitos le piden, y aunque lo hallare, no quedará saciada y seguirá pidiendo. Son cisternas rotas. Enfermo de calentura, que en ninguna postura se encuentra bien. Satisfecho el apetito, crece más todavía. El corazón del malo es como el mar cuando hierve (Is. 57,20). Hambriento que abre su boca al aire, y en vez de saciarse, se reseca más.

Dejan a Dios y tienen hambre del espíritu. Buscan la criatura y no se sacian.

III. FRAY LUIS DE GRANADA

(Cf. *Memorial de la vida cristiana*, tr. 2. c. 1, t. 3, p. 45-50, y *Compendio de la doctrina cristiana* part. 3, c. 9, t. 13, de la ed. Cuervo [Madrid 1907]; cf., asimismo, BAC, *Obra selecta de Fray Luis de Granada, Una Suma de la vida cristiana*, l. 4, c. 5, p. 921-929.)

A) Frecuente penitencia falsa

«Entre todos los males que ahora hay en el mundo, ninguno hay que más merezca ser llorado que el modo que tienen muchos cristianos de confesar cuando lo manda la Iglesia. Porque... vemos cuán mal se aparejan muchos para este sacramento y cuán sin arrepentimiento y sin examen de conciencia se llegan a él.

De donde nace que, acabando de confesar y comulgar, luego se vuelven a lo pasado, y que apenas es acabada aquella semana de la penitencia, cuando luego tornan a aquel mismo cieno en que antes se revolcaban... Este es un gran desprecio de Dios..., y parece que es andar cada año jugan-

do con Dios, pidiéndole perdón de las injurias hechas y protestando la enmienda de ellas, y a vuelta de cabeza tornando a hacer otras mayores.

El castigo que merecen éstos es el que Dios les da, que es el mayor que se puede dar, que es dejarlos andar en este juego toda la vida hasta que llegue la muerte..., *cuyo fin,* regularmente hablando, como dice el Apóstol (2 Cor. 11,15), *será conforme a sus obras;* de las cuales nunca hicieron penitencia verdadera, sino falsa, como el mismo Señor se queja por un profeta, diciendo: *No se volvieron a mí con todo su corazón, sino con mentira* (Ier. 3,10).

Y llama aquí mentira aquella penitencia falsa y aparente que hacen los tales, que parece penitencia y no lo es; con la cual no engañan a Dios, mas engañan a sí mismos, pues les parece que han hecho penitencia verdadera, como quiera que todo lo hecho sea mentira.

Pues si alguno desea convertirse a Dios de verdad y hacer penitencia de verdad, aquí le declararemos en pocas palabras lo que para esto debe hacer...»

B) Actos necesarios

«Pues el que de veras y de todo corazón desea volver a Dios; el que, entendida la vanidad del mundo y la obligación que tiene al servicio de su Criador y Redentor, se quiera tornar a él y, a manera del hijo pródigo (Lc. 15,11 ss.), desea volver a la casa de su padre, sepa que la primera puerta por donde ha de entrar es la contrición.

Esta contrición tiene dos partes principales. La una es arrepentimiento de los pecados pasados, y la otra, propósito de enmendar los venideros. La razón de esto es porque la contrición, propiamente hablando, es una detestación y aborrecimiento del pecado sobre todo lo que se puede aborrecer, en cuanto es ofensivo de la divina Majestad.

Por donde el que este aborrecimiento tiene, así aborrece los pecados pasados como los venideros, porque así los unos como los otros son ofensivos de esta Majestad. Mas los pasados, como ya no los puede excusar, pésale por haberlos cometido, y los venideros, que están en su mano, propone firmísimamente de evitarlos».

C) Dolor verdadero

«Pues, conforme a esto, la primera cosa que debe procurar el verdadero penitente es el dolor y arrepentimiento de sus pecados, haciendo lo que hacía aquel santo penitente

que decía: Revolveré, Señor, en mi memoria delante de Ti todos los años de mi vida con amargura de mi corazón.

También es aquí de notar, para consuelo de los flacos, que este dolor que aquí pedimos no es necesario que sea siempre como los otros dolores sensibles, que están en la parte sensitiva de nuestra alma y que revientan en lágrimas; porque sin esto puede ser éste verdadero arrepentimiento y dolor cuando nuestra voluntad aborrece el pecado sobre todo lo que se puede detestar y aborrecer, lo cual muchas veces se hace sin lágrimas y sin esta manera de dolor».

a) Propone la enmienda

«La segunda parte, y también muy principal, que para esta contrición se requiere es el firme propósito de nunca más ofender a Dios en cosa de pecado mortal...

Y así como está obligado a tener propósito de evitar los pecados venideros, así también es necesario apartarse de los presentes en que está, si son mortales; porque de otra manera la confesión no sería confesión, sino sacrilegio o injuria del sacramento. Y, por consiguiente, tanto el que se confesase como el que le absolviese serían sacrílegos y deshonradores del sacramento, y la tal confesión no sería remisión de los pecados viejos, sino acrecentamiento de otros nuevos.

Y, por tanto, el que no quiere hacer de la medicina ponzoña, ni usar para su condenación de lo que Dios instituyó para su remedio, trabaje ante todas las cosas por apartarse de cualquier pecado mortal, si por ventura está en él».

b) Evita las ocasiones

«Y no basta apartar el corazón del pecado si no se aparta la ocasión de él, porque de otra manera mal se puede evitar este pecado.

En lo cual se engañan muchos que, justificado a su parecer el propósito y la intención, creen que está ya todo seguro, y no miran que la simiente del mal se les queda en casa, la cual al mejor tiempo tornará a brotar.

Pues por esta causa conviene quitar de por medio todas las ocasiones de pecados; especialmente cuando ya una vez se rompió el velo de la vergüenza y se abrió camino para el mal. Porque abierta esta puerta, imposible es, moralmente hablando, dejar de pasar el mal adelante.

Y si dices que te es muy dificultoso apartar esa ocasión, porque para eso es menester echar fuera de casa tal y tal

persona a quien tienes grande obligación o de quien tienes grande necesidad, a eso no sé qué te responda sino aquello del Salvador, que dice: *Si tu pie o tu mano te fuere ocasión de mal, corta el pie o la mano que esta ocasión te da, porque más vale que cojo y manco vayas al cielo que con dos pies y manos al infierno* (Mt 18,8).

Bien veo que es recia cura ésta. Mas así como hay algunas enfermedades corporales que no se pueden curar sino con hierro y fuego, cortando a veces un miembro por guardar todo el cuerpo, así te confieso que hay algunas enfermedades espirituales que no sufren más blandos remedios que éstos.

Y de esto no tiene la culpa la ley de Dios, que es rectísima y suavísima, sino tú, que rompiste el velo de la vergüenza, y abriste camino para el mal, y te pusiste a provocar y ensañar una fiera estando fuera de su misma jaula, donde ni había pies para huir ni guarida para acogerte. Y por esto no es mucho que pagues ahora tu merecido, y cojas el fruto de lo que sembraste, y pases mucho trabajo en echar al enemigo de casa, pues tú le abriste la puerta».

IV. BEATO JUAN DE AVILA

Las cartas 29 y 45, escritas en Adviento, hablan de la preparación para el nacimiento del Niño Jesús en el alma del destinatario. Transcribimos la 45 casi íntegra, añadiendo algún párrafo de la otra (cf. *Obras espirituales*, ed. Apost. de la Prensa, Madrid 1951).

A) Preparación en estos días

«No dan licencia los muy grandes negocios ni las maravillosas nuevas que se habla en otra cosa, si en ellas no; y así me parece que el tiempo de advenimiento de Cristo Nuestro Señor no permite, como cosa muy grande, que en otra cosa se entienda, sino en cómo nos sepamos aprovechar de él. Nuevas son que mucho importa venir a Dios».

Grande fué su venida primera, y de la segunda, «¿quién llamará pequeño al negocio de aquel día, pues se ha de juzgar...?»

«¿Quién, a quién y a qué viene? ¿Quién vió venir los reyes a las casas de los muy bajos y viles y traidores vasallos? Y esto no por cosa que a los reyes cumpla, sino puramente por provecho de los que muy mal le han servido».

Ponemos gran cuidado en recibir a una pequeña cria-

tura; abrimos a quien llama a nuestras puertas, y a veces llama para nuestro mal, y dejamos al Señor llamando a nuestro corazón... (Carta 29, 1 y 2).

«¡Cuán ocupada estará vuestra merced en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que se ha de venir! Paréceme que la veo solícita como Marta y sosegada como Magdalena, para con los servicios exteriores e interiores servir al que viene, pues de uno y otro es digno y Señor. ¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios, en carne, a morar entre nosotros *para alumbrar nuestras tinieblas* (Lc. 1,79) *y encaminar nuestros pies en la carrera de la paz!*» (Carta 45,1).

B) Cristo viene a los que le desean

Bien hacen en desearle, porque es el *Deseado de todas las gentes* (Ag. 2,8), y a ninguno se da si primero no le desean. *Dios, que oye el deseo de los pobres* (Ps. 10,17), se entrega a quienes quieren que lo haga. «¿Dónde están los que dicen que Dios es difícil de alcanzar y riguroso para tratar?... Querellémonos, señora, de nosotros, que por querer mirar a muchas partes no ponemos la vista en Dios, y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas para con todo nuestro pensamiento mirar a sólo el Señor». Los que apuntan cierran un ojo para poner otro sólo en el blanco. Cerremos nosotros el nuestro a todo lo que daña.

«Que como Dios sea amor, de sólo amor se deja cazar, y no tiene que ver con los que no le aman. *Y si dicen que no le conocen,* como le deben conocer, *no dicen verdad,* como dice San Juan (1 Io. 2,4)».

Para dar más confianza se hace niño. Este es el pan, que se ofrece y da a todos con sólo que tengan hambre de él. No pide sino que confesando sus pecados le reciban. Gran miseria la de los que prefieren morir de hambre. «¡Oh pereza, y cuánto mal haces!» (Carta 45,2 y 3).

C) ¿Qué te detiene? ¿El mundo?

«Anima mía, ven acá y dime, de parte de Dios te lo pido: ¿qué es aquello que te detiene de no ir de toda forma y contadas sus fuerzas tras Dios?... ¿Y por qué no amas mucho a quien mucho te amó? No tuvo El otros negocios en la tierra sino entender en amarte y buscar tu provecho, aun con su daño. ¿Qué tienes tú que ver en la tierra sino tratar en amores con el Rey del cielo? ¿No ves que se ha de acabar todo esto que ves, que oyes, que tocas, que gustas y tra-

tas? ¿No ves que es todo eso tela de arañas que no te puede vestir ni defender del frío? ¿Adónde estás cuando en Jesucristo no estás? ¿Qué piensas? ¿Qué estimas? ¿Qué buscas fuera del único y cumplido bien? Levantémonos, señora, ya, y rompamos este mal sueño. Despertemos, que es de día, pues Jesucristo, que es luz, ya ha venido, y hagamos obras del día, pues algún tiempo hicimos obras de noche.

¡Oh si tanto nos amargase el tiempo que a Dios no conocimos, que nos fuese grandes espuelas para ahora con grande ansia correr tras de El!...

¿Quién nunca oyó amor como éste?... Nos amó Dios cuando nos hizo a su semejanza, mas mucha mayor obra es hacerse El a imagen del hombre. Abájase a nos para llevarnos consigo; hácese hombre para hacernos dioses, y desciende del cielo para llevarnos allá; y, en fin, murió para darnos vida. ¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo y sin agradecimiento a tan grande amor!» (Carta 45,4).

«¿Quién puede hacer contrapeso a estar Dios llamando a la puerta, convidándonos con que *si le abrimos cenará con nosotros, y nosotros con él?* (Apoc. 3,20). El come nuestro arrepentimiento, bebe de nuestras lágrimas y gózase de cómo le pedimos lo que nos falta... y nosotros comemos del perdón de los pecados que nos da... y de otras mil mercedes que consigo trae...»

«No pierdas más tiempo, que muy alto está el sol y bastante hemos perdido» (Carta 29,3).

D) Petición y exhortación. La limosna

«*Alumbra, Señor, mis ojos, para que no duerman en tal muerte* (Ps. 12,4); y Tú, que hiciste la merced, danos el sentimiento de ella. Abre, Señor, mis ojos, para que te consideren descender del seno del Padre... y... humílleme yo por Ti. Véate yo en un pesebre por cama... y aprenda yo a desechar el regalo por Ti. No permitas Tú que llore Dios y no lo sienta el hombre; que no sé de cuál de estas dos cosas me maravillaría más... Recójase en mi corazón la sangre que por mí derramaste...

Ea, señora, aparéjense esas entrañas, que viene Dios a nacer, y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendidas en amor, porque el Niño ha mucho frío. Y si las tiene tibias, con el frío del Niño las calentará; porque mientras más frío padece por nos, más amor enseña a tenernos, y donde más amado me veo, allí debo más amor... Apareje, señora, cuna para dormirlo, que es sosiego de contemplación. Y mire que lo trate y cure bien, que es Hijo del alto Rey; Hijo de la Virgen...

... Y porque tienen muchos parientes pobres y quien a El le quiere también ha de querer a ellos, tienda vuestra merced la mano para les dar, porque son hermanos del Criador.

Y después de nacido en ella, guárdele bien. El la guarde y la salve por su misericordia» (Carta 45,5 y 6).

V. P. LUIS DE LA PUENTE

Tomamos algunos párrafos de la parte 3.ª, medit. 1, punto 2, de las *Meditaciones* (cf. ed. 9.ª del Apostolado de la Prensa [Madrid 1950], t. 2, p. 608-610).

A) El Bautista, predicador

«En teniendo perfecta edad, salió por las riberas del río Jordán a predicar el bautismo de penitencia en remisión de los pecados, diciendo: *Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos* (Mt. 3,2); y acudió a él mucha gente de Jerusalén y de toda Judea para que los bautizase, confesando sus pecados (Mt. 3,5; Lc. 3,3).

Aquí se ha de ponderar quién movió a San Juan a estos ejercicios de predicar y bautizar, con qué espíritu lo hacía, qué cosas predicaba y con qué fruto».

B) Era movido por el Espíritu Santo

«Lo primero, el que le movió fué el mismo Espíritu Santo, que le había llevado al desierto, porque propio es de este Espíritu divino, después que hace a sus escogidos muy perfectos, moverles a que procuren hacer perfectos a otros, y así movió a San Juan para que saliese a predicar y aparejar un pueblo perfecto para Cristo Nuestro Señor (Lc. 1,17).

Demás de esto, como había estado tantos años en la secreta bodega de los vinos de Dios, embriagándose con el vino fortísimo de la caridad, ella misma le hizo salir de aquel recogimiento para convidar a los hombres al servicio de su Amado.

De suerte que amor de Dios y amor del prójimo y la obediencia a la inspiración del Espíritu Santo, le hicieron salir a lo público y manifestarse en Israel. De donde sacaré los motivos que debo tener para semejantes ejercicios si deseo no errar en ellos».

C) Templaba el celo con la misericordia

Lo segundo, el espíritu con que predicaba era por una parte celoso y terrible, como de un Elías; y por otra parte misterioso y compasivo, como de un Moisés; porque con fariseos y saduceos, que eran más duros, mostraba gran celo, con palabras terribles y amenazas espantosas, diciéndoles: *Linaje de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que os amenaza?* (Lc. 3,7)...

Pero a la muchedumbre del pueblo y a los publicanos y soldados acogía con gran misericordia, sin excluir a ninguno, dándoles consejos saludables, en razón de cumplir con sus oficios, de nó hacer agravio a nadie y de hacer bien a otros, dando limosna de lo que tuviesen...»

D) Predicaba penitencia saludable

«Lo tercero, la materia de sus sermones era exhortar a penitencia, *haciendo frutos dignos de ella* (Lc. 3,8), y a esto movía con la esperanza del premio eterno, *porque se acercaba el reino de los cielos* (Mt. 3,2); y también con amenazas del castigo eterno, *porque la segur está puesta a la raíz; y todo árbol que no llevare fruto será cortado y echado en el fuego* (Lc. 3,9); y Dios tiene el bieldo en su mano para limpiar la era del mundo; y el trigo, que son los buenos, recogerá en los trojes del cielo; y la paja, que son los malos, echará en el fuego, que nunca se ha de acabar (Lc. 3,17).

Todo esto aplicaré a mí mismo, exhortándome a hacer penitencia por estos dos títulos, esperanza de premio y temor de castigo, imaginando que quizá está ya la segur a la raíz del árbol de mi vida para cortarla; y que si no me enmiendo, seré paja que debe ser cebo del fuego eterno».

E) Confirmaba su predicación no con milagros, sino con su ejemplo

«Lo cuarto, el fruto de su predicación fué copiosísimo, porque innumerable gente de todos estados concurrían a él, y le obedecían y se dejaban bautizar con tantas muestras de humildad y arrepentimiento, que le confesaban y declaraban sus pecados (Mt. 3,6).

Y lo que más admira es que con no hacer milagros

(Io. 10,41) persuadía esto; porque tenían su vida por un continuo y señalado milagro.

Por donde se ve cuán eficaz es la vida ejemplar del predicador para persuadir lo que predica, aunque sea la cosa muy dificultosa y el que le oye muy duro de corazón.

¡Oh Padre Eterno!, despertad en vuestra Iglesia muchos imitadores de este soberano Precursor, que vayan delante de vuestro Hijo, aparejándole un pueblo perfecto, predicando su santa ley con celo y misericordia, confirmando con la vida lo que dicen con la palabra, para que cojan fruto copioso de muchas almas que alcancen la vida eterna».

VI. BOSSUET

Este sermón sobre la austeridad y la necesidad del cambio de vida ha sido aplicado unas veces al tercer domingo y otras al cuarto. Desarrolla Bossuet extensamente una parte de él y esboza tan sólo las otras dos (cf. *Sermons*, 1, p. 298–318, Garnier, París).

A) Soledad y penitencia

«Acabáis de oír hoy a un gran predicador, al célebre Juan Bautista, antorcha que va delante de la luz, voz que precede a la palabra... Viéndole tan extenuado..., sin cuerpo apenas y cuya voz es, sin embargo, tan penetrante, podríamos juzgar que, efectivamente, no es otra cosa sino sólo voz; pero voz de Dios, que se hace oír de los mortales para infundirles un saludable temor. Al resonar esa voz, no sólo el desierto, las ciudades se turban, los pueblos tiemblan y las provincias se alarman. Judea entera corre a los pies del Bautista, que anuncia reciamente los juicios de Dios...»

Voz en su porte exterior, en su retiro y en su vida.

Oigámosle atentos cuando nos dice: Preparad los caminos del Señor, enderezad sus senderos en la soledad. Este es el misterio de la penitencia y la expiación; el medio de curar nuestros delitos. Veamos cuál es el desierto en donde clama, la preparación que pide y la rectitud que exige.

a) La conciencia necesita reflexión tranquila

«La voz que nos invita a la penitencia gusta de hacerse oír en el desierto. Es necesario abandonar el gran mundo y su bullicio para oírla, amar el retiro y la soledad, porque el ruido y el tumulto de los hombres ahoga».

La compunción verdadera es incompatible con la vida mundana. El penitente es un hombre recogido. *Tengo siempre ante mis ojos mi maldad* (Ps. 37,18). *Va mi alma encorvada por la tristeza* (Ps. 118,28). *Consumido estoy a fuerza de gemir* (Ps. 6,7). Para un hombre en ese estado el mundo es una carga.

La penitencia antigua asombraría hoy. Vivían retirados hasta de sus negocios y actividades. Oraban y meditaban día y noche.

La razón es evidente. Pecamos porque el mundo nos extravió hasta no permitir que oyéramos a nuestra conciencia. Es necesario volver a oírla. Pero la conciencia, como el entendimiento, obran de modo muy distinto que los sentidos. Estos atacan repentinamente, mediante una impresión brusca, mientras que la inteligencia necesita recoger sus fuerzas, ordenar sus principios, apoyar sus conclusiones, afianzar sus propósitos, de tal manera que si no da a su reflexión el peso de la atención continuada, será llevada por el viento..., *iniquitates nostrae quasi ventus abstulerunt nos* (Is. 64,6)... En el mundo hay algo, no sé qué, que nos tiene siempre en movimiento. Todas las horas pasan demasiado de prisa y todos los días terminan demasiado pronto.

«Hombres errantes, vagabundos, desertores de vuestra propia alma, fugitivos de vosotros mismos, prevaricadores, volved a vuestro corazón (Is. 46,8)..., reflexionad un poco... Un profeta actúa de médico y os lo dice: ...si salís de ese gran alboroto y os concedéis un poco de descanso os salvaréis; y en el silencio comenzará vuestro convalecer (Is. 30,15).

San Juan Crisóstomo dice *(Hom. 11 in Gen.:* PG 53,86) que tenemos que *desaprender* algo todos los días. En efecto, en cuanto comenzamos a tener uso de razón, el mundo comenzó a enseñarnos y corrompernos el juicio. El nos enseñó a medirlo todo según nuestro interés, a que todo se sujetase a nuestro bien, que la paciencia es virtud de débiles...

Es, pues, necesario «desaprender», pero para ello es necesario abandonar la escuela y el maestro, tanto más cuanto que este peligroso maestro no enseña como los otros, sino que procura, más que demostrar sus máximas, imprimirlas insensiblemente en nuestros corazones.

«No os extrañéis, pues, si os digo que el primer instinto del hombre tocado por Dios es retirarse del gran mundo... El espíritu de penitencia sustituye ese aire siempre complaciente del mundano por no sé qué rudeza y salvajismo *(sic)*. Ya no es el hombre amable y galante que barajaba en todas las partidas, ni la mujer cómoda y complaciente, demasiado hábil mediadora y amiga demasiado oficiosa que facilitaba aquellas correspondencias secretas...; entonces se aprende otro lenguaje, porque se aprende a decir que no, que no

se puede, y a dar al mundo respuestas secas y vigorosamente negativas». El que se arrepiente de veras, al ver el mundo no puede por menos de recordar cuántas veces pecó por complacerle. Hasta los reyes penitentes buscan la soledad, y si durante el día no han tenido lugar de retirarse de vez en cuando a su habitación, consumen parte de la noche en el secreto deseo que les hace gemir y suspirar, repitiendo: *tibi soli peccavi* (Ps. 50,6).

b) Utilidad de este dolor

Este dolor es muy razonable, pues si las desgracias inevitables nos afligen, las que nos causan mucho mayor dolor son las que nos sobrevienen por nuestra propia culpa. Pero es además dolor muy ventajoso, puesto que es el único daño que puede desaparecer mediante el llanto. Llorad por los difuntos. No resucitarán. Pero llorad por vuestros pecados y las lágrimas los borrarán.

Por eso la Historia eclesiástica está llena de ejemplos de santos penitentes, que retirados de todo podían decir como el Salmista: *Estoy desfallecido y sobremanera acabado y la conmoción de mi corazón me hace rugir* (Ps. 37,9).

c) Por lo menos recógete interiormente

«¿Pero—me diréis acaso—qué ejemplos nos propones? ¿Quieres dejar el mundo completamente desierto?... No hay que esperar tales efectos de la penitencia en nuestros días. Ni aun el mismo Juan que viniera a predicar de nuevo conseguiría que dejásemos el mundo para ir a llorar nuestros pecados en un rincón desconocido... No apreciamos tanto nuestra salvación ni estimamos en tanto nuestra alma, aun cuando haya sido comprada al mismo precio de sangre que la de aquellos otros. Es más, lo diré, tales austeridades, ni se nos mandan ni son del todo necesarias. Pero por lo menos no nos entreguemos del todo al mundo... ni a sus diversiones... Un corazón verdaderamente contrito y afligido no se siente atraído por sus vanas alegrías... Sembrad un poco honda la buena semilla, que por haber estado demasiado somera no ha podido echar raíces y ha sido pisoteada por los que pasaban por el sendero, pisoteada por los pájaros y sofocada por las preocupaciones mundanas... No todo el mundo puede gemir ni derramar lágrimas verdaderas; el dolor puede, sin embargo, subsistir sin estas señales exteriores; y el corazón debe padecer interiormente. Por lo menos hay que convencerse de que esos excesos de alegría de los sentidos son incompatibles con la santa tristeza penitente». Si

vuestra penitencia no exhala gemidos, por lo menos que sea seria, por lo menos que no se evapore tan pronto.

Formémonos una soledad con nuestra atención y recogimiento interior. Ya estamos en el desierto, adonde la voz de San Juan Bautista nos ha conducido, y hemos aprendido a llorar nuestros pecados; ¿hace falta alguna otra preparación para abrir el camino a Dios y conducirle dentro de nuestra alma? Es lo que vamos a ver en la segunda parte».

B) Cambio de vida

El retiro y soledad no son más que una parte—la parte negativa—de las preparaciones que exige la penitencia. El arrepentimiento bastaría; pero como sabemos muy de sobra que existen falsas compunciones, es necesario probar y preparar los caminos con exactitud.

Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid y entendámonos, dice Yavé. Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve... (Is. 1,16-18).

Es más fácil encontrar, dice San Ambrosio (cf. *De poenit.*, l. 2, c. 10,96: PL 16,541), personas que han conservado la inocencia que verdaderos penitentes. ¿O creéis acaso que se puede considerar como penitencia una vida en la que se siguen ambicionando dignidades, se bebe como de ordinario y el uso del matrimonio no se limita? Es necesario, continúa, hacer algún esfuerzo doloroso.

El concilio de Nicea advierte a los que cumplen descuidadamente los trabajos penitenciales que deben comprender que, dada la natural debilidad del hombre, es más fácil caer que levantarse, darse la muerte que recobrar la vida, dejarse deslizar por la pendiente del mar que violentarse para salir de él... Sin embargo, muchos hay que no lo entienden así. «Colocan en la misma línea la penitencia y el pecado. Si les es fácil pecar, no les es menos fácil convertirse; tan pronto justos como pecadores, según su gusto». No, los afectos viciosos en que hemos consumido nuestra vida no se arrancan con un solo esfuerzo. Los paliativos no pueden curar más que imaginariamente, sin suprimir la enfermedad...

C) Amor a las normas de vida cristiana

Preparada así el alma y desconfiando de las ilusiones de conversión, rectifica sus caminos, enderezándolos de veras.

¿Pero cuál es esta rectitud del corazón tan alabada por la Escritura? Nosotros no somos rectos, ni la medida de la rectitud. Nuestra rectitud consiste en conformarnos con la norma divina, y no exclusivamente por miedo, sino santamente deleitados por su equidad y encantados por su belleza y rectitud...; pues si no hacemos más que temer las amenazas de la ley, sin amar su verdad y su justicia, aun cuando no quebrantemos claramente esa ley, no podemos decir que en el fondo de nuestro corazón estamos de acuerdo con ella.

Cierto que el temor divino es más eficaz que el temor a los hombres, puesto que sabemos que éstos no nos ven; pero de todas maneras. donde sólo hay temor, nunca puede haber el atractivo suficiente para arrancar y terminar con nuestras inclinaciones corrompidas.

San Agustín *(Serm. 169,* 8: PL 38,921) decía: «Si pudieras engañar las miradas de aquel que lo ve todo, ¿qué es lo que no harías?... Enderezad, pues, hermanos, vuestros senderos por medio de un principio de amor. *Diligere incipiunt* —dice el Concilio de Trento (sess. 6, c. 6, *de iustificat.)*— *ac propterea moventur adversus peccata per odium aliquod ac detestationem...,* y así de ese amor nacerá otro temor; no el temor de la adúltera, que teme el regreso de su marido, sino el temor de una esposa casta, que teme perderle». Temamos perder a Dios, a quien amamos.

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. EPISTOLA

Quaeritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur

a) Todos los bienes nos han sido dados para que los comuniquemos con nuestros hermanos

Los que mayor abundancia de bienes han recibido de Dios, ya sean éstos bienes corporales y externos o espirituales e internos, para esto los han recibido, para que con ellos atiendan a su perfección propia, y, al mismo tiempo, como ministros de la divina Providencia, al provecho de los demás. Así, pues, el que tuviere talento, cuide de no callar; el que tuviere abundancia de bienes, vele no se entorpezca con él la largueza de la misericordia (cf. S. Greg. Magn., *Hom.* 9 *in Evang.*, 7); el que supiere un oficio con que manejarse, ponga grande empeño en hacer al prójimo participante de su utilidad y provecho (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 19).

b) Quienes más dones recibieron, más obligados están a distribuirlos entre los necesitados

En la grande solidaridad personal y social, cada uno debe estar dispuesto a trabajar, a inmolarse, a consagrarse al bien de todos. La diferencia está no en el hecho de la obligación, sino en el modo de cumplirla. ¿Y no es acaso verdad que los que disponen de más tiempo y de medios más abundantes deben ser más asiduos y más solícitos en servir? Al hablar de los medios, Nos no queremos referirnos única o primariamente a la riqueza, sino a todas las dotes de inteligencia, de cultura, de educación, de conocimientos, de autoridad, las cuales dotes no se han concedido a algunos privilegiados de la fortuna para su exclusivo provecho o para crear una irremediable desigualdad entre hermanos, sino más bien para el bien de toda la comunidad social. En todo cuanto sea de servicio del prójimo, de la sociedad, de la Iglesia de Dios, debéis ser siempre vosotros los primeros; en esto consiste vuestro verdadero puesto de honor, vuestra más noble primacía. (Pío XII, *Discurso al patriciado y nobleza romanos:* «Ecclesia», n. 393, 22 de enero de 1949, p. 5).

c) Tendrán que dar cuenta ante Dios de su gestión

No hay duda ninguna de que este deber se refiere a todos y en todos los tiempos; pero, a pesar de eso, va graduándose y diferenciándose según los sucesos, siempre mudables, y según las condiciones especiales de aquellos a quienes obliga. La Providencia divina ha asignado a cada uno una función especial dentro de la sociedad humana. Precisamente por eso ha dividido también y distribuído sus dones. Ahora bien, estos dones y talentos deben dar su fruto, y vosotros sabéis que el Señor pedirá cuenta a cada uno acerca del modo como los ha administrado, y según la ganancia obtenida juzgará y separará (cf. Mt. 25,14; Lc. 16,2) a los buenos de los malos servidores (ibíd.).

d) Así, tienen gravísima obligación de dar limosna quienes dispongan de rentas no necesarias a la conveniente y decorosa sustentación

Tampoco las rentas del patrimonio quedan en absoluto a merced del libre arbitrio del hombre; es decir, las que no le son necesarias para la sustentación decorosa y conveniente de la vida. Al contrario, la Sagrada Escritura y los Santos Padres constantemente declaran con gravísimas palabras que los ricos están gravísimamente obligados por el precepto de ejercitar la limosna, la beneficencia y la magnificencia (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 19).

e) Y León XIII afirmó que urge el precepto, una vez satisfecha la propia necesidad y el decoro

Si se pregunta qué uso se debe hacer de esos bienes, la Iglesia sin titubear responde: Cuanto a esto, no tener el hombre las cosas externas como propias, sino como comunes; es decir, de tal suerte que fácilmente las comunique con otros cuando éstos las necesiten. Por lo cual dice el Apóstol: manda a los ricos de este siglo que den y que repartan francamente (2-2, q. 65, a. 2; 32, a. 6). Verdad es que a nadie se manda socorrer a otros con lo que para sí o para los suyos necesita, ni siquiera dar a otros lo que para el debido decoro de su propia persona ha menester; pues nadie está obligado a vivir de un modo que a su estado no convenga. Pero, satisfecha la necesidad y el decoro, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer a los indigentes. *Lo que sobra* (Lc. 11,41), *dadlo de limosna* (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 19).

f) La limosna cristianamente entendida fomenta las relaciones sociales y estrecha los vínculos entre los hombres

De las obras de beneficiencia no se ha de excluir la distribución del dinero en limosnas, según aquellas palabras de Cristo: *Dad limosna de lo que sobra* (Lc. 11,41). Los socialistas la reprueban y quieren suprimirla, como injuriosa a la nobleza ingé-

nita del hombre. Mas cuando se da limosna según la prescripción evangélica y conforme al uso cristiano, ni alienta la soberbia en quien la hace ni avergüenza a quien la recibe. Tan lejos está de ser indecorosa al hombre la limosna, que antes bien sirve para estrechar los vínculos de la sociedad humana, fomentando la necesidad de deberes ante los hombres, porque no hay nadie, por rico que sea, que no necesite de otro, ni nadie absolutamente pobre que no pueda ayudar en algo a otro. Armonizadas de esta suerte entre sí la justicia y la caridad, abrazan de modo maravilloso todo el cuerpo de la sociedad humana y conducen providencialmente a cada uno de sus miembros a la consecución del bien individual y común (LEÓN XIII, *Graves de communi*).

g) Y EN MOMENTOS DE CRISIS SOCIAL ES MEDIO EXCELENTE DE SATISFACCIÓN E IMPETRACIÓN ANTE DIOS

Los más acomodados cercenen voluntariamente, con espíritu de cristiana austeridad, algo siquiera de su acostumbrada manera de vivir, dispensando a los pobres generosamente el fruto de tales sustracciones; ya que la limosna es también medio excelente para satisfacer a la divina Justicia y atraer las divinas misericordias (PÍO XI, *Charitate Christi compulsi*, n. 23).

h) QUIENES NO CUMPLAN ESTE DEBER RECIBIRÁN SU CASTIGO

Los ricos no deben poner su felicidad en las cosas de la tierra, ni enderezar sus mejores esfuerzos a conseguirlas, sino que, considerándose sólo como administradores, que saben tienen que dar cuenta al supremo Dueño, se sirvan de ellas como de preciosos medios que Dios les otorga para hacer el bien; y no dejen de distribuir a los pobres lo superfluo, según el precepto evangélico (Lc. 11,41). De lo contrario, se verificará en ellos y en sus riquezas la severa sentencia de Santiago Apóstol (Iac. 5,1-3): *Vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos, consumidos por la polilla; vuestro oro y vuestra plata, comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros y roerá vuestras carnes como fuego. Habéis atesorado para los últimos días* (PÍO XI, *Divini Redemptoris*, n. 44).

i) PERO EL USO ADECUADO DE ELLAS SÓLO PUEDE ALCANZARSE POR LA VIRTUD SOSTENIDA POR LA GRACIA

Su realización (de la doctrina social de la Iglesia) exige de todos los participantes una cordura clarividente y previsora, una fuerte dosis de sentido común y de buena voluntad. Esto reclama sobre todo de ellos (industriales) una reacción radical contra la tentación de buscar cada uno su propio provecho a costa de los demás participantes, cualquiera que sea la naturaleza y la forma de su participación, y en detrimento del bien común. Esto requiere, en fin, un desinterés tal, que sólo puede inspirarlo una auténtica virtud cristiana, sostenida por la ayuda de la gracia de Dios

(Pío XII, *Discurso: Estados, patronos y obreros*, 7 de mayo de 1949: «Ecclesia», n. 410, 21 de mayo de 1949, p. 5).

j) La nobleza está especialmente obligada a dar ejemplo en la administración de sus bienes

Profundamente convencidos de que solamente la doctrina de la Iglesia puede proporcionar un eficaz remedio a los males presentes, debéis procurar abrir el camino a la vida sin reservas o desconfianzas, con la palabra y con la acción, de manera especial formando en la administración de vuestros bienes unas empresas que sean verdadero modelo, tanto desde el punto de vista económico como social (Pío XII, *Discurso a la Nobleza*, 16 de enero de 1946: «Ecclesia» [1946], p. 89).

k) Sería vergonzoso y condenable vivir en la ociosidad y en lujo en medio de tanta necesidad

Hoy los sufrimientos, las dificultades y las necesidades son ordinariamente comunes a todas las clases, a todas las condiciones, a todas las familias, a todas las personas. Y si algunos están exentos, si nadan en la sobreabundancia y en las satisfacciones de la vida, esto debería estimularles a tomar sobre sí las miserias y las estrecheces de los demás. ¿Quién podrá encontrar contento y reposo, quién no sentirá más bien inquietud y vergüenza de vivir en la ociosidad y frivolidad, en el lujo y en los placeres, en medio de la casi general tribulación? (Pío XII, *Discurso a la Nobleza:* «Ecclesia», n. 393, 22 de enero de 1949, p. 5).

l) Quienes disponen de la riqueza colectiva deben hacerla contribuir al bien común

Hoy más que nunca la gravísima crisis mundial exige que los que dispongan de fondos enormes, fruto del trabajo y del sudor de millones de ciudadanos, tengan siempre ante los ojos únicamente el bien común y procuren promoverlo lo más posible (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 76).

ll) De forma que a todos y cada uno lleguen los bienes en medida suficiente

La economía social estará sólidamente constituída y alcanzará sus fines sólo cuando a todos y cada uno se provea de todos los bienes que las riquezas y subsidios naturales, la técnica y la constitución social de la economía pueden producir. Estos bienes deben ser suficientemente abundantes para satisfacer las necesidades y comodidades honestas y elevar a los hombres a aquella condición de vida más feliz, que, administrada prudentemente, no sólo no impide la práctica de la virtud, sino que la favorece en gran manera (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 34).

m) Sólo de este modo se conseguirá que el pueblo sea verdaderamente rico

La riqueza económica de un pueblo no consiste propiamente en la abundancia de los bienes, medida según un cómputo pura y netamente material de su valor, sino en que tal abundancia represente y procure real y eficazmente la base material que baste al debido desarrollo personal de los miembros. Si una semejante justa distribución de los bienes no fuese actuada o viniese procurada sólo imperfectamente, no se obtendría el verdadero objetivo de la economía nacional; como quiera que, aunque hubiese una feliz abundancia de bienes disponibles, el pueblo, no llamado a participarla, no sería económicamente rico, sino pobre. Haced, por el contrario, que tal justa distribución sea efectuada realmente y en manera durable, y veréis que el pueblo, aun disponiendo de menores bienes, se hará y será económicamente sano (Pío XII, *Discurso de 1 de junio de 1941).*

n) Para ello es preciso atenerse a las normas de la justicia social

Dése, pues, a cada cual la parte de bienes que le corresponde; y hágase que la distribución de los bienes creados vuelva a conformarse con las normas del bien común o de la justicia social (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 25).

ñ) Y puesto que ellos contribuyen más que nadie al bien común, justo es que sean los primeros en la sociedad

Y que estos hombres, así como sus deberes son los más graves, así deben ser en todo el pueblo los primeros, nadie hay que no lo vea; porque ellos, inmediatamente y por excelente manera, trabajan por el bien de la humanidad (León XIII, *Rerum Novarum,* n. 28).

o) Quienes más talento han recibido, más deben contribuir a la elevación cultural del pueblo

Se proclama con frecuencia, y con justa razón, que quienes poseen en abundancia los bienes materiales de fortuna se deben considerar como «banqueros de Dios», mandatarios de su Providencia para con los pobres. De la misma manera, y con mayor razón, aquellos a quienes el Padre de las luces ha dispensado más abundantemente los dones de la inteligencia y del saber, han recibido por este hecho la misión y el deber de distribuir con sabiduría estos tesoros a la masa, que se vería privada de ellos o que correría peligro de despreciarlos locamente (Pío XII, *Discurso a los universitarios franceses;* «Ecclesia», n. 407, 30 de abril de 1949, p. 5).

p) También los funcionarios estatales o privados deben contribuir al bien de la nación

También los funcionarios del Estado y todos los empleados cumplan por obligación de conciencia sus deberes con fidelidad y desinterés, siguiendo los luminosos ejemplos antiguos y recientes de hombres insignes, que en un trabajo sin descanso sacrificaron toda su vida por el bien de la patria (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 76).

q) Por su parte, los trabajadores son en cierto modo administradores de su trabajo

Los que se ejercitan en algún arte u oficio, aunque menos directamente, sirven también muchísimo a la pública utilidad. Verdaderamente el bien social, puesto que debe ser tal que con él se hagan mejores los hombres, en la virtud es en lo que principalmente se ha de poner. Sin embargo, a una bien constituida sociedad toca también suministrar los bienes corporales y externos, cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud. Ahora bien, para la producción de estos bienes no hay nada más eficaz ni más necesario que el trabajo de los proletarios, ya empleen éstos su habilidad y sus manos en los campos, ya en los talleres. Aún más, es en esta parte su fuerza y eficacia tanta, que con grandísima verdad se puede decir que la riqueza de los pueblos no la hace sino el trabajo de los obreros (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 27).

r) Lo recibieron de Dios para bien suyo y de los demás

Jesús, el divino maestro, tenía gusto de enseñar por medio de parábolas (Mc. 4,2 y 33,34). El comparó nuestras almas con la tierra, donde El siembra los dones de la naturaleza y de la gracia, mientras que a nosotros nos toca hacerlos fructificar. No tenemos derecho a dejar que duerman inútiles para nosotros y para los demás los talentos recibidos, de los que El nos pedirá cuenta (Pío XII, *A los obreros ceramistas*, 27 de marzo de 1949: «Ecclesia», n. 404, 9 de abril de 1949, p. 6).

s) Y al ejercitarlo adquieren derechos ante la sociedad

Exige, pues, la equidad que la autoridad pública tenga cuidado del proletariado, haciendo que le toque algo de lo que él aporta a la utilidad común, que con casa en que morar, vestido con que cubrirse y protección con que defenderse de quien atente a su bien, pueda con menos dificultad soportar la vida. De donde se sigue que se ha de tener cuidado de fomentar todas aquellas cosas que se vea que en algo pueden aprovechar a la clase obrera. El cual cuidado tan lejos está de perjudicar a nadie, que antes aprovechará a todos, porque importa muchísimo al Estado que no sean de todo punto desgraciados aquellos de quienes provienen esos bienes de que el Estado tanto necesita (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 27).

t) ENTRE OTROS EL DE INTERVENIR EN LA ADMINISTRACIÓN DE LOS BIENES POR ELLOS PRODUCIDOS

Se sigue de esto que las dos partes tienen interés en hacer que los gastos de la producción nacional estén en proporción con su rendimiento, pero desde el momento que el interés es común, ¿por qué no se podría traducir en una expresión común? ¿Por qué no sería legítimo atribuir a los obreros una justa parte de responsabilidad en la constitución y desenvolvimiento de la economía nacional? Sobre todo hoy, que las penurias de capital, la dificultad del intercambio internacional, paralizan el libre juego de las fuentes de la producción nacional. Los recientes ensayos de socialización no hacen más que poner más en evidencia esta penosa realidad (Pío XII, *Discurso «Estado, patronos y obreros»*, de 7 de mayo de 1949: «Ecclesia», n. 410, 21 de mayo de 1949, p. 5).

II. EVANGELIO

A) Parate viam Domini

a) EL ALEJAMIENTO DE JESUCRISTO HA CONDUCIDO AL DESMORONAMIENTO DE LA MORAL PRIVADA Y PÚBLICA

Debilitada la fe en Dios y en Jesucristo y oscurecida en los ánimos la luz de los principios morales, se quitó el apoyo al único e insustituíble fundamento de aquella estabilidad y tranquilidad, de aquel orden interno y externo, privado y público, únicos que pueden engendrar y salvaguardar la prosperidad de los Estados (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 16).

b) Y ESTA INDIGENCIA MORAL CONDUJO AL PROBLEMA SOCIAL MODERNO

Esa economía, con sus gigantescas relaciones y vínculos mundiales y con su sobreabundante división y multiplicación del trabajo, cooperaba de mil maneras a hacer general y más grave la crisis de la humanidad, mientras que, no siendo corregida por ningún freno moral y sin ninguna mirada ultraterrena que la ilumine, no podía menos de terminar en una indigna y humillante explotación de la persona humana y de la naturaleza, en una triste y pavorosa indigencia de una parte y una soberbia y provocante opulencia de la otra, en una discordia atormentadora e implacable entre privilegiados y destituídos (Pío XII, *Mensaje de Navidad del año 1943*, n. 9).

c) Si todos recibieran a Jesucristo, la sociedad estaría unida por el amor cristiano

Si estas dos clases obedecieran a los preceptos de Cristo, los uniría no sólo la amistad, sino un amor verdaderamente fraternal. Porque sentirían y entenderían que todos los hombres, sin distinción alguna, han sido criados por Dios, Padre común de todos; que todos tienden al mismo bien, como fin que es Dios mismo, único que puede dar la bienaventuranza perfecta a los hombres y a los ángeles; que todos y cada uno han sido, por favor de Jesucristo, igualmente redimidos y levantados a la dignidad de hijos de Dios, de tal manera que no sólo entre sí, sino aun con Cristo Señor nuestro, primogénito entre muchos hermanos, los enlaza un parentesco verdaderamente de hermanos. Y asimismo que los bienes de la naturaleza y los dones de la gracia divina pertenecen en común y sin diferencia alguna a todo el linaje humano, y que nadie, como no se haga indigno, será desheredado de los bienes celestiales. *Si hijos* (Rom. 8,17), *también herederos, herederos verdaderamente de Dios y coherederos con Cristo* (León XIII, *Rerum Novarum,* n. 21).

d) Las leyes deben favorecer la religión en todos

Importa al bienestar del público y de los particulares que haya paz y orden; que todo el ser de la sociedad doméstica se gobierne por los mandamientos de Dios y por los principios de la ley natural; que se guarde y se fomente la religión; que florezcan en la vida privada y pública costumbres puras; que se mantenga ilesa la justicia, ni se deje impune al que viole el derecho de otro; que se formen robustos ciudadanos, capaces de ayudar y, si el caso lo pidiere, defender a la sociedad (León XIII, *Rerum Novarum,* n. 29).

e) Especialmente en las clases trabajadoras

Hay en el obrero muchas cosas que demandan que el Estado con su protección las asegure. Las primeras son los bienes del alma. Porque esta vida mortal, por buena y apetecible que sea, no es lo último para que hemos nacido, sino camino solamente e instrumento para llegar a aquella vida del alma que será completa con la visión de la verdad y el amor del Sumo Bien. El alma es la que lleva impresa en sí la imagen y semejanza de Dios... (León XIII, *Rerum Novarum,* n. 32).

f) El hombre mismo no puede renunciar a estos derechos

Ni el hombre mismo, aunque quiera, puede en esta parte permitir que se le trate de un modo distinto del que a su naturaleza conviene, ni querer que su alma sea esclava, pues no se trata aquí de derechos de que libremente pueda disponer el hom-

bre, sino de deberes que le obligan para con Dios y que tiene que cumplir religiosamente (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 32).

g) HOY LOS GOBERNANTES ATIENDEN MÁS A ESTOS FACTORES MORALES Y RELIGIOSOS

Nos, que en virtud de nuestro apostólico oficio estamos acostumbrados y obligados a considerar todos los acontecimientos de este mundo, a veces tan agitado, «sub specie aeternitatis», notamos con satisfacción que en las deliberaciones de los hombres el insustituíble factor formado por los grandes motivos espirituales, morales y religiosos comienza ahora, en no pocos lugares, a ser tenido en cuenta mucho más de lo que haya podido serlo en un pasado reciente todavía. Todos los espíritus cuerdos y previsores pueden ver hoy que la primera entre las causas de las miserias del tiempo presente es la exclusión consciente de la religión como fuerza civilizadora y perfeccionadora, llevada a cabo por algunos movimientos de masa cuya decadencia espiritual es para todos patente (Pío XII, *Discurso al embajador de Bolivia:* «Ecclesia». n. 412. 4 de junio de 1949, p. 6).

B) Rectas facite semitas eius

a) SÓLO UNA ORDENACIÓN SOCIAL QUE COORDINE, ESTIMULE Y GARANTICE LA COOPERACIÓN DE TODOS ALCANZARÁ EL FIN QUERIDO POR DIOS

Para que la vida social, cual Dios la quiere, obtenga su fin, es esencial un ordenamiento jurídico que le sirva de externo sostén, de reparo y de protección; ordenamiento cuya función no es dominar, sino servir, tender a desarrollar y acrecentar la vitalidad de la sociedad en la rica multiplicación de sus fines, conduciendo hacia su perfeccionamiento todas y cada una de las energías en pacífica cooperación y defendiéndolas, con medios apropiados y honestos, contra todo lo que entorpece su pleno desenvolvimiento. Un tal ordenamiento, para garantizar el equilibrio, la seguridad y la armonía de la sociedad, posee también el poder coactivo contra los que sólo mediante este camino pueden ser contenidos en la noble disciplina de la vida social (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 18).

b) ES TAMBIÉN NECESARIA UNA RECTA DISTRIBUCIÓN DE CARGAS, OFICIOS Y SOCORROS

Constituída la religión como fundamento de todas las leyes sociales, no es difícil determinar las relaciones mutuas que deben establecerse entre los miembros para alcanzar la paz y prosperidad de la sociedad. Distribúyanse las cargas sociales de un modo conveniente a los intereses comunes, y de tal suerte que la diversidad no disminuya la concordia. Repartir los oficios con inteligencia y definirlos con claridad, es importantísimo para que

no se lastime el derecho de ninguno. Adminístrense los bienes comunes con integridad, de modo que la necesidad de cada uno sea la medida del socorro que se le dé, y armonícense convenientemente los derechos y deberes de los obreros (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 43).

c) PUES PARA SOPORTAR LA DUREZA DE LA VIDA SE EXIGE HOY A MUCHOS VERDADERO HEROÍSMO

Muchas veces es necesaria verdadera valentía y heroísmo, digno en su simplicidad de admiración y respeto, para soportar la dureza de la vida, el peso cotidiano de las miserias, las crecientes indigencias y las estrecheces en medida jamás anteriormente experimentada, de la que frecuentemente no se ven ni la razón ni la necesidad real (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 25).

d) Y SIENDO IMPOSIBLE QUE TODOS LA PRACTIQUEN, SE CORRE EL PELIGRO DE CAER EN UNA REVOLUCIÓN VIOLENTA

Porque si las familias, sobre todo numerosas, carecen de domicilio conveniente; si el varón no puede procurarse trabajo y alimentos; si los artículos de primera necesidad no pueden comprarse sino a precios exagerados; si la madre, con gran detrimento de la vida doméstica, se ve precisada a ganarse el sustento con su propio trabajo; si a éstas les faltan, en los ordinarios trabajos de la maternidad, los alimentos y medicinas convenientes, el médico experto, etc., todos entendemos cuánto se depriman los ánimos de los cónyuges, qué difícil se les haga la convivencia doméstica y el cumplimiento de los mandamientos de Dios, y también a qué grave riesgo se expongan la tranquilidad pública y la salud y la vida de la misma sociedad civil, si llegan estos hombres a tal grado de desesperación que, no teniendo nada que perder, crean que podrán recobrarlo todo con una violenta perturbación social (Pío XI, *Casti Connubii*, n. 73).

C) Omnis vallis implebitur et omnis mons et collis humiliabitur

a) LA SOCIEDAD MODERNA APARECE DIVIDIDA EN DOS CLASES, ENORMEMENTE DISTANCIADAS

La violencia de las revoluciones ha dividido los pueblos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellos una distancia inmensa. Una poderosísima, porque es riquísima, que como tiene en su mano ella sola todas las empresas productoras y todo el comercio, atrae a sí, para su propia utilidad y provecho, todos los manantiales de riqueza y tiene no escaso poder aun en la misma administración de las cosas públicas. La otra es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y pronto siempre a amotinarse (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 35).

b) Una muy poderosa, aunque exigua; otra muy numerosa, pero desheredada

Cuando el siglo XIX llegaba a su término, el nuevo sistema económico y los nuevos incrementos de la industria en la mayor parte de las naciones hicieron que la sociedad humana apareciera cada vez más claramente dividida en dos clases; la una, con ser la menos numerosa, gozaba de casi todas las ventajas que los inventos modernos proporcionan tan abundantemente; mientras la otra, compuesta de ingente muchedumbre de obreros reducida a angustiosa miseria, luchaba en vano por salir de las estrecheces en que vivía (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 2).

c) La gran multitud de proletarios ha quedado en una injusta situación de desamparo

Como quiera que sea, vemos claramente, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto caso que inicuamente se hallan la mayor parte de ellos en una condición mísera y calamitosa. Pues, destruídos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la religión de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y al desenfrenado apetito de los competidores. A aumentar el mal, vino voraz usura, la cual, más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntase a esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos (León XIII, *Rerum Novarum,* n. 2).

d) Su gemido sube desde la tierra al cielo

Desde que las artes mecánicas y las industrias del hombre se han extendido rápidamente e invadido innumerables regiones, tanto las tierras que llamamos nuevas, cuanto los reinos del Extremo Oriente, famosos por su antiquísima cultura, el número de los proletarios necesitados, cuyo gemido sube desde la tierra hasta el cielo, ha crecido inmensamente. Añádase el ejército ingente de asalariados del campo, reducidos a las más estrechas condiciones de vida y desesperanzados de poder jamás obtener «participación alguna en la propiedad de la tierra», y, por tanto, sujetos para siempre a la condición de proletarios, si no se aplican remedios oportunos y eficaces (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 28).

e) También a los agricultores se ha extendido el mismo mal

Es cierto que aun hoy no es éste el único modo vigente de organización económica; existen otros dentro de los cuales vive una muchedumbre de hombres, muy importante por su número y su valer, por ejemplo, la profesión agrícola; en ella la mayor parte del género humano, honesta y honradamente, halla su sustento y su bienestar. Tampoco están libres de las estrecheces y dificultades que señalaba nuestro predecesor en no pocos lugares de su encíclica, y a las que también Nos en ésta hemos aludido más de una vez (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 38).

f) La potencia económica, al explotar a la sociedad en provecho propio, condujo a una lucha

Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi originaria de la economía modernísima, es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que sólo dejó supervivientes a los más poderosos, que es a menudo lo mismo que decir los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 39).

g) Que del terreno privado se extendió al internacional

A su vez esta concentración de riquezas y de fuerzas produce tres clases de conflictos: la lucha primero se encamina a alcanzar ese potentado económico; luego se inicia una fiera batalla, a fin de obtener el predominio sobre el poder público y, consiguientemente, de poder abusar de sus fuerzas e influencias en los conflictos económicos; finalmente, se entabla el combate en el campo internacional, en el que luchan los Estados pretendiendo usar de su fuerza y poder políticos, para favorecer las utilidades económicas de sus respectivos súbditos o, por el contrario, haciendo que las fuerzas y el poder económico sean los que resuelvan las controversias políticas originadas entre las naciones (Pío XI, ibid.).

h) Hay también gran desproporción entre la técnica y el espíritu

Algunos, al menos, entre los mismos científicos (cf. H. Bergson, *Les deux sources de la morale et de la religion* [1933], p. 344,335), sufren al ver la desproporción creada por la técnica entre las fuerzas materiales, desmesuradamente acrecidas, de que disponen los hombres y la pequeñez y debilidad de sus espíritus (Pío XII, *Al Congreso de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media:* «Ecclesia», n. 427, 17 de septiembre de 1949, p. 7).

i) No es posible admitir que tan enormes diferencias sean queridas por Dios

Así también pensaban muchos católicos, sacerdotes y seglares, que, impulsados ya hacía tiempo por su admirable caridad, no podían persuadirse en manera alguna que tan grande e inicua diferencia en la distribución de los bienes temporales pudiera en realidad ajustarse a los consejos del Creador sapientísimo (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 2).

j) Porque tanto la excesiva riqueza como la excesiva pobreza son fuente de todo pecado

Todos conocen que en no pocas clases sociales la fe cristiana languidece hasta el punto de producir con frecuencia en las almas tedio y olvido de las cosas divinas. Por una parte, aquellos que están largamente provistos de bienes no buscan a menudo otra cosa que abandonarse totalmente a los placeres y goces de la vida presente; y por otra, en cambio, aquellos que, angustiados por la indigencia, deben procurarse, con sudorosa fatiga, un escaso alimento para sí y para la propia familia, seducidos por falaces promesas y falsas doctrinas, se van alejando de la Iglesia, como si ésta ignorara o descuidara su miserable suerte, cuando, por el contrario, con todos sus medios tiende no sólo a iluminar con la verdad sus mentes, no sólo a elevar sus ánimos con la esperanza y aliento de los bienes celestiales, sino a proveer, en cuanto está en su mano, sus necesidades de la vida presente (Pío XII, *Carta al ministro general de los capuchinos*, diciembre de 1949: «Ecclesia», n. 394, 29 de enero de 1949, p. 5).

k) Es también un error creer que unas clases se oponen a otras

Hay en la cuestión que tratamos un error capital, y es el figurarse y pensar que son unas clases de la sociedad por su naturaleza enemigas de las otras, como si a los ricos y a los proletarios los hubiera hecho la naturaleza para estar peleando los unos con los otros en perpetua guerra. Lo cual es tan opuesto a la razón y a la verdad, que, por el contrario, es ciertísimo que así como en el cuerpo se unen miembros entre sí diversos y de su unión resulta esa disposición de todo el ser, que bien podríamos llamar simetría, así en la sociedad civil ha ordenado la naturaleza que aquellas dos clases se junten concordes entre sí y se adapten la una a la otra, de modo que se equilibren. Necesita la una de la otra enteramente; no puede existir capital sin trabajo, ni trabajo sin capital. La concordia engendra en las cosas hermosura y orden, y, al contrario, de una perpetua lucha no puede menos de resultar la confusión, junta con una salvaje ferocidad (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 15).

l) Habiendo diferencias entre los hombres, hay completa igualdad en la dignidad humana

La Iglesia no promete aquella igualdad absoluta que otros proclaman, porque sabe que la convivencia humana produce siempre y necesariamente toda una escala de graduaciones y de diferencias en las cualidades físicas e intelectuales, en las disposiciones y tendencias interiores, en las ocupaciones y en las responsabilidades; pero, al mismo tiempo, asegura la plena igualdad dentro de la dignidad humana, y también ante el corazón de Aquel que llama a sí a todos los que están cansados y agobiados, y les invita a tomar sobre sí su yugo, para hallar paz y reposo para sus almas, porque su yugo es suave y su carga ligera (Pío XII, *A los empleados de las fábricas Fiat,* 31 de octubre de 1948).

ll) Y son compatibles con un espíritu de fraternidad

En un pueblo digno de tal nombre, todas las desigualdades, que proceden no del arbitrio, sino de la naturaleza misma de las cosas, desigualdades de cultura, de bienes, de posición social—sin menoscabo, por supuesto, de la justicia y de la caridad mutua—, no son de ninguna manera obstáculo a la existencia y al predominio de un auténtico espíritu de comunidad y de fraternidad. Más aún, esas desigualdades, lejos de lesionar en manera alguna la igualdad civil, le dan su significado legítimo, es decir, que ante el Estado cada uno tiene derecho a vivir honradamente su existencia personal en el puesto y en las condiciones en que los designios y la disposición de la Providencia le han colocado (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1944,* n. 13).

m) Incluso en el orden internacional es más cristiano hacer que normalmente se nivelen las excesivas diferencias

El anhelo cristiano de la paz es práctico y realista. Su fin inmediato es remover, o al menos mitigar, las causas de tensión que agravan moral y materialmente el peligro de guerra. Estas causas son, entre otras, principalmente las relativas angosturas del territorio nacional y la penuria de materias primas. Así, pues, en vez de enviar los alimentos, con grandísimos gastos, a los contingentes de prófugos, amontonados quién sabe dónde y a la buena de Dios, ¿por qué no facilitar la emigración y la inmigración de las familias, dirigiéndolas a regiones donde hallarán más fácilmente los víveres que necesitan? Y en vez de restringir, con frecuencia sin justos motivos, la producción, ¿por qué no dejar a la gente la posibilidad de producir según su potencialidad normal y ganar así el pan de cada día como fruto de su actividad, mas bien que recibirlo como donativo? Finalmente, en vez de levantar barreras para impedirse recíprocamente el acceso a las materias primas, ¿por qué no dejar el uso y el cambio de las mismas libre de toda traba innecesaria, sobre todo de las que crean una perjudicial desigualdad en las condiciones económicas? (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1948:* «Ecclesia», n. 390, 1 de enero de 1949, p. 6).

n) La solución está no en la revolución, sino en una perfecta, rápida y equitativa evolución

No en la revolución, sino en una evolución concorde está la salvación de la justicia. La violencia no ha hecho otra cosa que abatir, no levantar; encender las pasiones, no calmarlas; acumular odios y ruinas, no hermanar a los contendientes; y ha precipitado a los hombres y los partidos en la dura necesidad de reconstruir lentamente, después de pruebas dolorosas, sobre las ruinas de la discordia. Sólo una evolución progresiva y prudente, valiente y conforme a la naturaleza, iluminada y guiada por las santas normas cristianas de justicia y de equidad, puede conducir al cumplimiento de los deseos y las necesidades honestas de los operarios (Pío XII, *Discurso a los trabajadores italianos*, 13 de junio de 1943).

ñ) En la justa distribución de las riquezas, tal como exige la justicia social

Las riquezas, incensantemente aumentadas por el incremento económico-social, deben distribuirse entre las personas y clases, de manera que quede a salvo lo que León XIII llama la utilidad común de todos, o, con otras palabras, de suerte que no padezca el bien común de toda la sociedad. Esta ley de justicia social prohibe que una clase excluya a la otra de la participación en los beneficios (Pío XI, *Quadragesimo Anno, n.* 25.

o) Acompañada en todo momento de una producción abundante

La cuestión, tan importante, de la distribución de aquello que se llama el producto social ha sido ya tratada suficientemente. Lo que hoy pide solución con más urgencia es asegurar la colocación de este producto a disposición de los hombres y aumentar su cantidad, o sea, en una palabra, el problema de la producción (Pío XII, *Carta al presidente de las Semanas Sociales de Francia:* «Ecclesia», n. 145, 1947).

p) Con instituciones adecuadas que garanticen los derechos de todos

Además, si, como sucede cada vez más frecuentemente en el salariado, la justicia no puede ser practicada por los particulares, sino a condición de que todos convengan en praticarla conjuntamente mediante instituciones que unan entre sí a los patronos, para evitar entre ellos una concurrencia incompatible con la justicia debida a los trabajadores, el deber de los empresarios y patronos es de sostener y promover estas instituciones necesarias, que son el medio normal para poder cumplir los deberes de justicia (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 53).

q) La vida económica recibirá con ello mayor estímulo y actividad

El cumplimiento de los deberes de la justicia social tendrá como fruto una intensa actividad de toda la vida económica, desarrollada en la tranquilidad y en el orden, y se demostrará así la salud del cuerpo social, del mismo modo que la salud del cuerpo humano se reconoce en la actividad inalterada y al mismo tiempo plena y fructuosa de todo el organismo (Pío XI, *Divini Redemptoris,* n. 51).

r) Para salvar al mundo de los efectos del liberalismo económico, el orden económico y social debe penetrarse de justicia y caridad social

Hemos demostrado que los medios para salvar al mundo actual de la triste ruina en que el liberalismo amoral lo ha hundido no consisten en la lucha de clases y en el terror, y mucho menos en el abuso autocrático del poder estatal, sino en la penetración de la justicia social y del sentimiento de amor cristiano en el orden económico y social (Pío XI, *Divini Redeptoris,* n. 32).

rr) Ellas han de ser, en lo sucesivo, el principio directivo de un régimen económico eficiente

La libre concurrencia, aun cuando encerrada dentro de ciertos límites es justa y sin duda útil, no puede ser en modo alguno la norma reguladora de la vida económica, y lo probó demasiado la experiencia cuando se llevó a la práctica la orientación del viciado espíritu individualista. Es, pues, completamente necesario que se reduzca y sujete de nuevo la economía a un verdadero y eficaz principio directivo. La prepotencia económica, que ha sustituído recientemente a la libre concurrencia, mucho menos puede servir para ese fin, ya que, inmoderada y violenta por naturaleza, para ser útil a los hombres necesita de un freno enérgico y una dirección sabia, pues por sí misma no puede enfrenarse ni regirse. Así que de algo superior y más noble hay que echar mano para regir con severa integridad ese poder económico, a saber: de la justicia social y de la caridad social. Por tanto, las instituciones públicas y toda la vida social de los pueblos han de ser informadas por esa justicia; es conveniente y muy necesario que ésta sea verdaderamente eficaz, o sea que dé vida a todo el orden jurídico y social, y la economía quede como empapada en ella. La caridad social debe ser como el alma de ese orden; la autoridad pública no debe desmayar en la tutela y defensa eficaz del mismo, y no le será difícil lograrlo si arroja de sí las cargas que, como decíamos antes, no le competen (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 37).

s) Sin la justicia y la caridad no será posible tampoco el cumplimiento de los acuerdos internacionales que garantizan la paz de los pueblos

Pero aun los mejores reglamentos, bien que se cumplan con la mayor exactitud, serán imperfectos y condenados en definitiva al fracaso, si los que dirigen la fuerza de los pueblos y los pueblos mismos no se dejan penetrar cada vez más por aquel espíritu del que únicamente puede provenir la vida y la obligatoriedad de la letra muerta de los párrafos de las leyes internacionales; quiero decir, de aquel sentido de íntima y aguda responsabilidad que mira y pondera los estatutos humanos según las santas e indestructibles normas del derecho divino; de aquella hambre y sed de justicia que se proclama como bienaventuranza del Sermón de la Montaña y que tiene como condición natural previa la justicia moral; de aquel amor universal que es el compendio y el fin más avanzado del ideal cristiano y que, por ello, tiende un puente aún hacia aquellos que no tienen la felicidad de participar en nuestra misma fe (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1939*, n. 19).

t) Pero nunca hay verdadera caridad si no se cumple la justicia

Pero la caridad nunca será verdadera caridad si no tiene siempre en cuenta la justicia. El Apóstol enseña que *quien ama al prójimo ha cumplido la ley;* y da la razón. Porque el no fornicar, no matar, no robar... y cualquier otro mandato se resumen en esta fórmula: *Amarás al prójimo como a ti mismo* (Rom. 13,8-9). Si, pues, según el Apóstol, todos los deberes se reducen al único precepto de la verdadera caridad, también se reducirán a él los que son de estricta justicia, como el no matar y el no robar (Pío XI, *Divini Redemptoris,* n. 49).

u) Y muchas veces la caridad ha encubierto la violación de la justicia, sancionada incluso por las leyes

Era un estado de cosas al que con facilidad se avenían quienes, abundando en riquezas, lo creían producido por leyes económicas necesarias; de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan sólo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violación de la justicia, que los legisladores humanos no sólo toleraban, sino aun a veces sancionaban. Al contrario, los obreros, afligidos por su angustiosa situación, la sufrían con grandísima dificultad y se resistían a sobrellevar por más tiempo tan duro yugo (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 2).

v) La caridad sin la justicia es una palabra vacía que hiere la dignidad de los obreros

Una caridad que prive al obrero del salario al que tiene estricto derecho no es caridad, sino un vano nombre y una vacía aparien-

cia de caridad. Ni el obrero tiene necesidad de recibir como limosna lo que le corresponde por justicia, ni puede pretender nadie eximirse con pequeñas dádivas de misericordia de los grandes deberes impuestos por la justicia. La caridad y la justicia imponen deberes con frecuencia acerca del mismo objeto, pero bajo diversos aspectos; y los obreros, por razón de su propia dignidad, son justamente muy sensibles a estos deberes de los demás que dicen relación a ellos (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 49).

x) El incumplimiento de los deberes de justicia por muchos católicos hizo disminuir la fe entre los trabajadores

Es, por desgracia, verdad que el modo de obrar de ciertos medios católicos ha contribuído a quebrantar la confianza de los trabajadores en la religión de Jesucristo. No querían aquéllos comprender que la caridad cristiana exige el reconocimiento de ciertos derechos debidos al obrero y que la Iglesia le ha reconocido explícitamente. ¿Cómo juzgar de los patronos católicos que en algunas partes consiguieron impedir la lectura de nuestra encíclica *Quadragesimo Anno* en sus iglesias patronales? ¿O la de aquellos industriales católicos que se han mostrado hasta hoy enemigos de un movimiento obrero recomendado por Nos mismo? ¿Y no es de lamentar que el derecho de propiedad, reconocido por la Iglesia, haya sido usado algunas veces para defraudar al obrero de su justo salario y de sus derechos sociales? (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 50).

y) Pero aun cuando nunca debe sustituir a la justicia, la caridad es necesaria incluso para asegurar la acción de la justicia

Mas para asegurar estas reformas es menester que a la ley de la justicia se una la ley de la caridad, *que es vínculo de perfección* (Col. 3,14). ¡Cómo se engañan los reformadores incautos que desprecian soberbiamente la ley de la caridad, cuidando sólo de hacer observar la justicia conmutativa! Ciertamente, la caridad no debe considerarse como una sustitución de los deberes de justicia que injustamente dejan de cumplirse. Pero aun suponiendo que cada uno de los hombres obtenga todo aquello a que tiene derecho, siempre queda para la caridad un campo dilatadísimo. La justicia sola, aun observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos. Ahora bien, todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y a promover la colaboración social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial; más aún, un solo cuerpo en Cristo (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 56).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. LA «PARADA» DE LA PENITENCIA

He aquí al joven predicador en la gran plaza, rodeado de una muchedumbre de mirones, campesinos, ociosos, nobles, monjes, gentuza, devotos, mendigos... Está haciendo su gran juego: la «parada» de la penitencia... De la masa humana se desprende un olor a pecado... El orador moviliza a los serafines, a los santos, a la Virgen gloriosa, a Cristo... Hace tronar bajo los divinos pies nubes de sombra y de fuego. «Ha roto las piedras de los sepulcros, convocado a los muertos con los vivos en el valle de Josafat; se entreabre el cielo, humea el infierno. He aquí a los elegidos, he aquí a los condenados, y más condenados que elegidos. Ahora bien, a los condenados los designa su gesto. Están ahí, ante él, prevaricadores, adúlteros, fornicadores, blasfemos y asesinos, impíos; sobre todo, impíos...

Las mujeres se desmayan, los niños lloran, un hombre cae de rodillas. Un estremecimiento de vergüenza y horror corre de punta a punta de la muchedumbre, la doblega como un campo de espigas, y cada uno murmura en su corazón: «No, no queremos esto»...

Entonces contesta el hermano Vicente Ferrer: —¿Penitencia?...

—¡Penitencia, penitencia!—clama la multitud...

Lloran, rugen, se santiguan... Un hombre se levanta de pronto, se arranca las vestiduras y con un cinturón de cuero se azota las espaldas. Le imita otro, después otro; hay veinte, hay cien, a los que ha ganado el contagio de los remordimientos y el espanto. Llueven los golpes, brota la sangre...»

Así un cambio profundo en las costumbres se opera por donde pasa Vicente, y surge la cofradía de los «flagelantes» de vocación, que le acompañan en su peregrinar apostólico. Caminan a pie, con el bastón en la mano. «Sólo, a causa de la fatiga, el Padre se dejaba conducir por un borriquillo, pero tenía compasión de él y muchas veces caminaba a su lado, apoyándose un poco sobre el lomo»...

Cuando llegaban a un lugar, los habitantes salían al encuentro. «Un religioso lleva la cruz a la cabeza de la procesión. Con el rostro velado, la espalda y los hombros desnudos—decentemente, dicen los documentos—, flagelantes y flagelantas se encaminan a la iglesia en pos del Padre y de sus asistentes. Todos entonan el cántico que ha compuesto para la cofradía»... ¡Misericordia!,

ha repetido cien veces el estribillo de la canción. Después el rumor calla. Los flagelantes se arrodillan ante el pórtico. Ha llegado el momento. No se oye ya ni un grito, ni una palabra, nada más que el vacío del aire mate y denso, ese «ruido de lluvia pesada que producen sobre la carne los golpes de la disciplina»...

«En Toulouse, en 1415, mientras Vicente predicaba en Semana Santa, fué un delirio de penitencia y hasta se dice un diluvio de sangre... Había mercado de cilicios y disciplinas»... (cf. HENRI GHEON, *San Vicente Ferrer,* trad. de Carmen Castro [Epesa, Madrid 1945], p. 66-75).

II. LA EXPIACION DE LA PECADORA

Había crecido en las orillas del Nilo y todos decían que era hermosa. Pero, ¡ay!, que a los doce años conoció ya las terribles fascinaciones de la vanidad. Desde entonces se hundió en la cénaga de la lujuria, y, abismada en las viles pasiones, permaneció más de tres lustros convertida en pública pecadora.

Un día sintió ganas de salir de Alejandría. Dios velaba por ella cuando se encontraba tan lejos de El. Paseando por la playa una tarde del mes de abril vió una nave cargada de peregrinos que se dirigían a Jerusalén. No era la devoción lo que la empujaba, sino un afán inquieto de novedad y aventura. Y a la nave subió loca e inconscientemente para entregarse al vicio y profanar su cuerpo una vez más... Ya en Jerusalén la meretríz, pintada y engalanada, prosiguió dirigiendo miradas de fuego. Mas he aquí que de pronto una fuerza misteriosa la sobrecoge cuando atrae a los peregrinos, que se acercan a la iglesia del Calvario para venerar el sagrado madero. Se siente turbada, la atormenta la idea de su indignidad y... llora. Después... clava los ojos en una imagen de María que aparece pintada en los muros del atrio y cae delante de ella implorando perdón. Al levantarse, libre ya del peso que la abrumaba, entra en el templo sin dificultad, adora la cruz y oye una voz interior que le dice: «Ve al otro lado del Jordán y allí encontrarás el descanso».

Salió por la mañana de Jerusalén, bordeó la colina en que se asienta Betania, pensando en María Magdalena. Pasó adelante, sollozando, y no tardó en internarse en la «vía sangrienta», un camino que serpentea entre un caos de crestas amarillas y calvas. Siguió adelante, siempre adelante, en pos del Jordán, y «dos horas más tarde, cuando el sol se escondía detrás de las montañas de Judea, daba vista al río sagrado. Estaba en el lugar mismo donde el Bautista había comenzado su predicación. Al otro lado, rodeado de palmeras... se divisa el templo de San Juan, con su jardín en torno, cultivado por los monjes que servían el santuario. Entró en él, rezó, lloró, recibió los santos misterios de la vida y quedó luego como petrificada»...

Ya la meretríz penitente ha recogido otra vez su hatillo y camina a la buenaventura. En la orilla del río se lava piadosamente la cara y las manos, y se enjuga en su manto de seda. Después se sienta junto a un árbol y come un bocado de pan, el primero que probaba aquel día. «Sus ojos, de viva violeta, están

hinchados de tanto llorar; tiene pálido el semblante y a la luz de la luna parece más pálido todavía; todos sus rasgos revelan una gran belleza, pero una belleza cerca del ocaso»...

La tentación le arranca otra vez vacilaciones. Pero no. Aquellos días pasaron para siempre. Subió a una barca y remó hacia la orilla opuesta del río. «Por última vez vió ahora su rostro reflejándose en el cristal de las aguas, ella que tantas veces se había mirado en espejos de plata bruñida o en vidrios de Tiro, encuadrados en marcos de ébano y marfil... Al otro lado el camino seguía hacia una cadena imponente de montañas... Era una tierra desolada, sobre la que el lago maldito parecía derramar el hálito pestilente que recordaba el castigo de Sodoma. Tal es el escenario en que aquella mujer escondió la tragedia de su pasado... Trepó monte arriba, cruzó barrancos, atravesó gargantas y vallejos... Había encontrado la perfecta soledad...

«Así un día y otro día, rechazando implacablemente lo que antaño había buscado con frenesí. Lucha contra la rebeldía de la carne, contra los terrores de la soledad, contra el frío y el calor. Los tres panes que llevaba en su saco al pasar el Jordán habían desaparecido a las pocas jornadas; los vestidos que cubrían su cuerpo se habían ido cayendo a pedazos; los últimos rastros de su antigua belleza se habían desvanecido rápidamente. Ahora andaba desnuda, comía hierbas y frutas silvestres; estaba fea, enjuta, apergaminada, ennegrecida por el sol del día y la escarcha de la noche. El dolor había secado y arado sus mejillas... La penitencia y el llanto habían hundido sus ojos. Sólo le quedaba su espléndida cabellera, pero enmarañada y sucia»...

Habían pasado cuarenta años. Ya era vieja la penitente; los dientes se le habían caído... Los músculos de su garganta parecían cuerdas de esparto... Cuando la encontró, por milagro de Dios, el anacoreta Zósimo, apenas si tuvo tiempo para oír de sus labios el relato de su lejana vida pecadora, que aun le arrancaba sollozos de arrepentimiento, y las misericordias del Señor, por quien había extenuado su carne y abrazado la santa desnudez. Allí, en el desierto, reposaron los restos de la pecadora María Egipcíaca, que, redimida por la penitencia, alcanzó el mérito de la gloriosa santidad. (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Santa María Egipciaca* [1 de abril]: *Año Cristiano*, t. 2, p. 7-16).

III. EL «MISERERE» DE SAVONAROLA

«Encerrado en un estrecho calabozo del palacio de la Señoría, acostado sobre la tierra desnuda, sin luz, ni siquiera un lecho de paja, los pies en los cepos, las cadenas en las manos, el brazo izquierdo dislocado y roto por la tortura, tan dolorido que en ocasiones fué preciso llevarle el alimento a la boca; pero sin odiar a nadie, sin maldecir a nadie, manteniendo toda su magnanimidad, toda su bondad, toda su fe, hasta el punto de conmover a su carcelero, tratando de atraerles a él y a su hija a la perfección de la vida cristiana, Savonarola tuvo aún la fuerza suficiente para tomar la pluma y escribir casi de un tirón, entre el 26 de abril y el 8 de mayo de 1498, el grito desgarrador y sublime de su último

«Miserere» y dar en un impulso a las palabras del Salmista, que la voz de la liturgia repetía desde quince siglos atrás, un eco de belleza tan penetrante, de acento tan directo, de candor tan absoluto, que merece repercutir a través de los siglos como una de las más puras y emocionantes plegarias de la piedad cristiana»...

«Desgraciado de mí, abandonado por todos, habiendo ofendido al cielo y a la tierra, ¿adónde me dirigiré?... No me atrevo a levantar los ojos al cielo, pues he pecado gravemente contra él. No encuentro refugio sobre la tierra, pues soy un escándalo para ella. ¿Qué haré, pues? ¿Desesperaré acaso? ¡Oh, no! La misericordia está en Dios, la compasión está en mi Salvador... Pero ¿qué diré yo? No me atrevo a levantar los ojos. Exhalaré las palabras del dolor, imploraré vuestra compasión y diré: *Tened piedad de mí, ¡oh Dios mío!, según vuestra gran misericordia...*» (cf. LUIS MARÍA LOJENDIO, *Savonarola* [Espasa Calpe, Madrid 1945], p. 361ss).

IV. EL CASO DEL BAUTISTA SE REPITE EN OTRO JUAN

Mediados de junio del 404. El emperador «Arcadio, en su deseo de ofrecer a su bella esposa una prueba excepcional de afecto, mandó erigir en la plaza principal de Bizancio, donde se levantaba Santa Sofía, una estatua de plata, efigie de Eudoxia, sustentada sobre airosas columnas de pórfido. La inauguración fué sazonada con ruidosas fiestas populares. Se prodigaban juegos mímicos, cantares, danzas. A través de los indiscretos cendales, Eros exhibía ante los ojos cúpidos de la turba su salaz y atrevida pirueta. La vecindad del templo hacía sospechar una intención diabólica de escarnio»...

El patriarca de Constantinopla era a la sazón el virtuoso prelado que por su elocuencia arrebatada mereció llamarse Crisóstomo, «pico de oro». El matíz irónico de la diversión, cuyos ecos de carcajadas irrumpían en la calma litúrgica del templo, y la apoteosis con ribetes de idolatría, llenó de sinsabores su alma. Ensayó primero medios de suavidad... «Cuando se convenció que estos pasos eran inútiles, desenvainó la espada del espíritu... En alto el acero, defendió el santuario contra la arremetida de la ola que escupía sobre el altar de Jesucristo sus sucias espumas...

Irguióse Eudoxia como el ofidio que eleva su rígida espiral. Su furia tocó en delirio; juró por todos los manes del imperio reportar cumplida venganza de aquel enemigo de su gloria...

Otra orden de expulsión contra el Crisóstomo sale de palacio. Nadie piense que Juan, en su humildad, se apresura a darle cumplimiento. Humilde hasta el heroísmo..., no era de los que toman la humildad como sinónimo de sumisión incondicional y servil. Respondió con la protesta firme y digna, anunciando a la corte que no cedería sino ante la física coacción. «He recibido—dijo—los poderes episcopales de las manos de Dios y no los puedo abandonar. Si place al emperador separarme de la Iglesia, está en su mano, pero tendrá que hacerlo a viva fuerza y su despotismo será mi justificación ante el eterno Juez».

Perplejidad en Arcadio y Eudoxia... El caso era muy similar

al de aquel tetrarca de Galilea, Herodes, cuando se las había con otro Juan, por sobrenombre el Bautista. De él dice el Evangelio: *Quería matarle, mas temía al pueblo, el cual le tenía como profeta* (Mt. 14,5). La popularidad de Juan... llegó a compararse entonces con la del sol. Era el gran emperador de los espíritus... Apoderarse del Crisóstomo *manu militari* equivalía a abrir el cráter al furor popular...

Tentadas las posibilidades, se optó por recluir al gran rebelde en su propia iglesia bajo vigilancia... Esa reclusión era un medio de dar tiempo al tiempo. Al fin se cumplió la inicua orden de exilio... El mismo Obispo, por amor de la paz y para despistar a los suyos, mandó que su caballo estuviera ensillado y como a punto de marcha a la puerta principal de la basílica; mas era su idea, y así la puso en ejecución, salir por la puerta opuesta, que miraba a Oriente, y, a través de las calles secundarias, llegar a orillas del mar, donde estaba la barca dispuesta para la partida. Acontecía esto el 20 de junio del 404».

El Crisóstomo ya no volvería más. Exilado a setecientos kilómetros, en Cucuso, villorrio perdido en la cordillera del Tauro, y de allí, tres años después, en Pityunte, en los confines de la Cólquida, el más glorioso de los sagrados oradores de todos los siglos se extinguió poco a poco, y antes de sellar los labios con el eterno silencio pronunció estas palabras, que en vida solía repetir a menudo: «¡Gloria a Dios en todo!» (cf. FÉLIX ARRARÁS, *San Juan Crisóstomo* [Madrid 1943], p. 116ss).

V. PREDICADOR Y PENITENTE

«La palabra de Tomás de Villanueva resonó en toda Castilla, transformó la ciudad de Salamanca, pobló los conventos de novicios, arrancados a la Universidad; subyugó a los pueblos y conmovió a los poderosos. «Tomás no pide nunca—decía Carlos V—, Tomás ordena y exige». La admiración del gran emperador por el humilde fraile no tenía límites: le hizo su predicador y su consejero; le distinguió incansable con sus favores y acabó por hacerle arzobispo de Valencia. Esto fué en 1544. Tomás se dirigió a pie hacia la capital de su diócesis, sin más bagaje que su Biblia, sin otra compañía que un hermano lego, como cuando salía a predicar por las rutas polvorientas de Castilla. Al verle tan pobre su cabildo le obsequió con cuatro mil ducados, que él hizo llegar inmediatamente al hospital de la ciudad. Mientras Lutero reformaba las provincias de Alemania, desencadenando las pasiones y abriendo los conventos, el agustino español realizaba el más puro programa de reforma, trabajando heroicamente en la predicación, en la administración, en la visita de las parroquias, en la depuración del clero y en el mejoramiento de la vida social. Cuando se encontraba algún rebelde le llamaba a su casa, le introducía en su despacho, cerraba la puerta y después, descubriendo sus espaldas y arrodillándose ante el crucifijo, le decía: «Hermano mío, son mis pecados los que tienen la culpa de todo; justo es que yo sufra el castigo». Y se flagelaba despiadadamente en su presencia» (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Santo Tomás de Villanueva* (22 de septiembre): *Año Cristiano*, t. 3, p. 570).

VI. EL EXCESO DE PENITENCIA

A la edad de ochenta años propúsose el Santo Pontífice Pío V ayunar rigurosamente una Cuaresma. Por más que le instaron sus ministros y cardenales, dado el estado precario de su salud, no pudieron vencer su fervorosa obstinación. Cuando transcurrió la Cuaresma dijo a los suyos: «¡Qué gran merced me ha hecho Dios! Me hallo mucho mejor de mis males por haber ayunado».

«La gran merced que Nuestro Señor ha hecho a toda la cristiandad—le replicaron sus servidores—ha sido que Vuestra Santidad no haya muerto al inspirarnos que le hiciésemos este engaño. Sepa que el agua donde se cocían las hierbas que comía Vuestra Santidad era de capones destilados».

El Papa quedó confuso... Quiso entonces tornar al ayuno de nuevo con enorme rigor, pero todos, y su confesor mismo, doctísimo, se lo estorbaron (cf. *Memorial hist. español*, o. c., *Miscel.*, de ZAPATA, p. 455).

VII. PENITENCIA ESPIRITUAL

En la vida de San Felipe Neri se leen muchos actos de mortificación o penitencia espiritual:

«En algunas ocasiones solía andar con un manojo de retama en la mano, porque le despreciasen. Otra vez se hizo raer la mitad de la barba y salió así en público, saltando y bailando, para que todos se burlasen de él. Un día, habiendo gran multitud de gente en la plaza de San Pedro «Ad vincula», se puso a saltar. Otra vez, en una de las calles más públicas de Roma se encontró con el gran siervo de Dios Fray Félix de Cantalicio, capuchino, varón doctísimo, grandemente mortificado. Preguntóle el bendito Fray Félix si tenía sed, y respondiendo San Felipe Neri que sí, le dió a beber en público una botella de vino que llevaba al cuello, diciendo: «Ahora veré si sois mortificado». San Felipe al punto comenzó a beber, y concurriendo mucha gente, decían: «¿No veis cómo un santo da de beber a otro santo?» Después dijo Felipe a Fray Félix: «Ahora quiero yo también ver si sois mortificado»; y quitándose el sombrero se lo puso en la cabeza, diciéndole que anduviese así. Fray Félix respondió que sí iría, pero que si le quitaban el sombrero no fuese a su cuenta. Anduvo de aquella manera un buen trecho, hasta que San Felipe, que tenía ya conocida la gran santidad de Fray Félix, le rogó que se lo quitase, y cada uno se fué por su parte, dejando en duda cuál de los dos se había mortificado más en aquella ocasión» (cf. P. PEDRO DE RIBADENEIRA, *Flos Sanctorum: San Felipe Neri* (17 de mayo), t. 2 [Madrid 1762], p. 109).

VIII. EL QUE TIENE DOS TUNICAS...

Martín era entonces soldado. Había entrado en la milicia, obligado por una orden del emperador Constante, por la que todos los hijos de soldados viejos habían de inscribirse y ponerse en lista. Y a la guerra partió nuestro mílite, con un siervo a quien trataba como a un hermano. Todo su empeño fué guardarse mucho de los vicios que comúnmente acompañan a la soldadesca.

Era un día de invierno. Estaba Martín en las puertas de Amiéns y «vino un pobrecito desnudo, temblando y tiritando de frío y pidiendo alguna limosna para abrigarse. Como los demás soldados no le socorriesen, Martín, entendiendo que Dios le enviaba aquella ocasión para merecer, no teniendo otra cosa que dar al pobre, sacó su espada de la vaina y cortó por medio la clámide y vestidura militar que llevaba, y dió una parte de ella al pobre y con la otra lo mejor que pudo se cubrió. Dió este hecho mucho que reír a los hombres livianos y que llorar y compungirse a los cuerdos y graves. Vióse también cuán agradable había sido a Dios aquella obra, porque la noche siguiente le apareció Cristo Nuestro Señor cubierto con aquel pedazo de capa, diciéndole que mirase bien si aquélla era la vestidura que él le había dado un día antes al pobre; y volviéndose a una muchedumbre de ángeles que le acompañaban, con voz alta dijo: Martín, siendo aún catecúmeno, me ha cubierto con esta vestidura» (cf. P. PEDRO DE RIBADENEIRA, *Flos Sanctorum: San Martín de Tours* [11 de noviembre], t. 3, o. c., p. 403).

IX. DE UN TURCO QUE AL BAUTIZARSE SE LLAMO COMO EL BAUTISTA

Un turco está cautivo en Toledo. Se llama Hamete, y es tan fanático, que nunca se ha querido convertir. Siempre gruñendo, porque no se cansa de alardear que en su tierra pertenecía a una familia de alcurnia, cuida de los caballos de su amo. Un día, cuando volvió de acompañar a su señor a un juego de cañas, Hamete bramó de furia. Se habían olvidado de darle de comer y, hambriento, reclamó con ira su yantar a la señora de la casa. Descontenta ésta por la manera descortés con que le demandaba el sustento, se irritó y le llamó perro. El, estimulado por el hambre, llegó a injuriarla. A la grita acudió el dueño, y una lluvia de palos acardenaló las espaldas del turco.

Hamete, loco de rabia, esgrimió un cuchillo y se lanzó contra su señor, quien, a duras penas, escapó atemorizado. El rebelde se vuelve entonces contra las mujeres. Apuñala a su ama e hiere a tres de sus dueñas. Gritan los de la casa, acude gente, y el turco, viéndose perdido, salta, como una ave, de tejado en tejado y se arroja a la calle en vertiginosa fuga. Como un ánade atraviesa el Tajo, anda errante esquivando a la justicia y se oculta

en Madrid. Mas por las señas de los pregones que le persiguen, le denuncia un carretero que le había conocido en una taberna. Hamete hiere al carretero y a la tabernera. Por fin, acosado por sus perseguidores, es preso y traído a Toledo, donde se le condena a suplicio.

«Sácanle en cueros en un carro, atado a un palo, y una fragua de un herrero a par de él. Comiénzanle a atenacear, le cortan ambas manos y, sin aguardar a que cirujanos se las cauterizasen, métenle los mismos trozos de brazos en el fuego de la fragua. Llegado a la plaza, le cuelgan de los pies, y los verdugos le atenacean otras partes del cuerpo...

Tenía ya casi el alma en los dientes, cuando dijo a voces: ¡Oh Mahoma! ¿Cómo me has engañado? ¡Ahora veo que todo es mentira! ¡Bautismo! ¡Bautismo! Acudieron los teólogos, que estaban al espectáculo, y, consultado el caso, se determinó que prosiguiese el tormento, diciéndole que ni había de dejar morir ni cesar los suplicios aunque se bautizase. El dijo que no pretendía eso, sino, siendo cristiano, salvarse.

Habida licencia entonces, con gran priesa, del corregidor y, cuanto al bautismo, del vicario, bánjanle de donde estaba boca abajo colgando.

Pide que le pongan de rodillas.

—¿Qué nombre?—dijeron todos.

—El de Juan Bautista.

Así, con tal nombre fué bautizado, y al momento se le subió el espíritu; y fué tanta la alegría pública, que más de dos mil ojos se hicieron de placer fuentes de lágrimas...» (cf. *Memorial histórico español...*, o. c., *Miscelánea* de ZAPATA, p. 315-317).

X. UN SACERDOTE MODELO: SAN JUAN BAUTISTA DI ROSSI

«Desde sus quince años... se unió a un cuerpo de sacerdotes cuya especial tarea fué predicar a los pobres. Con ellos aprendió el celo apostólico y planeó y distribuyó sus trabajos. La misma piedad lo indujo a invertir su modesta fortuna en aliviar las dificultades de los indigentes. Dejó tras sí perdurables frutos de su infatigable caridad por la instrucción de criados, vagabundos y gentes analfabetas para la santa celebración de la Pascua florida, por la fundación de un hogar de refugio para guardar seguras a las mujeres perdidas que vagaban de noche por la ciudad, pero sobre todo por el celo tan fervoroso que supo despertar entre el clero por la salvación de las almas. El esplendor de su amor de Dios se manifestaba en su fisonomía mientras oficiaba, y no podía hablar de la bondad del Creador sin lágrimas. Se vió forzado a aceptar una silla de canónigo en la iglesia colegiada de Santa María in Cosmedine, y durante la salmodia parecía caer en éxtasis. Fué cumplidor muy exacto en todas las sagradas ceremonias, preocupado de la belleza de la casa de Dios, y contribuyó espontáneamente con sus medios personales a tal objeto. Inculcó en los demás su propio amor hacia la madre de Dios y promovió el culto de la Virgen en su propia iglesia, en la que instituyó un

sermón diario en su honor, además de su oficio. Trató de imbuirse del espíritu de Felipe Neri, y, si bien fué devoto de todos los moradores del cielo, alentó el culto hacia los príncipes de los apóstoles; fué constante en la oración y en las buenas obras y rico en dones de gracia. Finalmente, en el hospital llamado de la Santísima Trinidad, al que se había acogido para vivir entre sacerdotes, quebrantado por sus tareas, alcanzó el término de su vida, y cuando recibió los sacramentos de la Iglesia exhortó otra vez a las obras de caridad y al cuidado de los pobres, y murió en el beso del Señor el 23 de mayo del año de Cristo de 1764, a los setenta y un años de su edad» (cf. José A. Dunney, *Historia de la Iglesia a la luz de los Santos,* ed. Peuser [Buenos Aires]: *San Juan Bautista di Rossi y el siglo décimoctavo,* p. 317-318).

SERIE II: SOBRE LA EPISTOLA

1

Ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios

I. *«Es preciso que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios» (epístola del día). Abruma exponer un tema sobre la grandeza y dignidad del sacerdote, cuando estamos llenos de defectos. Mas cerrad los ojos a estos últimos y fijaos solamente en lo que el sacerdote debe ser para el mundo: «Ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios».*

II. *El sacerdote, ministro de Cristo.*

A. La misión de Cristo fué «consagrar el mundo a Dios», según la profunda expresión de la calenda de Navidad. «Dios se hizo hombre para convertir a los hombres en Dios» (cf. SAN AGUSTÍN, *Serm.* 166: PL 38,909).

B. Cristo subió a los cielos y dejó como continuadores de esta obra a unos hombres que le representaran auténticamente, los sacerdotes. Esto quiere decir ministro de Cristo. El que hace sus veces, el que le representa. Ministro de Cristo significa «otro Cristo».

a) *En el altar, en el confesonario, en el púlpito, el sacerdote es otro Cristo.*

b) *En medio del mundo, en sus relaciones con los hombres, en sus aspectos humanos, ha da ser también otro Cristo. Tiene razón el mundo al exigir mucho del sacerdote. Ha de ser transparencia de la virtud y santidad de Jesucristo. «Christi bonus odor»* (2 Cor. 2,15).

c) *Es, sobre todo, otro Cristo en su alma. El alma del sacerdote ha recibido una especial consagración, participación de la que la naturaleza humana de Cristo recibió al ser unida hipostáticamente al Verbo. Por eso, mejor que «otro Cristo» podría decirse que es «Cristo». No hay distinción en el sacerdocio. Existe uno solo, el de Cristo, continuado por los siglos en los sacerdotes.*

III. *El sacerdote, dispensador de los misterios de Dios* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 472, b).

A. El sacerdote, como Pablo, ha recibido la gracia de comunicar a todos los hombres el gran sacramento o «misterio escondido» en Dios (Col. 1,26). La encarnación del Verbo y la incorporación de los hombres a Cristo. En ese gran misterio se encierran otros muchos que van directamente encaminados a conseguir la participación de Dios en Cristo.

B. De todos ellos es dispensador el sacerdote:

a) *Dispensador de la palabra de Dios. La palabra es espíritu y vida. La palabra a veces reprende, a veces corrige, a veces consuela, a veces enseña, pero siempre une las almas con Dios y proyecta luz sobre la vida humana y sus problemas.*

b) *Dispensador del alimento de Dios. El lo hace en nombre de Cristo. El lo guarda. El lo reparte.*

c) *Dispensador del perdón de Dios. El sacerdote no es en el confesonario más que el representante de la misericordia y del perdón de Dios. Como Cristo, busca y espera a los pecadores para abrirles las puertas del cielo y concederles la paz de sus almas.*

d) *Dispensador de la vida de Dios. En sus manos están los sacramentos, fuentes que comunican la vida de Dios a los hombres.*

IV. *Veneración y respeto al sacerdote.*

A. San Francisco de Asís besaba el lugar por donde pasaba un sacerdote. El nunca quiso serlo, porque lo reputaba excesiva grandeza.

B. ¿Hay sacerdotes poco dignos? Alguno, sí. Muy pocos, gracias a Dios. Mas no por ello se puede desprestigiar a los sacerdotes. Se murmura de ellos con tanta frecuencia como poco fundamento. Si alguno no es digno, se debe a que no son como Cristo los quiere y la Iglesia lo manda. Pero eso mismo resalta más la grandeza del sacerdocio. Defendedlo siempre y respetadlo. Dad a los sacerdotes señales públicas de respeto; es una loable costumbre, que, por desgracia, se va perdiendo. Significación del ósculo en la mano del sacerdote.

C. Finalmente, hay que recomendar la oración por el sacerdote. Es muy importante infundir en el pueblo la costumbre de pedir por los sacerdotes, espe-

cialmente por aquellos que Dios ha puesto al frente de la parroquia. Pedir para que sean siempre dignos de su misión, de suerte que veamos en ellos al «ministro de Cristo» y «dispensador de los misterios divinos».

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

2

La Providencia

I. *¿Qué es la Providencia?*

A. El evangelio de hoy, con sus trazos históricos, nos presenta la providencia de Dios en el gobierno de las naciones.

B. El Concilio Vaticano la ha definido exactamente.

C. Fundamento: «Todo lo que ha creado». El fundamento de la Providencia es la creación.

a) *Dios no se despreocupa de sus obras (deístas). Ni mucho menos cuando éstas tienen inteligencia y alma. El que puso a los padres la obligación de cuidar de sus hijos, no abandona a sus criaturas.*

b) *Las criaturas, por cuanto que recibieron el ser de Dios, continúan necesitando de su apoyo para existir y obrar. Son el motor que necesita acumular continuamente la energía eléctrica que lo haga funcionar.*

D. Esencia.

a) *Sostiene y gobierna «tuetur atque gubernat». «Tua, autem, pater, providentia gubernat»* (Sap. 14,3).

1. En el ser y en el obrar.
2. Todo es de Dios.

b) *Dirigiendo todo «desde un fin a otro».*

1. Desde las acciones humanas más insignificantes hasta las vidas de los grandes imperios;
2. consiguiendo sus fines aun por medio de las voluntades torcidas de los hombres.

1.° *El odio de Judas, medio para la redención.*

2.° *La usurpación de los Estados Pontificios ha liberado al Papa de las cuestiones sociales y políticas, dándole una gran independencia espiritual.*

c) *Suave y fuertemente. Sin quebrar la libertad del hombre y sin que éste se dé cuenta.*

E. El medio, pues todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos (Hebr. 4,13).

a) *Su ciencia y poder infinitos.*
b) *Conoce hasta los secretos de la voluntad humana y el medio de dirigirlo.*
c) *Puede gobernar cuanto pudo crear.*

II. *La Providencia en la Sagrada Escritura.*

A. La historia entera del pueblo judío.
B. Tobías y su historia. Permisión del endurecimiento de Faraón.
C. ... «Missa est sors in urnam» (Esth. 3,7).

III. *Consecuencias. Navego en un barco cuyo timonel es mi padre: Dios.*

A. Confianza.
B. Aceptación.
C. Docilidad.

3

La historia alrededor de Cristo

I. *Jesucristo, en el centro de los tiempos.*

A) El evangelio de hoy comienza con los datos históricos necesarios para situar la época del nacimiento del Salvador.
B. En él aparece además clara la idea de que Jesús nació en el «centro de los tiempos» y previa una cuidadosa preparación providencial de la historia.
a) *En efecto, la Providencia la ha hecho girar a toda ella en torno a Jesús.*
b) *Es lógico que así sea.*
1. La Providencia consiste en el gobierno divino de las cosas con relación a su fin último de la salvación de los hombres y la gloria de Dios.
2. Siendo Cristo la fuente principal de esa salvación y de esa gloria, es lógico que haya sido también el eje de la Providencia.

II. *El ejemplo del pueblo romano. Para darse cuenta basta sólo con considerar la historia del pueblo romano, cuyas autoridades se enumeran hoy en el evangelio.*

A. Roma nace, crece, conquista al mundo.
B. Julio César construye las fronteras del Imperio y lo deja firme.
C. Augusto trae la paz al universo y con ella la unidad de gobierno, de comunicaciones, en gran parte de lengua. En este momento «toto orbe in pace composito» nace Cristo (Martirologio, día de

Navidad) y sus predicadores encuentran el camino sin las barreras del nacionalismo, etc.

D. Robustecido el cristianismo con la persecución, llega a convertir el Imperio. La cruz remata sus estandartes.

E. El Imperio romano llega a ser un obstáculo. Al otro lado de sus fronteras están los bárbaros.

a) *En ese momento el Imperio se desmorona ante gentes a medio civilizar. Invasión de los bárbaros.*

b) *Pero lo que al mismo San Agustín pareció catástrofe increíble y a muchos señal del fin del mundo, sirvió para que los bárbaros se convirtieran. San Remigio manda a Clodoveo que adore lo que incendió. Mientras San Isidoro se olvida ya del Imperio romano. Recaredo se convierte.*

III. *La interpretación providencialista de la historia* (cf. p. 403, III).

A. Hasta que en el día del juicio lo recapitule todo ¿cuántos hechos y épocas de la historia girarán en torno suyo?

B. Lo que a veces nos parece una desgracia inmensa es designio de la Providencia de Dios, que incluso de los males hace bienes.

4

La vocación de España

I. *La patria española y sus características.*

A. España es una patria.

a) *Estado y patria. España no es sólo un Estado, es una patria. Elemento esencial de la patria es tener una tradición y una experiencia. Hijos de la patria son los que participan de la vocación nacional, es decir, de la tradición y de la experiencia patrióticas.*

b) *Ciudadanía y patriotismo. Con el Estado nos liga la virtud de la ciudadanía; con la patria, la virtud del patriotismo. La ciudadanía es un vínculo propiamente jurídico. El patriotismo es un vínculo moral y casi religioso.*

c) *Patriotismo y piedad. Santo Tomás coloca el patriotismo dentro de la virtud de la piedad, «que es el culto que debemos a aquellos de quienes recibimos el ser». Recibimos el ser de Dios, virtud de le religión; de los padres, virtud de la piedad filial; de la patria, patriotismo* (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, q. 80, 1 c; q. 101, 1.2 ad 3 y 3 c).

B. Con características acusadas.

a) *Vocación nacional definida y fielmente servida. Se-*

rá difícil encontrar un pueblo que haya tenido una vocación nacional más definida y que con mayor fidelidad la haya servido. La vocación de España quedó definida en frases lapidarias por Menéndez Pelayo en el epílogo de Historia de los heterodoxos españoles (cf. p. 404,IV).

b) *El motor de España es la religión. Una religión expansiva. España es, por tradición, una nación civilizadora, evangelizadora, misionera. Características del sentimiento religioso en España son:*

1. La universalidad.
2. La solidez doctrinal.
3. La adhesión al Pontificado.
4. Y, contra lo que muchos creen, el sentido práctico y de organización.

1.° *Por eso nuestros grandes teólogos, más que en la zona metafísica, se sitúan en la zona jurídica y moral.*

2.° *Nuestra gran teología se caracteriza por sus derivaciones para la aplicación a todas las ramas del derecho público y privado.*

3.° *Hasta en el orden social, incluso en el orden mismo económico, hay una iniciación en nuestro siglo de oro que deriva del campo de la teología y que, por desgracia para España y para el mundo, quedó truncada.*

c) *España organizadora. España tiene un gran sentido organizador social.*

1. Santo Domingo es llamado, con razón, el primer ministro de Obras Públicas de Europa.
2. San Ignacio es considerado como el primer genio organizador de la humanidad.
3. No son figuras aisladas. En América se cuentan por docenas los talentos y a veces los genios fundadores y organizadores.

II. *Caída y resurgimiento de España.*

A. Caída vertical.

a) *Por agotamiento. La caída vertical de España, que se consuma en la segunda mitad del siglo XVII, podríamos llamarla «biológica». Es una caída de agotamiento por el desgaste en mil empresas durante el siglo XVI y la primera parte del XVII.*

b) *De carácter general. La caída alcanzó a todos los órdenes de la vida nacional y llegó a tales límites, que algunos émulos nuestros dieron a España por muerta.*

B. Renacimiento biológico y desorden político.

a) *La savia vital comenzó a subir por el nuevo tronco, a juicio de algunos—Valera—, a comienzos del siglo XVIII. Y la constante de la ascensión no se pierde hasta nuestros días. La población, en efecto, va en aumento desde comienzos del XVIII hasta hoy.*

b) *Nos referimos al crecimiento «biológico». El desorden de nuestra política, las guerras exteriores, las guerras civiles, las revoluciones, etc., son todos fenómenos de superficie comparables con un aumento vital de la nación.*

C. La España de 1950.

a) *Energía vital creciente. La energía vital de España sigue creciendo, aunque estamos todavía a distancia en algunos aspectos de otras grandes naciones.*

b) *Conciencia clara de su pasado y orientación definida de su porvenir. Síntoma cierto de la madurez que va adquiriendo el espíritu nacional es la conciencia cada día más clara que tiene España de su pasado y la orientación definida de su porvenir en la vida de las naciones. Portugal, América, contacto con el mundo árabe. Esta orientación nacional ha encontrado una interpretación afortunadísima en los últimos años.*

III. *El deber de España.*

A. El mundo occidental y la lucha contra el comunismo. El mundo llamado occidental, incluyendo América, está en guerra con una gran potencia oriental. La guerra es doble: material y espiritual. Para organizar la defensa y la posible guerra material, Dios ha suscitado una gran potencia en América. Las demás naciones cooperan o colaboran con ella. Pero destruída la potencia material de Oriente, con guerra o sin guerra, queda siempre en pié la lucha espiritual contra la civilización cristiana. Esta lucha se intensificará y enconará extraordinariamente, una vez que el Oriente sea desarmado en el orden militar. Hoy el comunismo occidental está contenido por la virtud del nacionalismo o patriotismo.

B. España, potencia espiritual.

a) *El mundo de habla española, bloque espiritual contra el comunismo. Así como hay una potencia material para luchar en el campo de las armas, así, a nuestro juicio, hay una potencia espiritual en el mundo que puede encarnar la defensa en el orden social de la civilización cristiana. Tal potencia es España. España lo siente y comienza a prepararse para su alta misión. Y cuando hablamos de España pensamos en un segundo lugar muy inmediato en todos los pueblos de habla española. He aquí la misión urgente del momento: organizar en el campo social todas las fuerzas de habla española para oponer un bloque espiritual a la doctrina comunista.*

b) *Acción positiva. Mas nuestra actuación no ha de ser sólo negativa, de oposición al comunismo. Ha de ser positiva, de difusión del Evangelio.*

1. El Evangelio social predicado por los Papas ha de ser nuestra bandera común A nosotros nos toca poner los fundamentos de la nueva civilización cristiana.
2. Esa campaña pide no solamente ideas claras y voluntades enérgicas, sino corazones amplios y generosos. No podemos oponer odio a odio, sino amor a odio.
3. Nuestra campaña ha de ser positiva en lo in-

telectual como en lo afectivo. Verdad y caridad es la divisa de nuestra bandera.

c) *Mística a mística. Se ha dicho con razón que el comunismo tiene una seudomística* (cf. Pío XI, «Divini Redemptoris», 8: Col. Enc., p. 650). *A esa seudomística hay que oponer una mística auténtica.*

1. Hombres de fe. España necesita para su nueva cruzada de hombres de fe, de hombres abnegados, de verdaderos santos. Necesitamos gente de oración. Necesitamos de almas movidas por el Espíritu Santo.
2. España al servicio de la civilización y de la Iglesia. España, que, afortunadamente, conserva su unidad espiritual, fiel a su tradición, modernizada en sus ideas y en sus métodos, restaurada en su grande espíritu universal, está llamada a prestar un servicio incomparable a la civilización y a la Iglesia.

5

La historicidad del Evangelio

I. *El Evangelio, obra rigurosamente histórica.*

A. Planteamiento del tema alrededor del Evangelio de hoy. El Evangelio de hoy, con su enumeración detallada de las autoridades contemporáneas al nacimiento del Señor, reviste todo el carácter de una obra histórica y nos lleva como de la mano, a tratar de la autenticidad de los Evangelios. Siendo la materia tan larga nos limitaremos a ver los intentos vanos del adversario.

B. Los contradictores de la historicidad evangélica se contradicen y refutan unos a otros. Una breve exposición nos demostrará cómo todo contradictor de la historicidad evangélica ha tenido como enemigo que destruyó su obra a su discípulo inmediato. La historia de los heterodoxos es la de una continua retirada estratégica.

II. *Ojeada de conjunto sobre los ataques contra el valor histórico del Evangelio.*

A. Voltaire y los enciclopedistas.

a) *Los evangelistas, «falsarios».*

1. Se inicia la apostasía total. Olvidados los primeros ataques de paganos y judíos, el mundo cristiano admitió siempre reverentemente los Santos Evangelios hasta que, en el siglo XVIII, se inició la apostasía total, con Voltaire y sus enciclopedistas, que, blasfematoriamente, afir-

man que Cristo y los apóstoles fueron unos falsarios, que engañaron al mundo y que han de ser borrados de la memoria de los hombres.

2. Pero los evangelistas están ahí. Ante el intento de Voltaire se levantan como monumento histórico los cuatro Evangelios, que nos hablan de Cristo y prueban su divinidad. Para derribar a Cristo hay que empezar por derribarlos a ellos.

b) *Nadie sostiene una mentira hasta morir por defenderla. La blasfemia no pudo ser mantenida. Era demasiado absurda y, para destruirla, no había sino recordar la sangre derramada por los mismos calumniados.*

B. La escuela naturalista de Paulus.

a) *Paulus frente a Voltaire. Los apóstoles no fueron unos falsarios. Paulus lo reconoce (1812).*

b) *Pero busca otra explicación, también heterodoxa. Los discípulos de Jesucristo, simples ignorantes, interpretaron como milagros hechos que tenían una explicación natural y sencilla. ¿Por qué hablar de muertos resucitados cuando podemos creer que se trataba de colapsos y desaparecidos?*

C. Strauss.

a) *Strauss (1825) frente a Paulus. No hay quien razonablemente pueda suponer tal necedad en los apóstoles y los lectores del Evangelio.*

b) *La «leyenda» de Jesucristo.*

1. La solución tiene que ser más sencilla. Cristo fué un hombre normal, santo en su vida, como lo fueron los suyos. Pero la leyenda popular idealizó su figura hasta convertirla en mito. El Cristo evangélico no se parece en nada al Cristo real.

2. Y aquí comienza la segunda etapa de rectificaciones continuas. Según Strauss, esa leyenda ha necesitado por lo menos un siglo para forjarse y, por lo tanto, los Evangelios que creíamos escritos por testigos oculares no pudieron aparecer hasta el año 150.

D. Baur y Renán rectifican a Straus.

a) *Pero la historia no siempre se deja manejar, ni permite jugar con las fechas. Baur (1847) tendrá que admitir que alguna parte de los escritos es anterior y que su estado actual se remonta al 130.*

b) *Los documentos acorralan a Renán. Renán (1877), hombre funesto por su estilo fácil, frecuente burlador de la verdad, se siente acorralado por los documentos que van apareciendo. ¡Qué más quisiera que poder sostener las fechas de Strauss en su «Vida de Jesús»! Pero no hay duda posible y Renán tiene que admitir que los cristianos leían los Santos Evangelios a finales del siglo I. Fueron escritos, según él, hacia el año 76.*

E. Harnack y Loyssi corrigen a Renán. Tampoco hay que recurrir a la Iglesia para forzar a Renán en este punto. Nos basta con invocar a Harnack, protestante y agnóstico alemán, y al desdichado

apóstata francés Loyssi. En el año 76 eran los Evangelios conocidos en toda la ribera oriental del Mediterráneo, por lo que hay que admitir que fueron escritos hacia el 70. Harnack, obligado por la Historia, señala, por fin, unas fechas: del 30 al 70. Estamos ya en el campo católico. El error ha terminado por ceder a la verdad.

F. Couchaud niega la existencia de Jesucristo.

a) *Una «leyenda» formada a través de varios siglos. Las fechas indicadas ponían a los racionalistas entre la espada y la pared. Pero los caminos del error son muchos. Puesto que en el año 60 los Evangelios estaban ya escritos y no había medio de alterar esta fecha, quedaba la posibilidad de borrar la primera. Un médico francés, Couchaud, hace aproximadamente unos veinte años, sostuvo que Cristo no existió. La «leyenda» se formó, según él, a lo largo de varios siglos y los evangelistas se limitaron a recogerla adobada por las opiniones contemporáneas.*

b) *Lo malo era que las doctrinas anteriores no habían dejado lugar a duda sobre la existencia real de Jesucristo.*

III. *La actitud de los católicos ante el problema.*

A. Para contestar a Voltaire basta con remitirle a Paulus; y a éste recomendarle a Strauss; y a Strauss y Baur, aconsejarles que lean a Renán; y a Renán, que oiga las lecciones de Harnack, mientras éste pregunta a Couchaud y Couchaud escucha a todos los anteriores.

B. En cuanto a nosotros nos basta con creer en el mensaje del Espíritu Santo, que nos narra la vida del Verbo encarnado, y señalar con el dedo, en el comienzo del Evangelio de San Juan (1,5), el verso que dice: «Et lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt».

6

Dignidad y obligaciones del sacerdote

I. *El sacerdocio en la Epístola y en el Evangelio de hoy. La Epístola, al describir a los «ministros y dispensadores», y el Evangelio, presentándonos al Precursor, nos inclinan a tocar algunos puntos sobre la dignidad y obligaciones del sacerdote. La dignidad de éste, como la de Juan o Pablo, son tan excelsas que exigen un cuidado especial para no ensoberbecerse y con-*

servarse merecedores de ella (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 472,b).

II. *Dignidad del sacerdocio.*

A. El sacerdote es ministro.

B. La dignidad del ministro depende:

a) *De la de su jefe, en cuyo nombre obra. El sacerdote es ministro de Cristo.*

b) *De los bienes que administra.*

1. Los sacramentos.

1.° *Bautismo, superior al de Juan.*

2.° *Penitencia. «¿Quién puede perdonar los pecados más que Dios?»*

3.° *¡Eucaristía!...*

2. La predicación. Como Juan, es voz de Dios, cuyo pensamiento transmite.

c) *De su mayor o menor proximidad al jefe. El sacerdote está tan próximo a Cristo como causa instrumental...* (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 472,b).

III. *Obligaciones inherentes al sacerdocio.*

A. Humildad en la dignidad. Grave daño sería para el sacerdote creerse algo más que ministro y actuar en nombre propio, como lo indica a veces tanta bandería y afecto personal existente entre nosotros (cf. ibid. p. 471,2). Para evitarlo pensemos en que:

a) *No tenemos nada propio. En el orden sobrenatural y específicamente en el ministerial todo es de Cristo.*

b) *Somos pecadores. Aun el sacerdote más santo lleva sus pies por el suelo* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 493,3.°).

B. Medio para que los hombres lleguen a Dios. San Juan es un buen modelo. Santo Tomás dice de él que, sirviéndonos siempre de lo sensible para subir a lo espiritual, Dios utilizó la persona de Juan para que los hombres llegaran a él. Tal debe ser el sacerdote: una escala para que los hombres asciendan por él a Dios. Cuídese por tanto de adornarse sólo con lo que puede llegar a Dios. E imite de Juan:

a) *La fidelidad a su vocación, no torcida por los aplausos ni por la muerte.*

b) *La larga preparación.*

c) *La austeridad* (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 481,b).

1. Las criaturas enturbian la presencia de Dios en el alma (cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, p. 515,A).

2. Las riquezas, lujos, abundancia en comidas, son lastres que impiden volar a lo alto (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 482,B) y enfrían la caridad.

3. Dios les pedirá cuenta de los talentos que enterraron entre la basura.

d) *El ser sólo voz, y todo voz, porque no hablemos más que de Cristo y todo en nosotros hable de Cristo* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 512ss).

C. Celo por la elevada dignidad del propio oficio. No la rebajemos. Aun sin llegar a la simonía, el que trabaja, predica, etc., sólo por dinero, se parece a Judas y cobra por la obra del Espíritu Santo. Los oficios seculares.

IV. *Exhortación. ¿Te rodean muchos peligros? Pues vuela alto para librarte de los lazos* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 497c). *Crucifica al mundo con la austeridad y la oración.*

7

La austeridad

I. *La austeridad de San Juan. La figura de San Juan, austera sobre todo, contrasta violentamente con nuestra época, pero precisamente por ello es más necesaria su evocación, porque la verdad y el remedio están en San Juan y no en nuestras costumbres* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 476,c, y SAN JUAN CRISÓST., p. 481,b).

II. *Falta de austeridad en las costumbres de hoy.*

A. Lujo superior a la capacidad económica de cada uno. Hoy vivimos todos para el lujo, para un lujo que generalmente supera nuestra capacidad económica. El del rico es muchas veces insultante, pero el nivel de vida de algunos pobres y de la clase media suele exceder la norma prudente. Todos aspiramos a más comodidades, a más diversiones, y más lujos de los que nos pertenecen. El deseo de ir más allá del límite debido constituye la ruina de muchas honras y de muchas casas.

B. El amor de las delicias. El amor de las delicias, como han solido llamar los Santos Padres a esta pasión, es sumamente perniciosa para el alma.

a) *Principios.*

1. El hombre no puede poner todo su interés en dos ideales, y el ideal de las «delicias» llegará a embotar cualquier otra capacidad, lastrando su alma con un peso que le impedirá navegar libremente (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 482,B), porque todo aquello que entra por los sentidos nos mueve con mucho mayor empuje, sin que quepa otro medio de defensa que el aislarse (cf. BOSSUET, p. 525,a).
2. Dios y el afecto a las criaturas son incompatibles. Para arrepentirse hay que separarse de

ellas; para santificarse se requiere una separación progresivamente mayor (*cf.* SAN JUAN DE LA CRUZ, p. 515,A).

b) *Consecuencias. De ello se deriva:*

1. Que las riquezas suelen engendrar soberbios.
2. Las diversiones, la sensualidad.
3. Y todo ello la tibieza y disipación religiosa.
4. Síntesis y triste final: los lujos y riquezas, dividiendo los hombres entre sí, terminan por arruinar el alma del mismo que los goza. Y al final, cuando todo desaparezca como escena de teatro, Dios nos pedirá cuenta de los talentos que nos diera y entonces caeremos en la cuenta de que nos había creado para otra cosa (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 488,d).

III. *El remedio: Imitemos a San Juan.*

A. Austeridad y desprendimiento. ¿Queréis arrepentiros y dejar el pecado? ¿Queréis adelantar verdaderamente en la perfección? (cf. BOSSUET, p. 527c). Pues imitad a Juan en su austeridad y desprendimiento.

B. Formemos un desierto interior de recogimiento. No es tan duro lo que se nos propone, pues no se habla de que os marchéis al desierto, sino de que os fabriquéis dentro de vosotros mismos un pequeño desierto de recogimiento para pensar (cf. BOUSSET, p. 527,c).

C. El que tenga dos túnicas... Desprendeos por lo menos del afecto al lujo y para eso escuchad a Juan: el que tenga dos túnicas, que dé una. Ejercitaos en la limosna. En ella iréis encontrando el remedio a todos esos peligros de las «delicias».

D. Aunque hayamos de renunciar a alguna de nuestras comodidades. Y si tenéis que renunciar a alguna de vuestras comodidades, examinaos sinceramente y pensad si en realidad no os podéis pasar sin ellas. Así cuando llegue el Señor con el bieldo, os placerá haber renunciado a una parte.

IV. *Exhortación final. Viene ya la Navidad, y Dios quiere ser recibido en tu casa. A buen seguro, que si lo piensas, desearás aderezarla tal y como a él le gusta. Reduce, pues, un poco tus aficiones al lujo, porque no son las suyas* (cf. SAN CESÁREO DE ARLÉS, p. 500, A). *Dios te ha creado para El. Vuela alto, y desde allá arriba verás qué miserables te parecen todas las cosas de la tierra* (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 484,c).

8

El pecado, mal de Dios y del hombre

I. *El pecado, supremo mal. Errados suelen andar los juicios de los hombres al valorar el pecado. Cuando Israel estaba en el punto más alto de su expectación mesiánica y los unos esperaban un nuevo relumbrar de las ceremonias del templo y los otros el triunfo de las armas de Israel, apareció Juan y lo único que predicó fué la penitencia de los pecados. Viviendo cada uno en medio de tanta falta* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 490, A ss) *y en medio de los actuales conflictos del universo, ¿hay quien piensa que el supremo mal es el pecado? Y sin embargo lo es, porque es el mal de Dios y el mal mayor del hombre. El mal de Dios, porque niega sus atributos; el mal del hombre, porque destruye su felicidad*

II. *El pecado, mal de Dios. Consecuencias.*

A. El pecado es mal de Dios, porque:

a) *Niega su bondad correspondiendo íntegramente a su amor.*

b) *Niega su omnipotencia, puesto que el hombre desprecia las leyes de Dios, como si no tuviera derecho a darlas, repitiendo el* non serviam *de Satanás.*

c) *Niega su justicia, como si le importaran poco sus castigos.*

B. Odio de Dios al pecado. Consecuencia de lo dicho es el odio de Dios al pecado. Para medirlo, lo mejor es atender a lo duro del brazo que descargó sobre su Hijo amado sólo porque salió responsable de los nuestros, o a los castigos que descarga sobre los hombres que son objeto de su amor.

III. *El pecado, mal del hombre, porque*

A. Lo separa de Dios.

a) *Dios es la luz, y el pecado las tinieblas, y así cuando vino a este mundo los que vivían en ellas no le recibieron* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 491,1).

b) *Dios es el amor y a El nos unimos por medio del amor. El pecado rompe esa unión que Dios quería gozar con nosotros, con lo que perdemos el supremo bien.*

c) *El pecado acaba con la inhabitación de Dios dentro del alma, y el que, siendo omnipresente, se complacía en vivir dentro de nosotros, ha de renunciar a ello dejándonos vacíos de El* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 491,2).

B. Constituye al hombre en la situación del rebelde impotente cuyas armas se revuelven contra él mismo.

C. Le convierte de amigo de Dios en siervo del demonio y de sus propios pecados, que serán castigo unos de otros.

IV. *Exhortación final. Cristo viene, en Navidad, espiritualmente; y, el día de la muerte, como juez. No penséis que está lejos y os confiéis. No embotéis vuestra conciencia viendo el mal ejemplo general* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 497,c). *Cristo juez se presentará de improviso y ¡ay del que no haya hecho penitencia y borrado su pecado!*

9

La predicación de la penitencia

I. *Profetas y predicadores en la hora de angustia. La historia del mundo está jalonada de catástrofes que han costado la vida y lanzado a la miseria a millones de sus hijos. En esos momentos de angustia humana, Dios ha enviado muchas veces a sus mensajeros para aportar la solución de los problemas. Son los profetas y predicadores.*

II. *La sencilla solución de la penitencia. Cualquiera hubiera creído que el cielo propondría soluciones inesperadas. En realidad, han sido siempre muy sencillas. Tanto que quizás le ha ocurrido al mundo lo que al general sirio cuando Eliseo le mandó bañarse en el Jordán, que las despreció por simples* (4 Reg. 5,11). *La solución indicada para esos momentos de angustia fué siempre la penitencia.*

III. *Ejemplos abundantes. La abundancia de ejemplos hace difícil la selección.*

A. Pocas catástrofes mayores que la deportación judía a Babilonia. Centenares de miles de muertos por el camino, la vida en el destierro, las ciudades abandonadas. Pues bien, cuando Israel, situado entre dos grandes imperios, no sabía qué medidas políticas tomar para librarse de la ruina. Dios suscitó a dos profetas, Isaías y Jeremías, cuyo único tema fué: «Convertíos al Señor, haced penitencia y trocad vuestros caminos» (cf. p. 464 f).

B. Llegó la hora de la desgracia, y, cuando gemían cautivos, otros dos profetas, Ezequiel y Daniel, vinieron a proponer el medio para acelerar el final de la deportación (cf. p. 464-465). No fué la rebeldía ni la política. Era la penitencia. El pueblo judío la hizo, y Dios levantó en una tierra lejana a Ciro, que, derrocando el poder caldeo, restituyó la libertad a los oprimidos.

C. Jonás es otro ejemplo (cf. p. 465).

IV. *Los grandes predicadores.*

A. El caso de San Vicente Ferrer. El mismo Espíritu ha movido a los grandes predicadores. A finales del siglo XVI, las pestes que destrozan Europa no son más que el signo de la gran peste de la herejía y de las guerras que han de estallar muy pronto. Jesús se aparece a un gran futuro predicador, Vicente Ferrer, y, curándolo milagrosamente, le dice: «Levántate y ve a predicar; lucha contra el pecado, convierte a los pecadores y anuncia el día del juicio» (cf. sec. 7.ª, I, p. 548).

B. En la época moderna. Los grandes predicadores del cristianismo han sido predicadores de penitencia, y sus grandes éxitos han consistido en llevar a ella masas de fieles (cf. sec. 7.ª, V, p. 522). El Beato fray Diego de Cádiz no hizo otra cosa en Andalucía.

C. Dios envía los azotes de la humanidad. La razón es harto fácil. La historia es obra de la Providencia. Y cuando los azotes de la humanidad son en la extensión universales y en el tiempo constantes, entonces, al llevar la marca divina de la infinidad y eternidad, demuestran claramente que los envía Dios. Así lo demuestra la historia de Israel.

D. La ira divina se aplaca por la penitencia. Ahora bien, Dios se aplaca sólo por la penitencia. Por lo tanto,, cuando los hombres del siglo buscan soluciones, El señala la suya: «Convertíos».

E. La hora presente de nuestro mundo. Se hace cada vez más difícil la hora presente de nuestro mundo. ¿Será preciso comentarlo? Nos rodean angustias y temores por todas partes. ¿Cuál es la solución? Dios no ha querido enviar predicadores, por creer que resultarían ineficaces. Tampoco ha querido enviar a su Hijo, porque no entra en sus planes que repita su venida. Pero, en cambio, ha enviado a la Madre.

V. *Lourdes y Fátima, las dos misiones de María.*

A. Cuando el laicismo está dando sus frutos y preparando la gran catástrofe de este siglo, María Santísima viene a Lourdes a pedir que recemos por la conversión de los pecadores. Es la predicación preventiva.

B. La humanidad no obedeció más que en parte muy escasa. Y restalló el látigo divino una y otra vez: la guerra de 1914; el comunismo y la lucha interior de las clases; la última conflagración... María repite su mensaje apremiante en Fátima: «Haced penitencia».

VI. *Un programa actual: penitencia. ¿Qué hemos de hacer? En esta hora sombría que nadie sienta diluida su responsabilidad con la del mundo entero. Todos hemos de practicar la penitencia, y si no comienzan a ejercitarla los más allegados, ¿por dónde van a iniciarse los frutos de la predicación de María? ¡Quién sabe si Dios se compadecerá de los hombres si encuentra siquiera cincuenta justos penitentes! ¿Y por qué no has de ser tú uno de ellos?...*

10

Penitencia y Jesucristo

I. *La penitencia y Jesucristo en la predicación.*

A. Del Bautista.

a) *El Evangelio nos presenta hoy la figura del Bautista «predicando el bautismo de penitencia»* (Lc. 3,3). *Si examinamos toda la predicación del Precursor veremos que uno de sus puntos centrales* (cf. LA FUENTE, p. 524,D) *es la penitencia: «Haced dignos frutos de penitencia»* (Lc. 3,8).

b) *Juan no predica penitencia solamente. Junto a ella, como tema también central, aparece Jesucristo: «Porque el reino de los cielos está cerca»* (Mt. 3,2). *Reino de los cielos, que aquí significa la nueva alianza de Dios con los hombres, el reino de Cristo en la tierra, esto es, Jesucristo, de quien era precursor y cuyos caminos preparaba* (cf. p. 477,d,1 y 2).

B. De los profetas, Juan sigue el estilo de los profetas, cuya predicación es sencilla, pero vigorosa. Repiten frecuentemente dos ideas:

a) *Penitencia, arrepentimiento de los pecados y austeridad, por una parte.*

b) *Por otra, perdón, misericordia, vida. Penitencia y Dios* (cf. p. 463,I y ss).

C. De los apóstoles (cf. p. 467 k).

a) *El primer discurso de San Pedro, el día de Pentecostés, es la penitencia y Jesucristo* (Act. 2,37-38).

b) *San Pablo, a través de sus epístolas, repite frecuentemente la doble idea. El fermento viejo y la nueva levadura, el hombre viejo y el nuevo...* (Rom. 6,6; Eph 4,22; Col. 3,9; 1 Cor. 5,7-8).

II. *La penitencia lleva a Jesucristo y Jesucristo a la penitencia.*

A. En la vida cristiana hay un centro: Jesucristo, en el que desemboca la penitencia.

a) *El ha de ser la razón de nuestra actividad y aspiraciones: «Cristo lo es todo en todos»* (Col. 3,11). *Toda la actual economía de la gracia converge hacia Cristo. Su misión no fué otra que la de comunicar su vida a los hombres: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante»* (Io. 10,10).

b) *Es imposible llenarse de esta vida y encontrar a Cristo sin la penitencia: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame»* (Lc. 9,23).

1. La penitencia en sí no tiene atractivo ninguno. Es antinatural. No sería cuerdo predicar penitencia solamente por el gusto de hacerla.
2. Pero entraña un gran valor para obtener el perdón de los pecados, que es imposible alcanzar sin ella (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 480, A,a). Posee, además, un valor superior que inunda el alma: el desembocar en el amor de Jesucristo.

B. La figura de nuestro Redentor, su vida mortal en el mundo, su vida sacramental en el Sagrario, arrastran hacia la penitencia.

a) *El secreto de las grandes austeridades de los santos hay que buscarlo en su enamoramiento de Jesucristo. Desde el punto de vista natural y sobrenatural es esto evidente.*

b) *Cuantos han escrito sobre la vida espiritual y cristiana, han colocado como ideal y como meta a Cristo, para comenzar por el arrepentimiento de los pecados, la guarda del corazón, la purificación de las afecciones, en una palabra, por la penitencia, para llegar a la luz, a la vida, a Cristo. El Kempis, el libro de los «Ejercicios» de San Ignacio; la «Vida Devota», de San Francisco de Sales, son indicios claros de ello* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 491,1).

c) *La experiencia lo confirma. Muchas almas que han temblado al oír predicar sobre la penitencia se han entregado a ella cuando les han hablado del amor de aquel que primero les amó. Podrían atestiguarlo los directores de ejercicios y misiones. Es un hecho reiteradamente comprobado, sin excepción, que cuando las almas comienzan a conocer a Jesucristo, inmediatamente ansían la penitencia.*

III. *Aplicación al Adviento y a la vida* (cf. sec. 2.ª, p. 470,I,A).

A. Jesucristo está ya cerca. La liturgia apremia es-

tos días con la idea de la proximidad y preparación de la Navidad. Estad preparados para salir al encuentro del Señor... (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 514,F, y BEATO AVILA, p. 520,A y 521,B). Para recibirle con fruto, para sentir su presencia, su consuelo, su gracia, es necesario empezar por la penitencia (cf. SAN CESÁREO DE ARLÉS, p. 500,A).

B. Las almas que aspiran a vivir en unión con Jesucristo, las que le reciben todos los días, no pueden descuidar la penitencia. Caerían en la frialdad y rutina. Para comulgar bien y con fruto hay que estar en gracia de Dios. Para sacar de la comunión el máximo provecho es necesario acudir con espíritu y, a ser posible, en estado de sacrificio (cf. SAN AGUSTÍN, p. 493,1).

11

Penitencia corporal y exterior

I. *El ejemplo del Bautista, el dogma del Cuerpo místico, del que Cristo es cabeza; la necesidad de satisfacer por nuestros pecados y de vencer nuestras inclinaciones, y su especial eficacia para obtener favores divinos, demuestran la necesidad de la penitencia exterior. El olvido de esta doctrina es, quizá, la causa de la tibieza de muchos cristianos.*

A. Penitencia y santidad.

a) *El ejemplo del Bautista* (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 476,c). *Juan es un hombre de penitencias exteriores. Vive en el desierto, viste con piel de camello y cilicio sobre sus lomos, su alimento es langosta y miel silvestre* (Mt. 3,4; Mc. 1,6).

b) *Todos los santos, de una u otra forma, han practicado la penitencia exterior o aflicción corporal* (cf. sec. 7.ª, p. 552,v). *Para algunos ha sido el camino especial por el que han llegado a la santidad (San Pablo el Ermitaño, San Antonio Abad, San Pedro Alcántara, etc.).*

B. La penitencia exterior es necesaria a todo cristiano (cf. SAN AGUSTÍN, p. 492,b).

a) *No se trata aquí de las penitencias extraordinarias de los santos, que no deben practicarse sin especial inspiración del cielo y que nunca pueden ser objeto de una predicación general.*

b) *Sino de que todo cristiano, por el mero hecho de serlo, debe practicar la mortificación corporal.*

1. Es un error pensar que tan sólo las personas espirituales, sacerdotes, religiosos, deben hacer tales penitencias (cf. ibíd. p. 493,3.º). Cierta-

mente que éstos deben distinguirse en su práctica:

1.° *Para huir de los peligros y adelantar con paso seguro en la perfección: «Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado»* (1 Cor. 9,27).

2.° *Para obtener fruto en su apostolado. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto»* (Io. 12,23).

2. La gracia del bautismo es gracia de martirio. El «quotidie morior», de San Pablo (1 Cor 15,31), ha de referirse también al cuerpo. Y esto es aplicable a todo cristiano, por el mero hecho de serlo.

C. Cuatro razones que lo justifican:

a) *Una, fundamental, de carácter objetivo y profundo: el dogma de nuestra incorporación a Cristo.*

1. Mediante el bautismo entramos a formar parte del Cuerpo Místico del que Cristo es cabeza y nosotros miembros vivos.
2. El miembro debe participar de la condición de la cabeza. Si Cristo sufrió en la tierra una vida constante de sacrificio corporal, que culminó en la Pasión, el cristiano no debe ni puede huir del sufrimiento corporal.

b) *Otras, de carácter subjetivo, alegadas por San Ignacio de Loyola en sus «Ejercicios»* (cf. «Obras completas»: BAC, p. 177):

1. Como satisfacción de los pecados cometidos.
2. Para vencerse a sí mismo, a fin de que la sensualidad obedezca a la razón y la parte inferior a la superior.

1.° *Hay un desequilibrio en el hombre por el pecado de Adán, desequilibrio que aumenta por los atractivos exteriores del mundo sobre la carne y las pasiones.*

2.° *El modo de contrarrestarlo es la mortificación exterior.*

3. Para obtener alguna gracia o don que especialmente se quiera obtener del cielo.

D. El olvido de esta doctrina. Efectos y causas.

a) *Los cristianos van olvidando esta doctrina y quizá haya que considerar aquí la causa del languidecimiento de muchos y de la esterilidad de obras y organizaciones.*

b) *Quizá en parte seamos culpables los sacerdotes al no predicarla, trazando las normas claras y razonables que la regulan. Creemos que es inútil hablar de ella, lo cual no es así.*

1. El corazón humano, en sus relaciones con Dios, siente la necesidad de practicar la penitencia exterior.
2. En la historia de las religiones no falta:

1.° *Budismo, mahometismo, hinduismo...*

2.° *En el Antiguo Testamento son muchas las figuras que echan mano de la penitencia exterior para conseguir de Dios gracias especiales (Judit, profetas). La Iglesia la practica desde los primeros tiempos (ayunos, cuaresma, ermitaños...).*

II. *Modos y normas de la penitencia exterior.*

A. Cómo puede hacerse.

a) *Aceptando las enfermedades, dolores, molestias, inclemencias de tiempo, etc., que Dios envía. Estas son siempre muy buenas y muy seguras mortificaciones.*

b) *Guardando las prácticas del ayuno y abstinencia cuando lo manda la Iglesia. Con ocasión de la vigilia de Navidad, se puede hablar del abandono en que muchos cristianos tienen el cuarto precepto de la Iglesia.*

c) *Eligiendo voluntariamente lo que nos causa dolor corporal o contraría las aficiones y gustos del cuerpo, lo que es contra nuestra comodidad y sensualidad, ora en el dormir o comer o beber, etc. Mas en este caso deben guardarse las siguientes:*

B. Normas para practicarla.

a) *La penitencia exterior nunca debe atentar contra la salud («Que no se corrompa el subjecto»: cf.* «Ejerc. Espirit.», en Obras Completas de San Ignacio: BAC, p. 176, y sec. 7.ª, p. 553, VI).

b) *No debe impedir el cumplimiento del propio deber. La penitencia tiene razón de medio, y el deber, de fin, por ser expresión de la voluntad de Dios.*

c) *Lo seguro es no practicarla sin consultar previamente con el director espiritual y confesor. El enemigo puede fácilmente engañar a las almas por aquí. Hay que vigilar especialmente a los jóvenes, porque las consecuencias pueden sentirse más adelante en la vida.*

III. *Exhortación final. Fátima. Actualidad de Fátima. La Virgen pidió penitencia exterior por la conversión de los pecadores. Los tres niños videntes comenzaron a practicarla inmediatamente. Haced penitencia por vuestros pecados y los ajenos. Haced penitencia por vuestras necesidades. Hacedla para que «el Pacífico» que va a nacer reine en los individuos, en las familias y en el mundo entero y sea realidad el mensaje de paz de la Nochebuena.*

12

Penitencia espiritual

I. *Juan predica penitencia interior. El cumplimiento del propio deber.*

A. Penitencia...

B. Interior, ante todo.

a) *Consistente, primero, en la compunción del corazón para obtener el perdón de los pecados: «In remissionem peccatorum»* (Lc. 3,3).

b) *Pero la penitencia de Juan presenta, además, otro aspecto muy claro, también interior: el cumplimiento del propio deber* (cf. Lc. 3,7-9; Mt. 3,7-10):

1. Hay que evitar las desviaciones en el concepto de penitencia. Hay una penitencia exterior, ciertamente. Mas en tanto vale ésta en cuanto es fruto de la interior o a ella conduce.
2. La verdadera penitencia es interior y consiste en el cumplimiento del propio deber. Es aleccionadora en este punto la carta en que la hermana Lucía (la vidente de Fátima, hoy religiosa carmelita descalza en Oporto) pide en 1943, al obispo de Leiría, reforma y penitencia, particularmente del clero y del pueblo español, y en la que hace notar cómo son muchos los que equivocadamente ponen el concepto de la penitencia en las grandes austeridades y mortificaciones, mientras que la penitencia que Dios pide de todos es la observancia de los mandamientos, el cumplimiento del propio deber, el permanecer en la gracia santificante. He aquí el texto íntegro de la carta, leída al final de los Ejercicios de los Prelados portugueses en Fátima el 20 de abril de 1943: «Dios Nuestro Señor me había manifestado ya su contento por el acto del Padre Santo y varios obispos, aunque incompleto, según su deseo. En cambio, promete acabar en breve la guerra; la conversión de Rusia no será ya (es decir, no se verificará tan pronto sino con esta condición) si los señores obispos de España atendieren los deseos de Nuestro Señor y emprendieren una verdadera reforma en el pueblo y el buen clero; mas si no, ella (Rusia) será todavía el enemigo con que Dios los castigará (a los españoles) una vez más todavía. Dios Nuestro Señor vase dejando aplacar, mas quéjase amarga y dolorosamente del número limitadísimo de almas en gracia dispuestas a renunciar a sí mismas en lo que les exige la observancia de su (divina) ley. Lo que Dios Nuestro Señor pide ahora es penitencia: el sacrificio que cada persona tiene que imponerse a sí misma para llevar una vida de justicia es la observancia de su ley; y desea que se haga conocer con claridad este camino a las almas, pues muchas, juzgando (igual poniendo) el sentido de la palabra penitencia en las grandes austeridades, no sintiendo fuerza ni generosidad para ellas, desanímanse y descansan en una vida de tibieza y pecado. Del jueves al viernes, estando en la capilla con licencia de las madres superioras, a las doce de la noche, me decía Nuestro Señor: El sacrificio de cada uno exige el cumplimiento del propio deber y la observancia de mi ley; (ésa) es la penitencia que ahora pido y exijo».

II. *Dificultad y trascendencia de la penitencia interior.*

A. Cumplir siempre con el propio deber es difícil. Si

el hombre no tuviera pasiones o las sometiera, no habría dificultad. Pero junto al deber se levanta la pasión:

a) *El deber habla de Dios, de su voluntad, de sus mandamientos. Las pasiones de comodidad, de capricho, placer.*

b) *El entendimiento ilumina la voluntad sobre lo que Dios quiere. La imaginación y las pasiones actúan sobre el entendimiento y disminuyen la acción de éste sobre la voluntad. Atraen, sobre todo, y arrastran a la voluntad.*

1. San Pablo nos habla de estas dos leyes: «Siento otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros» (Rom. 7,23).
2. Nuestra voluntad es como la aguja de una brújula atraída por dos polos: el deber y la pasión. Para que permanezca unida a Dios y a su voluntad, cumpliendo siempre y en cada momento con su deber, tiene que dominar las pasiones y contrariarlas constantemente. Constantemente en lucha. De aquí la dificultad de la penitencia interior. Supone esfuerzo no pequeño y es de todos los segundos hasta el fin de la vida.

B. Son muy pocos los que cumplen perfectamente y siempre con su deber.

a) *Cumplimiento parcial o condicionado.*

1. Se cumple cuando es fácil y agrada. Se deja de cumplir si es difícil o desagrada. Es muy frecuente, incluso en personas religiosas, abandonar el deber para ir en pos de lo que agrada, o crearse un deber que agrade y así hermanar el deber con la pasión. No es esto lo que quiere Dios. Ni aun con pretexto de piedad o de apostolado se puede dejar el cumplimiento del deber.
   1.° *Es el caso de los hijos que dan lugar a los lamentos de sus padres, porque, absorbidos por la sala de reuniones de la Acción Católica o de la Congregación, ni estudian ni trabajan.*
   2.° *O de las hijas que, atareadas en barrer la iglesia, adornar el altar y hacer la colecta, no ayudan a sus madres en los quehaceres domésticos.*
2. Se cumple un día y se deja de cumplir dos.
3. O se cumple a medias, sin la perfección y el cuidado que debieran ponerse en las cosas de Dios.

b) *¿Mala voluntad, o falta de voluntad?*

1. En muchos es mala voluntad, evidentemente. Para ellos no es Dios la norma de su conducta, sino la pasión. Son los pecadores.
2. Pero en otros no hay mala voluntad. Son hombres buenos. Lo que ocurre es que les falta la penitencia interior, el dominio constante sobre su imaginación y sus pasiones, para disminuir, ya que no aniquilar, sus fuerzas. Falta la disciplina férrea del entendimiento y la voluntad para no desviarse.

III. *Lo que Dios quiere. Preguntaos a cada hora y a cada momento qué es lo que Dios quiere de vosotros, cuál es vuestra obligación. La respuesta la dará vuestro cargo o profesión o el mandato del superior. Haced lo que debáis como si únicamente aquella hora existiera para vosotros, sin disputas ni otras preocupaciones, entregándoos al deber con todas vuestras facultades. Guste o no. Cueste o no. Esta es la principal penitencia, la penitencia interior. la que predicaba el Bautista y la que predica la Iglesia. Esta es, además, la principal virtud: «No hay virtud más eminente que el hacer sencillamente lo que tenemos que hacer»* (cf. PEMÁN, «El Divino Impaciente»).

13

La penitencia, necesaria a justos y pecadores

I. *El Bautista y la penitencia. Cuando Dios manda especiales mensajeros parece como si éstos tuvieran que venir con nuevas y sorprendentes misiones, destinadas a cambiar la faz de la tierra. Y he aquí que casi todos ellos, y muy especialmente Juan, que viene a preparar los caminos del Mesías, se limitan a predicar la penitencia. ¿Es de extrañar que los hombres se llamen a engaño? Y, sin embargo, si algo hay transcendental y necesario en el mundo es esa virtud. Juan la predica clamando* (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 480,A,a).

II. *La penitencia, necesaria para todos.*

A. ¿Qué es la penitencia? El cambio de vida, el dejar lo que eras, el comenzar a ser lo contrario (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 482,c).

B. La penitencia, necesaria a los justos. Esta penitencia es necesaria de todo punto y para mejor probarlo comenzaremos por aquel estado que parece ser el que menos podia necesitarla, el de los justos, para hablar después de los pecadores. Los justos la necesitan:

a) *Porque todos tienen pecados que, si no les impiden salvarse, disminuyen su mérito y les ponen en peligro de hundirse* (cf. SAN AGUST., p. 493,1.º; SANTO TOMÁS, p. 503,B).

1. Los tienen los sacerdotes que, a pesar de su vida entregada a Dios, llevan sus pies por el suelo polvoriento del mundo (cf. SAN AGUSTÍN, p. 493,3.º).
2. Los tuvieron los apóstoles.

3. ¿Cuánto más los tendrán los seglares, en medio de las preocupaciones del siglo? (cf. ibíd. página 494,4.º). Es imposible no caer a diario en el pecado venial (cf. ibíd. p. 495,5.º).

b) *Porque la penitencia es necesaria para resistir la tentación y para aumentar la gracia* (cf. ibíd. p. 943,1.º y 2.º).

C. La penitencia, necesaria a los pecadores. Los pecadores la necesitan absolutamente porque es el único modo de salir del estado de pecado, que, en realidad, es el mal mayor que puede acaecer.

a) *Es el único modo de salir del pecado, porque, consistiendo éste en un acto libre de la voluntad, por el cual se separa de Dios y elige en su lugar una criatura, no puede ser perdonado mientras el alma continúe en tal disposición* (cf. SANTO TOMÁS, página 503, A).

b) *No puede acaecer ningún mal mayor que el pecado, ya que es el mal de Dios y el mal del hombre, en cuanto consiste en una rebeldía de éste contra su Creador.*

1. Mal de Dios. Porque se niegan sus atributos. Su majestad, como si no tuviera derecho a imponer leyes; su sabiduría, como si éstas no fuesen prudentes; su justicia, como si no hubiera de sancionar a quienes las conculcasen; su bondad, con la ingratitud...
2. Mal del hombre. Porque su rebeldía contra el Señor, incapaz de producirle la felicidad, le llevará a la ruina, haciendo que sus pecados se revuelvan contra él para castigarle. En efecto:

1.º *Le separa de Dios, que es amor y ha querido unirse a nosotros por amor, mientras el pecado rompe esta unión, y que es luz incompatible con las tinieblas que no le recibieron* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 491,1). Dios *omnipresente se niega a habitar en el alma en pecado* (cf. ibíd. p. 491,2).

2.º *Atrae, por consiguiente, su odio, al que nos arroja el pecado. Y si quieres conocer la medida de este odio piensa en los tormentos que infligió a su Hijo amado por sólo haberse hecho responsable de ellos. Piensa, pues, cuáles serán los efectos de este odio cuando descargue sobre ti.*

3.º *Acarrea la muerte del alma y la convierte de sierva de Dios en esclava del demonio, situación que se convertirá en definitiva si en ella te sorprende la muerte.*

4.º *Penas eternas.*

5.º *En resumen, el pecado es la locura del hombre que se subleva contra Dios.*

III. *Exhortación. Necesaria para los que no hacen penitencia porque desesperan de su salvación, y para los que la aplazan confiados en que habrá tiempo de practicarla alguna vez* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 497,B y ss).

A. A los desesperados.

a) *¿No sabéis que Dios os espera? Dios odia en vos-*

otros lo que es obra vuestra, pero quiere salvar lo que es obra suya; Dios no se separa nunca del todo, sino que espera (cf. SAN AGUSTÍN, ibíd.).

b) *¿Dónde te esconderás de Dios? Pues en Dios mismo. Huye de su justicia y refúgiate en su misericordia* (cf. ibíd., p. 498,2,2.ª).

c) *Dios no quiere que te condenes. No digas nunca: déjame que me condene en paz, porque Dios no te quiere dejar entregarte a la condenación* (cf. ibíd., p. 499,b).

B. A los presuntuosos.

a) *De dos maneras puede reinar Dios, por su amor o su justicia. Elige. Pero no creas nunca que porque tú duermes duerme también él y no advierte tu pecado.*

b) *El tiempo pasa y la muerte llega por sorpresa.*

c) *¿Crees acaso que lo que haces es vivir bien? Es acumular males sobre males* (cf. ibíd., 498,2,1.º).

d) *Nadie sea tan enemigo de sí mismo que busque su condenación* (cf. ibíd., p. 499,b y c).

14

Penitencia y caridad

I. *Penitencia y caridad en el Adviento. El Bautista prepara los caminos del Señor y exhorta a la penitencia y a la caridad. Los Santos Padres en la predicación de Adviento abundan en las mismas ideas: penitencia y caridad. Hoy día, casi todos los obispos predican la caridad y organizan campañas en favor del necesitado, mientras la liturgia de Adviento exhorta a la penitencia* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 477,2). *¿Qué relación hay de una con otra?...*

II. *Santidad, caridad y penitencia.*

A. La santidad en la caridad.

a) *Sustancialmente la santidad no es otra cosa que la caridad de Dios derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo. La manifestación inequívoca, la consecuencia necesaria del amor de Dios es la caridad para con el prójimo.*

b) *Se dirá que muchos, sin amor de Dios, por educación, cortesía o sentimiento natural poseen amor sacrificado y generoso hacia nuestros semejantes. Así es. Pero el pensamiento profundamente teológico y vital del cristianismo es que quien no se muestra caritativo para con sus hermanos, no puede poseer la caridad de Dios en su corazón. El que la posea ha de manifestarla necesariamente en la caridad hacia el prójimo, que sigue a la de Dios como el rayo del sol al sol mismo. Esta idea se halla clara y frecuentemente expuesta en las epís-*

tolas de San Juan: «El que tuviere bienes de este mundo y viendo a su hermano pasar necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios?» (1 Io. 3,17).

B. **La penitencia, subordinada a la caridad.** Si la caridad del prójimo se confunde con la santidad, según lo anteriormente expuesto, resulta claro que la penitencia debe estar subordinada a la caridad (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 486,a).

a) *Penitencia sin caridad no es agradable a Dios.*

1. En los libros proféticos:
   1.° *«Encorvar la cabeza como un junco y acostarse con saco y en ceniza, ¿a eso llamáis ayuno y día agradable al Señor?»* (Is. 58,5).
   2.° *Y el profeta, en respuesta, pone en la caridad el verdadero sentido del ayuno y de la penitencia grata al Señor* (cf. ibíd., 6ss).
2. En la misa del viernes siguiente al miércoles de Ceniza se desarrolla esta misma idea. Vemos muchas personas devotas espirituales, austeras, mortificadas; pero insoportables, intransigentes, murmuradoras, incomprensivas, que nunca prodigan palabras de consuelo y aliento a los que viven en su derredor, huyen del pobre, le censuran y desprecian. Temblemos al pensar en sus almas. «¿Cómo mora en ellas la caridad de Dios?» (1 Io. 3,17).

b) *Penitencia que estorbe a la caridad no es ordenada.*

1. La caridad es la reina de todas las virtudes. Tiene razón de fin, por ser consecuencia necesaria del amor de Dios. Por tanto, todas las otras virtudes están subordinadas a ella. Si la impiden o perjudican dejan de ser virtud. Se equivoca la ascesis que disminuye las fuerzas en daño del bien que se puede o se podría hacer en beneficio del prójimo.
2. Según San Gregorio Magno, el precepto principal de Cristo «se funda sólo en la caridad. Pues así como muchas ramas de un árbol provienen de una sola raíz, así muchas virtudes nacen de una caridad. Y la rama de las buenas obras carece de verdor y lozanía si no se asienta en la raíz de la caridad» (cf. SAN GREGORIO MAGNO, *Hom. 27 in Evang.*: PL 76,1205).

III. *Conclusión. El ideal es penitencia y caridad. El valor de la caridad, se acrecienta cuando es fruto de la penitencia. En el Adviento se predica austeridad de vida, privación de diversiones... Sea resultado de todo esto la caridad para con el prójimo: atender a los enfermos, socorrer a los pobres y necesitados... Más aún: haced de la caridad norma para vuestra penitencia* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 488. B. a). *Al contemplar tantos desamparados, carentes de hogar, sin vestido ni alimento, ni medios para conseguirlo, ¿no se*

os mueve el corazón para privaros no ya de lo que os sobra, sino incluso de lo conveniente en favor de los menesterosos?... Caso rigurosamente histórico: Al terminar unos ejercicios espirituales, una joven de alta sociedad deja sobre la mesa del director todas sus joyas, y dice estas palabras: «Tenga, Padre, véndalo todo y délo a los pobres»... He aquí la penitencia y la caridad hermanadas.

15

La limosna como penitencia

I. *Un consejo de San Juan Bautista. Cuando Juan repetía: «Haced frutos dignos de penitencia», le pidieron las turbas sus consejos y entonces dijo: «El que tenga dos túnicas, que dé una»* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 488,B,a).

II. *Limosna y penitencia en la Escritura y en los Santos Padres.*

A. Intimamente unidas. En efecto, la penitencia y la limosna van íntimamente unidas en la Sagrada Escritura y en la predicación de los Santos Padres (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 486,a y b).

B. Cierto, que sin arrepentimiento no hay perdón posible, por lo que San Agustín moteja a los que sin querer cambiar de vida intentan salvarse con limosnas, diciéndoles que pretenden sobornar a Dios.

C. Pero sin olvidar este punto, podemos afirmar que la limosna es la mejor preparación y consumación de la penitencia,

a) *Para obtener el perdón.*

1. La limosna impetra la gracia de la conversión. Nada la detiene en su vuelo hacia Dios. Es la abogada continua, que está orando perpetuamente por ti (cf. SAN JUAN CRISÓST., p. 486,b). Coloca la limosna en el corazón del pobre y ella pedirá por ti (Eccli. 29,15).
2. Ejemplos: el centurión Cornelio (Act. 10,4) y Zaqueo (Lc. 19,8).
3. La razón consiste en que habiéndose Cristo sustituído por los pobres, no quiere pasar por desagradecido, y si tú le das lo que más aprecias, que es tu dinero, él te devolverá lo que más aprecias tú: su gracia.

b) *Para satisfacer por él.*

1. Así se lo dijo el profeta a Nabucodonosor: «Re-

dime tus pecados con justicia y tus iniquidades con misericordia a los pobres» (Dan. 4,24).
2. Para que purifiques totalmente tu alma, antes de entrar al templo colocamos dos cosas en sus puertas: las pilas de agua bendita y los pobres. Purifícate con la limosna (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 488,d).
3. Viéndonos Dios tan llenos de polvo, aun después de obtenida la justificación, nos lo perdona todo si somos caritativos con él.
4. Exhortación. Cristo pasa necesidad en los pobres sólo por darte ocasión a que te salves. Poco es dejar el pecado si no lo curas. Da limosnas: ¿Eres muy pecador? Pues da más (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 486ss, y SAN AGUSTÍN, p. 488ss).

c) *Para preservar de caídas futuras. Los peligros de la riqueza, la vanidad y el mundo y la limosna* (cf. ibíd.).

16

El premio individual de la limosna

I. *Pureza de intención en la limosna. Nunca hagáis la limosna por el premio. Es cosa ruin y mezquina. Podría decirte el Señor: «Recibiste tu recompensa»* (Mt. 6,6). *Ni la hagáis por vanidad, «para ser vistos de los hombres»* (Mt. 6,1). *Ni la hagáis tampoco para granjearos el favor de otro. Condición de la limosna para que sea acreedora del premio, es la pureza de intención. Hacedla porque en los pobres, buenos o malos, simpáticos o antipáticos, agradables o desagradables, está representado Dios. Vuestro ojo debe ser sencillo. No veáis más que a Dios y haced la limosna por Dios. Así será digna de premio.*

II. *El ejemplo de Tobías. El libro de Tobías es muestra de que Dios premia al limosnero. Tobías caminó «por las sendas de la verdad y de la justicia haciendo muchas limosnas»* (Tob. 1,3); *«dando pan a los hambrientos y vistiendo a los desnudos»* (1,17). *Dios le probó con la prueba de los justos. Su mujer, como la de Job, se lamenta y le reprocha: «¿Dónde están tus limosnas y tus buenas obras? Ya lo ves ahora»* (Tob. 2,14). *Mas Tobías confía y llega el premio: protección a su hijo durante el viaje, curación de su ceguera, últimos días de paz y prosperidad.*

III. *Premio de la limosna. En un versículo del libro de Tobías está expresada acabadamente la recompensa que Dios da a la limosna: «Mejor es dar limosna que*

acumular tesoros, pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado. Los que practican la misericordia y la justicia serán colmados de felicidad» (Tob. 12,8). *Triple es, por tanto, el premio de la limosna.*

A. Libra de la muerte. Tabita, *rica en limosnas,* resucitada por Pedro (Act. 9,36-42), es un símbolo. En los textos de Tobías se habla más bien de la muerte del alma. Muerte del alma son las tinieblas. La vida es luz. «Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor» (Eph. 5,8). La limosna es puerta de oro para la fe. Por ella entró el pagano Cornelio. «Tus oraciones y limosnas han sido recordadas ante Dios» (Act. 10,4). La limosna es señal clara de predestinación. *Preserva de caer en las tinieblas* (Tob. 4,10).

B. Libra del pecado (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 487,c). «No limpia tanto el agua las manchas del cuerpo como la limosna las del alma» (cf. CHRYSOST., *Hom.* 81 *in Ioan.*: PG 59,442). «Así como el agua mata al fuego, así la limosna al pecado» (SAN JUAN DE DIOS).

a) *Es satisfacción por la pena temporal* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 489,b).
b) *Borra los pecados veniales, si hay arrepentimiento* (cf. ibíd., p. 490).
c) *Prepara el alma para el perdón de los pecados morales* (cf. ibíd., p. 488,d y a).

C. Llena de felicidad. *Facit invenire misericordiam et vitam aeternam* (Tob. 12,9). La traducción directa del original de este texto dice: *Los que practican la justicia y la misericordia serán colmados de felicidad.* Más amplio este último texto. La limosna da la felicidad. En esta vida y en la otra.

a) *En esta vida:*
   1. El caso de Tobías, antes citado.
   2. La familia de la condesa de Sesa, que da mucho a San Juan de Dios para limosnas, es familia llena de paz, de unión y felicidad, según escribe el propio Santo.

b) *En la otra vida:*
   1. La sentencia final por la limosna. «Gazofilacio de Dios es la mano del pobre» (cf. CHRYSOST.: PG 48,770).
   2. «Hermana mía en Jesucristo la buena duquesa, la limosna que me hicisteis ya los ángeles la tienen asentada en el cielo en el libro de la vida. El anillo está bien empleado, que dos pobres llagados hice vestir y compré una manta con lo que me dieron por él. Esta limosna está delante de Jesucristo rogando por vos» (cf. SAN JUAN DE DIOS, *Carta a la duquesa de*

Sesa en Vida del glorioso Padre San Juan de Dios, por el P. MANUEL TRINCHERÍA [Madrid 1829], p. 326).

IV. *Exhortación a la limosna.*

A. Hemos de aconsejaros, para terminar, lo que Tobías a su hijo: *Según tus facultades haz limosnas y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre y Dios no lo apartará de ti. Si abundas en bienes haz de ellos limosnas, y si éstos fueran escasos, según esa tu escasez no temas hacerla* (Tob. 4,8).

B. Os pido para los pobres. Os pido para vosotros. Por vuestro propio bien espiritual y temporal. Por la felicidad eterna de un día. Como decía San Juan de Dios, «hermanos, haceos bien a vosotros mismos».

17

Valor social de la limosna

La limosna tiene un gran valor social. Toda la sociedad se beneficia de la generosidad de los ricos.

I. *Un error doctrinal y práctico. Debemos precisar bien para evitar un grave error doctrinal y práctico.*

A. La limosna contraproducente. No nos referimos a aquella limosna que está condenada por los Pontífices (cf. Pío XI, *Divini Redemptoris*, 49): «La que da a título de caridad lo que debe dar de justicia».

a) *Esa limosna, ya sea directa y propiamente tal, ya se administre en forma de paternalismo o de las que llaman obras asistenciales, puede ser, y es muchas veces, de hecho contraproducente. No decimos que siempre lo sea. A veces el llamado paternalismo es laudable y procede de auténtico espíritu de caridad. Pero no siempre lo es. Cuando no se dan las circunstancias a que alude el Papa, esa limosna no sólo no es social, sino que es antisocial.*

b) *El empleado y el obrero que conocen y sospechan, aunque no sea más que por razones exteriores, la magnitud de los beneficios de la empresa y creen estar retribuídos injustamente, recibirán mal la parte que se invierta en obras asistenciales y que se les ofrece como una protección generosa y caritativa del empresario. Y no lo agradecerán. Y en parte les ofenderá y les alejará más de los que les entregan el don, aunque lo reciban y callen.*

B. La que socialmente edifica. No es ésta la limosna que edifica socialmente. La limosna que edifica socialmente es la que brota puramente del corazón caritativo del hombre. Y da a quien fuere simplemente porque es hermano. A veces a quien no conoce. A veces ocultando la mano que da para cumplir el precepto evangélico. Da por amor de Dios a su hermano, y sólo Dios conoce la limosna.

II. *Efectos sociales de la limosna. A esta verdadera limosna se refiere San Pablo en la Epístola segunda a los corintios. Y los efectos sociales de esta limosna, sobre todo, cuando es generosa, como ocurre en las grandes colectas de caridad, pueden ser exactamente los que el Apóstol enumera.*

A. Contribuye a nivelar la situación de los fieles (2 Cor. 8,13-15).

B. Es rica en bienes materiales porque Dios Nuestro Señor premia con largueza aun en este mundo (2 Cor. 9,6-10).

C. Fomenta en el pueblo el espíritu de fe al ver prácticamente en los demás el fruto del Evangelio.

D. Intensifica la mutua caridad entre los cristianos (2 Cor. 9,13).

E. Se elevan muchas acciones de gracias a Dios que salen de la boca de los pobres favorecidos (2 Cor. 9,12), y, como consecuencia, descienden de Dios muchas bendiciones sobre pobres y ricos. San Pablo sintetiza, emocionado y conmovido, su pensamiento al contemplar la generosidad de los corintios en los dos últimos versículos del capítulo 9 (2 Cor. 9,14-15).

III. *La limosna es individual y socialmente un don inefable de Dios para los que la practican y para los que con humildad y gratitud la reciben.*

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

18

Preparad los caminos para que Cristo reine en la sociedad

I. *San Juan Bautista y el reino social de Jesucristo. Conviene recordar una vez más la vida mortificada, solitaria, impresionante del Bautista. Es la preparación más adecuada para atraer la atención de la sociedad en que vive y en la que va a realizar su misión de Precursor.*

A. El es el encargado de preparar el camino por donde el Mesías ha de venir al pueblo escogido.

B. No sólo para tomar posesión de las almas, individualmente consideradas. También para establecer socialmente su reino en aquel pequeño pueblo, de donde más tarde tendrá que extenderse a toda la sociedad humana.

a) *Cuando el propio Juan se refiere a sí mismo, «voz del que clama en el desierto: preparad los caminos...», se atribuye los rasgos característicos de un reformador social, que convoca a su pueblo a una tarea de renovación colectiva. La imagen la ha tomado del profeta Isaías cuando describe la vuelta de los hebreos a la tierra prometida, una vez liberados de la cautividad de Babilonia. Semejante al éxodo de los cuarenta años, de retorno desde Egipto, el profeta ve a su pueblo caminando a través del desierto de Siria, entre Babilonia y Caná. Delante, la gloria de Yavé, figura de Dios, en forma de nube luminosa. Y como precursores, unos mensajeros que anuncian a los habitantes la proximidad del Rey, para que acondicionen convenientemente los caminos. Era como una especie de prestación personal, a la que solidariamente se obligaban los súbditos del reino cuando el rey emprendía un largo viaje a través de sus territorios.*

b) *No pierde la imagen su contenido social cuando Juan la utiliza en un sentido moral y religioso. El mismo, como auténtico heraldo de un nuevo reino que se acerca, dispone a los pueblos para recibirlo. Y para que esa disposición, que ha de brotar en lo más íntimo de los espíritus, por la penitencia, se proyecte externamente sobre la vida social, su predicación contiene todo un programa de reforma colectiva. No es sólo la confesión de los pecados y el bautismo de penitencia. Son también aquellos*

preceptos a las distintas clases sociales, que vienen a ser como la versión social del enderezar senderos, terraplenar valles, rebajar montes o allanar fragosidades.

II. *La Iglesia católica y el panorama social de nuestro tiempo.*

A. Cuando la Iglesia toma estos pasajes evangélicos para disponernos a celebrar la Natividad del Señor, intenta despertar aquellos mismos efectos en la sociedad actual. Si contemplamos el panorama social de nuestro tiempo, tienen plena vigencia las predicaciones del Bautista. No es el equilibrio lo que caracteriza la vida social moderna. Hay demasiados altibajos, excesivas desigualdades, diferencias irritantes, de las que han brotado y seguirán brotando violentos conflictos y revoluciones.

B. El testimonio de los Papas. Podríamos citar testimonios elocuentísimos de los Papas que, como modernos precursores, claman en el desierto, pidiendo una nivelación necesaria para que Jesucristo pueda reinar en nuestra sociedad. Recordemos tan sólo unos pocos:

a) *La injusta distribución de los bienes provoca en nuestra sociedad un estado de conflicto latente* (cf. p. 536,b).

b) *El régimen económico liberal, vigente en muchas naciones, ha dado como consecuencia la formación de un ejército de proletarios* (cf. p. 540,b), *que se extiende ahora peligrosamente entre los trabajadores del campo* (cf. p. 540,d).

c) *Como consecuencia, la sociedad moderna presenta una peligrosa división entre dos clases opuestas* (cf. p. 539,a), *situadas a enorme distancia: una, formada por pequeña minoría, acapara gran parte de los bienes producidos; la otra, constituida por la masa enorme de los proletarios, está privada de un nivel suficiente de vida* (cf. p. 540,b).

d) *Tan injusto desnivel provoca en la sociedad una inestabilidad sumamente peligrosa.*

1. Por su parte, la multitud de los proletarios ha de soportar una injusta situación de desamparo (cf. p. 540,c), que amenaza en todo momento conducir a una rebelión violenta (cf. p. 539,d).
2. De otro lado, los poseedores del capital, olvidando su condición de administradores, se apoderan de los bienes producidos en gran parte por los obreros (cf. p. 539,a), abusan incluso de su poder sobre los campesinos (cf. p. 540,d y 541,e) y se lanzan a una lucha despiadada entre sí, para conquistar el poder económico (cf. p. 541,g).

C. En una sociedad semejante, Jesucristo no puede establecer su reinado. Tales diferencias se oponen al orden querido por Dios (cf. p. 542,i), que no pue-

de basarse sobre la oposición entre las clases (cf. p. 542,k) ni sobre una distribución de bienes que coloca a gran parte de los hombres en el trance de ser verdaderos héroes si quieren soportar la dureza de la vida (cf. p. 539,c). Tanto la excesiva riqueza de unos como la excesiva pobreza de otros son ocasión y fuente de todo pecado (cf. p. 542,j).

D. Hay que preparar los caminos. Para que Jesucristo venga a esta sociedad es necesario suprimir diferencias, disminuir distancias, acercar unas clases a otras.

a) *La solución no puede ser dejarlo todo en las manos de las fuerzas que mueven espontaneamente la vida económica.*

b) *Ni puede tampoco ser producto de una revolución violenta.*

c) *Es necesaria una progresiva transformación* (cf. p. 544,n) *que, animada por la justicia social, redistribuya equitativamente los bienes* (cf. p. 544,ñ), *a lo menos los que se produzcan en el futuro* (cf. p. 545,r,rr y s).

III. *La reforma social se impone. Sería vano empeño querer desarrollar aquí todo el programa de reforma social que la Iglesia propugna. Habrá de ser objeto de muchas homilías.*

A. Hoy basta con que quede en vuestra conciencia la necesidad de esa reforma.

B. Y con que sintáis en vosotros mismos la parte de responsabilidad que os corresponde en preparar los caminos al Redentor.

a) *Tal vez diréis que la solución no está en vuestras manos. Y es cierto. Depende en gran parte de los que rigen la sociedad.*

b) *Pero hay una parte que depende de vosotros: colaborar activamente con aquéllos en la aplicación y en el estudio de las soluciones, y realizar lo posible por vuestra cuenta.*

c) *Sólo así reinará en vuestros corazones el saludo evangélico de «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».*

19

El pensamiento de los Papas sobre la limosna

I. *Limosna y justicia social en San Juan Bautista.*

A. Medio principal para disponer las almas a la venida del Salvador es la limosna. Tal es la predicación de Juan.

B. Más todavía: para él, la limosna es instrumento necesario para conseguir en la sociedad una nivelación de fortunas, un equilibrio, una colaboración social que hagan posible socialmente el reino de Jesucristo.

II. *Trascendencia social de la limosna según los Papas. En nuestros tiempos, los Sumos Pontífices urgen con insistencia el cumplimiento de este precepto formal de la caridad. Lo consideran, es claro, como un medio de santificación individual. Pero destacan también su importancia y su trascendencia en el orden social.*

A. El auténtico concepto de la limosna. Cuando los Papas hablan de limosna no se refieren tan sólo a la limosna material. Por limosna entienden la entrega caritativa de toda clase de bienes a quienes carecen de ellos (cf. p. 530,a y b). De ordinario, se refieren a la limosna material y, concretamente, en forma de dinero. Pero sin pretender encerrarla nunca dentro de esta restringida significación. Y de esta primera verdad dedúcese inmediatamente que la limosna es medio eficacísimo para promover la colaboración social y estrechar los vínculos entre los hombres (cf. p. 531,f).

B. Urgencia del precepto de la limosna referida a toda clase de bienes. Sobre un sólido fundamento cristiano está basada la urgencia de este precepto. Sobre la doctrina de que Dios dispensa de ordinario sus dones por medio de los hombres. Dios puso en manos de ciertos hombres abundancia de bienes, constituyéndoles en depositarios y administradores de los mismos, en beneficio de todos los demás (cf. p. 530,a). Podrían enumerarse multitud de aspectos de esta verdad básica: desde la administración de los bienes más bajos—como son los materiales—hasta la de los dones sobrenaturales de la gracia, Dios la confió a hombres determinados, haciéndoles responsables ante El de la fidelidad en su gestión (cf. p. 531,c y 532,h). Cuanto mayores dones se recibieron de Dios, más obligados quedan a distribuirlos entre quienes no pueden alcanzarlos por sí mismos (cf. 530,b).

C. Tres motivos fundamentales, según los Pontífices, para la práctica de la limosna:

a) *La penitencia. Supone la limosna una auténtica inmolación. Supone despojarse de lo que es propio nuestro. Lleva consigo un reconocimiento implícito del supremo dominio de Dios, dueño absoluto de todos los bienes. Por eso recomiendan de modo especial la limosna, como medio de satisfacción co-*

lectiva, en momentos de crisis sociales peligrosas, consecuencia siempre y muchas veces origen de pecados sociales (cf. p. 532,g).

b) *La caridad, sobre todo. Es el precepto del amor al prójimo el que urge la limosna al hermano necesitaao. Totalmente necesaria para asegurar las reformas implantadas en nombre de la justicia, esa caridad sólo puede actuar cuando todos se sienten miembros de una misma familia e hijos del mismo Paare. Cuando en el pobre, en el ignorante, en el necesitado vemos al mismo Jesucristo y, por amor a El, acudimos en remeaio de su necesidad.*

c) *La justicia social, en muchas ocasiones* (cf. p. 534,n y p. 546,t,u y v). *Cuando la organización económica de la sociedad es tal que la distribución de los bienes proaucıaos no se ajusta a las normas de la justicia distributiva, muchas veces los particulares no tienen otro meaio para restablecer las justicia que el dar como limosna lo que debieran haber dado en otra forma.*

1. No se trata de sustituir con dádivas de caridad el cumplimiento de graves deberes de justicia (cf. p. 546,t). Ni de encubrir con la caridad la violación de la justicia, tolerada e incluso sancionada por las leyes (cf. p. 546,u). En todos estos casos, los Papas se refieren evidentemente a aquellos deberes de justicia que nacen de un contrato, por el que tantas veces, en la economía liberal, quedó sancionado con fuerza de ley el incumplimiento de la mas elemental justicia conmutativa, forzando al trabajador a aceptar salarios de hambre.
2. Pero, aparte estos casos, puede haber, y de hecho las hay, situaciones tales que, aun cumpliendo los deberes de la justicia conmutativa, queden por cumplir todavía auténticos deberes de justicia social, sin que las leyes hayan provisto suficientemente a su cumplimiento, bien porque ello requería un mecanismo tributario más complejo y perfecto y una conciencia social más elevada en el conjunto de la sociedad, bien porque la prudencia política aconseja una implantación gradual y paulatina. Y aun cuando en estos casos no es posible urgir coactivamente el cumplimiento de aquellos deberes que impone la justicia social, queda a la conciencia de los individuos el libre cumplimiento de los mismos, en forma de limosna.

D. Norma para fijar la cuantía de la limosna.

a) *La misma que la de Juan en el evangelio de hoy. En una sociedad donde hay diferencias tales que, mientras unos carecen de lo necesario, otros tienen más de lo conveniente, tales diferencias deben desaparecer. Cuando en una familia alguno de los hijos carece de algo totalmente necesario o sufre especial necesidaa, por causa de enfermeaaa o súbito accidente, toaos los demás miembros de la familia se privan de lo superfluo e incluso reducen, si es preciso, el consumo de lo necesario. Esto es allanar los montes y rellenar los barrancos. Por esto Juan ordena al que tiene dos vestidos que*

entregue uno al que carece de él. No dice: «si tienes siete vestidos», sino «si tienes dos vestidos». Por eso León XIII afirma que el precepto de la caridad obliga a dar limosna con lo que sobra, una vez satisfecha la propia necesidad y decoro (cf. p. 531,e). *Por eso Pío XI urge como una gravísima obligación la de dar limosna de las rentas no necesarias para la sustentación decorosa y conveniente* (cf. p. 531,d).

b) *No exijáis en los Papas, como no podéis exigir en el Evangelio, un análisis minucioso de los tantos por ciento que os corresponde dar. Sería tanto como encerrar la vida cristiana en una casuística sólo apta para fomentar verdaderas anemias en el espíritu. Cuando os planteéis a vosotros mismos este grave problema de la limosna, consultad a vuestra conciencia, después de contemplar la sociedad que os rodea. Recordad después la doctrina del Evangelio y de los Romanos Pontífices. Pensad luego que se trata de una obligación grave, que urge en conciencia. Tal vez de su cumplimiento dependa no sólo vuestra propia salvación, sino acaso la de otros muchos, que necesitan de vuestra limosna. Y después resolved, sabiendo que Jesucristo, a quienes entregáis vuestros dones, os devolverá un día el ciento por uno.*

PRESENTACION Y PURIFICACION EN EL TEMPLO

Domingo infraoctava de Navidad

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. EPISTOLA

(Gal. 4,1-7)

1 Dico autem: Quanto tempore heres parvulus est, nihil differt a servo, cum sit dominus omnium:

2 sed sub tutoribus, et actoribus est usque ad praefinitum tempus a patre:

3 ita et nos cum essemus parvuli, sub elementis mundi eramus servientes.

4 At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege,

5 ut eos qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus.

6 Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater!

7 Itaque iam non est servus, sed filius. Quod si filius, et heres per Deum.

1 Digo yo, pues: Mientras el heredero es menor, siendo el dueño de todo, no difiere del siervo.

2 sino que está bajo tutores y curadores hasta la fecha señalada por el padre.

3 De igual modo nosotros: mientras fuimos niños vivíamos en servidumbre, bajo los elementos del mundo;

4 mas, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley,

5 para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción.

6 Y por ser hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba, Padre!

7 De manera que ya no es siervo, sino hijo, y si hijo, heredero por la gracia de Dios.

II. EVANGELIO

(Lc. 2,33-40)

33 Et erat pater eius, et mater mirantes super his, quae dicebantur de illo.

34 Et benedixit illis Simeon et dixit ad Mariam, matrem eius: Ecce positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum in Israel: et in signum cui contradicetur:

33 Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de El.

34 Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción;

35 y una espada atravesará tu alma, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

36 Había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, muy avanzada en años; casada en los días de su adolescencia, vivió siete años con su marido.

37 Y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro. No se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día.

38 Como viniese en aquella misma hora, alabó también a Dios y hablaba de él a cuantos esperaban la redención de Jerusalén.

39 Cumplidas todas las cosas según la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazaret.

40 El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en El.

35 et tuam ipsius animam pertransibit gladius ut revelentur ex multis cordibus cogitationes.

36 Et erat Anna prophetissa filia Phanuel, de tribu Aser: haec processerat in diebus multis, et vixerat cum viro suo annis septem a virginitate sua.

37 Et haec vidua usque ad annos octoginta quattuor: quae non discedebat de templo, ieiuniis, et obsecrationibus serviens nocte, ac die.

38 Et haec, ipsa hora superveniens, confitebatur Domino: et loquebatur de illo omnibus, qui expectabant redemptionem Israel.

39 Et ut perfecerunt omnia secundum legem Domini, reversi sunt in Galilaeam in civitatem suam Nazareth.

40 Puer autem crescebat, et confortabatur plenus sapientia: et gratia Dei erat in illo.

III. TEXTOS CONCORDANTES

(Lc. 2,22-32)

22 Así que se cumplieron los días de la purificación, conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor,

23 según está escrito en la Ley del Señor que «todo varón primogénito sea consagrado al Señor»,

24 y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones.

25 Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba con él.

26 Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor.

27 Movido del Espíritu Santo vino al templo, y al entrar los padres con el ni-

22 Et postquam impleti sunt dies purgationis eius secundum legem Moysi, tulerunt illum in Ierusalem, ut sisterent eum Domino,

23 sicut scriptum est in lege Domini: Quia omne masculinum adaperiens vulvam, sanctum Domino vocabitur:

24 et ut darent hostiam secundum quod dictum est in lege Domini par turturum, aut duos pullos columbarum.

25 Et ecce homo erat in Ierusalem, cui nomen Simeon, et homo iste iustus, et timoratus, expectans consolationem Israel, et Spiritus sanctus erat in eo.

26 Et responsum acceperat a Spiritu sancto, non visurum se mortem, nisi prius videret Christum Domini.

27 Et venit in spiritu in templum. Et cum inducerent puerum

Iesum parentes eius, ut facerent secundum consuetudinem legis pro eo:

28 et ipse accepit eum in ulnas suas, et benedixit Deum, et dixit:

29 Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace:

30 Quia viderunt oculi mei salutare tuum.

31 Quod parasti ante faciem omnium populorum.

32 Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuae Israel.

ño Jesús para cumplir lo que prescribe la Ley sobre El,

28 Simeón le tomó en sus brazos y bendiciendo a Dios, dijo:

29 Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra;

30 porque han visto mis ojos tu salud,

31 la que has preparado ante la faz de todos los pueblos,

32 luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel.

IV. ALGUNOS TEXTOS DE LA ESCRITURA SOBRE LA TRIBULACION

A) Dios atribula a los justos

1 Quae postquam gesta sunt tentavit Deus Abraham et dixit ad eum: Abraham, Abraham...

2 Ait illi: Tolle filium tuum unigenitum quem diligis Isaac et vade in terra visionis: atque ibi offeres eum in holocaustum... (Gen. 22,1-2.)

1 Después de todo esto quiso Dios probar a Abraham, y llamándole, dijo: Abraham...

2 Y le dijo Dios: Anda, coge a tu hijo, a tu unigénito, a quien tanto amas, a Isaac, y vé a la tierra de Moriah, y ofrécemelo allí en holocausto...

21 Et nunc fratres, quoniam vos estis presbyteri in populo Dei, et ex vobis pendet anima illorum, ad eloquium vestrum corda eorum erigite, ut memores sint, quia tentati sunt patres nostri, ut probarentur si vere colerent Deum suum.

22 Memores esse debent, quomodo pater noster Abraham tentatus est, et per multas tribulationes probatus, Dei amicus effectus est.

23 Sic Isaac, sic Iacob, sic Moyses, et omnes qui placuerunt Deo, per multas tribulationes transierunt fideles (Iudith 8,21-23).

21 Pues ahora, hermanos, por cuanto sois los ancianos en el pueblo de Dios, y de vosotros depende el ánimo de ellos, alentad con vuestras palabras sus corazones, que se acuerden que nuestros padres fueron tentados, para que fuesen probados si de veras honraban a Dios.

22 Deben acordarse cómo fué tentado nuestro padre Abraham, y probado con muchas tribulaciones, fué hecho amigo de Dios.

23 Así Isaac, así Jacob, así Moisés, y todos los que agradaron a Dios, pasaron fieles por muchas tentaciones.

Visitas eum diluculo et subito probas illum (Iob 7,18).

Para que le visites cada día y a cada momento le pruebes.

Ipse vero scit viam meam, et probavit me quasi aurum, quod per ignem transit (Iob 23,10).

Mas ya que El conoce mis marchas y mis paradas, que me escudriñe y me acrisole como el oro.

Ponme a prueba, ¡oh Yavé!, y examíname, acrisola mis entrañas y mi corazón.

Proba me, Deus, et tenta me: ure renes meos et cor meum (Ps. 25,2).

Escudríñame, ¡oh Dios!, y examina mi corazón, pruébame y examina mis pensamientos.

Proba me, Deus, et scito cor meum: interroga me et cognosce semitas meas (Ps. 138,23).

El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su tribulación.

Vasa figuli probat fornax, et homines iustos tentatio tribulationis (Eccli. 27,6).

Tú, ¡oh Señor!, me conoces; tú me ves, tú penetras los sentimientos de mi corazón para contigo.

Et tu, Domine, nosti me, vidisti me et probasti cor meum tecum... (Ier. 12,3).

Yo, Yavé, que penetro los corazones y pruebo los riñones, para retribuir a cada uno según sus caminos...

Ego Dominus scrutans cor, et probans renes; qui do unicuique iuxta viam suam... (Ier. 17,10).

Muchos serán purificados, emblanquecidos y depurados...

Eligentur et dealbabuntur, et quasi ignis probabuntur multi... (Dan. 12,10).

El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me (Mt. 16,24).

Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán, y seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre.

Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos: et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum (Mt. 24,9).

Estad alerta: Os entregarán a los sanedrines y en las sinagogas seréis azotados, y compareceréis ante los gobernadores y los reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos.

Videte autem vosmetipsos. Tradent enim vos in conciliis, et in synagogis vapulabitis, et ante praesides, et reges stabitis propter me, in testimonium illis (Mc. 13,9).

Pero antes de todas estas cosas pondrán sobre vosotros las manos y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y metiéndoos en prisión, conduciéndoos ante los reyes y gobernadores por amor de mi nombre.

Sed ante haec omnia iniicient vobis manus suas, et persequentur tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges, et praesides propter nomen meum (Lc. 21,12).

Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán...

Si me persecuti sunt, et vos persequentur... (Io. 15,20).

A fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones. Bien sabéis que para eso estamos.

Ut nemo moveatur in tribulationibus istis: ipsi enim scitis quod in hoc positi sumus (1 Thes. 3,3).

Y todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán las persecuciones.

Et omnes, qui pie volunt vivere in Christo Iesu, persecutionem patientur (2 Tim. 3,12).

Fide obtulit Abraham Isaac, cum tentaretur, et unigenitum offerebat, qui susceperat repromissiones (Hebr. 11,17).

Por la fe ofreció Abraham a Isaac cuando fué puesto a prueba, y ofreció a su unigénito, el que había recibido las promesas.

Ego Ioannes frater vester, et particeps in tribulatione, et regno et patientia in Christo Iesu... (Apoc. 1,9).

Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la paciencia en Jesús...

B) La tribulación viene en provecho nuestro

Beatus homo qui corripitur a Deo: increpationem ergo Domini ne reprobes (Iob 5,17).

¡Dichoso el hombre a quien castiga Dios! No desdeñes, pues, el castigo del Omnipotente.

Si ambulavero in medio tribulationis vivificabis me: et super iram inimicorum meorum extendisti manum tuam et salvum me fecit dextera tua (Ps. 137,7).

Cuando estoy en medio de la tribulación preservas mi vida, extiendes tu mano contra la ira de mis enemigos y tu diestra me salva.

Quem enim diligit Dominus, corripit: et quasi pater in filio complacet sibi (Prov. 3,12).

Porque al que Yavé ama, le corrige y aflige al hijo que le es más caro.

Confirmantes animas discipulorum, exhortantesque ut permanerent in fide: et quoniam per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei (Act. 14,21).

Confirmando las almas de los discípulos y exhortándoles a permanecer en la fe, diciéndoles que por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios.

Tentatio vos non apprehendat nisi humana: fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id, quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere (1 Cor. 10,13).

No os ha sobrevenido tentación que no fuera humana, y fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas: antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla.

Ego quos amo, arguo et castigo. Aemulare ergo, et poenitentiam agite (Apoc. 3,19).

Yo reprendo y corrijo a cuantos amo: ten, pues, celo y arrepiéntete.

C) Por ella conocemos a Dios y la eterna felicidad

Cumque quaesieris ibi Dominum Deum tuum, invenies eum: si tamen toto corde quaesieris, et tota tribulatione animae tuae (Deut. 4,29).

Allí buscarás a Yavé, vuestro Dios, y le hallarás si con todo tu corazón y con toda tu alma le buscas.

Cerca está el Señor de aquellos que tienen el corazón atribulado: y a los humildes de espíritu los salvará.

El que no ha sido probado, ¿qué sabe? El hombre de mucha experiencia, muchas cosas pensará; y el que muchas cosas aprendió, hablará con inteligencia.

¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?

Y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El, para ser con El glorificados.

Llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.

Pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable...

...Vemos a Jesús coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte...

Iuxta est Dominus iis qui tribulato sunt corde: et humiles spiritu salvabit (Ps. 33,19).

Qui non est tentatus, quid scit? Vir in multis expertus, cogitabit multa: et qui multa didicit, enarrabit intellectum (Eccli. 34,9).

Nonne haec oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam? (Lc. 24,26).

Si autem filii, et heredes: heredes quidem Dei, coheredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur (Rom. 8,17).

Semper mortificationem Iesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Iesu manifestetur in corporibus nostris (2 Cor. 4,10).

Id enim, quod in praesenti est momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis... (2 Cor. 4,17).

Videmus Iesum propter passionem mortis, gloria et honore coronatum... (Hebr. 2,9).

D) Hay que sufrirla con paciencia y alegría

Permanece a su lado en el tiempo de la tribulación, para que tengas parte de su ventura.

11 Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí:
12 alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros.

Ellos se fueron contentos de la presencia del consejo, porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús.

In tempore tribulationis illius permane illi fidelis, ut in hereditate illius coheres sis (Eccli. 22,29).

11 Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes, propter me:
12 gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis. Sic enim persecuti sunt prophetas, qui fuerunt ante vos (Mt. 5,11-12).

Et illi quidem ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Iesu contumeliam pati (Act. 5,41).

Media autem nocte Paulus et Silas orantes, laudabant Deum: et audiebant eos qui in custodia erant (Act. 16,25).

Hacia medianoche, Pablo y Silas, puestos en oración, alababan a Dios, y los presos les oían.

Non solum autem, sed et gloriamur in tribulationibus: scientes quod tribulatis patientiam operatur (Rom. 5,3).

Y no sólo esto, sino que nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación produce la paciencia...

Spe gaudentes: in tribulatione patientes: orationi instantes (Rom. 12,12).

Vivid alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración...

Quod in multo experimento tribulationis abundantia gaudii ipsorum fuit, et altissima paupertas eorum abundavit in divitias simplicitatis eorum (2 Cor. 8,2).

Que la gran tribulación con que ha sido probado abundó en gozo, y su extremada pobreza se convirtió en riqueza de su liberalidad.

Qui nunc gaudeo in passionibus pro vobis, et adimpleo ea, quae desunt passionum Christi, in carne mea pro corpore eius, quod est Ecclesia (Col. 1,24).

Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia.

Nam et vinctis compassi estis et rapinam bonorum vestrorum, cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam (Hebr. 10,34).

Pues habéis tenido compasión de los presos y recibisteis con alegría el despojo de vuestros bienes, conociendo que teníais una hacienda mejor y perdurable.

2 Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis:
3 scientes quod probatio fidei vestrae patientiam operatur (Iac. 1,2-3).

2 Tened, hermanos míos, por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones:
3 considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia.

Beatus vir qui suffert tentationem· quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae, quam repromisit Deus diligentibus se (Iac. 1,12).

Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque probado, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman.

E) La tribulación, prueba divina

Et quia eras acceptus Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te (Tob. 12,13).

Y porque eras acepto a Dios, fué necesario que la tentación te probase.

Quoniam probasti nos, Deus: igne nos examinasti, sicut examinatur argentum (Ps. 65,10).

Tú, ¡oh Dios!, nos has probado, nos has examinado como se examina la plata.

Tú me has hecho probar muchas angustias y tribulaciones; pero de nuevo me darás vida y de nuevo me sacarás de los abismos de la tierra.

Quantas ostendisti mihi tribulationes multas et malas: et conversus vivificasti me, et de abyssis terrae iterum reduxisti me (Ps. 70,20).

Me llamaste en la tribulación y te saqué, y te hablé oculto entre los truenos, te probé en las aguas de Meribá.

In tribulatione invocasti me, et liberavi te: exaudivi te in absconditio tempestatis: probavi te apud aquam contradictionis (Ps. 80,8).

El crisol para la plata, la hornaza para el oro, mas los corazones los prueba Yavé.

Sicut igne probatur argentum et aurum camino: ita corda probat Dominus (Prov. 17,3).

5 Después de un ligero castigo serán colmados de bendiciones, porque Dios los probó y los halló dignos de sí.
6. Como el oro en el crisol los probó, y le fueron aceptos como sacrificio de holocausto.

5 In paucis vexati, in multis bene disponentur: quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se.
6 Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos... (Sap. 3,5-6).

Pues el oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios en el crisol de la tribulación.

Quoniam in igne probatur aurum et argentum, homines vero receptibiles in camino humiliationis (Eccli. 2,5).

Al que teme al Señor no le sobrevendrá desgracia, y si es puesto a prueba, el Señor le librará.

Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione Deus illum conservabit, et liberavit a malis (Eccli. 33,1).

Yo pondré al fuego este tercio y le fundiré como se funde la plata, y le acrisolaré como se acrisola el oro, e invocará mi nombre y yo le escucharé. Yo diré: Este es mi pueblo, y él dirá: Yavé es mi Dios.

Et ducam tertiam partem per ignem, et uram eos sicut uritur argentum, et probabo eos sicut probatur aurum. Ipse vocabit nomen meum, et ego exaudiam eum. Dicam: Populus meus es: et ipse dicet: Dominus Deus meus (Zach. 13,9).

Y nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y vuestra fe en todas vuestras persecuciones y en las tribulaciones que soportáis.

Ita ut et nos ipsi in vobis gloriemur in Ecclesiis Dei, pro patientia vestra, et fide, et in omnibus persecutionibus vestris, et tribulationibus, quas sustinetis (2 Thes. 1,4).

Porque en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es capaz de ayudar a los tentados.

In eo enim, in quo passus est ipse et tentatus, potens est et eis, qui tentantur, auxiliari (Hebr. 2,18).

Para que vuestra fe, probada, más preciosa que el oro, que se corrompe aunque acrisolado por el fuego, aparezca digna de alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo...

Ut probatio vestrae fidei multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem in revelatione Iesu Christi (1 Petr. 1,7)...

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

El cardenal Schuster escribe que las partes variables de esta misa han sufrido numerosos cambios, lo cual implica que, aunque no constituya un rompecabezas de ideas, tampoco hay en ella un pensamiento dominante, salvo el general de esta etapa litúrgica: Dios ha nacido entre nosotros.

El evangelio recuerda los antiguos tiempos, cuando los misterios de la infancia y vida oculta del Señor aun no se habían segregado, para celebrarlos en distintos días, y se agrupaban todos en torno a la Navidad. Al domingo de hoy le correspondía la presentación del Niño Jesús y la purificación de María, la cual por cierto se trasladó al 2 de febrero para sustituir a las fiestas paganas de la purificación de Roma (cf. infra, sec. 8.ª, X).

En cambio, la epístola (léase hoy casualmente o de intento, como hace notar el mismo cardenal) viene a ser muy oportuna, porque recopila un pensamiento, tan común en los Santos Padres, respecto a la Natividad del Señor: Cristo nació y murió para conseguir nuestra filiación divina.

El *gradual* es un canto en honor de Cristo (Ps. 44,3 y 2). El *introito* (Sap. 18,14-15) nos recuerda la figura sangrienta del ángel exterminador, que apareció en el silencio de la noche para degollar a los primogénitos de Egipto. Este Primogénito presentado hoy en el templo nos libra a todos con la sangre de la cruz.

Indicadas, pues, las salvedades anteriores, podemos advertir, entre todos los pensamientos de la liturgia de hoy, dos hitos principales: la filiación divina en la epístola, y la presentación en el templo, con la profecía de Simeón, en el evangelio.

En la presentación y en la profecía aparece el carácter esencial de Cristo, Víctima propiciatoria. La Iglesia quiere que desde el primer momento sepamos a qué viene al mundo el Hijo de Dios.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) Epístola

a) Sentido general

La epístola a los Gálatas se propone un fin específico y concreto. Los gálatas, convertidos por San Pablo en su primera misión apostólica (Act. 14), recibieron después la visita de ciertos pseudo-doctores judaizantes, que les inculcaron la obligatoriedad de la ley mosaica. Debido a ello, el argumento de toda la epístola se concentra en el propósito de mostrar la superioridad de la ley nueva sobre la antigua, puesto que los ritos mosaicos representaban sólo figuras vacías de realidad, mientras que los de Cristo son *llenos.*

En el primer capítulo el Apóstol expone a los gálatas la apostolicidad de su misión y les amonesta de que, aun cuando recibieren la visita de un ángel, no le hagan caso, si les predica en contra de la fe recibida.

En el segundo, declara que su doctrina sobre la caducidad de la ley ha sido confirmada por los demás apóstoles con tal seguridad, que en una ocasión en que Pedro, por no escandalizar a ciertos judíos, comenzó a obrar de modo distinto, Pablo se lo echó en cara.

El pensamiento del tercer capítulo viene a ser, sumariamente expuesto, el siguiente: Si los judíos son hijos de Abraham, nosotros también lo somos, sin necesidad de someternos a la ley. A Abraham se le hizo una promesa por su fe. Pues nosotros poseemos esa misma fe y somos herederos de su promesa. Después de Abraham se promulgó la ley, que no ha anulado, ni modificado lo prometido. La ley no fué más que un pedagogo (el esclavo que conducía al hijo del Señor a la escuela) que nos ha ido sosteniendo y llevando a Cristo, después de cuya venida sobra el pedagogo. Nosotros nos unimos con Abraham por medio de la fe en Cristo presente, ya que la promesa se le hizo por su fe en el Cristo futuro.

En el capítulo cuarto expone el Apóstol una metáfora muy suya. Los que vivían bajo la ley eran *menores de edad,* porque sus ritos no estaban *llenos* de gracia. Nosotros, en cambio, hemos alcanzado la plenitud de la edad de hijos de Dios. Y así como el niño no se diferencia del esclavo, nosotros somos libres y no estamos sujetos a la dura coyunda de la ley judía.

judaicos, pues en el versículo 9 el Apóstol pregunta a los gálatas cuál puede ser la razón de que quieran retornar a ellos, y sabemos ciertamente que a donde volvían los gálatas era a la antigua ley. Así, pues, estos elementos vacíos y pobres quizá puedan llamarse del mundo, porque consistían en la ofrenda de seres puramente materiales.

c) Distribución y sentido de la perícopa

Puede distribuirse en tres partes. En la primera se establece que la ley mosaica fué una especie de minoría de edad. En la segunda se afirma que hemos recibido, mediante el nacimiento de Cristo—motivo litúrgico probabilísimo de su lectura—, la filiación divina. En la tercera se atribuye esta filiación a la presencia del Espíritu Santo en nosotros.

1. La minoría de edad (v. 1-3)

Durante el período de nuestra niñez hemos vivido bajo la esclavitud de los elementos del mundo, porque un niño en nada se diferencia de un siervo, ya que no es dueño de su libertad.

Hemos indicado en qué consiste la minoría de edad de la ley mosaica. Pero, como toda minoría de edad, debe terminarse cuando llega el tiempo prescrito por la ley, y en este caso por el Padre. Cuando el Apóstol escriba a los corintios volverá a utilizar la metáfora de la niñez—aun cuando sobre asunto muy diverso—y siempre con la misma idea: *cuando llegué a ser hombre dejé, como inútiles, las cosas de niño* (1 Cor. 13,12).

2. La plenitud de los tiempos (v. 4-5)

San Pablo indica: 1) *el tiempo en su plenitud,* o sea una vez cumplido el plan divino, después de la promesa de Abraham, la ley, los profetas y la historia entera de Israel; 2) *la venida de Cristo como enviado de Dios.* Bover (cf. *Teología de San Pablo,* en BAC, p. 169) hace notar que si fué enviado, preexistía, y considera a este texto fundamental en la teología trinitaria paulina. Sobre esta venida dice además el Apóstol que fué *de una mujer,* para recalcar su naturaleza humana, y *bajo la ley,* bajo el judaísmo, con lo que unió, por lo tanto, a los judíos y a los hombres todos; 3) Cristo vino *como judío* para redimir a los judíos de su ley, y *como hombre,* para hacernos a todos hijos adoptivos.

3. El envío del Espíritu Santo (v. 6-7)

Para conseguir esta filiación, fué enviado el Espíritu Santo, que es quien nos hace orar, como tales hijos, llamando al Padre.

d) Pensamientos

El central es la adopción de hijos conseguida mediante la encarnación del Hijo de Dios. Puesto que reservamos para las fiestas del ciclo de Navidad la exposición completa de nuestra elevación al orden sobrenatural, en ellas podrá verse la doctrina sobre la filiación detenidamente expuesta por Terrien. Notemos que esta

filiación la alcanzamos gracias a que Cristo nació *de una mujer*. María da a Jesús su naturaleza humana, mediante la cual recibimos la divinización de la nuestra. Luego existe una relación directa de maternidad espiritual entre María y nosotros.

La libertad, la verdadera libertad, es alcanzada por la fe en Cristo.

B) Evangelio

En la santa misa se lee tan sólo una parte de la escena evangélica, la que recoge la profecía de Simeón y las manifestaciones de Ana. En cambio, se añaden los últimos versículos, compendio de la vida oculta en Nazaret.

Aunque el día de la Purificación de Nuestra Señora no es festivo, suele celebrarse en muchos lugares, y apenas existe una iglesia donde no se dedique algún culto a los dolores de María, el primero de los cuales ocurre al ser presentado el divino Infante en el templo. Por eso, no nos limitamos al trozo del evangelio leído en la misa, sino que expondremos todo el pasaje.

El hecho de que litúrgicamente se lea sólo un trozo, no siempre quiere decir que el pensamiento de la Iglesia y de la liturgia prescinda de los necesarios complementos anteriores o posteriores. En cambio, la parte relativa a la vida oculta de Nazaret la dejaremos para el domingo siguiente.

a) La escena

Hay en ella un argumento central: la purificación de Nuestra Señora y la redención del niño. Alrededor de ese núcleo surgen diversos acontecimientos que le añaden matices especiales, como el encuentro de Simeón y de Ana y las palabras de uno y otro.

Al explicar los textos indicaremos la existencia de dos leyes, relativas, una, a la purificación de toda mujer que acaba de dar a luz, y otra, a la redención de los primogénitos. Ninguna de estas leyes obligaba a la Sagrada Familia, que quiso, sin embargo, cumplirlas.

A los cuarenta días del nacimiento, José y María emprendieron el viaje a Jerusalén. Llevaron al Niño por devoción, pues no era obligatorio.

Nadie que desde el atrio de las mujeres hubiese visto llegar al templo a aquella sencilla pareja de jóvenes casados, habría podido suponer el misterio que iba a cumplirse.

Siglos antes Zorobabel reedificó el templo, y sus paisanos lloraron recordando la opulencia del de Salomón y comparándola con la pobreza del que se construía. Entonces apareció el profeta Ageo: No lloréis, les dijo, porque si grande fué el templo de Salomón, mayor lo será éste, pues *a él vendrá el Deseado* (Ag. 2,8). ¿Quién pudiera pensar en tan sencillo y humilde cumplimiento de la profecía? Salomón inauguró el templo con toda pompa y majestad, pero ahora Dios mismo es el que viene, sin fiestas ni aparatos.

El Espíritu Santo movió a Simeón a ir al templo, y El mismo

le iluminó para que entre las numerosas mujeres que acudían a purificarse distinguiese a la Virgen. El anciano sacerdote se adelanta, coge al Niño entre sus brazos y pronuncia el *Nunc dimittis* (Lc. 2,29). Vuelve a entregarlo a María, como a persona principal; le describe el oficio de su Hijo y la suerte que a ella misma aguarda. Ana, detalle muy femenino, habla con todos los justos que andan por allí.

Debió de formarse un grupo en torno a la Sagrada Familia, puesto que el evangelio dice claramente que las palabras de Ana fueron dirigidas *a cuantos esperaban la redención de Israel* (Lc. 2,38), esto es, a personas fieles, de las que hay que suponer lo fueran también a la gracia de esta profecía.

Todos, pues, en grupo, asistieron a la purificación de Nuestra Señora. Atravesaron el patio de las mujeres para llegar al lugar de los sacrificios, en donde, si no les era permitido el acceso, por lo menos podían tomar parte en la ceremonia, separados únicamente por una pequeña balaustrada.

En ese momento ocurrió el acto más importante del día, cuyo hondo significado probablemente entendieron muy pocos: Jesús fué ofrecido al Padre. Todas las demás escenas resultan secundarias, y pudiéramos decir que la misma vida de Cristo Nuestro Señor se deduce del ofrecimiento.

Las facetas de Cristo, si no infinitas, aparecen múltiples, adorables todas ellas. Pero indiscutiblemente hay que considerar como principal la de inmolarse como víctima de un sacrificio. Cristo es el cordero. Según la voluntad del Padre, según las profecías, según el desarrollo histórico de su vida, comenzada por el ofrecimiento hecho en el seno de su Madre y culminada en la cruz, Cristo viene al mundo para ofrecerse como hostia inmolada. Ahora bien, junto a este carácter de víctima piacular, Cristo encarna también la figura del sacerdote, cuyo ofertorio es necesario y esencial en el sacrificio.

¿Cuándo hizo Cristo la oblación de su vida? Ciertamente que en la cruz. Ciertamente que al celebrar el sacrificio de la primera misa, indivisible del de su muerte. Pero ciertamente también sus treinta y tres años de permanencia en la tierra constituyeron un ofertorio continuo, que si en ocasiones fué virtual, en otras debió alcanzar la intensidad del acto. Ya hemos aludido a su primer ofrecimiento (Hebr. 10,5). ¿No parece natural que ahora, cuando el sacerdote judío, representante del pueblo ante Dios, toma a Cristo para ofrecerle al Padre, esté Cristo repitiendo ese ofertorio y que allí, por ministerio de un hombre, acaso rutinario y distraído, se consume de un modo oficial la ofrenda del sacrificio único y eterno? Ya no quiere Dios los de toros y otros animales. Ligeramente levantado entre cielo y tierra, está el cuerpo del Hombre-Dios, y junto a El, como después al pie de la cruz, María, que se asocia al ofertorio.

Cristo es de Dios, según el ritual hebreo, y precisa rescatarlo. María paga cinco siclos—según Ricciotti (cf. *Vida de Jesucristo*, 249) algo más de unas veinte liras oro, esto es, de cuatrocientas a quinientas pesetas actuales, jornal de más de veinte días de trabajo de San José—, y acaso asiste al sacrificio de las palomas que entregó al sacerdote en el momento de la purificación.

El evangelio no dice nada más, y quien quiera reconstruir otros sentimientos y escenas, como la despedida de los ancianos, ha de recurrir a la imaginación. Lo que podemos asegurar es que ni esta visita ni la adoración de los pastores alcanzaron gran resonancia

en la ciudad. No mucho después llegarán los Magos, y entonces el pueblo y los notables se conmoverán ante la noticia del nacimiento del Rey.

b) Los textos

1. Lo que prescribía la ley

Así que se cumplieron los días de la purificación conforme a la ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, según está escrito en la ley... que todo varón primogénito sea consagrado al Señor, y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la ley..., un par de tórtolas o dos pichones (Lc. 2,22-24).

Las leyes son dos, una, relativa a toda parturienta, y otra, a los hijos primogénitos. La primera figura promulgada en el Levítico (c. 12). A los cuarenta días, el nacido varón, y a los ochenta, la hembra (cómputo relacionado con los conceptos biológicos de aquellos tiempos sobre la gestación); la mujer debía purificarse, pues desde el momento del parto se la consideraba inmunda, tanto civil como moralmente. En el orden civil, porque Moisés convirtió en religiosas numerosas prácticas higiénicas, continuando la tradición de su raza, y moralmente, porque aun cuando no hubiera quizá en el Antiguo Testamento una idea clara y precisa de la existencia del pecado original, sin embargo, cierta sombra de tristeza y culpa acompañaba al nacimiento del ser humano, tan celebrado y deseado por otra parte.

Aplicando otra ley del Levítico (5,11), la madre para purificarse de su mancha había de ofrecer un cordero y un pichón, o en caso de pobreza, dos pichones o dos tórtolas (animales castos y puros, dirán todos los comentaristas), uno por la mancha legal y otro en holocausto.

La segunda ley observada por la Sagrada Familia es la del rescate de su primogénito. Cuando el ángel exterminador hubo acabado con todos los de Egipto, Dios se reservó para sí, como consagrados, a todos los primogénitos, varones o machos, hombres o animales, de Israel (Ex. 13,11). Ahora bien, esta consagración y pertenencia divina en cuanto a las personas hubiera sido imposible de observar, y por ello la misma legislación promulgada en el desierto prevé el modo de rescatarse, común a todos los primogénitos varones. El recién nacido sería cosa de Dios y a Dios se lo ofrecería el sacerdote, pero después los padres lo rescataban mediante el pago de cierta cantidad, que ya hemos dicho consistía en cinco siclos (Ex. 34,20). En cambio, Dios se reservó, en sustitución de los primeros nacidos, a todos los levitas (Num. 8,14-18).

2. Ninguna de estas leyes obligaban a Jesús y a María

La concepción y parto de Nuestra Señora no fueron acompañados de ninguna de las manchas legales que fundamentaban la ley. Donde no hay mancha no puede haber purificación. Cristo no tenía por qué ser ofrecido al Padre, en el sentido en que lo eran los mismos judíos, ni por qué ser rescatado. En la primitiva Pascua, Cristo estaba representado por el cordero, y el pueblo, por los primogénitos que se salvaron mediante su sangre. No tiene, pues, el Salvador que redimirse como los salvados.

3. ¿Por qué, pues, se ofrecieron?

La pregunta ha motivado innumerables respuestas, no por piadosas menos exactas. Por darnos ejemplo de obediencia humilde a las leyes divinas...

Pidiéronle al Señor en otra ocasión que pagara el tributo del templo y dijo a Pedro: *¿Qué te parece?... Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran censos y tributos? ¿De sus hijos o de los extraños?... Luego los hijos son libres. Mas para no escandalizarlos, anda...* (Mt. 17,25-27).

La obediencia de María no busca excusa, aun cuando supone una humillación para ella. Inmaculada, parecerá manchada; madre virgen de Dios, pasará por una madre corriente. Su hijo habrá de someterse a las leyes comunes. El primer paso de la santidad y gran parte de ella misma consiste en el cumplimiento exacto de la ley.

4. María ofrece a Dios lo mejor que tiene y lo que más le cuesta

Nuestros ofrecimientos han de ser sin reservas. María ofrece a su hijo. Ejemplo para las madres.

La Iglesia guarda también la costumbre de presentar a los niños recién nacidos, ceremonia en la que la madre da gracias a Dios y pide la bendición del cielo para su prole.

5. Jesús rescatado por cinco siclos.

Cinco siclos: éste es el precio del rescate del Hombre-Dios. La sangre de Cristo, tal es el precio del rescate del hombre... El cristiano conoce su dignidad. *Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo* (1 Cor. 6,20).

Cristo fué ofrecido como primicias. Ofrécele tú a Dios lo mejor de tus pensamientos, palabras y acciones. No los rescates. Déjaselos a Dios.

6. «Había... un hombre llamado Simeón, justo y temeroso de Dios» (Lc. 2,25)

En griego *piadoso*, εὐλαβής. *(eulabés)*.

La piedad y la religión adornan la vejez. Nada más repugnante que el anciano impío, ni más triste que el despreocupado de Dios y de su salvación.

7. «El Espíritu Santo estaba con El» (ibíd.)

El evangelio parece indicar algo más que la inhabitación de la tercera Persona en el hombre justo, y lo confirma con la promesa recibida y el hecho de que fuera guiado al encuentro del Señor.

8 «Esperaba la consolación de Israel» (ibíd.)

Esperaba fiado en las profecías con fe firme, y en premio de su fe recibe la promesa del Espíritu Santo, que le afirma más y más.

La verdadera esperanza se fundamenta en la fe, *sperandarum substantia rerum* (Hebr. 11,1), y florece en buenas obras de caridad. Cristo ha sido presentado mil veces en el Antiguo Testa-

mento como consuelo de Israel, y en Israel, de toda la tierra. *Consolad, consolad a mi pueblo,* dice Isaías (40,1; 51,12; 61,1, etc.). *Por Cristo abunda nuestra consolación,* afirma San Pablo (2 Cor. 1,5).

Para los judíos carnales este consuelo representaba la liberación de extranjeras opresiones y quizá la vida en una tierra que manara leche y miel. Para los judíos espirituales significaba el consuelo de la liberación del pecado.

Cristo continúa siendo el consuelo de todo mal. Del mal mayor, del pecado, del que nos libra su sangre; del castigo que está dispuesto a perdonarnos siempre, de las tribulaciones...

9. «Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte» (Lc. 2,26)

«En griego se indica que tenía prendas», dice Maldonado (cf. BAC, *Com. a San Marcos y San Lucas,* p. 406). En realidad el verbo χρηματίζομαι en voz pasiva, que ya en Plutarco, Luciano y otros autores significaba, hablando de oráculos, escuchar una respuesta, en la κοινή vino a expresar recibir un aviso por la intervención divina (cf. Mt. 2,12 o Apoc. 10,22, etc.). Trátase, desde luego, de una verdadera revelación, la cual aseguró al anciano sacerdote que vería con sus propios ojos lo que tantos desearon ver.

Según Maldonado (ibíd.), las causas de la elección de Simeón fueron su santidad, su don de profecía, su ancianidad y su ardiente esperanza, indicadas todas ellas en el evangelio. Parécenos que la segunda causa es más bien un premio otorgado a sus condiciones. En cambio, la primera y cuarta resultan fácilmente imitables. Con ellas conseguiremos ver a Dios, ya que la promesa es cierta e infalible para todos los que perseveran.

10. «Movido del Espíritu Santo vino al templo» (Lc. 2,27)

El Espíritu Santo es su guía; el templo, su refugio; la fe, su consolación; el temor de Dios, su vida; Cristo, su alegría; la muerte, su deseo.

11. «Los padres» (ibíd.)

«Suele hablar muchas veces la Sagrada Escritura conforme al modo de opinar de los hombres de cada época... Así, también María misma llama luego a José padre de Cristo» (cf. MALDONADO, ibíd., p. 407-408).

12. «Simeón le tomó en sus brazos» (Lc. 2,28)

Demostración de amor. Dios va más allá de lo prometido. Prometió que vería al Mesías, y se lo coloca entre los brazos.

¿Cuáles fueron los afectos de agradecimiento y amor de Simeón? En la sagrada comunión nos unimos a Cristo más íntimamente que él.

13. «Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo»... (Lc. 2,29)

Es el *nunc dimittis*... No creemos necesario desentrañar sus palabras una por una. El sentido parece obvio: ya puedes dejar que muera, pues has cumplido tu palabra y mi muerte estará llena de paz y de alegría.

El que abraza a Cristo, esperanza de vida eterna, promesa de resurrección corporal, hostia por nuestros delitos, ¿temerá la muerte? Feliz la del justo. Feliz la del que en sus últimos momentos recibe la visita del Santo Viático y puede morir en paz porque ha visto la salud.

14. «Luz para iluminación de las gentes» (Lc. 2,32)

He aquí al verdadero profeta. Los judíos no habían asimilado la idea de la universalidad cristiana. *Tengo otras ovejas que no son de este aprisco* (Io. 10,16). Para el judío esas ovejas eran *la gente.* Mucho trabajo le costó a San Pedro entender la misión sin límites (Act. 10,11ss).

Cristo es la luz, y con ese nombre se le designa muy frecuentemente (cf. Io. 1,9; 8,12; 9,5; 12,35).

15. «Gloria de tu pueblo, Israel» (Lc. 2,32)

Puestos a distribuir luz y gloria, la luz la necesitaban más bien los gentiles, que andaban en tinieblas; la gloria pertenece al pueblo de Israel, patria y progenie de Cristo. Pero Cristo es gloria también de toda la humanidad, primogénito de los hombres.

16. «Su padre y su madre estaban maravillados...» (Lc. 2 33)

Saber de qué se asombraban es querer desentrañar el misterio, que Dios nos ha conservado oculto, de qué sabían y qué no sabían sus padres sobre Cristo. Ciertamente que en las palabras de Simeón no había nada nuevo, pues no parece creíble que lo fuera para María la universalidad de la redención. Su asombro consistió en ver cómo Simeón y Ana hablaban demostrando conocer al Señor, que tan oculto se había presentado.

17. «Simeón los bendijo» (Lc. 2,34)

Los felicitó por un niño tan extraordinario (cf. MALDONADO, ibíd., 414).

18. «Y dijo a María, su madre» (Lc. 2,34)

Dirígese a María, porque es la que había de vivir en el momento de la contradicción y la que había de unir sus dolores a los de Cristo. No importa que José muera, María ha de llegar hasta el Calvario.

19. «Caída y levantamiento de muchos en Israel» (Lc. 2,34)

En Israel, porque un hebreo habla normalmente de su pueblo; porque la caída principal, como la principal contradicción, han de venir del pueblo judío. Pero todo ello no quiere decir que Israel no alcance el sentido típico de siempre y que la profecía de Simeón se detenga en la muerte del Señor, sin mirar a todos los siglos en los que se ha ido cumpliendo. En este sentido han predicado casi todos los Padres y autores.

Caída y levantamiento que dependen de la acogida que se dispense a Cristo, y aquí ocurre comentar las palabras de *está destinado* o *está puesto*, κεῖται, según el texto griego. «Estar puesto no

significa que Dios lo haya enviado con este fin, para que tropezasen algunos en El... Quiere indicar que de tal modo caeran algunos y se levantarán otros por su causa, como si hubiera venido ex profeso... Las expresiones de esta clase que se encuentran en la Escritura no significan un designio o determinación de Dios, sino un suceso tan cierto que pueda atribuirse a un decreto divino» (cf. MALDONADO, ibíd., 414-415).

Dios quiere que todos los hombres sean salvos (1 Tim. 2,4), pero la mala disposición de los que no desean recibir la luz hace decir al Salvador: *Yo he venido al mundo para un juicio, a fin de que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos* (Io. 9,39).

La frase de Simeón parece inspirada en Isaías (8,13-15).

20. «Señal de contradicción... y una espada atravesará tu alma» (Lc. 2,34-35)

Sobre las mil interpretaciones—algunas de ellas harto peregrinas—que se han dado a estas palabras, parece oportuno mencionar el juicio de Maldonado (ibíd. 420): «Resulta a veces más concertada la sentencia del vulgo que la de los sabios, porque buscando con más sencillez la verdad, la encuentra más fácilmente».

La señal de contradicción es el blanco a que apuntan las flechas, y cuando se habla al pueblo no tenemos por qué andar discurriendo sobre si la contradicción consiste en la disputa entre los flecheros por ver quién dispara antes o cualquier otra cosa por el estilo. Siendo cierto, afirma Maldonado (ibíd. 417), «que Simeón pretendió significar la pasión y muerte de Cristo cuando dijo *una espada atravesará tu alma*, ninguna otra interpretación se puede acomodar, sino ésta».

No creemos necesario insistir en este punto, uno de los más trillados por todos los oradores católicos. Cristo ha sido, desde la persecución de Herodes, el blanco perpetuo de contradicción. Contradicción en los pueblos, en las doctrinas, en nosotros mismos. Contradicción tan perenne, que no puede explicarse sin la intervención de otro poder sobrenatural opuesto.

Mas por venir muy a propósito respecto a las persecuciones, trasladamos unas líneas de Maldonado (ibíd. 421-422): «Lo mismo vemos que sucede hoy día cuando padece Cristo, esto es, su cuerpo místico, que es la Iglesia, entre los infieles y herejes, máxime en Inglaterra, donde unos mueren por la fe y otros reniegan de ella».

El cristiano, hombre de Cristo y que reproduce en su vida los misterios de Aquél, siente dentro de sí mismo esta contradicción. Su alma libre debe decidirse. Feliz de ella si abraza a Cristo contradecido y sufre la contradicción de sus pasiones sujetas.

María, al pie de la cruz, culmina su vida. Desde este momento el dolor perpetuo de la certidumbre anticipada de la Pasión amargará todas las horas de su existencia. María repite el *fiat* (Lc. 1,38), y acepta, como su Hijo, todos los dolores. Puede llamársela mártir, porque no sólo sufre por Cristo, sino con Cristo; porque la *compasión* es su martirio.

Las tribulaciones voluntariamente aceptadas nos asemejan a Cristo y a María. Podemos darle el carácter expiatorio y de holocausto que alcanzaron los dolores de ambos, y sobre todo ver en ellas la voluntad del Padre.

21. «Una profetisa, Ana» (Lc. 2 36)

Cuidadosamente se anotan los detalles de su familia, su castidad prolongada, su vida de oración y penitencia y su apostolado.

Es notable el interés que desplegaron los padres del protestantismo en desvirtuar cuantos ayunos y mortificaciones aparecen en el Evangelio, lo mismo los de Juan que los de Ana, que los del Señor. Aun hoy se nota en muchos neoconversos cierta repulsión hacia las mortificaciones exteriores.

22 «Se volvieron a Galilea» (Lc. 2 38)

Acostumbran los evangelistas narrar a continuación hechos muy distantes en el tiempo cuando quieren omitir lo acaecido en el entretanto.

Marcharon, sí, a Galilea, pero después de recibir a los Magos y huir a Egipto.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

El 26 de febrero del año 387, al principio de la Cuaresma, el pueblo de Antioquía se subleva contra un tributo impuesto por el emperador Teodosio, comete mil desmanes y llega a arrastrar las estatuas del César. Vuelta en sí la ciudad, teme ser arrasada como castigo, y mientras el obispo corre a Constantinopla a pedir perdón, el Crisóstomo—en esta ocasión mereció tal nombre—, de unos cuarenta y dos años de edad y predicador oficial de Antioquía, pronuncia sus 21 homilías cuaresmales, llamadas de las Estatuas (cf. PG 49,15-222). Su argumento principal es consolar a los antioquenos y mejorarlos, tomando pie de la tribulación que atraviesan. Hacia la Pascua llega la noticia del indulto imperial conseguido por el obispo Flaviano.

Espigamos la doctrina del Crisóstomo a lo largo de cada una de sus homilías.

A) Consolar, oficio del sacerdote

Llevo muchos días consolándoos, pero he de perseverar en el mismo argumento, pues los médicos no abandonan la herida hasta que está curada. Sean mis palabras esponjas y ungüentos que os sanen. «¿Os espantan los jueces? Pues por eso mismo deben consolar los sacerdotes. ¿Amenazan los magistrados? Pues por eso os sostiene la Iglesia. Tal ocurre con los niños cuando llegan a sus casas atemorizados por el castigo de los maestros; las madres los acarician, enjugan sus lágrimas, y, aliviada la pena, les convencen para respetar a sus preceptores» (*Hom.* 6,1: PG 49,81).

B) Todo, hasta la tribulación, está ordenado por Dios para el bien del hombre

Pretende probar el Crisóstomo que toda la Escritura sirve de consuelo. Por ello, sin necesidad de fundarse en textos especiales, asegura que construirá hoy su discurso de aliento basándose en el trozo escriturario que de antemano le tocaba comentar. Era el primer versículo del Génesis: *Al principio creó Dios los cielos y*

la tierra (Gen. 1,1). De versículo aparentemente tan alejado del asunto, deduce el Crisóstomo que siendo el fin de la creación colocar al hombre como rey de ella, para hacerle feliz, todo cuanto ha sido creado por Dios, hasta los mismos castigos, hasta el infierno, se ordenan al bien de la humanidad.

a) El universo, creado para nosotros

«Oídme con cuidado, porque cuando hayáis entendido que todo cuanto se ve, el cielo, la tierra, el mar, el aire, las aguas y las estrellas, las dos grandes luminarias del firmamento, las plantas, los cuadrúpedos, las aves y los peces, todo en general ha sido creado por Dios para vuestro bien, no podréis por menos de sentiros inundados de consuelo y admirar esta insigne prueba del amor de un Dios, que crea y ordena un mundo tan grande y tan hermoso para ti, que eres tan pequeño».

Recorre y admira la grandeza de la tierra y la mesa tan regalada..., y, lo que es más notable todavía, piensa que todo ello lo hizo no por tus méritos, sino por su bondad. Te creó Dios a imagen suya, esto es, dándote la primacía total sobre el mundo, y constituyéndote en rey no electivo ni por conquista, sino natural del universo. Fabricó un paraíso para tu residencia y te infundió un alma inmortal para que gobernaras todas las cosas.

b) Hasta los castigos son fruto de la benignidad divina

«Dios es bueno siempre, no solamente cuando honra y beneficia, sino cuando corrige y castiga... Si fuera bueno sólo cuando nos enaltece, y no cuando nos sanciona, sería bueno a medias... Cierto que así ocurre entre los hombres, porque obran con pasión y furor, pero Dios no está sometido a tales pasiones, e igualmente manifiesta su bondad cuando nos muestra el cielo como cuando nos amenaza con el infierno».

Si no amenazase con él, muchos, a quienes el premio lejano no conmueve, no llegarían a conseguirlo. Por eso procura despertar las almas con la perspectiva de las eternas penas. «Aunque el infierno sea contrario al reino de los cielos, uno y otro se dirigen al mismo fin: a salvar al hombre; el uno atrayéndole con su aliciente, el otro como empujándolo hacia el cielo y corrigiendo, con el temor, la negligencia humana» (ibid. 2).

No prolongo mi discurso en balde, sino para que cuando nos amenacen calamidades de cualquier orden sepamos que son obra del amor divino. Si hasta los padres corrigen a veces duramente por un motivo semejante, mucho más debemos pensar que Dios nos castiga para nuestro bien.

c) Ejemplo de Adán, corregido por Dios en su culpa

Os demostraré lo que vengo diciendo sólo con la frase que dijo Dios a Adán inmediatamente después de su pecado: *Adán, ¿dónde estás?* (Gen. 3,9).

Exigía la razón que Adán lo perdiera todo y sufriera fulminante castigo, pero «Dios ni abominó ni aborreció al ingrato, antes vino a él como el médico al enfermo». Ni aun siquiera envió a un ángel, sino que se presentó El mismo a «levantar al caído en tierra, y a solas se acercó al hombre, como a un amigo infortunado que se halla en gran adversidad». No manda jueces que tomen declaración al reo, ni le reprende como se merecía, diciéndole: «¡Oh malvado e infelicísimo, que, gozando de mi benevolencia y honrado con tan alta dignidad de rey, puesto al frente de todo lo visible, sin mérito alguno por tu parte, con prendas de mi solicitud y pruebas verdaderas de mi providencia, has preferido confiarte al demonio, malvado y enemigo de tu salvación, antes que a tu Señor y tutor! ¿Te ha dado él algo como yo? ¿No crié para ti el cielo y la tierra?... ¿Y tú has tenido por más dignas de crédito unas palabras, una promesa llena de fraude, que las obras recibidas de mi benéfica providencia, y te has entregado a él y pisoteado mis leyes?»

En vez de reprenderle así, le llama por su nombre, como para inspirarle confianza; le hace salir de su escondrijo, «hablándole El primero, cortando con su llamada gran parte de la ansiedad, alejando el temor, provocándole a cobrar confianza y libertad, para así conducirle a limpiarse de sus males y alcanzar el perdón. A esto se ordena todo el proceso del paraíso».

Los jueces se limitan a condenar el crimen. «Dios, empero, cuando se enfrenta con un pecador, no piensa en cómo dictar castigo, sino en cómo corregirle y hacerle mejor e inexpugnable para el futuro. Juez, médico y maestro en una pieza, porque como juez inquiere, como médico sana y como maestro adoctrina» (*Hom.* 7,3: PG 49,94-96).

C) *Las tribulaciones apartan del pecado*

¡Cómo has cambiado, Antioquía! No hay ya borrachos ni libertinos, las calles aparecen desiertas; el foro, sin gente. Las iglesias, atestadas. La tribulación fué el mar bravo que obligó a refugiarse en puerto seguro. «Demos gracias a Dios del provecho conseguido. Sin prueba no hay corona, sin lucha no hay premio, sin tribulación no hay descanso». La semilla no brota mientras no pasa por ella el invierno. Invier-

no de penas y lluvia de lágrimas obligan a las almas a segar en el estío. *Qui seminant in lacrymis, in exultatione, metent* (Ps. 126,5). Es necesario romper muy hondo el corazón con el arado de las tribulaciones para que el arrepentimiento perdure. *Rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras* (Ioel 2,13).

«Pues si ahora que padecemos tribulación no cambiamos, ¿cuándo llegaremos a compugirnos? ¿Acaso cuando venga el perdón (imperial) y la paz tranquila? No. El sosiego y la paz vuelven a los hombres perezosos; los trabajos despiertan e impulsan a reflexionar al alma desparramada por el exterior y distraída».

a) En ellas se conoce a las almas

Aprovechemos la tribulación, pues en ella se conoce a las almas. El lodo y el heno se secan y consumen en el fuego; el oro se purifica. Del mismo modo los corazones (*Hom.* 4,1: PG 49.59-61).

«No es el ataque recio de los males lo que arruina nuestra salvación, sino la pereza de nuestro espíritu». Edificó el uno sobre arena y el otro sobre piedra (Mt. 7.24-27). Sobre ambas edificaciones vinieron las lluvias, pero no fueron ellas, sino la imprudencia del que edificó sobre arena, lo que arruinó la casa. Job, tentado, salió más fuerte (Iob 1,16-22). Los árboles robustos se afianzan con el viento.

b) ¿Es largo el tiempo de la tribulación?

Pues sabed «que Dios puede disiparla en un solo día, pero la mantiene hasta que nos ve totalmente purgados, hasta que se cerciora de nuestra transformación por el efecto de una penitencia firme y constante». El oro permanece en el crisol hasta que queda limpio por completo. El citarista templa la cuerda hasta que la considera afinada y a punto. Abandonémonos en las manos de Dios, pues «nuestro trabajo radica en convertirnos, y el de Dios en poner término a los males presentes. El desea más que tú apagar el fuego, pero espera el momento oportuno para tu salvación». Del descanso nacieron estos trabajos, y de los trabajos ha de provenir el descanso. No siempre ha de perdurar el invierno, pero sin invierno, sin nieves y sin tormentas no llegará la siega abundante (ibíd. 2-3). Nadie debe temer al bisturí de la tribulación, sino a la pústula del pecado.

D) La tribulación nos recuerda el cielo y éste nos sostiene en ella

a) Nos recuerda el cielo

«Si de veras viviéramos una vida de ayuno, vigilia y escasez; si recortáramos nuestras absurdas concupiscencias, moderando los placeres, y soportáramos las penalidades de la virtud, a imitación de Pablo, corrigiendo nuestro cuerpo y obligándole a servir (1 Cor. 9,27); si no secundáramos los deseos de la prudencia carnal y siguiéramos la estrecha y escarpada senda, desearíamos ardientemente los bienes futuros», como los anhelan los anacoretas penitentes vecinos de Antioquía.

Como no vivimos de este modo, «Dios nos depara vida molesta y trabajosa, para que, empujados por el malestar presente, apetezcamos la dicha venidera. Porque si a pesar de tantas tristezas, temores y desasosiegos como suelen envolvernos por todas partes, nos encontramos tan a gusto en la presente vida, ¿qué ocurriría si no existieran? ¿Cuándo nos acordaríamos del cielo?» (*Hom.* 6,3: PG 49,85).

Dios, para que los judíos desearan ir a la tierra prometida, les hizo pasar antes mil trabajos en Egipto (Ex. 1,14). «También a nosotros, apegados a la tierra y ansiosos de lo presente, nos hace amargos nuestros días para que no menospreciemos y olvidemos los futuros».

¿Qué tiene de bueno este mundo? Sólo que nos sirve para ganar el cielo. «Pues si viviendo no hemos de agradar a Dios, mejor será morir»...

«No conceptuemos dichosos a los que viven ni lloremos por los que mueren; lloremos sólo por los pecadores, vivos o muertos. Los justos son felices»...

«No estés consternado. El que sufre por causa de Dios, merece alabanza: pero el que padece algo injustamente y sobrellevándolo con generosidad da gracias a Dios, que lo permite, no es inferior al otro» (ibid. 4).

b) El pensamiento del cielo nos sostiene

«El cristiano debe diferenciarse del infiel en que lo soporta todo con generosidad, levantando su ánimo con la esperanza de lo venidero y mostrándose superior al ímpetu de los males humanos. Firme está sobre la peña, inexpugnable a las olas. Si se encrespan no podrán anegarle los pies, porque está muy por encima. No decaiga nuestro espíritu. A Dios le importa nuestra salvación más que a nosotros mismos y

se preocupa más que nosotros de que no padezcamos ningún mal funesto e irreparable» *(Hom.* 2.3: PG 49.57).

«Si tienes a Dios por amigo, aun cuando caigas en un horno no desesperes; pero si lo tienes por enemigo, aunque vivas en un paraíso no confíes. En el paraíso residía Adán; irritó a Dios y no le sirvió de nada; en el horno estaban (los tres jóvenes) y nada les perjudicó el fuego. En el edén vivía Adán y por su culpa fué derribado. En un muladar yacía Job y porque vigilaba venció... No fué el lugar lo que aprovechó a los moradores, ni su vileza les hizo daño» *(Hom.* 4,5: PG 49,66).

E) Motivos por los que Dios permite la tribulación de los justos

Dios permite que los santos sufran penalidades por muchos motivos.

a) Para que no se ensoberbezcan

Bien me ha estado ser humillado, para aprender tus mandamientos (Ps. 118,71). San Pablo sufre las bofetadas de un ángel de Satanás (según el Crisóstomo, infieles y perseguidores) para que *a causa de la altura de mis revelaciones yo no me engría* (2 Cor. 12,7). Aunque justos, son hombres, y nada puede envanecerlos tanto como considerar sus méritos.

b) Para que los demás no los reputen dioses

Me abstengo (de gloriarme) *para que nadie juzgue de mí por encima de lo que en mí ve* (2 Cor. 12,6). *¿Qué os admiráis de esto?*, exclamaba San Pedro ante los israelitas, absortos por la curación del cojo. *¿Qué nos miráis a nosotros, como si por nuestro propio poder o por nuestra piedad hubiéramos hecho andar a éste?* (Act. 3,12).

c) Para que brille el poder de Dios, que los sostiene con su gracia

Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder (2 Cor. 12,9), y que verifica sus obras por medio de hombres encadenados y débiles, como liberó a Pablo, sin que él, entre grillos y cepos, pudiera hacer nada.

d) Para que su paciencia demuestre que no sirven a Dios por recompensa humana

El demonio pudo decir de Job: *¿Acaso teme Job a Dios de balde?* (Iob 1,9). Pero cuando le vió santo en un muladar, hubo de callarse derrotado.

e) Para que pensemos en la resurrección y en el cielo

«Si el hombre no puede despedir a sus trabajadores sin retribuirles el jornal, mucho menos podrá disponer Dios que quienes trabajaron y sufrieron por El queden sin premio». La tribulación del justo demuestra la existencia de la otra vida.

f) Para que sirvan de consuelo a los demás hombres

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan... (Mt. 5,11). *Os habéis hecho imitadores de las iglesias de Dios, pues habéis padecido de vuestros conciudadanos lo mismo que ellos de los judíos...* (1 Thes. 2,14). *Otros soportaron irrisiones y azotes; aún más, cadenas y cárceles...* (Hebr. 11,36).

g) Para que imitemos a los santos

La comunión de sentimientos nos prueba que los santos tenían nuestra misma naturaleza. No nos disculpemos de imitarles. Santiago (5,17) decía que *Elías hombre era semejante a nosotros.*

h) Para que distingamos a los verdaderamente dichosos de los miserables

Feliz San Pablo, que dice: *Pasamos hambre, sed y desnudez, somos abofeteados y andamos vagabundos* (1 Cor. 4,11). David describe la abundancia de los pueblos que viven en la mentira y la iniquidad (Ps. 143,11-15), y al final comenta: *Bienaventurado el pueblo que tiene esto. Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor.*

i) PARA PERFECCIONARNOS EN LA SANTIDAD INCREMENTANDO LA ESPERANZA EN DIOS

La tribulación produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza, y la esperanza no quedará confundida (Rom. 5,3-5). El oro en el crisol... (Eccli. 2,5).

j) PARA QUE NOS ARREPINTAMOS DE NUESTROS PECADOS

Véase el distinto fin de Lázaro y el rico epulón: *Acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males, y ahora él es aquí consolado y tú eres atormentado* (Lc. 16,25).

k) PARA QUE OBTENGAMOS MAYOR PREMIO

«Cuanto más se intensifican las tribulaciones, tanto mayores son las recompensas». Según San Pablo (Rom. 8,10): *Los sufrimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Hom.* 1,6-10: PG 49,23-29).

F) Exhortación

¿Te has arruinado? Acuérdate de Job y «da gracias al Señor, que, pudiendo evitarlo, no ha querido, y así recibirás la misma paga que si todo lo hubieras entregado a los indigentes. ¿Vives en la pobreza? Acuérdate de Lázaro, que vivió pobre... a pesar de toda su virtud; acuérdate de los apóstoles, de los profetas y santos, y verás que todos se encuentran entre los atribulados y afligidos y no entre las riquezas o la dicha».

Da gracias al Señor, que te hizo como ellos, no porque te aborreciera, sino porque te amaba. No hubiera permitido tantas amarguras si no te hubiera querido extraordinariamente.

Los ladrones no escarban donde sólo puede haber paja, sino en donde sospechan que se encuentra el oro. El demonio persigue a los que disfrutan el oro de la virtud. «Donde hay virtud hay tentación: donde hay limosna, envidia». Por eso murió Abel, que, además de la corona de sus sacrificios puros, alcanzó la del martirio. Por defender a los judíos hubo de huir Moisés, por adorar a Dios fueron arrojados los tres jó-

venes en el horno. *Hijo, si te das al servicio de Dios, prepara tu ánimo a la tentación* (Eccli. 2,1).

Nadie triunfa en la pelea sin recibir heridas. Tú luchas con el demonio... Dios no te ha prometido el premio aquí, sino en el siglo venidero. ¿Padeces? Alégrate. El premio futuro aumenta. «No desmayes ni aflojes. Insiste con más contento y gallardía». Los apóstoles se alegraban en los azotes y en las cárceles. San Pablo en sus prisiones, en sus naufragios, predicaba con más ahinco.

¿Estorba el diablo tus buenas obras? ¿Naufragas cuando llevas tus limosnas en el barco? Pablo, que iba a Roma a llevar la limosna mil veces más estimable de su palabra, naufragó también; *Satanás nos lo estorbó* (1 Thes. 2,18). Pero «cuantas veces fuéremos estorbados, otras tantas comencemos nuestras obras espirituales, pues Dios permite tales obstáculos para que mejor le demuestres tus deseos y tu amor. El que ama verdaderamente, nunca ceja en lo que complace al amado. El flojo, sí, ése retrocede a la primera acometida» (ibid. 10-11: PG 49,30-32).

II. SAN AGUSTIN

Los primogénitos redimidos eran figura de Cristo, Unigénito y Redentor. Todos los escritores suponen que en el instante de presentarse en el templo, Jesús, personalmente en su interior y exteriormente por medio de su Madre, renovó el ofrecimiento que hiciera de su cuerpo el día de la Encarnación (Hebr. 10,5-7). Las palabras de Simeón también nos hablan de sacrificio y de dolores.

Todo ello brinda la ocasión para presentar la faceta principal de la fiesta que se conmemora: Cristo es el cordero que nace para morir por el pecado.

Así, pues, seleccionamos la doctrina de San Agustín sobre esta materia.

A) Cristo nace para morir por el pecado

a) El pecado fué el motivo de la venida de Cristo

En un sermón sobre San Juan Bautista dice incidentalmente San Agustín que Cristo bajó al mundo para sanar el pecado: «El Cristo había de venir a nosotros con un cuerpo; el Cristo mismo, no un ángel, un enviado u otro cualquiera, sino *ipse veniet et salvabit vos* (Is. 35,4)... Debía El nacer con un cuerpo mortal y ser pequeñuelo; debía ser reclinado en un pesebre de bestias, fajado con pañales... y, en fin, entregado como víctima de la muerte... ¿Quién había de humi-

llarse así? El Excelso... No busques en la tierra términos de comparación; elévate sobre los astros, y cuando hayas llegado a las jerarquías angélicas, ellas te dirán: Sube más. Acércate a los tronos, dominaciones, principados y potestades, y te dirán a su vez: Más, sube aún más, porque nosotros somos también criaturas... Sobrepasa la creación entera... Como no puedes sobrepasarla corporalmente, despliega las alas de la fe y sube hasta el Creador... y contempla allí: *En el principio era el Verbo* (Io. 1,1). Jamás fué creado; existía ya en el principio...» Pues bien, ése ha venido a nosotros..., a los indignos, *a morir por los impíos* (Rom. 5,6)... Y ¿cómo vino? *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Io. 1,14)... «De haber venido sólo con su divinidad, ¿quién podría soportar su majestad...? Para no dejarnos en lo que éramos, se revistió El, no de lo que nosotros éramos por la culpa, sino de lo que teníamos de naturaleza; porque aunque vino a los hombres en naturaleza de hombre, no vino a los pecadores hecho pecador. De los dos elementos de nuestra humanidad: naturaleza y culpa, tomó el primero y sanó el segundo... y así, hombre manifiesto y Dios escondido, apareció entre los hombres» *(Serm. 293,* 5: PL 38,1330-1331 y BAC, *Obras de San Agustín,* t. 7, p. 883).

1. Bajó del cielo para que nosotros subamos a él.

En su diálogo con Nicodemo (Io. 3,1-21), Jesús dice que bajó del cielo para que nosotros subamos a él. Bajó para morir y para esto se revistió de carne mortal. La serpiente del desierto es figura de Cristo en la cruz. Cristo, el médico que vino a curar el pecado. Si alguno es juzgado por él, será porque rehusó su medicina, porque las tinieblas rechazan a la luz.

Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo (Io. 3,13)... recibiendo el cuerpo de Adán por medio de María..., ¡ea, pues, hermanos! Dios quiso ser hijo del hombre y que los hombres fueran hijos de Dios. Bajó para que nosotros subiéramos...; pero si El es el único que sube, ¿qué esperanza nos queda a los demás? Nuestra esperanza se funda en que El bajó para que hechos unos con El subamos todos con El y por El...

2. Su muerte nos libró de la muerte.

Bajó y murió, y su muerte nos libró de la muerte; muriendo, la mató... Nacimos mortales de un hombre mortal, nacimos para morir los que pudimos ser inmortales...; pero Jesús, el Hijo de Dios, el Verbo de Dios, por el cual han sido hechas todas las cosas (Io. 1,3), el único que es igual al Padre, se ha hecho también mortal y *habitó entre nosotros* (Io. 1,14).

Tomó la muerte para colgarla de la cruz y librar a los hombres. Los judíos en el desierto miraban a la serpiente y se curaban (Num. 21,8-9); las mordeduras eran imagen de

nuestros pecados, y la serpiente salvadora, de Cristo Nuestro Señor, que se hizo carne para sanarnos (Io. 3,14-15).

3. No vino a juzgar, sino para salvar

Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvado por El (Io. 3,17). El médico, en cuanto estaba de su mano, vino para curar al enfermo; fué el enfermo quien, al no observar las prescripciones, se dió la muerte. Vino el Salvador al mundo para salvarlo; ¿no quieres aprovecharte de su salvación? Pues tú mismo te juzgarás, porque *el que cree en El no es juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito de Dios* (Io. 3,18)... *Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (ibíd. 3,19)... *El que obra la verdad* (Io. 3,21) *viene a la luz para que sus obras sean manifiestas, pues están hechas en Dios (In Io. Evang.*, tr. 12. c. 3,8-13: PL 35,1488-1490).

«Ninguna otra causa impulsó más a Cristo a venir al mundo que salvar a los pecadores. Si se suprimen las enfermedades y las heridas, la medicina no tiene razón de ser. Si, pues, un gran médico bajó del cielo, es porque había un gran enfermo que curar, todo el mundo». Y no todos se curaron, pues los judíos, orgullosos, no se reconocieron enfermos, y de las cien ovejas resultaron la única que se quedó fuera del redil.

4. Vino a salvar lo que estaba perdido

«*El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido* (Lc. 19,10), porque todos habían muerto desde que uno pecó, hasta que vino uno limpio de pecado y salvó a todos, menos a los que, por su soberbia, se creían sanos estando enfermos, que es lo peor que puede acontecer...» En su enfermedad llegaron a perder la cabeza y a golpear; ¿qué digo golpear?, a herir; ¿qué digo herir?, a matar al mismo médico. Pero El, mientras moría, era más médico aún; mientras le golpeaban, seguía curando... Peligroso es este padecimiento, que hace perder la cabeza con su fiebre y reír cuando importa llorar...

Y no me digan que puesto que Jesucristo no vino a salvar a los justos, sino a los pecadores, es preferible pecar para gozar de su amor, porque entonces habré de contestarte: Si has conocido al médico, ¿por qué no temes la enfermedad? El médico visita a los enfermos, pero para que dejen de estarlo (*Serm. 175*, 1-3: PL 38,945-947).

b) Cristo vino a morir por el pecado de sus enemigos

Al entregar el credo a los catecúmenos en la ceremonia adecuada, San Agustín les resume la doctrina de la fe, cuya idea central consiste en proclamar que el Hijo de Dios se hizo hombre para morir por nosotros.

Después de cantar las excelencias de la concepción eterna y de la virginal, añade: «Maravilla todo ello porque es divino, resulta inefable porque es inescrutable. Ni los labios del hombre son capaces de describirlo, ni su corazón de escudriñarlo... Prodigioso nacimiento este... Piensa, hombre, qué es lo que tu Dios hizo por ti y el Creador por la criatura. Piensa que Dios, permaneciendo Dios, eterno, viviendo con el Eterno, Hijo igual que el Padre, sin embargo no juzgó indigno de sí tomar *forma de siervo* (Phil. 2,7) por los pecados de los siervos. No lo hizo ciertamente porque lo mereciéramos, ya que nuestras culpas sólo podían merecer castigo. Si las hubiese examinado, ¿quién hubiera podido presentarse delante de El?

1. Se hizo hombre por los impíos y los pecadores

Digámoslo de una vez, se hizo hombre por los impíos, por los siervos pecadores... Y por si acaso os pareciera poco encontrar a Dios revestido de la carne humana por los hombres; al justo por los pecadores, al inocente por los reos, al rey por los cautivos, al señor por los esclavos, sabed que se encarnó para ser crucificado y muerto... *Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por los amigos* (Io. 15,13). ¿Crees que esto es cierto? Desde luego, puesto que lo dijo Cristo; pero oye al Apóstol, y encontrarás a alguien que dió mayores muestras de amor. Cristo, dice, *murió por los impíos* (Rom. 5,6). Y en otro lugar: *Siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rom. 5,10). Ahí tienes, pues, cómo has encontrado una caridad mayor que la de dar la vida por los amigos, la caridad de Cristo, que se entregó por los mismos enemigos» *(Serm. 215,* 4-5: PL 38,1074-1075).

2. Tomó nuestra carne para ofrecerla por nosotros

San Pedro (Mt. 16,13-23), después de reconocer que Cristo es el Hijo de Dios, intenta disuadirle de que muera, a pesar de que no había venido al mundo para otra cosa sino para morir.

«Le confesó *Hijo de Dios vivo* (Mt. 16,16) y le daba miedo que muriese, siendo así que el Hijo de Dios no había venido para otra cosa. Si no hubiera venido a morir, ¿cómo podríamos vivir nosotros? ¿Dé dónde nos ha llegado la vida sino

de aquella muerte? Escucha: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Io. 1,1). Busca la muerte allí y verás cómo no la encuentras. Si encontrases carne o sangre podrías encontrar la muerte, pero ¿cómo podrás hallar tales cosas en el Verbo? Y entonces ¿dónde encontraremos nosotros, viviendo en la tierra mortal, corruptible y pecadora, dónde encontraremos la vida? No pudiendo El morir ni vivir nosotros, tomó nuestra muerte para darnos su vida. ¿Cómo pudo hacerlo? *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Io. 1,14). Tomó la nuestra para ofrecerla por nosotros... *La vida era la luz de los hombres* (Io. 1,4). El fué nuestra vida, nosotros fuimos para El la muerte. ¿Cómo murió? No porque tuviera condición mortal, sino porque se dignó morir. Porque se dignó, porque quiso, porque se compadeció» *(Serm. 232,* 4-5: PL 38,1109-1110).

c) Cristo asumió la naturaleza humana para poder morir

Cristo, teniendo naturaleza divina, asumió la humana para poder morir y para que su muerte tuviera el valor de la Persona divina.

«Creemos que nació de María y del Espíritu Santo, porque el que *no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios... se anonadó tomando la forma del siervo* (Phil. 2,6-7)... Y así un solo Cristo, un solo Hijo de Dios, no es sólo Verbo, sino Verbo y hombre, todo El, Hijo de Dios Padre por el Verbo e Hijo del hombre por su humanidad... Convenía que en aquella humanidad que Dios tomó no sólo se viera al Invisible y naciese temporalmente el Coeterno con el Padre, sino que el Inconmensurable fuese sujeto; el Invencible, colgado de un leño; el Inviolable, clavado, y la vida inmortal, muerta en la cruz. Creamos, pues, lógicamente y confesemos para nuestra salvación que el mismo Hijo Unigénito de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, es no sólo un hombre nacido de mujer, sino también muerto y sepultado. Y siendo todo El, Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, Verbo y hombre, a ese todo se refiere cuanto le ocurrió a su alma cuando *estuvo triste hasta la muerte* (Mt. 26-38)... y a su cuerpo cuando fué crucificado» *(Serm. 214,* 6-7: PL 38,1068-1069).

d) Cristo se encarnó para tener un cuerpo que ofrecer en sacrificio

«Fué ungido rey y sacerdote. Como rey lucha por nosotros; como sacerdote, se ofrece. Cuando combatía por nosotros, con apariencia de vencido fué el vencedor real, porque crucificado derrotó al demonio y fué coronado como nuestro rey. Es

sacerdote en cuanto que se ofreció por nosotros. El sacerdote debe tener algo que ofrecer, ¿y qué víctima pura podía encontrar el hombre? ¿Qué podía hallar limpio el pecador? ¡Oh inicuo!, todo lo que tú llevas es inmundo y por ti hay que ofrecer algo incontaminado. Búscalo, y no lo encontrarás. Dios no se complace ni con corderos, ni con cabritos, ni con toros. Todo es suyo, aunque no se lo ofrezcas. Y si quieres ofrendar algo puro, no puedes hacerlo estando, como está, manchada tu conciencia... Tiene, pues, que ofrecerse a sí mismo el sacerdote limpio para limpiarnos a nosotros. Eso es lo que hizo Cristo, que, no encontrando nada puro en los hombres para ofrecerlo por ellos, se ofreció a sí mismo. ¡Feliz víctima, verdadera víctima, inmaculada víctima!... Tomó nuestra carne de las entrañas de María y la ofreció limpia por los inmundos. El es el rey y el sacerdote, alegrémonos» *(Enarrat. in Ps. 149:* PL 37,1952-1953).

1. Los sacrificios hebreos no eran más que anuncios del de Cristo

Los hebreos ofrecían sacrificios que hubieron de cesar, porque no eran más que anuncios del de Cristo. «Aquellos sacrificios eran la promesa y cesaron ante ese cuerpo que conocéis..., ese cuerpo de Cristo Nuestro Señor, que, hablando unas veces en nombre propio y otras en nombre de sus miembros, dice: *No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo* (Hebr. 10-5). No quisiste los primeros para hacer tu obra perfecta en éste... Aquéllos eran las señales que prometían, y que hoy se anulan porque ha aparecido la verdad prometida. En este cuerpo (de Cristo) somos, de este cuerpo participamos...» Cristo hablaba en nombre nuestro cuando decía que Dios rechazaba los sacrificios y hablaba en nombre propio cuándo dijo (Hebr. 10,5 y 7): *Me has preparado un cuerpo para que te lo ofrezca... Heme aquí que vengo—en el volumen del libro está escrito de mí—para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad (Enarrat. in Ps.* 39: PL 36,441-443).

2. Dios envió la carne para salvar a la carne

Lo que era imposible para la ley de Moisés, porque no dominaba la concupiscencia, lo ha hecho posible Dios enviando a su Hijo. «Envió la carne contra la carne; es más, envió la carne para salvar a la carne. El pecado la mató y la carne misma la librará». Cristo se hizo a semejanza de la carne de pecado *para que fuera destruido el cuerpo del pecado* (Rom. 6,6). La muerte y el pecado reinaban en nuestra carne hasta que vino Cristo, en cuyo cuerpo nada pudo encontrar de malo el príncipe de este mundo (Io. 14,30), y vino para pagar nuestra deuda. Figura de ello fué aquella vez que pagó la contri-

bución por El y por Pedro, esto es, por la Iglesia (Mt. 17,24-27). Cristo no pagó un tributo que debiera personalmente, como tampoco lo pagó al deshacer la muerte muriendo por nosotros.

3. Se hizo a semejanza de la carne de pecado

Ahora bien, ¿qué quiere decir esto de que Cristo se hiciera a semejanza de la carne de pecado? «Alguna vez os lo he expuesto. Los que se acuerden, medítenlo; los que no lo oyeron, oíganlo, y los que lo olvidaron, recuerden que en la antigua ley se llamaba pecado al sacrificio ofrecido por las culpas... Esa clase de pecado fué Cristo... No tuvo ninguno, pero lo era en cuanto que fué sacrificio ofrecido por los nuestros. En tal sentido hablaba el Apóstol cuando decía: *A quien no conoció el pecado*, esto es, al Señor, *le hizo (Dios) pecado por nosotros, para que en El fuéramos justicia de Dios* (2 Cor. 5,21). Medita dos cosas: justicia de Dios y no nuestra, en El y no en nosotros». En El encontramos la justicia.

¿Y cómo podemos vivir en esta justicia? Luchando contra nuestra concupiscencia. «Todo lo que ella nos hizo pecar antiguamente... fué borrado por el bautismo... mas quedó en nosotros la lucha con la carne, porque se borró el pecado, pero permaneció la debilidad. Lucha, resiste, no consientas, y se cumplirá aquella frase: *post concupiscentias tuas non eas*... (Eccli. 18,30).

Prudentia carnis mors est; prudentia autem spiritus, vita et pax (Rom. 8,6). *El apetito de la carne es enemistad con Dios y no se sujeta ni puede sujetarse a la ley de Dios.* La carne puede someterse, pero el apetito de la carne, esto es, el vivir según la carne y sus deseos, no podrá nunca, porque ese apetito es una enfermedad, y el hombre puede andar recto, pero con cojera no (*Serm. 155*, 6-10: PL 38,843-846).

e) Nuestra cooperación al sacrificio de Cristo

San Agustín esboza varias veces la idea de que siendo nosotros miembros del cuerpo de Cristo (lo cual prueba con la conocida frase de *¿por qué me persigues?* [Act. 9,4], dicha por el Señor cuando Pablo perseguía a los cristianos), podemos ofrecer nuestros sacrificios a la vez que los de Cristo; es más, en el sacrificio eucarístico de Cristo somos nosotros ofrecidos también. Además de esto, da cierto valor de sacrificio a las distintas virtudes.

1. Ofrecer penalidades y humillaciones

Vivo triste y el enemigo me aflige a diario con sus tentaciones, haciéndome amar lo que no debo y temer lo que no

quisiera. El alma, luchando contra una y otra tentación, aunque no caiga, se ve en peligro, y afligida dice; *Quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?* (Ps. 42,2)... Ya has oído la respuesta de Isaías (57,16-17): *por su iniquidad.* La causa de tus tristezas son tus pecados, ojalá sea tu santidad la de tu alegría. Hubo un tiempo en que pecaste y no quisiste trabajar, no te importaba ser injusto..., pues oye ahora el mejor consejo del Salmo: *bien me ha estado ser humillado para aprender tus mandamientos* (Ps. 118,71). «Sean tus humillaciones y penalidades el sacrificio que ofreces por el pecado» *(Enarrat. in Ps.* 42: PL 36,477-478).

2. La oración

Apud me oratio Deo vitae meae (Ps. 41,9). Este es el gemido del ciervo abrasado por la sed de agua fresca, el deseo del alma apesadumbrada por sus culpas. «Sin embargo, para ofrecer algo a Dios, no he de comprarlo en ultramar, ni navegar a tierras lejanas para buscarle incienso y aromas que le hagan propicio... Dentro de mí está la oración, dentro de mí tengo la víctima que he de inmolar, el incienso que encender y el sacrificio con que instar a Dios (Ps. 50,19): *Sacrificio grato a Dios es un corazón contrito...» (Enarrat. in Ps. 41:* PL 36,475).

3. El incienso de la alabanza

In me sunt, Deus, vota tua, quae reddam, laudationes tibi (Ps. 55,12). ¿Qué ofreceremos a Dios? ¿Los antiguos animales? No. Busca en tu corazón el incienso de la alabanza, y de lo escondido de tu buena conciencia ofrece el sacrificio de la fe, y todo ello enciéndelo con la caridad. ¿Qué alabanzas puedes dar a Dios? Observa lo que El te ha dado, *porque tú arrancas mi vida de la muerte* (Ps. 55,13), concediéndome aquella vida que anunciaba el salmo: *Deus, vitam meam annuntiavi tibi...* (Ps. 55,9). Muerto estaba, ahora vivo; por eso, Señor, dentro de mí tengo mis alabanzas que tributarte. Llamé a mi Dios; nadie puede quitármelo, ni nadie puede despojarme de la ofrenda que pienso rendirle, porque la llevo escondida en el corazón.

4. La gratitud

A Job (Io. 1,21) le arrebataron todas sus riquezas, pero no pudieron quitarle la acción de gracias que ofrecía en su interior: *Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit ita factum est: sit nomen Domini benedictum (Enarrat. in Ps. 55:* PL 36,659).

5. La mortificación

Aun cuando vivo ya en el cuerpo de Cristo, sin embargo, llevo un cuerpo pecador. «Enciérrate dentro de tu concien-

cia, exígela castigos, mortifícate a ti mismo y eso será un buen sacrificio que ofrecer a Dios».

«*Porque*, dice el pecador, *no es sacrificio lo que tú quieres; si no te lo ofrecería; ni quieres tampoco los holocaustos.* ¿Qué, pues? ¿No nos queda ningún sacrificio que ofrecer? Sí, *el corazón contrito. Dios no desdeña un corazón contrito y humillado* (Ps. 50,18-19). Humilla tu corazón, mortifica tu corazón... Cuando eres cruel contigo mismo no te odias, sino que estás siendo justiciero al castigar, aun cuando fuere pecador, tu cuerpo castigado. ¿Ves qué modo de obrar justicia? Desde ese momento te molesta a ti lo que desagrada a Dios y has hecho coincidir tu voluntad con la de El, y cuando te odias a ti mismo no odias la obra de Dios, sino lo que El encuentra odioso en ti. Desde el momento que has empezado a odiar en ti tus obras, que no son precisamente obras de Dios, y has empezado a ser severo contigo mismo, El te regala su misericordia... No creas que el que castiga el cuerpo odia el cuerpo, porque el que castiga un criado o pega a un hijo, no odia ni al hijo ni al criado. Y para hablarte de algo más íntimamente unido, te diré que tu carne es tu esposa, y *nadie aborrece jamás su propia carne*, sino *que la alimenta y la abriga, como Cristo a la Iglesia* (Eph. 5,29)... Pues si *la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne* (Gal. 5,17), parécese a la esposa a la que hay que amar y reprender para lograr la concordia mediante la reprensión» *(Enarrat. in Ps. 50:* PL 36,598).

B) Las persecuciones de Cristo y del cristiano

Con mucha frecuencia San Agustín habla de las persecuciones. A propósito, por ejemplo, de los discípulos de Emaús, dice que Cristo les abre el sentido de las Escrituras y les hace ver que El y la Iglesia forman un solo cuerpo y que uno y otra conviene que triunfen por medio de la cruz. Nos limitaremos a recopilar la *Enarratio* de San Agustín sobre el Salmo 69 (cf. PL 36,865-874).

a) Necesidad de la persecución

Comentando el versículo *avertantur retrorsum* (v. 4)..., afirma que opinar en contra de Cristo, como los herejes, significa querer ir delante de El. Aplica después la doctrina al Príncipe de los Apóstoles, que no quiso entenderlo cuando anunció su Pasión (Mt. 16,13-23).

El Señor, que había llamado *bienaventurado* (Mt. 13,17) a Pedro, inmediatamente le increpa: *Retírate de mí, Satanás* (ibid. 23). ¿Por qué? Porque no quiso entender que la Pa-

sión era necesaria a Cristo y a todos sus seguidores. «Celebremos, pues, la fiesta de los mártires, deseemos inmolarnos, y no queramos ser de mejor condición al evitar sufrimientos por la justicia y por la fe, pues ellos no los evitaron» (ibid. 4).

b) Los mártires forman un solo cuerpo con Cristo

«Demos gracias al grano de trigo que quiso multiplicarse muriendo (Io. 12,24), gracias al único Hijo de Dios, nuestro Salvador Jesucristo, que no desdeñó sufrir la muerte para hacernos dignos de la vida, y que, siendo uno solo, fué tan singular (Ps. 140,10) que tuvo fecundidad suficiente para producir en su Pasión multitud de granos, de los cuales nos sentimos alegres al celebrar la fiesta de los mártires. Muchos son los miembros, mas una sola la cabeza, y todos se sienten a ella unidos por el vínculo de la caridad y de la paz... Un solo hombre son y una la voz de todos ellos que se escucha en el Salmo. Oigamos, pues, cómo sufrieron los mártires y qué peligros pasaron a través de tempestades colosales, no sólo en cuanto al cuerpo, que habían de entregar a la muerte, sino en cuanto a la fe, para no desfallecer entre los acerbos dolores de la persecución o el amor de esta vida y perder lo que Dios les había prometido, no sólo con palabras, sino con obras: *No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla* (Mt. 10,28). Trabajaron, pues, los mártires; pero sin la ayuda del que había dicho (Mt. 28,20): *Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo*, ciertamente que hubiesen sucumbido» (ibid. 1).

c) Nuestra persecución es la tentación

«Oigamos, pues, a los mártires y hablémosles con afecto, aunque no padezcamos lo mismo. Ellos recibieron la corona, nosotros todavía peligramos; porque aunque soportamos las mismas persecuciones que superaron ellos, casi las padecemos en medio de tantos escándalos presentes. Nunca ha abundado como ahora aquel pecado que hizo clamar al Señor: *¡Ay del mundo por los escándalos!* (Mt. 18,7)... Ciertamente que Cristo reina desde el cielo y ha sujetado a su yugo las cervices de los reyes signando sus frentes con la cruz; ya no hay quien se atreva a insultar el nombre del Señor. Sin embargo, todavía hemos de gemir (entre órganos y músicas) porque aun hay enemigos de los mártires que los persiguen, ya que no con insultos y tormentos, con su lujuria. Ojalá tuviéramos sólo que dolernos de los paganos. Siempre es un consuelo esperar que los que no han recibido la señal de Cristo

la alcancen algún día y abandonen la furia de sus culpas; pero es que vemos a muchos que, llevando la cruz en la frente, en la misma frente también muestran la desvergüenza de su lujuria, y aprovechan las fiestas de los mártires, no para honrarlos, sino para insultarlos (con sus obras). Mientras tanto nosotros gemimos y sufrimos nuestra persecución. Si hay alguna caridad en nosotros hemos de decir: *¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?* (2 Cor. 11,29).

No hay, pues, ningún siervo de Dios sin persecución, porque muy cierto es aquello del Apóstol: *Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones* (2 Tim. 3,12). El diablo tiene dos apariencias: la del león en su ímpetu y la de la serpiente en su astucia. El león amenaza y es enemigo malo, la serpiente nos pone asechanzas y lo es también. ¿Quién estará seguro? Aunque todos se hagan ya cristianos, ¿se convertirá el demonio? El demonio no deja de tentarnos... Clamemos, pues, unánimes diciendo (Ps. 69,2): *Deus in adiutorium meum intende*» (ibíd. 2).

d) Oración por los perseguidores

Confundantur et revereantur qui quaerunt animam meam (Ps. 69,3). San Agustín interpreta o acomoda esta frase al deseo que anima a los mártires de que sus perseguidores, esto es, los que buscan su vida, se conviertan y reverencien a Cristo. Esta es la oración que dice Jesús, ya como cabeza, ya por medio de su miembros: *sean confundidos y avergonzados los que buscan mi vida* (Ps. 69,3) para darme muerte. ¿Cómo piden tal cosa los discípulos del que dijo (Mt. 5,44): *amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen,* y del que en la cruz oró (Lc. 23,34): *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen?* Si esto lo oyera un mártir te contestaría: Entiende mi oración: todo mi deseo es que se conviertan y reverencien al Cristo que persiguen. Esa es mi venganza. «Saulo persiguió a Esteban (Act. 7,58), pero fué confundido y terminó reverenciando a Cristo... Tal es el deseo de los mártires, porque los que nos persiguen, mientras no sean confundidos, se gloriarán de sus hechos, se pavonearán de habernos prendido, atado, azotado, matado, y nosotros lo que pedimos es que se confundan y avergüencen de todos sus hechos y reverencien al Señor, y porque no pueden reverenciarlo si no se confunden primero, pedimos al Señor que sean confundidos» (ibíd. 3).

e) Persecución de la herejía y de los que odian la religión

«El primer ataque fué el de los perseguidores, pero ahora nos queda la maldad de los pensadores. Distintos son los tiempos y distinta la persecución. Fuerte golpe recibe la Iglesia cuando los reyes la persiguen..., pero han caído los reyes, goza ahora de paz, ha subido al culmen de la dignidad en este mundo, y, sin embargo, no falta la mirada torva de los perseguidores que la hieren con sus pensamientos. En ellos está el demonio como en un abismo y allí ruge aunque no estalle. Admirablemente se pueden aplicar a este tiempo de la Iglesia aquellas palabras: *Verá esto el impío y se llenará de despecho; rechinará los dientes y se repudrirá* (Ps. 111,10). ¿Cómo, atando e hiriendo? No, odiando... También por ellos ora el mártir... cuando dice (Ps. 69,4): *avertantur retrorsum et erubescant qui volunt mihi mala*» (ibid. 4).

f) Persecución actual de los aduladores, que tientan

«Tenemos que sufrir dos clases de persecuciones: las de los que nos zahieren y las de los que nos lisonjean, y es ciertamente mucho más peligrosa la lengua del adulador que la mano del asesino, ya que la Sagrada Escritura la llama arma de fuego. Cierto que al hablar de la persecución afirma que los mártires se probaban *como el oro en el crisol* (Sap. 3,6)...; pero también añade que la lengua de los aduladores es igual: *Como el crisol para la plata y la hornaza para el oro, así es para el hombre la boca que le alaba* (Prov. 27,21). Fuego es uno y fuego es el otro, y de ambos conviene salvarnos...» Te formó la fe y vino la persecución..., y como estabas bien formado, el fuego te hizo más recio...; del mismo modo, si eres alabado y consigues salvarte de la corrupción, has hecho una gran obra. Difícil es lo uno y lo otro. Pidámosle, pues, al Señor que *custodie nuestras entradas y nuestras salidas* (Ps. 120,8) en estas armas, sabiendo que (1 Cor. 10,13) *fiel es Dios, quien no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito para que podamos resistirla* (ibid. 5).

III. SAN GREGORIO MAGNO

Esta homilía de San Gregorio Magno forma parte de las cuarenta que se conservan del ilustre doctor, dedicadas a comentar los Evangelios (cf. *XL Hom. in Evang.*, l. 2, hom. 32: PL 76,1232-1238).

A) En la persecución, morir; en la paz, refrenar los deseos

Quien quisiere salvar su vida la perderá, y quien pierda la vida por mí y el Evangelio, ése la salvará (Mc. 8,35). Cuando Cristo es perseguido sangrientamente hay que perder a veces la misma vida, como el agricultor deja pudrirse la semilla para obtener el fruto.

Pero «como en la Santa Iglesia hay tiempo de persecución y tiempo de paz, nuestro Redentor distingue uno y otro en sus preceptos; en tiempos de persecución debemos exponer la vida; en tiempos de paz, matar los deseos terrenos que podamos»... (ibíd. 4). ¿Cuáles son éstos y cómo se vencen?

B) Contradicción entre Cristo y nuestras inclinaciones

Cristo opone su vida a la nuestra y a sus vicios. Opone la castidad a la lujuria, la humildad a la soberbia. Su programa está redactado con estas palabras: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...* (Mc. 8,34).

«Tal vez no llegue a costar gran trabajo desprenderse de lo que se posee, pero es sumamente penoso negarse a sí mismo» (ibíd. 1). Lo mismo que en las luchas circenses hay que ir libre de ropas con objeto de no dejar al enemigo prendas en donde asirse para derribarnos, así hay que luchar con el demonio, desnudos del corazón y de sus afectos terrenos.

Todo estriba en ir abandonando al hombre, para dejar sola a la gracia. «Separémonos de nosotros mismos, esto es, de lo que nos hicimos por el pecado, y permanezcamos como nos hizo la gracia». El licencioso, el avaro, el soberbio, al aceptar las virtudes contrarias, se niegan a sí mismos y siguen a Cristo.

Para seguir a Cristo es necesario contradecirse y *tomar la cruz* (Mc. 8,34), que puede consistir en la mortificación o en la caridad, según que suframos en nuestro cuerpo o en el

alma, al compadecernos de los males del prójimo como si fueran propios, San Pablo dió ejemplo (2 Cor. 11,29): *Castigo mi cuerpo y lo esclavizo...* (1 Cor. 9,27). *¿Quién desfallece que no desfallezca yo...?* (ibíd. 2 y 3).

Ahora bien, el que se mortifica debe cuidarse mucho de no caer en un vicio muy peligroso: la vanagloria.

C) *Peligros de la paz: el amor de las riquezas*

«Cuando no hay persecución por parte de los enemigos, debemos estar muy alerta para guardar nuestro corazón, porque cuando se vive en paz, sin sufrir vejaciones, suele en seguida la ambición apoderarse de nosotros». Examine cada uno lo breve de la vida y lo poco que se necesita para ella. En vano se lleva mucho equipaje cuando el viaje es corto.

D) *Cristo contradicho por el respeto humano*

A veces no estimamos las cosas que perecen, pero «no nos atrevemos a manifestar con claridad la rectitud de nuestro interior, y tanto menos manifestamos la justicia de Dios, cuanto más tememos a los hombres»... El Señor nos da un remedio poderoso (Lc. 9,26): *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre...* (ibíd. 4).

Claro que dirán mis oyentes: Nosotros no nos avergonzamos de la fe de Cristo. Y yo les responderé que eso ocurre porque cuando confiesan su fe, todos los que les oyen son cristianos. «Si el nombre de Cristo no estuviera al presente tan glorificado, no tendría la Iglesia tantos confesores».

Ahora bien, si queréis saber si confesáis claramente a Cristo u os avergonzáis de El, examinad de veras si dejáis de obrar según Cristo por respeto humano.

«En los tiempos de persecución cabía que los fieles se avergonzasen, porque eran desposeídos de todo...; pero hoy tenemos otras cosas que nos sirven de prueba», a saber, el seguir paladinamente las enseñanzas del Señor.

«De ordinario tememos ser menospreciados por los hombres», y si por casualidad estamos gravemente disgustados con alguno, quisiéramos reconciliarnos, pero «nos avergonzamos de ser los primeros en dar satisfacción».

Contraponed a nuestra conducta la de Cristo, que nos envió a San Pablo como embajador, para exhortarnos y pedirnos que nos reconciliáramos con El (2 Cor. 5,20), y avergoncémonos de la diferencia que nos ocasiona el respeto humano (ibíd. 5).

San Gregorio termina su homilía proponiendo el cielo como premio a los que sobrellevan y vencen esta contradicción tal y como la soportaron hasta derramar su sangre los mártires, en cuyo templo predica el Santo y de cuyos milagros es testigo presencial (ibid. 6-8).

IV. SAN BEDA

San Beda el Venerable, en el libro primero de sus homilías (cf. hom. 15, *De purificatione Beatae Mariae:* PL 94,79-83), después de explicar la ley y recalcar la obediencia y humildad de María y del Señor; tras de aludir a la simplicidad de la paloma y la castidad de la tórtola y de incitar al cristiano a ofrecerse, después de la purificación del bautismo, como hostia saludable en el altar, junto con el cuerpo y sangre del Señor, continúa:

A) Salvación y ruina

a) Ecce positus est hic in ruinam et resurrectionem (Lc. 2,33)...

«Con júbilo se escuchan estas palabras, que expresan haber sido destinado el Señor a conseguir la resurrección universal, conforme a lo que El mismo dijo: *Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá...* (Io. 11,25). Pero cuán terriblemente suenan aquellas otras: *ecce positus est hic in ruinam!* Verdaderamente infeliz el que, después de haber visto su luz, queda, sin embargo, ciego por la niebla de los vicios..., porque, según el Apóstol (2 Petr. 2,21), *mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que después de conocerlo abandonar los santos preceptos que les fueron dados.*

b) In signum cui contradicetur (Lc. 2,34)

Lo contradicen los judíos y gentiles, y lo que es más grave, los cristianos que, profesando interiormente al Salvador, le desmienten con sus acciones.

c) Ut revelentur ex multis cordibus cogitationes (Lc. 2,35)

Antes de la Encarnación, estaban ocultos muchos pensamientos, pero una vez nacido en la tierra el Rey de los cielos, el mundo se alegró, mientras Herodes se turbaba y con él

todo Jerusalén». Cuando predicaba Jesús y prodigaba sus milagros, se llenaban las turbas de temor y glorificaban al Dios de Israel; mas los fariseos y escribas acogían con rabiosas palabras cuantos dichos procedían de la boca del Señor y cuantas obras realizaba. Cuando padecía Dios en la cruz, se reían con alegría necia los impíos y lloraban con justa amargura los piadosos; pero cuando resucitó de entre los muertos y subió a los cielos, se trocó en tristeza la alegría de los malos y se convirtió en gozo la pena de los amigos; y así, conforme a la profecía del bienaventurado Simeón, al aparecer el Señor revestido de carne mortal, *revelatae sunt ex multis cordibus cogitationes*... «Por lo que conviene, hermanos, que cuantas veces observemos que padece la doctrina del cielo por las contradicciones de los que son de corazón duro, imitemos la tristeza de los que, viendo padecer, según la carne, al Verbo divino, se deshacían en compasión y dolor; mas si vemos, por el contrario, acogida con amor entre los fieles la divina palabra, y que adelantan en buenas obras ante el Creador universal, gocémonos entonces con los que acogieron alegres la resurrección de Jesucristo y su gloriosa ascensión a las alturas».

B) Compunción y amor

Y adviértase que no en vano se ordenaba sacrificar dos tórtolas o palomas, una en satisfacción por los pecados y otra en holocausto. Pues hay dos géneros de compunción que utilizan los que son fieles a Jesús para inmolarse a sí mismos en sacrificio. Ciertamente, según hemos leído en las obras de los Padres, el alma que anhela a Dios, se conmueve primeramente por el temor, para dejarse más tarde llevar en alas del amor. Vierte primero abundantes lágrimas, porque al recordar el sinnúmero de sus maldades teme padecer por ellas suplicios eternos, y esto equivale a ofrecer una tórtola o palomino en satisfacción por los pecados; mas, cuando va disipándose el temor, renace cierta seguridad de perdón y el alma queda inflamada por el amor de los celestes gozos. Y el que antes lloraba por el miedo del suplicio, gime ahora amargamente, porque es apartado de su reino; lo cual representa la tórtola o paloma en holocausto...; y hácese holocausto del Señor el que, despreciando lo terreno, considera la suprema bienaventuranza como su único afán, y a su consecución aspira, aun a costa de gemidos y de llanto. Y al contemplar qué sean aquellos angélicos coros, qué la reunión de espíritus bienaventurados, la majestad de la eterna vista de Dios, llora, porque le faltan aquellos bienes imperecederos, con más fuerza que al principio, cuando temía por los eternos

males. Dígnese gratamente recibir nuestro doble sacrificio el que perdona los yerros cometidos o los que lloran sus pecados y se afligen por sus culpas, y arda con todo su vigor nuestra alma en vivos anhelos por el acceso a la patria celeste, cuya luz eterna alimenta Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en unión del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.»

V. SAN BERNARDO

Elegimos algunos trozos de los sermones que San Bernardo dedicó a la Purificación de la Bienaventurada Virgen María, y que el lector puede ver íntegros en BAC, *Obras selectas*, p. 563ss. En primer lugar, recogemos lo más importante del sermón 3.º, titulado *Del Niño, María y José*, y a continuación del 1.º, sobre *La triple misericordia*.

A) Ofrezcámonos como el niño

«¿Piensas que no podía la Virgen quejarse y decir: Qué necesidad tengo yo de purificación?... ¿Qué tiene que purificar en mí la ceremonia legal, habiéndome hecho purísima en el mismo parto inmaculado? Cierto, Virgen bienaventurada; cierto, tenéis sobrada razón; no necesitáis purificación. Pero ¿acaso vuestro Hijo necesita circuncisión? Sed, pues, entre las mujeres como una de ellas, porque así también es vuestro Hijo entre los niños. Quiso ser circuncidado, ¿y no querrá también ser ofrecido? Ofreced vuestro Hijo, Virgen sagrada, y presentad al Señor el fruto bendito de vuestro vientre virginal. Ofreced para nuestra reconciliación la Víctima santa y agradable a Dios. Por todos modos aceptará Dios Padre la nueva ofrenda y preciosísima Víctima, de la cual dice El mismo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias* (Mt. 3,17). Pero esta ofrenda, hermanos, parece bastante delicada, ya que solamente es presentado el Niño al Señor; después es redimido con algunas aves y luego se lo llevan. Tiempo vendrá en que no será ofrecido en el templo ni entre los brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad y entre los brazos de la cruz. Tiempo vendrá en que no será redimido con lo ajeno, sino que redimirá a otros con su propia sangre, porque Dios Padre le ha enviado para rescate de su pueblo. Aquél será el sacrificio matutino; éste, el vespertino... Mas de uno y otro puedes entender lo que predijo el profeta: *oblatus est, quia ipse voluit* (Is. 53,7); pues aun ahora fué ofrecido, no por necesidad, no porque estaba bajo el edicto de la ley, sino porque quiso; y en la cruz igualmente fué ofrecido, no porque

lo mereciese ni porque los judíos maquinaron, sino porque El mismo quiso. Te ofreceré voluntariamente un sacrificio, Señor, porque voluntariamente fuiste ofrecido por mi salud, no por tu necesidad.

Pero ¿qué ofrecemos nosotros, hermanos, o qué le devolvemos por todos los bienes que nos ha hecho? El ofreció por nosotros la Víctima más preciosa que tuvo, no pudiendo darse otra más preciosa; hagamos también nosotros lo que podamos, ofreciéndole lo mejor que tenemos, que somos ciertamente nosotros mismos. El se ofreció a sí mismo: ¿tu quién eres que dudas ofrecerte? ¡Oh si yo tuviera la dicha de que se dignara recibir mi ofrenda tan grande Majestad! Dos moneditas tengo, Señor, que son el cuerpo y el alma. ¡Ojalá te las pueda ofrecer en sacrificio de alabanza! Mejor me es y mucho más útil y glorioso ofrecerme a ti que dejarme para mí mismo. Porque en mí mismo se turba mi alma, y mi espíritu se alegrará en ti si sinceramente es ofrecido. Los judíos, hermanos, ofrecían víctimas muertas al Señor que había de morir; mas ahora ya: *Por mi vida, dice el Señor, que yo no me gozo en la muerte del impío, sino en que se retraiga de su camino y viva* (Ez. 33,11). No quiere Dios mi muerte, ¿y no le ofreceré yo gustosamente mi vida? Esta es una víctima pacífica, víctima agradable a Dios, víctima viva. En la ofrenda del Señor se lee que hubo tres personas, y en la nuestra igualmente tres cosas pide el Señor. Estuvo allí José, esposo de la Madre del Señor, que era reputado padre suyo; estuvo también la Virgen Madre y el Niño Jesús, que era el ofrecido. Haya, pues, en nuestra ofrenda también constancia varonil; haya continencia de cuerpo, haya humilde conciencia. Haya constancia varonil en el propósito de perseverar, haya pureza virginal en la castidad, haya en la conciencia la sencillez y humildad propias del niño. Amén» (cf. *Sermones de los Santos:* Serm. 3, *Del Niño, de María y de José:* BAC, *Obras selectas*, p. 567-569, y PL 183,370-371).

B) Tres visitas de Cristo a su templo

Tres veces visita el Señor en procesión su templo. La primera fué aquella humilde a la que asistieron la Sagrada Familia, Simeón y Ana.

La segunda procesión fué con mayor clamor el domingo de Ramos. Los vestidos de los apóstoles—caridad, piedad, buenas costumbres—alfombraron su camino. ¿Y a nosotros no vendrá? También, puesto que Cristo ayer, hoy y eternamente es Dios. Es la tercera procesión a este su templo.

El que os vea, Señor, será despedido en paz de este mundo después de haberos tenido en sus brazos. Vos sois la paz.

Muchos hay que no te conocen, porque eres la luz que ilumina las gentes, *pero las tinieblas no la abrazan* (Io. 1,5). El agua se extiende por las plazas, pero hay quien no se aproxima a beber. La misericordia está en el centro del templo, pero hay algunos que no se le acercan.

Ha venido Dios a nosotros. Eramos hijos de ira, engañados por una mujer. La ignorancia de una mujer nos cegó; la flojedad del hombre, esclavo de su propia concupiscencia, nos debilitó; y la malicia del demonio nos cautivó. Por todo ello hemos nacido ignorantes del camino de la salvación, débiles y desidiosos para seguirlo, cuando nos lo enseñan, y oprimidos por el dueño más tirano. Pero Cristo se hizo para nosotros sabiduría, fortaleza y libertad, convirtiéndonos en templos suyos.

Resistamos, pues, al demonio y a la concupiscencia, y siendo libres, conservemos puro este «corazón en el que habita Cristo, y en el que anuncia la paz para su pueblo, para sus santos y para aquellos que se convierten»... (cf. *Sermones de los Santos; Serm. 1, De la triple misericordia:* BAC, *Obras selectas,* p. 563-565, y PL 183,366-368).

SECCION IV. TEOLOGO.

I. HUGO DE SAN VICTOR

(Cf. Serm. 41, *In purificat. Beat. Mariae semper Virg.: de purificat. mentis*, en *Appendix* ad *Hugonis Opera mystica; Sermones centum:* PL 177,1006-1009).

El templo de nuestras almas, purificado

Templum enim Dei, sanctum est, quod estis vos (1 Cor. 3,17). A este templo viene el Señor de diversos modos. Pues viene por la contemplación de las criaturas, la lección de las Escrituras Sagradas, los milagros y la predicación; viene por las inspiraciones, las adversidades, las promesas... Permanece por medio de la gracia, y viene El a aumentarla: *Ut sanctus, sanctificetur adhuc* (Apoc. 22,11); *quia omni habenti dabitur et abundabit* (Lc. 19,26).

Mas este templo puede arruinarse si pecamos voluntariamente. Entonces *fiat habitatio eorum deserta* (Ps. 68,26). Los que debimos haber sido casa de oración nos convertimos en cueva de salteadores, de malos pensamientos y deseos (Mt. 21,13).

Pero cuando viene el *tempus miserendi eius* (Ps. 101,14), prepara Dios su templo para que pueda entrar el dominador a quien busca nuestra alma y el ángel que anhelamos. El dominador es el que nos creó, el ángel es el que nos redime.

Entonces manda de antemano que aderecen la casa a sus siervos. En la consideración de la culpa, nos hace ver el templo profanado, convertido en morada de alimañas (el orador distribuye los vicios entre muy diversos animales, citando los pasajes de Is. 34,11-15 y Soph. 2,14-15), y en medio de ellas al cristiano pecador corrompido por las sugestiones del enemigo o los consejos del malvado, viviendo en lo que fué casa de Dios y ahora lo es de Belial.

El pecador, al no encontrar consuelo, mira hacia arriba y Dios le envía su segundo mensajero: la consideración de la pena merecida, y entre uno y otro producen la compunción

precisa para que la ostiaria de la confesión abra definitivamente la puerta del templo purificado al Dios que quiere vivir en él.

Esta es la solemnidad de nuestra purificación.

II. SANTO TOMAS

Recogemos un artículo de la *Summa* sobre el pasaje evangélico (p.3, q.37, a.3) y a continuación la doctrina de Santo Tomás sobre la obediencia dolorosa y la aceptación de los sufrimientos por parte de Cristo. Completamos el tema con unos pensamientos del Santo sobre el valor satisfactorio de nuestras penalidades.

A) Cristo ofrecido en el templo

¿Por qué fué presentado, siendo así que su Humanidad santísima estaba siempre presente a Dios mediante la unión hipostática? El Hijo de Dios no se encarnó ni fué circuncidado porque El lo necesitara, sino para merecernos la filiación divina y circuncidarnos espiritualmente. Del mismo modo se presenta ahora a Dios Padre después de la circuncisión, para que aprendamos a presentarnos nosotros después de hacernos dignos de las miradas de Dios por la previa circuncisión de nuestros vicios (ad 2).

Aceptó que por El, Hostia definitiva, se ofreciese otra hostia, para unir el Antiguo y Nuevo Testamento, la figura y la realidad. La hostia ofrecida por el Cordero no fué un cordero, como hubiera parecido más propio, porque la pobreza le excusó. En cambio fué admirablemente significativo el ofrecimiento de tórtolas y palomas. La tórtola, con su continuo canto, significa la predicación y confesión de la fe; animal casto y solitario, recuerda estas dos virtudes. La paloma, mansa y sencilla, amiga de vivir en colectividad, representa la vida activa; la perfección, por lo tanto, de la comunidad formada por Cristo y sus miembros. Tórtolas y palomas con sus gemidos nos hablan del suspirar continuo de los santos por la vida futura. Mientras la tórtola solitaria significa el gemido de la oración secreta, la paloma, animal gregario, gime en público, como la oración de la Iglesia. Ofrécense dos animales, que simbolizan la doble santidad del cuerpo y del alma (ad 2 y 3).

María fué purificada para dar ejemplo de obediencia y humildad (a. 4).

B) Cristo y María aceptan la Pasión

En los índices corrientes de la *Summa* suele figurar un epígrafe que dice: Cristo, María y todos los santos aceptan la Pasión de Cristo deliberadamente, a pesar de la repugnancia de la voluntad natural (cf. PERUJO, *Passio)*. Santo Tomás, en realidad, no habla más que del Señor, pero la doctrina es aplicable a todos, y muy especialmente a María Santísima, no sólo en este punto, sino en el de cualquier sufrimiento enviado por Dios.

En Cristo, y por razón de su naturaleza humana, existía una duplicidad de apetitos: el apetito sensitivo, a veces llamado voluntad *participativa,* y el apetito o voluntad racional, el cual, a su vez, muestra dos tendencias, una natural y espontánea y otra dirigida por la razón.

Sabido es (3, q.14, a.3) que por disposición especial el Hijo de Dios permitía a su cuerpo y a su alma ejercer sus propias operaciones, y, por consiguiente, a aquel apetito sensitivo había de repugnarle todo lo que fuera dolor, como a la voluntad, en cuanto natural, había de repugnarle todo lo que pareciera malo, como la muerte. Ahora bien, la voluntad puede ser dirigida por el entendimiento, como nos ocurre a nosotros con la misma sensualidad, a la que, a pesar de repugnarle con todas sus fuerzas el cauterio, sin embargo, la obligamos a sufrirlo, porque la razón lo exige para fines superiores.

Aplicando esta doctrina, diremos: Dios quería los dolores y muerte de su Hijo, no por ellos mismos, sino por la salvación del mundo. Y mientras la voluntad o apetito sensitivo y la voluntad natural de Cristo se oponían reciamente, la voluntad dirigida por la razón, dominando todo otro impulso, repetía (Mc. 14,36): *sed non quod ego volo, sed quod tu* (3, q.18, a.5 in c).

Ni la voluntad sensitiva ni la voluntad *per modum naturae* (espontánea) pueden llegar a someterse a los dictados de Dios, porque, tendiendo sólo a cosas sensibles la primera y muy concretas la segunda, queda reservado al entendimiento ver el orden y relación de las cosas con la voluntad divina. Sólo, pues, la voluntad, que impera con posterioridad y conforme a las ideas de la razón, puede someterse a ellos (ad 1).

Aceptó sufrir por obediencia y caridad. Porque la obediencia al Padre hizo que aceptara el acto de caridad de morir por nosotros, y la caridad o amor al Padre le obligó a obedecerle, de modo que cumplió el precepto de la caridad por obediencia y obedeció por caridad (3, q.47, a.2 ad 3).

La obediencia no impone necesidad alguna a la voluntad,

que libremente acepta el cumplimiento, como lo aceptó el Redentor (ad 2), el cual murió porque quiso: *tengo poder para darla (la vida) y poder para volver a tomarla*, pero la entregó, porque *tal es el mandato que del Padre he recibido* (Io. 10,18).

Por eso pudo decir con gran razón al cumplir su sacrificio: *consummatum est* (Io. 19,30). Había consumado todos los preceptos morales, puesto que éstos se encierran en el amor de Dios y del prójimo. En cuanto al amor de Dios, Cristo fué obediente: para que *el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandato que me dió el Padre, así hago* (Io. 14,31). Su amor al prójimo fué resumido por San Pablo: *me amó y se entregó por mí* (Gal. 2,20).

Consumó también todos los preceptos ceremoniales, sustituyendo las figuras y la limpieza legal por la realidad y la pureza interna.

C) Tribulaciones. Su carácter satisfactorio

Todo pecado importa, además del reato de culpa, otro de pena o castigo, porque habiendo ofendido el pecador a Dios por seguir su propia voluntad, es justo que deba padecer algo que contraiga esa voluntad y gusto.

El solo hecho de que sea perdonado el reato de culpa, lleva consigo la aceptación de ese castigo, porque el reato de culpa se borra acercándose a Dios, y el acercamiento a Dios no consiste más que en acomodar nuestra voluntad a la suya. Así, pues, todo el que recibe el perdón y se acerca a Dios, sabiendo, como debe saber, que Dios quiere que sufra alguna pena, ha de buscarla o aceptarla cuando venga.

Ahora bien, esta libre aceptación del castigo le quita todo o casi todo el carácter de pena, convirtiéndole en satisfacción, pues lo específico de la pena es su coactividad, mientras que la nota esencial de la satisfacción es su voluntariedad. Las tribulaciones o sufrimientos que sobrevengan serán voluntarios *simpliciter*, aun cuando repugnen *secundum quid* (vide supra).

Hemos dicho al principio de nuestro raciocinio, que el reato de culpa se borra acercándose a Dios, y la razón consiste en que ese reato no es sino la separación de El, que mancha y afea al alma (1-2, q.87, a.6 in c).

Además de este carácter de satisfacción, las tribulaciones tienen también el de medicina, destinada a sujetar nuestras pasiones, reliquias del pecado, así como también el de reparación de escándalos, malos ejemplos, etc. (ibid, ad 3).

D) Sufrimiento aplicado por otros

La pena, en cuanto tal, no puede sufrirla más que el que pecó, pero como satisfacción puede ser sufrida y aplicada por persona distinta, precisamente por su carácter de voluntaria. El amor hace que dos personas distintas sean consideradas como una sola, estableciéndose esta comunicación de bienes y satisfacciones, del mismo modo que en lo humano un amigo puede pagar las deudas de otro (ibíd. a.7 in c).

E) Carácter preventivo y medio de perfección

Sucede a veces que estimamos un castigo lo que en realidad no lo es.

Ciertamente que muchos de nuestros sufrimientos son castigos del pecado original, pero hasta éstos están ordenados por la divina Providencia a la salud del hombre, sea probando a los que sufren, sea sirviendo de aviso a los que los ven, sea para mayor gloria de Dios.

Pero hay otros que no son, en modo alguno, penas ni castigos. El castigo tiene que privar de algún bien, y a nosotros nos parece castigo todo lo que nos priva de uno temporal, cuando en realidad no es así. El hombre disfruta de bienes espirituales y corporales, y éstos pueden ser internos y externos. Cuando en beneficio de un bien superior hay que cercenar alguna satisfacción inferior, nadie podrá decir que esta privación tenga carácter de castigo, pues en realidad no es privación de bienes, sino consecución de otros mayores. Disminuir el propio dinero por conseguir la salud del cuerpo no es un castigo, y perder el dinero y la salud corporal por alcanzar la perfección del alma tampoco lo puede ser.

En este caso, los sufrimientos no son penas, sino medicinas amargas, pero curativas, y no guardan con el pecado más relación que la remota de que, si no hubiera existido el original, no hubieran hecho falta tales remedios para adelantar en la virtud (ibíd.).

Dios a sus justos les reparte abundantemente bienes mayores, los espirituales; y de lo temporal, goce o dolor, sólo aquello que les conviene para un mayor aprovechamiento (ibíd. ad 2).

Estas penas no son sólo medicinales, en cuanto que curan el pecado pretérito, sino preservativas del pecado futuro y promotoras de una mayor virtud, por lo que puede decirse que Dios las envía sin culpa, pero sin causa o motivo.

Mas ha de tenerse en cuenta que una medicina nunca privó de un bien mayor para obtener un bien de menos importancia, como ningún médico dejó ciego a un hombre para curar un mal insignificante, y que, por lo tanto, Dios podrá hacernos sufrir con daños temporales para buscar un bien espiritual, pero nunca nos privará de bienes espirituales, como no sea en castigo de algún pecado o falta nuestra que nos haya hecho indignos (2-2, q.108, a.4 in c. Toda la cuestión trata de las penas vindicativas).

III. SAN ROBERTO BELARMINO

Extractamos el sermón segundo sobre la purificación de Nuestra Señora (cf. TROMP, o. c., en el lugar correspondiente).

A) Manifestación a Simeón y Ana

Cristo se aparece primero a los pastores, que representaban a los prelados y sacerdotes (simbolismo frecuente); después a los reyes, representantes de príncipes y poderosos, y de quienes, si son buenos, depende la salvación de muchos, y en tercer lugar a Simeón y Ana, personas privadas, a las que trata más afectuosamente. Así, se deja tomar en brazos y les otorga el don de profecía, para que los súbditos no envidien a los prelados, puesto que pueden alcanzar iguales y mayores dulzuras de Dios.

B) Presentación del Señor

Es presentado como primogénito, porque Dios quiere que se le entreguen las primicias. Primicia nuestra es el libre albedrío, por el que somos señores de nuestros actos y por el que nos parecemos a Dios. El libre albedrío se ofrece mediante la obediencia. *¿No quiere mejor el Señor obediencia a sus mandatos que los holocaustos y las víctimas?* (1 Reg. 15,22). *Yo hago siempre lo que es del agrado de mi padre* (Io. 8,29).

C) La purificación

San Agustín (cf. *Serm. 51*, c. 22: PL 38,352) hace notar que el número cuarenta, desde que los judíos peregrinaron cuarenta años, viene significando nuestra vida en este mun-

do, en espera del día quincuagésimo del aleluya final o la resurrección; durante estos cuarenta días, pues, tenemos que purificarnos.

a) ¿En qué consiste nuestra purificación?

San Pablo lo enseña (2 Cor. 7,1): *Purifiquémonos de toda mancha de nuestra carne y nuestro espíritu, acabando la obra de la santificación en el temor de Dios.*

Se opera mediante la fe (Act. 15,9), que, limpiando el entendimiento de errores, lo purifica con la verdad y dirige la voluntad con el amor del sumo bien. Cuando veamos a Dios cara a cara, nuestro entendimiento y nuestra voluntad serán purísimos, pero hoy, *mientras moramos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión* (2 Cor. 5,6-7).

b) La fe nos propone las verdades que purifican

¿Cuáles son estas verdades? La amistad con Dios es el sumo bien, y su enemistad y el pecado, el sumo mal. Al amigo de Dios nada le daña, al enemigo nada le beneficia. Esto significan las palabras de la Escritura (Lc. 10,42; 12,4; 1 Petr. 3,14; Rom. 8,28-31).

La razón conoce la existencia de Dios, sabe lo que es la amistad, pero no llega a comprender que un hombre pueda ser verdadero amigo de Dios. Esto sólo lo alcanza la fe. ¡Un príncipe y un siervo no pueden ser amigos, por la distancia que los separa, y yo puedo serlo de Dios! He aquí una verdad que libra al entendimiento de toda visión errónea sobre el valor de las riquezas y que impulsa a la voluntad a seguir el dictamen del entendimiento.

c) El cuerpo se purifica con la sal de la penitencia

Porque *los apetitos carnales combaten contra el alma* (1 Petr. 2,11), ciegan el entendimiento y corrompen la voluntad, como los vapores que se levantan de la tierra llegan a oscurecer el sol. Iluminado el entendimiento por la fe, comprenderá fácilmente que debe dominar las pasiones.

Todos los santos han practicado estas normas, pero limitémonos hoy a considerar el ejemplo de Jesús, María, José, Simeón y Ana. Cristo, conociendo la gracia de Dios y el mal del pecado, se llenó desde el primer momento de gracia y gloria y mortificó su carne con la pobreza, ya que no por ne-

cesidad, para ejemplo nuestro. Lo mismo hicieron José y María. Simeón era justo y timorato, y esperaba la consolación, esto es, estaba lleno de la gracia que justifica y del temor de ofender a Dios. No deseaba el consuelo de aquí abajo, sino que esperaba el de arriba. Ana, anciana de ochenta y cuatro años, no se separaba del templo, donde permanecía en oración y ayuno.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

En el sermón 1 sobre la Purificación de la Bienaventurada Virgen María (cf. *Divi Thomae a Villanova opera omnia* [Manilae 1883], vol. 4, p. 394-403), va describiendo el Santo, afectivamente, los pasos del Evangelio, y termina con varias aplicaciones.

A) Contemplación del misterio

Debemos conocer el objeto de nuestro culto y de las fiestas que celebramos para santificarlas mejor. El Santo describe la ley de la purificación y del rescate, y hace ver que ninguna de ellas comprendían a Jesús ni a María. «Así purifícase hoy la mansión de toda pureza y es redimido el mismo Redentor»...

Después del encuentro con los dos ancianos, comienza la procesión solemne (solemne por la dignidad de las perso[illegible] en que ellos abren paso. La Iglesia la repite por todo el m[illegible]

La Santísima Virgen se pone de rodillas, «más inflam[illegible] por el divino Espíritu que los mismos serafines», y toma[illegible] a su Hijo entre los brazos, lo ofrece al Todopoderoso. L[illegible] sacerdote recibe al Niño, y la Madre paga cinco siclos por su rescate. «¡Oh piadosísima Madre!, si hubiera sido yo tal sacerdote, quizá no te hubiera vendido tal hijo... Y si alguna vez se puede violar la ley, sin duda que este Niño merece la violación»...

«Compra, pues, la Virgen por cinco siclos al Redentor, que con sus cinco llagas había de redimir al mundo. Por cinco siclos es comprado el Dios y hombre... ¿Qué es lo que tramas tú, ¡oh misera sinagoga!, ciega y perversamente avara? ¿Qué es lo que tramas con el traidor para comprarle al Redentor? No puede él venderte lo que no es suyo, y Cristo es de la Virgen. Ella fué la primera que lo compró, y no tiene valor una segunda compra...»

«¡Oh buen Jesús! Eres ya nuestro, y lo eres con doble derecho. El Padre te entregó a nosotros, y tu Madre para nosotros

te compró... Cuando vengas a juzgar al mundo, acuérdate que fuiste comprado por nosotros. Eres, ¡oh Señor!, justo; pues da a cada cual lo suyo. Dátenos a ti mismo, porque, como dije, eres nuestro por doble título. Y si tú eres nuestro, tus cosas son también nuestras; porque cuya es una persona, suyos son también todos los bienes de esa persona. Por consiguiente, nuestros son tus méritos, nuestras son tus heridas, nuestros son los vagidos de tu infancia, nuestros los trabajos de tu evangelización, nuestros los dolores de tu muerte... ¡Oh qué rico soy con tan grandes méritos! Por grandes que sean mis crímenes... mayores son mis servicios. Míos puedo decir con toda propiedad; no porque yo los haya merecido, sino porque los recibí de ti... ¡Oh Señor!..., vamos a juicio, pero vayamos juntos...; porque aunque el peso de mis pecados es grande, mi satisfacción, sin embargo, aparecerá más pesada que la arena del mar».

El Hijo de Dios quiso hacerse esclavo. Ya lo dijo por el profeta: *Siervo tuyo soy, siervo tuyo e hijo de una esclava tuya* (Ps. 115,16). Por eso quiso servir primero a su Madre y después a todo el mundo, conforme aquello de que *no he venido a ser servido, sino a servir...* (Mt. 20,28).

Ved los grados por los que fué humillándose Dios. Primero se hizo hombre; después, al circuncidarse, apareció como pecador; hoy, como esclavo en venta; en su Pasión, como perverso y revoltoso.

A continuación glosa las palabras de Simeón a la Santísima Virgen.

B) Aplicaciones. La compra del Señor

Dos veces fué vendido el Señor. Una en esta ocasión, como esclavo, para libertarnos a nosotros, *para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos de Dios* (Gal. 4,4). Otra vez fué vendido, pero por el traidor Judas.

También en la Iglesia es vendido Cristo de dos modos diferentes. Venta impía y a poco precio la del pecador. Nos indignamos con Judas y nosotros le vendemos no por un trono, que fuera poco siempre, sino por una moneda, por un momento de placer...

Pero también puede Cristo comprarse piadosa y santamente. ¡Date prisa, cristiano! *Te aconsejo que compres de mi oro acrisolado por el fuego...* (Apoc. 3,18). Cinco siclos sólo se requieren. El primero es la fe, sin la cual es imposible agradar a Dios (Hebr. 11,6). El segundo, el temor de Dios. Con él aléjase el hombre del mal (Prov. 15,28). Simeón era hombre justo y temeroso de Dios. Job también. *No temáis a los que*

matan el cuerpo...; temed al que después de haber dado la muerte tiene poder para echar en la gehenna..., decía el Señor (Lc. 12,4-5).

Pero como, a pesar de este santo temor, caemos muchas veces, es necesario el tercer siclo, el dolor. El cuarto es el más precioso de todos, el amor, que perfecciona. «Empezamos por el temor y terminamos por el amor». *El temor es el principio de la sabiduría* (Prov. 1,7); la sabiduría estriba en amar.

El quinto y último siclo, eterno en la tierra y en el cielo, es la alabanza del Señor. *Ofrece a Dios sacrificios de alabanza y cumple tus votos al Altísimo* (Ps. 49,14).

II. FRAY LUIS DE GRANADA

(Cf. Adiciones al *Memorial de la Vida cristiana* [Vida de Cristo], ed. Cuervo [Madrid 1907], t. 4, p. 325-331, y BAC, *Obra selecta de Fray Luis de Granada*, l. 3, c. 15, p. 763-768).

A) Llegada a Jerusalén

«¡Oh santo Niño! Esta es la ciudad en donde, según está de Vos profetizado, habéis de obrar grandes maravillas (Ps. 86,6). Porque aquí habéis de hacer una hazaña mayor que fué crear al mundo, pues mayor cosa es redimir al mundo que crearlo de nuevo. Este es el campo donde habéis de pelear con aquel famoso gigante Goliat (1 Reg. 17,40), con cinco llagas mortales recibidas en nuestro cuerpo y con el báculo de la cruz, donde le venceréis y cortaréis la cabeza con sus mismas armas, destruyendo la muerte con vuestra muerte y el pecado con la pena del pecado. Esta es la tela donde habéis de justar: paseadla ahora, Señor, muy despacio para que tengáis bien reconocidos los pasos de ella. Ahora la pasearéis... llevándoos la Virgen en sus brazos, después llevando Vos la cruz en vuestros hombros. Aquel monte que veis en lo alto, ¡oh qué encuentro, Señor mío, veréis y recibiréis en él!»

B) María entrega su Hijo a la Iglesia

Cristo no sólo se ofrece al Padre, sino que por medio de María es entregado a la Iglesia, representada por Simeón.

María, que tales ejemplos de liberalidad ve en su Hijo, nos entrega lo mejor que tiene. La Santísima Trinidad ratifica esta donación, pues el Padre la había dispuesto, el Hijo

se había ofrecido para nuestro remedio y el Espíritu Santo trajo a Simeón.

Hoy se nos entrega oficialmente en lugar público, como era el templo; por persona pública, que era María. «Corred, pues, viejos y cantad con Simeón. Corred, viudas, y predicad con Ana. Corred, vírgenes, y alegraos con María. Corred, varones, y ceñíos de fortaleza con José. Corred, niños, y juntaos con el Niño Jesús. Corred, justos, y aumentad la gracia. Corred, pecadores, y recibid perdón. Corred, ángeles, y maravillaos de ver a Dios redimido y a la Virgen purificada... y aprended en la escuela de ese Niño cómo, siendo Dios tan alto, le agradan los corazones humildes en el cielo y en la tierra».

C) Simeón. Afectos ante el Redentor

¿Cuál sería la alegría de Simeón? Considerando al mundo lleno de maldades y a los hombres condenándose, dolíanle las ofensas de Dios y el castigo de los hombres y deseaba el remedio, según aquello de Isaías (62,7): *Los que tenéis memoria del Señor no calléis ni ceséis de importunarle hasta que haga a Jerusalén materia de alabanza en toda la tierra.* De pronto ve aquella preciosa margarita engarzada en el oro puro de los brazos de su madre. ¡Qué devoción! ¡Qué amor!...

D) Gozo y dolor de María

Gozó viendo la devoción de este santo viejo y la gloria que empezaba a tener su Hijo. «¿Qué haces, santo varón? ¿Para qué quieres dar perpetua materia de dolor a esta Virgen?» Allí se echó acibar en los placeres de su vida.

«Sin duda la causa fué porque en todo quisisteis que fuesen conformes la madre y el hijo, y que, pues esta Virgen era la más perfecta de las perfectas, no dejase de participar de la mayor gloria del Santo de los santos. Y porque la mayor gloria de este Señor fué haber padecido tantos dolores por obediencia del Padre, no era razón que faltase parte de esta gloria a su Madre Santísima...»

«Pues ¿dónde están ahora los que infaman los trabajos, los que buscan el descanso y el regalo y en él ponen su felicidad? Si éstos fueran verdaderos bienes, no carecieran de ellos las dos mejores personas del mundo... ¿De qué te quejas, enfermo, pobre, atribulado?... Por muy buena medicina tiene el esclavo la que el Padre da a un hijo suyo... ¿Quién con este ejemplo no tiene las tribulaciones por favores...?»

E) Virtudes de Ana. Ayuno y oración

«El ayuno mortifica la carne, la oración levanta el espíritu; el ayuno santifica el cuerpo, la oración purifica el alma; el ayuno mortifica las pasiones, la oración hincha el corazón de buenos deseos...; el ayuno merece las consolaciones, la oración las recibe; el ayuno limpia el alma de los vicios, la oración la hermosea con las virtudes; con el ayuno vence el hombre al demonio, con la oración triunfa de Dios...»

Son virtudes tan conexas, que nadie perseverará en la mortificación sin la oración, «ni la oración se podría cumplidamente ejercitar sin la templanza del ayuno».

III. P. PEDRO DE RIBADENEIRA

El P. Ribadeneira en su *Tratado de la tribulación* presenta varios capítulos en los que, para contestar a la pregunta de por qué Dios las envía o permite, expone los bienes que estas tribulaciones nos pueden proporcionar. Primero plantea el tema de un modo general, analizando por qué las tolera Dios, y después desciende a pormenores para explicar por qué son deseables (cf. *Tratado de la tribulación:* BAE 60,358-448).

A) Bienes de la tribulación. Dios, su causa primera

Siendo Dios causa primera de todo ser y operación, debe serlo también de aquellas cosas que nos afligen. «Y ésta es una admirable, dulce y provechosa consideración para ver a Dios en todas sus criaturas... y tomar como de su mano todos los sucesos y varios acaecimientos, prósperos y adversos... Dios es el autor y causa primera y principal de todas las tribulaciones y penas que padecemos, el cual, para corregir y purgar y perfeccionar a los hombres, se sirve de todas sus criaturas, aun de las mínimas»... (c. 3).

En el capítulo cuarto afirma que unos males los envía Dios directamente y otros los permite, según sean males de pena o culpa.

B) Motivos por los que la permite Dios

a) El pecado, motivo de la tribulación

«Siendo Nuestro Señor tan dulce y piadoso Padre..., parece cosa digna de admiración que aflija y atribule a sus hijos...; pero si nos consta que Dios es Padre, y Padre amorosísimo y suavísimo..., bien será que rastreemos e inquiramos las causas por qué nos trata de esta manera».

La causa de la tribulación es el pecado. En primer lugar, el pecado original, por el cual entró la muerte y los sufrimientos; en segundo lugar, nuestros propios pecados. Por eso dice David: *Yo pequé antes que fuese humillado y afligido* (Ps. 118,67); y el libro de la Sabiduría (1,13-16): *Dios no hizo la muerte ni se alegra de la perdición de los vivos, porque El creó e hizo todas las cosas...; mas los impíos, con sus propias manos y con sus palabras, se la buscaron.*

La tribulación es pena y medicina del pecado. «Con la pena, que es orden admirable de la divina Justicia, ordena Dios y concierta el desorden del pecado... No tuviéramos necesidad de medicina si no hubiera enfermedades que curar». Los pecados, a «los cuales cura Dios, como médico sapientísimo, con penas y adversidades, como con medicina contraria», nos han de repugnar. «Entienda el hombre, dice San Agustín *(Enarrat. in Ps. 21:* PL 36,173), que Dios es médico y que la tribulación es medicina para sanarlo y no pena para condenarlo. Cuando te curan, te queman y cortan y tú das voces; mas el médico no condesciende con tu voluntad por darte entera salud» (c. 5).

b) La tribulación, prueba del amor de Dios

Dice la Sagrada Escritura: *Yo soy el Señor Dios tuyo, fuerte y celoso, que visito y castigo misericordiosamente para que se enmienden los pecados...* (Ex. 20,5-6; y San Juan: *A los que amo Yo, los reprendo y castigo* (Apoc. 19,3); y San Pablo: *Al que Dios ama castígale, y azota al que recibe y tiene por hijo* (Hebr. 12,6).

«Cuando vemos que algunos muchachos están jugando y traveseando y que llega un hombre y ase de las orejas a uno de ellos y le castiga, luego entendemos que aquél es su padre y que no lo es de los otros que deja sin castigo».

«Esta es tan cierta verdad, que cuando Dios quiere dar a entender que está muy enojado contra alguno, dice que no le castigará... *Yo dejaré el celo que tengo por ti y alzaré la*

mano y no me enojaré más, porque me has provocado a esto con todas estas maldades (Ez. 16,42)»... (ibíd.).

c) Otros bienes

Nos preserva del pecado. Aquel estímulo de la carne (2 Cor. 12,7) de que se quejaba San Pablo (fuera tentación o enfermedad) le impedía ensoberbecerse.

La tribulación aumenta también nuestros merecimientos y manifiesta la misericordia y bondad de Dios, a quien nos obliga a recurrir (ibíd).

C) Motivos que la hacen deseable

La tribulación de suyo es mala, puesto que priva de bienes naturalmente apetecibles, y proviene del pecado. Sin embargo, los bienes que acarrea pueden hacerla deseable y provechosa.

Cierto que muchos ven su provecho y se alegran después de haberla pasado, según lo dice San Pablo (Hebr. 12,11); pero otros más perfectos llegan a amarla inclusive mientras sufren.

Los bienes que acarrea son tres: purifica el alma castigando sus pecados, ilumínala haciéndola conocer la verdad y, finalmente, perfecciónala en el amor de Dios (c. 6).

a) La tribulación nos purga y preserva del pecado

1. Nos purga

1.º *Del pecado mortal.*

Así nos hace ver la fealdad de nuestra alma. Mientras estamos tranquilos, muchas veces no nos damos cuenta del pecado en que vivimos; pero *cuando me vi afligido llamé al Señor y oyóme* (Ps. 119,1), porque... la tribulación nos da entendimiento para que comprendamos lo que muchas veces habíamos oído y no entendido... Porque aunque es verdad que cada día oímos de nuestros padres y de nuestros maestros buenos consejos, y que los predicadores en el púlpito, y en el confesonario los confesores..., nos amonestan y nos representan nuestros peligros, pero las más veces no entendemos lo que nos dicen, y se nos entra por un oído y sale por otro, hasta que la tribulación nos lo declara».

A continuación trae varios ejemplos de jóvenes que al enfermar reflexionan sobre su mala vida y hasta de perso-

nas que al morir sus esposos e hijos se entregan más a Dios, conociendo lo desordenadamente exagerado de sus afectos.

2.° *Del pecado venial.*

Las «penas del purgatorio son terribilísimas y más graves que todas las que en esta vida se pueden pasar..., y es grandísima merced de Dios cuando nos da tiempo y comodidad para que los purguemos en ésta y para que el cuerpo que tuvo parte y contento en la culpa lleve también su parte de la pena, sin que sea necesario que el ánima lo pague todo (en el purgatorio)... Por eso permite Dios que la mujer tenga un marido áspero de condición, y el marido una mujer insufrible, y que el hijo desobediente aflija al padre, etc.»

2. La tribulación nos preserva también de caer en pecado

«Aunque el hombre de suyo es frágil y caedizo y resbala con cualquier ocasión de pena y alegría, pero es cierto que son más en número y más fáciles y peligrosas las caídas en el tiempo de la prosperidad que de la adversidad, y que muchas veces caemos por la una y nos levantamos por la otra»...

La tribulación debilita a nuestro enemigo, que es la concupiscencia, la cual pierde sus bríos en la desgracia y le quita sus armas, a saber, el deseo del mundo, de la carne y de la soberbia de la vida, que son difíciles de sostener en medio de enfermedades y calamidades (c. 7).

b) La tribulación ilumina, enseñando la verdad

1. Nos hace ver el verdadero valor de las cosas inferiores

Se abrieron los ojos de Tobías con la hiel (Tob. 11,13-15). Con la hiel de la tribulación vemos nosotros la caducidad de las cosas de este mundo.

De dos formas ofendemos a Nuestro Señor pensando en los bienes de aquí abajo: la primera, no reconociendo que son suyos, lo cual verificamos muchas veces con nuestras obras, ya que en teoría sepamos que todo viene de Dios; la segunda, haciéndoles más caso del que ellas merecen. «Por esto Dios Nuestro Señor, cuando nos ve hinchados con estos bienes y que nos parece que son durables... y que el cargo es perpetuo... y la honra no puede perderse..., entonces, a deshora, nos quita estos bienes para que entendamos que no son los verdaderos»...

También nos hace ver qué será el infierno, pues tales son los males de aquí abajo.

2. Nos hace ver el valor del cielo

Solemos pensar en el cielo cuando somos desgraciados con más facilidad que cuando vivimos en la alegría. «En las riberas de Babilonia, sentados y llorosos, nos acordamos de la celestial Sión, porque a los que están en tierra de enemigos es cosa dulce acordarse de su patria». La tribulación nos despierta el recuerdo del cielo, como la mala posada hace desear la ciudad, y metiéndonos por los ojos la caducidad de lo presente nos hace suspirar por lo venidero.

3. Nos hace conocer a nuestros iguales

«Alúmbranos asimismo la tribulación para que conozcamos a nuestro prójimo..., que comúnmente no le conocemos, especialmente cuando él es pobre y nosotros ricos, cuando él tiene necesidad y nosotros abundancia, él algún trabajo y miseria y nosotros descanso y prosperidad; y parécenos que no puede venir por nuestra casa lo que por la ajena. Y, como si fuésemos de otro barro o de otro metal..., hasta no nos compadecemos de él ni le damos la mano... Por esto dijo el Sabio (Eccli. 31,18): *Por lo que tú sientes en ti, entenderás lo que siente tu prójimo*, que es lo que vulgarmente decimos: de mi mal saco el ajeno»... En resumen, la tribulación nos torna caritativos y logra también que conozcamos nuestra humildad y perfeccionemos el conocimiento de nosotros mismos (c. 8).

c) La tribulación perfecciona la caridad

El fin del precepto es la caridad de puro corazón (1 Tim. 1,5). *El cumplimiento de la Ley es la dilección y caridad* (Rom. 13,10); *sobre todas las cosas tened caridad, que es el nudo y vínculo de perfección* (Col. 3,14). La caridad es, pues, el ápice de la perfección cristiana.

«Nuestro corazón es como un vaso que no puede estar vacío, sino que siempre está lleno, o del amor propio o del amor de Dios, y que cuanto más lleno estuviere del amor de sí mismo, tanto menos podrá recibir del amor divino, porque es imposible que estos dos amores, siendo contrarios e incompatibles, se junten y quepan en grado perfecto en un corazón...» La tribulación, haciéndonos ver, como hemos dicho, nuestra miseria, la maldad del pecado, la vanidad de este siglo y las penas del infierno y del purgatorio, «vacía el corazón del mal licor que tiene y lo deja capaz para recibir a Dios».

Además, es cosa de experiencia que la tribulación ensancha el alma y la hace más generosa.

Finalmente, contribuyen a aumentar el amor de Dios los

socorros y gracias que se reciben de El mientras estamos atribulados.

Y sólo queda ya decir que la tribulación ayuda a conservar esa perfección, como las espinas defienden a la rosa para que no sea manoseada (c. 9).

IV. SAN FRANCISCO DE SALES

Entre los numerosos sermones de San Francisco de Sales hay uno especialmente dedicado al día de la Purificación de Nuestra Señora que, por la similitud del asunto, encaja en esta domínica infraoctava de Navidad (lo extractamos del texto francés en *Oeuvres complètes de Saint François de Sales*, t. 4, ed. Vivès [París 1871], p. 1330-150).

A) Un ejemplo de verdadera y profunda humildad

Jesús vino al templo para ser ofrecido como los hijos de los hombres pecadores, y María, para purificarse como las demás mujeres. Mas ni uno ni otra lo necesitaban.

Cuanto más grande es la dignidad de las personas que se humillan, más inestimable es su acto de humildad. Ama tanto Jesucristo la humildad, que se ha humillado *hasta la muerte, y muerte de la cruz* (Phil. 2,7), y María se parece a su Hijo...

¿Qué es lo que hizo pecar a los ángeles sino la falta de humildad? Nuestros primeros padres y los demás que han pecado, siempre delinquieron por orgullo. De este modo, Nuestro Señor, al venir a librarnos del pecado, lo primero que nos enseña es la humildad.

Muchos empezaron bien, porque eran humildes, pero les perdió la soberbia: como a Saúl, como a Judas.

Especialmente las mujeres, tan expuestas a la vanidad y al orgullo, deben considerar el ejemplo que les da María. Que sean humildes como la Virgen, para que Dios incline sobre ellas su mirada: *Quia respexit humilitatem ancillae suae* (Lc. 1,48).

B) Cristo y María acompañan siempre la humildad con la obediencia

Cristo prefirió morir crucificado a faltar a la obediencia. María al pie de la cruz obedece también callando, y sólo pide a Dios que libre a su Hijo de tan afrentoso suplicio. Perma-

necerá sometida a la voluntad divina, a pesar del puñal doloroso que traspasa su alma. También había obedecido al casarse con José, a pesar de su amor a la virginidad y del voto que había hecho de guardarla. María nos ha enseñado (es el único mandato que dió en su vida) a obedecer a Jesús: *Quodcumque dixerit vobis facite* (Io. 2,5).

María en la purificación no podía temer la desobediencia, puesto que no la obligaba la ley; pero temía hasta la sombra de la desobediencia; se proponía enseñarnos también cómo debemos evitar que por nuestra conducta no se edifiquen nuestros semejantes.

C) Una manera excelente de orar

Se engañan muchos al creer que se necesita un método de oración. Sólo una cosa se requiere para orar: tener en nuestros brazos a Jesucristo, como lo tuvo Simeón; es decir, amarle mucho y demostrarlo. De esta manera, siempre nuestra oración estará bien hecha, cualquiera que sea el procedimiento empleado; pero, de otro modo, jamás podrá ser recibida por Dios. *Nemo venit ad Patrem, nisi per me* (Io. 14,6).

Para obtener esta gracia, es preciso, como Simeón: 1.° Tener a Cristo en nuestros brazos, es decir, que sea el objeto de nuestro más vivo afecto. 2.° Ser justo: *Et homo iste iustus* (Lc. 2,25), esto es, que nuestra voluntad se conforme en todo con la de Dios, bien le plazca consolarnos, bien nos deje permanecer en la aridez de las tinieblas. 3.° Esperar como Simeón y desear ardientemente *el consuelo de Israel* (Lc. 2,25), o sea, nuestra perfección; por la que hay que trabajar siempre y con perseverancia, porque si no llega de súbito, viene con toda certeza, cuando incesantemente se practican las virtudes en cada estado. 4.° Ser timorato, *et timoratus* (Lc. 2,25); es decir, lleno de reverencia a Dios durante la santa oración, puesto que entonces se conversa con Aquel a quien los ángeles adoran.

Está escrito que el Espíritu Santo estaba en Simeón y que en él formaba su morada: *Et Spiritus Sanctus erat in eo* (Lc. 2,25). Esta fué la causa de que mereciera ver a Nuestro Señor y tenerle en sus brazos. Del mismo modo debemos colocar al Espíritu Santo en nosotros si queremos que la Virgen o San José nos den, para sostener y llevarlo en los nuestros, al divino Salvador de nuestras almas.

El Espíritu Santo no habita en un corazón disimulado: *Spiritus enim sanctus disciplinae effugiet fictum* (Sap. 1,5). Es preciso, pues, para que habite en nosotros, ser simples sin artificio ni disimulo, pues vendrá Nuestro Señor...

Y una vez que haya venido, no nos quedará otra cosa sino

cantar con Simeón: *Nunc dimittis servum tuum, Domine...* (Lc. 2,29). «Dejad, Señor, marchar en paz a vuestro siervo, al goce de la vida perdurable, en la que la bondad divina nos llevará eternamente entre sus brazos, a cambio de haberle llevado nosotros en los nuestros durante esta vida mortal. Así sea».

V. MASSILLON

Massillon pronunció un sermón bellísimo sobre la fiesta de hoy, cuyo tema homilético, basado en el texto: *Tulerunt illum in Ierusalem, ut sisterent eum Domino* (Lc. 2,22), se refiere al espíritu de sacrificio y de fidelidad de que dieron pruebas Jesús y María. El esquema de su discurso, tal como lo plantea en el exordio, viene a ser el siguiente:

Cristo va al templo para cumplir la ley. El es la víctima prefigurada. En esta su primera señal de culto que da al Padre, quiere enseñarnos la disposición que hemos de adoptar para consagrarle nuestra nueva vida de cristianos. Jesucristo se ofrece al Padre con un espíritu de sacrificio que no se reserva nada, y María le ofrece con un espíritu de fidelidad, ejemplo del que no nos debe faltar en el servicio del Señor (cf. *Sermons de Massillon: Mystères*, second sermon pour la fête de la Purification, p. 64-112, París 1763).

A) Espíritu total de sacrificio

a) Cristo se ofrece totalmente

Así como, según Tertuliano *(Adv. Marc.*, l. 2, c. 27: PL 2, 344), Cristo antes de unirse a nuestra naturaleza se deleitaba en aparecerse a los patriarcas en forma visible, así ahora, antes de que llegue el momento del Calvario, tiene prisa por ofrecer al Padre una como representación de su holocausto. Allí está el templo, el altar, el pontífice, la víctima y María Dolorosa.

Simbólico en la forma, pero real en el ofertorio. Los primogénitos más bien eran rescatados que ofrecidos, pues su ofrenda resultaba sólo figurativa, ya que se les sustituía en la inmolación por un animal. Cristo se ofrece realmente para reemplazar las antiguas hostias rechazadas. Desde allí contempla toda su vida y acepta la cruz hacia la que empieza a caminar.

b) Nuestro sacrificio consiste en la ofrenda total de los sentidos

Dios debiera exigir al pecador la ofrenda total de su existencia, puesto que se ha hecho indigno de vivir. Sólo nos im-

pone el «continuo sacrificio de los sentidos, ley de muerte exigida a todos los fieles y aceptada al bautizarnos». Es un verdadero martirio de la fe que nos convierte en testigos del Salvador. Por ella confesamos continuamente las promesas ofrecidas y sacrificamos nuestras pasiones.

No basta consagrarse a Dios mediante ciertas prácticas de virtud, escoger un director espiritual y no avergonzarse de las obras de misericordia. Si no somos menos ambiciosos, terrenos y sensuales..., nos pareceremos a los primogénitos de Israel, que se ofrecían delante del sacerdote, pero a la hora de la inmolación todo eran apariencias, apariencias en nuestro caso de religión. Dios no acepta ofrendas extrañas. Os quiere a vosotros mismos.

c) Contemporizaciones mundanas y ofrenda a medias

La mayoría de los conversos, sobre todo cortesanos, dejan pábulo a sus pasiones, menos fuertes, pero no menos verdaderas. Envidias, rencores, intrigas... Buscan una piedad sosegada que no les molesta demasiado en su manera de vivir. A lo sumo llegan a despojarse de un exterior lascivo.

Tal actitud no suele ser hipocresía, sino error. En los primeros momentos, andan como asustados de sus culpas anteriores, pero paulatinamente, al socaire de las alabanzas de los demás, y la familiaridad adquirida entre la vida del espíritu y la mundana, se persuaden de que eso es lo que Dios quiere.

d) Sacrificio universal

No; la piedad ha de ser real y universal. Pretendemos ir poco a poco con el pretexto de que un cambio repentino no conduzca rápidamente al fracaso. Deseamos romper con una amistad culpable, pero no abandonamos los espectáculos y las conversaciones peligrosas... No. La conversión, si no es entera, no vale nada. La perfección se alcanza por grados, pero el mundo y cuanto él encierra de perverso ha de abandonarse de repente.

e) Sacrificio de los honores

Jesucristo lo ofreció todo de una vez. Ocultó sus honores y su gloria al penetrar en su propio templo. He aquí un punto en el que raramente lo sacrificamos todo. Nos apartamos de los vicios. Pero no solemos apartarnos de la vanidad y ostentación. Quisiéramos hasta asociar nuestros títulos y blasones a los actos de reverencia que tributamos a Dios. Si

construímos templos, altares u hospitales, allá van nuestros escudos y nuestros nombres. Los sacrificios ocultos no nos agradan; las obras de religión que nos confunden con el pueblo, menos. Es necesario que cuanto obramos para el cielo ostente el carácter de lo que somos en la tierra.

¡Cuánta industria desarrollaron los santos para obrar de distinta manera! Dios busca la humildad. No le habló a Moisés hasta que no se despojó de todas las dignidades de la casa de Faraón y vivió como pastor oscuro (Ex. 3,1-6).

f) Sacrificio de la reputación

Cristo se ofreció como si fuera un pecador. Tú procuras excusarte de cumplir tu obligación por no parecerlo.

Si restituyo y abandono mi espléndido modo de vivir, sospecharán... Ya hace tiempo que el mundo recela que vives a costa de las lágrimas del pobre. Si rompo tal trato y amistad, pensarán... Ya hace tiempo que lo piensan. Además, cuando se trata de la salvación, no se debe temer la humillación indispensable.

g) Sacrificio voluntario y superabundante

Cristo se ofreció voluntariamente, y más allá de lo necesario, porque le impulsaba el amor. Si nuestra conversión fuera obra de un gran amor, no andaríamos buscando siempre la máxima más suave y menos molesta y formando planes de virtud en los que participa casi tanto el mundo como el Evangelio.

El orador explana el ejemplo de la conversión sincera basada en el amor y el deseo de satisfacer por nuestros pecados, y de las conversiones a medias, como la del joven rico (Mt. 16,22) y la del que quiso enterrar a sus padres (Mt. 8,21).

B) La fidelidad

Hemos visto las causas de la poca sinceridad en la conversión. Vamos a ver cómo el defecto de fidelidad acarrea su duración escasa. María nos da el ejemplo contrario.

Los motivos de la infidelidad suelen ser: 1.º, una prudencia de la carne, que se las ingenia siempre para encontrar inconvenientes en los fines a que la gracia nos destina; 2.º, una soberbia, que tropieza hasta con los dones del Espíritu Santo, y 3.º, una cobardía, que consulta demasiado el amor propio y mide las obligaciones por nuestra flaqueza.

a) María no tuerce los fines de Dios. Nosotros, sí

María pudo encontrar en su honor y en el de su Hijo mil motivos para no someterse a una ley de suyo humillante. Pero desde Nazaret sabía que la oscuridad de la fe no nos permite ver muy claro en los designios de Dios, que deben aceptarse sencillamente.

Pocos imitadores ha encontrado. Siempre sabemos hallar pretextos para torcer la voluntad de Dios, escudándonos en razones pías: no te singularices en la piedad, que llamarás la atención; no te corrijas del todo, porque los inconvenientes son mayores; no disimules la injuria, porque se trata del honor de la religión y no del tuyo. Contesta violentamente por el mismo motivo.

Dejemos a Dios el cuidado de vengar su gloria y no queramos encubrir la nuestra con el celo. Además, ¿sabéis dónde quiere Dios encontrar su gloria? ¿En los éxitos? Os engañáis. Quizás prefiera, como lo ha preferido tantas veces, encontrarla en la paciencia del calumniado. Quizás honraron a Dios más las lágrimas del judío junto a los sauces de Babilonia que sus cánticos en el templo reconstruido.

María no desprecia las ceremonias sencillas y populares, como muchos que, pretendiendo mayores devociones, dejan lo que la Iglesia ha instituido no para el pueblo sencillo, sino para ayudar a la piedad de todos, y terminan en una piedad ficticia o nula. «La perfección de la virtud no estriba en el cumplimiento de obligaciones sublimes, sino en lo fuerte de la fe, que puede acompañar las más triviales».

b) María, humilde en recibir enseñanzas de Simeón

María, iluminada directa y abundantemente por el Espíritu Santo, no desdeña oír a Simón lo que ella probablemente conoce. Da muestras de aprender y de admirarse.

A las primeras luces recibidas no hay director espiritual que estimemos suficiente. La sencillez y devoción nos parecen talentos destinados a salvar almas vulgares. En los mismos ministerios más santos se plantea una emulación de dones exteriores, como ocurrió en Corinto (Act. 18,8-11). No sentimos celo más que para los ministerios aparatosos y abandonamos los probablemente más útiles para la gloria divina. Pocos se parecen a David, que se contentó con reunir materiales para el templo que había de construir Salomón (3 Reg. 5,5).

c) María, generosa contra el desaliento

La Virgen oye la profecía y se apresta a ofrendar la misma hostia que Cristo, y con el mismo espíritu generoso.

¡Cuán pocos imitan este ejemplo! Si los padres descubren talentos en su hijo, lo miran como consagrado al mundo. Dios no tiene derecho sobre él. Los santos movimientos de la gracia se estiman ligerezas pueriles. Con pretexto de probar la vocación, consiguen que la pierda; pretenden que la pierda; pretenden que la razón madure, y marchitan la inocencia, robusteciendo las pasiones.

Entre los poderosos, la vergüenza de la familia viene a ser la herencia del Señor..., los que no han sido considerados dignos de brillar en vuestra casa. ¿Es que acaso pide el arte y la ciencia menos dignidad que el gobierno de los espíritus? Vosotros mismos exigís a los sacerdotes cualidades eminentes en todos los órdenes, queréis que aclaremos vuestras dudas, que consolemos vuestras aflicciones. Pues si presentáis al templo lo más desechable, ¿cómo esperáis encontrar lo más precioso y excelente?

Massillon expone aquí los consuelos que puede hallar un padre en su hijo sacerdote, posteridad espiritual que perpetuará su nombre en el cielo; nuevo José elevado a tan dignidad grande, que ayudará a sus padres en la muerte, como aquél ayudó a Jacob... (Gen. 47,29-31).

VI. BOSSUET

Se conservan de Bossuet tres sermones para el día de la Purificación de Nuestra Señora. El primero, predicado en la capilla del Louvre el 2 de febrero de 1662, es acaso también el primero que pronunció el orador en presencia de Luis XIV. Puede verse en la ed. Firmin-Didot *Oeuvres de Bossuet*, t. 3, p. 236-243, o en la de Garnier (París 1889), *Sermons de Bossuet*, t. 4, p. 292-312. En él se refiere el orador al espíritu de sacrificio y de inmolación con que Jesús se ofrece a su Padre, a la obligación que nos incumbe de inmolarnos con El y a tres géneros de sacrificio que nos imponen su ejemplo y el de las personas que concurren al misterio de este día.

El segundo, predicado en la Corte el 2 de febrero de 1666, en Saint Germain en Laye (cf. ed. Firmin-Didot, ibíd., p. 243-252, y Garnier, ibíd., p. 313-336), versa sobre la necesidad de las leyes, la sumisión que les debemos y la dependencia en que hemos de vivir respecto a Dios y a las órdenes de su providencia.

El tercero, predicado en Metz en 1658, en la casa «des Nouvelles converties» (cf. ed. Firmin-Didot, ibíd., p. 253-259, y Garnier, ibíd., p. 341-358), contiene la explicación de las tres ceremonias de la purificación y desarrolla el tema de la modestia de María, de los sentimientos de Cristo en su oblación y de la disposición para comulgar con fruto y efectos deseables.

Mas preferimos, por su originalidad y por referirse también tema concreto de la escena evangélica del día, insertar el serm que predicó Bossuet en la catedral de Meaux, su tierra nata en 1691, y que figura, desde la edición de Versalles (1815), como «el segundo sobre el misterio de la natividad de Nuestro Señor» (cf. ed. Firmin-Didot, t. 2, p. 223-227). Propiamente hablando no es más que un extracto del que pronunció el orador, dictado a su secretario M. Ledieu, en Versalles, a los dos o tres días de predicarlo. El extracto fué enviado por Bossuet a la religiosa Lusancy de Sainte Hélène con una carta que le escribió el 8 de enero de 1692. El orador expone los caracteres del Mesías prometido y explana las tres clases de contradicciones que ocurren aun entre los cristianos y en la misma Iglesia

A) Sentimientos de terror y confianza de la religión

«Este Niño... *está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel* (Lc. 2,34) y hasta en el mismo pueblo de Dios, en la Iglesia, verdadera Israel, para que sea *blanco de contradicción; y una espada atravesará tu alma, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* (Lc. 2,34-35)».

«La religión es un sentimiento compuesto de miedo y de alegría: inspira terror al hombre, porque es pecador, y alegría, porque espera la remisión de sus pecados. Le inspira terror, porque Dios es justo; y alegría, porque es bueno... Por eso cantaba el Salmista: *Servid al Señor con temor, servidle con temblor* (Ps. 2,11)». Si Dios no nos concede más que bienes, y por eso Cristo está *puesto* para *levantamiento de muchos*, nuestros pecados nos atraen el castigo, y por eso será también caída para otros.

Estos mismos son los caracteres anunciados del Mesías. San Pablo y San Pedro se completan cuando el primero dice (Rom. 9,32): *He aquí que pongo en Sión una piedra de tropiezo, una piedra de escándalo, y el que creyere en ella no será confundido;* y cuando el segundo añade: *una piedra escogida, angular, preciosa, y el que creyere en ella no será confundido* (1 Petr. 2,6). Pero cállense los discípulos cuando el mismo Maestro habla: *Bienaventurado aquél que no se escandalizare en mí* (Mt. 11,6).

B) Cristo, motivo de contradicción y escándalo

Para calar hondamente en tan gran misterio debemos considerar que Jesucristo es motivo de contradicción y escándalo en aquellas tres cosas principales en las que consiste su misión de Salvador: en su persona, en su predicación y

c) María, generosa contra el desaliento

La Virgen oye la profecía y se apresta a ofrendar la misma hostia que Cristo, y con el mismo espíritu generoso.

¡Cuán pocos imitan este ejemplo! Si los padres descubren talentos en su hijo, lo miran como consagrado al mundo. Dios no tiene derecho sobre él. Los santos movimientos de la gracia se estiman ligerezas pueriles. Con pretexto de probar la vocación, consiguen que la pierda; pretenden que la pierda; pretenden que la razón madure, y marchitan la inocencia, robusteciendo las pasiones.

Entre los poderosos, la vergüenza de la familia viene a ser la herencia del Señor..., los que no han sido considerados dignos de brillar en vuestra casa. ¿Es que acaso pide el arte y la ciencia menos dignidad que el gobierno de los espíritus? Vosotros mismos exigís a los sacerdotes cualidades eminentes en todos los órdenes, queréis que aclaremos vuestras dudas, que consolemos vuestras aflicciones. Pues si presentáis al templo lo más desechable, ¿cómo esperáis encontrar lo más precioso y excelente?

Massillon expone aquí los consuelos que puede hallar un padre en su hijo sacerdote, posteridad espiritual que perpetuará su nombre en el cielo; nuevo José elevado a tan dignidad grande, que ayudará a sus padres en la muerte, como aquél ayudó a Jacob... (Gen. 47,29-31).

VI. BOSSUET

Se conservan de Bossuet tres sermones para el día de la Purificación de Nuestra Señora. El primero, predicado en la capilla del Louvre el 2 de febrero de 1662, es acaso también el primero que pronunció el orador en presencia de Luis XIV. Puede verse en la ed. Firmin-Didot *Oeuvres de Bossuet,* t. 3, p. 236-243, o en la de Garnier (París 1889), *Sermons de Bossuet,* t. 4, p. 292-312. En él se refiere el orador al espíritu de sacrificio y de inmolación con que Jesús se ofrece a su Padre, a la obligación que nos incumbe de inmolarnos con El y a tres géneros de sacrificio que nos imponen su ejemplo y el de las personas que concurren al misterio de este día.

El segundo, predicado en la Corte el 2 de febrero de 1666, en Saint Germain en Laye (cf. ed. Firmin-Didot, ibíd., p. 243-252, y Garnier, ibíd., p. 313-336), versa sobre la necesidad de las leyes, la sumisión que les debemos y la dependencia en que hemos de vivir respecto a Dios y a las órdenes de su providencia.

El tercero, predicado en Metz en 1658, en la casa «des Nouvelles converties» (cf. ed. Firmin-Didot, ibíd., p. 253-259, y Garnier, ibíd., p. 341-358), contiene la explicación de las tres ceremonias de la purificación y desarrolla el tema de la modestia de María, de los sentimientos de Cristo en su oblación y de la disposición para comulgar con fruto y efectos deseables.

Mas preferimos, por su originalidad y por referirse también al tema concreto de la escena evangélica del día, insertar el sermón que predicó Bossuet en la catedral de Meaux, su tierra natal en 1691, y que figura, desde la edición de Versalles (1815), como «el segundo sobre el misterio de la natividad de Nuestro Señor» (cf. ed. Firmin-Didot, t. 2, p. 223-227). Propiamente hablando no es más que un extracto del que pronunció el orador, dictado a su secretario M. Ledieu, en Versalles, a los dos o tres días de predicarlo. El extracto fué enviado por Bossuet a la religiosa Lusancy de Sainte Hélène con una carta que le escribió el 8 de enero de 1692. El orador expone los caracteres del Mesías prometido y explana las tres clases de contradicciones que ocurren aun entre los cristianos y en la misma Iglesia

A) Sentimientos de terror y confianza de la religión

«Este Niño... *está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel* (Lc. 2,34) y hasta en el mismo pueblo de Dios; en la Iglesia, verdadera Israel, para que sea *blanco de contradicción; y una espada atravesará tu alma, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* (Lc. 2,34-35)».

«La religión es un sentimiento compuesto de miedo y de alegría: inspira terror al hombre, porque es pecador, y alegría, porque espera la remisión de sus pecados. Le inspira terror, porque Dios es justo; y alegría, porque es bueno... Por eso cantaba el Salmista: *Servid al Señor con temor, servidle con temblor* (Ps. 2,11)». Si Dios no nos concede más que bienes, y por eso Cristo está *puesto* para *levantamiento de muchos*, nuestros pecados nos atraen el castigo, y por eso será también caída para otros.

Estos mismos son los caracteres anunciados del Mesías. San Pablo y San Pedro se completan cuando el primero dice (Rom. 9,32): *He aquí que pongo en Sión una piedra de tropiezo, una piedra de escándalo, y el que creyere en ella no será confundido;* y cuando el segundo añade: *una piedra escogida, angular, preciosa, y el que creyere en ella no será confundido* (1 Petr. 2,6). Pero cállense los discípulos cuando el mismo Maestro habla: *Bienaventurado aquel que no se escandalizare en mí* (Mt. 11,6).

B) Cristo, motivo de contradicción y escándalo

Para calar hondamente en tan gran misterio debemos considerar que Jesucristo es motivo de contradicción y escándalo en aquellas tres cosas principales en las que consiste su misión de Salvador: en su persona, en su predicación y

en sus sacramentos... En su persona, extrañia su humildad. En su predicación resplandece la severa e inexorable verdad, En los sacramentos, «lo diré para nuestra confusión, su misma bondad y misericordia».

C) *La humillación de Dios repugna a los sabios*

A los filósofos platónicos, según San Agustín *(De civ. Dei,* l. 10, c. 29: PL 41,265), les entusiasmaba aquel comienzo del Evangelio de San Juan: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Io. 1,1); pero lo que escandalizó a los espíritus que se las daban de sublimes fué: *El Verbo se hizo carne* (Io. 1,14). ¡El Verbo, nacido de una mujer en un pesebre y, sobre todo, muerto en una cruz!...

a) La primera verdad es la humildad

«No querían comprender que la primera verdad que ha de saber el hombre, a quien su propia soberbia perdió, es la humildad. Se necesitaba que un Dios venido para ser maestro del mundo nos enseñase a humillarnos y que el primer paso indispensable para ser cristiano fuera sentirse humilde. Pero la humanidad, hinchada con la vanidad de su ciencia, se mostraba incapaz de dar este paso, y cuanto más se acercaba a Dios por su inteligencia, tanto más se separaba de El por su orgullo», dice San Agustín *(Contra Iulian.,* 4,13: PL 44,769).

b) El humillarnos nos repugna

«¡Oh desgracia!, a los cristianos nos cuesta aprender esta lección, lo mismo que a los sabios y a los grandes del mundo; lejos de imitar el humilde nacimiento de Cristo, procuramos olvidar la bajeza del nuestro. El uno se elevó por su trabajo, quién sabe si por sus delitos, y no quiere recordar nunca la pobreza en que nació. El otro vió la luz en alguna posición ventajosa, ¿pero acaso se acuerda de la debilidad, de la impotencia de su mismo nacimiento? ¡Qué poco se parecen a aquel rey, autor del libro de la Sabiduría, que decía: *Caí en la misma tierra que todos y lloré igual que los otros!* (Sap. 7,3)... Entremos, pues, en los profundos sentimientos de nuestra nada y bajemos con Cristo si queremos subir con El. *El mismo que bajó,* dice San Pablo, *es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo* (Eph. 4,9)».

Todavía hemos descendido más profundamente; y aun estaríamos en el infierno si la gracia de Dios no nos hubiera librado.

c) Ejemplo de Cristo

El orador comenta el pasaje de San Pablo a los Filipenses (2,6-7) y dice: No se rebajó sólo *tomando la forma de siervo*, sino que rebajó, por así decirlo, la misma divinidad ocultándola cuanto pudo, pues llevó su obediencia *hasta la muerte, y muerte de cruz* (ibíd. 8). No creamos que somos de mejor condición que Cristo, ni pensemos subir hasta El sino después de haber gustado «toda la profundidad de su ignominia y haber bebido hasta las heces el cáliz de sus humillaciones». Entonces Cristo «no será para nosotros ruina, sino resurrección, consuelo y alegría».

D) Los hombres repugnan la doctrina de Cristo, que les muestra sus pecados

a) El escándalo de los fariseos

La doctrina ha sido el blanco segundo de contradicción, porque quería encontrar pecadores que se humillaran, y encontró, sí, fariseos rapaces, impuros y corrompidos; doctores de la ley observantes de lo pequeño, que violaban los preceptos mayores. ¿Sabéis lo que les sublevaba contra el Hijo de Dios? El mismo nos lo dice: *Vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (Io. 3,19). Como Cristo les exigía que confesaran sus pecados, le persiguieron con mayor saña que a cualquier otro profeta. No sabemos de dónde viene (Io. 7,27), es un blasfemo (Io. 10,33), que viola el sábado (Io. 9,16), un samaritano (Io. 8,48), un sedicioso (Lc. 23,2), glotón y amigo de pecadores (Mt. 11,19), endemoniado (Mt. 9,34; 12.24)... Hasta le pospusieron a un ladrón de caminos (Mt. 27,21; Mc. 15,15; Lc. 23,18-25), y es que sus milagros y su doctrina aparecían tan patentes que no les quedaba más remedio que o confesar o sublevarse. Prueba hay de ello cuando, ante la evidencia de la resurrección de Lázaro, lo condenaron a muerte (Io. 11,46-57).

b) El hombre no puede sufrir la verdad

«Nunca fué combatida la verdad con mayor dureza, porque nunca había sido más cierta, más convincente ni, por así decirlo, más soberana. Entonces se descubrieron los pensamientos que muchos escondían en sus corazones. ¿Sabéis cuáles eran? Pues que el hombre no puede sufrir la verdad y que prefiere no ver su pecado, para continuar en él, a recono-

cerle para curarse. En una palabra, que el más grande enemigo del hombre es el hombre mismo... He aquí el secreto y el pensamiento profundo del humano linaje, que debía revelarse ante la presencia de Jesucristo y de su luz. *Para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* (Lc. 2,35)».

c) EXHORTACIÓN

Guárdate, hermano, de merecer que se cumplan en ti aquellas palabras de Cristo: *Buscáis matarme porque mi palabra no ha sido acogida por vosotros* (Io. 8,37). «La luz de tu conciencia y esa guerra secreta que se levanta dentro de tu corazón no te conmueven y quisieras apagarla. Las verdades del Evangelio te escandalizan, te molestan, y por eso las combates, no porque tengas razón alguna, ya que *los testimonios* de Dios *son firmísimos* (Ps. 92,5), sino por tu pereza, por tu ceguera, por tu furor». Ya no te queda más que una lucecita en la conciencia (Io. 12,35). Es Cristo, que brilla dentro de ti todavía; marcha, pues, a su luz, «para que no te sorprendan *las tinieblas, pues el que camina en tinieblas no sabe por dónde va* (Io. 12,35) y termina tropezando con la piedra, y sus caminos se convierten en precipicios».

E) Contradicción de la bondad de Dios, de la que se abusa

«Lo que más llama la atención es que el último motivo de escándalo que ha sublevado al mundo contra Jesucristo haya sido su bondad. Si en su Pasión, si en su vida, los ultrajes llegaron hasta el colmo, fué porque se abandonó a la injusticia, como dijo San Pedro (1 Petr. 2,23), porque se dejó golpear impunemente, como el cordero ante quien lo trasquila...; fué porque obró prodigios para hacer el bien a sus mismos enemigos y no para impedir el daño que éstos querían ocasionarle; de ahí viene el gran escándalo de Israel y su tropezar con Cristo».

Pero este escándalo de Israel se ha repetido en la misma Iglesia de Dios. Desde Juliano el Apóstata, que se escandalizaba del bautismo, afirmando que el perdonar todos los pecados constituía una invitación al mal; desde los herejes, que quisieron que en el sacramento de la penitencia no se perdonaran nuestras culpas, el escándalo ha llegado hasta nosotros, que abusamos de la bondad de Dios, confiando en un perdón sucesivo de nuestras faltas, y pretendemos que se nos perdonen sin arrepentirnos. ¡Cuántos cristianos dicen que se arrepentirán después! ¡Falaz pensamiento! El que se arre-

piente de una acción tiene motivos sobrados para no cometerla.

Temblad, hermanos, al abusar del espíritu clemente del Señor. Si no hay pecado que no borre la sangre de Cristo, hay uno que no se perdona, y Dios puede cansarse de los que abusan de su perdón y trocar en suplicios todas sus gracias.

Mirad, pues, al pesebre, y que la bondad de Dios, lejos de servir de título para que le ofendamos, nos impulse a inflamarnos en su amor, y en vez de ser la piedra de escándalo en que tropecemos, nos abra el camino de la eterna gloria.

VII. BOURDALOUE

Extractamos el sermón de la Purificación de Nuestra Señora, que puede verse íntegro en *Sermones de los misterios de la Virgen*, trad. de Miguel del Castillo (Madrid 1778), vol. 10 de las *Obras completas*, p. 125-172.

A) La obediencia a la ley

María condujo a Jesús al templo para obedecer la ley. La inmensa mayoría de los delitos se cometen por desobedecerla. La desobedecemos por el orgullo, que nos torna insolentes y libertinos, o por la tibieza, que debilitándonos nos asusta ante el cumplimiento de la obligación. María, con su obediencia, nos da ejemplo de humildad que acata la ley y de humildad heroica que supera sus dificultades.

B) La soberbia nos inclina o a la rebeldía o a buscar excusas

Pecamos por soberbia cuando a lo menos con nuestras obras repetimos el *non serviam* de Satán (Ier. 2.20) o cuando, engañándonos a nosotros mismos, buscamos pretextos que nos dispensen de la ley.

He aquí el pecado capital de los grandes siglos, que viven como si la ley de Dios no se hubiera hecho para ellos y como si David no proclamara que precisamente los pueblos tendrían un legislador para que supiesen que eran hombres (Ps. 9.21). También los pobres suelen ser rebeldes, si no por la soberbia de su posición, por la licencia de sus vicios.

Pero María no sólo obedece sin obligación, sino que somete a la ley a su propio Hijo, más grande, más libre y más exento que ella misma. Un rey obediente presentado por una madre obediente, da ejemplo a grandes y pequeños.

a) Tres motivos para que los grandes obedezcan la ley

Las leyes divinas se imponen a los grandes con mayor interés que a los pequeños. 1.º Cuanto mayores sois, mayor honra podéis tributar a Dios, como Jesucristo le honró más que otro cualquiera. 2.º Dios colocó a los grandes en la tierra para tener quien pudiera honrarle más. Tal es el favor que os ha dispensado, porque de lo contrario no hubiera sido equitativo al distribuir desigualmente los honores del mundo. Pero nunca creáis que os asignó la condición de que disfrutáis para que obrarais a capricho, según vuestra voluntad. Los mismos reyes están para servir al Señor (Ps. 101,23). El propio Jesucristo, cabeza de los predestinados, hubo de honrar a su Padre y obedecerle (Gal. 4,4). 3.º Dios colocó a los grandes en el mundo para que fueran modelo de santa dependencia, como Cristo y María.

b) Tres motivos para que los humildes obedezcan la ley

Y vosotros, cuyas almas debo amar con mayor ternura y reputarlas tanto más preciosas cuanto, recibiendo menor parte de las ventajas del siglo, participan menos de su desorden y corrupción; vosotros, cuya vocación es depender de los demás, mirad a María y a Jesús. Se sujetan a la ley: 1.º Para consolaros en vuestro estado, que se reduce al exclusivo arbitrio de la obediencia. En el estado que escogió Cristo, quien teniendo la forma de Dios eligió la de siervo y prefirió someterse a la ley antes que darla. Pensad que los que os mandan serán juzgados, como vosotros, según la ley. 2.º Para instruiros del modo cómo debéis obedecer a los que os gobiernan. Obedecedles como a Dios, no como a hombres (Col. 3,23). Sin esto vuestra obediencia será servil, pagana e infructuosa ante el Señor. 3.º Para avergonzaros de la oposición que mostráis a depender de Dios y de su ley, cuando con tanta docilidad os sujetáis a los hombres. San Pablo decía: *Obedeced a vuestros amos según la carne como a Cristo* (Eph. 6,5), y hoy me parece que tengo que deciros: Obedeced a Cristo como a los señores de la tierra.

c) La obediencia no humilla, sino que ensalza

No creáis que la sujeción a la ley os humilla, como habéis pensado. La obediencia a la ley santa es la gloria del hombre, que aparece tanto más libre cuanto más sujeto a ella. En las leyes humanas la libertad y la exención constituyen un privi-

legio; la gran prerrogativa de la gracia es la incapacidad de emanciparos de la ley divina. Cuanto más obedientes a ella, más santos, más elevados, más próximos a Dios. María nos da el ejemplo.

d) Endurecimiento y excusas. Ejemplo contrario de María

Gentes desordenadas piensan que Dios ni ve ni castiga cuando no se lo imaginan acomodaticio a sus pecados. *¿Lo sabe acaso Dios, lo conoce el Altísimo?* (Ps. 72,11). Claro está que hay quien no llega nunca en teoría a tamaño dislate, pero en la práctica se incurre en ello con la costumbre de pecar. El libertino, en realidad, piensa: *he pecado, ¿y qué me ha sucedido?* (Eccli. 5,4).

Mucho han llorado los profetas este endurecimiento. Si yo predicase a las gentes sencillas, les mostraría sus culpas; pero a vosotros, grandes del mundo, os tengo que decir con el profeta Malaquías: No sólo pecáis, sino que escandalizáis al pueblo (Mal. 2,8).

Quienes no llegan a este endurecimiento, buscan razones que acomoden la ley a sus gustos o les excusen de ella. La usurpación de los bienes es aconsejada por la política, por no decir la codicia; la venganza, por el honor; la ocasión próxima de pecado no se abandona, porque sus aparentes vínculos no se pueden romper o se confía en las propias fuerzas; la abstinencia y el ayuno se considera una quimera irrealizable.

María, exenta totalmente de la ley, se subordina a ella, porque no quería su hijo que comenzase su vida dando pretexto a una aparente transgresión. *No penséis que he venido a abrogar la ley y los profetas; no he venido a abrogarla, sino a consumarla* (Mt. 5,17). *Antes pasarán el cielo y la tierra que falte una jota o una tilde de la ley, hasta que se cumpla* (ibid. 5,18).

Comparémonos con ambos; a nosotros nos solemos preguntar: ¿Es precepto? ¿Depende de ello mi salvación? Norma engañosa que nos expone a la condenación eterna, porque entre la ley y el consejo no hay más que un paso, y comportándonos así, caminaremos siempre muy cerca del precipicio.

e) Exhortación

Bienaventurados aquellos que andan en camino inmaculado, que andan en la ley de Yavé (Ps. 118,1). El que dió la ley otorga el premio al que la guarda. La gracia colocó a María por encima de la ley, la humildad la sujeta a ella. Lo contrario que nos sucede a nosotros: la gracia y la humildad nos

inspiran la sumisión, porque nuestra gracia es la que se concede al penitente.

C) *Nuestra tibieza se opone a la obediencia a la ley*

No es fácil que nos excuse la dificultad de la ley. Es nuestra tibieza la que se opone (Deut. 30,11ss). No hay que ir al desierto ni pasar el mar para cumplir la ley de Dios. Está en nuestro corazón y en nuestros labios, como decía Moisés al pueblo escogido. Nosotros solemos imaginar lo contrario y decir: *¿quién puede subir por nosotros a los cielos?* (Deut. 30,12).

Lo que nos asusta del rigor de la ley es que a veces nos obliga a privarnos de lo que más nos agrada, como abstenernos de algunas de las alegrías de la vida o renunciar a ciertos honores indignos. María nos da ejemplo. Veamos sus lecciones.

a) María nos enseña a sacrificar lo que amamos

María no tiene más que un hijo, y por obedecer a la ley lo sacrifica. Después acepta la profecía de Simeón.

Verdad que la observancia de la ley nos puede costar el sacrificio de lo que más amamos. Podría mandar que sacrificáramos, como Abraham, a nuestro propio hijo. Pero no. Nos ordena inmolar a lo sumo al primogénito de nuestro corazón, la pasión dominante, que, al fin y al cabo, constituye un trato vergonzoso que nos deshonra y llena nuestra vida de melancolía y desesperanza. ¿Podemos contestar a Dios diciéndole: Me pedís mucho?

Si nos mandase sacrificar inclinaciones inocentes y legítimas, nada podríamos replicarle. Es el Señor. Pero cuando me dice: Sacrifícame, cristiano, lo que te daña y te condena..., ¿qué réplica cabe ante tan provechosa demanda?

Para endulzar nuestro sacrificio, consideremos, en fin, como María, que la ofrenda aplaca la ira de Dios, cumple con la mucha obligación que le debemos y granjea para nosotros los favores divinos.

b) María nos enseña a privarnos de algunas dulzuras de la vida

María, aceptando la profecía de Simeón, sacrifica las dulzuras de su vida.

Me dirijo ya, no sólo a los que no quieren dejar de vivir como mundanos, sino a los que son piadosos con tal de que

la devoción y la dulzura acompañen su piedad. Si alegrías y gustos tan santos como los de María debieron sacrificarse, no es justo que exceptuemos los nuestros.

c) María nos enseña a sacrificar el falso honor

María, cuando se presentó en el templo a purificarse, apareció en el mismo estado y condición que las demás mujeres y se oscurecieron sus privilegios. Nosotros no aspiramos sino a conservar las apariencias. Unas veces guardamos la ley de Dios sólo movidos por el falso honor, y otras este mismo falso honor nos mueve a sacrificar la ley.

d) Exhortación

La dirige el rey, allí presente; alaba sus virtudes y le invita a perseguir los vicios dentro de la nación y dentro de su misma alma, si los viera brotar.

VIII. P. FEDERICO G. FABER

El evangelio de la presente domínica constituye el primer dolor de la Santísima Virgen, del que se suele predicar en todas las novenas. Reproducimos por eso aquí el correspondiente capítulo del P. Faber (cf. *Al pie de la cruz o los dolores de María*, trad. D. G. Tejado, 7.ª ed. [Madrid 1933], c. 2, primer dolor, *Profecía del santo Simeón*, p. 98-144). Comienza el autor describiendo la escena evangélica, pasaje que suprimimos, limitándonos a extractar las principales consideraciones.

A) La tribulación de María, signo de santidad

En cuanto María presenta a Dios una ofrenda digna de El, recibe inmediatamente el galardón de un dolor indecible para toda su vida, porque es pensamiento fijo del Señor que las penas de este mundo sean raíces de las gracias del otro. Por eso se gozan los santos en padecer, pareciéndose a Cristo.

El dolor apaga las engañosas fosforescencias del mundo, y al dejarnos en apariencia sumidos en la oscuridad, nos permite divisar claramente a Dios.

La inmensidad del dolor de María y la rapidez con que acepta su oblación, demuestran la santidad de nuestra Madre, pues Dios proporciona las tribulaciones con las fuerzas necesarias para sobrellevarlas.

a) La predicción de Simeón amarga toda la vida de María

Desde este momento todo fué dolor para María: el tiempo, porque acortaba la distancia del Calvario; la visión del Niño, que se lo recordaba; la de los campos y la ciudad, que traía a su pensamiento algo relacionado con la Pasión. Cuando sufrimos, los trabajos cotidianos nos agobian. La Santísima Virgen hubo de desempeñar sus tareas siempre bajo esta aflicción. El tiempo no pudo desgastarla, porque tenía siempre presente a Jesús, cuya visión se la recordaba.

Este dolor se compone además de los siguientes: 1.° Fué ella misma quien ofrecía a su Hijo para el sacrificio de la cruz como una ofrenda que no estaba dispuesta a retractar. 2.° Vió que su Hijo sería señal de contradicción aun antes de su muerte. 3.° Vió que había de ser señal de ruina, pues no se convertirían los contradictores e inutilizarían su sacrificio y el de Jesús. 4.° Consideró que esta ruina había de sobrevenir principalmente sobre su patria, la de los profetas, la de sus padres. Ciertamente que ninguna madre desearía tal destino para su Hijo.

b) Gracias de que María da muestras

1. Acata íntegramente la voluntad de Dios

La santidad consiste precisamente en esa abnegación que nos parece fácil cuando somos venturosos, pero que se convierte en difícil cuando llega la hora de la injusticia.

Cada uno tiene su punto de vista; procurar que el nuestro coincida con el de Dios constituye la esencia de la perfección. Dios ve el mundo; la Iglesia, nuestra vida y nuestro destino, y nosotros debemos acomodarnos a su modo de ver.

Algunos designios de Dios se conocen fácilmente. Importa obedecerlos en seguida, y lo conseguiremos por grados con el avance en la virtud; para conocer otros, hemos de desprendernos de todas nuestras miserias y debilidades y recurrir a los métodos de la ascética.

2. Acepta esta voluntad generosamente

En nosotros, la generosidad se mide por la repugnancia. María no tuvo que sostener ninguna lucha, aunque sí soportar el sufrimiento. Sufrimiento y repugnancia son cosas distintas; María sufre, pero sin rebelión, porque su íntima unión con Dios no permite ni sombra de rebeldía. Si el Señor luchó en Getsemaní fué porque repugnaba a su inocencia cargar con las iniquidades del mundo, punto culminante de su grandioso sacrificio.

B) Enseñanzas del dolor de María

a) María sufre durante toda su vida

También nosotros tendremos siempre, más o menos, por compañera a la cruz. Unas veces por haber abrazado un estado que no nos convenía, otras por defectos de las personas a quien amamos..., siempre nos saldrá al paso la cruz... ¿Qué hacer con estas penas? Lo que María, no buscar el consuelo humano, sino sufrir en silencio y gozosamente. Pensar que la Virgen no padeció un solo instante sin unir sus amarguras a las de Cristo y entender que podemos también unir las nuestras. Aun cuando nuestros dolores provienen del pecado, Jesús no rechazará nuestra ofrenda, sino que, además de aceptarla, será nuestro consuelo.

b) El sufrimiento nos preservará de muchos pecados

Digámoslo, ¿te empeñas en no dejarme hasta el sepulcro? Pues bien, tú serás mi ángel de la guarda. María nos enseña también que de ningún modo podemos emplear mejor los dones de Dios que restituyéndoselos. Todo lo que poseemos, fuera del pecado, pertenece a Dios, y Dios nos lo ha concedido sin olvidar que El es nuestro fin último. Devolvámoselos, pues; seamos niños que entregan a su padre sus tesorillos para que los custodie. Seamos como los canales de la sangre, que nace y vuelve al corazón, de donde salió, sin detenerse en vaso alguno donde se pueda corromper.

c) Nuestra aflicción es nuestra

Aprendamos que la tribulación constituye el premio de la santidad. Aprendamos que nuestra aflicción nos pertenece y no esperemos que nadie la comprenda. Triste cosa es confiar en la compasión ajena y ver que terminamos importunando a los demás. Sepamos, en cambio, que Dios hará que nuestro corazón se pueble de tantos ángeles como penas lo atribulan.

d) Las alegrías, cebo de nuestras pruebas

Aprendamos que las alegrías que envía Dios son cebo de nuevas tribulaciones, cosa que llevamos harto bien experimentada en nuestra vida. La felicidad disfraza y oculta las

realidades de nuestra existencia; sólo el dolor nos quita la careta y descubre la verdad. Cambiar las alegrías en pesares, he aquí nuestra tarea segura en este mundo. Trocar los pesares en alegrías corresponde al cielo, y acá abajo en la tierra, a la gracia y a la fe.

e) Persecución por Jesús

Aprendamos a padecer sufrimientos que tienen a Jesús por causa. Cuantos siguen a Jesucristo padecerán tribulaciones, y es raro que hasta en el recinto doméstico del amor ciego del marido, de la mujer y de los padres no se convierta en persecución, más o menos severa, para la esposa, el esposo o los hijos que se aficionan a la piedad.

IX. J. B. TERRIEN

En Navidad aparece María como Madre de Dios y Madre nuestra, pero esta maternidad universal no se cumple hasta que se consuman sus dolores en la Pasión. Tal es el tema homilético que nos brinda la domínica infraoctava al anunciarnos el primer dolor de Nuestra Señora (cf. *La Madre de Dios* y *La Madre de los hombres,* ediciones Fax [Madrid 1942] t. 1, l. 3, *María en el Calvario,* c. 1, *¿Por qué debía subir al Calvario?,* p. 103-117).

A) María es nuestra Madre por el dolor

En la encarnación y en el nacimiento, María Santísima fué, como es evidente, Madre de Dios, pero a la vez, al traernos al Redentor del mundo, y con El las gracias salvadoras, fué también constituída Madre de los hombres.

«Para que María sea completamente nuestra Madre no le basta haber merecido su divina fecundidad, ni haber libremente dado a luz al autor de la gracia y de la vida. Es menester que suba al Calvario con su Hijo y que participe en la Pasión del Redentor de los hombres. Sólo con esta condición oirá de labios de Jesús las palabras que promulgan auténticamente su maternidad espiritual» (l. 3, c. 1)...

a) La redención se inicia en la Encarnación y se consuma en el Calvario

En las homilías de los Padres se repite con mucha frecuencia que el día de la concepción o nacimiento del Señor la humanidad ha sido liberada. Por otra parte, los mismos

Santos Padres y la Sagrada Escritura nos aseguran que el hombre no fué libre hasta que Cristo murió en la cruz. *Si el grano de trigo no cayere en la tierra y muriere, quedará solo; pero si muriere llevará mucho fruto* (Io. 12,24-25). *Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado tendrá posteridad* (Is. 53,10). «¿Cómo resolver esta aparente contradicción? De un modo muy sencillo. ¡Sí! En el Calvario y por sacrificio sangriento... Jesús nos ha libertado y salvado. Allí solamente fué pagado el rescate... Pero esta reparación comienza al entrar Jesucristo en el mundo. San Pablo nos lo advierte en su Epístola a los Hebreos: *Entrando en este mundo dice: no quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo...; entonces yo dije: heme aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad... En virtud de esta voluntad somos nosotros santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez* (Hebr. 10,5-10). Tal es el plan divino de la Redención... Ser concebido, nacer, crecer, inmolarse, es para Cristo como un solo y mismo acto de Redentor y Salvador. El sacrificio cruento presupone lo que antecede, y lo que antecede está ordenado por los decretos del Padre y la aceptación del Hijo al mismo fin: la salud del hombre». Cualquier acto de Cristo pudo bastar para salvarnos, pero la voluntad del Padre era que la muerte fuese el rescate de la salud del mundo; «y he aquí por qué la Sagrada Escritura puede atribuir los bienes inestimables de la Redención, ya a la Encarnación, ya a la inmolación de Dios hecho hombre. A la Encarnación, porque, además de que es la Redención comenzada, va con todo su peso hacia el sacrificio del Calvario, puesto que Cristo nace mortal para morir; a la inmolación cruenta, puesto que a ella pertenece el completar el precio».

b) La maternidad de María se completa junto a la cruz

Aplicando esta doctrina a María, veremos que su maternidad espiritual ha de consumarse al pie de la cruz. Es Madre nuestra porque engendró a nuestro Salvador, principio de la vida sobrenatural, pero sobre todo porque es una con Cristo en el misterio final de la Redención.

El mismo San Ignacio en los *Ejercicios Espirituales* (cf. 2.ª semana, *Contemplación de la Natividad)* dice: «Miraré y consideraré lo que hacen Nuestra Señora y San José, cómo se ponen en camino, cómo sufren mil pruebas a fin de que el Señor nazca... y muera por último en cruz, y todo esto por mí».

El morir Cristo fué una consecuencia de su ofrecimiento en el instante de ser concebido; los dolores de María son una consecuencia de aquel *fiat* de la Encarnación (Lc. 1,38).

B) María ofrece su Hijo y sus dolores en el templo

Según todos los autores, Cristo y María renovaron este ofertorio al presentarse en el templo. Cristo se ofreció por medio de su Madre y ésta conocía perfectamente el significado de la oblación. Aquellos primogénitos judíos que debían ofrendarse al Padre, representaban al primogénito de María, a Cristo y a su inmolación, del mismo modo que lo representaba el cordero pascual. María, pues, al ofrecer a su Hijo estaba renovando con Cristo la oblación de su vida para redimir al pueblo.

«Ahora bien, para apartar de ella todo equívoco, o mejor dicho, para que nosotros mismos penetremos seguramente en el sentido más recóndito de la ofrenda exterior, he aquí que viene el anciano Simeón conducido por el Espíritu Santo; recibe el Niño de manos de su Madre, como para tomar posesión en nombre de la humanidad, y lo proclama en alta voz el Salvador prometido desde el origen de los siglos; pero un Salvador que será de tal modo objeto de contradicción, que una espada de dolor atravesará el corazón de su Madre (Lc. 2,28).

Cosa digna de notarse es que Simeón no se dirige a José, porque él no había de hacer la ofrenda. José puede morir antes de la cruz; quien se necesitaba que llegase hasta ella era María.

«¿No veis en todo eso, que le sucede a la Madre lo mismo que al Hijo? Para El la concepción, el nacimiento, la circuncisión, la presentación en el templo, todos sus misterios, en una palabra; aun cuando significan la redención comenzada, son más bien compromisos para completar la oblación final que será la Redención consumada. Si, pues, María ha de ser la Madre de los redimidos, como Jesucristo el Salvador y el Padre, es menester que lleve, en cierto modo, su ofrenda hasta donde El llevará la suya, esto es, hasta el Calvario. Pararse antes sería no participar de la misión redentora sino a medias y, por consiguiente, no hacer sino a medias también esa gran labor que da a Dios hijos adoptivos».

Si un cristiano se esfuerza para que su hijo sea sacerdote, y le entrega el pan y el vino, no podrá decir que se ha unido íntimamente al sacrificio sino cuando oye su misa y la ofrece de corazón. María dió la materia del sacrificio, dió al mismo sacerdote y estuvo presente junto al altar.

C) María asociada a la redención

a) Desquite del paraíso

La Redención es un desquite del paraíso. Del mismo modo que junto a Adán estuvo Eva, aquí, junto a la cruz de Cristo aparece María.

b) María cooperadora del Padre

El Padre entregó a Cristo a su Pasión, se la ordenó, le inspiró el amor que le llevó a la muerte, y no le protegió, sino que lo abandonó a sus enemigos. Pues el mismo Padre asoció a María a la obra de la redención en estos tres momentos. «Por consiguiente, lejos de asombrarnos o escandalizarnos de hallarla al pie de la cruz, debería más bien sorprendernos el no verla allí, porque no podríamos explicarnos cómo Dios, que la tomó por cooperadora en la primera preparación de la Víctima, no la tomase ya por asistente en la hora y para el acto en que la ofrenda había de consumarse ¿No hubiera sido esto rebajar la maternidad espiritual en el momento en que la paternidad de la gracia era más exaltada?».

El Padre no sufre y María sí; primero, porque María es pasible, y segundo, porque se trata de engendrar culpables, y la sangre reparadora no la derrama el Padre eterno, sino Cristo en cuanto hombre y su santísima Madre, humana también.

c) María, ejemplo nuestro, confianza nuestra

El verla sufrir nos sirve de ejemplo y nos anima a confiar en ella.

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. EPISTOLA

(Quanto tempore heres parvulus est... sub tutoribus et actoribus est.)

A) Justicia social...

a) QUIENES CARECEN DE TODO OTRO MEDIO, QUE SON LA MAYOR PARTE, HAN DE SUSTENTARSE CON SU TRABAJO

Los que carecen de capital lo suplen con su trabajo, de suerte que con verdad se puede afirmar que todo el arte de adquirir lo necesario para la vida y mantenimiento se funda en el trabajo, que o se emplea en una finca, o en una industria lucrativa, cuyo salario, en último término, de los frutos de la tierra se saca o con ellos se permuta (LEÓN XIII, *Rerum Novarum,* n. 7).

b) COMO A MÁS DÉBILES, LOS PATRONOS NO PUEDEN PERJUDICARLOS, SINO FAVORECERLOS

Con extremo cuidado deben guardarse los amos de perjudicar en lo más mínimo los ahorros de los proletarios, ni con violencia, ni con engaño, ni con los artificios de la usura; y esto aun con mayor razón, porque no están ellos suficientemente protegidos contra quien les quite sus derechos o les incapacite para trabajar, y porque sus haberes cuanto más pequeños son, tanto deben ser más respetados (LEÓN XIII, *Rerum Novarum,* n. 17).

c) EL ESTADO DEBE TAMBIÉN FAVORECER A LOS ASALARIADOS Y POBRES, QUE NO PUEDEN HACERLO POR SÍ MISMOS

En el proteger los derechos de los particulares, débese tener en cuenta principalmente con los de la clase ínfima y pobre. Porque la clase de los ricos se defiende por sus propios medios y necesita menos de la tutela pública; mas el pobre pueblo, falto de riquezas que le aseguren, está peculiarmente confiado a la defensa del Es-

tado. Por tanto, el Estado debe abrazar con cuidado y providencia peculiares a los asalariados, que forman parte de la clase pobre en general (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 29).

d) EL PAPA ALABA A QUIENES TRATAN DE AYUDAR A LOS PROLETARIOS

Muy de alabar son algunos de los nuestros, que, conociendo bien lo que de ellos exigen los tiempos, hacen experiencias y pruebas de cómo podrán con honrados medios mejorar la suerte de los proletarios, y haciéndose sus protectores, aumentar el bienestar, así de sus familias como de los individuos (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 41).

B) Y caridad cristiana

a) PERO UNA VERDADERA CARIDAD CRISTIANA DEBE EVITAR TODA APARIENCIA DE PROTECCIÓN ENVILECEDORA

Todavía más importante para remediar el mal de que tratamos, o, por lo menos, más directamente ordenado a curarlo, es el precepto de la caridad. Nos referimos a esa caridad cristiana, *paciente y benigna* (1 Cor. 13,4), que evita toda apariencia de protección envilecedora y toda ostentación (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 46).

b) SI LOS OBREROS EXPERIMENTAN ESTA VERDADERA CARIDAD VERÁN CÓMO LA IGLESIA ESTÁ CON ELLOS

Cuanto más experimenten en sí mismos los obreros y los pobres lo que el espíritu de amor, animado por la virtud de Cristo, hace por ellos, tanto más se despojarán del prejuicio de que el Cristianismo ha perdido su eficacia y que la Iglesia está de parte de quienes explotan su trabajo (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 46).

C) La apostasía de las masas

a) DESGRACIADAMENTE LAS DIVISIONES SOCIALES DEMUESTRAN QUE NI SE GUARDA LA JUSTICIA NI LA VERDADERA CARIDAD

Pero cuando vemos, por un lado, una muchedumbre de indigentes que, por causas ajenas a su voluntad, están realmente oprimidos por la miseria; y por otro lado, junto a ellos, tantos que se divierten inconsideradamente y gastan enormes sumas en cosas inútiles, no podemos menos de reconocer con dolor que no sólo no es bien observada la justicia, sino que tampoco se ha profundizado lo suficiente en el precepto de la caridad cristiana, ni se vive conforme a él en la práctica cotidiana (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 47).

b) La Iglesia condena la conducta de muchos católicos que, por afán de lucro, fueron causa de la prevaricación de muchos

Angustiados por nuestra paternal solicitud, estamos examinando e investigando los motivos que los han llevado tan lejos, y nos parece oír lo que muchos de ellos responden en son de excusa: que la Iglesia y los que se dicen adictos a la Iglesia favorecen a los ricos, desprecian a los obreros, no tienen cuidado ninguno de ellos; y que por eso tuvieron que pasarse a las filas de los socialistas y alistarse en ellas para poder mirar por sí.

Es, en verdad, lamentable, venerables hermanos, que haya habido y aun ahora haya quienes, llamándose católicos, apenas se acuerdan de la sublime ley de la justicia y de la caridad, en virtud de la cual nos está mandado no sólo dar a cada uno lo que le pertenece, sino también socorrer a nuestros hermanos necesitados, como a Cristo mismo (cf. Iac. 2); ésos, y esto es lo más grave, no temen oprimir a los obreros por espíritu de lucro. Hay además quienes abusan de la misma religión y se cubren con su nombre en sus exacciones injustas, para defenderse de las reclamaciones completamente justas de los obreros. No cesaremos nunca de condenar semejante conducta; esos hombres son la causa de que la Iglesia, inmerecidamente, haya podido tener la apariencia y ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmoverse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como desheredados de su parte de bienestar en esta vida. La historia entera de la Iglesia claramente prueba que esa apariencia y esa acusación es inmerecida e injusta: la misma encíclica cuyo aniversario celebramos es un testimonio elocuente de la suma injusticia con que tales calumnias y contumelias se han lanzado contra la Iglesia y su doctrina (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 50).

c) Muchos perdieron la fe porque se les explotaba inicuamente

Dispútase ahora del estado de los obreros, y que la solución que se dé a esta disputa sea razonable importa muchísimo al Estado. La solución buena la darán los obreros cristianos si, unidos en sociedad y valiéndose de prudentes consejeros, entran por el camino que, con singular provecho suyo y público, siguieron sus padres y antepasados. Pues por grande que en el hombre sea la fuerza de las preocupaciones, y la de las pasiones, sin embargo, si una depravada voluntad no ha embotado por completo el sentimiento del bien, espontáneamente se inclinará más a la benevolencia de los ciudadanos a los que vieren laboriosos y modestos, a los que se sepa que anteponen la equidad a la ganancia y el cumplimiento religioso del deber a todas las cosas. De donde se seguirá también esta ventaja: que se dará no pequeña esperanza, y aun posibilidad de remedio, a aquellos obreros que viven, o con desprecio completo de la fe cristiana, o con costumbres ajenas de quien la profesa. Entienden éstos muchas veces que los han engañado con falsas esperanzas y vanas ilusiones, porque sienten que son muy

inhumanamente tratados por amos codiciosos que no les estiman sino a medida del lucro que con su trabajo les producen (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 44).

d) No es cierto que por una ley fatal los obreros estén condenados a la pobreza

Por largo tiempo el capital logró aprovecharse excesivamente. Todo el rendimiento, todos los productos, reclamaba para sí el capital, y al obrero apenas se le dejaba lo suficiente para reparar y reconstituir sus fuerzas. Se decía que por una ley económica, completamente incontrastable, toda la acumulación de capital cedía en provecho de los afortunados, y que por la misma ley los obreros estaban condenados a pobreza perpetua o reducidos a un bienestar escasísimo (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 23).

e) Creyendo que la justicia nacía de leyes necesarias, con la caridad sólo excitaba a la rebelión y al deseo de reformas

Era un estado de cosas al cual con facilidad se avenían quienes, abundando en riquezas, lo creían producido por leyes económicas necesarias; de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan sólo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violación de la justicia, que los legisladores humanos no sólo toleraban, sino aun a veces sancionaban. Al contrario, los obreros afligidos por su angustiosa situación, la sufrían con grandísima dificultad y se resistían a sobrellevar por más tiempo tan duro yugo. Algunos de ellos, impulsados por la fuerza de los malos consejos, deseaban la revolución total, mientras otros, que en su formación cristiana encontraban obstáculo a tan perversos intentos, eran de parecer que en esta materia muchas cosas necesitaban reforma profunda y rápida (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 2).

f) Abusar de los trabajadores con afán de lucro es contra todo derecho divino y humano

Sabido es que para determinar la medida justa del salario, débense tener presentes muchos puntos de vista; pero, en general, deben acordarse los ricos y los amos que oprimir en provecho propio a los indigentes y menesterosos, y tomar ocasión de la pobreza ajena para mayores lucros, es contra derecho divino y humano. Y el defraudar a uno del salario que se le debe es un gran crimen que clama al cielo venganza (Iac. 5.4): *El jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, clama, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos* (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, n. 17).

g) HAY, PUES, QUE TENDER A FORMAR A LOS OBREROS EN SUS DERECHOS Y EN SU RESPONSABILIDAD, PARA QUE ELLOS MISMOS TOMEN LA INICIATIVA

El constante trabajo emprendido para empapar el ánimo de los obreros en el espíritu cristiano, ayudó en gran manera a hacerlos conscientes de su verdadera dignidad y a que, propuestos claramente los derechos y las obligaciones de su clase, progresaran legítima y prósperamente, y aun pasaran a ser guías de los otros (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 7).

h) LA AUTORIDAD DEBE EJERCERSE PATERNALMENTE A IMITACIÓN DE DIOS

Como el poder de mandar proviene de Dios, y es una comunicación de la divina soberanía, debe ejercerse a imitación del mismo poder de Dios, el cual, con solicitud de padre, no menos atiende a las cosas individuales que a las universales (LEÓN XIII, *Rerum Novarum,* n. 28).

D) Función supletoria del Estado en la cuestión social

a) EL ORDEN SOCIAL DEPENDE MÁS DE LA COOPERACIÓN DE TODOS QUE DE LA ACCIÓN DEL ESTADO

Que no se apague o se debilite entre vosotros la voz insistente de los dos Pontífices de las encíclicas sociales, que magistralmente enseñan a los que creen en la regeneración sobrenatural de la humanidad el deber moral de cooperar al ordenamiento de la sociedad, y en modo especial de la vida económica, impulsando la actividad de aquellos que participan de tal vida no menos que el Estado mismo (Pío XII, *Conmemoración del cincuentenario de la encíclica «Rerum Novarum»,* n. 14).

b) LO IDEAL ES QUE CADA CUAL SE OCUPE DE LO SUYO, Y EL ESTADO TAN SÓLO SUPLA CUANDO SEA NECESARIO

Por tanto, tengan bien entendido esto los que gobiernan: cuanto más vigorosamente reine el orden jerárquico entre las diversas asociaciones, quedando en pie este principio de la función «supletiva» del Estado, tanto más firme será la autoridad y el poder social, y tanto más próspera y feliz la condición del Estado (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 35).

c) Dejando a las sociedades inferiores lo que éstas pueden hacer, el Estado puede atender mejor a lo que es suyo propio

Conviene que la autoridad pública suprema deje a las asociaciones inferiores tratar por sí mismas los cuidados y negocios de menor importancia, que de otro modo le serían de grandísimo impedimento para cumplir con mayor libertad, firmeza y eficacia lo que a ella sola corresponde, ya que sólo ella puede realizarlo, a saber: dirigir, vigilar, urgir, castigar, según los casos y la necesidad lo exijan (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 35).

d) Si el Estado sustituye a la actividad privada, pronto se palpan las consecuencias nocivas

Es, por tanto, noble prerrogativa y misión del Estado inspeccionar, ayudar y ordenar las actividades privadas e individuales de la vida nacional, para hacerlas converger armónicamente al bien común; el cual no puede determinarse por concepciones arbitrarias ni recibir su norma en primer término de la prosperidad material de la sociedad, sino más bien del desenvolvimiento armónico y de la perfección natural del hombre, para la que el Criador ha destinado la sociedad como medio.

Considerar el Estado como fin al que debe subordinarse y dirigirse todo, sólo podría tener consecuencias nocivas para la prosperidad verdadera y estable de las naciones. Y esto, sea que este dominio ilimitado se atribuya al Estado como mandatario de la nación, del pueblo o sólo de una clase social; sea que lo reclame el Estado como absoluto señor, independientemente de todo mandato.

Si, en efecto, el Estado se atribuye y ordena las iniciativas privadas, toda vez que éstas se gobiernan por normas internas, delicadas y complejas, que garantizan y aseguran la consecución del fin que les es propio, pueden recibir daño, con desventaja para el bien del público, si se las arranca de su ambiente natural, es decir, de la actividad privada responsable (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 24).

e) Lo propio del Estado es la tutela y defensa del orden jurídico, social y económico

La autoridad pública no debe desmayar en la tutela y defensa eficaz del orden jurídico, social y de la economía, y no le será difícil lograrlo si arroja de sí las cargas que no le competen (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 37).

f) Para ello es necesario que los ciudadanos colaboren inteligentemente

Creemos que para alcanzar este nobilísimo intento, con verdadero y estable provecho para todos es necesaria primero y principalmente la bendición de Dios y luego la colaboración de todas las buenas voluntades. Creemos, además, y como consecuencia natural de lo mismo, que ese mismo intento se alcanzará tanto más seguramente cuanto mayor sea la cooperación de las competencias técnicas, profesionales y sociales y más todavía de los principios católicos y de la práctica de los mismos, no de parte de la Acción Católica (porque no pretende desarrollar actividad estrictamente sindical o política), sino de parte de aquellos de nuestros hijos que la Acción Católica educa exquisitamente en los mismos principios y en el apostolado bajo la guía y el magisterio de la Iglesia; de la Iglesia, que en el terreno antes señalado, así como dondequiera que se agitan y regulan cuestiones morales, no puede olvidar o descuidar el mandato de custodia y de magisterio que se le confió divinamente (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 37).

E) La necesidad de intervenir y sus límites

a) Pero cada vez se hace más necesaria la intervención

Es verdad, y lo prueba la historia palmariamente, que la mudanza de las condiciones sociales hace que muchas cosas que antes hacían aun las asociaciones pequeñas, hoy no las puedan ejecutar sino las grandes colectividades. Y, sin embargo, queda en la filolofía social fijo y permanente aquel importantísimo principio que ni puede ser suprimido ni alterado: como es ilícito quitar a los particulares lo que con su propia iniciativa y propia industria pueden realizar para encomendarlo a una comunidad, así también es injusto, y al mismo tiempo es grave perjuicio y perturbación del recto orden social, abocar a una sociedad mayor y más elevada lo que pueden hacer y procurar comunidades menores e inferiores. Toda acción de la sociedad debe, por su naturaleza, prestar auxilio a los miembros del cuerpo social, nunca absorberlos y destruirlos (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 35).

b) El individualismo colocó a los individuos frente al Estado, con perjuicio para ambos

Por el vicio que hemos llamado «individualismo» han llegado las cosas a tal punto que, abatida y casi extinguida aquella exuberante vida social que en otros tiempos se desarrolló en las corporaciones o gremios de todas clases, han quedado casi solos frente a frente los particulares y el Estado, con no pequeño detrimento para el mismo Estado; pues, deformado el régimen social, y recayendo sobre el Estado todas las cargas que antes sostenían las

antiguas corporaciones, se ve él abrumado y oprimido por una infinidad de negocios y obligaciones (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 35).

c) Concretamente obstaculizó el nacimiento de organizaciones obreras

En cada época los gobernantes de ciertas naciones, entregados completamente al liberalismo, favorecían poco a las asociaciones de obreros, por no decir que abiertamente las contradecían; reconocían y acogían con favor y privilegio asociaciones semejantes para las demás clases, y sólo se negaba, con gravísima injusticia, el derecho nativo de asociación a los que más estaban necesitados de ella para defenderse de los atropellos de los poderosos, y aun en algunos ambientes católicos había quienes miraban con malos ojos los intentos de los obreros de formar tales asociaciones, como si tuvieran cierto resabio socialista o revolucionario (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 9).

d) Pero León XIII estimuló su nacimiento, con el fin de que ellas mismas defendieran sus intereses

No faltan católicos acaudalados que, haciéndose, en cierto modo, compañeros voluntarios de los obreros, se esfuerzan, con grandes dispendios, por establecer y propagar en muchas partes estas asociaciones, con la ayuda de las cuales, y con su trabajo, puedan fácilmente los obreros procurarse, no sólo algunas comodidades en lo presente, sino también la esperanza de un honesto descanso en lo por venir (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 41).

e) Las leyes sólo pueden prohibirlas cuando llevan malos fines; de otro modo, carecerían de fuerza obligatoria

Hay algunas circunstancias en que es justo que se opongan las leyes a esta clase de asociaciones, como es, por ejemplo, cuando de propósito pretenden algo que a la probidad, a la justicia, al bien del Estado claramente contradiga. Y en semejantes casos está en su derecho la autoridad pública si impide que se formen; usa de su derecho si disuelve las ya formadas; pero debe tener sumo cuidado de no violar los derechos de los ciudadanos, ni, so pretexto de pública utilidad, establecer algo que sea contra razón. Porque a las leyes, en tanto hay obligación de obedecer en cuanto convienen con la recta razón, y consiguientemente con la sempiterna ley de Dios (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 38).

f) Es deber del Estado intervenir en la organización del trabajo

Este deber y su correspondiente derecho al trabajo lo impone y lo concede al individuo en primera instancia la naturaleza y no la sociedad, como si el hombre no fuese otra cosa que simple siervo o funcionario de la comunidad. De donde se sigue que el deber y el derecho de organizar el trabajo del pueblo pertenece, ante todo, a los inmediatos interesados: patronos y obreros. Si éstos no cumplen con su deber o no pueden hacerlo por circunstancias especiales y extraordinarias, es deber del Estado intervenir en el campo del trabajo y en su división y distribución, según la forma y medida que requiere el bien común debidamente entendido (Pío XII, *Cincuenta aniversario de la «Rerum Novarum»*, n. 11).

g) Pero sólo cuando los propios trabajadores no pueden resolver sus problemas

Pero en estos semejantes casos, como en cuanto se trata de determinar cuántas horas habrá de durar el trabajo en cada una de las industrias u oficios, qué medios se habrán de emplear para mirar por la salud, especialmente en los talleres o fábricas; para que no se entrometa en esto demasiado la autoridad, lo mejor será reservar la decisión de estas cuestiones a las corporaciones de que hablaremos más abajo, o tentar otro camino para poner en salvo, como es justo, los derechos de los jornaleros, acudiendo el Estado, si la cosa lo demandare, con su amparo y auxilio (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 34).

h) Debe también proteger las asociaciones, pero sin entrometerse en su régimen de vida

Proteja el Estado estas asociaciones que en uso de su derecho forman los ciudadanos, pero no se entrometa en su ser íntimo y en las operaciones de su vida, porque la acción vital, de un principio interno procede, y con un impulso externo fácilmente se destruye (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 41).

i) Si cuentan con obreros preparados, ellos mismos defenderán sus derechos

Las citadas asociaciones formarán obreros verdaderamente cristianos, los cuales, armonizando la diligencia en el ejercicio profesional con los preceptos saludables de la religión, defenderán sus propios temporales intereses y derechos con eficacia y fortaleza contribuyendo con su misión obligada a la justicia y el deseo sincero de colaborar con las demás clases de la sociedad a la restauración cristiana de toda la vida social (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 10).

II. EVANGELIO

A) Et ut perfecerunt omnia secundum legem

a) Es propio del ser racional y libre obrar con arreglo a la ley, conocida por su recta razón

En primer lugar fué necesaria la ley, esto es, una norma de lo que había de hacerse y omitirse, la cual no puede darse propiamente en los animales, que obran forzados de la necesidad, como que todo lo hacen por instinto, ni de sí mismos pueden obrar de otro modo alguno. Mientras que los que gozan de libertad, en tanto pueden hacer o no hacer, obrar de un modo o de otro, en cuanto ha precedido, al elegir lo que quieren, aquel juicio que decíamos de la razón, por medio del cual no sólo se establece qué es por naturaleza honesto, qué torpe, sino además qué es bueno y en realidad debe hacerse, qué malo y en realidad evitarse; es decir, que la razón prescribe a la voluntad adónde debe tender y de qué apartarse para que el hombre pueda alcanzar su último fin, por cuya causa ha de hacerse todo. Esta ordenación de la razón es lo que se llama ley, por lo cual la razón de ser necesaria al hombre, la ley, ha de buscarse primera y radicalmente en el mismo libre albedrío para que nuestras voluntades no discrepen de la recta razón. Y no podrá decirse ni pensarse mayor ni más perverso contrasentido que el pretender exceptuar de la ley al hombre, porque es de naturaleza libre, y si así fuera, seguiríase que es necesario para la libertad el no ajustarse a la razón, cuando, al contrario, es certísimo que el hombre, precisamente porque es libre, ha de estar sujeto a la ley, la cual queda así constituída guía del hombre en el obrar, moviéndole a obrar bien con el aliciente del premio y alejándole del pecado con el terror del castigo (León XIII, *Libertas*, n. 8).

b) Esta ley natural recibe su fuerza obligatoria de la ley eterna dictada por Dios

Tal es la ley natural, primera entre todas, la cual está escrita y grabada en la mente de cada uno de los hombres, por ser la misma razón humana mandando obrar bien y vedando pecar. Pero estos mandatos de la humana razón no pueden tener fuerza de ley sino por ser voz e intérprete de otra razón más alta, a que deben estar sometidos nuestro entendimiento y nuestra libertad. Como que la fuerza de la ley, que está en imponer obligaciones y adjudicar derechos, se apoya del todo en la autoridad, esto es, en la potestad verdadera de establecer deberes y conceder derechos, y dar sanción, además, con premios y castigos, a lo ordenado; y es claro que nada de esto habría en el hombre, si se diera a sí mismo norma para las propias acciones, como un legislador. Síguese,

pues, que la ley natural es la misma ley eterna, ingénita en las criaturas racionales, inclinándolas a las obras y fin debidos, como razón eterna que es de Dios, Criador y Gobernador del mundo universo (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 8).

c) MUCHAS LEYES POSITIVAS SON MERA EXPRESIÓN DE LA LEY NATURAL

Y lo dicho de la libertad en cada individuo, fácilmente se aplica a los hombres unidos en sociedad civil; pues lo que en los primeros hace la razón y ley natural, eso mismo hace en los asociados la ley humana, promulgada para el bien común de los ciudadanos (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 10).

d) OTRAS SON APLICACIÓN DE UN PRECEPTO GENÉRICO, A ASPECTOS CONCRETOS DE LA VIDA SOCIAL

De estas leyes humanas hay algunas cuyo objeto es lo que de su naturaleza es bueno o malo, y ordenan, con la sanción debida, seguir lo uno y huir de lo otro (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 10).

e) EL QUE GOBIERNA NO DEBE SANCIONAR NINGUNA LEY QUE NO DIMANE DE LA LEY ETERNA

Y la libertad en los que gobiernan, no está en que puedan mandar temeraria y antojadizamente, cosa no menos perversa que dañosa en sumo grado a la sociedad, antes toda la fuerza de las leyes humanas debe estar en que se las vea dimanar de la eterna, y no sancionar cosa alguna que no se contenga en ésta como en principio universal de todo derecho (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 11).

f) PORQUE CARECE DE FUERZA OBLIGATORIA LA LEY POSITIVA QUE SE APARTA DE LA ETERNA

Sapientísimamente dijo San Agustín *(De lib. arb.*, l. 1, c. 6,15): «Creo, al mismo tiempo, que tú conoces no hallarse en aquella (ley) temporal nada justo y legítimo que no lo hayan tomado los hombres de esta (ley) eterna». De modo que si cualquier autoridad estableciera algo que se aparte de la recta razón y sea pernicioso a la sociedad, ninguna fuerza de ley tendría, puesto que no sería norma de justicia y apartaría a los hombres del bien para que está ordenada la sociedad (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 12).

g) Y CUANDO MANDA ALGO CONTRARIO, ES JUSTO NO OBEDECERLA

Pero cuando falta el derecho de mandar, o se manda algo contra la razón, contra la ley eterna o los mandamientos divinos, es justo no obedecer a los hombres, se entiende para obedecer a Dios. Cerrado

así el paso a la tiranía, no lo absorberá todo el Estado, y quedarán salvos los derechos de los particulares, de la familia, de todos los miembros de la sociedad, dándose a todos parte en la libertad verdadera, que está, como hemos demostrado, en poder cada uno vivir según las leyes y la recta razón (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 15).

h) SIENDO LA OBEDIENCIA A LA LEY SUMISIÓN A LA VOLUNTAD DE DIOS, ES DEBER DE JUSTICIA OBSERVARLA RELIGIOSAMENTE

En consecuencia, traen a su jurisdicción los matrimonios cristianos, legislando aun acerca del vínculo conyugal, de su unidad y estabilidad; privan de sus posesiones a los clérigos, diciendo que la Iglesia no tiene derecho a poseer; obran, en fin, de tal modo respecto de ella, que, negándole los derechos y la naturaleza de una sociedad perfecta, la ponen en el mismo nivel de las otras sociedades incluídas en el Estado, y, por consiguiente, dicen, si tiene algún derecho, alguna facultad legítima para obrar, lo debe al favor y a las concesiones de los gobernantes (LEÓN XIII, *Immortale Dei*, n. 34).

i) EL ACTO DE OBEDIENCIA ESTÁ ENNOBLECIDO POR EL HECHO DE QUE LA POTESTAD QUE DA LA LEY VIENE DE DIOS

La potestad legítima viene de Dios, y el que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios, con lo cual queda muy ennoblecida la obediencia, ya que ésta se presta a la más justa y elevada autoridad (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 15).

j) TANTO LOS SÚBDITOS COMO LOS GOBERNANTES ESTÁN SUJETOS A LA LEY O, LO QUE ES LO MISMO, A LA AUTORIDAD DE DIOS

Resulta de todo lo dicho que la naturaleza de la libertad, de cualquier modo que se la mire, ya en los particulares, ya en la comunidad, y no menos en los imperantes que en los súbditos, incluye la necesidad de someterse a una razón suma y eterna, que no es otra sino la autoridad de Dios que manda y que veda, y tan lejos está este justísimo señorío de Dios en los hombres de quitar o mermar siquiera la libertad, que, antes bien, la defiende y perfecciona; como que el dirigirse a su propio fin y alcanzarle es perfección verdadera de toda naturaleza, y el fin supremo a que debe aspirar la libertad del hombre no es otro que Dios mismo (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 13).

k) CUANDO LA LEY ES JUSTA MIRA NO SÓLO POR LOS BIENES EXTERIORES, SINO PRINCIPALMENTE POR LOS DEL ALMA

Como la misma naturaleza exige del Estado que proporcione a los ciudadanos medios y oportunidad con que vivir honestamente, esto es, según las leyes de Dios, ya que es Dios el principio de toda

honestidad y justicia, repugna, ciertamente por todo extremo, que sea lícito al Estado el descuidar del todo esas leyes, o establecer la menor cosa que las contradiga. Además, los que gobiernan los pueblos son deudores a la sociedad, no sólo de procurarle con leyes sabias la prosperidad y bienes exteriores, sino de mirar principalmente por los bienes del alma. Ahora bien: para incremento de estos bienes del alma nada puede imaginarse más a propósito que estas leyes, de que es autor Dios mismo; y por esta causa los que en el gobierno del Estado no quieren tenerlas en cuenta, hacen que la potestad política se desvíe de su propio instituto y de las prescripciones de la naturaleza (LEÓN XIII, *Libertas*, n. 23).

l) EL ORDENAMIENTO JURÍDICO, FRUTO DEL ESPÍRITU HUMANO, ES LA PROYECCIÓN EXTERNA DEL ORDEN SOCIAL QUERIDO POR DIOS

Quien con mirada limpia y penetrante considere la vital conexión entre genuino orden social y genuino ordenamiento jurídico y tenga presente que la unidad interna en su multiplicidad depende del predominio de las fuerzas espirituales, del respeto a la dignidad humana en sí y en los otros, del amor a la sociedad y a los fines que Dios le ha señalado, no puede maravillarse de los tristes efectos de aquellas concepciones jurídicas que, alejándose del camino real de la verdad, marchan por el terreno resbaladizo de postulados materialísticos, sino que echará de ver en seguida la inaplazable necesidad de la vuelta a una concepción espiritual y ética, seria y profunda, templada al calor de una verdadera humanidad e iluminada por el resplandor de la fe cristiana, que hace ver en el ordenamiento jurídico una refracción externa del orden social que Dios ha querido, luminoso fruto del espíritu humano, imagen a su vez del espíritu de Dios (PÍO XII, *Radiomensaje en la Navidad de 1942*, n. 23).

ll) ES EL SOPORTE EXTERNO Y PROTECTOR DE LA VIDA SOCIAL QUE LE PERMITE OBTENER SU FIN

Para que la vida social, cual Dios la quiere, obtenga su fin, es esencial un ordenamiento jurídico que le sirva de externo sostén, de reparo y de protección; ordenamiento cuya función no es dominar, sino servir, tender a desarrollar y acrecentar la vitalidad de la sociedad en la rica multiplicidad de sus fines, conduciendo hacia su perfeccionamiento todas y cada una de las energías en pacífica cooperación y defendiéndolas, con medios apropiados y honestos, contra todo lo que entorpece su pleno desenvolvimiento (PÍO XII, *Radiomensaje en la Navidad de 1942*, n. 18).

m) AQUELLA ORDENACIÓN NATURAL NO PUEDE SER ABOLIDA EN NINGÚN MODO

Las últimas, profundas, lapidarias y fundamentales normas de la sociedad no pueden ser tocadas por obra del ingenio humano; se podrán negar, ignorar, despreciar, quebrantar, mas nunca abro-

gar con eficacia jurídica. Ciertamente, a medida que el tiempo pasa cambian las condiciones de vida; mas no se da nunca carencia absoluta ni perfecta discontinuidad entre el derecho de ayer y el de hoy, entre la desaparición de antiguos poderes y constituciones y el resurgir de nuevos ordenamientos (Pío XII, *Radiomensaje en la Navidad de 1942*, n. 19).

n) Más todavía: unas leyes que no se basan en el derecho divino, a la larga se desmoronan por sí mismas

No se debe olvidar la esencial insuficiencia y fragilidad de toda norma de vida social que descanse sobre fundamento exclusivamente humano, se inspire en motivos meramente terrenos y haga consistir su fuerza en la sanción de autoridad únicamente externa.

Donde se rechaza la dependencia del derecho humano del derecho divino, donde no se hace apelación sino a una idea incierta de autoridad meramente terrena y se reivindica una autonomía fundada únicamente en la moral utilitaria, allí el mismo derecho humano pierde justamente en sus aplicaciones más difíciles la fuerza moral, que es la condición esencial para ser reconocido y exigir hasta sacrificios.

Bien es verdad que el poder, apoyado sobre fundamentos tan débiles y vacilantes, puede conseguir alguna vez, por la contingencia de las circunstancias, sucesos materiales de que se maravillan observadores menos profundos; pero viene el momento en que triunfa la ineluctable ley que sacude todo cuanto se ha construído sobre una velada o manifiesta desproporción entre la magnitud del suceso material y externo y la fragilidad del motivo interno y de su fundamento moral. Desproporción que subsiste siempre que la autoridad pública desconoce o reniega del dominio del Legislador supremo, que, si ha dado la potestad a los gobernantes, ha señalado también y determinado los límites de la misma (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 23).

ñ) De donde cualquier positivismo jurídico es condenable para una conciencia cristiana

Entre estos postulados erróneos se debe enumerar el positivismo jurídico, que atribuye una engañosa majestad a la promulgación de leyes puramente humanas y allana el camino a una funesta separación entre la ley y la moral; viene después la concepción, que reclama para determinadas naciones o estirpes o clases el instinto jurídico como último imperativo e inapelable norma; por último, las diversas teorías, que, si bien diferentes en sí mismas y procedentes de puntos de vista ideológicamente opuestos, concuerdan, sin embargo, en considerar al Estado o a un cierto número de personas que lo representan como entidad absoluta y suprema, exenta de control y crítica, aun en el caso de que sus postulados teóricos y prácticos tropiezan y desembocan en una abierta negación de notas esenciales de la conciencia humana y cristiana (Pío XII, *Radiomensaje en la Navidad de 1942*, n. 22).

o) Tal positivismo con su «derecho legal» ha destruído el orden establecido por Dios

El siglo XIX es el gran responsable del positivismo jurídico. Si sus consecuencias han tardado en hacerse sentir en toda su gravedad en la legislación, se debe al hecho de que la cultura estaba todavía impregnada del pasado cristiano y a que los representantes del pensamiento cristiano podían todavía, casi en todas partes, hacer oír su voz en las asambleas legislativas. Debía venir el Estado totalitario, de impronta anticristiana, el Estado que—por principio, o al menos de hecho—rompiera todo freno frente a un supremo derecho divino, para descubrir al mundo el verdadero rostro del positivismo jurídico. ¿Hay que subir mucho en la historia para encontrar un llamado «derecho legal» que quite al hombre toda dignidad personal, que le niegue el derecho fundamental a la vida y a la integridad de sus miembros, poniendo una y otra al arbitrio del partido y del Estado; que reconozca al individuo el derecho sobre sus hijos y el deber de su educación y, sobre todo, considere el reconocimiento de Dios, supremo Señor, y la dependencia del hombre de El como sin interés para el Estado y para la comunidad humana? Este *derecho legal* en el sentido así expuesto ha destruído el orden establecido por el Creador; ha llamado orden al desorden, autoridad a la tiranía, libertad a la esclavitud, y al delito virtud patriótica (Pío XII, *Discurso a la Rota,* 13 de noviembre de 1949: «Ecclesia», n.º 437).

p) Y de él ha nacido el Estado absoluto

... positivismo jurídico y absolutismo del Estado; dos manifestaciones que, a su vez, derivan y dependen la una de la otra. Quitada, en efecto, al derecho su base, constituída por la ley moral y positiva, y por lo mismo inmutable, no queda más que fundamentarlo sobre las leyes del Estado, como su norma suprema, y he aquí puesto el principio del Estado absoluto. A su vez este Estado absoluto intentará necesariamente someter todas las cosas a su arbitrio, y especialmente hacer servir el derecho mismo a sus propios fines. El positivismo jurídico y el absolutismo del Estado han alterado y desfigurado la noble fisonomía de la justicia, cuyos fundamentos esenciales son el derecho y la conciencia (Pío XII, ibíd.).

B) Ecce positus est hic in... signum cui contradicetur

a) La lucha contra Jesucristo continúa contra su Iglesia

Ya anunció Jesucristo que el odio y envidia de los hombres, de que El, antes que nadie, fué blanco, se extendería del mismo modo a la obra por El fundada, de tal suerte, que a muchos se les impediría con efecto conseguir la salvación, que El por singular beneficio nos ha granjeado. Por lo cual quiso no solamente formar alum-

nos de su escuela, sino además juntarlos en sociedad y unirlos convenientemente en un cuerpo, *que es la Iglesia* (Col. 1,24), cuya cabeza es El mismo. Así que la vida de Jesucristo penetra y recorre la trabazón de este cuerpo, nutre y sustenta cada uno de los miembros y los tiene unidos entre sí y encaminados al mismo fin (cf. Rom. 12,4.5), por más que no es una misma la acción de cada uno de ellos (LEÓN XIII, *Sapientiae Christianae,* n. 22).

b) A LA IGLESIA TRANSMITIÓ JESUCRISTO SU PROPIA EXCELSA MISIÓN

Porque el unigénito Hijo de Dios constituyó sobre la tierra la sociedad que se dice la Iglesia, transmitiéndole aquella propia excelsa misión divina que El en persona había recibido de su Padre, y encargándole que la continuase en todos tiempos: *Como me envió mi Padre, así también yo os envío* (Io. 20.21). *Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo* (Mt. 28.20). Y así como Jesucristo vino a la tierra para que los hombres *tengan vida y la tengan en más abundancia* (Io. 10.10), no de otra suerte el fin que se propone la Iglesia es la eterna salvación de las almas: por lo cual, en razón de su íntimo ser, se extiende y dilata, cobijando en su regazo a todos los hombres, sin que haya límites, ni de lugar ni de tiempo, que la circunscriban. *Predicad* (Mc. 16,15) *el Evangelio a toda criatura* (LEÓN XIII, *Immortale Dei,* n. 14).

c) DE TAL MANERA VIVE JESUCRISTO EN SU IGLESIA QUE SE CONVIERTE EN LA SEGUNDA PERSONA DE CRISTO

Como sutil y agudamente advierte Belarmino (cf. *De Rom. Pont.*, 1,9; *De conc.*, 2,19), este nombre de Cuerpo de Cristo no solamente proviene del hecho de que Cristo debe ser considerado Cabeza de su Cuerpo místico, sino también de que así sustenta a su Iglesia, y así vive en cierta manera en ella, que ésta se convierte como en una segunda persona de Cristo. Lo cual afirma el Doctor de las Gentes, escribiendo a los Corintios (1.12,12), cuando sin más aditamento llama *Cristo* a la Iglesia, imitando en esto al divino Maestro, que a aquel que perseguía a la Iglesia le habló de esta manera: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Act. 9,4). Más aún, si creemos al Niseno (cf. *De vita Moysis:* PG 44.385), el Apóstol con frecuencia llama Cristo a la Iglesia, y no ignoráis, venerables hermanos, aquel dicho de San Agustín (*Serm.* 354: PL 39.1563): «Cristo predica a Cristo» (PÍO XII, *Mystici Corporis Christi,* n. 24).

d) NO PELEAR EN FAVOR DE LA IGLESIA ES PELEAR CONTRA DIOS

Por estas causas, no sólo es la Iglesia sociedad perfecta y mucho más excelente que cualquiera otra sociedad, sino además le ha impuesto su Fundador la obligación de trabajar por la salvación del linaje humano *como un ejército ordenado en batalla* (Cant. 6,4). Esta composición y conformación de la sociedad cristiana de nin

gún modo se puede mudar, y tampoco es permitido a cada uno vivir a su antojo o escoger el modo de pelear que más le agrade, porque desparrama y no recoge el que no recoge con la Iglesia y con Jesucristo (Lc. 11,23), y en realidad pelean contra Dios todos los que no pelean con El y con la Iglesia (LEÓN XIII, *Sapientiae Christianae*, n. 22).

e) No hay término medio: no querer defender a Jesucristo es militar en las filas enemigas

No puede ser molesto y pesado el cumplimiento de estos deberes, ya que el yugo de Jesucristo es suave y ligera su carga (Mt. 11,30). Mas si algo pareciese difícil de hacer, procurad con vuestro ejemplo y autoridad despertar en todos alientos generosos, y que no se dejen vencer por ninguna dificultad. Hacedles ver, como Nos hemos dicho muchas veces, que corren grave riesgo bienes grandísimos y sobremanera dignos de ser codiciados; por conservar los cuales todos los trabajos se deben tener por llevaderos, siendo tan excelente el galardón con que se remuneran esos trabajos, como es grande el premio que corona la vida de quien vive cristianamente. Fuera de que no querer defender a Cristo peleando, es militar en las filas de sus enemigos, y El nos asegura (Lc. 9,26) que no reconocerá por suyos delante de su Padre en los cielos a cuantos rehusaron confesarle delante de los hombres de este mundo (LEÓN XIII, *Sapientiae Christianae*, n. 55).

f) En los momentos difíciles por que atravesamos, o estamos con Cristo o estamos contra Cristo

La gran hora para la conciencia cristiana ha sonado. O esta conciencia despierta a la plena y viril conciencia de su deber de ayuda y salvación para la humanidad, puesta en peligro de su ser espiritual, y entonces habrá salvación y se verificará la fórmula prometida por el Redentor: *Confiad: yo he vencido al mundo* (Io. 16,33), o, de lo contrario, y Dios no lo permita, esta conciencia despertará sólo en parte, no se entregará valiente a Cristo, y se cumplirá el veredicto—terrible veredicto—no menos solemne (Mt. 12,30): *El que no está conmigo, está contra mí* (Pío XII, *Mensaje de Pascua*, abril de 1948).

g) No se puede estar con Cristo y con las riquezas

Mundo bancario e idea cristiana; dinero y Evangelio; términos antitéticos en sí mismos, para quien tenga presente la predicación de Jesucristo y el contraste que El solemnemente estableció entre Dios y Mammona (Mt. 6,24). Y dijo El también: *Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (Mt. 6,21). Así que si el hombre pone su tesoro en el dinero, su corazón está allí, y entonces no queda ya sitio en aquel corazón para los verdaderos bienes, para Dios y su justicia, porque éstos son bienes que no admiten el do-

minio de otras pasiones y que en realidad se niegan a quien quería darle todo, con excepción de lo mejor que tiene, que es precisamente el corazón, con sus afectos y predilecciones (Pío XII, *Discurso a los empleados de Banca*, 20 de junio de 1948: «Ecclesia», n. 366, 17 de julio de 1948, p. 6).

C) *Puer autem crescebat et confortabatur...*

a) A LA FAMILIA CORRESPONDE UNA PARTE IMPORTANTE EN LA EDIFICACIÓN Y CRECIMIENTO DEL CUERPO MÍSTICO

Deseamos, pues, que todos cuantos reconocen a la Iglesia como a Madre, ponderen atentamente que no sólo los ministros sagrados y aquellos que se han consagrado a Dios en la vida religiosa, sino también los demás del Cuerpo místico de Jesucristo, tienen obligación, cada uno según sus fuerzas, de colaborar intensa y diligentemente en la edificación e incremento del mismo Cuerpo (Pío XII, *Mystici Corporis Christi*, n. 45).

b) FIN DEL MATRIMONIO CRISTIANO ES ENGENDRAR CONCIUDADANOS DE LOS SANTOS Y FAMILIARES DE DIOS

En primer lugar, se asignó a la unión matrimonial un fin mucho más noble y elevado que el que antes se le atribuyera, pues quedó establecido que se dirigiera no sólo a propagar el género humano, sino a engendrar la prole de la Iglesia, *conciudadanos de los santos y familiares de Dios* (Eph. 2,19); esto es, para que se formase y educase el pueblo en la religión y el culto del verdadero Dios y Salvador nuestro, Jesucristo (cf. *Catech. Rom.*, VIII). En segundo lugar quedaron definidos los deberes y señalados todos los derechos de cada uno de los cónyuges. Es a saber, que se hallen éstos siempre persuadidos del grande amor, fidelidad constante y solícitos y continuos cuidados que se deben mutuamente (LEÓN XIII, *Arcanum Divinae Sapientiae*, n. 7).

c) LOS HIJOS SON UN TESORO QUE DIOS LES ENTREGA PARA QUE SE LO RESTITUYAN CON PROVECHO

Y ambos (los padres) esposos, recibiendo de la mano de Dios estos hijos con gusto y diligencia, los considerarán como un tesoro que Dios les ha encomendado, no para que lo empleen exclusivamente en utilidad propia o de la sociedad humana, sino para que los restituyan al Señor, con provecho, en el día de la cuenta (Pío XI, *Casti Connubii*, n. 12).

d) Dios ha dispuesto que, de un modo natural, sean principalmente los padres quienes realicen esta labor

No acaba con la procreación el beneficio de la prole, sino que es necesario que a aquélla se añada la debida educación. Porque insuficientemente, en verdad, hubiera provisto Dios, sapientísimo, a los hijos, más aún, a todo el género humano, si no hubiese encomendado el derecho y la obligación de educar a quienes dió el derecho y la potestad de engendrar. Porque a nadie se le oculta que la prole no se basta ni se puede proveer a sí misma no ya en las cosas pertenecientes a la vida natural, pero mucho menos en lo que dice relación con el orden sobrenatural, sino que, durante muchos años, necesitan el auxilio de la instrucción y de la educación de los demás. Y está bien claro, según lo que exigen Dios y la naturaleza, que este derecho y obligación de educar a la prole pertenece, en primer lugar, a quienes, al engendrar, incoaron la obra de la naturaleza, y, habiéndola dejado imperfecta, les está totalmente prohibido exponerla a una ruina segura. Ahora bien, en el matrimonio es donde se proveyó a esta tan necesaria educación de los hijos, pues estando los padres unidos entre sí con vínculo indisoluble, siempre se halla a mano su cooperación y mutuo auxilio (Pío XI, *Casti Connubii*, n. 13).

e) Por derecho natural y divino, colaboran con la Iglesia en la educación de los hijos

Tenemos, pues, como lo declaramos en nuestro discurso ya citado *(Disc. al Coleg. de Mondragón,* 14 mayo 1929), dos hechos de altísima importancia: «La Iglesia, que pone a disposición de las familias su oficio de maestra y educadora, y las familias, que acuden presurosas para aprovecharse de él, y confían a la Iglesia por centenares y millares a sus propios hijos, y estos dos hechos recuerdan y proclaman una gran verdad, importantísima en el orden moral y social. A saber: que la misión de la educación toca, ante todo y sobre todo, en primer lugar a la Iglesia y a la familia, y que les toca por derecho natural y divino, y, por tanto, de manera inderogable, ineluctable, insubrogable» (Pío XI, *Divini illius Magistri*, n. 21).

f) No es sólo un derecho inatacable de los padres

La misión que encomendó Dios a los padres de proveer al bien material y espiritual de la prole y de procurarle una formación armónica, imbuída de verdadero espíritu religioso, no puede arrebatárseles sin lesionar gravemente el derecho (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 26).

g) Sino, incluso, un deber gravísimo

Conjuramos, pues, por las entrañas de Jesucristo a los pastores de almas que empleen toda clase de medios en las instrucciones y catequesis, de palabra y por escritos profusamente divulgados, a fin de recordar a los padres cristianos sus gravísimos deberes, y no tanto teórica o genéricamente cuanto prácticamente, y en particular cada uno de sus deberes en materia de educación religiosa, moral y civil de los hijos y de los métodos más convenientes para realizarla eficazmente, además del ejemplo de su vida (Pío XI, *Divini illius Magistri,* n. 45).

h) Hoy, por desgracia, muy descuidado en la familia

Queremos, con todo, llamar de manera especial vuestra atención, venerables hermanos y amados hijos, sobre el deplorable decaimiento actual de la educación familiar. A los oficios y profesiones de la vida temporal y terrena, ciertamente de menor importancia, preceden largos estudios y cuidadosa preparación, mientras que para el oficio y deber fundamental de la educación de los hijos están hoy poco o nada preparados muchos de los padres, demasiado metidos en los cuidados temporales (Pío XI, *Divini illius Magistri,* n. 44).

i) La educación debe tender al fin para el que Dios dió tales hijos

Los padres, a quienes la misma naturaleza da derecho para educar a sus hijos, imponiéndoles al mismo tiempo el deber de que la educación y enseñanza de la niñez corresponda y diga bien con el fin para el cual el cielo les dió los hijos (León XIII, *Sapientiae Christianae,* n. 54).

j) Que es eminentemente sobrenatural y divino

Dios, además, quiere que sean engendrados los hombres, no solamente para que vivan y llenen la tierra, sino muy principalmente para que sean adoradores suyos, le conozcan y le amen, y finalmente le gocen para siempre en los cielos; fin que supera, por la admirable elevación del hombre, hecha por Dios, al orden sobrenatural (1 Cor. 2,9), cuanto el ojo vió y el oído oyó y ha subido al corazón del hombre (Pío XI, *Casti Connubii,* n. 10).

k) Es, pues, fin propio de la educación formar a Jesucristo en los bautizados

Fin propio e inmediato de la educación cristiana es cooperar con la gracia divina a formar el verdadero y perfecto cristiano, es decir, al mismo Cristo, en los regenerados con el Bautismo, según la viva

expresión del Apóstol (Gal. 4,19): *Hijitos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros.* Ya que el verdadero cristiano debe vivir vida sobrenatural en Cristo: *Cristo, que es nuestra vida* (Col. 3,4), y manifestarla en todas sus operaciones (2 Cor. 4,11): *Para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal* (Pío XI, *Divini illius Magistri,* n. 58).

I) Abarca toda la vida del hombre, hasta conformarlo con Jesucristo

Por esto precisamente la educación cristiana comprende todo el ámbito de la vida humana sensible y espiritual, intelectual y moral, doméstica y social, no para menoscabarla en manera alguna, sino para elevarla, regularla y perfeccionarla según los ejemplos de la doctrina de Cristo (Pío XI, *Divini illius Magistri,* n. 59).

II) Y se extiende a todos los aspectos de la vida social

Tal meta y término de la educación cristiana parece a los profanos como una abstracción, o más bien como una cosa irrealizable, sin arrancar o menoscabar las facultades naturales y sin renunciar a las obras de la vida terrena; por tanto, ajena a la vida social y a la prosperidad temporal, contraria a todo progreso en las letras, en las ciencias, en las artes y en toda otra obra de civilización. A semejante objeción, movida por la ignorancia y el prejuicio de los paganos, aun eruditos, de otro tiempo—repetida, desgraciadamente, con más frecuencia e insistencia en los tiempos modernos—, había ya respondido Tertuliano: «No vivimos fuera de este mundo. Bien nos acordamos de que debemos agradecimiento a Dios, Señor Creador; no rechazamos fruto alguno de sus obras; solamente nos refrenamos, para no usar de ellas desmesurada o viciosamente. Así que no habitamos en este mundo sin foro, sin mercado, sin baños, casas, tiendas, cuadras, sin vuestras ferias y demás tráfico. También nosotros navegamos y militamos con vosotros, cultivamos los campos y negociamos, y por eso trocamos nuestros trabajos y ponemos a vuestra disposición nuestras obras. Cómo podamos pareceros inútiles para vuestros negocios, con los cuales y de los cuales vivimos, francamente no lo veo» (cf. *Apol.,* 42). Por tanto, el verdadero cristiano, lejos de renunciar a las obras de la vida terrena o amenguar sus facultades naturales, más bien las desarrolla y perfecciona coordinándolas con la vida sobrenatural hasta el punto de ennoblecer la misma vida natural y de procurarla un auxilio más eficaz, no sólo de orden espiritual y eterno, sino también material y temporal (Pío XI, *Divini illius Magistri,* n. 60).

m) Incluso a la educación física y civil, en cuanto tiene relación con la religión y la moral

Obsérvese, además, que el deber educativo de la familia comprende no sólo la educación religiosa y moral, sino también la física y civil (*Cod. I. C.*, c. 1113), principalmente en cuanto tiene relación con la religión y la moral (Pío XI, *Divini illius Magistri*, n. 17).

n) Para educar debidamente al niño hay que proteger su virtud en las crisis y habituarlo, desde el primer momento, a servir a Dios

En otros tiempos, la madre de la familia, cuando veía despuntar en sus hijos los primeros síntomas de la adolescencia, redoblaba su vigilancia para proteger su virtud en la crisis de la edad. Sentía calmarse sus inquietudes al verle mantenerse fiel a sus deberes religiosos, a la santificación de los domingos y de las fiestas. Hoy, la observancia del precepto dominical no es ya una garantía segura para la conducta moral de la joven. Esta escisión entre la religión y la moralidad es bastante significativa, ya que aquellos dos elementos, si son genuinos, hacen una unidad indivisible. Sin duda, ha habido siempre alguna falta moral, pero cuando la vida religiosa ha sido sana y firme, repercute en la conciencia personal y pública.

También en esto no hay más que un remedio: poner ante los ojos del niño, desde los primeros años, los mandamientos de Dios y habituarle a cumplirlos. La juventud de hoy está no menos dispuesta y pronta que la de otros tiempos a obrar bien, a servir a Dios. Pero debe ser educada para esto (Pío XII, *Discurso ante más de 40.000 mujeres de la Acción Católica Italiana:* «Ecclesia», n. 421, 6 de agosto de 1949, p. 6).

ñ) Además de corregir desviaciones y fomentar impulsos sanos, hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad

Es, pues, menester corregir las inclinaciones desordenadas, fomentar y ordenar las buenas, desde la más tierna infancia y, sobre todo, hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad con las verdades sobrenaturales y los medios de la Gracia, sin la cual no es posible dominar las perversas inclinaciones y alcanzar la debida perfección educativa de la Iglesia, perfecta y completamente dotada por Cristo de la doctrina divina y de los sacramentos, medios eficaces de la Gracia (Pío XI, *Divini illius Magistri*, n. 35).

o) Hasta que se llegue a poseer a Dios por el conocimiento y amor

Pero a Dios no se acerca el hombre por movimiento corporal, sino por medio de las facultades del alma, por el conocimiento y el

amor. Porque Dios es la primera y suma verdad, y el entendimiento sólo se apacienta con la verdad; es asimismo santidad perfecta y bien sumo, al cual la voluntad sólo puede aspirar y acercarse guiada por la virtud (LEÓN XIII, *Sapientiae Christianae*, n. 1).

p) Es preciso conservar la vida y la perfección cristiana de la familia

La primera es la vida cristiana de la familia. Dondequiera ella todavía subsiste, principalmente en el campo, conservadla y defendedla, porque aun ella está en gran peligro de perderse. Donde ya se ha perdido, sobre todo en ciertos barrios urbanos de trabajadores, reedificadla. Vosotros no podéis dar a vuestros hijos y a vuestra juventud nada que sea más precioso que la vida y la perfección cristiana de la familia (Pío XII, *Radiomensaje a la Alemania católica:* «Ecclesia», n. 428, 24 de septiembre de 1949, p. 5).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. LA OFRENDA.—ELOGIO DE LA TORTOLA MISTICA

La Sagrada Familia ofrendó en el templo un par de tórtolas (Lc. 2,24). El hecho de que esa simple avecilla sirviera de prenda de rescate del Hijo de Dios, nos evoca el conocido pasaje de San Bernardo y nos trae a la mente el elogio de la tórtola mística, tal como la presintió el espíritu poético del Doctor Extático, San Juan de la Cruz.

A) El gemido de la tórtola

«*Vox turturis audita est in terra nostra* (Cant. 2,12): *Se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola.* Señal cierta de haber pasado el invierno y de haber llegado ya el tiempo de podar la viña. Esto según la letra. Verdad que no es muy agradable la voz de la tórtola, aunque anuncia cosas muy dulces. El precio de esta avecilla es módico si la compras; pero sutilizando algo acerca de su valor no es de poco precio. En efecto, su voz, que semeja más bien gemido que canto, nos avisa de nuestro destierro. Escucho gustoso la voz de un predicador que no se atrae los aplausos, pero si mueve a llorar. Imita verdaderamente a la tórtola el que enseña a gemir con efectos de compunción. Si quieres persuadir, has de procurar hacerlo más bien gimiendo que declamando. El ejemplo aquí, como en otros casos, será más eficaz que la palabra. Tu voz será poderosa y llena de virtud, si se conoce que estás de veras persuadido de lo que quieres persuadir a los demás. La voz de las obras puede más que la de los labios. Haz lo que dices, y no sólo conseguirás enmendar la conducta de tu auditorio con más facilidad, sino que con ello te librarás de los reproches...» (cf. SAN BERNARDO, *Obras Selectas:* BAC, *Serm.* 59, *sobre los Cantares*, 3, p. 1117).

B) La esposa en busca del amado

«De la tórtola se dice que, cuando no halla a su consorte, ni se asienta en ramo verde, ni bebe el agua clara ni fría, ni se pone debajo de la sombra, ni se junta con otra compañía. Pero en juntándose con él ya goza de todo esto.

Todas estas propiedades tiene el alma, y es necesario que las tenga para haber de llegar a esta unión y junta del esposo, Hijo de Dios; porque con tanto amor y solicitud le conviene andar, que no asiente el pie del apetito en ramo verde de algún deleite, ni quiera beber el agua clara de alguna honra y gloria del mundo, ni la quiera gustar fría de algún refrigerio o consuelo temporal, ni se quiera poner debajo de la sombra de algún favor y amparo de criaturas; no queriendo reposar nada en nada, ni acompañarse de otras aficiones, gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta llegar a su Esposo en cumplida satisfacción. Y porque esta alma, antes que llegase a este estado, anduvo con grande amor buscando a su Amado, no se satisfaciendo de cosa sin él, canta aquí el mismo Esposo el fin de sus fatigas y el cumplimiento de los deseos de ella, diciendo que

ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado;

que es tanto como decir: Ya el alma Esposa se sienta en ramo verde, deleitándose en su Amado, y ya bebe el agua clara de muy alta contemplación y sabiduría de Dios, y también se pone bajo de la sombra de su amparo y favor, que tanto ella había deseado, donde es consolada, apacentada y refeccionada sabrosa y divinamente, según ella de ello se alegra en los Cantares (2,3), diciendo: *Debajo de la sombra de aquel que había deseado me senté y su fruto es dulce a mi garganta* (cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canc. 34,5 y 6: BAC, *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, p. 1127-1128).

C) «Y en soledad ha puesto ya su nido»

«La soledad en que antes vivía era querer carecer por su Esposo de todas las cosas y bienes del mundo, según habemos dicho de la tortolilla, procurando hacerse perfecta, adquiriendo perfecta soledad, en que viene a la unión del Verbo y, por consiguiente, a todo refrigerio y descanso; lo cual es aquí significado por el nido que aquí se dice, el cual significa descanso y reposo. Y así es como si dijera: En esa soledad en que antes vivía, ejercitándose en ella con trabajo y angustia, porque no estaba perfecta, en ella ha puesto su descanso ya y refrigerio, por haberla ya adquirido perfectamente en Dios. De donde hablando espiritualmente David dice (Ps. 83,4): *De verdad que el pájaro halló para sí casa, y la tórtola nido donde criar sus pollicos.* Esto es, asiento en Dios donde satisfacer sus apetitos y potencias... (cf. ibíd.; canc. 34,3 y 4, p. 1129-1130).

II. TRES ENCUENTROS PROVIDENCIALES

La fiesta de la Purificación fué llamada antiguamente en la Iglesia oriental *Hypapante*, esto es, del encuentro (ὑπαπαντή, lat. *occursus*) de Simeón y Ana con la Sagrada Familia en el templo. Recordaremos, por ello, tres encuentros providenciales:

A) Agustín y Ambrosio

Es el año 384. Agustín había cumplido los treinta. No era rico y no estaba solo. Tenía una mujer y un hijo que comenzaba a crecer. Para colmo de desdichas había estado durante algún tiempo enfermo. De repente una ocasión se presentó. Símaco, prefecto de Roma, había sido encargado de escoger un profesor de elocuencia para la ciudad imperial que era entonces Milán. Se puso Agustín entre los pretendientes y obtuvo la preferencia... ¿Quiénes se habían de encontrar allí? Con el joven africano viene Alipio, «el hermano de su corazón», que será testigo discreto de sus luchas morales. También Nebridio, «el amigo dulcísimo y tiernísimo», iba a llegar bien pronto, deseoso, como subraya Agustín, «de vivir conmigo y de buscar ardientemente la verdad y la sabiduría». Mónica no podía vivir lejos del hijo predilecto, cuya conversión constituía su constante pesadilla. Luego que supo su nueva situación se embarcó para juntársele. Pero la clave del encuentro era Ambrosio, aquel cónsul de Liguria, que enviado a Milán para poner orden, fué aclamado obispo por el pueblo aun antes de haber recibido el bautismo. Dejemos ahora la palabra al propio Agustín (*Confes.*, l. 5, c. 13: BAC, t. 2, p. 449): «Visité a Ambrosio, famoso entre los mejores de la tierra... A él era yo conducido por ti. Señor, sin saberlo, para ser por él conducido a ti, sabiéndolo. Aquel hombre de Dios me recibió paternalmente... Yo comencé a amarle... Oíale con todo cuidado cuando predicaba al pueblo...» El resultado del encuentro, en el que estuvo presente la madre con su oración y sus lágrimas, fué la luz divina para el cerebro atormentado de Agustín y la paz para su corazón. Luego el bautismo que el propio Ambrosio le administrará por su mano... (cf. PEDRO GUILLOUX, *El alma de San Agustín*, trad. de Ignacio Núñez, c. 6, p. 55ss, ed. Gili, Barcelona 1947).

B) Juan y Teresa

Mes de septiembre de 1567. La santa andariega peregrina ya por los caminos de Castilla en las andanzas de sus fundaciones y de sus reformas. Ahora ha llegado a Medina del Campo. Pero oigamos a la propia Madre Teresa: «Acertó a venir aquí un padre de poca edad (tenía veinticinco años) que estaba estudiando en Salamanca y él fué con otro compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este padre hacía. Llámase Fray Juan de la Cruz. Yo alabé a

Nuestro Señor, y hablándole, contestóme mucho y supe de él, cómo se quería también ir a los cartujos. Yo le dije lo que pretendía y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio, y el gran bien que sería... El me dió palabra de hacerlo, con que no se tardase mucho. Cuando yo vi ya que tenía dos frailes para comenzar, parecióme estaba hecho el negocio...» (cf. *Libro de las Fundaciones*, c. 3, ed. Aguilar, p. 476).

¿Qué negocio era éste? La reforma de la Orden carmelitana, que había perdido su primitivo fervor; el pacto moral que, para lograr empresa tan fructífera, concertaban aquella mujer extraordinaria, rica en experiencias internas, y el mancebo flaco y menudo, a quien el gracejo de la Santa llamaría *medio fraile*. El encuentro de Medina señala ciertamente una fecha conmovedora en la historia de la humanidad.

C) Ignacio y Javier

«En Navarra dejó las calzas y el jubón de gentilhombre y por los claustros de la Sorbona pasea ahora, con la larga veste escolar y el ceñidor de cuero. Apenas el bozo varonil apunta en su mocedad. Por el rostro le rebosa la simpatía de su afición cortesana y de su gusto de chanzas y donaires. Un orgullo de familia le torna a veces presumido y vanidoso. Su padre, muy pagado de su estirpe y de sus blasones, anduvo en guerra contra el Rey Católico, porque era navarro obstinado y creyó justo defender la causa de Labrit, a quien apoyaba Francia.

En verdad que el adolescente, de prendas nada comunes, estudia con ahinco. Arde en impaciencia por sobresalir, por brillar, por conquistar fama y renombre, y a su vehemencia no se resiste obstáculo alguno. Cuando cumple los veinticinco años es ya maestro en Teología, y con cierto aire altanero y pedante da clase en el colegio parisino de Santa Bárbara. Más de una vez se ha cruzado en los corredores con la figura canija y adusta de Calvino y más de una vez ha asaltado al joven navarro la codicia de entrar con él en controversia. ¡Equivocada doctrina la que llega de Alemania! El joven la ha atacado reiteradamente con asombro de sus compañeros. Una aureola de prestigio le circunda. La gloria le cerca y le mima... Pero una frase martillea sus oídos y le produce constante inquietud. Un alumno español, viejo, desmedrado y cojo, que dicen fué capitán hace años, la ha deslizado con acento de reprensión y consejo y se la ha clavado en lo más hondo del espíritu: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su alma?»...

En aquel encuentro y en aquella porfía termina por vencer la gracia, que quema la broza de las vanas ilusiones. El mozo navarro une su vida a la de Ignacio de Loyola y es uno de los que con él sube la colina de Montmartre, para formar la nueva milicia, la mañana radiante del 15 de agosto de 1534. El estudiante de la Sorbona se ha convertido en el Padre Francisco Javier...» (cf. LUIS ORTIZ, *Glorias Imperiales*, t. 2 [Edit. Magisterio Español, Madrid 1940], p. 167).

III. «AHORA PUEDO MORIR EN PAZ»

«¡Sesenta y ocho años! Y pensar que a los treinta padecía vómitos de sangre y estaba condenado a morir tísico...

Sus puños son fuertes. El médico, viéndolo consumido por la enfermedad, quiere medir su fuerza con un manómetro. Aquel viejo aprieta y la aguja marca el máximum. El instrumento está a punto de romperse entre sus dedos férreos...

Sin embargo, la lámpara quemaba su último aceite. Este año, 1884, renueva la súplica tantas veces presentada para que la Santa Sede le conceda los privilegios de las otras Ordenes religiosas. Su Congregación no podía vivir sin ellos y él no puede morir sin dejar arreglado aquel supremo negocio de su vida. Su nota concluye así: «Cuando vea consolidada la obra que la Santa Iglesia me ha confiado, cantaré alegremente el *Nunc dimittis servum tuum, Domine*». ¡Entonces podía morir!

El 9 de julio de este año se desencadena una horrorosa tempestad... En medio de la borrasca ha llegado tembloroso el cartero con el sobre de Roma. Llévanlo a Don Bosco, que lo despliega. La ventana se abre repentinamente. Estallan tres horrísonos truenos...

Don Bosco da un grito de alegría; ha comprendido lo que trae aquel sobre... ¡Ahora sí que puedo morir en paz! Aquel decreto, arrancado casi por fuerza a todas las intrigas coaligadas, las de los buenos y las de los malos, ajusta definitivamente la portentosa máquina de su Congregación... ¡Ahora ya puedo morir en paz!» (cf. HUGO WAST, *Don Bosco y su tiempo*, XIX, p. 212-213, Zaragoza 1941).

IV. «EL HIJO DE TANTAS LAGRIMAS»

«Entre tanto mi madre, fiel sierva tuya, llorábame ante ti, mucho más que las demás madres suelen llorar la muerte corporal de sus hijos, porque veía ella mi muerte con la fe y espíritu que había recibido de ti. Y tú la escuchaste, Señor; tú la escuchaste y no despreciaste sus lágrimas, que corriendo abundantes regaban el suelo debajo de sus ojos, allí donde hacía oración...» (SAN AGUSTÍN, *Confes.*, l. 3, c. 11,19: BAC, t. 2, p. 417-419).

«No se contentó Santa Mónica con las oraciones y penitencias que continuamente hacía por su hijo, sino que determinó de venir a buscarle a Italia, y pasó la mar con grande confianza y seguridad, animando a los otros pasajeros y marinos que estaban atemorizados por la tormenta que se desencadenó... Halló a su hijo en Milán, donde había sido enviado desde Roma para enseñar la retórica, y con la comunicación y sermones de San Ambrosio estaba más blando y no tan pertinaz como solía...» (cf. P. PEDRO DE RIBADENEIRA, *Flos Sanctorum, Santa Mónica* [4 de mayo], t. 2, p. 29).

Una mañana, instando Mónica a Ambrosio para que disputase

con Agustín sobre su conversión, el santo obispo, cansado de su importunidad, le dijo: «Vete en paz, mujer. ¡Así Dios te dé vida!, que no es posible que perezca el hijo de tantas lágrimas. Respuesta que ella recibió... como venida del cielo» (cf. *Confes.*, ibíd., l. 3, c. 12,21: BAC, ibíd., p. 421).

Llegó, por fin, la tarde bienaventurada en que el hijo entró en la habitación de su madre con los ojos enrojecidos por el llanto y el alma inundada de paz. Era después de la escena del jardín, en que cruzaron el aire las misteriosas palabras que le traían el último rayo de luz: «Toma y lee». Ahora venía a anunciar a su madre su conversión absoluta y definitiva... ¿Para qué más? Después de saborear un instante el consuelo de los días del bautismo y de los coloquios a solas con su hijo, en quien ya empezaba a adivinar al santo, Mónica podía morir en paz. Sus ojos ahora llorosos de alegría habían visto la salud...

Una tarde, en que los dos paseaban envueltos en los colores agonizantes del crepúsculo, en la tristeza sombría del agro romano, en un aire de nostalgia que parecía subir de la llanura de la tierra y de la planicie del mar, Mónica descubrió su secreto:

«Hijo..., nada me deleita ya en esta vida. No sé qué hago en ella, ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en este mundo, y era verte cristiano católico antes de morir. Abundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?

No recuerdo bien—confiesa el hijo—qué respondí a esto; pero sí que apenas pasaron cinco días o no muchos más, cayó en cama con fiebres... «Enterrad este cuerpo en cualquier parte, ni os preocupe más su cuidado; solamente os ruego que os acordéis de mí ante el altar del Señor, doquiera que os hallareis...» Tales fueron sus últimas palabras».

«Así, pues—prosigue Agustín—, a los nueve días de estar enferma, a los cincuenta y seis años de su edad... fué liberada del cuerpo aquella alma religiosa y pía. Cerraba yo sus ojos, mas una tristeza inmensa afluía a mi corazón y ya iba a resolverse en lágrimas, cuando al punto mis ojos, al violento imperio de mi espíritu, resorbían su fuente hasta secarla, padeciendo por tal lucha de modo imponderable». El hijo de tantas lágrimas casi no pudo llorar a la que fué siempre un mar de llanto por él (cf. *Confes.*, l. 9, c. 10,26; c. 11,27 y c. 12,29: BAC, ibíd., p. 689-691).

V. EL SIGNO DE CONTRADICCION

En todas las edades y épocas la Iglesia católica ha sufrido cruenta persecución. Bastará como botón de muestra recordar la era de los mártires durante los cuatro primeros siglos del Imperio Romano hasta la paz de Constantino.

«Si se desdeñan pormenores, se puede establecer una especie de estadística entre los años 64 y 313, es decir, sobre un período de doscientos cuarenta y nueve años, y llegar al siguiente resultado:

Siglo I: seis años de persecución y veintiocho de tolerancia.

Siglo II: ochenta y seis años de persecución y catorce de tolerancia.

Siglo III: veinticuatro años de persecución y setenta y seis de tolerancia.

Siglo IV: trece años de persecución.

La Iglesia conoció, pues, ciento veintinueve años de persecución y gozó ciento veinte de tranquilidad».

En cuanto al número, «probablemente el exacto está muy por debajo de los doscientos mil», pero sobrepasa, sin duda, los cien mil. Téngase en cuenta que el Imperio Romano tendría unos cincuenta millones de habitantes (cf. DANIEL RUIZ BUENO, *Actas de los Mártires:* BAC, p. 101ss).

Los suplicios estaban sabiamente graduados. Primero la *prisión* preventiva, con sus mazmorras, el hambre, las cadenas, los cepos y el interrogatorio, a veces acompañado del tormento: azotes, tracción de los miembros en el potro, silla enrojecida al fuego, etcétera. Luego las *penas,* de las que la menor era el *destierro,* porque las más fueron: la *deportación* con sus consecuencias atroces: permanencia en una isla insalubre, trato de criminal, muerte civil; los trabajos forzados, que reducían a la esclavitud; y sobre todo la pena de *muerte,* que se aplicó de cuatro formas distintas:

a) *La decapitación:* arrodillado en el suelo o apoyado de pie en un poste, esperaba el mártir el golpe de la espada fatal.

b) *La cruz:* los romanos no remataban a los crucificados; les dejaban que fueran perdiendo las fuerzas hasta desfallecer.

c) *El fuego:* era ofrecido como espectáculo. Sobre una alta pira se desnudaba a la víctima, se la ataba y a veces se la clavaba a una pieza de madera. Se introdujeron refinamientos: el caldero de agua hirviente, la cal viva, las parrillas. Galerio inventó en 309 el fuego lento que a veces duraba un día.

d) *Las fieras:* fué el espectáculo de las grandes solemnidades. El año 107, en la conmemoración del triunfo de Trajano sobre los dacios, murieron once mil fieras. ¿Cuántos cristianos no despedazarían antes? Este suplicio se rodeaba de un aparato teatral. «Los mártires desfilaban primero alrededor de la arena del circo, bajo el látigo de los encargados de las fieras... Se colocaban luego desnudos, sin defensa, atadas las manos a un poste, sobre un estrado que comunicaba con el suelo por uno o dos terraplenes. Entonces, entre aplausos de la multitud, surgían leopardos, jabalíes, osos, que se precipitaban, cogían con sus garras a las víctimas, las mordían y se las llevaban a los cuatro extremos del circo. A los que no morían los beluarios daban el golpe de gracia. Otras veces la ferocidad romana disfrazaba a los santos atletas con vestidos polícromos, para que algún toro se ensañase con ellos como con un maniquí de paja...»

e) *Suplicios extraordinarios.* Los hubo en muchos sitios, como lanzamiento al agua de los mártires encerrándolos en un saco con animales dañinos, amputación paulatina de los miembros... En Arabia mataban a los cristianos a hachazos. En Mesopotamia se les ahumaba, suspendiéndolos por los pies, sobre brasas. En el Ponto se les hundían puntas de caña bajo las uñas o se les rociaba con plomo derretido las partes más íntimas del cuerpo... (cf. BUISSE, *La Iglesia de Jesús,* p. 91-94, ed. Lit. Española, Barcelona 1930).

VI. LA ORACION DE PASCAL

Casi desde que traspuso la adolescencia, Blaise Pascal, el gran físico y matemático francés, vivió aquejado de una misteriosa enfermedad—parálisis o tuberculosis—que produjo grandes tormentas en su espíritu y le llevó a la sepultura a los treinta y nueve años. Triste y acongojado por su dolencia y decidido a no pensar en otra cosa que en la filosofía y la religión, compuso a los veinticuatro años su famosa *Prière pour demander a Dieu le bon usage de maladie*. Pascal sostuvo en esta plegaria que la enfermedad es un medio de satisfacer por nuestros pecados, de conocer la vanidad del mundo, y de honrar a Dios, sometiéndose a su voluntad: «Señor, cuyo espíritu es tan bueno y dulce... Que como verdadero cristiano os reconozca por mi Padre y Dios en cualquier situación en que me encuentre... Vos no sois menos Dios cuando afligís y castigáis que cuando concedéis consuelo e indulgencia...

Me habíais dado la salud para serviros y yo la usé profanamente. Me enviais ahora la enfermedad para corregirme. No permitáis que os irrite con mi impaciencia. He abusado de mi salud y me castigáis con toda justicia. Mas no permitáis que haga ahora mal uso de la sanción. Puesto que la corrupción de mi naturaleza es tal que convierte en perniciosos vuestros favores, haced que vuestra gracia todopoderosa trueque en saludables vuestros castigos...

¡Oh Dios, ante quien debo dar cuenta exacta de todas mis obras al fin de la vida!... ¡Oh Dios, que hacéis morir nuestros cuerpos y que en la hora de la muerte desatáis a nuestra alma de todo lo que amaba en el mundo!... ¡Oh Dios, que debéis consumar en el último día, el cielo, la tierra, y todas las criaturas, para mostrar a los hombres que nada subsiste más que Vos y que nada es más digno de amor, porque nada existe que sea perdurable, sino vuestra Divinidad!... Yo os alabo y os bendeciré todos los días de mi vida porque me habéis reducido a la incapacidad para gozar de la salud y de los placeres del mundo... Haced, ¡Dios mío!, que adore en silencio el orden de vuestra Providencia en cuanto a mi vida, y que habiendo vivido en la amargura de mis pecados durante la paz, disfrute de las dulzuras celestes de vuestra gracia durante los males saludables con que me afligís... Abrid mi corazón, Señor; entrad en esta plaza rebelde ocupada por los vicios. La idea del mundo está grabada en mi corazón y la vuestra no se conoce. Vos habéis creado mi alma y podéis crearla de nuevo. Haced que me arrepienta de mis culpas, puesto que sin este dolor interior los males exteriores de mi cuerpo serían nueva ocasión de pecado. Hacedme conocer que los males del cuerpo son el castigo y la figura de los males del espíritu. Hacedme considerar en los dolores que siento, los que no he sentido en mi alma, aunque estaba cubierta de úlceras. La mayor de las enfermedades es esa insensibilidad y esa extrema debilidad que me privó del sentimiento de mis propias miserias. Haced que lo que me queda de vida sea una penitencia continua para lavar las ofensas que he cometido...

Habéis dicho: *Bienaventurados los que lloran* (Mt. 5,5) y desgraciados los que son consolados. Yo he dicho desgraciados los que lloran y muy dichosos los que son consolados; dichosos los que gozan de una gran fortuna, de una reputación gloriosa y de una salud robusta. Y ¿por qué los he considerado dichosos? Porque todas estas ventajas les proporcionaban gozar de las criaturas. Confieso haber creído que la salud era un bien, no porque sea un medio fácil para serviros útilmente, para hacer bien al prójimo, sino porque con salud podía entregarme a las delicias de la vida y saborear los funestos placeres. ¡Señor! Reformad mi corazón corrompido y conformad mi sentir con el vuestro. Que yo me considere dichoso en la aflicción, y que, impotente para ocuparme de las cosas exteriores, se purifiquen mis sentimientos para encontraros dentro de mí ...

¡Señor! Haced que me conforme con vuestra voluntad y que estando enfermo como estoy os glorifique en mis sufrimientos. Sin éstos no puedo llegar a la gloria. Por las señales de vuestros padecimientos os reconocieron vuestros discípulos, y por los padecimientos los reconoceréis Vos también. Reconocedme, pues, por vuestro discípulo en los males que sufro en mi cuerpo y en mi alma y por las ofensas que he cometido. Haced que mis dolores sean los vuestros; unidme a Vos y llevadme con vuestro santo Espíritu. Penetrad en mi corazón y en mi alma, a fin de que se colmen de Vos, y Vos seáis quien viva y sufra por mí, ¡oh Salvador mío!, y que así, tomando alguna parte en vuestros sufrimientos, me llenéis eternamente de la gloria en la que vivís, con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén» (cf. *Oración para pedir a Dios el buen uso de la enfermedad*, trad. cast., ed. José Asillo, Madrid 1879).

VII. LA TRIBULACION DE LA ENFERMEDAD

Liduvina era hija de un sereno y vivía en un hogar pobre y honrado en la aldea holandesa de Schiedam, que descansa junto a un río a pocos kilómetros de La Haya. De niña se crió fuerte y sonrosada, con esa belleza especial de las rubias del Norte. Pero Dios iba a escoger aquella carne fresca y joven para triturarla, martirizarla y desfigurarla, a fin de que apareciera mejor el alma que habitaba en ella. A los quince años la tez, que era blanca como la nieve, se cubre de un color verdoso y repugnante. Poco después, un día que la muchacha intenta patinar con sus amigas sobre el hielo del Schie, se le rompe una costilla del lado derecho. En seguida una postema pertinaz aparece en el lugar de la fractura. Luego, la gangrena. Los músculos se convirtieron en hervidero de gusanos. El cuerpo todo llegó pronto a estar en carne viva. «A los tumores y las úlceras se juntó la enfermedad del fuego sagrado, que consumió en unas semanas la carne de uno de los brazos hasta dejar los huesos descubiertos. Era el mal más temido de la Edad Media. Los nervios se crisparon y acabaron por romperse, excepto uno que continuó uniendo el brazo al tronco. A todo esto se añadieron neuralgias espantosas, que partieron de la frente desde la

parte superior hasta la nariz. El ojo derecho se extinguió, y el otro se hizo tan sensible que no podía soportar la luz sin sangrar. Parecía que la enferma había recorrido el ciclo de todas las enfermedades, mas pronto el pecho empezó a cubrirse de equimosis lívidas, que se transformaron en pústulas de color cobre; el mal se pasó al hígado y a los pulmones; siguió un cáncer, que vino a abrir un agujero profundo en el pecho; y finalmente la peste negra, que entonces hacía estragos en Europa, se abatió también sobre las provincias de Holanda y dos bubones monstruosos brotaron junto al corazón de la mártir de Schiedam. ¡Dos—dijo ella—no está mal; pero sería mejor tres, en honor de la Santísima Trinidad!...

Todo era milagroso en aquella existencia. La enferma continuaba sufriendo, sin comer apenas. Durante los primeros años, su alimento consistía en unas rodajas de manzana asada, del grosor de una hostia... El sueño desapareció completamente... En treinta y ocho años de enfermedad no llegó a dormir veinte horas... El sufrimiento fué purificando aquella alma y levantándola a las cumbres gloriosas del amor... Alumbrada por una gracia repentina, comprendió su misión en la tierra: reproducir como un espejo sangriento la faz dolorosa del Crucificado...

«La alcoba de la Santa... se iluminaba con celestes auroras». Por allí desfilaban los ángeles y los santos. La Virgen y el Niño le regalaron delicias y consuelos. «Las llagas de Cristo dispararon hasta ella rayos luminosos y entre las úlceras y los bubones aparecieron los rubíes de los estigmas...»

Pero el dolor siguió su curso inexorable años y años. Parecía imposible que la Santa pudiera continuar viviendo. «A excepción de la lepra, no hubo enfermedad que no se cebase sobre aquel amasijo informe y monstruoso, del cual salían lágrimas y sangre, sollozos y alaridos. Mas con el dolor podía compararse la alegría. Era dulce sufrir y mezclar el sufrimiento con los sufrimientos de Dios...

Una mañana, Liduvina oyó que alguien le decía al oído: «Mira». Miró y vió a un ángel... y junto a él un rosal florecido, grande como un árbol, que derramaba delicioso perfume. Sólo en la rama más alta quedaban algunas rosas por abrir. Era un anuncio gracioso de la postrer llamada. Unos días más de amorosa y de dolorida primavera, y los capullitos despegarían sus hojas, las rosas se cubrirían de un brillo nuevo y el rosal sería trasplantado al paraíso. Así fué. Muerta Liduvina, volvió a aparecer como a los quince años: fresca, rubia y graciosa. De sus llagas quedaban tres cicatrices que corrían como hilos de púrpura sobre la nieve de su carne» (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Santa Liduvina* [12 de abril]: *Año Cristiano,* t. 2 p. 95-102).

VIII. NUESTRO PECADO, LA OCTAVA ESPADA

«Cuenta el P. Reviglione, de la Compañía de Jesús, que un joven que tenía la devoción de rezar algo todos los días a una imagen de Nuestra Señora de los Dolores con las siete espadas, cayó una noche en pecado mortal. Habiendo ido a rezar la mañana siguiente,

como de costumbre, vió en el pecho de la Señora, no siete, sino ocho espadas, y oyó una voz que le decía que su pecado era la octava clavada en su afligidísimo Corazón. Oído lo cual se fué desde allí a confesar, y recobró la gracia por la intervención de la soberana Señora» (cf. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Glorias de María*, trad. del P. Ramón García, S. I., 12.ª ed. del Apost. de la Prensa [Madrid 1947], p. 244).

IX. REVELACIONES DE SANTA TERESA

«Esto me dijo el Señor otro día: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obras y en padecer y amar... Ves mi vida toda llena de padecer y sólo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses, cuando ves a mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin graves tormentos. Desde que le dijo Simeón aquellas palabras la dió mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer...» (cf. *Relaciones espirituales*, XXXVI, p. 222: *Obras Completas de Santa Teresa*, ed. Aguilar, Madrid 1942).

«Es ya cosa sobrenatural y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia, por mejor decir, como hizo al justo Simeón, porque todas las potencias se sostengan. Entiende el alma, por una manera muy fuera de entender con los sentidos exteriores, que está ya junto cabe su Dios, que, con poquito más llegará a estar hecha una misma cosa con El por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo ni del alma. Tampoco no veía el justo Simeón más del glorioso niño pobrecito; que en lo que llevaba envuelto y la poca gente con El, que iban en la procesión, más pudiera juzgarle por hijo de gente pobre que por Hijo del Padre celestial; mas dióselo el mismo Niño a entender. Y así lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende cómo lo entiende...» (*Camino de perfección*, c. 31, p. 294: *Obras Completas de Santa Teresa*, ed. Aguilar, Madrid 1942).

X. LA FIESTA DE LA CANDELARIA

La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo y de la Purificación de María data de los primeros siglos de la era cristiana. En la Iglesia de Oriente estaba dedicada a Jesús. Los griegos conmemoraban en ella el encuentro de Simeón y Ana con Jesucristo. Los armenios la titularon fiesta de la ida de Jesús al templo. En Occidente la fiesta estaba consagrada a la Virgen y se llamaba de la Purificación de Nuestra Señora. El nombre de Candelaria provino de las candelas o velas que se acostumbró bendecir y llevar encendidas en la festividad.

Parece que en los primeros siglos se celebraba en Jerusalén el décimo día después de la Epifanía, que a su vez coincidía enton-

ces con la Navidad. Pero ya en la primera mitad del siglo IV, la fiesta se conmemoraba el 14 de febrero. Es curioso recordar que este dato histórico ha sido aportado por el testimonio de la virgen española Eteria. Entre todos los peregrinos que en la antigüedad visitaron Tierra Santa ninguno ha alcanzado mayor renombre que esta monja gallega, cuyo itinerario de viaje, descubierto en el siglo pasado en un manuscrito de la catedral de Arezzo, relata minuciosamente su vista a los Santos Lugares y describe en especial la liturgia de Jerusalén, tanto los oficios ordinarios como los de las fiestas principales. No resistimos la tentación de transcribir sus palabras: «La cuadragésima de la Epifanía se celebra aquí con sumo honor, pues en tal día se va solemnemente a la Anástasis y todos van procesionalmente y todas las cosas se hacen en orden como en la Pascua. Predican también todos los presbíteros y luego el obispo, comentando siempre aquel lugar del Evangelio que narra cómo a los cuarenta días José y María llevaron al Señor al templo y le vieron Simeón y la profetisa Ana, hija de Fanuel, y las palabras que profirieron al ver al Señor y la oblación que ofrecieron los padres. Y después de celebrar todas las cosas, según el orden acostumbrado, se *hacen los sacramentos* (misa) y luego se despide el pueblo» (cf. *Silviae quae fertur peregrinatio ad Loca Sancta,* en *Itinera hierosolymitana saeculi IIII-VIII.* Recens, et comm. crit, instrux. PAULUS GEYER [Vindobonae, F. Tempsky, 1898], p. 17, y *Eteria... Itinerario a los Santos Lugares,* trad. de PASCUAL GALINDO [Vitoria 1924], p. 69).

De Jerusalén se propagó la fiesta a todo el orbe católico. El Papa Gelasio I renovó la celebración en la Iglesia romana, para abolir las supersticiones gentílicas que con el nombre de *Lupercales* se festejaban en el mes de febrero. La procesión con luces continúa sin interrupción desde principios del siglo V en Oriente, como parte de la fiesta, y en el siglo XI se halla como uso común la bendición de las candelas, con la que quiere simbolizarse la entrada de Jesús, verdadera y única luz del mundo.

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

1

Jesús, cumplidor de la ley

I. *La prescripción mosaica. En el Exodo* (13,2-12 y 15) *y en el Levítico* (12,6-8) *se prescribe el ofrecimiento a Dios y rescate de los primogénitos varones y la purificación de las madres* (cf. *Apunt. exeg.-mor.*, p. 610,b,1). *Doble significación tenía esto en el caso de Jesucristo. La histórica, como gratitud a Dios Nuestro Señor por la liberación de la primera plaga de Egipto. La mística o simbólica, que era el sacrificio de la cruz por los pecados del mundo. «Tiempo vendrá en que no será ofrecido en el templo ni entre los brazos de Simeón, sino fuera de ciudad y entre los brazos de la cruz»* (cf. SAN BERNARDO, *Obras selectas:* BAC, *Serm.* 3 *de la Purif.*, p. 508,2).

II. *La obediencia de María.*

A. María no estaba obligada a esta ley. Cristo es Hijo natural de Dios. Está por encima de toda ley. El es el término de todo el Antiguo Testamento. No estaba María obligada a ofrecerlo en el templo del Señor (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 610,b,2).

B. María cumple la ley.

a) *La cumple con todo detalle.*
b) *Como la cumplían las buenas israelitas.*
c) *Como una israelita pobre, por el sacrificio que presenta por el rescate.*
d) *A pesar de las molestias que pudiera originar su cumplimiento. Puede describirse la escena según el evangelio de San Lucas.*

C. María, modelo de obediencia. Entre las muchas virtudes que pueden comentarse en esta escena,

está la de la obediencia de María (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 611,3 y 4). Obedece a todo «ut perfecerunt omnia secundum legem Domini» (Lc. 2,39). María, modelo de obediencia. No solamente a la autoridad familiar, a José. Obedece las leyes públicas, ya religiosas, ya civiles (cf. SAN FRANCISCO DE SALES, p. 660, B). la purificación, la celebración de la Pascua, el edicto del César sobre el empadronamiento. María sabe que «non est potestas nisi a Deo» (Rom. 13,1). Ve a Dios en las prescripciones mosaicas. Ve a Dios también en el César, cuyo yugo no puede soportar el pueblo de Israel (cf. BOURDALOUE, p. 671,A).

III. *Nuestra obediencia. Debe imitar a la de María. Particularmente en lo que a las leyes públicas se refiere. Se precisa formar bien la conciencia en esta materia. No tanto en lo que se refiere a leyes eclesiásticas como civiles. Fácilmente encontramos recursos para no obedecerlas y justificar, además, nuestro proceder.*

A. Las leyes de un poder legítimamente constituído son leyes que, en último término, derivan de Dios (cf. BOURDALOUE, p. 672,a y ss).

B. Si no prescriben algo que vaya contra Dios, hay que obedecerlas.

a) «*Si imperator iubet secundum Deum, obediendum est imperatori tamquam Deo*».

b) «*Si aliud iubet imperator aliud Deus, obediendum est Deo et non imperatori*» (SAN AGUSTÍN). *Estas ideas se ven frecuentemente recomendadas en los documentos de los últimos Pontífices.*

c) *Las leyes públicas exigen, además, la cooperación de todos. El gobernante mediante ellas pretende la consecución del bien común. Sin la obediencia de todos, se haría imposible la consecución de ese fin. El cristiano debe distinguirse. Lo predica San Pablo.*

2

Pureza de la Virgen

I. *Las dos ceremonias legales. Dos ceremonias legales ocurren en la escena del evangelio de hoy. Una se refiere al Hijo y otra a la Madre.*

A. La presentación y oblación del primogénito.

B. La purificación de María Santísima. A ésta hemos de referirnos al hablar de la pureza de la

Virgen ante Dios y ante los hombres (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 610,b,1).

María se purifica ante la ley.

A. Establecía la ley que toda mujer que daba a luz quedaba impura (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, ibíd.). No era impureza espiritual o pecado, sino impureza legal. Había de purificarse antes de reanudar su vida ordinaria.

B. María no había contraído tal impureza porque la concepción y nacimiento de Jesucristo había sido sobrenatural y ella permanecía virgen (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 610,b,2). Sin embargo, se somete a la ley y da ejemplo, a la vez que de obediencia, de profunda humildad.

Se purifica a los ojos de los hombres. Los acontecimientos en torno a la vida de la Virgen y de su divina Maternidad, con ser tan grandes, pasan inadvertidos a los ojos del mundo. Nadie conoce el misterio de la encarnación del Verbo. El mismo José dudó hasta que el ángel le reveló la verdad (Mt. 1,19-24). *A los ojos de los hombres, María es la mujer joven, sencilla y pobre del carpintero José. José y María son los padres de Jesucristo. Si no hubiera subido al templo, como toda mujer, hubiera sido considerada como mala israelita y nunca la hubieran admitido en la vida social por impureza. Tenía que purificarse ante los hombres y lo hace.*

Pureza corporal.

A. La purificación ante la ley y ante los hombres fué solamente exterior y corporal. En el Antiguo Testamento la pureza del cuerpo, la abstención de los placeres carnales, tenía ya su valor espiritual y social a la vez. Siempre el públicamente impuro ha sido despreciado por la sociedad. Hoy, sin embargo, se avergüenzan menos los hombres de ser impuros. A veces, por el contrario, se hace alarde de ello.

B. El cristianismo reclama imperiosamente la pureza del cuerpo. El hombre ha de ser puro porque lo exige su propia razón natural. El cristiano tiene motivos superiores:

a) *Es miembro de Cristo* (cf. HUGO DE SAN VÍCTOR, p. 643). *Su cuerpo es templo del Espíritu Santo: «Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollens ergo membra Christi faciam membra meretricis»* (1 Cor. 6.15).

b) *Ha sido redimido por Cristo. Su cuerpo ha sido rescatado merced al precio de la sangre de Cristo:*

«*Empti enim estis pretio magno*» (1 Cor. 6,20). «*Non corruptilibus auro, vel argento redempti estis... sed pretioso sanguine quasi agni immaculati, Christi*» (1 Petr. 1,18,19). *Por eso, digamos con el apóstol San Pablo:* «*Glorificate et portate Deum in corpore vestro*» (1 Cor. 6,20).

V. *María se purifica a los ojos de Dios.*

A. La purificación de María tiene inapreciable mérito a los ojos de Dios. Con ella el alma de María Santísima adquiere más santidad.

B. La pureza es ausencia de mezcla y de composición. Dios es, en su simplicidad y en su santidad, el puro por esencia. Las cosas son puras en cuanto participan de la pureza de Dios. El santo, «agios», es puro, «sine terra».

C. Los grados de pureza pueden medirse por la ausencia de imperfección y de pecado. Mas también por el contacto y unión con Dios. María no se purifica en el primer caso porque fué inmaculada desde el principio y nunca tuvo la más ligera imperfección (cf. SAN BERNARDO, p. 640,A). Se purifica, en cambio, en el segundo caso.

D. La purificación supone mayor unión con Dios, porque es cumplimiento de su voluntad. A mayor unión con Dios, mayor pureza, mayor santidad. Este crecimiento es posible en María, que, siendo superior a todos los santos desde el primer momento de su concepción, fué creciendo día a día en santidad.

VI. *Qui sanctus est sanctificetur adhuc* (Apoc. 22,11).

A. Mientras se camina por la tierra, el alma es capaz de una pureza y santidad mayor. Las faltas e imperfecciones deben ir eliminándose (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 649,a,b y c). Quizá no siempre sea el mejor medio emplear un procedimiento negativo, con la preocupación constante de las mismas o el excesivo examen.

B. La ascética, que en su primera etapa se encamina a la purificación del alma, puede ser menos eficaz, si no echa mano del procedimiento positivo, más conforme con la naturaleza del hombre. Buscar la unión con Dios en la oración, buscarla en el sacrificio, buscarla en el cumplimiento de su voluntad. Esta unión con Dios llenará el alma de su luz, de su pureza, de su santidad.

3

María, pobre

I. *La pobreza de María.*

A. Escogida por Dios. María presenta la ofrenda de los pobres. Dios ha escogido para su Madre la pobreza, y esto nos basta, según pensamiento muy repetido en los Padres, para entender el aprecio en que Dios tiene a esta virtud. ¿Pero por qué? ¿En qué puede aventajar el no tener al tener? Santo Tomás nos irá indicando el camino.

B. Voluntariamente aceptada. Nótese que siempre que hablemos de ella nos referimos a la pobreza aceptada o buscada, porque la miseria, contra la que se revuelve el pobre impotente, es tan peligrosa como la riqueza, y por ello pedía Salomón (Prov. 30,8) le conservase Dios equidistante de una y de otra (cf. *Sum. Theol.*, 3, q.40, a.1). La pobreza de María era totalmente voluntaria, ya que, acorde siempre con la de Dios, la aceptó del modo más explícito en el «fiat» (Lc. 1,38) al recibir humilde la encarnación y su modo de pobreza, dolor, etc. (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 649,c). Señor, si no llego a desear esta virtud que tú practicaste, haz por lo menos que la acepte, si necesario fuera.

II. *Razones que la hicieron deseable. Esta pobreza actual de María fué deseable por las mismas razones que fué deseable en Cristo, y que señala Santo Tomás* (ibid. in c).

A. Para verse libre de preocupaciones que perturbaran su misión. Cristo Nuestro Señor debió verse libre de todo cuidado de riquezas para poderse entregar totalmente a la predicación, y María Santísima, libre de ellas, pudo dedicarse por completo al cuidado de la palabra divina, sin tener que alternar el de su infancia con otra cosa que con la meditación de sus misterios. María, ajena a toda riqueza que absorbiera su atención, hubiera visto probablemente un estorbo en todo lo que hubiera constituido una mejora de su posición social. ¿Cómo hubiese podido acompañar a su hijo en la predicación cuidando de él con las

otras santas mujeres? Ejemplo nuestro. No permitamos a los negocios seculares que emboten nuestro espíritu. Un remanso de paz al día siquiera, para dedicarlo a Dios.

B. Para conseguir las riquezas eternas mediante la renuncia de las temporales. Cristo Nuestro Señor murió para darnos la vida y padeció pobreza para alcanzarnos las riquezas del espíritu, pues fué ley de redención el que se obtuviera a fuerza de contrastes. María corredentora, asociada a la cruz en el Calvario, se unió a la pobreza durante toda la vida. Este es el valor de la renuncia. Que a quien ofrece lo que humanamente se aprecia más. Dios le corresponde con lo que en el cielo tiene un valor más alto, y al que se desprende de las riquezas temporales, Dios le otorga las eternas.

C. Para que tanto mayor pareciera el triunfo cuanto más pequeños habían parecido sus forjadores. A unos apóstoles pescadores y a un Mesías carpintero correspondía una Madre pobre, y si milagro ha sido que el mundo doble su rodilla ante un crucificado, milagro es también ver a cielos y tierra cantando a aquella en la que Dios se fijó, «quia respexit humilitatem ancillae suae» (Lc. 1,48).

D. Como prueba de temor y amoroso respeto filial a Dios. Pero hay todavía otra razón más honda y general. La pobreza, según Santo Tomás, se deriva de las mismas entrañas del temor filial de Dios (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, o.19, a.12 in c). Este temor, respeto amoroso en realidad, sujeta al hombre totalmente a Dios. ¿Habrá habido alma más sujeta a su Creador que María? Y cuanto más se entrega el alma y se coloca a los pies de Dios, más deja de buscar en sí misma o en lo terreno su bienestar (cf. SAN GREGORIO MAGNO, p. 637,c). Soberbia, honores y riquezas son las flores del camino que no merecen ni llamar siquiera su atención. Y lógicamente María despreció los honores de los palacios de Jerusalén como despreció las comodidades que pudiera reportarle una situación más desahogada. La meditación primero y el cuidado de su Hijo después le bastaron.

III. *Conclusión. Las riquezas, deseables en cuanto conduzcan a Dios. Mirando, pues, a María, encuentra el pobre el camino fácil del cielo; advierte el rico las dificultades que se atraviesan para llegar a él y aprendemos todos la lección de desprendimiento, que puede*

resumirse en una frase ignaciana: En tanto quiero y deseo los bienes de este mundo en cuanto que puedan llevarme a Dios. Y, ¡ay!, es tan difícil e ilusorio que las riquezas me sirvan para ello...

4

Simeón, justo

I. *Simeón, justo.*
   A. Según el original hebreo, «pío, santo, religioso» (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 611,6). Con esta palabra «iustus», según modernos comentaristas, se designa al que es justo no de una manera general, sino al que guarda todo aquello que se refiere a Dios con la máxima reverencia y religión (Knabenbauer).
   B. Para apreciar la grandeza y santidad del alma del anciano Simeón, nada mejor que examinar el significado de la palabra «justo» a la luz de las Sagradas Letras.

II. *El justo en la Sagrada Escritura. El Antiguo Testamento, principalmente en los Salmos y en los libros sapienciales, canta la grandeza del varón justo.*
   A. «Non abiit in consilio impiorum»... «In via peccatorum non stetit»... «In cathedra pestilentiae non sedit» (Ps. 1,1). La primera característica del justo es la limpieza y ausencia de pecado, el alejamiento de las ocasiones, peligros, compañías y consejos que pueden manchar el alma.
   B. «In lege Domini voluntas eius» (Ps. 1,2). He aquí el elemento positivo. La voluntad del justo está en la ley de Dios, en su voluntad santa. Justo, es decir, ajustado perfectamente a Dios (cf. San Francisco de Sales, p. 661,c). El justo en esta vida vive unido con Dios. «Lex Dei eius in corde ipsius et non supplantabuntur gressus eius» (Ps. 36,31).
   C. El justo es hombre de oración: «In lege eius meditabitur die ac nocte» (Ps. 1,2). «In conspectu Altissimi deprecabitur» (Eccli. 39,6).
   D. Es hombre de vigilancia: «Iustus cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum qui fecit illum» (Eccli. 39,6).
   E. El justo es un hombre especialmente amado y gobernado por Dios; «Iustum deduxit per vias rec-

tas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum; honestavit illum in laboribus et complevit labores illius» (Sap. 10,10). «Honestum fecit illum». «Custodivit eum ab inimicis et a seductoribus tutavit illum» (ibid. 11-12). «Iustorum animae in manu Dei sunt» (Sap. 3,1).

III. *El justo en esta vida.*

A. A los ojos del mundo. El mundo se ríe del justo, le desprecia y le tiene por fatuo: «Videbunt et contemnent eum» (Sap. 4,18). «Deridetur mundi simplicitas quia ab huius mundi sapientibus puritatis virtus fatuitas creditur» (cf. San Gregorio Magno, *Moral.*, 1,10, c. 16 in c. Job).

B. A los ojos de Dios. Quizá Dios le envíe sufrimientos, tribulaciones y pruebas, porque «el Señor a quien ama le reprende» (Hebr. 12,6). Mas ante sus ojos el justo: «Explevit tempora multa. Placita enim erat Deo anima illius» (Sap. 4,13-14). «Fructum suum dabit in tempore suo. Et folium eius non defluet: et omnia quaecumque faciet, prosperabuntur» (Ps. 1,3). «Iustus ut palma florebit: sicut cedrus Libani multiplicabitur» (Ps. 91,13). «Oculi Domini super iustos et aures eius in preces eorum. Vultus autem Domini super facientes mala ut perdat de terra memoriam eorum» (Ps. 33,16-17). «Clamaverunt iusti et Dominus exaudivit eos; et ex omnibus tribulationibus eorum liberavit eos» (ibid. 18).

IV. *El justo en la otra vida.*

A. «Non tanget illos tormentum mortis» (Sap. 3,1)... «Sunt in pace»... (ibid. 3). «Si morte praeoccupatus fuerit, in refrigerio erit» (Sap. 4,7).

B. El pecador, en cambio, el que en esta vida se ríe del justo: «non resurgent impii in iudicio, neque peccatores in concilio iustorum» (Ps. 1,5) «Erunt... decidentes sine honore et in contumelia inter mortuos in perpetuum» (Sap. 4,19). «Erunt gementes et memoria illorum peribit» (ibid.).

C. El pecador reconocerá que el justo tenía razón en esta vida: «Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam et finem illorum sine honore; ecce quomodo computati sunt inter filios Dei et inter sanctos sors illorum est» (Sap. 5,4-5).

V. *El canto del justo en esta vida. Puede, si se quiere, comentarse o simplemente decir el salmo* 117 *o el* 22. *Cualquiera de ellos muestra la felicidad interior del justo y cómo vive en Dios y Dios en él.*

VI. *La figura de Job. No es necesario, pero se pueden confirmar las anteriores ideas, dándoles más vida y haciendo que se graben mejor, con lo que la Sagrada Escritura dice acerca de Job.*

VII. *Simeón, «vir iustus». Frente al esplendor y fasto del Imperio romano en los días del anciano Simeón y al de muchos hombres grandes que viven llenos de riqueza y poderío, la vida de Simeón fué oculta e inadvertida* (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 649,c). *Pero Dios se fijó en él porque era justo; premió su virtud con la presencia del Mesías y ha pasado a la historia, porque el Espíritu Santo ha hecho de él el mayor de los elogios: «vir iustus».*

5

Simeón, hombre temeroso de Dios

I. *El temor de Dios, principio de la sabiduría.*

A. Simeón era un hombre temeroso de Dios.

B. Los protestantes y el temor de Dios. A veces parece como si se menospreciara la palabra «temor de Dios». Los protestantes llegaron a calumniarla incluyéndola entre los pecados.

C. El temor de Dios y la Escritura. Sin embargo, el lenguaje cristiano sigue considerando triste la situación del que «no tiene temor de Dios». Y la Sagrada Escritura la alaba e inculca repetidas veces: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios» (Prov. 1,7 y 9,10).

II. *Características del temor de Dios.*

A. El temor de Dios no es el miedo del esclavo, ni el del animal ante el látigo de su dueño, que se mueven no por obediencia ni odio del mal, sino exclusivamente por el daño del castigo.

B. Es el razonable temor ante un juez justo.

a) *Dios lo es y, por lo tanto, tiene derecho a ese temor saludable.*

b) *Dios lo exige e inculca, anunciando sus castigos: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el cuerpo y el alma en la gehenna»* (Mt. 10,28).

c) *Ese temor es sano incluso para reforzar los motivos del amor de Dios, dada nuestra fragilidad e inconstancia. «Si del amor del Señor eterno me olvi-*

dare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado» (cf. *Obras completas de San Ignacio de Loyola. Ejerc. esp.*: BAC, p. 174, 2.º preámbulo).

d) *Inclusive sirve, unido a la absolución sacerdotal, para obtener el perdón.*

C. Debe llegar a ser un temor filial. Esto es, un amor respetuoso del hijo que teme ofender a su padre (cf. SAN FRANCISCO DE SALES, p. 661,c).

a) *Amoroso de afectos y de obras.*
b) *Respetuoso. El amor no excluye el respeto. Se ama a los padres, a los superiores, a Dios.*
c) *Deseoso de no ofender al que ama y de merecer su premio y no su castigo.*

III. *Conclusión.*

A. Dios Padre, Señor y Juez. En la familia divina de que formamos parte por adopción, Dios es el Padre, el Señor, el Juez y el Castigador. El respeto que se debe a Dios, el amor al padre, la obediencia al señor, el acatamiento del juez y el temor al castigo y a verse arrojado de esa familia, todo ello unido constituye el temor filial de Dios.

B. Nuestra vida cristiana nos hace practicar continuamente ese temor proponiendo juntas las verdades capaces de producir tal mezcla de afectos.

a) *Porque le llamamos «Jesús», pero repetimos a la vez: «Que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos».*
b) *Le adoramos escondido en el sagrario, pero le rezamos el credo, diciendo: «Está sentado a la diestra de Dios Padre».*
c) *Cantamos: «Se encarnó por nosotros hombres», pero antes hemos ensalzado al «Hacedor del cielo y de la tierra».*
d) *En resumen: Abrimos el sagrario y nuestro himno dice: «A tan grande sacramento venerémosle inclinados».*

6

Ver a Cristo en los brazos del Padre

I. *La esperanza del padre cristiano. Simeón ve cumplida la esperanza de su vida al contemplar a Cristo en sus brazos. La esperanza del padre cristiano tiene como meta ver a Cristo formado en sus hijos.*

A. Dios le asoció a la obra de poblar el mundo. El padre de familia ha sido también asociado por Dios a su obra de poblar el mundo de hombres

y el cielo de santos. Dios pudo realizar una y otra cosa directamente, pero prefirió pedir la cooperación de los padres para ello.

B. De donde identidad de fines. Si, pues, el padre es un asociado de Dios, debe proponerse los mismos fines que éste.

a) *Hijos a imagen de Dios. El fin de Dios, al crear al hombre, fué formarle a imagen y semejanza suya. Luego el fin del padre debe ser formar la imagen de Dios en sus hijos. ¡Notable dignidad de la paternidad humana, destinada no a reproducir su propia especie, sino los hijos adoptivos de Dios!*

b) *Formar a Cristo en los hijos. Pero en la actual economía estos designios divinos han sido concretados en Cristo. Cristo es la Idea de todo lo creado, y aquella imagen de Dios que deben reproducir los hombres se realiza hoy cuando reproducen a Cristo. Luego el designio de Dios y la esperanza del padre debe ser formar a Cristo en sus hijos.*

II. *Su realización.*

A. La obra empieza en el bautismo. Cuando el padre recibe a su hijo de las manos del padrino, recibe a otro Cristo. En él se encierra la vida divina creada en todo según el mismo Cristo.

B. Continúa en la educación. Pero esa vida ha de ser preservada y desarrollada. Como la misma vida física, el ideal del padre es defender la vida de Cristo injertada en su hijo de todo influjo exterior incompatible con ella y que pudiera ahogarla. Educar, además, sus pensamientos, sus deseos y amores para que sean los pensamientos, amores y deseos según Cristo.

C. La misión cumplida.

a) *«Nunc dimittis». Cumplida su labor, levantando a su hijo al cielo entre sus brazos, podrá cantar el «nunc dimittis». Ha visto a Cristo en ellos. Su esperanza y su misión están cumplidas* (cf. SAN FRANCISCO DE SALES, p. 661,c).

b) *El ejemplo de Santa Mónica. ¿Cuál será entonces su muerte? Mónica llora la vida airada de su hijo. Sus oraciones arrancan a Dios la gracia necesaria para llevarlo de la disipación sensual y filosófica a la santidad. Ha conseguido ver formado a Cristo en Agustín. En cierta ocasión conversa con su hijo en Ostia Tiberina. «Inquiriamos los dos delante de la verdad presente, que eres Tú, cuál sería la vida eterna de los santos»* (cf. *Confes.*, l. 9, c. 10: BAC, t. 2, p. 685). *Cinco días después muere Santa Mónica. San Agustín, junto a ella, la oye decir: «Solamente os ruego que os acordéis de mí ante el altar del Señor»* (ibíd. c. 11: BAC 689). *La esperanza de Mónica se vió cumplida en la tierra y su muerte no fué sino el paso para verla cumplida en el cielo* (cf. sec. 7.ª, p. 709,IV).

7

La esperanza

I. *Un mundo triste. Característica del mundo moderno es la enfermedad del pesimismo.*

A. Los pontífices lo han expresado varias veces con distintas frases: «negro pesimismo entristece el mundo» (León XIII). «La ceniza del tedio cubre los corazones» (León XIII). «Melancolía enfermiza debilita las almas» (Pío XII).

B. El mundo moderno se halla triste porque ha perdido la esperanza. Puso la esperanza en los bienes de la tierra, y los desastres de las dos grandes guerras y de las revoluciones sociales le han mostrado que era vana su esperanza.

II. *Tres posiciones ante la vida: La filosofía de la vida se sintetiza en tres escuelas.*

A. Epicúreos: Placeres sensuales. Su fórmula: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» (Is. 22,13).

B. Estoicos: Pesimismo de la vida, nacido de la pasión triste de la soberbia. Su fórmula: «Caram te habeo vitam beneficio mortis» (cf. Séneca, *De benefic.*, l. 2.)

C. Cristiana: Explica, interpreta, ordena, unifica, eleva y alegra la vida. Fórmula agustiniana: «Vita nostra modo spes est, postea gloria erit». «Vita vitae mortalis spes est vitae immortalis» (cf. San Agust., *Serm.* 157: BAC, t. 7, p. 742). La esperanza es el eje de la vida: «eriguntur in spem» (Concilio de Trento). La esperanza nos engendra a vida nueva: «regeneravit nos in spem vivam» (1 Petr. 1,3).

III. *La esperanza.*

A. Esperanza verdadera: La virtud de la esperanza es necesaria para la vida (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 611,8). La virtud de la esperanza ilumina, alegra, eleva y dignifica la vida. Lo que diferencia el espíritu juvenil del espíritu caduco, es, en el fondo, la virtud de la esperanza. Es caduco el hombre, aunque tenga cortos años, que arrastra una cadena de esperanzas fallidas, acaso de remordimientos. Es joven el hombre que siempre

tiene una esperanza que realizar. Mas es preciso que la esperanza nos ofrezca un bien tal que sea capaz de llenar la vida. La verdadera esperanza nos ofrece la felicidad. En una palabra, es necesario que la esperanza sea verdadera.

B. La esperanza, virtud teologal.

a) *Nos une a Dios. «La esperanza nos une a Dios, en cuanto que es el principio de nuestra dicha»* (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, q.17, a.1 ad 1).

b) *Tiene como objeto nuestra felicidad eterna. «La esperanza tiene como objeto nuestra felicidad eterna como último fin, y la gracia en esta vida como medio que nos conduce al fin»* (cf. ibid. 1-2, q.69 a.2 ad 1). *«El propio principal objeto de la virtud de la esperanza es la felicidad eterna; el objeto secundario son todos los demás bienes de este mundo, en cuanto ordenados a ella»* (cf. ibíd. 2-2, q.17, a.2).

C. El fundamento de nuestra esperanza es la vida futura. Es la certeza de nuestra resurrección. Nuestra esperanza se basa en nuestra fe. Pablo espera resucitar porque resucitó Cristo. «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, aun estáis en vuestros pecados». «Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres» (1 Cor. 15,17-19).

D. La esperanza, fuente de alegría cristiana. La esperanza es el secreto manantial de donde brotan las aguas que desbordan el corazón de Pablo: «Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra» (1 Cor. 7,4). Pablo pide a los romanos que vivan siempre gozosos, pero gozosos en su esperanza: «Spe gaudentes» (Rom. 12,12). No lloréis... La verdadera esperanza es incompatible con las lágrimas. El verdadero cristiano no debe conocer el lloro. San Pablo dice: «No os aflijáis como los demás que no tienen esperanza» (1 Thes. 4.13). «Pues si nosotros—añade—creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que se durmieron con El» (ibíd. 4,14).

E. La esperanza, ancla de la vida: Es la virtud más fuerte. San Pablo llama a la esperanza «firme áncora de nuestra alma» (Hebr. 6,19). «Tenemos (la esperanza) como segura y firme áncora de nuestra alma y que penetra hasta detrás del velo» (ibíd.). Es la que sostiene, estabiliza y asegura nuestra alma.

a) *Las inquietudes del mundo. Porque la inestabilidad e inquietud, los cambios continuos de la vida, este fluir de los hechos y de los acontecimientos, es comparable a la agitación perpetua de las aguas del*

mar. Y nuestra alma, que desea, cual el mayor de los bienes, el reposo y la tranquilidad, sufre de verse agitada y arrastrada por continuas y encontradas corrientes. Gozar de un reposo perfecto en esta vida es imposible. Los sucesos exteriores agitarán, turbarán siempre más o menos nuestra alma. A veces las olas más agitadas la zarandearán, cual la mar una barquilla ligera.

b) *La esperanza, garantía de paz. Pero no logrará arrastrarla a su capricho, porque hay un punto fijo en la vida que limita, por así decirlo, las fuerzas extrañas de los enemigos que nos combaten, y es nuestra esperanza; de la misma forma que la nave que está anclada no puede ser arrastrada sino hasta cierta distancia y vuelve de nuevo a ocupar su primitiva posición. El ancla de nuestra vida es el bien inconmutable y eterno, al cual estamos sujetos, y la parte más noble de nuestra alma permanecerá fija en él por grandes que sean las tempestades desatadas en nuestro mundo inferior.*

IV. *Conclusiones:*

A. Pidamos a Dios la virtud de la esperanza. Por ser virtud teologal desciende del cielo.

B. Y pongamos los medios para mantener la vida en nosotros.

a) *Sea el primero no poner la esperanza de nuestra felicidad en las cosas de la tierra. Una de las hijas de la lujuria es, precisamente, la muerte de la esperanza. Y hasta el odio de la vida eterna. Dijérase que el hombre animal no quiere oír hablar de gozos espirituales, incompatibles con sus groseros placeres.*

b) *Alimentemos la esperanza por la palabra de Dios. Oyendo la palabra divina, leyendo a autores espirituales y, sobre todo, releyendo a diario el Nuevo Testamento, y, principalmente, el Evangelio.*

c) *Alimentemos nuestra esperanza por la oración, porque la oración nos eleva a Dios Nuestro Señor, nos le hace sentir, y a veces nos anticipa una parte de la paz y del gozo que nos espera en la otra vida.*

d) *Alimentemos nuestra esperanza por el sacramento de la penitencia y por la comunión. La comunión aviva en nosotros la caridad. La caridad excita en nosotros el deseo de poseer a Dios Nuestro Señor.*

8

Esperanza y confianza

I. *Dos virtudes distintas. Esperanza y confianza son dos virtudes distintas.*

A. Por la esperanza nos unimos a Dios como principio de la bienaventuranza eterna.

B. Por la confianza sabemos de cierto que Dios nos concede los medios para alcanzar nuestro sumo bien.

II. *La confianza.*

A. Sus efectos. La confianza, que se reduce a la virtud de la esperanza, tiene como objeto último el medio que nos conduce a la vida eterna; pero tiene como objeto mediato los bienes de este mundo, en cuanto están ordenados al último bien. Por la confianza sabemos que Dios Nuestro Señor nos concederá todo cuanto le pidamos si es conveniente para nuestra salud espiritual. La confianza produce en el alma:

a) *Paz: «Me acostaba y dormía y despertaba incólume porque Yavé me defendía»* (Ps. 3,6).
b) *Estabilidad: «Los que confían en Yavé son como el monte de Sión»* (Ps. 124,1).
c) *Santa audacia: «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?»* (Rom. 8,31).

B. Sus fundamentos:

a) *Nuestra debilidad. La confianza es virtud de hombres humildes. En el primer momento nos sentimos paralíticos. Hasta buscamos el concurso de nuestros hermanos para que nos ayuden a acercarnos a Dios. Es decir, no confiamos en nosotros. Confiamos en Dios y en las oraciones del prójimo. Nos gloriamos de nuestros mismos fracasos. «Gloriabor in infirmitatibus meis* (2 Cor. 12,9).
b) *La paternidad divina. Tenemos un padre que por ser Dios es omnipotente y por ser padre es infinitamente misericordioso. La Iglesia pone constantemente en boca de sus sacerdotes «omnipotens et misericors Deus», como entrada de las oraciones de petición. Los lemas de la virtud son: nosotros solos nada podemos. «Sine me nihil potestis facere»* (Io. 15,5). *En El lo podemos todo. «Omnia possum in eo qui me confortat»* (Phil. 4,13).

C. La confianza, virtud de santos.

a) *Niños omnipotentes. La unión de los sentimientos de nuestra nada y de la omnipotente misericordia de Dios engendra en las almas santas el dulce abandono en los brazos del Señor. Bellísima personificación de esta espiritualidad ha sido en los tiempos modernos Santa Teresita del Niño Jesús. Ella hizo antorcha de su vida las siguientes palabras de Isaías* (66,13): *«Como consuela una madre a su hijo, así os consolaré yo a vosotros y seréis por Jerusalén consolados».*
b) *Varones fuertes. La espiritualidad de la confianza y del santo abandono no es sólo de santos niños, es de todos los santos. Ha brillado en la Iglesia en varones de una grandeza y fortaleza humanas abrumadoras.*

1. David. ¿Qué figura más varonil, fuerte y valiente que la de David? ¿Qué hazañas com-

parables a las suyas? Desde su aparición en escena, niño rubicundo y de bello rostro, vestido de pastor, con su honda y sus cinco piedras, para vencer a Goliat (1 Reg. 17,20-32). En el decurso de toda la vida, David es verdaderamente grande. Por serlo, hasta en el pecado lo es. Y lo es todavía más en la penitencia, a la cual puede aplicarse la frase de San Agustín: «no es arrullo de paloma, sino rugido de león». El enérgico «Miserere» es, en efecto, el más brillante y vigoroso canto del pecador arrepentido (Ps. 50,6-24). David en la expresión de su confianza se anticipa a Santa Teresita. El salmo 131, que la crítica moderna sigue admitiendo como de David, es una perla del Salterio—como dice Ritter—. Es breve. Parece que lo escribió David ya anciano. Dice así: «No se ensoberbeció, ¡oh Yavé!, mi corazón, no son altaneros mis ojos ni querrán alimentar las grandezas; ni quiero para mí cosas demasiado altas; antes he reprimido mis deseos; y como niño destetado de la madre, así reposé yo en tu seno.»

2. La fórmula ignaciana. Los hombres de confianza son los hombres de las grandes obras. Por desconfiar de sí, confían en Dios. Acometen grandes obras, porque todo lo puede la omnipotencia divina. Su fórmula de acción es la de San Ignacio: Poner de nuestra parte todo el esfuerzo posible, cual si todo el éxito de la obra dependiera de nosotros. Poner toda nuestra confianza en Dios Nuestro Señor, como si a El solo estuviera reservada la realización de la empresa (cf. *Obras completas de San Ignacio de Loyola:* BAC, p. 933).
3. La confianza en los Salmos. El libro sagrado de la confianza en Dios es el libro de los Salmos. Los escrituristas modernos—Calés, S. I.—señalan diecinueve salmos dedicados principalmente a cantar la confianza en Dios. Los versículos sueltos sobre la confianza son innumerables en el Salterio.
4. El testamento de Jesucristo. Jesucristo nos dejó como testamento la seguridad de su asistencia divina. Nos pidió que tuviéramos confianza en El. ¿Cuáles son nuestros mayores enemigos? El mundo y el demonio. Jesucristo, en el sermón de la Cena, anticipó a sus discípulos la victoria obtenida por su auxilio invencible. «El príncipe de este mundo ya está juzgado» (Io. 16,11). «Confiad, yo he vencido al mundo» (Io. 16,33).

III. *Conclusión: «Confidite». Confiad todos en el Señor. Confiad, especialmente, vosotros los pecadores. Confiad los que sentís aminorarse y amortiguarse vuestra fe. Confiad los que, oprimidos por vuestros pecados y por vuestros malos hábitos, os sentís incapaces de dar un paso hacia Jesucristo. Confiad también vosotros en las oraciones de vuestros hermanos. Ellos son los que, como los amigos del paralítico, os conducen a la presencia de Jesús. Confiad todos en la misericordia*

infinita de Dios Nuestro Señor. Confiad, porque nada es imposible para la omnipotencia de vuestro Padre.

9

Esperanza y vida temporal

I. *Fecundidad de la esperanza. Si la esperanza nos hace vivir anticipadamente la gloria, parece que debe ser virtud reñida con el trabajo, con el progreso y con la civilización. La esperanza nos aparta demasiado de las cosas de este mundo. Al despreciar los bienes de la tierra, mata en nosotros el estímulo del trabajo, cuyo motor es el producir y gozar de las riquezas. Tal es un concepto superficial, equivocadísimo, falso, de la verdadera esperanza cristiana, la cual es virtud fecundísima.*

II. *Ver a Cristo. Simeón vivió con la esperanza de ver a Cristo en esta vida. El cristiano debe vivir también con la esperanza de ver a Cristo en ella. Tal fué la esperanza de Simeón. Tal debe ser la de todo verdadero cristiano.*

A. En nosotros mismos. Ver a Cristo en nosotros. Conformarnos nosotros con Cristo. Ser otros Cristos. Acercarnos cada día más a El. Poder exclamar con San Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2,20).

B. En los demás. Nuestra vida, consagrada a formar a Cristo en los demás, a edificar a Cristo. Todas las cosas «para la perfección consumada de los santos» (Eph. 4,12). Y en otra parte: «Cada uno cuide de complacer al prójimo para su bien, para su edificación» (Rom. 15,2). Toda nuestra vida para edificar el Cuerpo Místico de Cristo. Esta idea fecundísima se aplica a todos los estados.

a) *Cristo en el esposo. Si el marido ha de amar a la mujer como Cristo a la Esposa, ha de procurar que ella se presente ante los ojos de Dios como Cristo presentará la Esposa al Padre, «sin mancha o arruga, o cosa semejante, sino santa e intachable»* (Eph. 5,27). *Es decir, deseará ver a Cristo en su esposa. La esposa debe ser palabra viva en el hogar para edificar a su esposo con sus virtudes, ganándole por el ejemplo de su vida* (1 Petr. 3,1).

b) *Cristo en los hijos. El ideal del padre cristiano debe ser ver a Cristo formado en sus hijos. Ejemplo insigne de Santa Mónica* (cf. SAN AGUSTÍN, *Confes.*, l. 9, c. 10 y ss: BAC, t. 2, p. 689-691). *Una*

vez que Agustín se hizo cristiano, ya ella consideraba llegado el final de su vida. Cantó el «nunc dimittis». Ya había visto a Cristo en su hijo Agustín (cf. sec. 7.ª, IV, p. 709).

c) *El ideal del sacerdote: engendrar hijos para Cristo. «Quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis»* (Gal. 4,19).

d) *El ideal del hombre público debe ser: formar a Cristo en la sociedad. Trabajar por la constitución cristiana del Estado. Procurar el triunfo de la justicia social.*

III. *Cristo por toda la eternidad. Concebida así la vida cristiana, la esperanza permanece hasta la hora de la muerte. Realizada aquí la esperanza de formar a Cristo en nosotros y en los demás, nos acercamos a la hora suprema con la esperanza de encontrarnos con Cristo. Dejamos aquí a Cristo formado en sus miembros y nos encontramos de la otra parte de la vertiente de la vida con nuestra Cabeza, que es Cristo. Mantenemos todo nuestro vigor hasta la última hora. Y cuando comienzan a apagarse las luces de la tierra, se perciben los primeros resplandores de la luz indeficiente de la gloria. El mismo Pablo, que engendraba hijos para Cristo, exclamaba: «Coarctor... desiderium habens dissolvi et esse cum Christo»* (Phil, 1,23). *En la madurez de su vida espiritual, Pablo no sabe qué elegir. «Quedarme aquí es mejor para vosotros; morir es mejor para mí»* (ibid. 1,23-24). *Para Pablo, que deja en la tierra tantas lámparas encendidas por la palabra de Cristo* (Phil, 2,15-16), *es la brillante corona de gloria que Cristo, justo juez, va a poner sobre su cabeza* (2 Tim. 4,8) *para que resplandezca por toda la eternidad.*

10

Signo de contradicción en nuestros días

I. *Signo de contradicción. Señal que será contradecida* (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 614,20). *La profecía se ha verificado en todos los siglos de la historia* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 632, B y ss), *pero nunca con la extensión e intensidad de nuestros tiempos. Voltaire es el alférez que rompe filas. Lenin, la consecuencia lógica, completa y sangrienta. Estudiemos sus pasos hasta llegar al estado actual.*

II. *De Voltaire al comunismo contemporáneo.*

A. El siglo XVIII. Hasta ese momento los heresiarcas niegan uno u otro dogma, los poderes humanos se rebelan contra una u otra autoridad. En el siglo XVIII comienza lo que pudiéramos llamar rebelión total. Se negará absolutamente todo.

a) *Voltaire. Deísta. Admite la existencia de Dios, pero lo relega a un cielo solitario, indiferente al mundo y sin intervenir en él. Reniega de Cristo. No admite su revelación, ni su ley, ni aun quizás siquiera su santidad personal. Sus discípulos los enciclopedistas van más lejos. Están dispuestos a entronizar a la diosa razón en los templos del Altísimo.*

b) *El agnosticismo alemán. Kant arroja la semilla que después fructifica tristemente en casi todos los sistemas europeos. No se rechaza sólo a Cristo, sino a todo lo sobrenatural. ¿Sabemos acaso si Dios existe?*

c) *El laicismo liberal. Prescindamos de Dios en el Estado.*

d) *Socialismo. Continúa sacando consecuencias: ateismo y materialismo*

B. El siglo XX. Lucha total. Negación absoluta.

a) *Negación dogmática. Salvo contadas excepciones, el mundo está dividido en dos bandos.*

1. El bando que defiende la que llaman «civilización cristiana», pero que o se demuestra oficialmente laico en sus constituciones, o rechaza la enseñanza religiosa en sus escuelas estatales. Es el bando que indulgentemente podemos llamar «indiferente».
2. El bando opuesto tiene un dios, Lenin, y un lema religioso: educar a la juventud sin Dios.

b) *Negación moral. El vicio no sólo se practica, se defiende. Los principios morales carecen de base sólida, apoyados en una filosofía agnóstica o atea. Si conviene defender la familia, se defenderá. Si conviene disminuir la población, se la atacará oficial y organizadamente en su misma esencia.*

1. Vicio explotado publicitariamente.
2. Aborto estatificado: Japón, India.
3. Divorcio justificado: Estados Unidos. Inglaterra.
4. Fidelidad en los pactos, cosa irrisoria por inútil: Rusia. ¿A qué seguir?

c) *Negación política. Tardó algo más en abrirse paso, hasta que la Revolución francesa inauguró las nuevas normas, que el liberalismo predicó durante un siglo. Estado laico, Estado ateo, Estado perseguidor. ¿Cuántos Estados caen fuera de esta triste división?*

d) *Persecución organizada y sangrienta.*

1. Estamos quizás ya tan acostumbrados a ella, que es muy posible que no nos demos cuenta de que en estos últimos decenios el número de mártires es, sin duda, mayor que en el tiempo de las persecuciones romanas.
2. Sólo desde el año de 1917 Rusia, Méjico, Tailandia, España y hoy esa inmensa región que va desde las riberas del Danubio hasta las orillas

del mar Pacífico han sido jardines de martirio y campos de contradicción.

III. *Conclusión.*

A. Para los apologistas de los primeros siglos, la cruz de Cristo era un fuerte motivo que robustecía su fe, porque en ella veían el cumplimiento de las profecías que le habían anunciado.

B. La contradicción actual, más honda y extensa que nunca, debe afirmar también la nuestra.

C. Y los que vivimos tranquilos sintiendo en nosotros la unidad de la caridad cristiana debemos recordar a los hermanos que sufren, y dirigiendo nuestra mirada a Cristo repetir una y otra vez su oración: «Venga a nos el tu reino».

11

Los dolores de María

I. *La presentación en el templo y el problema del dolor.*

A. La presentación del Niño Jesús y la profecía de Simeón abren el pórtico doloroso de la vida de la Santísima Virgen (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 614,20).

B. Un contraste inevitable. Forma un verdadero contraste con nuestra tendencia natural a la felicidad y a rehuir todo dolor el que nuestra religión nos presente presidiendo los altares a un Crucificado, y a sus pies, como devoción principal, una «Madre dolorosa».

C. El problema del dolor, irresoluble fuera de la filosofía cristiana. Es que el dolor es problema que han intentado en vano resolver todas las filosofías no cristianas. Para unos ha sido un mal que evitar a toda costa; para otros un mal que padecer con el mayor estoicismo, considerándolo inevitable, como el vestido lleno de espinas, que, llevado sin moverse, se puede tolerar, pero que al revolverse dentro de él, se clavan todas.

II. *Un defecto natural del hombre, convertido en bien por la religión católica. Nuestra religión, en cambio, ha sabido convertir en bien lo que indiscutiblemente es un defecto de nuestra naturaleza. Para darnos cuenta de ello bastaría con observar que el corazón amante de un Dios ha escogido para su Madre una vía dolorosa, que comienza con la profecía de Simeón*

y termina en aquellos tres días de soledad después del Viernes Santo.

A. El dolor es un bien restaurador.

a) *El hombre seducido por el placer. La naturaleza, elevada a situaciones de privilegio por el Creador, cayó, borrando cuanto había en ella de divino y recibiendo la forma de condenada. ¿Por qué? Porque el placer sedujo la voluntad del hombre, hasta inducirle a robar el honor de Dios.*

b) *El dolor como satisfacción y tributo a Dios.. Camino natural es, por lo tanto, devolver a Dios lo que le hemos negado, seguir el contrario y encontrar en el dolor, en la negación de nuestra felicidad momentánea, el obsequio que mejor demuestre a Dios nuestro cambio de voluntad* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 618,c). *Por eso podemos ver al Hombre Cabeza de la humanidad satisfaciendo y tributando a Dios el sacrificio de honores máximos en una cruz. El sufrimiento del Hombre Dios restauró lo que el placer del hombre pecador había arruinado* (cf. SAN AGUSTÍN, p. 627,b y 628,c y d). *Y María, sin pecado personal, se asocia durante toda su vida en ese honrar a Dios mediante el sufrimiento* (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, p. 645,B).

c) *El dolor, voluntariamente aceptado como penitencia* (cf. sec. 7.ª, p. 712,VI). *¿Y tú, hombre? ¿No has pecado? En esos dolores aceptados, ya que no buscados, puedes encontrar la penitencia que desagravie a Dios y te devuelva la gracia* (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 649,e). *¿Por qué los desperdicias?*

B. El dolor es un bien purificador.

a) *Porque nos limpia del apego a las criaturas. No sólo para purgar las penas merecidas, sino para limpiar al alma de ese polvo que impide la penetración de la luz divina* (cf. SANTO TOMÁS, p. 646,c). *Ese polvo, ese lastre, es nuestro apego a las criaturas, que no nos dejan subir con impulso decidido a Dios* (cf. RIBADENEIRA, p. 657,a).

b) *El dolor de María Santísima y la gracia. María estuvo unida siempre a El íntimamente* (cf. TERRIEN, p. 678,A y ss), *pero sus dolores la fueron haciendo crecer en gracia hasta el punto que los ángeles al verla se preguntaban: «¿Quién es esta que se alza como aurora, hermosa cual la luna, espléndida como el sol, terrible como escuadrón ordenado en batalla?»* (Cant. 6,9).

c) *O tristeza inútil o aceptación purificadora. ¿Un medio fácil de santidad? Aprovechad los dolores para desprenderos de las criaturas* (cf. SANTO TOMÁS, ibíd.). *En la felicidad es muy fácil olvidarse de Dios. En el dolor aprendemos lo deleznable que es todo bien perecedero y lo suave del recurso al Bien de los bienes. O tristeza inútil o aceptación purificadora. Esa es la disyuntiva.*

C. El dolor es la prueba del amor (cf. RIBADENEIRA, p. 656,b).

a) *En cuanto que es aceptación de la voluntad del ser amado. Dos voluntades que se aman tienen un mis-*

mo querer, y tanto más se demuestra éste cuanto más difícil sea de aceptar lo que quiere el amado. Así, pues, mi amor a Dios se demuestra cuando acepto su voluntad, y se demuestra hasta lo sumo, cuando acepto lo que más me repugna, los dolores que me envía.

b) *La oración del Señor en el huerto y la de María en el templo. La oración del mayor amor del Hijo a su Padre fué la del huerto: «Hágase tu voluntad y no la mía»* (Lc. 22,42). *La de María fué en el templo, cuando, después de oír la profecía de Simeón, ofreció su Hijo al Padre aceptando la cruz* (cf. BOURDALOUE, p. 674,a).

III. *El camino del dolor, camino de santificación. ¿Queréis santificaros rápidamente? Buscad sólo la voluntad de Dios, y estad seguros que, si vuestra santidad es sincera, Dios os la premiará santificándoos más* (cf. sec. 7.ª, p. 713,VII). *¿Cómo? Por el camino que ha escogido para todos sus santos desde María Santísima, ¡por el camino del dolor!* (cf. FABER, p. 675.A). *Y si un día te parece dura la navegación en medio del sufrimiento, no tienes sino repetir la invocación de San Bernardo: «¡Mira a la estrella, llama a María!»* (cf. *Hom.* 2 *sobre el «Missus est»*, en BAC, SAN BERNARDO, *Obras selectas*, p. 536,17).

12

Bienes de la tribulación

I. *La antítesis del dolor.*

A. Se ha llamado a nuestra religión la religión de las antítesis, y realmente abunda en ellas, efecto de la también antitética composición del hombre, con tendencias hacia el barro y hacia el ángel. Una de las más fuertes es la del dolor.

B. Que repugnamos la tribulación es evidente y esencial a ella. Sin embargo, en cuanto María presenta su ofrenda a Dios en el templo, recibe como galardón la profecía que amargará su vida (cf. FABER, p. 676,a). Cuando San Pedro quiere disuadir al Señor de su voluntad de cruz (cf. SAN AGUSTÍN, p. 627,2) es increpado con el nombre de «Satanás» (Mt. 16,23). Y a todos nos es inevitable la cruz.

C. ¿Por qué esta decidida voluntad de Dios ante una cosa que repugna naturalmente al hombre?

II. *El punto de vista de Dios. Cada uno suele tener sus puntos de vista, y la perfección estribará en aceptar o coincidir con el punto de vista de Dios. Veamos cuál es el suyo en este tema* (cf. FABER, p. 676,1 y 2).

A. La tribulación debe tener un fin bueno.

a) *Dios es santo siempre, no sólo cuando premia, sino cuando castiga o permite la tribulación. Sus mismos castigos y amenazas tienen como fin el preservarnos y convertirnos. Luego también debe proponerse fines buenos al permitir el dolor* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 617,b y 618,c).

b) *Dios ha creado el mundo para el hombre, con todo cuanto encierra. En ese mundo existe la imperfección y el dolor, luego el hombre puede sacar de ellos algún bien, pues de lo contrario no lo hubiera permitido Dios* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 617,a y b, y RIBADENEIRA, p. 655,A).

B. Fines buenos de la tribulación. Podemos considerar al hombre enfermo por el pecado, débil por su tibieza y tentaciones. Pues bien la tribulación es

a) *Medicina que cura. Poco suele acordarse de Dios el pecador que vive en la abundancia y alegría. Pero cuando el dolor llama a sus puertas... Sujetábanle al pecado las coyundas del placer y de pronto la tribulación las ha roto* (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, p. 646,c). *Entonces recuerda que hay otra vida, en donde existe la justicia que necesita o la paz que desea, y en comparación de la cual no son dignos de ser tenidos en cuenta los sufrimientos de ésta. Entonces puede ofrecer a Dios la penitencia que satisfaga por sus pecados* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 620-D, y RIBADENEIRA, p. 657,a, y 658,2).

b) *Medicina que preserva* (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, p. 547,E). *¿De cuántos pecados nos ha preservado el sufrimiento y a cuántos nos hubiera conducido la vida muelle? Harto hace el que sufre con sobrellevar su dolor sin tener tiempo para pensar en otras cosas. ¡Oh tribulación, sé mi ángel de la guarda...!* (cf. FABER, p. 677,b, y CRISÓSTOMO, p. 621,a y ss). *¡Cómo nos aleja de la soberbia la tribulación que nos humilla y pone por delante nuestra nada!* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 618,c y ss).

c) *Medicina que fortalece en la virtud.*

1. El crecer en la virtud consiste en acomodarse a la voluntad divina. La generosidad se mide por la repugnancia a ella. Nada, pues, mejor que aceptar la tribulación que Dios envía o permite, a pesar de la rebelión de nuestro ser (cf. FABER, p. 676,b,1 y 2)

2. Pero la misma tribulación nos da los medios para aceptar la voluntad de Dios, al hacernos entender lo caduco de todo lo terreno (cf. RIBADENEIRA, p. 659,2), al levantar nuestra mirada hacia el Padre de todas las misericordias y provocar en nosotros ansias del cielo (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 620,D,a y b).

d) *Medicina que viene de la mano del amor.*

1. ¿Quién corrige a sus hijos si no es su padre? (cf. RIBADENEIRA, p. 656,b). Hasta tal punto es cierto que los castigos son pruebas del amor de Dios, que éste amenazó con dejar de enviarlos a su pueblo, que le había cansado (cf. RIBADENEIRA, ibíd.).
2. Y Dios mismo, que las envía, ayuda a tomar la medicina, como la madre al niño. Su gracia sostenía a San Pablo, capaz de todo en aquel que le confortaba (Phil. 4,13). La esperanza en Dios sostuvo a Simeón, y la esperanza en el cielo nos sostiene en los dolores, que, sufridos con paciencia, aumentan el premio futuro (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 620,b, y *Apuntes exeg.-mor.*, p. 611,8).

III. *Exhortación. ¿Sufres? Acepta lo inevitable. Ofrécelo por tus pecados* (cf. sec. 7.ª, p. 712,VI). *Acéptalo con amor, ofrécelo por los pecados del mundo y por tu santificación. Abandónate a Dios. Tu obra es la de santificarte, la de Dios señalar la hora final del sufrimiento* (cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, p. 623,F). *Perfecciona tu caridad consolando a los que sufren y tu amor aceptando tus sufrimientos.*

13

La profetisa Ana

I. *La figura de Ana.*
   A. Pocas figuras de mujer han sido tan detalladamente descritas en el Nuevo Testamento como la de Ana (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 615,21). Se alude a su origen, a sus años de matrimonio, a su viudedad, a su vida piadosa y a la recompensa que recibe de Dios (cf. FRAY LUIS DE GRANADA, p. 655,E). Ana sigue los pasos de la viuda Judit en el Antiguo Testamento (Iudith 15,11).
   B. Simeón era «vir iustus»; podemos decir que Ana era «mulier iusta». Ambos reciben del Señor idéntico premio: conocer y confesar a Jesucristo (cf. SAN ROBERTO BELARMINO, p. 649,c). En Ana podemos ver un símbolo de la mujer santa en la Iglesia.

II. *La mujer en el Evangelio. Es modelo de penitencia, de generosidad, de amor, de apostolado. Entre muchas pueden citarse y describirse, resaltando las anteriores virtudes, las figuras de la Samaritana y de la Magdalena.*

III. *La mujer en la historia de la Iglesia.*

A. Arrancando desde los tiempos apostólicos, podemos ver por las epístolas del Apóstol que son varias las mujeres que le ayudan en la propagación del Evangelio. «Te ruego que ayudes a esas que han luchado mucho por el Evangelio» (Phil. 4,3).

B. Después, en la historia de la Iglesia, muchas veces la mujer ha sido instrumento de Dios para grandes obras: fundación de órdenes religiosas, revelaciones, escritos. Así Santa Catalina de Sena, Santa Gertrudis, Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, Santa Teresa, Santa Margarita María de Alacoque...

IV. *La mujer santa en el mundo. Pueden también mencionarse algunas mujeres distinguidas por su santidad, su oración, su prudencia y sus virtudes: Santa Isabel, reina de Portugal; la madre de San Luis, rey de Francia; Isabel la Católica...*

V. *Piedad de la mujer.*

A. Frecuentemente se encuentran mujeres que viven no una vida de piedad sincera, sino un sentimentalismo piadoso, infructuoso e inconstante. Es la hipocresía de muchas mujeres, sobre todo de las jóvenes. No son Ana.

B. Hay muchas, no obstante, que lo son.

a) *Las hay escondidas y humildes, para quienes no existe más que el templo y el hogar, que es también un templo.*

1. Viudas que lloran la muerte de sus esposos en silencio y oración, dedicadas a la educación de los hijos.
2. Mujeres entregadas al apostolado y a la caridad, incondicionales siempre para las obras de Dios.

b) *Algún día sabremos el gran papel que han jugado en el mundo, y que hoy no podemos conocer. Oran y ayunan como Ana, como Simeón, como los justos del Antiguo Testamento, como María Santísima, que merecieron la venida del Redentor.*

VI. *Exhortación final.*

A. La piedra de toque para conocer la verdadera piedad es la oración y el sacrificio (cf. SAN AGUSTÍN, p. 631,2, y SAN FRANCISCO DE SALES, p. 661,c).

B. Oponed a los pecados de la mujer, que tantos estragos causan en otras almas, la vida de auténtico espíritu de piedad.

C. Huid de los sentimentalismos, de las conversacio-

nes en apariencia espirituales, en el fondo inútiles o nocivas.

D. Buscad a Dios, no a las criaturas ni los consuelos de Dios.

14

Orad sin intermisión

I. *Orar en todo tiempo y sin desfallecer.*

A. Ana, figura orante: San Pablo recomienda a los de Tesalónica la oración constante, «orad sin cesar» (1 Thes. 5,17). He aquí a Ana, la mujer que, mucho antes de que el Apóstol escribiera, «no se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones de día y de noche» (Lc. 2,37). Es la viuda santa (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 615,21) que el mismo Apóstol describiera más tarde: «la que de verdad es viuda y desamparada, ponga en Dios su confianza e inste en la plegaria y en la oración noche y día» (1 Tim. 5,5). Mas ¿es posible tal continuidad en la oración? ¿Puede el cristiano observar el precepto del Apóstol: «orad sin cesar»?...

B. La oración continua en la Sagrada Escritura. La Sagrada Escritura abunda en textos sobre la continua oración: «es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lc. 18,1). «Aplicaos a la oración» (Col. 4,2). «Por El ofrezcamos de continuo a Dios sacrificio de alabanza, esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre» (Hebr. 13,15). Claramente se afirma en los libros sagrados que hay que insistir en la oración y perseverar en ella. Además, en paralelismo con el texto de San Pablo, «orad sin cesar» (1 Thes. 5,17), aparecen otros dos con la palabra «siempre»: «Oportet semper orare et non deficere» (Lc. 18,1) y «por El ofrezcamos de continuo a Dios sacrificio de alabanza» (Hebr. 13,15). Mas para interpretar debidamente estos textos, debe tenerse presente que hay dos modos de orar.

II. *Modos, espíritu y tiempo de oración.*

A. Dos modos de orar: Los autores establecen no pocas divisiones y subdivisiones de la oración. No interesan para nuestro objeto. Sí, en cambio, im-

porta establecer cierta división que esclarece la interpretación de los textos citados.

a) *Hay una oración que consiste simplemente en la unión del corazón con Dios, sin prácticas ni materias especiales de oración.*
b) *Hay otra que consiste también en la unión del corazón con Dios, pero mediante prácticas determinadas y ejercicios concretos.*
c) *La quintaesencia oracional es la relación y unión de nuestro corazón con el Padre que está en los cielos.*

1. Puede darse ésta por medio de actos especiales, empleándose todo el hombre en alabar, dar gracias y pedir a Dios.
2. Puede también darse con sólo el acto de la voluntad, que refiere a Dios las obras que el hombre ejecuta. En una palabra, cabe distinguir el espíritu de oración y el acto de oración. El acto de oración, que excluye otros actos distintos, y el espíritu, que penetra y como perfuma de sobrenaturalidad las acciones todas del hombre.

B. El espíritu de oración. El texto del Evangelio (Lc. 18,1) y los de San Pablo (1 Thes. 1,2; 2,13; 5,17) deben entenderse a la letra: «Hay que orar siempre sin intermisión». No que dediquemos todo el tiempo a prácticas de oración. No es esto posible. Pero sí que conservemos el espíritu de oración en todos los momentos y a través de todas las obras que realicemos. Tampoco que nuestra inteligencia piense constantemente en Dios: pero sí que nuestra voluntad refiera todo a Dios, si no con intención actual, al menos con la llamada virtual. «Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor. 10,31). «Siempre en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre en nombre de Nuestro Señor Jesucristo» (Eph. 5,19-20). «Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El» (Col. 3,17). No son precepto, sino consejo, estas palabras del Apóstol. Son un ideal, en pos del cual ha de caminar el cristiano. Es el modo práctico de poner por obra el «hay que orar siempre y orar sin intermisión».

C. Tiempo de oración. Mas estas palabras, juntamente con otras sentencias del Evangelio, exigen que a la oración se dedique cierto tiempo. Así lo han entendido los teólogos, sin que estén acordes en cuanto al tiempo que haya que dedicar o res-

pecto de la frecuencia de la oración. Santo Tomás afirma que el hombre que asiste a la Santa Misa los domingos y días de fiesta uniendo su intención con la del sacerdote que ora por ellos, cumple ya con el precepto. Mas ningún cristiano debe contentarse con esto. Todos han aprendido de sus padres las oraciones más bellas, cuales son el Padrenuestro y el Ave María. Todos conocen también por el Catecismo el Credo, que, como acto de fe, es oración bella y eficaz. A ninguno es necesario recomendar que los recen, porque, gracias a la educación cristiana que en los hogares españoles se recibe, diariamente suben al cielo de los labios y corazones de todos esas plegarias. Pero hemos de decir, en general, que el hombre tiene que dedicar todos los días un espacio de tiempo a la oración. ¿Quién no ha deliberado en las gracias espirituales y materiales que recibe del cielo a cada hora? ¿Quién no conoce cuánto necesita de la protección divina mientras milita en esta tierra en todos los momentos de su existencia?... No daremos fórmulas concretas de oración. Cada cual, a su manera, ya vocal, ya mentalmente, debe rendir el tributo de acción de gracias a su Creador y Padre y pedirle al mismo tiempo su auxilio y favor.

III. *La oración de noche, en la iglesia. Hoy se echa un velo sobre tal oración. Ni se menciona en público siquiera. Parece imprudencia recomendarla. Se dice que las circunstancias de la vida moderna son muy distintas.*

A. Lo cierto es que el espíritu de nuestros primeros cristianos, desde San Pablo hasta San Gregorio Magno, se manifestaba en las solemnes vigilias de fiestas en la oración colectiva.

B. Está frecuentemente aconsejada en las Escrituras.

a) *Ya en el Antiguo Testamento:* «*Memor fui nocte nominis tui*» (Ps. 118,55). «*Media nocte surgebam ad confitendum tibi super iudicia iustificationis tuae*» (Ps. 118,62). «*In noctibus extollite manus vestras in sancta*» (Ps. 133,2).

b) *Y después en el Nuevo.*

1. La consagra Nuestro Señor Jesucristo, que tenía por costumbre hacer por la noche un rato de oración, como lo demuestra Getsemaní (Mt. 26,36; Me. 14,32; Lc. 22,39-41) y las palabras de San Lucas: «pasó la noche orando a Dios» (Lc. 6,12).
2. Sabemos de Pablo, que oraba también por la no-

che: «orando noche y día con la mayor instancia» (1 Thes. 3,10).

3. Y los santos, que han seguido las huellas del Señor, la han frecuentado. Por citar un ejemplo, el de San Francisco Javier. Cargado de ocupaciones durante el día, predicando y bautizando y enseñando el catecismo sin cesar: «Mientras vivió en Santo Tomé, por las noches solía estar horas y horas meditando en la iglesia, y cuando en Malaca le observaban sus compañeros, veían siempre al santo Padre pasarse la mayor parte de la noche arrodillado ante su crucifijo»... «Largos viajes marítimos le proporcionaban al Padre tiempo abundante para la oración. Veíasele con frecuencia, una hora después de media noche, levantarse del duro lecho y permanecer absorto en la meditación hasta que apuntaba el alba» (cf. SCHURHAMMER, S. I., *Vida de San Francisco Javier*, c. 36).

C. Ventajas de la oración nocturna. Expuesto lo anterior, no es dudoso recomendar la oración nocturna. Será imprudencia, pero es imprudencia que ha hecho santos. Entre otras, tiene las siguientes ventajas:

a) *Muy eficaz. El silencio de la noche favorece no poco al recogimiento. Cuanto más recogimiento, más eficacia. Por otro lado, exige sacrificio, que bendice Dios de modo especial y aumenta el poder de la oración.*

b) *Agradable a Jesucristo. La realizó El mismo. En las apariciones a Santa Margarita María de Alacoque le pidió que le dedicara una hora santa en la media noche del jueves al viernes.*

c) *Especialmente reparadora. Así lo indicó a Santa Margarita María de Alacoque. Las horas de la noche son pródigas en pecados. Esta oración puede aplacar de modo especial la justicia del Padre.*

D. La oración nocturna en nuestros días. Parece que comienza un movimiento a su favor. El nuevo «ordo» de las vigilias del Sábado Santo es un indicio claro de que la Iglesia la aprueba y bendice.

a) *Con esta bendición de la Iglesia se verifica la plegaria nocturna de manera oficial en muchos monasterios de religiosos y de religiosas, y especialmente en los dedicados a la vida contemplativa.*

b) *Mas hoy privadamente entre los mismos fieles hay un movimiento en pro de ella.*

1. Así las horas santas a media noche.
2. La campaña del rosario perpetuo; muchas familias interrumpen el descanso para rezar el rosario a la hora que le han asignado.

IV. *Conclusión. Digamos, conforme al espíritu de la Sagrada Escritura y con el ejemplo de Jesucristo y de los santos, presentando la figura de Ana, que hoy nos evoca el evangelio: Orad sin intermisión. De día y de noche. Mantened siempre vuestro espíritu de ora-*

ción (cf. SAN FRANCISCO DE SALES, p. 661,C). *Referid todas las cosas a Dios. Dedicad el tiempo que podáis, ya de día, ya de noche, a alabar y dar gracias a Dios y a impetrar sus beneficios sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre vuestros problemas.*

15

La vida contemplativa

I. *Ana, símbolo de las religiosas contemplativas. Ana representa la oración y el sacrificio* (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 615,21). *Se puede ver en ella un símbolo de tantas y tantas mujeres que no se apartan de la casa del Señor, y que día y noche le sirven con oración y sacrificio. Son las religiosas de vida contemplativa.*

II. *Las monjas de clausura. Todos conocen quiénes son. Las encerradas, las que no salen. Su única misión es la de rezar y sacrificarse. Cada congregación en la Iglesia tiene su fin específico. Ellas también. Unas la enseñanza, otras los enfermos, otras los pobres, otras los ancianos, otras las misiones. Las monjas de clausura, la oración y el sacrificio de día y de noche. Son muchas las que interrumpen sus horas de descanso para orar, y durante las noches heladas de invierno suben y bajan las escaleras del coro, con los pies descalzos, sin más abrigo que el hábito de estameña.*

A. Excelencia de la vida contemplativa.

a) *Magdalena a los pies de Jesucristo: «Maria optimam partem elegit quae non auferetur ab ea»* (Lc. 10,42).

b) *La religiosa contemplativa busca al Señor directamente en la oración y en el ejercicio de las virtudes teologales. No mira más que a Dios, y a Dios directamente. «Ya no guardo ganado—ni ya tengo otro oficio—, que ya sólo en amar es mi ejercicio»* (cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cant. esp.*, v. 98-100: BAC, p. 1332).

B. Necesidad de las monjas de clausura.

a) *Muchos no comprenden por qué, en el siglo XX, cuando tantas necesidades hay en la Iglesia, permite ésta la inactividad de tantas religiosas que se encierran en monasterios de clausura. No comprenden su razón de ser. Lamentable error.*

b) *La «Sponsa Christi» ha hablado reciente y claramente sobre su necesidad en la Iglesia.*

1. La vida contemplativa y la vida activa son en ella como el corazón y los brazos en el cuerpo

humano. Nadie dirá que el corazón, por estar oculto, es inactivo, cuando de él depende el movimiento y la actividad de los brazos y de todo el cuerpo. La vida contemplativa es el corazón en las obras de apostolado. Ejemplo el de Santa Teresita del Niño Jesús, de quien se dice que salvó tantas almas desde la celda y el coro de su convento de Lisieux como San Francisco Javier en la India y en el Japón.

2. Pío XI quiso que a los países de misión fuesen también las monjas de clausura.
3. Los sacerdotes que se dedican a dirigir ejercicios y misiones, como base de la organización, piden oraciones a las monjas de clausura.

C. El pueblo y las monjas de clausura.

a) *Gran beneficio para un pueblo o una parroquia que exista en su demarcación un convento de clausura.*

1. Son los grandes pararrayos que detienen la ira de Dios.
2. Son el imán que atrae sobre el pueblo innumerables gracias. Cuando queráis conseguir del Señor alguna gracia especial, acudid a ellas porque son auxiliar poderosísimo.

b) *Mas el pueblo debe mirarlas como cosa propia.*

1. La mayor parte de nuestros conventos se encuentran hoy en extrema pobreza. Quedaríamos asustados si supiéramos lo que comen muchas religiosas de clausura. Las circunstancias han variado y han hecho difícil materialmente su vida. De aquí la nueva orientación de la «Sponsa Christi» para que se ejerciten en algún trabajo manual con el que sacar medios para vivir decorosamente.
2. Es necesario que se les ayude. Digna de todo elogio es la costumbre de muchas personas que, de tiempo en tiempo, como agradecimiento a Dios por los beneficios recibidos, depositan un donativo en las rejas de los conventos. Ese donativo será fuente de nuevos beneficios.

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

16

La obediencia a la ley, fundamento de la vida cristiana

I. *La actitud obediente de Jesús. Hay un profundo misterio en la constante actitud de obediencia a las leyes de Jesús y de sus padres.*

A. Los evangelistas la resaltan siempre que se les ofrece ocasión.

B. Los Santos Padres la comentan, proponiéndola como ejemplo que deben seguir los cristianos. No sólo cuando se trata de leyes eclesiásticas, que obligan a determinados deberes religiosos. También cuando el precepto viene de la ley civil.

C. ¿Cuál es la intención que anima esta fiel observancia de las leyes por parte de aquellos que estaban sobre toda ley? No puede ser otra sino la de mostrar, con el ejemplo de su conducta, la excelencia de una virtud cuya raíz es la fe, y el fruto maduro la perfección cristiana.

II. *Contenido teológico de la obediencia a la ley. Excluyendo aquí el caso de las leyes religiosas, consideremos, a la luz del evangelio, el contenido teológico de la obediencia a la ley civil.*

A. Garantiza el bien común. Suponemos que se trata de leyes justas. No intentaremos discernir cuáles lo son. Nos basta con saber que, si lo son de veras, reflejan de algún modo la voluntad de Dios (cf. p. 692,e y 691,b). Tanto si son mera expresión de la ley natural (cf. p. 692,c) como si especifican aquélla, aplicándola a un caso concreto (cf. p. 692,d), tienden a garantizar el bien común, cuando no basta dejar su cumplimiento al mero imperativo de la conciencia.

B. La promulga quien ejerce una autoridad recibida del mismo Dios (cf. p 693,i).

a) *Obedecer, pues, a la ley, es cumplir la voluntad de Dios* (cf. 693,h y j). *Y en esto consiste la perfección cristiana: «No todo el que dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre»* (Mt. 7,21).

b) *Pero decir que el legislador promulga la ley no es decir, en modo alguno, que es él quien la hace o quien le da su fuerza imperativa. Sería tanto como caer en un positivismo jurídico que o niega la existencia de Dios, o arranca el orden jurídico de la esfera del orden moral, impuesto por la ley divina. El legislador se limita a declarar el precepto de la ley moral en el caso concreto.*

c) *Pero la fuerza obligatoria le viene de algo anterior y superior al legislador mismo* (cf. p. 691,b): *de la voluntad divina, cuyo reflejo en el entendimiento humano es la ley natural.*

C. Garantía de la paz y el orden social. Ordenada la ley al bien común de la sociedad, su observancia es una garantía de la paz y el orden sociales (cf. p. 694,II).

a) *El complejo de leyes que ordenan la vida en la sociedad constituye como la proyección externa del orden trazado por Dios en la vida social* (cf. p. 694,1).
b) *Someterse a ese orden, aunque en ocasiones suponga esfuerzo o sacrificio propio, es asegurar el bien de los que forman con nosotros la comunidad social.*
c) *Obedecer a la ley es querer y procurar el bien de nuestros hermanos. Y ésta es otra forma de alcanzar la perfección, no sólo en un orden individual, sino incluso en el social.*

D. Necesidad de recalcar estos principios. Conviene insistir mucho sobre estos principios, tan claros en sí mismos, pero por desgracia insuficientemente conocidos por los cristianos. Hay sobre esta materia demasiada amplitud en las conciencias. Incluso entre personas que buscan a Dios sinceramente. La falta de formación, casi siempre, y, no pocas veces, incluso una formación torcida, hace que se violen tranquilamente leyes de cuyo cumplimiento depende en gran parte el orden y el bienestar de toda una sociedad.

III. *Algunas consecuencias.*

A. La ley es superior y anterior al legislador.

a) *Se le impone con la misma fuerza que a los ciudadanos* (cf. p. 693,j).
b) *Tiene tal fuerza, que en modo alguno puede ser abolida su base natural* (cf. p. 694,m).
c) *Si se pretendiese legislar contra ella, pronto se desmoronaría la construcción social así establecida* (cf. p. 695,n).
d) *Y no sólo debe atenerse al legislar a aquella ley superior, sino que el propio legislador debe dar ejemplo de obediencia a ella, si quiere dar testimonio ante la sociedad del valor supremo del orden jurídico.*

B. La ley natural es superior al precepto positivo.

a) *De donde, si es suficientemente conocido el alcance de la ley natural en un caso concreto, tiene fuerza plenamente obligatoria, aunque no esté promulgada positivamente por el legislador humano. En aquellos casos en que la ley civil no llegó a preceptuar coactivamente un deber que evidentemente emana de la ley natural, ésta sola basta para forzar al hombre al cumplimiento de aquel deber.*
b) *Algunas aplicaciones. El principio tiene aplicaciones incalculables, pero por vía de ejemplo, hagamos tan sólo una. Es precepto de ley natural que quien no dispone para vivir de otros medios que las fuerzas físicas recibidas de Dios para trabajar, pueda vivir decorosamente y hacer posible una vida digna a su familia con el fruto de su trabajo* (cf. p. 682, a). *Pero puede darse el caso de que las leyes civiles no establezcan, en concreto, la cuantía de los salarios, o lo dejen a la libre contratación de las partes. En tal caso la empresa está obligada a dar al trabajador, no el salario mínimo con el que éste esta-*

ría dispuesto a trabajar, sino aquel que basta para cubrir sus necesidades (cf. p. 237,e).

C. Casos de desobediencia a la ley.

a) *Contradicción de la ley natural. Si una ley civil contradice evidentemente a la ley natural, carece de fuerza obligatoria* (cf. p. 692,f), *podría ser desobedecida* (cf. p. 692,g), *y en ocasiones en que la contradicción sea flagrante, debe ser desobedecida. Pongamos también algún ejemplo: aquel en que, fijados los salarios por la ley, se pretendiera fijar los precios de venta en tal forma que evidentemente no permitieran al empresario beneficio alguno, sino que le causaran pérdidas en el negocio. La defensa natural de los empresarios sería la ocultación de las mercancías y la venta clandestina a un precio superior y remunerador.*

b) *Ha de ser patente la injusticia. Claro es que de tal manera depende el bien común del cumplimiento de las leyes, que, aun tratándose de leyes injustas, cabe exigir que se las obedezca, porque su violación podría acarrear mayores males. Es deber del legislador mirar muy bien que las leyes se acomoden en todo momento a la ley natural, teniendo en cuenta las circunstancias de hecho. Pero aun en los casos en que tal no suceda, para desobedecer a las leyes habrá de ser patente su injusticia—consideradas todas las circunstancias—y no seguirse de la desobediencia mayores males que los que se seguirían de su cumplimiento.*

IV. *El espíritu de Cristo es la obediencia. Observadas las leyes con pleno conocimiento de su origen y de su finalidad, el cristiano pone en su observancia el mismo espíritu de Jesucristo y de María y José. Y sólo entonces la ley produce en la sociedad todos los bienes a que está ordenada: a garantizar el bien común, en el orden temporal, y a hacer posible y más fácilmente asequible el bien común sobrenatural, que es la perfección cristiana.*

17

La esperanza del padre de familia

I. *Una virtud de los padres cristianos.*

A. La alusión a la Sagrada Familia predomina en toda la liturgia posterior a la Navidad.

B. Hoy, al contemplar la figura de Simeón, se ofrece ocasión de considerar una virtud que debe ser característica de los padres cristianos. El Espíritu Santo le había revelado que vería cumplido su

gran deseo antes de morir: ver al Cristo, Salvador de los hombres. Y toda su vida fué una anhelante espera. Logrado su deseo, carecía de aliciente en este mundo. Podía muy bien entonar su cántico de despedida.

II. *La educación cristiana. La esperanza de ver a Jesucristo en los hijos: he aquí la razón de ser de los padres como tales. Desde el momento en que Dios ha concedido que se cumpla el fin primario del matrimonio* (cf. p. 699,b); *y desde el punto en que los hijos han sido hechos cristianos por el bautismo, la vida de los padres debe estar llena de la esperanza de ver aparecer a Jesucristo externamente en los propios hijos. Educar, para un cristiano, es esto: procurar, con suavidad y tacto, con perseverancia y energía, que el Cristo depositado en el alma por el bautismo, como semilla, crezca en ella hasta aparecer exteriormente por las virtudes cristianas* (cf. p. 701,k).

III. *La esperanza de Simeón y la de los padres.*

A. Hay semejanzas entre la esperanza de Simeón y la de los padres. Unos y otros han de alimentar su esperanza de la fe.

a) *La fe sostiene y guía a Simeón durante largos años de espera. Pese a que nada externamente parezca confirmarla; pese a que, por el contrario, se acerca el fin de la vida, sin que ninguna señal se descubra.*

b) *La fe ha de sostener también a los padres en el cumplimiento de su misión, no obstante dificultades y sinsabores; a pesar de que muchas veces los defectos, e incluso los pecados, oscurecerán la imagen de Jesucristo en el alma del hijo.*

B. Pero hay también diferencias.

a) *La esperanza de Simeón está basada en la revelación del Espíritu Santo. Tiene en su favor un verdadero privilegio excepcional, que sirve como de faro que ilumina toda una vida de esperanza. En los padres, la esperanza no tiene otro fundamento que la palabra divina contenida en la Sagrada Escritura y la enseñanza de la Iglesia.*

b) *La esperanza de Simeón, para verse cumplida, no exige nada positivo. A Simeón, para ver a Cristo, le basta mantenerse en su esperanza año tras año. La esperanza de los padres, por el contrario, lleva en sí misma la exigencia de colaborar activamente* (cf. p. 701,g). *Para ver a Jesucristo en los hijos, los padres han de cooperar necesariamente a la acción de la gracia. La ley natural y la divina les han encomendado esta misión* (cf. p. 700,d y e). *Contarán para ello con la ayuda de la Iglesia, madre de los cristianos. Pero a ellos corresponde la parte principal. La Iglesia quiere que se recuerde a los padres este grave deber suyo* (cf. p. 701,g). *Y tiene bien presente que en la edificación y creci-*

miento del Cuerpo Místico de Jesucristo corresponde a la familia una parte principal (cf. p. 699,C,a).

C. Consecuencia importantísima para nuestros días: hacen mal los padres en confiar totalmente en manos ajenas la educación de sus hijos.

a) *Dios se los entregó a ellos como un tesoro, y a ellos les exigirá que se lo devuelvan aumentado* (cf. p. 699,c).

1. Hoy, por desgracia, se descuida la educación de los hijos en muchas familias (cf. p. 701,h). Por egoísmo y comodidad de los padres, se entrega a los hijos en brazos mercenarios.
2. Y no siempre puede decirse que el resultado sea satisfactorio. El menor de los males será la pérdida de la unión familiar en Jesucristo. ¿Cómo podrán sentirse satisfechos al fin de su vida, si ellos no hicieron nada por descubrir a Cristo en el hijo?

b) *Esta labor lleva consigo sacrificio.*

1. Para vigilar amorosamente al niño, a fin de protegerle en los momentos de crisis (cf. p. 703,n).
2. Para corregir desviaciones perniciosas o fomentar virtudes que apuntan (cf. p. 703,ñ).
3. Para ofrecer al hijo en todo momento el ejemplo de una vida de perfección cristiana en el ambiente familiar (cf. p.704,p).
4. Para habituarlo, desde el primer momento, al servicio de Dios (cf. p. 703,n).
5. Tal vez para apartarlo, en algún caso, de una vida de pecado.

IV. *La misión más elevada de los padres. En otra ocasión podremos hablar del modo como los padres han de educar a sus hijos. Aquí basta con que quede claro que es ésta la más elevada misión que Dios ha confiado a los padres.*

A. Misión que les hace semejantes a la Santísima Virgen y a San José, a cuyo cargo estuvo la educación de Jesús.

B. Misión por la que vuelven como a engendrar a los hijos, y son doblemente padres, más por la virtud que por la carne (cf. p. 701,k).

C. Que, sobre todo, ha de constituir uno de los mayores motivos de felicidad terrena.

D. Semejantes a Simeón, llegará un momento, el último de su existencia, en que podrán cantar gozosamente su «Nunc dimittis». Cumplieron su deber de formar a Cristo en sus hijos. Y Cristo mismo les asistirá, como al santo José, en el momento de la muerte. Cristo allí presente en los hijos. El saldrá a recibir sus almas, y coronará en los cielos eternamente su fecunda paternidad.

18

Un problema actual: El estado paternalista

I. *Proyección social de la epístola paulina de hoy. La epístola de hoy contiene en sus dos primeros versos una observación llena de sentido humano. San Pablo la utiliza como ejemplo para a su luz aclarar la maravillosa doctrina de nuestra filiación divina* (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 606 y 607,c y d). *Pero cabe utilizar el ejemplo para proyectarlo sobre problemas sociales actualísimos.*

II. *La situación del niño y la del siervo.*

A. La situación del niño, aun siendo heredero, y, por tanto, dueño potencial de todos los bienes, de hecho—y aun de derecho—difiere muy poco de la del siervo.

a) *Temporalmente, y en su propio beneficio, está sometido a una total dependencia, semejante a la de aquél.*

b) *La diferencia está en que la dependencia del siervo no tiene término, y de otro lado se ordena, por regla general, al exclusivo provecho del senor.*

B. Pero lo que del ejemplo importa destacar es que la dependencia real del niño contiene en potencia un título al pleno disfrute de sus derechos de hijo, título que se hará efectivo tan pronto como se llegue a la edad determinada por el padre o por la ley. Y lo natural, lo deseable, lo perfecto es que el niño de tal modo desarrolle su personalidad que sea capaz de bastarse a sí mismo y administrar sus bienes y su persona con mayor eficiencia que el padre.

III. *Paralelismo de la vida individual y social.*

A. Sin abusar del símil, cabe recordar cómo la vida de las sociedades encierra un marcado paralelismo con la vida del hombre individual.

B. Y en este aspecto es también cierto que las sociedades atraviesan muchas veces por auténticas minorías de edad, en todas o en parte de sus actividades colectivas.

a) *Durante este período deben ser sometidas a tutela por parte de quienes, mejor dotados, suplen la incapacidad real de usar de unos derechos para los que tienen radicalmente capacidad natural.*

b) *Se trata, pues, no sólo de un derecho, sino de un auténtico deber de la autoridad, que le obliga a cumplir por sí misma aquellas tareas que, siendo necesarias al bien común, no pueden ser atendidas por la iniciativa de los particulares. Tal es el caso de sociedades poco desarrolladas o que, estándolo suficientemente, experimentan necesidades nuevas para hacer frente a las cuales no están preparadas.*

IV. *La enseñanza de la filosofía social. Tal como ha sido desarrollada por los Romanos Pontífices, podría resumirse en los siguientes párrafos:*

A. A excepción de:

a) *Algunos servicios que tradicionalmente son propios y específicos del Estado* (cf. p. 687,c y e).

b) *Y de otros que por su especial carácter, estrechamente relacionados con el bien común, todos entienden que deben ir pasando a sus manos* (cf. p. 688,E,a).

B. El resto de las intervenciones de la autoridad se justifica por su función supletoria (cf. p. 686,b).

a) *En estricto derecho natural, corresponde ejercer tales actividades a la iniciativa privada dentro de la misma sociedad* (cf. p. 686,b; 687,c; 688,E,a).

b) *Que para ello debe crear sus órganos propios, con la necesaria solvencia para garantizar la perfección posible en su ejercicio* (cf. p. 688,f y 689,d).

C. Pero es obligación del Estado:

a) *No solamente no coartar el nacimiento y organización de tales iniciativas y tales órganos* (cf. p. 689,c y e).

b) *Sino estimularlas y promoverlas positivamente* (cf. p. 688,E,a y 690,h).

c) *Formar para ello la conciencia de los ciudadanos y de los grupos sociales en orden a su responsabilidad en la solución de los problemas planteados* (cf. p. 688,f).

d) *Poner al alcance de quienes hayan de asumir tales tareas e instituciones, la adecuada preparación.*

e) *Transferir los resortes que provisionalmente tomó en sus manos, en la medida en que aquéllos puedan manejarlos,*

f) *Descargarse cuanto antes de actividades que no son las suyas* (cf. p. 687,c y 688,a y b) *y, por el contrario, pueden dificultar el cumplimiento de su misión propia* (cf. p. 687,d y p. 688,b).

g) *Que es: dirigir, vigilar, urgir, castigar* (cf. p. 687,c).

V. *Provisionalidad de la intervención. Conviene destacar la provisionalidad de la intervención autoritaria. «Quanto tempore heres parvulus est...»*

A. Si su misión es suplir incapacidades, tanto debe intervenir y durar su intervención cuanto dure la incapacidad. Pero no más. El hecho de haber intervenido, usando un derecho y supliendo un deber; más todavía, el hecho de haber producido con ello grandes beneficios a la sociedad, no justifica-

ría nunca la pretensión de mantenerla indefinidamente.

B. Si pasado un plazo suficientemente amplio persisten las circunstancias que pidieron la intervención, la razón se volvería contra la propia autoridad que interviene. Porque, habiendo comprendido la necesidad en que la sociedad se encontraba:

a) *No puso todo su empeño—además de suplir la deficiencia—en preparar y estimular a los individuos privados a hacerse cargo de tales necesidades.*
b) *Vino a complicar los problemas, echando sobre sí pesos que le impiden llevar debidamente sus propias cargas.*
c) *Hay el peligro de que pretenda utilizar su poder con fines políticos particulares.*

VI. *Las obligaciones de la sociedad.*

A. No es ésta la ocasión para abordar una crítica de ciertas intervenciones del Estado que, en opinión de algunos, se prolonga más allá de lo que parecería necesario. Basta con que quede formada la conciencia de los que escuchan en relación con estos problemas. La Iglesia, como maestra de la verdad, se limita—sobre todo desde la cátedra sagrada—a exponer los principios.

B. Pero conviene destacar aquí la responsabilidad que incumbe a los ciudadanos por el mero hecho de serlo.

a) *No basta exigir al Estado una intervención cuando es necesaria. Ni tampoco pedir que se retire, en la medida en que tal intervención viene a hacerse más perjudicial que beneficiosa.*
b) *Hay que recordar la obligación de la sociedad de prepararse a resolver los nuevos problemas que la marcha de los acontecimientos va planteando. Es demasiado cómodo esperar a que el Estado lo resuelva todo, y luego criticar mordazmente su actuación, si se desvió de su camino. A la postre, la autoridad cumplió su deber interviniendo, y su falta, por exceso, puede encontrar muchas defensas y explicaciones. Pero la inercia e indolencia de los ciudadanos para asumir sus graves responsabilidades no puede justificarse fácilmente.*

VII. *Un grave deber de justicia social. Abramos bien los ojos a los grandes problemas que plantea nuestro tiempo. Aquellos que por su cultura, su influencia, su posición social son llamados a actuar los primeros, piensen que de ellos depende en gran parte llevar a la sociedad a aquella mayoría de edad que no sólo abrevie, sino incluso haga innecesaria la intervención del Estado. Sobre ellos pesa este grave deber de justicia social, del que habrán de responder un día ante el tribunal de Dios.*

19

Sobre el paternalismo laboral

I. *El paternalismo de empresa. El mismo símil de San Pablo puede servir para aplicarlo a otro interesantísimo y actual aspecto de la doctrina social católica, a las relaciones en el interior de la empresa. Aquí el niño que necesita tutela es el trabajador, mientras no está en condiciones de bastarse a sí mismo. El tutor o procurador del mismo será, en unas ocasiones, el Estado y, en otras, el propio patrono o empresario. Limitémonos aquí sólo al último caso.*

II. *Es una situación de hecho. No es un caso hipotético, por desgracia.*

A. Real. El paternalismo de empresa es un hecho que ha venido dándose en la realidad de las empresas, especialmente industriales, desde la segunda mitad del pasado siglo, y que está plenamente vigente todavía en la mentalidad de muchos hombres de empresa. Pero nos interesa tratarlo aquí, porque encuentra especial arraigo entre los patronos católicos.

B. Creada generalmente con intención recta. Trata de corregir con sinceridad los defectos del liberalismo económico, especialmente en cuanto ha sometido al trabajador a una condición muy semejante a la de esclavo.

a) *Para conseguirlo hace un llamamiento a la responsabilidad patronal y, apelando a los deberes de la caridad cristiana, pide al empresario que considere a sus trabajadores como hijos.*

b) *Como buen padre, debe mirar por el bienestar de sus hijos, procurando que no les falte nada de lo necesario y aun de lo conveniente para la vida ordinaria, e incluso remediando excepcionales necesidades. Hasta aquí no sólo no hay nada censurable, sino que el propósito es digno de todo aplauso* (cf. p. 682,b y 683,d).

C. Tuvo su justificación ante los abusos del liberalismo económico.

a) *Todo depende del espíritu con que tal paternalismo se ejerce. Porque es evidente que esta actitud paternal nace del convencimiento de que los obreros son, en algún sentido, como niños indefensos, que necesitan protección.*

b) *Y, en efecto, como tales pueden considerarse cuando en el seno de una economía liberal, faltos de*

toda protección en sus propias organizaciones (cf. p. 686,b y 689,c), *disueltas y prohibidas por las leyes, e incluso en el mismo Estado, deliberadamente abstencionista en los problemas económicosociales* (cf. p. 690,g), *estaban expuestos a una inicua explotación* (cf. p. 684,c y 685,f) *por parte de los empresarios, si a éstos, como era ordinario, sólo les movía el deseo del mayor lucro posible* (cf. p. 684,b). *Era, pues, conveniente que los propios empresarios reaccionaran, ofreciéndoles protección* (cf. p. 683,d). *Movidos de caridad hacia los obreros, víctimas del inhumano sistema, debían asumir por su cuenta la defensa y conservación de los más elementales derechos de los trabajadores.*

D. Pero en la cual es necesario distinguir. Porque esa tutela paternal del empresario no puede ser definitiva.

a) *Tan sólo se justifica en cuanto el trabajador se halla en cierta «minoría de edad», bien porque el Estado liberal ni le defiende ni le permite defenderse a sí mismo, bien porque, aun cuando se lo permita, carece del criterio y de la formación necesarios.*

b) *En cuanto el trabajador alcance la «mayoría de edad» y sea capaz de gobernarse, de defender sus propios derechos, de contribuir a la marcha de la vida económica como contribuye a la producción de los bienes, deberá cesar en su actitud proteccionista y concederle como auténticos derechos lo que hasta entonces le otorgaron como gratuita concesión.*

III. *Reconocer los derechos de los obreros no es caridad, sino justicia.*

A. La dificultad está en que el empresario comprenda que aquellas concesiones de un principio no eran meras dádivas de caridad, sino auténticas obligaciones de justicia (cf. p. 546,v y 547,x), a las que en conciencia estaba estrictamente obligado, aun cuando las leyes o la fuerza de las organizaciones sindicales no le forzaran a realizarlas.

B. Si con su conducta sólo buscaba la paz en el negocio y su tranquilidad de conciencia, y no un reconocimiento implícito de los derechos de sus obreros, pronto la fina sensibilidad de éstos quedará herida (cf. p. 546,v), y se despertarán los deseos de emanciparse de aquella «patria potestad» (cf. p. 685,e).

C. La Iglesia no puede menos de reprobar este paternalismo, que trata de cubrir con la caridad el incumplimiento de deberes de justicia (cf. p. 546,u) y causa verdadero daño en la fe de los trabajadores (cf. p. 683,C,a; 684,b, y p. 547,x).

IV. *El paternalismo laboral debe concluir con la mayor edad de los trabajadores.*

A. Pero si el empresario es consciente de sus deberes y de los correspondientes derechos de los trabajadores, sabrá que su actitud proteccionista ha de ser transitoria.

a) *Como buen padre, procurará que su caridad no tenga ni la apariencia de envilecedora protección.*
b) *Se considerará orgulloso de que sus hijos puedan llegar un día a ser como él, o aún más. Se esforzará por superar rápidamente la etapa minoritaria.*
c) *Con prudencia y mesura, pero sin plazos dilatorios ni torpes egoísmos, irá adoptando sus providencias espontánea y provisionalmente, para transformarlas, en el momento oportuno, en verdaderas realizaciones institucionales, en las que al obrero se le conceda mayoría de edad.*

B. La Iglesia por su parte (cf. p. 686,g, 689,d y 690,i) no tiene para esta actitud más que palabras de aliento, que estimulan a avanzar sin descanso.

a) *Ni impone fórmulas rígidas ni plazos conminatorios.*
b) *Prestará la luz de sus consejos y el calor de sus oraciones para que el ejemplo cunda y la evolución avance con paso rápido.*
c) *Y si, por acaso, se oponen obstáculos legales, recordará al Estado que, velando por el bien común, debe hacer posible la implantación de tales iniciativas* (cf. p. 690,g y h), *estimulándolas incluso con un trato de favor.*

EL DULCE NOMBRE DE JESUS

Domingo después de la Circuncisión del Señor

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. EPISTOLA

(Act. 4,6-12)

8 Tunc repletus Spiritu Sancto Petrus, dixit ad eos: Principes populi et seniores audite:

9 Si nos hodie diiudicamur in benefacto hominis infirmi, in quo iste salvus factus est,

10 notum sit omnibus vobis, et omni plebi Israel: quia in nomine Domini nostri Iesu Christi Nazareni, quem vos crucifixistis, quem Deus suscitavit a mortuis in hoc iste astat coram vobis sanus.

11 Hic est lapis, qui reprobatus est a vobis aedificantibus, qui factus est in caput anguli:

12 et non est in aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Príncipes del pueblo y ancianos:

9 Ya que somos hoy interrogados sobre la curación de este inválido, por quién haya sido curado,

10 sea manifiesto a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel que en nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros habéis crucificado, a quien Dios resucitó de entre los muertos, por El éste se halla sano entre nosotros.

11 El es la piedra rechazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular.

12 En ningún otro hay salud, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos.

II. EVANGELIO

(Lc. 2,21)

Et postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen eius Iesus, quod vocatum est ab angelo prius quam in utero conciperetur.

Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al niño, le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno.

III. SELECCION DE TEXTOS DE LA ESCRITURA RESPECTO AL NOMBRE DE JESUS

A) El nombre de Dios

Y Dios dijo a Moisés: Yo soy el que soy. Así responderás a los hijos de Israel: Yo soy me manda a vosotros.	Dixit Deus ad Moisen: Ego sum qui sum. Ait: sic dices filiis Israel: Qui est, misit me ad vos (Ex. 3,14).
Este es para siempre mi nombre; éste mi memorial, de generación en generación.	Hoc nomen mihi est in aeternum, et hoc memoriale meum in generationem et generationem (Ex. 3,15).
Y mi nombre Adonai no se lo manifesté a ellos.	Et nomen meum Adonai non indicavi eis (Ex. 6,7).
Para que por ti brille mi poder y mi nombre sea celebrado en toda la tierra.	Posui te, ut... narretur nomen meum in omni terra (Ex. 9,16; Rom. 9,17).
Yavé es un fuerte guerrero; omnipotente su nombre.	Quasi vir pugnator, Omnipotens nomen eius (Ex. 15,3).
Que gocen de tu protección y puedan en ti regocijarse cuantos te aman.	Gloriabuntur in te omnes qui diligunt nomen tuum (Ps. 5,12).
¡Cuán magnífico es tu nombre en toda la tierra!	Quam admirabile est nomen tuum in universa terra! (Ps. 8,2).
Para que confíen en él cuantos conocen su nombre.	Sperent in te qui noverunt nomen tuum (Ps. 9,11).
Por la gloria de tu nombre, ¡oh Yavé!, perdona mis culpas por grandes que sean.	Propter nomen tuum, Domine, propitiaberis peccato meo: multum est enim (Ps. 24,11).
Bienaventurado el hombre cuya esperanza es el nombre de Yavé...	Beatus vir, cuius est nomen Domini spes eius (Ps. 39,5).
En tu nombre pisotearemos a nuestros adversarios.	In nomine tuo spernemus insurgentes in nobis (Ps. 43,6).
¡Oh Yavé! Cual es tu nombre así es tu gloria...	Secundum nomen tuum, Deus, sic est laus tua (Ps. 47,11).
...Esperaré en tu nombre, porque eres benigno en la presencia de tus santos.	Exspectabo nomen tuum quoniam bonum est in conspectu sanctorum tuorum (Ps. 51,11).
Me diste por heredad a los que temen tu nombre.	Dedisti haereditatem timentibus nomen tuum (Ps. 60,6).

Terra adoret te... psalmum dicat nomini tuo (Ps. 65,4).

Póstrese toda la tierra y entone salmos, cante salmos a tu nombre.

A mari usque ad mare, a flumine usque ad terminos orbis terrarum effusum est nomen tuum super omnem terram (Ps. 71,6).

Dominará de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra.

Sit nomen eius benedictum in saecula: ante solem permanet nomen eius (Ps. 71,17).

Será su nombre bendito por siempre; durará mientras dure el sol.

Pauper et inops laudabunt nomen tuum (Ps. 73,21).

El pobre y el menesteroso alaben tu nombre.

Notus in Iudaea Deus: in Israel magnum nomen eius (Ps. 75,2).

Glorioso es Dios en Judá, grande es su nombre en Israel.

Effunde iram tuam in... regna quae nomen tuum non invocaverunt (Ps. 78,6).

Derrama tu ira... sobre los reinos que no invocan tu nombre.

Et cognoscant quia nomen tibi Dominus (Ps. 82,19).

Y reconozcan que tu nombre es Yavé...

Domine, fac mecum propter nomen tuum (Ps. 108,21).

Señor, protégeme por el honor de tu nombre.

Sanctum et terribile nomen eius (Ps. 110,9).

Su nombre es santo y terrible.

Usque ad occasum laudabile nomen Domini (Ps. 112,3).

Desde donde sale el sol hasta donde se pone, sea alabado el nombre de Yavé.

Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam (Ps. 113,1).

No por nosotros, ¡oh Yavé!, no por nosotros, hazlo por la gloria de tu nombre.

Domine, nomen tuum in aeternum: Domine, memoriale tuum in generationem et generationem (Ps. 134,13).

¡Oh Yavé!, tu nombre es eterno, Yavé, tu testimonio es por edades y edades.

Turris fortissima, nomen Domini (Prov. 18,10).

Torre fuerte es el nombre de Yavé.

Oleum effusum nomen tuum (Cant. 1,2).

Es tu nombre ungüento derramado.

Panem nostrum comedemus et vestimentis nostris operiemur: tantummodo invocetur nomen tuum (Is. 4,1).

Comeremos de nuestro pan, nos vestiremos con nuestras ropas, pero que podamos llevar tu nombre...

...Y le llama Emmanuel.	**Et vocabitur nomen eius Emmanuel (Is. 7,14).**
...Se llamará Maravilloso, Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz.	**Vocabitur nomen eius Admirabilis, Consiliarius, Deus, Fortis, Pater futuri saeculi, Princeps pacis (Is. 9,6).**
He aquí el nombre de Yavé, que viene de lejos.	**Ecce nomen Domini veniet de longinquo (Is. 30,27).**
Soy yo, Yavé es mi nombre...	**Ego Dominus, hoc est nomen meum (Is. 42,8).**
Cuyo nombre es Señor de los ejércitos.	**Dominus excercituum, nomen meum (Is. 51,15).**
También mi pueblo conocerá mi nombre y que soy yo quien dice: Aquí estoy.	**Propter hoc sciet populus meus nomen meum in die illa: quia ego ipse qui loquebar, ecce adsum (Is. 52,6).**
Y te darán un nombre nuevo que te pondrá la boca de Yavé.	**Vocabitur tibi nomen novum, quod os Domini nominavit (Is. 62,2).**
Vamos a darle veneno en el pan, le raeremos de la tierra de los vivos, y no se hará más memoria de su nombre.	**Mittamus lignum in panem eius et eradamus eum de terra viventium, et nomen eius non memoretur amplius (Ier. 11,19).**
No lo hago por vosotros..., sino más bien por el honor de mi nombre profanado...	**Non propter vos... faciam... sed propter nomen sanctum meum quod polluistis (Ez. 36,22).**
Así habla Yavé... He aquí que el varón cuyo nombre es Oriente...	**Ait Dominus... Ecce vir Oriens nomen eius (Zach. 6,12).**
Porque desde el orto del sol hasta el ocaso, es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura...	**Ab ortu enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda (Mal. 1,11).**

B) Poder y majestad del nombre de Jesús

(Le) pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados.	**Vocabis nomen eius Iesum: ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum (Mt. 1,21).**
Santificado sea tu nombre.	**Santificetur nomen tuum (Mt. 6,9).**

Nonne in nomine tuo prophetavimus, et in nomine tuo daemonia eiecimus et in nomine tuo virtutes multas fecimus? (Mt. 7,22).

¿No profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

Et eritis odio omnibus propter nomen meum (Mt. 10,22 y Lc. 21,17).

Seréis aborrecidos de todos por mi nombre.

Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo ibi sum in medio eorum (Mt. 18,20).

Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Qui reliquerit... propter nomen meum, centuplum accipiet (Mt. 19,29).

Y todo el que dejare... por amor de mi nombre recibirá el céntuplo...

Quisquis enim potum dederit vobis calicem aquae in nomine meo... non perdet mercedem suam (Mc. 9,40).

Pues el que os diere un vaso de agua en mi nombre... no perderá su recompensa.

Quicumque susceperit puerum iñ nomine meo, me suscipit (Lc. 9,48).

El que recibiere a este niño en mi nombre, a mí me recibe.

Si quid petieritis Patrem nomine meo dabit vobis (Io. 16,23).

Cuanto pidiereis al Padre, os lo dará en mi nombre.

Quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit (Act. 2,21 y Rom. 10,13).

Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará.

In nomine Iesu Christi: Surge et ambula (Act. 3,6).

En nombre de Jesús Nazareno: Anda.

Signa et prodigia fieri per nomen sancti filii tui Iesu (Act. 4,30).

(Extendiendo tu mano para realizar curaciones), señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús.

Ibant gaudentes... quoniam digni habiti sunt pro nomine Iesu contumeliam pati (Act. 5,41).

Ellos se fueron contentos... porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús.

Ego enim ostendam illi quanta oporteat pro nomine meo pati (Act. 9,16).

Yo le mostraré cuánto habrá de padecer por mi nombre.

Ut clarificetur nomen Domini Nostri Iesu Christi in vobis (2 Thes. 1,12).

Y el nombre de Nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros...

Donavit illi nomen quod est super omne nomen (Phil. 2,9).

...Y le otorgó un nombre sobre todo nombre.

10 Para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos,
11 y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.

10 Ut in nomine Iesu omne genu flectatur caelestium, terrestrium et infernorum,
11 et omnis lingua confiteatur quia Dominus Iesus Christus in gloria est Dei Patris (Phil. 2,10-11).

Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El.

Omne, quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Iesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum (Col. 3,17 y 1 Cor. 10,31).

Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados.

Si exprobamini in nomine Christi: beati (1 Petr. 4,14).

Por su nombre os han sido perdonados los pecados.

Remittuntur vobis peccata propter nomen eius (1 Ioan. 2,12).

Al vencedor... sobre él escribiré el nombre de Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalén, la que desciende del cielo de mi Dios, y mi nombre nuevo.

Qui vicerit... scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei novae Ierusalem quae descendit de caelo a Deo meo, et nomen meum novum (Apoc. 3,12).

...Tiene por nombre Verbo de Dios.

Et vocabitur nomen eius Verbum Dei (Apoc. 19,13).

Y verán su rostro y llevarán su nombre en la frente.

Et videbunt faciem eius: et nomen eius in frontibus eorum (Apoc. 22,4).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

La fiesta del Santísimo Nombre de Jesús, que se celebra el domingo intermedio entre la Circuncisión y la Epifanía o el 2 de enero, si no cae ningún domingo entre esos días, se remonta en sus orígenes al siglo XVI. Su celebración comenzó en la Orden franciscana, y en 1721 el Papa Inocencio XIII la declaró fiesta universal. La solemnidad evoca la imposición del nombre de Jesús al Hijo de Dios, que, siguiendo la costumbre judía, se verificaba en el mismo acto de la circuncisión. Por eso la Iglesia repite aquí el mismo evangelio del día 1 de enero. En el introito se recuerda el pasaje de San Pablo (Phil. 2,10-11): *In nomine Iesu omne genu flectatur caelestium, terrestrium et infernorum, et omnis lingua confiteatur quia Dominus Iesus Christus in gloria est Dei Patris;* que a su vez se inspira en Isaías (45,23-24). Asimismo en el introito se recuerda el salmo 8,2: *Domine, Deus noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra.* Tanto el ofertorio como la *communio* rememoran pasajes de exaltación del nombre de Dios, tomados del salmo 85.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) Epístola

Esta vez la epístola está tomada de los Hechos de los Apóstoles y alude al primer milagro obrado en el «nombre de Jesús»: *No tengo oro ni plata, pero lo que tengo, eso te doy: En nombre de Jesucristo Nazareno, anda* (3,6).

Iremos siguiendo el escueto, pero magnífico comentario de San Juan Crisóstomo (cf. *In Act. Apostol.* hom. 10: PG 60,85ss).

Verificado el milagro, debió rodear a los apóstoles una turba inmensa, a juzgar por el número de cinco mil creyentes que reseña el texto (Act. 4,4). Es fácil imaginar el revuelo que se produjo. En la misma puerta del templo llamada la Hermosa se predica a Jesús crucificado y resucitado, y no precisamente delante de un auditorio dispuesto a silenciar los hechos, sino clamoroso al estilo oriental.

Anás, Caifás, todos los fautores de la muerte del Señor, se

enteran del prodigio *dolentes* (Act. 4,2), esto es, con pesadumbre. ¿Habremos perdido el tiempo? ¿Habrá que comenzar otra vez? Y ciertamente *será la última impostura peor que la primera* (Mt. 27,64). De poco nos ha servido el soborno de los guardias. Cuando ya habíamos olvidado el asunto brota de nuevo con entusiasmo de multitud.

Dolidos, dice el Crisóstomo (ibíd. 85), de dos cosas: De que anunciaran que Cristo había resucitado (esto es lo que indica el texto: Act. 4,2) y de que anunciasen nuestra resurrección en virtud de la suya. Al fin, saduceos.

Los apóstoles son presos, y nada menos que cinco mil personas mezclan sus comentarios en torno de Cristo y de la prisión de Pedro. ¿Temerían la reproducción de un Viernes Santo? ¿Qué decidiría su ardor neófito?

A la mañana siguiente—esta vez no tuvieron tanta prisa como la noche de la prisión de Jesús—se reúnen Anás, Caifás, Juan y el helenizante, de nombre, al menos, Alejandro. *Convenerunt in unum* (Ps. 2,2), por segunda vez comenta el Crisóstomo (ibíd. 86).

Y poniéndolos en medio (Act. 4,7). No hay detalle que no indique el exacto conocimiento del que ha vivido la época por lo menos. El Sanedrín y, en general, los jueces se sientan en semicírculo, y en el centro el reo.

¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho esto vosotros? (ibíd. 7). Es clásica la división del milagro en cuanto a su cognoscibilidad, verdad histórica, filosófica, teológica y relativa. La verdad histórica—el hecho—y la filosófica—su sobrenaturalidad—, se admiten desde el primer momento. Pero *¿con qué poder o en nombre de quién lo habéis hecho?* Parece que va a comenzar una reproducción del examen del ciego de nacimiento (Io. 9,13-35). Tampoco allí se pudo negar el milagro, pero se buscó la explicación de atribuirlo al demonio (ibíd. 9,24).

Lleno del Espíritu Santo (Act. 4,81). No con la misma plenitud o con los mismos efectos que el día de Pentecostés (Act. 2,4), sino más bien con aquella otra que prometió el Señor a los apóstoles para cuando se vieran acusados: *No os preocupéis de cómo o qué habéis de responder o decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que habéis de decir* (Lc. 12,11-12). El Espíritu Santo que vela por su propio honor y toma la palabra.

Pedro, el que se atemorizó ante una criadita (Mt. 26,69), comienza con un brevísimo, pero respetuoso exordio: *Príncipes del pueblo y ancianos* (Act. 4,8). A partir de este momento, el discurso es un ejemplo de santa valentía. Para imaginársela cual hubo de ser basta pensar en el tormento horrible de la cruz y en el tribunal allí presente, el mismo que condenara a Cristo.

Ya que somos hoy interrogados sobre la curación de este inválido (ibíd. 9). El Crisóstomo (ibíd. hom. 10, p. 86) hace notar la habilidad con que San Pedro comienza remachando el carácter benéfico de su obra, realizada en provecho del enfermo allí presente, como testigo.

En todo parece recordar algún pasaje del Señor. *Muchas obras os he mostrado,* dijo Jesús, *¿por cuál de ellas me apedreáis?* (Io. 10,32). El paralelismo es perfecto: *Ya que somos... interrogados sobre la curación...*

Y seguidamente comienza el breve discurso, dividido en dos

partes: En la primera se establece el milagro y su verdad relativa, a la vez que la Divinidad de Jesús. En la segunda, talla San Pedro en pocas palabras el altar que en adelante ha de sustituir al del templo de Jerusalén: Cristo el Salvador.

Según el Crisóstomo (ibíd. 86-87), en la primera parte, la intención y el argumento apologético de Pedro es evidente: *Jesucristo Nazareno, a quien vosotros habéis crucificado* (v. 10); *a quien Dios resucitó* (ibíd.); y como prueba de ello, *por El, éste se halla sano ante vosotros* (ibíd.).

De esta forma San Pedro, apoyándose en la verdad histórica y filosófica del milagro, establece la relativa conexión entre la curación del tullido y la resurrección de Jesús.

La segunda parte afirma el carácter de cimiento y salvación del Señor.

La piedra rechazada por los arquitectos de la sinagoga *ha venido a ser la piedra angular* (v. 11) de los cimientos, aquella sobre la que se apoya el empuje de todo el edificio. Fundado sobre roca firme, será eterno, y el papel principal de todo él será Cristo, elegido por el Padre para desempeñar tal misión. La cita: *Lapidem quem reprobaverunt aedificantes, hic factus est in caput anguli,* pertenece al salmo 117,22, directamente referido a David y típicamente al Mesías.

No es la única vez que se presenta Cristo bajo la metáfora de la piedra, en la que muchos han de tropezar en esta vida, y con la que serán aplastados en el día del juicio cuantos no han querido apoyarse en ella.

Calvino quiso apropiarse blasfemamente este título (cf. A LAPIDE, *Comm. in Script. Sacr.*, t. 17: *In Act. Apost.*, ed. Vivès [Paris 1876], p. 128). ¡Cuántos hombres en la historia se han creído redentores! Mas ¿quién coloca hoy la esperanza de la salvación en sus nombres?

En ningún otro hay salud (Act. 4,12). Todo el dogma soteriológico y el tratado de gracia se condensan en esta frase. La redención es Cristo. La redención subjetiva, la aplicación de la muerte de Dios se opera mediante la gracia, sin la que nada podemos, y la gracia es dada por Cristo. La frase es tan rotunda como el dogma.

Ningún otro nombre nos ha sido dado... (ibíd.). Aunque la palabra *nombre* es un claro hebraísmo por persona u hombre, en ese mismo sentido venimos también nosotros a cantar las alabanzas del nombre de Jesús. El solo, porque se refiere a Cristo y porque sintetiza su obra redentora, encierra la salvación. A El solo adoran los ángeles y temen los demonios. El solo es miel en los labios y armonía en el oído...

Se maravillaban (Act. 4,13). El tribunal se quedó perplejo. La constancia de Pedro, el saberle hombre sin letras, seguidor del Nazareno, el tener delante al paralítico y no poder negar su curación, les planteó el mismo problema que la resurrección de Lázaro: *¿Qué hacemos, que este hombre obra muchos milagros?* (Io. 11,47).

Menos mal que en esta ocasión encontraron un arbitrio menos cruel que la muerte, y que se ha repetido tanto a través de la historia, la conspiración del silencio: *Conminémosles que no hablen a nadie en este nombre* (Act. 4,17).

Si los milagros de Lourdes estorban, con no hablar de ellos, ni

molestarse en estudiarlos... Si la doctrina pontificia es perfecta, con no proponerla ni nombrarla nunca ante el pueblo...

La respuesta de Pedro y la repetición de la orden sintetizan la posición de uno y otro bando. Pedro dice: *Juzgad por vosotros mismos si es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a El; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído* (Act. 4,19-20). Los sacerdotes *les despidieron con amenazas, no hallando motivos para castigarles* por temor al pueblo (ibíd. 21).

Triste sino el de los jefes judíos. Mientras muchos sacerdotes de segunda fila se convierten, la pequeña comunidad cristiana, al recibir a Pedro y Juan entonan el Salmo: *¿Por qué braman las gentes y los pueblos meditan cosas vanas?* (Ps. 2,1).

B) Evangelio

a) Le dieron el nombre

Entre los judíos—y todos los autores están concordes en este punto—, la imposición del nombre formaba parte del ceremonial de la circuncisión. Practicada ésta con la asistencia por lo menos de diez testigos y recitadas las preces rituales, se verificaba la imposición del nombre, que o era el mismo del padre (Lc. 1,59), o rememoraba algún suceso importante de la vida familiar, o se refería a alguna cualidad física o espiritual del recién nacido (cf. sección 4.ª, Santo Tomás, I,A). La ceremonia se terminaba con un modesto ágape. Algunos autores afirman que no solían las madres, sino los padres, poner el nombre a los hijos. Maldonado, refiriéndose a este extremo (cf. BAC, *Coment. a los cuatro Evang.*, t. 1, p. 132), dice que, «aunque es verosímil, sin embargo no debió ser uso constante, porque Raquel llamó a su hijo Benoni (Gen. 33,18). Y a Jabes no le puso el nombre su padre, sino su madre, porque la había costado muchos dolores el parto» (1 Par. 4,9).

Por lo demás, no nos dice el Evangelio ni las circunstancias de la ceremonia, ni el lugar en que se celebró, ni quién fué el ministro, ni los concurrentes. Las circunstancias se omiten sin duda por conocidas. El lugar, en opinión de la mayoría de los comentaristas, fué la propia casa en que se aposentó en Belén la Sagrada Familia después del nacimiento, aunque San Epifanio piensa que fué en la misma gruta. El ministro creen algunos que fué el mismo San José (cf. Gomá, *El Evangelio explicado*, vol, 1, p. 355), basándose en el propio Evangelio (Mt. 1,25): Y *le puso por nombre Jesús.*

b) Jesús

1. Etimología

El nombre *Iesus* es transcripción del griego Ἰησοῦς, el cual a su vez transcribe el hebreo יֵשׁוּעַ forma reciente (desde la cautividad) de יְהוֹשֻׁעַ que quiere decir *Yavé salvó*, o sea *Josué* (cf. Ricciotti, *Vida de Jesucristo*, n. 230). Según Lagrange (cf. *Evangile selon Saint Luc.*, 7.e ed [París, ed. Gabalda, 1948], p. 30) la

abreviación simple debió dar *Iôchou*, pero se prefirió *Iéchou* probablemente para evitar el sonido o + ou. Queda, por tanto, desechada la creencia antigua de que el vocablo Jesús provenía del sirio *asa*, esto es, *sanar*, o del griego ἰάσιν, *curar*, con lo que Jesús venía a significar *médico* o *salvador*. Y asimismo la artificiosa teoría de que el nombre de Jesús procede del tetragrammaton hebreo יהוה al que se hubiera insertado una letra ש pues el tetragrammaton tiene un ה al fin y no un ש (cf. A LAPIDE, *Comment. in Script. Sacr.*, t. 19, *In Epist. Div. Pauli: Phil.*, c. 2, p. 28).

2. Imposición milagrosa e historia del nombre

El nombre de Jesús fué impuesto milagrosamente antes del nacimiento. Es el ángel Gabriel quien primero se lo comunica a María: *Darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús* (Lc. 1,31). Después a José: *Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21). Muy oportunamente comenta Maldonado (cf. ibid. p. 132): «Del cielo venía el niño a quien se le ponía nombre en el cielo. Observamos, pues, que a todos los niños nacidos milagrosamente se les impone el nombre, milagrosamente también, antes de que nazcan». Así Isaac (Gen, 17,19): *De cierto que Sara, tu mujer, te parirá un hijo, con quien estableceré yo mi pacto sempiterno y con su descendencia después de él.* Así también Juan el Bautista (Lc. 1,13): *Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, al que pondrás por nombre Juan.*

Entre los hebreos hubo muchos que llevaron el nombre de Jesús, pero sin ninguna significación expresa, aun cuando algunos autores han querido buscársela, siempre en el sentido de algo relacionado con la liberación. Se llamó *Jesús* o *Josué*, que es forma equivalente, el hijo de Nun (Ios. 1,1), que introdujo a los israelitas en Palestina, tierra de libertad para el pueblo de Dios. *Jesús* o *Josué* se llamó también el hijo del sumo sacerdote Josedec (Ag. 1,1.12.14), que con Zorobabel sacó a los judíos de la cautividad de Babilonia y los introdujo otra vez en Palestina. Jesús, hijo de Sirac, se llamaba igualmente el autor del Eclesiástico, según testimonia en el prólogo su nieto, que tradujo el libro del hebreo al griego, y por quien sabemos que su abuelo era hombre muy dado al estudio de las divinas Escrituras, de la ley, de los profetas, y de los otros libros patrios (cf. *Introduc. al Eclesiástico:* BAC, NÁCAR-COLUNGA, *Sagrada Biblia*, 4.ª ed., p. 892). Asimismo llevaron el nombre de Jesús otros muchos hebreos desconocidos, entre los que hemos de mencionar a uno de los compañeros de San Pablo, llamado Jesús el Justo (Col. 4,11).

Recordemos, por último, como nota curiosa (cf. A LAPIDE, ibid., p. 80) que antes de que Jesús naciese predijeron y vaticinaron su nombre los patriarcas, los profetas y las sibilas. Los escritores antiguos veían una profecía del nombre de Jesús en las palabras de Jacob (Gen. 49,18): *Salutare* (id est, Salvatorem) *tuum exspectabo, Domine.* Asimismo encontraron una profecía neta de este nombre en el pasaje de Habacuc (3,18), donde la Vulgata tradujo: *Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Iesu meo*, y donde los autores modernos (cf. NÁCAR-COLUNGA, ibid., p. 1204) vierten: *Yo siempre me alegraré en Yavé y me gozaré en el Dios de mi salvación.* Igualmente estimaron profecía del nombre de Je-

sús el conocido pasaje de Isaías (45,8): *Rorate caeli desuper et nubes pluant iustum: aperiatur terra, et germinet salvatorem;* que hoy viene a traducirse (cf. NÁCAR-COLUNGA, ibíd., p. 991): *Destilad, cielos, arriba el rocío; lloved, nubes, la justicia; ábrase la tierra y produzca el fruto de la salvación.*

Cornelio a Lapide (cf. ibíd.) recuerda que los Setenta tradujeron casi siempre el vocablo hebreo que equivale a Mesías por el griego σωτὴρ, que quiere decir *Salvador,* y añade: «El mismo nombre anunciaron las sibilas, según consta por los versos acrósticos de la Sibila Eritrea, cuyas primeras letras forman en griego las iniciales de las palabras Ἰησοῦς, Χριστὸς, υἱος Θεοῦ, σωτὴρ, σταυρός, *Iesus Christus, Filius Dei, Salvator, crux.* Estos versos aparecen al fin de los oráculos sibilinos y los menciona Cicerón (cf. *De divinat.,* 1,2).

3. Significación

De acuerdo con la etimología y con la explicación de San Mateo (1,21), el nombre significa *Salvador,* y, por tanto, como dice Fillion (cf. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo,* vol. 1, p. 201, ed. Fax, Madrid 1942), es «por sí solo símbolo abreviado de la gracia de la salvación, de que era portador el Mesías para la Humanidad entera». Maldonado (cf. ibíd., p. 133) afirma que otros hebreos se llamaron Jesús por casualidad; «Cristo, en cambio, por determinado consejo, no humano, sino divino. Aquellos que lo llevaron antes que El no fueron verdaderos salvadores, y Cristo lo es más todavía de lo que el nombre acierta a significar. Para ellos era nombre común y vulgar; para Cristo fué peculiar y, según el profeta había predicho, propio y singular, porque de la manera que de Cristo se dijo, a nadie le conviene más que a El; ya que no hay en otro alguno salud».

En suma, como afirma el P. Fernández (cf. BAC, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo,* p. 37), «es el de *Cristo* nombre griego que, como el hebreo Mesías, significa ungido. *Jesús* era el nombre personal y propio del Verbo encarnado, *Cristo* era el nombre oficial de su dignidad mesiánica; *Jesús* es más amable, *Cristo* más respetuoso. La Iglesia ha unido sabiamente los dos nombres, de modo que forman uno solo, *Jesucristo,* mezcla de amor y de dignidad, que infunde a la vez reverencia y dulzura».

Con razón, pues, afirmó San Pablo (Phil. 2,9) que el nombre de Jesús es *un nombre sobre todo nombre,* ya que en El se resumen todos (cf. infra, sec. 3.ª,IV, SAN BERNARDO, y sec. 5.ª,I, SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA).

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN AGUSTIN

Empezamos por recoger algunos párrafos del serm. 141, que versa sobre el texto de San Juan (14,6): *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (cf. PL 38,776 y BAC, *Obras de San Agustín*, t. 7, p. 45-49).

A) Cristo, único camino para la verdad

a) Los filósofos gentiles vieron de lejos la verdad, pero no el camino para llegar a ella

«¿Quién no aspira a la verdad y a la vida? Pero no todos hallan el camino. Aun filósofos profanos hubo que vieron en Dios una cierta vida eterna inmutable, inteligible e inteligente, sabia y principio de toda sabiduría; y vieron también en El una verdad fija, estable, indeficiente, donde están las matrices de todas las criaturas; mas viéronla de lejos y en el seno del error, y así no acertaron el camino a la posesión de tan magnífica, inefable y bienaventurada herencia». San Pablo nos dijo que conocieron a Dios, a través de las criaturas, pero que *aprisionaron la verdad con la injusticia* (Rom. 1,18).

Las cosas invisibles de Dios fueron intelectualmente conocidas por medio de la creación. «Interrógale al mundo: la magnificencia del cielo, el brillo y armonía de los astros; el sol, que se acompasa a las exigencias del día; la luna, solaz y mitigación de la noche. Interrógale a la tierra, fecunda en hierbas y árboles, poblada de animales, embellecida por los hombres. Interrógale al mar, henchido de tanta variedad de peces; interrógale al aire, florecido de tan numerosos volátiles; interroga, en fin, a todos los seres, y mira si no parecen estar diciendo a su modo: Es Dios quien nos ha hecho. Nobles filósofos hubo que interrogaron al universo y descubrieron en el artificio al artífice». Sin embargo, se convirtieron en necios. Describe a continuación el orador la estupidez de los idólatras, y prosigue diciendo: Recibieron la verdad en la iniquidad y no lograron poseer lo que vieron porque no encontraron el camino.

b) Cristo, camino de la verdad, era sabiduría

Cristo, que era la verdad y la vida en el seno del Padre, el Verbo de Dios, a quien se llamó *vida y luz de los hombres* (Io. 1,4), al hacerse hombre se convirtió en camino. «Siguiendo el camino de su humanidad, llegarás a la Divinidad. El te conduce a El mismo. No andes buscando por donde ir a El fuera de El. Si El no hubiera tenido voluntad de ser camino, extraviados anduviéramos siempre. Hízose, pues, camino, por donde ir. No te diré por ende: Busca el camino. El camino mismo es quien viene a ti. ¡Levántate y anda! Anda con la conducta, no con los pies. Muchos andan bien con los pies y mal con la conducta. Y aun los hay que andan bien, pero fuera de camino».

«Hombres hallarás, en efecto, de vida regulada y no son cristianos. Corren, mas no por el camino, y cuanto más andan, más se extravían, pues se alejan más del camino. Si estos hombres entran en el camino y le siguen, ¡cuánta seguridad hay! Porque andan bien y no yerran. Cuando, al revés, no siguen el camino, ¡qué lástima da por bien que anden! Preferible, sin duda, es ir por el camino, aun cojeando, a ir bravamente fuera de camino. Y con esto vuestra caridad se da por satisfecha. Vueltos al Señor, demos gracias al que vive y reina por los siglos de los siglos».

B) Unión de todos en Cristo

En un largo sermón comenta San Agustín los seis primeros versículos del salmo 123 (cf. *Enarrat. in Ps. 123:* PL 37,1639ss). No tenemos otra salvación, viene a decir, que la de Jesús. Sólo se salva de los ataques del hombre y de la impiedad aquel que posee a nuestro Salvador. A través del sermón expone algunos pensamientos sumamente útiles, como el de la unidad de todos los miembros en Cristo.

a) Cristo y sus miembros forman un solo cuerpo

Este canto se ha llamado gradual o escala para subir. Ya sabéis que todo cántico nuestro es una subida que se verifica no con los pies, sino con el corazón. Y os lo repito, porque es muy necesario que lo entendáis. «Unas veces canta uno solo y otras muchos, pero siempre cantamos al unísono, porque uno solo es Cristo y todos sus miembros forman un solo cuerpo, de Cristo y con Cristo, cuya cabeza está en el cielo. El cuerpo, aunque trabaje en la tierra, no está se-

parado de su cabeza, que nos mira desde arriba y nos ayuda...; así, pues, sea uno el que cante, sean muchos, siempre canta uno solo, porque hemos encontrado la unidad en Cristo».

b) Cristo, camino de la fe

Cantamos unas veces con dolor y otras con alegría, pero siempre con esperanza. Si no la tuviéramos en la vida futura, pereceríamos. Nuestro gozo no es actual, aunque lo poseemos ya con la esperanza, apoyados en aquella verdad que ni puede engañarse ni engañarnos; esperanza que nos libra, si permanecemos fieles a sus promesas. Para alcanzar la vida feliz se requiere primero que sean aptos nuestros corazones por medio de la fe.

Ahora vivimos por la fe. «No estamos en la patria todavía, sino en el camino, mas el que no cree, no está ni en el camino ni en la patria. Marchemos, pues, de tal manera que no nos separemos de ese camino que es el mismo Rey de la patria, nuestro Señor Jesucristo. Porque donde está la verdad, allí está el camino. ¿Dónde vamos? A la verdad. ¿Por dónde? Por la fe. ¿Dónde vamos? A Cristo. ¿Por dónde vamos? Por Cristo. El lo ha dicho: *Yo soy el camino de la verdad* (Io. 14,6).

c) Cristo, único camino para ir a Dios

«Dijo el Señor: *Si permanecéis en mi palabra seréis en verdad discípulos míos y conoceréis la verdad, y la verdad os librará* (Io. 8,31-32). ¿Cuál es esa palabra en la que hay que permanecer? *La palabra de la fe que predicamos* (Rom. 10,8). Así, pues, la primera palabra es la de la fe, y si permanecemos en ella, conoceremos la verdad y la verdad nos librará. La verdad es inmortal, es inconmutable: la verdad es aquel Verbo de quien se dice: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Io. 1,1); ... *y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (ibíd. 14). Ese Verbo que permanece en sí es la verdad adonde vamos y la que ha de librarnos; ese Verbo de la fe que se nos predica y en la que debemos permanecer para conocer la verdad es *el Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros*. Creed en Cristo nacido de la carne y de este modo llegaréis al Cristo que nació en Dios, que es Dios y que permanece en Dios».

d) El ejemplo de los mártires

Los mártires iban cantando hacia la muerte llenos de esperanza. Cuando admiramos su ejemplo y leemos las Escrituras, saltamos de gozo, y unidos los mártires de ayer y los cristianos de hoy, decimos a una: *A no haber estado el Señor por nosotros* (Ps. 123,1)... «Cuando consideran los mártires las tribulaciones que hubieron de pasar, y, en el lugar seguro donde disfrutan de felicidad eterna, piensan lo difícil que les hubiera sido verse libres, de no contar con la mano del libertador, exclaman gozosos: *A no haber estado el Señor por nosotros...*»

«Imaginémonos que participamos con ellos del triunfo del siglo venidero, y que insultamos a la muerte derrotada, diciéndole: *¿Dónde está, muerte, tu victoria?* (1 Cor. 15,55). Unidos con los ángeles y alegres con nuestro Rey... gocémonos con El, rebosante de esperanza el corazón y pensemos de cuántos escándalos, de cuántas tribulaciones del mundo, de cuántas persecuciones de los paganos y engaños de los herejes, de cuántas sugestiones del demonio y de cuántas luchas de la sensualidad nos hemos escapado. *¿Quién hubiera podido evadirse en todo ello a no haber estado el Señor por nosotros? Dígalo Israel... cuando se alzaron contra nosotros los hombres* (ibíd. 2). No os admiréis de que hayan sido vencidos; eran hombres y el Señor estaba con nosotros; eran hombres los que se levantaron y no era hombre el que nos defendía».

e) Vivos y muertos en Cristo

Hay hombres muertos (ibíd. 5, p. 1642) porque creen en los ídolos y no en Cristo; hay otros que están vivos porque creen en Cristo y no en los ídolos, y otros, finalmente, que a pesar de estar vivos porque creen en Cristo, no están con El por contemporizar con otras religiones (en este caso la idolatría).

De no estar con el Señor quizá nos hubiesen tragado vivos (Ps. 123,3). San Agustín, apoyándose en la palabra *vivos*, hace ver que la Iglesia no absorbe a nadie sino después de verle muerto para el siglo y para el pecado.

A continuación añade: Se levantaron muchos perseguidores, que no faltan todavía, y se tragaron a aquellos a quienes podían llamar vivos, pero en los cuales no estaba el Señor. Estos son los que conocen el mal, pero lo consienten. Cuando se les dijo: Echad incienso a los ídolos, porque si no os mataremos, amaron más a la tierra que al cielo. Si

hubiesen creído en los ídolos, yo no diría que estaban vivos, sino muertos; mas como creían en Cristo, tengo que decir que estaban vivos, y vivos fueron deglutidos. Ahora bien, vivos y todo, como prefirieron seguir lo que por los ojos les entraba, en vez de amar a Aquél en quien creían, he de confesar que habían arrojado al Señor y que vivos aún fueron devorados.

C) La verdad de Cristo nos libra

San Agustín desarrolla hermosamente esta idea al comentar el capítulo 8 (31-36) del evangelio de San Juan. Por estimarlo relacionado con el tema homilético de Jesús Salvador extractamos todo el tratado e insertamos algunos de los párrafos más expresivos (cf. *In Ioan. Evang.*, t. 41: PL 35,1692ss).

a) Cristo es la verdad

No pude hablaros ayer de la libertad que Cristo nos prometió, y siendo tema tan interesante, vamos a dedicarle el sermón de hoy. El señor está hablando a los judíos, amigos y enemigos, y les dice que si le creen y permanecen en su palabra, conocerán la verdad (Io. 8,31-32). «La verdad es inconmutable. La verdad es el alimento que sostiene a las inteligencias y no se agota; cambia al que lo come y no se convierte en sustancia del que come. El Verbo de Dios, Dios de Dios, Hijo Unigénito, es la verdad. Esta verdad se vistió de la carne por nosotros y nació de María Virgen para que se cumpliera la profecía: *Veritas de terra orta est* (Ps. 84,12). Esta verdad cuando hablaba a los judíos estaba escondida en la carne».

b) La verdad nos salvará

Es verdadera salvación, no metafórica, como el lenguaje latino permite traducir. En latín, por ejemplo, se dice librar de una enfermedad, pero en este caso hay que entenderlo en su verdadero sentido, librar de un cautiverio.

Los judíos al oírlo se indignaron y decían: *Somos linaje de Abraham y de nadie hemos sido jamás siervos* (Io. 8,33). Y en su orgullo se olvidaban de que, a pesar de ser hijos de Abraham, habían padecido en la historia mil cautiverios. Sin embargo, el Señor no se refiere a las cautividades humanas, sino al cautiverio del pecado.

c) El cautiverio del pecado

Amen, amen dico vobis (ibid. 34). Fórmula de juramento. El Señor quiere inculcarnos una verdad que debe interesarnos mucho. ¿Cuál es? *Que todo el que comete pecado es siervo del pecado* (ibid. 34). ¡Oh desgraciada servidumbre! Hay hombres que no pueden aguantar a sus señores y terminan por venderse, buscando, no ser libres, sino cambiar de dueño. Pero ¿a quién podrá acudir el siervo del pecado? ¿A quién podrá venderse? Otros huyen de la tiranía de sus señores. ¿Dónde podrá ir el siervo del pecado, si adondequiera que vaya llevará consigo la tiranía de su dueño? Nunca le abandonará su conciencia mala y el pecado que dentro de sí aprisiona su alma con cadenas. «Pecó para obtener cierto placer corporal; pasó el placer, quedó el pecado. Pasó el deleite, quedó la cadena. ¡Dura esclavitud!» A veces, algunos criminales acuden a refugiarse en la iglesia, y tenemos que padecer a hombres indisciplinados que no quieren someterse a ningún señor y, sin embargo, se subyugan a sus delitos. En otras ocasiones se refugian también en la iglesia personas a quienes se ha retenido injustamente en la esclavitud, y entonces el obispo ha de intervenir para defender su libertad. «Corramos todos a Cristo y amemos a nuestro Libertador; ofrezcámonos a El en venta para que nos redima con su sangre. Dice el Señor: *De balde fuisteis vendidos y sin dinero seréis rescatados* (Is. 52,3). Sin dinero vuestro porque era mío. Dice el Apóstol (1 Petr. 1,18-19): *Habéis sido rescatados... no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo,* pues de otro modo hubiéramos permanecido esclavos e indigentes».

d) Sólo Cristo nos libra del pecado

Sólo nos podía librar de este cautiverio el Señor, que no lo padeció, porque es el único que no ha tenido pecado.

San Pablo dice (2 Cor. 5,20): *Somos embajadores de Cristo... Por Cristo os rogamos: Reconciliaos con Dios.* Si hemos de reconciliarnos con Dios, señal es de que somos enemigos suyos y, por lo tanto, siervos del pecado. ¿Cómo conseguir esta reconciliación? «Quitando algo de entre los dos y poniendo algo entre uno y otro. Hay una cosa entre Dios y nosotros que nos separa: el pecado. Hay otra que nos une y reconcilia: nuestro mediador Cristo Jesús (1 Tim. 2,5)». *El siervo,* dijo el Señor, *no permanece en la casa para siempre* (Io. 8,35). Luego, aunque ahora estemos en la Iglesia,

si somos siervos del pecado nos habrán de expulsar algún día. ¿Qué esperanza nos resta entonces, si todos somos pecadores? *El hijo permanece para siempre* (ibíd.). Si, pues, el Hijo os libra, seréis verdaderamente libres. Esta es nuestra esperanza, hermanos, que nos libre el que ha sido siempre libre, y al librarnos nos haga siervos, no de nuestros deseos, como lo éramos antes, sino siervos libres de la caridad (Gal. 5,13).

e) Libres del pecado mortal

La primera libertad consiste en carecer de crímenes, no de pecados, porque pecados todo el mundo tiene, sino de aquellos que llegan en su gravedad a ser crímenes (pecados mortales).

No es que Dios odie unos pecados y otros no. Los odia todos, como el médico a la enfermedad, y su obra en nosotros consiste «en ir deshaciendo el pecado para que el hombre sea libre. Pero ¿cuándo?, me preguntaréis. Si lo va amenguando, ¿por qué no lo consume de una vez? Lo disminuye en esta vida a medida que vamos adelantando y lo deshace totalmente en la vida perfecta».

El pensamiento de San Agustín es que el pecado mortal desaparece, pero no podemos vernos libres del venial hasta alcanzar la gloria.

f) Sujetos a la concupiscencia, pero sin que reine en nosotros el pecado

La primera libertad que nos trae Cristo es vernos libres del pecado. Levanta el hombre la mirada hacia la libertad y ya la goza, pero no es perfecta, porque todavía ve en sus miembros una ley que repugna a su voluntad (Gal. 5,17) y una carne que pelea contra el espíritu. Sin embargo, en su interior se deleita con la ley divina. Esta es nuestra libertad: no obramos por miedo, sino porque amamos la ley de Dios, mientras que el esclavo obra sólo por temor.

Me complazco en la ley de Dios, según mi hombre interior, y aun cuando en mis miembros exista la ley que se opone, yo no dejo que el pecado reine en mí, porque la gracia de Cristo Jesús me ha hecho libre y me ha enseñado a servir con mi mente a la ley de Dios, aunque la carne esté sujeta a la ley del pecado.

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias (Rom. 6,12). Se ha despertado en ti la ira; pues no le des poder ninguno sobre la lengua, no dejes que gobierne las manos. Una in-

clinación ha habido dentro de ti, la concupiscencia, que la ha hecho levantarse, pero arrebátale el reinado y sin ningún arma no podrá pelear contra ti. *No deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado* (ibíd. 13).

g) Libertad perfecta

Gozaremos de la libertad plena y perfecta que nos concedió Cristo libertador cuando no exista enemigo alguno, ni aun la misma muerte; cuando este cuerpo corruptible se halle revestido de incorrupción, y nuestro ser mortal, de inmortalidad. Entonces viviremos, sin morir, en Aquel que por nosotros murió y resucitó *para que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquel que por ellos murió y resucitó* (2 Cor. 5,15).

h) La Iglesia, depositaria de la salvación de Cristo

Roguemos al médico para que nos lleve a la posada donde nos curen, porque él ha prometido la salud y él es el que, compadecido de aquel hombre dejado medio muerto por los ladrones, lo curó y le sanó sus heridas con aceite y vino... (Lc. 10,34). ¿A qué posada nos ha de llevar? A aquella en que se dice: *Somos embajadores* de Cristo (2 Cor. 5,20). Hermanos, en este tiempo en que el enfermo puede curarse, la Iglesia es la posada del camino y a la vez la herencia del heredero.

D) O con Cristo o Anticristo

Aunque el comentario de San Agustín a la epístola primera de San Juan no trata directamente el tema de nuestra salvación, lo escogemos, porque expone ideas oportunas a la orientación que hemos querido dar a parte de esta domínica, demostrando que no puede haber salvación sino en Cristo y su Iglesia. El pensamiento de San Agustín es que hay muchos Anticristos en el mundo, pues todo el que no está con El lo es. Primeramente los que no creen en El, y, en cierto modo también, los que creyendo no siguen su doctrina (cf. *In Epist. Ioan. ad Parthos*, c. 2,18-27, tr. 3: PL 35.1997ss).

Iglesia, mas no se hubiesen separado si hubiesen sido nuestros. Antes de marcharse, ya no lo eran. Luego tenemos que confesar que entre nosotros hay muchos que no son nuestros, sino Anticristos».

Comienza a describir San Agustín en qué consiste ser Anticristo, esto es, no anterior a Cristo, sino contrario a Cristo.

«Los que no son contrarios a Cristo no pueden salir de ninguna manera, porque todo el que no es contrario suyo está adherido a El y se cuenta entre sus miembros, y no hay ningún miembro que sea contrario a la cabeza». Hay algunos que están dentro del cuerpo de Nuestro Señor como los malos humores, que cuando se arrojan dejan sano al que dañaban. También cuando éstos se marchen quedará limpia la Iglesia y podrá decir: Salieron de mí, pero no eran míos, porque más bien me molestaban y me hacían enfermar.

En nuestra mano está elegir: «O Anticristo o con Cristo; o miembro suyo o humor dañino».

¿En qué consiste, en resumidas cuentas, ser Anticristo? Decidme: «¿Qué es Cristo? La verdad. El lo dijo». Así, pues, el que vive en la mentira no es de Cristo y está contra Cristo. ¿En qué consiste mentir? Oigamos la Escritura: *¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es Cristo?* (1 Io. 2,22). Jesús es un nombre propio y Cristo su oficio; negar su oficio, como lo negaron los judíos, es estar fuera de la verdad, y *todo el que cayere contra esa piedra se quebrantará y aquel sobre quien ella cayere quedará aplastado* (Lc. 20,18). Tropezará con ella si no lo reconoce ahora que se presenta humilde, y será aplastado cuando venga con todo su poder.

Pero ningún hereje quiere negar a Cristo. Preguntad a los donatistas y os dirán: Jesús es Cristo. Ahora bien, contra ellos podemos esgrimir un argumento: ¿Quién es el que se ha marchado? ¿Quién es el que se ha separado? Desde luego, que no somos uno, porque de lo contrario, «¿por qué hay dos altares distintos en la misma ciudad? ¿Por qué se han dividido las casas y los matrimonios? ¿Cómo es que en un mismo hogar hay dos Cristos?» Entonces ¿quién es el que ha salido fuera, nosotros o ellos? «Nosotros de ningún modo; nosotros poseemos el testamento de la heredad del Señor, lo leemos y vemos que estamos dentro de él... Poseemos la herencia de Cristo y ellos no... Estamos seguros de vivir en la unidad de la posesión, y todo el que no comunique y viva en esta heredad es porque se ha marchado fuera».

b) El que en la práctica niega la doctrina de Cristo es Anticristo

«Todo el que niegue que Jesús es Cristo se convierte en Anticristo. Busquemos, pues, quiénes son los que le niegan, pero no atendiendo a las palabras, sino observando los hechos, porque si nos fiamos de las palabras no habrá ni uno que no confiese que Jesús es Cristo. Descanse, por lo tanto, la lengua e interroguemos la vida» (Tit. 1,16)... El mayor mentiroso es el que confiesa con sus labios que Jesús es Cristo y lo niega en la práctica, porque dice una cosa y hace otra diferente.

Aplicando este criterio habría que contar entre los Anticristos no sólo a los que han salido de la Iglesia, sino a todos aquellos cristianos que, aunque no blasfeman de Cristo, blasfeman de sus ministros porque les corrigen sus costumbres. Si intentas demostrarles que no estás predicando una doctrina tuya sino de Cristo, ellos querrán convencerte de lo contrario, y si resulta claro que la enseñanza es de Cristo, entonces comenzarán a murmurar del mismo Cristo». ¿Ves cuál es el camino para llegar a ser un Anticristo manifiesto?

c) No busquéis a Dios y neguéis a Cristo

Pues que no se atreva nadie a decir: Yo no adoro a Cristo, sino a Dios, que es su Padre, porque *todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre* (1 Io. 2,23). Vosotros, oyentes míos, sois grano de trigo; óiganme todos los que son paja y conviértanse en trigo bueno.

II. SAN AMBROSIO

Transcribimos los distintos fragmentos que componen el sermón 45 de San Ambrosio (cf. PL 17,715-716), titulado *De primo Adam et secundo*, en el que el santo Doctor explana el tema de la Redención, contraponiendo a Cristo con Adán y a María con Eva.

A) Adán y Cristo

«Oíd, hermanos carísimos, cuál es el misterio de la ley. El primer hombre provino de la tierra y del cielo; el segundo del cielo y de la tierra; éste, de Dios y de María, que

era de la tierra; aquél, de la tierra y del Espíritu, que es del cielo. Ambos, sin embargo, nacieron de una virgen y sin contacto carnal: éste de una virgen incorrupta, aquél de otra intacta, porque todavía la tierra no había recibido ninguna semilla, ni había sido herida por ningún arado ni lluvia. Por el primero se perdió la vida, por el segundo nos fué devuelta. El primero perdió la gracia recibida; el segundo nos retornó, juntamente con la vida, la gracia. El primero cayó por instigación de una virgen, el segundo levantó lo que había caído por el parto de otra virgen. El primero, pecando nos trajo la pena de la muerte; el segundo, padeciendo, nos otorgó a todos el perdón; el primero fué arrojado del paraíso por la culpa; el segundo fué crucificado en una cruz por la gloria del mundo» (ibíd. 1).

B) Eva y María

«Si el mal nos vino por una mujer, por otra mujer nos vino asimismo el bien; por Eva caímos, por María estamos de pie, por Eva postrados, por María levantados; por Eva sometidos a esclavitud, por María liberados. Eva nos arrebató la perpetuidad, María nos la restituyó; Eva hizo que nos condenáramos por la fruta del árbol. María nos absolvió por el don del árbol; porque también Cristo estuvo pendiente, como un fruto, en el leño de la cruz» (ibíd. 2).

C) El árbol del paraíso y el de la cruz

«Si, pues, por un árbol morimos, por otro árbol fuimos vivificados. Un árbol nos mostró la desnudez, otro árbol nos vistió con el follaje de la indulgencia. Un árbol nos infundió ardor, el de los pecados, el árbol de la ciencia nos preparó con su vestido el refrigerio de los delitos, un árbol engendró espinas y abrojos, el árbol de la ciencia nos produjo esperanzas y salud; un árbol nos acarreó sudor y trabajo, el otro paz y salvación; un árbol nos descubrió la luz del cuerpo, otro nos abrió los ojos del corazón; uno nos insinuó la astucia del mundo, el otro la prudencia divina, uno nos trajo el mal, el otro el bien... Si Adán no hubiese caído corporalmente, Cristo no nos hubiese resucitado espiritualmente en esta vida» (ibíd. 3).

D) María y el misterio de la salvación

«¡Oh misterio de María, el más grande de los sacramentos! ¡Oh enseñanza inaccesible a los incrédulos y manifiesta a los creyentes! El inmortal crea el mortal y el mortal engendra al inmortal; el incorpóreo se recluye en la tierra, el corpóreo en el cielo. Dios se hace hombre, pero se exhibe como Dios; y todo esto se comete por Adán y es lavado por María. Así, pues, si feliz es Eva, por quien fué dada la ocasión, feliz es María, por quien fué alcanzada la curación; feliz Eva, por la que nació el género humano, pero más feliz María, por quien nació Cristo. Ella es mejor, mas ambas son gloriosas, porque Cristo no hubiese alegrado a María si no hubiese primero creado a Eva, de la cual nació la misma María, ni hubiese venido al mundo si antes ella no hubiera pecado en el mundo. Eva se dice madre del género humano, María madre de la salud. Eva nos enseñó, María nos confirmó» (ibid. 4).

«Por Eva crecemos, por María reinamos; por Eva fuimos seducidos en la tierra, por María elevados al cielo... Finalmente en Eva estaba entonces María, por María fué después revelada Eva»... (ibid. 5).

III. SAN PEDRO CRISOLOGO

Por su relación con el tema de Jesús Salvador, escogemos el sermón 110 de San Pedro Crisólogo, donde desarrolla el pensamiento de San Pablo de que nos justificamos por la fe en Cristo, según se expresa en el capítulo cuarto de la Epístola a los Romanos (cf. PL 52,503-505).

A) La salvación consiste en la fe

«El bienaventurado Apóstol, para la salvación de los primeros y de los últimos, esto es, de los judíos y de los griegos, levantó el estandarte, siempre único y singular, de la fe. Porque quien no merezca tenerla, no podrá poseer la gloria de los triunfos celestiales. Sólo esta enseña, hermanos, es la que dirige en el combate a los que pelean contra la incredulidad, la que nos indica al rey, la que federa a los aliados, la que aterroriza con su sola visión al enemigo impío. Por eso San Pablo nos dice (Rom. 4,23-24): *Y no sólo por él* (Abraham) *está escrito que le fué computado* (a

justicia), *sino también por nosotros, a quienes debe computarse; a los que creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús.* Veis, hermanos, que mientras los antiguos creen en lo futuro y los posteriores en lo pasado, unos y otros, por el mismo y único camino de la fe, se acercan a la salud. Mientras aquéllos confiesan que Cristo ha de venir, nosotros afirmamos que ya ha venido. Ellos se asombran de que haya descendido, como el hombre, hasta la muerte y lo creen, nosotros nos gloriamos de que haya muerto y resucitado. Por eso, esta salvación, tanto de los que nos antecedieron como de los que nos han de seguir, fué negada a los ojos, para que toda consistiese en la fe. Por lo cual dijo el Apóstol: *A los que creemos en el que resucitó entre los muertos nuestro Señor Jesús* (ibid. 24). Para que nadie crea que otro pudo hacerlo, el mismo autor y resucitador de su cuerpo dijo: *Tengo poder para dar la vida y poder para volver a tomarla* (Io. 10,18). Pues no pudo ser resucitada por otro la misma resurrección ni vivificada la vida. Ni El pudo negar para sí lo que había de traer a todos. Ni la fuente tiene sed, ni el pan hambre, ni el sol carece de luz, ni el descanso se fatiga.

B) Cristo nos justifica con su muerte

Fué entregado, dice San Pablo, *por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación* (Rom. 4,25). Entregado por nuestros pecados, no para que aquella vida, que no podía morir, fuese castigada, sino para que se borrasen los pecados que nos habían desterrado de la vida. Y *resucitó para nuestra justificación* (ibid.). Permaneciendo la condenación no puede justificarse el condenado. A nosotros, pues, que por la culpa de nuestro primer padre estábamos sometidos a la muerte, Cristo, celestial y verdadero Padre, liberándonos de la condena de la muerte, nos justifica con su propia muerte para la resurrección, de modo que no perece el reo; y la misma pena, esto es, la muerte, a la que se ordenó que acometiese a los reos, desfalleció y perdió las ínfulas de su poder. ¿Por qué la muerte cruel e impía fué obligada a tocar al inocente, al propio Juez?

C) La paz con Dios por Jesucristo

Con razón añade San Pablo (ibid. 5,1): *Justificados por la fe tenemos paz con Dios por mediación de Nuestro Señor Jesucristo.* Es como si dijera: Déjenos, déjenos la ma-

dre de las rencillas, la adversaria de la quietud, la enemiga de la paz, no se enorgullezca el judío por su ley ni se ensoberbezca por su naturaleza el gentil, ni se hinche el filósofo con sus vanas y espumosas opiniones, nadie se gloríe de sus méritos y de sus obras; porque la paz divina nos ha restituido y devuelto la vida que nos arrebató la prevaricación primera... *Tenemos paz con Dios por mediación de Nuestro Señor Jesucristo* (Rom. 5,1). No se rebele la tierra contra el cielo, no se subleve la carne contra el espíritu, antes al contrario, humillándose, únase a la gloria perpetua de la paz celestial. *Por quien hemos tenido también el acceso...* (ibíd. 5,2). Porque El se ha hecho para nosotros camino *por la fe para esta gracia* (ibíd.). La paz de esta vida es la fe, hermanos. *En que nos mantenemos y nos gloriamos en la esperanza y la gloria de Dios* (ibíd.). Nos mantenemos ciertamente en la fe y no en el cuerpo; y nos gloriamos en la esperanza, no en las cosas que ya hemos recibido. *Y no sólo esto, sino que nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedará confundida* (Rom. 5,3-5). He aquí las edades en que el justo se fortalece hasta convertirse en varón perfecto: la tribulación, la paciencia, la virtud probada, la esperanza.

D) La fortaleza del justo

La tribulación, hermanos, es como la primera prueba que sacude y conturba la infancia del varón justo. Cuando lo encuentra paciente, entonces educa al adolescente de buena índole para cosas mayores. *La tribulación produce la paciencia* (ibíd.). La paciencia es, hermanos, la que prueba que el joven es apto para las virtudes. *La esperanza no quedará confundida* (ibíd.). La esperanza es la que perfecciona al hombre, e infatigable, lo adapta a la medida de la plenitud de Cristo. La virtud probada consiste en poseer todas las cosas con el vigor de la esperanza.

El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado (ibíd. 5,5). Para mostrarnos la calidad de este amor divino que se derrama en nosotros, añade San Pablo: *Porque cuando todavía éramos débiles, Cristo, a su tiempo, murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; sin embargo, pudiera ser que muriera alguno por uno bueno; pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo para salvarnos* (ibíd. 5,6). Si Cristo amó de tal manera al género humano que murió por

los impíos y los pecadores, ¿qué otra cosa creemos que habrá de otorgar a los justos sino su vida, su reino y su gloria? Si, pues, recibió la muerte para sufrirla por los impíos en la tierra, ¿cómo no ha de reservarte lo que en sí y por sí siempre posee, y sobre todo en el cielo?

E) Morir por Cristo

Digamos, pues, con el profeta: *¿Qué podré dar yo al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salud...* (Ps. 115,12-13). Esto es, moriré por El. Y ¿de qué manera? El murió espontáneamente por el impío y por el pecador, yo he de morir con dificultad por El, que es justo y bueno. Yo difícilmente moriré por El, porque no tanto la voluntad cuanto la necesidad me obliga a esta muerte. Oye lo que el Señor dijo a Pedro: *Cuando envejezcas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras* (Io. 21,18). En la adversidad, hermanos, la necesidad no puede compararse con la voluntad; asentir es necesidad, querer es virtud. Al que quiere, la misma muerte está sometida, porque siempre domina al que no quiere. Y, sin embargo, hermanos, puesto que el hombre no puede retribuir nada semejante al amor divino, dé lo que pueda, porque cada uno, según lo que tenga, será recompensado. Desfallezca para la gloria, muera para la vida, perezca para la salud. Gloriémonos, hermanos, de esta nueva manera de comerciar: porque la muerte, que era entre los hombres reparación de piedad, por Cristo ha sido convertida en prenda divina de amor».

IV. SAN BERNARDO

San Bernardo aborda el tema del nombre de Jesús repetidas veces, y siempre con gran profundidad y exquisita ternura. Empezamos por seleccionar algunos párrafos de la bellísima homilía 3,10,11 sobre el *Missus est* (cf. BAC, SAN BERNARDO, *Obra selecta*, p. 543, y PL 183,76-77).

A) El nombre de Jesús

a) JESÚS, SALVADOR DE SU PUEBLO

«*Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús* (Lc. 1,31). Entiende, Virgen prudente, por el nombre del hijo que te prometen, qué grande

y qué especial gracia has hallado a los ojos de Dios. Y le *pondrás por nombre Jesús* (ibid.). La razón y significado de este nombre se halla en otro evangelista, y lo interpreta así el ángel: *Porque salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21).

De dos leo que precedieron con el nombre de Jesús en figura de éste, y ambos acaudillaron pueblos; de los cuales uno sacó a su pueblo de Babilonia (Ag. 1,1.12.14) y el otro introdujo el suyo en la tierra de promisión (Ios. 1,1). Y estos mismos, sin duda, defendieron de sus enemigos a los pueblos que gobernaban, pero ¿por ventura les salvaron de sus pecados? Mas este nuestro Jesús salva a su pueblo de sus pecados, introduciéndole en la tierra de los vivientes. *¿Por qué salvará a su pueblo de sus pecados?* (Mt. 1,21). ¿Quién es este que también perdona los pecados? Quiera también dignarse el Señor Jesús contarme a mí, pecador, entre su pueblo para salvarme de mis pecados. Dichoso verdaderamente el pueblo de quien es su Dios este Señor Jesús, pues *El salvará a su pueblo de sus pecados*».

b) Necesidad de obedecerle para ser mejor

«Mas temo que muchos profesen ser de su pueblo y El no los tenga por pueblo suyo; temo que a muchos, que parecen ser los más religiosos entre su pueblo, diga El mismo alguna vez: *Este pueblo... me honra sólo con los labios, mientras que su corazón está lejos de mí* (Is. 29,13). Sabe el Señor Jesús quiénes son suyos, sabe a quiénes escogió desde el principio. *¿Por qué me llamáis*, dice, *Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?* (Lc. 6,46). ¿Quieres saber si perteneces a su pueblo o, más bien, quieres ser de su pueblo? Haz lo que te manda Jesús y te contará como de su pueblo. Haz lo que manda en el Evangelio el Señor Jesús, lo que manda en la Ley, lo que manda por los profetas, lo que manda por sus ministros que tiene en la Iglesia; obedece a tus prelados, que son vicarios suyos, no sólo a los buenos y modestos, sino a los que son ásperos y duros; aprende del mismo Jesús a ser manso y humilde de corazón, y serás de aquel verdadero pueblo suyo, que El escogió por su heredad; serás de aquel estimable pueblo suyo, a quien el Señor de los ejércitos bendijo, diciendo (Is. 19,25): *Tú eres obra de mis manos, y mi heredad, Israel;* de quien, para que acaso no sigas al Israel carnal, asegura con su testimonio: *Populus, quem non cognovi, servivit mihi: in auditu auris obedivit mihi* (Ps. 17,45)»...

B) Jesús, salvador del pecado

En el sermón 1.º de la Epifanía, el Doctor Melifluo explica el pasaje paulino (Tit. 3,4): *Apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador* (cf. BAC, o. c., p. 315-317, 3 y 4, y PL 183,143-144).

a) El nombre de Salvador

«Una cosa hay en que expresamente convienen los ángeles y el Apóstol cuando hablan del nacimiento de Cristo, y es que le dan el nombre de Salvador. Hablando Gabriel a María, como más plenamente instruída por el Espíritu de Dios, la indica el nombre solamente: *Le pondrás por nombre Jesús* (Lc. 1,31). El ángel que se apareció a José no sólo pronunció su nombre, sino que le instruyó de la causa, y se lo interpretó, diciendo: *Le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21). A los pastores también se les anuncia la *gran alegría... Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor* (Lc. 2,10). Así también habla San Pablo: *Apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios nuestro Salvador* (Tit. 3,4). ¡Qué bellamente! Ninguno calló el dulce nombre, porque esto era para mí muy necesario. De otro modo, ¿qué haría yo oyendo que venía el Señor? ¿No huiría como Adán (Gen. 3,8), que huyó de su presencia, aunque no pudo escaparse? ¿No desesperaría oyendo que venía aquel Señor cuya ley así he quebrantado, de cuya paciencia tanto he abusado y a cuyos beneficios he sido tan ingrato? ¿En qué otra cosa podía yo tener consuelo mayor que en el dulce vocablo, en el nombre de mi consolador? El mismo dice *que no vino para juzgar el mundo, sino para que el mundo sea salvado por El* (Io. 3,17). Ya me llegaré ahora confiadamente a El, ya le suplicaré con toda esperanza. ¿Qué temeré cuando viene el Salvador a mi casa? A El solo he ofendido. Quedará condonado todo cuanto El perdonare, porque verdaderamente El puede hacer cuanto quiera. Si Dios justifica, ¿quién osará condenarlos? O ¿quién puede acusar a los elegidos de Dios? Por eso conviene que celebremos haya venido a donde nosotros estamos, pues fácilmente nos concederá el perdón».

b) Fácil y amable salvación

«En fin, niño es; fácilmente se le podrá aplacar; porque ¿quién no sabe que el niño fácilmente perdona? Aunque no lo debemos estimar en poco, podemos reconciliarnos con Dios

ahora por cosa mínima. Por mínima cosa, repito, pero no sin penitencia, sino porque esta misma penitencia es como cosa mínima. Pobres somos, poco podemos dar; pero podemos volver a la amistad de Dios por esto poco, si lo queremos. Todo lo que puedo dar en este miserable cuerpo; si yo lo diere, ya basta; pero siempre que añada el suyo también, porque de lo mío es y mío es, supuesto que *nos ha nacido un Niño, nos ha sido dado un Hijo* (Is. 9,6). De ti, Señor, suplo lo que tengo en mí de menos. ¡Oh dulcísima reconciliación! ¡Oh suavísima satisfacción! ¡Oh reconciliación verdaderamente fácil, pero muy útil! Satisfacción tenue, pero no despreciable. Cuanto ahora es fácil, será después difícil; y así como ninguno hay ahora que no pueda reconciliarse con Dios, así dentro de poco ninguno habrá que lo pueda, porque así como la benignidad se manifestó a los hombres sobre toda su esperanza y pensamientos, así debemos esperar que será su rigor en el juicio».

«No menosprecies, pues, la misericordia divina, si no quieres sentir su justicia, su ira, su indignación, su celo y su furor. No me reprendas, Señor, en tu furor ni me castigues en tu ira. Y para que entendieras qué rigor se seguiría, le precedió tan gran mansedumbre, a fin de que por lo grande de la indulgencia pudiera inferir lo grande de la venganza. Inmenso es Dios e infinito en su justicia, pero también lo es en su misericordia: grande para perdonar, grande para castigar; aunque preceda la misericordia, para que, si queremos, no halle la justicia sobre qué descargar su rigor. Por eso nos mostró de antemano su benignidad, para que, reconciliados con el Señor por ella, veamos seguros su severidad. Por eso se dignó no sólo bajar a la tierra, sino dejarse conocer; no sólo nacer, sino darse a conocer».

C) La imposición del nombre de Jesús

Seleccionamos asimismo algunos párrafos del *Sermón 1 sobre la circuncisión*, 2 (cf. BAC, o. c., p. 302-303; PL 183-133) y del *Sermón 2*, 3-5 (cf. BAC, o. c., p. 305-307; PL 183,136).

a) Conexión de la circuncisión y del nombre de Jesús

«*Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, le dieron el nombre de Jesús* (Lc. 2,21). ¡Grande y admirable misterio! Es circuncidado el Niño y se le llama Jesús. ¿Pues qué conexión hay entre estas dos cosas? La circuncisión, sin duda, parece más propia de quien necesita lavarse que de quien es Salvador, y más bien corresponde a Salvador circuncidar que ser circuncidado. Pero aprende en esto cómo el Mediador entre Dios y los hombres desde el prin-

cipio de su nacimiento junta las cosas humanas con las divinas, las ínfimas con las supremas. Nace de mujer, pero mujer a quien de tal modo se le da el fruto de la fecundidad que no pierde la flor de la virginidad; es envuelto en pañales, pero los mismos pañales son honrados con las alabanzas de los ángeles; es ocultado en un pesebre, pero es manifestado brillando una estrella del cielo, demostrando así la circuncisión al mismo tiempo la verdad de la carne asumida; y el nombre recibido, que es sobre todo nombre, manifiesta la gloria de la Majestad. Es circuncidado, como verdadero hijo de Abraham; llámase Jesús, como verdadero Hijo de Dios».

«Y no lleva este mi Jesús, como otros que le precedieron, un nombre vacío e inútil. No hay en El mera sombra de su nombre grande, sino la verdad; porque testifica el evangelista que se le puso desde el cielo; *nombre impuesto por el ángel antes de ser concebido* (Lc. 2,21). Y mira bien la hondura de esta expresión. Después de nacido, es llamado Jesús por los hombres, y con este nombre fué llamado por el ángel antes de ser concebido; porque El es Salvador del ángel y del hombre; pero del hombre desde la Encarnación, del ángel desde la constitución del mundo...» *(Serm. 1, 2:* BAC p. 302-303).

«Con razón, ciertamente, al circuncidarse el Niño que nos nace, se le llama Salvador; porque ya desde entonces comenzó a obrar nuestra salud, derramando por nosotros aquella sangre inmaculada. Ya no tienen que preguntar los cristianos por qué causa quiso Cristo ser cincuncidado. Fué circuncidado por lo mismo por que nació y por que padeció. Ninguna de estas cosas fué por sí, sino todo por los elegidos...»

b) Todos los demás nombres de Cristo convergen en éste

«Pero ¿qué diremos al ver que aquel egregio profeta, prediciendo que este mismo Niño había de ser llamado con muchos nombres, parece haber callado únicamente éste, el cual sólo —como dijo antes el ángel y testifica el evangelista—*es su propio nombre?* Suspiró Isaías por ver este día; vióla y se alegró. En fin, hablaba gozosísimo, y alabando a Dios, decía (9,6): *Nos ha nacido un Niño, nos ha sido dado un Hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía, y se llamará Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de paz.* Grandes nombres en verdad. Pero ¿dónde está el nombre *que es sobre todo nombre* (Phil. 2.9), el nombre de Jesús, al cual se hinca toda rodilla? (ibíd. 2,10). Quizá en todos estos nombres hallarás sólo éste, Jesús... Sin duda, El mismo es de quien la Esposa dice en el cántico de amor: *Es tu nombre ungüento derramado* (Cant. 1,3)».

«Tenéis, pues, un solo Jesús en todos estos nombres; ni en manera alguna pudiera llamarse o ser Salvador si hubiera fal-

tado uno solo de ellos. ¿Acaso no le ha experimentado *Admirable* cada uno de nosotros en la mutación de nuestras voluntades? Entonces se da principio a la gran obra de nuestra salvación, cuando empezamos a desechar lo que antes amábamos, a tener dolor de lo que antes nos daba placer, a abrazar lo que temíamos, a seguir lo mismo de que antes huíamos, a desear lo que despreciábamos. Admirable es, sin duda, el que obra tales maravillas».

«Pero no es menos necesario que se muestre nuestro *Consejero* en la elección de la penitencia y en la ordenación de nuestra vida, para que nuestro celo no carezca de ciencia y no falte discreción a la buena voluntad. Igualmente es preciso que le sintamos *Dios* en el perdón de nuestras antiguas culpas, porque sin esto ni cabe darse la salud, ni puede nadie perdonar los pecados, sino sólo Dios. Y aun esto no bastaría para la salvación si no se mostrase *Fuerte* en rechazar y destruir a los enemigos que nos combaten, para que no nos venzan de nuevo nuestras concupiscencias, y nuestros fines sean peores que los principios. ¿Paréceos ya que nada falta para ser *Salvador?* Ciertamente faltaría una cosa principalísima, si no fuese *Padre sempiterno,* toda vez que por El resucitamos para la inmortalidad los mismos que por el padre del presente siglo somos engendrados para la muerte. Aun esto no bastara si, como *Príncipe de la paz,* no nos reconciliase con el Padre, a quien ha de entregar el reino, para que no ocurra que, como hijos de perdición y no de salud, resucitáramos sólo para la pena. *Para dilatar el imperio* (Is. 9,7) se llamará con razón Salvador por la muchedumbre de los que se han de salvar. *Y para una paz ilimitada* (ibíd.) hemos de saber que la salud es verdadera y no puede temerse que falte jamás» *(Serm. 2,* 3-5: BAC, p. 305-307).

D) Belleza de Cristo

Insertamos, por último, un trozo escogido del sermón 45,9, sobre el Cantar de los Cantares (cf. BAC, o. c., p. 1039, y PL 183,1003).

«¡Cuán hermoso eres para los ángeles, Señor Jesús, en tu naturaleza divina, engendrado desde lo eterno en los esplendores de la santidad antes que el lucero de la mañana, siendo como eres resplandor y retrato de la substancia del Padre y luz de la vida eterna, siempre refulgente y sin eclipse! ¡Cuán hermoseado apareces también a mis ojos, Señor mío, en esa nueva posición que has adoptado al unirte en persona a la naturaleza humana! Porque cuando a ti mismo te anonadas-

te, cuando te despojaste del brillante ropaje de la Divinidad, sombreando los purísimos resplandores de tu gloria, entonces resplandeció más fúlgida tu piedad, brilló más clara tu caridad y centelleó más intensamente tu gracia. ¡Oh! ¡Cuán esplendorosa aparece a mis ojos esa *Estrella que nace de Jacob* (Num. 24,17), cuán bella esa Flor que corona el esbelto tallo que brota de la *raíz de Jesé* (Is. 11,10), cuán placentera esa suavísima Luz que ha venido a alumbrarme desde lo alto de los cielos, a mí que yacía en tinieblas y en sombras de muerte! ¡Qué objeto de admiración y de pasmo no eres aún para las virtudes celestiales en tu concepción virginal por obra del Espíritu Santo, en tu nacimiento de Madre virgen, en la inocencia de tu vida, en la profundidad de tu doctrina, en la gloria de tus milagros y en la revelación de tus misterios! En fin, ¡qué brillante *Sol de justicia* (Mal. 4,2) eres cuando después de traspuesto emerges del corazón de la tierra! ¡Cuán agraciado apareces, Rey de la gloria, cuando, revestido de tu estola, te retiras a lo alto de los cielos! ¿Cómo por todas estas cosas no dirán todos mis huesos: *Señor, quién hay semejante a ti?* (Ps. 34,10)».

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

En la *Summa* (cf. 3, q. 37, a. 2) el Doctor Angélico explana la tesis de la conveniencia de que le fuera impuesto a Cristo el nombre de Jesús. Vale la pena recoger en extracto las ideas fundamentales.

A) Los nombres deben responder a las propiedades de las cosas

Este principio aparece claramente en los nombres de los géneros y de las especies. Aristóteles (cf. *Metaphys.*, l. 3, c. 7, n. 9: BK 1012 a 23) dice: *La razón que significa el nombre es la definición,* la cual designa la propia naturaleza de la cosa.

Pero los nombres de cada persona en particular siempre se imponen por alguna propiedad de aquel a quien el nombre se adjudica.

a) Por la circunstancia de tiempo

Es frecuente imponer los nombres de los santos cuya fiesta se conmemora en el día del nacimiento de la persona a quien se designa.

b) Por el parentesco

Suele acostumbrarse también adjudicar el nombre del padre o de algún pariente. Así ocurrió con San Juan Bautista. Sus parientes querían que se llamase *con el nombre de su padre, Zacarías* (Lc. 1,59), y no Juan, porque no había *ninguno en su parentela que se llamase con ese nombre* (ibíd. 1,61).

c) POR ALGÚN SUCESO IMPORTANTE EN LA VIDA DE LA FAMILIA

Así, por ejemplo, José *dió a su primogénito el nombre de Manasés, porque dijo: Dios me ha hecho olvidar todas mis penas* (Gen. 41,51).

d) POR ALGUNA CUALIDAD DEL NOMBRADO

Como ocurrió cuando Rebeca dió a luz a sus hijos. *Salió, el primero, uno rojo, todo él peludo, como un manto, y se le llamó Esaú,* que quiere decir rojo (Gen. 25,25).

B) Los nombres impuestos por Dios

Los nombres impuestos por Dios a determinadas personas siempre significan algún don gratuito que les ha concedido la Divinidad. Tal sucedió con el nombre de Abraham. *Ya no te llamarás Abram, sino Abraham, porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos* (Gen. 17,5). Y con el apóstol San Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt. 16,18).

Puesto que a Cristo Hombre se le confirió el oficio de la gracia, para que por El todos se salvasen, se le llamó convenientemente con el nombre de Jesús, esto es, *Salvador.* Este nombre lo anunció el ángel (Lc. 1,31), no sólo a la Madre, sino también a José, que había de ser el padre nutricio del Señor (Mt. 1,21).

C) Otros nombres de Cristo

a) LOS NOMBRES DE LAS PROFECÍAS

Todos los demás nombres relativos a Cristo están en cierto modo comprendidos en el nombre de Jesús en cuanto se refieren a la idea de *salvación.* Cuando Isaías dice (7,14): *He aquí que la virgen grávida da a luz un hijo y le llama Emmanuel,* y cuando San Mateo (1,23) añade: *que quiere decir Dios con nosotros,* se designa la causa de la salvación, que es la unión de la naturaleza divina y la humana en la persona del Hijo de Dios, por medio de la cual se hizo que *Dios estuviese con nosotros.*

Asimismo cuando Isaías dice (8.3): *Voca nomen eius, accelera spolia detrahere, festina praedari,* se designa aquello de que nos había de salvar, pues El arrebató los despojos al dia-

blo, según aquello del Apóstol (Col. 2,15): *Despojando a los principados y a las potestades los sacó valientemente a la vergüenza, triunfando de ellos en la cruz.* Del mismo modo cuando Isaías dice (9,6): *Se llamará Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz,* se designa el camino y el término de nuestra salvación, en cuanto *por el admirable consejo y poder de su divinidad fuimos conducidos a la heredad del siglo venidero,* en el cual será la *paz perfecta* de los hijos de Dios, bajo el mismo *Príncipe Dios.*

Finalmente, cuando el profeta Zacarías dice (6,12): *Ecce vir, Oriens nomen eius,* se refiere también al misterio de la Encarnación, según el cual *exortum est in tenebris lumen rectis corde* (Ps. 111,4).

b) Y te darán un nombre nuevo que te pondrá la boca del Señor (Is. 62,2)

A la dificultad de interpretar este texto de Isaías, teniendo en cuenta que el nombre de Jesús no es un nombre nuevo, sino que fué impuesto a muchos en el Antiguo Testamento, como se deduce también de la misma genealogía del Señor (Lc. 3,29), replica Santo Tomás que a aquellos que existieron antes de Cristo les pudo convenir el nombre de Jesús por alguna otra razón, como, por ejemplo, porque trajeron alguna salud particular y temporal. Pero según la razón espiritual y universal de la salvación, este nombre es propio de Cristo, y por eso se dice *nuevo.*

c) El nombre impuesto en la circuncisión

Santo Tomás rechaza, por último, la objeción de habérsele impuesto a Cristo inconvenientemente el nombre de Jesús en su circuncisión, toda vez que significando el nombre *salvación,* según dice el evangelista (Mt. 1,21): *Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados,* la salvación no fué hecha sólo *in circuncisione,* sino también *in praeputio,* como se deduce de las palabras del Apóstol (Rom. 4,11-12). A esta dificultad responde diciendo que, según se lee en el capítulo 17 del Génesis, Abraham recibió de Dios, al mismo tiempo, la imposición del nombre y el mandato de la circuncisión. Por eso, entre los judíos era costumbre que en el mismo día de la circuncisión se impusiesen los nombres a los niños, al igual que entre nosotros ocurre cuando se bautizan. Por eso sobre aquel pasaje de los Proverbios (4,3): *También fuí yo hijo pequeñito de mi padre, unigénito bajo la mirada de mi madre,* comenta la Glosa: Salomón se llama unigénito bajo la mirada de su madre porque,

según testimonia la Escritura, precedió a su hermano uterino, el cual, nacido después sin nombre, murió como si no hubiese existido (2 Reg. 12-18).

Concluye Santo Tomás que Cristo, al mismo tiempo que fué circuncidado, recibió la imposición del nombre.

II. SAN ROBERTO BELARMINO

Extractamos el sermón de circuncisión que pronunció Belarmino en 1601, y que pertenece a la serie 1.ª sobre el *Missus est* (cf. TROMP, *Opera oratoria postuma,* ed. de la Univ. Gregor. [1942], t. 1, sec. 3.ª, p. 276).

A) Nombre sobre todo nombre

Hoy comienza un nuevo año en el nombre del Señor, *nombre sobre todo nombre* (Phil. 2,9).

Merece este nombre singular reverencia, primero, porque lo dice el Apóstol, inspirado por el Espíritu Santo: *Al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos* (Phil. 2,10); segundo, porque es un nombre propio del Señor y no común (cf. supra, sec. 3.ª,IV, SAN BERNARDO, C,a, e infra, sec. 5.ª,II, FR. LUIS DE LEÓN, A); tercero, porque sintetiza los beneficios del Señor, tanto si se considera su sentido en hebreo, como en griego, como en el número de sus letras y en la figura con que se dibuja (cf. supra, sec. 2.ª,II, B,4,1 y 2, y sec. 5.ª,I, SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, B,b,1). Todo ello está sintetizado en Tito 2,14: *que se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y adquirirse un pueblo propio, celador de obras buenas.*

B) Jesús, salvador

Nos salva Jesús, ante todo, de la muerte eterna: *La soldada del pecado es la muerte* (Rom. 6.23). Nos salva, igualmente, de la mancha y deformidad interior: *Todos nosotros somos impuros, toda nuestra justicia es como vestido inmundo* (Is. 64,6). Nos salva, por último, de nuestra debilidad para obrar el bien: Porque no somos *capaces de pensar algo como de nosotros mismos* (2 Cor. 3,5).

Lo principal de la Redención ha sido, como dice San Pablo, *rescatarnos de toda iniquidad* (Tit. 2,14). ¡Beneficio que nos libra de la muerte eterna cuando estamos a punto de ser condenados, como el enfermo a quien se desahucia! ¿Por qué

estimamos tan poco la salvación de la muerte eterna? Porque no nos damos cuenta de lo que significa (cf. supra, sec. 2.ª,II, B,b,1).

C) *Jesús, médico*

Jesús, en griego, según Epifanio y otros autores, significa médico. En realidad, Jesús nos salvó de la enfermedad del pecado, que como todo morbo acarrea un daño interior y una debilidad para obrar. Los enfermos, además de sufrir sus males, pierden el gusto de todo. De la misma manera, el pecador, enfermo por dentro y perdido el gusto de lo celestial, sólo apetece lo que le perjudica. Por eso viene Jesús, como dice el Apóstol a Tito (Tit. 2,14), para limpiar a su pueblo y hacerle celador de buenas obras.

Celador de buenas obras... ¡Si los cristianos conocieran que ésta es su profesión! Todas las demás les hacen comunes con los gentiles y herejes. A los romanos les decía el poeta: Unos son escultores, otros oradores... *Pero tú, romano, acuérdate de que has nacido para regir imperios. Este debe ser tu oficio...* (VIRG., *Aeneid.*, 6,857-861).

A los cristianos hay que decirles: Sean otros lo que quieran; acuérdate tú de que has nacido para obrar el bien.

D) *Las letras del nombre de Jesús*

Muchos escritores antiguos utilizan un juego de ingenio, que consiste en estudiar el valor de las letras según el alfabeto griego o hebreo. Así el número del Señor es 888, y continuando la alegoría, el número 8 representa la felicidad final.

E) *El modo de dibujarlo*

El anagrama del nombre de Jesús suele dibujarse siempre con la cruz en el centro. De ella se derivaron todos los beneficios merecidos por Cristo, *que se entregó por nosotros* (Tit. 2.14). Pudo escoger otro medio y prefirió el más duro y humillante. Pensemos en los beneficios que hemos recibido de la cruz y sean éstos los clavos que nos sujeten a ella para no pecar.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Entre los más bellos sermones del glorioso arzobispo de Valencia figura la *Concio II in Circumcisionem Domini*, de la que transcribimos los más interesantes pasajes (cf. DIVI THOMAE A VILLANOVA, *Opera omnia*, vol. 4, p. 104-113, ed. Manilae 1883).

A) Exordio

Vocatum est nomen eius Iesus (Lc. 2,21). «La perfección de un nombre y su propiedad residen en la conformidad y proporción con su significado. Existe una doble proporción, una en la pronunciación y otra en la significación. En lo que respecta a la pronunciación, el nombre debe ser tal que sólo su elocución descubra lo que significa. Por eso, según Platón (cf. *Cratyl.*, p. 259, ed. Lugdun. 1590), la elocución es en cierto modo natural en el nombre, o sea que no está al libre arbitrio de quien lo impone, sino que ha de considerar éste su conformidad natural, de suerte que asigne a cada cosa su propio vocablo. La segunda proporción estriba en la significación. Por ejemplo, Dios *vocavit firmamentum caelum* (Gen. 1,8) *a caelando*. Hemos de demostrar que ambas proporciones se dan en el nombre de Jesús; por eso *vocatum est nomen eius Iesus* (Lc. 2,21)...»

Mi discurso constará de dos partes. Primera, de cómo este nombre es propio y convenientísimo a Cristo, y segunda, de sus excelencias...

B) Propiedad y conveniencia del nombre de Jesús

a) EL NOMBRE DE DIOS

«Dios es más excelente que toda palabra y que toda ciencia, y no hay sentido, ni imaginación, ni opinión, ni nombre... que pueda alcanzarle. ¿Cómo, pues, nos atreveremos

a hablar de los nombres divinos, si sabemos que la Deidad supersubstancial carece de vocablo y está por encima de todo nombre? Así como Dios es incomprensible, así también es inefable... Por eso Santo Tomás (I *Sent.*, dist. 22, a. 1) dice: «Así como Dios se comprende El solo a sí mismo, así también El solo se nombra. Al engendrar al Hijo, la misma generación constituye el nombramiento, y el mismo Hijo es su nombre». Por lo cual Isaías (30,27) afirmó: *He aquí el nombre del Señor que viene de lejos*... Y el Señor, como ofendido, cuando le preguntó Jacob cuál era su nombre, respondió (Gen. 32,30): *¿Para qué preguntas por mi nombre,* que es admirable, inefable, inenarrable e innombrable?...

Es, pues, innominado el nombre de Dios, como su alabanza es el silencio... Y así ocurre que *secundum nomen tuum, Deus, sic est laus tua* (Ps. 47,11). La suprema alabanza es el silencio. Porque hay una ignorancia mayor que toda ciencia, un callar que supera a todo decir y un desfallecer que aventaja a todo sentimiento. *Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini* (Ps. 83,3). Conoces bien a Dios cuando entiendes que no sabes nada de El y hablas bien de El si para hablar te callas. Así dice San Agustín *(De doctrina christiana,* l. 1, c. 6: PL 34,21): «¿Podemos decir y pronunciar algo digno de Dios? Yo siento que no otra cosa que querer decirlo, pues si algo dije, no es esto lo que he querido decir. De donde sé que Dios es inefable, porque lo que he dicho, si no fuera inefable, no lo dijera». Por tanto, Dios, que es inefable, es innombrable. Para que podamos nombrarle e invocar su nombre, según se dice en la Escritura (Act. 2,21): *Quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit,* quiso ser invocado con muchos nombres. Así se le llama Principio, Señor, Dios, Bondad, Verdad, Luz, Vida, Sabiduría, Caridad, etc. Asimismo se le nombra León, Cordero, Piedra angular, Sol, Estrella de la mañana, Fuego, etcétera; así el que no tiene ningún nombre es llamado con nombres diversos, para mostrar el piélago infinito de su esencia, puesto que careciendo de nombre, tomó los de todas las cosas, y para manifestar que El mismo está sobre ellas y es Dios todo en todas, como dice el Apóstol (1 Cor. 15,28), pues posee las perfecciones de las criaturas.

He aquí, pues, al Dios de ningún nombre y de todos los nombres. De éstos, unos se le aplican metafóricamente, como León, Cordero, Piedra, Sol, etc.; otros, con propiedad en cuanto a la cosa misma, no en cuanto al modo de entenderla o de significarla: Dios propiamente es vida y es luz, pero no la vida, ni la luz, como tú la entiendes. Nada hay en que puedas fijar el entendimiento respecto a Dios, y si algo concibes, no es Dios aquello que entiendes...»

b) El nombre de Cristo

«Dios, pues, que según su naturaleza es innombrable y carece de vocablo que lo designe, cuando asumió nuestra carne y se sometió a nuestro ser finito, apareció nombrable. Antes, como no tenía figura ni simulacro, según aquello de la Escritura (Deut. 4,15): *Non vidistis aliquam similitudinem in die,* tampoco tenía nombre. Pero al aparecer en forma carnal tomó nombre y figura: figura bajo la cual pudiéramos imaginarlo, nombre con el que pudiéramos invocarlo. Cuál fuera este nombre, oye al Evangelio: *Vocatum est nomen eius Iesus».*

1. El nombre de Jesús, propio de Dios

«Mostremos ahora, según las dos proporciones señaladas, que este nombre de Jesús es propio de Dios. Bastaba para esto con la autoridad de quien lo imponía, pues si, según se dice en el Génesis (2,19): *Omne quod vocavit Adam animae viventis, ipsum est nomen eius,* y el imponente humano, inspirado por Dios, aplicaba a las cosas sus nombres, cuánto más había de saber Dios imponer a su Hijo el nombre adecuado. Pero hemos de observar que este nombre de Jesús es el nombre de Cristo, no sólo en cuanto Dios, ni tampoco en cuanto hombre, sino en cuanto que es Dios y hombre al mismo tiempo. Y así la primera proporción de la pronunciación o del nombre de la Escritura conviene extraordinariamente al mismo Cristo, puesto que, así como El es uno, pero en dos naturalezas, así este nombre es único, pero en dos sílabas; y así como en la naturaleza inferior, a saber, en la humana, hay en Cristo dos partes, esto es, el cuerpo y el alma, así la primera sílaba tiene dos letras; y así como en la naturaleza superior existen tres personas, así la segunda sílaba consta de tres letras; y así como en lo divino el Hijo es engendrado a semejanza de la naturaleza, y el Espíritu Santo es nexo y santa comunicación del Padre y del Hijo, según dice San Agustín *(De Trin.* l. 6, c. 5: PL 42,928), así también de aquellas tres letras dos son semejantes y se unen por una intermedia. Del mismo modo, *Jesús* suena como *Salvador.* ¿Qué representan esas cinco letras en un solo nombre, sino las cinco llagas en un solo Salvador? He aquí la primera proporción».

2. El significado de Salvador corresponde al nombre

«Igualmente conviene a este nombre la proporción del significado. *Jesús* equivale a *Salvador.* En el *Salvador* hay que considerar dos cosas: el poder y el remedio; el poder de salvar y el remedio de la salvación; y este poder y este remedio expresan las dos naturalezas de Cristo. Una puso el remedio, a

saber, la humana; la otra la eficacia, la divina. Padecía como hombre y era escuchado como Dios. Como hombre era maniatado, azotado y crucificado, pero como Dios atribuía a estos tormentos la fuerza y la eficacia de la salvación. Finalmente, *fué escuchado por su reverencial temor* (Hebr. 5,7). ¿Qué reverencial temor es éste, sino que era Dios?, como dice el Salmista (34,14): *Quasi proximum et fratrem nostrum sic complacebam: Quasi lugens et contristatus sic humiliabar:* la pasión era en la carne y de la carne provenía, pero el valor de la pasión y la eficacia de la salud procedían de la Divinidad. Si hubiese sido solamente Dios, ¿cómo hubiese podido padecer? Y si hombre tan sólo, ¿cómo hubiese aceptado los padecimientos? Debió, pues, encontrarse lo uno y lo otro en el Salvador, y por eso, para mostrar sus dos naturalezas fué llamado tan propiamente con el vocablo de Jesús: *Vocatum est nomen eius Iesus*».

C) Excelencia del nombre de Jesús

a) Fué anunciado y profetizado en la antigua ley

«La primera excelencia y dignidad de este nombre es que fué anunciado y profetizado mucho antes en la antigua ley. Cuando Dios habló a Moises en la zarza ardiendo (Ex. 3,2) entonces le mostró este nombre en la palabra *Adonai,* que nunca antes había sido revelado a ningún mortal, pues dijo el mismo Dios: *Ego Dominus, qui apparui Abraham, Isaac, et Iacob in Deo omnipotente et nomen meum Adonai non indicavi eis* (Ex. 6,2-3). Mira en cuánto estima Dios su nombre, que ni aun siquiera a Abraham, familiar suyo, llegó a indicárselo. Y aun añadió Dios sobre su nombre cuando hablaba a Moisés (Ex. 3,15): *Hoc nomen mihi est in aeternum et hoc memoriale meum in generationem et generationem.*

Veamos por qué dice *nombre* y *memorial* y por qué este nombre es para siempre. El pasaje consuena casi a la letra con el del Salmista (Ps. 134,13): *Domine, nomen tuum in aeternum: Domine, memoriale tuum in generationem et generationem.* El Señor es nuestro Salvador, y esto por siempre, porque no sólo aparece como tal Salvador para nosotros, sino también para los bienaventurados en el cielo, que ven allí la gloria que alcanzaron por El y las penas de los condenados, de que se evadieron. Ven los peligros de los pecados en que se hallaron, las heridas resplandecientes de Cristo, por las cuales los esquivaron, y cómo por la luz del Señor se han transformado y beatificado, trocándose, a su semejanza, de claridad en claridad en su misma imagen. Le alaban seguros con todas sus entrañas, pues los arrancó de tantos males y los col-

mó de tan grandes bienes. ¡Oh Señor!, dice cada uno de ellos: ¿Qué había en mí para que me ayudaras? ¡Oh Señor, si no me hubieses auxiliado con tu misericordia, *paulo minus habitasset in inferno anima mea* (Ps. 93,17), entre aquellos gemidos, entre aquellas llamas, dolores y tormentos sempiternos! En el cielo se repite frecuentemente, se nombra y se venera el nombre de Jesús y se reconoce su poder y verdad. Así, pues, este nombre es para siempre.

Es también *memorial*, pero de generación en generación, hasta el fin de los siglos. Se sustrajo de nuestra presencia, pero nos dejó su nombre como recuerdo. Acostumbra la esposa fiel a conmoverse, derramando lágrimas, tan pronto como escucha el sonido del nombre de su esposo. Pues ¿de dónde, Señor nuestro, tanto amor, de dónde tanta fe? Nos engañamos, Señor, verdaderamente nos engañamos, gloriándonos de tu amor entre tanta tibieza, entre tanta miseria y olvido.

Mas quien por espacio de tanto tiempo quiso que fuese venerado aquel nombre sacrosanto, al venir al mundo deseó que fuese invocado por todos... Por lo cual Isaías (52,6) dijo: *También mi pueblo conocerá mi nombre y que soy yo quien dice: Aquí estoy.* Como si dijera: Cuando estaba en el cielo inaccesible no quise que fuera mentado mi nombre por labios manchados; mas ahora, cuando entrego mi persona en manos de pecadores, no desdeño que los labios de los mismos pecadores invoquen mi nombre... Me entrego a mí mismo a la muerte por vosotros, ¿y voy a reservar en silencio mi nombre?... Así ocurrió que mientras antes todo un pueblo no se atrevía a pronunciar el nombre de Dios, ahora por doquiera y a cada hora y por todos, tanto justos como pecadores, por todas partes y siempre, es aclamado y nombrado, y todas las gentes, de todo sexo, edad y condición, invocan el nombre de Jesús».

b) Fué impuesto a Dios por boca de Dios

No por la Madre ni por el ángel, sino por el Padre, fué impuesto y encontrado este nombre para su propio Hijo. y el Padre no dió al Hijo el nombre de Juez, ni el de Vengador, ni el de Guardián, sino el de Salvador. La Virgen lo engendró, pero el Padre le dió nombre; por eso el Espíritu Santo dijo en el Evangelio: *Vocatum est nomen eius Iesus, quod vocatum est ab angelo prius quam in utero conciperetur* (Lc. 2,21). Dice *vocatum*, esto es, *llamado;* no dice *impositum, impuesto.* Pues ya había dicho Isaías (62,2): *Y te darán un nombre nuevo, que te pondrá la boca del Señor;* esto es, lo impuso y lo encontró antes. Sabía muy bien el Dios Padre con qué nombre había de llamarse propiamente este Hijo suyo y qué nombre le era en mayor grado idóneo y conforme, y por eso le

llamó Jesús. El mismo ángel nos da la razón del nombre (Mt. 1,21): *Porque salvará a su pueblo de sus pecados.* ¡Oh cuánta confianza despierta en mí tu nombre, buen Jesús! Eres Jesús, Señor; eres Jesús, recuerda tu nombre. El nombre que te impuso tu Padre es Jesús. Sé para mí Jesús. Cautivo soy, lo confieso, aprisionado en las redes del pecado, condenado con mis iniquidades, cargado con los grillos de mis crímenes. Reconozco que lo soy, pero tú, Señor, reconoce también que eres Jesús. ¿Acaso puede darse un Salvador si no es de los perdidos y de los esclavos? Si no es el miserable y el cautivo a quien ha de salvarse por ti, ¿de quién eres entonces Salvador? Si yo te negué, tú, Señor, eres fiel y no puedes negarte a ti mismo. ¡Oh hermanos míos, corred, apresuraos a los pies del Señor; no temáis, acercaos con confianza! Sabed que se llama Jesús. Es Salvador y no puede rechazar a los que han de salvarse. El que perece, no perece porque pecó, sino porque rechazó esta salvación tan abundante y tan cierta, Ten confianza, invoca su nombre, *porque todo el que invocare el nombre del Señor se salvará* (Act. 2,21), si le invoca con corazón lleno y verdadero. Por eso dice el Salmista (Ps. 9,11): *Para que confíen en El cuantos conocen su nombre;* porque quien conoce tu nombre, si no es necio y ciego, verá claramente que en ti, Señor, está abierto el camino de la salud para todos los desgraciados: *Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El* (Io. 3,17). Del oficio tomó el nombre, para que a su vez el pecador tomase del nombre la confianza de acercarse, no al Juez ni al Vengador, sino a Jesús, al Salvador, al Propiciador, al Redentor. *Ponam in salutari, fiducialiter agam in eo* (Ps. 11,6). Y ¿por qué? Porque se llama Jesús».

«Verdad eres, Señor, y no puedes discrepar de tu nombre. ¿Cómo podrías tener nombre de Salvador si desdeñaras salvar? ¿Cómo te podrías llamar piadoso si a los que te imploran piedad les mostraras sólo juicio? No hay en Dios ficción ni engaño. Eres tal cual eres llamado. Te llamas Jesús, pues eres Jesús. Acérquese a Jesús el pecador, porque para eso se llama Jesús, *para salvar a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21). Si estás inmundo, El es el que limpia los pecados y el que purifica las almas. ¿Por qué tiemblas? Nada hay áspero y amargo, nada suena terrible en el nombre de Jesús: todo es dulzura y suavidad. Oye a la Esposa de los Cantares (Cant. 1,3): *Es tu nombre como ungüento derramado.* Dice *ungüento,* no vinagre; dice derramado, no tirado. ¿Te duelen las heridas de la culpa, te atormentan los estímulos de la conciencia? Pues acércate. Derramado está el ungüento, recíbelo, úngete y cesará *la plaga* (Ps. 105,30), *et computrescet iugum a facie olei* (Is. 10,27). Pues el ungüento, como

dice San Bernardo (cf. *Serm.* 15 *in Cant.* 5: BAC, o. c., p. 831; PL 183,845), ilumina, alimenta y unge. Eso mismo obra el nombre de Jesús. Ilumina, cuando se le predica; alimenta, cuando se medita en El; unge, cuando se le invoca. De esta manera es ungüento. Pero ¿cómo es derramado? En la antigua ley, cuando Moisés le preguntaba por su nombre, Dios le respondió (Ex. 3,14): *Yo soy el que soy. El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob* (ibíd. 3,6). ¡Oh Señor!, ¿por ventura eres Dios solamente de hombres y no eres Dios del cielo y de la tierra? ¿Cómo limitas tu nombre sólo a tres hombres? Demasiado abreviado es tu nombre, Señor, demasiado estrecho dentro de los insignificantes vasos del pueblo judío. ¿El que es grande como el mar y más amplio que el océano se encierra en vaso tan minúsculo? *Glorioso es Dios en Judá*, dice el Salmista, *grande es su nombre en Israel* (Ps. 75,2). Grande, en verdad, el nombre y pequeño el pueblo. Te ruego, pues, Señor, que se derrame el ungüento y se disperse sobre todas las gentes. No otra cosa deseamos y pedimos. *Comeremos de nuestro pan, nos vestiremos con nuestras ropas, pero que podamos llevar tu nombre* (Is. 4,1)... Mas ¿cómo se derramará si no se quiebra el vaso? Y ¿quién lo romperá? Oíd el misterio. Dijeron aquellos hombres estúpidos del tabernáculo, los escribas y fariseos (Ier. 11,19): *Vamos a darle veneno en el pan, le raeremos de la tierra de los vivos y no se hará más memoria de su nombre.* Los necios quieren empequeñecer su nombre, coartar el ungüento y quebrar el vaso. Si no queréis que se derrame el ungüento, ¿cómo quebráis el vaso? ¿Acaso ignoráis que, puesto que es mortal, aun se encierra el ungüento dentro del vaso de la inmortalidad, pero que después de que el mortal se vistió de la inmortalidad, por la abertura de las heridas se derramó el ungüento por toda la tierra y por todos los pueblos? Gracias, Señor. *A mari usque ad mare, a flumine, usque ad terminos orbis terrarum effusum est nomen tuum super omnem terram* (Ps. 71,8), para que proclame toda carne que te llamas Jesús».

c) Eficacia del nombre de Jesús

«Había un hombre tullido junto a la puerta del templo llamada la Hermosa. Entra Pedro Apóstol y dice al cojo (Act. 3,6): *En nombre de Jesucristo Nazareno, anda.* Y al punto saltó. *Y sus pies y sus talones se consolidaron* (ibíd. 3,7). Había muerto Drusiana[1]. Dícele Juan: «Drusiana, que te resucite mi Señor Jesucristo». La muerta resucitó.

[1] Aunque muchos milagros del apóstol San Juan después de su vuelta a Efeso se reputan ciertos y creíbles, este de la resurrección de Drusiana ha sido generalmente considerado como apócrifo.

¿Qué, pues, hay más poderoso y eficaz que este nombre? Los muertos al oírlo reviven, los cojos andan, los ciegos ven, los enfermos sanan. ¡Oh cuánto poder en un nombre! Todos los eximios milagros que fueron hechos se obraron por la virtud de este nombre. ¿Quién se atreverá ya a mentar nombre tan sagrado y tan poderoso sin temor ni reverencia? ¿Nombre a cuyo solo sonido los ángeles se inclinan, los hombres se arrodillan y los demonios tiemblan? Este nombre pone en fuga al diablo, suaviza las más duras tentaciones, penetra en los cielos y todo lo alcanza, pues el Señor dijo: *Lo que pidiereis al Padre en mi nombre, eso haré* (Io. 14,13), y aun añadió: *Si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, yo la haré* (ibid. 14). ¡Cuánta reverencia, pues, debemos a este santo nombre y de qué suplicio no hemos de considerar dignos a aquellos que temerariamente blasfeman del nombre de Dios!...»

Para terminar recuerda el orador el asombro de San Bernardo (cf. supra. *Serm.* 2, *in Circum. Domin.* 4) al comentar el pasaje de Isaías (9,6): *Nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un Hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía, y que se llamará Maravilloso, Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz,* cuando dice: «Grandes nombres, en verdad, pero ¿dónde está el *nombre* que es sobre todo *nombre?* (Phil. 2,9). ¿Por qué se ha olvidado de un nombre tan grande? No me quedo satisfecho si no escucho este nombre». Mas ¿pensamos nosotros que Isaías se olvidó de un nombre tan sagrado y tan propio? No. Todos estos nombres están comprendidos en este único de Salvador, esto es, Jesús, como el mismo San Bernardo demuestra seguidamente (cf. ibid. 5).

II. FRAY LUIS DE LEON

Parece inexcusable extractar aquí la clásica doctrina de fray Luis sobre el nombre de Jesús, que aparece en su obra inmortal *Los Nombres de Cristo* (cf. BAC, FRAY LUIS DE LEÓN, *Obras completas castellanas,* 2.ª ed.; *Los Nombres de Cristo: Jesús,* t. 3, p. 735-769).

A) Jesús, nombre propio

El nombre de Jesús es nombre *propio,* porque sólo le conviene a El, y le conviene perfectamente, significando todo cuanto hay en Cristo, mientras que los demás son nombres comunes, que se les aplican sólo por alguna semejanza, y aun ésta compete a otros seres.

En cuanto Dios, tiene el nombre propio de *Verbo;* una vez

encarnado le corresponde el de *Jesús*, en su lengua original *Jehosuah*.

«Con una significación y figura que tiene sola, dice la manera de ser de Cristo-Hombre y toda su obra y su oficio»...

B) Jesús, salud de nuestra enfermedad

JESÚS significa SALVACIÓN o SALUD. Si se llama *salud*, es que lo es, y puesto que El no tiene necesidad de salud, cierto será que lo es para nosotros.

Veamos cuál era nuestra enfermedad para conocer lo grande del remedio.

El hombre de su natural es movedizo, y enfermo en todas sus partes; porque en cuanto a su entendimiento, padece oscuridad; en su voluntad, flaqueza; en su apetito, perversa inclinación; en su memoria, olvido; en sus sentidos, engaño y fuego.

Y lo que peor es, heredó la culpa de sus padres, que es enfermedad en muchas maneras: por la fealdad suya que pone, y por la luz y la fuerza de la gracia que quita, y porque nos enemista con Dios, que es fiero enemigo, y porque nos sujeta al demonio y nos obliga a penas sin fin.

A esta culpa común añade cada uno las suyas; y para ser del todo miserables, como malos enfermos ayudamos el mal y nos llamamos la muerte con los excesos que hacemos. Por manera que nuestro estado, de nuestro nacimiento y por la mala elección de nuestro libre albedrío..., es infelicísimo»...

De todas estas enfermedades nos libra Cristo, y por ello es verdaderamente Jesús, *salvación* y *salud*... «Grandísima salud, porque la enfermedad es grandísima»...

C) Todos los nombres de Cristo se cifran en éste

Como la enfermedad tenía tantas raíces, todos los demás nombres y oficios del Señor iban ordenados como partes a conseguir la salud total, siendo Jesús el nombre del todo que los otros han conseguido por partes.

Así, si es *Pimpollo*, esto es, fruto y «parto común» de la creación, es porque todas las cosas se enderezaban a producirle para que fuera nuestro Jesús o Salvación. Isaías dice: *Rociad, cielos..., y tú, tierra, fructificarás la salud* (45,8). Si es *Facies* o rostro de Dios es porque nuestra salvación consiste en asemejarnos a El, como el mismo Cristo dice: *Esta es la vida eterna, conocerte a Ti y a tu Hijo* (Io. 17,3). Le llama-

mos *Camino*, porque es guía hacia la salud, y *Monte*, porque es su defensa; *Padre del siglo futuro*, porque es quien nos engendra en la nueva salud que pretendemos; *Brazo* de nuestra libertad, necesaria para conseguir la salud; *Príncipe*, para conservárnosla, y *Esposo*, porque indica el deleite de esta nueva y casta salud.

Si le faltara uno de sus títulos no sería totalmente nuestro Jesús. No tendríamos salud completa si no fuese el *Pastor*, que nos apacienta y guía; la *Oveja* que nos alimenta y viste, la *Hostia* que se ofrece por nosotros, el *Sacerdote* que interviene y nos desenoja a su Padre, el *León* que despedaza al león enemigo, el *Cordero* que lleva sobre sí los pecados del mundo, la *Vid* que nos comunica su jugo, la *Puerta* que nos mete en el cielo, el *Médico* que cura mil llagas, la *Verdad*, que nos saca del error; la *Luz*, que nos alumbra en la noche de la vida, y, finalmente, el *Sol de justicia*, que derrama sus rayos para hermosear nuestras almas.

D) Escogió el de Jesús por amor

Jesús es nombre verdaderamente propio porque «le trae embebido en el ser..., porque... su ser de Cristo es Jesús, porque todo cuanto en Cristo hay es salvación y salud».

Escogió este nombre como propio para declararnos su amor, pues significando los demás nombres tantas grandezas suyas, prefirió éste, que indica su obra para con nosotros. Y lo mismo que dijo una vez: *Yo soy el que soy*, ahora dice: Yo soy Jesús.

«Jesús es su ser; Jesús son sus obras y Jesús es su nombre, esto es, *piedad y salud*».

E) Modos como Cristo es salud

a) La salud no es sólo un bien, sino un conjunto de bienes

«En la salud están las fuerzas y la ligereza del movimiento, y el buen parecer, y el habla agradable, y el discurso entero de la razón, y el buen ejercicio de todas las partes y de todas las obras del hombre»...

Jesús es salud universal, primero, porque tiene reparos y medicinas para todos los males. Y, segundo, porque los tiene para todos los hombres, y no sólo para librarlos del mal, sino para ser ricos perfectamente en salud.

Concede la salud universal «limpiando la culpa, dando libertad del tirano, rescatando del infierno, vistiendo con la

gracia, comunicando su mismo Espíritu, enviando su amparo y, últimamente, resucitando y glorificando los sentidos y el cuerpo».

b) La salud consiste en la proporción y armonía de cosas diferentes

Cristo trajo esta armonía perfecta, *pacificando con su sangre así lo que está en el cielo como lo que reside en la tierra* (Col. 1,20), *quitando de en medio la división* que había entre los hombres y Dios, haciendo *de ambos uno* (Eph. 2,11-17) y constituyéndose en *piedra angular* (Ps. 117,22). «Porque es la paz de todo lo diferente y el nudo que ata en sí lo visible con lo que no se ve...; y es la melodía acordada y dulce sobre toda manera, a cuyo santo sonido todo lo turbado se aquieta y compone»...

c) Llámase Cristo salud, para que entendamos cuál es su obra y la deseemos

Es necesario entender la diferencia que existe entre la salud y las medicinas. Las medicinas son algo externo; la salud es interna. La salud o santidad que trae Cristo es también algo interno, mientras que la limosna y los ayunos son medios exteriores para conseguirla. Medios santos y apreciables, pero que pueden convertirse en dañosos si hiciéramos consistir en ellos la santidad, o la vanagloria los estropease.

Fray Luis cita el texto de San Pablo: *Fué determinado ser Hijo de Dios en fortaleza, según el espíritu de la santificación, en la resurrección de los muertos de Jesucristo* (Rom. 1,4). Y añade que es como si dijera: «El argumento... por donde se conoce que Jesús es el verdadero Mesías, Hijo de Dios prometido en la ley..., es porque es *Jesús;* esto es, por la obra de *Jesús*, que hizo, que era reservada por Dios y por su ley y profetas para sólo el Mesías». Pero ¿cuál es esta obra, poderío o fortaleza? La santificación de los espíritus, que se alcanza muriendo con Cristo y resucitando con El a la vida de la gracia interior.

«Así, el condenar la ceremonia es error; y el poner en ella la proa y la popa de la justicia es engaño. El medio de estos dos extremos es lo derecho; que la ceremonia es buena cuando sirve y ayuda a la verdadera santificación del alma»...

d) El mismo es la salud

Jesús, no sólo causa la salud, mediante la gracia, sino que El mismo es la salud. «El mismo, por medio de su Espíritu, se junta con ella (el alma) y juntándose la sana y agracia; y esa misma gracia que digo que hace en el alma, no es otra cosa sino como un resplandor que resulta en ella de su amable presencia. Así que él mismo, por sí y no solamente por su obra y efecto, es la salud». Cuando se busca a Cristo, El mismo se da. «Abraza con nuestro espíritu el suyo, y abrazándose, le viste de sí, según San Pablo dice: *Vestíos de Nuestro Señor Jesucristo* (Rom. 13,14), y vistiéndole, le reduce y sujeta a sí mismo, y se cala por él totalmente». Como el hierro enciende el fuego, como la levadura fermenta la masa, así Cristo, «ayuntado conmigo y hecho totalmente señor de mí..., me incorpora de tal manera en sus saludes y bienes, que yo ya no parezco el enfermo que era, ni de hecho soy ya el enfermo, sino tan sano, que parezco la misma salud, que es *Jesús*»...

e) Toda la salud es de Cristo

Fuera de El no la hay. La salud da medicina, preserva y cura. Cristo lo hace también. El es el pan de vida que alimenta, sostiene y sana.

f) Es salud todo El

«Son *Jesús* sus palabras, son *Jesús* sus obras, su vida es *Jesús* y su muerte es *Jesús*». Fué salud con su doctrina y su ejemplo, pero salud también con la virtud saludable que sale de El, mientras estuvo en la tierra y ahora en el cielo. Jesús es el árbol plantado en las aguas vivas de la gracia, cuyas hojas sirven para salud a las gentes (Apoc. 22,2).

Salud del alma y del cuerpo y de todos sus vicios. Para nuestra soberbia es salud su cetro de caña, para nuestra ambición su púrpura de escarnio, para nuestra afición a los deleites su corona de espinas, para todo lo carnal y torpe sus azotes, para nuestra codicia su desnudez, para nuestro coraje su sufrimiento, para nuestro amor propio el desprecio que siempre hizo de sí. Por eso la Iglesia el día de Viernes Santo, en que esta Salud se mostró tan claramente, le pide por todos, por los papas, por los obispos, los sacerdotes, los reyes y príncipes, los fieles y hasta por los herejes y judíos, que para todos es salud.

«Es Jesús el nombre propio de Cristo, porque sana Cristo

y porque sana consigo mismo, y porque es toda la salud, y porque sana todas las enfermedades del hombre y en todos los tiempos y con todo lo que en sí tiene, porque todo es medicinal y saludable, y porque todo cuanto hace es salud»...

F) Cristo prepara todas las cosas

En breve y hermoso diálogo afirma fray Luis que las cosas fueron creadas de la nada y, por lo tanto, tienden a la nada. De suyo tienden a su menoscabo, unas deshaciéndose y otras empeorándose. De los ángeles dice la Escritura: *Los que le sirven no tuvieron firmeza y en sus ángeles halló torcimiento* (Iob 4,18). De los hombres añade: *Los que moran en casas de lodo y cuyo apoyo es de tierra se consumirán de polilla* (ibid. 19). Del universo: *Los cielos perecerán y Tú permanecerás y se envejecerán todos, como se envejece una capa* (Ps. 101,26-27). Con todo lo cual indica su fin y la causa de su fin, a saber, la falta de firmeza y el ser por nacimiento como paño sujeto a la polilla.

Pues bien, Dios, que creó todas las cosas valiéndose del Verbo, lo encarna, para que, hecho hombre, sea la Salud, el reparo y la medicina que restaure todas las criaturas, por donde El, que en la creación fué Idea o Verbo, ahora sea *Jesús* o *Salud*.

Jesús es el océano inmenso en donde está atesorado todo el ser y todo el buen ser, el *alfa* y el *omega* (Apoc. 21,6), el que hizo al principio todas las cosas, y deshaciéndose ellas, las sana y repara. A los hombres los sanó muertos y a los ángeles les dió vigor para que no murieran. Y como dijimos que era el *Pimpollo*, porque toda la creación tuvo como fin el que naciera en ella Cristo, ahora decimos que este *Fruto* o *Pimpollo* del mundo fué hecho salud y *Jesús* para remediarla. Para crear el mundo no fué necesario que Dios hiciera a su Hijo hombre, porque como no obraba sobre materia alguna, no tenía por qué existir ninguna proporción entre el artífice y la obra. En cambio, lo encarnó para reparar lo que se iba deshaciendo, porque, según el suave orden divino, juzgó conveniente que hubiera cierta vecindad entre la medicina y el sujeto sobre quien había de obrar. Fué, pues, Médico en una naturaleza y Creador en la otra.

Existieron dos árboles en el paraíso, el uno que era del saber, y estaba prohibido, y el otro, que era de la vida, y del que había que alimentarse. En la persona de Cristo está el árbol del Saber Divino, el Verbo, de cuya ciencia es incapaz la creatura *(al que escudriñare la majestad, hundirále la gloria:* Prov. 25,27), y está el árbol, Jesús, del que si no comemos, no alcanzaremos la vida eterna (Io. 25,27).

III. BEATO ALONSO DE OROZCO

Del Venerable P. Fr. Alonso de Orozco, de la Orden de San Agustín, predicador de Carlos V y de Felipe II y confesor de la reina de España doña Ana de Austria, acaso la obra más bella por la profundidad de pensamiento y por la calidad del estilo clásico sea la *Victoria de la muerte*. De ella exhumamos algunos pasajes, que estimamos relacionados con el tema de la presente dominica (cf. *Obras del Venerable P. Fray Alonso de Orozco*. Dalas a luz la Provincia de Castilla del Orden de nuestro Padre San Agustín, en esta tercera impresión. Madrid, en la imprenta del venerable siervo de Dios Fray Alonso de Orozco, año 1736, t. 1, p. 476-583).

A) De la victoria que nuestro Salvador ganó de la muerte para sus amigos

a) Nos salvó de la muerte

«*Vencido ha el León de la tribu de Judá, el cual es raíz de David* (Apoc. 5,5). Uno de los misterios que el ángel reveló al bienaventurado San Juan, desterrado en la isla de Patmos porque predicaba a nuestro Señor Jesucristo, fué esta admirable victoria que el Señor nos había ganado muriendo por nuestra salud en la cruz. Estaba afligido este amado de Jesús... por ver que no se hallaba quien abriese un libro cerrado con siete sellos. Entonces le dijo un ángel: *No llores; mira que ya venció el León de la tribu de Judá* (ibid.), y El remediará esa falta que te da tanta pena.

«Era tan fuerte y espantoso gigante la muerte, que nadie, por muy santo que fuese, ni todos juntos, bastaban a vencerla. No bastó la inocencia de Abel, justo (Gen. 4,8); ni la de Noé, a quien dijo Dios (Gen. 7,1): *A ti te hallé justo en la tierra;* ni la de Abraham, ni Isaac, que se consintió sacrificar a Dios en la flor de su edad... (Gen. 22,9); mas, muriendo todos, la muerte quedó con el campo y de todos los santos del Testamento Viejo triunfó. Mas cuando el León fortísimo, Hijo de Dios y virtud del Eterno Padre, tomó la demanda y se armó con las armas de nuestra humanidad, aunque al parecer flacas, tomóse a brazos con la muerte muriendo, y ella quedó muerta... ¡Oh soberano Señor Cristo Jesús, León fortísimo!, ¿quién nos dió vencida la muerte, que tan señora era en el mundo, sino Vos? A gran costa vuestra fué, que os costó vuestra sangre y vuestra vida; mas al fin, resucitando vos al tercer día, la muerte quedó derribada. Da la razón nuestro Padre (San Agustín) por qué la muerte no

murió sino muriendo nuestro Redentor. No muere la amargura sino con la dulzura; ni tampoco muere el frío sino con el calor; así no es muerta la muerte sino en la vida. ¿Quién es esta vida? Cristo, nuestro bien y nuestro Salvador. El mismo lo dijo a Santa Marta: *Yo soy resurrección y vida* (Io. 11,25). Por aquí entendemos que ningún santo pudo ganar esta victoria, pues no era vida alguno de ellos»...

«El filósofo dice ser la muerte la cosa más terrible que hay en el mundo; y la razón es porque para la pobreza hay camino por donde salir de ella, teniendo buena diligencia; para la infamia también, y es enmendando la vida pasada; para las enfermedades hay médicos y medicinas; mas para no morir no hay fuerzas ni sabiduría que lo pueda remediar. *¿Quién jamás de los hombres nació en este mundo que no pasase por la muerte?*» (Ps. 88,49).

b) Nuevas obligaciones para con nuestro Salvador

David, joven y con armas ligeras, venció al gigantesco Goliat, con el que no se atrevían los más esforzados. Cristo con su carne y con su cruz venció al gigante de la muerte. «Contemplaba este vencimiento el rey David cuando dijo: *Cantad al Señor cantar nuevo, porque ha obrado maravillas* (Ps. 97,1). Justo es que a las mercedes nuevas que el rey hace a su criado respondan servicios nuevos y nuevo hacimiento de gracias. Cantemos alabanzas los cristianos a nuestro Soberano Rey Cristo por tan alto vencimiento, y pues en el cielo, según dice San Juan (Apoc. 5,9), siempre los santos alaban a este señor cantando esta victoria, razón es que nosotros respondamos desde la tierra y digamos: Redimistenos, Señor, con vuestra sangre, eligiéndonos de entre tanta gente y naciones y haciéndonos reino para nuestro Dios» (c. 12, ibid., p. 500-502).

B) Triple salvación

a) De la muerte del cuerpo

«Y para que mejor se despierte nuestra ánima a reconocer tan admirable beneficio, será bien notar que no solamente nuestro Redentor ganó la victoria de una muerte, sino de tres. La muerte corporal está vencida por su santísima resurrección, porque si Él no resucitara, que es cabeza nuestra, no resucitaríamos jamás nosotros; siempre nuestros cuerpos se quedarán hechos ceniza, y ésta es aquella consecuencia que hace el Apóstol digna de notar: si Cristo resu-

citó, también nosotros resucitaremos (1 Cor. 15,14ss). De arte que no solamente nos redimió muriendo, más aún, nos ganó la resurrección para nosotros sus miembros místicos...»

«Y hase de advertir que Cristo resucitando fué causa meritoria para que aun los malos resuciten; mas no fué causa ejemplar sino para los predestinados. Más claro: resucitarán los amigos de Dios con las cuatro dotes de gloria: inmortalidad, claridad, ligereza y sutileza, conformes a la resurrección del Señor. Y esto es lo que significó San Pablo en aquellas palabras tan de gran consuelo: *Esperemos al Salvador Nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará nuestro cuerpo humillado conforme a la claridad de su glorioso cuerpo* (Phil. 3.20-21). Quiere decir: será en su manera nuestra resurrección imitada a la suya. Verdad es que, como el Apóstol dijo (1 Cor. 15.41): *Como en el cielo una estrella resplandece más que otra, será la resurrección de los muertos.* El más santo resplandecerá más, y ésta será una cosa de gran contento ver en la gloria tantos amigos de Dios, y unos más resplandecientes que otros, y todos muy contentos. ¡Oh, desventurados de los malos! Que, aunque les pese, han de resucitar (lo cual ellos temen mucho), porque si ahora las ánimas solas tanto penan, cuando resuciten con sus cuerpos para arder en fuego eterno, ¿cuánto mayor tormento tendrán? Esto es cosa maravillosa, que resucitarán pasibles sus cuerpos y juntamente inmortales...»

b) De la muerte del alma

«También nos dió el triunfo de la muerte del alma, que es más preciosa que la corporal, cuanto es más excelente el ánima que el cuerpo. Esta nos ganó pagando nuestros pecados con los méritos de su sagrada vida y pasión. De aquí es lo que dijo el santo Bautista en la ribera del Jordán (Io. 1.29): *Veis aquí el cordero de Dios, que viene a quitar los pecados del mundo.* No viene a matar los pecadores, como el diluvio, que para quitar el pecado quitaba la vida a los malos. Venido es para quitar los pecados, muriendo por ellos y dejándoles las vidas para que se salven. Y San Pedro dice (1 Petr. 2.24): *El Señor llevó nuestros pecados en su bendito cuerpo sobre la cruz.* Esta resurrección espiritual ordenó el Señor que luego la gozásemos, porque de ésta depende la otra corporal que dijimos, y es gran misericordia que el Señor nos hizo. Bendito sea El y todas sus criaturas le alaben. Mira, pues, hombre, que si no resucitas aquí, viviendo tu ánima, no gozará de la resurrección gloriosa de tu cuerpo que Cristo te ha merecido...»

c) Del demonio

«Otra tercera muerte nos dió vencida nuestro bendito Señor, y ésta es el demonio. Así le llamó San Juan en el Apocalipsis (6,8): *Vi en un caballo pálido a un caballero, y su nombre era muerte, y todo el infierno le seguía.* Muy bien le cuadra el nombre de *muerte* a Satanás, pues trajo la muerte al mundo, y también porque no entiende sino en matar las almas; por tanto, le llama nuestro Salvador *homicida desde el principio del mundo...*» (Io. 8,44).

«¡Oh, cuán de lejos vió esta victoria el rey David! *Este dragón,* Señor, *al cual formaste para que se burlen de él* (Ps. 103,26). El mismo nombre le puso San Juan (Apoc. 20,2), recontando la caída que por su soberbia dió del cielo empíreo hasta el infierno. Consiéntele Dios y no le aniquiló para que nos burlemos de él, no para que le temamos, que flaco es, pues no le quedó sino bramar. ¿De dónde las niñas tiernas tenían tanto ánimo en tiempo de los tiranos, ministros de este león, sino de tener el Señor vencido a este que se llama *muerte?* ¡Cosa admirable a una Santa Catalina verla, por amor del Señor, puesta a esperar una rueda de navajas, y que pasase por ella otra niña, Santa Inés!...»

«No resta, cristiano, sino que demos todos gracias al Padre Eterno, que con tales entrañas de misericordia nos envió a su Hijo para que nos ganase victoria de la muerte corporal, resucitando al tercer día, y también nos ganase el triunfo de la muerte del alma, muriendo por la satisfacción de nuestros pecados y, finalmente, nos venciese al demonio, león ferocísimo, que tanto poder tenía en el mundo que el Señor (Io. 12.31) le nombró príncipe de este siglo» (c. 13, ibid., p. 502-504).

C) *Los justos se aprovechan de las tres victorias que Cristo les gana*

«*Al que venciere daré a comer del árbol de la vida* (Apoc. 2.7). Grande es la bondad de nuestro Dios y grande su deseo de darnos la gloria celestial, para que fuimos creados... Más aún: en gran manera solicita nuestra honra, pues nos quiere dar parte de la obra tan excelente como es nuestra bienaventuranza».

«No es pequeña honra nuestra que en alguna manera nuestro premio y corona salga de nosotros mismos... Mira, hombre, que el que te hizo sin ti, no te salvará sin ti... Por lo tanto, dice ahora el Señor en el Apocalipsis: *Al que venciere daré a comer del árbol de la vida* (Apoc. 2,7). Aquí

se nos manifiestan dos cosas. La primera es que nos manda nuestro Rey celestial pelear, y no como quiera, sino animosamente, hasta ganar la victoria de nuestros enemigos. La segunda, el salario que Dios tiene aparejado a los amigos suyos, que es darles a conocer el árbol de la vida».

Vió San Juan en el Apocalipsis un jinete llamado Verbo de Dios, que *salió venciendo para vencer* (Apoc. 6,2). Peleaba primero el Verbo solo contra el pecado con sus castigos, hasta que nacido de María luchó como caballero, *venciendo* primero El, para continuar venciendo después con sus amigos los justos. *Salió a pelear venciendo para vencer* (ibíd.). Venció por su persona al pecado, la muerte y al demonio, y salió para vencer en sus amigos los justos, los cuales vencen en la virtud y gracia que el Salvador les da. *Salió venciendo y para vencer* (ibíd.). La primera victoria, que fué vencer El mismo, concluyóse el día de su santa resurrección, y así dijo El: *Se me ha dado el poder del cielo y de la tierra* (Mt. 28,18). Palabras que declaran el vencimiento glorioso que había ganado por sus trabajos y muerte. Mas el vencer al mundo, al pecado, muerte y demonio, en sus escogidos, no se acabará hasta que se acabe el mundo y se cumpla el número de los predestinados, de los cuales dijo Dios, respondiendo a las ánimas que estaban debajo del altar (Apoc. 6,11): *Esperad un poco hasta que se cumpla el número de vuestros hermanos.* Este poco de tiempo ha corrido más de mil y quinientos años, y podrá ser que pasen otros tantos hasta que se acabe; porque allí y en otros lugares semejantes habla Dios midiendo este tiempo con su eternidad, *en cuya comparación mil años son como el día pasado* (Ps. 89,4)».

«Soldados son de nuestro Señor Jesucristo los justos, y El es el capitán a quien hemos de seguir, pasando trabajos, tentaciones y adversidades... De aquí es que tantas veces el Señor nos dice en el Evangelio (Mc. 8,34): *Quien quisiere venir en mi compañía, tome su cruz y sígame. Quien quisiere,* dice Cristo, declarando la libertad que nos dió; no criándonos esclavos, sino hijos libres. ¡Oh, cuán humildes habíamos de ser sirviendo a tan gran Señor! Pues que en nada le aprovechamos y todo lo que trabajamos es provecho nuestro. Se ha de notar que dice: *Tome su cruz.* No dijo: Tome la mía, porque fué muy pesada y nadie tuviera hombros para llevar cruz de inocencia tan admirable; cruz de tantos dolores y afrentas como la de Cristo, nadie, ni todos los hombres juntos, la pudieran llevar. Por tanto, dice que llevemos nuestra cruz. Cada estado en esta Iglesia Romana tiene su cruz: los casados, los continentes, eclesiásticos y religiosos, todos tienen cruz que llevar y trabajos que padecer y enemigos con quien pelear. Esta cruz nuestra vie-

ne medida por la mano de Cristo, sabiduría infinita, y nivelada con nuestra flaqueza. Y, por tanto, dijo San Pablo (1 Cor. 10,13): *Fiel es el Señor, que no consentirá que seáis tentados más de lo que vuestras fuerzas pueden.* ¡Oh piedad inmensa de tan gran Padre de misericordias! No tienes que quejarte, hombre, si te da el Señor pobreza, enfermedad o cualquier trabajo. Fidelísimo es. La cruz que te da es muy moderada, y El te da su gracia y te la ayuda a llevar. Según esto nadie desmaye, sino desde luego tome su cruz; hónrela queriendo pelear y vencer su pelea, y siga a su Rey y Señor»... (c. 14, ibíd., p. 504-506).

D) Cómo los justos vencen estando en la cruz con Cristo

Crucificado estoy con mi Redentor Jesucristo (Gal. 2,19). Este es el arte para triunfar de todos los enemigos.

Para ello lo primeramente necesario es amar a Cristo. «Todo lo quiere poseer el que todo lo crió; quiere todo el hombre interior, que denota el corazón, y también el exterior. En tal cama de flores, como es el corazón, quiere reposar el que tanto nos amó, que abrió sus entrañas y corazón para encerrarnos en ellas. ¿Qué es la causa por que quiso resucitar abierto su divino costado, sino darnos a entender que en la batalla del amor, que peleó por nosotros, muriendo sacó aquella divisa para aficionarnos a siempre amarle? Este amor ha de salir al brazo a la vida activa y obras santas imitadas a las que El obró»...

Pero para amar a Cristo hay que procurar tenerle siempre presente. *Fuerte es el amor* de Dios *como la muerte* (Cant. 8,6), porque la caridad mata en nosotros todo lo que contradice al amor del Señor; mortifica los sentidos, destierra todo pensamiento malo y, finalmente, obra una mortificación santa en todo el hombre. Mas porque para obra tan heroica es menester cuidado, dijo ahora David (Ps. 15,8): Que despertaba su memoria representando a Dios y poniéndole delante de sus ojos. No es ejercicio este de gente ocupada en las cosas terrenas, amándolas con olvido de Dios. Oficio es de ángeles, de quienes dice nuestro Salvador (Mt. 18,10): *Que siempre ven el rostro de nuestro Padre eterno.* ¡Oh, dichosa el alma que ya gusta de la salva y principio de la gloria que los ángeles tienen en el cielo y en la tierra! Y qué ganancias traía esta presencia de Cristo, no lo calló el Profeta Real: *Alegróse mi corazón por esto* (Ps. 15,9).

Difícil cosa parece ser olvidarse de Aquel en quien *vivimos, nos movemos y somos* (Act. 17,28), cuando nadie es

capaz de distraerse en la sala donde vive un rey. *Mi pueblo se olvidó de mí días sin número,* quéjase Su Majestad (Ier. 2,20).

«Los perfectos varones no lo hacen así, miran siempre a Cristo con ojos amorosos, considerándole como a Criador, Redentor, Sustentador, Justificador y Glorificador, y mirándole le aman y dan gracias continuamente. *Estos,* dice San Juan (Apoc. 14,4), *que siguen al Cordero de Dios por dondequiera que va*»...

«Y porque nadie en esta vida hay que no ha de tener algunos negocios y ocupaciones, usan de un aviso delicado, y es en los mismos negocios dar parte al Redentor; presentarle delante de sí, como huyendo el cuerpo a los mismos negocios, no estando con olvido de su amado y Señor... Estos son como los santos animales que vió Ezequiel (Ez. 1,12), que iban con gran prisa a donde los guiaba el Espíritu Santo, y volvían con ligereza, como un rayo apresurado; de tal manera van a los negocios y a cumplir con la vida activa, que presto dan vuelta a la contemplación y memoria de Jesucristo, en la cual descansan y reposan con una paz que se puede (loado sea nuestro Dios) sentir, aunque por palabras no se puede decir. No calló esto el Apóstol, el cual experimentó este secreto (Phil. 4,7): *La paz de Dios, que excede todo sentido y todo entendimiento, guarde vuestros corazones*».

Con todo, el lugar en donde debe contemplarse a Cristo con más frecuencia es en la cruz. «De aquí es que dijese San Pablo (Gal. 2,19): *Crucificado estoy con mi Salvador Cristo.* Con tal compañía el ánima no tiene a quien temer; allí se fortalece en aquel homenaje; de allí le parecen sombras las altas dignidades y honras mundanas; tiene por cosa de sueño y de engaño las riquezas, burlándose del demonio; y, finalmente, desde la cruz del Señor, atalaya y ve de lejos aquella gloria celestial, a la cual se sube por esta escala que estando en la tierra penetra en los cielos, según lo reveló Dios al patriarca Jacob muchos años antes» (Gen. 28,12).

«Arte muy sutil nos ha dado San Pablo para que tengamos parte en la victoria que nuestro buen Jesús nos ganó. Representémosle siempre en nuestra memoria, pues nos trae en sus brazos, y reconozcamos tan crecida merced. No nos apartemos de su cruz, pues estando en ella oyó al santo ladrón (Lc. 23,43), y le firmó la petición, que dió, haciéndole mayor merced de la que pedía. Colgado en ella, consoló a su purísima Madre y no olvidó al amado discípulo San Juan (Io. 19,26-27). De manera que, como gran Señor en su trono, hizo grandes mercedes a sus amigos y hace también ahora cada día a los que le acompañan en la cruz» (c. 15, ibíd., p. 506-508).

IV. P. LUIS DE LA PUENTE

Tomamos de las meditaciones del P. La Puente la que se refiere al nombre de Jesús (cf. *Meditaciones de los misterios de nuestra santa fe*, 9.ª ed. del Apostolado de la Prensa [Madrid 1950], t. 1, parte 2, medit. 21, p. 497-504).

A) Quién impone el nombre de Jesús

El Padre Eterno, que le conocía y sabía el fin para que encarnaba y el oficio que había de hacer en cuanto hombre, quiso que se llamase Jesús, porque es Salvador de las almas y de los cuerpos, de lo que se derivan tres excelencias:

Primera, no hay mal de que no nos pueda librar, tanto en cuerpo como en alma; segunda, nos concede excelentes bienes en gracia, virtudes y dones; tercera, sólo El nos puede salvar, porque sólo El es Dios.

Yo me gozaré en el Señor y me alegraré en Dios, mi Jesús y Salvador, porque El es mi fortaleza y me dará pies como de ciervo (Hab. 3,18-19) para huir del pecado, y como vencedor me llevará con sus santos al cielo.

Hemos de ponderar además dos cosas. Primera, la alegría de María y José al conocer el nombre de Jesús. Lo entendieron perfectamente. Segunda, el sumo gusto con que Jesús acepta el nombre y el oficio de Salvador. «Gracias te doy, ¡oh buen Jesús!, por esta voluntad que tuviste de salvarnos... Pues eres Jesús, *esto mihi Iesus*, sé para mí Jesús, sé mi Salvador».

B) Por qué se le impuso el día de la circuncisión

Primero, para honrarle en el día en que se humillaba, apareciendo como pecador. La humildad me granjeará el premio.

Segundo, para que se vea que había de desempeñar su oficio derramando sangre. En la circuncisión se derramaron sólo las primeras gotas del mar de la pasión. ¿Qué será razón que hagamos nosotros por salvarnos cuando tanto hizo Jesús?

C) Provecho que nos viene de este nombre

Invoquemos primero al Padre, puesto que *nadie puede decir «Jesús es el Señor» sino en el Espíritu Santo* (1 Cor. 12,3).

«Presupuesto esto, consideraré cómo el nombre de Jesús es una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo Nuestro Señor, reduciéndolas a tres cabezas: porque es suma de todas las perfecciones que le convienen en cuanto a Dios, y de todas las gracias y virtudes que tiene en cuanto Hombre, y de todos los oficios que en cuanto Dios y Hombre hace con los hombres. De suerte que puedo bien inferir: si es Jesús, luego es infinitamente bueno, santo, sabio, todopoderoso y misericordioso, y la misma bondad, santidad y sabiduría de Dios, porque todo esto es menester para cumplir con el nombre de Jesús; el cual, como dice San Pablo, *para nosotros es sabiduría, justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1,30). También si es Jesús, luego es sumamente humilde, manso, paciente, fuerte, modesto, obediente y caritativo, porque de todas estas virtudes ha de ser dechado, y de su plenitud han de recibir todas las gracias y virtudes con que se han de salvar (Io. 1,16). Item, si es Jesús, luego es Maestro, Médico, Padre, Juez, Pastor, Protector y Abogado nuestro. De modo que en sólo Jesús tenemos todas las cosas, y así le puedo decir: ¡Oh mi Jesús y todas mis cosas! Si estoy enfermo, Tú eres mi salud; si hambriento, Tú eres mi hartura; si estoy pobre, Tú eres mis riquezas; si flaco, Tú eres mi fortaleza...

El nombre de Jesús es el único medio para obtener el perdón, ser oído en nuestras oraciones y amparado en los peligros... Desee yo tenerle en mi memoria para acordarme de El, en mi entendimiento para pensar en El y en mi voluntad para amarle. Reverénciele siempre, pues que ante El hincan la rodilla los moradores del cielo y de la tierra y aun del infierno (Phil. 2.10).

V. MALON DE CHAIDE

El nombre de Jesús o Salvador no puede entenderse sin su relación al hombre salvado. Malón de Chaide personifica la humanidad de Cristo en la pecadora de Magdala y contrapone el *Ecce mulier quae erat in civitate peccatrix* (Lc. 7,37) con el *Ecce homo* (Io. 19.5) de Pilatos (cf. MALÓN DE CHAIDE, *La conversión de la Magdalena*, p. 2.ª, XII, p. 275-277, en ed. Clásicos Castellanos [Madrid, «La Lectura», 1930], t. 1).

El Salvador y los redimidos

«Dos *ecce* hallo en la Sagrada Escritura que parecen contrapuestos el uno del otro: el uno es este *Ecce mulier*, y el otro, el *Ecce homo* que se dijo del Hijo de Dios...

Poned, pues, a una parte a Cristo llagado, atado, espinado, el rostro lleno de cardenales y salivas, el cuerpo cubierto de sangre de los azotes, aquellos divinos ojos llenos de lágrimas; poned a otra parte a Magdalena, suelta, profana, llena de pecados, infame, sin nombre, hecha una añagaza del demonio, un despeñadero de almas. Oid a Pilatos, que dice: *Ecce homo*, y volved a San Lucas, que le contrapone: *Ecce mulier*, y mirad ahora el misterio tan galán que ahí está: *Ecce homo*, pues *Ecce mulier*. Para que haya un *Ecce mulier*, es menester que haya un *Ecce homo*, que si éste no hay, no habrá aquél. *Ecce homo*, que se hizo hombre por gracia; *Ecce mulier*, que es mujer por flaca naturaleza; *Ecce homo*, que es justo; *Ecce mulier*, que es pecadora; *Ecce mulier*, que peca, pues *Ecce homo*, que lo paga; *Ecce mulier*, culpada, pues *Ecce homo*, penado; *Ecce mulier*, que merece el castigo, pues *Ecce homo*, que es el azotado; *Ecce mulier*, suelta, pues *Ecce homo*, atado; *Ecce homo*, que, siendo Dios, se hizo hombre, pues *Ecce mulier*, que siendo pecadora, queda santa; *Ecce homo*, que muere porque ésta viva, pues *Ecce mulier*, que vive porque éste muere; *Ecce homo*, que le presentan por esta mujer a Pilatos, pues *Ecce mulier*, que la presentan por este hombre al Padre. Pilatos da este *Ecce homo* a los hombres para su rescate; Cristo da este *Ecce mulier* al Padre para su regalo. ¡Oh trueque soberano! ¡Dulce bien nuestro, que te pones en competencia de una pecadora porque tu amor te fuerza y tu Padre te lo manda!

Mirad, hombres, el gran amor de vuestro Dios, que dice: Tomad un Dios y dadme un hombre; tomad mi Hijo y dadme una pecadora. Pues dime, gran Señor, ¿y éste es trueque que se pueda sufrir? ¿No ves que te engañan más que

en la mitad? Dar a un Dios por un hombre, ¿quién tal vió? ¿El justo por un homicida? ¿El inocente por el culpado? ¿El señor por el siervo? ¿El hijo por el esclavo? ¿El Hacedor universal por su misma hechura? ¿Quién vió trocar la gloria por el polvo? ¿La riqueza suma por la suma pobreza? ¿La alteza de Dios por la bajeza del hombre? *Ecce homo*, remedio de mis males, hombre que paga mis deudas, sangre con que se lavan mis culpas, precio con que se redime mi ofensa. Pilatos te me muestra, Redentor de mi alma; tu Padre te me da, tú mueres por mí. Tú dices: Esta es mi sangre que derramo por vosotros. Tu Padre dice: Así amo al mundo, que le di un solo Hijo que tenía. Pilatos me dice: Pues veis ahí al hombre que todo eso hace: *Ecce homo*. El me dice: *Ecce homo;* mas yo digo: *Ecce Deus*. Hombre te me muestran, mas Dios te conozco. *Ecce homo*, que muere por mí; *Ecce Deus*, que resucita por sí; *Ecce homo*, que muestra mi flaqueza, padeciendo; *Ecce Deus*, que me da su fortaleza, venciendo. ¡Dulce retrato de mi remedio, que así te había yo menester para mí, que te perdiese a Ti para hallarme a mí!»

VI. BOSSUET

Bossuet predicó en Dijon, el 1 de enero de 1668, en la capilla de los duques de Borgoña y en presencia del príncipe de Condé, un sermón que figura en las ediciones como el cuarto para la fiesta de la Circuncisión del Señor. Algunos editores afirman que fué predicado en un jubileo y que por eso alude de manera especial a las indulgencias (cf. BOSSUET, *Sermons*, ed. Garnier [París], t. 1, p. 467-494).

A) Jesús, salvador, porque nos salva

a) EXORDIO

1. Texto:

Le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados (Mt. 1,21).

2. Cristo, humilde, recibe el nombre de Jesús

El que se llama Todopoderoso, parece dejar ahora todos sus nombres soberanos para someterse a la ley servil de la circuncisión; pero en ese momento, al colocarse entre los esclavos, Dios le otorga el título de Liberador, de Salvador.

3. Cristo nos salva de la mayor desgracia

El pecado es la mayor desgracia del hombre, porque le hace perder el buen uso de su razón, el empleo legítimo de

su libertad y la pureza de su conciencia, esto es, todo el bien y todo el ornato de la criatura racional, y especialmente porque le convierte en enemigo de Dios, en adversario de su rectitud, opuesto a su santidad, ingrato a su misericordia y odioso a su justicia, y le somete, por lo tanto, a la ley de su venganza. Cristo, pues, que nos salvó de tan gravísimo mal, es el Salvador por excelencia.

4. Cristo nos salva de tres maneras

El Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Io. 1,29), según San Agustín (cf. *Contra Iulianum*, l.2, c. 10: PL 44,696), nos salva perdonando nuestras culpas, nos ayuda para que no las cometamos y nos lleva a la vida feliz, en donde no podemos volver a pecar.

El pecado es una deshonra y merece un gran castigo. Jesús, para ser «nuestro Jesús» y verificar perfectamente su nombre, debía librarnos del pecado cometido, del atractivo del pecado y del peligro de caer. Lo que comienza en esta vida, lo cumple totalmente en la futura. Empieza en este mundo por perdonarnos con la gracia, vence con ella los atractivos del peligro y nos confirma en la inmortalidad gloriosa.

b) El pecado

1. Su gravedad

El pecado es un movimiento de la voluntad humana contra las reglas inmutables de la divina; nace en la una y se opone a la otra. Es contrario a Dios, porque desobedece sus leyes, y contrario al hombre, porque le separa de las normas de su razón y de las que le unían a su origen celestial. Contrario a Dios, porque se opone a su justicia, y contrario al hombre, porque perjudica su felicidad; contrario a Dios, como a la regla a que se opone, y contrario al hombre, como al sujeto a quien corrompe.

Por eso dice el Salmista (10.6): *Qui autem diligit iniquitatem, odit animam suam*, y San Agustín (cfr. *De Civ. Dei*, l.12, c.3: PL 41,351): «Los hombres son enemigos de Dios por su voluntad de resistirle, no por su poder de dañarle». Lo que concuerda con el Salmista (36,5): *Su espada se hundirá en su propio corazón y se quebrantarán sus arcos.*

Dos armas vibran en la mano del pecador: un arco para tirar de lejos y una espada para herir de cerca; el arco se rompe y se inutiliza, la espada se vuelve contra el mismo que la esgrime. El pecador apunta desde lejos contra el cielo, y sus tiros de nada valen. Impío, blasfemo, burlador de las cosas divinas, tu rabia es impotente, aunque juzgues a Dios el más hábil de tus enemigos porque no te contesta. «Apun-

tas osadamente contra Dios, y tus disparos no le alcanzan, porque su santidad le ha hecho inaccesible a los ultrajes de los hombres. Su arco se le ha roto entre las manos, dijo el Profeta Rey. Pero no basta eso, es necesario que su cuchillo le atraviese su propio corazón y que, por haber disparado contra Dios, se aseste él mismo un golpe mortal, si el Salvador no le cura por milagro. Es el destino común de todos los pecadores; el pecado, que lo desarregla todo en el mundo, desordena en primer lugar al que lo comete. La venganza que sale del corazón para desolarlo todo, da su primer golpe, y el más duro, sobre el corazón que la origina y alimenta...; la maledicencia, antes de romper la fama ajena, desgarra la honra de quien maldice; la deshonestidad, que quisiera corromperlo todo, comienza por corromper su propia fuente... El primer enemigo del pecador y el que sufre las primeras consecuencias es el mismo que peca».

En fin, para terminar, el pecado es un mal sobre todos los males, porque es una desgracia y un crimen. Desgracia que nos agobia y crimen que nos deshonra; desgracia que nos roba toda esperanza y crimen que nos quita toda excusa; desgracia que nos hace perder la eternidad y crimen que nos convierte en culpables de esta pérdida funesta, sin darnos siquiera la posibilidad de quejarnos».

2. Sus consecuencias eternas

¿Por qué la eternidad? «Os podía decir que no nos podemos extrañar de que un Dios eterno tenga pensamientos y decretos también eternos. Os podía decir que habiendo determinado Dios darse a la criatura por medio de una comunicación eterna, ésta, al rechazarla, se ha hecho digna de un castigo eterno; pero voy a ahondar más adentro en la naturaleza del mal hasta encontrar la fuente íntima de malignidad, de donde brota una eternidad desgraciada... Decidme, ¿me concedéis que todos los hombres anhelan una felicidad sin término...? ¿Y en qué ha puesto el pecador su felicidad? En los bienes sensibles, ¿no es así? Los que pueden aspirar, dijo San Agustín (cf. *De vera Religione*, c. 45: PL 34,160), al disfrute de los bienes perdurables, se abandonan a los perecederos. Luego si todo hombre desea una felicidad eterna, y el pecador la ha cifrado en lo que llevamos dicho, síguese lógicamente que quiere vivir eternamente separado de Dios, gozando de los bienes creados.

Decidme, pecadores: si en vuestra mano estuviese, ¿no suprimiríais la muerte para proseguir pecando? No me digáis que os pensáis corregir, porque os contestaré, con el gran Papa San Gregorio (cf. *Diálog.*, 1.4, c.44: PL 77,404), que reiteradamente demostráis vuestro deseo de permanecer en pecado, ya que no os separáis de él mientras podéis conti-

nuar tranquilos. Es, pues, añade este gran Papa, un justo juicio de Dios mantener por toda la eternidad en el castigo al que ha deseado vivir separado de El eternamente.

3. Cristo nos libra del pecado

Cristo nos ha salvado, arrojando nuestras culpas no *a lo hondo del mar*, como dijo el profeta (Mich. 7,19), sino al diluvio precioso de su sangre. Venid, cristianos, *cantad conmigo la grandeza del Señor. Ensalcemos a una su nombre* (Ps. 33,3).

Cuando un rey concede una gracia, o perdona totalmente el castigo o conmuta una parte. Cristo Nuestro Señor, en el bautismo, nos absuelve completamente la culpa; a los que han vuelto a pecar, aun cuando les perdona el infierno, les deja todavía una pena temporal, como para que adviertan lo que habían merecido con su falta. Por esto en el Evangelio se habla de dos prisiones: una, de la que no se sale; otra, en la que se permanece hasta pagar el último ochavo (Mt. 5,26): el infierno y el purgatorio.

La severa disciplina penitencial que se practicaba antiguamente tenía por objeto satisfacer esta pena temporal. Nuestras penitencias actuales son harto exiguas, pero aun así, la Iglesia nos brinda los méritos de Cristo, aplicados por medio de las indulgencias.

c) El peligro de caer

1. Debilidades humanas

Los médicos humanos nos abandonan en cuanto la enfermedad se ha curado, porque ésta, una vez sanada, desaparece. Cristo no puede dejarnos aun después de justificados, porque los gérmenes de la enfermedad continúan ocultos dentro del alma para hacernos recaer.

Es tal nuestra debilidad, que seguimos inclinados al pecado por dentro y por fuera. Al exterior, todos los objetos que nos circundan son piedra de escándalo: amores engañosos, sensaciones... En el interior, ¡Dios mío, qué desorden! En cuanto al entendimiento, la ignorancia lo anula, la pasión lo oscurece, la poca reflexión lo inutiliza. Todos los bienes degeneran en exceso. Los sencillos son groseros, los útiles son presuntuosos: si a esto añadimos las viciosas costumbres de la voluntad, que, siendo libre, ella misma fabrica, como el gusano de seda, las envolturas que la aprisionan, porque puede elegir los objetos y es capaz de atarse con sus propios actos, ¿cómo no habremos de confesar la necesidad de una ayuda exterior que nos robustezca en nuestras fuerzas y nos preserve de los peligros? «Dura es la lucha que se

verifica en el interior del hombre, áspera la pelea contra los propios deseos... y nadie puede librarse sino mediante la gracia de nuestro Salvador, Jesucristo» (cf. SAN AMBROSIO, *Exposit. in Ps. 118*, v. 46: PL 15,1346).

2. Hay que huir de la ocasión

Dejad las ocasiones, con las que os habéis familiarizado hasta el punto de no pareceros peligrosas; *no os engañéis; de Dios nadie se burla* (Gal. 6,7). Su bondad es justa y potente; Dios es bueno porque es enemigo del mal, y ejerce su amor al bien con el odio que profesa al crimen.

d) LA GRACIA DE NO VOLVER A PECAR

1. Paz total en el cielo

La última gracia es aquella feliz necesidad de no poder ya nunca someternos a pecado. Para esto nos ha nacido un Salvador, en quien la culpa no pudo hacer nunca presa, y para esto hemos sido regenerados por el mismo Espíritu, que obró su concepción. El principio de nuestro descanso es poder no pecar, la perfección del mismo será no poder pecar tampoco. El principio consiste en ser justo, el fin en no perder nunca esta justicia. El uno es el consuelo de la vida presente, el otro la felicidad de la vida futura.

Podemos ahora estar seguros de que Dios no nos abandona, puesto que El no deja a nadie, si antes no es abandonado (cf. SAN AGUSTÍN, *Enarrat. in Ps. 45:* PL 36,521). Dios se desposó con nosotros (Os. 2,20), celebró *un pacto sempiterno* (Is. 55,5), y no es esposo que pueda ser infiel. Pero ¡es tan difícil estar seguros de nosotros mismos!

Llegará, en fin, el día en que Dios, que nos quiso hacer en todo a su semejanza, trueque nuestra facilidad de cambiar en la inmutable beatitud que le es propia. La gracia, que comienza a asemejarnos a Dios en este mundo, nos hará partícipes de su inmutabilidad.

Esta gracia se nos concede por Jesucristo nuestro Salvador. Como murió El, morimos a nuestros pecados, y como resucitó inmortal (Rom. 6,9), resucitaremos nosotros inmortales en la vida de la gracia, de la que entonces poseeremos la plenitud de que ahora goza Cristo.

2. Entra en el gozo de tu Señor

Entonces nos dirá: *Entra en el gozo de tu Señor* (Mt. 25,21). No es lo mismo que la alegría entre en nosotros, que nosotros entremos en la alegría. Nuestra alma es como un vaso, y la alegría se derrama en él como un licor. La felicidad está como esparcida por todos los objetos que nos rodean, y

los sentidos nos atraen para hacer gotear en nuestro corazón el jugo que a ellos les parece tan agradable. ¡Cuántas falsas alegrías, aun sin hablar de las disolutas! *Sálvame, ¡oh Dios!, porque amenazan ya mi vida las aguas; húndome en profundo cieno, donde no puedo hacer pie; me sumerjo en el abismo y me ahogo en la hondura* (Ps. 68,2-3).

De vez en cuando la alegría del cielo llena algo nuestra alma, y entonces conocemos el verdadero deleite; pero, ¡ay!, penetra en nuestros corazones como en un vaso corrompido, donde, si no pierde todo su gusto, por lo menos es bien difícil saborearlo solo, sin que se mezcle con las engañosas alegrías de la tierra. Mas ha de llegar el día en que no sea la felicidad la que entre en este vaso, sino el vaso entero el que se hunda en el abismo de la bienaventuranza, *para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida* (2 Cor. 5,4). Y allí, incapaces de probar otra falsa beatitud, estaremos seguros de no perder el placer inmortal y casto que atraerá nuestra alma con el amor supremo y permanente de una justicia y de una verdad inmutable. El gozo de la verdad, que decía San Agustín (cf. *Confess.*, l.10, c. 23,33: PL 32,793).

Bossuet termina su sermón con una exhortación vigorosa, en la que repite las palabras: *Démonos prisa, pues, a entrar en este descanso* (Hebr. 4,11).

B) La salvación, comienzo de una nueva vida

O Bossuet redactó también de otra manera la primera parte del sermón que acabamos de extractar, o compuso, como suponen algunos editores, un sermón nuevo, en ese caso el quinto, para la Circuncisión del Señor. No nos toca aquí discutir este extremo. Nos limitamos tan sólo a recoger, también en extracto, esta nueva primera parte, tal como unida al sermón quinto para dicha festividad aparece en la ed. Garnier, ya citada, p. 498-503. El argumento es el siguiente: excelencia del nombre de Jesús; terrible compromiso que el Señor contrae el día de la circuncisión; sentimientos del pecador reconciliado y maldad de la ingratitud del reincidente.

a) Compromiso tremendo del Señor

Bossuet comienza con un cántico al nombre de Jesús, que pone a todas las criaturas liberadas a los pies del Señor. Pero este nombre atemoriza, al observar las obligaciones que impuso a Cristo, porque el perdón de los pecados no consiste en una simple abolición, sino en una satisfacción sangrienta (Hebr. 9,22), por lo que el mismo día que Dios fué llamado Jesús comenzó a derramar su sangre. La circuncisión es el comienzo de un camino que termina en la cruz, donde según San Justino (cf. *Epístola a Diogneto*, 9): «Uno

solo es herido y todos curados; el justo padece deshonra y el criminal es restablecido en su honor. El inocente paga lo que no debe y se perdona a los deudores. Porque ¿quién podrá mejor cubrir nuestros pecados que su justicia? ¿Podrá haber mejor expiación para la rebelión del criado que la obediencia del hijo? La iniquidad de los culpables se esconde en un solo justo y la justicia de uno solo justifica a los demás». Hasta los ángeles se maravillan de este cambio.

b) Afectos del pecador salvado

Un condenado a muerte que no cree ya ni en su propia vida, recibe el indulto real. Para él, el príncipe es su segundo padre, que le devuelve a la vida y a la luz. Así nos ocurre a nosotros cuando nos levantamos del tribunal de la penitencia. En estos momentos exclamad con Isaías (44,23): *Cantad, cielos, la obra del Señor; resonad, profundidades de la tierra; saltad de júbilo, montañas..., que el Señor ha rescatado a Jacob y ha mostrado su gloria en Israel.*

Este perdón debe ser el comienzo de una vida nueva. ¿A quién ama Dios: al que perdonó poco o al que perdonó mucho? (Lc. 7,42).

Mas ¡qué ingratitud la del que reincide en sus crímenes! El pecador se ve separado de la condenación eterna sólo por esta vida humana, que deshace un ligero soplo. La mano de Dios está armada contra su iniquidad; el infierno, abierto a sus pies. ¡Espectáculo temible! Lleno de terror corre al sacramento de la penitencia y no espera que le acusen. El mismo, delante de Dios, confiesa sus culpas. Inmediatamente, al invocar el nombre del Salvador, nombre que calma olas y tempestades, vientos y borrascas, nombre que amansa cielos y tierra, desciende la paz sobre el pecador tembloroso. Pero con una condición: la de que corrija su vida desarreglada y sus amores criminales. Allí lo promete todo; dame la ley, dice al Señor, yo obedeceré.

Esta es vuestra historia, hermanos míos, a no ser que vuestras confesiones hayan sido sacrilegas. Lo habéis prometido, habéis puesto a Jesús de fiador, y luego, ¡cuál no será vuestra culpa si por encima de esa sangre que selló el pacto de vuestra reconciliación con Dios, si despreciando aquellos terrores que sentisteis y la misericordia que se derramó sobre vosotros, quebrantáis vuestra promesa!...

C) Peroración final

Lo mismo que ocurre con la primera parte pasa con la peroración. Sean uno o dos los sermones precedentes, las ediciones insertan una nueva peroración, que suele colocarse al final (cf. ed. cit., p. 508-511).

«Para prepararnos a entrar en esta abundante alegría, acostumbrémonos a recibirla cuando desciende del cielo en nuestro corazón». ¡Ay, a qué locas diversiones nos solemos entregar! Desde luego, que observamos mejor el carnaval que la cuaresma. Es más, tendemos a convertir en carnaval toda nuestra vida.

Dejemos estos pensamientos y gustemos de la alegría celestial, que no admite mezcla con otras alegrías. Las del mundo son precisamente más agradables cuanto más variadas, pero este gozo celestial es severo, casto y solitario. La menor mixtificación lo corrompe.

¿Queréis disfrutarlo y a la vez solazaros en vuestras riquezas? Oíd al Señor: *¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!* (Lc. 6,24). ¿Queréis que Jesús. cuando llame a vuestra puerta al final de la vida, os halle engolfados en las diversiones que ahora os complacen? No quiero consultar oráculos necios para saber vuestro porvenir; no encuentro los pronósticos necesarios en vuestra vida licenciosa y profana. Lo que veo en vosotros me da miedo, pensando que Dios puede cansarse de vuestra ingratitud.

Bebed el vaso de la alegría de Dios .«Una sola gota os saciará por el momento, pero irá creciendo en vuestro interior hasta convertirse en ese océano de infinita felicidad que yo os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

VII. BOURDALOUE

No se conserva de Bourdaloue un sermón especialmente dedicado al Nombre de Jesús, pero sí estimamos útil reproducir aquí en extracto el que predicó con motivo de la circuncisión del Señor (cf. *Sermones de los misterios de Nuestro Señor Jesucristo*, del P. LUIS DE BOURDALOUE, trad. cast. de Miguel del Castillo, t. 9 de las *Obras completas* [Madrid 1778], p. 36-66).

A) Relación del nombre con la circuncisión

Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno de María, su *Madre*

(Lc. 2,21). «¿Por qué se espera a que sea circuncidado el Niño para darle el nombre de Salvador? ¿Qué relación puede tener el nombre de Salvador con la circuncisión del Niño?» Importante cuestión es ésta, que servirá de asunto a este discurso.

B) División

Era necesario que Jesucristo, para ser perfectamente Salvador, no solamente desempeñara el oficio de tal, sino que nos enseñase cómo debiamos nosotros cooperar al desarrollo de esta gran obra. En este misterio cumplió Jesús admirablemente ambas obligaciones. Empezó a salvarnos obedeciendo la ley de la antigua circuncisión, que era la circuncisión de la carne. Y nos dió un medio seguro para que nosotros nos ayudemos a salvarnos por la ley que estableció de la circuncisión nueva, que es la circuncisión del corazón.

C) Obediencia a la ley de la antigua circuncisión

Jesucristo empezó a salvarnos obedeciendo a la ley de la antigua circuncisión; porque en el instante en que se circuncidó, se colocó en la disposición inmediata y necesaria para poder ser la víctima del pecado; ofreció a Dios las primicias de su santísima sangre, que debía ser el remedio de nuestra culpa; y se obligó a derramar esta misma sangre más abundantemente en la cruz por la reparación entera del pecado.

a) Se halló en la disposición necesaria para ser la víctima del pecado

Y por consecuencia, para ser perfectamente Salvador. Para salvar pecadores y reos se necesitaba un justo, pero un justo que supiese satisfacer a Dios, según todo el rigor de su justicia, y sobre quien pudiese recaer la maldición que arrastra consigo el pecado y el castigo que merece. Este justo era Jesucristo. No debía ser pecador, pues Dios no lo hubiese aceptado; y no era bastante que fuese justo, pues como tal no hubiera podido ser objeto de las venganzas de Dios, sino que, en calidad de mediador, había (aunque exento de culpa e impecable en sí) de ocupar una especie de puesto intermedio entre la inocencia y la culpa; y este medio consistía en tener la señal del pecado. ¿Dónde tomó la señal de la culpa? En la circuncisión.

b) OFRECIÓ A DIOS LAS PRIMICIAS DE SU SANTÍSIMA SANGRE

La menor obra del Hijo de Dios podía bastar para redimirnos; pero según el orden de los divinos decretos y de la satisfacción rigurosa a que se había sometido, era necesario que le costase sangre. Hoy empieza a cumplir esta condición. Bien diferente fué el Señor de los sacerdotes de Baal, los cuales para honrar a su Dios se hacían dolorosas heridas hasta quedar cubiertos de sangre. Jesús, para salvar a su pueblo, aun siendo Dios, tolera y padece esta cruenta operación.

c) SE OBLIGÓ A DERRAMARLA MÁS ABUNDANTEMENTE EN LA CRUZ

Tal hizo por la reparación entera del pecado, porque, según San Pablo (Rom. 2,25), todo hombre al circuncidarse se obligaba a cumplir toda la ley. La consumación de la ley, respecto de Jesucristo, era su propia muerte, pues El era el fin de la ley, y no había de cumplirlo sino por la consumación del sacrificio de su santa Humanidad.

Con razón en este misterio se le dió el nombre de Jesús; y la sangre que derramó para salvarnos nos manifiesta cuál fué el precio de nuestra salvación y cómo debemos estimarla.

D) La circuncisión nueva del corazón

Jesucristo nos ha dado un medio seguro para que nosotros mismos nos ayudemos a salvarnos por la ley que ha establecido de la nueva circuncisión. Esta circuncisión nueva es la del corazón: *a)* de ella nos hace una ley; *b)* nos explica el precepto; *c)* y nos facilita el uso.

a) NOS PROPONE LA CIRCUNCISIÓN DEL CORAZÓN, Y DE ELLA NOS HACE UNA LEY

Porque no anula la antigua circuncisión, o, más bien, la antigua no acaba en El, sino porque establece la nueva. Circuncisión del corazón quiere decir apartamiento de todos los deseos culpables y de todas las pasiones desordenadas. Necesitamos esta circuncisión para salvarnos, pues el origen de nuestras culpas son nuestros deseos y pasiones. Esta circuncisión debe ser entera, esto es, ha de extenderse a todo, sin exceptuar nada, pues una sola pasión basta para condenarnos.

b) NOS EXPLICA EL PRECEPTO DE ESTA CIRCUNCISIÓN NUEVA CON SU EJEMPLO

En la circuncisión hallamos las cuatro pasiones dominantes y más difíciles de vencer perfectamente sacrificadas y sometidas a Dios; la de la libertad, por la obediencia prestada a una ley que no le obligaba; la del interés, por la pobreza en que quiere manifestarse; la del honor, por el carácter ignominioso del pecado, cuya vergüenza sufre, y la del placer, por la dolorosa operación que soporta. He aquí las cuatro pasiones que debemos desarraigar de nuestro corazón.

c) NOS FACILITA EL USO DE ESTA CIRCUNCISIÓN POR LA SANGRE QUE EMPIEZA A DERRAMAR

Esta sangre divina lleva consigo una duplicada gracia. «La gracia interior es la gracia de Jesús, la gracia que el mismo Salvador de los hombres nos ha traído: la gracia que ilumina el espíritu y nos hace conocer nuestras obligaciones; que nos mueve el corazón y nos la hace amar, y la gracia victoriosa y potente que refrenaba en San Pablo el estímulo de la carne... (2 Cor. 12,9). La gracia exterior es la de este mismo ejemplo con que Jesucristo nos explica su ley y nos anima a cumplirla: porque a la vista de la sangre que El ha derramado, ¿con qué pretexto podemos paliar nuestra flojedad y tibieza?...»

E) Exhortación final

«Tiempo es ya, cristiano, de que despertemos del profundo sueño en que nuestra fe se halla sepultada (Rom. 13,11)... Hoy empezamos un año nuevo. ¿Cuántos hay en este auditorio que lo empiezan y no lo acabarán?... Penetrados en el pensamiento de que éste es el último año de nuestra vida, ¿qué resoluciones no hemos de formar?... Tengamos siempre, como el Profeta Real, nuestra alma en nuestras manos: *Anima mea in manibus meis semper* (Ps. 118.109). Esto es, estemos siempre prontos para presentarnos delante de Dios: porque no sabemos cuándo nos llamará y puede ser que sea en este mismo año. Sea como fuere, santifiquémoslo y hagámoslo para nosotros un año de salvación»...

VIII. FLECHIER

Extractamos un sermón de Fléchier, del texto inserto en *Tesoro de predicadores ilustres* (cf. 7,9, Madrid 1852). Fléchier, obispo de Nimes, nació en 1632 y entró en la Congregación de la Doctrina Cristiana. Alcanzó gran fama y prestigio como predicador en la corte real. En 1685 fué exaltado a la mitra de Nimes. Murió en 1710. El sermón que presentamos es el de Navidad y fué predicado delante del rey en la capilla de San Germán. (Puede también verse su texto íntegro y traducido al español por don Juan de Arribas en *Sermones morales*, de ESPÍRITU FLECHIER, obispo de Nimes, t. 5, ed. Fernández, Madrid 1774.)

A) Exordio y división

Os ha nacido... un Salvador (Lc. 2,11). En las tinieblas ha nacido la luz, el Salvador, que ha cumplido y llenado todas las funciones de su ministerio con perfección; pero la mayor parte de los hombres no se preocupa de aprovecharse de él.

B) Jesucristo, Salvador

La salvación es la empresa más gloriosa de Dios. Su fin fué domar al infierno y reconciliar la tierra con el cielo. Su principio, la infinita caridad. Sólo Dios podía salvar al hombre. Las obligaciones que impuso parecen, en cambio, la cosa menos proporcionada a la dignidad de Dios.

a) DIOS REVESTIDO DE NUESTRA FLAQUEZA

Algunas veces leemos en la Escritura que Dios se eleva o baja, metafóricamente, cuando quiere dar idea de su grandeza o compadecerse de nuestra debilidad. Pero en este misterio el bajarse Dios hay que entenderlo a la letra, según la expresión del Apóstol: *Se anonadó tomando la forma de siervo* (Phil. 2,7).

¿Hay cosa más débil que un niño? A él quiso parecerse Dios. El hombre al nacer crece, y Cristo se aniquila. Para nosotros, nacer es salir de la nada, para Cristo entrar en ella. Difícil es para el hombre rebajarse, porque bajar hasta la nada es subir hasta su origen. En cambio, para Dios...

Comparémonos con El. Somos soberbios en todo.

b) Obligación penosa de sufrirlo todo por la salvación de los hombres

Dios pudo, durísima pero justamente, abandonarnos en nuestro pecado y condenación. Pudo elegir otro medio más suave para salvarnos. Pero sabiendo que el Padre había escogido este medio como el más apto para honrarle, darnos ejemplos de virtud y hacernos conocer lo que costó nuestra salvación, dijo: *Heme aquí que vengo* (Hebr. 10,7). «Yo me destino a ser el objeto de la infidelidad de los pueblos, de la contradicción de los sabios del mundo..., de la crueldad de los tiranos, de la injusticia de mis enemigos, de la traición de mis discípulos, de la cólera de Dios; extendido ya sobre mi pesebre como un día lo estaré sobre mi cruz, llevo ya en mi voluntad todo el peso de los pecados de los hombres, impaciente por crecer para consumar la obra que emprendo... Hostia débil y tierna, pero ya voluntariamente consagrada, yo adelantaré mis deseos, ya que no puedo cumplir todavía mis designios. Ningún intervalo de reposo o de placer interrumpirá el curso de mi vida laboriosa y paciente...»

Comparémonos con Cristo. La religión del cristiano es de austeridad y penitencia. En cambio, la mayoría de los hombres piensa que unos tienen la obligación de la penitencia por sus gravísimos pecados, y otros por la santidad de su vida. Se forma así un tercer y erróneo estado de molicie y libertad, porque no se creen ni bastante malos ni bastante buenos para ser penitentes como Cristo desea.

c) Obligación de pensar en la salvación de los pecadores

La tercera obligación que el Salvador se impuso es pensar toda su vida en la salvación de los pecadores. Cristo Nuestro Señor tuvo pasiones, no en el sentido en que solemos emplear la palabra, sino suaves y ordenadas. Utilizó unas y otras según los casos; pero si tuvo una pasión perpetua y permanente, fué el deseo de la salvación de los hombres. *¡Cómo me siento obligado hasta que se cumpla!* (Lc. 12,50).

¿Y nosotros? ¿Cuidamos de parecernos a Cristo en ese deseo?

C) ¿Nos aprovechamos de su salvación?

Hay tres clases de personas que no se aprovechan de la salvación de Cristo.

a) Los que no conocen a Cristo

El mundo no le ha conocido. La sociedad, animada del espíritu natural, piensa en el hombre según Adán y no según Cristo, y no admite otros bienes que el placer, el honor y la riqueza. Consume su vida en una falsa alegría, regocijándose o afligiéndose como si no tuviese que creer ni aun siquiera la religión que sólo simula profesar. Espíritu de necedad, tropel de espíritus que mutuamente se combaten. Estos hombres, en realidad, no conocen a Cristo, porque entre sus costumbres, que han espesado las tinieblas espirituales; sus oídos, sordos a la palabra de la vida, inasequible al hombre animal, y sus pasiones, que han cegado su entendimiento, viven exactamente igual que si no hubieran oído hablar nunca de Cristo.

El mar trocó en sólidas sus olas para sostener a Cristo, la tierra abrió sus sepulcros ante su mandato y tembló ante su muerte. Sólo el hombre permanece insensible frente a sus preceptos y sus dolores.

b) Otros conocen a Cristo, pero no creen en El

Se puede creer con la razón únicamente, admitiendo la verdad, o con la voluntad, decidiéndose a obedecerla. Las personas que pertenecen a esta segunda clase, admiran la virtud, pero no creen que ellas deban practicarla.

San Pablo dice que Jesucristo se hizo para nosotros *sabiduría, justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1,30). Como *sabiduría* nos instruye, como *justicia* nos inspira dolor de nuestros pecados, como *santificación* nos purifica y es regla de conducta, como *redención* nos devuelve la esperanza de los bienes eternos. Pues bien, necesitamos seguir a Cristo en estos cuatro estados, creyendo, acudiendo a su gracia, viviendo según sus leyes y aguardando la felicidad futura. Mas hay quienes dividen a Cristo y quieren que sea redentor, pero no maestro; que nos dé su sangre, pero no su espíritu; que nos quite la pena del pecado, pero nos deje en él. Esto no es creer en Jesucristo, sino despreciarlo. Muchos anhelan la santidad y están persuadidos de la necesidad de esforzarse para alcanzarla, mas quisieran ir al cielo cómodamente, porque los medios les parecen difíciles, y les convendría gozar de impunidad para algunas de sus pasiones.

c) Finalmente, los hay que conocen y creen a Cristo, pero no le siguen

El Salvador ha adquirido tres grados de dominio sobre los hombres. Uno de redención al posesionarse de aquellos a quienes liberó por un nuevo derecho de protección y socorro. Otro de religión, con derecho a un homenaje infinito, y el tercero de instrucción, como ministro de la verdad y cabeza y modelo con quien hay que conformarse como con una imagen.

El designio de la encarnación es darnos medios de llegar a Dios, único bien nuestro. ¿De qué nos sirve conocer la meta si no nos decidimos a seguir el camino? No obstante, ¿dónde hallaremos cristianos que conformen su vida con la de Cristo desde el pesebre hasta la cruz? Aun aquellos que ya no pecan gravemente no dan importancia a la mentira, la murmuración, la adulación y otros vicios peores...

IX. CARDENAL GOMA

Sintetizamos las ideas más interesantes del capítulo 3 de la obra *Jesús Redentor*, del Cardenal Gomá, arzobispo de Toledo y primado de España (cf. ed. 3.ª [Barcelona 1944], p. 67-98).

A) Jesús el esperado de la historia

El grito de Isaías pidiendo a las nubes que lluevan al Salvador del mundo (Is. 45,8) es el eco general de todo el universo, que responde a la promesa hecha por Dios en el paraíso.

Israel espera con ansias al Salvador. *Dios le confió a sus oráculos* (Rom. 3,2). Raza nómada en sus comienzos, espera con Abraham la bendición que nacerá de su descendencia para todas las naciones (Gen. 26,4); Jacob muere con la esperanza en el que ha de ser enviado, cuando el cetro sea *quitado de la casa de Judá* (Gen. 49,10). Cuando bendice a su hijo José, a la hora de morir, le afirma: *Las bendiciones que te da tu padre Jacob sobrepujan las bendiciones de sus progenitores hasta que venga el Deseado de todas las gentes* (Gen. 49,18-26).

David ante los despojos de sus enemigos coge su arpa y le arranca el himno: *¡Visítanos en tu Salvador!... Que su nombre sea bendecido por todos los siglos* (Ps. 105,4; 71,17).

Y después todos los profetas, cuando Israel es invadido

por los carros blindados de Sargón o llora en el cautiverio, se levantan para decirle: *Las naciones, ¡oh Jerusalén!, verán a tu Justo, y los reyes todos a tu glorioso Salvador* (Is. 62,2).

Más arriba del Líbano, hacia el oriente y el occidente de aquel rincón del mundo, la misma esperanza alienta y vive. Egipto espera confusamente un Orus salvador. Persia la venida del enviado del Dios bueno contra el mal. Confucio ha oído decir que nacerá en Occidente un hombre que producirá un océano de acciones meritorias y que vendrá del cielo y salvará la tierra. Sócrates espera al Justo en la Grecia florida, y en las colinas de Roma resuena la voz de Virgilio, eco de la Sibila de Cumas, quien anuncia la edad de oro, en la que nacerá el hijo de una virgen (Ecl. 4,5). Tácito y Suetonio recuerdan la tradición en la que se promete una era de poder y dominio a la pequeña región de Judea (TAC., *Hist.*, 5,13; SUET., *Vespas.*, 4,3), y hasta Josefo hace mención de esta esperanza de un Mesías *(B. I.*, 3,8,9).

Y he aquí que en el año 750 de la fundación de Roma, en un prado tranquilo de Belén, los ángeles anuncian a unos pobres pastores: *Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo...* (Lc. 2,11), y a los ocho días se le impone el nombre de *Jesús* (ibid. 21).

B) Salvador por la plenitud de su gracia

a) SIGNIFICADO DEL NOMBRE

El nombre se lo impuso Dios, que conoce la esencia de las cosas. Por eso es un nombre lleno. Jesús «no llevó sólo la sombra de un gran nombre» como pudo ocurrir con algunos personajes del Viejo Testamento, sino que su nombre es la verdad (cf. SAN BERNARDO, *Serm.* 1 *sobre la Circunc.*: BAC, p. 303).

«Salvar es conservar un bien que está en peligro y librar del mal en que se ha incurrido... Salva de la ruina a un deudor aquel que le da con que pagar sus deudas..., como salva el médico a quien cura de su enfermedad»...

Jesús lo fué de ambos modos, conservando, o mejor dicho, restituyéndonos el orden sobrenatural y librándonos de las causas de nuestra ruina.

«Todos los nombres del Hijo de Dios hecho hombre se sintetizan en el nombre venerando y admirable de Jesús, Salvador» (cf. supra, sec. 3.ª, SAN BERNARDO, IV, C,b, y sec. 4.ª, SANTO TOMÁS, I, C,a).

b) Significado de la salvación

El aspecto espiritual y fundamental de la obra salvadora de Jesús consiste en saber que es Salvador por la plenitud de su gracia, encerrada en todos los misterios que se contienen en su nombre.

El anonadamiento del Verbo que se obró en el misterio de la encarnación, y del que resultó esta persona histórica que se llama Jesucristo, es lo que le mereció un nombre sobre todo nombre.

El apóstol San Pablo exhorta a los filipenses a la caridad; y en una digresión breve, pero profundamente teológica, les describe todo el curso de la vida de Cristo desde el seno del Padre hasta su aniquilamiento y muerte en la cruz. Después dice: *Por esto le dió un nombre superior a todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno* (Phil. 9,10).

Jesucristo, antes que fuera hombre, tenía la misma naturaleza o esencia de Dios. «Por una condescendencia inefable de su amor a los hombres se anonadó, vino del cielo a la tierra, se vació, en la apariencia, de la naturaleza y prerrogativas de la divinidad y apareció en la forma de hombre... Es el misterio de la unión hipostática, en virtud de la cual una persona divina, la del Verbo, Dios verdadero, es al mismo tiempo hombre verdadero por haber tomado una naturaleza humana... Esta gracia de la unión hipostática, única e insuperable, constituye a Jesús salvador de la humanidad».

Adán había caído. Para restaurar a la humanidad la mitología no encontró otro recurso que la fábula de Prometeo, que roba el fuego de los dioses y lo esconde en el pecho de los hombres. Dios encuentra otro medio soberano. El mismo se hace hombre, no sólo igual, sino superior a lo que había sido Adán.

Jesús, Hombre-Dios, queda constituído desde ese momento Jerarca supremo de la humanidad, porque si la jerarquía de los seres aumenta a medida que ellos se aproximan a Dios, no puede haber jerarquía sobre la de Jesús.

¡Oh maravilla!, dijo Dios irónicamente: *He aquí que Adán ha venido a ser como uno de nosotros* (Gen. 3,22). Ahora podemos decir: He aquí que Dios se ha hecho como los hombres. ¿Qué mayor salvación y qué más amplia liberación? Jesús *no se avergüenza de llamarnos a nosotros hermanos* (Hebr. 2, 11). Es *nuestro hermano mayor,* como le llama el Apóstol (Rom. 8,29).

¿Adán recibió el aliento vital de su alma? Jesús es la Vida, de donde procede toda vida natural y sobrenatural.

¿Adán fué creado en rectitud y justicia? Jesús nació santo accidental y circunstancialmente. ¿Adán inmortal? Jesús, Dios inexterminable, muere por unas horas para devolvernos la inmortalidad. ¿Adán recibió la ciencia del espíritu? Jesús, como Dios, es la Sabiduría esencial, y como hombre estaba «lleno de verdad» infusa y de visión beatífica...

«¡Oh Jesús mío! Vuestro nombre es miel para mi boca, armonía para mis oídos, júbilo para mi corazón» (cf. SAN BERNARDO, *Serm.* 15 *in Cant.*: PL 183,847). Al pronunciarlo me parece asistir a esas bodas en las que bajó el Verbo hasta nuestra naturaleza y subió ella hasta Dios; pues por la gracia de vuestra unión *todo os quedó sometido, menos Aquel que lo sujetó todo a Vos* (1 Cor. 15,27).

C) Salvador por su operación

La salvación traída por Jesús no es la obra del artista que, despechado al ver su estatua hecha pedazos, se indemniza haciendo otra mejor. No, Jesús rehace lo que el adversario arruinó, y lo rehace por medio de su obra. Jesús es el hombre nuevo, pero por medio de este hombre nuevo, *per Dominum Nostrum Iesum Christum*, el hombre viejo es rehabilitado.

a) ETAPAS DE LA REDENCIÓN

La primera etapa fué la *forma Dei;* la segunda, *la forma servi,* y la tercera, *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Phil. 2,8). En esta tercera etapa nos redimió individualmente.

El hombre, esclavo de un dueño más fuerte que él, ofensor de un Dios y deudor de una deuda infinita, necesitó un vencedor más fuerte que Satanás, un Dios que pudiese perdonar sus propias ofensas y pagar deudas infinitas. Como hombre paga, pero la paga es divina.

De esta salvación hay que decir: 1.°, Jesús nos salvó satisfaciendo condignamente la ofensa; 2.°, redimiéndonos mediante el precio de su sangre; 3.°, como cabeza nuestra, influyendo continuamente con sus méritos y gracias en nuestra salvación personal.

b) TODAVÍA VIVE Y SE INMOLA

Jesús no nos compró y redimió, sino que sigue comprando, redimiéndonos, pagando nuestras deudas y salvándonos, porque todavía se inmola y hace correr su sangre por el

mundo, derivándola a cada uno de nosotros para obrar nuestra salvación personal. Es el divino samaritano... (Lc. 10,30-37).

Es el nuevo *sacerdote*, cuya gracia baja por la jerarquía a todo el cuerpo místico y *de cuya plenitud todos recibimos* (Io. 1,16). Es la *vid*, y el que *permanece unido a Jesús y Jesús con él, produce copiosos frutos* de salvación (Io. 15,5). Es *Jesús. Sin El nada podéis hacer* (Io. 15,5), pero acoplando nuestra libertad a su voluntad salvadora, somos reengendrados por El en el bautismo, robustecidos en la confirmación, alimentados y preservados de enfermedades en la Eucaristía... *Vive orando e intercediendo continuamente por nosotros* (Hebr. 7,25). Nuestro ideal sería injertarnos de tal forma en El, que obedeciéramos a San Pablo: *Todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo* (Col. 3,17).

c) Abundancia de la salvación por el nombre de Jesús

1. Más profunda que la condenación que nos vino de Adán

Porque nos ha hecho un solo Cristo con El, una sola cosa con El y con Dios (Io. 17,21), y *donde abundó el delito sobreabundó la gracia* (Rom. 5,20).

2. Más universal

Porque la caída de Adán no rebasó los límites del género humano, y la encarnación de Cristo ha dignificado a todo el mundo: *Todo doble la rodilla al nombre de Jesús, el cielo, la tierra y los infiernos* (Phil. 2,10).

D) Poder social del nombre de Jesús

«Una sola frase del Apóstol sintetiza toda su obra salvadora: *Instaurare omnia* (Eph. 1,10), revocarlo todo a la unidad de un principio capital: Jesús que lo presida, armonice y dirija todo en los cielos y en la tierra»...

La solidaridad del alma y del cuerpo nos acarreó la corrupción y muerte corporal. La solidaridad social ha hecho que la ruina del espíritu humano se traduzca en las afrentas de las sociedades anteriores al salvador Jesús. Mas la solidaridad en Jesús ha devuelto la inmortalidad a nuestro cuerpo *(la vida de Jesús debe manifestarse hasta en nuestra carne mortal:* 2 Cor. 4,11) y debe dilatarse en una vida social espléndida.

Los gloriosos y universales triunfos de Cristo fueron vis-

lumbrados por Isaías al describir la gloria del Mesías futuro. Toda esta gloria la reduce a tres grandes factores de fuerza social: la verdad, la justicia y el imperio.

a) La verdad

Herirá la tierra con la vara de su boca (Is. 11,4). La palabra de Jesús, penetrante como *una espada de dos filos* (Hebr. 4,12), hablando lo que oyó en el seno del Padre (Io. 15,15), transformó la tierra como la levadura. San Bernardo nos describe el ministerio de San Pablo con estas palabras: «Llevaba el nombre de Jesús como se lleva una luz, e iluminaba la patria y en todas partes clamaba: *Pasó la noche, clarea ya el día; abandonemos las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz* (Rom. 13,12-13). Y señalaba a todos la luz sobre el candelabro, anunciando en todas partes a Jesús, y éste, crucificado» (cf. *Serm.* 15 *in Cant.*: PL 183,846).

La doctrina de Cristo ha influído en la ciencia, en la política, en las costumbres, en las leyes y en los grandes problemas de la vida individual y social. «Cada etapa de la historia ve brillar el nombre de Jesús con una luz nueva; para cada momento tiene su matiz; para cada problema un rayo de claridad que consienta descifrarlo y resolverlo».

¿Por qué buscarán los hombres las miserables luciérnagas de las opiniones humanas? Los hombres son *llevados por el viento de toda doctrina a toda maldad* (Eph. 4,14)

b) La justicia

Será la justicia el ceñidor de sus lomos (Is. 11,5). La justicia no reinó en el mundo hasta que vino Cristo, y desde entonces ha reinado en la medida que los pueblos aceptaron su ley. Triste justicia en que Cresos y Césares dividían el mundo en castas de dioses y de parias y convertían a la sociedad en juguete de sus caprichos. Jesús rehabilitó a la humanidad desgraciada diciendo: *Padre nuestro, que estás en los cielos* (Mt. 6,9), y los hombres se convierten en hermanos. Jesús dijo: *Bienaventurados los pobres, los mansos, los pacíficos, los que padecen persecución por la justicia* (Mt. 5,3-10), y la humanidad infortunada vió su amanecer. *Y la paz será obra de la justicia* (Is. 32,17).

c) El imperio del poder

Y con el aliento de sus labios mató al impío (Is. 11,4). Ciro hizo estremecer la tierra, los horizontes huían ante Alejandro, Napoleón fruncía el ceño y se conmovía Europa; pero Ciro murió de pena, Napoleón de despecho, Alejandro desapareció en un festín, y Jesús, después de muerto, reina al cabo de dos mil años.

Admirables ascensiones logró la humanidad creyendo en Cristo. Los mártires..., los confesores, el genio entero del cristianismo...

Humillemos la frente ante el nombre de Jesús para consuelo nuestro, porque El *da al alma los verdaderos goces* (Himno de Vísperas). Invoquémosle en la hora difícil, pues *quienquiera que invocare este nombre será salvo* (Act. 2,21).

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. EPISTOLA (I)

Nec enim aliud nomen est sub caelo in quo oporteat nos salvos fieri.

A) La descristianización de la sociedad y sus consecuencias

a) El alejamiento de Dios y de su fe da siempre una trágica cosecha

¿Qué corazón no debería arder y sentirse empujado a prestar su ayuda, a la vista de tantos hermanos y hermanas que, por errores, pasiones, instigaciones y prejuicios, se han alejado de la fe en el verdadero Dios y se han separado del alegre y salvador mensaje de Jesucristo? Quien pertenece a la milicia de Cristo, sea eclesiástico o seglar, ¿no debería sentirse espoleado e incitado a mayor vigilancia, a defensa más decidida, cuando ve crecer cada vez más los escuadrones de todos los enemigos de Cristo, cuando se da cuenta que los portavoces de tales tendencias, renegando o despreocupándose en la práctica de las verdades vivificadoras y de los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrílegamente las tablas de los mandamientos de Dios para substituirlas con tablas y normas de las que está desterrada la substancia ética de la revelación del Sinaí, el espíritu del sermón de la Montaña y de la cruz? ¿Quién podrá mirar sin profundo dolor cómo semejantes desviaciones preparan una trágica cosecha en los que, en días de calma y de seguridad, se agrupaban entre los secuaces de Cristo, pero que, desgraciadamente, cristianos más de nombre que de hecho, en la hora que es menester perseverar, luchar, sufrir, hacer frente a las persecuciones ocultas o descubiertas, sucumben víctimas de la pusilanimidad, de la debilidad, de la incertidumbre y, aterrorizados ante los sacrificios impuestos por su profesión cristiana, no encuentran fuerza para beber el amargo cáliz de los fieles de Cristo? (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 3).

b) Toda construcción social que aparte al hombre y a la sociedad de Dios prepara su propia ruina

El origen y fin esencial de la vida social ha de ser la conservación, el desarrollo y el perfeccionamiento de la persona humana, ayudándola a actuar rectamente las normas y valores de la religión y de la cultura, señalados por el Creador a cada hombre y a toda la humanidad, ya en su conjunto, ya en sus naturales ramificaciones.

Una doctrina o construcción social que niegue esa interna y esencial conexión con Dios de todo lo que se refiere al hombre o prescinda de ella, sigue un camino falso, y mientras con una mano construye, con la otra prepara los medios que, tarde o temprano, pondrán en peligro o destruirán su obra (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942,* n. 12 y 13).

c) Rechazada la piedra angular, todo el edificio social amenaza hundirse

Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieron retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad, que libra, y el error, que reduce a esclavitud; ni pensaban que renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la unificadora y ennoblecedora doctrina de amor de Cristo, se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable. Hablaban de progreso, cuando retrocedían; de elevación, cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para substituir la ley de Cristo por algo que la iguale: *Se entontecieron en sus razonamientos* (Rom. 1,21).

Debilitada la fe en Dios y en Jesucristo, y oscurecida en los ánimos la luz de los principios morales, se quitó el apoyo al único e insustituíble fundamento de aquella estabilidad y tranquilidad, de aquel orden interno y externo, privado y público, únicos que pueden engendrar y salvaguardar la prosperidad de los Estados (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 16).

d) Desapareció toda base moral y trajo consigo todos los males presentes

Es cierto que la raíz profunda y última de los males que deploramos en la sociedad moderna es el negar y rechazar una norma de moralidad universal, así en la vida individual como en la vida social y en las relaciones internacionales; el desconocimiento, en una palabra, tan extendido en nuestros tiempos, y el olvido de la misma ley natural, la cual tiene su fundamento en Dios, criador omnipotente y padre de todos, supremo y absoluto legislador, omnisciente y

justo Juez de las naciones humanas. Cuando se reniega de Dios, se siente sacudida toda base de moralidad, se ahoga, o al menos se apaga notablemente, la voz de la naturaleza que enseña, aun a los ignorantes y a las tribus no civilizadas, lo que es bueno o malo, lícito o ilícito, y hace sentir la responsabilidad de las propias acciones ante un Juez supremo (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 14).

e) Los esfuerzos por destronar a Jesucristo han conducido a la indigencia espiritual y moral de los tiempos presentes

Al comienzo del camino que conduce a la indigencia espiritual y moral de los tiempos presentes, se yerguen los nefastos esfuerzos de no pocos por destronar a Cristo, el apartamiento de la ley de la verdad que El anunció, de la ley del amor, aliento vital de su reino (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 10).

f) Y a las tinieblas que hoy nos envuelven

Narra el sagrado Evangelio que, cuando Jesús fué crucificado, las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra (Mt. 27,45); símbolo espantoso de lo que sucede, y sigue sucediendo espiritualmente, dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluído de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de la pública; y con la fe en Cristo ha sacudido también la fe en Dios. Los criterios morales, según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas, han caído como por consecuencia en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad, que ha hecho cada vez más rápidos progresos, sustrayendo el hombre, la familia y el Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana, las señas de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, más palpables, más angustiosas: las tinieblas se extendieron, mientras crucificaban a Jesús (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 15).

g) Abandonar a Dios trae consigo todos los males sociales

Ya mucho antes que estallara la guerra europea (1.ª) venía preparándose por culpa de los hombres y de las sociedades la principal causa engendradora de tan grandes calamidades, causa que debía haber desaparecido con la misma espantosa grandeza del conflicto, si los hombres hubieran entendido la significación de tan grandes acontecimientos. ¿Quién no sabe aquello de la Escritura: *Los desertores del Señor serán aniquilados?* (Is. 1,28); ni son menos conocidas aquellas gravísimas palabras del Redentor y Maestro de los hombres, Jesucristo: *Sin mí no podéis hacer nada* (Io. 15,5), y aquellas otras: *El que conmigo no recoge, derrama* (Lc. 11,23). Sentencias estas de Dios que en todo tiempo se han verificado, y ahora, sobre todo, las vemos realizarse a nuestros mismos ojos. Alejáronse en mal hora los hombres de Dios y de Jesucristo y por eso precisamente de aquel estado feliz han venido a caer en este torbellino de

males, y por la misma razón se ven frustradas y sin efecto la mayor parte de las veces las tentativas para reparar los daños y para conservar lo que se ha salvado de tanta ruina. Y así, arrojado Dios y Jesucristo de las leyes y del gobierno, haciendo derivar la autoridad, no de Dios, sino de los hombres, ha sucedido que, además de quitar a las leyes las verdaderas y sólidas sanciones y los primeros principios de la justicia, que aun los mismos filósofos paganos, como Cicerón, comprendieron que no podían tener su apoyo sino en la eterna de Dios, han sido arrancados los fundamentos mismos de la autoridad, una vez desaparecida la razón principal de que unos tengan el derecho de mandar y otros la obligación de obedecer. Y de ahí las violentas agitaciones de toda la sociedad, falta de todo apoyo y defensa, mientras los partidos luchan por alcanzar el poder, atentos a los propios intereses y no a los de la patria (Pío XI, *Ubi Arcano Dei*, n. 14).

h) En la vida familiar es causa de desórdenes y hasta de crímenes

Es también ya cosa decidida que ni Dios ni Jesucristo han de presidir el origen de la familia, reducido a mero contrato civil el matrimonio, que Jesucristo había hecho un *sacramento grande* (Eph. 5,32) y había querido que fuese figura, santa y santificante, del vínculo indisoluble con que El se halla unido a su Iglesia. Y debido a esto, hemos visto frecuentemente cómo en el pueblo se hallan oscurecidas las ideas y amortiguados los sentimientos religiosos con que la Iglesia había rodeado este germen de la sociedad que se llama familia; vemos perturbados el orden doméstico y la paz doméstica; cada día más insegura la unión y estabilidad de la familia; con tanta frecuencia profanada la santidad conyugal por el ardor de sórdidas pasiones y por el ansia mortífera de las más viles utilidades, hasta quedar inficionadas las fuentes mismas de la vida, tanto de las familias como de los pueblos (Pío XI, *Ubi Arcano Dei*, n. 15).

i) Y, como consecuencia evidente, se sigue la guerra

Desatendidos, pues, los preceptos de la sabiduría cristiana, no nos debe admirar que las semillas de discordias sembradas por doquiera en terreno bien dispuesto viniesen por fin a producir aquella tan desastrosa guerra, que, lejos de apagar con el cansancio los odios entre los pueblos y entre las diversas clases sociales, los encendió mucho más con la violencia y la muerte (Pío XI, *Ubi Arcano Dei*, n. 15).

j) Para un cristiano clarividente, eran previsibles las consecuencias del apartamiento de Dios

Lo que aparecía claro al cristiano que, profundamente creyente, sufría por la ignorancia de los otros, nos lo presenta hoy clarísimo el fragor de la espantosa catástrofe del presente trastorno, que re-

viste la terrible solemnidad de un juicio universal, aun a los oídos de los tibios, de los indiferentes y de los irreflexivos; una verdad antigua que se manifiesta trágicamente en formas siempre nuevas y retumba de siglo en siglo, de pueblo en pueblo, por la boca del profeta: *Omnes qui te derelinquunt confundentur; recedentes a te in terra scribentur; quoniam dereliquerunt venam aquarum viventium Dominum* (Ier. 17,13): «Los que te abandonan serán confundidos; los que te dejan se cubrirán de vergüenza, porque dejaron al Señor, fuente de aguas vivas» (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 36).

k) Alejada de Dios la sociedad, sólo se va en busca de lo material y del poder

Arrastrado el espíritu a la sima moral, al apartarse de Dios y de las prácticas cristianas, no podría menos de ser que los pensamientos, propósitos, iniciativas, estima de las cosas, acción y trabajo de los hombres, se dirigieran y orientaran hacia el mundo material, afanándose y sudando por dilatarse en el espacio, por crecer como nunca, más allá de todo límite, en la conquista de las riquezas y del poder; por rivalizar en la velocidad para producir más y mejor todo lo que el adelanto y el progreso material parecía exigir (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1941*, n. 12).

l) Independizada la autoridad civil de Dios, pretende un poder ilimitado, sumamente nocivo

Si el olvido de la ley de caridad universal, única que puede consolidar la paz apagando odios y atenuando rencores y desavenencias, es fuente de gravísimos males para la convivencia pacífica de los pueblos, no menos nocivo al bienestar de las naciones y a la prosperidad de la ingente sociedad humana, que recoge y abraza dentro de sus confines a todos los pueblos, aparece el error que se encierra en aquellas concepciones que no dudan en separar la autoridad civil de toda dependencia del Ser supremo (causa primera y Señor absoluto, tanto del hombre como de la sociedad) y de toda ligadura de ley trascendente, que deriva de Dios como de fuente primaria, y conceden a esa misma autoridad una facultad ilimitada de acción, abandonándola a las ondas mudables del arbitrio o únicamente a los dictámenes de exigencias históricas contingentes y de intereses relativos (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 22).

ll) Trata de substituir a la divinidad por la autoridad

Renegando en tal modo de la autoridad de Dios y del imperio de su ley, el poder civil, por consecuencia ineludible, tiende a apropiarse aquella absoluta autonomía que sólo compete al supremo Hacedor, a hacer las veces del Omnipotente, elevando el Estado o la colectividad a fin último de la vida, a último criterio del orden moral y jurídico, y prohibiendo, consiguientemente, toda apelación a

los principios de la razón natural y de la conciencia cristiana (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 23).

m) Y más pronto o más tarde, provoca el desmoronamiento de todo el edificio social

Donde se rechaza la dependencia del derecho humano del derecho divino, donde no se hace apelación sino a una idea incierta de autoridad meramente terrena y se reivindica una autonomía fundada únicamente en la moral utilitaria, allí el mismo derecho humano pierde justamente en sus aplicaciones más difíciles la fuerza moral, que es la condición esencial para ser reconocido y exigir hasta sacrificios.

Bien es verdad que el poder, apoyado sobre fundamentos tan débiles y vacilantes, puede conseguir alguna vez, por la contingencia de las circunstancias, éxitos materiales de que se maravillan observadores menos profundos; pero viene el momento en que triunfa la ineluctable ley que sacude todo cuanto se ha construido sobre una velada o manifiesta desproporción entre la magnitud del resultado material y externo y la fragilidad del motivo interno y de su fundamento moral. Desproporción que subsiste siempre que la autoridad pública desconoce o reniega del dominio del Legislador supremo, que, si ha dado la potestad a los gobernantes, ha señalado también y determinado los límites de la misma (Pío XII, íbid.).

n) Donde no está Jesucristo no hay sumisión a la autoridad

Y ya que arriba hemos demostrado que una de las principales causas de la confusión en que vivimos es el hallarse muy menoscabada la autoridad del derecho y el respeto a los que mandan—por haberse negado que el derecho y el poder vienen de Dios, creador y gobernador del mundo—, también a este desorden pondrá remedio la paz cristiana, ya que es una paz divina, y por lo mismo manda que se respeten el orden, la ley y el poder. Pues así nos lo enseña la Escritura: *Conservad en paz la disciplina* (Eccli, 41,17). *Mucha paz tienen los que aman tu ley, Señor* (Ps. 118,165). *El que teme el precepto se hallará en paz* (Prov. 13,13). Y Nuestro Señor Jesucristo no sólo dijo aquello de *Dad al César lo que es del César* (Mt. 22,21), sino que declaró respetar en el mismo Pilatos el poder que le había sido dado de lo alto (Io. 19,11), de la misma manera que había mandado a los discípulos que reverenciasen a los escribas y fariseos que se *sentaron en la cátedra de Moisés* (Mt. 23,2). Y es cosa admirable la estima que hizo de la autoridad paterna en la vida de familia, viviendo para dar ejemplo sumiso y obediente a José y María. Y de El es también aquella ley promulgada por sus apóstoles (Rom. 13,1): *Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores; que no hay autoridad sino por Dios* (Pío XI, *Ubi Arcano Dei*, n. 19).

B) La descristianización del Estado y sus consecuencias

a) Un Estado que pisotea la fe cristiana y los sentimientos de humanidad se precipita en la ruina

Veis lo que deja en pos de sí una concepción y una actividad del Estado que no tiene en cuenta para nada los sentimientos más sagrados de la Humanidad, que pisotea los principios inviolables de la fe cristiana. El mundo entero contempla hoy estupefacto la ruina que de ahí se ha seguido. Esta ruina Nos la habíamos visto venir de lejos, y muy pocos, según creemos, han seguido con mayor tensión de espíritu el evolucionar y el precipitarse de la inevitable caída (Pío XII, *Discurso ante el Sagrado Colegio*, 2 de junio de 1945, n. 2).

b) Aunque se diga democrático, si olvida su dependencia de Dios, conducirá a la tiranía

Si quien ejercita el poder público no ve o al menos descuida (la íntima e indisoluble conexión con Dios), remueve en sus mismas bases su propia autoridad. Igualmente, si no da la debida importancia a esta relación y no ve en su cargo la misión de actuar el orden establecido por Dios, surgirá el peligro de que el egoísmo del dominio o de los intereses prevalezca sobre las exigencias esenciales de la moral política y social, y de que las vanas apariencias de una democracia de pura fórmula sirvan no pocas veces para enmascarar lo que es, en realidad, lo menos democrático (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1944*, n. 16).

c) Cualquier concepción ilimitada de la autoridad del Estado se opone al bienestar de la sociedad

Considerar el Estado como fin al que debe subordinarse y dirigirse todo, sólo podría tener consecuencias nocivas para la prosperidad verdadera y estable de las naciones. Y esto, sea que este dominio ilimitado se atribuya al Estado como mandatario de la nación, del pueblo o sólo de una clase social, sea que lo reclame el Estado como absoluto señor, independientemente de todo mandato. Si, en efecto, el Estado se atribuye y ordena las iniciativas privadas, toda vez que éstas se gobiernan por normas internas, delicadas y complejas, que garantizan y aseguran la consecución del fin que les es propio, pueden recibir daño, con desventaja para el bien del público si se las arranca de su ambiente natural, es decir, de la actividad privada responsable (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 24).

d) Un Estado que olvida los fines señalados por Dios a la sociedad pronto sería rechazado por el pueblo

Unicamente la clara inteligencia de los fines señalados por Dios a todas las sociedades humanas, unida al sentimiento profundo de los deberes sublimes de la labor social, puede poner a los que se les ha confiado el poder en condición de cumplir sus propias obligaciones de orden legislativo, judicial o ejecutivo, con aquella conciencia de la propia responsabilidad, con aquella generosidad, aquella incorruptibilidad, sin las que un Gobierno democrático difícilmente lograría obtener el respeto, la confianza y la adhesión de la parte mejor del pueblo (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1944*, n. 17).

e) Si no se basa en la ley natural y divina, se transforma en absoluto

Una sana democracia, fundada sobre los principios inmutables de la ley natural y de la verdad revelada será resueltamente contraria a aquella concepción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin frenos y sin límites, y que hace también del régimen democrático, a pesar de las apariencias contrarias, pero vanas, puro y simple sistema de absolutismo (Pío XII, ibíd., n. 21).

f) Pues todo absolutismo rechaza prácticamente toda dependencia de la ley moral y, por tanto, cualquier limitación

El absolutismo del Estado (no hay que confundir este absolutismo con la monarquía absoluta, de la que ahora no hablamos) consiste de hecho en el principio erróneo de que la autoridad del Estado es ilimitada, y frente a ella—aun cuando da rienda suelta a sus miras despóticas, traspasando los límites del bien y del mal—no cabe apelación alguna a una ley superior que obliga moralmente (Pío XII, ibíd.).

g) Ofrece un triste espectáculo una sociedad que, llamándose democrática, considera a los hombres como masa

¡Qué espectáculo presenta un Estado democrático dejado al arbitrio de la masa! La libertad, el deber moral de la persona, se transforma en pretensión tiránica de desahogar libremente los impulsos y apetitos humanos, con daño de los demás. La igualdad degenera en nivelación mecánica, en uniformidad monócrona; sentimiento del verdadero honor, actividad personal, respeto de la tradición, dignidad, en una palabra, todo lo que da a la vida su valor, poco a poco se hunde y desaparece. Y únicamente sobreviven, por una parte, las víctimas engañadas por la fascinación apa-

ratosa de la democracia, fascinación que se confunde ingenuamente con el espíritu mismo de la democracia, con la libertad e igualdad; y por otra, los explotadores más o menos numerosos que han sabido, mediante la fuerza del dinero o de la organización, asegurarse sobre los demás una posición privilegiada y aun el mismo poder (Pío XII, ibíd., n. 14).

h) APARTAR A DIOS DE LA AUTORIDAD DEL ESTADO CONDUCE NECESARIAMENTE A LA DISCORDIA ENTRE LAS NACIONES

La concepción que atribuye al Estado una autoridad ilimitada no sólo es, venerables hermanos, un error pernicioso a la vida interna de las naciones, a su prosperidad y al creciente y ordenado incremento de su bienestar, sino que, además, causa daños a las relaciones entre los pueblos, porque rompe la unidad de la sociedad sobrenacional, quita su fundamento y valor al derecho de gentes, conduce a la violación de los derechos de los demás y hace difícil la inteligencia y la convivencia pacífica (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 27).

i) PORQUE, DESTROZADO EL VERDADERO DERECHO DE GENTES, SÓLO PREVALECE EL INTERÉS PRIVADO O EL EGOÍSMO COLECTIVO

Pero, por otra parte, separar el derecho de gentes del áncora del derecho divino, para apoyarlo en la voluntad autónoma de los Estados, es destrozar ese mismo derecho y despojarle de los títulos más nobles y más eficaces, abandonándolo al infausto dinamismo del interés privado y del egoísmo colectivo, únicamente preocupado en hacer valer sus propios derechos, desconociendo los ajenos (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 28).

II. EVANGELIO

Vocatum est nomen eius Iesus

A) Jesucristo, base y fundamento de toda sociedad nueva

a) JESÚS, CON SU DOCTRINA Y SU LEY DE CARIDAD, ES EL ÚNICO FUNDAMENTO PARA CONSTRUIR UNA SOCIEDAD NUEVA

La salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada, que puede imponer condiciones de paz, pero no crea la paz. Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu. El orden nuevo del mundo, de la vida nacional e internacional, una vez que cesen las amarguras y las crueles luchas actuales, no deberá en adelante apoyarse sobre

la incierta arena de normas mudables y efímeras, abandonadas al arbitrio del egoísmo colectivo e individual. Deben más bien alzarse sobre el fundamento inconcuso, sobre la roca inconmovible del derecho natural y de la revelación divina. Ahí debe conseguir el legislador humano el espíritu de equilibrio, el sentimiento eficaz de la responsabilidad moral, sin los que fácilmente se traspasan los límites entre el uso legítimo y el abuso del poder. Unicamente así tendrán sus decisiones consistencia interna, noble dignidad y sanción religiosa, y no fluctuarán a merced del egoísmo y de la pasión. Porque si es verdad que los males que aquejan a la humanidad actual provienen, en parte, del desequilibrio económico y de la lucha de intereses por una distribución más justa de los bienes que Dios ha concedido a los hombres como medios de sustento y de progreso, no es menos verdad que su raíz es más profunda e interna, pues toca a las creencias religiosas y a las convicciones morales, pervertidas con el progresivo separarse de los pueblos de la unidad de doctrina y de fe, de costumbres y de moral, en otro tiempo promovida por la labor infatigable y benéfica de la Iglesia. La reeducación de la humanidad, si se quiere que sea efectiva, tiene que ser, ante todo, espiritual y religiosa; por tanto, debe partir de Cristo como de su fundamento indispensable, tener la justicia como su ejecutora y por corona la caridad (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 29).

b) Todas las cosas están fundadas sobre Jesucristo

El mismo Apóstol nos muestra la humanidad en la unidad de relaciones con el Hijo de Dios, imagen de Dios invisible, en quien todas las cosas han sido creadas: *In ipso condita sunt universa* (Col. 1,16); en la unidad de su rescate, efectuado para todos por Cristo, que restableció, mediante su santa y acerbísima pasión, la destruída amistad originaria con Dios, constituyéndose mediador entre Dios y los hombres: *Porque* (1 Tim. 2,5) *uno es Dios y uno también el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 18).

c) Y sólo sobre Jesucristo pueden hallar el hombre y la sociedad paz y salvación

La historia de casi dos mil años, la Historia, llamada sabiamente por el gran orador romano «maestra de la vida», demuestra la verdad del dicho de la Escritura: que no tendrá paz quien resiste a Dios (Iob 3,4). Pues sólo Cristo es la piedra angular (Eph. 2,20) sobre la que pueden hallar estabilidad y salvación el hombre y la sociedad. Sobre esta piedra angular está fundada la Iglesia, y por eso jamás las potencias adversas podrán prevalecer contra ella: *Portae inferi non praevalebunt* (Mt. 16,18); jamás podrán debilitarla: antes las luchas internas y externas contribuyen a acrecentar su fuerza y aumentar las coronas de sus gloriosas victorias. Por el contrario, cualquier otro edificio que no tenga por sólida base la doctrina de Cristo se apoya sobre la movediza arena (Mt. 7,26), y su destino es una miserable ruina (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 35).

d) Todo orden nuevo que quiera promover la paz entre los pueblos debe basarse sobre la ley moral impuesta por Dios

Tal ordenación nueva, que todos los pueblos desean ver actuada después de las pruebas y las ruinas de esta guerra, ha de ser edificada sobre la roca inconmovible e inmutable de la ley moral, manifestada por el Creador mismo por medio del orden natural y esculpida por El en los corazones de los hombres con caracteres indelebles; ley moral cuya observancia debe ser inculcada y promovida por la opinión pública de todas las naciones y de todos los Estados, con tal unanimidad de voces y de fuerza que ninguno pueda atreverse a ponerla en duda o a atenuar su fuerza obligatoria. Como un faro resplandeciente, ella debe, con los rayos de sus principios, dirigir el curso de la actividad de los hombres y de los Estados, los cuales tendrán que seguir sus indicaciones amonestadoras, saludables y provechosas, si no quieren condenar a la tempestad y al naufragio todo trabajo y esfuerzo para establecer un nuevo orden (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1941* n. 23).

e) Las funestas consecuencias del alejamiento de Jesucristo hacen a muchos volver de nuevo a su reino

Tal vez (¡Dios lo quiera!) se puede esperar que esta hora de máxima indigencia cambie la manera de pensar y de sentir de muchos que hasta ahora, con ciega confianza, avanzaban por el camino de los errores modernos, tan extendidos, sin sospechar lo insidioso e incierto del terreno que pisaban. Tal vez muchos que no entendían la importancia de la misión educadora de la Iglesia comprenderán ahora mejor sus amonestaciones, que ellos desatendieron con la falsa seguridad de tiempos pasados. Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo, tal que no puede haber mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica.

Horas de tan penosa desilusión son frecuentemente horas de gracia; un pasar del Señor, *transitus Domini* (Ex. 12,11), en el que a la palabra del Salvador: *Mira que estoy a la puerta y llamo* (Apoc. 3,20), se abren puertas que de otro modo permanecían cerradas. Sabe Dios con qué amor de compasión, con qué santo júbilo se vuelve nuestro corazón a los que, como efecto de tan dolorosas experiencias, sienten nacer en sí el deseo impelente y saludable de la verdad, de la justicia y de la paz de Cristo (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 12).

B) La autoridad civil y el orden divino

a) Dios señaló como fin a la autoridad el bien temporal de los hombres, como medio para el bien sobrenatural

De hecho la soberanía civil la ha establecido el Creador (como sabiamente enseña nuestro gran predecesor León XIII en la encíclica *Immortale Dei)* para que regulase la vida social según las prescripciones del orden inmutable en sus principios universales, hiciese más factible a la persona humana, en el orden temporal, la consecución de la perfección física, intelectual y moral y la ayudase a conseguir el fin sobrenatural (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 24).

b) Sólo con una autoridad que se considere participante de la divina puede la sociedad recibir un orden duradero

El Estado democrático, monárquico o republicano, como cualquier otra forma de gobierno, debe estar investido con el poder de mandar con autoridad verdadera y afectiva. El orden mismo absoluto de los seres y de los fines, que presenta al hombre como persona autónoma, es decir, como sujeto de deberes y de derechos inviolables, raíz y término de su vida social, abraza igualmente al Estado como sociedad necesaria, revestida de la autoridad, sin la cual no podría ni existir ni vivir. Porque si los hombres, valiéndose de su libertad personal, negasen toda dependencia de una autoridad superior provista del derecho de coacción, por el mismo hecho socavarían el fundamento de su propia dignidad y libertad, o, lo que es lo mismo, aquel orden absoluto de los seres y de los fines. Establecidos sobre esta base común la persona, el Estado y el poder público, con sus respectivos derechos, están tan unidos o conexos que se sostienen o se destruyen juntamente. Y puesto que aquel orden absoluto, a la luz de la sana razón y especialmente a la luz de la fe cristiana, no puede tener otro origen que un Dios personal, Creador nuestro, se sigue que la dignidad del hombre es la dignidad de la imagen de Dios; que la dignidad del Estado es la dignidad de la comunidad moral que Dios ha querido y que la dignidad de la autoridad política es la dignidad de su participación de la autoridad de Dios (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1944,* n. 15).

c) Sólo cuando la autoridad se ejerce dentro del orden establecido por Dios es inconmovible e inapelable

A un hombre posesionado de ideas rectas sobre el Estado y la autoridad y el poder de que está revestido, en cuanto que es custodio del orden social, jamás se le ocurrirá ofender la majestad de la ley positiva dentro de los límites de sus naturales atri-

buciones. Pero esta majestad del derecho positivo humano es inapelable únicamente cuando se conforma—o al menos no se opone—al orden absoluto, establecido por el Criador y presentado con nueva luz por la revelación del Evangelio. Y esa majestad no puede subsistir sino en cuanto respeta el fundamento sobre el cual se apoya la persona humana, no menos que el Estado y el poder público. Este es el criterio fundamental de toda forma de gobierno sana y aun de la democracia, criterio con el cual se debe juzgar el valor moral de todas las leyes particulares (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1944,* n. 21).

C) La Iglesia y las formas políticas

a) Dentro de la ley divina caben las más variadas formas políticas

Entre los diversos sistemas, la Iglesia no puede hacerse partidaria de un rumbo mejor que de otro. En el ámbito del valor universal de la ley divina, cuya autoridad tiene fuerza no sólo para los individuos, sino también para los pueblos, quedan espacioso campo y libertad de movimientos para las variadas formas de sistemas políticos, mientras que la práctica afirmación del actual sistema depende, en gran parte, muchas veces decisiva, de circunstancias y causas que, en sí mismas consideradas, son extrañas a la acción de la Iglesia (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1940,* n. 21).

b) La Iglesia no se inclina por ninguna de ellas

La Iglesia no trata de tomar partido por una y otra de las formas particulares y concretas con las cuales cada pueblo y Estado tienden a resolver los problemas gigantescos de orden interior y de colaboración internacional cuando respetan la ley divina (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942,* n. 4).

c) En la misma consecución del bien común debe subordinarse el Estado a las normas trazadas por Dios

Es, por tanto, noble prerrogativa y misión del Estado inspeccionar, ayudar y ordenar las actividades privadas e individuales de la vida nacional, para hacerlas converger armónicamente al bien común; el cual no puede determinarse por concepciones arbitrarias ni recibir su forma en primer término de la prosperidad material de la sociedad, sino más bien del desenvolvimiento armónico y de la perfección natural del hombre, para la que el Creador ha destinado la sociedad como medio (Pío XII, *Summi Pontificatus,* n. 24).

D) La Iglesia y los males de la humanidad

a) Los fracasos de tantas doctrinas humanas hacen a muchos volver sus ojos hacia la Iglesia

Enseñados precisamente por el doloroso fracaso de los expedientes humanos para alejar las tempestades que amenazan arrollar la civilización en su torbellino, muchos dirigen su mirada con renovada esperanza a la Iglesia, roca de verdad y de amor; a esta Cátedra de Pedro, que saben ellos puede devolver al género humano aquella unidad de doctrina religiosa y de código moral que en otros tiempos dió consistencia a las relaciones pacíficas entre los pueblos (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 34).

b) La Iglesia constituye, con Jesucristo, un todo indivisible

La Iglesia es en un todo indivisible, porque Jesucristo, con su Iglesia, es uno e indivisible. Jesucristo, como cabeza de la Iglesia, es, para servirnos de un profundo pensamiento de San Agustín (cf. *Serm.* 341,1: PL 39,1943), «totus Christus», Jesucristo entero. Esta integridad de Jesucristo, según el santo Doctor, significa la indivisible unidad de la cabeza y del cuerpo, «in plenitudine Ecclesiae», en aquella plenitud de vida de la Iglesia que une todas las zonas y todos los tiempos de la Humanidad redimida, sin excepción alguna (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1945*, n. 7).

c) Si se quiere conseguir la verdadera paz y prosperidad social hay que dejar a la Iglesia ejercer su misión

Si, por una parte, la Iglesia no puede renunciar al ejercicio de esta misión, cuyo fin último es actuar aquí en la tierra el plan divino de restaurar en Cristo todas las cosas de los cielos y de la tierra (Eph. 1,10), por otra, su obra aparece más necesaria hoy que en época alguna, pues la triste experiencia enseña que los medios externos solos y las precauciones humanas y los expedientes políticos no producen lenitivo alguno eficaz a los males que aquejan a la humanidad (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 33).

d) La Iglesia, llena de vida, eleva todo lo que es humano al orden sobrenatural

Es supranacional, porque abraza con un mismo amor a todas las naciones y a todos los pueblos, y tiene este carácter porque, como ya hemos indicado, en ninguna parte es extranjera. Vive y se desarrolla en todos los países del mundo, y en todos estos países, a su vez, contribuye a su vida y a su desarrollo. Tiempo atrás, la vida eclesiástica, en cuanto es visible, crecía preferentemente

en los países de la vieja Europa, de donde se difundía, como río majestuoso, a lo que podría llamarse periferia del mundo. Hoy, por el contrario, se nota como un intercambio de vida y de energías entre todos los miembros del cuerpo místico de Jesucristo sobre la tierra. Y no pocas regiones de otros continentes han sobrepasado desde hace mucho tiempo el período de formación misional de su organización eclesiástica; tienen una propia jerarquía que las gobierna y dan a toda la Iglesia los bienes espirituales y materiales, mientras antes únicamente los recibían. ¿Acaso no se revela en este progreso y enriquecimiento de vida sobrenatural y también de vida natural, de humanidad, el verdadero sentido de internacionalidad de la Iglesia? Por razón de esta supranacionalidad no está ella como suspendida en una lejanía inaccesible e intangible, por encima de las naciones, sino que así como Jesucristo estuvo en medio de los hombres, así también la Iglesia, en la cual El continúa viviendo, se encuentra en medio de los pueblos. Como Jesucristo tomó una verdadera naturaleza humana, así también la Iglesia toma en sí la plenitud de todo lo que es genuinamente humano y lo eleva a fuentes de fuerza sobrenatural dondequiera y como quiera que lo encuentre (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1945*, n. 9).

e) La Iglesia dirige los fines particulares al fin total, que es la perfecta semejanza con Dios

La Iglesia posee en Dios, en el Hombre-Dios, que es Jesucristo, el invisible pero inquebrantable principio de seguridad y de su integridad; es decir, de la unidad de su cabeza y de sus miembros, con entera plenitud de su propia vida, que abraza y santifica todo lo que es verdaderamente humano, y endereza y ordena sus múltiples aspiraciones y los fines particulares al fin total y común del hombre, que es la más perfecta semejanza posible con Dios (Pío XII, *Discurso ante los nuevos Cardenales*, 20 de febrero de 1946).

f) La Iglesia no persigue un imperialismo político; busca lo más íntimo de los hombres y prepara así a la sociedad una base firme

La unidad y la integridad de la Iglesia, puesta en evidencia por la manifestación de su supranacionalidad, es de gran importancia para el fundamento de la vida social. No es ya que sea oficio de la Iglesia comprender y en cierta manera abrazar, como en un gigantesco imperio mundial, a toda la sociedad humana. Esa concepción de la Iglesia como imperio terreno y dominación mundial es fundamentalmente falsa. En ninguna época de la Historia ha sido verdadera ni ha correspondido a la realidad, a no ser que quisiéramos transportar erróneamente las ideas y la terminología de nuestros tiempos a los siglos pasados.

La Iglesia, aun cumpliendo el mandato de su divino Fundador de extenderse por todo el mundo y de conquistar para el Evangelio a todas las gentes, no fué, no es un imperio más, en el sentido imperialista que se quiere dar aún a esta palabra. El camino que

traza en su progreso y en su expansión es contrario al que sigue el imperialismo moderno. Progresa, ante todo, en profundidad; después, en extensión y en amplitud. Busca, en primer lugar, al hombre mismo; se dedica a formar al hombre, a modelar y perfeccionar en él la semejanza divina; su trabajo se realiza en el fondo del corazón de cada uno, pero tiene su repercusión, sobre todo, en la duración de la vida, en todos los campos de la actividad de cada uno (Pío XII, *Discurso a los nuevos Cardenales,* n. 4).

g) Actúa sobre el ser humano completo, tal como es a los ojos de Dios

Este ser humano no es un hombre abstracto, ni considerado solamente en el orden de la pura naturaleza, sino el hombre completo, tal cual es a los ojos de Dios, su Creador y Redentor, cual es su realidad concreta e histórica, que no se podría perder de vista sin comprometer la economía normal de la humana convivencia (Pío XII, *Discurso a los nuevos Cardenales,* n. 6).

h) Sobre el hombre entero, a un tiempo fuente de la sociedad y del cristianismo

La Iglesia actúa en lo más íntimo del hombre; del hombre en su dignidad personal de criatura, en su dignidad infinitamente superior de hijo de Dios. La Iglesia forma y educa a ese hombre, porque sólo él, completo en la armonía de su vida natural y sobrenatural, en el ordenado desarrollo de sus instintos y de sus inclinaciones, de sus ricas cualidades y de sus variados objetivos, es al mismo tiempo el origen y el fin de la vida social, y por lo mismo también el principio del cristianismo (Pío XII, *Discurso a los nuevos Cardenales,* n. 5).

i) La elevación del hombre en el seno de la Iglesia da a la sociedad humana su más sólido fundamento

La Iglesia, que vive en el corazón del hombre, y el hombre, que vive en el seno de la Iglesia: he aquí, venerables hermanos, la unión más profunda y activa que se puede concebir. Por esta unión la Iglesia eleva al hombre a la perfección de su fe y de su vitalidad, para dar a la sociedad humana hombres así formados, hombres constituídos en su inviolable integridad, en imágenes de Dios; hombres ufanos de su dignidad personal y de su sana libertad; hombres justamente celosos de la caridad con sus semejantes en todo lo que toca a la dignidad humana; hombres establemente apegados a su tierra y a sus tradiciones; hombres, en una palabra, caracterizados por ese cuádruple elemento. Es esto lo que da a la sociedad humana su fundamento sólido y le procura agilidad, equilibrio, igualdad, desarrollo normal en el espacio y en el tiempo. Este es también, por consiguiente, el verdadero sentido y el influjo práctico de la supranacionalidad de la Iglesia, que,

muy lejos de ser semejante a un imperio, elevándose por encima de las diferencias, por encima de todos los espacios y tiempos, construye sin cesar sobre el fundamento inconcuso de toda sociedad humana. Tengamos confianza en ella; si todo vacila a su alrededor, ella permanece firme: a ella se le aplica también en nuestros tiempos la palabra del Señor (Ps. 74,4): *Etsi moveatur terra cum omnibus incolis suis, ego firmabo columnas eius* (Pío XII, *Mensaje a los nuevos Cardenales,* n. 9).

j) No puede la Iglesia abandonar esta misión para ella esencial

La Iglesia no puede, encerrándose inerte en el secreto de sus templos, abandonar su misión divinamente providencial de formar el hombre completo, y con ello colaborar sin descanso en la formación del fundamento sólido de la sociedad. Tal misión es para ella esencial. Considerada desde este punto de vista, la Iglesia puede definirse la sociedad de los que, bajo el influjo sobrenatural de la gracia, en la percepción de su dignidad personal de hijos de Dios y en el desarrollo armónico de todas las inclinaciones y energías humanas, construyen la potente armazón de la humana convivencia (Pío XII, *Discurso a los nuevos Cardenales,* n. 11).

E) Dignidad del trabajo humano y sus consecuencias

a) Por voluntad de Dios, el trabajo posee una dignidad inalienable, que le hace servir al perfeccionamiento de la persona

Quien desee que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad, dé al trabajo el lugar que Dios le señaló desde el principio. Como medio indispensable para el dominio del mundo, querido por Dios para su gloria, todo trabajo posee una dignidad inalienable, y al mismo tiempo un estrecho lazo con el perfeccionamiento de la persona; noble dignidad y prerrogativa del trabajo, en ningún modo envilecidas por el peso y la fatiga, que se han de soportar, como efecto del pecado original, con obediencia y sumisión a la voluntad divina (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942,* n. 42).

b) Jesucristo con su gracia elevó el trabajo humano a un valor sobrenatural

Levantad y tened alta vuestra frente, trabajadores. Mirad al Hijo de Dios, que, con su Eterno Padre, creó y ordenó el universo y, hecho hombre al igual que nosotros, con excepción del pecado, y crecido en edad, entra en la grande comunidad del trabajo y en su misión salvadora se cansa consumiendo su vida terrenal. El,

Redentor del género humano, que con su gracia penetra nuestro ser y obrar, eleva y ennoblece todo trabajo honesto, el alto y el bajo, el grande y el pequeño, el agradable y el penoso, el material y el intelectual, a un valor meritorio y sobrenatural delante de Dios, uniendo así todo desenvolvimiento de la multiforme actividad humana en una única y constante glorificación del Padre en el cielo (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1943*, n. 18).

c) Jesucristo, haciéndose trabajador, dignificó el trabajo

A los que carecen de bienes de fortuna enséñales la Iglesia a no tener a deshonra, como no la tiene Dios, la pobreza, y no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando. Todo lo cual confirmó con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar a los hombres *se hizo pobre siendo rico* (2 Cor. 8,9), y aunque era Dios e Hijo de Dios, quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano (Mc. 6,3), y aun no rehusó gastar una gran parte de su vida trabajando como artesano (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 20).

d) El trabajo es servicio de Dios merecedor de la vida eterna

¡Oh trabajadores!, acercaos al pesebre de Jesús. No os parezca hórrida aquella cueva y aquel refugio del Hijo de Dios; no por casualidad, sino por profundo e inefable designio encontraréis allí únicamente sencillos trabajadores: María, la Madre virgen, de familia trabajadora; José, el padre de familia, trabajador; los pastores, que guardan la grey, y, finalmente, los Magos, venidos de Oriente. Trabajadores manuales, pastores vigilantes, trabajadores del pensamiento, todos ellos se postran y adoran al Hijo de Dios, que con su consciente y amable silencio, más fuerte que la palabra, les explica a todos el sentido y la virtud del trabajo. No es éste tan sólo trabajo de los miembros humanos, desprovisto de sentido y de valor, y mucho menos una humillante servidumbre. El trabajo es servicio de Dios, don de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, merecedor de un eterno descanso (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1943*, n. 17).

e) El trabajador colabora al bien común, siguiendo las huellas de Jesucristo

Por su parte, los obreros depondrán sinceramente ese sentimiento de odio y envidia de que tan hábilmente abusan los propagadores de la lucha social, aceptarán sin molestia el puesto que les ha señalado la divina Providencia en la sociedad humana, o mejor dicho, lo estimarán mucho, bien persuadidos de que colaboran útil y honrosamente al bien común, cada uno según su propio grado y oficio, y que siguen así de cerca las huellas de Aquel que, siendo Dios, quiso ser entre los hombres obrero y aparecer como hijo de obrero (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 56).

f) Los mayores progresos de la humanidad se deben al trabajo de hombres animados por la caridad sobrenatural

Tal es la maravillosa doctrina de amor y de paz que ha contribuído tan notablemente al progreso civil y religioso de la humanidad. Y los heraldos que la anunciaron, animados de caridad sobrenatural, no sólo roturaron terrenos y curaron enfermedades, sino, sobre todo, bonificaron, plasmaron y elevaron la vida a alturas divinas, lanzándola hacia las cumbres de la santidad, donde todo se ve en la claridad de Dios: levantaron monumentos y templos que demuestran a qué vuelos de geniales alturas empuja el ideal cristiano; pero, sobre todo, hicieron de los hombres, sabios o ignorantes, poderosos o débiles, templos vivos de Dios y sarmientos de la misma vid, Cristo; transmitieron a las generaciones venideras los tesoros de arte y de sabiduría antigua; pero, sobre todo, les hicieron participantes de aquel inefable don de la sabiduría eterna, que hermana y une a los hombres con vínculo de parentesco sobrenatural (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 21).

g) El trabajador imprime en su obra una huella de su personalidad

Las cosas que para conservar la vida, y más aún las que para perfeccionarla son necesarias, prodúcelas la tierra, es verdad, con grande abundancia, mas sin el cultivo y cuidado de los hombres no las podría producir. Ahora bien: cuando en preparar estos bienes naturales gasta el hombre la industria de su inteligencia y las fuerzas de su cuerpo, por el mismo hecho se aplica a sí aquella parte de la naturaleza material que cultivó, y en la que dejó impresa una como huella o figura de su propia persona (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 7).

h) La ley del trabajo, que existía incluso en el estado de inocencia, se hizo luego medio de expiación

Y por lo que al trabajo corporal toca, ni aun en el estado de inocencia había de estar el hombre completamente ocioso, mas lo que para esparcimiento del ánimo habría entonces libremente buscado la voluntad, eso mismo después por necesidad, y no sin fatiga, tuvo que hacer en expiación de su pecado. *Por ti será maldita la tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida* (Gen, 3,17). Y del mismo modo no han de tener fin en este mundo las otras penalidades, porque los males que al pecado siguieron son ásperos de sufrir, duros y difíciles, y de necesidad han de acompañar al hombre hasta lo último de su vida (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 14).

i) Quienes trabajan contribuyen en gran parte al bien común de la sociedad

Distinto del de éstos es el modo y distintos los servicios con que aprovechan a la sociedad los que se ejercitan en algún arte u oficio, si bien estos últimos, aunque menos directamente, sirven también muchísimo a la pública utilidad. Verdaderamente el bien social, puesto que debe ser tal que con él se hagan mejores los hombres, en la virtud es en lo que principalmente se ha de poner. Sin embargo, a una bien constituída sociedad toca también suministrar los bienes corporales y externos, cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud. Ahora bien; para la producción de estos bienes no hay nada más eficaz ni más necesario que el trabajo de los proletarios, ya empleen éstos su habilidad y sus manos en los campos, ya en los talleres. Aún más; es en esta parte su fuerza y su eficacia tanta, que con grandísima verdad se puede decir que la riqueza de los pueblos no la hace sino el trabajo de los obreros (León XIII, *Rerum Novarum,* n. 27).

j) El ejercicio del trabajo, según la voluntad de Dios, eleva al hombre; pero dentro de la organización liberal lo degrada

En verdad el ánimo se horroriza al ponderar los gravísimos peligros a que están expuestos, en las fábricas modernas, la moralidad de los obreros (principalmente jóvenes) y el pudor de las doncellas y demás mujeres; al pensar cuán frecuentemente el régimen moderno del trabajo, y principalmente las irracionales condiciones de habitación, crean obstáculos a la unión e intimidad de la vida familiar; al recordar tantos y tan grandes impedimentos que se oponen a la santificación de las fiestas; al considerar cómo se debilita universalmente el sentido verdaderamente cristiano, que aun a hombres indoctos y rudos enseñaba a elevarse a tan altos ideales, suplantado hoy por el único afán de procurarse por cualquier medio el sustento cotidiano. Así el trabajo corporal, que estaba destinado por Dios, aun después del pecado original, a labrar el bienestar material y espiritual del hombre, se convierte a cada paso en instrumento de perversión; la materia prima sale de la fábrica ennoblecida, mientras los hombres en ella se corrompen y degradan (Pío XI, *Quadragesimo Anno,* n. 54).

k) El liberalismo considera prácticamente al trabajo como vil mercancía, con la que especula en el mercado

Aunque el trabajo, como decía muy bien nuestro predecesor en su encíclica, no es vil mercancía, sino que hay que reconocer en él la dignidad humana del obrero y no ha de ser comprado ni vendido como cualquier mercancía, sin embargo, en nuestros días, según están las cosas sobre el mercado que llaman del trabajo, la oferta y la demanda separan a los hombres en dos ejércitos,

y la disputa de ambos transforma tal mercado como en un campo de batalla, donde, uno enfrente de otro, luchan cruelmente. Como todos ven, a tan gravísimo mal, que precipita a la sociedad humana hacia la ruina, urge poner cuanto antes un remedio (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 36).

l) En nombre de la libertad humana, exige que se deje al trabajador contratar libremente

Vamos ahora a apuntar una cosa de gran importancia, y que es preciso se entienda muy bien, para que no se yerre por ninguno de dos extremos. Dícese que la cantidad de jornal o salario la determina el consentimiento libre de los contratantes, es decir, del amo y del obrero, y que, por lo tanto, cuando el amo ha pagado el salario que prometió, queda libre y nada más tiene que hacer; y que sólo entonces se viola la justicia cuando o rehusa el amo dar el salario entero o el obrero entregar completa la tarea a que se obligó; y que en estos casos, para que a cada uno se guarde su derecho, puede la autoridad pública intervenir, pero fuera de éstos en ninguno (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 34).

ll) Supone que la distribución de los bienes producidos se ajusta a una ley económica necesaria

Por largo tiempo el capital logró aprovecharse excesivamente. Todo el rendimiento, todos los productos reclamaba para sí el capital, y al obrero apenas se le dejaba lo suficiente para reparar y reconstruir sus fuerzas. Se decía que, por una ley económica completamente incontrastable, toda la acumulación de capital cedía en provecho de los afortunados, y que por la misma ley los obreros estaban condenados a pobreza perpetua o reducidos a un bienestar escasísimo (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 23).

m) La aplicación de las doctrinas liberales redujo a los trabajadores a la condición de proletarios

Pero es igualmente cierto que, desde que las artes mecánicas y las industrias del hombre se han extendido rápidamente e invadido innumerables regiones, el número de los proletarios necesitados, cuyo gemido sube desde la tierra hasta el cielo, ha crecido inmensamente. Añádase el ejército ingente de asalariados del campo, reducidos a las más estrechas condiciones de vida y desesperanzados de poder jamás obtener «participación alguna de la propiedad de la tierra», y, por tanto, sujetos para siempre a la condición de proletarios, si no se aplican remedios oportunos y eficaces (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 26).

n) El capitalismo liberal hace así del obrero un esclavo, despreciando su dignidad humana

En realidad, no es por su naturaleza viciosa; pero viola el recto orden cuando el capital esclaviza a los obreros o a la clase proletaria con tal fin y tal forma que los negocios y, por tanto, todo el capital sirvan a su voluntad y a su utilidad, despreciando la dignidad humana de los obreros, la índole social de la economía y la misma justicia social y bien común (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 38).

F) El comunismo, la dignidad humana y la paz social

a) El comunismo ha construído, en torno al trabajo, un falso misticismo

El comunismo de hoy, de modo más acentuado que otros movimientos similares del pasado, contiene en sí una idea de falsa redención. Un seudo-ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo penetra toda su doctrina y toda su actividad de cierto falso misticismo, que comunica a las masas, halagadas por falaces promesas, un ímpetu y entusiasmo contagiosos, especialmente en un tiempo como el nuestro, en el que de la defectuosa distribución de los bienes en este mundo se ha seguido una miseria casi desconocida. Más aún, se hace gala de este seudo-ideal, como si él hubiera sido el iniciador de cierto progreso económico, el cual, cuando es real, se explica por causas bien distintas; como son la intensificación de la producción industrial en países que casi carecían de ella, valiéndose de enormes riquezas naturales y el uso de métodos inhumanos para efectuar grandes trabajos con poco gasto (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 8).

b) La sociedad, para el comunismo, tiene como fin el trabajo y el goce de los bienes producidos

¿Qué sería, pues, la sociedad humana basada sobre tales fundamentos materialistas? Sería una colectividad sin más jerarquía que la del sistema económico. Tendría como única misión la de producir bienes por medio del trabajo colectivo, y como fin el goce de los bienes de la tierra en un paraíso en el que cada cual «daría según sus fuerzas y recibiría según sus necesidades» (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 12).

c) El hombre, en el comunismo, no es más que una pieza ciega de un enorme mecanismo

El comunismo, además, despoja al hombre de su libertad, principio espiritual de su conducta moral; quita toda dignidad a la persona humana y todo freno moral contra el asalto de los estímulos ciegos. No reconoce al individuo, frente a la colectividad, ningún derecho natural de la persona humana, por ser ésta en la teoría comunista simple rueda del engranaje del sistema (Pío XI, *Divini Redemptoris,* n. 10).

d) El Estado tendría derecho absoluto para obligar a trabajar

El comunismo reconoce a la colectividad el derecho o más bien el arbitrio ilimitado de obligar a los individuos al trabajo colectivo, sin atender a su bienestar particular, aun contra su voluntad, y hasta con la violencia (Pío XI, *Divini Redemptoris,* n. 12).

e) Mientras no se logre la sociedad sin clases, el Estado es medio indispensable para el triunfo del comunismo

Cuando todos hayan adquirido las cualidades colectivas, en aquella condición utópica de una sociedad sin ninguna diferencia de clases, el Estado político, que ahora se concibe sólo como instrumento de dominación capitalista sobre el proletariado, perderá toda su razón de ser y se «disolverá»; pero hasta que no se realice esta feliz condición, el Estado y el poder estatal es para el comunismo el medio más eficaz y universal para conseguir su fin (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 13).

f) Buscando sólo el máximo bienestar social, sacrifica los supremos valores del hombre, sometiéndolo a odiosa esclavitud

Completamente ignorante y descuidado de tan sublime fin del mundo y de la sociedad, pretende que la sociedad humana no tiene otro fin que el puro bienestar. La división ordenada del trabajo es mucho más eficaz para la producción de los bienes que los esfuerzos aislados de los particulares; de ahí deducen la necesidad de que la actividad económica (en la cual sólo consideran el fin material) proceda socialmente. Los hombres, dicen ellos, haciendo honor a esta necesidad real, están obligados a entregarse y sujetarse totalmente a la sociedad en orden a la producción de los bienes. Más aún, es tanta la estima que tienen de la posesión del mayor número posible de bienes con que satisfacer las comodidades de esta vida, que ante ella deben ceder y aun inmolarse los bienes más elevados del hombre, sin exceptuar la misma libertad, en aras de una eficacísima producción de bienes. Piensan que la abundancia de bienes que ha de recibir cada uno en ese sistema para emplearlo a su placer en

g) Consecuencia: esclavitud de los hombres, terrorismo y disolución social

Pero no se pisotea impunemente la ley natural ni al Autor de ella; el comunismo no ha podido ni podrá obtener su intento ni siquiera en el campo puramente económico. Es verdad que en Rusia ha contribuído a sacudir una larga y secular inercia de hombres y de cosas y a obtener con toda suerte de medios, frecuentemente sin escrúpulos, algún éxito material; pero sabemos por testimonios no sospechosos y recientísimos que, de hecho, ni en eso siquiera ha obtenido el fin que había prometido; esto dejando aparte la esclavitud que el terrorismo ha impuesto a millones de hombres. Aun en el campo económico es necesaria alguna moral, algún sentimiento moral de la responsabilidad, para el cual, por cierto, no hay lugar en un sistema puramente materialista como el comunismo. Para substituir este sentimiento no queda más que el terrorismo, como el que ahora vemos en Rusia, donde los antiguos camaradas de conjuración y de lucha se destrozan unos a otros; un terrorismo que, además, no consigue contener, no ya la corrupción de costumbres, pero ni siquiera la disolución del organismo social (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 23).

h) La religión, opio del pueblo, es un obstáculo para el paraíso comunista y hay que exterminarla

Y esto es lo que, por desgracia, estamos viendo; por primera vez en la Historia asistimos a una lucha friamente calculada y cuidadosamente preparada contra *todo lo que se dice de Dios* (2 Thes. 2,4). El comunismo es, por naturaleza, antirreligioso, y considera la religión como «el opio del pueblo», porque los principios religiosos que hablan de la vida de ultratumba desvían al proletariado del esfuerzo por realizar el paraíso soviético, que es de esta tierra (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 22).

SECCION VII. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. EL ACROSTICO CON EL NOMBRE GRIEGO DE PEZ

Todo el mundo sabe que las letras del nombre griego ἰχθύς, que quiere decir *pez*, forman un acróstico, en el que se resumen los nombres de Cristo por excelencia: Ἰησοῦς Χριστός Θεοῦ Υἱός Σωτήρ esto es, JESUS CRISTO HIJO DE DIOS SALVADOR. Por eso la imagen del pez era tan frecuente en la simbología cristiana primitiva, como, por ejemplo, en las pinturas de las catacumbas. No aparece claro cuál sea el origen de esta curiosa costumbre. Pero son muchos los autores que la consideran inspirada en el deseo de simbolizar la sagrada Eucaristía. Así, encontramos el acróstico en unos versos griegos que figuran en el famoso epígrafe llamado de Pectorio, que se conserva en Autún. Las letras iniciales de los versos componen el nombre griego de pez ἰχθύς, y el texto, que seguidamente traducimos, es un verdadero canto eucarístico: «¡Oh divina prosapia del celeste Pan! Conserva siempre un corazón puro y recibe entre los mortales la fuente inmortal de las aguas divinas. ¡Oh amigo! Cura tu alma con las aguas enriquecedoras de la sabiduría. Recibe el alimento, dulce como la miel, del Salvador de los Santos; come con hambre teniendo el Pez entre las manos» (cf. CELSO COSTANTINI, *Dio Nascosto* [Roma 1944], p. 112).

II. EL MONOGRAMA DE JESUS Y SAN DAMASO

El Papa San Dámaso, nuestro primer pontífice español, que ha pasado a la historia como el autor del «Gloria Patri», como el inspirador de la Vulgata jeronimiana y como defensor del Primado romano de la Iglesia, compuso un doble acróstico del nombre de Jesús, en flamantes hexámetros latinos semejantes a tantos otros, con que decoró las tumbas de los primitivos mártires:

In rebus tantis Trina coniunctio mundI
Erigit humanum sensum laudare venustE
Sola Salus nobis et mundi Summa PotestaS
Uenit peccati nodum dissolvere fructU
Summa Salus cunctis nituit per saecula terrIS

«La Santísima Trinidad, para que el sentimiento humano alabase su gloria, lo erigió entre las calamidades del mundo. Sólo el que es la Salud y la Potestad suprema de la tierra vino a desatar con su fruto el nudo del pecado. La Salud suma resplandeció eternamente por todo el orbe» (cf. CABROL-LECLERQ, *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, t. 1,177ss, París 1924).

Mas también San Dámaso resumió en otros hexámetros todos los nombres que se dan a Cristo en las Escrituras:

Spes, vis, vita, salus, ratio, sapientia, lumen,
Iudex, porta, gigas, rex, gemma, propheta, sacerdos,
Messias, Sabaoth, rabbi, sponsus, mediator,
Virga, columna, manus, petra, filius, Emmanuelque,
Vinea, pastor, ovis, pax, radix, vitis, oliva,
Fons, paries, agnus, vitulus, leo, propitiator,
Verbum, homo, rete, lapis, domus omnia CHRISTUS IESUS.

«Esperanza, fuerza, vida, salud, razón, sabiduría, luz, juez, puerta, gigante, rey, piedra preciosa, profeta, sacerdote, Mesías, Dios de los ejércitos, rabí, esposo, mediador, vara, columna, mano, piedra angular, hijo, Manuel, viña, pastor, oveja, paz, raíz, vid, oliva, fuente, pared. cordero, novillo, león, propiciador, Verbo, hombre, red, piedra, casa y todo CRISTO JESÚS (cf. *Historia Familiae Sacrae*, ex antiq. monument. collecta ab ANTONIO SANDINO [Patavii 1764], p. 24).

III. EL NOMBRE DE JESUS GRABADO EN SU CORAZON

En su bellísima homilía 90, que se refiere a la circuncisión del Señor, San Carlos Borromeo (cf. S. CAROLI BORROMAEI..., *Homiliae* [Mediolani 1747, ex tip. Bibl. Ambr.], vol. 3, p. 216) exclama: «¡Oh felicísimo Ignacio, que tantas veces repetías el nombre de Jesús y lo llevabas impreso en letras vivas en tu corazón, según fué patente a los ojos de todos al contemplar tu cadáver!...»

Parece indudable que en la época de San Carlos se mantenía en vigor la creencia, divulgada por los escritores del siglo XIII, de que por milagro divino había sido grabado con caracteres de oro el nombre de Jesús en el corazón de San Ignacio de Antioquía, sin otro fundamento que el epíteto de *Teóforo*, con que el glorioso mártir se calificaba a sí mismo, ya que, según la tradición griega, el cuerpo del Santo fué devorado por los leones, y sólo quedaron los huesos. Ya los bolandistas habían advertido que si se hizo el milagro fué para gloria de Dios y del santo mártir, pero que era extraño el silencio de los autores griegos y latinos.

Sea de esto lo que fuere, hemos de decir nosotros que San Ignacio de Antioquía llevaba en verdad en su corazón el nombre de Jesús. Cuando le preguntó Trajano por qué se llamaba *Teóforo*, se cuenta que el Santo respondió: «El que lleva en el pecho a Jesús, ése es *Teóforo*».

IV. JUANA DE ARCO EN LA HOGUERA

«Chirrió un carro a la puerta de la cárcel, aparecieron unos soldados ingleses y se la llevaron. Antes de subir a la hoguera pidió perdón a cuantos la rodeaban, y sus palabras hicieron saltar las lágrimas de muchos ojos. El mismo Cauchon, obispo de Beauvais, alma de Caifás, que la había condenado, lloraba... Después dos verdugos la ataron a un poste, otro prendió fuego a la leña... De nuevo parecía un ángel, como cuando atravesaba las filas montada en su caballo. Su rostro reflejaba una luz divina deslumbradora. Las llamas crepitaron en el aire, y en medio de un silencio profundo se oyó a la mártir, a la doncella amazona de diecinueve abriles, a la libertadora de Francia, que clamaba con gesto desgarrador: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!...» (cf. FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Santa Juana de Arco*, 31 de mayo: *Año cristiano*, t. 2. p. 430).

V. EL MONOGRAMA Y EL PROCESO DE SAN BERNARDINO

Uno de los más bellos capítulos de la historia de la predicación sagrada en la baja Edad Media lo constituyen las andanzas de San Bernardino de Siena y su propaganda fervorosa de la devoción y culto al monograma del nombre de Jesús, que suscitó una controversia en toda Europa.

Aunque ya en época anterior, desde que se ordenó sacerdote y especialmente desde la fundación del convento de Capriola, había venerado Bernardino el nombre de Jesús, parece que no comenzó a predicar la devoción hasta 1410 en Camaiore. En todo caso, el desarrollo pleno de su doctrina despunta en Padua, donde en 1423 la explanó en la serie de sermones que forman el *De Seraphim*. Las primeras hostilidades contra la devoción y el culto al sagrado monograma surgieron un año después en Bolonia. San Bernardino fué acusado de herejía, y hubo de responder con quince sermones, en los que declaró que estaba dispuesto a morir en defensa de la verdad. Este primer triunfo fué completo, y el Santo, gozoso, recorrió las ciudades de Florencia, Alejandría, Bérgamo y Venecia difundiendo la devoción. Pero la tormenta no había cesado ni mucho menos. Cuando nuevos adversarios surgieron en la palestra murmurando contra el culto al monograma, Bernardino hubo de restablecer una vez más la doctrina en el sermón predicado en Florencia en febrero de 1425: «No digo—afirmaba—que se adoren los colores, ni el oro, ni las letras, ni la plata, ni el azul, ni los rayos... por su misma sustancia y cualidad, sino lo sustancial que existe bajo cada letra. Decidme, ¿cómo adoráis el Cuerpo de Jesucristo consagrado en el altar? ¿Adoráis la blancura del pan, o la cualidad, o el sabor, o la redondez? Claro que no. Bajo la espe-

cie del pan o del vino adoráis la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. En la cualidad del accidente adoráis la sustancia oculta. Y quien adore los accidentes peca mortalmente de idolatría. Así digo del nombre escrito de Jesús».

En este pensamiento insistió Bernardino en la serie de sermones predicados en su tierra natal en la primavera del mismo año, cuando probó largamente la devoción al santo nombre con textos de la Escritura y las palabras y ejemplos de los santos, desde San Ignacio de Antioquía hasta San Francisco de Asís. Una multitud de más de tres mil personas aclamó en la plaza del Campo de Siena el nombre de Jesús y llevó triunfalmente el monograma por las calles.

Mas la grandeza de este triunfo suscitó la nueva batalla, que había de cristalizar en una ofensiva de mayores vuelos. El gran apóstol del dulce nombre fué denunciado como hereje ante el Romano Pontífice y sus acusadores pidieron para él pena de fuego. Hay quien dice que el propio Papa Martín V, alarmado, le mandó comparecer canónicamente, que la orden le alcanzó cuando predicaba en Viterbo, en la Cuaresma de 1427, y que Bernardino obedeció sin vacilar. Toda Italia estalló de emoción. Aunque muchos devotos se pronunciaban por el Santo, no pocos fueron ganados por sus contradictores. El pueblo de Roma se manifestó contra él. Martín V dispuso que una comisión pontificia examinase sus escritos y dictaminase sobre las denuncias de sus adversarios. Estos habían conquistado al Sacro Colegio y hasta ejercían influencia en el ánimo del Papa. El apóstol del nombre de Jesús y sus discípulos se defendieron en Roma con habilidad y vigor. Mientras los doctores de la Orden franciscana litigaban en favor de Bernardino en la comisión pontificia, él llegó a pronunciar en la Ciudad Eterna ciento diecisiete sermones sobre el nombre de Jesús, y se conquistó el cariño del pueblo romano. Entre tanto, los debates de la comisión resultaban favorables a Bernardino. Martín V, de acuerdo con la opinión de los cardenales, aprobó solemnemente los escritos del Santo y le dió por letras apostólicas la facultad de predicar su doctrina por el mundo entero. Este privilegio autorizó a San Bernardino a anunciar por todas partes el nombre de Jesús y venerar públicamente su sagrado monograma. Es más, el Pontífice quiso que se organizase una solemne procesión en Roma, donde al día siguiente de promulgarse la sentencia papal el monograma de Jesús fué paseado en triunfo y adorado por todos los fieles. El propio Bernardino predicó en San Pedro, con asistencia de la Curia pontificia. Por último, el 4 de junio de 1427, el apóstol del nombre de Jesús era elevado a la silla episcopal de Siena (cf. EPHREM LONGPRÉ, O. F. M., en *Arch. Franc. Hist.*, t. 28 [1935], p. 443-476).

VI. POR QUE SE LLAMO COMPAÑIA DE JESUS

Parece inexcusable recordar aquí por qué se llamó Compañía de Jesús la ínclita Orden ignaciana. En cuanto al vocablo *Compañía*, «se ha hablado mucho del sentido militar de esta palabra,

como si San Ignacio, el antiguo soldado español, al espiritualizar sus ideales, hubiera querido titular la nueva milicia con este término, tomado de la organización castrense. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en tiempo del Santo llevaban este nombre muchas asociaciones de personas piadosas, entre las que sobresalía la «Compagnia del Divino Amore» (cf. IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I., *Obras completas de San Ignacio de Loyola:* BAC 1952, nota al c. 1.º de *Las Constituc.*, p. 369-370). Resulta, pues, que la verdadera originalidad de la denominación estribó en añadir a este término de Compañía el santo nombre de Jesús. La cuestión se planteó en Vicenza en 1537. Oigamos al P. Polanco: «Tratando entre sí cómo se llamarían a quien les pidiese qué congregación era esta suya..., comenzaron a darse a la oración y pensar qué nombre sería más conveniente; y visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro propósito, sino a Jesús, a quien sólo deseaban servir, parecióles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la Compañía de Jesús. Y en esto del nombre tuvo tantas visitaciones el P. Maestro Ignacio de aquel cuyo nombre tomaron y tantas señales de su aprobación y confirmación de este apellido, que le oí decir al mismo que pensaría ir contra Dios y ofenderle si dudase que este nombre convenía» (cf. *Monum. Hist. S. I. Fontes Narrativ.*, 1,204).

Por su parte, el P. Ribadeneira (cf. *Vida de San Ignacio*, l. 2, c. 11) relata que, acercándose San Ignacio a Roma en 1538, entró a hacer oración en un templo desierto y solo, y vió cómo Dios Padre le encomendaba a él y a sus compañeros a su Unigénito Hijo..., y Jesucristo le decía: «Yo os seré en Roma propicio y favorable...» Al determinar instituir y fundar religión, San Ignacio pidió a sus compañeros «que le dejasen poner a él el nombre a su voluntad, y habiéndoselo concedido todos con gran alegría, dijo él que se había de llamar Compañía de Jesús. Y esto porque con aquella maravillosa visión y con otras muchas y excelentes ilustraciones había Nuestro Señor impreso en su corazón este sacratísimo nombre y arraigádole de tal manera que no se podía divertir dél ni buscar otro. Y lo que hizo, teniéndolo todos por bien, lo hiciera aunque fuera contra el parecer de todos, como él dijo, por la claridad grande con que su ánima aprehendía ser ésta la voluntad de Dios, para que los que, por vocación divina, entrasen en esta Religión entendieran que no son llamados a la orden de Ignacio, sino a la Compañía y sueldo del Hijo de Dios, Jesucristo..., y, asentando debajo de este gran caudillo, sigan a su estandarte y lleven con alegría su cruz y pongan los ojos en Jesús, único autor y consumador de su fe...»

VII. CUANDO DIGO JESUS, ME QUITO EL BONETE

«¿Cómo entró Cristo en la circuncisión? Entró obediente y salió Jesús: *Ut circumcideretur puer, vocatum est nomen eius Iesus* (Lc. 2,21). Y esto fué, en todo el rigor de la teología, salir mucho más honrado de lo que era aún en cuanto Dios. Cuando yo digo Dios, nombro este nombre con el bonete en la cabeza; pero

cuando digo Jesús me quito el bonete, porque el mismo Dios, debajo de ese nombre, es digno de mayor veneración y de mayor honra» (cf. ANTONIO VIEIRA, S. I., *Sermones y obras*, trad. cast., *Exhort. doméstica en la vispera de la Circunc. y Nombre de Jesús*, 7, vol. 2, Barcelona 1734).

VIII. UNA CRUZ CON SU PROPIA SANGRE Y EL NOMBRE DE JESUS

«Pizarro quedó solo en medio de sus enemigos, que arremetieron contra él sin compasión. Atacado por todas partes, el viejo soldado se mantuvo en pie defendiéndose durante algún tiempo, hasta que su nervudo brazo se rindió a la fatiga, incapaz de sostener la espada. Martín Bilbao le asestó entonces una furiosa cuchillada en el cuello, que dió con él de bruces sobre las losas. Un surtidor de sangre caliente brotó de su garganta. Al caer, el conquistador del Perú pidió confesión a voces. Dícese que antes de lanzar su postrer aliento, como español y como cristiano, trazó una cruz con su propia sangre en el suelo—única firma que usó en vida—y luego la besó devotamente. Un tenue y suspirado ¡Jesús! se escapó de sus labios...» (cf. MANUEL IRIBARNE, *Los grandes hombres ante la muerte: Francisco Pizarro o la aventura*, ed. Montaner y Simón [Barcelona 1935], p. 127).

SERIE II: SOBRE LA EPISTOLA

1

Los dos caminos para la gloria

I. *Cristo mereciendo la glorificación.*

A. En la epístola de hoy se nos presenta a Cristo mereciendo ser glorificado por el Padre, y como premio no deseado, puesto que El mismo había pedido su gloria.

B. La equivocación de los hombres no estriba en desear la gloria, sino en colocarla donde no puede hallarse y buscarla por caminos errados. No es mala la gloria, sino la del mundo en oposición a la que buscó Cristo. El mal consiste, pues, en equivocar su esencia y su camino.

C. Cristo deseó su propia glorificación. Luego es santo desearla. Los hombres suelen correr en pos de ella. La diferencia consiste en ver qué gloria buscan y por qué medios.

II. *Gloria del mundo.*

A. Descripción.

a) *Origen. La soberbia. Yo, por encima de todo y de todos, recibiendo el aplauso u obediencia de todos.*

b) *Fin. Dominar en el imperio del mundo, o del dinero, o de la fama, o de la belleza...*

c) *Medios: encaramarse atropellando a los demás.*

1. En las grandes ambiciones: entre sangre, destrucción y miseria.
2. En las menores: intrigas, infidelidades.

B. ¿Qué consiguen?

a) *La gloria de este mundo está mezclada siempre de amargura.*

1. Porque no sacia al alma, capaz de ansias infinitas.

2. Porque no evita la envidia, la inestabilidad, el sufrimiento, la enfermedad.

b) *La gloria de este mundo es breve:*

1. ¿Cuántos grandes triunfadores han conocido en vida su «Santa Elena»? Al comenzar la última guerra cuatro hombres conmovieron el mundo: Hitler, Mussolini, Chamberlain y Roosevelt. Ninguno de ellos vió la terminación del conflicto.
2. Y aunque durare lo que la vida: «omnis caro foenum, et omnis gloria...» (Is. 40,6).

c) *Al final, tener como juez al que reputó por nada toda la gloria del mundo y pronunció sus más fuertes invectivas contra el soberbio. El Dios de Belén y de la cruz.*

III. *Gloria de Cristo.*

A. Origen. El amor del Padre y el amor de sí debidamente ordenados, sabiendo que aquél es el principio y fin.

B. Medios: se humilla, obedece hasta la cruz.

C. Fin: el Padre le nombra «Señor» de todo lo creado, para que delante de El doblen todos la rodilla (Phil. 2,10).

IV. *Nuestra gloria, según Cristo.*

A. Origen. El amor a Dios y el amor a sí mismo debidamente ordenados. Yo, para Dios y en Dios tendré mi felicidad y gloria.

B. Medios.

a) *Humildad. Sabiendo quién es Dios y quién soy yo, buscando ser el último en vez del primero, rehusando los honores terrenos; en suma, rehuyendo lo que no es, para unirme a lo que es.*

b) *Obediencia a la voluntad de Dios, indicada*

1. Por los mandamientos.
2. Por la Iglesia.
3. Por los superiores.
4. Por la inspiración de la gracia.

c) *Su final: «Et vitam venturi saeculi...»*

1. Honrado por los ángeles y santos.
2. Honrado por Dios.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

2

Jesús, salvador

I. *El nombre de Jesús.*

A. El evangelio breve, nos dice todo lo que nos importa saber en veinticuatro palabras. Todo lo tenemos en una sola. El niño se llama Jesús. Atraigamos y concentremos nuestra atención sobre este vocablo: Jesús.

B. El Mesías se llama Jesús. Es el nombre glorioso traído a la tierra por los ángeles, antes de que Jesús fuera nacido. «Quod vocatum est ab angelo» (Lc. 2,21).

C. La Iglesia honra más al nombre de Jesús que al nombre de Dios (cf. sec. 7.ª, p. 871). Al nombre de Jesús se inclina la cabeza o se dobla la rodilla. San Agustín, hereje, siempre tuvo en veneración este nombre: «Porque este nombre, Señor, este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón: y así cuanto estaba escrito sin este nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebataba del todo» (cf. *Confess.*, l. 3, c. 4: BAC, t. 2, p. 403).

II. *Jesús es Salvador. Es el único Salvador.* «*Os anuncio una grande alegría...: os ha nacido el Salvador*» (Lc. 2,10-11). *No un Salvador. El Salvador. Es el único que merece este dulce y suspirado nombre. El único... porque... Es Salvador de todos los hombres. Salvador de todos los males. Salvador definitivo, porque la salud o salvación que comunica dura para siempre. El Salvador nos libra de un mal o nos ampara de un peligro.*

A. Salvador de todos los hombres.

a) *Los salvadores de la historia. Los que la historia llama salvadores, aun aceptando que lo sean, son siempre salvadores de un grupo, de una clase, de una nación entera si quieren, pero a costa de la*

desgracia del grupo, de la clase o de la nación enemiga y opresora.

b) *Salvador en la mentalidad judía. Cristo viene a salvar a todos. Un Salvador de toda la Humanidad es una idea que no cabe en nuestros mezquinos corazones y menos podía caber en la estrecha mentalidad judía.*

1. Los judíos esperaban un Salvador de raza, nacional, para ellos, que labrara su felicidad a costa de la esclavitud o desventura de otros pueblos.
2. Los judíos no podían comprender el Evangelio. No podían seguir—espíritus apocados y rastreros—el vuelo de San Pablo. El Apóstol expresó vigorosamente, en la Epístola a los Efesios, la situación espiritual del mundo a la venida de Cristo. Estaba dividido en dos campos: Judíos y gentiles, separados como pueden estar separadas dos parcelas por las tapias que las dividen y encuadran; como pueden estar separados dos mares por la lengüeta de tierra que forma el istmo. Dos campos, para los judíos, incomunicables; dos mares, cuyas aguas jamás llegarán a mezclarse en una común reunión. (España ha comprendido esta universalidad de la religión tal vez como ningún pueblo.)

c) *Jesús, Salvador universal.*

1. Vosotros, dice el Apóstol dirigiéndose a los gentiles (Eph. 2,11), estabais con Cristo, alejados de la sociedad y trato de Israel, sin participar de la promesa, sin esperanza, sin Dios en este mundo.
2. Un muro, continúa el Apóstol (ibíd. 14), dividía los dos campos, incomunicables, inconciliables. Cristo derribó el muro; unió a los dos en uno, los fundió, y ambos, por El, subieron al Padre. Paz a los que estaban cerca. Paz a los que estaban lejos (ibíd. 17). «Dios quiere que todos los hombres sean salvos» (1 Tim. 2,4).
3. Jesús es Salvador; lo cantó, lo expresó enérgica y rotundamente el Apóstol: «No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gal. 3,28).
4. Cristo salvó a todos. Es Jesús para todos (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 808,E,a).

B. Nos salvó de todos los males.

a) *Todos se reducen a la muerte. De todos en su raíz, o causa, u origen. Porque todos los males de los hijos de Adán se reducen a uno: la muerte* (cf. BEATO OROZCO, p. 813,B y ss).

1. Todos son, en el fondo, una privación de plenitud de vida verdadera; ya sea corporal, ya espiritual (ya moral). Porque el dolor, y la enfermedad, y el error, y la ignorancia, y el desorden de las pasiones, que manchan y afean y debilitan al alma, y la pérdida de libertad, exterior o interior, todo mal humano es un principio de muerte o una muerte parcial de nuestro ser o de nuestras naturales actividades y

operaciones. Todos los males humanos se reducen a la muerte.

2. La muerte es término y síntesis y acabamiento de todos. Mientras haya pecado, habrá muerte. No merece el nombre de Jesús, el nombre de Salvador, más que el que triunfe plenamente del pecado y de la muerte: «Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte» (Rom. 5,12).

b) *La doble victoria de Jesús. Jesús nuestro Salvador obtuvo plenamente la doble victoria. Triunfó del pecado en la cruz. Triunfó de la muerte en la resurrección gloriosa.*

1. El triunfo sobre el pecado ha producido sus plenos efectos en todas las almas santas que han querido acercarse a la cruz y lavar sus manchas con la sangre redentora (cf. SAN AGUSTÍN, p. 778,c y d; BEATO OROZCO, ibíd., y BOSSUET, p. 822,3 y 823,b).
2. El triunfo sobre la muerte no ha sido total más que en el propio Cristo, y por especialísimo privilegio en su Madre Santísima. Sólo Cristo y María han resucitado. Sólo los cuerpos de ambos están gloriosos en el cielo.
3. En el resto de los hombres la muerte no ha sido aún despojada de su presa. Los cuerpos de los más grandes santos—gloriosamente honrados si queréis—yacen en tierra, en la corrupción, en la destrucción..., en la muerte

C. Nos salvó definitivamente.

a) *Los hombres a quienes la historia llama salvadores no triunfan de la muerte nunca. Son servidores y esclavos de la muerte misma. Lograrían, en el mejor de los casos, conceder temporalmente paz a un pueblo, vencer o alejar un peligro, de una comunidad de hombres; pero siempre a costa de la destrucción, y la muerte, y el exterminio de la parte adversa. No son enemigos de la muerte; son aliados.*

b) *Roma levantará un arco de triunfo al pacificador de la Judea. Tito alejó un peligro; destruyó un enemigo de la patria y añadió un trofeo más a la corona gloriosa de Roma. Pero en tal monumento triunfal aparecen tallados en bajorrelieves los triunfos de la muerte: Los judíos esclavos llevando sobre sus espaldas, encorvadas por el bochorno, la vergüenza y el deshonor, los despojos del templo de Jerusalén; al embellecer a Roma con un monumento más, que le inmortaliza como salvador de la patria, ha destruido el monumento religioso más venerando que conocía la antigüedad.*

c) *Tended la vista por Europa y el mundo. Los triunfos humanos son frecuentemente fuentes de dolor y de lágrimas para los mismos vencedores. En las guerras entre imperios el triunfo cierto es siempre el de la muerte.*

d) *Será Salvador de la humanidad el que triunfe de la muerte. «Seré tu muerte, ¡oh muerte!»* (Os. 13,14). *No cabe otro grito de victoria. Ese grito de victoria no ha resonado aún en el mundo. «El último enemigo reducido a la nada será la muerte»* (1 Cor. 15,26).

e) *Mas para vencer definitivamente a la muerte hay que destruir la causa de la muerte. Dios no hizo la muerte. En la obra creadora de Dios no aparece la muerte entre las criaturas. La muerte es obra del hombre. Es obra de la voluntad perversa del hombre. Es hija del pecado. Por el mal uso que hizo el hombre de su libre albedrío se apartó de los caminos de vida, donde Dios le había colocado, y penetró en la región tenebrosa y fría de la muerte; en esa misteriosa privación que llamamos la muerte. Por la desobediencia de un hombre penetró en el mundo el pecado y por el pecado la muerte. Los hombres quedaron convertidos en siervos del pecado y siervos de la muerte.*

f) *Cristo triunfó del pecado, primero, por su muerte en la cruz. Cristo triunfó de la muerte por su resurrección gloriosa.*

3

Jesús es la salud

I. *Jesús, nuestra salud.*

A. Jesús es no sólo Salvador, sino que es la salud misma (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 807,B). Otros salvan, curan o remedian, pero no son ellos mismos el remedio o la salud (cf. BELARMINO, p. 798,c).

a) *El médico aplica las medicinas, pero la salud y la vida es obra de la naturaleza* (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 809,c).

b) *El político planea reformas, pero el efecto es obra de la vida virtuosa de los ciudadanos.*

c) *El maestro enseña la verdad, pero él no es la verdad misma.*

d) *El guía conduce por el camino, pero él no es el camino.*

B. Cristo es la salud y la vida (cf. SAN AGUSTÍN p. 777,c). Es la verdad misma. Es el camino (cf. SAN AGUSTÍN, p. 773,A,a y 774,b). «Ego sum via, veritas et vita» (Io. 14,6).

C. Cristo es la puerta por donde se entra al redil y es el redil mismo (Io. 10,7). Es el Pastor que conduce a las ovejas a los pastos saludables, y El es el único pasto del alma (Io. 10,11 y 14).

D. Por Cristo se sube al Padre, pero el que ve a Cristo ve al Padre (Io. 14,9).

II. *Jesús, nuestra vida.*

A. Cristo tenía la virtud de comunicar a los hombres la vida que en El existía. «In ipso vita erat» (Io. 1,4).

B. Cristo no sólo les comunica la vida natural, sino que puede comunicarles la vida sobrenatural y de la gracia. La única que merece el nombre de vida verdadera porque es eterna.

C. La gracia se hizo en Cristo.

a) *Apareció en la tierra con Cristo.* «*Apparuit enim gratia Dei Salvatoris nostri*» (Tit. 2,11). *Y Cristo apareció «lleno de gracia y de verdad»* (Io. 1,14).

b) *Y de esa gracia y de esa verdad podemos recibir y participar todos los hombres.* «*Et de plenitudine eius nos omnes accepimus*» (Io. 1,16).

III. *Los sacramentos, canales de salud y vida. Mas para participar de Cristo es preciso un acto voluntario y libre de nuestra parte.*

A. Debemos querer participar de esa verdad y de esa gracia.

B. Debemos poner los medios para participar de ella.

C. Cristo instituyó los Sacramentos, como canales que conducen a nuestras almas muertas o débiles la gracia y la verdad. Los que no están en comunión con Cristo por la gracia deben adquirir esa comunión por el sacramento de la Penitencia y aumentar después esa gracia por el sacramento de la Eucaristía.

IV. *Jesús, Juez. Cristo es, pues, salud para los que quieren de verdad ser salvos. Mas para los que voluntariamente se apartan de Cristo, Cristo no será salud, será juez que dictará sentencia de muerte, y tanto más severa cuanto mayor sea el desprecio que hemos hecho de la gracia de vida que Cristo nos ganó con su muerte y que nos ofrece con largueza por su infinita misericordia* (cf. SAN BERNARDO, p. 789,b y 790).

4

Jesús salva por la palabra

I. *El hombre vive de la palabra de Dios.* «*No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*» (Mt. 4,4). *La palabra de Dios infunde vida espiritual en este mundo y vida eterna en el otro.*

II. *Vida espiritual en este mundo.*

A. La adhesión a la palabra. El comienzo de la vida espiritual se encuentra en la adhesión a la palabra. «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante,

más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu»... (Hebr. 4,12).

B. Palabra y espíritu. La palabra, pues, separa—objetiva, no subjetivamente—la parte mejor del alma y la convierte en espíritu. Espíritu es el alma misma en cuanto vive la palabra. «Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida» (Io. 6,63).

C. Lámpara encendida. El hombre en quien habita la palabra es como una lámpara encendida. «Sicut luminaria in mundo, verbum vitae continentes» (Phil. 2,15-16).

D. Lámpara apagada. El hombre en quien no habita la palabra tiene alma, pero no espíritu. Es una lámpara apagada.

III. *La palabra produce vida eterna.*

A. «Tienes palabras de vida eterna» (Io. 6,69).

B. «Si alguno guardare mi palabra no verá jamás la muerte» (Io. 8,51).

IV. *Dos conclusiones.*

A. Para los predicadores. Tremenda responsabilidad de los administradores de la palabra de vida y de salud:

a) *De los que no la predican.*
b) *Mayor tal vez de los que predican y no predican la palabra de Cristo.*
c) *¡Cuántas lámparas apagadas por culpa del sacerdote a quien Dios en su providencia tiene destinado a encender con su palabra un alma, e infiel a su vocación no quiso administrar honradamente la palabra divina!*

B. Para los fieles. ¡Gravísima responsabilidad de las almas que reciben la palabra de Dios y la matan!

a) *¡Oh almas representadas en la tercera simiente de la parábola evangélica!* (Lc. 8,14). *¡Vosotros, tierra buena y escogida de Dios, fuisteis infieles a la palabra! Sofocasteis la simiente. Apagasteis la llama de vida. ¿Concupiscencia carnal y sensual?... ¿Honores?... ¿Riquezas?... ¿Preocupación excesiva por las cosas de este mundo?... Todo es yerba mala que ahoga la simiente de vida que nace en vuestras almas. Todo es agua que extingue la llama espiritual del Verbo de Dios.*
b) *¡Oh almas sencillas, buenas y fieles que lleváis abierto el surco de vuestra buena voluntad para recibir la palabra y retenerla con paciencia! No os faltará predicador... Dios tendrá con vosotros providencia extraordinaria...*

V. *Exhortación.*

A. Predicad, ¡oh sacerdotes!, sin negligencia la verdadera palabra.

B. Acogedla, vosotros, fieles, con mansedumbre y pureza de corazón.

5

El nombre de Jesús

I. *Su belleza y amabilidad. ¿Haría falta cantar su belleza y amabilidad sabiendo que lo llevó el Señor? Muchos nombres son amados sólo en atención a la persona que designanlos, pero éste, además, lo es desde todos puntos de vista, lo mismo si consideramos quién lo impuso, que la hondura y propiedad de su significado* (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 771,2 y 772,3).

II. *Quién lo impuso. El mismo Dios por el ministerio de los ángeles. Desde muy antiguo en todas las profecías había indicado el carácter de Salvador* (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, p. 795,C,a), *pero llegada la hora de su nacimiento El mismo envía sus ángeles a que lo comuniquen. ¿Habrá, pues, de extrañar que sea propio?* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 802,C,a).

III. *Caracteres del nombre. Por muchas razones familiares, políticas, locales, etc., suelen designarse los nombres de las personas* (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, p. 794,a y b, y 795,c;d). *Pero la que movió a elegir el de Jesús fué la exactitud de su significado* (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 801,2).

A. Era Dios inaccesible a los hombres y su nombre inefable. Hasta que decidió venir a habitar entre nosotros (cf. ibíd., p. 801,b), y entonces, previendo nuestro posible terror, envió por delante a un ángel que dijese que había de llamarse «Salvador» (Lc. 1,31; Mt. 1,21).

B. Y Dios, que a fuerza de ser incomprensible había utilizado nombres muy diversos, eligió finalmente uno que los recapitulara todos, porque si había sido el Omnipotente, obra de su omnipotencia era la Encarnación y Redención; si había sido el Justo, ápice de su justicia era la Salvación; si era el Ser, ahora venía a devolver el ser divino a las criaturas... (cf. SAN BERNARDO, p. 791, b; SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 806, y FRAY LUIS DE LEÓN, p. 807,c).

C. Y entre todos, éste es el nombre verdaderamente propio, porque

a) *Todos los demás que se le aplicaron en cuanto hombre han podido ser llevados con alguna razón por otros personajes, mientras que éste le compete*

solo a El, ya que solo en El está la verdad, ya que en El está toda salvación.

b) *Porque compendia la esencia de su misión* (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 806,A). *En efecto:*

1. Cristo vino sólo a salvarnos. Tal es el hecho.
2. En su vida no hay nada que no gire en torno a nuestra salvación. La misma Eucaristía no tiene por fin recibir honores muy merecidos, sino ser medio de nuestra santificación. Es Jesús en su ser, sus obras y su nombre (cf. ibíd. p. 808,D).

IV. *Consecuencias.*

A. Amar el nombre de Jesús. Eligiólo El movido por amor, porque designaba la obra principal del suyo. No hay otra moneda para pagarle.

B. Acudir a El. Es ungüento suave para cualquier herida, porque El sabe compadecerse y salvarnos en todos los dolores (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 804).

C. Obedecerle. Es Salvador «porque ha venido a salvar a su pueblo», pero debemos procurar ser pueblo suyo (cf. SAN BERNARDO, p. 788,b).

6

Los nombres de Cristo

I. *Los nombres: Verbo, Hijo y Salvador. Muchos nombres han sido aplicados a Cristo, derivándolos de la consideración de una u otra de sus cualidades u obras. Pero nombres propios que reflejen perfectamente su esencia y, por lo tanto, sólo le convengan a El* (cf. SAN BERNARDO, p. 791,b, y FRAY LUIS DE LEÓN, p. 806,A) *son los de Verbo e Hijo en su generación eterna y el de Salvador en su misión en el mundo. Estudiemos la relación existente entre los tres.*

II. *Generación eterna.*

A. El Verbo. Verbo, Imagen, Idea del Padre son tres sinónimos que desde los primeros siglos han designado a la segunda persona.

a) *En efecto, del mismo modo que cuando nosotros, al entender una verdad o cosa, producimos en nuestro entendimiento una idea, que refleja el objeto entendido con tanta más intensidad y semejanza cuanto más perfecto haya sido el acto de entender, el Padre, al conocerse a sí mismo, da origen a una idea tan perfecta y semejante que es en todo exactamente como El, y tan intensa y viva que consti-*

tuye otra persona viviente. Por su intensidad esta idea es una persona viva y distinta del Padre; su semejanza es tan exacta, que es infinita, omnipotente, santa; en suma, tiene su misma naturaleza.

b) *La perfección del Verbo estriba, pues, en ser en todo igual que el Padre que le dió origen como a una idea, y a tan alto grado llegó esta igualdad, que aun oculto bajo los velos de la carne, pudo decir: «Felipe..., el que me ha visto a mí, ha visto al Padre»* (Io. 14,9).

B. El Hijo.

a) *Misterios profundos. Esta idea del entendimiento del Padre no sólo es una idea, sino una idea engendrada, esto es, un Hijo propio y verdadero.*

b) *La Iglesia se ha visto en más de un peligro y más de un mártir dió su vida por defender este dogma de la filiación natural y consustancial del Verbo.*

c) *Hijo y Padre se asemejan en todo, y han existido eternamente, sin que haya podido el Padre existir sin ser Padre y, por lo tanto, decir relación a su Hijo, ni el Hijo sin serlo también y referirse al Padre. No de otro modo los rayos del sol coexisten con su astro procediendo siempre de él.*

d) *La perfección del Hijo consistirá también en asemejarse a su Padre. La perfección de su voluntad en ser la misma que la de El, aunque un día su obediencia le traiga al mundo primero y después a la cruz. «Yo hago siempre lo que es de su agrado (del Padre)»* (Io. 8,29).

III. *Creación y elevación. La obra de la creación y elevación del hombre lo es de las tres divinas personas en común, pero, sin embargo, la revelación nos ha dejado entrever alguno de sus modos misteriosos de operación.*

A. El Verbo.

a) *Las ideas son las que dirigen la mano del artista que intenta reproducirlas al exterior. En la Santísima Trinidad el Verbo o Idea no sólo refleja perfectamente al Padre, sino que refleja también y condensa todas las criaturas posibles. Dios fué desenvolviendo en el mundo lo que estaba en el Verbo como en Idea ejemplar. La perfección, pues, del mundo consiste en acomodarse a ese tipo divino reflejado y participado. Es lo que indicó San Juan: «En el principio.... el Verbo era Dios..., y todas las cosas fueron hechas por El y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho»* (Io. 1,1-3).

b) *Pero al formar al hombre, este reproducir la idea divina tuvo una expresión más enérgica y concreta: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza»* (Gen. 1,26).

B. El Hijo.

a) *¿En qué había de consistir esta especial semejanza del hombre a Dios? En parecerse a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad en cuanto que es Hijo. No se contentó Dios con dejarnos en la categoría de criaturas y quiso que nuestra semejanza llegara a reproducir la filiación de la Segunda*

Persona. «Ved, decía San Juan, qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos» (1 Io. 3,1).

b) *Lo que el Hijo natural es por generación, nosotros lo seremos por la gracia; lo que El es por identidad de naturaleza, lo seremos nosotros por divinización de la nuestra. «Divinae consortes naturae»* (2 Petr. 1,4).

c) *Y si el Hijo ha servido de idea y de modelo para nuestra filiación divina, El es también el medio de conseguirla. «A cuantos la recibieron dióles poder de venir a ser hijos de Dios»* (Io. 1,12).

IV. *La perfección final. La perfección final de esta filiación la recibiremos también del Hijo, cuando después de habernos preparado las mansiones en la casa de su Padre* (Io. 14,2) *se nos aparezca y, haciéndonos en todo semejantes a El* (1 Io. 3,2), *nos lleve al Reino.*

V. *El Salvador. El pecado trocó los planes divinos. Lo que pudo ser un Tabor de gloria para la humanidad presidida por el Hijo, necesitó una reparación, y entonces esta Segunda Persona lanzóse cual brioso gigante a la carrera* (Ps. 18,6), *revistióse de nuestra naturaleza, y padeciendo por nosotros, a los nombres de Verbo y de Hijo añadió el de Salvador.*

VI. *Nuestra obra.*

A. Para con el Verbo.

a) *Dios nos ha creado, según El. Debemos, por lo tanto, ser expresión pura y adecuada del pensamiento de Dios, desarraigando de nosotros cuanto hayamos aportado de nuestro y pueda oscurecer la Idea divina.*

b) *Toda nuestra tarea espiritual se reducirá a asemejarnos al Verbo y, como El, parecernos al Padre. «Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre Celestial»* (Mt. 5,48).

B. Para con el Hijo.

a) *Reconocer y honrar nuestra filiación divina.*
b) *Vivir como vivía el Hijo para gloria de su Padre.*
c) *Asemejarnos en todo al Hijo. El Padre nos reconocerá como hijos suyos si ve en nosotros el parecido de Jesús* (Rom. 8,29).

C. Para con Jesús. ¡Señor!, tú me has salvado y redimido, tú has restaurado en mí cuanto tu Padre obró por medio del Verbo e Hijo. En amarte a ti, agradecértelo todo a ti y asemejarme a ti encuentro el camino para volver contigo al Padre.

7

Jesús, salvador de los pue

I. *Salvador total. Jesús es el Sa*
orden sobrenatural, sino d
nos en cuanto que son o
el hombre y sus concupisc
dor de los pueblos en cuan

II. *El egoísmo del mundo.*

A. Es la última causa d
causa del malestar d
mo, que se busca a sí
por amor. Quitad el eg
nómico-sociales desapa
el humo en cuanto se a

B. Desquicia la moral de los pueblos. Mientras el mundo físico es un conjunto de fuerzas ordenadas entre sí, el mundo moral está desquiciado por el egoísmo. El filósofo y el artista trabajan no para ilustrar o deleitar, sino para brillar y ganar. El funcionario cumple sólo para vivir, cuando no claudica inmolando el derecho en aras del favor o del dinero. El hombre de empresa busca su ganancia por encima del bienestar del artesano, y éste trabaja a veces menos de lo que debe sólo para poder gozar, sin importarle un ardite del bien común. Los jefes de estado llevan el mundo a diluvios de sangre, cuándo por el egoísmo de unos intereses materiales, cuándo por la locura de la gloria de su nombre.

C. Siempre ha sido el perturbador universal. El egoísmo ha sido siempre el perturbador universal, pero si el mundo vive en un ambiente materialista, entonces es el único motor y tela de araña que envuelve al universo entero.

III. *La verdadera salvación.*

A. No la da la filosofía. ¿Quién podrá salvar al mundo del egoísmo? ¿La filosofía? No tiene fuerzas ni razones suficientes para conseguir el sacrificio de los intereses propios. No habléis nunca de felicidad común, porque siempre parecerá más apetecible la felicidad del individuo. No habléis de im-

perativos morales, porque es una voz que se apaga ante los gritos de la propia conveniencia.

B. Sólo Cristo con su doctrina y ejemplo. El único que puede salvar a los pueblos del egoísmo es Cristo, con su doctrina y ejemplo. Cuando se conoce a Cristo, el amor sustituye al egoísmo.

a) *Ved la primera cristiandad de Jerusalén repartiendo sus bienes en colectivismo de caridad.*
b) *Ved en los primeros tiempos las colectas de San Pablo.*
c) *Ved a San Lorenzo presentando los innumerables pobres que sostenía una Iglesia perseguida y sin medios.*
d) *Ved en cualquier tiempo esa pléyade de almas que han renunciado a todo para consagrarse al servicio de los pequeños y los enfermos.*
e) *Ved a un Javier o a un Juan de la Cruz. Es el efecto de conocer a Cristo.*

C. Sólo el amor.

a) *Porque para vencer al egoísmo se necesitaba algo más que una doctrina fría, y Cristo nos ha traído el impulso cálido de la doctrina del amor.*
b) *El hombre se salvará si ama a Dios y si Dios ve a todos sus hermanos.*
c) *La perfección del hombre comenzará por negarse a sí mismo e identificarse con Cristo.*

D. Y el negarse a sí mismo.

a) *Este negarse a sí mismo no es una pura negación, sino un desarraigar cuanta tendencia egoísta antihumana, antisocial y antirreligiosa hay dentro de nosotros, para terminar uniéndose a Cristo.*
b) *La unión de Cristo se verifica por el amor. Dios es amor, y unirse a El consiste en amar. Cristo es el hombre que en su amor renunció a su misma vida, y amarle a El es tomar su cruz benéfica y seguirle.*

IV. *El reino de la justicia, la paz y el amor.*

A. La salvación de los pueblos consiste en mirar a Cristo y aprender la lección de su abnegación, mirar a la cruz y colocar debajo de ella todos sus egoísmos, para que la sangre redentora de Cristo al bañarlos los trueque en amor desinteresado.

B. Entonces pueblos y clases sociales vivirán en paz, porque habrán reconocido el reino de la justicia, la paz y el amor.

C. La paz, justicia y amor darán sus frutos naturales, y Dios a los que la busquen otorgará los bienes de la tierra por añadidura.

8

Jesús, salvador de todas las razas

I. *La actual pugna de pueblos y razas. Vivimos tiempos en que las clases sociales, considerándose superiores unas a otras, predican el exterminio de las demás. Hemos conocido otros muy recientes en los que no ya prácticamente, cosa que siempre ha ocurrido, sino llegando a la teoría filosófica, se ha querido presentar a unos pueblos o razas como totalmente superiores a los otros.*

II. *El problema en otras épocas. El problema no es nuevo.*

A. El romano se creía nacido para gobernar los pueblos.

B. El judío se sigue considerando separado de «las gentes».

C. En países de infieles la división de castas se ha basado en motivos religiosos.

III. *«Filantropía, humanidad y democracia». Enfrente de esta división del mundo en razas y de los pueblos en clases, han levantado algunos la bandera de la «filantropía», dándole cada vez nombres distintos según la hora y el momento, nombres que han ido desde el de «humanidad» hasta el de «democracia», pero que en realidad no pretenden sino sustituir, con intención laica o por miedo a parecer claramente religiosos, el de paz cristiana e igualdad en Cristo.*

IV. *Doctrinas heréticas sobre la salvación. En la misma Iglesia hubo un momento en que surgió también una doctrina calvinista y jansenista que quiso dividir a los hombres en capaces e incapaces de salvación.*

V. *La verdadera doctrina.*

A. Cristo murió por todos. Pero la Iglesia a la vez expulsaba de su seno con energía a los tales, exponía la verdadera doctrina, única capaz de fundamentar sólidamente la unidad humana: Cristo ha muerto por todos, y todos somos salvados con igualdad de derechos por El.

B. El problema en la época de San Pablo. Como no podía ser menos, San Pablo, que sintió en sus mismas carnes el problema de la división del mundo en sectores, es quien estableció clarísimamente la doctrina. Sintió la división, porque

enfrente de su predicación universal, de Apóstol de las gentes, se alzaron siempre los judíos, cuyo lema consistía en el verso de David mal interpretado: «No hizo tal a gente alguna y a ninguna otra manifestó sus juicios» (Ps. 147,20), convirtiendo lo que fué depósito temporal, hasta que llegara el día de extenderlo a todo el mundo, en monopolio definitivo de un pueblo.

C. La doctrina del Apóstol. Y para combatirla expuso su doctrina (Eph. 2,11-21).

a) *Ya no hay «extranjeros ni huéspedes», sino que todos somos «conciudadanos y familiares de Dios», edificados sobre los apóstoles y siendo «piedra angular» del edificio «el mismo Cristo Jesús»* (v. 19-20).

b) *Porque si durante algún tiempo no pudo reinar la paz, porque los gentiles vivían sin esperanza y sin Dios en el mundo, enemigos como eran de El y alejados de la sociedad de Israel, única que disfrutaba las promesas* (v. 12), *Cristo «hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de la separación»* (v. 14), *anulando la ley antigua que dividió el mundo en dos sectores, circunciso e incircunciso, y llevándolos todos a Dios.*

c) *Y reconciliólos a unos y otros entre sí y a todos con Dios: «por la cruz dando muerte en sí mismo a la enemistad»* (v. 16).

d) *De modo que formando todos «un solo cuerpo con Dios»* (v. 16) *y habiendo lanzado a los cuatro vientos la buena nueva de «paz a los de lejos y paz a los de cerca..., tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo espíritu»* (v. 17-18).

e) *Esta es la verdadera unidad humana. «No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre»* (Gal. 3,28), *porque Cristo al morir nos ha dado la doble unidad de los hombres entre sí y de todos con Dios.*

VI. *Formamos un solo pueblo, con un solo pastor.*

A. Y si un día un pueblo, raza o clase quiere arrogarse superioridades esenciales sobre todos los demás, nosotros podremos mostrarle la cruz de Cristo y decirle: Hemos sido comprados con un precio muy grande (1 Cor. 6,20), pero pagado por igual, en beneficio de todos. Y las pequeñas y accidentales diferencias de color o sangre que pudiera haber son superadas por el valor infinitamente mayor de la gracia y el espíritu que habita en todos.

B. Porque todos formamos un solo pueblo con un solo pastor; y en todo lugar ofrecemos un mismo sacrificio limpio al mismo nombre (Mal. 1,11). Todos tenemos el mismo sacerdote y mediador que lo ofrece, Cristo, y todos, gracias a El, damos a Dios el nombre de Padre.

9

El nuevo Adán salvador

I. *La imagen del nuevo Adán. La imagen más completa y fecunda que nos ha dejado San Pablo referente a la misión salvadora de Cristo es la del nuevo Adán* (cf. SAN AMBROSIO, p. 782,A). *Completa porque resume todo el dogma; fecunda por las consideraciones prácticas que de ella se derivan.*

II. *Imagen completa. San Pablo en dos lugares* (Rom. 5,12ss y 1 Cor. 15,45ss), *con su paralelismo unas veces de igualdad y otras antitético entre los dos Adanes, nos indica:*

A. La obra de Adán y de Cristo.

a) «*Triste y exacto paralelismo*». *Por Adán,* «*que es el tipo del que había de venir* (Rom. 5,14), *entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte*» (ibíd. 12). *El Apóstol nos presenta aquella transgresión (primera de las innumerables en que había de incurrir la humanidad) y tras ella a la muerte entrando en el mundo para señorearlo de modo permanente. La obra del antitipo ha de ser totalmente contraria: ¿por el pecado la muerte?; pues por la justicia, la vida. El pecado fué muerte de las almas que acarreó la de los cuerpos; la justicia de Cristo será la vida sobrenatural que traerá en pos de sí la resurrección de la carne.*

b) «*Pero el paralelismo se siente desbordado*». *El don ha sido mayor que el delito; la obra de Cristo, mayor que la de Adán. Porque ésta ha podido borrar no sólo el primer pecado, sino* (ibíd. 16) «*muchas transgresiones*» (*todas las personales*), *y porque parece que la gracia se nos reparte hoy con más abundancia que al mismo Adán antes de su caída.*

B. Condiciones previas para la obra.

a) «*La solidaridad*». *Es el punto de arranque de las dos economías del viejo y del nuevo Adán. Solidarios de Adán,* «*por uno*» *pecamos todos. Solidarios de Cristo,* «*por uno*» *nos salvamos. Ya veremos en qué consiste esta unión con ambos, pero por ahora señalemos que cuanto padezcamos de pecado y muerte se lo debemos a uno solo, y cuanto gocemos de gracia y vida se nos deriva de Cristo, con una diferencia en favor de éste, que a la condenación que nos trajo Adán hemos sumado la merecida por nuestros propios pecados, mientras que las gracias de la redención se le deben a Cristo sólo.*

b) «*El hombre pecador y el Hombre sin pecado*». *La solidaridad con Adán y Cristo exigía que fueran* «*hombres*», *para poder ser cabezas de la especie, y*

por ello San Pablo insiste tan a menudo en la realidad de la humanidad de Cristo. Pero los efectos esenciales de esa solidaridad humana requieren que Adán fué el hombre «pecador», mientras que Cristo es el hombre «sin pecado», que puede morir por él. Aunque este pensamiento no aparece explícito en el capítulo presente, su idea lo domina todo él (v. gr. v. 6-9). *Las tinieblas necesitan de la luz; el ofendido, de un mediador amigo. Dios necesita el hombre sin pecado.*

C. El medio: La soberbia de Adán le movió a desobediencia, y por querer ser como Dios, quebrantó el precepto. La obediencia de Cristo le llevó a humillarse hasta la muerte, y muerte de cruz (Phil. 2,8). Adán, desobedeciendo, nos hizo a todos pecadores, y Cristo, sometiéndose, nos trocó en justos (Rom. 5,19).

D. Nuestra incorporación a Cristo.

a) *Hemos hablado de nuestra solidaridad con Cristo y con Adán. Entiéndese la que tenemos con éste, nuestra cabeza natural y moral, pero ¿cuál es la que nos hace depender de Cristo? ¿Es una libre disposición de Dios? No. Es algo más, que San Pablo explica con otro paralelismo* (1 Cor. 15,45-49): «*El primer hombre, Adán, fué hecho alma viviente, el último Adán, espíritu vivificante* (v. 45); *el primer hombre fué de la tierra, terreno; el segundo hombre fué del cielo*» (v. 47). «*Cual es el terreno, tales son los terrenos; cual es el celestial, tales son los celestiales, y como llevamos la imagen del terreno, llevaremos también la imagen del celestial*» (v. 48-49).

b) *Nuestra solidaridad es evidente. Si somos hijos de Adán y llevamos su imagen terrena y mortal como él, habremos también de llevar la imagen incorruptible e inmortal del Adán del cielo, porque nos une con El también el lazo de la filiación recibida.*

c) *Adán nos engendró, comunicándonos, como todo padre a sus hijos, las condiciones de la vida de su especie; pero el nuevo Adán nos reengendra, comunicándonos algo íntimo y propio suyo, principio vital que nos asimila a El. ¿El qué? La gracia, ese don de vida divina, que, merecida con su muerte, poseída por El con la plenitud de la cabeza, se nos deriva a todos, haciéndonos hijos suyos en cuanto Dios y hermanos en cuanto hombre.*

d) *La teología del nuevo Adán aparece clara. Generación de muerte la del primero. Regeneración de gracia e inmortalidad la del segundo. Terrena, por lo tanto, la una; celeste, la otra.*

III. *Imagen fecunda. De la imagen a su realidad.*

A. Si nos unimos con Adán recibiendo e imitando su pecado, unámonos con Cristo recibiendo su gracia e imitando su vida.

B. Si incorporados a Cristo, vivir en Cristo y por Cristo.

C. Si engendrados por obediencia a la voluntad del Padre...
D. Si somos del cielo, ¿qué nos importa la tierra?

10

La victoria del amor

I. *El triunfo del odio. La historia sobrenatural del universo es una lucha entre el amor y el odio que se desenvuelve en tres estadios. El primero es de Satán, o del odio; el segundo es de Cristo, o del amor, y el tercero es nuestro. El triunfo del odio tuvo lugar en el paraíso. El campo quedó por Satanás, y con él por el pecado, la concupiscencia y la muerte. ¿Para siempre?*

II. *El triunfo del amor.*

A. Salió para vencer. Nadie puede triunfar contra el Amor omnipotente. Cuando Satanás gritaba: ¡Victoria!, Cristo «salió para vencer» (Apoc. 6,2), y hoy podemos cantar (Apoc. 5,5): «Ha vencido el león de la tribu de Judá» (cf. BEATO OROZCO, p. 812,A).

B. Era la obra de su amor. El mundo era enemigo suyo y El vino, no a juzgar, sino a salvar (cf. SAN BERNARDO, p. 789,b), porque ésta era la obra de su amor y El quiere tomar del amor su nombre (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 808,D).

C. El poder y el remedio. Dos cosas eran necesarias para vencer: el poder y el remediar al hombre. Para poder Cristo contaba con su naturaleza divina, que le daba eficacia infinita; para ser remedio contaba con la humana en que morir y padecer. Para ser remedio poderoso el que era Dios se hizo hombre (cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, p. 801,2). Para salvar la materia la tomó y quedó hecho centro de todo lo creado (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 811,F).

III. *El triunfo completo. Y venido que hubo, cerró contra el odio en el Calvario y su victoria fué completa, porque*

A. Reparó todos los males.

a) *Del pecado.*

1. Perdonándolo. «Ecce agnus Dei...» (Io. 1,29). Llevó nuestros pecados (cf. BEATO OROZCO, p. 814

y BOSSUET, p. 823,4 y 825,3), su gravedad (cf. ibíd. p. 833, b,1).

2. Ayudando a no repetirlos por medio de su gracia (cf. ibíd. p. 825 c).
3. Llevándonos finalmente a donde, terminada esta vida, seamos impecables (cf. ibíd. p. 826 d,1 y 2).

b) *De las consecuencias del pecado.*

1. Como la sujeción al demonio, de quien hoy nos podemos burlar en vez de temerle (cf. BEATO OROZCO, p. 815,c).
2. De la muerte, que había señoreado y vencido a todo el mundo. Cristo es hoy causa meritoria de la resurrección de todos y ejemplar de la de los justos (cf. ibíd p. 813,B,a).
3. De la debilidad para obrar el bien, que cura con su gracia y ejemplo (cf. BELARMINO, p. 797,B). En suma, triunfó sobre toda iniquidad (cf. ibíd. 797,B).

B. Porque salvó a todos sin diferencia alguna (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 808,E,a).

C. Porque fué un triunfo de desquite total.

a) *Como satisfactorio. El triunfo parece más satisfactorio si al reportarse sobre un enemigo injusto se obtiene en el mismo campo y del mismo modo que él lo obtuvo.*

b) *Paralelismo entre Adán y Cristo. El triunfo de Cristo tuvo este carácter de desquite, no sólo porque destruyó toda la obra de Satán y su odio, sino porque parece que fué escogiendo un paralelismo exacto para llevarlo a cabo. Comparación entre Adán y Cristo* (cf. SAN AMBROSIO, p. 782,A).

D. Porque fué superabundante.

a) *En donde abundó el delito superabundó la salvación* (Rom, 5,20).

b) *Porque ésta ha sido más profunda devolviendo más gracia de la perdida y más extensa, pues si el pecado manchó a todos los hombres, la redencion ha dignificado a toda la naturaleza, que ha de doblar su rodilla ante Jesús* (cf. GOMÁ, p. 840,c).

E. Porque fué amable.

a) *Se nos presenta en forma de niño el Vencedor. ¿Habrá quien le tema?* (cf. SAN BERNARDO, p. 789,b).

b) *Lo ha obtenido pacificando y uniendo los hombres entre si y con Dios hasta quedar El constituído en piedra angular que sostenga el edificio del amor* (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 809,b).

IV. *Nuestro triunfo.*

A. La tercera etapa de la lucha. Es la tercera etapa de la lucha, y si queremos asociarnos a Cristo será la segunda de su victoria.

a) *No menospreciar la misericordia. Inverosímil sería que hubiera que recurrir a hablar de la ira de Dios, que bien puede deducirse de la grandeza de la misericordia que desplegó en su salvación* (cf. SAN BERNARDO, p. 789,b). *Pero, sin embargo, sí que hay que preguntarnos: ¿por qué apreciamos tan poco a ésta?* (cf. BELARMINO, p. 797,B).

b) *Ayudar a nuestra propia salvación. Mas nos alentará quizá el considerar que nuevos favores deben nuevos servicios* (cf. BEATO OROZCO, p. 813,b, *y el que ahora se nos pide es que ayudemos a nuestra propia salvación.*

B. Hemos de unirnos a Cristo.

a) *Es salvación para todo. En El todo es salvación y salvación para todo. Nuestra soberbia encontrará sus humillaciones, nuestra sensualidad su corona de espinas... y nuestra alma su gracia* (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 810,f).

b) *Los medios ascéticos nos unen a El. Todos los demás medios ascéticos no lo son sino para unirnos con El. Aprovechémoslos para eso* (cf. ibíd. p. 810,c).

c) *Vivamos crucificados al mundo. Viviendo crucificados al mundo con El* (cf. BEATO OROZCO, p. 817,D), *que continúa ofreciendo su sacrificio perenne por nosotros* (cf. GOMÁ, p. 839,b), *verificaremos la profecía del Apocalipsis. Cristo ha salido venciendo para la victoria. Ha salido vencedor para vencer con nosotros* (cf. BEATO OROZCO, p. 815,C).

11

Nuestro aprovechamiento de la salvación

I. *El modo de la victoria. Cristo vencedor del pecado, de la muerte y del demonio. Veamos cómo reportó esta victoria y cómo nos podemos aprovechar de ella.*

A. Causas.

a) *Principal fué la voluntad del Padre, que de tal manera «amó al mundo que le dió su Unigénito Hijo»* (Io. 3,16).

b) *Causa eficiente también fué la de Cristo, que deseó obedecerle y salvarnos.*

c) *Dios, que sabe enderezar con su providencia hasta los crímenes del hombre, supo utilizar como causa ocasional la envidia de los judíos.*

B. El modo. Cristo, al salvarnos victorioso, debió

a) *Borrar el reato de culpa y pena restituyéndonos al orden sobrenatural. Con sus méritos satisfizo al Padre por nuestras culpas, borrando todo reato y devolviéndonos la gracia.*

1. Fué una verdadera satisfacción, por la que honró a Dios más que cuanto honor le hubieran podido quitar los hombres.
2. Y al satisfacer de esta manera, se llenaba de méritos, por los que redundó en nosotros la gracia de su vida entera.
3. ¡Oh Señor! Tu gracia me hace a mí capaz de merecer, para crecer en gloria delante de ti, y me hace capaz también de satisfacer por mis pecados y los de todo el mundo.

b) *Debió librarnos del cautiverio del demonio y del pecado. Esta satisfacción revistió un carácter especial.*

1. Con ella pagó Cristo cuanto debíamos, y el que pudo ser solo Salvador, ha sido también Redentor, que entregó el rescate y nos libró del cautiverio.
2. Sé ya, Señor, no lo que valgo, sino lo que has querido pagar por mí, tu sangre, y pues he sido comprado con precio tan grande (1 Cor. 6,20), procuraré llevar siempre a mi Dios en mí. Lejos toda impudicia o deseos de aquí abajo.
3. Sé también de qué me redimiste, del enemigo malo, que no busca más que el mal; de la mancha de mi pecado y de sus castigos eternos.

C. Este pago y satisfacción fueron condignos. Cristo, Dios y hombre, pagó cuanto se debía, y hasta rebosando nuestro precio, y el valor de la ofensa nos ha merecido gracias mayores que las que perdimos. ¡Señor! Aprecie yo tu generosidad.

II. *Aplicación de esta victoria.*

A. Cristo nos ha salvado. Ha puesto su parte. Pero la salvación abarca varias fases, la primera de las cuales consiste en la satisfacción y rescate, mientras la segunda estriba en la justificación mediante la gracia recibida.

B. Esta aplicación está condicionada a que nos conectemos con Cristo. Para ello necesitamos poner nuestra buena voluntad. ¿Consentiremos que la pasión y salvación del Señor sea vana para nosotros?

C. A muchas personas quizá lo que les falte sea que haya alguien que les lleve a Cristo, que se les haga conocer. ¿Será a mí a quien esperan? ¿Ni aun siquiera intentaré ayudarles con la oración?

12

Jesús, salvador de la verdad

I. *Cristo, salvador de la verdad. «Ego sum via, veritas et vita»* (Io. 14,6). *Cristo es el salvador de la verdad y con la verdad nos salva a nosotros.*

A. Los gentiles apenas si la entrevieron. Los gentiles pudieron encontrar a Dios, manifiesto en la belleza del mundo, pero apenas si entrevieron la

verdad aprisionándola con la injusticia (Rom. 1,18). Los filósofos sin Cristo también han errado siempre sus caminos ¡Cuánto más ha valido ser pobre en el de Cristo que rico en los equivocados de la falsa filosofía! (cf. SAN AGUSTÍN, p. 773,A,a).

B. Cristo abrió el camino. Vino Cristo, que era la verdad, la sabiduría del Padre. El abrió el camino de la verdad, y la verdad se hizo asequible al hombre. Jóvenes y débiles supieron morir por ella sin temer a los tiranos (cf. ibíd., p. 774,b).

C. No hay verdad contra Cristo. Y no puede haber verdad contra Cristo porque no hay verdad contra la Verdad, y El es la de Dios (cf. ibíd., p. 777,a).

D. No se puede llegar a ella sin Cristo. Ni se puede llegar a la verdad sin Cristo, porque la luz no se ve sin la luz, y Cristo es luz del mundo.

II. *Cristo nos salva con la verdad.*

A. La verdad, vida y camino. La verdad es también vida y camino. Y nadie puede llegar a la meta si no va por el camino debido, ni resistir la muerte si no posee la vida (cf. ibíd., p. 774,b).

B. La verdad nos libra. Esta verdad nos libra (Io. 8,32). ¿Cómo? Llevándonos por el camino recto a la vida verdadera, después de librarnos del pecado (cf. ibíd., p. 778,d).

a) *La vida verdadera es Dios, Sumo Bien y Felicidad completa.*

b) *Pero para llegar a esta vida hemos de ser libres del pecado, consiguiendo que no reine en nosotros. Sentiremos sus espolazos, caeremos quizá alguna vez en él, pero no reinará nunca en nosotros, mientras luchemos en su contra, sin obedecer su tiranía.*

c) *Del pecado y su reino nos libra la verdad de Cristo, que, enseñándonos la maldad de aquéllos y la bondad de su amor, nos dará también la gracia necesaria para vernos libres* (cf. ibíd. p. 778,c y ss).

13

Jesús, salvador de la muerte

I. *Jesús, Salvador. El Hijo de Dios se llama Jesús porque lo es en verdad. Los nombres que Dios impone a determinadas personas significan siempre algún don gratuito que les ha concedido* (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, p. 794,A). *A Cristo hombre se le concedió la plenitud de la gracia para que todos se salvasen por*

El. Le «pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1,21).

II. *Por el pecado, la muerte.*

A. «Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit» (Rom. 5,12). El estado de justicia original se caracteriza por la armonía y la paz: del hombre con Dios y del hombre en sí mismo. El pecado es la raíz de todos los males: «per peccatum mors» (ibid.).

B. La palabra muerte lo compendia todo.

a) *La muerte del alma o pecado.*
b) *La muerte de la inteligencia o ignorancia.*
c) *La muerte de la voluntad.*

C. Del hombre no puede salir el bien. «Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis...» (2 Cor. 3,5). En el hombre reina la muerte, que es inactividad y carencia absoluta de movimiento.

III. *Por Cristo, la vida.*

A. Salvación de la muerte. Jesús nos salva de la muerte superabundantemente. «Ubi autem abundavit delictum superabundavit gratia» (Rom. 5,20).

B. ¿Cómo nos salva? Reconciliándonos con Dios (cf. FRAY LUIS DE LEÓN, p. 809,b). «Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rom. 5,10).

C. La paz con Dios por Jesucristo (cf. SAN PEDRO CRISÓLOGO, p. 785,C). Justificados, pues, por la fe tenemos paz con Dios por mediación de nuestro Señor Jesucristo, por quien en virtud de la fe hemos obtenido también el acceso a esta gracia, en que nos mantenemos y nos gloriamos, en la esperanza de la gloria de Dios» (Rom. 5,1-2).

D. Por Cristo, la amistad con Dios. Podemos decir, en general, con el Apóstol: «Si... por obra de uno solo reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por obra de uno solo, Jesucristo» (Rom. 5,17). Conviene desentrañar el profundo pensamiento de Pablo:

a) *Por uno, la muerte; por otro, la vida.*
b) *La vida del alma: la vida de la inteligencia; la vida de la voluntad.*
c) *La vida del cuerpo mismo.*

IV. *Por Cristo, la vida del alma. No se da término medio entre pecado y gracia. Al reinar la gracia por Cristo, quedó vencida la muerte del alma o pecado. «El pe-*

III. *No puede apartarse de Dios.*

A. El grave peligro de error. Cuando se intenta apartar de Dios, el hombre corre el gravísimo peligro de equivocarse. Su mente queda privada de la firme garantía de su doctrina, que le preserva contra el error. Su voluntad queda desprovista de la gracia, auxilio poderoso que estimula el entendimiento en su labor investigadora, y enciende la caridad en el momento de la ejecución práctica.

B. Necesidad de acercarse a Jesucristo.-

a) *La dura experiencia de los fracasos obligará, sin duda, a introducir rectificaciones. Pero las tristes consecuencias de errores pasados perdurarán mucho tiempo. Porque, obstinados los hombres en la suficiencia de su entendimiento, querrán llevar su doctrina hasta las últimas consecuencias. Pretenderán que los fracasos se deben a que no se aplicaron en toda su pureza. Y sólo abandonarán sus intentos cuando el clamor del pueblo, y tal vez la rebelión violenta, los haga totalmente insostenibles.*

b) *Pero entonces, las mismas circunstancias en que se provoca el cambio, y la falta de base doctrinal, tal vez conduzcan a un error mayor... Trabajosamente, el hombre se irá acercando hacia el recto orden social.*

c) *Si en algo acierta, será porque, tal vez sin pretenderlo siquiera, aplicó la verdad de Jesucristo. Pero la pudo descubrir, sin tanto esfuerzo y a costa de tantos males. La pudo aplicar, evitando tan deplorables consecuencias. En todo caso, se pudo rectificar a tiempo. Mas era necesario acercarse a Jesucristo.*

IV. *Sólo Cristo es el Salvador de la sociedad.*

A. Como cabeza de la sociedad sobrenatural.

a) *Ante todo, por una razón muy profunda. Porque El es el fundamento y la misma cabeza de la sociedad sobrenatural, o Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia* (cf. p. 856,b).

b) *Es cierto que se trata de una sociedad distinta de la civil; sus fines son distintos: el bien común temporal y el bien sobrenatural. Pero hay entre ellos una íntima relación.*

c) *Querer dar a tal diversidad un valor absoluto sería tanto como hacer una vivisección del hombre mismo: separar la razon de la fe; desvincular la ciencia humana de la teología y la moral. Y esto es imposible para un cristiano.*

B. Iglesia y Estado se componen de los mismos miembros.

a) *Ni el cristiano, hijo adoptivo de Dios por la gracia de Jesucristo, puede concebirse despojado de sus valores y virtudes naturales.*

b) *Ni es tampoco concebible el ciudadano puro, con una proyección meramente social y temporal, sin que su vida esté traspasada de valores religiosos y morales* (cf. 858,g.h.i).

dría resumirse en la frase del Apóstol: «Si hemos muerto con Cristo también viviremos con El» (Rom. 6,8). Muerte con Cristo mediante el arrepentimiento de nuestra vida mala, para no dar en adelante nuestros «miembros como armas de iniquidad al pecado, sino ofreceos a Dios como quienes muertos han vuelto a la vida, y dad vuestros miembros a Dios, como instrumento de la justicia» (Rom. 6,13).

VII. *La vida eterna. La obra de salvación se consumará en la gloria. El Salvador triunfó de la muerte del cuerpo. Todos resucitaremos con él. Entonces viviremos la plenitud de la vida. Vida completa, sin imperfecciones, vida feliz sin sombra de dolor; imperecedera, que durará por toda la eternidad.*

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

14

Jesús, salvador de la sociedad

I. *Sin Jesucristo la vida social se desmorona. No sólo la salvación del hombre, también la de la sociedad sólo puede alcanzarse en el nombre de Jesucristo. Cuando la vida social se intenta montar sobre sistemas alejados de la verdad, de la justicia y de la caridad de Jesucristo, pronto muestra sus fallos y se desmorona con estrépito* (cf. p. 844,b). *Nuestros tiempos son testigos, en este orden, de una serie de convulsiones y conflictos que constituyen la más impresionante apología del cristianismo.*

II. *Creada por Dios y sometida a sus normas. No se ha dado otro nombre a la sociedad sobre el cual pueda ordenarse. Ella, como el hombre mismo que la constituye, fué creada por Dios mismo, trazó a ambos unas normas fundamentales, a las que es necesario atenerse si quiere alcanzar el bienestar posible* (cf. p. 694,l). *Trazadas por Dios hay unas normas últimas y fundamentales que no pueden ser abolidas por ningún legislador humano* (cf. p. 694,m). *Y es misión del hombre, si quiere hacer estable y fecunda la vida social, buscarlas serenamente y con tesón.*

III. *No puede apartarse de Dios.*

A. El grave peligro de error. Cuando se intenta apartar de Dios, el hombre corre el gravísimo peligro de equivocarse. Su mente queda privada de la firme garantía de su doctrina, que le preserva contra el error. Su voluntad queda desprovista de la gracia, auxilio poderoso que estimula el entendimiento en su labor investigadora, y enciende la caridad en el momento de la ejecución práctica.

B. Necesidad de acercarse a Jesucristo.

a) *La dura experiencia de los fracasos obligará, sin duda, a introducir rectificaciones. Pero las tristes consecuencias de errores pasados perdurarán mucho tiempo. Porque, obstinados los hombres en la suficiencia de su entendimiento, querrán llevar su doctrina hasta las últimas consecuencias. Pretenderán que los fracasos se deben a que no se aplicaron en toda su pureza. Y sólo abandonarán sus intentos cuando el clamor del pueblo, y tal vez la rebelión violenta, los haga totalmente insostenibles.*

b) *Pero entonces, las mismas circunstancias en que se provoca el cambio, y la falta de base doctrinal, tal vez conduzcan a un error mayor... Trabajosamente, el hombre se irá acercando hacia el recto orden social.*

c) *Si en algo acierta, será porque, tal vez sin pretenderlo siquiera, aplicó la verdad de Jesucristo. Pero la pudo descubrir, sin tanto esfuerzo y a costa de tantos males. La pudo aplicar, evitando tan deplorables consecuencias. En todo caso, se pudo rectificar a tiempo. Mas era necesario acercarse a Jesucristo.*

IV. *Sólo Cristo es el Salvador de la sociedad.*

A. Como cabeza de la sociedad sobrenatural.

a) *Ante todo, por una razón muy profunda. Porque El es el fundamento y la misma cabeza de la sociedad sobrenatural, o Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia* (cf. p. 856,b).

b) *Es cierto que se trata de una sociedad distinta de la civil; sus fines son distintos: el bien común temporal y el bien sobrenatural. Pero hay entre ellos una íntima relación.*

c) *Querer dar a tal diversidad un valor absoluto sería tanto como hacer una vivisección del hombre mismo: separar la razón de la fe; desvincular la ciencia humana de la teología y la moral. Y esto es imposible para un cristiano.*

B. Iglesia y Estado se componen de los mismos miembros.

a) *Ni el cristiano, hijo adoptivo de Dios por la gracia de Jesucristo, puede concebirse despojado de sus valores y virtudes naturales.*

b) *Ni es tampoco concebible el ciudadano puro, con una proyección meramente social y temporal, sin que su vida esté traspasada de valores religiosos y morales* (cf. 858,g,h,i).

c) *Jesucristo es cabeza del Cuerpo Místico; pero el Cuerpo Místico, a su vez, está inserto en un cuerpo real y temporal, que es la sociedad civil. Y así Jesucristo es el fundamento último de la misma sociedad civil.*

C. Fines distintos, pero en íntima relación. Ciertamente sus fines son distintos. Pero aun siéndolo, existe entre ellos una íntima relación. El bien común temporal, fin propio de la sociedad humana, ni puede concebirse ni alcanzarse sin que tenga en cuenta el bien común sobrenatural (cf. p. 854,a y 857,e). Por el contrario, aquél es un medio necesario para éste. El bien común ha de ser tal que no impida el sobrenatural, sino que positivamente lo favorezca. Y el bien común sobrenatural es Jesucristo poseído por el entendimiento y por el amor, como ya hemos dicho. Jesucristo, por tanto, es también el fin último de la sociedad temporal.

D. La sociedad humana, sobre la piedra angular de Jesucristo.

a) *Sobre El se asienta, como sobre roca inconmovible, la excelsa dignidad del hombre completo* (cf. p. 858,g). *Y el hombre completo está destinado a vivir en sociedad.*

b) *La sociedad, pues, brota como de su fuente del mismo Dios, que ha creado también todo un orden objetivo, cuyo reflejo debe ser el orden establecido por los hombres.*

c) *Jesucristo, fundamento de la sociedad entera, es la solución única para sus problemas. Fuente constante de paz y de concordia social* (cf. p. 852,c, y 853,d). *Alma de la verdadera civilización. Salvador de los hombres y de las sociedades.*

15

Jesús, salvador de la autoridad

I. *La autoridad social y la autoridad divina. Con la encarnación de Jesucristo y con su doctrina, la autoridad civil quedó establecida sobre una base inconmovible. Y, puesto que Jesucristo da a la autoridad solidez, y la autoridad es fundamento del orden social, a través de ella Jesucristo aparece de nuevo como piedra básica de la sociedad. Hasta llegar a Jesucristo, cuando se quería robustecer la autoridad, era necesario hacer un dios de quien la encarnaba. A partir de Jesucristo, si la autoridad no se funda sobre Dios*

mismo, corre otra vez el peligro de verse divinizada (cf. p. 847,ll). *Para un cristiano, la autoridad social es representante de la autoridad divina.*

II. *Cómo Jesucristo salva la autoridad. En varios sentidos puede decirse que Jesucristo y su doctrina han salvado la autoridad.*

A. Por su origen. Ante todo, por su mismo origen. Podrá transmitirse o recibirse de modos distintos (cf. p. 855,a y b). Puede incluso adoptar formas diversas, todas ellas aceptables.

a) *La autoridad, delegada de Dios. Pero, si es auténtica autoridad, aquellos modos diversos de transmisión son tan sólo una forma de recibir delegada la propia autoridad de Dios* (cf. p. 854,b). *Tales formas, puramente contingentes, contienen en esencia la misma autoridad recibida de Dios.*

b) *Cuando se prescinde de Dios la autoridad sólo puede tener su origen en los hombres* (cf. p. 845,g).

1. Bien porque se suponga que procede, por partes iguales, de cada uno de ellos, y entonces quien la ejerce es un puro representante o mandatario del pueblo.
2. Bien porque se suponga originada en un ente moral superior, la colectividad, que encarna en el mando político.
3. En el primer caso, la voluntad del pueblo—expresada a través de la mayoría—dará la norma ordenadora de la sociedad.
4. En el segundo, el arbitrio absoluto de quien gobierna.
5. Pero en ambos, la flaqueza y la maldad humanas, abandonadas a sus propias fuerzas, amenazan abocar en un desorden anárquico o en una insoportable tiranía (cf. p. 847,l y ll, y 849,b y c).

c) *Sólo cuando se admite que procede de Dios puede ser ejercida dignamente y dignamente obedecida* (cf. p. 848,n).

1. Porque entonces la autoridad y el pueblo que la obedece saben que hay unas normas superiores, dictadas por el mismo Dios, a las que una y otros deben atenerse (cf. p. 693,j).
2. Saben que la autoridad fué dada para el bien de la sociedad (cf. p. 693,k y 694,ll).
3. Saben que es inseparable de la sociedad misma. Y que, por lo tanto, la sociedad misma debe ejercer sobre ella cierta vigilancia y contrapeso.
4. Saben que si no se ejerce dignamente, el mismo pueblo, en cuyo beneficio Dios la delega, podría retirarse (cf. p. 850,d, y 854,c).

B. Por su fin.

a) *Todos admiten que el fin de la autoridad es el bien común. Mas para algunos ese bien es puramente material. Es decir, para todos aquellos que, haciéndola independiente de Dios, ponen su origen en el hombre, su fin último es el mismo hombre, con la misma independencia de todo fin*

ulterior. Por tanto, el bien común, para éstos, queda reducido a las puras dimensiones temporales, sin referencia alguna al orden sobrenatural (cf. p. 847,k). *Y como el fin es regla de las conductas, no hay contrapeso alguno que se oponga a su consecución, ni bien material alguno que no pueda ser alcanzado. De donde fácilmente se caerá en el pecado y el desorden* (cf. p. 844,c y d).

b) *Solo cuando se ordena hacia Jesucristo puede ser establecido ese bien común temporal. En ese sentido, se afirma también que Jesucristo ha salvado la autoridad, por razon de su fin, que es el bien común. Siendo completo en sí mismo, el bien común temporal no es independiente del bien sobrenatural* (cf. p. 854,a). *Es más bien medio indispensable para alcanzarlo. A lo menos, no puede impedir su consecución. De donde tiene algunas limitaciones, no sólo en el propio ámbito al que se extiende su acción, sino en cuanto a los medios que puede utilizar para lograr sus fines* (cf. p. 849,c y 850,f).

III. *Jesucristo, origen y fin de la autoridad. Jesucristo, alfa y omega, principio y fin de todo. Sólo cuando la autoridad reconoce a Jesucristo puede dar a la sociedad el orden y el bienestar.*

16

Jesús, salvador del trabajo

I. *La salvación en el campo del trabajo humano. Hay un campo en el que hoy se cumple la afirmación del Apóstol* (Act. 4,12) *de modo impresionante: no nos ha sido dado otro nombre en el cual podamos salvarnos. Es el campo del trabajo humano. Jesucristo, piedra angular, ha sido rechazado por muchos que edifican en este terreno. Y el edificio sobre este fundamento levantado, por fuerza ha de ser inestable y se ha de venir abajo ante cualquier embate.*

A. Jesucristo, rechazado por el liberalismo. Separado de Dios en su misma raíz, supone que en este, como en otros aspectos, existen leyes necesarias, fatales, que regulan la vida económica y social (cf. p. 863,ll). En nombre de la libertad—para trabajar, para escoger trabajo, para contratar, etcétera—se le priva de toda posibilidad de defensa (cf. p. 863,l). Se considera el trabajo como vil mercancía, con la que se opera en el mercado (cf. p. 863,k). El trabajador queda así reducido a la condición de proletario. Su situación difiere muy poco de la del esclavo (cf. p. 863,m y 864,n).

B. Rechazado también por el marxismo.

a) *La doctrina comunista. Diríase que el marxismo eleva el trabajo a una dignidad inigualable. En torno al trabajo se crea una verdadera mística cuasi-religiosa* (cf. p. 864,a). *Si hay en el comunismo un aspecto constructivo es éste precisamente. Se trata de construir una nueva sociedad formada por trabajadores. Fin de esa sociedad es el bienestar colectivo, es decir, la riqueza producida con el trabajo de todos. Cada cual trabajará según sus capacidades y recibirá según sus necesidades* (cf. p. 864,b). *El supremo valor en la sociedad marxista es el trabajo colectivo. Y como el hombre no se explica si no es en función de la sociedad* (cf. p. 865,c), *el supremo valor personal es también el trabajo. Trabajando, el hombre se hace a sí mismo, porque sólo así contribuye al progreso de la sociedad, en la que únicamente su personalidad se explica.*

b) *Su lógica consecuencia. La consecuencia es idéntica a la del liberalismo.*

1. La dictadura del proletariado. Porque mientras no desaparezcan las clases y el marxismo se extienda por todas las naciones y se cree aquel «paraíso marxista»; mientras haya Estados capitalistas, enemigos del marxismo, éste habrá de mantener un Estado fuerte (cf. 865,e). Es el Estado de los trabajadores, la dictadura del proletariado. Será necesaria una férrea disciplina, que estimule y ordene el esfuerzo de todos.
2. El trabajo transformado en esclavitud. Cuando, superada esta etapa, se llegue a la sociedad sin clases, sin Estados, sin fronteras, sin gobernantes y sin súbditos, formada por hombres nuevos, el trabajo será un placer sobrehumano. Entre tanto, hay que ponerlo al servicio del poder, en la lucha revolucionaria. Y como es necesario que ese poder sea superior a otros poderes, hay que trabajar más; hay que trabajar como y donde a cada uno le ordenen. Lo contrario sería traicionar a la causa misma del trabajo (cf. p. 865,d). Prácticamente se transforma en una odiosa esclavitud (cf. p. 865,f).

II. *Tan sólo Jesucristo puede salvar el trabajo. En el nombre de Jesucristo, el trabajo se eleva a una altura a lo que ninguna otra concepción que se aparte de Dios puede llegar* (cf. p. 859,b). *Trabajar en el nombre de Jesús puede significar varias cosas.*

A. Trabajar con la misma intención de Jesucristo. Así el trabajo humano es no sólo un medio de perfección natural, que promueve el perfecto desarrollo de la personalidad humana y contribuye al bienestar de la sociedad, sino incluso un medio de perfección sobrenatural (cf. p. 859,b y 860,c). No sólo constituye un servicio divino, como obediencia a la ley general (Gen, 3,19) «con el sudor de tu rostro comerás el pan» (cf. p. 860,d), sino

incluso un medio propio y personal de cumplir la vocación personal, en la que se manifiesta de modo concreto el plan de Dios sobre cada hombre.

B. Trabajar a imitación de Jesucristo. El mero hecho de ejercer una actividad, ya es un reflejo de la divinidad misma, que es actividad por esencia, o acto puro. Pasar de la potencia al acto, es realizar una vida más llena y elevarse a una particular semejanza con Dios. Y como quien trabaja deja impresa en su obra una impronta de su propia personalidad (cf. p. 861,g), es también reflejo de la bondad y belleza divinas, que dejan impreso en todas las cosas un destello de su bondad y belleza infinitas. Todavía más: el trabajo del hombre—como causa segunda—completa y perfecciona la obra comenzada por la Causa Primera, o Causa de las causas. Dios, que creó las enormes riquezas y energías de la naturaleza, deja al hombre el cuidado de descubrirlas y explotarlas. Le entrega toda la tierra y, dotándole de unas potencias, le encomienda la sublime y divina tarea de llevar adelante la obra.

C. Trabajar unido con Jesucristo. Por la gracia de Jesucristo, el trabajador queda unido con el mismo Dios (cf. p. 859,b). Si el propio Jesucristo quiso hacerse trabajador, fué precisamente para que el trabajador (cf. p. 860,c) quedara transformado en Jesucristo. Nadie, como el trabajador cristiano, puede decir con San Pablo: «Es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2,20).

III. *El trabajo, valor supremo. Para el cristiano el trabajo es también, en cierto modo, el valor supremo. Pero no en sí mismo, sino en el nombre de Jesucristo. Incluso en lo que tiene de fatigoso y mortificante.*

A. Instrumento redentor. Si, de una parte, es expiación del pecado (cf. p. 861,h), también mediante Jesucristo queda transformado en instrumento redentor, que completa lo que falta a la pasión de Jesucristo, por la unión voluntaria a su sacrificio en la cruz.

B. Instrumento de colaboración. El trabajo, así considerado, es medio eficasísimo de santificación: instrumento de colaboración social. Con él se construye el soporte temporal del Cuerpo Místico, y, elevado por la gracia, contribuye al desenvolvimiento del reino de Dios.

INDICE DE CONCEPTOS

Abismo, 398.
Abnegación, 92 94.
Absolutismo, 850.
Abstinencia, 94.
Acción, 89 395 686.
Acción Católica, 238.
Acróstico, 867.
Actividad, 395 687.
Actos, 328.
Actualidad, 135 289 442 589 747 898.
Acuerdos, 391 546.
Adhesión, 375.
Administración, 533 536.
Aduladores, 635.
Adviento, 50, 116 143 474.
Afán, 382 685.
Aflicción, 677.
Agricultores, 236 398 541.
Aislamiento, 88.
Alabanza, 631.
Alegría, 36 48 309 409 412 602 677.
Alejamiento, 536 843 853.
Aliento, 27 36 124.
Alma, Almas, 60 354 384 389 407 500 516 614 619 643 693 814.
Amenaza, 220.
Amigos, 36 48 812.
Amor, 73 74 75 97 203 231 529 537 639 656 703 808 891.
Angeles, 45.
Antiguo, 395.
Año litúrgico, 115.
Apartamiento, 846.
Apetito, Apetitos, 208 516.
Aplicación, 863.
Apostasía, 683.
Apóstoles, 94.
Aprovechamiento, 893.
Apuntes exegético-morales, 13 156 308 471 606 767.
Arbol, 783.
Arca, 301.
Armonía, 809.
Arrepentimiento, 459.
Asalariados (v. Trabajadores).
Asociaciones, 690.
Ateísmo, 78.
Austeridad, 371 372 374 481 568.
Autores varios, 64 194 353 512 651 799.
Autoridad, Autoridades, 377 686 693 847 848 849 851 854 900.
Ayuno, 655.

Base, 844 851 857.
Bautismo, 77 478 480 509.
Beneficios, 365.
Benignidad, 617.
Bien, Bienes, 382 387 530 533 535 655 657 738 808 854 855 863 864.
Bien común, 96 232 233 534 860 862.
Bienestar, 849 865.
Boca, 796.
Bodas, 501.
Bondad, 74.
Bonete, 871.
Bueno, Buenos, 124 493.

Caída, 495.
Calvario, 678.
Cambio, 528.
Camino, Caminos, 335 365 383 480 506 507 508 509 514 589 773 774 775.
Campo, 381.
Candelaria, 715.
Canto, 301.
Capital, 343.
Capitalismo, 380 864.
Carácter, 249 287 289 291 646 647.
Cargas, 538.
Caridad, 95 96 156 157 186 233 387 388 500 505 545 546 547 584 659 683 685 851 861.
Carne, 627 629 630.
Castigo, Castigos, 54 66 81 220 222 244 361 513 532 617.
Catástrofes, 104.
Católicos, 684.
Causa, 655.
Celo, Celos, 267 524.

Cielo, 86 386 540 620 622 625 626 659 826.
Ciencia, 251.
Cimientos, 364.
Circuncisión, 790 796 819 829 830 831 832.
Circunstancia, 794.
Civilización, 377 378.
Clases, 537 539 542 865.
Colaboración, 88 243.
Colecta, Colectas, 167.
Cólera, 222.
Comentarios generales, 17 156 308 470 605 767.
Compañía, 870.
Compra, 652.
Compunción, 639.
Comunicación, 387.
Comunismo, 239 864 865.
Concepción, 849.
Conciencia, 390 499 500 525 695.
Concupiscencia, 344 779.
Conde, 356.
Condenación, 840.
Condición, Condiciones, 340 863.
Confesión, 340.
Confianza, 394 667 681 730.
Conocimiento, 344 353 365 428 703.
Consecuencia, Consecuencias, 843 849 853 859 866.
Consolación, 611.
Constancia, 243.
Construcción, 844.
Consuelo, 622.
Contemplación, 651.
Contemporizaciones, 663.
Contradicción, 614 636 667 712 734.
Contratos, 390.
Conversión, 42 217 497.
Cooperación, 538 630.
Cooperadora, 681.
Coordinación, 686.
Corazón, 831 868.
Corintios, 400.
Cosas, 658 794 809 811.
Cosecha, 843.
Costumbres, 91.
Crápula, 482.
Creación, 384.
Criatura, Criaturas, 418 515.
Crímenes, 846.
Crisis, 531.
Cristiandad, 394.
Cristianismo, 139 239 858.
Cristiano, Cristianos, 98 116 355 375 377 378 449 632 846.
Cruz, 679 783 817 831 872.
Cruzada, 382 394.
Cualidad, 795.
Cuenta, 531.
Cuerpo, 31 44 45 62 354 628 633 649 699 774 813.
Cuerpo místico, 386.
Cuestión social, 686.
Culpa, 618.
Cumplidor, 717.

Daños, 516.
Deber, Deberes, 95 387 388 394 532 547 690 701.
Debilidades, 825.
Decoro, 531.
Delicias, 482.
Demonio, 61 815.
Dependencia, 850.
Derecho, Derechos, 231 387 535 537 545 686 690 695 700 851 865.
Desaliento, 365 666.
Desamparo, 540.
Desarrollo, 385.
Desasosiego, 359.
Descristianización, 239 843 849.
Deseos, 636.
Desesperación, 497 508.
Desgracia, 822.
Desierto, 314 348 475 512.
Desmoronamiento, 848.
Desórdenes, 846.
Desquite, 681.
Día, Días, 8 35 62 128 520.
Dichosos, 622.
Diferencias, 542 543.
Dignidad, 384 398 543 546 566 859 864.
Dinero, 379.
Discordia, 851.
Discreción, 359.
Disolución, 866.
Dispensadores, 472 557.
Disputas, 208.
Distribución, 538 544 863.
Divinidad, 847.
Divisiones, 683.
Doctrina, Doctrinas, 88 227 325 377 669 782 851 856 863.
Dolor, Dolores, 379 518 527 654 677 678 680 736.
Dones, 530.
Dulzura, Dulzuras, 357 674.
Duque, 356.

Eclesiástico, 305.
Economía, 229 234.
Edificio, 844 848.
Educación, 700 701 703.
Eficacia, 805.
Egoísmo, 851.
Ejemplo, 326 481 524 533 618 660 669 673 681 775 832.
Ejercicio, 862
Elevación, 534 858.

Embajada, Embajador, 166 175 176 400.
Emperador, 356.
Encarnación, 199 201 202 678.
Encuentro, Encuentros, 706 707.
Endurecimiento, 78 79 673.
Enemigos, 15 627.
Energía, 225.
Enfermedad, 713 807.
Engaños, 392.
Enmienda, 519.
Enseñanzas, 665.
Entendimiento, 703.
Envidia, 147 165 176 179 180 181 188 244 262 265.
Envidiosos, 244.
Epístola, 3 18-22 119 145 156-158 227 253 299 308-311 375 412 455 471 530 557 597 606-607 682 760 767 843 873.
Error, Errores, 99 388 389.
Escándalo, 212 213 214 215 216 217 268 667 669.
Esclavitud, 865.
Esclavo, 864.
Esfuerzo, Esfuerzos, 28 845.
Espada, 614.
España, 561.
Espectáculo, 850.
Esperado, 836.
Esperanza, 102 498 623 728 730 733 750.
Espíritu, 541.
Espíritu Santo, 34 523 611 612.
Esposa, 705.
Estado, 682 686 687 688 690 696 753 849 850 855 861 865.
Estrella, 111.
Estudio, 395.
Eucaristía, 349.
Evangélica, 377.
Evangelio, 3 22-27 48 122 146 159-164 236 255 299 311-316 317 323 384 418 455 474 536 559 564 597 608-615 691 717 760 770 851 875.
Evangelización, 200.
Evolución, 544.
Excusas, 496 671 673.
Exito, 479.
Expectación penitente, 470.
Expiación, 549.

Faltas, 340.
Familia, 699 701 704 795.
Fariseos, 669.
Favores, 512.
Fe, 82 83 204 205 207 243 250 390 547 694 775 784 843.
Felicidad, 601.
Fiador, 320.
Fidelidad, 391 664.
Fiel, 341
Fiesta, 715.
Figura, Figuras, 349 471 476.
Filósofos, 773.
Fin, Fines, 385 507 538 665 849 854 857 864.
Firmeza, 224 225.
Flaqueza, 833.
Formas, 855.
Fortaleza, 242 786.
Fracasos, 856.
Fraternidad, 543.
Fruto, Frutos, 481 488.
Fuente, 858.
Fuga, 98.
Función, 686.
Funcionarios, 535.
Fundamento, 851 858.
Funeral, 114.

Ganancias, 237.
Garantía, 390.
Gemido, 540.
Gentes, 613 851.
Gloria, 86 128 613.
Gobernantes, 538 693.
Goce, 864.
Gozo, 386 440 654 826.
Gracia, Gracias, 186 243 332 384 397 503 493 532 621 676 826 837 859.
Grados, 431.
Grandes, 672.
Gratitud, 631.
Guerra, Guerras, 101 846.
Guiones homiléticos, 115 253 410 557 717 873.

Hambre, 318.
Herejía, 635.
Heroísmo, Heroísmos, 92, 395, 539.
Hijo, Hijos, 348 385 653 680 699 700 701 711.
Historia, 590 836.
Historicidad, 564.
Histórica, 17 22 106 159 244 311 400 548 705 867.
Hoguera, 869.
Hombre, Hombres, 64 65 92 93 202 203 212 227 228 230 232 236 241 363 384 393 507 537 543 571 616 622 669 850 852 854 858 861 862 865 866.
Honor, Honores, 368 369 663 675
Honra, Honras, 208 209 210 211.
Hora, 19 88 89 395.
Huella, Huellas, 860 861.
Huídas, 395.
Humanidad, 849 856 861.
Humildad, 176 184 300 302 303 306 307 323 324 325 328 336 337 345 358 359 360 361 364 405 429 431 660 668.

Humilde. Humildes, 323 340 665 672 822.
Humillación, Humillaciones, 301 303 630 668.

Idea litúrgica.—Primer domingo de Adviento, 17.
Iglesia, 88 90 96 97 227 229 236 376 378 387 388 389 390 392 393 394 396 501 653 683 684 696 697 700 780 855 856 857 858.
Igualdad, 93 543.
Imagen, 384.
Impenitentes, 497.
Imperialismo, 857.
Imperio, 76 842.
Impetración, 532.
Impetu, 225.
Impíos, 13 15 627.
Imposición, 790.
Incienso, 631.
Inclinaciones, 636.
Indiferencia, 89 215.
Indigencia, 536 845.
Indignidad, 66.
Individualismo, 688.
Ingratitud, 74.
Iniciativas, 686.
Inmortalidad, 31.
Inocencia, 861.
Insinceridad, 391.
Inspiraciones, 513.
Instituciones, 390 544.
Intención, 507.
Interés, 851.
Intervención, 687.
Ira, 8 61 112.

Jefes, 474.
Jerarquía, 375.
Juez, 9 55 56 57 58 67 82.
Juicio, 6-15 10 11 12 13 14 15 26 27 35 37 40 41 53 58 64 66 67 82 83 84 98 99 106 109 113 124 126 128 130 131 139 167 505.
Justicia, 72 73 78 95 97 127 243 379 534 544 545 546 547 682 683 841.
Justo, Justos, 13 15 54 580 599 611 621 721 786 815 817.

Lágrimas, 711.
Lamentos, 89 395.
Letargo, 393.
Letras, 798.
Ley, Leyes, 537 610 671 672 674 685 689 691 692 693 695 717 747 802 830 831 850 851 853 855 861 863.
Liberalismo, 545 862.
Libertad, Libertades, 64 73 389 392 780 862.
Libro de Job, 302.
Libro de Judit, 302.
Libros sapienciales, 463.
Limitación, 850.
Limosna, Limosnas, 130 150 166 170 247 248 317 319 321 336 478 486 487 488 489 490 522 531 584 585 587 591.
Limpieza, 500.
Literaria, 106 244 400 548 705 867.
Liturgia, Litúrgico, 17 115 156 308 311 410 470 605 767.
Lobos, 392.
Lucro, 685.
Lucha, 98 395 541.
Lujo, 94 95 483 533.
Luz, 15 32 98 99 106 491 643.

Llaga, 111.

Madre, 678.
Maestro, 325.
Magistrado, 357.
Magnanimidad, 416.
Mal, Males, 366 381 498 844 846 856.
Malicia, 344.
Mancha, 501.
Mando, 211.
Manifestación, 648.
Mártires, 633 775.
Masa, Masas, 683 850.
Materialismo, 97.
Maternidad, 679.
Matrimonio, 699.
Médico, 798.
Medio, 854 861 865.
Mendigo, 405.
Mentira, Mentiras, 392.
Mercado, 319 862.
Mercancía, 862.
Mérito, 64.
Mesías, 270.
Miembro, Miembros, 96 419.
Milagro, Milagros, 200 206 212 213 214 215 216 217 274 275 524.
Ministros, 472 557.
Miscelánea histórica y literaria, 106 244 400 548 705 867.
Miserables, 622.
Miseria, 94 95.
Misericordia, 37 185 186 217 246 505 524.
Misión, 258 386 697 856 859.
Misterio, Misterios, 472 557 651 784.
Misticismo, 864.
Modelo, 362.
Moderación, 92.

Modos, 504 808.
Monograma, 867 869.
Moral, 215 229 234 536.
Mortal, 342 657.
Mortificación, 331 631.
Motivo, Motivos, 656 672.
Muerte, 6 15 36 63 186 612 625 785 812 813 814 895.
Muertos, 775.
Mundo, 48 90 107 242 309 394 482 521 545.

Nación, Naciones, 377 535 851.
Naturaleza, 354 365 384 628.
Navidad, 500.
Necesidad, 531 533.
Necesitados, 530.
Negligencia, 344.
Nido, 706.
Niño, 640 703.
Nobleza, 533.
Nombre, Nombres, 760 770 787 789 790 791 794 795 796 797 798 799 801 802 805 806 807 819 820 822 829 837 840 857 863 867 872 881 882.
Normas, 390 534 855.

Obediencia, 660 671 672 674 693 747.
Obispo, 405.
Objeto, 440.
Obligación, Obligaciones, 531 566 813 834.
Obra, Obras, 12 20 37 85 86 238 239 243 507 809 861.
Obreros (v. Trabajadores).
Obstáculo, 866.
Ocasión histórica, 311.
Ocasión litúrgica, 311.
Ocasiones, 519.
Ociosidad, 533.
Oficio, Oficios, 350 360 538 616.
Ofrenda, 662 663 705.
Ojos, 858.
Olvido, 219.
Operación, 839.
Opinión pública, 391.
Opio, 866.
Optimismo, 123.
Opulencia, 482.
Oración, 361 382 631 634 655 712.
Orden, 91 229 543 545 686 687 694 696 854 857.
Orden nuevo, 90 390 853.
Orden social, 229 231.
Ordenación, 387 538 694.
Ordenamiento, 694.
Organización, Organizaciones, 378 689 690 862.
Organización corporativa, 230.
Ovejas, 392.

Paciencia, 602 622.
Padre, Padres, 87 681 700.
Paganos, 324.
Palabra, Palabras, 476 499 879.
Papa, Papas, 94 100 340 388 392 566 400 591.
Parada, 548.
Paraíso, 681 866.
Parentesco, 794.
Pasión, 645.
Paternalismo, 756.
Patrimonio, 387.
Patronos, 682.
Paz, 46 47 359 378 383 394 395 546 636 637 710 785 826 852 853 856 864.
Pecado, Pecados, 39 61 66 186 202 329 330 342 343 344 365 381 384 487 490 492 495 503 504 542 570 618 623 624 627 630 656 657 658 669 677 714 777 778 779 789 823 824 830 834.
Pecador, Pecadores, 38 54 60 78 126 178 216 328 333 495 512 580 627 828.
Pecadora, 549.
Peligro, Peligros, 362 482 539 637.
Pena, Penas, 36 66.
Penalidades, 630.
Penitencia, 336 382 459 461 465 467 477 478 480 482 486 488 490 492 495 503 504 517 524 525 548 553 571 573 575 577 580 582 584 649.
Penitente, 476 552.
Pensamiento, 591.
Pequeñez, 362.
Perdición, 379.
Perdón, 217 459.
Pereza, 98 395.
Perezoso, 80.
Perfección, 208 421 647 704.
Perfeccionamiento, 859.
Persecución, Persecuciones, 632 633 635 636 678.
Perseguidores, 634.
Persona, 697 859.
Personalidad, 232 385 861.
Pez, 867.
Piadosos, 333.
Piedra, 844.
Pilones, 407.
Plegaria, 460.
Plenitud, 607.
Pobre, Pobres, 99 200 236 237 238 282 284 318 320 349 396 445 501 682 721.
Pobreza, 104 542 685.
Poder, 73 621 842 847.
Poema, 112.
Pontificado, 375.
Posición social, 356.

Positivismo, 695 696.
Potencia, 541.
Precepto, Preceptos, 378 387 832.
Precursor, 350 449 479.
Predicación, 334 455 477 513 524 571.
Predicador, Predicadores, 38 405 423 523 552.
Predicción, 676.
Prelado, 356.
Premio, 66 68 102 585 623.
Preparación, 500 520.
Presentación, 597 648.
Presunción, 365 508.
Prevaricación, 684.
Primicias, 831.
Príncipe, 356.
Principio, 545.
Principios morales, 104.
Problema, Problemas, 89 90 97 238 382 393 536 753.
Proceso, 869.
Producción, 544.
Profecía, Profecías, 200 349 478 795.
Profesión, 355.
Profeta, Profetas, 306 314 463.
Profetisa, 615 740.
Progresos, 861.
Proletarios (v. Trabajadores).
Proporción, 809.
Prosperidad, 856
Protección, 683.
Proverbios, 304.
Providencia, 559.
Prueba, Pruebas, 603 656 677.
Pueblo, Pueblos, 218 388 409 534 546 613 850 866.
Pureza, 718.
Purificación, 597 648 649.
Pusilánimes, 433.
Pusilanimidad, 508.

Razas, 887.
Razón, 82 84.
Rebeldía, 671.
Rebelión, 685.
Rectitud, 507.
Redención, 46 56 60 62 678 681 839.
Redentor, 654.
Redimidos, 821.
Reflexión, 525.
Reformas, 685.
Régimen, 545 690.
Región, 476.
Reinado, 442.
Reino, 387 853.
Religión, 537 667 703 866.
Remedios, 361 366.
Remisión, 503.
Rentas, 531.
Reprobación, 70.
Reputación, 664.
Reserva, 89.
Respeto humano, 241 637.
Responsabilidad, 686.
Restauración, 91.
Resurrección, 8 30 33 34 36 43 44 47 62 622.
Revelación, Revelaciones, 67 715.
Revolución, Revoluciones, 102 104 394 539 544.
Rey, 82 356 384 388.
Reyes, 301.
Ricos, 282.
Riqueza, Riquezas, 227 319 379 533 542 544 637.
Ruina, Ruinas, 389 638 844 849.

Sabiduría, 186 774.
Sabios, 668.
Sacerdocio, 388.
Sacerdote, Sacerdotes, 94 493 555 566 616.
Sacrificio, Sacrificios, 92 628 629 630 662 663 664.
Sagrada Escritura, 158.
Salario, 237.
Salmos, 303 462.
Salud, 807 808 809 810 878.
Salvación, 89 229 233 236 319 499 638 784 789 813 827 834 838 840 852 893.
Salvador, 787 797 801 813 821 832 837 839 875 885 887 889 894 895 898 900 902.
Sangre, 831 832 872.
Santa Sede, 391.
Santidad, 351 395 623 675.
Santos, 58 329 622.
Santos Padres, 28 165 317 480 616 773.
Satisfacción, 532.
Seglares, 494.
Semejanza, 385 857.
Sencilla, 341.
Seno, 858.
Sentencia, Sentencias, 302 305 462.
Sentidos, 662.
Sentimientos, 849.
Señor, 335 356 512 652 796 826.
Ser, 858.
Servicio, 387 860.
Servidumbre, 60 61.
Severidad, 371.
Sibila, 113.
Siclos, 611.
Signo, 712 734.
Silencio, 129.
Sinceridad, 390 408 447.
Síntesis histórica, 17 159.
Situación histórica, 22 159.
Situación litúrgica, 17 156 308 470 605 767.

Soberanía, 76.
Soberbia, 99 180 317 361 372 671.
Soberbio, 363.
Sociedad, Sociedades, 96 138 228 232 233 377 378 386 442 449 534 535 537 539 541 687 843 844 847 849 850 851 852 854 857 858 862 864 865 898.
Sociología, 229.
Socorros, 538.
Soledad, 525 706.
Solidaridad, 232 375.
Sorpresa, 80.
Súbditos, 693.
Suceso, 795.
Sueño, 19 68 88 89 135.
Sufrimiento, 646 677.
Sumisión, 848.
Sustentación, 531.

Talento, 534.
Tardanza, 497.
Técnica, 541.
Temor, 73 396 505.
Templo, 597 612 641 643 644 680.
Tentación, 493 633.
Teólogos, 55 188 342 503 643 794.
Terquedad, 395.
Terror, 667.
Terrorismo, 866.
Tesoro, 40 41.
Testimonio, Testimonios, 175 201 238 388.
Textos pontificios, 88 227 375 530 682 843.
Textos sagrados, 3 6 24 145 146 147 299 300 455 456 457 459 597 598 599 610 760 762.
Tiara, 406.
Tibieza, 674.
Tiempo, Tiempos, 122 375 395 507 619 794 845 858 865.
Tiendas, 108.
Tierra, 86 92 98 540.
Tinieblas, 20 98 845.
Tiranía, 849.
Tórtola, 705.
Trabajador, Trabajadores, 90 92 102 104 348 381 397 398 535 537 540 546 547 682 683 685 686 690 860 861 863.
Trabajo, 29 90 102 237 397 535 682 859 860 861 862 864.
Tranquilidad, 395.
Tribulación, Tribulaciones, 599 601 603 616 618 619 620 621 646 655 656 657 658 659 713.
Tribunal de Cristo, 10.
Triunfo, 865.
Túnicas, 335 554.
Turco, 554.
Tutela, 687.

Unidad, 156 219 230.
Unión, 774.
Universo, 617.
Uso, 484 532 832.

Valor, Valores, 587 865.
Vanagloria, 342 362.
Venial, 342 504 658.
Venida, Venidas, 9 24 37 50 51 52 53 62 132 133 394 624.
Verdad, Verdades, 107 214 387 388 389 390 398 408 649 658 668 669 773 774 777 841 894.
Vestido, 483.
Víctima, 830.
Victoria, Victorias, 812 815 891.
Vida, 32 85 86 91 132 186 348 387 393 482 528 539 545 674 676 690 703 704 733 746 747 827 846 857.
Vigilancia, 27.
Vínculo, 387.
Violencia, 336.
Virtud, Virtudes, 321 324 331 337 532 655.
Visitas, 641.
Vivos, 775.
Vocación, 386 401 402 403 404 434 437 561.
Voluntad, 224 676 703 859 862.
Voz, 314 347 392 393 512 513.

Zapato, 336.